



Universitat Autònoma de Barcelona

ADVERTIMENT. L'accés als continguts d'aquesta tesi queda condicionat a l'acceptació de les condicions d'ús establertes per la següent llicència Creative Commons:  http://cat.creativecommons.org/?page_id=184

ADVERTENCIA. El acceso a los contenidos de esta tesis queda condicionado a la aceptación de las condiciones de uso establecidas por la siguiente licencia Creative Commons:  <http://es.creativecommons.org/blog/licencias/>

WARNING. The access to the contents of this doctoral thesis it is limited to the acceptance of the use conditions set by the following Creative Commons license:  <https://creativecommons.org/licenses/?lang=en>



Universitat Autònoma
de Barcelona

El ejército sublevado en la Guerra Civil Española.
Experiencia bélica, fascistización y violencia
(1936-1939)

TESIS DOCTORAL

2019

Doctorando: Miguel Alonso Ibarra

Director: Javier Rodrigo Sánchez

Programa de doctorado en Historia Comparada, Política y Social

Departament d'Història Moderna i Contemporània

El ejército sublevado en la Guerra Civil Española.
Experiencia bélica, fascistización y violencia
(1936-1939)

Miguel Alonso Ibarra

A mi abuelo.

Índice

Resumen	7
Abreviaturas.....	9
Agradecimientos.....	11
Introducción	15
Marco teórico	25
<i>Sobre los estudios de lo bélico en España: evolución, actualidad y necesidades ...</i>	<i>27</i>
<i>Fascismo y fascistización</i>	<i>37</i>
<i>Guerra fascista.....</i>	<i>42</i>
Marco metodológico	47
¿Una guerra de frentes en calma?	57
Parte I. La construcción del ejército sublevado.....	71
1.- Del Estrecho a Madrid. El impacto de la guerra moderna.....	75
2.- Los problemas de construcción del ejército de masas I. Caos organizativo y falta de medios	89
3.- Los problemas de construcción del ejército de masas II. Una deficiente instrucción	123
4.- El modelo sublevado de masculinidad combatiente y su influencia en la experiencia bélica.....	151
5.- Precariedad, incompetencia y miedo. El modo rebelde de hacer la guerra	189
Parte II. ¿Por qué combatimos? Camaradería, cultura de guerra y socialización ideológica	217
6.- La hermandad combatiente I. La experiencia compartida del trauma y la guerra.	221
7.- La hermandad combatiente II. La camaradería como mecanismo de supervivencia	243
8.- El adoctrinamiento de los combatientes. Prensa y propaganda.....	273

9.- La dimensión ideológica de la cultura de guerra rebelde	301
10.- Los límites del proceso de fascistización	327
Parte III. El ejército como ejecutor del proyecto insurgente. Violencia bélica y políticas de ocupación.....	347
11.- La vigilancia en el seno de las fuerzas armadas. Encuadramiento, control social y represión.....	351
12.- Violencia y políticas de ocupación I (julio-noviembre de 1936) La confluencia entre necesidad militar y proyecto ideológico	389
13.- Violencia y políticas de ocupación II (noviembre de 1936-marzo de 1938) El oasis madrileño y la violencia contingente	425
14.- Violencia y políticas de ocupación III (marzo de 1938-abril de 1936) El fracaso en la contención de la violencia	461
Concluding Remarks/Conclusiones	495
Fuentes y bibliografía.....	511

Resumen

Esta investigación busca abordar el proceso constructivo del ejército rebelde durante la Guerra Civil Española (1936-1939), la experiencia bélica de los combatientes alistados en este contingente, y el papel jugado por el ejército en la definición y construcción del régimen franquista. Analizaré estos tres elementos a través de las tres partes en las que se divide la tesis. La primera conectará el fracaso del golpe de Estado del 17-18 de julio de 1936 con el modo en que se construyó el ejército rebelde. Al mismo tiempo, abordará el proceso de convergencia hacia la guerra moderna que tuvieron que afrontar las tácticas, procedimientos y, en definitiva, el modo de hacer la guerra de los insurgentes. Como se verá en esta primera parte, esto tuvo un papel importante en la conformación de una traumática experiencia de guerra para los combatientes. En la segunda parte, atenderé al proceso de socialización ideológica y adoctrinamiento que el ejército puso en marcha de cara a atraer a los combatientes hacia el proyecto de los rebeldes. Este proceso se vehiculó a través de diversas vías, como la creación de nuevos marcos de referencia que dotaban de significado a la lucha de los soldados, de acuerdo con la ideología fascista que definía a la coalición rebelde; el aprovechamiento de los mecanismos de supervivencia creados por los combatientes en el frente, como la camaradería; o el ofrecimiento de contrapartidas y recompensas tangibles a estos soldados, de cara a compensar su sacrificio en el frente, pero fundamental su apoyo al franquismo. Finalmente, en la última parte abordaré la violencia desplegada por el ejército, pero también por los combatientes. Analizaré aquí los mecanismos de control y coerción implementados por el ejército de cara a llevar a cabo su tarea de limpieza de los disidentes y la anti-España, pero también de atracción de sectores sociales a las “filas” de la insurrección. Aquí, abordaré las contradicciones inherentes a estos objetivos paralelos, fundamentalmente mediante el análisis de las variaciones y modificaciones que sufrieron las políticas de violencia y ocupación desplegadas por el ejército rebelde. En definitiva, lo que esta investigación busca aportar son nuevas perspectivas sobre la experiencia bélica de los españoles durante la Guerra Civil y cómo se puede conectar esto con la construcción de la dictadura franquista.

Abstract

This research aims to understand the building process of the Rebel army during the Spanish Civil War (1936-1939), the war experience of the soldiers enlisted in this contingent, and the role played by the army in the definition and construction of the Francoist regime. I will analyse these elements through the three different parts in which the dissertation is divided. The first one will connect the failure of the coup in July, 17th-18th 1936 with the way in which the Rebel army was built. Also, it will tackle the process of convergence into a modern war that the tactics, proceeding and, at the end, warfare of the Rebel army faced. As shown in this first part, this played an important role in shaping a significantly harsh war experience for combatants. In the second part, I will address the process of ideological socialization and political indoctrination the army put in motion in order to attract soldiers to the Rebels' project. This process was channelled through several ways. First of all, by the creation of new frames of reference which gave significance to the war and soldier's fight, according to the fascist ideology the Rebel coalition had. Secondly, by taking advantage of the survival mechanisms soldiers had created at the front, such as comradeship. And, finally, by offering the soldiers tangible compensations and rewards in order to compensate for their sacrifice at the front, but mainly for their support to Francoism. Finally, the last part will address the violence displayed by the army, but also by combatants. I will analyse here the mechanisms of control and coercion the army implemented in order to fulfil its task of cleanse the dissidents and the anti-Spain, but also to attract several people to the "ranks" of the rebellion. Here, I will shed light on the inherent contradictions of this parallel goals, mainly through an analysis of the variation and modification of violence and occupation policies implemented by the Rebel army. At the end, what this research aims to provide are new perspectives on the war experience of Spanish during the Civil War and how can we connect this with the construction of the Francoist dictatorship.

Abreviaturas

AGA: Archivo General de la Administración
AGM: Academia General Militar
AGMAV: Archivo General Militar de Ávila
AGMG: Archivo General Militar de Guadalajara
AGP: Archivo General de Palacio
AIMCE: Archivo Intermedio Militar de Ceuta
BCMGP: Benemérito Cuerpo de Mutilados de Guerra por la Patria
BL: Bandera legionaria
BM: Brigada Mixta
BBNN: Brigadas Navarras
CE: Cuerpo de Ejército
CGG: Cuartel General del Generalísimo
CTV: *Corpo Truppe Volontarie*
DI: División de Infantería
DIEPR: División de Infantería del Ejército Popular de la República
DNPP: Delegación Nacional de Prensa y Propaganda
EM: Estado Mayor
EPR: Ejército Popular de la República
GGUU: Grandes unidades
SIM: Servicio de Información Militar
SIPM: Servicio de Información y Policía Militar
TNA: The National Archives

Agradecimientos

Una de las preguntas que más teme un doctorando a largo de lo que constituye su primera incursión seria, extensa y profunda en el mundo de la investigación es la consabida “¿Cómo va la tesis?”, especialmente en los estadios finales en los que este se encuentra agotado, superado sistemáticamente por plazos que no cumple, con el cerebro operando a marchas forzadas –muchas veces a más revoluciones de las que debería–, y con una cierta sensación de culpa frente a quienes le plantean dicha cuestión. Desde luego, que esta se formule es algo normal que nace del interés, del cariño, del compañerismo y del respeto de aquellas personas con las que el doctorando convive en su día a día y comparte proyectos de todo tipo, relaciones de toda índole y camaraderías de múltiples clases que en no pocos casos trascienden de lo laboral para incursionar en el terreno de la amistad, o que directamente se construyen desde el segundo. Por eso, la recurrente incomodidad que genera dicha pregunta no es sino la admisión por parte del doctorando de esa impagable deuda que tiene con aquellos que se la formulan, y de la sensación de que por mucho que trabaje, por muchas reflexiones que produzca y por muy satisfecho que pueda llegar a estar con su trabajo quizá no sea suficiente como para poder situarse a la altura de lo recibido. Hoy en día es perfectamente conocida la existencia del denominado “síndrome del impostor”, que en parte nace de la propia inseguridad derivada de la particular forma en que se ha construido la academia, sobre todo en un marco de precariedad absoluta y de exigencia espartana que en muchos casos es incompatible con construir un proyecto de vida digno. Sin embargo, quizá ese síndrome del impostor atenace al doctorando en otro sentido, en uno que tiene mucho que ver con la infinita gratitud que merecen todas esas personas que han hecho posible que investigaciones como la que se condensa en esta tesis doctoral vean la luz. Antes de que el lector o lectora comience a bucear por las ideas, conceptos, fuentes y, a buen seguro, algún desatino que pueblan estas páginas, es imprescindible que conozca a aquellos y aquellas que han hecho posible, de múltiples formas y maneras, que pueda leer la disertación que tiene entre manos. Cuyo orden de aparición, dicho sea de paso, no se correlaciona con su mayor o menor importancia para quien escribe estas líneas.

Siete han sido los años invertidos en este proyecto, un lapso de tiempo en el que han cambiado muchas cosas. Sin ir más lejos, se trata de casi un cuarto de mi vida. Han ido y venido personas, han cambiado las expectativas de futuro, se han generado nuevos horizontes e ilusiones y yo he crecido y madurado tanto en lo personal como en lo laboral. Pero lo que se ha mantenido como una constante a lo largo de estos siete años, proveniente de una relación de muchos más, es una pequeña *familia* construida al calor de muchos momentos compartidos. Y digo *familia*, en cursiva, porque esta es la que se elige, la que uno va conformando a partir de aquellas personas con las que se siente cómodo, con las que decide que va a desconectar de todos los problemas y preocupaciones, como por ejemplo esta misma tesis doctoral. Hace justo un año hablaba, en un feliz evento que nos reunió a todos, de esa *familia*, que no es sino un hogar sin lugar concreto, itinerante, que se reproduce allá donde estemos algunos de sus integrantes reunidos en torno a unas cervezas. La vida nos ha llevado por caminos que no siempre se entrecruzan en lo geográfico,

y por lo que parece eso no ha hecho más que empezar. Pero siempre nos las ingeniamos para juntarnos y mantener vivo nuestro vínculo. Estas páginas hablan de cosas muy diferentes a las que nosotros solemos hablar, pero nuestras conversaciones se han visto reflejadas en ellas. Sin la constancia en mi vida de esa *familia* yo no sería lo que soy ahora, y tendré siempre una deuda inmensa con todos ellos. Con Guaji, con Álvaro, con Daniel, con Héctor y con Nacho. De nuevo, el orden de aparición no denota la importancia, porque el tejido de experiencias nos une a todos por igual y resultaría artificial intentar desenmarañarlo. Que nos mantengamos hoy como hace más de una década creo que solo es el reflejo del triunfo de nuestra voluntad de seguir construyendo esta *familia*. La vida nos lo ha puesto complicado en ocasiones, pero si nuestra amistad es capaz de sobrevivir a una partida de guiñote, Trivial o Catán, creo que somos inmunes a todo lo demás.

Decía que en los siete años empeñados en esta investigación han cambiado muchas cosas, fundamentalmente yo mismo. Una parte de ese cambio tiene que ver con mi modo de entender el oficio de historiador, lo que ha tenido una influencia decisiva en la concepción de esta tesis doctoral. Y no se explicaría sin la relación de amistad y de compañerismo forjada con muchas personas a las que he conocido en este tiempo. En primer lugar, y aquí el orden sí es importante, he de mencionar a mi compañero de fatigas David Alegre, al que para ser justos me une una relación que se remonta a un año antes, al verano de 2011 en el que andábamos con Jose y Samuel a la búsqueda de piso por Barcelona. Tantos momentos compartidos, tantas conversaciones –las absurdas y las que no–, tantas tonterías y majaradas y, en definitiva, tanto camino juntos convierten tu figura en indisoluble de toda esta larga trayectoria entre papeles de archivo, libros y congresos varios. Todo lo cual ha ejercido de inmenso subterfugio que nos ha permitido forjar una profunda amistad. Tu constante estímulo me ha permitido mejorar, desde luego como historiador, pero también como persona. Siento una tremenda deuda de gratitud por todo lo vivido, y espero que estos años no hayan sido sino el prólogo de lo que está por venir. Como no puede ser de otro modo, ese futuro lo compartiremos con nuestros colegas y amigos del Grup444, verdaderos artífices de lo que somos. De entre ellos, Javier Rodrigo ha sido una persona fundamental durante este último cuarto de mi vida. Maestro es una palabra de una envergadura más que considerable, pero creo que se queda corta respecto a la relación construida, que en justicia ha de definirse como amistad. Uno da lo mejor de sí mismo cuando trabaja en un ambiente de comodidad y en el que se sabe con la confianza de aquellos que capitanean la nave. Esa libertad, que también llevada aparejada la justa exigencia, me ha permitido crecer como investigador, pero también ganar confianza en mí mismo. Hay muchas formas de dirigir una tesis, pero la cercanía y la confianza creo que son las mejores enseñanzas. Espero que esta tesis esté a la altura de lo recibido.

Por supuesto, no puedo olvidarme de dos personas sin las resultaría imposible entender la arqueología de esta investigación. A Félix Gil le doy las gracias por haber creído en que un tipo sin beca y con un par de comunicaciones en su haber podía aportar algo a la *Revista Universitaria de Historia Militar*. Esa confianza ciega, ni siquiera construida sobre los firmes cimientos de los que proveen varias pintas compartidas, cambió de forma radical los límites de mi universo historiográfico, dándome la oportunidad de trabajar en conexión directa con la materia prima de un campo de estudio que a la postre se ha convertido en mi medio natural. Seguimos al pie del cañón de la RUHM, intentando

seguir haciendo grande el proyecto que casi de forma suicida lanzaste al mundo allá por 2012. Cuesta, pero somos inasequibles al desaliento. De hecho, en esa labor de predicar la palabra de los estudios de lo bélico está también involucrado Francisco J. Leira. Ambos trabajamos lo mismo, y empezamos a hacerlo desde puntos muy divergentes. Pero poco a poco, a puro de las pocas veces que nos hemos visto, lo que no es óbice para la solidez de nuestra amistad, y de las muchas conversaciones hemos ido convergiendo hacia puntos más cercanos. Su huella se deja sentir en uno de los capítulos de esta tesis más que la de ningún otro.

Sin embargo, si de confianza hablamos es insoslayable mencionar a Francisco Morente. Su apuesta por mí fue un antes y un después, ya que me permitió desarrollar mi trabajo durante varios años más y me dio una oportunidad de futuro por la que le estaré siempre agradecido. De igual modo, tengo que mencionar a Ferran Gallego, cuyo monumental trabajo me ha permitido tener una base segura desde la que construir las reflexiones e interpretaciones que pueblan esta tesis. Quizá el resultado final haya divergido notablemente de la idea original, pero sin ese concepto primigenio, en el cual su trabajo tuvo una importancia crucial, la presente investigación no sería lo que es. Tampoco puedo olvidarme de compañeros como Josep Puigsech, José Luis Martín Ramos, Alejandro Andreassi o Joan Serrallonga, todo ellos del Grup d'Estudis República i Democràcia. El continuo apoyo que han mostrado a los proyectos en los que me he embarcado junto a David han sido muy importantes para mi formación como historiador, y buena parte de lo conseguido no hubiera sido posible sin esa toda esa confianza.

En última instancia, a nivel académico tengo que nombrar a toda una serie de personas que a lo largo de diversos momentos y etapas me han brindado su cariño y su compañerismo de las más diversas formas. Hablo de Xosé Manoel Núñez Seixas, José Luis Ledesma, Miguel Ángel Ruiz Carnicer, Jesús Gascón, Emilio Grandío, Miguel Ángel del Arco, Francisco Cobo, Maximiliano Fuentes, Javier Muñoz Soro, Pilar Mera, Julio Ponce, Pedro Rújula, Manuel Chust, Alan Kramer, John Horne, Jeff Rutherford, Franziska Zaugg, Carlos Domper, Carlos Píriz, Joan Pubill, Daniel Aquillué, Matteo Tomasoni, Claudio Hernández, César Rina, Alfonso Bermúdez, Ángel Alcalde, Assumpta Castillo, Eduardo Higuera, Isaac Martín, Lovro Kralj, Ronan Macnamara, Mark Jones, Alessandro Salvador y Steffen Lind Christensen. A todos ellos, gracias por los momentos compartidos y por la fe depositada. Aunque sean de ciento a viento, más espaciados de lo que uno desearía, la cercanía que los define es lo que les confiere un enorme valor. Si me dejo a alguien, y seguro que es así, le pido disculpas. Además, también quería reconocer el trabajo de toda la gente que me brindó su ayuda en los múltiples archivos que visité, fundamentalmente en Ávila y Ceuta.

Estos agradecimientos están llegando a su final, y eso me recuerda a un final que es principio. A una persona que habiendo llegado casi al final de todo lo que aquí se relata, de todo lo que aquí se menciona y agradece, se ha convertido en el principio de un futuro increíble que está por venir. Antes decía que siempre hay un hogar allá donde nos juntamos los miembros de mi *familia*. Y eso se explica por una simple razón: porque el hogar es donde se encuentra el corazón. El mío está, mientras escribo estas líneas, junto a una persona que duerme a 289 kilómetros de distancia. Junto a la persona que por una casualidad que agradeceré eternamente ha puesto patas arriba mi vida. Sin ti, Carlota, ni yo

sería lo que soy a día de hoy, ni esta tesis habría podido llegar a buen puerto en el modo y en el momento en que lo ha hecho. Sin ir más lejos, el impulso final vino estando juntos mientras visitábamos el pasado medieval de las Cinco Villas. Has estado a mi lado en el peor momento de una tesis, su recta final y su escritura. Por eso quiero agradecerte tu aliento y paciencia, tus ánimos y tu constante voluntad de facilitar que pudiera dedicarme a esta otra mujer de mi vida que ha sido la tesis. Pero, fundamentalmente, todas las veces que has dicho que estabas orgullosa de mí, que no es sino el reflejo del amor profundo y sincero que hemos construido desde aquel 8 de octubre de 2016. Ah, y muy importante, el ratón que me prestaste para las últimas semanas de trabajo. Puede parecer una tontería, pero mi universalmente conocida paciencia no lo hubiera soportado sin esa pequeña aunque crucial contribución. Soy consciente de que te debo un verano y una Semana Santa, pero espero pagártelo con toda una vida juntos.

Empezaba estos agradecimientos con una *familia*, esa que uno puede elegir. Pero mi otra familia, la que me tocó en suerte en esta vida, se asemeja mucho a la primera en una cuestión: la escogería sin dudarlo. Desde las reuniones de Paniza hasta las sempiternas celebraciones navideñas, pasando por la fila 7 de la Grada Sur de La Romareda, el cariño de toda ella ha servido como combustible a lo largo de estos siete años. Sin embargo, ha sido en el núcleo más pequeño donde he encontrado un apoyo incondicional, contra viento y marea, del cual siempre seré deudor. La particular geografía de esta investigación me ha permitido compartir muchos más momentos con mi hermana y mis sobrinos de los que hubiera podido pensar mirando la distancia que nos separa. Con el ejemplo de Carolina he visto que con trabajo y dedicación se puede ser el mejor, si eres constante y le pones empeño. A ella y a Berni les agradezco su apoyo logístico durante todos estos años. Bernat me ha enseñado que la sensibilidad es un don muy preciado que solo le es concedido a unos pocos, y estoy seguro que ese don le llevará muy lejos en la vida. Viendo jugar a Pol he podido recordar de nuevo el poder de la imaginación, y ser testigo de cómo un pequeño salón puede convertirse en un campo de batalla que nada envidia al de Cannas. Según parece, Barcelona y la calle Andrade eran el centro de operaciones ideal para desarrollar esta investigación. Por supuesto, no me olvido de mi sobrino mayor, Alejandro, del cual estoy muy orgulloso de lo que ha conseguido. Disfruta de esta etapa de tu vida, te la has ganado. Pero en especial he de dedicar esta tesis a tres personas. A mis padres, Isabel y Miguel Ángel. De mi madre he aprendido a no rendirme nunca, a luchar por lo que quiero y a perseverar hasta el final. De mi padre, a ser mi primer crítico y a tener una ambición constante por mejorar, pero también a no esconder quién soy. A ambos les debo el que me hayan apoyado y ayudado a perseguir mis metas a través de un largo e incierto camino, del que todavía quizá no se vislumbra el final. El saber que les tenía empujando junto a mí es lo que me ha permitido volar. Mil gracias. Y, por último, a mi abuelo Lorenzo. Escribiendo esta tesis doctoral no puedo dejar de pensar en él, en cómo su vida estuvo marcada por la experiencia de la guerra. Siempre recuerdo que cuando era niño me contaba historias de aquella época y que yo a veces le decía: “Pero abuelo, ¿a ti te mataron en la guerra?” Quizá de esas preguntas, tan maravillosamente lógicas para un niño de 5 o 6 años, nació mi pasión por la Historia.

Zaragoza, 5 de mayo de 2019

Introducción

El 17 de julio de 1936 una parte importante del ejército español, apoyada por toda una serie de partidos y organizaciones políticas del espectro contrarrevolucionario, se levantó en armas contra el gobierno de la Segunda República, en ese momento liderado por el Frente Popular tras su victoria en las elecciones de febrero del mismo año. Sin embargo, los objetivos que se había marcado la coalición golpista no pudieron ser alcanzados, debido a la resistencia de otros sectores de las fuerzas armadas y policiales y a la oposición en la calle de las organizaciones obreras y de izquierdas en forma de milicias, quienes mejor o peor avenidos consiguieron sofocar la rebelión en ciudades clave como Madrid, Barcelona y Valencia. El fracaso del golpe propició el inicio de una guerra abierta que, pasando por diversas fases, se extendió a lo largo de casi tres años devastando por completo el país, y que tuvo su conclusión formal, el 1 de abril de 1939, «cautivo y desarmado el Ejército Rojo», si bien prosiguió en formas irregulares y asimétricas hasta finales de la década de los 40 y principios de la de los 50.¹ A partir de entonces, lo que se había ido gestando durante el conflicto como un “Estado campamental”, tal y como lo definiese Ramón Serrano Suñer, devino en la creación de un régimen de carácter fascista, vehiculado en torno a un partido de masas cuya forja había acontecido al calor de la movilización bélica tanto en la retaguardia como en los frentes de combate. Este proceso constructivo fue esencial para la conformación del franquismo debido a la síntesis que operó sobre los diversos actores político-sociales que integraban la coalición golpista, amalgamando toda una serie de visiones diferentes acerca de cómo debía organizarse España bajo el paraguas de un proyecto político común.² Pero, del mismo modo, fue fundamental por el crecimiento exponencial que comportó en términos cuantitativos. De este modo, no pocos de los centenares de miles de individuos que formaban y formaron un ejército tan heterogéneo como lo era la España del momento engrosaron las filas de los apoyos sociales a la

¹ Fernando DÍAZ-PLAJA: *La Guerra de España en sus documentos*, Barcelona, Ediciones G.P., 1969, p. 509. Esta idea en Jorge MARCO y Mercedes YUSTA RODRIGO: “Irregular War, Local Community and Intimate Violence in Spain (1939-1952)”, *European History Quarterly*, 49:2 (2019), pp. 231-249.

² Ferran GALLEGO: *El Evangelio fascista. La formación de la cultura política del franquismo (1930-1950)*, Barcelona, Crítica, 2014. Este proceso de convergencia, de fascistización como parte de la historiografía lo ha denominado, tuvo sus inicios en la etapa republicana, ejerciendo la guerra como un elemento catalizador. En este sentido, como referentes insoslayables del marco teórico de esta tesis doctoral véanse Alejandro ANDREASSI CIERI, Ferran GALLEGO y Francisco MORENTE: *Fascismo en España. Ensayos sobre los orígenes sociales y culturales del franquismo*, Barcelona, El Viejo Topo, 2005; o Ferran GALLEGO y Francisco MORENTE: *Rebeldes y reaccionarios. Intelectuales, fascismo y derecha radical en Europa*, Barcelona, El Viejo Topo, 2011. Como contrapunto a esta interpretación del proceso de fascistización véanse Ismael SAZ: *Fascismo y franquismo*, Valencia, PUV, 2004; o Eduardo GONZÁLEZ CALLEJA: “La violencia y sus discursos: los límites de la ‘fascistización’ de la derecha española durante el régimen de la Segunda República”, *Ayer*, 71 (2008), pp. 85-116. Estudios de caso sobre diversos partidos y organizaciones que jugaron un papel esencial en dicho proceso en Emilio GRANDÍO SEOANE: *Los orígenes de la derecha gallega. La C.E.D.A. en Galicia (1931-1936)*, Sada, Ed. do Castro, 1998. Pedro GONZÁLEZ CUEVAS: *Acción Española. Teología política y nacionalismo autoritario en España (1913-1936)*, Madrid, Tecnos, 1999. Fernando DEL REY REGUILLO (dir.): *Palabras como puños. La intransigencia política en la Segunda República Española*, Madrid, Tecnos, 2011. Eduardo GONZÁLEZ CALLEJA (coord.): *Contrarrevolucionarios. Radicalización violenta de las derechas durante la Segunda República, 1931-1936*, Madrid, Alianza, 2011.

dictadura, en sus diferentes gradaciones y manifestaciones.³ Un proceso que se vehiculó a través de lo político-ideológico y de lo pragmático, y que en todo caso tuvo su marco de desarrollo en las experiencias de la guerra, el adoctrinamiento, y la violencia. Y es precisamente ahí donde se sitúa esta tesis doctoral, en el análisis y comprensión de la experiencia bélica del colectivo de combatientes que lucharon en las filas del ejército sublevado. Una experiencia que tuvo muchos elementos de cotidianidad alejados del plano épico que le quisieron conferir los propagandistas rebeldes pero que, sin embargo, no se puede entender desconectada del marco ideológico en el que se insertó, ni sin el resultado al que dio lugar, esto es, el régimen franquista.

Los centenares de miles de combatientes que pasaron por las filas del ejército sublevado tenían innumerables procedencias geográficas, vitales, culturales, políticas y sociales. En definitiva, multitud de orígenes diversos. Sin embargo, tras su paso por las unidades militares como consecuencia de su alistamiento voluntario o de su movilización forzosa, muchos de ellos mostraron su apoyo o aquiescencia hacia al nuevo régimen, lo que en buena medida se explica por el hecho de que tomaron parte de una determinada cultura bélico-política y de la socialización de una serie de valores comunes adquiridos durante el tiempo que sirvieron en el frente. ¿Cómo se construyeron esa cultura y esos valores? ¿Qué mecanismos se utilizaron para su difusión? ¿En qué medida fue efectivo el proceso de socialización ideológica que puso en marcha el ejército sublevado con el fin de construir apoyos sociales entre los soldados que servían en sus filas? Entender dicho proceso, definir sus límites, analizar sus contenidos, atender a sus múltiples facetas y ponderar su eficacia constituyen objetivos centrales de esta tesis doctoral.

Sin embargo, para analizar este complejo proceso resulta insuficiente centrarnos solo en cómo se llevó a cabo el adoctrinamiento de los combatientes, ya que desligarlo del conjunto de la experiencia bélica ofrecería una explicación incompleta e inconexa. De este modo, el estudio de cómo el ejército sublevado libró la Guerra Civil, de la evolución de las formas de combatir al calor del advenimiento de la guerra moderna, de los retos y problemas que hubo de enfrentar y, en definitiva, del marco en el que los soldados vivieron y experimentar su paso por el frente resulta una cuestión clave. ¿Cómo vivieron los soldados sublevados la guerra? ¿Qué dificultades tuvo que afrontar el bando rebelde en la construcción de un ejército de masas? ¿Hasta qué punto esas dificultades condicionaron la experiencia bélica de los combatientes? ¿Cuál es la relación entre el modo en que se libró la guerra y la capacidad de penetración del discurso ideológico-propagandístico del bando sublevado? Respondiendo a estas preguntas se ahondará en la reconstrucción del marco experiencial, bélico, en el que vivieron muchos españoles durante casi 3 años y que deviene un aspecto fundamental para entender el impacto que la guerra tuvo en ellos y cómo la codificaron en su memoria.

³ Ángel ALCALDE: *Los excombatientes franquistas. La cultura de guerra del fascismo español y la Delegación Nacional de Excombatientes (1936-1965)*, Zaragoza, Prensas de la Universidad de Zaragoza, 2014. No obstante, una parte de ellos fue instrumentalizada para sus propios objetivos de legitimación por parte del régimen. Véase *Ibidem*, pp. 213-215. A este respecto es también relevante Claudio HERNÁNDEZ BURGOS: "Bringing back Culture: Combatant and Civilian Attitudes during the Spanish Civil War, 1936-1939", *History. The Journal of the Historical Association*, 101:346 (2016), pp. 448-463.

Ahora bien, una última dimensión resulta crucial en el estudio aquí planteado, y esta no es otra que la de la violencia, tanto la desplegada por las unidades y los combatientes sobre el terreno como la implementada por el ejército en el marco del proceso de movilización y encuadramiento. Esta jugó un papel esencial en la construcción del proyecto político de los sublevados por dos cuestiones fundamentales. Por un lado, debido a su función como instrumento de profilaxis del cuerpo social de la nación. Y, por otro, por su propia dimensión depurativa de la comunidad nacional de puertas para adentro. Entender la violencia implementada en el espacio del frente de batalla –tanto en los propios choques armados como en los primeros momentos de las ocupaciones de pueblos y ciudades, en la vida cotidiana de las unidades militares de primera línea y en otras tareas de retaguardia no directamente relacionadas con la depuración política– y su relación con los marcos de referencia ideológicos construidos por el discurso rebelde, pero también con dinámicas cotidianas propias de cualquier escenario bélico, resulta un elemento crucial para comprender el marco en el que se insertó la experiencia bélica de los combatientes y el rol jugado por el ejército como instrumento de construcción de la comunidad nacional. ¿Cómo se articularon las funciones depurativas del ejército insurgente? ¿Qué objetivos perseguía la violencia bélica implementada por el bando sublevado? ¿Cuáles fueron sus formas y su evolución? ¿Cómo experimentaron y codificaron la violencia sus ejecutores? ¿Qué motivaciones subyacían a la comisión de desmanes, crímenes y otro tipo de excesos por parte de los combatientes? Estas cuestiones conformarán la línea por la que discurrirá el análisis de la violencia intrínseca a la propia experiencia de guerra, ya fuese en el marco del proceso de movilización o en la conducta de los combatientes sobre el terreno.

Así pues, esta tesis aborda el proceso de construcción del ejército rebelde durante la Guerra Civil Española, reconstruye la experiencia bélica de los combatientes sublevados y pondera el papel jugado por esta institución en la puesta en marcha del proyecto político-social de la coalición rebelde, epitomizado en el carácter fascista que adoptó el régimen nacido de la victoria hasta por lo menos mediados de los años 40. En este sentido, lo que se busca demostrar es cómo la marcha de la guerra y la construcción del franquismo fueron dos procesos íntimamente relacionados, y de qué modo ambos objetivos se influyeron mutuamente a través del estudio de tres elementos fundamentales. Por un lado, la progresiva conformación del ejército sublevado como un contingente de masas al calor de una contienda sobrevenida y cómo ello determinó las capacidades de victoria del bando rebelde, lo que tuvo una influencia decisiva en la experiencia de los combatientes y en el modo en que se fue construyendo el Nuevo Estado. En segundo término, la propia experiencia bélica de los soldados rebeldes, puesta en relación con el elemento anterior y atendiendo, además, a cómo sus particulares condiciones generaron codificaciones específicas del hecho bélico y del paso de estos individuos por el frente, favorecieron la creación de mecanismos de supervivencia como la camaradería, y crearon entre esa masa combatiente toda una serie de necesidades que pudieron ser aprovechadas por el Nuevo Estado para ampliar sus apoyos sociales. De hecho, se parte de la idea de que la Guerra Civil Española fue el escenario formativo del fascismo español y, consecuentemente, de la base social que sostuvo al régimen franquista, conformada al calor de la movilización para una guerra total. Un proceso en el que la inmersión en el marco de una determinada cultura

bélica, pero nutrida también por elementos ideológicos, resultó fundamental. En última instancia, la tercera vía de análisis será el estudio de la violencia desplegada por el ejército rebelde, como reflejo de varias cuestiones. Por un lado, de que los objetivos militares e ideológicos estaba perfectamente imbricados entre sí, confiriendo al ejército un papel fundamental en la conformación del régimen franquista, no solo en lo que la victoria bélica refiere sino también en labores de control, consenso y coerción. Sin ir más lejos, el ejercicio de parte esa violencia no contribuía sino a dar forma al proyecto político-social de los insurgentes. Además, a este respecto se sugerirá también la utilidad del concepto de guerra fascista como herramienta analítica del modo de hacer la guerra empleado por el bando rebelde en determinados momentos del conflicto, lo que permitiría su conexión y comparación con otras experiencias de fascismos en guerra. Y, por otra parte, se abordará el particular uso de dicha violencia como muestra de las inherentes contradicciones existentes entre las dimensiones coercitiva y de generación de apoyos sociales, en buena medida por la construcción de una serie de marcos de referencia que generaron comportamientos y culturas violentas difíciles de erradicar según el esquema utilitarista que el ejército aplicó a sus políticas de ocupación y a la permisividad hacia conducta de las tropas, al menos en el espacio del frente.

No obstante, cabe realizar una serie de puntualizaciones respecto a una de las cuestiones más susceptibles de debate en la presente investigación, como es la de la socialización ideológica de los combatientes, correlacionada con su propia experiencia bélica y con las necesidades tanto del ejército como del Nuevo Estado.⁴ En tanto que proceso efectivo y que hubiese cumplido sus objetivos, no pretendo extrapolar esta socialización ideológica a la totalidad de los soldados del bando rebelde, ya que parto del reconocimiento de la enorme heterogeneidad –política, en el caso que nos ocupa aquí, aunque también en otros aspectos como antes mencionaba– del contingente rebelde, tal y como han señalado diversas investigaciones.⁵ Un heterogeneidad evidente en el momento de la movilización pero que también estuvo presente durante la contienda y en la posguerra, aunque con tendencia hacia una cierta homogeneización en determinados aspectos por efecto del encuadramiento militar. Por ende, reconozco los límites de dicha socialización ideológica, algo de lo que me ocuparé específicamente en uno de los capítulos de esta tesis. Sin embargo, lo que aquí se plantea es que ese proceso existió, afectó a un número importante de combatientes y generó un poso de elementos ideológicos compartidos que dieron forma a una cultura bélico-política común. Si bien diferiría de la construcción mito-poética que el discurso propagandístico elaboró sobre la figura del combatiente sublevado, dicha cultura incorporaría, al menos en su dimensión más política, una serie de componentes básicos que permitirían una identificación, procesada y adaptada a cada

⁴ En la presente tesis doctoral se pondrá el foco sobre el espacio del frente y los combatientes, lo que no implica la inexistencia de un proceso de socialización ideológica en la retaguardia, que apuntó en la misma dirección al aquí estudiado. De este modo, ambos procesos discurrieron, aun con diferencias entre ellos, de forma paralela. Véase Javier RODRIGO: “Presentación. Retaguardia: un espacio de transformación”, *Ayer*, 76:4 (2009), pp. 13-36.

⁵ Véanse James MATTHEWS: *Reluctant Warriors. Republican Popular Army and Nationalist Army Conscripts in the Spanish Civil War, 1936-1939*, Oxford, Oxford University Press, 2012; o Francisco J. LEIRA CASTIÑEIRA: *La socialización de los soldados del ejército sublevado (1936-1945). Su papel en la consolidación del Régimen franquista*, Tesis doctoral inédita, Universidade de Santiago de Compostela, 2018.

contexto particular, con el nuevo régimen. En este sentido, la socialización ideológica no se entiende como la comprensión y adopción plena y consciente de los principios doctrinales del franquismo en toda su complejidad. Lejos de eso, hablo de un proceso de permeación ideológico-cultural sobre la base de unas ideas-fuerza, contenidas en el seno de un magma cultural construido al calor de la guerra, que conformarían unos marcos de referencia concretos acerca de la organización política, social y cultural de España, y que se identificarían en buena medida con los definidos por el posterior régimen franquista.⁶

Sin embargo, no solo la cultura de guerra construida en el frente ejerció como vector de socialización ideológica, sino que la labor propagandística se articuló, quizá con mayor relevancia, en el plano de lo pragmático. En este sentido, como planteaba, la propia experiencia bélica jugó un papel decisivo, pues buena parte de esta propaganda se orientó hacia la asistencia al combatiente, tanto durante el conflicto como en la posguerra, una cuestión en la que se incluía por ejemplo la cobertura frente a las heridas de guerra, que en un marco de escasez de políticas asistenciales por parte del Estado resultaba crucial para los propios soldados y para el mantenimiento de sus familias. De este modo, los apoyos y lealtades hacia el Nuevo Estado, es decir, la socialización de esas ideas-fuerza a las que aludía, se imbricaron con una amplia oferta de contrapartidas, recompensas y ayudas que convertían a los combatientes, al menos *a priori*, en una clase especialmente beneficiada por el régimen, tanto en pago por su sacrificio en el frente como para que mostrasen su aquiescencia. Así, ese proceso de ideologización no tuvo una única dimensión discursiva, sino que también descendió al terreno de lo pragmático, que en buena medida era el escenario que le podía ofrecer mejores resultados. En cualquier caso, toda esa oferta asistencial se insertó en una serie de marcos de referencia, se barnizó con un amplio abanico de lenguajes politizados, y en buena medida comportó todo un conjunto de actitudes por parte de los sujetos a los que iba dirigida que hacen imposible disociarla de los objetivos de fascistización que tenía el bando rebelde.

Tras el recorrido por las principales preguntas que articulan la investigación aquí presentada, así como por las cuestiones en las que se incidirá y las hipótesis que se busca defender, considero oportuno plantear un pequeño esbozo de cómo se estructurará la tesis. En primer lugar pasaré a describir el marco teórico en el que se encuadra el proyecto. Por una parte, se definirá lo que constituye la experiencia bélica y cómo esta ha sido abordada por parte de lo que ha venido a llamarse como “nueva historia militar”.⁷ Sin ir más lejos, el aporte metodológico de estos nuevos enfoques en el seno de los *war studies* es crucial para entender los entresijos de una tesis como esta.⁸ De igual modo, se abordará un debate

⁶ Esta forma de entender lo ideológico ha sido sugerida, para el caso de los fascismos, por diversos historiadores. Véanse Giulia ALBANESE y Roberta PERGHER (eds.): *In the Society of Fascists. Acclamation, Acquiescence, and Agency in Mussolini's Italy*, Basingstoke, Palgrave MacMillan, 2012. Ferran GALLEGRO: *El Evangelio fascista...*, pp. 893 y ss; Kate FERRIS: *Everyday Life in Fascist Venice, 1929-1940*. Basingstoke, Palgrave-Macmillan, 2012.

⁷ Peter PARET: “The New Military History”, *Parameteres*, 31 (1991), pp. 10-18.

⁸ Empleo aquí el término estudios de lo bélico, más que el de historia militar, para ajustar la traducción inglesa al castellano. En inglés, el concepto de *war studies* engloba igualmente tanto el plano de lo puramente militar, es decir, fuerzas armadas y lo relacionado con estas, como el plano de lo civil que se ve afectado por los conflictos armados. Así, dentro de las competencias de los estudios de lo bélico entraría esa visión de la guerra como acontecimiento con profunda influencia en la sociedad. Sin embargo, mediante la traducción de dicho término como “historia militar” entiendo que se deja fuera toda esa dimensión ajena

crucial para esta investigación como es el de la mayor, menor o nula influencia de la ideología en las experiencias bélicas de los combatientes, con especial incidencia en aquellos casos que permiten ser utilizados como elementos comparativos para esta investigación, esto es, los de los fascismos en guerra, fundamentalmente el de la Alemania de Hitler, que es donde más recorrido ha tenido dicho debate. Seguidamente, se abordará la definición y disección del ya mencionado concepto de guerra fascista, sus límites, su potencial interpretativo y su inserción dentro de la construcción general del concepto de guerra total. Finalmente, entrando ya en el caso español se abordará la situación de los estudios en torno a la experiencia fascista y la generación del consenso, y se establecerá un posicionamiento crítico respecto a ellos que luego será la base de la interpretación construida en torno al objeto de estudio de la tesis.

De igual forma, cómo ha sido estudiada la experiencia bélica de los combatientes de la Guerra Civil Española, tanto en lo que respecta al análisis “a ras de suelo” como en lo referente, de forma más concreta, al colectivo de los soldados del bando rebelde, se desarrollará desde un punto de vista más historiográfico y de estado de la cuestión, esencialmente debido a la escasez de trabajos en torno al tema. En cualquier caso, en este primer apartado referente al marco teórico se evitará realizar un recorrido completo, exhaustivo y al uso de todos los campos de estudio tratados –si bien sí se comentarán más pormenorizadamente algunos de ellos–, por considerarse en cierto modo reiterativo teniendo en cuenta el resto de secciones de la introducción, que se explicarán a continuación. A lo largo de ellas, así como del propio cuerpo de la tesis, se irán desgranando los principales referentes historiográficos sobre los que se sustenta la investigación, con lo que considero que habida cuenta los innumerables estados de la cuestión que recogen la evolución de los estudios en los campos específicos que va tocando esta investigación, un nuevo compendio de los trabajos producidos hasta la fecha sería poco ágil y aportaría poca novedad.

Una vez definido el marco teórico, se apuntarán una serie de consideraciones metodológicas relativas al modelo de análisis utilizado. Por un lado, se justificará la tipología de fuentes seleccionadas y empleadas para abordar el objeto de estudio, ponderando el potencial explicativo e interpretativo de las mismas y definiendo sus límites. Esto será especialmente relevante para el aparato empírico de índole cultural, es decir, la literatura memorialística generada por los combatientes sublevados durante y tras la guerra, la cual constituye una parte significativa del total de las fuentes a empleadas. Siendo consciente de los diversos problemas de veracidad, representatividad y afinidad ideológica con el discurso imperante –el del franquismo en este caso– que presentan este tipo de obras, se abrirá una amplia discusión sobre su validez como fuentes de primer orden, valorando también sus límites y explicando los filtros a través de los cuales ha de ser procesada la información que presentan. Finalmente, se incluirá un último apartado en el que mediante

a lo puramente castrense, toda vez que la historiografía española en este campo se encuentra aún netamente infradesarrollada si la comparamos con sus homólogas europeas. Por este motivo, y para así establecer un elemento de diferenciación y de ruptura con la historiografía previa, se usa el término de estudios de lo bélico, que permite subrayar esa dimensión de análisis que va más allá de lo puramente militar, adentrándose en los terrenos de lo social, lo cultural y lo político.

una breve referencia al historial operativo de una división estacionada en un frente tranquilo, la 17 DI (en adelante, DI), se justificará cómo, pese a las diferencias existentes entre los distintos frentes de la guerra, los soldados tuvieron una experiencia con innumerables puntos en común, lo que permitiría hacer extensivo el análisis al conjunto del ejército insurgente.

Entrando ya en el cuerpo de la tesis, la primera parte tratará de describir los límites, dinámicas y naturaleza de la experiencia bélica vivida por los combatientes del bando sublevado durante la Guerra Civil. Se llevará a cabo una reconstrucción del modo cambiante en que el bando sublevado libró la contienda, analizando para ello los diferentes problemas que tuvo en la construcción de un ejército de masas para una guerra total, así como en la adaptación a las nuevas formas de hacer la guerra, que diferían ampliamente de las tipologías de la Gran Guerra o de la guerra colonial librada en el Rif en los años 20 y 30. De este modo, se estudiarán órdenes de operaciones, directivas de tácticas y técnicas de combate, instrucciones específicas a las unidades, estadillos de bajas e informes generados por los mandos rebeldes donde se evidencian los múltiples problemas que tuvo que enfrentar el ejército. Elementos que, dicho sea de paso, permitirán sugerir los límites del poder del ejército y el Estado rebeldes. Igualmente, un aspecto muy relevante será el estudio de los mecanismos de movilización y transformación de todos los conscriptos en combatientes eficientes, un punto crucial a la hora de entender el porqué de esos problemas a los que hacía referencia. Y, además, un proceso en el que tuvo un papel significativo el discurso de la “nueva” masculinidad combatiente, que ejercía como telón de fondo del modo en que era significada la experiencia de los soldados en el frente y que, por este motivo, será diseccionado en uno de los capítulos de esta primera parte. De esta forma, el grueso de las fuentes que compondrán esta primera parte serán de archivo, si bien es cierto que toda esa documentación militar irá acompañada de fragmentos de memorias de soldados que refuercen y corroboren las ideas planteadas.

Una vez analizada la parte más experiencial a nivel de cómo se llevó a cabo la guerra, la segunda parte estará dedicada a las percepciones de la misma desde la óptica de sus protagonistas. El aparato empírico cultural, esto es, las memorias, será el que conforme la espina dorsal de este capítulo, si bien se combinará en determinados momentos con fuentes de índole archivística, sobre todo en lo que respecta al análisis de los mecanismos de adoctrinamiento y propaganda en el seno de las unidades rebeldes. Así pues, se analizarán tres cuestiones fundamentales. Por un lado la construcción de los lazos de camaradería entre los combatientes y cómo esta dimensión fue crucial para la supervivencia en la guerra y, de forma complementaria, para la socialización de la cultura de guerra conformada en las trincheras. Se trata de una cuestión en la que el rol jugado por las figuras referenciales en el seno de las unidades, como oficiales o capellanes, será esencial. De este modo, lo que se abordará será la percepción que los soldados tenían de su propia experiencia a nivel prosaico, las relaciones entre camaradas y la generación de una identidad común sobre la base del sufrimiento compartido. Seguidamente, se desgranará cómo ese proceso de adoctrinamiento fue articulado por los diferentes mecanismos e instrumentos que a tal efecto construyó el bando sublevado, a saber, la denominada “instrucción moral”, las charlas patrióticas, el reparto de prensa u otras iniciativas destinadas a mejorar la vida de soldado. Para ello, se trabajarán las órdenes, normas y directivas dadas

por los Estados Mayores (en adelante, EM) de ejércitos y divisiones, por el Cuartel General del Generalísimo (en adelante, CGG) y por la Delegación Nacional de Prensa y Propaganda (en adelante, DNPP), y por supuesto los productos de dichas instrucciones, tales como las directrices concretas de propaganda o el contenido de las charlas patrióticas. De hecho, se hará hincapié en los temas de esta propaganda en tanto que formas de generar lealtades con la masa combatiente a través de, como planteaba, el ofrecimiento de recompensas y beneficios, tanto a los propios soldados como a sus familias, en pago por la lealtad y el sacrificio en el frente.

Por otro lado, también será objeto de estudio en esta segunda parte el discurso codificado en la literatura memorialística, es decir, la cultura política que se erigió como forma de interpretar la guerra y la experiencia de los combatientes desde la perspectiva de la propaganda. Se trabajará sobre el tipo de lenguaje utilizado y sobre los temas más recurrentes, que referirán esencialmente a esas lecturas del conflicto de cariz más político. En este sentido, no se pretende ofrecer una nueva disección de la cultura política del fascismo español a nivel discursivo, sino más bien analizar esta desde la perspectiva particular que aportaron las memorias de los combatientes. De hecho, a este respecto, un elemento de interés será dar cuenta de la función social que tenía la literatura combatiente, es decir, entenderla no solo como un prisma a través del cual observar el proceso de ideologización, sino también como una potencial fuente de politización en sí misma, en este caso más para la retaguardia y, sobre todo, en posguerra. En última instancia, el cuarto capítulo de esta segunda parte abordará los límites de ese proceso de fascistización. Aquí resulta interesante no solo el lenguaje que los soldados utilizan para describir sus vivencias, sino también la incidencia que tienen los diversos temas en el conjunto del relato, tales como la violencia, la vida en el frente, la experiencia de la muerte o la definición del enemigo, entre otros. Además, se trabajará sobre las diferentes lecturas del conflicto y el perfil de cada uno de los autores, al tiempo que se incidirá también en aquellos individuos que mostraron una mayor oposición al encuadramiento en el ejército insurgente y al discurso del bando sublevado. Desertores, evadidos y otro tipo de perfiles se incorporarán de cara a mostrar esa heterogeneidad de la que hizo gala el ejército rebelde pero, al mismo tiempo, para situarlos como contrapunto y matiz de un proceso que, en líneas generales, permitió socializar una serie de ideas-fuerza relacionadas con la construcción del posterior régimen franquista. En definitiva, este último capítulo ejercerá como una suerte de reflexión de conjunto de toda la segunda parte, dando cuenta de la dimensión del proceso de socialización ideológica, pero también de sus límites.

En la tercera parte el elemento protagónico será la violencia desplegada por el ejército rebelde, tanto en su avance por los diferentes territorios de la geografía peninsular como la que implementó de puertas para adentro, hacia aquellos encuadrados en las fuerzas armadas. De esta forma, y como ya se ha planteado, lo que se pretende es definir un escenario clave en el que confluyeron experiencia bélica e ideología, al tiempo que la función que el ejército tuvo en la construcción del régimen fascista en España, más allá de la propia victoria en guerra y de la eliminación física de la anti-España. En primer término, se abordará la estructura de control, vigilancia y represión existente en el seno de las unidades sublevadas, tanto en lo que respecta a los propios soldados como en lo

relativo a los “soldados reciclados” provenientes de las filas republicanas.⁹ Para ello, se trabajará la documentación relativa al establecimiento de mecanismos de vigilancia interna en las unidades, las labores de contraespionaje y la represión ejemplarizante contra aquellos comportamientos que desafiaban el control pretendidamente omnímodo del ejército, como las deserciones. A continuación, las políticas de ocupación implementadas por las fuerzas sublevadas durante el conflicto constituirán el elemento central de análisis. Se hará un recorrido cronológico por su evolución y su adaptación a las diferentes fases y dinámicas de la guerra, poniendo en relación dicho desarrollo con los objetivos a medio y largo plazo que se esperaban alcanzar, algo en lo que tendrá una presencia central el carácter interno del conflicto.¹⁰ Así, las fuentes principales para esta parte serán las propias directivas de ocupación e instrucción emitidas por los EM de ejércitos, cuerpos de ejército, unidades y por el mismo CGG. Dentro de este recorrido evolutivo, se hará una especial incidencia en la campaña del Sur, esto es, el avance de las columnas hacia Madrid, como un escenario en el que tendría utilidad la aplicación del concepto de guerra fascista en tanto que elemento de análisis relevante para la comprensión de esta campaña y sus lógicas violentas en toda su dimensión.

Ese recorrido evolutivo se estructura en 3 capítulos diferentes. El primero de ellos comprende los primeros meses del conflicto, desde el golpe en julio de 1936 hasta la batalla por Madrid en noviembre de ese mismo año. Esta primera etapa, que acumuló los mayores índices de víctimas en los frentes y en las retaguardias de toda la guerra, se caracterizó por la fusión de la necesidad militar y el proyecto político, lo que posibilitó aplicar una violencia irrestricta contra amplias categorías de civiles. Sin embargo, fue el *impasse* provocado por la posibilidad de tomar la capital lo que modificó puntualmente las políticas de ocupación y los límites de la violencia. De este modo, se aprovecha ese breve punto de inflexión para articular el segundo de los capítulos, que comprende desde la batalla por Madrid hasta el inicio de la ofensiva de Aragón en marzo de 1938, y que aborda el grueso del año 1937 y la reorientación de la violencia en función de las finalidades que el bando rebelde perseguía con su implementación. Finalmente, el tercer capítulo arranca en la mencionada ofensiva de Aragón, cuyos objetivos e implicaciones modificaron decisivamente, al menos en el ámbito de la planificación, el modo en que se implementó la violencia por parte del ejército, apostándose por la contención en aras de no generar aún más desafección entre una población en líneas generales hostil hacia el Nuevo Estado.

Acompañando a este esquema trinitario de análisis de la evolución de las políticas de ocupación rebeldes durante la Guerra Civil, se abordará igualmente, siguiendo también

⁹ James MATTHEWS: *Reluctant Warriors...*, pp. 202-204.

¹⁰ A este respecto, un concepto que tendrá un papel relevante en la tesis, y más concretamente en este apartado, será el de necesidad militar. Entendido como un mecanismo de negociación entre los objetivos militares y los puramente ideológicos, y no de exclusión como plantean otros autores, su presencia en cómo los soldados despliegan la violencia en el frente y, del mismo modo, en cómo los altos mandos sublevados diseñan y adaptan las políticas de ocupación al propio desarrollo de la guerra resulta esencial para entender la evolución de la violencia bélica. Sobre el concepto véanse Isabel V. HULL: *Absolute Destruction. Military Culture and the Practices of War in Imperial Germany*, Ithaca, Cornell University Press, 2005, pp. 324-333; y Jeff RUTHERFORD: *Combat and Genocide in the Eastern Front. The German Infantry's War, 1941-1944*, Cambridge, Cambridge University Press, 2014, pp. 14-26.

esa estructura cronológica, la experiencia concreta de los combatientes en torno a la violencia. En este punto, lo que se pretende es dotar de contenido vivencial al marco abstracto construido por las políticas de ocupación. Comprender en qué medida estas fueron puestas en marcha, qué lógicas propiamente bélicas las modificaron y cuál era la actitud y posición de los combatientes respecto a ellas resultarán elementos de sumo interés. En este sentido, una premisa marca la línea de análisis: las acciones de los sujetos históricos, aunque tienen un sentido propio para esos sujetos, vienen también definidas por el contexto en el que se enmarcan y por la finalidad a la que acaban sirviendo. Esto establece una correlación entre lo que los combatientes hacen en el frente y lo que esas acciones implican, aun teniendo en cuenta la estructura de control instaurada por el ejército sublevado. Es decir, que la participación activa en episodios violentos más allá del combate formal contra unidades militares republicanas no puede desligarse del trasfondo ideológico que se le confería. Esto no implica que dicha dimensión ideológica estuviera presente como elemento activo en las mentalidades y motivaciones de los combatientes, pero sí que es una variable insoslayable dentro del conjunto de la ecuación. Por tanto, para esta cuestión serán de nuevo las memorias, apoyadas en documentación militar que verse sobre casos y episodios concretos, las que compongan el grueso del aparato empírico. De hecho, en relación con esto, se trabajará también la dimensión judicial de la conducta de los soldados sobre el terreno, si bien de forma complementaria y sin realizar una inmersión completa en la documentación. Es decir, lo que se trata de ver es cómo se implementó la disciplina en las unidades militares respecto a la comisión de estas prácticas violentas, hasta qué límites se fue permisivo y por qué, y cómo estos elementos fueron evolucionando al calor del curso de la guerra, del mismo modo que lo hacían las políticas de ocupación. Con ello se pretende demostrar que marzo de 1938, fecha del inicio de la ofensiva de Aragón, supuso un cambio decisivo en el modo de plantear la ocupación de nuevos territorios, modificando consecuentemente los niveles de violencia que se podían implementar y, en definitiva, alterando la función que esta violencia cumplía en el modo de hacer la guerra de los sublevados.

Por último, en la conclusión se sintetizarán las claves básicas de cómo fue la experiencia bélica de los soldados del bando rebelde, es decir, de cómo se libró la Guerra Civil Española y cómo fue vivida por los combatientes. El objetivo de esta parte es plantear una visión general de los problemas que tuvieron que afrontar los sublevados en la construcción de un ejército de masas y cómo esto afectó tanto al tipo de vivencias y experiencias de los soldados en el frente como a la propia marcha de la guerra. Con todo ello, además de la propia reconstrucción de la experiencia bélica, se cuestionarán ideas como la de que el conflicto fue deliberadamente retrasado por el generalato rebelde, por Franco fundamentalmente, para implementar una política de depuración exhaustiva.¹¹ O, al mismo tiempo, el modo en que se han planteado las relaciones existentes entre la forma de hacer la guerra en el Rif y cómo se condujo la Guerra Civil por parte de las fuerzas rebeldes. De igual forma, se planteará un resumen global de cómo transcurrió la labor de socialización ideológica y de la efectividad del proceso en su conjunto, algo que se pondrá

¹¹ Esta idea en Paul PRESTON: *Franco. Caudillo de España*, Barcelona, DeBolsillo, 2006, p. 274. Véase también Gabriel CARDONA: *Historia militar de una guerra civil. Estrategias y tácticas de la guerra de España*, Barcelona, Flor del Viento, 2006, p. 79.

en relación con la necesidad del ejército y el bando rebeldes de construir espacios de negociación con los combatientes. En último término, se conectará esa dimensión “negociadora” con la cuestión de la violencia, y cómo eso permite ponderar los límites de la capacidad de control del ejército. Además, se reflexionará también sobre la incidencia que dicha experiencia de violencia tuvo en la creación de ciertas culturas bélicas en unidades e individuos concretos y cómo ello puede construir líneas de investigación futuras, sobre todo en conexión con los escenarios de guerra irregular que dibujó la lucha, hasta la década de los 50, contra la guerrilla antifranquista.

Marco teórico

Las guerras han sido un acontecimiento central en la historia de la Humanidad. Desde siempre, han ejercido como elemento rector del cambio social, político, cultural y económico, comportando transformaciones muy significativas en comunidades, sociedades, países, reinos o imperios. De hecho, en no pocas regiones del mundo la guerra ha constituido un ciclo de largo alcance, o varios, repitiéndose una y otra vez de forma periódica y siendo un elemento decisivo en el asentamiento y cambio de las distintas fases de evolución social y política.¹² Por ende, vemos cómo la guerra es un hecho que traspasa todo y que, además, tiene unas profundas consecuencias que van mucho más allá del fin oficial de las hostilidades, dejando cicatrices muy hondas en las sociedades y comunidades a las que afectan y siendo el germen de inestabilidades que, posteriormente, han generado nuevos conflictos armados.¹³ Esa importancia de la guerra como motor de la Historia, sin embargo, no ha tenido siempre una correspondencia en lo que al desarrollo de los estudios de lo bélico se refiere. Hasta la llegada de la historia social, la historia militar estaba constreñida por visiones positivistas en las que las evoluciones técnicas en materia de armamento, el desarrollo pormenorizado de las batallas o los análisis tácticos eran la tónica dominante. En buena medida era una historia hecha por y para militares. Posteriormente, si bien dicha historia social fue modificando progresivamente el tratamiento del hecho bélico, no fue hasta la irrupción del giro cultural y lingüístico y su influencia en la historiografía que los soldados comenzaron a ser entendidos como sujetos individuales y no como meros componentes de la masa combatiente, ya que hasta entonces habían permanecido, en líneas generales, en los márgenes del relato histórico, protagonizado, en lo que a sujetos se refiere, por los grandes generales que comandaban los ejércitos, los grandes reyes o los personajes más sobresalientes de cada uno de los bandos en liza. Algo que, obviamente, era mucho más acusado en el caso de los civiles o las consecuencias de la

¹² Miguel ALONSO y David ALEGRE: “Introducción: ciclos bélicos largos, guerra total y violencia de masas”, en Íd., Íd., y Javier RODRIGO (eds.), *Europa desgarrada. Guerra, ocupación y violencia, 1900-1950*, Zaragoza, Prensas de la Universidad de Zaragoza, 2018, pp. 9-48.

¹³ Para el caso europeo contemporáneo, algunos ejemplos en Benjamin ZIEMANN: *War Experiences in Rural Germany, 1914-1923*, Oxford, Oxford University Press, 2007; Keith LOWE: *Savage Continent. Europe in the Aftermath of World War II*, London, Penguin, 2013; o Robert GERWARTH: *The Vanquished. Why the First World War Failed to End*, London, Allen Lane, 2016. Véase también Javier RODRIGO y David ALEGRE: *Comunidades rotas. Una historia global de las guerras civiles, 1917-2017*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2019.

guerra en las comunidades a las que afectaba, cuestiones apenas contempladas previamente por la historiografía.

La transformación en la forma de entender y trabajar la historia que vino de la mano del cambio de paradigma hacia lo social y, fundamentalmente, lo cultural tuvo un impacto decisivo en la historia militar, que a partir de entonces fue paulatinamente conformando lo que hoy podemos definir como estudios de lo bélico. Así, la de los estudios de lo bélico es una historia íntimamente ligada al hecho sociocultural. La consideración de fuentes primarias más allá de la documentación producida por los estamentos militares y, además, la adquisición de herramientas interpretativas que permitiesen un análisis solvente de esas y otras fuentes, abrieron un amplio abanico de posibilidades y perspectivas para la comprensión de la guerra en toda su dimensión. La figura del combatiente y su experiencia de guerra, el impacto de los conflictos armados en la economía, las producciones culturales espoleadas por el hecho bélico, la influencia del escenario de guerra en el diseño de la política, la construcción de modelos de masculinidad específicos, el papel de la violencia, los espacios de retaguardia, el rol de la mujer o las funciones sociales del ejército más allá de su tarea puramente militar, por citar algunos de entre una miríada, han ido emergiendo como temas de interés historiográfico, complejizando de este modo el hecho bélico. En lo que respecta a la figura del combatiente, que es la que más interesa aquí –si bien no el único tema de estudio–, la introducción de las nuevas perspectivas de análisis permitió el paso de una historia social donde el individuo quedaba invisibilizado por la estructura a una historia del soldado como sujeto histórico, que iba tanto desde la *Alltagsgeschichte* (historia de la vida cotidiana) a la historia política o la netamente cultural. Esto ha dado como resultado el surgimiento de unas aproximaciones a la experiencia de los combatientes que han buscado aunar un enfoque social, alejado ahora del análisis articulando mediante grandes estructuras ajenas al nivel de base y centrado en las vivencias de los sujetos históricos, y otro de tipo cultural, que gira sobre el estudio de las representaciones que de las experiencias vividas hacen sus protagonistas.¹⁴ La reconceptualización de la figura del combatiente, la ponderación de su agencia dentro del marco provisto por la guerra o las explicaciones de largo alcance que tienen al soldado como sujeto y al mundo que rodea a este –familia, trabajo, comunidad, militancia política, cultura, camaradería, etc.– como campo de despliegue de las transformaciones vividas en la guerra han hecho de la historia bélica una historia sociocultural del individuo y, por ende, de la sociedad en la que este se inserta, incrementando notablemente el potencial explicativo de este campo de estudio, sobre todo si consideramos, como apuntaba, el carácter central de la guerra en la historia de la Humanidad.

¹⁴ Para la evolución de los estudios de la guerra véanse Jeremy BLACK: *Rethinking Military History*, Nueva York, Routledge, 2004; Thomas KÜHNE y Benjamin ZIEMANN: “La renovación de la Historia Militar. Coyunturas, interpretaciones, conceptos”, *Semata. Ciências Sociais e Humanidades*, 19 (2007), pp. 307-347; Mark MOYAR: “The Current State of Military History”, *The Historical Journal*, 50:1 (2007), pp. 225-240; y David ALEGRE LORENZ: “Nuevos y viejos campos para el estudio de la guerra a lo largo del siglo XX: un motor de innovación historiográfica”, *Hispania Nova*, 16 (2018), pp. 164-196.

- *Sobre los estudios de lo bélico en España: evolución, actualidad y necesidades*

Si la evolución de los estudios de lo bélico a nivel internacional ha tenido en las décadas de los 80 y, sobre todo, los 90 su gran despertar, la irrupción de estos enfoques en la academia española ha sido netamente más tardía. Hasta bien entrada la década de los 2000 no se han ido generalizando una serie de estudios que han abordado la guerra y sus implicaciones desde una dimensión novedosa. De hecho, hasta ese momento los estudios oscilaban entre las obras provenientes de finales de la dictadura, considerablemente propagandísticas y, en ese sentido, muy tendentes a una subjetividad pro-franquista –con excepciones como las de Rafael Abella–, ya que algunos de sus autores, como Ramón Salas Larrazábal o José Manuel Martínez Bande, eran veteranos del bando sublevado.¹⁵ Y las que fueron surgiendo en los 80 y 90 y extendiéndose en los años sucesivos, alejadas de esa tendenciosidad pero limitadas en su alcance y potencialidad interpretativa a nivel sociocultural.¹⁶ Dos grupos a los cuales habría que sumar la labor realizada por múltiples hispanistas que, hasta la mencionada renovación acaecida en la década de los 2000, produjeron los trabajos de mayor profundidad analítica e interpretativa. Toda una serie de obras que comenzaron a publicarse a mediados de los años 60 con los trabajos de Gabriel Jackson y que continuaron en las décadas sucesivas, de hecho cubriendo vacíos importantes como, por ejemplo, los abordados por Michael Alpert respecto a diversos aspectos de las fuerzas armadas en el primer periodo republicano y sobre el Ejército Popular de la República (en adelante, EPR).¹⁷

¹⁵ Como representantes de las obras del tardofranquismo y primeros años del periodo de transición véanse Manuel AZNAR: *Historia militar de la guerra de España*, 3 vols., Madrid, Editora Nacional, 1963; Ricardo DE LA CIERVA: *Historia de la Guerra Civil Española*, Madrid, Editorial San Martín, 1969; Ramón SALAS LARRAZÁBAL: *Historia del Ejército Popular de la República*, 4 vols., Madrid, Editora Nacional, 1973; Íd. y Jesús María SALAS LARRAZÁBAL: *Historia general de la guerra de España*, Madrid, Rialp, 1986; o Rafael CASAS DE LA VEGA: *Las Milicias Nacionales*, 2 vols., Madrid, Editora Nacional, 1970. Este último, paradójicamente, es la única investigación existente que aborda la conformación de las milicias de Falange y el Requeté a nivel de toda España. Otras se articularon como colecciones que hacían un recorrido por la historia puramente militar del conflicto. Véase José Manuel MARTÍNEZ BANDE: *Monografías de la guerra española*, 18 vols., Madrid, Editorial San Martín, 1968-1985. Sea como fuere, la naturaleza de este tipo de obras queda evidenciada en algunos de los títulos posteriores que sus autores han publicado posteriormente, donde se pretende dar una versión definitiva de, en este caso, la Guerra Civil. Dos ejemplos en Ricardo DE LA CIERVA: *Nueva y definitiva historia de la Guerra Civil*, Madrid, Época, 1986; e Íd.: *Historia esencial de la Guerra Civil Española. Todos los problemas resueltos, sesenta años después*, Madrid, Fénix, 1996. La excepción a la línea que siguen todos estos trabajos en Rafael ABELLA: *La vida cotidiana durante la Guerra Civil española*, 2 vols., Barcelona, Planeta, 1973 y 1975.

¹⁶ Julio BUSQUETS: *Pronunciamientos militares y golpes de estado en España*, Barcelona, Planeta, 1982. Jesús MARTÍNEZ APARICIO: *Para conocer mejor a nuestros militares*, Madrid, Tecnos, 1983. Juan Carlos LOSADA MÁLVAREZ: *Ideología militar del ejército franquista, 1939-1959*, Madrid, Itsmo, 1990. Gabriel CARDONA: *Historia del ejército. El peso de un grupo social diferente*, Madrid, Humanitas, 1982. Íd.: *El poder militar en la España contemporánea hasta la guerra civil*, Madrid, Siglo XXI, 1983. Íd.: *El gigante descalzo. El ejército de Franco*, Madrid, Aguilar, 2003. Fernando PUELL DE LA VILLA: *El soldado desconocido. De la leva a la "mili" (1700-1912)*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1996. Íd.: *Historia del Ejército en España*, Madrid, Alianza, 2000.

¹⁷ Gabriel JACKSON: *The Spanish Republic and the Civil War, 1931-1939*, Princeton, Princeton University Press, 1965. Íd.: *La Guerra Civil española*, Barcelona, Icaria, 1978. Michael ALPERT: *La reforma militar de España (1931-1933)*, Madrid, Siglo XXI, 1982. Íd.: *La Guerra Civil Española en el mar*, Madrid, Siglo XXI, 1987. Íd.: *El ejército republicano en la guerra civil*, Madrid, Siglo XXI, 1989. Hugh THOMAS: *La Guerra Civil Española*, Barcelona, Grijalbo, 1976. Paul PRESTON: *The Coming of the Spanish Civil War: Reform, Reaction and Revolution in the Second Republic, 1931-1936*, Londres, Macmillan, 1978.

Paralela y posteriormente, varios estudios fueron abordando determinadas cuestiones con un enfoque más centrado en las dinámicas sociales asociadas a la guerra, así como en procesos culturales y políticos que trascendían el espacio del frente y el marco bélico permitiendo explicar ciertas dinámicas acontecidas en la Guerra Civil. Entre estos nuevos trabajos destacaría la historia “a ras de suelo” de Michael Seidman sobre el bando republicano, complementada años más tarde por el contrapunto dedicado al bando sublevado, o diversos estudios sobre la evolución de la cultura militar española, como el de Carlos Navajas, que permiten situar con bastante precisión la concepción que los militares tenían de su papel en el devenir político del país y las tensiones existentes en el seno del ejército, que a la postre aportan algunas de las claves para entender el éxito y fracaso de la sublevación en las diferentes partes de España.¹⁸ Estos trabajos representan un considerable salto cualitativo, situándose en sintonía con los debates desarrollados por la historiografía europea. De hecho, dentro de esta línea también podemos destacar toda la producción historiográfica dedicada al espacio del Protectorado español en Marruecos en las primeras décadas del XX, por lo que respecta a su estudio en tanto que contexto colonial en sí mismo y por su relación con la posterior guerra civil. En este sentido, trabajos como los de Sebastian Balfour o María Rosa de Madariaga abordan conceptos como cultura de guerra, alteridad o propaganda aplicados de forma compleja a cuestiones clave tales como el reclutamiento, la violencia de guerra, las políticas de ocupación, la construcción de imágenes del enemigo, la exportación de formas de entender lo bélico, o la creación de marcos de actuación distintos en el contexto de guerras coloniales, que escapan del modelo general y clásico de algunos de los trabajos de la anterior generación.¹⁹ Estos estudios suponen una evolución conceptual relevante, si bien algunos de ellos siguen reproduciendo y, por ende, soslayando los vacíos historiográficos –empíricos fundamentalmente– existentes sobre diversos elementos de los que abordan.

Con la llegada del nuevo siglo, y más concretamente a partir de mediados de la década de los 2000, han ido surgiendo toda una serie de trabajos a cargo de una nueva cohorte de investigadores, en su mayoría jóvenes, que además de complejizar las visiones anteriores se han dedicado fundamentalmente a ir llenando de contenido empírico y conceptual esos vacíos historiográficos a los que hacía referencia. Lo cual, dicho sea de paso, ha discurrido paralelo a la publicación de obras de un corte tradicional, como las descritas para etapas anteriores.²⁰ La figura del combatiente es la que ha capitalizado buena parte de la atención de las nuevas investigaciones, ya sea en una posición central o inserta dentro de un relato en el que intervienen más variables además de la experiencial, pero en la

¹⁸ Carlos NAVAJAS ZUBELDIA: *Ejército, Estado y Sociedad en España*, Logroño, Instituto de Estudios Riojanos, 1991. Sobre esta cuestión, mucho más reciente, véase Geoffrey JENSEN: *Cultura militar española. Modernistas, tradicionalistas y liberales*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2014. Michael SEIDMAN: *A ras de suelo. Historia social de la República durante la Guerra Civil*, Madrid, Alianza, 2003. Íd.: *La victoria nacional. La eficacia contrarrevolucionaria en la Guerra Civil*, Madrid, Alianza, 2012.

¹⁹ Sebastian BALFOUR: *Abrazo mortal. De la guerra colonial a la Guerra Civil en España y Marruecos (1909-1939)*, Barcelona, Península, 2002. María Rosa DE MADARIAGA: *Los moros que trajo Franco*, Madrid, Alianza, 2015 [2002]. Sobre esta misma cuestión véase también Gustau NERÍN: *La guerra que vino de África*, Barcelona, Crítica, 2005.

²⁰ Dos ejemplos en Carlos BLANCO ESCOLÁ: *La incompetencia militar de Franco*, Madrid, Alianza, 2000. Y en José SEMPRÚN: *Del Hacho al Pirineo. El Ejército Nacional en la guerra de España*, Madrid, Actas, 2004.

que el soldado tiene un papel protagonista. De esta forma, James Matthews ha analizado los procesos de conscripción llevados a cabo por los ejércitos republicano y sublevado durante la Guerra Civil, centrándose en esos individuos que por las razones ya mencionadas no habían suscitado excesivo interés hacia el momento.²¹ En ese mismo plano cronológico y en buena medida en contacto con la investigación de Matthews, aunque también muy inserto en el esencial debate acerca de la influencia ideológica de la guerra en los combatientes, está la investigación de Francisco J. Leira Castiñeira, quien recientemente acaba de defender su tesis doctoral en la que hace un recorrido detallado y complejizador acerca de los mecanismos de conscripción empleados por las fuerzas golpistas y la función social –de control, vigilancia y terror– que cumplió el ejército rebelde. De hecho, Leira Castiñeira se sitúa en línea con algunas investigaciones recientes sobre contextos similares, como el de la Wehrmacht durante la Segunda Guerra Mundial, al afirmar que las múltiples identidades mostradas por los soldados nos fuerzan a considerar su heterogeneidad por encima de la uniformización que pretendió construir la narrativa del franquismo, una uniformización que por otro lado no habría tenido tanto una naturaleza ideologizadora sino, más bien, de control social.²²

Igualmente, respecto a esta resituación del combatiente como sujeto protagónico del relato histórico hay que destacar los trabajos de Xosé Manoel Núñez Seixas, centrados en el caso de la División Azul y abordando cuestiones centrales como las motivaciones para el alistamiento, el grado de participación de estos individuos en las políticas de exterminio del Tercer Reich, la construcción de narrativas en torno a su lucha en el Frente Oriental, o la memoria elaborada en las décadas posteriores al fin de la Segunda Guerra Mundial.²³ Todo lo cual, unido a otros trabajos que luego mencionaré, hacen de Núñez Seixas uno de los principales representantes de esta nueva forma de hacer historia de lo bélico surgida en España con el cambio de siglo. También cabe destacar aquí la producción de David Alegre centrada en el caso concreto de la batalla de Teruel y en el que articula su tesis doctoral, una historia transnacional de la experiencia de los voluntarios

²¹ James MATTHEWS: *Reluctant Warriors...*

²² Véanse Francisco J. LEIRA CASTIÑEIRA: *La consolidación social del franquismo. La influencia de la guerra en los “soldados de Franco”*. Santiago de Compostela, Servizo de Publicacións de la Universidad de Santiago, 2013; Íd.: “Los ‘soldados de Franco’. Entre la movilización ciudadana y el reclutamiento militar obligatorio. Galicia, 1936-1939”, *Revista Universitaria de Historia Militar*, 2:4 (2013), pp. 16-42; Íd.: “Movilización militar y experiencia de guerra civil. Las actitudes sociales de los soldados del ejército sublevado”, Lourenzo FERNÁNDEZ PRIETO y Aurora ARTIAGA REGO (eds.): *Otras miradas sobre golpe, guerra y dictadura. Historia para un pasado incómodo*, Madrid, Los Libros de la Catarata, 2014, pp. 150-178. Íd.: “Los ‘soldados de Franco’: experiencias, memorias e identidades complejas”, en David ALEGRE, Miguel ALONSO y Javier RODRIGO (eds.), op. cit., pp. 245-280; Íd. y Andres DOMÍNGUEZ ALMANSA: “Reclutados para ganar. Movilización y respuesta de ‘los soldados de Franco’”, *Ayer*, 111 (2018), pp. 79-107. Íd.: *La socialización de los soldados del ejército sublevado...*

²³ Xosé M. NÚÑEZ SEIXAS: “Los vencedores vencidos: la peculiar memoria de la División Azul, 1945-2005”, *Pasado y Memoria. Revista de Historia Contemporánea*, 4 (2005), pp. 83-113. Íd.: “¿Eran los rusos culpables? Imagen del enemigo y políticas de ocupación de la División Azul en el Frente del Este, 1941-1944”, *Hispania*, 66:223 (2006), pp. 695-750. Íd.: “¿Testigos o encubridores? La División Azul y el Holocausto de los judíos europeos: entre historia y memoria”, *Historia y Política*, 26 (2011), pp. 259-290. Íd.: “La ‘Cruzada europea contra el bolchevismo’: Mito y realidad”, en *Cuadernos de Historia Contemporánea*, 34 (2012), pp. 31-63. Íd.: *Camarada invierno. Experiencia y memoria de la División Azul (1941-1945)*, Barcelona, Crítica, 2016.

españoles, franceses y valones en las Waffen-SS tanto en el frente como en la retaguardia.²⁴ En ambos casos queda claro que la aproximación a la figura del combatiente parte de esa potenciación de la experiencia de guerra y sus implicaciones más allá del espacio del frente, en el primero adoptando una vertiente eminentemente social y de largo alcance extendida hasta la posguerra, y en el segundo explorando un análisis político de lo que supuso el voluntariado de estos individuos. Así, el soldado no es sino el punto de partida de toda una reflexión sobre los innumerables procesos políticos, sociales, culturales y económicos que la guerra influencia y pone en marcha, al tiempo que la afectación sufrida por las comunidades que se encuentran en el frente, pero también a miles de kilómetros de él, ya sean los núcleos de población del mundo rural aragonés o las sociedades de Europa occidental ocupadas por el Tercer Reich. Por último, una último reflejo de esa línea centrada en el combatiente y su experiencia bélica vendría representada por la investigación plasmada en esta tesis doctoral, que ya ha ido adelantando algunos de sus resultados anteriormente.²⁵

Pero no solo ha sido la figura del soldado en guerra la que ha capitalizado la atención de la historiografía más reciente, sino que también ha sido este, ahora en tanto que excombatiente, el elemento central de algunas de las investigaciones de los últimos años. En este sentido, se ha abordado toda la dimensión que rodeaba la figura del veterano, tanto en lo respectivo a las políticas asistenciales creadas por el franquismo como a la influencia que estas tuvieron en la construcción de los apoyos sociales al régimen, una cuestión en la que los excombatientes han sido vistos como un actor relevante. Ángel Alcalde ha estudiado la experiencia y la cultura de guerra generadas por los soldados sublevados durante la Guerra Civil, en línea con lo comentado en los párrafos anteriores, como preludeo al análisis de la creación y evolución de la Delegación Nacional de Excombatientes y la relación establecida entre el Estado franquista y sus antiguos soldados. Un análisis que, de hecho, ha trascendido el marco español para integrarse dentro de una estructura transnacional que ha buscado entender la relación existente entre los movimientos de excombatientes europeos surgidos tras la Gran Guerra y el auge de la contrarrevolución y, más concretamente, del fascismo.²⁶ Por su parte, Claudio Hernández ha abordado cuestiones similares, atendiendo a los diferentes mecanismos puestos en marcha

²⁴ David ALEGRE LORENZ: “Voces como bayonetas. Un análisis de los textos españoles de La Joven Europa como espacio para la codificación de la experiencia de combate, la identidad y la conciencia fascistas (1942-1943)”, *El Argonauta español*, 10 (2013), pp. 1-23. Id.: *Experiencia de guerra y colaboracionismo político-militar: Bélgica, Francia y España bajo el Nuevo Orden (1941-1945)*, Tesis doctoral inédita, Universitat Autònoma de Barcelona, 2017. Id.: *La batalla de Teruel. Guerra total en España*, Madrid, La Esfera de los Libros, 2018.

²⁵ Miguel ALONSO IBARRA: “Vencer y convencer. Una aproximación a la fascistización del combatiente sublevado y la construcción del consenso en la España franquista”, en Francisco COBO ROMERO, Claudio HERNÁNDEZ BURGOS y Miguel Ángel DEL ARCO BLANCO (eds.), *Fascismo y modernismo. Política y cultura en la Europa de entreguerras (1914-1945)*, Granada, Comares, 2016, pp. 107-122. Id.: “Combatir, ocupar, fusilar. La evolución de la violencia bélica de los sublevados en la Guerra Civil Española (1936-1936)”, en David ALEGRE LORENZ, Id. y Javier RODRIGO SÁNCHEZ (eds.): op. cit., pp. 195-244.

²⁶ Ángel ALCALDE: *Lazos de sangre. Los apoyos sociales a la sublevación militar en Zaragoza. La Junta Recaudatoria Civil (1936-1939)*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2010. Id.: *Los excombatientes franquistas. La cultura de guerra del fascismo español y la Delegación Nacional de Excombatientes (1936-1965)*, Zaragoza, Prensas de la Universidad de Zaragoza, 2014. Id.: *War Veterans and Fascism in Interwar Europe*, Cambridge, Cambridge University Press, 2017.

por el Nuevo Estado para atraer a los combatientes, que irían desde las contrapartidas tangibles, como pensiones y puestos de trabajo, a la oportunidad de resarcimiento dirigida contra los republicanos de los pueblos y localidades donde vivían. Unos trabajos que, además, buscan señalar la importancia de no disociar la construcción de estos apoyos sociales del propio convencimiento de muchos de los individuos que los engrosaron, que además de por las recompensas recibidas también integraron las bases del régimen por la creencia en su proyecto para España.²⁷ De igual modo, con el foco puesto nuevamente en las políticas asistenciales de la dictadura hacia los exsoldados, Stephanie Wright ha indagado en la formación y funcionamiento del Benemérito Cuerpo de Mutilados de Guerra por la Patria y la eficacia de sus mecanismos para generar apoyos al régimen entre este grupo social.²⁸

También han tenido un papel relevante los procesos de movilización bélica, aparte del trabajo ya citado de Matthews, haciendo sobre todo, aunque no exclusivamente, hincapié en el alistamiento voluntario en las milicias armadas, como las de Falange o el Requeté. Sin embargo, por paradójico que resulte dada la relevancia que tiene para la comprensión de cómo se construyó el fascismo en España, no hay todavía un estudio general de cómo se produjo esa movilización miliciana, habida cuenta de que, por ejemplo para el caso de Falange, un partido de escasa relevancia electoral en febrero de 1936 fue capaz de reunir en sus filas a decenas de miles de voluntarios en los primeros momentos tras el golpe, lo que nos habla de la existencia de culturas políticas compartidas más allá de lo que unos votos o unas estadísticas de afiliación puedan representar. De hecho, el único estudio global del que disponemos es el ya mencionado de Rafael Casas de la Vega, con unas evidentes limitaciones tanto conceptuales como metodológicas. Germán Ruiz Llano y Javier Ugarte han abordado la provincia de Álava y las regiones del País Vasco y Navarra respectivamente, buscando rastrear el trasfondo sociocultural de los apoyos al golpe y de la consecuente movilización, así como el modo en que esta se articuló.²⁹ Este mismo enfoque ha sido reproducido por Aurora Artiaga para el caso gallego cuestionando, en la línea en la que también lo hace Francisco Leira, la imagen de Galicia como un bastión de apoyo unánime a la sublevación, lo que a tenor de las investigaciones de ambos distaría mucho de la realidad.³⁰ De hecho, la historiografía gallega también ha producido otro de los trabajos esenciales sobre la movilización bélica, en clave naciona-

²⁷ Claudio HERNÁNDEZ BURGOS: *Granada azul. La construcción de la "Cultura de la Victoria" en el primer franquismo (1936-1951)*, Granada, Comares, 2011. Íd.: "Bringing back Culture..."; Íd.: "De la cultura de guerra a la cultura de la victoria: los vencedores y la construcción de la dictadura franquista (1936-1931)", *Pasado y Memoria. Revista de Historia Contemporánea*, 15 (2016), pp. 123-148.

²⁸ Stephanie WRIGHT: "Los mutilados de Franco: el Benemérito Cuerpo y la política social en la España franquista", *Revista Universitaria de Historia Militar*, 5:9 (2016), pp. 75-92.

²⁹ Javier UGARTE TELLERÍA: *La nueva Covadonga insurgente. Orígenes sociales y culturales de la sublevación de 1936 en Navarra y el País Vasco*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1998; Germán RUIZ LLANO: *Álava, una provincia en pie de guerra. Voluntariado y movilización durante la Guerra Civil*, Bilbao, Ediciones Beta, 2016.

³⁰ Aurora ARTIAGA REGO: "Movilización rebelde en el verano de 1936. Galicia, ¿una nueva Covadonga?", en Lourenzo FERNÁNDEZ PRIETO e Íd. (eds.), op. cit., pp. 111-149. Francisco J. LEIRA CASTIÑEIRA: *La socialización de los soldados del ejército sublevado...*, pp. 117-141.

lista, durante la Guerra Civil, esta vez enfocado desde una óptica cultural y por ende representante de esta nueva línea de aproximación a los fenómenos bélicos, como es *¡Fuera el invasor!*, del ya mencionado Núñez Seixas.³¹

Otra dimensión de interés y que ha tenido un desarrollo bastante notable, sobre todo en comparación con la atención recibida por los combatientes españoles de ambos bandos, ha sido el estudio de la intervención extranjera. Más relevante para el objeto de estudio analizado en esta tesis doctoral es la referente al bando sublevado, que ya trabajasen en los años 70 un abanico de autores muy variopinto como John Coverdale, José Luis Alcofar Nassaes o Jesús Salas Larrazabal.³² En los últimos años, y al calor de esa referida renovación historiográfica en los estudios de lo bélico, diversos historiadores tanto españoles como extranjeros han contribuido a reconceptualizar esta cuestión, a través de estudios de caso bastante más complejos y conceptualmente más potentes que los ya mencionados. Por un lado, como obra general y, por ende, clásica en su planteamiento y un tanto descriptiva en ciertos pasajes, encontramos el trabajo de Judith Keene dedicado al conjunto de los voluntarios que combatieron en las filas sublevadas.³³ Haciendo un repaso dividido por países, la monografía ofrece una serie de claves relevantes para construir fresco general de la situación, incorporando fuentes novedosas y entrando por momentos en cuestiones complejas como el género, la propaganda o la dimensión internacional del conflicto español. Teniendo en cuenta el infradesarrollo que presenta el objeto de estudio, constituye una buena aproximación general al tema. Por otra parte, el resto de estudios se centran en la experiencia de diversos colectivos nacionales. Respecto al italiano, la obra de referencia es la de Javier Rodrigo, *La guerra fascista*, que discurre, partiendo de una potente base empírica archivística y de literatura memorialística, entre una historia desde el punto de vista político-ideológico y un estudio a ras de suelo de la violencia y la experiencia bélica de los combatientes transalpinos.³⁴ Por su parte, *La guerra como aventura*, de Stefanie Schüler-Springorum aborda la otra gran experiencia de voluntarios extranjeros a nivel cuantitativo dentro de las filas rebeldes, la de la Legión Cóndor, ahondando en cómo se desarrolló la intervención en la Guerra Civil y en las motivaciones de los combatientes alemanes, en las que la ideología no habría tenido un peso decisivo.³⁵ En último término, trabajos menores –no monográficos– se han dedicado a

³¹ Xosé M. NÚÑEZ SEIXAS: *¡Fuera el invasor! Nacionalismos y movilización bélica durante la guerra civil española (1936-1939)*, Madrid, Marcial Pons, 2006.

³² John COVERDALE: *La intervención fascista en la Guerra Civil española*, Madrid, Alianza, 1979. José Luis ALCOFAR NASSAES [José Luis Infiesta]: *CTV. Los legionarios italianos en la Guerra Civil Española 1936-1939*, Barcelona, Dopesa, 1972; Íd.: *La marina italiana en la guerra de España*, Barcelona, Euros, 1975; Íd.: *La aviación legionaria en la guerra española*, Barcelona, Euros, 1976. Jesús María SALAS LARRAZABAL: *Intervención extranjera en la guerra de España*, Madrid, Editora Nacional, 1974.

³³ Judith KEENE: *Fighting for Franco. International Volunteers in Nationalist Spain during the Spanish Civil War*, Nueva York, Hambledon Continuum, 2001. Otra obra que presenta una perspectiva general, si bien de menor complejidad y rigor que la de Keene, es la de Christopher OTHEN: *Las Brigadas Internacional de Franco*, Barcelona, Destino, 2007.

³⁴ Javier RODRIGO: *La guerra fascista. Italia en la Guerra Civil española, 1936-1939*, Madrid, Alianza, 2016.

³⁵ Stefanie SCHÜLER-SPRINGORUM: *La guerra como aventura. La Legión Cóndor en la Guerra Civil Española (1936-1939)*, Madrid, Alianza, 2014 [2010].

explorar otros colectivos de voluntarios extranjeros, también menores, pero sigue resultando llamativa la falta de un estudio omnicompreensivo sobre el caso portugués, cuyos guarismos oscilarían entre los 5.000 y los 10.000 efectivos.³⁶

Una última cuestión tendría que ver, ya trascendiendo el marco cronológico de la Guerra Civil, con el estudio del fenómeno de la guerrilla antifranquista, sus orígenes, sus dinámicas explicativas y los procesos represivos desatados por la dictadura con el fin de desactivarla y desarticularla. Esta cuestión reviste un considerable interés para el estudio de la Guerra Civil, siquiera más potencial todavía que otra cosa. En este sentido, un campo todavía inexplorado pero que puede aportar notables claves interpretativas al estudio de la guerra como un fenómeno de largo alcance, tal y como de hecho algunos de estos trabajos sobre la guerrilla ya he apuntado que sugerían, es el de las transferencias de culturas bélicas, experiencias y actores entre la propia contienda formal y estas operaciones anti-partisanas. No pocas trayectorias conectan ambos fenómenos e, incluso, también el contexto de las diferentes guerras y luchas en el Protectorado, razón por la cual la inclusión de una referencia a los trabajos relativos a la guerrilla antifranquista parece pertinente. Si bien, como decía y como de hecho apunto en la conclusión, más como una potencial vía para poner en relación cuestiones como las que se trabajan en esta tesis doctoral con marcos previos y posteriores.³⁷

A partir de todo este planteamiento acerca de la situación de los estudios de bélico en torno a la Guerra Civil Española, y específicamente centrados en los temas que esta tesis doctoral aborda –sobre todo combatientes y su experiencia de guerra– se puede afirmar que en los últimos años el soldado ha ido adquiriendo un papel más relevante en las investigaciones, si bien todavía netamente insuficiente, en la medida en que se ha reconsiderado su papel en tanto que sujeto histórico y el potencial interpretativo de los estudios socioculturales centrados en los individuos corrientes. De igual forma, tras unos primeros años en los que la atención historiográfica estuvo más centrada en el bando republicano, el sublevado ha comenzado a ser revisitado en lo que a la experiencia bélica y el esfuerzo

³⁶ Hélène DEWAELE VALDERRÁBANO: “La extrema derecha francesa en España: mitos y realidades de la bandera Jeanne d’Arc (1936-1939)”, *Historia y Política*, 8 (2002), pp. 273-301. Sobre los franceses hay una tesis doctoral en marcha centrada en el estudio de la Compañía Juana de Arco. Véase Romuald JACOPIN: *La bandera Jeanne d’Arc: le volontariat armé dans les rangs franquistes, au carrefour des relations internationales des extrêmes droites européennes (1936-1945)*, Tesis doctoral inédita, Université de Bretagne Occidentale, 2018. Alberto PENA-RODRÍGUEZ: “Salazar y los ‘viriatos’. Los combatientes portugueses en la Guerra civil española: prensa y propaganda”, *Spagna Contemporanea*, 47 (2015), pp. 7-24. João F. BERTONHA: “Los latinoamericanos de Franco. La ‘Legión de la Falange Argentina’ y otros voluntarios hispanos en el bando sublevado durante la Guerra Civil Española”, *Alcores*, 14 (2012), pp. 143-167. Valentin SĂNDULESCU: “Sacralised Politics in Action: the February 1937 Burial of the Romanian Legionary Leaders Ion Moța and Vasile Marin”, *Totalitarian Movements and Political Religions*, Vol. 8, 2 (2009), pp. 259-269.

³⁷ Además del ya citado, véanse Mercedes YUSTA: *La guerra de los vencidos: el maquis en el Maestrazgo turolense, 1940-1950*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 1999. Francisco GÓMEZ MORENO: *La resistencia armada contra Franco. Tragedia del maquis y la guerrilla*, Barcelona, Crítica, 2001. Mercedes YUSTA: *Guerrilla y resistencia campesina. La resistencia armada contra el franquismo en Aragón (1939-1952)*, Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza, 2003. Marie-Claude CHAPUT, Odette MARTÍNEZ MALER y Fabiola RODRÍGUEZ LÓPEZ: *Maquis y guerrillas antifranquistas: historia y representaciones*, Nanterre, Université Paris X, 2004. Julio ARÓSTEGUI y Jorge MARCO: *El último frente. La resistencia armada antifranquista en España, 1939-1952*, Madrid, La Catarata, 2008. Jorge MARCO: *Guerrilleros y vecinos en armas. Identidades y culturas de la resistencia antifranquista*, Granada, Comares, 2012.

de guerra se refiere. Una renovación que ha tenido mucho que ver con el propio desarrollo de los estudios sobre la dictadura, que han creado la necesidad de volver la vista al contexto de la guerra como un escenario donde hallar respuestas a las preguntas acerca de cómo se construyó el franquismo y cuál fue el papel de los españoles de a pie en todo ese proceso.

Sin embargo, pese al referido avance, la experiencia bélica sigue siendo, desde el punto de vista de los estudios de lo bélico, un campo en buena medida yermo de investigaciones, algo que no solo afecta al bando rebelde sino que también aqueja al republicano. Quedan todavía cuestiones que responder, de forma sistemática, respecto a los desertores, a las causas que motivaron su marcha de la línea del frente, a la relación entre sus acciones y el control impuesto en las unidades, a la represión sufrida por ello o a su consideración posterior dentro del relato de la guerra construido por la dictadura.³⁸ Respecto a la movilización forzosa, los estudios disponibles, si bien constituyen una buena base de partida, dejan ciertas cuestiones pendientes de resolución, que por ejemplo podrían vehicularse a través de la generación de estudios a nivel local o regional.³⁹ Existe un absoluto vacío en lo que respecta a las secuelas físicas y psicológicas que la guerra dejó en los combatientes, tanto en los sublevados, que aún tenían una mínima posibilidad de contar con ayudas para sobrellevar una situación tan sumamente precaria en la posguerra, como en los republicanos, los cuales además debían soportar la etiqueta de vencidos y sus consecuencias derivadas. Los estudios de Stephanie Wright dedicados al Benemérito Cuerpo de Mutilados de Guerra por la Patria o los de Ángel Alcalde sobre la Delegación Nacional de Excombatientes tratan tangencialmente la cuestión, que también se intuye, aunque de modo más superficial, en el trabajo de Javier Rodrigo sobre los campos de concentración franquistas.⁴⁰ Sin embargo, la mayor dedicación de estos trabajos a los aspectos institucionales o su poca relación directa con las secuelas físicas o psicológicas dejadas por la guerra en los soldados hace que este tema permanezca aún por explorar. Sin ir más lejos, los fondos pertenecientes a los hospitales militares alojados en el Archivo General Militar de Ávila (en adelante, AGMAV) o los expedientes personales de tropa depositados en el Archivo General Militar de Guadalajara (en adelante AGMG), en los que figuran informes sobre las heridas, mutilaciones y secuelas sufridas, ofrecen buenos puntos de partida, todavía por transitar en profundidad.

Del mismo modo, no existen estudios sistemáticos de la correspondencia de los combatientes de uno y otro bando –excepción hecha de algunas obras cimentadas sobre colecciones parciales–, esencialmente porque se carece de un volumen de fuentes de este tipo similar al que sí hay para otros conflictos y ejércitos, como la Wehrmacht durante la

³⁸ El único trabajo exclusivamente dedicado a la desertión es el de Pedro CORRAL: *Desertores. La Guerra Civil que nadie quiere contar*, Barcelona, Debate, 2006. Abordajes parciales a la cuestión en James MATTHEWS: *Reluctant Warriors...*, pp. 180 y ss.; Germán RUIZ LLANO: *Álava...*, pp. 264-286; y Francisco J. LEIRA CASTIÑEIRA: *La socialización de los soldados del ejército sublevado...*, pp. 363-371 y 395-414.

³⁹ James MATTHEWS: *Reluctant Warriors...* Los mecanismos de terror utilizados para el reclutamiento y las resistencias ofrecidas a este en Francisco J. LEIRA CASTIÑEIRA: *La socialización de los soldados del ejército sublevado*, pp. 117-141 y 226-269.

⁴⁰ Véanse Stephanie WRIGHT: “Los mutilados de Franco...”. Ángel ALCALDE: *Los excombatientes franquistas...* pp. 117-131. Javier RODRIGO: *Cautivos: Campos de concentración en la España franquista, 1936-1947*, Madrid, Crítica, 2005, pp. 146-172.

Segunda Guerra Mundial.⁴¹ En relación con esto, no hay tampoco estudios que reconstruyan de forma extensa la experiencia bélica de los combatientes a partir de sus propios testimonios, ya sea en forma de las mencionadas cartas o de un análisis de la literatura memorialística producida durante y tras la dictadura. Por otro lado, la campaña del Sur permanece como la única estudiada en profusión en lo que respecta a la violencia desplegada en el frente por las fuerzas militares, no sucediendo lo mismo para la campaña del Norte, la ofensiva de Aragón o la definitiva entrada en Cataluña.⁴² No hay tampoco un estudio detallado de cómo se implementaron las políticas de ocupación por parte del bando rebelde, pese a que algunos trabajos recientes han paliado en parte, mediante el análisis de contextos concretos, el vacío existente en torno a esta cuestión.⁴³ Y esta lista podría continuar haciendo referencia a diversas temáticas como el abastecimiento de las tropas, la propaganda en el frente, el desarrollo y evolución de las tácticas militares, el sistema de refuerzo de las unidades militares, la convivencia de las tropas con la población civil, etc., que sí han tenido un amplio desarrollo para otros casos de estudio y en el marco de otros conflictos, pero que para España constituyen todavía un terreno en el que queda camino por recorrer.⁴⁴ La presente tesis doctoral intenta responder a algunas de estas cuestiones, tanto de manera parcial como de forma más directa, pero creo que es importante situar el contexto en el que se ha desarrollado la investigación que aquí se presenta.

Lógicamente, la falta de estudios historiográficos sistemáticos y complejos sobre todos estos temas y áreas, debida a la tardía y lenta renovación de los estudios de lo bélico, coartaron significativamente en España la generación de este tipo de líneas de investigación, dada la incapacidad de replanteamientos conceptuales de calado a partir de un bagaje instrumental insuficiente, algo que consecuentemente afecta al propio desarrollo de este campo de análisis pero que también tienen una trascendencia más allá de la disciplina histórica. Dentro de dichos procesos, el que gira en torno a la violencia en el frente y la participación individual de los españoles en ella resulta especialmente relevante, *per se* y

⁴¹ Javier CERVERA GIL: *Ya sabes mi paradero. La guerra civil a través de las cartas de los que la vivieron*, Barcelona, Planeta, 2005. Carmen ORTIZ: *Madrina de guerra. Cartas desde el frente*, Madrid, La Esfera de los Libros, 2005. Para el caso republicano véase James MATTHEWS (comp.): *Voces de la trinchera. Cartas de combatientes republicanos en la Guerra Civil española*, Madrid, Alianza, 2015.

⁴² Por ejemplo, Francisco ESPINOSA MAESTRE: *La columna de la muerte. El avance del ejército franquista de Sevilla a Badajoz*, Barcelona, Crítica, 2017 [2003] En este sentido, resulta elocuente la estructura que adopta la obra del hispanista Paul Preston, *El holocausto español*, en la que el análisis de la violencia apenas se extiende más allá de la batalla de Madrid, cuando el título del libro hace referencia al conjunto de la guerra, además de a la posguerra. Véase Paul PRESTON: *El holocausto español. Odio y exterminio en la Guerra Civil y después*, Barcelona, Debolsillo, 2016 [2011].

⁴³ Gutmaro GÓMEZ BRAVO: *Geografía humana de la represión franquista. Del Golpe a la Guerra de ocupación (1936-1941)*, Madrid, Cátedra, 2017. Peter ANDERSON: *¿Amigo o enemigo? Ocupación, colaboración y violencia selectiva en la Guerra Civil Española*, Granada, Comares, 2017.

⁴⁴ Algunas de estas cuestiones ya han sido abordadas parcialmente, si bien la escasez de títulos dedicados hace que sigan pendiente de una mayor profundización. Véanse, por ejemplo, Sara NÚÑEZ DE PRADO Y CLAVELL: *Servicios de información y propaganda en la Guerra Civil española. 1936-1939*, Tesis doctoral, Madrid, Editorial de la Universidad Complutense de Madrid, 1992; Daniel ARASA: *La batalla de las ondas en la Guerra Civil Española*, Maçanet de la Selva, Gregal, 2015; o José Vicente HERRERO PÉREZ: *The Spanish Military and Warfare from 1898 to the Spanish Civil War. The Uncertain Path to Victory*, Basingstoke, Palgrave, 2017.

en lo tocante a esta tesis doctoral. La omnipresencia cuasi absoluta de la violencia –represiva, preventiva, fascista, o de varias formas como se la ha definido–⁴⁵ desplegada en el espacio de la retaguardia durante la Guerra Civil ha ensombrecido el espacio del frente, por mucho que se han intentado establecer visiones que ponderan la importancia de ambos espacios. Dicho ensombrecimiento no es tanto un olvido consciente de los historiadores que han trabajado sobre la violencia en el periodo 1936-1939 sino, más bien, consecuencia de esa minusvaloración de la guerra en sí misma –por mor de la tardía renovación antes referida– como un escenario contenedor de un potencial explicativo y complejizador decisivo e insoslayable. En España no ha habido una *Wehrmachtausstellung*, ni un debate Goldhagen. Es decir, no se han cuestionado los cimientos de la memoria existente acerca de cómo los soldados vivieron la guerra, cómo la lucharon o en qué medida tomaron parte en los episodios de violencia que sí forman parte de una suerte de vago recuerdo colectivo pero que no terminan de tener una traslación empírica y conceptual en el campo historiográfico. De hecho, basta con mirar el tipo de producciones académicas existentes sobre dos de los cuerpos que, en ese vago recuerdo colectivo, tienden a monopolizar el papel de ejecutores de la violencia en el frente, esto es, la Legión y los Regulares. Sobre la primera la obra de José Luis Rodríguez Jiménez parte como casi como única referencia, si bien se trata de una historia clásica de la evolución del cuerpo, sin entrar de lleno en cuestiones sociales, culturales o relativas a la violencia durante la Guerra Civil.⁴⁶ Por su parte, para los Regulares no existe, como tal, ningún trabajo que se centre específicamente en este cuerpo, si bien sí existen diversas monografías que abordan la experiencia de los marroquíes alistados en las filas sublevadas, como la ya mencionada de María Rosa de Madariaga.⁴⁷ No obstante, dentro de lo que es una historia general del contexto y desarrollo de la participación de los denominados “moros” en la Guerra Civil, el capítulo dedicado a las prácticas de violencia no cuenta con un aparato empírico novedoso, sino que se cimienta sobre la literatura secundaria escrita sobre el tema la cual, además, no está especialmente en sintonía con los enfoques socioculturales planteados por los estudios de lo bélico. En este sentido, los Payne, Thomas, Jackson, Southworth o Juliá son, o bien historiadores superados en sus visiones, o bien expertos en la violencia en retaguardia y en la represión, pero no en el espacio del frente. De este modo, el recurso a estos referentes no es sino la evidencia de que existe un amplio vacío al respecto de cuestiones tan relevantes para la construcción del proyecto político y social del franquismo como esta, reproduciéndose *ad eternum* toda una serie de lugares comunes que

⁴⁵ Sobre estas definiciones de la violencia véanse, entre otros muchos, Javier RODRIGO: *Hasta la raíz. Violencia durante la Guerra Civil y la dictadura franquista*, Madrid, Alianza, 2008, especialmente pp. 75-84; Antonio MÍGUEZ MACHO: “Práctica genocida en España. Discursos, lógicas y memoria (1936-1977)”, *Historia contemporánea* 45 (2012), pp. 545-573; o Jorge MARCO: “El eclipse de los conceptos. Sobre el debate de la violencia rebelde/franquista”, *Historia Actual Online*, 38 (2015), pp. 163-176.

⁴⁶ José Luis RODRÍGUEZ JIMÉNEZ: *¡A mí La Legión! De Millán Astray a las misiones de paz*, Barcelona, Planeta, 2005. Una renovación en José E. ÁLVAREZ: *The Betrothed of Death: The Spanish Foreign Legion During the Rif Rebellion, 1920-1927*, Westport, Greenwood Press, 2001. Íd.: *The Spanish Foreign Legion in the Spanish Civil War, 1936*, Columbia, University of Missouri Press, 2016.

⁴⁷ María Rosa DE MADARIAGA: op. cit. Sebastian BALFOUR: op. cit. Gustau NERÍN: op. cit. Maud JOLY: “The Practices of War, Terror and Imagination: Moor Troops and Rapes during the Spanish Civil War”, en Raphaëlle BRANCHE y Fabrice VIRGIL (eds.): *Rape in Wartime*, Basingstoke, Palgrave MacMillan, 2012, pp. 103-114. Ali AL-TUMA: *Guns, Culture and Moors. Racial Perceptions, Cultural Impact and the Moroccan Participation in the Spanish Civil War (1936-1939)*, Londres, Routledge, 2018.

adolecen de una falta de revisión y una profundización con herramientas conceptuales actualizadas y al calor de la propia evolución de los estudios sobre fascismo y franquismo en España.

- *Fascismo y fascistización*

Uno de los pilares sobre los que se va a construir esta tesis doctoral es el proceso de ideologización al que se vieron sometidos los soldados que combatieron en las filas del ejército rebelde. Sin embargo, a la hora de desentrañar dicho proceso, de valorar su efectividad y de definir sus límites, es necesario antes realizar una serie de consideraciones acerca de cómo ha de entenderse la ideologización, como la ha entendido la historiografía —en referencia a la experiencia bélica y a la vida bajo el fascismo, respecto a España y a otros casos de estudio— y cómo puede aplicarse al objeto de estudio aquí analizado. En lo que respecta a la experiencia bélica, el caso alemán nos ha brindado un rico y extenso debate acerca de la relación entre la ideología y las vivencias del *Landser* en el frente, debate que se ha comenzado a reproducir, tímidamente, para el caso español, como ya apuntaba en el apartado anterior. De este modo, la pregunta que articula todas esas reflexiones, y que estructura también parte de la investigación presentada en estas páginas, es en qué medida la ideología tuvo un papel preponderante en las vivencias, experiencias y el universo mental de los combatientes, es decir, si ejerció como columna vertebral de las motivaciones para combatir y resistir hasta el final, para el mantenimiento de la moral y la fe en la victoria. Lo que, en buena medida, permite realizar un planteamiento similar para el caso de la vida cotidiana y los apoyos sociales en las dictaduras, fascistas en este caso. ¿Qué grado de influencia tuvieron las ideas del nazismo, del fascismo italiano o del franquismo en sus respectivas sociedades? ¿Era el convencimiento ideológico o la aceptación interesada lo que motivaba la adhesión de la gente a estas dictaduras? ¿Implicaba la inexistencia de una disidencia abierta y general que todos era conniventes de forma activa, o por el contrario era reflejo de un consenso más pasivo construido sobre el miedo y el cálculo de oportunidades? ¿No participar de forma activa en las iniciativas del régimen, o no reproducir por entero y de una forma compleja el discurso ideológico, era siempre sinónimo de oposición?

En un trabajo relativamente reciente, Sönke Neitzel y Harald Welzer planteaban que fueron los valores militares insertos en la tradición alemana, el sentido del deber y la lealtad a los compañeros de armas lo que dirigió las acciones de los combatientes germanos durante la Segunda Guerra Mundial.⁴⁸ Estos elementos les permitieron sobrevivir y combatir hasta el final, en unas condiciones que desde 1943 ya se percibían como de derrota más que probable. Aunque valoran la transformación de los marcos de referencia ideológicos y sociales durante el Tercer Reich, tras analizar las conversaciones grabadas en secreto a prisioneros alemanes concluyen que la guerra era vista como un trabajo más que como una contribución activa y personal al proyecto del nacionalsocialismo. En este

⁴⁸ Sönke NEITZEL y Harald WELZER: *Soldados del Tercer Reich. Testimonios de lucha, muerte y crimen*, Barcelona, Crítica, 2012, pp. 344-349.

sentido, la ideología quedaba en un plano muy secundario, casi residual, una interpretación que para el caso español comparten los ya citados Mathews y Leira Castiñeira. Una línea similar es la que plantea Jeff Rutherford en su trabajo sobre el Grupo de Ejércitos Norte entre 1941 y 1943, apoyándose en el concepto de necesidad militar. Para el historiador estadounidense, las acciones de la Wehrmacht siempre se guiaron el cumplimiento de sus metas en el plano militar, que en determinados momentos convergía con los objetivos ideológicos (como durante la Operación Barbarroja), pero que en otros se contraponía a estos, primando el enfoque pragmático necesario para ganar la guerra (invierno de 1941-42).⁴⁹

Estos enfoques se oponen a los desarrollados en los años 80 y 90 por Omer Bartov, y continuados, aunque matizadamente, por historiadores como Thomas Kühne o Félix Römer ya en fechas más recientes. Bartov, como uno de los pioneros en aplicar una metodología sociocultural al estudio de la experiencia bélica de los combatientes alemanes en el *Ostfront*, planteó que las condiciones de progresiva brutalización de la guerra contra la Unión Soviética, proceso que él define como demodernización, generaron un contexto propiciatorio para la influencia de la ideología nazi, lo que en última instancia explicaría la violencia de la Wehrmacht sobre los civiles y prisioneros rusos y su voluntad de resistir a ultranza.⁵⁰ De hecho, Bartov amplió su estudio inicial al conjunto de las fuerzas armadas alemanas durante el Tercer Reich, subrayando la ideologización de sus componentes y la percepción de la guerra en el Este como un conflicto por la defensa de la civilización europea.⁵¹ Más tarde, Kühne y Römer —especialmente interesante este último, pues trabajó con el mismo material que Neitzel y Welzer llegando a conclusiones disímiles— han destacado la influencia que tuvo el nazismo en el comportamiento de los combatientes en el frente, si bien introduciendo también en la ecuación la composición heterogénea de la Wehrmacht, algo que indudablemente afecta a los límites de dicha influencia. Kühne articula su explicación en base al concepto de camaradería, el cual remitiría a elementos prosaicos y de interrelación entre los combatientes más que a la propia ideología, pero que también estaría relacionada con esta en la medida en que a nivel de los grupos primarios reproduciría una suerte de identificación con el conjunto de la Wehrmacht y, por extensión, del Tercer Reich y la guerra de aniquilación. Sin ir más lejos, Kühne apunta, de un modo ciertamente similar a como lo plantease Bartov, que la idea de camaradería se acentuó en un sentido ideológico desde 1943 en adelante, lo que nos sitúa ante una cuestión relevante para el estudio aquí planteado.⁵²

⁴⁹ Jeff RUTHERFORD: *Combat and Genocide on the Eastern Front. The German Infantry's War, 1941-1944*, Cambridge, Cambridge University Press, 2014, p. 376. Véase también Jeff RUTHERFORD: "Los soldados alemanes y la guerra total en el Frente Oriental, 1943", en David ALEGRE, Miguel ALONSO y Javier RODRIGO (eds.), op. cit., pp. 307-338.

⁵⁰ Omer BARTOV: *The Eastern Front, 1941-45: German Troops and the Barbarisation of Warfare*, New York, Palgrave, 2001[1986], pp. 144-145. También publicado en la década de los 90, un trabajo que discurre por una línea interpretativa similar es el de Stephen G. FRITZ: *Frontsoldaten. The German Soldier in World War II*, Lexington, The University Press of Kentucky, 1995, que otorga relevancia a la heterogeneidad de motivaciones de los combatientes y de percepciones de la realidad, más mundana que ideologizada, pero que en última instancia afirma la nazificación del soldado alemán (p. 242)

⁵¹ Omer BARTOV: *Hitler's Army. Soldiers, Nazis, and War in the Third Reich*, Nueva York, Oxford University Press, 1992.

⁵² Thomas KÜHNE: *The Rise and Fall of Comradeship. Hitler's Soldiers, Male Bonding and Mass Violence in the Twentieth Century*, Cambridge, Cambridge University Press, 2017, pp. 160 y ss.

La ideología no tiene un lugar preponderante, activo y primordial en los motivos por los que los soldados combaten y matan. Plantearlo desde una óptica semejante implica adoptar una percepción maximalista de la cuestión, lo que paradójicamente choca con la heterogeneidad que pretenden subrayar los trabajos que se posicionan en ese lado del debate. El soldado corriente —e incluso tampoco siempre el convencido políticamente, aunque sería más propenso a ello— no ejecuta a un prisionero, viola a una mujer o roba unas gallinas porque considere que con ello está ayudando directamente a crear la comunidad nacional, limpiar España o edificar una Nueva Europa fascista. Ejecuta, viola y roba por una cuestión de masculinidad, de encontrarse en un estado de excepción como el que provee la guerra, por sentir que tiene derecho a hacerlo dado el sacrificio que ha realizado en el frente, porque se genera esa oportunidad en un momento dado, como vía de escape en caliente tras una experiencia traumática como un combate o por múltiples razones más, que dependen del contexto y la contingencia histórica.⁵³ Sin embargo, los marcos de referencia se ven transformados por la ideología, y eso a su vez modifica lo que el combatiente —en este caso— acepta como válido y lo que no. De este modo, la ideología permanece en un lugar mucho más subyacente, como trasfondo de las acciones de los sujetos históricos que cobran sentido y significado en función del objetivo último que están ayudando a conseguir, algo que subraya Kühne en su formulación del concepto de camaradería. Esto, por supuesto, no implica que siempre, en todo momento y situación, sea la ideología, entendida en un sentido político, la que se sitúe como trasfondo y significante de las acciones de los individuos. Sin ir más lejos, las casi 200.000 alemanas violadas por soldados estadounidenses no se explican en base a criterios ideológicos como la deshumanización absoluta y radical que sí operaron los propios alemanes sobre las poblaciones del Este europeo.⁵⁴ Pero sí puede afirmarse, algo que se intentará demostrar en esta tesis, que la ideología influye en los marcos de acción de los individuos, sobre todo en un contexto bélico donde el enfrentamiento entre ambos bandos tiene una notable dimensión ideológica. Por ello, el hecho de que en la vida diaria y en las conversaciones entre camaradas la ideología no tenga un peso específico y una presencia relevantes no permite descartar la existencia de un proceso de permeación ideológica entre los combatientes. De hecho, lo que la historiografía que considera que esta variable jugó un papel importante en la experiencia bélica de los soldados se ha esforzado en resaltar es la diversidad de percepciones, procesados y asimilaciones de la propia ideología, algo que responde de una forma más directa a la heterogeneidad social, política, cultural o experiencial de los individuos que componían los ejércitos de masas en la Edad Contemporánea. No en vano, la asunción de esta ideología presentaba contradicciones e inconsistencias, tal y como plantea Römer para el caso de la Wehrmacht, de tal forma que una posición maximalista no permite aproximarse a la cuestión con las debidas garantías y desde puntos de partida realistas.⁵⁵

⁵³ Esa idea del marco como escenario potenciador de la violencia, más que las propias convicciones de los sujetos, en Wendy LOWER: *Hitler's Furies. German Women in the Nazi Killing Fields*, Nueva York, Houghton Mifflin Harcourt, 2013, pp. 145-166.

⁵⁴ Miriam GEBHARDT: *Als die Soldaten kamen. Die Vergewaltigung deutscher Frauen am Ende des Zweiten Weltkriegs*, Múnich, DVA. 2015.

⁵⁵ Felix RÖMER: *Kameraden. Die Wehrmacht von innen*, Munich, Piper, 2012, p. 86.

Este mismo debate acerca de los límites de la ideologización se ha extendido a los estudios sobre los apoyos sociales, funcionamiento y luchas de poder en el seno de las dictaduras fascistas. Se debate en qué medida los distintos regímenes fueron capaces de llevar a cabo o no sus proyectos políticos, cuál fue la respuesta de la sociedad ante estas iniciativas —el grado de movilización— y, de este modo, se pulsa su nivel de aquiescencia, consenso, pasividad o disenso, determinado así el triunfo o el fracaso en la implantación de la ideología fascista.⁵⁶ Para el caso español, esta última narrativa, la del fracaso, es la que se impone de forma mayoritaria. Con matices, oscilando desde trabajos que apuntan a un fracaso absoluto hasta otros que lo definen en términos parciales, pero constituye una suerte de lugar consensuado para la mayoría de historiadores dedicados al tema, no dejando de lado la existencia de posiciones disonantes de considerable relevancia cuantitativa y cualitativa. De esta forma, Falange habría sido un partido instrumentalizado por el naciente Estado, ya que ofrecería la pátina de legitimidad que los militares y, más concretamente, Franco necesitaban, convirtiendo así el Movimiento Nacional en la organización civil a través de la cual canalizar los apoyos sociales al nuevo régimen.⁵⁷ El fascismo representado por Falange, exclusivamente según esta interpretación, se habría visto pues utilizado y nunca desplegado, con lo que el régimen resultante de la Victoria no tendría sino una naturaleza reaccionaria de fachada fascista, es decir, lo que historiográficamente se ha venido a denominar como fascistizado o parafascista.⁵⁸ De hecho, el carácter profundamente católico del franquismo ejercería como prueba de ese fracaso del fascismo, pues el catolicismo vendría a representar la conservación de lo tradicional frente a una Nueva España revolucionaria propugnada por Falange, que no habría sido nunca católica en esencia, tal y como plantea Mercedes Peñalba, ni habría adoptado la forma que adoptó la dictadura.⁵⁹

La narrativa del fracaso se reforzaría con el estudio de los diferentes proyectos e iniciativas llevadas a cabo por el franquismo con el fin de encuadrar y, aparentemente, movilizar a la población. Unas políticas que se toparon con muchas más dificultades que las previstas inicialmente, y con una respuesta desigual de la población, menos entusiasta

⁵⁶ Algunos ejemplos en Götz ALY: *Hitler's Beneficiaries. Host he Nazis Bought the German People*, Londres, Verso, 2007. Richard J. EVANS: *The Third Reich at War, 1939-1945*, Nueva York, Allen Lane, 2008. O Paul CORNER (ed.): *Il consenso totalitario. Opinione pubblica e opinione popolare sotto fascismo, nazismo e comunismo*, Bari, Laterza, 2012.

⁵⁷ Joan María THOMAS: *La falange de Franco. Fascismo y fascistización en el régimen franquista (1937-1945)*, Barcelona, Plaza&Janés, 2001; Íd.: *Los fascismos españoles*, Barcelona, Planeta, 2011. Mercedes PEÑALBA-SOTORRÍO: *Falange Española, historia de un fracaso (1933-1945)*, Pamplona, EUNSA, 2009.

⁵⁸ Aristotle A. KALLIS: “‘Fascism’, ‘Para-Fascism’ and ‘Fascistization’: On the Similarities of Three Conceptual Categories”, *European History Quarterly*, 33:2 (2003), pp. 219-249. Otro cuestionamiento de los límites de la fascistización, en este caso articulado a través del análisis del personal político del primer franquismo, en Miguel Á. DEL ARCO BLANCO: “¿Fascismo en las instituciones del *Nuevo Estado*? Personal Político, cultura política y participación en el franquismo (1936-1951)”, *Rúbrica Contemporánea*, 3:5 (2014), pp. 29-43.

⁵⁹ Mercedes PEÑALBA-SOTORRÍO: *Entre la boina roja y la camisa azul: la integración del carlismo en Falange Española Tradicionalista y de las JONS (1936-1942)*, Pamplona, Gobierno de Navarra, 2013. Como contrapunto a esta visión véanse Francisco MORENTE: “Rafael Sánchez Mazas y la esencia católica del fascismo español”, en Miguel Ángel RUIZ CARNICER (coord.), *Falange. Las culturas políticas del fascismo en la España de Franco*, Vol. 1, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2013, pp. 109-141; o, sobre todo, Ferran GALLEGÓ: *El Evangelio...*

de lo que una movilización masiva como la de la Guerra Civil podría sugerir.⁶⁰ De hecho, los estudios que apuntaba antes, como el de Francisco J. Leira, acerca de la heterogeneidad de individuos alistados en las filas insurgentes parecen dialogar bastante bien con los trabajos que sugieren el fracaso de la movilización en la posguerra, toda vez que evidencian las disonancias entre el relato propagandístico que mostraba un país volcado con el nuevo régimen y una realidad mucho más compleja, gris y apática. Sin embargo, a la hora de interpretar las lógicas subyacentes a la actitud de la población en los años posteriores a 1939 debemos tener en cuenta también las condiciones a nivel material, y a nivel de proyecto, del escenario español. Por un lado, España era un país absolutamente devastado por una guerra que se había extendido durante casi tres años, lo que conllevó una tremenda dislocación a nivel social y económico. En este sentido, el Estado veía lastrada su capacidad de implementar políticas efectivas, tanto por la falta de medios como por la falta de personal, algo que de hecho los estudios señalan.⁶¹ Por otro lado, a nivel de proyecto político y capacidad de movilización no debemos olvidar el hecho fundamental de que el fascismo español se construyó, como régimen, a partir de una victoria decisiva y absoluta sobre sus enemigos, algo que no pudieron hacer sus homólogos alemán e italiano. Teniendo en consideración el marco bélico como un escenario propiciatorio para la implementación de una profilaxis social sin apenas restricciones –véanse los casos del Holocausto, la violencia desplegada por la República Social Italiana entre 1943 y 1945, o las políticas genocidas del Nezavisna Država Hrvatska croata–,⁶² el franquismo se constituyó como un régimen triunfante que no necesitaba desarrollar un proceso de movilización permanente en clave bélica –como en otros fascismos– para luchar contra un enemigo ya derrotado. Esto implica la existencia de una importante disonancia a la hora de establecer un marco comparativo con experiencias políticas similares, algo que las investigaciones suelen pasar por alto pero que resulta relevante. En esencia, el franquismo no fue sino el fascismo victorioso, situación que no se reprodujo en ningún otro país.

De este modo, a la hora de entender la ideología y su influencia en el conjunto de la sociedad debemos partir de una perspectiva que se aleje de maximalismos y subraye la heterogeneidad de los individuos sobre los que opera, que no solo tiene que ver con la existencia entre estos de espacios de disenso y apatía hacia el elemento ideológico sino que también está relacionada con cómo dichos individuos entendían la ideología y la adaptaban a su realidad, pudiendo rechazar o mostrarse indiferentes hacia determinadas partes de esta pero también aceptar otras por pleno convencimiento. Por ejemplo, los

⁶⁰ Por ejemplo, Sescún MARÍAS: “El empleo a los dos lados del margen: la Sección Femenina y el trabajo de la mujer”, en Óscar RODRÍGUEZ BARREIRA: *El franquismo desde los márgenes: campesinos, mujeres, delatores, menores...*, Almería, Universidad de Almería, 2013, pp. 147-163.

⁶¹ Daniel LANERO TÁBOAS: “¿La salud es lo que importa? La O.S. 18 de Julio y la asistencia médica en Galicia (1940-1965)”, *Historia Social*, 68 (2010), pp. 47-67; Íd.: “Las ‘políticas sociales’ del franquismo: las Obras Sindicales”, en Miguel Á. DEL ARCO BLANCO, Carlos FUERTES, Claudio HERNÁNDEZ BURGOS y Jorge MARCO (eds.): *No solo miedo. Actitudes políticas y opinión popular bajo la dictadura franquista (1936-1977)*, Granada, Comares, 2013, pp. 127-142.

⁶² Christian GERLACH: “Die Wannsee-Konferenz, das Schicksal der deutschen Juden und Hitlers politische Grundsatzentscheidung, alle Juden Europas zu ermorden”, *WerkstattGeschichte*, 18 (1997), pp. 7-44. Luca BALDISSARA y Paolo PEZZINO: *Il massacro. Guerra ai civili a Monte Sole*, Bologna, Il Mulino, 2009. Toni ROVATTI: *Leoni vegetariani. La violenza fascista durante la RSI*, Bologna, CLUEB, 2011. Mark BIONDICH: *The Balkans. Revolution, War, and Political Violence since 1878*, Oxford, Oxford University Press, 2011.

combatientes alemanes mantuvieron una absoluta fe en el Führer hasta casi los últimos instantes del Tercer Reich, al mismo tiempo que muchos de ellos mostraban su disconformidad con diversos aspectos del régimen, algo que de hecho también sucedió en Italia con respecto al Estado fascista.⁶³ Es decir, que como plantea Kate Ferris, los individuos, los italianos en el caso que ella estudia, no son recipientes pasivos de la ideología, en el sentido de que la adoptan completa y acríticamente, sino que la adaptan en función de sus necesidades, aceptando o rechazando partes según sus propios intereses o su postura respecto a determinadas cuestiones.⁶⁴ De este modo, la utilización del concepto de ideología, así como del de fascismo, ha de alejarse de posiciones demasiado exigentes con el objeto de estudio, adaptándose a la realidad existente en los diferentes contextos y a la propia cotidianidad de los individuos que, a fin de cuentas, son los que los dotan de sentido y de contenido experiencial. La arquitectura conceptual empleada para definir el fascismo español comporta un nivel de exigencia difícilmente soportable, sobre esos mismos parámetros, por experiencias fascistas en torno a las cuales el consenso historiográfico es total, como Alemania o Italia. Se incurre, por tanto, en una serie de desequilibrios comparativos que es necesario revisar, algo que en cierto modo intentará realizar esta tesis doctoral.

- *Guerra fascista*

El concepto de *fascist warfare*, o guerra fascista en su conversión –que no traducción literal– al castellano, surge del esbozo realizado por Alan Kramer en su libro *Dynamic of Destruction*, donde apuntaba que el surgimiento de los regímenes fascistas durante el periodo de entreguerras comportó un desarrollo hasta sus últimas consecuencias de la guerra total, algo que venía potenciado por las particularidades de la ideología fascista y por su percepción tanto de sus enemigos como de los objetivos de su propio proyecto político.⁶⁵ La guerra fascista sería por tanto una nueva forma de percibir, enfocar y hacer la guerra, cuyas implicaciones no solo se verían reflejadas en los espacios del frente y la retaguardia sino que tendrían también una influencia decisiva sobre las propias comunidades nacionales de los regímenes que lo pusieron en práctica. Una nueva vía de comprensión del hecho bélico cuyo origen se situaría en la interpretación que el fascismo hizo de la experiencia bélica de la Gran Guerra y que evolucionó hasta culminar en toda su dimensión en la Segunda Guerra Mundial. En este camino, Libia y Abisinia habrían constituido las primeras etapas –no olvidemos que entre 350.000 y 760.000 etíopes, la mayoría de ellos civiles, fueron asesinados debido a la superioridad militar del ejército italiano– de un proceso de refinamiento de la guerra que habría culminado en las luchas libradas en el Frente Oriental durante la Segunda Guerra Mundial. De esta forma, aquí podríamos situar uno de los elementos definitorios de la guerra fascista, a saber, que representa la síntesis o confluencia entre una serie de enfoques militares de carácter total, de amplio recorrido

⁶³ Hans MOMMSEN: “Changing Historical Perspectives on the Nazi Dictatorship”, *European Review*, 17:1 (2009), p. 79. Paul CORNER: *The Fascist Party and Popular Opinion in Mussolini's Italy*, Oxford, Oxford University Press, 2012, p. 5.

⁶⁴ Kate FERRIS: op. cit.

⁶⁵ Alan KRAMER: *Dynamic of Destruction. Culture and Mass Killing in the First World War*, Oxford, Oxford University Press, 2007, pp. 329-330.

en las guerras de la contemporaneidad europea y que eran de uso habitual en los escenarios coloniales; y, al mismo tiempo, una ideología como la fascista que proveyó los marcos de referencia para la deshumanización absoluta de sus enemigos y que promovió una política expansionista de raíz genocida sobre regiones y pueblos considerados inferiores. En este sentido, la práctica que epitomiza esta síntesis o confluencia y que es uno de los elementos característicos de la guerra fascista es la guerra antipartisanas o contrainsurgente. Aquí son cruciales algunos precedentes en la aplicación de enfoques militares drásticos, como los brutales métodos empleados por Prusia contra los combatientes irregulares enemigos durante la Guerra Franco-Prusiana o por los alemanes durante la Gran Guerra, como nos muestran los trabajos de Vejas G. Liulevicius y Alan Kramer y John Horne.⁶⁶ En este caso, dichos enfoques se fusionaron con percepciones en clave ideológica del espacio y el enemigo, dando lugar a prácticas extremas de aniquilamiento masivo de población civil que no respondían a un criterio exclusivamente militar de lucha contra los partisanos, un modo de hacer la guerra que alcanzaría su culminación en el periodo de entreguerras. De hecho, este tipo de prácticas de la guerra fascista, que en esencia implicarían la confluencia de los métodos coloniales con la creencia en la existencia de una “guerra civil europea”, constituyen una constante que se repite con características similares en múltiples experiencias de fascismos en guerra: Alemania (Frente Oriental, Balcanes), Italia (Libia, Etiopía, Balcanes), Francia y Bélgica bajo la ocupación alemana y España (fundamentalmente en el Frente Sur en los primeros meses de la Guerra Civil).

Dentro de la cosmovisión fascista, la guerra representaba el único marco posible para la construcción de la comunidad nacional y el propio proyecto político en su máxima expresión. En este sentido, la guerra fascista constituiría la vía de canalización de esas aspiraciones de realización política por la vía del expansionismo militar y territorial —el *Lebensraum* o *lo spazio vitale*— y de la eliminación de los pueblos considerados inferiores —no debemos olvidar que es la guerra, por su condición de marco propiciatorio como antes comentaba la que permite poner en marcha procesos genocidas como el Holocausto, la eliminación de minorías étnicas en la Croacia del Estado Independiente de Croacia o la aniquilación racial de las poblaciones chinas en el marco de la expansión japonesa por el Asia continental.⁶⁷ Pero la construcción de esa comunidad nacional no solo se realizaría de puertas para afuera, sino que tendría una dimensión crucial para el proyecto fascista en el contexto interno, siendo aprovechada para la eliminación o el bloqueo de cualquier forma de oposición doméstica. De este modo, la guerra, según la visión fascista, tendría un componente transformador nuclear para sus propias sociedades, de tal forma que actuaría como un proceso de purificación de los individuos y de perfeccionamiento de una comunidad nacional que sin el escenario bélico sería incapaz de terminar de purgar a los elementos indeseables. Esto se observa muy claramente en el caso italiano, donde la derrota exterior en la Segunda Guerra Mundial y la invasión aliada y posterior caída sin

⁶⁶ Vejas G. LIULEVICIUS: *War Land on the Eastern Front. Culture, National Identity and German Occupation in World War I*, Cambridge, Cambridge University Press, 2000. Alan KRAMER y John HORNE: *German Atrocities, 1914: A History of Denial*, New Haven y Londres, Yale University Press, 2009.

⁶⁷ Yoshimi YOSHIKI: *Grassroots Fascism. The War Experience of the Japanese People*, Nueva York, Columbia University Press, 2015 [ed. original en japonés de 1987] Alexander KORB: *Im Schatten des Weltkriegs: Massengewalt der Ustaša gegen Serben, Juden und Roma in Kroatien, 1941-1945*, Hamburgo, Hamburger Edition, 2013.

apenas resistencia del régimen de Mussolini convirtieron al conjunto de la población italiana en un objetivo a purificar por parte de la nueva RSI en el seno de la guerra civil de 1943-1945. Lo mismo puede decirse del caso español y la violencia sin límites aplicada por los golpistas en el verano-otoño de 1936. Por tanto, ese carácter transformador de lo bélico, elemento definitorio esencial de la guerra fascista, sería el eje común que conectaría las diferentes experiencias fascistas como Italia, Alemania, España, Croacia o Japón. Aunque dicho vínculo no siempre comportó su ejecución hasta las últimas consecuencias –algo que es aplicable para el caso español debido a las limitaciones que el carácter interno de la guerra civil impuso sobre ciertas prácticas de violencia masiva–, sí compartieron todos la intencionalidad. Aquí se pone de manifiesto el hecho de que la guerra fascista tiene que ver, igualmente, con la transformación interna de los Estados y sociedades fascistas. De hecho, esa transformación interna se relacionaría con la creación del nuevo hombre fascista, que habría de servir de modelo ideal de masculinidad y de piedra angular de la comunidad nacional, algo que desde luego se dio en el caso español, único fascismo triunfante en su propia guerra. Ese nuevo hombre epitomizaría las propias características de la guerra fascista en un arquetipo de carácter agresivo, violento y viril, de dominación absoluta del espacio y, en última instancia, de sacrificio absoluto por la causa que sancionaría y reforzaría un sistema de organización político-social en el que lo masculino era el elemento dominante. El ideal del combatiente fascista, representado en esta construcción retórica, marcaría el objetivo de purificación de la comunidad nacional que se pretendía alcanzar mediante la guerra y la expansión imperial. De este modo, a la hora de definir la guerra fascista debe hacerse también referencia a esa forja del combatiente y del hombre, puesta en relación con el proyecto y la cosmovisión desarrolladas por el fascismo.

La guerra fascista vendría definida por la aplicación a la concepción e implementación de la guerra de esquemas fascistas eliminacionistas que esencialmente implicarían la definitiva supresión de las fronteras entre civiles y combatientes, y no simplemente definido por criterios cuantitativos como la extensión de una violencia militar sin precedentes en cuanto a su letalidad y superior a la de las potencias democráticas o a la de regímenes de otro tipo (caso del comunismo) o el uso desproporcionado de armamento pesado y potencia de fuego, muy superior a los medios necesario para vencer en la guerra. Desde luego, otro tipo de regímenes políticos, como en el caso de las potencias europeas en los espacios coloniales o en los ataques aéreos sobre Alemania y Japón, implementaron prácticas similares en las que los civiles eran, igualmente, objetivos militares y víctimas de una violencia indiscriminada. Sin embargo, existen algunas diferencias. Por una parte, en la base de esas prácticas no existían enfoques de raíz genocida, sino que se establecía una mínima separación entre civiles y combatientes y se pretendía ganar la aquiescencia de las poblaciones sobre las que se actuaba mediante políticas de modernización. Unas políticas que a menudo fracasaron pero que desde luego no tenían esa matriz fascista de castigo colectivo y eliminación indiscriminada, de absoluta deshumanización apriorística del enemigo y, en definitiva, ese intrínseco carácter genocida del que hicieron gala los fascismos en guerra. Y, por otra, esa voluntad de ganar mínimamente “los corazones y las mentes” de las poblaciones locales contra las que se combatía implicaba la existencia de una serie de elementos que limitaban la aplicación de políticas de violencia masiva, como por ejemplo la opinión pública, una variable que no estaba tan presente en el caso

de los regímenes fascistas.⁶⁸ De este modo, es importante señalar que la definición de una guerra fascista no implica sugerir que buena parte de los métodos y prácticas que los fascismos pusieron en marcha en los diferentes escenarios bélicos sean de uso exclusivo de éstos. Más bien, dichos elementos constituían prácticas de largo alcance en el modo contemporáneo de hacer la guerra que venían desarrollándose desde el siglo XIX. En este sentido, a la hora de definir esta guerra fascista es interesante recurrir a la idea de la *caja de herramientas* acuñada por Andreas Stucki en su estudio sobre las guerras coloniales mantenidas por España en Cuba, un concepto que hace referencia a las transferencias de prácticas y enfoques en el modo de hacer la guerra, así como también a los mecanismos y prácticas preexistentes que se combinarían de una forma particular y, por ende, definitoria en el caso de la guerra fascista.⁶⁹ Las especificidades de la ideología fascista permitirían desarrollar esta suerte de modo de hacer la guerra codificado hasta sus últimas consecuencias, algo que permitiría explicar las continuidades entre conflictos impulsados por potencias fascistas y no fascistas, como los ya comentados conflictos coloniales u otros desarrollados posteriormente.

En definitiva, la guerra fascista sería la concepción y desarrollo de una forma de guerra total a partir de unos esquemas ideológicos que eliminarían cualquier cortapisa para la violencia y que supondrían un salto cualitativo importante en los modos de hacer la guerra puestos en práctica por otros Estados y regímenes políticos de la época. Sin embargo, esto no implica la existencia de un único tipo de guerra fascista, ni tampoco supone asumir que en todo momento y circunstancia los Estados fascistas aplicaban este modelo. Existirían diferencias marcadas por la necesidad militar, tal y como ha apuntado en su obra Jeff Rutherford. De hecho, una necesidad militar marcada y condicionada por una agenda política muy clara. En algunos casos, los cambios de enfoque se dieron dentro de un mismo conflicto, tal y como se observa en las políticas de ocupación impulsadas por Alemania en el Frente Oriental o las políticas de clasificación y reciclaje de prisioneros de guerra en la España fascista del 36-39. Por ende, hay que atender a las diferencias existentes en los modos de conducir la guerra por parte del fascismo en función del tipo de conflicto librado o del momento por el que pasara éste: una guerra en espacios coloniales no era abordada de igual forma que una guerra entre Estados (convencional) o una guerra civil, tampoco una guerra que se previera corta se caracterizaría por el mismo enfoque al devenir larga. Del mismo modo, el tipo de guerra fascista también variará en función del periodo en que la abordemos (desde sus primeros pasos en Libia hasta su culminación en el Frente Oriental), del régimen que la lleve a cabo (algo que también define el volumen y dimensión de la violencia que se puede desplegar, ya que no es lo mismo el caso alemán que el caso español), del enemigo al que se combata (como en el caso del tipo de guerra llevada a cabo por Alemania en Francia en comparación con la campaña rusa) y del objetivo que se persiga (caso de una guerra de exterminio y conquista de un amplio espacio vital o caso de una guerra civil en el propio país).

⁶⁸ Un ejemplo en Derek SAYER: “British Reaction to the Amritsar Massacre, 1919-1920”, *Past and Present* 131 (1991), pp. 130-164.

⁶⁹ Andreas STUCKI: *Las guerras de Cuba. Violencia y campos de concentración (1868-1898)*, Madrid, La Esfera de los Libros, 2017.

Así pues, la novedad e interés del concepto de guerra fascista radica en su potencial explicativo acerca de la naturaleza del tipo de guerra librado por los regímenes fascistas. Hasta ahora, el concepto de guerra total ha sido utilizado para definir el modo de hacer la guerra durante la Segunda Guerra Mundial, si excluimos algunas teorizaciones sobre la idoneidad de su uso en conflictos del siglo XIX, como el caso de las Guerras Napoleónicas.⁷⁰ Sin embargo, tal y como hemos expuesto, existen una serie de diferencias relevantes entre el tipo de guerra llevado a cabo por los regímenes fascistas y aquel desarrollado por otros Estados y regímenes políticos, de tal modo que la inclusión de todos dentro de una misma categoría de análisis redundaría en la incapacidad de ser precisos a nivel interpretativo. Del mismo modo, es la especificidad de la cultura política fascista la que confiere esos elementos diferenciales a la guerra librada por estos Estados y regímenes. Por tanto, situarla dentro del concepto de guerra total impide destacar esas especificidades y, al mismo tiempo, indagar en la relación esencial entre el fascismo y la guerra, entendida al mismo tiempo como proceso de conquista y de purificación nacional, algo que no estaría presente para otro tipo de regímenes políticos. Por todo ello es necesario dotarse de un concepto específico que permita reafirmar esas diferencias, ya que de esta forma podremos ahondar en la comprensión de la naturaleza del fascismo y de la propia guerra en la contemporaneidad en el siglo XX.

Saliendo del marco general y entrando en su aplicación al caso español, es importante resaltar varias cuestiones. La naturaleza interna del conflicto de 1936-1939 impone una serie de limitaciones a la aplicación de una violencia desmedida y de carácter genocida, toda vez que el futuro de la naciente España fascista dependía en buena medida de los recursos disponibles tras tres años de larga guerra, población incluida. Como se apuntará sobre la base de la documentación militar del bando sublevado, esta cuestión marcó decisivamente la definición de los límites de violencia tolerables, evolucionando al calor de la propia guerra y sus dinámicas, casi siempre favorables a los rebeldes. Por tanto, partiendo de las fuentes y del conocimiento actual de cómo se llevó a cabo la guerra por parte de las fuerzas insurgentes y cuáles fueron las formas y tipologías de la violencia desplegada por las tropas en el espacio del frente –algo que, como ya se ha planteado, requiere de una mayor profundización–, el concepto de guerra fascista solo tendría pleno sentido aplicado a la campaña del Sur en los primeros meses de la guerra, esto es, al avance de las columnas hacia Madrid. En este marco, las similitudes con otros escenarios de guerra fascista son más que evidentes, al tiempo que existe una notable diferencia con lo sucedido en otras campañas y contextos, caso del Norte, o de las ofensivas de 1937. Precisamente, esta especificidad para el caso de la Guerra Civil Española permite precisar mejor los marcos de aplicación del concepto pues, como decía antes, no siempre los Estados fascistas implementaban un tipo de guerra fascista. De igual modo, en el caso español el proceso de construcción de la comunidad nacional al calor de la profilaxis fomentada por la guerra cobra especial relevancia, pues se trata tanto de una guerra externa como interna, con lo que se cumplen ambas premisas señaladas antes. Sin ir más lejos, los contornos de esa comunidad quedaban perfectamente epitomizados en el modelo de

⁷⁰ David A. BELL: *The First Total War. Napoleon's Europe and the Birth of Warfare as We Know It*, New York, Houghton Mifflin, 2007.

masculinidad militar promovido por los rebeldes, basado en cualidades alejadas de la táctica o la estrategia y centrado en elementos como el valor, el arrojo, el sacrificio o la constante búsqueda de gloria. En definitiva, la utilización del concepto de guerra fascista permitiría aportar una nueva clave interpretativa al conjunto explicativo sobre la violencia fascista durante la Guerra Civil Española, conectando esta experiencia, desde una óptica paradigmática, con el conjunto de fascismos en guerra que tuvieron su auge y caída en el periodo 1922-1945.

Marco metodológico

Al hilo de la reflexión que hacía más arriba respecto a la evolución de los estudios de lo bélico en las historiografías americana, europea y española, el objetivo de esta investigación es emplear una metodología en la línea de los enfoques más recientes y novedosos en este campo de estudio, con la doble finalidad de abordar una cuestión aún pendiente para la comprensión del franquismo y la Guerra Civil desde una posición complejizadora, y de contribuir a la progresiva actualización de los estudios de lo bélico en España. En este sentido, la presente tesis doctoral se construye sobre dos fuentes principales. Por un lado, las fuentes procedentes de los archivos militares y, por otro, la literatura memorialística generada por los combatientes y otro tipo de fuentes culturales tales como relatos propagandísticos, crónicas de guerra o prensa de la época. Mediante la combinación de ambas se busca potenciar una metodología de índole sociocultural, que permita situar las acciones, percepciones, sensaciones, experiencias y vivencias de los individuos dentro de un marco concreto y definido por las acciones, políticas y estructuras de, en este caso, el ejército sublevado. Sin ánimo de presentar aquí una crítica frontal a los estudios culturales, cuya irrupción y desarrollo ha implicado una transformación radical del modo en que hacemos Historia y somos capaces de aprehender el pasado, en determinados momentos algunas obras basadas en estos enfoques pecan de una marcada abstracción cuando se refieren a temas que trascienden lo cultural y penetran en lo social, sin buscar conectar la narrativa o el constructo diseccionados con la realidad cotidiana de los individuos que lo construyen y que, en definitiva, le aportan la carga experiencial. Desde luego, los análisis sobre los relatos, los mitos o las cosmovisiones construidas por el hombre son fundamentales para luego entender cómo influyen y dan forma a las acciones de este, pero es también importante aterrizar dichos relatos en el plano de lo concreto para ver cómo se articulan y cómo funcionan confrontados con la realidad. Por tanto, en este estudio sobre la experiencia de los soldados sublevados durante la Guerra Civil Española es imprescindible combinar ambos enfoques, uno que reconstruya el marco tangible de la experiencia de guerra y otro que defina los contornos de cómo esa experiencia fue procesada y codificada por los hombres y mujeres que la vivieron.

Para la reconstrucción del marco de la experiencia bélica las fuentes principales son de índole militar, tales como estadillos de bajas, directivas de operaciones, circulares sobre táctica, estrategia, propaganda, abastecimientos, sanidad, servicios, política, órdenes sobre conducta de las tropas, expedientes judiciales, expedientes de recompensas, etc., todas ellas procedentes fundamentalmente del Archivo General Militar de Ávila (AGMAV), aunque también con la presencia de otros como el Archivo General Militar

de Guadalajara (AGMG), el Archivo Intermedio Militar de Ceuta (AIMCE), el Archivo del Tribunal Togado Territorial nº 2 de Zaragoza, el Archivo General de la Administración (en adelante, AGA) o el Archivo General de Palacio (en adelante, AGP), y complementadas para determinados detalles muy puntuales con fuentes de archivos extranjeros. Inicialmente, la idea que quería poner en práctica era el análisis de solo uno de los objetos de estudio que aborda esta tesis, el proceso de socialización ideológica de los combatientes y la identidad política construida por los soldados en las trincheras. Para ello, pensé en trabajar toda la literatura memorialística producida por los combatientes sublevados, de cara a pulsar ese proceso de ideologización y cómo la experiencia bélica fue codificada en clave política. Sin embargo, una vez planteado esto, que embrionariamente se realizó en el Trabajo de Final de Máster defendido en 2012, quedaba patente la necesidad de elaborar una perspectiva más rica y compleja, que integrase tanto lo cultural como lo social, es decir, el marco tangible de dicha experiencia bélica, algo que resultaba fundamental para contextualizar esa lectura política que pretendía estudiar. De esta forma, y siguiendo la línea marcada por trabajos similares para el caso de la Wehrmacht, como los de Omer Bartov o Jeff Rutherford, pensé en articular la tesis a partir del estudio de tres divisiones militares que, en cierto modo, representasen la heterogeneidad de individuos, unidades y frentes que se dieron en el bando sublevado. Elegí la 13 DI, la 5ª División de Navarra, y la 17 DI. La primera sería representativa de las tropas de primera línea a las cuales se recurría en prácticamente todas las ofensivas para que lideraran los ataques y tomaran los objetivos más complicados. En este sentido, no debemos olvidar que la 13 DI, en conjunto o a través de alguna/s de sus unidades, participó activamente en las batallas de Brunete, Belchite, Teruel, la Ofensiva de Aragón, el Ebro, la Ofensiva de Cataluña y la “de la Victoria”, habiendo sido su embrión la Columna Barrón, que tuvo un papel muy importante en el avance hacia Madrid. Además, la 13 DI, al estar compuesta por abundantes fuerzas africanas, vendría a representar también a este tipo de unidades coloniales. Por su parte, la 5ª División de Navarra sería otra unidad de primera línea, pero en este caso constituida a partir de las Brigadas Navarras y, por tanto, con una mayor presencia de fuerzas procedentes de la zona norte de España, como los requetés. Finalmente, la 17 DI ejemplificaría a las divisiones que apenas tomaron parte en los combates al estar en frentes prácticamente inactivos, que Seidman denominó como “frentes en calma”.⁷¹

Sin embargo, la elección de una estructura semejante presentó diversos problemas relacionados con la propia naturaleza y distribución de las colecciones documentales albergadas en el AGMAV. Al empezar a revisar las cajas que contenían los documentos de estas unidades y estudiar dichos documentos constaté la imposibilidad de construir un análisis basado en las tres divisiones mencionadas. Por una parte, las fuentes seleccionadas no abarcaban el conjunto de elementos que quería que el estudio abordase. Mientras que en una división aparecían informes relativos al abastecimiento de las tropas, en las otras dos no era así. O, de igual forma, mientras que en una división, la 13 DI en este caso, figuraban expedientes judiciales que trataban algunos delitos, en las otras dos uni-

⁷¹ Michael SEIDMAN y M.L. FERRANDIS GARRAYO: “Frentes en calma de la guerra civil”, *Historia Social*, 27 (1997), pp. 37-59.

dades no había ni rastro de este tipo de documentación. Además, por otra parte, la documentación no presentaba una estructura sistemática, sino que estaba en muchos casos salteada. Por ejemplo, los estadillos de bajas eran, durante determinados periodos de tiempo, bastante detallados, mientras que apenas se hacía un desglose de las bajas en otros momentos, sin un motivo aparente más allá del propio caos organizativo y documental del ejército rebelde o de una, menos probable aunque no del todo descartable, aleatoria y mala conservación de los documentos. Una cuestión que se repetía para otro tipo de informaciones, como directivas de ocupación, estados de fuerza o circulares tácticas. Para intentar paliar esto, una posible solución pasaba por recurrir a las instancias superiores de las divisiones con el fin de llenar los huecos dejados por la falta de documentación de las unidades. No obstante, esto presentaba otro problema añadido: la considerable variabilidad de la composición de las grandes unidades (en adelante, GGUU) en el ejército rebelde. La 5ª División de Navarra formó parte del Cuerpo de Ejército (en adelante, CE) de Galicia durante la batalla de Teruel, del CE Marroquí durante la Ofensiva de Aragón y posteriormente dependió del *Corpo Truppe Volontarie* (en adelante, CTV) y del CE del Turia. Algo similar le sucedió a la 13 DI, que se encuadró en los CE de Galicia, Marroquí (en dos ocasiones diferentes), de Aragón, y formó parte de distintos ejércitos, como el del Centro o el del Sur.

En todo caso, comencé a trabajar la documentación de distintos ejércitos y CEs, al tiempo que consulté los fondos correspondientes al CGG. Durante este proceso persistieron los mismos problemas, a pesar de haber aumentado las fuentes de las que se seleccionaba la documentación, permaneciendo algunas cuestiones carentes de suficiente base empírica y pudiendo potencialmente quedar temas importantes sin ser trabajados. De esta forma, consideré que resultaba una mejor opción ampliar el rango de estudio al conjunto del ejército rebelde, dejando la estructura de las tres divisiones como instrumento de ejemplificación para cuestiones concretas, donde sí resultaba funcional. Con ese nuevo cambio resultaba posible abarcar el conjunto de las problemáticas de las que adolecía el ejército sublevado a través de un recorrido por todas sus divisiones, CEs, ejércitos y el CGG, evitando así que algún aspecto de la experiencia bélica no quedase reflejado por no haberme topado con documentación al respecto, algo que dada la escasa sistematicidad de los fondos trabajados resultaba altamente posible. Por supuesto, esto ha comportado una pérdida de precisión y detalle en comparación con un análisis únicamente centrado en el nivel divisional, pero valorando las diversas vías de investigación y el estado de la cuestión sobre el tema a nivel historiográfico valoré que resultaba más eficiente, a la par que necesario, hacer primero una aproximación general a la cuestión, desde una óptica global, que permitiese establecer los contornos de la experiencia bélica en las filas rebeldes para, luego, poder acometer investigaciones que, partiendo de esa base, puedan descender a un nivel mucho más concreto. Así pues, esto es lo que justifica la elección de un amplio abanico de fuentes, perteneciente a múltiples unidades, ya que ha permitido reconstruir toda la casuística y problemáticas existentes en el seno las fuerzas insurgentes, lo que al mismo tiempo define un marco más preciso para estudiar el proceso de socialización ideológica de los combatientes.

Precisamente, para la reconstrucción de ese proceso de ideologización se recurrirá a las fuentes procedentes de los archivos militares y del AGA referentes a la labor de

propaganda realizada por el ejército rebelde sobre la masa combatiente, pero fundamentalmente me basaré en la literatura memorialística generada por los combatientes, así como en otras fuentes de índole cultural como la prensa u obras propagandísticas escritas durante la guerra y la posguerra. El uso de este tipo de fuentes, sobre todo las memorias, creo que permite una mayor, más compleja y más precisa aprehensión de la realidad de ese proceso de ideologización, en la medida en que nos pone en contacto con el mundo mental del soldado. Esto, por supuesto, plantea una serie de problemáticas respecto a la fiabilidad, representatividad y credibilidad de las fuentes, algunas de las cuales ya han sido debatidas y discutidas por la historiografía.⁷² A la hora de analizar una memoria, perfectamente podemos encontrarnos ante una obra que simplemente reproduzca el discurso de legitimación construido por el franquismo o que se haya amoldado a las directrices impuestas desde el régimen para este tipo de publicaciones. Expresaría, por ende, una identidad diferente a la que el autor verdaderamente tendría, lo que James C. Scott definió como identidades múltiples, cambiantes en función del contexto y del receptor del mensaje.⁷³ Un esquema que ya ha sido aplicado para analizar la experiencia bélica de los combatientes rebeldes en la guerra de 1936-1939.⁷⁴

Igualmente, la experiencia representada puede comportar un determinado grado de reconstrucción, resignificación y reinterpretación, exagerando hechos de forma conveniente, atenuando otros y directamente omitiendo los que no contribuyen a reforzar la imagen que el autor, y quien permite la publicación de la obra, quieren dar.⁷⁵ Por ejemplo, en 2012, el National Endowment for the Arts, una agencia federal estadounidense dedicada a la promoción de la excelencia artística, puso en marcha el programa *Operation Homecoming*, que pretendía animar a los soldados que retornaban de Irak y Afganistán a escribir sobre sus experiencias como forma de combatir el trauma y las secuelas del combate. Sin embargo, buena parte de los fondos iniciales del proyecto eran aportados por Boeing, uno de los principales proveedores armamentísticos del ejército de los EEUU, lo cual ponía en tela de juicio la libertad con la que los soldados podían escribir acerca de sus vivencias, sobre todo si contravenían una cierta visión de la guerra en términos heroicos y patrióticos.⁷⁶ De la misma manera, eso también se observa de a la hora de narrar episodios de violencia tales como ejecuciones en caliente, robos o violaciones, que el combatiente nunca tiende a relatar en primera persona. Por el contrario, los describe en tercera persona, en calidad de testigo de los hechos, mostrando así una cierta distancia, a veces acompañada de crítica o repulsa pero siempre desde la posición de observador y no de partícipe, algo que, de hecho, es un elemento común en este tipo de narraciones.⁷⁷

⁷² Una aproximación global en Yuval N. HARARI: "Military Memoirs: A Historical Overview of the Genre from the Middle Ages to the Late Modern Era", *War in History*, 14:3 (2007), pp. 289-309. Con el caso de los voluntarios franceses en la Wehrmacht y las Waffen-SS como telón de fondo, pero con una clara vocación metodológica que lo trasciende, en Philippe CARRARD: *The French Who Fought for Hitler. Memoirs from the Outcasts*, Cambridge, Cambridge University Press, 2010, pp. 11-84.

⁷³ James C. SCOTT: *Los dominados y el arte de la resistencia*, Tafalla, Txalaparta, 2003.

⁷⁴ Francisco J. LEIRA CASTIÑEIRA: "Los 'soldados de Franco'..."

⁷⁵ Philippe CARRARD: op. cit., p. 67.

⁷⁶ Jeremy BLACK: op. cit., p. 46.

⁷⁷ Joanna BOURKE: *Sed de sangre. Historia íntima del combate cuerpo a cuerpo en las guerras del siglo XX*, Barcelona, Crítica, 2008 [1999], pp. 171-212. Esa misma distancia se reproduce también a la hora de

Retomando el ejemplo que ponía antes, un relato sobre la ejecución de unos civiles en una aldea afgana, por muy real y por muy representativo que fuese de una parte de la experiencia bélica de las fuerzas estadounidenses, y aunque ejerciese como un mecanismo de canalización del trauma y del sufrimiento, no vería la luz en el seno de una iniciativa no ya solo patrocinada por Boeing, preocupada por su imagen pública, sino por el gobierno federal, cuyo discurso legitimador de la guerra consiste en una pretendida exportación de la democracia y los derechos humanos, y por ende el progreso, frente a las arbitrariedades y el autoritarismo de los regímenes de la región.⁷⁸ En último término, el potencial interpretativo de las memorias también viene determinado por su representatividad. La capacidad de escribir unas memorias, por sencillas que sean y máxime en el contexto español de finales de los años 30 y principios de los 40, nos hablan de unos determinados orígenes sociales, del acceso a la educación y de un nivel de alfabetización relevante, al tiempo que demuestran una moderada capacidad de comprensión crítica de la realidad, lo que define a un grupo concreto de la población y no al conjunto de ella.⁷⁹ Todas estas cuestiones ponen en cuestión la representatividad y validez de la literatura memorialística como fuente de primer orden para reconstruir la experiencia bélica, si bien se pueden realizar una serie de precisiones a través de las cuales explicar el encaje de este tipo de corpus empírico en la investigación, justificando así su potencial interpretativo.

Las memorias presentan diversos niveles de información. Por un lado, el autor relata su experiencia articulada sobre una sucesión de hechos, acontecimientos y vivencias en los que dice haber tomado parte. Por otro, tiende a describir, en mayor o menor medida, los sentimientos, sensaciones o pensamientos asociados a esos hechos, es decir, cómo se siente, qué piensa al respecto de lo que acaba de vivir o cuál es su opinión sobre esta u otra cuestión. Finalmente, un tercer nivel de información tiene que ver con el uso del lenguaje, es decir, qué tipo de expresiones utiliza el autor, qué epítetos, qué ideas-fuerza; en definitiva, cuál es el trasfondo cultural del relato. Estos tres niveles de información resultan importantes, si bien el segundo y el tercero son los que más relevancia tienen para esta investigación. A nivel factual, hay que atender a ciertos elementos que

justificar la muerte de enemigos o los crímenes cometidos, con el subterfugio de que simplemente se acababan las órdenes de los superiores. Véase *Ibíd.*, pp. 213-238.

⁷⁸ Esto se ve muy claro en las importantes disonancias existentes entre la narrativa construida por el estado soviético sobre la guerra en Afganistán de 1979-1989 y la memoria de los combatientes que allí lucharon. La intervención en el país asiático fue presentada como una labor de asistencia y colaboración en términos humanitarios y de cooperación al desarrollo, mientras que la realidad discurría entre feroces combates contra la insurgencia islámica y brutales campañas de castigo sobre las zonas en las que esta se apoyaba, lo que generalmente comportaba la muerte de civiles. Dicha realidad se oponía a la imagen del conflicto que quería transmitir la Unión Soviética, de tal modo que fue negada y enterrada, generando un profundo sufrimiento a los soldados que estuvieron en Afganistán, que se vieron despreciados por su país y sumidos en el olvido. Véase Svetlana ALEXIÉVICH: *Los muchachos de zinc. Voces soviéticas de la guerra de Afganistán*, Barcelona, Debate, 2016 [ed. original en ruso de 1990]

⁷⁹ Philippe CARRARD: *op. cit.*, pp. 46 y ss. De la misma forma, factores como el origen social, geográfico, o la profesión determinan la estructura del relato y la forma que adopta, pues se dirigen a una audiencia determinada y, por ende, reproducen una serie de códigos culturales propios de esta. Véase John A. LYNN: "Discourse, Reality, and the Culture of Combat", *The International History Review*, 27:3 (2005), p. 476. Un ejemplo de esto lo encontramos en las memorias del combatiente de origen nobiliario Álvaro Silva, que sirvió en las filas del ejército sublevado durante la Guerra Civil Española. Véase José Miguel HERNÁNDEZ BARRAL: "Experiencia de guerra y narrativas personales en la Guerra Civil Española: el diario de Álvaro Silva", *Revista Universitaria de Historia Militar*, 7:13 (2018), pp. 318-335.

permiten reconstruir la experiencia bélica, tales como la cotidianidad en las trincheras, las descripciones de la vida en retaguardia, la narración de los combates o los relatos sobre episodios de violencia y crímenes, entre otros. Toda esta información sirve para cotejar y contrastar las fuentes de índole militar, y para dotar de un carácter individual y humano a las generalidades y abstracciones de los informes y directivas del ejército, ver qué problemas de implementación pudieron tener y cuál fue la realidad de su puesta en marcha en el frente. Sin embargo, no resulta tan relevante el hecho de que el autor se equivoque en una fecha o que no indique bien las unidades que acompañaban a la suya en un combate. Esas precisiones no suman casi nada al estudio que se quiere articular aquí, toda vez que pueden ser aportadas, en caso de ser necesario, por fuentes más fiables a ese respecto como la documentación militar. De este modo, son las percepciones y el uso del lenguaje lo que más me interesa pues, en definitiva, esta tesis tiene en la experiencia de los combatientes sublevados y cómo estos la representaron una de sus líneas de análisis principales. Por ende, la veracidad de los datos resulta en buena medida irrelevante, ya que es el constructo cultural edificado en torno a la vivencia de la guerra lo que me permite aproximarme a uno de los objetos de estudio, el proceso de socialización ideológica.

John Keegan planteaba en *The Face of Battle* que el uso de las memorias como fuente tiene un peligro importante debido a que, al ser públicas, la reputación de sus autores se podía ver comprometida si contaban una verdad que nadie quería oír sobre la experiencia bélica.⁸⁰ Es decir, si lo narrado difería de lo que la audiencia esperaba, ya fuese la sacralización de la guerra y la violencia o, por el contrario, la denuncia del hecho bélico mediante su representación como un vivencia traumática y monstruosa, su autor podía ver cuestionada su masculinidad, su patriotismo o incluso su sacrificio en el frente.⁸¹ Lo veíamos para el caso de la Unión Soviética en Afganistán, para el estadounidense con la iniciativa financiada por Boeing, y es evidente también en la evolución del relato memorialístico durante la Guerra Civil Española. En este marco, tal y como señalaba Keegan, las reinterpretaciones constituyen un elemento que podría distorsionar la realidad factual y experiencial de los individuos. Por ello, apuntaba que las cartas y los diarios personales ofrecen una mayor seguridad para el historiador, pues presentan una aproximación más real a los verdaderos pensamientos y sentimientos del combatiente. Sin embargo, estas fuentes presentan a su vez sus propias problemáticas, de hecho similares a las de las memorias.⁸² Por un lado, la correspondencia ha de enfrentarse con la censura, que influye en el contenido de las cartas. Cuestiones que desafíen la disciplina castrense, que pongan en tela de juicio los modelos normativos sobre la masculinidad o el orden social, o que siquiera entren en temas, como el político, que puedan comportar

⁸⁰ John KEEGAN: *The Face of Battle. A Study of Agincourt, Waterloo and the Somme*, Londres, Pimlico, 2004 [1976], p. 33.

⁸¹ En este sentido, es evidente la producción de un tipo de relato u otro en función de la audiencia a la que se dirige, difiriendo notablemente si se trataba de la sociedad de un país vencedor en una guerra, o de la de un país vencido. Véase Joe LUNN: "Male Identity and Martial Codes of Honor: A Comparison of the War Memoirs of Robert Graves, Ernst Jünger, and Kande Kamara", *The Journal of Military History*, 69:3 (2005), pp. 733-735.

⁸² Yuval N. HARARI: "Military Memoirs...", p. 306.

un mínimo de riesgo, suelen estar fuera de los temas que se abordan en la correspondencia, lo que no implica que no formen parte del universo mental del soldado.⁸³ Por otra parte, considerar la existencia de diarios netamente personales es bastante problemático en sí mismo, pues la posibilidad de que alguien los lea –un familiar, un compañero, un superior o la propia vergüenza de enfrentarse a los sentimientos que uno mismo tiene en una situación límite como la guerra desde la óptica de una situación normalizada una vez acabada aquella– modifica, de una forma u otra, cómo se construye su contenido.⁸⁴ De hecho, el propio Keegan apostilla, al hablar de los diarios personales, «si es que tal cosa existe».⁸⁵ Por ejemplo, en el caso de estudio que nos ocupa encontramos las memorias de Manuel Alfredo Paz Fernández, soldado gallego movilizado en enero de 1937 y que sirvió en una batería artillera, las cuales, tal y como afirma el propio autor, fueron escritas durante la guerra y destinadas al consumo interno de su familia, siendo publicadas en 1973 en forma de libro para el gran público.⁸⁶ Constituirían, por tanto, un diario netamente personal, donde el autor podría expresar sentimientos y opiniones que no habría podido escribir de haberlas publicado en la inmediata posguerra. Esto, desde luego, es cierto, y se evidencia en las diversas críticas que el autor realiza a, por ejemplo, la política de fusilamientos del bando sublevado, algo impensable solo unos años antes. Sin embargo, ¿debemos considerar que la versión publicada ha sido reinterpretada debido a que iba a trascender del ámbito familiar? ¿Sería, así, la versión anterior la que verdaderamente expresase la realidad de la experiencia bélica de Paz Fernández y de sus sentimientos hacia ella? ¿Dónde, por tanto, debemos situar el límite de la fiabilidad de sus memorias, en el momento en que pasa sus apuntes a limpio y permite que los lea su familia, o cuando posiblemente los revisa de nuevo para su publicación?

Como se observa, tanto las memorias publicadas, como las cartas y los diarios íntimos presentan problemas respecto a la fiabilidad de los datos y la veracidad de lo que narran, pues están sujetos a diversos tipos de filtrado de la información. En cierto modo, la narración de la experiencia bélica viene a asemejarse a lo que en mecánica cuántica se denomina la relación de indeterminación de Heisenberg, en la que la posición y velocidad de una partícula subatómica –que en esta metáfora sería esa experiencia– se ven alteradas cuando intentan ser estudiadas –para nuestro caso, su textualización y codificación–, siendo así imposible determinar las dos magnitudes en su estado original. El propio proceso de escritura de las memorias comporta un filtrado cultural de la experiencia narrada que ya de por sí la modifica. Por tanto, resulta imposible trasladar la experiencia de la misma forma en que se ha vivido, pues la codificación inherente a su textualización transforma su realidad factual. *Boutade* aparte, lo que queda patente es que las memorias, las

⁸³ Por supuesto, esto no siempre es así, y algunos individuos desafían abiertamente la disciplina y el control expresando opiniones críticas o contrarias al orden establecido. Para el caso de la Guerra Civil Española, un ejemplo en Faustino VÁZQUEZ CARRIL: *Las columnas gallegas hacia Oviedo: diario bélico de la guerra civil española (1936-1937)*, editado por Emilio Grandío Seoane, Baiona, Nigratea, 2011.

⁸⁴ Por ejemplo, los combatientes japoneses y estadounidenses tenían prohibido escribir diarios personales, orden que violaban ocultando estos en su ropa para evitar que les fueran confiscados. Véase Aaron W. MOORE: *Writing War. Soldiers record the Japanese Empire*, Cambridge, MA, Harvard University Press, 2013, p. 15.

⁸⁵ John KEEGAN: op. cit., p. 33.

⁸⁶ Manuel Alfredo PAZ FERNANDEZ: *Diario de la Campaña (1936-1939)*, Pontevedra, [s.n.], 1973

cartas, los diarios y cualquier otra fuente de la misma naturaleza parten de un posicionamiento subjetivo del autor y se ven influenciadas por el contexto cultural en el que son creadas, del cual no se pueden disociar. Autores como el ya mencionado Keegan, Alan Forrest o Jay Winter han criticado esta cuestión en lo que respecta al uso de las memorias como material empírico, pero si partimos de esa consideración estaríamos descartando toda fuente cultural, pues todas ellas son subjetivas en base a los marcos de referencia vigentes en el momento de su elaboración.⁸⁷ De hecho, llevando el argumento hasta el paroxismo, la propia documentación archivística presentaría no pocos problemas en lo referente a su fiabilidad, pues sus productores no dejan de querer generar un tipo de relato concreto en función de su propio interés, al tiempo que parten de una visión específica de las cosas. ¿En qué medida, por ejemplo, resulta creíble un informe sobre la moral de las tropas elaborado por su comandante en el que admita que esta es baja, si eso le puede suponer la apertura de un proceso de depuración de responsabilidades y una posible destitución? ¿No resulta plausible pensar que pueda elaborar un informe falso afirmando que la moral es alta y que sus soldados combaten con valentía, lo que concordaría con la representación ideal del combatiente sublevado, aunque sea una alteración de la realidad?

Al mismo tiempo, la historia oral presenta problemáticas similares, pues los procesos de resignificación de la memoria propia acontecen de igual forma que plasmados en un libro. En este sentido, no por haber permanecido en el ámbito de lo íntimo el testimonio de un individuo es más válido o más auténtico que lo que narra una memoria, pues perfectamente puede haberse reconstruido paralelamente a la evolución de los marcos normativos y de aceptabilidad, por ejemplo de una cuestión tan nuclear como la violencia. El expiloto de combate nipón Okamoto Masa, veterano de la Segunda Guerra Mundial, conservaba un diario de guerra en el que reproducía la retórica ultranacionalista de la propaganda gubernamental y ofrecía una lectura de la contienda en clave netamente ideológica, algo que en el momento de ser entrevistado, muchos años después, no compartía ya. Preguntado por sus impresiones al leerse a sí mismo en esos términos, Okamoto respondía elocuentemente que, de no ser por ese diario, probablemente pensaría, como los demás, que fue arrastrado a la guerra involuntariamente y que nunca creyó la propaganda bélica. Es decir, el diario ejercía como un instrumento de autocontrol, como un recordatorio de la propia evolución personal del individuo.⁸⁸ Esto, que tan solo en un caso particular, nos sitúa ante los problemas de la historia oral y nos advierte sobre su uso acrítico, o al menos sobre su aplicación, con muchas menos dudas sobre su fiabilidad, en comparación con las memorias publicadas. En definitiva, quien recuerda no deja de querer proyectar una determinada imagen a quien le escucha, lo que Keegan identificaba como reputación, que lógicamente puede llevar aparejada una reconstrucción de la experiencia vivida. Continuando, por ende, con el razonamiento del párrafo anterior, la historia oral sería también considerablemente compleja de utilizar y poco eficaz, por la cantidad de ruido potencial que presentaría.

Philip Dwyer plantea en su estudio sobre la experiencia bélica de los soldados franceses en las campañas napoleónicas que la fiabilidad de las memorias resulta una

⁸⁷ Yuval N. HARARI: "Military Memoirs...", p. 306.

⁸⁸ Aaron W. MOORE: op. cit., p. 14.

cuestión problemática por lo que ya se ha mencionado acerca de la reconstrucción de esas vivencias durante el proceso de escritura. Sin embargo, su enfoque se centra más en la forma y tipología que adoptan esas historias, es decir, en los dos niveles de información a los que antes hacía referencia. Sin ir más lejos, apunta que el potencial de este tipo de fuentes reside en que pueden ser utilizadas «como artefactos culturales capaces de arrojar luz sobre cómo los contemporáneos veían el periodo en el que vivieron». ⁸⁹ Precisamente, esa es la cuestión clave, comprender cómo los combatientes entendían su experiencia. A fin de cuentas, la forma de escribir las memorias, los temas tratados, el lenguaje utilizado o la enfatización de unos aspectos u otros nos hablan de cómo fue vivida esa experiencia y de qué es lo que los soldados consideraron relevante de ella. ⁹⁰ Incluso, en determinados momentos puede llegar a ser más importante para el autor la codificación en clave cultural de la experiencia que su factualidad, lo que de nuevo subraya el valor empírico de estas fuentes para una tesis que no busca reconstruir a través de ellas los hechos concretos y detallados de la guerra, sino la generalidad de su experiencia. ⁹¹ Porque resulta evidente que todas las fuentes parten desde puntos de vista subjetivos y están influenciadas por el marco cultural en el que se construyen, algo a lo que no son ajenas y que obliga al historiador a filtrar su contenido. ⁹² Sin embargo, mediante una adecuada labor de filtrado, utilizando los mecanismos y herramientas que proveen la historia sociocultural y el desarrollo historiográfico a partir del giro lingüístico, se pueden sortear todas las problemáticas a las que he ido haciendo referencia para incorporar las memorias, los diarios, las cartas, la historia oral o los documentos como fuentes empíricas de primer orden.

En la presente tesis doctoral, uno de esos mecanismos empleados ha sido el trabajo con memorias de diversas cronologías, que abarcan prácticamente todo el conjunto de la dictadura franquista pero que, esencialmente, se agrupan en dos épocas: por una parte, los relatos surgidos durante y tras la guerra y, por otra, los aparecidos hacia finales del régimen y en los primeros años de la democracia, mayoritariamente en la década de los 70. Los primeros presentan una visión significativamente ideologizada del conflicto, más en la línea con el discurso que el régimen construyó para legitimarse, mientras que los segundos abordan aspectos más prosaicos de la experiencia bélica desde ópticas donde la carga ideológica es menor, si bien no inexistente como se evidenciará. Mediante la combinación de ambos tipos de memorias creo que se puede establecer un fresco bastante rico, complejo y, sobre todo, equilibrado de la experiencia del soldado medio, representando tanto a aquellos que la vivieron desde una posición de mayor compromiso político como a los que fueron movilizados por la recluta forzosa y partían desde posiciones, al

⁸⁹ Philip DWYER: “War Stories: French Veteran Narratives and the ‘Experience of War’ in the Nineteenth Century”, *European History Quarterly*, 41:4, p. 564.

⁹⁰ Ángel ALCALDE: *Los excombatientes franquistas...*, p. 18.

⁹¹ Yuval N. HARARI: “Military Memoirs...”, pp. 307-308.

⁹² La cuestión de la subjetividad no es algo que influya solo en las fuentes, sino que forma también parte del historiador. Nos acercamos con nuestros propios prejuicios al objeto de estudio, partiendo de una serie de asunciones apriorísticas que marcan el modo en que trabajamos las fuentes, algo que se ha de limitar en la medida de lo posible pero que resulta imposible de eliminar por completo, dada nuestra condición de seres sociales y nuestra inserción en unos marcos de referencia culturales, y también historiográficos, determinados. Véase Philippe CARRARD: op. cit., p. 83.

menos en lo explícito, menos ideologizadas.⁹³ Lo que, es importante destacarlo, no supone que no tuviesen su propio compromiso político, sino que, en los casos que fuere, solo es indicativo de que no lo mostraron abiertamente desde el principio presentándose voluntarios para la guerra o afiliándose a algún partido u organización política de la derecha —que, por otro lado, tampoco implicaba necesariamente un apoyo convencido a la causa sublevada—, representando así una de las muchas casuísticas que se dieron cita en la Guerra Civil. Por supuesto, y en la línea de lo ya mencionado en este apartado, soy consciente de que las memorias publicadas entre finales de los años 30 y principios de los 40 tenían una determinada intencionalidad y representaban una realidad, que si no se filtra puede extrapolarse como la única existente, dejando de lado todas las que son marginadas del relato, por disonantes con o subversivas del orden imperante.⁹⁴ Sin embargo, asumir esa intencionalidad no implica descartar por completo la utilidad de estas memorias como fuentes de primer orden. Aun insertas en un determinado marco cultural e ideológico, disociar por completo el contenido de las mismas de su autor y la experiencia que ha vivido supone la misma imprudencia que asociarlos totalmente, algo que veíamos era imposible aplicando la metáfora cuántica de Heisenberg. El lenguaje utilizado por el autor no surge de la nada, sino que parte de las convenciones socioculturales existentes. Como veíamos para el caso del expiloto japonés, los lugares comunes lingüísticos generados por la retórica propagandística, la literatura patriótica o los partes de guerra son algunas de las herramientas mediante las que se construye el relato, pero eso no significa que se apliquen acríticamente. Del mismo modo que Kate Ferris apuntaba que la ideología fascista era adaptada a la realidad cotidiana y más inmediata de cada individuo —y, en este sentido, aceptada y rechazada en determinados aspectos—, el combatiente adopta este lenguaje que emana de las fuentes de poder y autoridad —creadores, por tanto, de realidad— y lo procesa a partir del filtro de sus mapas mentales, generando un producto cultural que, efectivamente, está influenciado por los marcos de referencia vigentes, pero que también tiene una impronta personal del autor.⁹⁵ Siendo conscientes de ello, y situando las memorias y en general todos los egodocumentos dentro de un contexto más amplio que los dote de sentido, se puede extraer todo el potencial interpretativo de este tipo de fuentes sorteando, al mismo tiempo, los problemas relativos a su inherente subjetividad, confiriéndoles así validez y funcionalidad empírica.⁹⁶

⁹³ Además, la distancia respecto a la experiencia vivida permite articular relatos que establezcan un diálogo mucho más directo con su dimensión traumática, alejándose de la representación ideal del combatiente con tintes heroicos. Este tipo de procesado necesita de un mayor tiempo de maduración, lo que vendría en nuestro caso aportado por las memorias escritas en la década de los 70. Véase L.H.E. KLEINREESINK: *On Military Memoirs. Soldiers-authors, publishers, plots and motives*, Tesis doctoral inédita, Erasmus University Rotterdam, 2014, pp. 52-53.

⁹⁴ John A. LYNN: op. cit., pp. 476-477.

⁹⁵ Aaron W. MOORE: op. cit., pp. 11-13. Sobre el lenguaje como creador de realidad puede verse Víctor KLEMPERER: *LTI: La lengua del Tercer Reich. Apuntes de un filólogo*, Barcelona, Minúscula, 2001 [1947]

⁹⁶ Stephen FRITZ: op. cit., p. 9.

¿Una guerra de frentes en calma?

En su artículo *Frentes en calma en la guerra civil*, Michael Seidman apuntaba que los combatientes «pasaban mucho más tiempo en los frentes sin novedad que en las batallas decisivas», unos espacios de tranquilidad que de hecho generaban una memoria de la guerra trufada de anécdotas cotidianas y no de situaciones de hostilidad o combate abierto.⁹⁷ Sin entrar a valorar el peso que la cotidianidad y la violencia tienen en el recuerdo que los soldados construyen de su experiencia –algo que difícilmente puede asociarse acríticamente con unas vivencias más o menos tranquilas durante la guerra sin complejizar más la reflexión atendiendo a la relación entre memoria construida y marco cronológico-cultural en el que es compartida, o a su ubicación dentro del abanico de las formas de codificación de las experiencias bélicas–, resulta interesante atender a la premisa de Seidman a la hora de dibujar los límites de dicha experiencia, pues su análisis y su extrapolación funcional al conjunto de los combatientes resultan un elemento central para la presente investigación. Por ende, cabría preguntar si es cierto que la Guerra Civil Española fue, mayoritariamente, una contienda de frentes en calma o, dicho de otro modo, si variaba tanto, en lo esencial, la experiencia del soldado en un frente tranquilo y en uno activo. A diferencia de lo planteado por el historiador estadounidense, que principalmente pone el foco en los soldados republicanos, esbozaré en este breve apartado una serie de ideas en torno a la extensión de la experiencia combatiente en el bando rebelde, la distribución de las unidades por los diversos frentes y, entrando en un ejemplo concreto, abordaré el caso de la 17 DI.

La conformación del ejército sublevado, en lo que al número de unidades y su distribución se refiere, discurrió paralela a la evolución del propio conflicto. El fracaso del asalto a Madrid y la apertura de una guerra abierta y total comportó la creación de un ejército de masas, un proceso cuyos problemas afectaron también al modo en que se fueron construyendo las divisiones y las GGUU. En abril de 1939, el ejército sublevado contaba con 54 divisiones de infantería, si bien el camino hasta llegar a esa cifra no fue ni mucho menos homogéneo para todas ellas.⁹⁸ Buena parte integraban en su seno a unidades de menor rango que la división –tales como regimientos, batallones, banderas, tabores de regulares, falanges o tercios de requetés– con una dilatada experiencia en el frente. Por ejemplo, las unidades legionarias o de regulares constituyeron habitualmente grupos de choque situados en primera línea desde las primeras operaciones en el verano de 1936, algo similar a lo que ocurrió con las unidades que conformaron las Brigadas Navarras (en adelante, BBNN) en la zona norte. Igualmente, las divisiones también englobaban formaciones menos experimentadas y de nuevo cuño, pobladas fundamentalmente con reclutas conscriptos. De este modo, resulta difícil establecer un patrón común a la hora de entender cómo se constituyeron las divisiones del ejército rebelde y por qué se hizo de esa manera concreta. Lo que sí está claro es que el embrión de la práctica totalidad de ellas fueron las

⁹⁷ Michael SEIDMAN y M.L. FERRANDIS GARRAYO: op. cit., p. 37.

⁹⁸ Tomo aquí la cifra que se ofrece en Carlos ENGEL: *Historia de las divisiones del ejército nacional. 1936-1939*, Madrid, Almena, 2010. Por su parte, Gabriel CARDONA: *El gigante descalzo...*, p. 51, plantea la existencia de 60 divisiones, si bien no las especifica.

columnas, si bien estas primeras agrupaciones improvisadas tampoco ofrecen una estructura definida y constante, ya que fueron variando en tamaño y forma en función de las necesidades militares requeridas por el frente en el que estaban desplegadas. Así, las BBNN permanecieron inalteradas hasta el final de las operaciones en el Norte en octubre de 1937, cuando constituyeron la 1ª, 3ª, 4ª y 5ª divisiones de Navarra. Por el contrario, las columnas Asensio o Barrón combatieron en el asalto a Madrid y formaron las divisiones 12 y 13 en enero y abril de 1937 respectivamente, si bien previamente habían formado parte de la División Reforzada de Madrid, una macro-unidad mandada por el general de brigada Luis Orgaz y creada expreso para la batalla por la capital, de tal modo que a mediados de diciembre de 1936 contaba con unos 28.000 efectivos.⁹⁹ Situar, pues, un marco preciso, novedoso por completo y detallado al extremo de las cuestiones que plantea al final del párrafo anterior no será posible, pues eso requeriría de una investigación basada en documentación de archivo cuyas dimensiones escapan, por su carácter complementario, a las problemáticas y tempos de esta tesis doctoral. Sin embargo, intentaré esbozar un marco global con una serie de datos generales, a partir de fuentes primarias parciales y de literatura secundaria, que me permitirán apuntar una serie de elementos relevantes para sostener, a partir de lo desarrollado en apartados posteriores, la aplicabilidad de las conclusiones relativas a la naturaleza de la experiencia bélica del soldado sublevado medio.¹⁰⁰

Por tanto, la creación de las diferentes divisiones fue un proceso paralelo al de construcción del ejército de masas, es decir, al de la movilización total. Partiendo de la base, variable, de las columnas, de las 54 divisiones con las que contaba el ejército sublevado en abril de 1939, 42 fueron creadas en 1937, lo que representa un porcentaje del 77,78%; 10 en 1938, un 18,52%; y 2 en 1939, un 3,7%. La inexistencia de divisiones formales creadas en 1936 nos indica la provisionalidad de la guerra hasta ese año, ya que el ejército sublevado no contempló la creación de unidades con una estructura definida ni un organigrama claro con el que afrontar una contienda larga ante la necesidad de emplear sus esfuerzos en otros objetivos más apremiantes. De hecho, que no se acometiese una organización de las fuerzas disponibles muestra a las claras la voluntad de alcanzar rápidamente la meta más preciada, que no era otra que Madrid, en un intento de asestar un golpe definitivo al gobierno republicano para, así, acabar rápidamente con la guerra. Una

⁹⁹ Las cifras sobre la División Reforzada de Madrid en AGMAV, C. 2635, 27. “Fuerzas del General Varela – División Reforzada de Madrid. Agrupación de Columnas”, diciembre de 1936.

¹⁰⁰ En el presente apartado, la reconstrucción cuantitativa y cualitativa que, a nivel global, se realizará sobre la experiencia del conjunto de las divisiones del ejército rebelde parte de una interpretación combinada de varias fuentes secundarias y de informaciones generales obtenidas a partir de la documentación del AGMAV. Soy consciente de que la literatura secundaria utilizada presenta ciertos problemas en cuanto a su metodología y rigor científico. Sin embargo, creo que resulta válida para lo que aquí quiero plantear por dos motivos fundamentales. En primer lugar, y desde un punto de vista meramente pragmático, porque no existen otros estudios generales sobre el conjunto de las divisiones del ejército sublevado que aborden las mismas cuestiones: creación, composición, estadísticas e historial operacional. Por otra, la naturaleza de esta información –meramente factual y cimentada en las fuentes archivísticas (que sí usan estas obras)– no entra en el terreno de lo analítico o lo interpretativo, lo cual me permite aprovechar los componentes más asépticos de estas obras. Así pues, además de diversas fuentes primarias parciales, las obras en las que me basaré son las ya citadas de Carlos ENGEL: op. cit.; Rafael CASAS DE LA VEGA: op. cit.; y la de Antonio MARTÍNEZ DE LA CASA (coord.): *La Legión española (Cincuenta años de historia). Desde 1936 hasta nuestros días*, Vol. 2, [Madrid], [Subinspección de la Legión/Ed. Escelicer], 1973.

vez fracasado el plan de tomar la capital, los mandos rebeldes fueron progresivamente orientando sus fuerzas hacia una guerra convencional de duración media o larga, transformando las diversas agrupaciones de tropas creadas de forma improvisada al calor de la sublevación en unidades militares con un esquema definido, divisional en el caso que estamos desgranando aquí. Las necesidades derivadas de y la experiencia adquirida en batallas como el Jarama, Guadalajara, Brunete o Belchite fueron dando forma a nuevas divisiones, un proceso que terminó por cerrarse en 1937 tras el fin de las operaciones en el Norte, cuando se produjo una gran reorganización en las fuerzas sublevadas con la definitiva conformación de los CE. Sin ir más lejos, entre octubre y noviembre de 1937 se crearon 13 nuevas divisiones, lo que supone casi un tercio de las constituidas ese año y un cuarto del total de las formadas durante todo el conflicto procediendo, además, nueve de ellas de unidades muy implicadas en la campaña del Norte, como las BBNN o columnas gallegas y asturianas empleadas en la defensa y conquista de Oviedo, caso este último de las divisiones 82, 83 y 84.¹⁰¹ Por ende, 1937 fue el año de la construcción del ejército de masas, algo que queda refrendado si atendemos a la movilización de quintas, que alcanza la cifra de 27 trimestres reclutados, frente a los 13 de 1936, los 7 de 1938 o el único movilizado en 1939.¹⁰²

Posteriormente, las unidades creadas en 1938 lo fueron tras la grave derrota sufrida por los republicanos en Teruel, donde fueron aniquiladas las mejores tropas del EPR.¹⁰³ Esto, unido al comparativamente escaso número de fuerzas constituidas, nos indica que su creación no respondió a necesidades imperantes de la planificación bélica de los insurgentes, como sí lo fue en el caso de las divisiones formadas el año anterior. De hecho, de las creadas en 1938, y ni qué decir de las constituidas en 1939, ninguna fue utilizada de forma recurrente, es decir, como unidad de choque o primera línea. Si bien varias participaron en batallas importantes, como la 40 y 50 en la batalla del Ebro, o de cierta relevancia, como la 60 y la 2ª de Caballería en el cierre de la Bolsa de la Serena y la batalla de Valsequillo, ninguna tuvo un papel preponderante en las operaciones militares en las que, por fecha de creación, pudieron haber participado. Más bien, el objetivo de la movilización y de la formación de las nuevas unidades era doble, algo que también sucedía en 1937. Por un lado, reforzar la estructura militar, para el caso de 1938 la creada el año anterior, e ir cubriendo las bajas producidas en combates tan duros como los de Teruel, las ofensivas de Aragón y Levante, o la batalla del Ebro. Y, por otro, controlar a la población de los nuevos territorios incorporados al campo rebelde, tanto aquellas quintas que no habían sido movilizadas aún por el EPR como a los prisioneros y desertores republicanos que podían ser “reciclados”, un colectivo que solo a finales de 1937 alcanzaba ya los 60.000 hombres.¹⁰⁴

De este modo, se puede correlacionar el año de creación de las diferentes divisiones con el tipo de uso que se les dio. Como decía, de las creadas en 1938 ninguna tuvo

¹⁰¹ Carlos ENGEL: op. cit., p. 184.

¹⁰² Las cifras de trimestres reclutados en Francisco J. LEIRA CASTIÑEIRA: *La socialización de los soldados del ejército sublevado...*, p. 103.

¹⁰³ David ALEGRE LORENZ: *La batalla de Teruel...*

¹⁰⁴ James MATTHEWS: *Reluctant Warriors...*, p. 204. Por su parte, Pedro Corral sitúa el total de soldados republicanos “reciclados” por las fuerzas insurgentes en 40.000 hombres. Cfr. *Ibidem*.

una utilización elevada, si bien es cierto que alguna de las mencionadas, como la 50, la 60, la 122 o la 2ª de Caballería, si participaron activamente en batallas y no solo se limitaron a acciones puntuales o a mantener un despliegue estático. Por su parte, las conformadas el año anterior arrojan una variedad notable, divididas entre divisiones con una utilización muy elevada, otras empleadas como infantería de un modo normal, y las que fueron emplazadas en frentes estáticos y, por ende, no tuvieron demasiada actividad hasta el final del conflicto, más allá de combates esporádicos o de que se desarrollase una operación en su área de despliegue. Entre las primeras encontraríamos unidades de élite del ejército sublevado, como la 13 DI, surgida como decía antes de las fuerzas que asediaron Madrid, o las diversas divisiones constituidas tras el fin de las operaciones en el Norte, como la 4ª y la 5ª divisiones de Navarra o la 82, 83 y 84 DI. Este tipo de unidades participaron en los choques armados más relevantes, como Teruel, las ofensivas de Aragón y Levante, el Ebro o Cataluña, siendo empleadas siempre en las acciones de mayor responsabilidad, como la ruptura de las líneas enemigas o la formación de dispositivos defensivos para frenar los asaltos republicanos. Respecto al segundo tipo de divisiones creadas en 1937, tuvieron participación puntual en determinadas batallas relevantes como las ya citadas, pero no fueron reubicadas una y otra vez, como las del anterior grupo, para intervenir en las sucesivas operaciones. Así, fueron utilizadas según las necesidades de cada momento, pero sin constituir el núcleo de choque del ejército rebelde, pudiendo estar así tanto en frentes estabilizados como en áreas activas, una dualidad impensable para una unidad de la importancia de la 13 DI. Finalmente, las unidades restantes serían aquellas desplegadas en un mismo frente, mayoritariamente con poca actividad, por un espacio de tiempo prolongado, como pudieron ser las del Ejército del Sur (a partir del primer tercio de 1937) o las que ocupaban posiciones en Extremadura y Castilla La Vieja.

Dentro de este marco encontramos a la 17 DI, un ejemplo de división estacionada en un frente estabilizado. La 17 DI se creó el 11 de abril de 1938 al mando del coronel de infantería Pedro Pimentel Zayas, encuadrándose en el I CE. Utilizó como base unidades procedentes de la 12 DI, que habían entrado en combate a principios del año anterior en las batallas del Jarama y Brunete, permaneciendo después integrada dentro del dispositivo de asedio a Madrid, concretamente en el sector Sur. De este modo, y pese a estar en un frente estático en torno a la capital republicana hasta el final de la guerra, la división combinaba unidades experimentadas y fogueadas en el combate en primera línea con otras que atesoraban menos o apenas ninguna experiencia. Este mecanismo, como luego veremos con más detalle, fue utilizado con frecuencia en la constitución de nuevas formaciones a todos los niveles, ya que permitía el mantenimiento de una mínima capacidad combativa al ayudar los soldados veteranos a los reclutas a adquirir los mecanismos de supervivencia propios de la vida en el frente que estos no aprendían en el insuficiente y extremadamente corto periodo de instrucción. En este sentido, la 17 DI contaba entre sus filas con dos tabores de regulares, el 7º de Melilla nº 2 y el 6º de Tetuán, y con una bandera legionaria (en adelante, BL), la 9ª, que había sido distinguida con la Cruz Laureada de San Fernando al formar parte de las fuerzas que combatieron en la Ciudad Universitaria entre noviembre de 1936 y mayo de 1937. Según su propio historial, la división ocupó el sector situado en torno a la Cuesta de la Reina, realizando diversas operaciones en el mes

de octubre de 1938 que revistieron una intensidad moderada. Sin embargo, resulta interesante descender a la cotidianidad de esta división para comprobar cuál era el día a día de una unidad estática y hasta qué punto puede hablarse de tranquilidad en la experiencia bélica de los hombres que la formaban.¹⁰⁵

Tras su constitución y despliegue, las primeras semanas de la división discurrieron sin especiales sobresaltos. La 17 DI ocupaba una sección importante del cerco establecido en torno a la capital, pues las posiciones de Cuesta de la Reina permitían el corte de la carretera que bajaba hacia Andalucía, trastocando significativamente la movilidad y capacidad de reubicar tropas y suministros del Ejército del Centro republicano en ese sector. Por ende, no se trataba de una posición carente de importancia, lo que se traducía en una permanente amenaza ante posibles ataques enemigos y en la necesidad de mantener siempre una intensa actividad de vigilancia y control.¹⁰⁶ Frente a la 17 DI estaban desplegados casi 17.000 efectivos republicanos, la mitad de los cuales eran unidades de primera línea. Se trataba de cuatro brigadas mixtas –la 90, la 110, la 18 y la 17–, la 5ª Brigada de Carabineros, el VI Grupo de Asalto y un batallón de ametralladoras del III CE, a lo que habría que sumar la 66 Brigada Mixta (en adelante, BM), situada en la reserva. En principio, el grueso de las fuerzas republicanas eran tropas que siempre habían permanecido en frentes estáticos como el madrileño, sin participar en operaciones de envergadura, pero, haciendo uso del mismo mecanismo que veíamos antes para los rebeldes incorporaban también unidades experimentadas y fogueadas en primera línea, como la 17, la 18 y la 66 BM, las cuales habían tomado parte en los violentos combates del Jarama y, sobre todo, del cerro Pingarrón, en los que por ejemplo parte de la 66 BM fue diezmada. Es decir, que aun tratándose de un frente con poca actividad y en el que había desplegadas unidades no demasiado expertas, existían divisiones experimentadas que convertían las operaciones planificadas en combates complejos y muy duros, lo que también se correspondía con la relevancia de las posiciones por las que se luchaba.¹⁰⁷

No obstante, ese recurrente carácter estático no comportaba una absoluta ausencia de actividad bélica. En este sentido, lo único destacable sería la habitual actividad artillera del enemigo, la cual tuvo un repunte el día 22 de abril. Concretamente, ese día las baterías republicanas hicieron 157 disparos entre las 16,45 horas y las 7,30 del día siguiente, algo que si consideramos la coincidencia de la fecha con el despliegue de la 17 DI bien podría tratarse de una suerte de “bienvenida” que los republicanos brindaban a sus nuevos vecinos de frente. Si bien se trataba de un bombardeo puntualmente más intenso, no es menos cierto que estos intercambios de disparos se producían casi diariamente, lo que desde

¹⁰⁵ Para el historial de la 17 DI véase AGMAV, C. 1611, 58. 17 DI, “Organización de la 17 división, con ligero historial de la misma”, sin fecha; y Carlos ENGEL: op. cit., pp. 62-64. Para su composición, AGMAV, C. 1615, 7. 17 DI, “Orden de organización – Nº 5 del I. C. de E. del día 1 del actual”, abril de 1938. Sobre la 9ª BL, AGMAV, C. 2681, 13, p. 9. “Banderas de la Legión, 4ª, 5ª, 6ª, 7ª, 9ª, 11ª, 13ª y 15ª. Resumen de los hechos de armas más destacados”, varias fechas; y Antonio MARTÍNEZ DE LA CASA (coord.): op. cit., pp. 105-109.

¹⁰⁶ Por ejemplo, un informe de inteligencia de la división fechado en octubre de 1938, aunque reconocía que «Los propósitos del enemigo parecen ser de carácter defensivo», no dejaba de señalar que «puedan convertirse en ofensivos en el frente de Madrid», dada la inusual circulación registrada en la zona durante los días previos. Véase AGMAV, Legajo 2, Carpeta 33, Armario 43, p. 3. 17 DI, “Resumen de información del Ejército del Centro del presente mes”, octubre de 1938.

¹⁰⁷ AGMAV, C. 1664, 15, “Boletines de información – Del E.M. de esta División”, abril de 1938.

luego tenía un efecto sobre los combatientes que los sufrían, tal y como apunta el teniente médico José Aznares García, que servía en uno de los tabores de Regulares de Larache:

«Soportar un cañoneo es una sensación desagradable y extenuadora, capaz de agotar los nervios mejor templados. Estalla una granada a cuarenta metros de la casa, tiemblan las paredes, cae polvillo del techo, se ven volar los cascotes del sitio de la explosión y queda uno en tensión, aguardando de un momento a otro el disparo siguiente, que puede ser muy bien el que perfora el techo y explote entre nosotros. Sin embargo, nadie se mueve ni parece atender al asunto.»¹⁰⁸

De hecho, desde la experiencia de la Gran Guerra quedó muy claro cómo influía el bombardeo continuado de artillería sobre los soldados, especialmente en posiciones estáticas como eran las trincheras ocupadas por la 17 DI.¹⁰⁹ En el caso que estamos estudiando, el del frente madrileño hacia mediados de 1938, es evidente que estos intercambios no estaban destinados a causar bajas importantes entre las fuerzas enemigas, ni a abrir brecha en sus posiciones.¹¹⁰ En cuanto a sus motivaciones puramente militares, como mucho servían para destruir objetivos concretos en base a informaciones aportadas por desertores o prisioneros, tal y como muestran los boletines de información o el testimonio de combatientes desplegados en frente estáticos, como el capellán de requetés Juan Urra.¹¹¹ Sin embargo, respecto a finalidades ajenas a lo netamente militar, podríamos apuntar una doble misión. Por un lado, estos pequeños combates entre artillerías ofrecían a los soldados propios la sensación de estar realmente en guerra y no simplemente viendo pasar los días en una trinchera, manteniendo así su espíritu combativo en la medida en que las circunstancias del frente estático lo permitían. Por otro, conseguían incomodar constantemente al enemigo, desgastando mentalmente a sus combatientes. En este sentido, por mucho que los soldados se pudiesen acostumbrar a los disparos de artillería contra sus posiciones, en la medida en que formaban parte de su día a día, estos no dejaban de aparejar un peaje psicológico, tal y como queda claro en el testimonio de José Luis Martín Vigil, combatiente de la 83 DI desplegada en el frente, igualmente estático en ese momento, del centro de Aragón: «La gente aguanta mejor una hora de fuego intenso,

¹⁰⁸ AKELA [José Aznares García]: *Diario de operaciones de un teniente médico*, Madrid, Biblioteca CIM, 1977, p. 90, entrada del 17 de marzo de 1937.

¹⁰⁹ Alan KRAMER: op. cit., pp. 211-229.

¹¹⁰ Michael SEIDMAN: “Frentes en calma”, pp. 44-45. De hecho, en ocasiones el alto mando rebelde llegó a llamar la atención acerca del gasto estéril de munición que se producía cuando estos intercambios excedían de su media habitual. Sea como fuere, este tipo de prácticas también se dieron en otros conflictos. Véase Tony ASWORTH: *Trench Warfare, 1914-1918: The Live and Let Live System*, Oxford, Pan Books, 2000 [1980]

¹¹¹ AGMAV, C. 1664, 15, “Boletines de información – Del E.M. de esta División”, abril de 1938. El capellán de requetés narra en sus memorias cómo las posiciones que ocupaba su unidad sufrieron un intenso e inusitadamente preciso bombardeo por parte de la artillería enemiga que se explicaba por la deserción de un grupo de legionarios de la 11ª BL, los cuales habían indicado la localización de la artillería propia, de un puesto de comandancia y del lugar de acampada de las fuerzas. Ver Juan URRÁ: *En las trincheras del frente de Madrid (Memorias de un capellán de requetés, herido de guerra)*, Madrid, Fermín Uriarte, 1966, pp. 275-277.

un diluvio de bombas durante un tiempo concreto, que ese estar a la espera todo el día, auscultando cada cañonazo, esperándolo y comprobando cada vez que no es el último».¹¹²

Por ejemplo, en la “bienvenida” a la que antes hacía referencia del día 22, se produjeron hasta 15 disparos seguidos sobre una misma posición a las 17 horas, y 73 proyectiles cayeron repartidos sobre cuatro posiciones diferentes a las 20 horas. Aunque se tratase de una acción sin marcado carácter ofensivo, no deja de ser relevante el efecto que producía sobre los combatientes, sobre todo entre los nuevos reclutas que acudían al frente por primera vez. De hecho, en un informe de junio de ese mismo año, el Estado Mayor (en adelante, EM) de la división contabilizaba 625 disparos de la artillería enemiga en tan solo 15 días, habiendo dos picos relevantes de 54 proyectiles caídos el día 4, y de 350 el día 14.¹¹³ Como puede suponerse, un bombardeo consistente en 350 proyectiles, por muy habituado que el soldado estuviese a la actividad artillera diaria del enemigo, no era algo que no dejase ningún tipo de poso, o que se contemplase desde la mera tranquilidad. De hecho, el ya mencionado Juan Urra, desplegado con su unidad en el frente de Madrid, evidenciaba, como veíamos que hacía Aznares, lo que suponía estar bajo el fuego de la artillería enemiga:

«En una situación como esta hacía falta que los nervios fuesen de acero para que en sus tan repetidas y rápidas crispaciones no se nos quedaran desechos [...] Durante cinco días las notas dominantes fueron el cañoneo y las lluvias, con todas las consecuencias que esto trae para los soldados, hundidos en el fango de las trincheras o acurrucados sobre el barro de las chabolas.

¡Qué a gusto se puede leer todo esto sentado cómodamente en casa! Pero allí era peor. Muchísimo peor.

En las horas de cañoneo era preferible permanecer a la intemperie, agudizando el oído a la cercanía de los cañonazos, para tirarse a tierra o buscar, si era factible, zonas más resguardadas. Estar al aire libre daba sensación de tranquilidad dentro de lo incierto de la situación.»¹¹⁴

En cualquier caso, bombardeos artilleros rutinarios aparte, los meses de abril, mayo y junio de 1938 discurrieron sin novedad para los integrantes de la 17 DI, haciendo gala de la condición de estático del frente que ocupaban. De vez en cuando se realizaban incursiones de mano sobre el campo enemigo, con el objetivo de hostigarle y realizar una defensa activa en caso de que se observasen movimientos de tropas, tal y como sucedía al contrario.¹¹⁵ Sin embargo, un problema crucial era la falta de efectivos y equipamiento, según indicaba un informe elaborado en agosto por el EM de la división. Sobre todo,

¹¹² José Luis MARTÍN VIGIL: *Las flechas de mi haz. Un hombre, una memoria*, Oviedo, Richard Grandio, 1977, p. 126. Estos intercambios artilleros se enmarcaban dentro de la política de defensa activa y de constante hostigamiento del enemigo, aun en frentes estáticos. Véanse AGMAV, C. 1826, 31. 81 DI, “Forma de organización de la defensa circunstancial”, febrero de 1938; y AGMAV, C. 1555, 51. 12 DI, Operaciones, “Instrucción nº 5, del día 1, sobre hostigamiento y represalias”, agosto de 1938.

¹¹³ AGMAV, C. 1664, 21. 17 DI, “Estado de la actividad de la Artillería de esta división”, junio de 1938.

¹¹⁴ Juan URRRA: op. cit., pp. 278-279.

¹¹⁵ Véase AGMAV, C. 1615, 32. 17 DI, “Parte del Golpe de mano dado por la 2ª Media Brigada de esta división el día 4 del mes de la fecha”, julio de 1938.

considerando que la endeblez de la línea defensiva «se presta[sen] a la acción del enemigo», que no por nada se encontraba construyendo puentes para un eventual cruce del río Jarama el cual podría llegar a lograr «el derrumbamiento de las fuerzas situadas al Este del Jarama». Por ejemplo, las baterías de artillería disponibles para la 17 DI sumaban un número netamente inferior al mínimamente exigible, con tan solo cuatro para un frente de 50 kilómetros, siendo especialmente precaria la situación en las posiciones del Este del río Jarama, que solo estaban cubiertas por una batería, «apoyo insuficiente para las fuerzas [allí] situadas». Un material que, además, se encontraba en un estado «bastante deplorable», lo que implicaba que las baterías se viesan reducidas a solo dos o tres piezas activas. De igual modo, «Los fusiles se encuentra [sic] en su mayor parte descalibrados y muchos inútiles», habiéndole encontrado en una revista de inspección a la 2ª Bandera de F.E.T. de Castilla hasta 222 fusiles inservibles, lo que considerando el tamaño promedio de una de estas unidades suponía en torno a un tercio del armamento de sus efectivos, el cual no se había conseguido reponer desde mediados del mes anterior. Finalmente, el estado de los vehículos de transporte era precario, siendo muy escasos en número. Muchos estaban más tiempo en el taller que en funcionamiento, lo que lastraba las tareas de fortificación, en las que eran muy necesario, y ponía en riesgo el adecuado suministro de las tropas en caso de un ataque enemigo. Teniendo en cuenta, además, que según un informe del mismo agosto las unidades del EPR en el frente de la 17 DI sumaban aproximadamente unos 9.570 combatientes en primera línea, y que esta no estaba completa, ya que al menos hacían falta 4 mandos de compañía, 61 de sección y 830 efectivos de tropa, la mayoría regulares oriundos del Norte de África, puede vislumbrarse la precariedad del frente que tenían que defender sus integrantes.¹¹⁶

Por supuesto, toda esta información hay que situarla en su contexto. Los innumerables problemas, carencias y deficiencias puestos de manifiesto por la memoria sobre organización defensiva reflejaban la realidad de una división que se encontraba en un estado muy precario en cuanto a medios y capacidad de respuesta ante una eventualidad grave. Sin embargo, esta situación era compartida por las divisiones del EPR, que a la altura del verano de 1938 apenas tenía capacidad para sostenerse en pie, como había demostrado la profunda penetración conseguida por las tropas rebeldes en el marco de las ofensivas de Aragón y Levante unos meses antes. Como veremos más adelante con mayor detalle, prácticamente todas las divisiones del ejército rebelde presentaban un estado muy parecido, que se explica simplemente por la insuficiencia de medios con que contaban los sublevados y que les impedía cubrir las necesidades de sus unidades y frentes. De este modo, si bien es cierto que la 17 DI se encontraba en unas condiciones más que deficientes, este era el día a día de muchos combatientes en la Guerra Civil Española. Sin ir más

¹¹⁶ AGMAV, C. 1615, 39. 17 DI, “Memoria sobre organización defensiva de la zona de esta división”, agosto de 1938. La información sobre los republicanos en AGMAV, C. 1612, 19. 17 DI, “Efectivos enemigos frente a esta división”, agosto de 1938. Respecto a las dimensiones de las divisiones sublevadas, estas no ofrecen un esquema fijo. En este punto de la guerra, la división tipo contenía 12 batallones de infantería o unidades similares, tales como tabores de regulares, banderas legionarias o banderas o tercios de milicias, los cuales sumaban una cifra que oscilaba entre los 10.500 y los 12.000 soldados, tal y como apunta José Vicente HERRERO PÉREZ: op. cit., p. 253.

lejos, según los propios informes de la división la moral de la tropa era «inmejorable».¹¹⁷ Pero, en todo caso, la inseguridad generada por la manifiesta falta de medios con los que poder hacer frente a un eventual ataque enemigo, algo exacerbado por la escasa formación militar con que contaban los combatientes y sus mandos, generaba una tensión e inquietud constante entre los soldados. Verse con un fusil descalibrado e inservible entre las manos o saber que tan solo una batería artillera –en la que probablemente no funcionarían más de tres piezas– podía hostigar al enemigo en caso de que avanzase sobre un frente estirado en exceso y que no contaba con apenas reservas para cubrir una posible brecha no constituía una situación de tranquilidad para los combatientes, máxime si tenemos en cuenta la relevancia de las posiciones ocupadas.¹¹⁸

Dejando de lado todos estos problemas organizativos y de material, que pese a las quejas elevadas por los mandos de la unidad no fueron solventados en absoluto, la 17 DI permaneció en sus posiciones sin acometer ninguna operación de relevancia, una monotonía que se vio alterada durante el mes octubre de 1938.¹¹⁹ A principios de mes, se planificó una operación destinada a rectificar la línea del frente en el sector ocupado por la división, con la finalidad de obtener una posición más ventajosa y, de esta forma, poder ejercer una labor de vigilancia, y potencial hostigamiento, más efectiva sobre el río Tajo, el canal del Jarama y la carretera que discurría hacia Toledo. En dicha operación no solo estaba implicada la 17 DI, sino que también tomarían parte fuerzas de la 14 DI, que por aquel entonces operaba como reserva del Ejército del Centro. Los objetivos de misión definidos no abarcaban una gran extensión de terreno ni un despliegue a gran escala, ya que lo que se pretendía era la toma de una elevación y un saliente en la vanguardia de las posiciones de la división para, posteriormente y como reserva de las fuerzas de la 14 DI, adelantar la línea hacia el barranco de Seseña, desde donde se podría tener un mayor control, en una posición ventajosa, del frente enemigo. De igual modo, al norte de estas operaciones se proyectó la toma del Vértice Legaña, también por unidades de la 14 DI, situado tres kilómetros al sur de Ciempozuelos y en línea con la localidad de Titulcia, uno de los centros importantes del EPR en el sector.

Sin embargo, el desarrollo y coste del ataque evidenció la dimensión brutal de los combates que igualmente acontecían en este tipo de frentes. El asalto y conquista del Vértice Legaña por parte del 6º Tabor de Alhucemas nº 5, perteneciente a la 14 DI, supuso un enorme sufrimiento en términos de muertos y heridos para la unidad. Tal y como se muestra en una comparativa elaborada por la Jefatura de Sanidad de la 17 DI, a quien

¹¹⁷ AGMAV, C. 1615, 39. 17 DI, “Memoria sobre organización defensiva de la zona de esta división”, agosto de 1938.

¹¹⁸ De hecho, en un documento del CGG se apuntaba que «una de las bases de la moral de la tropa [es] la confianza en su armamento y la seguridad de su fortaleza». Véase AGMAV, C. 1239, 32, p. 1. Ejército del Norte, “Sobre el estado operativo del CE Marroquí”, diciembre de 1938. Igualmente, en otro documento se subrayaba la necesidad de «Dar a conocer a la primera línea la existencia de grandes núcleos de fuerzas propias en retaguardia para dar tranquilidad y firmeza en la defensa de las posiciones de vanguardia». Véase AGMAV, C. 1698, 55. 31 DI, Operaciones, “Precauciones a tomar en las posiciones ocupadas”, diciembre de 1938. En el caso de la 17 DI, ambos elementos constituían una fuente de grave preocupación para los soldados.

¹¹⁹ AGMAV, C. 1616, 1. 17 DI, “Memoria de la Zona de Acción de esta división”, septiembre de 1938. En esos periodos de “inactividad”, las divisiones solían dedicarse a ejercicios de instrucción de la tropa, tal y como apunta en sus memorias José Luis MARTÍN VIGIL: op. cit., p. 178.

correspondía el mando y la provisión de servicios durante las operaciones, el mencionado tabor sufrió 337 bajas de un total de 543 combatientes con que contaba antes de iniciarse la operación, lo que supone la pérdida de un 62% de sus efectivos. De entre estos 337 soldados muertos o heridos, 11 eran oficiales –entre los que hay que contar al comandante del tabor Fernando García Moreno; a todos los oficiales de la 1ª y 2ª compañías: 2 capitanes, 3 tenientes y 3 alféreces; y a un teniente y un alférez de la 3ª compañía–, 16 suboficiales –14 sargentos y 2 brigadas– y 330 de tropa.¹²⁰ Por establecer una comparativa que nos permita ver la dimensión del peaje pagado por las fuerzas marroquíes de la 14 DI, el Tabor de Ifni-Sáhara y el 5º Tabor de Melilla nº 2 sufrieron la pérdida del 60,4 y el 62% de sus efectivos respectivamente en el periodo comprendido entre el 4 y el 10 de enero de 1938, mientras se encontraban combatiendo, encuadrados en la 13 DI, en el sector norte de la contraofensiva rebelde sobre Teruel tras la toma de la ciudad por parte de las fuerzas republicanas. Es decir, que en un periodo de tiempo seis veces superior, en el marco de una de las batallas más cruentas –si no la más– de toda la guerra y con el frío haciendo estragos entre los combatientes, los dos tabores mencionados tuvieron una proporción de bajas similar a la que tuvo el tabor de la 14 DI únicamente en la operación del día 24, en la cual además el clima no fue un factor decisivo, lo que permite hacerse una idea de la dureza de los combates sostenidos para la conquista del Vértice Legaña.¹²¹ No obstante, el elevado índice de bajas nos acerca también a cómo se planificaban y llevaban a cabo las operaciones ofensivas, especialmente en lo que tocante a fuerzas de choque y, más aún, en lo referente a los Regulares, que por tener tropa procedente del Protectorado eran frecuentemente utilizados como carne de cañón sobre la que hacer recaer los golpes más duros del enemigo. De hecho, en el parte de operaciones elaborado por Capitán Jefe Accidental del tabor el día posterior a la operación se evidencia lo rudimentario del ataque, en el que se combinarían tanto la escasa capacidad táctica de los mandos intermedios de las unidades –fruto, como veremos, de la falta de instrucción y de la preeminencia, especialmente en unidades procedentes del Rif, de formas de hacer la guerra de raíz colonial que eran diametralmente opuestas al tipo de enfoque bélico que debía desplegarse en una contienda como la Guerra Civil Española, sobre todo a partir de finales de 1936.

En cualquier caso, tras las operaciones de rectificación de la línea y adelantamiento de las posiciones llevadas a cabo en octubre, la 17 DI volvió a la rutinaria vida de una unidad estabilizada, no tomando parte en ninguna otra operación hasta el final de la contienda. De hecho, en la documentación de la división solo aparecen dos elementos dignos de mención entre noviembre de 1938 y abril de 1939. Por un lado, en el mes de diciembre, concretamente el día 22 de madrugada, un pequeño contingente enemigo intentó efectuar un golpe de mano sobre uno de los centros de resistencia de la división defendido por fuerzas de la 2ª Bandera de FET de Castilla, el cual fue rechazado dejando en esta unidad un saldo de cuatro heridos, uno de ellos grave, y un desaparecido en estado

¹²⁰ AGMAV, C. 1610, 16. 17 DI, “Partes de bajas dados por la Jefatura de Sanidad de la División y 6º Tabor de Regulares de Alhucemas nº 5”, octubre de 1938.

¹²¹ Los índices de bajas de los tabores de la 13 DI en los combates de enero en Teruel en AGMAV, C. 1561, 12bis. 13 DI, “Estados de fuerza de unidades de esta división”, enero de 1938. Igualmente, véase David ALEGRE LORENZ: *La batalla de Teruel...*, pp. 195 y ss.

muy grave que, presumiblemente, habría muerto.¹²² Es decir, que pese a la estabilidad del frente los combatientes sufrían el hostigamiento del enemigo mediante operaciones de este tipo, si bien vemos que tenían un alcance limitado. Por otro lado, el EM diseñó, a finales de marzo de 1939, una operación destinada a establecer una cabeza de puente al norte de Aranjuez, lo que habría conllevado la necesidad de romper el frente enemigo, superar las fortificaciones republicanas en la margen izquierda del Jarama y, en definitiva, emplear nuevamente muchos medios humanos en un asalto «de gran desgaste, como se puede juzgar por las operaciones desarrolladas en dicho sector en Octubre del pasado año».¹²³ No obstante, el inicio de la denominada “Ofensiva de la Victoria” el día 26, solo un día después de que se informase de la posibilidad de realizar la operación sobre el Jarama, y el derrumbe del frente en el sector del Ejército del Centro debido al abandono de sus posiciones por parte de los combatientes republicanos hizo innecesario el ataque, evitando así lo que potencialmente hubieran sido numerosas pérdidas en las unidades de la división.

Por tanto, en líneas generales, la vida de la 17 DI transcurrió entre la monotonía de la guerra de posiciones, los prácticamente diarios intercambios de artillería y la tensión constante de saberse en posiciones importantes del frente que no reunían las condiciones defensivas ni materiales adecuadas y que estaban expuestas, algo potenciado por esas carencias, a incursiones y golpes de mano del enemigo. Sin embargo, esa monotonía se vio alterada por operaciones ofensivas puntuales como el avance de línea efectuado en octubre, que supuso una toma de contacto directa y brutal con la parte menos monótona de la guerra, la que vivieron muchas divisiones en los frentes más activos de la guerra. Sin ir más lejos, además del tremendo peaje pagado por el 6º Tabor de Alhucemas nº 5, la 2ª Bandera de FET de Castilla, la 9ª BL y el 6º Tabor de Regulares de Tetuán también sufrieron bajas en los combates de octubre, que en conjunto ascendieron hasta los 244 efectivos, entre los que se encontraba el comandante de la mencionada bandera legionaria.¹²⁴ De este modo, lo que hasta el momento había constituido una vida más o menos constante y rutinaria a lo largo de las semanas se tornó en unas jornadas de fuertes combates que acercaron la experiencia de estos individuos a la que muchos otros vivían en unidades de choque o en divisiones que atesoraban una mayor presencia en operaciones y batallas de movimientos. Algo que de no haber acabado la guerra en abril de 1939 se habría vuelto a repetir con el proyectado establecimiento de una cabeza de puente al otro lado del Jarama.

Así pues, esta aproximación a las actividades de la 17 DI, que se ha centrado en enfatizar los elementos (combate, carencia de medios, debilidades del frente, hostigamiento del enemigo) que añadían tensión a lo que por otra parte era una experiencia de guerra bastante más sosegada que la de otras divisiones, ha pretendido ver la otra cara de la moneda de los denominados “frentes en calma”. Es decir, fundamentar la idea de que

¹²² AGMAV, C. 1664, 25. 17 DI, “Parte del golpe de mano dado por el enemigo en el Sector de Pinto”, noviembre de 1938.

¹²³ AGMAV, C. 1617, 21. 17 DI, “Notas sobre una probable acción de la División para establecer una cabeza de puente al Norte de Aranjuez”, marzo de 1939.

¹²⁴ AGMAV, C. 1610, 19. 17 DI, “Necesidades de personal – En Unidades de esta división”, octubre de 1938.

la pretendida tranquilidad no era tal, no al menos de forma absoluta, y que la experiencia de un combatiente de la 17 DI tenía más puntos en común de lo que podría pensarse con la de un soldado de la 13 DI, por citar una de las divisiones que más tiempo pasó combatiendo a lo largo de los casi 3 años de conflicto. Lógicamente, cada una de esas dos experiencias ha de situarse dentro de las particulares coordenadas del marco en el que se desarrollaron, tales como la unidad, el frente y la duración del servicio militar de cada individuo, pero queda bien patente que la vida de un combatiente de una división desplegada en un sector estabilizado no era una simple sucesión de días en los que no había más preocupación que cuestiones mundanas como la comida, los piojos o combatir el aburrimiento.

El historial de operaciones de la 17 DI permite complementar, o más bien completar, esa realidad de tedio y sopor a la que suele hacer referencia la idea de “frentes en calma”. Bien es cierto que los combates en los que se vio envuelta la división en octubre de 1938 fueron considerablemente violentos y duros, algo que quizá escapaba a la norma de las unidades estabilizadas. Ahora bien, esto no excluye el hecho de que muchas de estas divisiones realizasen operaciones de la misma índole que arrojaban igualmente bajas importantes. Salvo cuatro divisiones, la 34, la 56, la 57 y la 58, las cuales por su tardía formación –entre noviembre de 1938 y febrero de 1939– no entraron en línea o se desplegaron en sectores con nula actividad, todas las demás que ocupaban posiciones en frentes estabilizados hubieron de hacer frente a determinados periodos de combate más o menos cortos, pero siempre acumulando una mínima cantidad de experiencia y, consecuentemente, sufriendo un determinado número de muertos y heridos.¹²⁵ En todos estos frentes se realizaban rectificaciones de líneas, conquistas de posiciones menores para obtener ventaja táctica, rechazo de ofensivas enemigas o movimientos similares que comportaban la entrada en combate de sus unidades. En estas operaciones, el enemigo no permanecía pasivo ni se retiraba a las primeras de cambio, sino que ofrecía una dura resistencia, tal y como veíamos que ponían de manifiesto los informes elaborados sobre las acciones de octubre de la 17 DI.¹²⁶ Y, del mismo modo, pese a encontrarse en una más que precaria situación conforme avanzaba el conflicto, las unidades republicanas desplegadas en estos sectores hacían gala todavía de una eficiencia y capacidad de combate reseñables, que en buena medida provendría de la presencia en sus filas de veteranos de batallas anteriores, como el Jarama y el Pingarrón para el caso de las brigadas mixtas estacionadas en el frente de la 17 DI.¹²⁷ Estas operaciones, menores en su concepción y

¹²⁵ Véase Carlos ENGEL: op. cit., en lo referente a las divisiones 16, 18, 19, 20, 21, 22, 23, 31, 32, 33, 34, 56, 57, 58, 71, 72, 73, 75, 102, 107 y 112, esencialmente desplegadas en el frente Sur, el frente extremeño y en el frente centro en torno a Madrid.

¹²⁶ Se mencionaba, de hecho, «la tenacidad con que el enemigo ha defendido el terreno y como intensifica en estos días sus trabajos defensivos sacando avanzadillas sobre las vaguadas que pudiesen favorecer la acción nuestra», lo que indicaba un dispositivo de defensa activo, y no meramente pasivo. Véase AGMAV, C. 1664, 24. 17 DI, “Memoria sobre organización defensiva de la zona de acción de esta División”, noviembre de 1938.

¹²⁷ Para el caso de las unidades republicanas estacionadas frente a la 17 DI, de las 8 de las que se disponen datos completos facilitados por un informe elaborado por la inteligencia de la división, al menos 5 tenían una eficiencia media o superior. Respecto a la moral, esta parece encontrarse en niveles bajos, a excepción de la de los veteranos, que en definitiva mantenía la cohesión interna de las unidades. Véase AGMAV, C. 1613, 28. 17 DI, “Fichas de organización de las Unidades enemigas frente a la 1ª y la 2ª Brigadas de esta División”, octubre de 1938.

objetivos pero significativas en lo tocante a bajas e impacto sobre los combatientes que las llevaban a cabo, sumadas al constante hostigamiento –artillero y en forma de golpes de mano– del enemigo y a la tensión producida por saberse en una posición insegura sin los medios adecuados para su defensa, hacían de la experiencia de las unidades estabilizadas algo alejado de lo que podría simplemente definirse como tranquilo.

Parte I

La construcción del ejército sublevado

– Amanecía y habíamos llegado a una ciudad
– ¿Qué ciudad?
– ¿Cómo quieres que lo sepa? Sidón, me parece. Por puro miedo y ansiedad empezamos a disparar como posesos. ¿A quién? Qué sé yo. Entonces apareció un Mercedes antiguo. Disparamos contra él histéricos. Dos años de adiestramiento y tuvimos miedo, un miedo incontrolable.

Cami Cna'an, *Vals con Bashir*

El golpe de Estado del 17 de julio de 1936 no terminó como había previsto su principal organizador, el general Emilio Mola Vidal, a la sazón apodado “El Director”. El fracaso en plazas tan fundamentales como las del litoral mediterráneo y la propia capital del país abocaron a los golpistas y al gobierno de la República a un progresivo escenario de guerra abierta, toda vez que ninguno de los dos tenía la capacidad de asestar un golpe rápido y definitivo a su oponente. Esto trajo aparejada la necesidad de iniciar un proceso de movilización bélica masiva para afrontar una contienda como la que se avecinaba, ya que como veíamos en el apartado introductorio las nuevas formas de guerra surgidas en el continente europeo aspiraban a la totalidad en cuanto a esfuerzo colectivo, objetivos a alcanzar, uso de la violencia y empleo de materiales de guerra de amplio poder destructivo, no generalizados hasta la fecha en tales cantidades. Sin embargo, ni el gobierno ni los rebeldes estaban preparados para acometer un proceso de semejantes dimensiones con la efectividad requerida; algo que, por otro lado, sufre todo ejército que se ve enfrentado a una movilización de masas partiendo de un escenario de paz, sin experiencias inmediatas o recientes a través de las cuales pueda haber adquirido los mecanismos adecuados para realizarla eficientemente y, además, en un contexto de relativa pobreza como el español.¹²⁸ En el año 1936, el ejército español contaba con unos 130.000 efectivos aproximadamente, de los cuales 30.000 eran tropas coloniales experimentadas en unas campañas del Rif marcadas por la clara diferencia entre una metrópoli con medios y material de guerra a su disposición y unas tribus rebeldes que actuaban como una guerrilla y contaban fundamentalmente con armas ligeras.¹²⁹ Por el contrario, el resto de las fuerzas las formaban unidades estacionadas en la Península, que nunca habían entrado en combate y que desconocían los procedimientos operacionales más allá de la instrucción teórica y de las maniobras. Las cuales, por otro lado, no se orientaban a la utilización extensiva de

¹²⁸ Esta idea de la pobreza como factor relevante en la particular morfología que adoptan las guerras civiles en Javier RODRIGO y David ALEGRE: op. cit., pp. 19-54.

¹²⁹ Gabriel CARDONA: *El poder militar...*, p. 280. Respecto a las fuerzas coloniales, Sebastian BALFOUR: op. cit., p. 499, las cifra en 34.000 efectivos.

medios de guerra mecánicos, esencialmente por la falta de ellos dentro del ejército español.¹³⁰ La combinación entre la inexperiencia de la mayoría de las tropas, la experiencia de las fuerzas coloniales en un tipo muy concreto de guerra alejado de lo que sería la posterior Guerra Civil a partir del asalto a Madrid, y la falta de incorporación de medios tecnológicos al ejército –artillería utilizada masivamente, tanques, aviones, etc.–, dio como resultado la inadecuación de unidades y personal a la guerra moderna. Una cuestión que se vio agravada por los enormes problemas asociados a la construcción del ejército de masas que ambos contendientes necesitaban para imponerse.

La Guerra Civil Española, por tanto, fue un largo y costoso proceso de aprendizaje en el que los dos bandos pagaron un alto precio en vidas humanas, en tiempo y en destrucción del territorio. Las dificultades inherentes a operar con medios tecnológicos apenas disponibles anteriormente, mucho menos utilizados de forma habitual, y de encuadrar y poner en funcionamiento una masa combatiente de unas dimensiones que alcanzaron el millón de hombres con las prisas impuestas por las necesidades de la contienda, implicaron un proceso de comprensión e interiorización de las lógicas de la guerra moderna que se tornó brutal y cuyas consecuencias recayeron mayoritariamente en los soldados de a pie.¹³¹ En el caso de estudio que nos ocupa, el ejército rebelde, hubo varias cuestiones que contribuyeron a incrementar notablemente los índices de bajas y a hacer que una experiencia ya de por sí traumática como es hacer la guerra lo fuera aún mucho más. La incapacidad de las diferentes armas y unidades sobre el terreno para coordinarse entre sí, las malas prácticas recurrentes en el establecimiento de posiciones en los frentes, el deficiente empleo de los medios tecnológicos como artillería o carros de combate, una estructura de servicios que no podía atender a las necesidades de un contingente tan grande o la galopante falta de instrucción de las fuerzas –que afectaba tanto a soldados rasos como fundamentalmente a suboficiales y mandos intermedios, espina dorsal de todo ejército– agravaron de un modo exponencial la ya de por sí traumática –y costosa en términos de heridos, muertos y mutilados– experiencia bélica de unos combatientes que, no olvidemos, no eran soldados profesionales a pesar de poder haber pasado por el servicio militar obligatorio, incrementando notablemente los índices de bajas. Esta problemática, no obstante, fue un arma de doble filo para las fuerzas sublevadas.

Por una parte, la falta de capacidades tácticas y técnicas sobre el terreno debía suplirse con una mayor implicación y esfuerzo de los soldados, lo que encajaba con el *ethos* combatiente que el bando sublevado, cuyos principales dirigentes militares pertenecían a la cultura de guerra africanista, quería implantar en sus fuerzas como ya habían buscado instaurar, a través de la dirección de Franco en la Academia General Militar (en adelante, AGM) de Zaragoza, en el ejército español de época primorriverista.¹³² De hecho, esto conectaba perfectamente con el modelo de masculinidad combatiente que el fascismo buscaba construir, una en la que las virtudes militares, el carácter viril y una

¹³⁰ Sobre la dotación de medios del ejército español en época republicana véase Gabriel CARDONA: *El poder militar...*, pp. 166-171.

¹³¹ La cifra concreta que ofrece Gabriel Cardona es de 1.020.500 efectivos al final de la guerra, entre soldados de las unidades regulares y los pertenecientes a las milicias. Véase Gabriel CARDONA: *El gigante descalzo...*, p. 51.

¹³² José Vicente HERRERO PÉREZ: op. cit., pp. 163 y ss. Eduardo GONZÁLEZ CALLEJA: *La España de Primo de Rivera. La modernización autoritaria, 1923-1930*, Madrid, Alianza, 2005

moral agresiva y sacrificial se impusieran sobre el refinamiento táctico o la racionalización calmada de la situación.¹³³ Por ende, la necesidad de compensar la incapacidad del ejército para adaptarse rápida y eficientemente a las lógicas y necesidades de la guerra moderna con un empleo más masivo del material humano confluyó con el proceso de remasculinización en clave fascista, que fue codificada y adaptada como parte del *ser soldado* construido en las trincheras rebeldes de la Guerra Civil. No en vano, en este proceso fueron clave figuras referenciales como los alféreces provisionales, esculpidos bajo ese mismo patrón. Sin embargo, como decía, el arma tenía otro filo, y este era el miedo. La imposición de un *ethos* combatiente viril y ultramasculinizado en el que la retirada, la derrota o la duda ante una situación de riesgo podían suponer una pérdida de credibilidad y autoridad y un señalamiento público, unido a la inexperiencia endémica de buena parte de los cuadros intermedios del ejército rebelde, redundó en el enquistamiento de prácticas contraproducentes para el esfuerzo de guerra pero que minimizaban, a ojos de quienes las utilizaban, los riesgos de sufrir un revés. El acaparamiento de municiones o alimentos; la constante búsqueda del dominio de las alturas aun constituyendo estas en ocasiones posiciones más vulnerables; o la renuencia a explotar las retiradas enemigas fueron comportamientos habituales entre la oficialidad, que buscaba antes su propia seguridad que la eficiencia militar. Y, de igual modo, el exponerse de forma peligrosa o el situarse en primera línea, aun a riesgo de perder la vida y dejar así a la unidad carente de dirección, eran también conductas reproducidas frecuentemente como parte de una particular cultura bélica construida en el seno de las fuerzas rebeldes. En definitiva, los problemas que comportó la construcción de un ejército de masas en el marco de una guerra moderna, la cual lógicamente debía librarse lejos de los esquemas coloniales o de los provenientes de la Gran Guerra, agudizaron el sufrimiento de los combatientes, que tuvieron que recurrir a la camaradería y al refugio en los grupos primarios, tal y como veremos en la segunda parte, para poder mantener la moral y soportar la experiencia en el frente, creándose así diversas vías para su socialización ideológica.

¹³³ David ALEGRE LORENZ: “The New Fascist Man in 1930s Spain”, en Jorge DAGNINO, Matthew FELDMAN y Paul STOCKER (eds.), *The “New Man” in Radical Right Ideology and Practice, 1919-45*, Londres, Bloomsbury, 2018, 215-229.

Capítulo 1

Del Estrecho a Madrid. El impacto de la guerra moderna

La Guerra Civil Española no empezó, en lo que a contienda formal y total se refiere, hasta por lo menos el fracasado asalto a Madrid de las fuerzas sublevadas durante el mes de noviembre de 1936. Hasta ese momento, el conflicto se había asemejado más a una guerra irregular, de movimientos, decisiones y consecuencias improvisadas y casi todas supeditadas a la batalla por el control de la capital. Desde luego, había posiciones fijas en no pocos lugares, como la sierra de Guadarrama o las inmediaciones de la ciudad de Huesca; y se produjeron batallas ajenas a lo que era la toma de Madrid, como el levantamiento del asedio del Alcázar de Toledo, con el que Franco pretendía obtener capital político que le ayudase a sustentar su recién estrenado cargo como Generalísimo.¹³⁴ Sin embargo, el gran objetivo en el que ambos bandos tenían puestas sus miras y esfuerzos era Madrid, unos para hacerse con ella en la creencia de que eso precipitaría el derrumbe de la resistencia republicana a la sublevación. Y los otros para defenderla y, así, retener una pieza clave en el panorama no solo ya militar, sino también político, dado el simbolismo de la capital y el poder legitimador que su control confería a la causa gubernamental. Para asaltar y conquistar Madrid lo antes posible, las fuerzas rebeldes llevaron a cabo una acelerada a la par que triunfante marcha desde el Estrecho de Gibraltar, conquistando amplias áreas del Sur y el Suroeste peninsulares, que no obstante se vio frenada en seco a las puertas de la capital. El esquema bélico que tantos éxitos había dado a los sublevados en los primeros cuatro meses de conflicto –principalmente en el frente sur por la presencia de unidades profesionales curtidas en el escenario rifeño– se tornó ineficiente a la hora de afrontar un combate urbano de la dimensión del que se libró en torno a Madrid, una ecuación a la que hay que sumar la transformación en la naturaleza de la guerra. De esta forma, por un lado la estructura del terreno a conquistar no se articulaba a modo de pequeñas poblaciones semi-aisladas e incapaces de presentar un frente uniforme, lo cual impedía que se asistieran y ayudaran unas a otras; y, por otro, el enemigo al que enfrentaban ya no eran individuos no profesionales e inexperimentados carentes de medios defensivos más allá de un puñado de armas ligeras o algún elemento de artillería, también ligera. Por el contrario, Madrid constituía una gran urbe bien defendida y que había que tomar calle por calle y casa por casa, lo que complejizaba en extremo la dificultad de la operación; y, del mismo modo, el bando republicano oponía ahora más y mejores fuerzas, entre las que se contaban las Brigadas Internacionales, al tiempo que múltiples medios bélicos tecnológicamente avanzados –blindados, artillería en mayores cantidades, aviación, etc. Dos elementos que, combinados, propiciaron el fracaso de las exhaustas columnas sublevadas y dieron paso a una nueva forma de concebir y librar la contienda, la guerra moderna, para la cual ninguno de los dos bandos estaba preparado.

Las primeras semanas de la guerra, en las que las columnas insurgentes avanzaron sin apenas oposición hasta las inmediaciones de Madrid, estuvieron dominadas por el caos y por una significativa desorganización en no pocos puntos y regiones del país. El fracaso del golpe puso a los rebeldes en una situación adversa desde el primer momento,

¹³⁴ Paul PRESTON: *Franco...*, pp. 206-215.

ante la cual tuvieron que reaccionar rápida e improvisadamente debido al potencial riesgo de la completa derrota de la insurrección. Por su parte, la desconfianza existente hacia el estamento militar y una fracción de los cuerpos de seguridad por parte de las autoridades gubernamentales generó una oportunidad para el triunfo de la rebelión en determinadas ciudades, al tiempo que detrajo a la República una serie de activos importantes para el control de enclaves que, por este motivo, pasaron a manos sublevadas.¹³⁵ Sin ir más lejos, parte del éxito de la insurrección se debió a la capacidad de los conspiradores, no pocos de ellos integrantes de los EM de las diferentes divisiones orgánicas, de tomar el control de estos centros de poder, ante la actitud dubitativa de los generales al cargo, o directamente ante su oposición. Por ejemplo, en Burgos, Valladolid y La Coruña los responsables de las divisiones orgánicas, Domingo Batet, Nicolás Molero y Enrique Salcedo, fueron depuestos, encarcelados, y en el caso de Batet y Salcedo fusilados. En Zaragoza, Miguel Cabanellas se unió a la sublevación, mientras que en Sevilla las dudas del general José Fernández propiciaron el triunfo de los insurrectos. Donde la rebelión no triunfó, es decir, en Madrid, Valencia y Barcelona, se debió a la actitud diletante de los generales, caso de Virgilio Cabanellas en la primera; a la lealtad a la República de Fernando Martínez, en Valencia; o a la resistencia opuesta por parte de milicianos y fuerzas de seguridad, que le costaron la vida a Manuel Goded, encargado de la sublevación en Baleares y en Barcelona, tras haber depuesto en esta última al general Francisco Llano.¹³⁶

Sea como fuere, el mapa de ambas zonas en esas primeras semanas posteriores al 17 de julio distaba mucho de ofrecer unos contornos definidos. El dominio efectivo era una quimera en amplias regiones del país, como el Suroeste peninsular, trufadas de múltiples pueblos y localidades donde aún no estaba claro quién ejercía el control y en los que este dependía de que el enemigo no apareciese antes que los refuerzos.¹³⁷ Ante esta situación surgieron innumerables iniciativas locales, de un signo y otro, destinadas a colaborar activamente en la rebelión o en su derrota, formándose partidas integradas por civiles, milicianos de distintos partidos y organizaciones políticas y miembros de los cuerpos de seguridad o el Ejército. Estas recorrían los pueblos en torno a su base de operaciones para, con su presencia física, reafirmar el control que ejercían sobre esas localidades o, por el contrario, tomarlas, si bien esto solo era seguro por unas horas o en caso de que se dejase un retén. El actor Fernando Fernández de Córdoba, que a lo largo de la contienda se encargó de la lectura de los partes de guerra emitidos por Radio Nacional, describía de forma elocuente estos primeros momentos. La sublevación le sorprendió grabando una

¹³⁵ Carlos NAVAJAS ZUBELDIA: *Leales y rebeldes. La tragedia de los militares republicanos*, Madrid, Síntesis, 2011, pp. 131 y ss. Arturo GARCÍA ALVÁREZ-COQUE: *La fractura del ejército ante el 18 de julio*, Granada, Comares, 2018, pp. 115-116.

¹³⁶ Véase Arturo GARCÍA ALVÁREZ-COQUE: op. cit., pp. 58-99.

¹³⁷ Una situación similar presentaba toda la Península, tal y como se evidencia en el testimonio del falangista José Antonio Martínez Barrado, organizador de diversas centurias en torno a la localidad turolense de Calamocha. La fragilidad del dominio de uno y otro bando era significativa, y el control de una población solo dependía de quién se encontrase en ella en ese momento, quedando en el aire una vez que las fuerzas se marchaban: «Los pueblos abandonados e indefensos, no podían confiar sino en sus propias fuerzas y medios. Íbamos a un pueblo cualquiera y era nuestro; marchábamos, y era de los rojos». Véase José Antonio MARTÍNEZ BARRADO: *Cómo se creó una bandera de Falange*, Tip. La Académica, Zaragoza, 1939, p. 23.

película en Córdoba, donde presencié los combates en torno al Gobierno Civil de la ciudad, en el que se habían atrincherado varios leales al gobierno de Madrid, incluyendo al propio gobernador civil, Antonio Rodríguez de León. Tras la caída de la ciudad en manos rebeldes, formó parte de las columnas que en los días sucesivos fueron ocupando los pueblos colindantes:

«Por nuestra parte, en Córdoba comenzamos a luchar para librarnos de la tenaza que nos aprisionaba por la parte Norte y por los flancos. Cada dos o tres días se organizaba una pequeña columna, que acudía a liberar un pueblo. La organización de dichas columnas era pintoresca. En los primeros días no contábamos más que con el regimiento de Artillería, mandado por el coronel Cascajo, de guarnición en Córdoba; los guardias de Asalto y Seguridad, la Guardia Civil y un reducido núcleo de voluntarios y falangistas. Los voluntarios se agruparon en un batallón, que tras una breve instrucción comenzó a funcionar. El aviso de la concentración de la columna nos lo comunicábamos unos a otros. Por las noches nos reuníamos en diversos grupos en el paseo del Gran Capitán [...] esperábamos las órdenes. [...]

Como digo, la noticia de la formación de la columna corría de boca en boca y de mesa en mesa. No preguntábamos detalles. Sólo se nos decía: “A tal hora (que siempre solía ser de madrugada) en el cuartel de la Victoria”, y a tal hora corríamos a ocupar nuestros puestos. Cada cual llevaba el armamento que poseía. Yo recuerdo que se me había facilitado en el Gobierno Civil un mosquetón y una cartuchera, que llevaba cruzada en bandolera. Entonces empezábamos a usar los “monos” [...]

El camino marcado era generalmente corto. Los pueblos no distaban nunca más de 15 o 20 kilómetros. Así que en las primeras horas de la mañana llegábamos a él, entablábamos combate y al anochechar estábamos ya de regreso en Córdoba, no hay que decir que victoriosos.»¹³⁸

Como se puede colegir del relato de Fernández de Córdoba, la improvisación y la provisionalidad tenían mucho que ver en la creación de estas primeras formaciones de combatientes. Si se daba el caso, como en la ciudad de Córdoba, de poder contar con una amplia representación de miembros de los cuerpos de seguridad o del ejército, el componente civil o miliciano de las columnas se veía reducido. Ahora bien, en poblaciones más pequeñas donde apenas sí había un puesto de la Guardia Civil, la mayoría de las fuerzas estaban formadas por civiles pertenecientes a diversas milicias o que simplemente simpatizaban con la causa, ya fuese esta sublevada o republicana.

En este marco, la ventaja de los sublevados, y el germen de su éxito en los primeros cuatro meses de conflicto, fue la presencia de las experimentadas tropas coloniales, legionarios y Regulares. El apoyo brindado por las potencias fascistas, que permitió el paso de estos contingentes a la península, fue clave para poder tomar ventaja en unos primeros momentos en los que las fuerzas republicanas adolecían de falta de unidad en

¹³⁸ Fernando FERNÁNDEZ DE CÓRDOBA: *Memorias de un soldado-locutor. La guerra que yo he vivido y la guerra que yo he contado*, Madrid, Ediciones Españolas, 1939, pp. 38-39. Véase, sobre esto mismo, Ángel ALCALDE: *Los excombatientes franquistas...*, p. 41.

su esfuerzo bélico.¹³⁹ De este modo, lo que se articuló durante el avance de las columnas desde el Sur hacia Madrid no fue otra cosa que una guerra de raíz colonial, no tanto por la traslación directa de los métodos de guerra y de la cultura de violencia africanista, que ciertamente también existió, sino por la imposibilidad, debido al desconocimiento de tácticas alternativas, de afrontar el conflicto de otra forma.¹⁴⁰ Un esquema bélico que se veía favorecido por la estructura del terreno a conquistar y la naturaleza –irregular, poco experimentada y pobremente armada– del enemigo a derrotar, dado que las campañas libradas en el Protectorado habían discurrido por cauces en buena medida similares. Esto quedaba evidenciado en unas instrucciones emitidas el 12 de agosto por el general Gonzalo Queipo de Llano, comandante del Ejército del Sur, y enviadas a las columnas que combatían en Andalucía y Extremadura. En ellas se ponían de manifiesto las dos cuestiones que definieron, en referencia al modo de combatir, el tipo de guerra implementado por las columnas rebeldes en su marcha hacia Madrid: estructura del terreno y tipología del enemigo. Ambas, como subrayaba la directiva y como quedó claro en el campo de batalla, incapaces de suponer fuentes de resistencia efectivas al avance del Ejército del Sur:

«La calidad del enemigo que tenemos delante, sin disciplina ni preparación militar, carente de mandos ilustrados y escasos de armamento y municiones en general por falta de Estados Mayores y organización de servicios hace que [en] los combates que nos vemos obligados a sostener las resistencias sean generalmente débiles y que confíen solo a la fortaleza de las poblaciones y a la aviación y concentración de artillería el batir a las columnas.»

Es decir, que la inexperiencia de la tropa y los mandos republicanos, la escasez de armamento pesado –y armamento en general– y la aún persistente desorganización derivada del golpe de hacía menos de un mes dibujaba un escenario de núcleos de resistencia repartidos por el territorio pero aislados entre sí, de tal modo que cada uno estaba en buena medida abandonado a su propia suerte. En este sentido, las mismas instrucciones apuntaban que era necesario que «nuestro sistema y manera de combatir se adapten a ellos [a los enemigos]», lo que subrayaba otra de las ventajas que los sublevados tenían en los primeros cuatro meses de conflicto.¹⁴¹ La similar tipología de enemigos, estructura del territorio y, por ende, morfología del conflicto existente con las campañas libradas en el Protectorado conferían a las columnas, esencialmente nutridas con fuerzas procedentes del Norte de África, una alta capacidad adaptativa y una notable eficiencia en combate, algo que se evaporó a las puertas de Madrid, cuando enemigo, territorio y modo de hacer la guerra se transformaron significativamente.

¹³⁹ Stefanie SCHÜLER-SPRINGORUM: op. cit., pp. 51-57.

¹⁴⁰ Respecto a la definición del esquema bélico desplegado en el avance de las columnas desde el Sur hasta Madrid, esta se desarrollará in extenso en el segundo capítulo de la tercera parte, puesto que las formas en las que se implementó la violencia por parte de estas fuerzas tiene un papel importante en la definición de este tipo de guerra como de raíz colonial y, además, antipartisana.

¹⁴¹ AGMAV, C. 2580, 42, p. 1. Ejército del Sur, “Instrucciones de Queipo de Llano para las columnas en operaciones”, agosto de 1936.

Esta veteranía, por tanto, jugó un papel decisivo en la rapidez con la que pudieron avanzar las diversas columnas sublevadas, ya que la familiaridad de los soldados profesionales con las armas de guerra y con las situaciones de combate tenían una significativa «influencia moral» en su desempeño en el campo de batalla, sobre todo respecto a aquellos que no sabían hacer un uso eficiente de las armas y que, por tanto, veían como estas resultaban infectivas en sus manos.¹⁴² Por el contrario, la confrontación de civiles y milicianos inexpertos con la guerra fue una experiencia por lo general traumática, máxime si tenemos en cuenta lo expeditivo de los métodos empleados por las fuerzas sublevadas.¹⁴³ Las mismas instrucciones citadas en el párrafo anterior evidenciaban la escasa capacidad de soportar el fuego que tenían los combatientes inexpertos, ya que «muchas veces basta la intimidación y un cañonazo en puertas o ventanas para que cesen las resistencias»; lo cual, además, permitía ahorrar munición y proyectiles a unas columnas muy escasas de equipamiento en estos primeros meses, donde la necesaria rapidez del avance y la escasez de infraestructuras limitaba la capacidad de reabastecimiento.¹⁴⁴ De igual modo, la presencia de la aviación era una fuente de terror constante, especialmente para el personal civil de las unidades de uno y otro bando, algo de lo que se dieron cuenta rápidamente los militares profesionales. En una carta enviada a Franco por el teniente coronel Juan Yagüe, jefe de las fuerzas que acababan de conquistar Badajoz, este hacía una lectura crítica de las recientes operaciones con la finalidad de sintetizar una serie de puntos clave que podrían ser de utilidad en lo sucesivo para mejorar la eficacia de las columnas. Entre ellas, Yagüe mencionaba la idoneidad de coordinar infantería y aviación a la hora de tomar varios objetivos en un día con el fin de no desgastar en exceso a unas ya de por sí exiguas tropas, ya que «la Aviación causa muchas bajas y sobre todo desmoraliza enormemente a la gente. La desbandada se produce inmediatamente».¹⁴⁵ Este miedo suscitado por los aviones enemigos calaba también entre los civiles enrolados en las fuerzas sublevadas, tal y como resaltaba el parte enviado por la columna del teniente coronel Carlos Asensio el día 8 de agosto, tras la toma de la localidad de Almendralejo.¹⁴⁶ La unidad había sido bombardeada por la aviación republicana dejando un saldo de 2 muertos, 10 heridos y 6 camiones inutilizados –los cuales, ya de por sí, estaban en muy malas condiciones, tal y como ponía de manifiesto el escrito. Esto, que no fue considerado como un contratiempo grave por los oficiales, tuvo un considerable efecto sobre la moral del personal civil de la columna, la cual «se ha deprimido notablemente».¹⁴⁷ Por tanto, en ambos casos puede apreciarse el efecto que la toma de contacto con la guerra tenía en individuos que no había experimentado antes una vivencia similar, a diferencia del caso de legionarios y regulares. La presencia de artillería, aviación o armas pesadas creaba un escenario muy diferente al

¹⁴² AGMAV, C. 2580, 42, p. 1. Ejército del Sur, “Instrucciones de Queipo de Llano para las columnas en operaciones”, agosto de 1936.

¹⁴³ Algunas referencias clásicas sobre la brutalidad empleada por las columnas rebeldes en Francisco ESPINOSA: op. cit.; y Paul PRESTON: *El holocausto español...*, pp. 193-252. A nivel conceptual, véase Javier RODRIGO: *Hasta la raíz...*

¹⁴⁴ AGMAV, C. 2580, 42, p. 1. Ejército del Sur, “Instrucciones de Queipo de Llano para las columnas en operaciones”, agosto de 1936.

¹⁴⁵ AGMAV, C. 2552, 5, p. 71. Ejército del Sur, “Partes de las operaciones sobre Badajoz”, agosto de 1936.

¹⁴⁶ Francisco ESPINOSA: op. cit., pp. 36-37.

¹⁴⁷ AGMAV, C. 2552, 5, p. 17. Ejército del Sur, “Partes de las operaciones sobre Badajoz”, agosto de 1936.

de un mero tiroteo, en el que la ventaja otorgada por los veteranos coloniales, avezados en su manejo y curtidos en escenarios de combate real, se hizo notar.

Además, aquí se aprecia también otra cuestión fundamental no ya para estos primeros meses de conflicto, sino para el conjunto de la guerra: el miedo que suscitaban las armas modernas. Los efectos morales de los nuevos medios tecnológicos empleados asiduamente en los combates fueron una constante a lo largo de la contienda, y ejercieron una influencia decisiva en la experiencia bélica de los combatientes de a pie. Así queda evidenciado en la narración del voluntario rumano Bănică Dobre, uno de los miembros de la comitiva enviada por la Guardia de Hierro a homenajear al general de brigada José Moscardó por su resistencia en el asedio del Alcázar y que posteriormente ingresaron motu proprio en la Legión, combatiendo en el frente de Madrid.¹⁴⁸ Sin experiencia bélica previa, y tras haber estado tan solo unas semanas en el frente, Dobre dibuja un fresco terrible del campo de batalla caracterizado por el efecto destructivo de las armas modernas y de las explosiones, generando un escenario donde no solo la potencia de fuego constituía un arma decisiva, sino también la brutal experiencia sensorial derivada del uso de la artillería, los tanques o la aviación.¹⁴⁹ Tras ocupar unas trincheras en el sector de Majadahonda, se desencadena un ataque republicano:

«Ahora vemos que desde la cresta de la colina bajan unos trece tanques grandes. Recibimos la orden de extendernos en el suelo de las trincheras. [...] El bombardeo nos ensordece, el silbido de los proyectiles y de los cascotes nos atonta. Las explosiones de los proyectiles nos cubren de tierra. Al lado mío, detrás de mí, oigo pasar a nuestros soldados: algunos arrastrándose, otros corriendo agachados por las trincheras. Giro la cabeza sólo por un momento. Veo a algunos que están heridos y se dirigen hacia las líneas a nuestras espaldas: son una docena, uno tras otro, todos con el rostro contraído por el dolor, con la carne destrozada y chorreante de sangre. Uno arrastra tras de sí una pierna rota; otro tiene un brazo destrozado; otro ha sido gol-

¹⁴⁸ Véanse Judith KEENE: op. cit., pp. 215-244; y Valentin SĂNDULESCU: op. cit.

¹⁴⁹ A este respecto, resulta relevante tomar en consideración el universo sensorial del soldado como otra de las fuentes claves del trauma producido por la experiencia bélica. Si bien es cierto que la pólvora estaba presente en los campos de batalla desde hacía varios siglos, el ensordecedor ruido provocado por las cortinas de fuego de la artillería supuso una novedad aterradora, algo que generó no pocas consecuencias a nivel psicológico, como el archiconocido shell shock. Sobre la interpretación sensorial del campo de batalla véase Yaron JEAN: “«Silenced Power». Warfare Technology and the Changing Role of Sounds in Twentieth-Century Europe”, *Zeithistorische Forschungen / Studies in Contemporary History*, 2 (2011). Disponible en <https://zeithistorische-forschungen.de/2-2011/id=4541?language=en> (consultado por última vez el 29-12-2018) Respecto a las consecuencias médicas derivadas del trauma sensorial y sonoro, y de la experiencia de guerra en general, existen innumerables publicaciones, desde el clásico de Eric J. LEED: *No Man's Land. Combat and Identity in World War I*, Cambridge, Cambridge University Press, 2009 [1979], pp. 163-192; hasta trabajos más recientes como los de Peter LEESE: *Shell Shock. Traumatic Neurosis and the British Soldiers of the First World War*, Basingstoke, Palgrave Macmillan, 2002; o Alexander WATSON: *Enduring the Great War. Combat, Morale and Collapse in the German and British Armies, 1914-1918*, Cambridge, Cambridge University Press, 2008, pp. 85-107 y 238-240. Algunos testimonios para la Primera Guerra Mundial en Peter ENGLUND: *La belleza y el dolor de la batalla*, Barcelona, Roca, 2011.

peado en el vientre, se arrastra emitiendo gemidos sofocados, tiene los labios blancos y el rostro oscurecido por el sufrimiento. Cuerpos humanos vigorosos hasta hace poco, eran ahora un montón de carne y de harapos ensangrentados...»¹⁵⁰

Pese al carácter épico, e incluso grandioso, que Dobre confiere a la guerra en su relato, en línea con su voluntad de mitificar la experiencia bélica y la muerte de sus correligionarios Ion Moța y Vasile Marin en el mismo frente de Majadahonda en el que tiene lugar la escena, se puede apreciar el traumático efecto que una vivencia así tenía en los individuos que la sufrían a ras de suelo. De hecho, esto se potenciaría aún más si cabe si consideramos que una buena parte de los combatientes que tuvieron que enfrentarse a las columnas sublevadas en los cuatro primeros meses de conflicto no eran sino simples civiles, pobremente armados y aterrorizados tanto por la propia guerra en sí como por la fama que tenían las unidades a las que se enfrentaban, legionarios y regulares, cuyo sanguinario mito había tenido un fuerte impacto en la memoria colectiva de la izquierda tras la represión del levantamiento en Asturias en octubre de 1934.¹⁵¹ Por ende, vivir una experiencia sensorial y corpórea tan extrema como la que Dobre relata en sus memorias, y vivirla a manos de unas máquinas de guerra cuya naturaleza y poder eran prácticamente ignotos para muchos individuos al llegar al frente, constituía un bautismo de fuego brutal en el que el miedo a lo desconocido incrementaba exponencialmente el sufrimiento de los combatientes y los efectos que la guerra tenía sobre ellos.¹⁵² Como dejaban claras las instrucciones de Queipo de Llano, no era necesario gastar excesivas municiones contra contingentes milicianos, pues con el propio terror que causaba la presencia de fuerzas profesionales coloniales y, caso de requerirse, unos pocos cañonazos, era suficiente para hacer cesar su resistencia.

Otro ejemplo muy claro de esta cuestión lo encontramos en las diversas directivas emitidas en las primeras semanas de la guerra referentes al combate contra tanques. La experiencia del ejército español contra este tipo de armas era nula, pues no había librado ningún conflicto en el que un enemigo hubiese hecho un uso constante de los carros de combate. De igual modo, su presencia y uso en las fuerzas armadas eran también escasos. Los primeros tanques –17, de origen francés– fueron adquiridos en 1921 y desplegados a comienzos del año siguiente en Marruecos, teniendo un desastroso bautismo de fuego.

¹⁵⁰ Bănică DOBRE: *Los crucificados. Días vividos en el frente español*, Barcelona, Editorial Ojeda, 2015 [Ed. original en rumano de 1937], pp. 140-141.

¹⁵¹ Sebastian BALFOUR: op. cit., pp. 460-472. José E. ÁLVAREZ: “The Spanish Foreign Legion during the Asturian Uprising of October 1934”, *War in History*, 18:2 (2011), pp. 200-224. Maud JOLY: op. cit., p. 105. Elisabeth BOLORINOS ALLARD: “The Crescent and the Dagger: Representations of the Moorish Other during the Spanish Civil War”, *Bulletin of Spanish Studies*, 93:6 (2016), pp. 967-970. David ALEGRE LORENZ: *La batalla de Teruel...*, pp. 266-2668. De hecho, la imagen construida sobre el “moro” ya tenía una larga tradición, procedente de las guerras en el Norte de África. Véase Eloy MARTÍN CORRALES: *La imagen del magrebí en España. Una perspectiva histórica, siglos XVI-XX*, Barcelona, Bellaterra, 2002.

¹⁵² La influencia y el impacto de la tecnología en cómo los soldados vivían, codificaban y relataban su experiencia bélica es una constante en los conflictos modernos. Véanse, para el caso de la Primera Guerra Mundial, Eric J. LEED: op. cit.; y Mary R. HABECK: “Technology in the First World War. The View from Below”, en Jay WINTER, Geoffrey PARKER e Íd. (eds.), *The Great War and the Twentieth Century*, New Haven, Yale University Press, 2000, pp. 99-131.

Los blindados fueron agrupados en dos formaciones diferentes y empleados respectivamente en dos operaciones los días 14 y 18 de marzo, en las cuales se perdieron seis vehículos por averías. Además, algunas de las ametralladoras, el arma principal del vehículo, se encasquillaron y una de las formaciones se tuvo que retirar tras haber perdido contacto con las banderas legionarias a las que apoyaba, lo que aumentaba exponencialmente su vulnerabilidad –un problema que, de hecho, se repitió durante el conflicto de 1936-1939. Esto indujo a muchos teóricos y altos mandos militares españoles del momento a conferir una importancia menor a los blindados, tan solo como apoyo de la infantería, lo que unido a las dificultades económicas de iniciar un proceso de mecanización a escala significativa implicó que, con la llegada de la Guerra Civil, apenas se hubiese acumulado experiencia en el uso continuado en combate de estos medios.¹⁵³

Sin ir más lejos, era esa escasa familiaridad con los blindados lo que potenciaba los efectos desmoralizadores de su presencia en el campo de batalla. En las mencionadas instrucciones de combate contra carros, concretamente las enviadas el 16 de octubre de 1936 por el EM del CGG, además de toda una serie de indicaciones técnicas destinadas a ilustrar a mandos y tropa sobre cómo se debían construir las posiciones y defensas para minimizar el impacto de un ataque con tanques, se hacía especial hincapié en la necesidad de desmitificar la visión altamente negativa y terrorífica que los soldados habían construido respecto a estos vehículos. Se apuntaba que «Es indispensable convencer con instrucción moral a las tropas de la escasa eficiencia de los carros cuando las tropas no pierden su moral». Precisamente, las indicaciones técnicas referidas al establecimiento de posiciones y la erección de defensas resultaban la mejor forma de minimizar esos efectos morales, pues «La acción de carros contra personal que aprovecha accidentes del suelo y está diseminado en el terreno es pequeñísima».¹⁵⁴ Queda claro, a tenor de cómo lo menciona la directiva, que la visión de los tanques aproximándose aterrorizaba a los combatientes y les inducía un miedo completamente desmoralizador, lo que ejercía quizá un mayor efecto que la propia potencia de fuego que pudieran desplegar. Por tanto, el choque terrorífico que suponía la modernidad para multitud de individuos que no habían tenido

¹⁵³ José Vicente HERRERO PÉREZ: op. cit., pp. 267-271. Fernando PUELL DE LA VILLA: *Historia del ejército...*, pp. 179-180. Paradójicamente, el oficial al mando de las banderas legionarias que realizaron la operación del día 18, y que por ende presenció el desastre de los carros de combate, tenía una buena opinión de esta nueva arma de guerra. Dicho oficial, que no era otro que Franco, consideraba que los tanques podrían ser útiles si se utilizasen de forma más inteligente, y si las tripulaciones tuviesen una mejor instrucción. En todo caso, la falta de capacidad industrial con la que sostener el arma blindada y la morfología del relieve español fueron elementos, además de los ya mencionados, que inclinaron la balanza en favor de la no mecanización del ejército, aunque también es cierto que a comienzos de la década de los 30 se estaban dando pequeños pasos, si bien aún muy lentamente, hacia la incorporación de más medios mecánicos, sobre todo en el arma de caballería. Véase *Ibidem*, pp. 289-290. No obstante, respecto a la influencia del relieve, el ejército británico consideraba, en un informe de mayo de 1938, que no era motivo suficiente como para desterrar el tanque de núcleo ofensivo del ejército rebelde. Véase The National Archives (en adelante TNA), WO 106/1583, “Some Impressions of the Nationalist Army”, mayo de 1938

¹⁵⁴ AGMAV, C. 1764, 20. 63 DI, “Instrucciones a observar para la lucha contra carros”, octubre de 1936. De hecho, en el mismo informe arriba citado y elaborado de la inteligencia militar británica se apuntaba que los propios combatientes rebeldes afirmaban haber sentido miedo cuando se tenían que enfrentar a los tanques con armas ligeras y simplemente protegidos tras alambradas. No obstante, esto había cambiado cuando fueron equipados con armas antitanque. Véase TNA, WO 106/1583, “Some Impressions of the Nationalist Army”, mayo de 1938.

contacto con medios similares agravaba el sufrimiento y el trauma producidos por la experiencia bélica, una cuestión de gran relevancia a lo largo de conflicto. De hecho, la dificultad de adaptación a las nuevas formas de guerra, por pequeña que hubiese de ser en estos primeros meses de conflicto, tenía que ver también con la interiorización de estas máquinas como parte integrante del escenario bélico. Incluso los combatientes profesionales, que tenían un mínimo conocimiento de las capacidades y función de los blindados, tenían que ser advertidos de no destruir los tanques capturados al enemigo, pues constituían un «material bélico valioso, después utilizable por la propia tropa».¹⁵⁵ Esta práctica evidenciaba el poco valor que los soldados conferían a estos vehículos al comienzo de la guerra, fundamentalmente debido a su escasa incorporación en el seno de las unidades de infantería durante los años previos, tal y como veíamos para el caso de las operaciones desarrolladas en el Protectorado.

Sea como fuere, pese a la notable diferencia en cuanto a la calidad de las fuerzas desplegadas por uno y otro bando en el avance de las columnas rebeldes desde el Sur, la marcha se demoró casi cuatro meses. Por una parte, en dicha demora tuvo mucho que ver el hecho de no contar con suficientes tropas como para asegurar todo el terreno que debían conquistar antes de poder afrontar el asalto a la capital. Y, por otra, la imposibilidad, derivada de lo primero, de dejar núcleos de resistencia considerables a sus espaldas. De este modo, en el camino escogido –paralelo a la frontera portuguesa para así contar con el apoyo logístico brindado por la dictadura salazarista– se hubieron de tomar todos los objetivos relevantes de forma directa, incluyendo aquellos que ofrecían una mayor resistencia y que, por tanto, retrasaron más el avance, tales como Almendralejo o la ciudad de Badajoz. No en vano, estos dos factores confluyen a la hora de explicar la naturaleza de la violencia implementada por las fuerzas sublevadas en el Sur. La necesidad militar de alcanzar Madrid cuanto antes propició el marco idóneo para la aplicación de un terror paralizante y ejemplarizante, que constituyó un arma de guerra esencial y, como veremos en la tercera parte, consiguió la rendición sin lucha de diversas poblaciones para evitar represalias. Un terror que, además, cumplía los objetivos de profilaxis social de los sublevados.

No obstante, si algo determinaba a los mandos rebeldes a alcanzar la capital en el menor tiempo posible era, precisamente, el elevado riesgo de no poder seguir explotando la ventaja inicial que les confería el contar con tropas experimentadas frente a un enemigo que no lo era, que estaba mal armado y que no podía presentar una línea de defensa firme. Los mandos rebeldes tenían informaciones de que Madrid sería un escenario de batalla muy diferente a los que habían visto hasta la fecha, algo que eliminaría la superioridad de la que disfrutaban. En la carta antes mencionada de Yagüe a Franco tras la toma de Badajoz, este advertía de que «en Madrid tienen una gran cantidad de artillería y que se están fortificando formidablemente; van a ser superiores a nosotros en artillería», para lo cual solicitaba se le añadiesen entre seis y ocho grupos de artillería de refuerzo.¹⁵⁶ Informa-

¹⁵⁵ AGMAV, C. 2538, L. 321, 29. CGG, EM, “Instrucciones para tiro contra carros de combate dictadas por este Cuartel Gral. Se acompaña un diseño de un carro en las partes más vulnerables”, noviembre de 1936.

¹⁵⁶ AGMAV, C. 2552, 5, p. 71. Ejército del Sur, “Partes de las operaciones sobre Badajoz”, agosto de 1936.

ciones muy similares eran las que movían a Franco, quien utilizaba los siguientes argumentos a la hora de justificar su decisión de avanzar sobre Madrid en un documento de octubre de 1936:

«La situación internacional, la actitud de ciertas Naciones respecto a España, la política del Gobierno rojo en el exterior como en las zonas que aún mantiene bajo su mando, la desmoralización que reina en sus fuerzas y milicias, la próxima llegada de importantes refuerzos en material y la urgencia de proceder a la descomposición total del adversario antes de que pueda rehacerse y reorganizarse, aconsejan concentrar en los frentes de Madrid la máxima atención y los medios de combate de que se dispone a fin de precipitar la caída de la capital.»¹⁵⁷

La principal amenaza que podía poner en peligro la toma de la capital era la actitud de diversos países extranjeros hacia el conflicto español, lo que traducido indicaba el envío de material y tropas más experimentadas que las que ahora habían tenido que enfrentar. Es decir, esencialmente la llegada de material de guerra enviado por la Unión Soviética y la entrada en línea de las primeras unidades de las Brigadas Internacionales –que a la postre resultarían decisivas en la batalla por Madrid–, lo que se añadiría a las informaciones que apuntaba Yagüe sobre el poder artillero y las fortificaciones de la capital de España.¹⁵⁸ Además, se buscaba seguir explotando el estado de caos organizativo y desánimo generalizado republicano producido por la sucesión de conquistas y avances de las fuerzas rebeldes, antes de que la llegada de esa importante inyección de moral en forma de nuevos contingentes y armas revirtiese el negativo efecto moral producido por las constantes derrotas, como por ejemplo la reciente toma de la ciudad de Toledo tras varios meses de infructuoso asedio al Alcázar. Según preveían los mandos sublevados, un golpe decisivo como el que supondría la conquista de Madrid haría derrumbarse por completo a la resistencia republicana, o al menos a una significativa parte de ella, lo que habría puesto fin a la guerra tan solo cuatro meses después de su estallido.¹⁵⁹

¹⁵⁷ AGMAV, C. 2584, 9, p. 1. CGG, EM. “Decisión del Generalísimo de avanzar sobre Madrid”, octubre de 1936. Una cuestión, la de tomar Madrid con la mayor brevedad posible ante «una probable e inmediata ayuda en gran escala que este [el enemigo] espera recibir del extranjero», que se subrayaba constantemente en las sucesivas órdenes dadas durante el mes de octubre. Véase AGMAV, C. 2584, 11, p. 28. Operaciones sobre Madrid, “Decisión – Orden de operaciones para la 7ª Dv.- Sobre ocupación Madrid”, octubre de 1936.

¹⁵⁸ Enrique MORADIELLOS: *El reñidero de Europa. Las dimensiones internacionales de la guerra civil española*, Barcelona, Península, 2001, pp. 106-117.

¹⁵⁹ En un documento de diciembre de 1937, el Ejército de Centro emitía una serie de instrucciones relativas a las labores de orden público y policía que se debían aplicar cuando se ocupasen las ciudades de Madrid, Barcelona y Valencia. Precisamente en esas fechas, tras la finalización de las operaciones en el Norte, los altos mandos sublevados estaban preparando un nuevo asalto sobre Madrid por la vía de Guadalajara, con el cual pretendían tomar por fin el gran objetivo no alcanzando un año antes. En este marco, y a tenor de la información que provee el documento –referida a Madrid, Barcelona y Valencia al mismo tiempo–, es plausible pensar que los sublevados creyesen que la caída de la capital comportaría un colapso de la resistencia republicana, una creencia que debió de ser mucho más acusada en noviembre de 1936, cuando las fuerzas gubernamentales se encontraban en una situación marcadamente más precaria, desorganizadas y desmoralizadas. El documento en AGMAV, C. 2584, 4. Ejército del Centro, “Plan de orden y policía para Madrid, Barcelona y Valencia”, diciembre de 1937. El proyectado ataque a Madrid a finales de 1937 en Gabriel CARDONA: *Historia militar de una guerra civil...*, pp. 215-220.

Sin embargo, las informaciones de Yagüe y los temores de Franco se tornaron fidedignos y a la altura de noviembre de 1936, cuando las fuerzas rebeldes alcanzaron por fin las inmediaciones de Madrid, el panorama bélico que ofrecía la urbe distaba mucho de lo que se había vivido en las semanas y meses anteriores. Sin ir más lejos, las primeras remesas de armas soviéticas habían llegado al puerto de Cartagena entre el 4 y el 12 de octubre, concretamente artillería, rifles, munición y los primeros tanques T-26, los grandes dominadores de la contienda en el combate blindado. De igual modo, entre el 15 de octubre y la primera semana de noviembre arribaron diversos cargamentos de aviones, tanto bombarderos como los cazas I-15 e I-16, que inmediatamente entraron en combate.¹⁶⁰ Esto confirió a los republicanos superioridad en ambos terrenos, al menos en esta fase de la guerra, pues ni las tanquetas italianas Fiat CV.3/35 ni los carros alemanes PzKpfw I eran superiores a los T-26, ni los cazas Fiat CR.32 ni los Heinkel-51 mejores que los I-15 e I-16. El predominio del que habían disfrutado hasta ese momento las fuerzas rebeldes, merced también a la ayuda extranjera con la que contaban, se vio desafiado en Madrid por el material soviético. Uno de los escenarios clave de esa batalla, la guerra aérea, se decantó del lado republicano, el cual mantuvo su supremacía hasta la llegada de los modernos cazas alemanes Messerschmitt Bf 109 en el primer tercio de 1937, que entraban por primera vez en servicio en un conflicto bélico y que formaron la espina dorsal de la Luftwaffe durante la Segunda Guerra Mundial. En los combates del invierno de 1936-1937, la Legión Cóndor y los pilotos italianos sufrieron considerables bajas a manos de los aviadores soviéticos, lo que obligó a cambiar algunas de las dinámicas operativas y redujo significativamente la capacidad de acción de la infantería al no contar con el dominio de los cielos.¹⁶¹ Y sobre el terreno la cosa no era muy diferente. A la presencia de los muy superiores blindados soviéticos había que añadir la entrada en combate de las Brigadas Internacionales, cuyos primeros contingentes llegaron a España a mediados del mes de octubre.¹⁶² Estas fuerzas, más disciplinadas y mejor organizadas que las milicias, convirtieron la ya de por sí compleja fisionomía de la ciudad en una fortaleza imposible de penetrar mediante un ataque frontal como los que hasta la fecha, como en el caso de Badajoz, habían llevado a cabo las columnas insurgentes.

Precisamente, esto último era uno de los puntos señalados como causa del estancamiento del avance rebelde en Madrid. El Ejército del Norte emitía un informe el 22 de noviembre en el que señalaba la debilidad de las fuerzas propias –no concebida de forma aislada, sino en comparación con las que habían opuesto los republicanos–, la presencia de las Brigadas Internacionales –con una capacidad de combate superior a la de las milicias– y la mala situación táctica del despliegue de las fuerzas rebeldes –falta de penetración por el flanco izquierdo– como los elementos principales por los cuales aún no se

¹⁶⁰ Daniel KOWALSKY: *La Unión Soviética y la guerra civil española. Una revisión crítica*, Barcelona, Crítica, 2004, pp. 212 y 291.

¹⁶¹ Stefanie SCHÜLER-SPRINGORUM: op. cit., pp. 66-67. Sobre la guerra en el aire pueden verse las memorias del voluntario portugués José C. SEPÚLVEDA VELLOSO: *Páginas del diario de un aviador en la guerra de España*, Barcelona, Ediciones Nueva República, 2012.

¹⁶² Sobre las Brigadas Internacionales, véase la obra de referencia de Rémi SKOUTELSKY: *Novedad en el frente. Las Brigadas Internacionales en el Guerra Civil*, Madrid, Ediciones Temas de Hoy, 2005.

había podido superar el dispositivo defensivo republicano.¹⁶³ Es decir, que se estaba evidenciando el necesario cambio que ambos bandos debían operar en la forma de conducir la guerra para adaptarla a su versión moderna. Por este motivo, el CGG decidió dejar de lado la insistencia en el ataque frontal, caracterizado por «sangrientos y costosos» combates en «calles y plazas en las que la acción de las armas es tan limitada», para privilegiar movimientos por los flancos «en terrenos donde la acción de las tropas y nuestros elementos de combate tienen su amplio y completo desarrollo».¹⁶⁴ Así, admitía el fracaso de su planteamiento para tomar la ciudad e intentaba explotar hasta el último momento los puntos fuertes de sus tropas, las cuales se desenvolvían mejor en campo abierto. Para ello, se proyectaron diversas operaciones por los sectores de Guadarrama y Somosierra con el fin de no tener que afrontar un combate urbano que empleaba demasiados hombres «sin resultado práctico», si bien ninguna de ellas se llevó a término y la batalla de Madrid terminó en un estancamiento en lo que a la propia ciudad se refiere.¹⁶⁵ Únicamente las operaciones de la primera de 1937, condensadas en las batallas del Jarama, Guadalajara y Brunete, intentaron romper una situación que, debido a la incapacidad de realizar avances significativos por parte de ningún bando, se mantuvo prácticamente estática hasta el final del conflicto. Lo que no significaba inactiva.

En definitiva, lo que nos muestra la historia de la Guerra Civil desde julio hasta noviembre de 1936, en lo que a modo de hacer la guerra se refiere, es cómo la modernidad transformó radicalmente el escenario bélico español. El fracaso de los rebeldes en Madrid se debió principalmente a la disonancia existente entre unas fuerzas de raíz colonial pensadas y entrenadas para combatir a un enemigo irregular e inferior en cuanto a armamento, y una gran urbe fuertemente defendida por tropas mejor organizadas que antes y que, además, contaban con la ayuda de medios de guerra avanzados superiores a los de los insurgentes. En este sentido, fue la modernidad aplicada a la guerra la que derrotó a las tropas sublevadas, algo que se pone de manifiesto de forma evidente con el efecto desequilibrante que tuvieron los aviones entregados por los soviéticos. Por tanto, lo que este primer medio año de conflicto nos permite ver es el incipiente proceso de surgimiento de y adaptación a la guerra moderna que debieron acometer ambos bandos. En el recorrido de las columnas hacia la capital se hicieron tímidos avances en esa dirección, como antes veíamos para el caso de Yagüe y su petición de coordinar infantería y aviación en la toma de pueblos; o como sucedió durante la batalla de Madrid, cuando el CGG ordenaba que la aviación protegiese las operaciones de las tropas de tierra.¹⁶⁶ Pero también se tomaron caminos erróneos, propios de soldados y oficiales que nunca habían librado una guerra semejante. Un ejemplo de ello lo encontramos en la batalla de Seseña, la primera gran operación en la que participaron los T-26 soviéticos, donde la infantería republicana no pudo seguir el ritmo de los carros y estos tuvieron que acabar combatiendo en las calles

¹⁶³ AGMAV, C. 1229, 76. Ejército del Norte, “Sobre la acción en Madrid. Causa de la lentitud de las operaciones”, noviembre de 1936.

¹⁶⁴ AGMAV, C. 2584, 15. CGG, EM, “Decisión e instrucciones para la toma de Madrid”, noviembre de 1936.

¹⁶⁵ AGMAV, C. 2584, 21. CGG, “Decisión del Generalísimo para el General Jefe del E. del Norte. Día 19”, diciembre de 1936.

¹⁶⁶ AGMAV, C. 2584, 14. CGG, “Instrucción de Operaciones nº 100, para proteger [sic] el avance de las Columnas sobre Madrid”, octubre de 1936.

de la localidad, un entorno claramente desfavorable a las condiciones de los blindados.¹⁶⁷ En la misma línea, durante la batalla de Madrid, unas instrucciones emitidas por el CGG el 7 de noviembre ordenaban el uso de tanques en el interior de la ciudad acompañados de infantería, a la que sin embargo advertían que marchase siempre detrás «para evitar que estos queden aislados».¹⁶⁸ Así, el proceso de adaptación a esa guerra moderna no era sino un aprendizaje que discurría paralelo al propio desarrollo de las operaciones militares, lo que frecuentemente se traducía en un elevado número de bajas, en la considerable dificultad de llevar a buen término las operaciones militares y, en definitiva, en un mayor sufrimiento para los combatientes. Sin ir más lejos, el 19 de noviembre el CGG circulaba unas nuevas instrucciones para el empleo de los carros de combate en las que subrayaba los múltiples motivos por los cuales estas máquinas eran ineficaces en espacios urbanos, los cuales limitaban enormemente su capacidad operativa.¹⁶⁹ Esto, que contrastaba con las órdenes dadas tan solo doce días antes, evidenciaba la naturaleza de ese proceso de aprendizaje al que hacía referencia, y que en este caso habría costado probablemente no pocas bajas. Un proceso que, como veremos en los capítulos sucesivos, se extendió a lo largo de todo el conflicto. En este marco, será interesante responder a una serie de cuestiones: ¿qué cambios implicaba este nuevo tipo de guerra? ¿Cómo afectó este proceso a los combatientes del bando sublevado? ¿Qué coste tuvo en términos traumáticos para la experiencia del soldado medio?¹⁷⁰

¹⁶⁷ Hugh THOMAS: op. cit., pp. 514-515.

¹⁶⁸ AGMAV, C. 2584, 15, p. 5. CGG, EM, “Decisión e instrucciones para la toma de Madrid”, noviembre de 1936

¹⁶⁹ AGMAV, C. 1229, 72. Ejército del Norte, “Instrucciones sobre el empleo de carros de combate”, noviembre de 1936.

¹⁷⁰ David ALEGRE LORENZ: *La batalla de Teruel...*, pp. 222 y ss.

Capítulo 2

Los problemas de construcción del ejército de masas I. Caos organizativo y falta de medios

El fracaso en Madrid y la constatación de que el modo de hacer la guerra desplegado hasta ese momento por las fuerzas rebeldes no era efectivo ante la transformación que había forzado el armamento moderno dio lugar a dos procesos clave para entender cómo fue la Guerra Civil Española y la naturaleza de la experiencia bélica vivida por millones de combatientes. Por un lado, la imposibilidad de asestar un golpe decisivo a la República hizo que la contienda evolucionara, convirtiéndola en una guerra progresivamente total, de una duración mucho más larga de la inicialmente prevista incluso tras el fracaso del golpe, y que requería de una movilización masiva, lo que condujo a la necesaria creación de un ejército de masas con el que afrontar los retos bélicos que se planteaban.¹⁷¹ Un contingente que alcanzó unas dimensiones nunca antes vistas en España. Por ejemplo, en la gran guerra civil española del siglo XIX, la Primera Guerra Carlista (1833-1840), las fuerzas isabelinas, las más numerosas del conflicto, llegaron a alcanzar los 300.000 hombres al final del conflicto.¹⁷² Por otro lado, el inicio de una guerra abierta y formal comportó la necesidad de adaptar los modos de combatir a la nueva realidad bélica, en la cual la tecnología tenía un peso decisivo, como hemos visto en el capítulo anterior.¹⁷³ De esta forma, la fusión de ambos procesos dio como resultado una guerra de aprendizaje constante, en el que las operaciones militares eran un campo de pruebas y entrenamiento vital para ir desarrollando los mecanismos necesarios para lidiar con la guerra moderna. Esto, por supuesto, es una cuestión que está presente en todo conflicto armado, pues la realidad bélica genera situaciones no previstas en la instrucción o en las planificaciones tácticas a

¹⁷¹ Respecto a cuándo se ha de situar el inicio de la guerra total en España, algunos autores han apuntado diversos momentos. Por un lado, Francisco Leira considera que 1937, tras la finalización de la guerra de columnas con el fracaso frente a Madrid, sería el inicio de la guerra total en la medida en la movilización aumentó exponencial y paralelamente a la apertura de un conflicto netamente diferente. Véase Francisco J. LEIRA CASTIÑEIRA: *La socialización de los soldados del ejército sublevado...*, capítulo 1. Por su parte, David Alegre apunta que la batalla de Teruel fue lo que marcó la irrupción de la guerra total en España, si bien este proceso habría tenido un progresivo desarrollo desde finales de 1936. Vid. David ALEGRE LORENZ: *La batalla de Teruel...* En mi opinión, podemos hablar de una guerra total en construcción a partir de la derrota a las puertas de Madrid, en tanto en cuanto los objetivos y la movilización que implicaban lo eran. No obstante, el proceso de implementación de esa guerra total iba de la mano de la reconfiguración ambos contingentes para librar un conflicto de tales dimensiones. Considerando, como veremos a lo largo de este capítulo, la escasez de medios y los innumerables problemas de adaptación a la guerra moderna, este proceso de conformación de la guerra total se alargó durante todo 1937.

¹⁷² Sobre la Primera Guerra Carlista véase Daniel AQUILLUÉ DOMÍNGUEZ: *El liberalismo en la encrucijada. Entre la revolución y la respetabilidad, 1833-1843*, Tesis doctoral inédita, Universidad de Zaragoza, 2017, p. 68. Resulta igualmente significativo el número de fallecidos consecuencia de la guerra, unos 100.000 entre civiles y todo tipo de combatientes de ambos bandos (Ibídem, p. 72). Otro gran conflicto decimonónico, la Guerra de Independencia de Cuba (1895-1898), también presentó unas cifras similares, en torno a los 200.000 combatientes. Véase Andreas STUCKI: *Las guerras de Cuba...*, p. 164.

¹⁷³ Sobre la importancia de la tecnología en el desarrollo y evolución de la guerra moderna véase Dennis E. SHOWALTER: "Mass Warfare and the Impact of Technology", en Roger CHICKERING y Stig FÖRSTER (eds.), *Great War, Total War. Combat and Mobilization on the Western Front, 1914-1918*, Cambridge, Cambridge University Press, 2000, pp. 73-94.

las que es necesario responder de forma contingente.¹⁷⁴ Sin embargo, para el caso español fue especialmente acusado, pues la notable falta de incorporación de las nuevas formas de hacer la guerra, tanto en lo que respecta a la táctica en general como en lo referente a la relación con los medios tecnológicos, a los procedimientos operativos del ejército español y la numerosa presencia de combatientes –tanto soldados rasos como suboficiales y oficiales intermedios– que apenas tenían experiencia militar previa constituyeron una barrera muy difícil de salvar para los dos bandos. Consecuentemente, esto añadió una dificultad extra al desarrollo de las operaciones militares que acabaron pagando los propios combatientes, inmersos en el seno de un proceso de adaptación y aprendizaje improvisado que por la carestía de medios existente en los dos bandos en liza nunca pudo alcanzar el nivel de destreza y experiencia requerido en un conflicto como el que se libró.

La construcción de un ejército de masas destinado a la guerra total constituía, por tanto, un reto al que debieron hacer frente ambos bandos, en la medida en que la tradición militar española no había acumulado un bagaje experiencial consistente, por no decir mínimo, durante los últimos conflictos armados en los que el país había tomado parte. No en vano, la falta de ese bagaje experiencial se dejaba sentir tanto a nivel organizativo, con la dificultosa e inacabada tarea de construir un andamiaje capaz de soportar las necesidades de una movilización bélica total, como en lo referente al punto de partida, caracterizado por una notable falta de medios y por el precario estado de los existentes.¹⁷⁵ Dos elementos que estuvieron presentes desde los primeros días de la guerra en las filas sublevadas. Como veíamos antes ejemplificado en el caso cordobés, pero que sería igualmente extensible a múltiples otros contextos geográficos durante el verano de 1936, la improvisación a la hora de conformar los primeros contingentes armados motivada por el inesperado fracaso del golpe de Estado y la situación de incertidumbre abierta a consecuencia de ello fue la tónica dominante.¹⁷⁶ De igual modo, la voluntad de llegar cuanto antes a Madrid se superponía a otras cuestiones organizativas y de racionalización del esfuerzo bélico, ya que el escaso tiempo disponible no podía “perderse” en tareas que, si todo marchaba como debía, sería innecesario resolver en apenas unas semanas. Esta situación de supeditación de todo lo demás a la toma de la capital agravó aún más el carácter improvisado y desorganizado de la estructura que sustentaba las operaciones militares, lo que supuso una desventaja más acusada si cabe a la hora de construir un ejército de masas para la guerra total, siendo de nuevo los combatientes los que sufrieron las consecuencias de todo ello. De esta forma, desde el inicio de las hostilidades en julio hasta el estancamiento de la batalla por Madrid a finales de 1936 apenas contamos con documentos referidos a la organización de las fuerzas sublevadas a nivel de suministros o servicios, si bien

¹⁷⁴ Un ejemplo para el caso de los blindados durante la Segunda Guerra Mundial en el libro de Dennis E. SHOLWATER: *La batalla de Kursk. El gran choque de tanques en la Segunda Guerra Mundial*, Madrid, La Esfera de los Libros, 2018. Véase también Javier RODRIGO y David ALEGRE: op. cit., p. 315, para el caso de la Guerra Civil China (1927-1949).

¹⁷⁵ Como veíamos antes para el ejemplo de los blindados, las dificultades económicas de los años 30 impidieron una mayor inversión en la modernización del ejército, una situación heredada durante la Guerra Civil y que definiría decisivamente la experiencia bélica de los que combatieron en ella. Véase José Vicente HERRERO PÉREZ: op. cit., p. 289.

¹⁷⁶ Para el caso de Teruel véase David ALEGRE LORENZ: *La batalla de Teruel...*, p. 29 y ss. Para el gallego Aurora ARTIAGA REGO: “Movilización rebelde en el verano de 1936...”, pp. 120-122. Para el alavés véase Germán RUIZ LLANO: op. cit., p. 70 y ss.

comienzan a aparecer informes acerca de diversos problemas que luego se reproducirán de forma constante a lo largo de todo el conflicto.¹⁷⁷ Uno de ellos, como apuntaba antes, era la escasez de medios de la que adolecían las columnas, tal y como quedaba evidenciado en las instrucciones dadas por Queipo de Llano a las columnas en operaciones, en las que se advertía de que el consumo de municiones había de ser moderado y que estas no debían ser desperdiciadas.¹⁷⁸ En cierto modo, esto tenía su explicación lógica en la fecha en la que fueron emitidas dichas instrucciones, agosto de 1936, y en el hecho de que las fuerzas rebeldes se encontraban aún en un estado muy embrionario de gestación. No obstante, no deja de ser significativo que apenas pasado un mes del inicio del conflicto encontremos problemas de esta índole, considerando además que las columnas que combatían en el Sur comenzaban a nutrirse de fuerzas procedentes del Rif, donde los contingentes estaban preparados y suministrados para las operaciones bélicas que habían estado desarrollando en el Protectorado.

Por otro lado, en esta primera fase del conflicto se evidenció también otro de los problemas que más azotó a las fuerzas sublevadas: la falta de efectivos suficientes no solo para cubrir correctamente todos los frentes en los que estaban desplegadas sino, además, para atender a los servicios fundamentales que debían sostener el esfuerzo bélico, tales como abastecimientos, ingeniería, instrucción o algo tan nuclear en la construcción de un ejército de masas como el nutrir los cuadros de oficiales intermedios. En este sentido, desde finales de octubre de 1936 Yagüe se quejaba de las dificultades que experimentaba el Tercio a la hora de reclutar nuevos combatientes debido a la movilización total decretada por las autoridades y al hecho de que las milicias, como Falange o el Requeté, pagasen más a los voluntarios que el propio Tercio. Por ello, solicitaba al CGG que se fijase un porcentaje de combatientes de otras unidades que pasasen a ingresar las filas del Tercio, de tal forma que sin debilitar a estas se pudiese incrementar el número de efectivos del cuerpo legionario. No obstante, el CGG rechazaba esta posibilidad, pues en un momento como ese todas las fuerzas se encontraban desplegadas en primera línea y no era conveniente debilitarlas.¹⁷⁹ El problema planteado por Yagüe nos permite observar esa falta de combatientes que afectaba a las fuerzas sublevadas, algo explicable en estos primeros momentos dado el escaso tiempo del que habían dispuesto para organizar la movilización y del considerable tamaño de los frentes a los que había que atender, pero que de todas formas se mantuvo como una constante hasta casi el final del conflicto. Por ejemplo, muchas unidades no disponían de los recursos humanos suficientes para sostener la línea del frente en las condiciones adecuadas, siendo la falta de reservas en segunda línea un mal endémico de las fuerzas sublevadas.

¹⁷⁷ Precisamente, esta falta de documentación se explicaría tanto por la escasa atención prestada a la cuestión organizativa como al carácter cuasi improvisado de la maquinaria bélica rebelde, que todavía no había podido crear los mecanismos necesarios para articular sus principales engranajes y, por ende, no dejaba rastro documental de los procedimientos que, a buen seguro y aún de forma poco racionalizada, estaban teniendo lugar en torno a las unidades militares.

¹⁷⁸ AGMAV, C. 2580, 42, p. 1. Ejército del Sur, "Instrucciones de Queipo de Llano para las columnas en operaciones", agosto de 1936.

¹⁷⁹ AGMAV, C. 2331, L. 60, 67. CGG, EM, Tercio, "Dificultades recluta de personal y recluta en batallones", octubre de 1936-febrero de 1937.

De igual modo, además de esta escasez de combatientes, la petición de Yagüe refleja otra cuestión muy relevante en el funcionamiento del ejército rebelde, relacionada con el caos organizativo que le caracterizó. Su pretensión de detraer efectivos de otras unidades en campaña, siendo consciente de las dificultades generales por las que atravesaban todas en estos primeros meses de la guerra, muestra una concepción egoísta del esfuerzo bélico, en la medida en que en vez de contemplar la imagen de conjunto de la precariedad de fuerzas prefería priorizar su propio interés, el del Tercio en este caso. Esto, que es algo en cierto modo común en todo conflicto bélico por la voluntad de los oficiales de dotar lo mejor posible a sus unidades, podría tener una explicación en la necesidad de alcanzar cuanto antes Madrid, para lo cual transferir efectivos a las mejores unidades podía resultar una estrategia funcional de maximización de los recursos disponibles. No obstante, visto dentro del marco general que iré desgranando en lo que resta de esta primera parte, evidencia una falta de solidaridad interna entre los oficiales a cargo de cada unidad mediante la cual se intentaba acaparar recursos para las fuerzas propias en detrimento de las demás, sin tener una perspectiva global de las necesidades del ejército como conjunto. De hecho, esta idea se refuerza si observamos la queja presentada en noviembre de 1936 por el General Jefe Superior de Tetuán al propio CGG, en la que se lamentaba de que al Tercio se le hubiese concedido capacidad de reclutamiento ilimitada, incluso entre la población nativa en los territorios del Protectorado. Dado que dicho cuerpo ofrecía salarios más altos que los Regulares o la Mehal-la, la no limitación de sus capacidades de reclutamiento podía afectar gravemente a las posibilidades de las dos últimas de atraer combatientes.¹⁸⁰ En respuesta, el CGG restringió la conscripción de indígenas para los contingentes legionarios, en una maniobra que buscaba también, si seguimos la política que se adoptó respecto a los combatientes marroquíes durante toda la guerra, diferenciar el trato que estos recibían, siendo conscientes los generales rebeldes y fundamentalmente el propio Franco de la relevancia de contentar a este colectivo, tan fundamental para el esfuerzo de guerra.¹⁸¹ Por tanto, puesta en contexto, la protesta inicial de Yagüe no tenía mayor sentido que intentar anteponer sus necesidades a las de las demás fuerzas, en la medida en que hasta al menos un mes después el Tercio pudo explotar la cantera marroquí sin apenas restricciones, teniendo además en consideración que para muchos voluntarios suponía un incentivo muy importante el hecho de que la Legión ofreciera salarios más altos que los de otras unidades del ejército.¹⁸² De hecho, el legionario inglés Peter Kemp señalaba en sus memorias que una de las principales causas por las que muchos de sus correligionarios alemanes se habían alistado en el Tercio eran «la mejor paga y comida».¹⁸³

Sea como fuere, la falta de efectivos y la desorganización del contingente rebelde encontraron, también, puntos de confluencia. En diciembre de 1936 el CGG enviaba un telegrama al general jefe del Ejército del Norte en el que le hacía llegar una información

¹⁸⁰ AGMAV, C. 2395, 188, 11. CGG, EM, Tercio, “Sobre reclutamiento de fuerzas indígenas”, noviembre de 1936.

¹⁸¹ Véase Ali AL TUMA: “The Participation of Moorish Troops in the Spanish Civil War (1936-1939): Military Value, Motivations, and Religious Aspects”, *War & Society*, 30:2 (2011), pp. 91-107.

¹⁸² Germán RUIZ LLANO: op. cit, pp. 247-248.

¹⁸³ Peter KEMP: *Legionario en España*, Barcelona, Luis de Caralt, 1959, p. 146.

del Coronel Inspector del Tercio respecto a las deficiencias en la reincorporación de combatientes heridos al frente, en dos sentidos. Por una parte, algunos lo hacían antes de tiempo, sin estar recuperados del todo, mientras que por otra no pocos soldados demoraban todo lo posible la vuelta a sus unidades, por ejemplo subiéndose a trenes de transporte de heridos destinados a un hospital diferente cuando estaban a punto de ser dados de alta.¹⁸⁴ Esto, indudablemente, lastraba la capacidad operativa de las fuerzas, las cuales contaban con menos efectivos de los que deberían, que ya de por sí eran escasos. Y, al mismo tiempo, evidenciaba la improvisación y el descontrol existente en la retaguardia sublevada, pues ni siquiera una cuestión tan crucial como los heridos en combate y la construcción de una estructura sanitaria para hacer frente a las bajas contaban con un mínimo de organización. El hecho de que combatientes internados en un hospital pudiesen viajar e ingresar en un segundo centro sin que esto fuese advertido por las autoridades da buena cuenta de ello. No por nada, en el propio telegrama se solicitaba la creación de hospitales para legionarios, de cara a poder controlar la situación de una forma más efectiva. Además, en un documento posterior el Ejército del Norte instaba a los responsables de los hospitales ya existentes y a los comandantes militares a ejercer un mayor control sobre los heridos, llevando un conteo de los que tenían el alta y organizando partidas con ellos para que volviesen juntos al frente.¹⁸⁵

De igual forma, la actitud opuesta mostrada por los combatientes heridos respecto a la vuelta a sus unidades permite incidir en algunas cuestiones importantes respecto a la naturaleza de su experiencia bélica. Por un lado, la decisión de algunos soldados de regresar cuanto antes al frente bien podría explicarse por la necesidad de escapar de la represión desatada contra izquierdistas en la retaguardia, algo que en buena medida se canalizaba a través del alistamiento voluntario en el ejército o las milicias; o también por la voluntad de seguir combatiendo junto a su unidad, ya fuese por convencimiento ideológico o debido a los lazos de camaradería existentes entre combatientes y la importancia que tenía para los soldados el no dejar en la estacada a sus compañeros.¹⁸⁶ Por otro lado, el escaqueo de aquellos que hacían todo lo posible por no retornar al frente apuntaba a varias razones, como el miedo a tener que afrontar una experiencia traumática para la que no estaba preparados, a tenor de lo que veíamos respecto al impacto del armamento moderno; o la constatación de que el conflicto iba a ser más largo de lo esperado. Además, a esto habría que sumarle las diversas razones que de uno u otro modo podían retrasar el alistamiento voluntario de milicianos para los frentes, algo que en no pocos ámbitos,

¹⁸⁴ AGMAV, C. 1242, 51, p. 2. Ejército del Norte, “Heridos indígenas y del Tercio. Hospitales para recuperación de heridos”, diciembre de 1936.

¹⁸⁵ AGMAV, C. 1242, 51, p. 3. Ejército del Norte, “Heridos indígenas y del Tercio. Hospitales para recuperación de heridos”, diciembre de 1936.

¹⁸⁶ Además, en el propio telegrama se apuntaba que una posible razón sería que la gente de los pueblos los retuviese a su lado por gratitud hacia su labor, lo que no dejaba de ser una visión poco realista de la situación. Sobre la represión contra izquierdistas y el uso del alistamiento voluntario como vía de escape véase Francisco J. LEIRA CASTIÑEIRA: *La socialización de los soldados del ejército sublevado...*, capítulo 1. Respecto a la construcción de la camaradería y la relevancia de los grupos primarios para los combatientes, lo que en determinados contextos explicaría esa rápida vuelta al frente, véase Thomas KÜHNE: op. cit., pp. 147-150. Un ejemplo para el caso de la Primera Guerra Mundial en Alexandre LAFON: “Être camarade. Identité(s) et liens de sociabilité dans l’armée française (1914-1918)”, en François BOULOC, Rémy CAZALS y André LOEZ (dirs.), *Identité troublés, 1914-1918. Les appartenances sociales et nationales à l’épreuve de la guerre*, Toulouse, Privat, 2011, pp. 33-46.

como los rurales dominados por redes clientelares muy potentes, era en esencia obligatorio. Así, las tareas del campo proveían de subterfugios creíbles a individuos que quizá no tenían demasiada intención de ir a combatir, una cuestión a la que se puso fin con la imposición de la movilización forzosa y la militarización de las milicias.¹⁸⁷

No obstante, una explicación más lógica, y numerosa por lo que nos dicen otras experiencias bélicas, eran las ganas de aventura y de recorrer lugares que tenían los combatientes. Las visitas turísticas, si bien realizadas dentro de un permiso, son uno de los elementos más importantes del relato combatiente.¹⁸⁸ No hay que olvidar que muchos de estos individuos apenas, por no decir nunca, habían salido de sus lugares de origen, de tal forma que la experiencia bélica constituía para ellos, al mismo tiempo, una posibilidad de conocer España, en lo que a fin de cuentas constituía un ejercicio de nacionalización por la vía de recorrer múltiples localidades a lo largo y ancho de la geografía del país. La oportunidad que les brindaba el haber sido heridos, sumada al caos reinante en la retaguardia sublevada, permitía aprovecharse de la situación y saciar esas ganas de aventura mediante correrías por diversos puntos.¹⁸⁹ De hecho, estas mismas prácticas fueron habituales en el despliegue de la División Azul en Rusia. Allí, los “despistados” también se aprovechaban de la falta de control existente en el tráfico de soldados españoles, haciendo uso de documentación falsa para moverse libremente por la retaguardia alemana, incluso llegando en algunos casos a establecer negocios permanentes en localidades de la zona.¹⁹⁰ En todo caso, lo que sí parece evidente es que este era un problema relevante, especialmente si tenemos en consideración que el número de combatientes “despistados” en las filas del Ejército del Norte ascendía según los recuentos hasta los mil hombres, una cifra superior a la de, por ejemplo, toda una bandera legionaria.¹⁹¹

¹⁸⁷ Germán RUIZ LLANO: op. cit., p. 80.

¹⁸⁸ Algunos ejemplos en Anónimo: *Artillería de Mallorca Grupo Montaña: Teruel – Mediterráneo – Castellón – Ebro – Cataluña – Castilla. Impresiones de un artillero*, [Mallorca], [Imp. Vich], [1939], entrada del 6 de marzo de 1938; Prudencio DORESTE: *Ocho meses de campaña*, Las Palmas de Gran Canaria, Tip. Diario, 1938, pp. 97-98; Fernando MARTÍNEZ GRANA: *Estelas de José Antonio. Tercera bandera de Asturias*, Madrid, Gráfica Literaria, [s.a.], p. 38; y José Luis MARTÍN VIGIL: op. cit., p. 140. Esta misma dimensión turística de la guerra es igualmente resaltada por combatientes de otros conflictos. Véase, para la Wehrmacht y la Segunda Guerra Mundial, Klaus LATZEL: “Tourisme et violence. La perception de la guerre dans les lettres de la Poste aux armées”, en Anne DUMÉNIL, Nicolas BEAUPRÉ y Christian INGRAO (dirs.): *1914-1945, l'ère de la guerre. Nazisme, occupations, pratiques génocides*, Tomo II, París, Agnès Viénot, 2004, pp. 204-207.

¹⁸⁹ Por ejemplo, en una lista de motivos de desertión entre los marroquíes pertenecientes al 10º Tabor de Regulares de Ceuta nº 3, una de las que se citaban era la voluntad de gastar dinero que tenían ahorrado, lo que incide en la idea de la guerra como una oportunidad para vivir una vida que no había estado, hasta el momento, al alcance de muchos individuos. Véase AGMAV, C. 1588, 32, p. 3. 15 DI, “Información para averiguar las causas que motivaron las repetidas desertiones en el 10 Tabor de Reg. de Ceuta núm. 3”, enero de 1938. De igual modo, el relato combatiente recordaba este tipo de escaqueos como algo carente de gravedad, y en cierto modo habitual, en todo caso parte del peculiar microcosmos de los soldados, siempre a la búsqueda de pequeños espacios de poder y autonomía ajenos a dinámicas de gran calado impuestas desde arriba. En este sentido, José Luis Martín Vigil apuntaba cómo «A tomar un permiso por propia iniciativa y sin contar con nadie lo llamábamos “despiste”, cosa sólo posible por la ausencia de control, de disciplina y la camaradería de los compañeros que, llegado el caso, echaban una mano.» Véase José Luis MARTÍN VIGIL: op. cit., pp. 110-111.

¹⁹⁰ Xosé M. NÚÑEZ SEIXAS: *Camarada invierno...*, pp. 276-277.

¹⁹¹ AGMAV, C. 1242, 51, p. 3. Ejército del Norte, “Heridos indígenas y del Tercio. Hospitales para recuperación de heridos”, diciembre de 1936

Tal era la seriedad del problema y tanto preocupaba su persistencia conforme avanzaba el conflicto que las autoridades militares rebeldes fueron poniendo en marcha una serie de medidas encaminadas a poner coto a esa falta de efectivos en el frente, ya fuese producida por la poca racionalidad de la estructura sanitaria que daba cobertura a las unidades o por el escaso control ejercido sobre los combatientes que iban y venían de los centros hospitalarios. Por ejemplo, en marzo de 1937 el Ejército del Norte decretó el establecimiento de una serie de puestos avanzados para el tratamiento de enfermedades venéreas en los que los soldados podían ser atendidos de forma ambulatoria, sin tener que abandonar el frente.¹⁹² Esto evitaba que las unidades perdiesen efectivos de forma constante, dada la precaria situación en lo relativo a sus plantillas. El recurso a la prostitución era habitual entre los combatientes de permiso, en tanto que los largos periodos en el frente no hacían sino alimentar un deseo sexual que había que saciar cuanto antes y cuantas más veces fuese posible, ya que no se sabía cuándo se podría disfrutar de un nuevo permiso, o si se iba a poder en sí.¹⁹³ De este modo, las autoridades militares se preocuparon de mantener la red de prostíbulos en las mejores condiciones sanitarias posibles, para así controlar los potenciales efectos nocivos que podía tener esta práctica para el esfuerzo de guerra. En este sentido, se establecían medidas de cuarentena para los soldados infectados de venéreas, a los que se les negaban permisos hasta dos meses después de su curación, y se expulsaba o trataba a las prostitutas contagiadas, para así evitar la propagación de las enfermedades.¹⁹⁴

En la misma línea, la evacuación de combatientes heridos en el frente constituía otra sangría de efectivos para las unidades, ya que como sucedía con el resto de servicios no estaba apenas racionalizada, por no decir organizada. En un escrito enviado en diciembre de 1937 por la Jefatura de Sanidad quedaba claro hasta qué punto esta cuestión estaba

¹⁹² AGMAV, C. 1243, 25. Ejército del Norte, Sanidad, “Varios.— Hospitales. Paludismo. Venéreo”, marzo de 1937. No obstante, parece ser que el problema siguió presente hasta casi el final del conflicto, pues en enero de 1939 la 15 DI recibía unas directrices similares a las que veíamos para el Ejército del Norte. En ellas se estipulaba que salvo en casos de extrema gravedad el tratamiento de enfermedades venéreas nunca se seguiría en hospitales de retaguardia, sino en puestos instalados en el mismo frente o, en casos de gravedad media, inmediatos a este, pero siempre de forma ambulatoria. Además, se establecían controles periódicos para la detección de enfermedades, evitando así su evolución hacia cuadros clínicos más severos. Véase AGMAV, C. 1598, 116. 15 DI, “Instrucciones sobre enfermos de sarna y venéreo”, enero de 1939.

¹⁹³ Varios ejemplos, que abordaré más extensamente en la segunda parte, en Padre José CABALLERO: *Diario de campaña (de un capellán legionario)*, Madrid, Doncel, 1976, p. 193; Ignacio CAÑAL Y GÓMEZ-IMAZ: *¡Caña a la vía! Apuntes de un marinero voluntario*, Madrid, Editorial Naval, 1967, pp. 50-52; Prudencio DORESTE: op. cit., pp. 97-98; Guido Pietro MATTHEY: *Legionario di Spagna*, [Torino], Società Editrice Torinese, [1941], p. 121; y José Luis MARTÍN VIGIL: op. cit., pp. 156-157. Véase el caso de la ciudad de Teruel en el año y medio previo a la batalla, cuando era un lugar de descanso para las tropas, y por tanto acogía no pocos burdeles, en David ALEGRE LORENZ: *La batalla de Teruel...*, p. 65.

¹⁹⁴ AGMAV, C. 1557, 19. 12 DI, “Normas higiénicas que deben tenerse en cuenta para evitar enfermedades”, enero de 1937. Otro ejemplo lo encontramos en un grupo de prostitutas musulmanas enviadas a la provincia de Huesca. El Ejército del Norte solicitó su retirada debido a que, por un lado, no había fuerzas marroquíes en la zona y, por otro, las mujeres parecían estar infectadas de sífilis. De esta forma, se eliminaba un potencial foco de contagio en la región. Véase AGMAV, C. 1249, 23. Ejército del Norte, “Centros de prostitutas. Su estado sanitario”, septiembre de 1938. Este documento resulta igualmente interesante debido a la especificidad de las prostitutas, de religión musulmana, lo que de nuevo nos refiere al especial trato que recibían los combatientes procedentes del Protectorado. Un testimonio de un médico militar realizando estas labores de comprobación del estado sanitario de las prostitutas en AKELA [José Aznares García]: op. cit., p. 97, entrada del 26 de marzo de 1937.

sumida en un completo desorden y las graves implicaciones que tenía sobre la operatividad de las formaciones militares. Por un lado, se reportaban problemas de comunicación entre los oficiales y los médicos, lo que se veía agravado por una falta de instrucción y por la «pereza o incomprensión» de las que muchos de estos últimos hacían gala a la hora de seguir los procedimientos establecidos. En este sentido, las memorias del teniente médico José Aznares ofrecen un relato bastante revelador sobre la gravedad del problema:

«Lo primero que pude comprobar fue lo mal que nos habían preparado en la Academia. Bueno, realmente no lo comprobé, lo confirmé. Comprobarlo, ya lo había hecho en mis dos años de teniente médico. Nos habían atiborrado de ciencia médica – de la que no llevábamos mal bagaje al ingresar–, pero de milicia..., mejor es no hablar. Y sí, yo sabía perfectamente prevenir una epidemia y hacer una cura de urgencia e incluso diagnosticar una psicosis, pero no tengo ni idea de cómo funciona un puesto de socorro, ni de cómo se instala una línea de evacuación, ni a dónde ni a quiénes hay que evacuar, ni prácticamente, nada de Sanidad en campaña; que es precisamente, lo que voy a tener que hacer. Confíemos en Dios y en mi cerebro.»¹⁹⁵

La situación llegaba hasta el punto de que la mencionada Jefatura no disponía de toda la información para poder valorar el estado sanitario de las unidades –partes incompletos, irregulares, discordantes en el total de bajas y las causas, etc.–, lo que convertía en ineficiente su labor y hacía de cualquier intento de mejorar la situación, tal y como se indicaba en el propio escrito, una iniciativa fútil. Además, se llegaba a calificar el proceso de evacuación de heridos de «anarquía», ya que los hospitales evacuaban a todo aquel soldado que recibían sin valorar la gravedad de las heridas y sin siquiera informar a la unidad de procedencia o a cualquier otra entidad administrativa. Esto, de una parte, generaba una situación de absoluto descontrol en cuanto al flujo de combatientes, de quienes no se podía saber a ciencia cierta si estaban en el frente, en retaguardía hospitalizados, muertos, desaparecidos o si habían desertado. Sin ir más lejos, dicha circunstancia otorgaba oportunidades a los soldados que quisieran ausentarse unos días de su unidad, los cuales podían hacerlo sin demasiado peligro. De otra parte, la ausencia de celo en la clasificación de heridos colapsaba los hospitales de sangre, teniendo muchos combatientes que ser reubicados en hospitales de retaguardía, si bien, de haberse realizado el proceso correctamente, podían haber sido atendidos directamente en centros médicos inmediatos al frente.¹⁹⁶ De hecho, el propio triaje inicial, realizado por los médicos de las unidades, presentaba no pocos problemas, ya que al caos estructural había que sumarle el deseo de

¹⁹⁵ AKELA [José Aznares García]: pp. 35-36.

¹⁹⁶ AGMAV, C. 1557, 66. 12 DI, “Propuesta de reorganización de los Servicios de evacuación”, diciembre de 1937. Para dicha reorganización, se proponían cinco medidas: no se admitiría a ningún soldado en un hospital sin ficha identificativa; todo aquel individuo que fuese a otro hospital distinto del que tenía asignado sería considerado desertor; los médicos que no cumplieren estos procedimientos serían sancionados; si algún soldado apareciese sin ficha se habría de dar parte de sus datos; y los enfermos de venéreas serían tratados en los Puestos Antivenéreos y no en hospitales, salvo autorización expresa. Igualmente, en los meses sucesivos se fueron mejorando los protocolos de evacuación de heridos mediante estudios y simulaciones que calculaban los tiempos invertidos en función de diversas variables como el terreno, el medio de transporte o la meteorología. Un ejemplo en AGMAV, C. 1876, 23. 108 DI, “Estudio sobre evacuación de bajas en caso de ataque enemigo”, octubre de 1938.

algunos combatientes de escapar del combate exagerando la gravedad de las heridas.¹⁹⁷ Así lo atestiguaba nuevamente José Aznares, en un combate que los Regulares libraban en las inmediaciones de Valseira (Asturias), al noroeste de Oviedo:

«El desfile de heridos es incesante. La mayoría lo son por leves metrallazos, algunos son maulas que vienen con ligerísimas erosiones y a los que devolvemos en el acto a la línea de fuego. En el puesto de socorro apenas si podemos movernos nosotros cinco y los cuatro o cinco heridos que siempre hay dentro. Me llaman para ver al sargento Córdoba, primer herido que viene en camilla, y cuando a duras penas consigo salir, me encuentro el siguiente panorama: la camilla atascada en la trinchera, sin poder ir atrás ni adelante, y todo el resto del angosto y fangoso pasadizo, hasta la entrada de la posición, taponado por una masa compacta de heridos (unos ya curados y otros sin curar) y de turistas que, con pretexto de traerlos se alagartan aquí. A palos echo a estos últimos (recuerdo haber tirado de pistola ante uno que se hacía el tonto, y que, desde luego, si no aprieta a correr, se gana el tiro), poco menos que a palos despacho a los ya curados hasta la carretera. [...] Los palos repartidos me duelen [...] comprendo de sobra que es profundamente humano lo de alagartarse, ya que regresar puede significar la muerte.»¹⁹⁸

Como se ve en el fragmento, a la práctica de fingirse más incapacitado de lo que realmente se estaba había que añadir la resistencia, en ocasiones rayana en el enfrentamiento directo, de algunos combatientes sanos a abandonar la segunda línea, lo que incluso había llevado al teniente médico a tener que amenazar con la pistola a uno de ellos. Sin embargo, pese a subrayar su autoridad y haberla hecho valer en el momento, el propio Aznares se solidarizaba de algún modo con los soldados, pues pasar unos minutos en retaguardia significaba tener menos opciones de morir en combate, lo que podía señalar al miedo como una de las razones por las que los combatientes no querían regresar, o simplemente a la voluntad de maximizar todas sus opciones de supervivencia. En todo caso, más allá del episodio concreto que relataba Aznares lo que trasluce de su testimonio es una falta de organización significativa que lastraba todo el esfuerzo de guerra del ejército insurgente.

No obstante, aun cuando los soldados volvían motu proprio al frente, no siempre lo hacían siguiendo las normas establecidas para ello, algo que dislocaba considerablemente las plantillas de las unidades, especialmente en lo que respecta a los oficiales y suboficiales. Generalmente, los oficiales que regresaban tras haber pasado un tiempo de baja lo hacían a sus unidades de origen, en las cuales sus puestos ya estaban cubiertos por

¹⁹⁷ En determinados frentes, como en los estabilizados donde apenas había actividad militar de intensidad, estos mecanismos para volver unos días a retaguardia no necesitaban siquiera de combates. Por ejemplo, en la incoación de una causa judicial contra el comandante de la 21 DI (desplegada en el Sur), el coronel de infantería Eduardo Cañizares Navarro, se averiguó que muchos oficiales y suboficiales fingían enfermedades para alejarse del frente, retrasando posteriormente su vuelta con la excusa de que no había transportes. Véase AGMAV, C. 1285, 15. Ejército del Sur, “Información sobre actuación de la 21 División”, agosto de 1938.

¹⁹⁸ AKELA [José Aznares García]: op. cit., p. 105, entrada del 31 de marzo de 1937.

otros mandos. De este modo, se generaban duplicidades en una misma formación mientras que en otras había escasez de cuadros intermedios, lo que suponía un peligro para la capacidad de combate y la cohesión interna de las mismas.¹⁹⁹ El problema de la falta de oficiales fue una cuestión endémica en el ejército sublevado, lo que en buena medida explica las dificultades de organización y desempeño que estoy abordando en esta primera parte. Además, esa necesidad de habilitar oficiales por el elevado número de bajas y por los desajustes entre unidades no hacía sino otorgar el mando a individuos que en líneas generales no estaban suficientemente preparados para ello, tanto por falta de experiencia en un empleo de ese nivel como por una deficiente instrucción. De todas estas deficiencias se hacía eco el EM de la Dirección General de Movilización, Instrucción y Recuperación en un escrito de septiembre de 1937, en el que apuntaba que «los Oficiales, unos se marchan a sus unidades tan pronto como salen de alta y cuando son destinados a otro sitio están ya incorporados», al tiempo que «otros marchan con permiso de convalecencia o licencia y no se incorporan a los nuevos destinos, siendo el menor número los que van a los puestos que les asignan.» De hecho, el propio EM se lamentaba de su incapacidad para solventar el problema hasta la fecha, pese a haber hecho uso «de todos los procedimientos sin que haya podido obtener un resultado práctico». Para su solución, proponía que los convalecientes por un periodo superior a 60 días pasasen a disposición de la propia Dirección General de Movilización, mientras que los demás deberían volver a sus unidades de origen, regresando a su vez sus sustitutos a las suyas.²⁰⁰

A este respecto, resulta difícil discernir el motivo por el cual los oficiales retornaban a sus unidades de origen aun contraviniendo las órdenes de destino en otra formación. La comodidad de un entorno conocido, el orgullo de sentirse parte de una determinada unidad o la voluntad de regresar con los camaradas de armas, tras haber construido estrechos lazos de amistad, bien podían ser motivaciones que explicasen este comportamiento.²⁰¹ De hecho, los combatientes marroquíes ofrecen una perspectiva interesante en este sentido, en buena medida coincidente con la idea que apuntaba. En un informe elaborado en septiembre de 1938 por el coronel de Regulares Mohammed ben Mizzian acerca de las particularidades de estos soldados se apuntaba que los voluntarios del Protectorado estaban guiados «por el deseo de conseguir un ascenso a costa de su esfuerzo personal». Dentro de la particular organización grupal de estos combatientes, el labrarse una reputación entre sus compañeros mediante su comportamiento en el frente era una cuestión crucial para lograr dicho ascenso.²⁰² Sin embargo, cuando eran heridos y pasaban un tiempo en retaguardia eran posteriormente reubicados en unidades diferentes, lo que según ben Mizzian echaba por tierra todo el trabajo previo de lograr destacarse ante los

¹⁹⁹ Para el caso de la batalla de Teruel, véase David ALEGRE LORENZ: *La batalla de Teruel...*, pp. 188-189.

²⁰⁰ AGMAV, C. 1549, 67. 12 DI, “Normas para la incorporación del personal procedente de hospitales, licencia o reemplazo”, septiembre de 1937.

²⁰¹ En una revista de inspección realizada en octubre de 1937 a la 1ª Brigada de la 61 DI se exigía al CGG un mayor esfuerzo en la reintegración de heridos en las mismas unidades en las que habían servido, «Para mantener el sano espíritu de cuerpo que tantas ventajas reporta». Lo cual permite ver que la camaradería, y la voluntad de seguir compartiendo esa experiencia con los compañeros de armas más cercanos, se situaba en la base de estos comportamientos. Véase AGMAV, C. 2331, L. 59, 119. CGG, EM, “Revista de inspección y sugerencias para corrección de deficiencias observadas”, octubre de 1937.

²⁰² Ali AL TUMA: “The Participation of Moorish Troops...”, p. 102.

demás. Esto provocaba un considerable descontento en los soldados, incrementando las cifras de desertores y generando problemas de conducta e indisciplina, razón por la cual el informe sugería que los heridos fueran devueltos a sus unidades de origen y que las bajas futuras se cubriesen con personal europeo, para así evitar el problema en lo sucesivo.²⁰³ De este modo, observamos aquí la relevancia de los lazos de camaradería y de los grupos primarios, los cuales eran también importantes a la hora de tejer redes de influencia y reputación entre los compañeros de armas y, por ende, poder labrarse una imagen como líder que posibilitase el deseado ascenso en el escalafón. Lo cual, volviendo al problema de los oficiales europeos que regresaban unilateralmente a sus unidades de origen, refuerza esa idea de la camaradería y la comodidad del ambiente conocido como una cuestión clave de la experiencia de guerra, que al mismo tiempo constituiría un punto de partida perfecto para la socialización de toda una serie de ideas nucleares de la cultura de guerra generada en las filas del bando sublevado.

Sea como fuere, y volviendo al argumento principal acerca de la construcción de un entramado de servicios, suministro y asistencia para las crecientes fuerzas armadas rebeldes, la llegada de 1937 discurrió paralela a los primeros pasos dados por el bando sublevado para comenzar a articular un ejército de masas, algo que desde luego tenía mucho que ver con, por un lado, organizar dichos servicios y la estructura que daba cobertura a las unidades y, por otro, intentar racionalizar los medios disponibles para paliar su manifiesta escasez. Sin embargo, esas iniciativas tuvieron un lento despliegue, incapaz en cualquier caso de seguir el ritmo marcado por la guerra, lo que les impidió alcanzar al conjunto del ejército sublevado y maximizar los recursos disponibles, los cuales se siguieron empleando de forma desordenada durante todo el conflicto. Ese lento despliegue se evidenciaba en los continuos informes emitidos por los inspectores militares que daban cuenta de que la situación de cada unidad dependía, en buena medida y pese a adolecer de toda una serie de problemas comunes, de su mayor o menor suerte a la hora de haberse constituido, lo que subrayaba esa heterogeneidad y falta de organización que vengo señalando. Para ilustrar esta cuestión de forma preliminar, tomaré como ejemplo diversas posiciones del Ejército del Norte durante el invierno de 1936-1937. En una revista de inspección realizada en diciembre de 1936 a las posiciones del sector norte del Ejército del Norte en torno a Madrid, que comprendían desde La Granja hasta Robledo de Chavela (al E-NE de la capital), se señalaba que estas se encontraban en buenas condiciones en líneas generales, si bien las ubicadas a mayor altura (Alto del León y Peguerinos) presentaban falta de equipamientos y material de invierno y problemas de abastecimiento que aconsejaban su abandono, ya que incluso se habían hundido algunos refugios debido a la nieve. De igual forma, se reportaba la inexistencia de reservas en todo el sector, producto de la escasez de efectivos y su necesidad en otros frentes en estos primeros compases de

²⁰³ AGMAV, C. 2568, 36. CGG, EM, “Informe del Coronel Mician sobre los Grupos de Regulares”, septiembre de 1938. Respecto a la cuestión de las deserciones vemos el mismo argumento de ben Mizzian en un informe elaborado para el 10º Tabor de Regulares de Ceuta nº 3, perteneciente a la 15 DI. Se indicaba que muchos regulares marroquíes desertaban a unidades en las que habían servido con anterioridad por más tiempo, con la creencia de que ese mayor tiempo de servicio aceleraría su ascenso. Véase AGMAV, C. 1588, 32, “Información para averiguar las causas que motivaron las repetidas deserciones en el 10 Tabor de Reg. de Ceuta núm. 3”, enero de 1938.

la guerra –algo, de hecho, explicitado en el informe–, y de elementos básicos como cascos, cubas de agua y fusiles ametralladores.²⁰⁴

Por su parte, otra revista de inspección realizada en enero de 1937, en este caso a las fuerzas de la 6ª División del Ejército del Norte desplegadas en los frentes de Álava y Guipúzcoa –por ende, con una importante presencia de unidades milicianas–, hacía hincapié en la precariedad de los medios con los que contaban las milicias, generalmente costeados con su propio presupuesto, lo que dibujaba un panorama tremendamente desigual y dependiente de la capacidad económica de cada una. Por ejemplo, esto daba lugar a problemas de vestuario, menaje, medicinas, escasez de armas (pues no les era suministro armamento pesado o ametralladoras) o falta de ganado para las posiciones de montaña, todo lo cual generaba profundos desequilibrios entre los diferentes componentes de la división y mermaba su capacidad combativa.²⁰⁵ Dentro de este marco cobra mayor sentido la militarización de las milicias, pues posibilitaría una mayor homogeneización, sin ser total, de estos contingentes. Finalmente, una tercera revista de inspección realizada en estas fechas –concretamente en enero de 1937 a las guarniciones asturianas, gallegas y leonesas– subrayaba la falta de cuadros de mando y sugería la habilitación de oficiales para los puestos vacantes, un proceso de parcheado del ejército sublevado que comenzó a realizarse desde el comienzo de la guerra pero cuya extensión, a través de los programas de instrucción de alféreces y sargentos provisionales, se generalizó a partir de finales de 1936.²⁰⁶

Lo que muestran las tres revistas de inspección referidas no es otra cosa que la idea central del presente capítulo, es decir, el caos que acompañó al ejército sublevado durante todo el conflicto aderezado con una falta acuciante de material. De este modo, mientras que algunas tenían carencias de material pero no presentaban problemas respecto a sus cuadros de mando, otras sí adolecían de falta de oficiales intermedios, por lo que tenían que habilitar a otros para esos puestos con el consiguiente perjuicio que esto suponía para la funcionalidad de la unidad.²⁰⁷ Unos problemas que, como vemos, no seguían un patrón común identificable con determinadas unidades –que bien podría ser por su origen geográfico, condición miliciana, composición conscripta u otros– más allá de reproducirse en función de la contingencia de cada una de ellas. Pero, quizá, lo que más represente esa idea de caos y heterogeneidad que dominó al ejército sublevado, especial-

²⁰⁴ AGMAV, C. 1231, 25. Ejército del Norte, Revistas de inspección, “A posiciones del Sector Norte de este Ejército en el frente de Madrid”, diciembre de 1936.

²⁰⁵ AGMAV, C. 1209, 23. Ejército del Norte, Inspección. “A las fuerzas de la 6ª División (Frentes de Álava y Guipúzcoa), enero de 1937.

²⁰⁶ AGMAV, C. 1209, 22. Ejército del Norte, “Revistas de inspección en Asturias, Galicia y León”, enero de 1937. Véase la obra clásica de José María GÁRATE CÓRDOBA: *Alféreces provisionales. La improvisación de oficiales en la guerra del 36*, Madrid, San Martín, 1976. De nuevo, la sorprendente falta de estudios más actualizados y solventes al respecto de una cuestión clave como los alféreces y sargentos provisionales hace tener que acudir a obras que presentan ciertos problemas metodológicos, pero que constituyen casi la única referencia en el campo.

²⁰⁷ No obstante, algunas unidades parecían estar bastante mejor constituidas. En una revista de inspección de enero de 1937 a la 5ª División [sic] se indicaba que estaban contaba con fuerzas de elevado espíritu e instrucción militar, que disponía de buenas fortificaciones ajustadas a la normativa y que estaba abastecida por una buena estructura de servicios. Véase AGMAV, C. 2331, L. 59, 114. CGG, EM, “Revista de inspección a la 5ª División”, enero de 1937.

mente al inicio de la contienda, es el informe que describe el estado de las unidades milicianas que defendían los frentes de Álava y Guipúzcoa. El hecho de que tuviesen que hacer uso de su propio presupuesto para costearse el material y las armas ligeras evidencia el nivel de improvisación con el que se constituyeron las fuerzas rebeldes, ya que las diferencias existentes entre unas agrupaciones y otras, tal y como subrayaba el informe, eran notables, lo que impedía que la 6ª división, en su conjunto, dispusiese de una capacidad de combate uniforme. Al mismo tiempo, esto incidía también en la experiencia vivida por los combatientes, los cuales estaban a merced de la milicia que los hubiese reclutado, o en el caso de las unidades del ejército de la contingencia geográfica y material. A mayor caos, mayor número de bajas y peor era el servicio en el frente. De hecho, esta heterogeneidad y la falta de centralización de las milicias, así como la operatividad un tanto autónoma y las disputas que veíamos entre cuerpos (como el caso del Tercio y las peticiones de Yagüe), permiten cuestionar el poder omnímodo de la Junta de Defensa Nacional y el CGG en los primeros meses del conflicto hasta, al menos, la militarización de los contingentes milicianos. Esto, por supuesto, requeriría de una ulterior profundización que no realizaré aquí, pero el escenario español sugiere comparativas con otros contextos bélicos en los que la capacidad de uno de los bandos en liza, por las circunstancias que sean, no permite cubrir todas las necesidades de la guerra, de tal forma que dicha entidad deja ciertos espacios que son ocupados, temporal o permanentemente, por otros actores político-militares.²⁰⁸

En cualquier caso, pese a los sucesivos intentos, marcados por las necesidades del largo conflicto que se abrió a partir de 1937, de creación de una estructura racionalizada que permitiese sostener de forma efectiva el esfuerzo bélico de las unidades en el frente, los problemas esbozados en las páginas anteriores continuaron reproduciéndose de forma recurrente. De hecho, se da la paradoja de que la creación de un entramado de control de cara a intentar organizar el contingente sublevado generó una considerable cantidad de documentación que permite ver la dimensión del problema, el cual ya existía pero que no podía calibrarse en su justa medida debido al carácter mucho más improvisado y provisional de las formaciones militares y sus cuarteles generales. Especialmente llamativa resulta la situación del armamento en el ejército rebelde, y cómo esto incidía directamente en los combatientes de sus unidades. Hacia mediados de febrero de 1937, el CGG planeó una ofensiva importante en la región de Asturias, destinada a aliviar la presión sobre la

²⁰⁸ A este respecto, por ejemplo, puede citarse el caso de la Guerra Civil Siria (2011-actualidad). La imposibilidad del régimen de Bashar al-Assad de sostener el esfuerzo bélico en todos los frentes con sus propios recursos creó un margen para el crecimiento de unidades adscritas originariamente al ejército pero que han acabado teniendo una independencia de facto, estando vinculadas más estrechamente por lazos clientelares y de fidelidad con su comandante que con el propio estado sirio y su presidente. Véase Fritz SCHAAP y Christian WERNER: "Assad's Control Erodes as Warlords Gain Upper Hand", *Der Spiegel Online*, disponible en <http://www.spiegel.de/international/world/assad-power-slips-in-syria-as-warlords-grow-more-powerful-a-1137475.html> (Consultado por última vez el 19-09-2018) La cuestión de la pérdida de control estatal y el surgimiento de actores armados que disputan la hegemonía con el primero es una idea que ya ha sido aplicada en otros contextos, como por ejemplo la invasión de la Unión Soviética por parte del Tercer Reich. Véase Jörg BABEROWSKI: "Kriege in staatsfernen Räumen: Rußland und die Sowjetunion 1905-1950", en Dietrich BEYRAU, Michael HOCHGESCHWENDER y Dieter LANGEWIESCHE (eds.), *Formen des Krieges. Von der Antike bis zur Gegenwart*, Paderborn, Ferdinand Schöningh, 2007, pp. 291-309. Una crítica a su uso para el caso de la Wehrmacht en Rusia en Alex J. KAY: "A 'War in a Region beyond State Control'? The German-Soviet War, 1941-1944", *War in History*, 18:1 (2011), pp. 109-122.

sitiada Oviedo y a ocupar los importantes puertos de Avilés y Gijón. Esta operación, que contaba con la participación de un contingente de 5.200 efectivos –cuatro tabores de Regulares, dos de la Mehal-la y una bandera del Tercio, además de otros cuatro batallones de infantería–, era un movimiento de gran envergadura con el que se hubiera retomado la iniciativa en la región, la cual no fue reconquistada hasta el otoño de 1937. No obstante, pese a la relevancia de la operación diseñada por el CGG, la 8ª División, la encargada de llevar el peso principal de la ofensiva, no iba a contar de inicio con todos los medios necesarios. Tal y como se indicaba en el documento de planificación de los objetivos, el envío de los sacos terreros y el alambre de espino requeridos se iba a demorar seis días, mientras que las transmisiones de la división iban a carecer de suficientes equipos ópticos, teléfonos de campaña y cable telefónico. Esta cuestión, a tenor de la modernización de los medios de guerra y de la progresiva coordinación entre ellos y la infantería, resultaba decisiva y tenía una considerable influencia en la capacidad operativa de las unidades y, en último término, en el precio pagado por los combatientes sobre el terreno. Por ello, que se afirmase que los «medios modernos de transmisión [eran] subsanables con otros procedimientos», como por ejemplo el uso de paineles o jalones, no dejaba de constituir minusvaloración, probablemente consciente e intencionada, de las posibles consecuencias de la falta de este material.²⁰⁹ Finalmente, la operación tampoco podría contar con la presencia de carros de combate, y estaba a la espera de que le asignasen aviación, pues el Ejército del Norte no contaba con ningún elemento de este arma. Además, pese a que la 8ª División estaba bien nutrida de municiones, se indicaba que el Parque del Ejército de Valladolid presentaba escasez de existencias tras enviarle a esta dos millones de cartuchos de 7 mm, lo que ponía de manifiesto, por un lado, la envergadura de la operación y, por otro, la escasez de recursos del bando sublevado, pues a pesar del tamaño del plan este no se aproximaba al alcanzado por otras grandes operaciones que en lo sucesivo proyectaría el CGG.²¹⁰

En cualquier caso, el plan diseñado nunca se llevó a cabo debido a la ofensiva desencadenada el día 20 por las fuerzas republicanas, que buscaron tomar definitivamente la ciudad de Oviedo, sin conseguirlo.²¹¹ Sin embargo, los problemas referenciados a la

²⁰⁹ No por nada, el uso de jalones no parecía ser una práctica demasiado bien implementada por la infantería. En unas instrucciones relativas a la información que las tropas de tierra debían dar a la aviación propia para evitar el fuego amigo se insistía en los rudimentos más básicos del funcionamiento de este sistema, lo que considerando que el documento estaba fechado tan tarde como en noviembre de 1938 evidenciaba los problemas de su aplicación en el campo de batalla. Véase AGMAV, C. 1575, 18. 13 DI, “Instrucciones a observar por las Unidades ante la presencia de aviación propia o enemiga”, noviembre de 1938. De igual modo, los paineles de comunicación con la artillería eran, a tenor de los informes elaborados por el propio ejército, un arcano para muchos oficiales y suboficiales, tal y como se muestra en David ALEGRE LORENZ: *La batalla de Teruel...*, p. 225.

²¹⁰ La operación sobre Asturias en AGMAV, C. 2582, 13. CGG, EM, “Operaciones sobre Asturias. Plan de operaciones regional”, febrero de 1937. Comparativamente hablando, en la batalla de Teruel se consumieron, que no suministraron, 650.000 cartuchos de 7 mm. Véase David ALEGRE LORENZ: *La batalla de Teruel...*, p. 368.

²¹¹ Un relato de los combates de febrero de la mano de un testigo en Óscar PÉREZ SOLÍS: *Sitio y defensa de Oviedo*, Afrodísio Aguado, Valladolid, 1938, pp. 320-326. Aunque seguramente exageradas, Pérez Solís describe unas cifras muy elevadas de unidades enemigas, 68 batallones, lo que da buena cuenta de relevancia de la ofensiva republicana.

hora de ultimar los preparativos de la operación ideada por el CGG evidenciaban la precariedad de medios con la que tenía que lidiar el contingente rebelde, así como su dificultad para proveer de los recursos necesarios a todos los frentes de forma simultánea. Esto, que afectaba también a la Segunda República, explica en buena medida la imposibilidad de lanzar varias operaciones al mismo tiempo, lo que concuerda con la historia más puramente bélica de la Guerra Civil, en la que el protagonismo siempre solía recaer en una batalla o gran operación, a diferencia de otros conflictos en los que podían estar desarrollándose dos o más de forma simultánea. No en vano, la contienda de 1936-1939 fue llevada a cabo por dos bandos pobres en recursos, desactualizados tácticamente y sumidos en un estado de considerable desorganización que les impidió optimizar los escasos medios con los que contaban.²¹² Como veíamos para el caso asturiano, ni siquiera una operación con un potencial disruptivo tan importante como el que se pretendía conseguir contaba con todos los medios a su alcance. La guerra librada en España, por tanto, no era sino una contienda desmodernizada, siguiendo el concepto utilizado por Bartov para el ejército alemán en el *Ostfront*.²¹³ De hecho, ambos casos presentan bastantes similitudes en lo que respecta a la naturaleza y causas de esa desmodernización, si bien desde puntos de partida diferentes. La Wehrmacht era, en efecto, un ejército que contaba con considerables recursos, puntero tácticamente y preparado ex profeso para una guerra total –si bien quizá no de las dimensiones que adquirió contra la Unión Soviética.²¹⁴ En su caso, la desmodernización vino motivada por la brutalidad de los combates sostenidos durante la Operación Barbarroja, que destruyeron buen parte del capital de armas modernas de las divisiones de infantería, y la vastedad del terreno a controlar, que impidió un efectivo suministro de las tropas. Pero, en esencia, el resultado fue similar al experimentado por los combatientes rebeldes: un modo de hacer la guerra primitivo, que recurría a mecanismos y formas propias de la Gran Guerra, y marcado por la acuciante falta de medios derivada de la imposibilidad de ambos ejércitos de proveer eficazmente y en cantidad suficiente a sus unidades. Algo que, lógicamente, hizo recaer aún más el peso del esfuerzo bélico sobre los soldados, lo que incrementó su sufrimiento y brutalizó su experiencia de guerra.

Más avanzado el año 1937 y ya entrando en 1938, sucesivos informes y revistas de inspección hacían hincapié en los mismos problemas una y otra vez, los cuales no conseguían ser solventados por las autoridades militares. En octubre de 1937, un escrito enviado por la Comandancia de Artillería de Navarra en referencia a los proyectiles de la

²¹² Esa idea de pobreza en ambos contingentes también está presente en la interpretación de José SEMPRÚN: *Del Hacho al Pirineo. El Ejército Nacional en la guerra de España*, Madrid, Actas, 2004.

²¹³ Omer BARTOV: *Hitler's Army...*, pp. 12-28. En todo caso, la dimensión de esa desmodernización ha de verse en términos relativos. La condición motorizada y mecanizada de la Wehrmacht solo se aplicaba a un cierto número, reducido, de unidades, generalmente las divisiones Panzer y las de las Waffen-SS. Mientras tanto, el resto de divisiones de infantería tenían una estructura de transporte y suministro eminentemente hipomóvil.

²¹⁴ Respecto a la disonancia entre el escenario diseñado por la Wehrmacht en cuanto a los recursos que iba a necesitar para doblegar al Ejército Rojo y la realidad que luego se encontró en el campo de batalla puede verse, ejemplificado a través de tres unidades encuadradas en el Grupo de Ejércitos Norte, en Jeff RUTHERFORD: *Combat and Genocide...*, pp. 84-216. No en vano, del propio análisis de Rutherford se colige esa dimensión desmodernizada de la guerra en el Frente Oriental.

marca Schneider advertía de problemas con los estopines que causaban explosiones accidentales.²¹⁵ Una cuestión que, de hecho, volvía a ponerse de manifiesto en marzo de 1938, tal y como refleja un telegrama de la 75 DI relativo a los defectos observados a la hora de hacer explosión las granadas, los cuales bien podían deberse a las deficiencias que generalmente se observaban en su conservación.²¹⁶ De igual modo, otro escrito fechado en julio de 1937 subrayaba la incapacidad del ejército de abastecer suficientemente a sus fuerzas, así como la precariedad general en cuanto al equipamiento de medios modernos de guerra. En este sentido, el CGG realizaba una propuesta al Jefe de la Misión Militar Alemana, «general Sander» –seudónimo de Hugo Sperrle, primer comandante de la Legión Cóndor–, para que enviase 30 carros de combate, aduciendo «el estado de desgaste alcanzado por los [...] traídos de Alemania, desgaste propio y justificado por la prologada y dura campaña».²¹⁷ Esto reflejaba la dependencia del material alemán y las dificultades que tenía el bando rebelde para sostener su esfuerzo bélico sin recurrir a la ayuda extranjera, debido a la falta de adecuación a la guerra moderna de los medios bélicos existentes en el ejército español antes de 1936.

Además, el material recibido presentaba dos problemas adicionales relacionados con su durabilidad. Por una parte era escaso, siendo utilizado con mayor frecuencia de la normal debido a que se le asignaba más carga de trabajo de la que era recomendable. Pero, al mismo tiempo, esto generaba un mayor desgaste, lo que acababa por forzar a que se emplease solo en momentos puntuales y se intentase por todos los medios conservarlo, dado que los talleres de reparación tampoco eran eficientes y rápidos a la hora de devolver el material al frente.²¹⁸ Esto se evidenciaba en dos documentos de una fecha tan tardía como abril y julio de 1938, donde la superioridad sublevada era ya manifiesta. En el primero, emitido por la 5ª División de Navarra, se determinaba un número habitual de dos salidas diarias de la aviación, tres en casos excepcionales, como forma de paliar su «rápido desgaste».²¹⁹ El segundo eran unas instrucciones del Ejército del Sur para el empleo de los carros de combate en las que se detallaban una serie de consideraciones generales sobre un uso correcto de los mismos –acompañando a la infantería y siendo retirados de primera línea por la noche, lo que subraya que pese a todas las directivas emitidas en este

²¹⁵ AGMAV, C. 1759, 21. 61 DI, “Informe del Comte. Pral. de Artillería sobre los accidentes ocurridos en el material Schneider durante los meses de julio, agosto y setiembre últimos”, octubre de 1937.

²¹⁶ AGMAV, C. 1824, 13, p. 1. 75 DI, “Municiones (defectuosas, recuperación, consumo), intendencia y precios de venta de bienes al público”, marzo de 1938. La conservación de las granadas en AGMAV, C. 1598, 40. 15 DI, Municiones, “Sobre conservación de las granadas ‘Lafitte’”, febrero de 1938. Se indicaba, que debido al mal estado en que habían sido guardadas, solo explotó una de un total de once lanzadas (p. 1) De hecho, este mismo problema relativo al deficiente almacenamiento de los explosivos seguía vigente medio año después. En noviembre de 1938, el coronel jefe de la 15 DI denunciaba en un escrito que «La repetición de accidentes con granadas de mano, demuestra la desidia de los Jefes al no organizar la debida explosión de las mismas». AGMAV, C. 1598, 105, p. 1. “Explosionado de granadas de mano para evitar accidentes”, noviembre de 1938.

²¹⁷ La referencia a Sperrle como “Sander” en Manuel ROS AGUDO: “El espionaje en la guerra civil y la segunda guerra mundial: una visión general”, *Diacronie*, 28:4 (2016). Disponible en www.studistorici.com/2016/12/29/ros-agudo_numero_28/ (Consultado por última vez el 25/09/18)

²¹⁸ Por ejemplo, en un estadillo elaborado por el EM de la 17 DI se indicaba que había armas automáticas en reparación desde hacía por lo menos diez meses, lo que agravaba el ya de por sí precario estado armamentístico de la unidad. Véase AGMAV, C. 1615, 39. 17 DI, “Memoria sobre organización defensiva de la zona de esta división”, agosto de 1938.

²¹⁹ AGMAV, C. 1527, 16, p. 22. “Instrucciones de defensa antiaérea”, abril de 1938.

sentido se seguían empleando de forma negligente. En este sentido, se hacía hincapié de forma constante en la necesidad de cuidar el material, ya que «constituyen un arma delicada por su mecanismo, difícil reposición y cuidadoso entretenimiento». Por ejemplo, se indicaba que los blindados no podían cubrir una distancia superior a los diez kilómetros por sí mismos porque los desgastaba en exceso, teniendo que ser trasladados en las plataformas habilitadas para su transporte.²²⁰ De este modo, el material gastado, defectuoso, mal utilizado y a menudo carente de repuestos constituía la cotidianidad del ejército rebelde, algo que afectaba a divisiones, cuerpos de ejército y ejércitos por igual.

En esta misma línea, en octubre de 1937 el General Inspector del Ejército remitía un informe muy elocuente respecto al estado del armamento de la 151 DI, en el que se apuntaba la falta de teléfonos y cables para las baterías artilleras de la división –lo que, de nuevo, lastraba la tan necesaria coordinación con la infantería, reduciendo la eficacia de los bombardeos y haciendo devenir los asaltos en rudimentarios ataques frontales basados en el número y el arrojío de los combatientes–, de tablas de tiro, de cañones en sí mismos, de plataformas abandonadas en los repliegues –que inutilizaba las piezas– y de armamento portátil para que los miembros de la dotación defendiesen la posición en caso de ser atacados, al tiempo que hacía notar la presencia de baterías ineficaces que solo hacían explotar un 3% de los proyectiles disparados.²²¹ De hecho, la artillería fue uno de los tipos de armamento más afectados por el desgaste derivado de su uso continuado. En la medida en que la base de la actuación ofensiva del ejército rebelde se apoyaba sobre la potencia de fuego artillera, mayor conforme avanzaba la guerra en comparación con el bando republicano, las piezas no eran unos medios bélicos que se pudiesen en cierto modo racionar, como veíamos con los blindados o la aviación, so pena de perder la principal ventaja táctica de la que disponían. Así, los fallos estaban a la orden del día, tal y como se evidencia por ejemplo en la batalla de Teruel. Un artillero del grupo de montaña de Mallorca recordaba en sus memorias un accidente sufrido en uno de los cañones en las postrimerías de los combates en torno a la ciudad aragonesa: «Una nueva desgracia nos ocurrió ayer y nos empaña hoy la alegría del triunfo. Al hacer fuego una pieza de la 39

²²⁰ AGMAV, C. 2580, 137. Ejército del Sur, “Instrucciones para el empleo de los carros de combate”, julio de 1938. Precisamente, la precariedad en que se encontraba el material, su deficiente empleo y la lentitud de los talleres de reparación eran cuestiones que señalaba el teniente coronel Wilhelm J. Ritter von Thoma, comandante del grupo de tanques alemanes enviados junto con la Legión Cóndor, en sendos informes elaborados en mayo de 1937 y octubre de 1938. Apuntaba al mal uso de los blindados, operados en terrenos desfavorables y obligados a cubrir largas distancias, lo que los estropeaba más frecuentemente y les obligaba a pasar más tiempo en los talleres. No en vano, en el informe de octubre de 1938 señalaba que un tercio de los tanques de origen alemán no se podían usar, lo que descendía a un sexto entre los carros de origen soviético capturados a los republicanos. De nuevo, el mal uso de los mismos era el culpable de esta situación, lo que apuntaba a una deficiente instrucción del personal español, que a su vez influía en un pobre mantenimiento de los vehículos. No por nada, del tercio de carros alemanes no operativos, nueve de ellos lo estaban por no haber tripulaciones para manejarlos. Véase José Vicente HERRERO PÉREZ: op. cit., pp. 312-314.

²²¹ Los documentos sobre los blindados alemanes y el estado de armamento de la 151 DI en AGMAV, C. 2533, 48. “Petición de material de guerra a Alemania. Sobre deficiencias de material y armamento de la 151 Div.”, julio y octubre de 1938.

Batería, explotó el proyectil dentro del tubo, destrozándolo y produciendo dos muertos y cinco heridos».²²²

Finalmente, en abril de 1938 el Ejército del Sur se quejaba, en un sentido negativo, de que «los medios disponibles [son] desproporcionados para los objetivos a alcanzar». De hecho, ya habían experimentado problemas en el último semestre de actividad, empezando a contar desde octubre de 1937. Diversas operaciones, esencialmente rectificaciones de línea pues el sur era un frente estabilizado, habían arrojado un «crecido porcentaje de bajas» debido a la «escasez de Artillería y principalmente de Aviación».²²³ Estas carencias, además, imposibilitaban golpear más duramente al enemigo, el cual se reponía con rapidez y contraatacaba las posiciones antes de que pudiesen estar mínimamente fortificadas, lo que generaba «más bajas que en la misma acción». De hecho, el problema endémico existente en el contingente sublevado respecto a la falta de transportes impedía realizar las operaciones de ruptura del frente con el número de efectivos necesario como para luego poder explotarla, lo que facilitaba los contragolpes enemigos y aumentaba las bajas. Por todo ello, el propio Ejército del Sur presentaba estos datos como una forma de aportar información al CGG para que, si lo consideraba oportuno, reconsiderase la asignación de objetivos a la gran unidad.²²⁴ Es decir, como un medio para hacer ver que no podían alcanzar las metas fijadas con el material del que disponían, so pena de cargar excesivamente el peso de los combates en la infantería. Precisamente, unidades del propio Ejército del Sur, concretamente del II CE desplegado en las provincias de Badajoz y Córdoba, habían sido ya advertidas dos meses antes de la prohibición de quedarse para sí mismas con el armamento capturado al enemigo, fundamentalmente ligero, el cual debía ser entregado al Servicio de Recuperación. Si bien se consideraba loable su voluntad de completar su dotación, prueba evidente de las carencias con las que tenían que lidiar, se amenazaba con duras sanciones a quienes contraviniesen las órdenes.²²⁵ En esencia, lo

²²² Anónimo: *Artillería de Mallorca...*, entrada del 20 de febrero de 1938. Otro episodio similar en la entrada del 22 de marzo de 1938, durante la ofensiva de Aragón, que habría herido a un sargento. Véase también David ALEGRE LORENZ: *La batalla de Teruel...*, pp. 204-205.

²²³ AGMAV, C. 1281, 39. Ejército del Sur, “Actuación de este ejército durante el semestre (octubre de 1937-marzo de 1938)”, abril de 1938. El problema de la aviación, además, no solo tenía que ver con la escasez o el desgaste de los aparatos, tal y como veíamos que sucedía para otros medios de guerra, sino también con la escasez de personal. En agosto de 1937, el V CE se quejaba al CGG de que la aviación no había prestado servicio hasta pasadas las 9 de la mañana, y que incluso había días en los que no lo hacía hasta las 17 horas en el turno de tarde. Esto se justificaba «por tener personal que asistir a entierro con lo que la aviación enemiga tiene una libertad que no tendría o hará que no se presten auxilios con la oportunidad debida.» La presente queja evidenciaba el problema de personal existente, pero al mismo tiempo subrayaba la situación de caos, rayana en el surrealismo, que alcanzó el ejército rebelde, donde un arma clave como la aérea se supeditaba a cuestiones triviales ajenas por completo a la propia guerra. Es decir, improvisación, precariedad de medios y mentalidades anticuadas. Véase AGMAV, C. 2534, L. 316, 78, p. 1. CGG, EM, “Queja del V Cuerpo de Ejército sobre retraso o interrupción de servicios en el frente de Aragón”, agosto de 1937.

²²⁴ AGMAV, C. 1281, 39. Ejército del Sur, “Actuación de este ejército durante el semestre (octubre de 1937-marzo de 1938)”, abril de 1938. Esta misma situación relativa a la falta de transportes se reproducía en otras unidades. Concretamente, la 12 DI se quejaba en un escrito de finales de noviembre de 1937 que en el curso de unas operaciones desarrolladas en el sector de Cuesta de la Reina no había podido desplegar las reservas debido a la falta de medios de transporte, lo que había lastrado la acción y sus resultados. Véase AGMAV, C. 1554, 38. 12 DI, “Informe de esta División, sobre escasez de reservas y rotación de unidades, de fecha 28”, noviembre de 1937.

²²⁵ AGMAV, C. 2580, 90. CGG, EM, Ejército del Sur, “Orden para que unidades del II CE no se queden con el armamento recuperado”, febrero de 1938.

que parece demostrarse con el recordatorio enviado a las fuerzas del II CE es que las unidades, ante esa situación de carestía, generaban mecanismos de abastecimiento sobre el terreno, evitando que las armas pasasen al mencionado Servicio de Recuperación y, seguramente, nunca fueran destinadas a un frente tan secundario como el meridional.²²⁶

De igual modo, quejas similares eran esgrimidas por otras grandes unidades al CGG. En un informe elaborado por el Ejército del Norte en referencia al estado operativo del CE Marroquí se indicaba la falta absoluta de artillería de montaña, antiaérea o anti-tanque, algo que como veíamos refrendaba el testimonio del requeté Rosendo Domenech, encuadrado en las filas de este CE.²²⁷ Considerando la voluminosa actividad desplegada por esta GGUU, envuelta en los duros combates en torno a Teruel, encargada de romper el frente en la Ofensiva de Aragón, de recibir el primer golpe republicano en la batalla del Ebro, e involucrada en la Ofensiva de Cataluña, resulta muy llamativo, y revelador del precario estado de las fuerzas rebeldes aún a finales de 1938, la acuciante falta de medios de guerra básicos como los mencionados. De este modo, se observa que pese a toda la industria militar puesta al servicio del esfuerzo bélico, pese a la progresiva dinámica victoriosa de la contienda para los sublevados, y pese a todo el aprendizaje y la experiencia acumulada en los casi tres años de guerra –dos y medio de lo que podríamos considerar como guerra total–, el contingente rebelde seguía presentando una estructura endeble, sumida en un considerable grado de caos organizativo, y que en buena medida se dedicaba a tapar las vías de agua que iban apareciendo utilizando los mismos medios ya empleados en otros frentes.²²⁸

Si esta era la situación en el apartado armamentístico, un estado de improvisación y caos similar puede verse en lo que respecta al abastecimiento en general, tanto de productos alimenticios, como de textiles y otros artículos destinados al frente. Dos eran los problemas más notables: por un lado, la recurrente falta de vehículos y medios –mayoritariamente animales– de transporte, lo cual afectaba y debilitaba la columna vertebral del ejército sublevado. Y, por otro, la absoluta desorganización existente a todos los niveles, que generaba profundos desequilibrios entre GGUU, así como entre divisiones, batallones y otros contingentes agrupados dentro de la misma estructura de mando. En este sentido, la improvisación con la que se edificó el ejército de masas en los primeros meses de la guerra, y sobre todo a partir del primer tercio de 1937, creó unos vicios y formas de operar que se fueron arrastrando a lo largo de todo el conflicto. Con el grueso de las energías orientado hacia las operaciones militares, y teniendo en cuenta la inexperiencia general a la hora de gestionar un contingente de semejantes dimensiones para una guerra moderna y total, todo esfuerzo destinado a construir una mínima estructura racional discurría siempre a una velocidad menor que la que imponía la contienda. De esta forma,

²²⁶ Situaciones similares se reprodujeron en conflictos contemporáneos, aun en el caso de ejércitos bastante mejor pertrechados y estructurados que el español. Durante las primeras semanas de la Operación Barbarroja, la mayoría de los suministros fueron destinados a los cuerpos Panzer, de tal modo que la infantería alemana se abasteció sobre el terreno. Unas prácticas que, dicho sea de paso, se espoleaban como forma de puesta en práctica el proyecto ideológico y racial nazi. Véase Jeff RUTHERFORD: *Combat and Genocide...*, pp. 105-107.

²²⁷ AGMAV, C. 1239, 32. Ejército del Norte, “Sobre el estado operativo del C.E. Marroquí”, diciembre de 1938. Rosendo DOMENECH PUIG: op. cit., pp. 160-161.

²²⁸ Respecto a la industria militar del bando sublevado véase Michael SEIDMAN: *La victoria nacional...*, pp. 177-183.

por muchas iniciativas, proyectos y propuestas que se elaborasen, la lógica emanada de la naturaleza y evolución del conflicto y los vicios adquiridos siempre acababan por imponerse. Por tanto, las tripas del ejército sublevado no fueron sino un conjunto de equilibrios precarios, una suerte de gigantesco Frankenstein unido por alfileres en continuo riesgo de desprendimiento. Un escenario en el que los servicios de intendencia, armamento y transporte no hicieron otra cosa que apagar constantemente los fuegos que se iban declarando por todos los frentes en los que se hallaba desplegado el contingente rebelde. Desde luego, esta representación no deja de ser algo común para todo ejército en conflicto, si bien la falta de preparación y lo sobrevenido de la guerra la acentuaron exponencialmente para el caso español.

A nivel empírico, la documentación nos ofrece cuantiosos ejemplos de cómo de caóticas eran las entrañas del ejército rebelde en lo que suministro y abastecimiento se refiere. En agosto de 1937, un informe generado por la 12 DI comunicaba la falta de algunos productos no enviados por los almacenes de retaguardia, como patatas, garbanzos, vino y vinagre. Esto se debía a dos cuestiones: por una parte, a que la zona de despliegue de la división no disponía de cosechas de estos productos, con lo que habían de ser suministrados por almacenes más distantes. Lo que nos conduce al segundo problema, que afectaba también al vino y al vinagre, y que no era otro que la falta de transportes para ir a recoger estos alimentos, básicos para la dieta de los soldados.²²⁹ De esta forma, observamos cómo las unidades tenían que abastecerse en cierto modo a través de mecanismos de supervivencia sobre el terreno, comprando los productos en las áreas donde se hallaban estacionadas. La imposibilidad del ejército de suministrar homogéneamente a sus fuerzas generaba estos espacios que las unidades debían llenar por propia iniciativa, y que las poblaciones locales aprovechaban para obtener beneficios de la guerra. En este sentido, observamos una vertiente diferente de la contienda, como es el efecto positivo, a nivel económico, que la presencia de los combatientes podía tener para las economías locales, que de otro modo bien podrían estar sumidas en una fase depresiva como consecuencia del conflicto.

No obstante, en ocasiones era el propio ejército el que, en medio de la desorganización reinante, conseguía solventar algunos de los problemas que aquejaban a sus unidades. En este sentido encontramos el caso del Ejército del Sur, el cual en julio de 1937 informaba a sus divisiones subordinadas de deficiencias en el servicio de intendencia, concretamente en el depósito situado en Campillo de Llerena (Badajoz). Este carecía de café, garbanzos, patatas, frutas y verduras frescas, y apenas contaba con oficiales para

²²⁹ AGMAV, C. 1557, 42. 12 DI, “Escritos indicando motivos de falta de algunos artículos”, agosto de 1937. Un mes antes, la misma división reportaba problemas similares, si bien referidos a cuestiones sanitarias. De este modo, la unidad carecía de camillas suficientes, de transportes (lo que incrementaba el tiempo de evacuación de los heridos y consiguientemente mermaba sus posibilidades de supervivencia), de mudas para evitar la propagación de epidemias como los piojos (las cuales, además, se veían afectadas por lo limitado de las campañas de control –que también comprendían enfermedades más graves como el tifus o el paludismo–, siempre subordinadas a las necesidades del servicio) y de centros de despiojamiento. A lo que había que sumar el elevado coste del servicio de aguas, las dificultades en el abastecimiento de material por la lejanía de los almacenes y la proliferación de focos de infección en las trincheras, como los producidos por los cadáveres, los animales muertos, las entrañas de los animales sacrificados por los soldados marroquíes o las propias heces de los combatientes, quienes no disponían de letrinas. Véase AGMAV, C. 1549, 48. 12 DI, “Memoria Sanitaria de esta División”, julio de 1937.

gestionar todo el volumen del trabajo, a lo que se añadía la falta de transportes para poder adquirir los artículos que necesitaba. Además, el documento se quejaba también de que el servicio de agua no funcionaba correctamente: los autoaljibes enviados desde Sevilla apenas permanecían en el frente debido a que sus conductores querían volver pronto a la ciudad y los depósitos enviados para almacenar agua estaban sucios, siendo imposibles de limpiar en las posiciones de primera y segunda línea. No hay que señalar, en este sentido, el desgaste añadido que suponía para los soldados la escasez de agua en los meses de verano en Andalucía. O en cualquier otro frente, tal y como recuerda el combatiente José Luis Martín Vigil en sus memorias del frente de Aragón:

«Aún no lo he dicho, pero pasábamos sed. Sería la sequía, el envenenamiento de los pozos, la mala organización del suministro; pero empezamos a depender del aljibe [sic] que se nos acercaba una vez por jornada para llenar una cantimplora por cabeza, lo que en las condiciones en las que estábamos, seca la boca, comidos por el polvo, sudados y sucios, resultaba insuficiente a todas luces. Si te la bebías en seguida, la sed te atormentaría por el resto de la jornada; pero si la reservabas, pronto estaría como caldo y te daría náuseas.»²³⁰

Resulta elocuente a la hora de describir la vida en el frente el dilema que se planteaba Martín Vigil. O bien se bebía agua fresca y capaz de calmar la sed, una vez al día eso sí. O bien la cantimplora se calentaba y no servía para nada. De ahí la importancia de asegurar un servicio tan básico como este. Para el caso del Ejército del Sur, el CGG sí pareció solventar alguna de las deficiencias señaladas, pues los depósitos fueron limpiados y se reestableció el suministro de productos frescos.²³¹

En cualquier caso, pese a que en momentos puntuales se solucionasen algunos problemas de determinadas unidades, la situación seguía presentando un carácter epidémico. En el centro de casi todo, por su proverbial importancia, se encontraba la escasez y el delicado estado de los medios de transporte, que influía tanto en el suministro de las unidades como, tal y como veíamos antes, en su capacidad operativa. De hecho, aquí también tenía su importancia la precaria red de caminos que conectaba con muchas áreas de despliegue de las tropas, una situación que se veía agravada por la climatología. Por

²³⁰ José Luis MARTÍN VIGIL: op. cit., p. 131.

²³¹ AGMAV, C. 1678, 95. 21 DI, Intendencia, “Informes sobre deficiencias”, julio de 1937. Una situación similar, no sabemos si resuelta ya que no figura en la documentación disponible, se daba en el CE Galicia en mayo de 1938. Esta unidad se quejaba de que no recibía suficiente género y cantidad desde el almacén de suministros, situado en Morella (Castellón), teniendo que abastecerse desde Alcañiz, lo que presentaba problemas debido a la escasez de medios de transporte. Véase AGMAV, C. 1345, 84. CE Galicia, “Dificultades y retrasos en abastecimientos para este CE en Morella”, mayo de 1938. Sin embargo, a los problemas producidos por la falta de transportes y de personal a la hora de tener abastecidos los depósitos de suministros habría que sumar, igualmente, los robos que se producían en los diferentes cargamentos que circulaban por la geografía española. En un documento enviado por la Intendencia Regional del Ejército del Sur se indicaba una serie de disposiciones, mucho más estrictas que las vigentes hasta el momento, relativas al exhaustivo control que se debía llevar de las remesas que entraba y salían de los depósitos. Al parecer, se seguían detectando de forma constante —es decir, sucedía desde el principio de la guerra— faltas en dichas remesas, que eran achacadas a robos en los trenes —que bien podían ser obra de soldados, como veremos en la última parte de esta tesis— y a los contratistas involucrados en su transporte. Véase AGMAV, C. 2580, 72. CGG, EM, “Orden sobre faltas en las remesas”, octubre de 1937.

ejemplo, durante la batalla de Teruel un artillero de quejaba de que «Los caminos construidos en las vaguadas que nos dan acceso, resultan insuficientes para tanto tránsito de fuerzas y hemos tenido que pasar ya en grupos, ya aisladamente». La nieve, por su parte, dificultaba aún más los accesos, lo que terminó por dejar a los miembros de su unidad sin elementos para construir refugios contra el frío y sin el rancho, teniendo que reducirlo a «una lata de sardinas, con la perspectiva de que no será el último día que así nos pase».²³² Además, el artillero se quejaba constantemente de la pérdida de mulos por accidentes, y de cómo la difícil reposición de los mismos lastraba la capacidad de transporte de su batería.²³³ Sin embargo, pese a esta falta de medios, especialmente vehículos, estos no dejaban de ser empleados de forma negligente. Como ya veíamos para el caso de Yagüe y su petición de desvío de combatientes hacia las banderas del Tercio, los esfuerzos de racionalización chocaban con mentalidades egoístas, individualistas e interesadas de oficiales y suboficiales quienes, en vez de primar el beneficio colectivo poniendo el máximo celo a la hora de conservar el material, utilizaban este en su propio beneficio, contraviniendo las normas. Esto quedaba patente en un escrito enviado en enero de 1938 por la 2ª brigada de la 12 DI, en el que se incidía en la necesidad de no descuidar el municionamiento y el racionamiento diario de las unidades. Para ello, se había de poner especial hincapié en la configuración de los convoyes de suministros, los cuales no debían bajo ningún concepto dejar de utilizar parte de su carga útil para transportar personal, al tiempo que tampoco habían de transitar por caminos bacheados, ya que eso incrementaba exponencialmente las posibilidades de sufrir una avería.²³⁴ Por tanto, la voluntad de obtener un transporte rápido y directo a retaguardia, así como la obstinación de algunos oficiales por poner los medios del ejército a su servicio y no al revés, perjudicaban seriamente el esfuerzo bélico colectivo, agravando aún más el ya de por sí severo problema de la falta de vehículos.

De hecho, ambas cuestiones –el problema de los transportes y el egoísmo de los mandos– se combinaban hasta convertir el suministro a las tropas en un auténtico quebradero de cabeza para los responsables de intendencia. La Dirección de los Servicios de Intendencia del Ejército del Norte elaboraba en julio de 1938 una propuesta para organizar el sistema de obtención de raciones de campaña por parte de las GGUU. Estas tendían a no extraer raciones completas sino artículos sueltos, debido, por un lado, a que de forma paradójica tenían un coste menor adquiridos individualmente que en conjunto, y por otro a que mediante su selección escogida se podían «componer los ranchos de acuerdo con los gustos del personal de cada Unidad, gusto completamente diferente, por encontrarse en fila individuos de todas las regiones de España». Además del precio y del gusto particular de cada oficial encargado –algo que era contrario a la lógica de eficiencia bélica pero que podía verse parcialmente explicado por cuestiones de mora y mantenimiento de la cohesión de las unidades a través de mecanismos más allá de la mera disciplina–, a ello contribuían también las interrupciones en los transportes por diversas causas, que gene-

²³² Anónimo: *Artillería de Mallorca...*, entradas del 31 de diciembre de 1937 y del 2 de enero de 1938.

²³³ *Ibidem*, entradas del 13 de junio y del 20 de noviembre de 1938.

²³⁴ AGMAV, C. 1557, 68. 12 DI, “Orden de la 2ª Brigada recomendando que las Unidades no descuiden su municionamiento”, enero de 1938.

raban carencia de determinados productos en los almacenes. Por tanto, la desorganización, la falta de sentido de ciertas cuestiones (el hecho de que una ración completa costase más que todos los artículos de la misma por separado), la precariedad de medios y el individualismo del que pecaban los oficiales encargados de la intendencia de las unidades complejizaba mucho más de lo necesario un sistema vital para el esfuerzo de guerra sublevado. Sin ir más lejos, la intendencia del Ejército del Norte se quejaba de que estas prácticas impedían calcular con precisión los productos que había que reponer en los almacenes, dificultaban los reabastecimientos y derivaban en el desperdicio de artículos que se descomponían sin ser extraídos. Por ello, en un intento de racionalizar la cuestión, ahorrar dinero y simplificar el suministro a las unidades para así maximizar la eficiencia del precario y castigado sistema de transportes se obligaba al consumo de raciones completas las cuales, eso sí, habían sido rebajadas de precio. Se establecía un tipo fijo para las raciones, ya que el precio de los productos sufría variaciones significativas en función de su lugar de obtención, lo que nos sitúa de nuevo ante el aprovechamiento de la guerra por parte de las poblaciones locales.²³⁵ Ante un despliegue de efectivos masivo como el de ambos ejércitos durante la Guerra Civil, los diversos productores de todo tipo de artículos, así como cualquiera con capacidad y medios para proveer un servicio demandado por las tropas (alojamiento, comida, ocio, transporte, etc.), se afanaban en aprovechar las oportunidades que les ofrecía la guerra, máxime una poco organizada y normativizada como la de 1936-1939.²³⁶

Estos mismos intentos de racionalización afectaban también a otra cuestión clave para los combatientes, como era el suministro de prendas de vestir y uniformes. El vestuario de los soldados adolecía de problemas muy similares a los vistos hasta ahora con

²³⁵ AGMAV, C. 1293, 61. Ejército del Sur, “Suministros. Minuta para una propuesta”, julio de 1938. El fragmento citado en p. 1. El hecho de que este escrito, perteneciente como veíamos al Ejército del Norte, esté archivado dentro de la información relativa al del Sur puede significar que o bien hubo un error a la hora de guardarse, o bien era una propuesta que fue remitida a otras GGUU por existir problemáticas similares en todo el contingente sublevado. Considerando la línea argumental que vengo desarrollando a lo largo de toda esta parte, y especialmente en este capítulo, me inclino por lo segundo, ya que sería muy extraño que un problema de estas dimensiones se confinase a un solo ejército en particular. Además, en el escrito se hace mención a que los «Generales en Jefe de los tres Ejércitos» se reunieron para discutir la cuestión de las raciones, lo que reforzaría la idea de que se trataba de un problema generalizado. El mismo problema de variaciones considerables del precio se daba en las prendas de los soldados, las cuales eran más caras o más baratas en función de lugar en que eran confeccionadas, lo que afectaba a la economía de las unidades. Para solucionarlo, los servicios de intendencia realizaron una unificación de precios. Véase AGMAV, C. 1609, 50. 16 DI, “Copia de una orden sobre el precio de las prendas”, diciembre de 1938.

²³⁶ En referencia a esto, una orden de septiembre de 1938 evidenciaba aún más la imbricación entre el despliegue de las unidades, sus necesidades y el florecimiento de las economías locales. El Ejército del Sur decretaba el establecimiento de cuatro mercados «servidos de primera intención pos la industria particular» para las divisiones que combatían en la zona oriental de Extremadura, en los cuales se suministrarían productos frescos como fruta, huevos, verduras, pescado y carne. Paralelamente, se prohibía el envío de vehículos a retaguardia para obtener dichos artículos, lo cual evitaba «el perjuicio de invertir contingente de personal en cometidos que restan combatientes a las Unidades y cortando radicalmente el daño que se origina al Ejército y al Estado con el grave y constante desgaste de [...] camiones [...] y el consumo de una cantidad alarmante de gasolina». De esta forma se conseguía un objetivo triple: se economizaban hombres, combustible y material; se dotaba a los combatientes de una alimentación de mayor calidad; y se favorecía a los productores locales, quienes encontraban salidas a la tremenda dislocación producida por la guerra. Véase AGMAV, C. 1696, 36, p. 8. 24 DI, “Orden para la organización de Mercados para que las Unidades adquieran suministros frescos”, septiembre de 1938.

el armamento, la alimentación o los transportes: una descoordinación absoluta en lo relativo al funcionamiento global del sistema y la falta de cumplimiento de las órdenes que daban sus responsables, lo que siguiendo la tónica general creaba unas marcadas desigualdades entre las diferentes unidades. Un telegrama enviado por el CGG en diciembre de 1937 advertía de las dificultades que tenía la industria textil para hacer frente a la demanda de prendas destinadas a los combatientes debido al elevado número de efectivos movilizadas, por lo que exigía que se observase una cuidadosa economía en el vestir. De hecho, la incapacidad de atender los pedidos hacía que algunas formaciones estuviesen equipadas en exceso al mismo tiempo que otras no tuviesen ropa de abrigo.²³⁷ En sus memorias, el voluntario Fernando Fernández de Córdoba ilustra esta cuestión reconociendo abiertamente los problemas de equipamiento de su unidad y cómo afectaban directamente a los combatientes. Además, su relato se sitúa en el otoño de 1936, lo que acrecentaba aún más el contexto de desorganización y desigualdad que describía, dado el carácter profundamente provisional de la estructura de servicios e intendencia del ejército rebelde:

«A medida que avanzaba septiembre se iba dando a conocer el frío, que especialmente por las noches se hacía muy intenso; era necesario proveer a las fuerzas de las prendas de abrigo correspondientes y se tropezó con una dificultad: se carecía de calzado y la mayoría de los muchachos todavía usaban alpargatas, que era imprescindible sustituir por las fuertes botas montañeras.»²³⁸

En este sentido, cabe imaginarse el trauma añadido de tener que soportar temperaturas invernales extremas en posiciones poco guarnecidas del frío y en las que además se carecía del mínimo material de invierno, teniendo que andar ataviado con unas simples alpargatas en vez de con unas botas que evitasen la congelación de los pies.²³⁹ De hecho, esto enlaza con lo que veíamos anteriormente respecto a las unidades de Ejército del Norte desplegadas en el Alto del León y Peguerinos, y cómo se recomendaba que abandonasen esas posiciones por su nula adecuación a la nieve y las bajas temperaturas durante el invierno de 1936-1937. El frío fue un elemento que marcó la experiencia de guerra de muchos individuos, no tanto porque no lo hubieran experimentado antes sino esencialmente porque no lo habían hecho a esos niveles. El soportar temperaturas gélidas en posiciones pobremente construidas y sin el equipamiento necesario era algo que eternizaba el tiempo y que desgastaba en extremo a los soldados, tanto física como mentalmente. De ello da

²³⁷ AGMAV, C. 1824, 8. 75 DI, “Vestuario. Necesidades y distribución”, diciembre de 1937. Pese al esfuerzo realizado por las autoridades rebeldes, especialmente en el sur donde la producción textil se triplicó en el periodo que duró la guerra, la carestía de ropa fue habitual. Véase Michael SEIDMAN: *La victoria nacional...*, pp. 178-179.

²³⁸ Fernando FERNÁNDEZ DE CÓRDOBA: op. cit., p. 92. En este sentido, el propio CGG era consciente de la imperiosa necesidad de establecer una rotación más elevada de las fuerzas desplegadas en posiciones batidas por el frío, aun a pesar de la escasez de tropas –respecto a la amplitud de los frentes que cubría– que afectó al contingente rebelde durante toda la guerra. Véase AGMAV, C. 2584, 21. CGG, “Decisión del Generalísimo para el General Jefe del E. del Norte. Día 19”, diciembre de 1936.

²³⁹ No en vano, el falangista Fernando Martínez Grana recordaba muy crudamente en sus memorias el castigo que la guerra y la climatología imponían a los pies de los soldados: «Pies hinchados, deformes, sangrando, destrozados por la humedad, por el barro, por el frío y, sobre todo, por aquellos viajes que aún atormentan nuestro recuerdo.» Véase Fernando MARTÍNEZ GRANA: op. cit., p. 54.

buena cuenta el falangista canario Prudencio Doreste en sus memorias, dejando claro el peaje que el frío cobraba entre los miembros de su centuria y cómo nadie podría haberse preparado en modo alguno para una experiencia tan dura como aquella:

«Corrían ya los últimos días del mes de noviembre y el frío se había hecho insoponible. Grippe [sic], bronquitis y sabañones se habían declarado nuestros enemigos, y, a diario, nos producían en nuestras filas de tres a cuatro bajas temporales. [...] No estábamos preparados para aquella contienda y sufríamos las consecuencias.»²⁴⁰

Los problemas que veíamos que acuciaban a la industria textil del bando rebelde a finales de 1937 resultaban especialmente graves en un invierno como el que sobrevino aquel año, uno de los peores de todo el siglo XX en España y que además tuvo como protagonista a la batalla de Teruel. En mitad de este enfrentamiento se decretó la creación de un almacén de prendas de abrigo en la retaguardia del Ejército del Norte, el cual estaba enfrascado en los combates en torno a la ciudad aragonesa. Una medida que llegaba en el mes de febrero, habiendo tenido que estar los soldados combatiendo durante casi dos meses sin contar con el equipo adecuado para soportar las bajísimas temperaturas.²⁴¹ De este modo, la exposición a las inclemencias del tiempo era absoluta, incrementando exponencialmente las posibilidades de morir o sufrir secuelas de por vida –como la amputación de alguna extremidad. Un problema que en buena medida era consecuencia de la incapacidad de la intendencia sublevada de abastecer a todas las fuerzas de su ejército. Esta cuestión dejó una profunda huella en la memoria de los soldados que participaron en la batalla de Teruel. Es el caso del falangista Fernando Martínez Grana, combatiente de la 3ª Bandera de FET de Asturias, encuadrada en la 83 DI. Esta unidad se había desplegado desde finales de 1937 en Aragón, si bien tras la caída de Teruel fue enviada al sector del río Alfambra, combatiendo allí a lo largo de todo el mes de febrero. Durante esas jornadas el frío definió la línea que separaba la vida y la muerte, incluyendo esta última también a los mutilados por congelación. En una España arrasada económica y materialmente como la de la posguerra, estar incapacitado para trabajar y depender de cuidados médicos periódicos suponía una condena casi segura a la mendicidad y a un sufrimiento constante pese a la posible pensión estatal como excombatiente.²⁴² Como veíamos para otros casos, Martínez Grana narraba un recuerdo muy vívido y traumático del frío turolense, alimentado además por la impotencia de ver morir a los camaradas sin poder hacer nada para evitarlo y siendo plenamente consciente de que la mañana seguramente traería la muerte de algún amigo o conocido:

«Todavía algunos no perdieron la huella física de los fríos tan fríos de Teruel. A veinte grados en las trincheras de tierra llana y a veinticuatro y hasta veintiséis en

²⁴⁰ Prudencio DORESTE: op. cit.g, p. 66.

²⁴¹ David ALEGRE LORENZ: *La batalla de Teruel...*, p. 353. Igualmente, Vicente AUPÍ: *El General Invierno y la batalla de Teruel. El impacto de los crudos temporales de frío y nieve de 1937-38 en el episodio central de la Guerra Civil Española*, Teruel, Perruca, 2015.

²⁴² Véanse Francisco J. LEIRA CASTIÑEIRA: *La socialización de los soldados del ejército sublevado...*, capítulo 6; Ángel ALCALDE: *Los excombatientes franquistas...*, pp. 113-139; y Stephanie WRIGHT: “Los mutilados de Franco...”, pp. 75-92.

las posiciones altas, montañosas. [...] Se llevan las manos a la atónita cabeza comentando que en Finlandia, y en plena zona glacial, se lucha a treinta o más, bajo cero. Y no se dan cuenta sin embargo, que a poco menos hemos tenido nosotros, meridionales de Europa –los combatientes todos del Cuerpo de Ejército de Galicia,– que montar guardias y avanzar combatiendo. Cuántas veces por no moverse para no hacer ruido y servir mejor de receptor, el escucha que solo podía hacer unos minutos de guardia fuera del parapeto, fue encontrado rígido helado, pero en su puesto.

Sólo en Cerrogordo hemos tenido nosotros más de cincuenta casos de congelados. Muchos tuvieron que evacuarse con los pies y manos inmóviles, cuando no ya todo el cuerpo yerto... Y muy pocos consiguieron volver a incorporarse en fechas sucesivas.»²⁴³

Las dificultades experimentadas por la industria textil que abastecía a las fuerzas rebeldes se extendieron hasta al menos bien entrado el año 1938, tal y como nos muestran múltiples informes del CGG. Esto evidenciaba, como venimos viendo, la imposibilidad del bando sublevado de construir una estructura de apoyo y suministro al ejército acorde al tamaño de este, lo cual no se conseguía ni en momentos donde la balanza estaba claramente inclinada en su favor. Pasado el primer tercio del penúltimo año de la guerra, con el EPR habiendo perdido sus mejores unidades en Teruel y con la ofensiva de Aragón en marcha de forma arrolladora, las unidades rebeldes todavía seguían adoleciendo de una amplia gama de problemas arrastrados desde los inicios del conflicto. Así queda reflejado en una orden emitida en abril de 1938 por el CGG, concretamente su sección de intendencia, la cual suspendía el suministro de tejidos a todas aquellas entidades, instituciones y particulares a excepción del ejército, con la finalidad de cubrir las necesidades derivadas de los frentes.²⁴⁴ Atendiendo a lo marcado por esta orden, los problemas de finales del año anterior vemos que seguían presentes, teniendo que empeñar toda la industria textil al completo para intentar paliarlos, algo que nos permite ver la dimensión total de la movilización en el conflicto español. No en vano, aquí se observa la otra cara de la moneda de una cuestión que mencionaba antes. Mientras que algunas economías locales aprovechaban el conflicto para hacer negocio con el suministro a las tropas, otras veían afectadas sus actividades por las requisas decretadas por las autoridades militares. De hecho, en la mencionada orden se indicaba que la importación era el camino que debían seguir aquellos perjudicados por la reorientación de la industria textil.

No obstante, no solo era una escasez de materia prima o capacidad industrial lo que impedía atender toda la demanda del conjunto de la masa combatiente, sino que como en prácticamente todos los demás aspectos del funcionamiento del ejército rebelde la desorganización y la falta de observancia de las directivas y, en definitiva, de las lógicas más elementales tenían su parte importante en el proceso. Paradójicamente en cierto modo, en abril de 1938 el CGG enviaba una circular advirtiendo a sus unidades de que

²⁴³ Fernando MARTÍNEZ GRANA: op. cit., p. 54.

²⁴⁴ AGMAV, C. 2580, 111. CGG, EM, “Suspendiendo autorizaciones para suministro de tejidos”, abril de 1938.

los soldados no debían abandonar las prendas de abrigo, sino que estas habían de recogerse para ser reutilizadas de nuevo con la llegada del frío unos meses después, amenazando con castigos a los que no cumplieren la orden.²⁴⁵ Considerando la experiencia traumática que supuso el invierno para la gran mayoría de los combatientes, y teniendo en cuenta que una gran parte de ese padecimiento vino producido por la falta de equipamiento adecuado, resulta sorprendente que abandonasen sin más el material en vez de preocuparse de entregarlo a los servicios de intendencia, tal y como estaba estipulado.²⁴⁶ Sin embargo, en esta ecuación ha de introducirse la variable de las particulares lógicas que funcionaban a ras de suelo en el frente, las cuales distaban mucho de la panorámica cenital que se tenía en los cuarteles generales. Para el combatiente, cargar con la manta y el capote en el mes de abril, cuando ya casi nunca se empleaban, era un estorbo más que otra cosa. Como veíamos antes, el falangista Martínez Grana reflejaba de una forma muy literal los efectos brutales que la guerra tenía sobre el cuerpo de los soldados. En este sentido, acarrear un equipo que no se iba a utilizar y que incrementaba el peso de toda la impedimenta –y por ende el castigo físico sobre el que la llevaba–, dificultado además los movimientos en una potencial situación de combate, era contraproducente en ese determinado momento, por mucho que unos meses después la manta y el capote abandonados en el camino marcaran la diferencia entre la vida y la muerte. Pero la guerra era un proceso de supervivencia constante, de adaptación a unas circunstancias en permanente evolución, lo que hacía que las lógicas de los combatientes y de los altos mandos entrasen en conflicto. Por ello, el ya de por sí extendido caos se complejizaba aún más teniendo que armonizar las diferentes realidades en las que se materializaba la guerra para unos y otros.

En cualquier caso, varios documentos fechados entre abril y diciembre de 1938 nos muestran que la desorganización continuó siendo un problema endémico difícil de solventar con los escasos medios empleados para revertir unos vicios muy enraizados en la forma de operar de las unidades. Ante esto, y de un modo similar a como veíamos para el caso del armamento o los productos alimenticios, los soldados se las ingeniaban para completar sus equipos con material no reglamentario, ya fuese civil o enemigo, utilizando de nuevo estrategias de supervivencia sobre el terreno. Tal era la dimensión de estas prácticas que en el mes de abril la 1ª brigada de la 15 DI enviaba un recordatorio a sus integrantes acerca de la prohibición de portar prendas de cabeza enemigas, cuyo uso parecía extendido. Su empleo ya había generado «accidentes desagradables producidos por confusión» y, además, socavaba el creciente esfuerzo invertido en establecer un control más férreo sobre la retaguardia debido a la presencia de partidas de milicianos republicanos y de espías que iban y venía entre las líneas.²⁴⁷ Quizá las dificultades de la industria habían

²⁴⁵ AGMAV, C. 2580, 115. CGG, EM. “Circular sobre recogida de prendas de abrigo”, abril de 1938.

²⁴⁶ Otra posibilidad era que fuesen vendidas en retaguardia por soldados de permiso, tal y como se hacía con las mantas capturadas a los republicanos. Este tipo de mecanismos de búsqueda de beneficio personal fueron habituales a lo largo de todo el conflicto como veremos, y a menudo contravenían las órdenes establecidas. Véase Michael SEIDMAN: *La victoria nacional...*, p. 182.

²⁴⁷ AGMAV, C. 1598, 61. 15 DI, “Orden prohibiendo uso de prendas de cabeza pertenecientes a milicianos rojos”, abril 1938. Diversas otras unidades, como los combatientes marroquíes, se veían afectadas también por la carestía de prendas, teniendo que recurrir a las abandonadas por los republicanos. Esto generaba desaprobación entre los mandos, pues se asociaba esa forma heterogénea de vestir con el desorden y el caos

dejado sin prendas a los miembros de la 15 DI, si bien tampoco se puede descartar que estos vieran los gorros milicianos como algo más cómodo y llevadero que un casco metálico. No en vano, la funcionalidad siempre era una cuestión clave en el día a día del soldado, tal y como veíamos con el caso del abandono de mantas y capotes. Sin embargo, al final prevalecieron las directrices destinadas a uniformizar el vestuario de los combatientes sublevados, tanto por las cuestiones antes mencionadas como por el hecho de que esa uniformización constituía un mecanismo de control, disciplina y autoridad. Más sutil que otros, desde luego, pero con la misma finalidad al fin y al cabo.

De cualquier modo, respetar esa uniformidad no resultaba una tarea fácil para los soldados, pues los desequilibrios en el abastecimiento de las diversas unidades seguían presentes, tal y como veíamos que lo estaban tan solo unos meses después del inicio del conflicto. En un escrito del CGG a varias GGUU en octubre de 1938 se advertía de los enormes contrastes observados en los pedidos de prendas, que incluso llegaban a suponer una diferencia de más del doble entre unas y otras. Esto se explicaba por las «negligencias e inmoralidades observadas» en el uso que les daban los soldados y en cómo era administrado el servicio por sus responsables, de tal modo que a partir de ese momento se establecería un férreo control sobre los pedidos, desechando aquellos que no se considerasen racionales.²⁴⁸ En buena medida, esto refuerza la idea que planteaba antes acerca de la falta de solidaridad entre los encargados de los distintos cuerpos y unidades. El acaparamiento del que hacían gala siguiendo una lógica netamente individualista lastraba el esfuerzo colectivo, un problema recurrente y difícil de erradicar aun a pesar de encontrarnos en un momento tan favorable y tardío de la guerra. De hecho, y tal y como abordaré en los siguientes capítulos, esto era también explicable por el miedo de los oficiales a fracasar en sus objetivos o sufrir un revés en el campo de batalla. Teniendo una tropa bien abastecida y con reservas, aunque eso significase que otra unidad en otro lugar no lo estaba en absoluto, incrementaban las posibilidades de ofrecer un buen rendimiento en el combate, en tanto en cuanto la guerra es un ejercicio de equilibrios físicos y mentales en la que cada detalle resulta decisivo. Dado el cuestionamiento personal que acompañaba a una mala actuación en el frente, el miedo a ese perjuicio se imponía al *esprit de corps* generando un comportamiento egoísta en una especie de “sálvese quien pueda”.

Precisamente, la historia operacional del ejército sublevado nos brinda diversos ejemplos de cómo todas estas cuestiones relativas al armamento, la sanidad, el suministro de víveres o al abastecimiento de prendas de vestir confluían en la experiencia de guerra de los combatientes, determinando en buena medida sus posibilidades de resistencia, lo que en definitiva significa sus opciones de mantenerse con vida. Una muestra de ello la encontramos en el ataque republicano a las posiciones de “Sierra Noria”, situadas en el sector de Peñarroya y defendidas por efectivos de la entonces llamada división del Norte del Guadalquivir y que posteriormente pasó a denominarse como 22 DI.²⁴⁹ Tras varios

con los que se identificaba ideológicamente a la Segunda República. Véase Michael SEIDMAN: *La victoria nacional...*, pp. 179-180.

²⁴⁸ AGMAV, C. 2580, 148. CGG, EM, “Instrucciones sobre pedido mensual de prendas”, octubre de 1938.

²⁴⁹ Carlos ENGEL: op. cit., p. 79. Este es un nuevo ejemplo de la complejidad inherente a la denominación de las fuerzas sublevadas, lo que a su vez incide en la idea de la improvisación y la desorganización que discurrían paralelas a la conformación del ejército de masas. En el caso que nos ocupa, el documento al que voy a hacer referencia no menciona el nombre o número de la división involucrada, sino que simplemente

tiras y afloja con las fuerzas republicanas, la posición fue definitivamente perdida y se inició un procedimiento judicial en averiguación de los motivos que habían llevado a la retirada de las unidades, así como para determinar si podía incoarse algún proceso penal contra los oficiales responsables de las mismas. En el informe se indicaba que los republicanos habían atacado con un gran número de efectivos, en torno a cuatro o cinco batallones, apoyados por artillería, varios tanques y abundantes armas automáticas. Esto, unido a la desmoralización de las tropas tras haber sufrido un revés los días anteriores, hizo que la posición fuera abandonada, si bien se consiguió recuperarla con el refuerzo de una sección de Regulares, que para controlar la situación «llegaron a tirar contra sus soldados».²⁵⁰ Sin embargo, mediante un contrataque los republicanos consiguieron recuperar “Sierra Noria”, tras lo cual se decidió no hacer un nuevo intento por conquistarla. Precisamente, a la hora de tomar esa determinación entró en juego la cuestión que he estado discutiendo a lo largo de este capítulo. Pese a reiteradas peticiones, las unidades rebeldes no habían sido reabastecidas y estaban prácticamente sin municiones ni suministros, no habiendo apenas comido en dos días de combates. De hecho, los transportes con municiones habían sido enviados, pero el primer día se perdieron por el camino, teniendo que volver a Peñarroya, y en el segundo aún no habían llegado al frente cuando se desestimó un nuevo asalto a la posición.²⁵¹ Por ende, la desorganización existente en la retaguardia sublevada tuvo un efecto considerable en el frente, pues conllevó la pérdida de una posición importante y dejó en inferioridad de condiciones a los soldados que la defendían, lo que incrementaba las posibilidades de morir o ser herido.

Este ejemplo, al mismo tiempo, permite dotar incidir sobre la cuestión que planteaba en la introducción respecto a las unidades desplegadas en frentes estáticos, como la 17 DI que mencionaba. La falta de material básico –como armas, suministros o vestuario– y los problemas recurrentes en el despliegue táctico de las unidades –posicionamiento, construcción de fortificaciones, distribución de las reservas–, por muy endémicos que fuesen y por mucho que los soldados conviviesen con ellos diariamente, no dejaban de generar un peso de preocupación y sufrimiento, el cual podía desbordarse en cualquier momento en caso de que el enemigo decidiese explotar las debilidades de la línea. Como se ve para el ejemplo de la posición “Sierra Noria”, las unidades allí apostadas ya habían sufrido una derrota en los días previos, a la que casi con toda probabilidad habían coadyuvado las precarias condiciones de material, armamento y personal que afectaban a la

se indican los nombres de las subunidades que defendían la posición –dos compañías de Regulares de Ceuta, una compañía del Regimiento de Castilla (el nº 6), una centuria de Huelva y una compañía de ametralladoras–, englobadas dentro de un ente de difícil ubicación en el organigrama castrense como el “Sector Norte del Guadalquivir”. Por ende, en numerosas ocasiones resulta muy intrincado deshilvanar la maraña de nombres y numeraciones que se aplicaba a unidades que se constituían, disolvían y reorganizaban al calor de lo que marcaban las necesidades del frente, y conforme se iba construyendo una estructura más racional en el seno del ejército.

²⁵⁰ De forma complementaria a lo que se pretende ilustrar con este informe podemos ver también una cuestión clave en la organización del ejército rebelde, como es el empleo de tropas africanas para asegurar la cohesión y la disciplina del resto. Si bien esto no fue una práctica recurrente, no siendo desde luego ese el principal papel de los Regulares, sí se dio en determinados momentos, como el del caso que nos ocupa. La especial naturaleza de estas unidades y combatientes, diferenciados del resto, y la imagen mítica construida en torno a su brutalidad permitían su uso como instrumento de disciplina.

²⁵¹ AGMAV, C. 1255, 23. Ejército del Sur, “Informaciones instruidas en averiguación causas de abandono de posiciones “Sierra Noria” y “Castillejos”, abril de 1937.

práctica totalidad de las formaciones sublevadas. Este hecho comportó la desmoralización, rápida según se infiere del documento, de los combatientes, conscientes de lo expuesto de su situación, agravada a su vez por los problemas de suministro y de abastecimiento de municiones que sufrieron durante la defensa de “Sierra Noria”. Lo cual, en última instancia, determinó la pérdida definitiva de la posición. Por ende, todo este universo material, de suministros, de servicios y, como veremos en capítulos sucesivos, de conocimientos tácticos influían decisivamente en el tipo de experiencia que vivía el soldado en el frente. Los problemas de los que adolecían las unidades que defendieron “Sierra Noria” tuvieron una traslación fundamental en el campo de batalla, en términos de muertos y heridos. De haber contado con unas mínimas condiciones materiales y de organización habrían tenido muchas más opciones de defender las posiciones que acabaron perdiendo, no siendo necesario realizar contraataques como el encabezado por la sección de Regulares, que incrementaron las bajas de la operación. Desde luego, sin disponer de los datos específicos de estos combates no se puede valorar la cuestión con mayor precisión, pero este ejemplo sí permite, enmarcándolo dentro del conjunto del capítulo, arrojar luz sobre la relación entre la estructura del ejército sublevado y la experiencia de los cientos de miles de soldados a los que tenía que sostener.²⁵²

En definitiva, la situación que los combatientes experimentaban en el frente era de una extrema complejidad y dificultad, muy alejada de cualquier visión normalizadora de una vivencia tan límite como era la de una guerra librada sin los medios adecuados para ello. A la ya de por sí traumática dimensión del combate, piedra angular de toda experiencia bélica y sus relatos, se le añadía el hecho de que el ejército sublevado no estaba preparado ni para el tipo de guerra moderna que se estaba desarrollando en España, ni para atender las necesidades de un conjunto tan numeroso de individuos, el cual desbordaba por completo sus capacidades. Bien es cierto, como ya se ha apuntado antes, que todo contingente armado muestra siempre una actitud reactiva cuando se embarca en un conflicto bélico, adaptándose a situaciones no previstas que emanan de la particular contingencia del mismo; y, del mismo modo, es también evidente que ningún ejército funciona como una maquinaria perfectamente engrasada, pues la cantidad de problemas y variables con las que ha de lidiar es tal que lo hacen imposible. Sin embargo, la improvisación con que se construyeron las fuerzas armadas rebeldes y la absoluta falta de experiencia previa a la hora de manejar movilizaciones de estas dimensiones agravaron notablemente los problemas típicos de un ejército de masas en guerra. De hecho, el nivel de

²⁵² En una revista de inspección realizada en enero de 1938 a las posiciones de la 22 DI se reportaba que el posicionamiento de sus unidades, la estructura de la línea, el establecimiento de reservas y la moral era buena. No obstante, persistían problemas en el vestuario y los medios de transporte, lo que dificultaba el abastecimiento y lastraba notablemente el movimiento de las tropas en caso de necesidad. Véase AGMAV, C. 2580, 82. CGG, EM, Ejército del Sur, “Informe sobre visita de inspección”, enero de 1938. En otra revista posterior, de mayo de ese mismo año, se continuaban apuntando deficiencias en los medios de transporte y el vestuario, concretamente para la 1ª brigada de la división, lo que evidencia la falta de solución a problemas recurrentes y perfectamente identificados. Véase AGMAV, C. 2580, 123. CGG, EM, Ejército del Sur, “Informe sobre visita de inspección”, mayo de 1938. Un caso similar es el de la 63 DI, estacionada en la cabeza de puente de Balaguer en mayo de 1938 y que, como consecuencia de su falta de medios, esencialmente armamento, cedió varias posiciones ante un contraataque republicano. Véase AGMAV, C. 1772, 15. 63 DI, “Sobre causas que motivaron la pérdida de varias posiciones de esta División”, julio de 1938.

afectación de los problemas llegó a alcanzar niveles de transversalidad, pues como planteaba prácticamente todas las unidades adolecían de uno o varios de ellos, generalmente lo segundo. Algo de lo que era plenamente consciente el ejército sublevado. No en vano, las sucesivas revistas de inspección ordenadas por el CGG a unidades, GGUU y plazas presentaban un panorama muy elocuente a este respecto.

Descontando las tres ya comentadas al inicio de este capítulo –por haberse realizado en una fecha muy temprana, la más tardía en enero de 1937, cuando el ejército de masas aún estaba en una fase muy embrionaria de construcción–, la documentación consultada aporta 15 revistas de inspección, comprendidas entre marzo de 1937 y diciembre de 1938. A través de ellas se puede fundamentar al carácter trasversal de todos los problemas que he ido desgranando en las páginas anteriores, validando de este modo como extrapolables al conjunto del contingente sublevado las conclusiones obtenidas a partir de ejemplos concretos. Precisamente, esa transversalidad se observa en la variedad de procedencias geográficas de las unidades –que a su vez presentan diversos niveles dentro del esquema organizativo del ejército rebelde– y plazas inspeccionadas. De esta forma, encontramos 10 divisiones de infantería (12, 21, 22, 23, 24, 31, 32, 52, 61 y 151), dos cuerpos de ejército (el IV y el Marroquí), un ejército (el del Sur) y cinco plazas militares (Sigüenza, Soria, Calatayud, Zaragoza, y el frente de Guadalajara, incluido en el propio documento como plaza).²⁵³ Si bien destaca notablemente el frente sur en estas revistas de inspección (sectores de Córdoba, Granada, Extremadura y Peñarroya), contamos también con unidades desplegadas en otras latitudes peninsulares como Navarra, Teruel, el Alto Tajo, Madrid, Cataluña o la reserva del Ejército del Centro. Igualmente, la presencia de divisiones y formaciones que operaban en el Sur remite fundamentalmente a una actividad estable –aunque algunas de esas divisiones participaron en combates importantes como la batalla de Valsequillo (22, 23 y 24 DI) o la de la Bolsa de la Serena (21 DI)–, si bien otras de las unidades que figuran en estas revistas de inspección analizadas tuvieron un papel más activo en determinados momentos de su vida operacional, en batallas como

²⁵³ Dado que no voy a hacer mención específica a documentos concretos, sino que voy a trazar una panorámica general, las referencias de los mismos son las siguientes, ordenadas cronológicamente e indicando entre paréntesis en caso de ser necesario la unidad o plaza a la que aluden: AGMAV, C. 2331, L. 59, 115. CGG, EM, “Revista de inspección a varias plazas militares sobre varios asuntos”, marzo de 1937; AGMAV, C. 2331, L. 59, 116. CEE, EM, “Medidas a tomar en el frente de Córdoba sobre reorganización, armamento, rectificación de línea y otros aspectos tras visita de inspección”, abril de 1936 (fuerzas del sector norte del Guadalquivir, posteriormente 22 DI); AGMAV, C. 2331, L. 59, 111. CGG, EM, “Revista de inspección a una división”, agosto de 1937 (52 DI); AGMAV, C. 2331, L. 59, 119. CGG, EM, “Revista de inspección y sugerencias para corrección de deficiencias observadas”, octubre de 1937 (61 DI); AGMAV, C. 2331, L. 59, 118. CGG, EM, “Revista de inspección y varias propuestas”, octubre de 1937 (151 DI); AGMAV, C. 2580, 82. CGG, EM, Ejército del Sur, “Informe sobre visita de inspección”, enero de 1938 (22 DI); AGMAV, C. 2580, 83. CGG, EM, Ejército del Sur, “Informe sobre visita de inspección”, enero de 1938 (23 DI); AGMAV, C. 1555, 1. 12 DI, Organización Defensiva, “Informe resumen de la revista pasada a los centros de resistencia de la 1ª Media Brigada”, febrero de 1938; AGMAV, C. 2580, 96. CGG, EM, Ejército del Sur, “Informe sobre visita de inspección”, marzo de 1938 (32 DI); AGMAV, C. 2580, 123. CGG, EM, Ejército del Sur, “Informe sobre visita de inspección”, mayo de 1938 (22 DI); AGMAV, C. 2580, 121. CGG, EM, Ejército del Sur, “Informe sobre visita de inspección”, mayo de 1938 (31 DI); AGMAV, C. 2580, 122. CGG, EM, Ejército del Sur, “Informe sobre visita de inspección”, mayo de 1938 (21 y 24 DI); AGMAV, C. 1287, 39. Ejército del Sur, “Inspecciones en el frente del IV CE”, noviembre de 1938; AGMAV, C. 2580, 153. CGG, EM, Ejército del Sur, “Informe explicando anomalías distribución fuerzas”, diciembre de 1938; AGMAV, C. 1239, 32, p. 6. Ejército del Norte, “Sobre el estado operativo del C.E. Marroquí”, diciembre de 1938.

las de Madrid (12 DI), el Jarama (12 DI), Brunete (12 DI), Belchite (52 DI), Teruel (52 y 61 DI, CE Marroquí), Alfambra (CE Marroquí), ofensiva de Aragón (61 DI, CE Marroquí), batalla del Ebro (CE Marroquí) y ofensiva de Cataluña (12 y 61 DI, CE Marroquí). Por ende, esa multiplicidad de casuísticas geográficas, operacionales y relativas al escalafón de GGUU y divisiones permiten hacer generalizables al conjunto del ejército sublevado la interpretación derivada del análisis de las mencionadas revistas de inspección.

El desgranamiento de los datos que nos ofrecen estos informes servirá como colofón al presente capítulo, pues como decía esencialmente condensan todas las problemáticas abordadas ofreciendo la medida de su incidencia real en el conjunto del ejército sublevado. Del total de 15 formaciones y plazas analizadas, 9 de ellas presentaban problemas de personal, los cuales referían tanto a falta de efectivos de tropa, de oficiales (lo que en casos como el de la 151 DI incrementaba las desertiones), empleo de oficiales en puestos superiores a su rango (24, 21 y 61 DI y CE Marroquí), carencia de médicos, ausencia de refuerzos a determinadas unidades (como las milicias), o una mala distribución de fuerzas (lo que suponía ausencia de reservas o solapamiento de unidades en determinados sectores). De igual modo, 7 tenían problemas de armamento y material de guerra (carencia de armas ligeras, pesadas y de munición para abastecerlas, habiendo otras unidades como la 151 DI que almacenaban proyectiles defectuosos, o el 8º Tabor de Regulares de Ceuta nº 3 –fuerzas del sector norte del Guadalquivir– que había sido dotado con 450 fusiles descalibrados), mientras que 8 adolecían de deficiencias en el vestuario (algunas hasta de ropa interior, como la 32 DI). Respecto al suministro general de las formaciones, 6 indicaban falta de transportes y/o ganado, al tiempo que otras 3 más reportaban problemas de abastecimiento. Considerando que ninguna unidad presentaba ambas deficiencias, podemos considerar que venían a representar la misma cuestión, siendo por ende 9 las que adolecían de esto. Por ejemplo, el CE Marroquí indicaba que la 50 DI no tenía el número de camiones necesario para considerarse una unidad en movimiento, de tal modo que no podía acometer, a juicio de su comandante Juan Yagüe, las operaciones proyectadas por el CGG. Por su parte, en 7 de las formaciones inspeccionadas se detectó la falta de material de otro tipo, como sanitario (21, 24 y 52 DI), para el almacenamiento de agua (22 DI), de obras para construir fortificaciones (32 DI) o letrinas (32 DI), así como de otras clases.²⁵⁴ De hecho, respecto al establecimiento de posiciones los inspectores reportaron problemas en 7 de sus revistas, lo que es indicativo de la falta de instrucción existente entre la oficialidad intermedia del ejército sublevado, como veremos en los capítulos sucesivos. Finalmente, 6 unidades presentaban deficiencias de otro tipo, como impagos a sus fuerzas (52 DI), el no retorno de sus combatientes heridos (52 DI, lo que quizá vendría dado por esos impagos) e instrucción y educación moral (32 y 22 DI respectivamente); de entre ellas, la 61 DI solicitaba, como veíamos antes, que se reintegrase

²⁵⁴ De hecho, el problema no solo era la falta de material sanitario, sino la desactualización del equipo que los médicos, de forma reglamentaria, debían llevar consigo: «Así, poco a poco, fui completando mi equipo y mis medios. No hubo pegas ni problemas para nada. Algo de bueno ha de tener la guerra y, sin duda, lo es lo de poder prescindir de reglamentos. Así surtí mi botiquín con lo que quise y pude suprimir de él absurdas dotaciones reglamentarias propias de las guerras carlistas, y meter, en cambio, incluso una botella de buen coñac –yo no bebo–, que prolabemente me será muy útil». AKELA [José Aznares García]: op. cit., p. 38.

a los heridos en las mismas unidades en las que habían servido, de cara a fomentar su cohesión interna.

De entre todas las revistas de inspección analizadas, únicamente en un caso, el de la 23 DI, se señalaban exclusivamente aspectos positivos: buena profundidad, buen establecimiento de reservas, moral alta y, en líneas generales, posiciones bien establecidas. Bien es cierto que en otros cuatro casos también se resaltaban buenas prácticas, como son los de la 12 DI (posiciones bien construidas y abastecidas), la 22 DI (buen posicionamiento tanto en la línea como en profundidad), la 32 DI (buenas posiciones y las reservas bien estructuradas) y las plazas militares, de las que se apuntaba que sus hospitales, salvo el de Sigüenza, se encontraban en óptimas condiciones. Sin embargo, la tónica general sigue apuntando a unas deficiencias mucho mayores que las cuestiones bien implementadas. Además, si observamos la evolución cronológica del número de fallos detectados en las revistas de inspección vemos cómo no se produjo un descenso demasiado significativo de los mismos entre 1937 y 1938. En el primer año el promedio de errores por inspección era de 4, mientras que en 1938 se redujo a 3.3, algo que no resulta especialmente llamativo si consideramos toda la experiencia acumulada por el ejército rebelde a esas alturas de la guerra y la superioridad en términos militares que se reflejaba en el campo de batalla. Lo cual, nuevamente, apunta a dos cosas. Por un lado, a una falta de medios recurrente y a la incapacidad del esfuerzo bélico sublevado de manejar un conjunto tan ingente de efectivos. Y, por otro lado, a un pobre nivel de instrucción en los cuadros intermedios del ejército, que reproducían vicios y malas prácticas en un contexto dominado por el miedo al fracaso y por un significativo individualismo a la hora de planificar las operaciones militares. Al final, los que terminaban por padecer en sus carnes toda esta gigantesca problemática no eran otros que los combatientes. Los errores en la cadena de mando, la desorganización del suministro, la mala calidad de armas y proyectiles, el desconocimiento táctico o la simple falta de prendas de vestir restaban opciones de supervivencia al soldado raso. Como ya hemos visto, en diversas ocasiones todos estos fallos se combinaban para acabar por generar más bajas entre una tropa ya de por sí castigada por una brutal contienda. Una experiencia de sufrimiento y trauma que dejó una honda huella en el recuerdo de muchos de los individuos que combatieron en España, tal y como relataba en sus memorias el voluntario inglés Peter Kemp durante el duro invierno turoloense de 1937-1938:

«Entonces empezó a nevar. La temperatura bajó hasta veinte grados centígrados bajo cero. El avance era imposible. Sorprendidos por la nevada, a campo abierto, a una altitud de más de tres mil pies sobre el nivel del mar, sin abrigo, sin uniformes de invierno, sin posibilidad de encender fuegos, los nacionalistas sufrieron más bajas durante los siguientes tres o cuatro días por el frío que por la acción enemiga.»²⁵⁵

²⁵⁵ Peter KEMP: op. cit., p. 157.

Capítulo 3

Los problemas de construcción del ejército de masas II. Una deficiente instrucción

Los fallos estructurales de los que adolecía el ejército sublevado pusieron en serios aprietos su capacidad operacional, al tiempo que hicieron aún más dura y traumática la experiencia diaria de los centenares de miles de combatientes que lucharon bajo sus banderas. No obstante, las deficiencias que se han ido señalando, y los problemas del contingente rebelde en general, no solo tenían su origen en cuestiones estructurales y de incapacidad material de sustentar una movilización tan masiva, sino que también estaban muy condicionados por el material humano encargado de mover los engranajes de esa inmensa maquinaria de guerra, tanto en el frente como en la retaguardia. Como también he apuntado, la proliferación de toda una serie de actitudes individualistas y egoístas entre todos los niveles del escalafón de mando –y seguramente también entre los propios combatientes, si bien esto dejó un rastro mucho menor a nivel documental y memorialístico– lastraron el esfuerzo colectivo, imposibilitando una mayor y mejor organización de todos los recursos a disposición del bando insurgente. Estas actitudes pueden relacionarse, por una parte y como veremos en un capítulo posterior, con el miedo al fracaso, estrechamente ligado con la propia consideración personal dentro de un esquema de masculinidad heroica en el que cualquier retirada, aun estando justificada desde un punto de vista militar, se consideraba como síntoma de un mal oficial y, por ende, de un cobarde. Sin embargo, además de esta concepción heroica de la masculinidad, el acaparamiento de materiales por miedo a sufrir un revés en una operación tenía también como base una falta de instrucción endémica que hacía que soldados y oficiales no dispusieran de los mínimos conocimientos con los que afrontar la contienda, más si cabe una novedosa –para las armas españolas– guerra moderna. Esto tuvo una especial incidencia en el combate en el frente, pues se arrojó a multitud de individuos a las trincheras sin que en ocasiones hubiesen disparado un solo tiro de fusil con munición real. La falta de preparación de reclutas y oficiales complejizó e hizo más traumática la experiencia de guerra de los soldados, pues como siempre fue sobre ellos sobre los que recayeron las consecuencias últimas de este problema. Además, el choque brutal que suponía la entrada en combate para individuos inexperimentados que apenas tres semanas antes no habían sido aún movilizados generó un miedo particular entre estos reclutas, lo que les llevó a buscar apoyo y refugio entre los veteranos de las unidades. De este modo, a las políticas de cohesión de nuevas formaciones implementadas por el CGG, mezclando reclutas con combatientes curtidos, se sumó la erección de estos veteranos como figuras de referencia para los nuevos soldados, lo que permitió que se pudieran compartir y socializar los valores esenciales de la cultura de guerra construida en el frente. Por ende, el miedo fue también un factor clave para entender el proceso de socialización ideológica acontecido en las trincheras de la Guerra Civil Española.

El problema de la instrucción de los combatientes fue una cuestión recurrente durante todo el conflicto, si bien por motivos cambiantes. El estallido de la contienda merced

al fracaso del golpe espoleó una movilización voluntaria de decenas de miles de individuos que formaban parte de las milicias contrarrevolucionarias, o que no eran miembros activos pero sí gravitaban en torno a este espacio político. La pertenencia a esas milicias durante la etapa republicana comportó generalmente la adquisición de un paquete básico de instrucción paramilitar, que si bien no era equiparable a la militar al menos sí otorgaba unas nociones básicas para el combate.²⁵⁶ A lo que había que sumar, también, el hecho de que no pocos individuos hubiesen pasado ya por el servicio militar obligatorio, que igualmente les habría ofrecido unos rudimentos elementales.²⁵⁷ No en vano, diversas memorias de combatientes falangistas o requetés recuerdan ese periodo de instrucción previo, no tanto como base para su posterior desempeño en la guerra –aunque también en cierto modo– sino más bien desde una perspectiva de mitificación del combate constante por la patria, presentándose de hecho como los precursores de la movilización total. El falangista Fernando Martínez Grana rememoraba la continua labor, tanto antes como durante la guerra, de «las Falanges locales, de vida lenta antes y desarrollo eruptivo entonces, [que] enseñan nociones elementales de instrucción militar».²⁵⁸ Del mismo modo, José María Molinet, oficial de complemento alistado en el 106º Batallón del Regimiento de Gerona nº 18 (105 DI) y en el Tercio de Nuestra Señora de Montserrat (74 DI), evocaba el hastío de los requetés cuando tenían que ejercitarse en retaguardia, así como su rapidez a la hora de acudir al frente en cuanto fueron requeridos. Más allá de la mitificación del papel de esta milicia en la guerra y en el combate por España, su testimonio refuerza esa idea de la instrucción paramilitar previa con la que no pocos combatientes acudieron al frente, sobre todo en los primeros meses de conflicto: «Aquellos hombres que se aburrían y protestaban en los periodos de instrucción a retaguardia, en cuanto sonó el primer tiro y contemplaron al primer caído, dejaron de ser simples soldados para convertirse en fanáticos guerreros, aspirantes a mártires.»²⁵⁹

Sin embargo, esa fase de formación miliciana comportaba igualmente toda una serie de problemas que luego se trasladaron al frente. Por un lado, no constituía un programa de entrenamiento profesional capaz de alcanzar por igual al conjunto de los integrantes de las milicias de los distintos partidos, por mucho que diversos profesionales como José Enrique Varela, Ricardo de la Rada y Lisardo Doval –un militar, un exmilitar y un capitán de la Guardia Civil respectivamente– colaborasen en el diseño y perfeccionamiento de la instrucción.²⁶⁰ Y, de igual modo, al no ser el ejército una institución fami-

²⁵⁶ En línea con el proceso de brutalización de las formas políticas que algunos autores han subrayado, esta formación paramilitar vendría a representar un paso más en la progresiva escalada dialéctica y de enfrentamiento acontecida durante los años de la Segunda República. Véase Eduardo GONZÁLEZ CALLEJA: “Experiencia en combate. Continuidad y cambios en la violencia represiva (1931-1939)”, *Ayer*, 76 (2009), pp. 37-64.

²⁵⁷ Sobre el servicio militar en España véase Fernando PUELL DE LA VILLA: *El soldado desconocido...*

²⁵⁸ Fernando MARTÍNEZ GRANA: op. cit., p. 17.

²⁵⁹ José María MOLINET: *Memorias del Teniente Molinet del Tercio de Requetés de Nuestra Señora de Montserrat en el Cincuentenario de su actuación en la Guerra de Liberación del Movimiento Nacional, 1936-1939*, Edición del autor, [1989], p. 102

²⁶⁰ Paul PRESTON: *El holocausto español...*, p. 99. La colaboración entre militares profesionales y miembros de las milicias para la instrucción de combatientes prosiguió, y de hecho se incrementó, una vez iniciada la guerra. Así, no pocos militares retirados o reservistas, que por su edad u otra condición no podía

liarizada ni preparada para la guerra moderna, los individuos formados en el ámbito miliciano hubieron de enfrentar los mismos problemas de adaptación que el resto de los combatientes conscriptos y más aún si cabe que los militares en activo en ese momento, pues algunos de estos podían haber operado conjuntamente, si bien de forma muy esporádica, con armamento moderno como aviación, artillería o blindados. Esto quedaba evidenciado en diversas directivas dirigidas a las columnas en operaciones a lo largo de la segunda mitad de 1936, en las que se recalcan las deficiencias de instrucción que presentaban sus combatientes, la necesidad por tanto de incrementar esta, y lo rudimentario y escaso de los programas de formación de suboficiales puestos en marcha por el ejército sublevado. Por ejemplo, la columna Los Arcos, compuesta esencialmente por milicianos de Falange y el Requeté, fue la destinataria de dos órdenes relativas a la formación militar de sus integrantes en octubre y noviembre de 1936.²⁶¹ En la primera, se exigía a los oficiales instruir a los miembros de la columna en las cuestiones básicas del combate, no ya en lo que respectaba a movimientos sobre el terreno o tácticas elementales de aproximación, sino a cómo disparar correctamente, cómo cubrirse con el terreno y cómo organizarse en secciones, pelotones y escuadras. Se les instaba, de hecho, a disparar solo cuando tuviesen un blanco claro y a apuntar con el alza correcta, pues de lo contrario se desperdiciaban municiones ineficazmente. Además, se hacía hincapié en que se les enseñase a mantener limpios sus equipos y a distinguir entre los elementos de suministro y municionamiento más esenciales, como cartuchos de fusil y de ametralladora.

La necesidad de volver a los aspectos más rudimentarios del combate demuestra las notables deficiencias del entrenamiento que los milicianos habían recibido durante la época republicana. No por nada, no era lo mismo el contar con una estructura de instrucción estable, experimentada y con capacidad de poner en práctica los conocimientos en escenarios como el del Protectorado, que realizar ejercicios de formación con medios limitados y sin ninguna posibilidad de vivir una situación de combate real. De hecho, el problema no solo radicaba en la falta de habilidad en el disparo, las coberturas o el tratamiento del equipo, sino que el entrenamiento miliciano, por esa dimensión plenamente simulada debido al contexto en el que se desarrolló, no podía ofrecer los elementos esenciales de la experiencia bélica en lo que respecta a la gestión del trauma y a la superación del brutal choque que suponía la guerra. Por ello, además de corregir cuestiones técnicas también se habían de subsanar problemas relacionados con el miedo y las prácticas viciadas que este generaba en los soldados en combate. El uso de un vocabulario muy concreto por parte de la directiva deja buena cuenta de ello, pues está trufada de términos como «ha de inculcárseles», «ha de convencérseles» o «ha de demostrárseles». Es decir, que los milicianos, pese a su entrenamiento previo, hacían gala de toda una serie de comporta-

servir en el frente, contribuyeron a la sublevación aportando su experiencia y conocimientos en la formación de nuevos contingentes milicianos. Un ejemplo en José Antonio MARTÍNEZ BARRADO: op. cit., p. 31.

²⁶¹ La columna Los Arcos fue una unidad constituida en Navarra en julio de 1936 bajo el mando del coronel José Los Arcos, siendo la base sobre la que se formaría la I Brigada de Navarra. Hacia finales del mencionado mes su fuerza la componían 2 compañías de requetés, 25 guardias de asalto y 200 milicianos de Falange, haciendo un contingente total de 425 efectivos. Véase AGMAV, C. 1534, 3. BBNN, Organización, “Composición de columnas”, julio de 1936. Igualmente, un diario de sus operaciones entre julio y diciembre de 1936, junto a las de otras columnas navarras, en AGMAV, C. 1661, 30BIS, 24.

mientos instintivos en el frente, de autoprotección y supervivencia, que había que erradicar si se quería potenciar su eficiencia como fuerza militar. Debido a ello, la orden instaba a volver, inmediata y lo más frecuentemente posible, a los básicos del entrenamiento militar, como «ejercicios de puntería, carga y descarga, así como instrucción para el lanzamiento de granadas de mano y de fusil».²⁶²

Por su parte, la segunda de las directivas recibidas por la columna Los Arcos hacía hincapié en otra cuestión crucial que explica parcialmente las deficiencias observadas en el funcionamiento de muchas unidades sobre el terreno. Esta no era otra que la escasa calidad, en materia de conocimientos militares, de los cuadros intermedios que se hubieron de ir formando sobre la marcha debido a la falta de oficiales y suboficiales suficientes como para constituir una efectiva columna vertebral para el ejército sublevado. La carencia de mandos se debía a la fractura producida en el seno del ejército español como consecuencia del golpe de Estado, si bien es cierto que entre los cuadros intermedios una mayoría se decantó en favor de la sublevación, mientras que sucedió al contrario entre los militares de mayor graduación.²⁶³ De los 15.000 oficiales existentes en julio de 1936, hasta 10.000 (entre activos y reservistas) sirvieron en el bando sublevado, aunque una parte importante murieron en la fase inicial del conflicto.²⁶⁴ Este índice de bajas, unido a la necesidad de suplir de cuadros de mando a las nuevas unidades en formación, llevó a las autoridades rebeldes, por iniciativa de Mola, a decretar desde septiembre de 1936 la creación de cursos para la formación de oficiales provisionales, mayoritariamente alféreces.²⁶⁵ Además, la formación de todo este numeroso contingente de oficiales –que alcanzó los 29.000 individuos, solo alféreces, si bien 7.000 de ellos no fueron comisionados a tiempo como para volver al combate con su nuevo empleo– pretendía construir una suerte de núcleo ideologizado, e ideologizador, en el seno del ejército rebelde, que sirviese como ejemplo y referente para el resto de combatientes, y que tras la guerra ejerciese como correa de transmisión, hacia la sociedad que había permanecido en retaguardia, de la cultura bélico-política germinada en las trincheras de la Guerra Civil.²⁶⁶

Sin embargo, que se estableciesen estos cursos de preparación de oficiales provisionales no significaba que el problema de la instrucción estuviese solventado, toda vez que la falta de medios con los que se contaba y la premura con la que se graduaban los cadetes derivaban en una formación incompleta e ineficaz para un buen desempeño en el campo de batalla, algo de lo que precisamente se quejaban los mandos de la columna Los Arcos. En una circular emitida en noviembre de 1936 se indicaba que había de prestarse

²⁶² AGMAV, C. 1347, 12. CE Maestrazgo, “Sobre organización y empleo táctico de compañías de falangistas y requetés. Instrucciones a este respecto de Columna los Arcos”, octubre de 1936. En esta misma línea, en un escrito del mes anterior emitido por la Jefatura de la Junta de Mando Provisional de FE de las JONS de Burgos se trasladaba la orden de que todas las milicias falangistas bajo mando de dicha jefatura pasasen a ser instruidas por mandos militares, tal y como había decretado la Junta de Defensa Nacional. Por ende, los propios militares eran conscientes de que la formación miliciana distaba mucho de lo deseable, y de que era necesario realizar un mayor esfuerzo si se querían conseguir unidades efectivas en combate. Véase AGMAV, C. 1208, 97, p. 2. Ejército del Norte, Organización, “Instrucción de milicias de FET de Lugo. Por mandos militares. Práctica diaria en todas las Unidades. Teórica. De tiro. Normas para la instrucción de tropas”, septiembre a diciembre de 1936.

²⁶³ Germán RUIZ LLANO: op. cit., p. 224.

²⁶⁴ José Vicente HERRERO PÉREZ: op. cit., pp. 188-189.

²⁶⁵ Ángel ALCALDE: *Los excombatientes franquistas...*, p. 99.

²⁶⁶ José Vicente HERRERO PÉREZ: op. cit., p. 189.

«atención especial a la instrucción de los nuevos Alféreces, que [es] forzosamente deficiente dada la escasa duración de los cursos preparatorios para los mismos», teniendo que «ser perfeccionada en los Cuerpos y columnas mediante los procedimientos apropiados».²⁶⁷ Igualmente, en otra circular enviada el mes anterior a las «Divisiones 5ª, 6ª, 7ª, 8ª y Soria» se insistía, con las mismas palabras, en el problema de la instrucción de los alféreces provisionales, lo que me conduce a pensar que se trataba de un problema generalizado y que la orden se distribuyó entre todas las unidades del ejército rebelde.²⁶⁸ Es decir, que a la ya de por sí precaria formación de los milicianos e individuos que componían las primeras formaciones había que sumar que los oficiales teóricamente encargados de cohesionarlas e instruir a sus efectivos tampoco estaban preparados para esa tarea, con lo que ellos mismos tenían que continuar su entrenamiento básico en el propio frente. En definitiva, a costa de más bajas entre la tropa.

Esto era en cierto modo comprensible si atendemos a la notoria escasez de medios para la instrucción con que contaban las fuerzas rebeldes al principio de la guerra, tal y como evidencia un telegrama postal enviado por el CGG a Mola. Fechado en diciembre de 1936, subrayaba que la «Imposibilidad llevar a cabo sistema reglamentario de instrucción individual por carencia de cuadros hace necesaria la instrucción colectiva, en grandes pelotones». Además, los soldados no podían efectuar todos a la vez los ejercicios de tiro, pues no se disponía de fusiles para cada uno, debiendo alternárselos. Pese a todo, el mismo documento señalaba la importancia de intensificar el entrenamiento de los reclutas para que pudiesen ser enviados cuanto antes al frente, algo que contrastaba significativamente con estos problemas de medios y personal que vemos tenían las unidades para formar a sus efectivos.²⁶⁹ En la misma línea, otro escrito de diciembre de 1936, concretamente de la Sección de Operaciones de la 7ª División, indicaba, al igual que veíamos anteriormente, que se debían realizar ejercicios de instrucción de combate diarios, si bien estos habían de ser más cortos de lo normal debido a la «premura de tiempo». No obstante, esto no era óbice para que el oficial de la unidad se pudiese excusar en la falta de medios o de formación de sus tropas para justificar un resultado adverso a la hora de acometer sus objetivos.²⁷⁰ El oficial debía ser capaz de sacar lo mejor de sus hombres y no se toleraban reveses, aún en condiciones tan precarias como las que vemos, lo que incide de nuevo en ese miedo al fracaso que se estableció entre los mandos, pues suponía una enmienda a la totalidad de su actuación en la guerra. En cierto modo, si atendemos a la falta de experiencia general de los combatientes, a la irregularidad en el abastecimiento de todo

²⁶⁷ AGMAV, C. 1347, 17. CE Maestrazgo, “Circular de la columna Los Arcos a los jefes de grupo sobre instrucción”, noviembre de 1936.

²⁶⁸ AGMAV, C. 1208, 97, p. 5. Ejército del Norte, Organización, “Instrucción de milicias de FET de Lugo. Por mandos militares. Práctica diaria en todas las Unidades. Teórica. De tiro. Normas para la instrucción de tropas”, septiembre a diciembre de 1936.

²⁶⁹ AGMAV, C. 1208, 97, p. 8. Ejército del Norte, Organización, “Instrucción de milicias de FET de Lugo. Por mandos militares. Práctica diaria en todas las Unidades. Teórica. De tiro. Normas para la instrucción de tropas”, septiembre a diciembre de 1936.

²⁷⁰ AGMAV, C. 1208, 97, p. 11. Ejército del Norte, Organización, “Instrucción de milicias de FET de Lugo. Por mandos militares. Práctica diaria en todas las Unidades. Teórica. De tiro. Normas para la instrucción de tropas”, septiembre a diciembre de 1936. De hecho, como veíamos en el caso ya mencionado del combatiente Fernando Fernández de Córdoba, a la hora de conformar las primeras agrupaciones de voluntarios lo único que recibían era una «breve instrucción». Véase Fernando FERNÁNDEZ DE CÓRDOBA: op. cit., p. 38.

tipo de productos y materiales, y a la posibilidad de aprovechar el caos organizativo del ejército sublevado en beneficio propio, se puede contextualizar mejor cómo actuaron no pocos oficiales durante la guerra. Ante dos realidades contradictorias como la de tener que responder personalmente por la capacidad combativa de unos individuos que apenas sabían manejar un fusil y a los que solo se les podía enseñar a utilizarlo correctamente – ni qué decir a comprender cuestiones más complejas de las tácticas de combate– «gastando a lo sumo cinco cartuchos en cada ejercicio», cubrirse las espaldas, aún a sabiendas de que eso perjudicaba a otras unidades, para minimizar las posibilidades de sufrir una derrota y ser señalado por ello no constituía una opción tan descabellada.²⁷¹ Eso, por supuesto, sin obviar las consideraciones relativas a la propia supervivencia, que se nutrían de estos mismos problemas y tenían, en el acaparamiento de material, una de las formas de solventarse, al menos en la medida en que los oficiales podían.

En cualquier caso, y como veíamos que sucedía para el establecimiento de una estructura de servicio y soporte al contingente sublevado, la construcción del ejército de masas afectó de una forma similar a la instrucción de los combatientes, con constantes intentos de resolución que, por falta de capacidad real, nunca acabaron por solucionar el problema de forma efectiva. Con la llegada de 1937 se pusieron en marcha diversas iniciativas de formación militar, se ampliaron otras y se continuó subrayando la necesidad de realizar ejercicios de entrenamiento diarios en las unidades, como complemento a lo teóricamente aprendido en el centro de instrucción. Los cursos de formación de oficiales provisionales y de complemento se ampliaron para intentar dar cabida a las necesidades que demandaban las unidades en el frente, carentes como veíamos antes de los engranajes para hacerlas funcionar eficientemente, esto es, de oficiales y suboficiales con los conocimientos adecuados y verdadera capacidad de mando como para aplicar la doctrina táctica de forma correcta.²⁷² Un ejemplo de convocatoria de este tipo de cursos lo encontramos en un documento de agosto de 1937 de la 12 DI, que informaba a sus integrantes de la posibilidad de formarse como alféreces, sargentos y ajustadores provisionales de infantería. Se abrían 800 plazas para el primer empleo en las academias de Fuentecaliente y Granada, 1100 para el segundo en las de Tafalla, San Roque y Riffien, y 30 para el último en la Fábrica de Artillería de Sevilla. En el caso de los alféreces y los sargentos, la duración del curso era de 24 días, un lapso de tiempo claramente insuficiente a tenor del desfase a nivel de conocimientos tácticos con el que muchos acudían. Considerando, por un lado, la inexperiencia previa a la guerra de parte de los individuos que se formaban como provisionales, y por otro las quejas que veíamos respecto a lo corto y pobre de entrenamiento que recibían, los 24 días que fijaba el curso eran, desde luego, pocos para la tarea que se les había encomendado en el frente. No por nada, por citar un ejemplo, el tiempo medio de instrucción de la infantería alemana era de 3 a 4 meses, mientras que el

²⁷¹ AGMAV, C. 1208, 97, p. 4. Ejército del Norte, Organización, “Instrucción de milicias de FET de Lugo. Por mandos militares. Práctica diaria en todas las Unidades. Teórica. De tiro. Normas para la instrucción de tropas”, septiembre a diciembre de 1936.

²⁷² Por ejemplo, una evaluación efectuada en octubre de 1937 a la 51 DI, desplegada por aquel entonces en la provincia de Huesca, llamaba la atención sobre la falta de oficiales en la unidad, habiendo incluso compañías que no contaban con ningún oficial entre sus filas. Véase AGMAV, C. 2331, L. 59, 118. CGG, EM, “Revista de inspección y varias propuestas al respecto”, octubre de 1937.

de las Waffen-SS alcanzaba como mínimo el medio año.²⁷³ Estos márgenes se fueron reduciendo progresivamente durante el conflicto, conforme la necesidad de refuerzos se hizo cada vez mayor, una situación que sería ya más parecida a la española. Sin embargo, las unidades alemanas nunca tuvieron tiempos de instrucción tan cortos como las del bando rebelde, aun en los momentos más complicados de la guerra –teniendo en cuenta, además, que los propios del ejército sublevado se fueron reduciendo en función de la necesidad. Considerando el grado de preparación previa de uno y otro contingente, se puede observar la gravedad del problema formativo de los oficiales insurgentes.

Los requisitos para formarse como alférez y sargento se diferenciaban ligeramente entre sí, si bien ambos apuntaban hacia una doble cuestión: crear cuadros intermedios eficaces y generar una élite combatiente que ejerciese como referencia y vector de ideologización del resto de individuos tanto en el frente como en la retaguardia.²⁷⁴ De este modo, los aspirantes a alférez provisional eran seleccionados de entre todos los suboficiales, clases de tropa y soldados de infantería de los distintos cuerpos del ejército y de las Milicias Nacionales, mientras que sargentos solo podía ser seleccionados de entre las formaciones milicianas, a proposición de sus jefes. La edad mínima exigida era 18 en ambos casos, si bien para los alféreces el tope era de 30 años, mientras que para los sargentos el límite estaba en la edad que correspondiese a los individuos del reemplazo más antiguo que se encontrase en servicio. Además, en ambos casos se solicitaba que los candidatos aportasen un informe sobre condiciones de mano y méritos expedido por el capitán de la unidad o el jefe de la columna, en función de cada situación particular. Sin embargo, a partir de aquí las diferencias se hacían más notables. Por un lado, los que quisiesen formarse como alféreces provisionales debían estar en posesión de un título académico, como mínimo el de bachiller, al tiempo que debían acreditar cuatro meses de servicio activo en primera línea, teniendo preferencia los heridos en combate. Mientras que, por su parte, los aspirantes a sargento provisional no debían presentar título alguno, lo que permitía adecuar las necesidades del ejército sublevado a la realidad socioeducativa del país. Así lo indicaban las bases de convocatoria del curso:

«Al objeto de dar cabida en los cursos, no solo a los que tengan una preparación cultural suficiente, sino a todos aquellos que, poseyéndola en grado menor, hayan demostrado durante la actual campaña un excelente y sano espíritu, perfecta disciplina, acendrado amor a la Causa Nacional, valor en el combate y otras cualidades meritorias y dignas de ser tenidas en cuenta las plazas a cubrir serán distribuidas en tres grupos A. B. y C. comprensivos de las tres clases de solicitantes que se establecen.»

²⁷³ Véanse Jeff RUTHERFORD: *Combat and Genocide...*; y David ALEGRE LORENZ: *Experiencia de guerra y colaboracionismo...*

²⁷⁴ Un ejemplo de estos perfiles lo encontramos en el caso del combatiente catalán Magín Vinielles, que consiguió evadirse a la zona insurgente a través de los Pirineos para luego combatir en las filas del ejército y alcanzar el grado de alférez provisional. En su caso, la misión ideologizadora de estos oficiales se imbricaba perfectamente con su condición de falangista convencido. Véase Otra trayectoria similar de lucha en ambos ejércitos en Magín VINIELLES: *La sexta columna. Diario de un combatiente leridano*, Barcelona, Acervo, 2005 [1971]

Se dividía a los aspirantes en 3 grupos en función de su nivel de educación y tiempo de servicio en el frente, siendo inversamente proporcionales ambos criterios. En el grupo A, que correspondía a un 30% de las plazas, se integraba a aquellos con al menos 2 meses de experiencia en el frente y que poseían conocimientos generales de gramática, aritmética, geometría, geografía e historia. El B, con otro 30% de las vacantes, se componía de los aspirantes que acreditasen 3 meses de servicio pero que no alcanzaban el grado de conocimientos del grupo anterior. Finalmente, en el grupo C, que era el más numeroso con el restante 40% del total, se agrupaba a los que poseían la educación elemental y obligatoria, 4 meses de experiencia en el frente y eran acreedores de una recomendación de sus jefes.²⁷⁵

De la morfología y estructura de estos cursos se pueden sacar varias conclusiones. En primer lugar, como ya he apuntado, su duración era muy corta para los objetivos que se pretendían, al menos en lo puramente militar pero también, en cierto modo, en lo ideológico. Bien es cierto que la inmediata necesidad de entrenar nuevos cuadros de mando tenía un peso decisivo en el poco tiempo a invertir, ya que de esa forma podían nutrirse rápidamente las unidades que requerían oficiales, aunque no al ritmo adecuado como para cubrir todas las vacantes. Sin embargo, esa misma ventaja suponía una desventaja por otro lado, ya que se terminaba por constituir dichas unidades con cuadros que en líneas generales no estaban preparados para la tarea que debían desempeñar, ofreciendo un pobre resultado en cuanto a capacidad de combate, lo que como hemos ido viendo terminaba por recaer siempre sobre los combatientes. Igualmente, si consideramos que los cursos pretendían ser una escuela de ideologización para convertir a los aspirantes en correas de transmisión de una determinada cultura de guerra, claramente fascistizada, las apenas tres semanas de formación no permitían una inmersión demasiado profunda en estas cuestiones, toda vez que sí que se realizaba.²⁷⁶ Obviamente, los requisitos que eran impuestos a los alféreces provisionales, figuras especialmente señaladas para llevar a cabo esta tarea de ideologización, ya permitían realizar una preselección bastante afinada en función del nivel educativo, arrojando cohortes de aspirantes más proclives a comulgar con el ideario del bando sublevado. No obstante, pretender que todos los 29.000 alféreces provisionales

²⁷⁵ AGMAV, C. 1549, 58. 12 DI, Organización, “Cursos de formación de Alféreces Provisionales de Infantería, de Sargentos de Infantería y de Ajustadores Provisionales”, agosto de 1937. El fragmento citado en p. 2. Otros ejemplos de cursos similares en AGMAV, C. 1551, 21. 12 DI, Organización, “Cursos de formación a Sargentos Provisionales en Vitoria, Soria y San Roque, de Infantería”, diciembre de 1938, en los que tenían preferencia los hijos o hermanos de militares muertos o heridos en combate, hijos de condecorados con la Laureada o la Medalla Militar e hijos de mutilados de guerra, buscando así “compensar” el sacrificio de sus familiares con el fin de generar lealtades hacia el Nuevo Estado; o AGMAV, C. 1551, 29. 12 DI, Organización, “Cursos para Alféreces Prov. de Infantería, Intendencia de la Armada, Ingenieros, en las fechas que se citan”, enero de 1939.

²⁷⁶ Resulta revelador traer aquí a colación el testimonio de Felix Steiner, general de las Waffen-SS al cargo de la 5ª División Panzer SS Wiking. En sus memorias, apuntaba que la ideologización de muchos de los voluntarios extranjeros alistados en las filas alemanas no era una cosa que generalmente se diera *a priori*, sino que se iba construyendo al calor de la experiencia bélica. Por ende, aplicado al caso que nos ocupa, el de unos oficiales con una tendente afinidad al bando rebelde pero que distaban en cierto modo de lo que podría considerarse como un voluntario prototípico, podemos observar las dificultades del sistema de instrucción a la hora de convertir a estos alféreces en correas de transmisión ideológica, al menos de forma inmediata. Véase Felix STEINER: *Die Freiwilligen der Waffen-SS: Idee und Opfergang*, Gotinga, K.W. Schültz, 1973 [1953], p. 50.

que acabaron formándose mediante estos cursos tuviesen una orientación ideológica claramente coincidente con la de sus promotores resulta irreal, subrayándose por ende esa notable escasez de tiempo en relación a los objetivos perseguidos.

De otra parte, la reducida duración de los cursos y la naturaleza anticuada de los procedimientos operacionales del ejército sublevado tenían alguna vertiente positiva para los objetivos globales del bando rebelde. En concreto, el desconocimiento general de cómo llevar a cabo una guerra moderna y la imposibilidad, caso de disponer de ese conocimiento, de transmitirlo a los cadetes en el tiempo que estaban en las academias obligaba a focalizar la formación militar hacia otro tipo de valores, más concretamente aquellos que tenían que ver con cultivar el ideal del soldado heroico, del valor y el arrojo como principales divisas del buen oficial.²⁷⁷ El hecho de que se priorizase a aspirantes que hubieran sufrido heridas en campaña apunta en este sentido. Ciertamente, otra lectura de esto podría ser que se quisiese premiar a aquellos que arriesgaban su vida por la patria. Así, se buscaría dar ejemplo entre el resto de soldados movilizados mostrando que ese sacrificio era generosamente recompensado, tejiendo de este modo toda una red de lealtades al naciente Estado. Sin embargo, ambas cuestiones considero que pueden coexistir sin mayores problemas. Por ende, la priorización de las heridas en combate por encima de otros criterios –felicitaciones del comandante, consecución de objetivos, experiencia en combate, etc.– servía para subrayar el modelo de combatiente y de oficial que se quería socializar, algo en lo que la propia formación para provisionales continuaría haciendo hincapié una vez admitidos los cadetes. De este modo, la necesidad militar de instruir oficiales rápidamente y de fomentar valores como el arrojo ante la imposibilidad de promover una forma más racionalizada y modernizada de entender la guerra, se imbricaban perfectamente con la concepción que del soldado, la masculinidad y la españolidad tenían los dirigentes e ideólogos del bando rebelde, convirtiendo así estas academias en verdaderos graneros de los que saldría la élite de la Nueva España. Mientras que en el caso de los sargentos la necesidad militar tenía un mayor peso, si atendemos a cómo se primaba más la adecuación a la realidad social de los años 30 en España que la selección de un perfil muy específico –resulta elocuente que el mayor porcentaje se reservase al tipo de aspirante con un menor nivel educativo, el cual lastraba su capacidad de convertirse en referentes sociales del Nuevo Estado–, para los alféreces la fusión con los objetivos ideológicos era absoluta, siendo su elevada formación la que les permitiría cumplir esa función de constituir la vanguardia de la España del futuro.

Sin embargo, pese a la magnitud del problema que buscaban resolver y al esfuerzo invertido en su creación y ampliación, los cursos no estuvieron exentos de problemas, sino más bien lo contrario. A la ya mencionada insuficiente instrucción que ofrecían había que sumarles su incapacidad de atender toda la demanda de oficiales que las unidades requerían. A pesar de haber formado 22.000 alféreces en tiempo de guerra, casi dos años después de la puesta en marcha de los primeros cursos seguía habiendo divisiones que reclamaban insistentemente la presencia de estos oficiales en sus filas. Ya hemos visto

²⁷⁷ Algunos ejemplos de la tipología de enseñanzas ideológico-morales que recibían los futuros alféreces provisionales en Rafael GALISTEO BURGOS: *Consejos a los alumnos de la Academia de Alféreces Provisionales de Infantería de Granada*, Granada, s.n., 1938; y Antonio GARCÍA D. FIGAR: *Virtudes militares*, Barcelona, Editorial Políglota, 1941.

como en varias de las revistas de inspección analizadas se apuntaba a la falta de oficiales, si bien no se hacía mención expresa a los provisionales –lo que no quiere decir que no fuese ese el problema– en ninguna salvo en dos unidades concretas. Son los casos de la 2ª brigada de la 21 DI y de la 1ª brigada de la 24 DI, inspeccionadas en mayo de 1938. Ambas reportaban problemas en lo que respectaba a la dosificación de fuerzas, pues les resultaba imposible retirar efectivos del frente por haber llegado al máximo de elasticidad aun habiendo mejorado las fortificaciones. En este marco, solicitaban oficiales provisionales, alféreces y sargentos, para cubrir las «muchas vacantes existentes ya que las características de la fortificación exigen la presencia de los Mandos si las pequeñas posiciones han de rendir lo que de ella se espera.»²⁷⁸ Es decir, que el problema no solo afectaba de forma relevante a unidades de choque o a las que siempre se encontraban combatiendo, como pudieran ser la 13 DI o la 5ª de Navarra, sino que también tenía su importancia para aquellas estacionadas en frentes estáticos. Las divisiones 21 y 24 estaban desplegadas en una zona relativamente tranquila como era el frente sur, participando en combates esporádicos a lo largo de su historia operacional, con lo cual el flujo de refuerzos fue menor que el recibieron otras unidades, algo que en un contexto de escasez de cuadros de mando resultaba en cierto modo lógico.

La importancia de contar con oficiales experimentados en posiciones defensivas se puso de manifiesto para el caso de la 21 DI, la cual fue aniquilada en agosto de 1938 durante el contraataque lanzado por los republicanos tras la ofensiva rebelde destinada al cierre de la denominada “Bolsa de la Serena”. El revés fue tal que la unidad hubo de ser retirada de primera línea para su reorganización y su comandante, el coronel Eduardo Cañizares Navarro, fue cesado y procesado.²⁷⁹ Tal y como ya se había avisado en la revista de inspección, los distintos centros de resistencia, muy distantes entre sí por la falta de tropas suficientes para cubrir toda la línea de forma adecuada, necesitaban de oficiales en cada uno de ellos para así poder ofrecer una defensa efectiva, algo que no se solventó. No en vano, en un informe explicativo de la acción elaborado por el propio Cañizares este apuntaba que a la división le fueron sustraídos no pocos mandos en diversos momentos previos para constituir otras unidades, indicativo de la subordinación de las necesidades de las divisiones estáticas a otras cuestiones más apremiantes. Además, señalaba que durante la contraofensiva republicana, y por esa carestía de efectivos, las unidades habían tenido que luchar prácticamente aisladas unas de otras, una situación agravada por el hecho de que varios oficiales estaban enfermos –algo que Cañizares ponía en duda– o permanecían alejados del frente.²⁸⁰ Es decir, que la incapacidad de las academias de provisionales de suministrar oficiales acababa por tener un coste importante de vidas en el campo de batalla. Combinado esto con la desorganización endémica de las fuerzas sublevadas, que permitía a oficiales ausentarse de primera línea o estirar hasta la saciedad los

²⁷⁸ AGMAV, C. 2580, 122. CGG, EM, Ejército del Sur, “Informe sobre visita de inspección”, mayo de 1938. El fragmento en p. 3.

²⁷⁹ Carlos ENGEL: op. cit., p. 78.

²⁸⁰ AGMAV, C. 1285, 15. Ejército del Sur, “Información sobre la actuación de la 21 DI”, agosto de 1938. La retirada de oficiales para constituir otras unidades en pp. 6-7; el aislamiento en que lucharon las fuerzas de la división durante la contraofensiva republicana en p. 12; los problemas de absentismo de los oficiales en pp. 12-14.

permisos por enfermedad, el caso de la 21 DI es un ejemplo perfecto de cómo los múltiples problemas de funcionamiento del ejército rebelde acabaron por lastrar su capacidad operativa, retrasando la victoria sobre los republicanos y aumentando exponencialmente el peaje pagado por los soldados rasos.

Igualmente, la incapacidad de los cursos de provisionales de suministrar suficientes cuadros de mando a las unidades remitía a otro problema importante, como es el hecho de que no pocas acabaron dirigidas por individuos cuyo rango no se correspondía al que debían tener para ese puesto. En ese sentido, el suboficial que acababa al cargo de la unidad podía tanto tener cualidades de mando, razón por la cual habría sido elegido, como no tenerlas y haberle tocado la responsabilidad por ser el individuo con mayor rango de los que quedaban, introduciéndose de este modo un factor de aleatoriedad que no se correspondía con el ideal de obtener la máxima eficacia posible en el combate.²⁸¹ Un ejemplo de esto lo encontramos en el caso de la 1ª brigada de la 61 DI, perteneciente al VI CE. Una revista de inspección realizada en octubre de 1937 alertaba de una situación similar a la que veíamos para la 21 DI, a saber, que faltaban oficiales en la división, hasta el punto de que en ocasiones más de la mitad de las compañías no tenían al frente a un capitán o a un teniente, sino a alféreces provisionales, no estando así «bien dirigidas en el combate, no combinando el movimiento con el fuego». De hecho, la carencia de oficiales era tan relevante que unidades que anteriormente habían combatido sin mayores problemas ahora lo hacían «animadas del mismo espíritu pero imperfectamente, con menos éxito y mayor número de bajas».²⁸² Esto permitía ver, por un lado, la relevancia del oficial como pegamento y mecanismo de cohesión de las unidades, sin el cual estas sufrían más bajas y combatían peor.²⁸³ Y, del mismo modo, evidenciaba que por mucho que la instrucción pusiera el énfasis en formar a individuos con probadas dotes de mando en el campo de batalla, los conocimientos tácticos seguían teniendo un peso decisivo a la hora de sacar el mayor rendimiento en las operaciones militares. Por ello, el que no pocas unidades estuviesen dirigidas por individuos no capacitados para ello era una cosa considerablemente relevante en términos de muertos y heridos, es decir, empeoraba la ya de por sí difícil experiencia de los soldados rasos.

Sin embargo, pese a que los informes de inspección ya apuntaban a finales de 1937 las fatales consecuencias de contar con mandos cuyo empleo era menor al que ocupaban, de las revistas de inspección realizadas en 1938 en 2 de ellas se reportaba este

²⁸¹ Un ejemplo de esto lo encontramos en las memorias de José Luis Martín Vigil. Tras un combate, su unidad sufre 9 bajas, siendo el único muerto un sargento que hacía las veces de oficial al mando de una sección. Al no haber un sustituto apropiado, la sección «de momento, ha de quedar en manos del cabo más antiguo». Es decir, que en este caso la cuestión se dirimió por antigüedad y no por capacidades, eso sin considerar que el empleo no estaba acorde al cargo a desempeñar. Véase José Luis MARTÍN VIGIL: *op. cit.*, p. 231.

²⁸² AGMAV, C. 2331, L. 59, 119, p. 2. CGG, EM, “Revista de inspección y sugerencias para corrección de deficiencias observadas”, octubre de 1937.

²⁸³ El sacerdote falangista Salvador Torrijos subrayaba el rol fundamental que jugaban los oficiales en el éxito de las operaciones y en la cohesión de las unidades: «Faltándole, por tanto, a la máquina roja la rueda de la oficialidad, sucedió lo que tenía que suceder: que los ejércitos rojos, a pesar de estar compuestos por masas de soldados en número mucho mayor que el nuestro fueron siempre derrotados». Véase Salvador TORRIJOS BERGES: *Mis memorias de la guerra*, Zaragoza, M. Serrano, 1939, p. 164. Pese a referirse al bando republicano, la comparativa cuenta con un valor similar aplicada al rebelde, pues ambos adolecían del mismo problema.

problema, incluso en fechas tan tardías como diciembre para el caso del CE Marroquí.²⁸⁴ A tenor de la poca exhaustividad y detalle de los informes del bando rebelde no es descartable, en absoluto, que este problema afectase a una proporción más elevada de formaciones, sobre todo si consideramos también el testimonio recién citado de Martín Vigil, que se sitúa cronológicamente en 1938. Ahora bien, también se han de considerar las diversas iniciativas que el ejército rebelde había puesto en marcha para intentar solucionar el problema. Por un lado, y aunque pudiera parecer contraproducente dada la escasez de personal cualificado y lo nefasto de los programas de instrucción, en noviembre de 1937 se decretó que las unidades debían ser siempre mandadas por oficiales profesionales, si bien con varias particularidades que permiten poner en contexto la medida. La orden especificaba que los batallones debían tener un oficial profesional, mientras que en las compañías solo habría uno de estos, siendo el resto de complemento o provisionales.²⁸⁵ Con ello se pretendía, algo que se explicitaba en el documento, sacar a personal de las unidades con el fin de que pasase al EM del CGG para ser redistribuido en unidades donde hiciera falta. De hecho, esta medida fue llevada más allá en octubre del año siguiente con la reorganización estructural sufrida por las divisiones. El CGG consideró que las brigadas generaban duplicidades en la cadena de mando, al tiempo que consumían unos recursos humanos muy necesarios en otras formaciones. Por ende, y siguiendo la línea de otros ejércitos europeos, se suprimieron las brigadas y las divisiones pasaron a componerse de 3 regimientos de 4 batallones cada uno. De esta forma, se buscaba simplificar el funcionamiento de las tropas en el campo de batalla y, sobre todo, racionalizar al máximo posible el número de oficiales, que pasaban a estar disponibles para otro destino, respondiendo así a una problemática muy clara que he ido subrayando a lo largo de todo el capítulo: «El aumento considerable que ha tenido el Ejército y la necesidad de contar con mandos superiores aptos para la batalla nos impone la mayor economía en nuestras unidades dedicando solo los [...] absolutamente indispensables para las necesidades tácticas que la batalla impone».²⁸⁶

Sea como fuere, volviendo a la cuestión de los cursos de provisionales, tampoco la claridad aparente de los requisitos exigidos y la especificidad de los perfiles que en cada caso se quería potenciar garantizaban el buen funcionamiento de esta clase de instrucción. Contrariamente, a lo largo de toda la guerra se fueron reportando no pocos problemas referentes a cómo se seleccionaban los candidatos para las academias y qué tipo de individuos acababan ingresando. Desde luego, no siempre los más preparados a nivel de capacidad de mando, ni incluso los mejor educados. Lo cual, de un modo evidente, reducía sensiblemente la incidencia de los cursos de formación en las problemáticas que buscaban atajar y en los objetivos que con ellos se perseguía para la construcción del Estado franquista durante la posguerra. En enero de 1937, las milicias falangistas y requetés de la 6ª División desplegadas en los frentes de Álava y Guipúzcoa se quejaban de

²⁸⁴ Véanse AGMAV, C. 2580, 122. CGG, EM, Ejército del Sur, “Informe sobre visita de inspección”, mayo de 1938; y AGMAV, C. 1239, 32. Ejército del Norte, “Sobre el estado operativo del C.E. Marroquí”, diciembre de 1938.

²⁸⁵ AGMAV, C. 1491, 2. Agrupación de divisiones Soria-Somosierra, Organización, “Batallones sean mandados por oficiales profesionales”, noviembre de 1937.

²⁸⁶ AGMAV, C. 1183, 25. Ejército del Centro, Campaña, “Tanto sobre el aumento que ha tenido el ejército y la necesidad de contar con Mandos superiores aptos para la batalla”, octubre de 1938.

que los requisitos exigidos para el acceso a los cursos de alférez provisional, concretamente la posesión de un título académico, no se correspondían necesariamente con la validez de los potenciales candidatos, ya que dejaba fuera a muchos que sí hacían gala de unas notables capacidades de mando en el campo de batalla:

«Ocurre sin embargo que el tiempo transcurrido de campaña ha dado lugar para que varios oficiales de nuestra milicia se hayan distinguido notablemente por su actuación militar, demostrado algunos capacidad y aptitud militar francamente genial y como por circunstancias especiales no poseen los títulos que se exigen para la asistencia a los cursos de alféreces han de verse relegados y excluidos de la carrera de armas para la que resultaron idóneos. [...] Importante sería buscar forma legal de hacer que estos elementos tan útiles no quedasen fuera de la organización, rebasados por quienes con menos aptitudes militares, subsanan esa deficiencia apoyados en títulos académicos.»²⁸⁷

Aquí observamos el choque entre los dos objetivos primordiales de estos cursos de formación, especialmente marcados al principio de la contienda. Mientras que, por un lado, se necesitaba una ingente cantidad de oficiales para el frente, el hecho de que se buscara también que estos, además de una buena capacidad de mando, ejercieran un rol de socialización ideológica de la tropa eliminaba necesariamente a aquellos que no tenían un título académico, por mucho que hubieran demostrado sus habilidades en el campo de batalla. Para paliar esto se creó la figura del sargento provisional, que como veíamos antes estaba especialmente destinada a las unidades de milicias, como es el caso que nos ocupa, y solo requería de una formación elemental.

No obstante, pese a que la aparición de ese itinerario para el personal militarmente competente pero no apto a nivel educativo solucionó algunos de los problemas existentes, las deficiencias a la hora de evaluar a los candidatos para los cursos de alféreces y sargentos provisionales siguieron siendo motivo de queja cuando los nuevos oficiales llegaban a sus destinos y se demostraba que nunca debían haber sido admitidos en la academia. En un escrito circulado por el CGG tan tarde como en septiembre de 1938, es decir, dos años después de la puesta en marcha de los programas de instrucción de provisionales y cuando la guerra estaba ya claramente decantada el favor del bando rebelde, se señalaban las protestas emitidas por diversas unidades respecto a que las últimas promociones de sargentos y alféreces no reunían las aptitudes de mando adecuadas. No por nada, se llegaba a apuntar que algunos de los que habían vuelto como sargentos provisionales tenían bajo su mando a cabos con mejores dotes de mando que ellos, por lo que se afirmaba que la selección no se estaba realizando correctamente. Esto, en buena medida, parece explicarse por dos cuestiones mencionadas por el mismo documento. En primer lugar, debido a que algunos alféreces, según comentaban los jefes de sus respectivas divisiones, «no había ejercido ningún mando [previamente] e incluso que se encontraban en diferentes servicios y hasta de acemileros». Y, por otro lado, por culpa de dichos jefes de división,

²⁸⁷ AGMAV, C. 1209, 23, p. 79. Ejército del Norte, Inspección. “A las fuerzas de la 6ª División (Frentes de Álava y Guipúzcoa), enero de 1937.

dadas sus «miras inmediatas y quizá egoístas [de] que van a quedarse de momento sin estas clases capaces, pues han de pensar que terminado el curso volverán de Alféreces a sus Divisiones o a otras». Es decir, que lo que se pedía era que los mandos de las unidades actuasen «desinteresadamente» y tuvieran «miras elevadas».²⁸⁸ De nuevo, aquí nos topamos con esa mentalidad individualista y cortoplacista de los oficiales, en los que el miedo a sufrir una derrota ejercía tal poder que preferían quedarse con los suboficiales capacitados y que ya conocían en la esperanza de que los provisionales que les tocasen en suerte fuesen igualmente competentes. Sin embargo, era tal el grado de extensión de este tipo de actitudes que múltiples unidades las ponían en práctica. Consecuentemente, un número igual de formaciones recibía oficiales no aptos para desempeñar el mando, generándose importantes desequilibrios en su estructura y, por ende, en su capacidad de combate.

Al mismo tiempo, lo que también se pone en evidencia con el escrito del CGG son los fallos en el proceso de selección de candidatos para las academias. Bien es cierto que, dado el nivel de descontrol existente en el ejército rebelde, cotejar si un individuo tenía mayores aptitudes que otro a la hora de ser admitido para el curso era francamente difícil, pues para esa tarea se confiaba en el buen hacer de unos oficiales que, como se ve, carecían de todo tipo de solidaridad de cuerpo. No obstante, el hecho de que no se pudieran detectar ni siquiera a aquellos individuos que habían servido hasta el momento en servicios auxiliares o de acemileros refleja de forma elocuente los mencionados fallos, y por extensión el citado descontrol. En este sentido, cobra una considerable relevancia la queja que hacían las milicias de la 6ª División a principios de 1937, cuando se lamentaban de que el mero hecho de poseer un título diera pie a acceder a unos puestos por encima de individuos cuya preparación militar, que si bien no era la única variable a tener en cuenta sí era desde luego importante, era netamente superior. En esta misma línea, otras unidades, como el CE del Maestrazgo en septiembre de 1938 señalaban la necesidad de instruir en el frente a los oficiales reclutados durante la campaña, pues habían sido las «necesidades de la guerra» las que habían impuesto un «corto tiempo en los centros de reclutamiento».²⁸⁹ Orden especialmente relevante si tenemos en cuenta que dicho CE se encontraba en esos momentos envuelto en la batalla del Ebro. De hecho, el volumen de nuevos provisionales enviados a las unidades y la considerable diferencia entre su empleo anterior y para el que ahora habían sido comisionados sin duda tuvo una relevancia significativa en que llegasen sin los conocimientos adecuados. José Aznares refleja bien en sus memorias ese ritmo frenético en la instrucción de cuadros de mando y los casi meteóricos ascensos que se producían tras el paso por las academias: «Hay muchos oficiales nuevos en el Tabor. La mayor parte son provisionales. Y un teniente que era hace unos meses cadete de Infantería».²⁹⁰ Por ende, a través de estos ejemplos se puede la realidad de una oficialidad que, pese a todo el entrenamiento recibido, no estaba en condiciones de mandar unidades de forma eficiente. Tal y como señalaba el legionario Francisco Cavero, «al

²⁸⁸ AGMAV, C. 1810, 3. 75 DI, Organización, Academias, “Quejas de los Jefes de unidades, sobre incapacidad para el mando de algunos Alféreces y sargentos provisionales”, septiembre de 1938. Los fragmentos citados en p. 2.

²⁸⁹ AGMAV, C. 2595, 57. Batalla del Ebro, Cuerpo de Ejército del Maestrazgo, “Preceptos de operaciones”, septiembre de 1938.

²⁹⁰ AKELA [José Aznares García]: op. cit., p. 116, entrada del 2 de mayo de 1937.

fin y al cabo, ‘nosotros’ [en referencia a los legionarios], éramos lo mismo que ellos [infantería regular]; aficionados la mayoría, los oficiales; y muchísimos quintos entre la tropa». ²⁹¹

Incluso, tampoco parecía que se pudiese asegurar el mínimo nivel educativo exigible para los cadetes. Aquí resulta interesante nuevamente el testimonio del teniente médico José Aznares, que desconfiaba de la capacidad intelectual de los mandos de su unidad, sobre todo a la hora de poder cumplir su función de referentes sociales cuando llegase la posguerra: «No puedo por menos de pensar que, cuando la guerra acabe (y ninguno tenemos la menor sombra de duda de que acabará con nuestra victoria), serán estos los que probablemente ocupen nuestros puestos rectores. Y en tal caso, la verdad, no es muy halagüeño el porvenir para nuestra España». ²⁹² Una cuestión que refrendaba el combatiente José Luis Martín Vigil. Mientras se encontraba desplegado con su unidad, la 83 DI, fue reclamado para la academia de alféreces provisionales. En sus memorias, recuerda el nivel intelectual medio de los otros soldados que habían ingresado en el curso:

«Hay un mandamiento en la ley de Dios que prohíbe jurar en vano, tanto más en falso. [...] Lo digo porque para acceder a la Academia se hallaba entre los requisitos el de haber terminado el bachillerato superior. ¿Cuántos habrían mentido para asegurarse una plaza de cadete? Por más de un caso que me fue dado a conocer, yo diría que nunca se procedió a comprobar aquellos títulos. De cualquier forma, el nivel intelectual, o mejor dicho, la preparación anterior de los futuros oficiales resultaba deplorable. El término medio de aquellos compañeros no parecía haber superado como mucho el bachillerato elemental. Las matemáticas resultaban un enigma para la mayoría y el manejo de funciones trigonométricas les parecía chino. La clase de topografía los traía locos y, a lo que recuerdo, apenas se trataba de nociones más bien elementales pero, eso sí, eran todos muy machos y a “echaos p’alante” no los ganaba nadie. Eso no tenían que enseñárselo y la experiencia vendría a demostrar que en la práctica sería suficiente.

–No sé a qué viene toda esa palinodia de balística: parábolas, trayectorias, ángulos, ¿lo sabes tú?

–Olvídalo, chaval.

–Aquí lo que hace falta son cojones.

–Tú lo has dicho.

Una conversación así lo resumía todo.» ²⁹³

Por tanto, si no se podía asegurar la calidad militar de los aspirantes, ni tampoco se tenía capacidad para filtrar a aquellos que mentían sobre su nivel de estudios, resulta más fácil entender las quejas de las diversas unidades cuando recibían a los oficiales recién graduados, así como las deficiencias a nivel táctico de las que hacían gala no pocas

²⁹¹ Francisco CAVERO Y CAVERO: *Con la Segunda Bandera en el frente de Aragón (Memorias de un alférez provisional)*, Zaragoza, Editorial Heraldo de Aragón, 1938, p. 49.

²⁹² AKELA [José Aznares García]: op. cit., p. 131, entrada del 9 de junio de 1937.

²⁹³ José Luis MARTÍN VIGIL: op. cit., pp. 150-151. Como apuntaba en la página siguiente, «allí, más que en ninguna otra parte, estábamos para demostrar temple y, ya lo he dicho, matemáticas no.» (p. 152)

formaciones, tal y como veremos al final del presente capítulo. Ahora bien, no parece tampoco demasiado coherente, a tenor de lo que hemos ido planteado, achacar todos los fallos a los propios cursos en sí mismos. Teniendo en cuenta el caos organizativo de los sublevados, a buen seguro resultaba complicado poner coto a estas cuestiones, toda vez que lo imperante era suministrar oficiales a las múltiples unidades que necesitaban de ellos. Lo que vio Vigil lo vieron también los instructores de Dar Riffien, academia a la que fue destinado, pero ante lo seguramente habitual de la situación y lo apremiante de la realidad en el frente –tal y como hemos visto en las numerosas quejas de falta de oficiales durante todo el conflicto– era mejor tratar de moldear el material del que se disponía que echar para atrás a una parte considerable de la promoción. Sin embargo, sí estaba una cosa clara, el modelo de oficial que se buscaba potenciar: como decía Vigil, los “machos”, los “echaos p’alante”, los que tenían “cojones”. O, como se mencionaba en el escrito del CGG de septiembre de 1938, “los más bravos”. A fin de cuentas, para el propio Vigil, alférez provisional, toda la parte técnica aprendida en la academia no tuvo tanta relevancia en su experiencia de guerra como el arrojo, lo que viene a confirmar que la formación, ante la particular contingencia del ejército sublevado, estaba enfocada más a eso que a cualquier otra cuestión.²⁹⁴

Además de la creación de academias para preparar y suministrar los cuadros de mando que necesitaban las unidades recién formadas, la principal iniciativa formativa puesta en marcha por el ejército sublevado fue la organización de todo tipo de actividades de instrucción de soldados rasos, las cuales generalmente se realizaban en el propio frente. Esto se debía a que, al igual que sucedía con los oficiales, el tiempo destinado a la formación de los combatientes era considerablemente corto, tanto por la escasez de medios y personal con los que se contaba como por lo apremiante de las necesidades que provenían del frente. Por ejemplo, en un telegrama enviado por el Ejército del Sur al CGG en abril de 1937 se mencionaba que los mandos de las unidades de Regulares se quejaban de que, en vez de algunos veteranos que se encontraban en África, «el personal indígena que viene de Marruecos con objeto de cubrir bajas, se presenta a las unidades que están en los frentes combatiendo sin instrucción. Razón a la que achacan las numerosas bajas de oficiales que están ocurriendo y con poco rendimiento en las misiones de tropas de choque». Ante esta situación, el CGG informaba de que, debido a la «Cantidad de indígenas que todos los Tabores piden para cubrir bajas», los refuerzos eran sacados de unidades que se encontraban en instrucción, la cual no había finalizado. Como forma de paliarlo, sugería que se realizasen ejercicios de entrenamiento antes de ponerlos a combatir, y manifestaba la imposibilidad de enviar en sustitución a dichos veteranos, que eran heridos de guerra ya recuperados, por ser necesarios para constituir y cohesionar las nuevas unidades en formación.²⁹⁵ A través de este ejemplo, se pueden observar dos cuestiones muy relevantes. Por un lado, y como apuntaba, el ritmo de demanda de refuerzos de las unidades, tanto de soldados rasos como de oficiales, era muy elevado debido a los enormes índices de bajas que sostenían, especialmente las de choque como era el caso de los Regulares.

²⁹⁴ Otro relato del paso por una de estas academias, la de San Roque (Cádiz), que formaba a sargentos provisionales, en José LLORDÉS: *Al dejar el fusil. Memorias de un soldado raso en la guerra de España*, Barcelona, Ariel, 1968, pp. 185-198.

²⁹⁵ AGMAV, C. 2373, L. 144, 60. CGG, EM, Instrucción, “De indígenas para cubrir bajas”, abril de 1937.

De este modo, resultaba imposible para un ejército todavía en una fase bastante embrionaria de construcción cubrir toda esa demanda con personal competente y entrenado, toda vez que ni se disponía de suficiente capital humano ni, al mismo tiempo, este hubiera estado plenamente capacitado de haber completado todo el periodo de instrucción. Y, por otro lado, vemos muy claramente la incidencia que esto tenía en el resultado de las operaciones militares, es decir, en las vidas de los combatían en el frente. De la misma forma que la dirección de un mal oficial generaba más muertes entre sus hombres, contar con una tropa inexperta forzaba a los mandos a exponerse más, lo que aumentaba los índices de bajas. No por nada, a tenor de lo que relatan diversos combatientes la elevada mortalidad entre la oficialidad eran algo tan habitual como no previsto inicialmente. El teniente médico José Aznares comentaba en su diario el ascenso al unísono de cuatrocientos tenientes de infantería, que «da idea de las necesidades de la campaña y de las bajas que debe de haber entre la oficialidad.»²⁹⁶ Mientras que, por su parte, el soldado Martín Vigil era aún más elocuente: «el frente se comía a los oficiales en una proporción que superaba con mucho las previsiones logísticas de los EM y era indispensable alimentarla de carne de cañón».²⁹⁷

En este marco, la instrucción inicial que recibían los combatientes era, por fuerza, breve y rudimentaria. Una vez movilizados, los soldados eran clasificados en función de su experiencia previa, esto es, en función de si habían hecho o no el servicio militar, denominados como cupo de filas los primeros y cupo de instrucción los segundos.²⁹⁸ En el momento en el que estalló la contienda, los remplazos de 1920 a 1935 ya habían realizado el mencionado servicio militar, de tal modo que ya contaban con una cierta familiaridad en el manejo de armas, si bien es cierto que el carácter impuesto por los medios modernos de guerra hacía que la mayoría no estuviesen efectivamente preparados para el tipo de experiencia con la que tenían que lidiar.²⁹⁹ Esto hacía que tuviesen que pasar menos tiempo en el campo de entrenamiento, lo justo para recordar los elementos básicos que habían aprendido durante su etapa del servicio militar. Por su parte, los nuevos reclutas recibían una instrucción más larga, aunque para la mayoría no duró más de un mes, ya que ese era el tiempo estipulado para los destinados a infantería y caballería, el cual podía extenderse hasta los tres meses en el caso de entrenamientos más técnicos como artillería o ingenieros. Eso si las necesidades del frente no dictaban otra cosa, pues hubo casos, como el del remplazo de 1941, cuyo proceso formativo se redujo a 21 días con el fin de incorporarlos cuando antes a filas, en la antesala de la ofensiva contra Cataluña.³⁰⁰ No obstante, aun a pesar de pasar por el programa completo, la poca duración del periodo de instrucción dejó una significativa impresión en la memoria de los combatientes. El voluntario rumano Bănică Dobre apuntaba que, pese a que en «En los campos de adiestramiento se trabaja de manera febril [...] se nos responde que, en general, después de

²⁹⁶ AKELA [José Aznares García]: op. cit., pp. 99-100, entrada del 29 de marzo de 1937.

²⁹⁷ José Luis MARTÍN VIGIL: op. cit., p. 151.

²⁹⁸ James MATTHEWS: *Reluctant Warriors...*, p. 39. Sobre el la conscripción en las filas del ejército sublevado durante la Guerra Civil véase Ibídem y Francisco J. LEIRA CASTIÑEIRA: *La socialización de los soldados del ejército sublevado...*, pp. 73-202.

²⁹⁹ Ibídem, p. 173.

³⁰⁰ Germán RUIZ LLANO: op. cit., p. 240.

una preparación breve de unos días, los soldados se envían al frente».³⁰¹ Por ende, para completar lo que los mismos altos mandos rebeldes sabían que era un entrenamiento deficiente se puso especial hincapié en que este continuase al llegar los reclutas a sus unidades de destino, no siguiendo la tónica general de todo ejército de hacerlo para mantener la buena forma y preparación de sus tropas, que también, sino para, al mismo tiempo que se cubrían frentes, conseguir que estos efectivos alcanzasen una mínima capacidad de combate.

Conforme se fueron incorporando, ya de forma masiva, las sucesivas quintas movilizadas y la improvisación inicial dio paso a una progresiva, aunque lenta e insuficiente como ya hemos visto, organización de las fuerzas rebeldes, fueron apareciendo informes, órdenes y directivas que incidían en esta cuestión del entrenamiento en el frente, abordando diversas casuísticas. Por ejemplo, en septiembre de 1937 el EM del V CE emitía unas instrucciones relativas a varias rutinas y prácticas que se debían implementar en las posiciones que cubría, entre ellas la formación constante de las tropas. Se indicaba que el entrenamiento de la infantería había de intensificarse en función de lo que permitiesen las operaciones militares, sobre todo introduciendo elementos de alguna forma modernos como las armas automáticas o las de acompañamiento y prestando atención a su conservación, subrayándose así la necesidad de cuidar el escaso y precario material disponible. Igualmente, esta disposición se trasladaba a los artilleros, quienes debían hacer ejercicios de adiestramiento con piezas inservibles hasta que recibiesen el material nuevo.³⁰² En este sentido, vemos cómo ni siquiera el periodo de formación en el frente era completo y continuado, pues al estar sujeto a la contingencia de los combates se interrumpía y terminaba por situar en la línea de fuego a individuos que no habían pasado por una mínima instrucción básica.

Por otra parte, las unidades comenzaron a implementar diversos programas de reciclaje y actualización del adiestramiento militar, no ya para las tropas desplegadas sino para las unidades en reserva o para aquellos efectivos que regresaban al frente tras un periodo en retaguardia. Un ejemplo de esto lo encontramos en el CE de Navarra, el cual en noviembre de 1937 distribuyó una circular referida a que las unidades que volvían de permiso debían realizar una instrucción intensiva de como mínimo 3 horas, por batallones completos con sus mandos y de carácter tanto de aproximación, como ofensivo y defensivo, algo que se aplicaba a la infantería y al resto de armas auxiliares.³⁰³ Por otro lado,

³⁰¹ Bănică DOBRE: op. cit., p. 54.

³⁰² AGMAV, C. 1728, 6. 52 DI, Operaciones, “Instrucciones del 5º C.E. sobre organización de sectores”, septiembre de 1937. En la misma línea, una circular del CE Marroquí enviada en enero de 1938 incidía en la idoneidad, y necesidad, de que la instrucción de las unidades, tanto las que se encontraban en reserva como las de primera línea si las circunstancias del frente lo permitían, fuese frecuente y no decayese en ningún momento. Para ello los relevos habían de ser frecuentes, lo cual evidenciaba otro problema. Si, como hemos visto, la falta de efectivos era algo recurrente y en no pocas formaciones apenas había suficientes tropas como para conformar una línea de frente acorde a los reglamentos, resultaba difícil realizar rotaciones frecuentes cuando no se disponía de las fuerzas para ello. Es decir, que las carencias en el material humano lastraban también la posibilidad de que este fuese instruido. Véase AGMAV, C. 1367, 13, p. 1. CE Marroquí, Organización, “Instrucción nº 2, del día 18, sobre Instrucción de las tropas, disciplina, obediencia, trabajo y responsabilidad”, enero de 1938.

³⁰³ AGMAV, C. 1349, 35. CE Maestrazgo, Organización, “Orden del día 23 del CE de Navarra sobre Instrucción de la tropa”, noviembre de 1937.

el CGG emitía una directiva en enero del año siguiente en la que ordenaba a las formaciones en reserva realizar ejercicios diariamente si las circunstancias del frente lo permitían. Los objetivos eran, por un lado, estimular el «espíritu ofensivo de las mismas» y, por otro, perfeccionar su comprensión y asimilación de la guerra moderna, pues en parte estaban enfocados a la coordinación con la artillería para el avance de la infantería.³⁰⁴ En ambos casos, al igual que sucedía para el V CE, el tiempo dedicado a la instrucción se obtenía del remanente dejado por las operaciones militares, lo que en bastantes unidades no era demasiado. Por ello, completar la formación esencial de los combatientes no era una tarea siempre a corto plazo, porque podían pasar semanas hasta que las exigencias operativas de la unidad en cuestión permitiesen un respiro en el que hacer los ejercicios de entrenamiento; una situación variable en función del carácter de la división y del frente en el que se desplegaba. En este sentido, nos encontraríamos casos como el anteriormente mencionado de los combatientes de Regulares, donde los remplazos eran inmediatamente enviados a primera línea, al ser sus unidades de choque. Con una instrucción insuficiente, y sin poder completarla en el mismo frente por las necesidades del servicio, los índices de bajas se incrementaban y el porcentaje de éxito de las operaciones se resentía. Por este motivo, las revistas de inspección, como la realizada en mayo de 1938 a la 1ª brigada de la 22 DI, recalcan lo esencial de respetar los turnos de instrucción para los batallones en reserva, de tal modo que se pudiese asegurar así un mínimo de competencia en el combate.³⁰⁵

Estos programas formativos realizados en el frente no distaban mucho de los programas medios de un mes por los que pasaban los nuevos reclutas antes de obtener destino. Sin embargo, en lo que sí variaban era en su duración y su constancia a lo largo del tiempo. De esta forma, cada mes las unidades recibían las órdenes de instrucción para los 30 días siguientes, las cuales no solían variar mucho salvo que se quisiera incidir en un aspecto concreto. Por un lado, esto denotaba la magnitud del problema, pues la insistencia en aspectos básicos de la formación militar evidenciaba el bajo nivel de los reclutas que llegaban al frente. Si bien es cierto que, por otro lado, este tipo de ejercicios buscaban no solo enseñar a los soldados, sino reforzar ese aprendizaje a través de la repetición, aprovechando también para mantenerlos activos. Como ejemplo para ilustrar esta cuestión podemos tomar el caso de la 12 DI y los diversos programas de instrucción que esta desarrolló en la segunda mitad de 1938. Por entonces, la división se encontraba desplegada en el Sur de Madrid, concretamente desde el Cerro de los Ángeles hasta Ciempozuelos.³⁰⁶ Es decir, en un frente estabilizado y con poca actividad ofensiva o defensiva, lo que permitía una mayor dedicación a la formación de la tropa, reforzándose aquí precisamente ese carácter de activación de los combatientes ante la ausencia de movimientos de importancia. Según uno de estos programas, de mayo de 1938, la infantería debía dedicar unas 6 horas diarias a la instrucción, divididas en entrenamiento físico (marchas), específico militar (diversas cuestiones relativas a cuestiones tácticas) y teórico (valores castrenses e

³⁰⁴ AGMAV, C. 1549, 101. 12 DI, Organización, “Orden del C. Gral. del Generalísimo, del día 21, para que las Unidades en reserva se dediquen a ejercicios tácticos”, enero de 1938.

³⁰⁵ AGMAV, C. 2580, 123, CGG, EM, Ejército del Sur, “Informe sobre visita de inspección”, mayo de 1938.

³⁰⁶ Carlos ENGEL: op. cit., p. 45.

ideología). En el aspecto táctico, el modelo diario ideal consistía en 1 hora y media de ejercicios de tiro, 2 de orden abierto y 1 de orden cerrado, reservando 4 días al mes para entrenamiento combinado con carros, otros 4 con artillería y 1 con aviación –realizándose algunas jornadas por pelotones, secciones y compañías, y otras por batallones.³⁰⁷ No obstante, esto estaba sujeto tanto a las necesidades de las operaciones militares –aunque escasas en el frente de la 12 DI– como a la capacidad de rotar unidades para que todas pudieran participar en la instrucción, lo cual tampoco era algo que debía darse por sentado. Sin ir más lejos, el estiramiento del frente suponía un problema importante para la economía de fuerzas de la división.

Además de este modelo general, que buscaba seguir profundizando en la formación de los combatientes sin hacer especial hincapié más que en los elementos más básicos, otros programas estaban orientados a cuestiones más concretas. Tenían un carácter intensivo de cara a la preparación de una determinada operación, o bien debido a las deficiencias detectadas en una unidad o remplazo concretos, tal y como veremos posteriormente para el caso de la promoción de reclutas de 1941. Un ejemplo lo encontramos en noviembre de 1938, en un programa de formación intensiva, enfocado a táctica y tiro, para las unidades en reserva de la 24 DI. Esta había participado, entre junio y julio, en las operaciones destinadas al cierre de la bolsa de La Serena, donde combatió sin mayores incidencias. Quizá el programa de instrucción intensiva buscaba paliar problemas detectados durante los combates del verano, o bien simplemente instruir a una nueva camada de reclutas inexpertos. Lo que sí está claro es que, en cierto modo, el entrenamiento surtió efecto, pues en la batalla de Valsequillo, en enero de 1939, la división aguantó sus posiciones frente a los ataques republicanos. En todo caso, el programa tenía una duración de 12 días y estaba enfocado, tal y como refleja el detalle de las actividades, al desarrollo de los ataques, trabajando las fases de aproximación, despliegue y asalto. Sin embargo, lo relevante del programa era lo rudimentario de su contenido, pues se detallan los elementos más básicos de estas tácticas y se especifica todo paso por paso, lo que me induce a pensar que eran prácticas no demasiado interiorizadas por los sujetos objeto del mismo.³⁰⁸ Es decir, que incide de nuevo en esa idea de la falta generalizada de un mínimo nivel de conocimientos militares. Además, tal y como he apuntado antes la implementación de la formación dependía de la capacidad de la división de cubrir el frente y, al mismo tiempo, disponer de reservas, que serían las que realizarían el entrenamiento. Por ende, teniendo en cuenta la revista de inspección, antes vista, de mayo de 1938 a la 1ª brigada de la 24

³⁰⁷ AGMAV, C. 1550, 25. 12 DI, Instrucción, “Programas de instrucción para este mes de la División”, mayo de 1938. Otros programas similares de esta unidad implementados a lo largo de 1938 en AGMAV, C. 1550, 33. 12 DI, Instrucción, “Programa de instrucción de esta División, para el día 4”, junio de 1938; AGMAV, C. 1551, 4. 12 DI, Organización, “Instrucciones para la preparación intensiva de la 12 División y de su infantería Divisionaria”, octubre de 1938; y AGMAV, C. 1551, 15. 12 DI, Instrucción, “Programa a desarrollar por las Unidades de la 12 División”, noviembre de 1938.

³⁰⁸ AGMAV, C. 1687, 16. 24 DI, Instrucción, “Programas de instrucción intensiva, táctica y de tiro para Unidades de reserva, para realizar en 12 días”, noviembre de 1938. Otro ejemplo similar lo encontramos en un horario de prácticas para las unidades de la 16 DI. El amplio abanico de cuestiones tácticas y de armamento induce a pensar, al igual que en el caso de la 24 DI, a que la formación con la que llegaban los reclutas, o que tenían los efectivos de la división, era francamente deficiente. Véase AGMAV, C. 1602, 22. 16 DI, Instrucción, “Prácticas para el periodo de intercambio”, sin fecha.

DI en la que se apuntaba la imposibilidad de dosificar fuerzas por estar la unidad al máximo de su elasticidad, y asumiendo a tenor de la tendencia vista a lo largo del presente capítulo que no se le habrían suministrado excesivos refuerzos para arreglar el problema, creo que se pueden evidenciar sin mayores contratiempos las dificultades de aplicar dicho programa intensivo.³⁰⁹

En cualquier caso, pese a la implementación de múltiples medidas destinadas a mejorar y complementar la formación de los reclutas y combatientes del ejército sublevado, el problema general no pareció variar mucho si atendemos a diversos documentos del año 1938. Al igual que apuntaba al hablar de la estructura de servicios, si bien 1937 fue el año de despegue del ejército de masas, 1938 bien podría haber sido el de su consolidación. Sin embargo, nuevamente la falta de medios y capacidad para manejar un contingente tan sumamente grande impidieron instruir a los reclutas de forma efectiva, al tiempo que solucionar posteriormente esas deficiencias iniciales. Varios documentos que recogen casi todo el año 1938 dan buena muestra de esa incapacidad endémica del bando rebelde para atender a todos los frentes, ficticios, que tenía abiertos. En el mes de febrero, un escrito del General Jefe de Movilización, Instrucción y Recuperación, Luis Orgaz, realizaba diversas indicaciones orientadas a paliar la falta de instrucción de los reclutas de la que se quejaban los jefes de las unidades. Se apuntaban una serie de cuestiones que explicarían este problema, como la falta de tiempo disponible, la escasez de medios (personal, material y armamento) y la falta de oficiales instructores competentes. De hecho, esto parecía ser la tónica en muchos casos, tal y como evidencia el testimonio del combatiente Luis Bastida Pellicer, quien recuerda cómo los sargentos y cabos encargados de la formación de los movilizados no sabían ni mandar los movimientos más básicos de formación.³¹⁰ Sea como fuere, el documento ofrecía varias soluciones a las carencias detectadas: reducir el volumen de la instrucción hasta dejarla en los aspectos más elementales, poner a todo el personal disponible a ocuparse de estas tareas, y convertir en preferente el envío de material para el entrenamiento de los combatientes. Además, adjuntaba un programa de formación intensiva de 21 días para solventar el problema, el cual, a tenor de la memoria enviada en abril por la 8ª Región Militar referente a los resultados de dicho programa, se implementó sin mayores contratiempos, si bien a costa de limitar el aprendizaje de conocimientos a lo más básico. Es decir, manteniendo a los soldados con una falta evidente de preparación.³¹¹

No obstante, tan solo dos meses después, el EM del CGG enviaba una nota al General Jefe del Estado Mayor, Fidel Dávila, en la que ordenaba que se elaborasen unas nuevas instrucciones para mejorar y agilizar el adiestramiento de los reclutas, fundamentalmente en lo referente a tiro (práctica y teoría), orden de combate e instrucción moral del combatiente.³¹² Esto evidenciaba la falta de efectividad de las medidas puestas en

³⁰⁹ La revista de inspección en AGMAV, C. 2580, 122. CGG, EM, Ejército del Sur, "Informe sobre visita de inspección", mayo de 1938.

³¹⁰ El testimonio de Luis Bastida citado en Germán RUIZ LLANO: op. cit., p. 241.

³¹¹ AGMAV, C. 2372, L. 144, 69. CGG, EM, Instrucción, "Relativo a que se intensifique la instrucción de los reclutas que se incorporan a los Cuerpos", febrero de 1938. El primero documento, con el programa de 21 días incluido, en pp. 1-10; el segundo en pp. 11-12.

³¹² AGMAV, C. 2372, L. 144, 69, pp. 13-18. CGG, EM, Instrucción, "Relativo a que se intensifique la instrucción de los reclutas que se incorporan a los Cuerpos", febrero de 1938.

marcha en febrero, pese a los buenos resultados que se indicaban en el escrito de la 8ª Región Militar, si bien es cierto que dicho documento tan solo daba cuenta de la aplicación del programa intensivo y no de los resultados que había producido en el campo de batalla. Si consideramos el resto de deficiencias de las que se quejaban los jefes de las unidades en febrero –falta de tiempo, instructores no competentes y falta de material–, resulta difícil pensar que unas medidas que no introducían un cambio radical en los procedimientos habituales fuesen a ofrecer resultados diferentes a los ya obtenidos, y menos en un lapso de tiempo tan corto.

En este sentido, y como respuesta a la nota del CGG, Luis Orgaz enviaba un escrito en julio contextualizando los problemas en la instrucción de los reclutas, es decir, esgrimiendo toda una serie de excusas que explicarían por qué, a pesar de las iniciativas implementadas, «el problema persiste». A alguno de los ya habituales y mencionados como la carencia de personal adecuado –aquí, de hecho, se especificaba algo muy en línea con el testimonio de Bastida, a saber, que no por incorporar más personal la cuestión quedaba resuelta, pues este seguía sin estar preparado para la tarea–, se añadían otros que permiten observar la considerable dimensión del problema, y que desde la perspectiva de la instrucción refuerzan la argumentación que he ido desarrollando durante todo el capítulo. Por una parte, se mencionaba la falta de intensidad de los ejercicios y el incumplimiento sistemático de los programas de instrucción, por un motivo tan evidente como la incapacidad del ejército rebelde de solventar todos los problemas que le presentaba el coordinar un contingente tan grande: «por la enorme complejidad de los problemas orgánicos, administrativos y de servicio que sobre ellos [los mandos] pesan». Por otra, la «avidez» de los frentes, tanto en lo respectivo a refuerzos como a la creación de nuevas unidades, pues las GGUU más recientes habían devorado buena parte del remplazo de 1940. Finalmente, la mala distribución de los efectivos era otro de los motivos subyacentes, ya que servicios auxiliares y EEMM consumían más personal del debido, al tiempo que la libertad conferida a las regiones militares para disponer de los prisioneros republicanos calificados como “aptos” les permitía no enviarlos a infantería, donde eran realmente necesarios. Ante toda esta situación, Orgaz solicitaba una mayor dotación de medios y hacerse con un mayor control sobre las cajas de recluta y centros de movilización, petición que le fue concedida.³¹³

Como se puede ver, los mismos problemas se repetían una y otra vez tanto en los informes que tenían por objeto identificarlos como en las órdenes que buscaban atajarlos, reproduciendo un círculo vicioso en el que las segundas nunca podían cumplir su cometido. Las enormes necesidades de los frentes de guerra impedían acometer las reformas y procesos adecuados para convertir a las fuerzas rebeldes en una maquinaria eficaz y eficiente, cualidades que difícilmente las describirían a tenor de lo que hemos ido viendo. Así, si ya el material humano era escaso, dado que como reflejaba Orgaz resultaba insuficiente para reforzar a las unidades en combate y para completar las plantillas de las de nueva creación, el problema todavía se agravaba más si atendemos a la mala distribución de los recursos de los que se disponía. De hecho, aquí aparece de nuevo esa idea de

³¹³ AGMAV, C. 2372, L. 144, 69, pp. 24-31. CGG, EM, Instrucción, “Relativo a que se intensifique la instrucción de los reclutas que se incorporan a los Cuerpos”, febrero de 1938.

egoísmo e individualismo sublimada en las corruptelas existentes para no ser destinado al frente. En vez de asignar el personal necesario, y sobre todo el más preparado, tanto a las unidades como a la instrucción de los nuevos combatientes de cara a paliar las carencias existentes en ambas áreas, mucho engrosaban innecesariamente servicios complementarios, tanto por la propia connivencia de los responsables de dichos servicios como por evitar el combate, quizá por comodidad o tal vez por el (re)conocimiento de que no se tenían las cualidades como para desempeñar una labor de mando, lo que bien podía suponer un perjuicio personal en caso de sufrir una derrota. Además, esa mala distribución de efectivos se trasladaba también a las políticas de “reciclaje” de combatientes republicanos. No en vano, la jurisdicción sobre este colectivo estuvo en disputa durante la guerra, ya que la falta de una estructura de responsabilidades definida y la imposibilidad de manejar tal volumen de individuos hacía que la Inspección de Campos de Concentración de Prisioneros no pudiese ejercer un control efectivo sobre el mismo. De ello se aprovecharon diversos organismos, como el Servicio de Regiones Devastadas, el ejército como ente único, o las unidades militares, que aplicaban sus propios métodos de clasificación de prisioneros sobre el terreno. Por tanto, la falta de capacidad para atender la carga de trabajo derivada de la guerra impedía la racionalización y aprovechamiento de los recursos disponibles, una constante que como vemos se repetía en casi cualquier parcela.³¹⁴

Por supuesto, esto tenía una traslación muy relevante sobre las unidades desplegadas en los diferentes frentes, las cuales se quejaban amargamente del estado en que llegaban los individuos recientemente movilizados. De hecho, a tenor de lo sucedido con parte del remplazo de 1941 –así como otros enviados como refuerzo en la segunda mitad de 1938– parece que la cuestión, en vez de solucionarse, se agravaba por momentos. Varios escritos cruzados entre unidades y organismos del ejército sublevado dan buena cuenta de ello, concretamente de los problemas que presentaban los reclutas de la mencionada quinta. Así, en septiembre de 1938 el coronel jefe de la 74 DI, Pablo Arias, enviaba un escrito alertando de que el personal destinado a cubrir las bajas del Batallón 285 no procedía de infantería, «por cuyo motivo es natural que desconozcan la instrucción del arma». Además, de los 150 individuos, 109 no realizaron ni un solo día ejercicios de tiro mientras que los 41 restantes efectuaron como máximo 4 ejercicios, disparando únicamente 5 cartuchos. Es decir, que 150 reclutas habían sido enviados al frente sin apenas saber manejar un fusil, al tiempo que absolutamente todos desconocían el uso de la granada de mano. De hecho, el problema se extendía a la totalidad los recién llegados a la división, y no solo a los del mencionado batallón. Ante esta situación, y teniendo en cuenta que debían ser empleados en primera línea y en hipotéticos combates, Arias ni siquiera podía instruirlos en retaguardia, pues carecía de personal para ello. Únicamente solicitaba, de una forma muy elocuente para el problema que aquí estoy tratando:

«que el personal que se envía venga en mejores condiciones de instrucción, cosa que no sería posible si se incorporaran solo reclutas, pero pretensión nada exagerada si se tiene en cuenta que muchos de los expresados individuos llevan más de un año

³¹⁴ Javier RODRIGO: *Cautivos...*, pp. 99-107.

de servicio en filas en guarniciones distintas, sin que en las mismas se haya prestado por los Jefes y Oficiales que los han tenido a su cargo, la debida atención a su instrucción táctica y de tiro ni aún a la peculiar del Cuerpo de procedencia, ignorándose si se ha atendido siquiera a la educación moral, tan importante en una campaña.»³¹⁵

Este escrito apunta varias cuestiones relevantes. Por un lado, muestra hasta qué punto existía una escasez de efectivos para las unidades de infantería, algo que de hecho admitía explícitamente el CGG en su respuesta cinco días después. De igual modo, evidenciaba el grado de precariedad, conocimiento general y resignación existente en lo referente a la instrucción de los reclutas, pues el propio coronel de la 74 DI hubiera considerado normal que los recién movilizados hubiesen llegado en las condiciones descritas, esto es, virtualmente sin haber disparado un solo cartucho antes de ser desplegados en primera línea. Finalmente, quedaba también clara la falta de acatamiento de las directivas de instrucción, pues efectivos que llevaban más de un año alistados, además en destinos tranquilos donde se podía entrenar sin mayores problemas como eran las guarniciones, se encontraban en el mismo punto de partida que reclutas recién conscriptos. Lo cual permite ver la magnitud del problema en lo referente a la capacidad del ejército sublevado de hacer cumplir sus directivas. Si bien hay que tener en cuenta otra variable, que ante las dificultades para entrenar a todos los combatientes y la escasez de instructores se optara por priorizar aquellos destinados al frente, dejando de lado la formación de los empleados en tareas de retaguardia, como las guarniciones.³¹⁶ Sea como fuere, el CGG permitió que los recién llegados a la 74 DI fueran enviados a servicios auxiliares mientras se les entrenaba y que se utilizara a otros soldados más preparados para cubrir sus puestos en primera línea hasta que finalizase el proceso.³¹⁷ No obstante, a tenor de la falta de personal instructor de la que adolecía la división en palabras de su comandante, lo único que se conseguía con esta medida era precarizar la economía de fuerzas de la división mientras los refuerzos eran teóricamente formados.

Los conscriptos enviados a reforzar las unidades en la segunda mitad de 1938 seguían acumulando reportes negativos de distintos cuerpos, como el que en octubre enviaba el CE de Aragón. Esta GU informaba de que muchos de los integrantes de los 7 batallones recibidos no habían hecho nunca ejercicios de tiro, y desconocían por completo el manejo de armas automáticas o granadas.³¹⁸ Es decir, los mismos problemas señalados

³¹⁵ AGMAV, C. 1214, 77, p. 26. Ejército del Norte, Instrucción, “Instrucción táctica (Enero, Septiembre, Octubre y Diciembre)”, varias fechas de 1938.

³¹⁶ En este sentido resulta interesante el testimonio del combatiente José Luis Martín Vigil. Tras la toma de Oviedo por parte de fuerzas rebeldes se alista en la 5ª Bandera de Asturias, destinada a labores de limpieza de partidas enemigas y de huidos en la retaguardia del recién caído frente Norte. Por ende, y dado que no se trataba de una unidad que fuese a ser desplegada en primera línea, la formación que reciben no es excesivamente extensa: «Unos días de instrucción, más bien desordenada, y listos para el combate». Véase José Luis MARTÍN VIGIL: op. cit., p. 89.

³¹⁷ La respuesta del CGG en AGMAV, C. 1214, 77, p. 27. Ejército del Norte, Instrucción, “Instrucción táctica (Enero, Septiembre, Octubre y Diciembre)”, varias fechas de 1938.

³¹⁸ Una cuestión para nada carente de importancia, pues ya en enero de 1938 se reportaban accidentes con este tipo de armamento derivados de la nula práctica que muchos combatientes tenían al respecto. Véase AGMAV, C. 1774, 2. 63 DI, Operaciones, “Órdenes de la división sobre medidas de defensa en posiciones contra Carros de Combate, puestos de escuchas, prescripciones para evitar accidentes por exposición de granadas de mano, etc.”, enero de 1938.

por el comandante de la 74 DI. A estos se le añadía que habían acudido sin tener el material adecuado: carentes de mantas, de ganado suficiente como para asegurar su futuro abastecimiento y de vehículos para el servicio de municiones. Por ello, el CE solicitaba que se permitiese la instrucción intensiva durante dos semanas de estos combatientes, algo concedido por el CGG, al tiempo que se les suministrase el material del que carecían. A este respecto, el CGG, considerando el carácter estabilizado del frente que cubría el CE de Aragón, rechazó la propuesta de enviar más mulos. En cualquier caso, los propios generales rebeldes eran conscientes de la necesidad de paliar en la medida de lo posible las deficiencias con las que los soldados iban al frente. En este sentido, el CE de Aragón apuntaba también que, una vez solventados los problemas referidos, procedería a intercalar los batallones de reclutas entre las fuerzas veteranas de las divisiones, para cohesionar el conjunto de la GU utilizando a los combatientes experimentados como pegamento de una ciertamente endeble estructura. De hecho, estas prácticas se fueron repitiendo en muchos frentes a lo largo de toda la guerra.³¹⁹

De entre las quintas enviadas como refuerzo en la segunda mitad de 1938, el remplazo de 1941 destacó por su especial incompetencia, al menos a tenor de la investigación iniciada a finales de octubre por el CGG para conocer la procedencia de los soldados de ese año que habían llegado sin apenas instrucción. El Ejército del Norte, entidad receptora de estos conscriptos, enviaba una respuesta un mes más tarde indicando unidad por unidad los problemas específicos que habían detectado los mandos. A las ya mencionadas en los informes del CE de Aragón y de la 74 DI –sin ir más lejos, ambas pertenecían orgánicamente al Ejército del Norte–, se añadían algunos detalles que ponen de manifiesto la magnitud del problema. En ciertos casos, como en los de los reclutas de los depósitos de Olmedo (Valladolid), Daroca (Zaragoza) y Soria (enviados al Regimiento de Infantería de Palma nº 36), la instrucción no había durado más de 12 días en el mejor de los casos, algo similar a lo que les pasaba a los del Regimiento de Infantería de Valladolid nº 20, que tan solo habían entrenado entre 7 y 15 días. Además, el propio escrito señalaba las consecuencias tangibles de una instrucción tan corta y pobre, pues varios de los movilizadas destinados al Regimiento de Infantería de Canarias nº 39 «se han echado a llorar al entrar en combate y se dieron casos de abandono de puestos al que hubo que hacerlos volver violentamente».³²⁰ De hecho, esto mismo quedaba reflejado en las memorias de los combatientes veteranos, que narraban cómo los novatos solían pagar con su vida la escasa preparación con la que eran enviados al frente:

³¹⁹ El escrito del CE de Aragón en AGMAV, C. 1214, 77, p. 30. Ejército del Norte, Instrucción, “Instrucción táctica (Enero, Septiembre, Octubre y Diciembre)”, varias fechas de 1938. La respuesta del CGG en AGMAV, C. 2372, L. 144, 69, p. 32. CGG, EM, Instrucción, “Relativo a que se intensifique la instrucción de los reclutas que se incorporan a los Cuerpos”, febrero de 1938. Otros ejemplos de mezcla de subunidades veteranas y recién llegadas, e incluso de mezcla de efectivos experimentados y reclutas en la misma (sub)unidad en AGMAV, C. 2373, L. 144, 60. CGG, EM, Instrucción, “De indígenas para cubrir bajas”, abril de 1937; AGMAV, C. 1210, 20. Ejército del Norte, Organización, “De nuevos Batallones a base de veteranos y reclutas”, junio de 1937; o AGMAV, C. 1839, 9. 84 DI, “Distribución entre las unidades de 360 hombres del remplazo de 1941”, diciembre de 1938.

³²⁰ La investigación del CGG y la respuesta del Ejército del Norte en AGMAV, C. 1214, 77, pp. 29 y 39. Ejército del Norte, Instrucción, “Instrucción táctica (Enero, Septiembre, Octubre y Diciembre)”, varias fechas de 1938. Incluso, se llegaron a abrir procedimientos judiciales en averiguación de las responsabilidades derivadas de esta deficiente instrucción. Véase AGMAV, C., 1351, 37. CE Maestrazgo, Justicia, “Diligencias previas para averiguar estado de instrucción reclutas canarios”, octubre de 1938.

«Casi todas las bajas son de reclutas recién incorporados. Se da un aprendizaje que aminora los peligros, desarrolla el instinto y te enseña a aprovechar las condiciones del terreno hasta un punto que se escapa a los ojos del profano; pero no es enseñanza que se opere en un día.»³²¹

El fragmento de Martín Vigil resulta además revelador por otra cuestión. Aun considerando que la instrucción de los combatientes pudiese hacerse de forma que estos alcanzasen un nivel de conocimiento eficaz para entrar en combate, dominando no solo las mecánicas de manejo de armas sino conceptos tácticos y de posicionamiento en el campo de batalla, la realidad de la guerra era una cosa radicalmente diferente, que necesitaba de un proceso de aprendizaje propio en el frente. En este sentido, el soldado mejor entrenado seguía siendo un novato en comparación con el veterano que ya conocía los automatismos del combate y las mejores estrategias para sobrevivir a él. Por ende, dados los problemas formativos de los que adolecían los reclutas del replazo de 1941, que incluso les llevaban a colapsar mentalmente y huir nada más entrar en combate, el proceso de adaptación al universo bélico era mucho más largo y complejo cobrándose, en definitiva, muchas más vidas.

En el marco de la investigación del CGG, un informe del CE del Maestrazgo elaborado en diciembre de 1938 arrojaba algo más de luz sobre cómo se había desarrollado la instrucción de los replazos de 1941, cuáles habían sido las principales deficiencias, cómo se había reflejado esto en el frente y qué lecturas se podían sacar del problema. En definitiva, sintetizaba en un solo documento los graves fallos del sistema de formación, lo que de nuevo sitúa la lupa sobre la incapacidad del ejército sublevado resolver cuestiones que tenía perfectamente identificadas. El CE del Maestrazgo había recibido reclutas procedentes de las cajas de Santa Cruz de Tenerife y de Las Palmas, poniéndose así el acento del problema en el contingente canario. Los primeros, pese a haber sido instruidos durante 21 días, tan solo habían practicado 6 jornadas con armas, realizando un solo ejercicio de fusil el cual ni siquiera cargaron ellos mismos, sino que lo hizo el instructor. Los segundos, de un total de 14 días de formación solo 8 fueron dedicados al trabajo con armas, aunque al igual que los anteriores únicamente practicaron una vez el tiro. Es decir, que en las 3 y 2 semanas que estuvieron respectivamente en el campo de entrenamiento solo dispararon «12 cartuchos entre los de guerra e instrucción, siendo tan deficiente [la instrucción] que la mayor parte no sabían encarar el arma ni apuntar.» En este contexto, es ciertamente comprensible que las bajas fueran sensibles y que los soldados directamente huyesen o entrasen en pánico, sabiendo el fusil era un arma inservible en sus manos.

Además, hemos de considerar también la particular situación del CE del Maestrazgo en los meses de septiembre y octubre, momento en el que estos refuerzos fueron enviados. Este se encontraba combatiendo en la batalla del Ebro, donde fue desplegado tras el paso de las fuerzas republicanas con el objetivo de contener su avance. Las cuatro divisiones que componían el CE (la 1ª de Navarra, la 74, la 82 y la 84) se vieron envueltas

³²¹ José Luis MARTÍN VIGIL: op. cit., p. 224.

en duros enfrentamientos en esas semanas, incluidas las feroces operaciones en las sierras de Caballs y Pandols. De hecho, la 1ª División de Navarra llegó a sufrir 4612 bajas (de las que 167 eran oficiales), teniendo que ser reorganizada en dos ocasiones, tras un segundo despliegue en Caballs, como consecuencia de la batalla.³²² En este marco, encaja perfectamente la descripción que el general jefe del CE hacía del comportamiento de los reclutas durante los combates en el Ebro:

«Por lo que respecta a su moral de combatiente, era tal su carencia de preparación para las emociones de la lucha, que fueron muchos los casos en que se desmayaron, ante los contraataques enemigos de las noches del 15-16 y 23 de Octubre, otros se acurrucaban sin ánimo para la defensa, algunos lloraban como criaturas y otros, en fin, trataban de abandonar sus puestos, cosa que llevaron a efecto alguno de ellos, teniendo sus Jefes que intervenir violentamente para hacerles volver a ellos.»

En esencia, lo que manifestaba el general Rafael García-Valiño, a la sazón comandante del CE del Maestrazgo, era idéntico a lo que el Ejército del Norte había apuntado en su informe de unos días antes, ya que de hecho este se refería a regimientos integrados en el mencionado CE. No obstante, los detalles en los que entra el escrito permiten ver la dimensión tan sumamente traumática y brutal de la experiencia bélica, máxime en el caso de unos individuos que fueron enviados a una de las batallas más cruentas de toda la guerra sin apenas haber disparado nunca un arma. Esto tenía una doble explicación. Por un lado, como ya he apuntado antes, parte del replazo de 1941 recibió una instrucción menor por la necesidad de ser enviados rápidamente a las unidades en previsión de la ofensiva sobre Cataluña. Lo cual, dada la debilidad de las fuerzas del EPR desplegadas en esa región, resulta chocante, ya que no suponían una amenaza real para el potencial ofensivo de las fuerzas sublevadas. Por otra parte, la coincidencia entre el envío de estos refuerzos y los combates en el Ebro quizá puede aportar una clave para entender por qué este replazo de 1941 tuvo una preparación tan negligente. Como hemos visto en diversas ocasiones con anterioridad, la movilización de quintas no podía soportar el ritmo de solicitud de tropas de refresco por parte de las unidades, de tal modo que ante una eventualidad de la importancia de la batalla del Ebro es probable que se decidiese enviar cuanto antes a los hombres el frente. Aunque, a tenor de la opinión de un general tan experimentado en el Rif como García-Valiño, esto era contraproducente, pues «Es preferible en 1ª línea una Unidad reducida a las dos terceras partes de sus efectivos, a la misma Unidad al completo de su plantilla [...] con contingentes en el estado de instrucción y moral en que llegaron los procedentes de las Cajas de Recluta del Archipiélago Canario».

En definitiva, lo que el escrito del CE del Maestrazgo refleja de forma palmaria son los graves problemas de capacidad del ejército sublevado para hacer funcionar de forma eficiente todos los engranajes de su maquinaria interna, la cual por su tamaño convertía en un reto constante el mero hecho de mantenerla en marcha. Como evidenciaba este documento, para el caso de la instrucción los problemas habían sido tantos –poco tiempo, sucesivos traslados e interrupciones del proceso o falta de responsabilidad de los

³²² Véase Carlos ENGEL: op. cit., pp. 16-18, 176-177, 188-189 y 199-200.

oficiales encargados, entre otros— que cualquier crítica, por equilibrada que fuese, suponía una enmienda a la totalidad del sistema. De hecho, ese mal funcionamiento socavaba incluso una función nuclear de la conscripción masiva como era su utilización en tanto que instrumento de control social. La formación del replazo de 1941 había sido tan escasa y había estado tan mal implementada que los soldados no conocían ni los saludos más elementales ante sus superiores, lo cual erosionaba en cierto modo el poder homogeneizador y de encuadramiento de las fuerzas armadas.³²³ Más allá de tener que emplear más soldados de los que podrían haber bastado para ganar la guerra, que hacia la segunda mitad de 1938 estaba claramente decantada en favor del bando rebelde, el reclutamiento respondía a una doble función de control e ideologización de los centenares de miles de individuos que pasaron por las filas del ejército.³²⁴ Una función que resultaba crucial para apuntalar un Estado nacido de una cruenta guerra civil de tres años. Por ello, que incluso esa dimensión fuese obviada en la formación exprés que recibieron los reclutas porque había que enviarlos en el menor tiempo posible al frente, algo que además no resultaba efectivo si nos guiamos por la interpretación de García-Valiño, es buen reflejo del grado de descontrol, improvisación y provisionalidad en el que vivió, durante esos tres años, el ejército sublevado.

³²³ El informe del CE del Maestrazgo en AGMAV, C. 1214, 77, p. 42. Ejército del Norte, Instrucción, “Instrucción táctica (Enero, Septiembre, Octubre y Diciembre)”, varias fechas de 1938. Para solucionar el problema del replazo de 1941, se dieron diversos programas y órdenes de instrucción a las unidades que habían recibido estos contingentes. Véanse AGMAV, C. 1687, 12. 24 DI, Organización, “Programa para la instrucción de los Reclutas del 2º trimestre del replazo de 1941”, octubre de 1938; y AGMAV, C. 1590, 33. 15 DI, Organización, “Órdenes relativas a la instrucción de las fuerzas de la misma División”, noviembre de 1938. La 24 DI perteneció a diversos cuerpos de ejército encuadrados en el Ejército del Sur mientras que la 15 DI formaba parte de CE de Castilla, lo que da buena cuenta de la dispersión del replazo de 1941 y, por consiguiente, de la extensión del problema.

³²⁴ Esa idea de la conscripción como mecanismo de control social en Francisco J. LEIRA CASTIÑEIRA: *La socialización de los soldados del ejército sublevado...*

Capítulo 4

El modelo sublevado de masculinidad combatiente y su influencia en la experiencia bélica

En este punto, resulta importante detenerse para abordar una cuestión más abstracta, pero no por ello menos relevante, para así poder entender el modo en que se desarrolló la experiencia de guerra de los combatientes rebeldes durante la Guerra Civil y contextualizar algunas de sus actitudes, comportamientos y formas de acción. Como ya he señalado, el marco estructural y formativo en el que se insertó esa experiencia adoleció de innumerables carencias, problemas e insuficiencias que determinaron cómo se acabó por concretar en el campo de batalla. Sin embargo, la forma en que los soldados actuaron no solo tuvo que ver con el plano más militar, sino que lo ideológico jugó, igualmente, un rol decisivo. En este sentido, la gestación de un particular modelo de masculinidad como parte esencial del proyecto político de los insurgentes, esto es, del fascismo español, definió en cierto modo los márgenes de actuación de estos combatientes, sobre todo en la medida en que en el periodo 1936-1939 el soldado, o una concepción específica de él, era visto como el modelo ideal del nuevo hombre que traería la regeneración nacional y el resurgimiento patrio. Siguiendo la línea de otras culturas políticas europeas contemporáneas, el discurso contrarrevolucionario, ya desde época republicana –e incluso antes– pero sobre todo en el marco de eclosión que supuso la Guerra Civil, situó la virilidad, la agresividad, el culto a la muerte y el martirio en tanto que vía de construcción nacional como elementos centrales de lo que lo debía ser el combatiente sublevado, ejerciendo como molde comparativo para cualquier actuación o conducta durante la propia guerra. Esto proporcionaba, como ya he mencionado anteriormente, una salida a los problemas existentes en la conformación del ejército rebelde y en la adaptación a la guerra moderna, pues la precisión táctica y la racionalidad operativa, imposibles de alcanzar a un nivel funcional, se suplían con apelaciones al valor y el sacrificio como elementos compensatorios. Pero, al mismo tiempo, el recurso de la masculinidad se convertía en una trampa para no pocos individuos que, ante el espejo de esa forma de combatir y entender el hecho bélico, adoptaron una actitud conservadora en el frente. Si las condiciones materiales de las que se disponía eran precarias, si el capital humano con el que se contaba dejaba que desear, y si la formación recibida apenas permitía comprender las cuestiones más básicas del arte de la guerra, pretender reproducir el modelo de masculinidad combatiente fascista de forma efectiva, esto es, sin sufrir severas derrotas en el intento representaba para muchos una quimera. Por no hablar, dicho sea de paso, de los muchos a los que este modelo no les preocupaba en absoluto, y que simplemente veían en ese acaparamiento una forma de sobrevivir, a costa de los demás. De este modo, el miedo a verse expuestos y afectados personalmente por lo que era una situación considerablemente precaria nutrió un conservadurismo en las formas de actuar de muchos combatientes, especialmente aunque no solo oficiales, que influyó decisivamente en cómo se condujo la guerra y en el modo en que se utilizaron los recursos disponibles. Así, mientras que para estos oficiales el acaparamiento de materiales y la búsqueda, siempre que fuese posible, de situaciones abrumadoramente favorables para realizar las operaciones fueron la tónica general, para los soldados rasos el diálogo

con esta masculinidad combatiente tomó un camino diferente, de mayor resignación por su posición dentro del escalafón y más vinculado con la construcción de vínculos de camaradería, como veremos en el siguiente capítulo. Por ende, entender la teoría y praxis de la masculinidad militar resulta clave para contextualizar el modo rebelde de hacer la guerra del periodo 1936-1939.

El culto al cuerpo masculino y la conceptualización del ejercicio físico como una forma de regeneración del espíritu y, por ende, de la sociedad no fueron una cuestión novedosa implantada por el fascismo, y ni siquiera una tendencia surgida en el siglo XX ante lo que se ha venido a denominar como la crisis de la modernidad.³²⁵ Por el contrario, sus orígenes se remontan a finales del siglo XVIII pero, fundamentalmente, al siglo XIX, cuando las ideas y formulaciones de múltiples teóricos, filósofos y pedagogos fueron cristalizando en la creación de instituciones destinadas a promover esa nueva forma de entender, en esencia, la masculinidad.³²⁶ Dentro de esas instituciones, los diferentes ejércitos europeos tuvieron un papel preponderante, en tanto que recibían y encuadraban a multitud de individuos merced al establecimiento de contingentes de masas basados en la idea del ciudadano-soldado. En España, estas cuestiones tuvieron un progresivo desarrollo desde los albores del siglo XIX, con la publicación de diferentes tratados y reglamentos cuyo objetivo era situar el ejercicio físico como un mecanismo por el cual se consiguiese regenerar el cuerpo nacional. En este sentido, lo relevante no solo era la gimnasia en sí misma, sino los valores de obediencia, encuadramiento y de socialización de un determinado modelo de masculinidad –y ciudadanía– asociados a ella, lo que conecta con ese carácter del ejército como mecanismo control social.³²⁷

La llegada del siglo XX y la turbulenta primera mitad de centuria para las armas españolas, con la pérdida de las últimas colonias de ultramar en Cuba, Puerto Rico y Filipinas y el posterior cenagal en que se convirtieron las campañas en el Protectorado de Marruecos, culminadas negativamente con el Desastre de Annual en julio de 1921, resituaron nuevamente la necesidad de una regeneración nacional en el foco discursivo e ideológico de la España del momento. En ambos momentos, el cuestionamiento de la

³²⁵ En este sentido, George L Mosse planteaba que el modelo de masculinidad fascista se construyó sobre la base de esquemas ya existentes llevados al paroxismo, por lo que no era enteramente novedoso. Véase George L. MOSSE: *The Image of Man: The Creation of Modern Masculinity*, Oxford, Oxford University Press, 1996, p. 180.

³²⁶ Rafael FERNÁNDEZ-SIRVENT: “La impronta militar en los orígenes de la gimnasia terapéutica. España y Francia, siglo XIX: una panorámica histórica e historiográfica”, *Revista Universitaria de Historia Militar*, 7:15 (2018), p. 156. Sobre esta cuestión véanse Rafael FERNÁNDEZ-SIRVENT: *Francisco Amorós y los inicios de la educación física moderna. Biografía de un funcionario al servicio de España y Francia*, Alicante, Publicaciones de la Universidad de Alicante, 2004; o Thierry ARNAL: *La révolution des mouvements. Gymnastique, morale et démocratie au temps d'Amoros (1818-1838)*, Paris, L'Harmattan, 2009.

³²⁷ Xavier TORREBADELLA-FLIX: “La bibliografía gimnástica y deportiva de la educación física en el ejército español (1808-1919): textos en contexto social”, *Revista Universitaria de Historia Militar*, 5:9 (2016), pp. 191-192. Véanse también Andrés DOMÍNGUEZ ALMANSA: *Historia social do deporte en Galicia. Cultura deportiva e modernidade, 1850-1920*, Vigo, Editorial Galaxia, 2009; Xavier PUJADAS (coord.), *Atletas y ciudadanos. Historia social del deporte en España, 1870-2010*, Madrid, Alianza Editorial, 2011; Xavier TORREBADELLA-FLIX: *Gimnástica y educación física en la sociedad española de la primera mitad del siglo XIX*, Lleida, Edicions de la Universitat de Lleida, 2013; o Alejandro QUIROGA FERNÁNDEZ DE SOTO: “El deporte”, en Javier MORENO LUZÓN y Xosé M. NÚÑEZ SEIXAS (eds.), *Ser españoles. Imaginarios nacionalistas en el siglo XX*, Barcelona, RBA, 2013, pp. 464-496.

masculinidad, vehiculada a través de los combatientes pero referida en último término al conjunto de la sociedad española y más particularmente a la nación, fue un elemento que suscitó un amplio debate y que remitía de nuevo a esa función redentora del culto al cuerpo.³²⁸ A consecuencia de ello, el ascenso al poder de Miguel Primo de Rivera en 1923 llevó aparejado un resurgimiento de la actividad física, tanto orientada a las fuerzas armadas como a la población civil, recuperando así esa suerte de encuadramiento y proto-militarización de la sociedad tan característicos de los posteriores regímenes fascistas y que, en todo caso, ejercían como elementos de nacionalización, siempre acordes a una determinada concepción de la masculinidad.³²⁹ Sin ir más lejos, en el manifiesto publicado por Primo de Rivera el 13 de septiembre de 1923 para anunciar su toma del poder apuntaba que «Este movimiento es de hombres: el que no sienta la masculinidad completamente caracterizada, que espere en un rincón, sin perturbar, los días buenos que para la patria preparamos».³³⁰ El objetivo, de este modo, era imponer la paz social en un país sacudido por la inestabilidad político-social, vista por muchos como un signo de debilidad y decadencia, algo reflejado en el devenir de las operaciones militares en el Norte de África. Y esta nueva ordenación pasaba, desde luego, por una masculinización del cuerpo de la nación, considerando la asociación entre los valores de virilidad y la jerarquización social.

Dentro de ese nuevo esquema cobraba pleno sentido la aparición y consolidación de cuerpos como el Tercio de Extranjeros. Creado por José Millán-Astray mediante el Real Decreto de 20 de agosto de 1920, esta formación militar pretendía emular a sus homólogas europeas, y especialmente a la Legión Extranjera Francesa, sirviendo como fuerza de actuación en los territorios coloniales.³³¹ Cogiendo el testigo de esas ideas de regeneración nacional a través de la muerte en el campo de batalla y el culto a los caídos, la Legión llevó estos elementos al paroxismo, desarrollando una mística propia muy imbricada con la noción de guerra sacrificial. Perder la vida en el frente luchando por España confería un valor moral único a la acción, algo que el propio Franco, comandante de esta unidad entre 1920 y 1926, consideraba la forma más elevada de patriotismo. De hecho, las particulares tácticas empleadas por los legionarios en el Rif concordaban plenamente con el trasfondo ideológico-moral con el buscaban significar sus acciones. Los asaltos

³²⁸ Jordi LUENGO LÓPEZ, “Homoerótica entre líneas. La «degradación moral» del soldado francés (1879-1914)”, *Ayer*, 87 (2012), pp. 45-66. De formar contemporánea, a nivel europeo, fue la Gran Guerra la que comportó una crisis de las masculinidades, especialmente influyente sobre aquellos países que salieron derrotados del conflicto pero que también afectó decisivamente a los vencedores. En este sentido, la extrema dureza de la experiencia vivida y el terrible trauma que impusieron las condiciones tan brutales del conflicto socavaron la construcción de la masculinidad vigente hasta el momento. Véase Joe LUNN: op. cit. Un ejemplo de esas memorias, desde un punto de vista traumático, en Gabriel CHEVALIER: *El miedo*, Barcelona, Acantilado, 2009 [1930]. Esto dio lugar a particulares formas de concepción de la actividad física, como mecanismo regenerador, por parte de los movimientos y culturas políticas hijos de las cesuras de la Gran Guerra. Véase Teresa GONZÁLEZ AJA (ed.): *Sport y autoritarismos. La utilización del deporte por el comunismo y el fascismo*, Madrid, Alianza Editorial, 2002.

³²⁹ Alejandro QUIROGA FERNÁNDEZ DE SOTO: *Haciendo españoles. La nacionalización de las masas en la Dictadura de Primo de Rivera (1923-1930)*, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2008.

³³⁰ *La Vanguardia*, 13 de septiembre de 1923, p. 18.

³³¹ José Luis RODRÍGUEZ JIMÉNEZ: op. cit., p. 97. Sobre la Legión Extranjera Francesa véase Christian KOLLER: *Die Fremdenlegion. Kolonialismus, Söldnertum, Gewalt 1831 – 1962*, Paderborn, Ferdinand Schöningh, 2013.

frontales, desprovistos de todo rasgo de finura táctica, elevaban los guarismos de bajas pero, al mismo tiempo, exacerbaban ese carácter generador de la guerra, su dimensión forjadora de nuevos individuos.³³² Si el sacrificio en el frente era el camino por el que debía transitar el proceso de redención nacional, en el cual había de emerger una nueva masculinidad mucho más viril y agresiva, la exposición absoluta de la propia vida en cargas a la carrera constituía la mejor manera de purgar los pecados cometidos durante siglos de decadencia y “feminización” social.³³³

Estos elementos generaron un importante precedente y base de partida a partir de los cuales se desarrolló buena parte del pensamiento ideológico-militar de los que posteriormente serían los principales dirigentes de la sublevación. No es casual el hecho de que muchos de ellos procediesen de esta cultura de guerra africanista, lo que les permitió compartir una visión común acerca de las necesidades de España como nación y de cómo el estamento militar, y particularmente los combatientes, podían y debían contribuir a atenderlas. Desde luego, eso no implicaba la inexistencia de visiones similares entre los militares peninsulares, ni que el africanismo tuviese el monopolio de esta concepción de España y del papel que debían jugar los militares, ni siquiera que todos los que sirvieron en el Protectorado compartiesen estos valores, pero sí es cierto que en el marco colonial la construcción de una particular cultura militar, con fuertes dimensiones políticas, tuvo un peso decisivo en la geografía del golpe de 1936 y en el rol de determinados sectores del ejército en el proceso constructivo de un régimen contrarrevolucionario.³³⁴ Durante la época pimorriverista, el control que los africanistas ejercieron sobre la AGM permitió trasladar esa cultura de guerra específica del ámbito colonial a la formación de parte de los nuevos oficiales, los cuales se vieron socializados en una particular concepción de la masculinidad combatiente. A través de su cargo como director de la institución, Franco colocó en puestos de profesorado a militares que compartían su misma visión de la guerra, menos cultivada en lecturas y más relacionada con el valor y el heroísmo en el campo de batalla. De hecho, ciertos sectores reformistas sostenían la necesidad de alejarse de un estudio de la guerra centrado en las enseñanzas aportadas por diversos teóricos militares para postar por otro que virase más hacia la transmisión de conocimientos derivados de la propia experiencia bélica, lo cual obligaba a los profesores a haber combatido. Así, la irrupción de los africanistas en el sistema educativo militar español buscaba alinearse con ese pensamiento, apostando por un desarrollo de valores militares en consonancia con esa idea de regeneración a través de la guerra más que por el crecimiento intelectual de los cadetes.³³⁵ Esto, no obstante, no desterraba por completo los libros de las academias, pero

³³² Geoffrey JENSEN: *Cultura militar española...*, pp. 227-235. De un modo similar concebían los italianos el combate en su experiencia en España durante la Guerra Civil, al menos a nivel discursivo y propagandístico. Véase Javier RODRIGO: *La guerra fascista...*

³³³ No por nada, existían múltiples paralelismos entre la concepción e importancia de la muerte en el credo legionario y la que esta misma cuestión tuvo en los imaginarios fascistas. Véase Mark NEOCLEOUS: “Long Live Death! Fascism, Resurrection, Immortality, *Journal of Political Ideologies*, 10:1 (2005), pp. 31-49. Una lectura similar en Sebastian BALFOUR: op. cit., p. 574.

³³⁴ Véanse Geoffrey JENSEN: *Irrational Triumph: Cultural Despair, Military Nationalism, and the Ideological Origins of Franco's Spain*, Las Vegas, University of Nevada Press, 2001. Sebastian BALFOUR: op. cit., pp. 381-438. María Rosa DE MADARIAGA: op. cit., pp. 42-62; y Alfonso IGLESIAS AMORÍN: “La cultura africanista en el Ejército español (1909-1975)”, *Pasado y memoria*, 15 (2016), pp. 99-122.

³³⁵ José Vicente HERRERO PÉREZ: op. cit., p. 166.

sí pretendía aportar una mayor carga experiencial a la instrucción de los nuevos oficiales, siguiendo la propia concepción de lo que debía representar y aportar el ejército en ese proceso de engrandecimiento de la patria.

En cualquier caso, el estallido de la Guerra Civil y la confluencia en un mismo proyecto político de esta particular forma de entender la masculinidad y el ser español defendida por un sector del ejército, y de una concepción fascista del hombre, ligada a una interpretación en clave historicista y palingenésica del pasado (militar) hispano, que en esencia no eran sino componentes de un mismo ecosistema ideológico que se había ido gestando al calor de los miedos revolucionarios espoleados por el advenimiento de la Segunda República, sancionaron una nueva manera de entender al combatiente y, por ende, de situar su función específica en el modo de hacer la guerra.³³⁶ Una experiencia bélica que era concebida como un proceso moldeador decisivo para el individuo, un rito de paso «formativo del carácter, seguramente debido a la proximidad del riesgo y de la muerte».³³⁷ El combatir constituía «il mio ingresso nella vita [...] essere uomo», dejando atrás la etapa en la que aún se era joven y no se había experimentado la verdadera dureza de la vida, aquella que curtía el espíritu y acercaba al individuo al ideal de masculinidad.³³⁸ No por nada, el carácter sacrificial de la guerra, como durante las jornadas vividas por los italianos en la batalla de Guadalajara, era lo que hacía sentirse «veramente uomini», no solo por poder purgar los propios defectos a través del sufrimiento, y eventualmente del martirio, sino por construir una hermandad con la que compartir esa misma experiencia, la comunidad de los combatientes.³³⁹ Por ende, al carácter regenerador, redentor, destructor-creador, sanador, martirial y civilizador de la guerra había que sumar esa crucial dimensión masculinizadora. Sin una experiencia de sufrimiento, de dolor y de exposición frente a la muerte en el campo de batalla no se podía entrar a formar parte de la nueva comunidad nacional en el papel que al hombre le correspondía dentro de la jerarquía social.

Sin embargo, no solo esa experiencia de sufrimiento y sacrificio era necesaria para amoldarse al nuevo modelo de masculinidad combatiente y fascista construido en el bando rebelde, sino que además el soldado debía mostrar una determinada actitud ante la posibilidad de morir en combate. En este sentido, el desprecio a la muerte, el ansia por enfrentarse al enemigo a cualquier precio y en cualquier circunstancia, y la seguridad absoluta de que se iba a obtener la victoria –ya fuese, las más de las veces, sobre el terreno

³³⁶ Ferran GALLEGU: *El Evangelio fascista...*, pp. 487-496.

³³⁷ Ignacio CAÑAL Y GÓMEZ-IMAZ: op. cit., p. 9.

³³⁸ Guido Pietro MATTHEY: op. cit., pp. 26 y 63. En este sentido, vemos como otros fascismos europeos, el italiano en este caso, situaron la guerra como el centro de la regeneración social de la nación, mediante la creación de individuos forjados por el combate y el sacrificio que habrían de constituir los paradigmas del nuevo hombre. Véanse Nicola LABANCA: “Constructing Mussolini’s New Man in Africa? Italian Memories of the Fascist War in Ethiopia”, *Italian Studies*, 61:2 (2006), p. 225; Constantin IORDACHI: “God Chosen Warriors. Romantic palingenesis, militarism and fascism in modern Romania”, en Íd. (ed.), *Comparative Fascist Studies. New Perspectives*, Londres, Routledge, 2010, pp. 343-345; o Rory YEO-MANS: *Visions of Annihilation. The Ustasha Regime and the Cultural Politics of Fascism, 1941-1945*, Pittsburgh, University of Pittsburgh Press, 2013, p. 132.

³³⁹ Davide LAJOLO: *Bocche di donne e di fucili*, Osimo, Ismaele Barulli & Figlio, 1939, p. 50. Similar en p. 8.

o alcanzándola trascendencia debido a ese sacrificio por la nación— eran elementos centrales del comportamiento ideal del que debía hacer gala el soldado español, al menos en lo que a modelo se refiere. La literatura de guerra y posguerra se encargó de definir claramente estas fronteras identitarias, situando fuera a aquellos que no estaban o habían estado a la altura. Obviamente, controlar las actitudes de los cientos de miles de individuos que pasaron por las filas del ejército rebelde era tarea imposible, pero el establecimiento de ese molde y su continua repetición por todos los canales propagandísticos construyeron ciertos marcos que también influyeron en la posición de los soldados frente a su experiencia bélica. Sea como fuere, la consigna era clara: «Cuando el soldado español recibe la orden de avanzar, tiene alas en sus pies juveniles y ansias en su ardiente corazón».³⁴⁰ El contingente rebelde debía ser, y de hecho era en la narrativa, una fuerza que «lo arrolla todo. No se detiene ante el peligro. Sus hombres parecen de bronce y la esperanza los ilumina». Solo las condiciones climatológicas podían detener el imparable avance del combatiente español, momento «que aprovecha el enemigo para atacar con la moral de la desesperación. Más en ningún momento se cede ni un palmo de terreno. No en vano está defendido por los soldados de la Falange de España. Dignos sucesores de aquellos otros que el Cid inmortalizó».³⁴¹ Esto sentaba un precedente muy claro por el que habría de medirse la actuación de las unidades durante la guerra, toda vez que proveía de una pátina discursiva a lo que a nivel prosaico no era sino la propia jerarquía militar, entendida en un escenario de precariedad material y retraso táctico que se compensaba con el empleo masivo de la infantería. Avanzar era el mínimo exigible, retirarse algo impensable, y resistir hasta las últimas consecuencias la única alternativa posible. Ante ese abanico de opciones, primar la seguridad propia a costa de un mejor funcionamiento del conjunto del ejército y adoptar una actitud netamente conservadora amparada, en cierto modo, en el desconocimiento de las tácticas militares constituían posibilidades muy sugerentes.

De hecho, precisamente era esa relación con el pasado militar español, con las grandes gestas de su historia, las que caracterizaban la masculinidad combatiente construida por el fascismo. Si el modelo a seguir por los soldados en el frente era el nuevo hombre propugnado por el discurso rebelde, las fuentes de las que este último bebía no eran otras que las interpretaciones historicistas de, esencialmente, las eras medieval y moderna, en la que hitos como la denominada Reconquista o las victorias militares de época imperial constituían los referentes esenciales. No por nada, esa particular concepción del ser español pasaba por una serie de elementos definitorios en los que la marcialidad tenía un rol fundamental. El valor, el heroísmo o la voluntad de sacrificio por la nación eran entendidos y planteados como partes consustanciales de la españolidad, la cual donde mejor se expresaría y donde cobraría mayor sentido sería a través de la vida

³⁴⁰ Policarpo CÍA NAVASCUÉS: *Memorias del Tercio de Montejurra*, Imp. La Acción Social, Pamplona, 1941, p. 52.

³⁴¹ Fernando MARTÍNEZ GRANA: op. cit., pp. 85 y 74. Esa misma idea de avance constante y arrollador en Jesús-Evaristo CASARIEGO FERNÁNDEZ: *Flor de hidalgos. Ideas, hombres y escenas de la guerra*, Editorial Navarra, Pamplona, 1938, p. 100.

marcial.³⁴² Por ende, lo militar no sería sino una cualidad propia y existencialmente española, algo que tenía que tener un reflejo decisivo en la configuración del nuevo modelo de nación y, por ende, de hombre que el proyecto rebelde buscaba edificar.³⁴³ Este discurso era reforzado y refrendado constantemente a través de la literatura combatiente y, de igual modo, de obras propagandísticas que tenían la guerra como su principal marco narrativo. Centrales a ese relato, los combatientes rebeldes no serían sino «los auténticos españoles, los herederos de las virtudes guerreras de la raza y los continuadores de la gloriosa historia de nuestra patria», una afirmación que subrayaba la inherencia del carácter de milicia a la nación española.³⁴⁴ De este modo, eran identificados como los depositarios de un legado de siglos que los situaba a la misma altura de los protagonistas de las grandes gestas españolas:

«Antes, cuando leía yo las historias antiguas, me solía preguntar: ¿Cómo serían los soldados del Cid, los del Gran Capitán, los de Farnesio o los del Duque de Alba? Ahora ya no me hago esas preguntas, porque me parece que, habiendo visto a los soldados de Franco, los he visto a todos.»³⁴⁵

Dentro de la construcción del mito palingenésico fascista, la tradición ejercía como sustrato de una actualización a los tiempos contemporáneos de lo que eran y habían sido las esencias españolas.³⁴⁶ En lo relativo a la guerra, las virtudes de las que habían hecho gala los diferentes grandes ejércitos y contingentes armados de la historia hispana se sublimaban en el modelo de masculinidad combatiente construido durante la Guerra Civil. Así, la literatura propagandística y memorialística estaba trufada de referencias a los Sitios de Zaragoza y la democracia martirial que, como en la Guerra Civil, representaba el sacrificio del pueblo en armas frente al enemigo; a los Tercios de Flandes, la otrora todopoderosa infantería española; a los Reyes Católicos y su contribución a la gloria nacional mediante la culminación de la Reconquista y el descubrimiento de América; e, incluso, a referentes más remotos como el asedio de Numancia. Y, por supuesto, esto no dejaba de lado figuras plena o parcialmente míticas, pero representantes del ser español, como eran el Quijote y el Cid.³⁴⁷ El conflicto 1936-1939 no sería sino la continuación de

³⁴² Xosé M. NÚÑEZ SEIXAS: *¡Fuera el invasor!...*, p. 218.

³⁴³ Íbidem, p. 212. Ferran GALLEGÓ: *El Evangelio fascista...*, p. 487.

³⁴⁴ José María MOLINET: op. cit., p. 194. De hecho, serían igualmente los portadores de «la voz viril de la auténtica España», lo que señalaba una frontera muy clara en el hecho de ser español, marcada por modelos de masculinidad concretos. Véase Luis ARMILLAS GARCÍA y Manuel MONTILLA MUÑOZ: *Rutas Gloriosas. Andanzas de dos antiaéreos por los frentes de combate*, Cádiz, Establecimientos Cerón, 1939, p. 30.

³⁴⁵ Félix G. OLMEDO: *El sentido de la guerra española*, Bilbao, El Mensaje del Corazón de Jesús, 1938, pp. 85-86.

³⁴⁶ La palingenesia como esencia de la construcción mito-poética del fascismo en Roger GRIFFIN: *Modernismo y fascismo. La sensación de comienzo bajo Mussolini y Hitler*, Madrid, Akal, 2010.

³⁴⁷ Sobre los Sitios véanse Emilio OLIVER ORTIZ: *Emociones de un sitiado (Belchite Regina Martyrum)*, Barcelona, Editorial Almatea, 1942, pp. 11 y 174; y José María RESA ORTEGO: *Memorias de un requeté*, Barcelona, Editorial Bayer, 1968, p. 81. Sobre los Tercios, Manuel BARBERÁ SABORIDO: *Impresiones de un año. Apuntes de un testigo en el frente sur*, Cádiz, Imp. de sucesor de M. Álvarez, 1937, p. 143; y Rosendo DOMENECH PUIG: op. cit., pp. 100-101. Sobre los Reyes Católicos y los últimos años del siglo XV, Padre José CABALLERO: op. cit., p. 160; Jesús-Evaristo CASARIEGO FERNÁNDEZ: op. cit., p. 74; Manuel BARBERÁ SABORIDO: op. cit., pp. 30-31; y Francisco VALLES COLLANTES: *Páginas de*

todas estas grandes gestas, algo en lo que también tenían cabida las particulares percepciones e imaginarios de los diversos sectores que conformaban la coalición golpista. Por ejemplo, los milicianos carlistas trazaban una línea de continuidad directa entre los alzamientos antiliberales del siglo XIX y la actual contienda, erigiéndose en los primeros luchadores contra la decadencia de la patria y reclamando para sí la primacía en el proceso de regeneración nacional, algo que como veíamos era un lugar común para falangistas y requetés en lo que respecta al relato de los años de combate durante la Segunda República.³⁴⁸ En todo caso, lo que había caracterizado estas épocas de esplendor nacional, siempre canalizado a través del hecho bélico como el medio de expresión natural de la españolidad, era lo que debía definir, y sobre el papel definía, al nuevo hombre surgido del purgatorio que constituía la Guerra Civil, un modelo en el que todos los soldados sublevados deberían mirarse. Precisamente, las publicaciones enviadas al frente, como el periódico *La Ametralladora*, reproducían este relato palingenésico, ultranacionalista y masculinizador de lo que suponía ser español, el cual también encontraba otras vías de penetración, como veremos posteriormente.³⁴⁹ Considerando el tono netamente humorístico de este semanario, se puede ponderar la relevancia que tenía socializar este determinado modelo de masculinidad.

Si la herencia a la que tenían que honrar los combatientes rebeldes era la de los conquistadores de América, los Tercios de Flandes o los voluntarios de los Sitios de Zaragoza, el perfil del soldado, extrapolable al nuevo hombre, debía hacer gala de una serie de características específicas, rastreables en el discurso ideológico codificado en la narrativa de la Cruzada. De este modo, el combate era el escenario perfecto en el que el ser español emergía de su letargo y se desplegaba en toda su dimensión, razón por la cual el afán por enfrentarse al enemigo era un tema recurrente en los relatos sobre la experiencia de guerra, que en este sentido cumplían una evidente función de socialización ideológica,

Gloria de la Marina Nacional Española. Diario de un voluntario, Cádiz, [¿Cerón?], s.a., pp. 10-11 y 24, introduciendo referencias al papel jugado por los grandes marinos españoles en el engrandecimiento de la patria. Sobre Numancia, Salvador TORRIJOS BERGES: op. cit., p. 20. El Cid y el Quijote en Ibídem, p. 30; Manuel BARBERÁ SABORIDO: op. cit., pp. 8-9; y José-Vicente PUENTE: *Madrid recobrado. Crónicas de antes y después del veintiocho de marzo*, Madrid, Imp. Samarán, 1939, p. 5. Un fragmento donde asoma casi todos estos referentes al mismo tiempo en Félix G. OLMEDO: op. cit., p. 76. Esos mismos referentes históricos luego fueron utilizados a la hora de codificar ideológicamente otras experiencias bélicas, como la de los integrantes de la División Azul durante la Segunda Guerra Mundial. Véase David ALEGRE LORENZ: *Experiencia de guerra y colaboracionismo...*, p. 63.

³⁴⁸ La continuidad entre las guerras carlistas y el conflicto de 1936-1939 en Policarpo CÍA NAVASCUÉS: op. cit., p. 149; José SANZ Y DÍAZ: *Por las Rochas del Tajo. Visiones y andanzas de guerra*, Valladolid, Editorial Santarén, 1938, p. 74; y Jaime DEL BURGO: *Veteranos de la Causa. Relatos y Memorias*, San Sebastián, Editorial Española, 1939, p. 5. Dentro de la propaganda rebelde destinada a la movilización bélica, las diferentes interpretaciones de España representadas por el falangismo, el carlismo y otros sectores políticos, todos englobados bajo el paraguas del proyecto fascista, adaptaron el discurso ideológico general a sus propios nichos de acción mediante lenguajes y referentes propios, incrementado así el potencial seductor de dicha propaganda. Véase Chris BANNISTER: *Crusaders and Commisars: A Comparative Study of the Motivation of Volunteers in the Popular and National Armies in the Spanish Civil War, 1936-1939*, Tesis doctoral inédita, European University Institute, Florencia, 2015.

³⁴⁹ Dos ejemplos en “¿Qué piensa usted de los rojos?”, *La Ametralladora. Semanario de los soldados*, nº 8, 7 de marzo de 1937, p. 2, y “Voluntad de imperio”, *La Ametralladora. Semanario de los soldados*, nº 115, 16 de abril de 1939, p. 5. Igualmente, otros diarios seguían esta misma línea narrativa. Véanse “Libertas”, *ABC Sevilla*, 17 de marzo de 1937, p. 4; o “Las Naciones Amigas y las otras...”, *Unidad. Diario de combate nacionalsindicalista*, 20 de febrero de 1937, p. 2.

más que reflejar la realidad de las vivencias en el frente. Era tal la «impaciencia de mis Requetés por asaltar aquel reducto rojo-separatista» que su comandante tenía que «frena[r] sus ímpetus y estudia», lo que introducía otra variable definitoria del combatiente español como era su serenidad y temple en los momentos de mayor peligro.³⁵⁰ De nuevo, las virtudes guerreras, consustanciales a la españolidad, se manifestaban de forma natural en el escenario bélico. No obstante, en ocasiones, la voluntad de entrar en combate era irresistible, hasta el punto que algunas unidades se lanzaban a él «desoyendo las órdenes de sus jefes. También ellos sentían deseos de comenzar cuanto antes el tiroteo [...] [y realizar] su bautismo de fuego y sangre».³⁵¹ Esto, por supuesto, no implica que no hubiese situaciones en las que los combatientes estuviesen deseosos de tener algo de actividad ofensiva para salir de la monotonía de las trincheras, tal y como sucedía en los casos de las unidades estacionadas en frentes estáticos. No pocos soldados se quejaban amargamente de los periodos de inactividad, comparando la «aburridísima» vida de trinchera con «vivir en un pueblo sin poder salir al campo. Es una sensación parecida a la que todos hemos sentido de niños, cuando aún no teníamos edad de ir al colegio, ni nos dejaban salir solos y nos moríamos de tedio, encerrados en casa, entre juguetes que acababan por molestarnos».³⁵² Y, consecuentemente, recibían con una cierta alegría «esa palabra mágica que un día habíamos de oír: ¡Avanzar!».³⁵³ No quizá tanto, como planteaba aquí el sacerdote falangista Salvador Torrijos, por la voluntad de contribuir a la lucha por la salvación de España, o siquiera por volver a la guerra, sino más bien por la oportunidad que eso les confería de salir momentáneamente del tedio en el que se hallaban sumidos. Por ejemplo, el relato de la experiencia bélica del marinero Francisco Valles Collantes a bordo del crucero *Canarias* hacía referencia a esta cuestión, teniendo en cuenta que la guerra en el mar fue bastante más sosegada que la que vivieron los soldados de infantería.³⁵⁴ Así, cobra mayor sentido que afirmase que «todos deseamos con la más viva ansia que llegue el momento de medir nuestras fuerzas con las de la anti-patria».³⁵⁵ Sin embargo, entre esa idea y la de lanzarse impetuosa y casi suicidamente, sin mayores problemas, al combate distaba un amplio margen, que fue el que ocupó la propaganda sublevada y, más concretamente, el modelo de masculinidad militar fascista.

Rehuir la batalla era considerado, a ojos del relato y la propaganda, como un acto de cobardía extrema, un rasgo de afeminamiento que emasculaba al individuo y, por tanto, a la propia nación en tanto que el primero era el recipiente contenedor, en el plano de lo concreto, de las esencias de la segunda. Un ejemplo de esto lo encontramos en el relato que hace el soldado Manuel Alfredo Paz de una escena en la que un cabo, ante la opción ofrecida por el teniente de su unidad, elige no participar en una operación: «El oficial lleno de coraje y encendido de ira le soltó unas cuantas frases que hacían ver al cabo lo

³⁵⁰ Policarpo CÍA NAVASCUÉS: op. cit., p. 20.

³⁵¹ José Antonio MARTÍNEZ BARRADO: op. cit., p. 41.

³⁵² Francisco CAVERO Y CAVERO: op. cit., pp. 49-50. Una idea similar en Fernando VILLALBA DIÉ-GUEZ: *Diario de guerra (1938-1939)*, Madrid, Afrodísio Aguado, [1956], pp. 68 y ss. Y también en José LLORDÉS: op. cit., pp. 178 y ss,

³⁵³ Salvador TORRIJOS BERGES: op. cit., p. 144.

³⁵⁴ Michael ALPERT: *La guerra civil española en el mar...*

³⁵⁵ Francisco VALLES COLLANTES: op. cit., p. 46. En la misma línea, si bien referido a la infantería, véase José SANZ Y DÍAZ: op. cit., p. 71.

bajo de su acción. Mal español, mujerzuela, piltrafa humana...».³⁵⁶ Aquí se observa, por un lado, la traslación de ese modelo de masculinidad al espacio del frente, en la medida en que el no presentarse como voluntario suponía una descalificación del individuo, atacando su condición de hombre. No obstante, de igual forma se ha de tener en cuenta el empleo de suboficial que ostentaba el soldado, lo que le hacía tener que dar ejemplo ante sus subordinados, y la propia represión de su actitud que hace Paz. La construcción de la camaradería pasaba por compartir la experiencia de sufrimiento y sacrificio de forma común, de tal modo que optar por no hacerlo cuando el resto de compañeros sí marchaban al combate implicaba el descrédito de dicho individuo y la erosión de su condición de camarada. Aplicado a la experiencia bélica real, esa concepción dogmática y ultramitificada del enfrentamiento con el enemigo no hacía sino aumentar la inseguridad de no pocos oficiales y suboficiales que no tenían confianza en sus capacidades, así como tampoco en los medios de los que disponían, por lo que optaban por el conservadurismo en la dotación de sus unidades y en su comportamiento en el campo de batalla, mecanismos que al mismo tiempo maximizaban las posibilidades de supervivencia. Por ejemplo, evitar perseguir a un enemigo en desbandada por el miedo a quedar aislados en retaguardia, cuestión derivada de la incomprensión de cómo funcionaban los flancos, fue una constante a lo largo de toda la guerra.³⁵⁷ Así, una vez cumplido el objetivo marcado los comandantes evitaban explotar en profundidad los réditos de su victoria, lo que redundaba en una guerra más larga y más costosa en vidas humanas.

Por otra parte, como apuntaba anteriormente, el temple en combate, la serenidad y el estoicismo eran elementos esenciales de esa nueva masculinidad.³⁵⁸ El soldado ideal debía ser capaz de mantener la mente fría en el campo de batalla, aplicando una racionalidad que supiese controlar y canalizar adecuadamente el innato impulso que, por su naturaleza, le hacía querer lanzarse al combate sin mayor dilación, según apuntaba la propaganda. Esa racionalidad no tenía nada que ver con un estudio teórico e intelectual de lo que era la guerra y de cómo debían desplegarse las capacidades de mando, sino que se relacionaba mucho más con una cualidad inherente a la propia condición de español, perfeccionada durante siglos de constante actividad bélica. Es decir, no entraba en contradicción con el tipo de enfoque experiencial y heroico que el africanismo impulsaba, por ejemplo a través de instituciones como la AGM. No se trataba de una racionalidad que se pudiera aprender en los libros, sino que anidaría en el espíritu de los verdaderos españoles, de los verdaderos hombres.³⁵⁹ Para la narrativa sublevada, todas estas cuestiones se planteaban, además, desde un punto de vista en cierto modo humilde. Eran, sí, cualidades

³⁵⁶ Manuel Alfredo PAZ FERNÁNDEZ: *Diario de la Campaña (1936-1939)*, Pontevedra, Taller Tip. E. Paredes, 1973, p. 9.

³⁵⁷ Un ejemplo en AGMAV, C. 1228, 8. Ejército del Norte, "Sobre operaciones en varios frentes", octubre de 1936, aplicado al caso de Guipúzcoa donde al no perseguirse al enemigo en retirada no se pudo aprovechar y capturar más terreno.

³⁵⁸ También apuntado en James MATTHEWS: *Reluctant Warriors...*, p. 92.

³⁵⁹ Mary VINCENT: "La reafirmación de la masculinidad en la cruzada franquista", *Cuadernos de Historia contemporánea*, 28 (2006), p. 138. En otras experiencias fascistas, como la italiana, el cultivo del ideal de masculinidad combatiente discurría por los mismos caminos. Véase Ruth BEN-GHIAT: "Unmaking the fascist man: masculinity, film and the transition from dictatorship", *Journal of Modern Italian Studies*, 10:3 (2005), p. 343.

excepcionales pero en no pocas ocasiones se presentaban como algo que había de asumirse con naturalidad, como «cosas del soldado español, lleno de espíritu, de valor y de serenidad en medio del peligro».³⁶⁰ Sin embargo, eso no restaba ni un punto al carácter épico de las hazañas en el campo de batalla. No por nada, se tenía que estar a la altura de los creadores del Nuevo Mundo, de los vencedores de batallas como las Navas de Tolosa, Otumba, San Quintín o Lepanto. En definitiva, corresponder a la España que Menéndez Pelayo calificase como «martillo de herejes, luz de Trento, espada de Roma, cuna de San Ignacio...»:

«Los aparatos bombarderos, por error dejaron caer algunas bombas sobre nuestro campo. Fue aquel un momento de angustia indecible. Las víctimas se quejaban de manera lastimera y un murmullo de reprobación se dejaba sentir. En esto, del pecho de uno de los heridos surgió una voz varonil, una voz enérgica, admirable por el valor y el estoicismo que representaba. Aquella era la voz de España eterna que cuando lucha por un ideal, no olvida nunca, ni se arredra por nada, ni jamás retrocede.

La voz de aquel herido decía simplemente.

–No importa! [sic] ... ¡Arriba España!

Aquellas palabras electrizaron a los muchachos. Un grito inmenso de Arriba España! [sic] fue el eco de aquella voz casi sobrehumana. La resolución estaba ya tomada. La Bandera prosiguió su avance.»³⁶¹

Sin embargo, si bien el estoicismo, la serenidad y el dominio de los nervios en el frente eran cualidades definitorias del nuevo modelo de masculinidad militar, no sucedía lo mismo con la realidad de los propios soldados, pues la tónica general era más bien la contraria. La escasa preparación que recibían los combatientes convertía la experiencia de guerra en una vivencia considerablemente traumática, para la que desde luego no estaban listos en el momento de ser desplegados en el frente. Los terroríficos efectos que veíamos producían armas modernas como el tanque, el avión o la simple granada de mano, cuyo éxito en muchas ocasiones no dependía tanto de la eficiencia con la que fueran utilizados sino con su capacidad para atemorizar al enemigo; o, de igual modo, la pérdida de todo tipo de mecanismos de autocontrol al entrar en combate, tal y como sucedió con los reclutas del remplazo de 1941 –que lloraban de puro terror, se acurrucaban en sus posiciones temblando o simplemente huían en desbandada–, se aproximaban más a la realidad de la guerra y el combatiente, pero también del oficial, que aprovechando su mando intentaba por todos los medios estar en la mayor ventaja posible, lo cual permitía compensar su tremenda inseguridad derivada de la escasa instrucción militar.³⁶²

³⁶⁰ Francisco VÁZQUEZ CARRASCO: *Recuerdos del Requeté de Huelva. Campañas y gestas desde 1936 a 1939*, s.l., Edición del autor, [1984], p. 62, entrada del 28 de diciembre de 1936.

³⁶¹ Héctor COLMEGNA: *Diario de un médico argentino en la guerra de España, 1936-1939*, Buenos Aires, Espasa Calpe, 1941, p. 141. La referencia de Menéndez Pelayo en Marcelino MENÉNDEZ PELAYO: *Historia de los heterodoxos españoles*, Madrid, CSIC, 1992 [1880-1882], tomo II, p. 1424.

³⁶² Un episodio sucedido durante la defensa de Belchite por parte de las tropas rebeldes entre finales de agosto y principios de septiembre de 1937 da buena cuenta de estas cuestiones. Un grupo de soldados, ante el más que presumible final que les esperaba, desarmaron a su sargento con la intención rendirse a las

Sea como fuere, en el fragmento de Colmegna figura otra cuestión clave, como es el desprecio por las heridas sufridas en combate. Parte de esa estoicidad, de ese temple que caracterizaba al soldado español, venía dada por la minusvaloración de la muerte, en tanto que constituiría el triunfo último mediante la obtención de la trascendencia y la eternidad.³⁶³ Esta se aceptaba sin ningún tipo de reparo, «con gallardía y una sonrisa de despreocupación a flor de labio», modo en que los combatientes, falangistas en este caso, «acudían presurosos al puesto del honor y de la muerte». De hecho, incluso el propio Mussolini reconocía su valía: «‘para igualarlos hay que ser héroes y para superarlos hay que morir’».³⁶⁴ En el relato de Colmegna, el combatiente que grita “¡Arriba España!” es uno de los heridos tras el bombardeo. Pero, pese a ello, se sobrepone a sus heridas y decide arengar a sus compañeros, despreciando el dolor que sufre y poniendo la causa y el ideal por encima de todo, incluso de su propia vida. En buena medida, esta construcción mítica de la experiencia bélica recuerda a la leyenda que siempre rodeó la figura de Millán Astray en las campañas del Protectorado, la cual le presentaba como un comandante al que no le temblaba el puso ante las balas enemigas, y que una vez herido podía ser a duras penas retirado del frente, dada su oposición, entre gritos de “¡Viva la muerte!”, a dejar a sus tropas. Sin embargo, la realidad parecía ser bien diferente, a tenor del testimonio de diversos militares que vieron en persona el comportamiento del fundador de la Legión, y que refutaban totalmente esa visión hagiográfica del personaje. Sin ir más lejos, dicha desmitificación podía extenderse al conjunto de los combatientes legionarios, más fanfarrones que verdaderos creyentes en el culto a la muerte.³⁶⁵ Ahora bien, lo que sí era innegable era el efectismo del mito, su épica. A la hora de socializar un nuevo modelo de hombre, que los combatientes del relato propagandístico protestasen «de las heridas sólo porque les obligaban a alejarse del deber», o que continuasen «disparando con su fusil, con mayor entusiasmo si cabe, como si nada hubiese ocurrido en su carne» delimitaba claramente las fronteras de la masculinidad imperante.³⁶⁶ Al menos, en lo que a discurso ideal y retórica se refería.

fuerzas republicanas. Ante este conato de rebelión, el alférez provisional Amaro Izquierdo, autor del relato y superior encargado de la defensa de esas posiciones, acudió pistola en mano a controlar la situación, logrando que los combatientes depusiesen su actitud. Así, se observa esa realidad de la guerra más cercana a los nervios, la ansiedad y la actuación por impulsos ante la posibilidad de morir, como por ejemplo mediante el amotinamiento, que al estoicismo y al desprecio por la muerte, que sin duda estarían también presentes si bien en mucha menor medida. Eso sí, el autor de las memorias se encarga de presentarse a sí mismo como un oficial sereno, valiente y dedicado por entero a la causa, siguiendo los cánones de la masculinidad militar. Véase Amaro IZQUIERDO: *Belchite a sangre y fuego. Diario de un alférez provisional. Su lucha en la defensa de Belchite y su cautiverio en Valencia y Barcelona*, Barcelona, Editorial Acervo, 2004 [1976], p. 18, entrada del 25 de agosto de 1937.

³⁶³ Por ejemplo, en el caso de los combatientes caídos durante la batalla y posterior pérdida de Belchite a manos republicanas, los muertos eran los que en verdad habían conseguido «romper el cerco [...] más fuerte, el más definitivo, el cerco del mundo. Estos son los que con más verdad pueden decir que se salvaron». Véase Emilio OLIVER ORTIZ: op. cit., p. 177.

³⁶⁴ Fernando MARTÍNEZ GRANA: op. cit., p. 87. Véase también Javier RODRIGO: *La guerra fascista...*, pp. 237 y ss.

³⁶⁵ Alfonso IGLESIAS AMORÍN: op. cit., pp. 105-106.

³⁶⁶ Fernando MARTÍNEZ GRANA: op. cit., p. 77; y Luis ARMILLAS GARCÍA y Manuel MONTILLA MUÑOZ: op. cit., p. 34. El fragmento de Armillas y García, referido a un combatiente de Regulares, remite a otra cuestión interesante como es la construcción de la masculinidad en los combatientes marroquíes. Siguiendo la particular percepción paternalista e infantilizada que se tenía de estos soldados, su virilidad

La guerra, por ende, tenía también una función sancionadora de ese nuevo modelo de hombre, un proceso que se había de realizar mediante la consecución de una serie de gestas que lo dotasen de capital simbólico y experiencial. En este sentido, no solo se hacía mención explícita a referentes como los ya mencionados, caso de Numancia o los Sitios, sino que se cultivaba muy cuidadosamente el carácter épico de los diversos episodios propios de la Guerra Civil. La resistencia del Alcázar de Toledo, «aquel cúmulo de escombros representativo de una epopeya, que en pleno siglo XX, renovó la heroica leyenda de la España de Guzmán el Bueno y del Siglo de Oro»; su homónima de Oviedo, ciudad que «había escrito páginas de gloria, difícilmente igualables, durante los tres meses de su riguroso asedio»; la defensa del Alto del León, «monumento perenne [...] barrera inexpugnable contra la que se estrelló la impotencia marxista»; el asalto a las «murallas inexpugnables» de Badajoz, «teniendo solamente los soldados españoles el pecho por coraza, el corazón por escudo y la melena desgreñada y ondeando al viento por casco»; el prolongado asedio al santuario de Santa María de la Cabeza, «el santuario castillo inexpugnable donde esos leones de la benemérita resisten con la ayuda de Dios y repasan en cada instante las horas de Sagunto, los días de Numancia»; o el sacrificio de Belchite, «renovación de los hechos más famosos de la historia aragonesa y de la historia española», constituían las nuevas gestas del moderno renacimiento de la nación española, razón por la cual fueron elevadas a esa categoría de epopeyas y representadas como una lucha apocalíptica entre el bien y el mal, entre la civilización y la barbarie.³⁶⁷ No así, sin embargo, la actuación de la guarnición sublevada tras el asalto republicano a Teruel, donde la rendición, es decir, la renuencia a luchar hasta las últimas consecuencias como así exigía el

estaba relacionada con atavismos propios “de su raza”. Véase Elisabeth BOLORINOS ALLARD: “Masculinidad, identidad guerrera y la imagen del Regular marroquí en la propaganda del bando sublevado en la Guerra Civil Española”, *Norba. Revista de Historia*, 29-30 (2016-2017), pp. 121-134. No obstante, pese a los elementos de masculinidad comunes siempre permanecieron barreras claras entre el combatiente marroquí y el español, acentuadas sobre todo durante la posguerra. Véase Stephanie WRIGHT: “Glorious Brothers, Unsuitable Lovers: Moroccan Veterans, Spanish Women and the Mechanisms of Francoist Paternalism”, *Journal of Contemporary History*, disponible en <https://journals.sagepub.com/doi/abs/10.1177/0022009418778777> (consultado por última vez el 5-2-2019) Sea como fuere, estos relatos sobre la aceptación del dolor y el padecimiento físico eran igualmente insertados en la prensa destinada a los frentes, con una clara intencionalidad de socializarlos entre la tropa. Un ejemplo en “¡Por fin me han herido!”, *La Ametralladora. Semanario de los soldados*, nº 65, 24 de abril de 1938, p. 5. No en vano, la Medalla de Sufrimiento por la Patria tenía como requisitos que los solicitantes hubiesen sido heridos y hubiesen necesitado hospitalización, cuanto más larga mejor. A mayor gravedad de las heridas, mayor era el ejemplo dado, con lo que se buscaba priorizar este tipo de perfiles. Véase AGMAV, C. 1549, 44. 12 DI, Recompensas, “Instrucciones para solicitar la Medalla de Sufrimiento por la Patria”, junio de 1937.

³⁶⁷ Héctor COLMEGNA: op. cit., p. 269; Óscar PÉREZ SOLÍS: op. cit., p. 352; Fernando FERNÁNDEZ DE CÓRDOBA: op. cit., p. 79; Policarpo CÍA NAVASCUÉS: op. cit., p. 22; Manuel BARBERÁ SABORIDO: op. cit., p. 163; y Emilio OLIVER ORTIZ: op. cit., p. 11. Además, para continuar reforzando este nuevo modelo de masculinidad, ejemplificado en las grandes gestas militares de las armas rebeldes, se generaron toda una serie de productos culturales destinados a socializarla entre el gran público, como por ejemplo la película *Sin novedad en el Alcázar*. Véase Aintzane RINCÓN DÍEZ: “Cuerpos enfrentados en *Sin novedad en el Alcázar*”, en Miguel Ángel RUIZ CARNICER (coord.), *Falange. Las culturas políticas del fascismo en la España de Franco*, Vol. 2, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2013, pp. 481-498. Sea como fuere, el mito distaba mucho de la realidad. Un ejemplo, para el caso de Santa María de la Cabeza, en Francisco COBO: “El asedio al santuario de Santa María de la Cabeza durante la Guerra Civil (Un intento de desmitificación)”, *Boletín del Instituto de Estudios Giennenses*, 176:1 (2000), pp. 101-137.

modelo de masculinidad fascista, suponía una mancha en el historial impecable de la Nueva España, un desafío a la virilidad de las fuerzas armadas franquistas.³⁶⁸

Por supuesto, para conseguir que el calificativo de epopeya fuese operativo había que adornar el relato de todo un marco narrativo en la que la carga épica de las acciones fuese prácticamente increíble, propio de los héroes que se quería construir mediante esta propaganda. Incluso, se llegaba a prescindir de todo elemento de veracidad que pudiera enmascarar el protagonismo de los combatientes, por muy relevante que hubiese sido para el propio desarrollo de las operaciones. En este sentido, en un escrito enviado por la DNPP al delegado de Vizcaya en enero de 1938 se criticaba el titular, relativo a la batalla de Teruel, aparecido en el diario bilbaíno *El Correo Español* y que decía lo siguiente: «Por qué no lograron los rojos tomar Teruel. Lo impidió un hecho providencial –una nevada– y la bravura de nuestros soldados». A juicio de la Delegación, «ese modo de titular, no responde acaso por deficiencia de expresión, al absoluto que ha de tenerse de la eficacia combativa de nuestro Ejército».³⁶⁹ Por otro lado, ese carácter épico se construía en la literatura memorialística a través de las imágenes del enemigo, descritos como «infinitamente superiores», formando «oleadas grandiosas de combatientes» frente a las que «Sólo unas tropas poseídas de la moral que tenían las nuestras eran capaces de resistir», lo cual subrayaba la excepcionalidad tanto de la gesta como de los propios soldados españoles.³⁷⁰ Esto, de hecho, remitía a la idea de horda como forma de describir al bando republicano, la cual trufaba la práctica totalidad de la literatura propagandística, memorialística y, en definitiva, el discurso de los sublevados.³⁷¹ No por nada, la horda era la representación del barbarismo asociado a los “rojos”, en contraposición a la civilización cristiana occidental que defendía la coalición insurgente.³⁷² Sea como fuere, en ocasiones, en los relatos sobre este tipo de enfrentamientos armados incluso se hablaba específicamente de guarniciones, exagerados hasta el paroxismo. Era habitual, así, encontrarse enfrentamientos entre «¡Tres mil rojos y nosotros que éramos ochenta hombres escasos!», algo recibido con una «emoción extraordinaria [...] Ni uno sólo de nosotros tenía cara de miedo. Todos íbamos entusiasmados y decididos», es decir, redundando en esa idea que señalaba antes

³⁶⁸ David ALEGRE LORENZ: *La batalla de Teruel...*, p. 416.

³⁶⁹ Archivo General de la Administración (en adelante, AGA), Caja 21/01358, Carpeta 130, 7 de enero de 1938.

³⁷⁰ José Antonio MARTÍNEZ BARRADO: op. cit., p. 57; Rosendo DOMENECH PUIG: op. cit., p. 118; y Fernando FERNÁNDEZ DE CÓRDOBA: op. cit., p. 123. Una imagen similar en Fernando MARTÍNEZ GRANA: op. cit., p. 77; o en Juan DEPORTISTA [Alberto Martín Fernández]: “Guerra y humor en la Ciudad Universitaria”, *ABC Sevilla*, 12 de marzo de 1937, p. 5.

³⁷¹ Estas referencias a la horda, entre muchos otros, en Luis ARMILLAS GARCÍA y Manuel MONTILLA MUÑOZ: op. cit., p. 34; Anónimo: *Artillería de Mallorca...*, entrada del 22 de marzo de 1938; Francisco CAVERO Y CAVERO: op. cit., p. 55; o José Antonio MARTÍNEZ BARRADO: op. cit., p. 40. Para el caso del CTV la construcción retórica fue netamente similar. Véase Javier RODRIGO: *La guerra fascista...*, p. 239.

³⁷² Xosé M. NÚÑEZ SEIXAS: *¡Fuera el invasor!...*, pp. 253-266. Esta percepción, con una visión más relacionada con la idea de Europa y los voluntarios fascistas en la Guerra Civil, en Miguel ALONSO IBARRA: “Guerra Civil Española y contrarrevolución. El fascismo europeo bajo el signo de la santa cruz”, *Ayer*, 109:1 (2018), pp. 269-295.

y que sería consustancial al ser español: la voluntad de entablar combate en todo momento, de forma entusiasta además, fuesen cuales fuesen las circunstancias.³⁷³ La reproducción de este tipo de esquemas narrativos, con el uso de detalles específicos y cifras concretas, reforzaba todavía más la épica del combate, que al mismo tiempo se extendía a cualquier enfrentamiento descrito de esta forma. Es decir, que la Guerra Civil se transformó en todo un conjunto de pequeñas epopeyas, ya fuesen llevadas a cabo por soldados, por civiles o milicianos armados resistiendo en alguna posición, e incluso por los que vivía en pueblos y ciudades bajo dominio republicano, perfectamente representados en la literatura del “terror rojo”. De este modo, se dotaba de contenido simbólico y experiencial al proceso de regeneración de la patria mediante el sacrificio bélico y se mostraba el desarrollo constructivo de la comunidad nacional al que todos contribuían de una u otra forma, cada cual desde el lugar que la contingencia histórica le hubiera reservado.

Dentro de esta arquitectura narrativa, el combatiente sublevado, y por extensión todos aquellos que luchaban contra el bolchevismo en España, eran representados como el «valladar que cerrábamos el paso a esta horda de vándalos».³⁷⁴ Dicha metáfora ejemplificaba perfectamente la conducta ideal que, al menos según el discurso fascista, deberían desplegar las tropas en el campo de batalla, esto es, resistir hasta el final y no retroceder nunca, tal y como había sucedido en las grandes gestas que veíamos, como el Alcázar o Santa María de la Cabeza, y de forma totalmente opuesta a lo que ocurrió en Teruel, donde a ojos de este relato no solo se había producido una traición al ejército, sino a la propia españolidad. Los soldados, por ende, ofrecían una «muralla [...] [de] pechos aguerridos» ante el avance enemigo, una imagen muy similar a la que el mismo autor, el

³⁷³ Prudencio DORESTE: op. cit., p. 50. Escenas similares en Padre José CABALLERO: op. cit., pp. 168 y 250-251, o en Francisco CAVERO Y CAVERO: op. cit., pp. 71 y 74. Igualmente, la prensa tampoco escapaba a esta clase de formulaciones mitificadas, como se observa por ejemplo en *Unidad. Diario de combate nacionalsindicalista*, 11-02-1937, p. 2; *El Legionario*, 19-03-1937, p. 1; *El Legionario*, 17-08-1937, p. 1; o *El Legionario*, 18-08-1937, p. 1.

³⁷⁴ Ricardo GUTIÉRREZ: *Memorias de un azul*, Imprenta Comercial Salmantina, [Salamanca], [1937], p. 105. Siguiendo esa idea de valladar, el “rojo” era en no pocas ocasiones representado en forma de «olas rojas» a las que había que «contener y encauzar por nuevos rumbos». En este sentido, el ejército sublevado avanzaba «como proa enhiesta en rocoso mar», mientras que enclaves heroicos como Belchite no eran sino un «duro acantilado rompeolas en que se estrellé la avalancha marxista». El fragmento citado de las olas en Francisco LLUCH F. VALLS: *Semilla azul*, Hº de Paulino Ventura, Granada, 1939, p. 49. En la misma línea, Manuel BARBERÁ SABORIDO: op. cit., pp. 77 y 98; Fernando FERNÁNDEZ DE CÓRDOBA: op. cit., p. 93; Emilio OLIVER ORTIZ: op. cit., p. 10; o Policarpo CÍA NAVASCUÉS: op. cit., p. 223. Las descripciones del ejército sublevado en *Ibidem*, p. 319; Emilio OLIVER ORTIZ: op. cit., p. 37; y Bănică DOBRE: op. cit., p. 158, en este caso describiendo a los soldados alemanes. De hecho, esa particular representación del enemigo y del propio combatiente, las cuales se retroalimentaban, remite a antecedentes idénticos presentes en otros ámbitos contrarrevolucionarios europeos. Un ejemplo de ello lo tenemos en el caso del *Freikorps* alemán, cuyas fantasías de alteridad también relacionaban el marxismo con lo líquido, mientras que la contrarrevolución era asociada con lo rígido, lo vertical, lo pétreo. Véase Klaus THEWELEIT: *Male fantasies*, 2 vols., University of Minnesota Press, Minneapolis, 1987. Una perspectiva conceptualmente similar en Mark NEOCLEOUS: “Gothic fascism”, *Journal of Cultural Research*, 9:2 (2005), pp. 133-149. Para el caso español, un análisis que discurre por esta línea en Zira BOX: “Cuerpo y nación: sobre la España vertical y la imagen del hombre”, *Ayer*, 107:3 (2017), pp. 205-228. No en vano, esta percepción de la realidad tenía su traslación al ordenamiento del espacio, en campos tan relevantes como el del urbanismo. Véanse Mark ANTLIFF: “*La Cité française*: Georges Valois, Le Corbusier, and Fascist Theories of Urbanism”, en Íd. y Matthew AFFRON (eds.), *Fascist visions: art and ideology in France and Italy*, Princeton University Press, Princeton: 1997, pp. 134-170; y Aristotle A. KALLIS: “The ‘Third Rome’ of Fascism: Demolitions and the Search of a New Urban Syntax”, *The Journal of Modern History*, 84:1 (2012), pp. 40-79.

capellán de requetés Policarpo Cía, utilizaba para describir el asalto a las murallas de Badajoz en agosto de 1936, con “el pecho por coraza”.³⁷⁵ En cierto modo, este tipo de representación evocaba un ideal caballeresco de la guerra, alejado de la modernidad impuesta por el avance tecnológico que había transformado radicalmente los actos de matar y morir.³⁷⁶ Estos ya no se producían en combate singular sino a distancia, de una forma fría y desapasionada, otorgándole así el mismo poder tanto al mejor de los combatientes como a aquel que simplemente supiera apretar un gatillo.³⁷⁷ No en vano, ciertos relatos de la literatura de la Cruzada tendían a cultivar el carácter sublime de la violencia bélica siguiendo esta línea, exaltando el uso de armas blancas en los combates como una vía de verdadera demostración de la nueva masculinidad. Matar a distancia no era, de este modo, ser hombre. Asaltar una trinchera cargando bayoneta en ristre, por el contrario, sí, y desde luego era el tipo de virilidad que el fascismo quería construir:

«La Legión en su clásica formación bélica, busca el momento del encuentro, sin importarle lo que ello les cueste... Los jefes y oficiales van delante, con pistola en mano... dando voces de: ¡Adelante Legión!... ¡Viva la muerte!... ¡Por España, adelante!... Y los bravos legionarios, con sus cuchillos entre los dientes, el fusil en una mano y con la otra lanzando bombas con una agilidad extraordinaria... Les siguen con sus cuerpos ligeramente encorvados, en espera del momento cumbre de dar el salto de gamo sobre el enemigo... Esto no se hace esperar... Una nueva voz... ¡A ellos!... Y el momento es sublime. [...]

Estos leones, con su canto de muerte y cuchillos... ahogan las blasfemias y súplicas del Soviet... para ¡siempre! en Badajoz...»³⁷⁸

En contraposición, el soldado republicano era descrito como un individuo generalmente cobarde, propenso a las fugas en cuanto estallaban los combates y con evidentes rasgos de afeminamiento, tanto en lo físico como en lo moral.³⁷⁹ No obstante, esa calificación varía también en función de los relatos y de su cronología. Por ejemplo, en las

³⁷⁵ Policarpo CÍA NAVASCUÉS: op. cit., p. 271.

³⁷⁶ Ese ideal caballeresco en *Ibidem*, p. 29; y en *Folleto del combatiente*, nº 1, 20 de febrero de 1938, p. 12.

³⁷⁷ Las mitificaciones del combate singular constituyen un elemento común a cómo los individuos han representado la experiencia bélica. Véase Joanna BOURKE: op. cit., pp. 51-74.

³⁷⁸ Ricardo GUTIERREZ: op. cit., p. 273. Nótese en el relato de Gutiérrez la referencia al modelo ideal del buen oficial, que combinaba tanto el ejercer de ejemplo para sus tropas encabezando los ataques como, al mismo tiempo, el llevar la valentía y el arrojo al paroxismo, precisamente al ir de punta de lanza del asalto. Relatos similares en José SANZ Y DÍAZ: op. cit., p. 76; y en “Los Requetés en los frentes – Aravaca”, *Boletín de campaña de los Requetés*, nº 33, 13 de marzo de 1937, p. 4.

³⁷⁹ En este sentido, la representación del soldado sublevado en la literatura memorialística y propagandística republicana discurría por los mismos cauces: el cuestionamiento de su masculinidad a través de la cobardía y el afeminamiento. Véase Iker GONZÁLEZ-ALLENDE: “Masculinities in Conflict. Representations of the Other in Narrative during the Spanish Civil War”, *Hispanic Research Journal: Iberian and Latin American Studies*, 11:3 (2010), pp. 193-209. De hecho, incluso se trazaban comparativas entre la virilidad del combatiente marroquí y la falta de masculinidad del rebelde español. Véase Elisabeth BOLORINOS ALLARD: “The Crescent and the Dagger...”, p. 971. Aunque poco habituales, en las memorias de combatientes sublevados se relatan también retiradas propias, si bien de un modo muy aséptico o incluyendo calificativos como «estratégica». Elocuentemente, los testimonios que hablan de desbandadas son de fecha tardía, concretamente 1976 y 1977. Véase, respectivamente, Amaro IZQUIERDO: op. cit., p. 19; y José Luis MARTÍN VIGIL: op. cit., pp. 190-193. Contemporáneos al conflicto, y haciendo uso de ese lenguaje

memorias de Manuel Alfredo Paz, publicadas en 1973 –aunque según el autor fueron escritas durante la guerra–, se reconoce en diversas ocasiones la valentía de los “rojos”, tanto por sus acciones en el campo de batalla como por el hecho de tener que lidiar, además de con sus enemigos “nacionales”, con sus «jefes y comisarios», los cuales según Paz se encontraban en retaguardia, ordenando morir a sus hombres pero sin arriesgar ellos sus vidas.³⁸⁰ Una distinción entre el combatiente rojo de a pie y sus dirigentes que tenía una doble dimensión. Por un lado, abría una puerta a la reintegración, tal y como efectivamente se produjo, de decenas de miles de soldados republicanos en las filas del ejército sublevado y, en última instancia si bien con matices, en el propio proyecto de nación surgido de la guerra. Y, por otra, denotaba una visión netamente paternalista de los obreros, que habrían sido fácilmente engañados por los dirigentes marxistas para combatir a sus hermanos españoles, visión cultivada como parte de los miedos revolucionarios crecientes en España a partir del advenimiento de la Segunda República pero cuyas raíces se podían encontrar en las décadas anteriores, teniendo múltiples puntos de conexión con visiones similares presentes en el imaginario contrarrevolucionario europeo desde finales del siglo XVIII, al menos siguiendo esas mismas coordenadas ideológicas. Sea como fuere, la consideración de la valentía del combatiente republicano la encontramos también en las memorias de Fernando Villalba, publicadas en 1956, el cual se sorprende de que los “rojos” no huyesen «como esperábamos», sino que lo hiciesen ordenadamente e incluso luchasen con denuedo.³⁸¹ El relato de Villalba es interesante, además, porque permite aproximarnos a la realidad de la permeación ideológica sufrida durante la guerra, algo que también sucede con el caso de Paz. En el primero, Villalba tiene una imagen preconcebida de cómo se iban a comportar los republicanos, la cual, como él mismo admite, se desmonta cuando entra en contacto con ellos. De igual modo, Paz no reproduce tampoco ese discurso de la cobardía, sino que muestra la realidad desde una óptica mucho menos tópica. Por ende, aquí se pueden ver los matices existentes en la adopción de la cultura de guerra, construida en clave fascista, del bando sublevado, y cómo el rechazo a ciertas cuestiones no suponía, empero, una enmienda a su totalidad.

Así pues, la decadencia moral a la que habrían conducido siglos de doctrinas liberales y, en última instancia, la Segunda República, habría creado generaciones de individuos cobardes y afeminados, muy alejados de lo que debía ser el hombre español por excelencia y, más aún, el soldado.³⁸² Este esquema discursivo se reproducía constantemente en la literatura memorialística y propagandística. Los combatientes republicanos

aséptico, véase Fernando FERNÁNDEZ DE CÓRDOBA: op. cit., p. 91; José Antonio MARTÍNEZ BARRADO: op. cit., p. 43; y Neculai TOȚU: *Notas del frente español (1936-1937)*, Madrid, Editorial Dacia, 1970 [Edición rumana: *Insemnari de pe front: note din expeditia legionara in Spania: noembrie 1936-Ianuarie 1937*, Curierul, Pub. Sibiu, 1937], p. 56, este último donde figura el calificativo de “estratégica”.

³⁸⁰ Manuel Alfredo PAZ FERNÁNDEZ: op. cit., pp. 56 (la cuestión de los «jefes y comisarios»). Nótese el uso específico de ambos términos, el primero en referencia a los dirigentes republicanos y el segundo a los dirigentes políticos en el seno de las unidades. Por el contrario, en la página citada a continuación, se hace referencia a un “oficial”, y no a figuras políticas como son las otras dos), 110 (valentía de, precisamente, un oficial republicano que antes de ser capturado prefiere suicidarse), y 214 (sobre la capacidad de aguante durante un combate). Otro relato que distingue entre los soldados rasos y sus jefes en Héctor COLMEGNA: op. cit., p. 219.

³⁸¹ Fernando VILLALBA DIÉGUEZ: op. cit., pp. 137 y 140.

³⁸² Un ejemplo de esta lectura en José-Vicente PUENTE: op. cit., pp. 46 y ss.

habrían perfeccionado una cosa, «l'abilità a scappare», una visión compartida igualmente por los soldados italianos del CTV.³⁸³ De hecho, incluso practicarían para poder alcanzar cuanto antes la retaguardia, si nos atenemos a una carta –más que probablemente inventada– que el legionario Francisco Caveró y los miembros de su unidad encontraron en unas trincheras recién ocupadas:

«El comandante Frutos encontró una carta, que al capitán rojo le dirigía a su ‘compañera’. Decía, refiriéndose, sin duda, a pasadas operaciones:

–‘No sé cómo dices que no ha pasado nada y has perdido hasta la funda de la pistola.’

Y otra de un miliciano a su familia:

–‘Estoy entrenándome, para llegar el primero en la próxima retirada’.»³⁸⁴

En este fragmento no solo es relevante la cuestión que mencionaba, sino también el hecho de que todo un capitán del EPR hubiese huido de forma patética, perdiendo sus pertenencias por el camino y, sobre todo, que su mujer le reprendiese duramente por ello. A través de esa escena dramatizada lo que se buscaba subrayar era la emasculación a la que se había visto sometido el hombre moderno, al que incluso una mujer se atrevía, saliéndose absolutamente de su rol familiar y social, a llamarle la atención, de un modo además especialmente ofensivo para la propia masculinidad del individuo. Lo femenino, por ende, tenía un papel relevante en las descripciones que se hacían del combatiente republicano, especialmente de los milicianos, a los que se acusaba de «salir huyendo como mujerzuelas».³⁸⁵ La feminización del enemigo marxista afectaba, como no podía ser de otro modo a la hora de construir la imagen contrapuesta al ideal de soldado español, a su forma de combatir. Este acostumbraba a aprovechar el mal tiempo para realizar sus operaciones, utilizando ardides y ocultándose sobre el terreno, en vez de ofrecer un combate justo, caballeresco, de hombre a hombre.³⁸⁶ Es decir, que a diferencia de los combatientes sublevados, los republicanos tenían miedo de sufrir y morir, no sabían «aguantar con resignación y entereza las alucinaciones dolorosas de la agonía», demostrando así su condición de individuos «poco viriles», «cobardes por la idea que defienden y por la falta

³⁸³ Mario CANGIANELLI: *Nella bufera spagnola*, Roma, Instituto Gráfico Tiberino, 1939, p. 76. Otras codificaciones en el mismo sentido en Manuel BARBERÁ SABORIDO: op. cit., p. 38; Fernando FERNÁNDEZ DE CÓRDOBA: op. cit., p. 42, que reproduce el esquema ya visto de la superioridad del enemigo, pues 350 combatientes sublevados conseguían poner en fuga a 2000 “rojos”; José Antonio MARTÍNEZ BARRADO: op. cit., p. 42; o Bonifacio SORIA MARCO: *Cruzada Nacionalista. Memorias de guerra de un Vanguardista de “Españoles Patriotas” en el frente de Granada*, Granada, Editorial Urania, 1937, p. 79, que como Fernández de Córdoba alude a la cobardía de los republicanos aun encontrándose ellos en manifiesta ventaja.

³⁸⁴ Francisco CAVERO Y CAVERO: op. cit., p. 105.

³⁸⁵ José SANZ Y DÍAZ: op. cit., pp. 41-42. También en Manuel BARBERÁ SABORIDO: op. cit., p. 72, quien afirmaba que los milicianos iban «depilados y con tinte en las uñas».

³⁸⁶ José MARÍA MOLINET: op. cit., p. 5; y Neculai TOTU: op. cit., pp. 120-121. Este tipo de relatos, de hecho, tuvieron un especial campo de cultivo en la experiencia bélica de los soldados alemanes, pero también de los voluntarios europeos encuadrados en las Waffen-SS, en el Frente Oriental. La vastedad natural del espacio ruso fue concebida como un ente amenazador en sí mismo y que, además, alojaba a los partisanos soviéticos, los cuales encontraban en ella su medio natural en tanto que hombres no civilizados. Véase David ALEGRE LORENZ: *Experiencia de guerra y colaboracionismo...*, capítulo 1.

de virilidad que sus afeminados jefes les infunden, saben mejor huir que atacar y mueven sus piernas siempre en dirección a la cloaca de donde proceden».³⁸⁷ Incluso, en algunas ocasiones la propia documentación militar, mucho más aséptica en cuanto a los lenguajes utilizados y los temas abordados, y más realista en cuanto a lo que sucedía sobre el terreno, reproducía este mismo discurso. Es el caso de un informe elaborado por el EM del V CE en septiembre de 1937 relativo a la defensa de la localidad aragonesa de Belchite. En el texto, plagado de términos con una alta carga ideológica («guerra de redención», «avalancha roja», «hordas rojas»), estaban presentes buena parte de las cuestiones mencionadas a lo largo de este capítulo: la lucha contra un enemigo infinitamente numeroso, la voluntad de resistencia hasta el último hombre o el heroísmo de las acciones de las fuerzas sublevadas en la localidad; todas definitorias de la nueva masculinidad castrense. Pero, al mismo tiempo, la narración de los acontecimientos dejaba entrever un marcado desprecio por las tácticas republicanas, quienes sitiaban las posiciones «sin atacarlas de frente», lo cual contrastaba notablemente con cómo se describía la lucha de los defensores y que resaltaba la pretendida falta de virilidad del enemigo “rojo”.³⁸⁸ Un reflejo, dicho sea de paso, de cómo la propia ideología fascista permeaba las mentalidades una institución como el ejército, que en no pocas ocasiones ha sido historiográficamente distanciada del ecosistema *político* de la coalición rebelde, si bien formaba parte indisoluble del proyecto, en términos abstractos y concretos, de “salvación nacional”.³⁸⁹

Todas estas cuestiones crearon un marco de actuación permeado por visiones ideologizadas de la experiencia bélica, lo cual sin duda influyó en las dinámicas del frente. En este sentido, veremos algunos ejemplos de cómo determinados lenguajes y percepciones de la realidad penetraron en la cotidianeidad de los combatientes y en cómo se planificaban y llevaban a cabo las operaciones militares, lo cual dibuja un papel diferente para el ejército sublevado. La Guerra Civil fue un proceso de legitimación, de construcción de una determinada forma de entender el mundo, la sociedad y al individuo, de tal modo que dotar de contenido real estas cuestiones fue tanto o más importante que ganar el propio conflicto en sí. Por ende, la minusvaloración del papel ideologizador de las fuerzas armadas precisa de una revisión que pondere las diferentes manifestaciones que dicho papel tuvo en el día a día de su funcionamiento, abordado el hecho ideológico desde una óptica

³⁸⁷ Respectivamente, Rosendo DOMENECH PUIG: op. cit., p. 117 (también p. 18); José SANZ Y DÍAZ: op. cit., p. 168; y “Así son nuestros soldados”, *Boletín de campaña de los Requetés*, nº 31, 27 de febrero de 1937, p. 2. En la misma línea, Emilio OLIVER ORTIZ: op. cit., p. 172; y Héctor COLMEGNA: op. cit., p. 93. De hecho, y al igual que sucedía con el modelo ideal de combatiente, algunos autores trazaban conexiones con el pasado histórico español para destacar momentos en los que algún gran personaje había demostrado una evidente falta de masculinidad, construyendo así una suerte de palingenesis de signo negativo. Es el caso de Enrique IV, al que se acusaba de «falta de virilidad» por haberse dejado derrotar por «los marxistas de entonces». Véase Félix G. OLMEDO: op. cit., pp. 121-122. No debemos olvidar que el reinado de Enrique IV estuvo marcado por levantamientos nobiliarios relacionados con la sucesión del monarca, consecuencia de su incapacidad de engendrar un heredero aceptado por todos, ya que única hija, Juana de Castilla, fue apodada “la Beltraneja” por la creencia de que su verdadero padre no era otro que el duque Beltrán de la Cueva. Por ello, a Enrique IV algunos historiadores le adjudicaron el sobrenombre de “el Impotente”, lo cual encaja perfectamente con la metáfora que Olmedo quería construir respecto a la masculinidad de los republicanos durante la Guerra Civil.

³⁸⁸ AGMAV, C. 1326, 14. CE Castilla, Información, “Informe sobre la defensa de Belchite”, septiembre de 1937.

³⁸⁹ Ferran GALLEGRO: *El Evangelio fascista...*, p. 487; Xosé M. NÚÑEZ SEIXAS: *¡Fuera el invasor!...*, p. 216.

mucho más matizada y alejada de máximos que no se sostienen aplicados al plano de lo real. Las medallas, condecoraciones y ascensos por méritos de guerra, por ejemplo, son un elocuente reflejo de ese rol ostentado por el ejército, en tanto que más que un reconocimiento a la actuación de diversos combatientes o unidades constituyeron un laboratorio para crear y sancionar ese nuevo modelo de masculinidad combatiente. En este sentido, la Medalla Militar Individual Colectiva buscaba otorgar un «premio inmediato y ejemplar a su acto muy distinguido», con una particular condición: «Tampoco se presta en términos generales a recompensar conductas distinguidas por acumulación de méritos».³⁹⁰ Es decir, que más que buscar recompensar a aquellos combatientes que habían demostrado de forma reiterada buenas dotes de mando y aptitudes en la conducción de las operaciones militares se prefería destacar aquellos hechos especialmente heroicos, siguiendo ese modelo de masculinidad en el que las gestas, por su carácter épico y en buena medida sacrificial y redentor, se superponían a otros episodios que, aunque pudieran haber sido más relevantes para la consecución de los objetivos concretos, no tenían tanto potencial para ser resignificados en forma de mito.

Esa particular percepción de lo que constituían “actos muy distinguidos” se reafirmaba con la tipología de acciones reconocidas y con el lenguaje que trufaba los listados de individuos condecorados. Por ejemplo, en diciembre de 1938 y enero de 1939 le fueron concedidas dos Cruces Laureadas de San Fernando a la 1ª Compañía del 6º Tabor de Regulares de Alhucemas nº 5 y al fallecido capitán de infantería y comandante del 4º Batallón del Regimiento de Infantería de Bailén nº 4 (4ª División de Navarra) Félix Fernández Díez, por hechos acaecidos en abril y agosto de 1938 respectivamente. En el primer caso, la mencionada unidad hubo de defender su posición, situada en el Parque del Oeste de la Ciudad Universitaria de Madrid, de un ataque de fuerzas republicanas precedido de la voladura de varias minas. Pese a lo complicado de la situación, los regulares consiguieron repeler al enemigo e incluso contraatacar, sosteniendo «una lucha durísima en la que intervino el arma blanca, la granada de mano, y en la que se llegó a combatir con el útil de mango corto». Por su parte, el capitán Félix Fernández defendió al mando de sus hombres una posición en un lugar no especificado por el documento, si bien por aquel entonces la 4ª División de Navarra se encontraba combatiendo en la batalla del Ebro, concretamente en la sierra de Pandols.³⁹¹ Según indica el relato, a pesar de contar con una amplia superioridad numérica y material, los republicanos no pudieron hacer huir a las tropas sublevadas y sólo consiguieron obtener la victoria cuando acabaron con todos los defensores de la posición, siendo el último de ellos el condecorado, quien «completamente solo arrojando granadas de mano a los que la atacaban logrando herirle y sin querer evacuarse continúa defendiendo hasta ser alcanzado por el fuego enemigo muriendo gloriosamente».³⁹² Ambos episodios, perfectamente habituales en todo conflicto armado, fueron elevados, mediante la concesión de la máxima condecoración militar española, a

³⁹⁰ AGMAV, C. 1550, 61, p. 4. 12 DI, Recompensas, “Ascensos por méritos de guerra. Instrucciones”, septiembre de 1938.

³⁹¹ Carlos ENGEL: op. cit., p. 27.

³⁹² AGMAV, C. 1551, 29, pp. 4-5. 12 DI, Organización, “Cursos para Alféreces Prov. de Infantería, Intendencia de la Armada, Ingenieros, en las fechas que se citan”, enero de 1939.

la categoría de gesta heroica en tanto que encajaban perfectamente con el modelo de masculinidad combatiente que se quería promocionar. En el primer caso, el combate había sido cuerpo a cuerpo, individual, mediante armas de mano, lo que eliminaba todo rastro de cobardía asociado a la muerte a distancia y permitía situar la valentía como el elemento que había decantado la victoria del lado rebelde, dada la inherencia que se consideraba tenía esta cualidad al ser español y su enajenación del hombre republicano. En el segundo, lo que se evidenciaba era la voluntad de resistir hasta el final, aún a costa de la propia vida, en una representación apocalíptica de los últimos momentos de vida del combatiente, herido pero arrojando granadas de mano casi frenéticamente. Es decir, que las acciones, además de destacables en su vertiente militar, servían para hacer tangible la narrativa de la Cruzada y, por ende, legitimar al Nuevo Estado. De hecho, esta particular concepción de los comportamientos y los sacrificios que merecían ser especialmente premiados tuvo igualmente su reflejo durante la posguerra, como en los requisitos que los veteranos debían tener para poder ingresar en el Benemérito Cuerpo de Mutilados de Guerra por la Patria (en adelante, BCMGP). Según el reglamento de la institución, los excombatientes que no mostraban heridas físicas no eran admitidos, al tiempo que a la hora de calificar la gravedad de las heridas para la obtención de un trabajo la emasculación computaba más que la pérdida de un brazo, lo cual ponía de manifiesto la existencia de criterios cimentados en un determinado modelo de masculinidad, más que en la incidencia de las lesiones en la capacidad de trabajar de los veteranos.³⁹³

En la misma línea observamos el lenguaje utilizado a la hora de relatar los hechos que habían hecho merecedores a determinados individuos de ser premiados por su comportamiento en el frente. En un listado de soldados y oficiales distinguidos en la toma de Badajoz y otras operaciones llevadas a cabo por las columnas africanas en el mes de agosto de 1936, para algunos de los cuales se solicitaban ascensos por méritos de guerra, una de las descripciones más repetidas a la hora de señalar el motivo por el que un combatiente se había destacado era el haber actuado con «serenidad», con «valor sereno», en la línea de lo que antes veíamos que caracterizaba, según el discurso propagandístico, al hombre español. De igual modo, se resaltaban hechos como asaltos a arma blanca, el seguir combatiendo hasta perder el sentido tras haber sufrido una herida o la exposición constante de la propia vida, todo ello en medio de recurrentes exaltaciones del valor y el arrojo con el que se habían conducido las operaciones. Incluso se narraban episodios similares a otros vistos anteriormente, como cuando el legionario de segunda Manuel Portillo Mora, «herido gravemente en el rostro continuó avanzando animando a sus compañeros con sus gritos de “VIVA ESPAÑA” hasta que la pérdida de sangre la impidió continuar», lo cual recuerda al presuntamente vivido por Millán Astray o al que relataba el voluntario argentino Héctor Colmegna.³⁹⁴ Por supuesto, el listado también mencionaba otro tipo de cualidades, como la inteligencia o las dotes de mando, pero el discurso de la masculinidad militar fascista impregnaba y daba color al escrito, marcando ya desde bien temprano una de las líneas que habían de seguir quienes se quisieran significar durante el conflicto y abrazar, así, ese ideal del nuevo hombre. No obstante, la realidad demostró

³⁹³ Stephanie WRIGHT: “Los mutilados de Franco...”, pp. 79 y 84.

³⁹⁴ AGMAV, C. 2395, L. 188, 52. Ejército de África y Sur de España, EM, Recompensas, “En operaciones de Badajoz y otras”, agosto de 1936.

posteriormente que la mayoría de los combatientes no estaban preparados para ello. No hay que olvidar que los legionarios que asaltaron Badajoz, así como el grueso de los efectivos que formaban las columnas en 1936, eran individuos con entrenamiento y experiencia militar en escenarios de combate real. Mientras que, por el contrario, la masa de individuos que combatía en los frentes de la guerra en 1937, 1938 y 1939 eran civiles inexpertos, pobremente instruidos y equipados a los que se había movilizado forzosamente para una guerra en la que, seguramente, muchos no querían participar.

Si las condecoraciones buscaban premiar las manifestaciones tangibles de este nuevo modelo de masculinidad, así como los hechos heroicos que contribuían a la construcción de una mitología bélica propia, igualmente sucedía con aquellos casos que socavaban los elementos nucleares del ideal del soldado, y que por ende desmitificaban el relato elaborado en torno al conflicto. No corresponder esa imagen propagandística minaba el discurso legitimador del Nuevo Estado, construido sobre la base de un renacer nacional encarnado en los combatientes, sus primeros y verdaderos representantes. Por ello, los oficiales fueron especialmente examinados en su desempeño y proceder en las diferentes operaciones militares, para determinar en qué medida su ejercicio del mando había discurrido por las líneas de lo que debía ser el comportamiento modélico de una figura referente para sus hombres. Desde luego, el miedo, la pérdida de control en situaciones de combate o la simple cobardía eran reacciones que compartían tanto mandos como tropa, pero los primeros eran figuras clave, mediante su ejemplo, del esquema de socialización de una serie de principios y valores, permeados ideológicamente, al tiempo que en un plano puramente pragmático eran los responsables directos a los que se podía achacar los desastres militares. Así, a lo largo del conflicto, los altos mandos rebeldes instruyeron diversos procedimientos judiciales en averiguación de las causas que motivaron algunas derrotas, de cara a determinar esa responsabilidad del oficial y si este se había actuado conforme tanto a los procedimientos militares, cuyo telón de fondo era también un determinado esquema de masculinidad ideal. Entre la documentación consultada se han podido encontrar 10 de estos procesos de instrucción, todos de unidades desplegadas en el Sur excepto 1 que se sitúa en el frente de Toledo, de los que 4 se saldaron sin responsabilidad alguna, en otros 4 se culpó directa y explícitamente a los oficiales de los hechos sucedidos (incoándose un juicio militar en un caso, sugiriéndose la destitución y procesamiento en otro y recomendándose un cambio a un puesto inferior en un tercero), y en 2 restantes se vertieron algunas críticas sobre la conducta de los mandos sin que el asunto fuese, aparentemente, más lejos. Lo cual, empero, no significa que no existiesen más procesos similares, tenida en cuenta la fragmentación y desorganización de la documentación producida por el bando sublevado. En cualquier caso, considero que la variedad casuística que arrojan estos 10 procedimientos permite establecer unas conclusiones sólidas y extrapolables al conjunto del ejército insurgente.

De los 4 procesos saldados sin responsabilidad para los mandos implicados, dos de ellos no arrojan mayor información que un relato de cómo transcurrieron los combates.³⁹⁵ Sin embargo, los otros dos sí ofrecen valoraciones y juicios más interesantes para

³⁹⁵ AGMAV, C. 1255, 23. Ejército del Sur, “Informaciones instruidas en averiguación causas de abandono de posiciones “Sierra Noria” y “Castillejos”, abril de 1937; y AGMAV, C. 1858, 30. 107 DI, Justicia,

el presente análisis. Uno de ellos se refiere a la actuación de varios grupos de artillería pertenecientes a la 21 DI durante los combates del 23 y 24 de agosto de 1938, en el seno de las operaciones para la liquidación de la Bolsa de la Serena, en la que como ya hemos visto anteriormente la unidad fue barrida, desplomándose todo el frente que defendía. Sin embargo, en medio de este desastre, que luego analizaremos en detalle, se hacía una valoración positiva de la conducta de los grupos mencionados, los cuales se emplearon a fondo para intentar paliar la gravedad de los daños causados por la penetración republicana. En este sentido, la narrativa del informe giraba en torno a los lugares comunes que dominaban este tipo de relatos, tanto a nivel propagandístico como de la documentación militar. Se mencionaba la voluntad de los artilleros de resistir en sus posiciones combatiendo hasta casi agotar la munición, momento en el que debieron retirarse porque «el sacrificio de la Batería caso de continuar en posición sería estéril», lo cual realizaron ordenadamente y sin abandonar el material. De igual modo, diversos mandos de estas unidades continuaron combatiendo y dirigiendo el repliegue, aún habiendo sido heridos por metralla en la cabeza y en las extremidades, lo que trufaba el relato de términos ya conocidos como «serenidad», «valor», «sacrificio» y «fidelidad».³⁹⁶ Por ende, el relato presentaba un visión modélica del ideal del combatiente que seguía los cánones que el relato propagandístico había construido para esta figura. Además, introducía una lectura interesante de las retiradas, *a priori* contrarias a esa visión modélica pero que aquí eran representadas siguiendo un patrón ordenado y racional, lo que remitía a esa idea de la serenidad y el autocontrol en el fragor del combate, cuestiones que de hecho eran explicitadas en el documento. Por supuesto, este tipo de relatos son comunes al lenguaje y la cultura militares, en la medida en que valor, serenidad o fidelidad no son en absoluto términos acuñados o propiedad de una visión fascista del combatiente ideal. Sin embargo, el marco en el que se inserta la actuación de los soldados rebeldes, esto es, uno ideológicamente definido en el que la propia guerra era el escenario de gestación de una nueva forma de entender la nación y a sus integrantes —especialmente al hombre—, otorga un significado y sentido específicos al uso de estos lenguajes, que no pueden verse como una mera reproducción de códigos militares comunes a todas las culturas castrenses. De hecho, su recurrente utilización asociada, como observaremos en sucesivos ejemplos, a lecturas más explícitas sobre la masculinidad los ponen en perfecta sintonía con el trasfondo ideológico-cultural en el que tuvieron lugar las acciones de los militares sublevados contra la Segunda República.

Por su parte, en los 4 procedimientos en los que sí se culpaba directamente a los mandos de los errores cometidos, la descripción y el juicio de los hechos se hacían sobre

“Diligencias aclaratorias de los hechos ocurridos en la Posición ‘Del Motor’ en Casa Blanca”, junio de 1938.

³⁹⁶ AGMAV, C. 1258, 1. Ejército del Sur, “Sobre pérdida de posiciones y actuación de varias unidades”, agosto y septiembre de 1938. El segundo informe seguía una línea similar. Relataba una operación en la que, debido a la pobre instrucción militar recibida, el jefe de la 2ª Bandera de FET de Badajoz, encuadrada en la 60 DI y desplegada al norte de Córdoba, se desorientó y no consiguió enlazar con otras unidades implicadas en la misma. No obstante, según el informe, el oficial no se retiró sino que finalmente pudo enlazar con otras fuerzas, habiendo mantenido la calma y a su unidad bajo control en todo momento. Además, al día siguiente se distinguió en los combates librados junto a su formación, lo cual permitía ver en el mencionado comandante las cualidades definitorias del buen oficial. Véase AGMAV, C. 1260, 41. Ejército del Sur, “Información sobre conducta de la 4ª Compañía de FET de Badajoz”, varias fechas de 1938.

el trasfondo de una concepción de lo militar muy en contacto con el modelo de masculinidad construido por la propaganda y la ideología del bando insurgente, fundamentalmente en dos direcciones. Por un lado, se criticaba duramente el abandono de las posiciones, ya fuese por el oficial al mando o por el conjunto de la unidad, de la que en última instancia era dicho oficial el responsable, no ofreciendo consecuentemente un buen ejemplo a sus tropas, llegando incluso a no acudir a primera línea. Y por otro, se achacaba a los mandos su falta de eficiencia en el combate, aun cuando las condiciones materiales no eran en absoluto las adecuadas. Como veíamos anteriormente, las directivas emitidas por el CGG hacían hincapié en que el hecho de no disponer de medios suficientes no podía ni debía ser utilizado por los oficiales como excusa para no cumplir con los objetivos marcados, aun cuando grandes unidades como el CE Marroquí, utilizado con asiduidad en las operaciones de la segunda mitad de 1938, se quejasen de la imposibilidad de alcanzarlos sin ser previamente reforzadas y reequipadas.³⁹⁷ Lo cual explica en buena medida que los mandos de las unidades decidiesen hacer acopio de armas, municiones y otro tipo de material para evitar verse ante la disyuntiva de tener que resistir hasta el final en una posición o retirarse y conservar la vida, pero al mismo tiempo arriesgarse a sufrir una investigación y una posible condena.

Dos ejemplos de esto los encontramos en sendos procedimientos iniciados en junio de 1937 y enero de 1939 relativos, respectivamente, a la pérdida de posiciones en Priego (Córdoba) y durante la batalla de Valsequillo. En el primer caso, el 7º Batallón del 7º Regimiento de Infantería de Pavía cedió al enemigo varios puntos ubicados en el subsector de Almedinilla, al sur de las ciudades de Córdoba y Jaén. A tenor de lo que apuntaba el proceso de instrucción, el ataque republicano tuvo éxito debido a la falta de preocupación de los mandos de la unidad en la construcción de posiciones defensivas. Sin embargo, el informe también indicaba que dichos oficiales habían señalado la falta de ingenieros para implementar las tareas de fortificación, lo cual según el escrito no era óbice para que no se realizasen, pues eran «tan simples y sencillos que todo Oficial o Jefe de Infantería puede dirigirlos y llevarlos a cabo».³⁹⁸ En el segundo, se ordenaba «depurar

³⁹⁷ AGMAV, C. 1239, 32. Ejército del Norte, “Sobre el estado operativo del C.E. Marroquí”, diciembre de 1938.

³⁹⁸ AGMAV, C. 1257, 6. Ejército del Sur, “Información sobre pérdida de posiciones”, junio de 1937. Las dos situaciones que veíamos no tuvieron mayores consecuencias judiciales pero sí comportaron reprimendas que siguieron esta misma línea. En la primera, se analizaba la pérdida de varias posiciones por parte de la 63 DI durante los contraataques republicanos sobre la cabeza de puente de Balaguer en mayo de 1938. Los oficiales, en líneas generales, se comportaron correctamente, siendo achacable el desastre a la debilidad de la línea y a la falta de medios disponibles. Véase AGMAV, C. 1772, 15. 63 DI, “Sobre causas que motivaron la pérdida de varias posiciones de esta División”, julio de 1938. En la segunda, las protagonistas eran varias unidades de la 21 y la 22 divisiones, que se vieron sorprendidas por un ataque enemigo en febrero de 1938. De un modo similar, el problema había estado en la no aplicación de los adecuados preceptos defensivos, lo que había sido aprovechado por los republicanos para dar un golpe de mano que había dejado varios muertos, prisioneros y 8 piezas de artillería capturadas, luego recuperadas al igual que algunos de los cautivos. No obstante, lo relevante de este informe es, nuevamente, la morfología del relato empleada para explicar las acciones de diversos oficiales y combatientes durante la jornada. Concretamente, se pedía la Medalla Militar para un teniente coronel que había logrado recapturar las posiciones perdidas y liberar a varios prisioneros, acciones en las que el elemento decisivo había sido su «serenidad». De igual modo, un alférez capturado declaraba en el informe las circunstancias en que se producido la muerte de un capitán sublevado el cual, tras toparse con un grupo de enemigos, fue acribillado y rematado a culatazos «a consecuencia de los que murió, gritando ¡Viva España! y ¡Viva Cristo Rey!». Es decir, una más que probable

la conducta» de dos secciones de la 2ª Bandera de FET de Canarias (22 DI) por no haberse correspondido su actuación con los objetivos que se les había asignado, a saber, la defensa de sendos islotes de resistencia, ya que se replegaron a posiciones de retaguardia ante el empuje republicano. Sin embargo, en el relato de los hechos dicha retirada quedaba contextualizada de un modo más preciso, remitiendo a una problemática similar que en el caso anterior. Una de las secciones combatió en su posición hasta que, según manifestaba su comandante, agotó las municiones, tras lo cual retrocedió y, al día siguiente, intentó un nuevo ataque para recuperar el terreno perdido, el cual no tuvo éxito. Por su parte, la otra sección se mantuvo en su punto de despliegue, si bien las alturas colindantes fueron ocupadas por el enemigo y, ante la situación tan sumamente desventajosa, hubo de replegarse. Como contraste, unidades similares de la misma bandera habían llegado a perder hasta el 60% de sus efectivos durante los combates, pese a lo cual no se habían retirado de sus posiciones, lo cual evidenciaba aún más la diferencia entre una conducta acorde a lo que esperaba y otra que no lo era.³⁹⁹

En los tres casos, las decisiones tomadas por los mandos investigados no fueron, *a priori*, fruto de una evidente negligencia, sino que respondieron o bien a la carestía de medios existente o a decisiones medianamente comprensibles si consideramos las particularidades de cada situación. Bien puede ser, no obstante, que oficiales del 7º Regimiento de Infantería de Pavía hubiesen desatendido de forma recurrente sus funciones; o que el teniente al mando de la primera de las secciones de la 2ª Bandera de FET de Canarias hubiera mentido respecto a la cuestión del municionamiento para justificar su retirada – algo que de hecho se sugiere sutilmente en el informe. Pero, a tenor del estado general del ejército sublevado y de la particular concepción de la figura del oficial combatiente construida por el discurso fascista –dos elementos que dado el particular contexto de la guerra se retroalimentaban constantemente–, parece más plausible pensar que lo que se exigía de los mandos era que aguantasen con los medios que tenían a su disposición, y que si se habían de retirar fuese tras haber sostenido duros combates, preferiblemente con un abultado número de bajas que justificase su decisión a ojos de la propaganda. No por nada, vistos los múltiples problemas de los que adolecían las fuerzas armadas franquistas, si se abría la puerta a que la falta de equipamiento, instrucción o cualquier otra variable permitiese en cierto modo justificar un revés en las operaciones se corría el riesgo de perder la capacidad de combate de buena parte del contingente rebelde. Resultaba más eficaz que muriesen unos cuantos hombres si así se grababa a fuego en la mente de los oficiales la máxima de que o resistían hasta el final en sus posiciones o tendrían que responder ante la justicia militar por no haber sacrificado suficiente en pro de la patria.

Por otro lado, el papel central que para la estructura del ejército sublevado tenía el oficial era objeto de especial atención a la hora de valorar las responsabilidades en este tipo de procedimientos judiciales. Los mandos intermedios constituían la espina dorsal

reconstrucción en clave netamente ideológica, a la que añadiéndole un tono épico (una muerte en inferioridad de condiciones especialmente atroz, ajusticiado y rematado a golpes) se conseguía crear un nuevo mártir para la causa, ahondando en la naturaleza sacrificial del conflicto. Véase AGMAV, C. 1260, 42. Ejército del Sur, “Información a los Jefes de Unidades que se dejaron sorprender por un ataque enemigo, 21 y 22 DI”, varias fechas de 1938.

³⁹⁹ AGMAV, C. 1259, 3, pp. 18-19. Ejército del Sur, “Actuación de varios batallones con motivo de un ataque enemigo”, enero de 1939.

del ejército sublevado, de tal modo que su comportamiento en el frente debía ser en todo momento ejemplar. No solo eran referentes en lo que respectaba al modelo ideal de combatiente en su vertiente más puramente militar, sino que además eran figuras clave para la socialización de la cultura de guerra del bando rebelde, teñida de un evidente componente fascista, algo que de hecho refrendaba la formación de empleos particulares como el de alférez provisional. Su ascendiente sobre la tropa permitía explotar esos roles, pero para poder construirlo y mantenerlo debían hacer gala de una conducta acorde con el modelo que se quería inculcar en los soldados. Así, las cualidades anteriormente vistas tenían que estar presentes, por fuerza, en cómo los oficiales actuaban en el campo de batalla, puesto que cualquier desviación socavaba la tarea de permeación ideológica que se les había encomendado. En este sentido, en septiembre de 1938 se inició una investigación destinada a aclarar la pérdida de la posición “La Creventada”, situada en la sierra de Javalambre (Teruel), por parte del 53 Batallón de Carros (85 DI), que previamente la había tomado de manos republicanas. De acuerdo a lo que figura en el informe, el comandante del mismo, Ulpiano Bustillo García, actuó negligentemente impidiendo que las unidades de reserva acudieran al socorro de la posición durante un contrataque enemigo, según él para así proteger los flancos, lo que ocasionó la retirada del batallón.⁴⁰⁰ No obstante, además de los aspectos tácticos de la operación, el informe incidía en el hecho de que el comandante «no subió a la posición y estuvo un poco desligado del mando de sus unidades». Resalta, además, las particulares cualidades del «Soldado Español, que es mencionar al mejor del mundo por estar vinculado por el tesón y el valor», a diferencia de las que definirían a Bustillo, que según refrendarían unos testigos, también oficiales, sería un «caso de complejo de inferioridad». En todo caso, se proponía la destitución y enjuiciamiento del comandante Bustillo, haciéndole responsable directo de la pérdida de la mencionada posición.⁴⁰¹

Más allá de la mala aplicación de los preceptos tácticos por parte del oficial, lo que destacaba en este caso es el hecho de que no hubiese acompañado a sus hombres en primera línea, quedándose en retaguardia sin, al parecer, demostrar demasiada iniciativa y decisión en los momentos de mayor necesidad. Como planteaba antes, el oficial era una figura referente dentro del esquema del ejército sublevado, por ser correa de transmisión de su cultura de guerra y por ejercer como el pegamento que cohesionaba a las unidades, funciones para las cuales su ejemplo personal era esencial. La construcción de los vínculos de camaradería, intracombatientes y entre los soldados rasos y sus mandos superiores, se cimentaba sobre la pertenencia a una misma comunidad de sufrimiento, sacrificio, dolor y muerte. Optar por no compartir, de forma aparentemente injustificada, esas experiencias con los hombres bajo su mando erosionaba la autoridad moral del oficial, pues

⁴⁰⁰ El nombre escrito en el documento original es Ulperio Bustillo Tarcín, si bien en la obra de Carlos ENGEL: op. cit., p. 126 figura como Ulpiano Bustillo García, asociado al mismo batallón que el aquí referido. Realizando una breve búsqueda aparecen dos noticias publicadas en el diario *ABC* en las que el nombre corresponde con el dado por Carlos Engel, que por ende sería el correcto. Las noticias en *ABC*, 3 de julio de 1915, p. 14 (sobre su participación en los exámenes de ingreso a la academia de infantería), y 10 de octubre de 1978, p. 100 (acerca de su fallecimiento).

⁴⁰¹ AGMAV, C. 1324, 17ª. CE Castilla, Personal, “Informe sobre la actuación del Comandante Jefe del 53 Bon. de Carros D. Ulperio Bustillo Tarcín en la ocupación y defensa de la posición ‘La Creventada’”, septiembre de 1938.

su comportamiento incidía en una pérdida de respeto y confianza por parte de estos. De este modo, resultaba imposible realizar de forma efectiva la tarea de cohesión e ideologización para que habían sido instruidos, razón por la cual se ponía especial énfasis en denunciar y perseguir este tipo de conductas. Un ejemplo similar refuerza esta lectura. El escenario era, de nuevo, la batalla de Valsequillo, durante los combates a los que me he referido anteriormente a través del caso de la 2ª Bandera de Canarias de FET, si bien ahora aplicado a otras unidades. Concretamente se trataba del 1º, 4º, 7º y 12º batallones del Regimiento de Infantería de Granada nº 6 y de la 1ª Bandera de FET de Málaga, todos pertenecientes a la 22 DI. En la variada casuística que presentaban estas unidades se observan, en líneas generales, prácticamente todos los elementos definitorios, tanto en positivo como en negativo, del modelo ideal de combatiente sublevado, de tal modo que un análisis pormenorizado resulta especialmente interesante. Dos de ellas, los batallones 4º y 7º, recibieron innumerables loas por su actuación en los combates de enero de 1939. Si bien es cierto que debieron replegarse en diversas ocasiones ante el empuje enemigo, estas decisiones fueron tomadas, como en el caso del 7º, tras una lucha calificada como heroica y solo después de haber agotado todas las municiones, realizándose de forma ordenada e incluso lanzando pequeños contraataques posteriores para aliviar la presión republicana. Igualmente, el comportamiento de los oficiales fue descrito como ejemplar, tal y como sucedió con el capitán Vizán, jefe del 4º batallón, el cual estuvo constantemente alentando a sus fuerzas, consiguiendo así mantener su moral y su voluntad de seguir combatiendo. De hecho, fue propuesto para la Medalla Militar, al igual que sucedió en el caso del 7º batallón, para el que se pidieron diversas condecoraciones y recompensas colectivas e individuales entre las que se encontraba la Cruz Laureada de San Fernando.⁴⁰² Es decir, que, de nuevo, si el sacrificio de las unidades en conjunto y de sus integrantes en particular, especialmente los oficiales, había sido lo suficientemente alto como para constituir un ejemplo para el resto de combatientes, era tolerable una retirada bajo los parámetros de concepción de la guerra y de masculinidad combatiente contruidos por el bando rebelde.

El relato de la actuación de las otras tres unidades reproducía un patrón similar, con varios episodios de resistencia hasta la muerte en la posición –incluso con «épica[s] lucha cuerpo a cuerpo»– y una defensa calificada como ordenada frente a un enemigo «mil veces superior en número y medios», llevada a cabo por individuos con «temple sereno» que no dudaron en arriesgar sus vidas para combatir junto a sus compañeros y cumplir su deber. Sin embargo, en los tres casos los informes vertían críticas contra diversos mandos que se habrían comportado inadecuadamente durante los combates, esto es, con cobardía. El comandante del 1º Batallón, Carlos Gómez Cobián, habría abandonado la primera línea en la que combatían sus hombres para ir a retaguardia a informar al mando de la situación, lo que según el documento «le[s] privó d su dirección material y apoyo moral». De igual modo, un oficial indeterminado de la 1ª Compañía de este mismo batallón se habría retirado con sus hombres de las posiciones que ocupaban, alcanzando un islote de resistencia. Al llegar allí habría dado la orden de «resistir hasta morir», si

⁴⁰² Ambos casos en AGMAV, C. 1259, 3, pp. 10-13. Ejército del Sur, “Actuación de varios batallones con motivo de un ataque enemigo”, enero de 1939.

bien ante la inminente llegada de blindados e infantería enemiga habría huido, arrastrando consigo a los defensores de la mencionada posición. Para ambos se solicitaba la apertura de una investigación más exhaustiva que aclarase si podían desprenderse responsabilidades penales de su conducta. Algo similar sucedía con la 1ª Bandera de FET de Málaga, que pese a haber tenido un comportamiento definido como impecable y brillante en el que una compañía entera y varias secciones de otras combatieron hasta ser aniquiladas no habría estado bien dirigida, pues su oficial al mando «mellada quizás su moral, actuó con poco Espíritu, no prestando con ello a su gente la asistencia y entusiasmo que tanto precisaban en aquellos difíciles momentos». Aunque no se le podía imputar ningún cargo, pues había transmitido las órdenes de forma correcta, se recomendaba que, «como consecuencia de la prueba sufrida», pasase a mandar una unidad de tipo compañía y no batallón, cargo que era además el que se correspondía a su empleo, lo que nuevamente incide en los problemas y costes humanos derivados de la escasez de oficiales y la utilización de individuos no preparados. Por último, el caso del 12º Batallón seguía este mismo esquema, pues pese a haber actuado con heroicidad y valentía, tal y como indicaba el informe, se ordenaba investigar la actuación de varios oficiales, si bien no se especificaban del todo los motivos.⁴⁰³

En definitiva, la valoración que los altos mandos rebeldes hacían de dónde y sobre quién descansaba la responsabilidad de las derrotas sufridas en el frente tenía que ver con el propio mal desempeño de los mandos, que actuaban de forma negligente y cobarde, según indicaban los informes, una conducta intolerable en cualquier contexto militar. Pero, al mismo tiempo, también estaba en parte influenciada por el nuevo modelo de masculinidad combatiente construido y utilizado como uno de los elementos cohesionadores de la Nueva España. Por descontado, las apelaciones a la resistencia a ultranza, a la ultravirilidad como elemento definitorio del verdadero hombre y, en consecuencia, el juicio de actitudes en el frente enmarcado en estas coordenadas no era patrimonio exclusivo del fascismo. Como apuntaba al principio del presente capítulo, este tipo de formulaciones estaban en la base de los movimientos que buscaban la regeneración del espíritu por medio de la actividad física y el culto al cuerpo, al tiempo que regímenes con culturas políticas diferentes pusieron en marcha prácticas similares.⁴⁰⁴ Y, de igual modo, constituyen un elemento común a todas las culturas militares, ya que la valentía, el arrojo, la camaradería llevada hasta las últimas consecuencias y el sacrificio por la causa son valores profundamente enraizados en las mentalidades castrenses. Sin embargo, en el caso de estudio que nos ocupa su particular inclusión dentro de marcos de referencia ideológicos concretos, que elevaban estas cuestiones a la máxima potencia y las convertían en un fin en sí mismo más que en un medio para alcanzar un objetivo, condiciona la lectura que hemos de hacer de las mismas, no pudiendo simplemente asociarlas al ámbito castrense

⁴⁰³ Véase AGMAV, C. 1259, 3, pp. 2-9 y 15-17. Ejército del Sur, “Actuación de varios batallones con motivo de un ataque enemigo”, enero de 1939.

⁴⁰⁴ Por citar un ejemplo contemporáneo, en el marco de la Segunda Guerra Mundial Stalin emitió la Orden 227 que instaba a las fuerzas soviéticas a no retroceder, para lo cual se debían formar destacamentos que impidiesen, incluso por la fuerza, su repliegue. No obstante, tuvo efectos generalmente contrarios a los esperados, por lo cual no fue aplicada sistemáticamente y sus medidas acabaron por retirarse progresivamente entre 1942 y 1944. Véase Catherine MERRIDALE: *Ivan's War: Life and Death in the Red Army, 1939-1945*, Basingstoke, Palgrave Macmillan, 2006.

sin referir la íntima relación que, en la España del 18 de julio, se había establecido entre lo militar y lo ideológico, si es que en algún momento ambas esferas habían estado notablemente disociadas.

Tal y como apuntaba el coronel de infantería Eduardo Cañizares Navarro, depuesto de su cargo y procesado por el derrumbamiento de la 21 DI durante los combates en La Serena en agosto de 1938, «La falta de costumbre para soportar golpes adversos, ha creado un particular modo de ser en nuestro Ejército, que lleva al íntimo convencimiento de que solo pueden producirse en estrecho enlace con negligencias o conductas equivocadas por nuestra parte». Lo cual, a su juicio, derivaría en reacciones de acritud por parte de otros oficiales hacia aquellos que, debido al cargo que ostentaban, eran responsables de dichos reveses, en este caso el mismo Cañizares. Por supuesto, en el caso de la 21 DI el propio comandante reconocía prácticas contrarias a la disciplina y al reglamento entre sus mandos subalternos, como el hecho de que muchos estuviesen falsamente enfermos o en retaguardia en el momento en el que se produjo el ataque republicano; prácticas que deberían haberse solventado y de las que en todo caso él era el responsable último.⁴⁰⁵ Pero eso no impide reconocer una importante carga de realidad en su afirmación, que concordaba con el modo en que se concebía la experiencia bélica en las filas rebeldes. Tal y como explicitaba una orden de instrucción del CE Marroquí circulada en enero de 1938, no invertir todos los esfuerzos en la consecución de los objetivos, fueran cuales fuesen, «Será prueba de ineptitud y de poco amor a la causa», en la medida en que «La contemplación con el vago, con el no siente responsabilidad de su cargo y la importancia de su misión, es imperdonable». Esto suponía que la única actitud posible era la entrega absoluta, en cuerpo y alma, a la Cruzada, algo en lo que no se consideraban siquiera las variables de la carestía de medios o los problemas de instrucción del ejército rebelde. Más bien, estas deficiencias eran utilizadas en beneficio propio, para terminar de justificar la imposición de un modelo de masculinidad concreto, el único que, además de servir para la regeneración de la nación, posibilitaba, dadas las circunstancias, la consecución del tan ansiado triunfo: «La penuria de medios plantea problemas gravísimos e impone fatigas y sacrificios [...] [se ha de luchar] agotando hasta el límite las propias posibilidades antes de pedir auxilio».⁴⁰⁶

La confrontación con este esquema de aplicación radical de la disciplina militar, que en buena medida despreciaba el marco de dificultades y problemas en el que se movían las unidades rebeldes y por tanto favorecía la concepción de la guerra sobre unos parámetros experienciales y espirituales más que técnicos y racionales, lo cual se imbricaba perfectamente con el particular modelo de masculinidad construido por el bando rebelde, generó un estado de miedo generalizado entre los combatientes sublevados, es-

⁴⁰⁵ AGMAV, C. 1285, 15, p. 1. Ejército del Sur, “Información sobre actuación de la 21 División”, agosto de 1938.

⁴⁰⁶ AGMAV, C. 1367, 13. CE Marroquí, Organización, “Instrucción nº 2, del día 18, sobre Instrucción de las tropas, disciplina, obediencia, trabajo y responsabilidad”, enero de 1938. Para incentivar la resistencia de las unidades hasta el final el Ejército del Sur dio, en septiembre de 1937, una orden que especificaba que en caso de perder o retirarse de una posición la unidad responsable encabezaría las fuerzas destinadas a su recaptura. Véase AGMAV, C. 1278, 70. Ejército del Sur, “Instrucciones en caso de pérdida o abandono de posiciones”, septiembre de 1937.

pecialmente entre los mandos, los cuales en última instancia eran los que tenían la responsabilidad sobre el modo en que se conducían las operaciones y sobre las órdenes que se daban. La presión que generaba la exigencia de ofrecer una conducta modélica en el campo de batalla dentro de un esquema de sacrificio a ultranza, la cual no solo estaba relacionada con dar ejemplo ante los subordinados sino que tenía una trascendencia mucho mayor –inserta como parte nuclear en el proyecto de regeneración nacional–, se combinaba la precariedad de medios existente en el ejército sublevado y la falta de instrucción y experiencia de muchos combatientes, los cuales desconocían casi por completo los preceptos tácticos por los que se debía guiar una guerra moderna como lo fue la española. Esta situación ponía a los combatientes ante una disyuntiva: resignarse a su situación o intentar equiparse por su cuenta y contraviniendo las directrices emanadas del CGG para estar lo más preparados posible ante la eventualidad de un ataque propio o enemigo. Como hemos visto, en la medida en que una retirada sin haber sostenido un enfrentamiento “heroico” con el enemigo resultaba, las más de las veces, en una investigación que podía acarrear consecuencias penales, la solución más funcional consistía en hacer acopio de municiones, armas, suministros y equipo para, llegado el momento, poder combatir en las mejores condiciones posibles, dada la ausencia de alternativas. Una cuestión que, desde un punto de vista meramente pragmático, servía para compensar las deficiencias de equipamiento y calidad de la tropa y, por ende, tener más posibilidades de sobrevivir. Así, el funcionamiento de las unidades, o mejor dicho, el comportamiento de sus comandantes estuvo guiado por el al constante fracaso en las operaciones, que podía llevar aparejado una pérdida de prestigio personal, lo que dio lugar a actitudes de conservadurismo exacerbado que primaron el individualismo frente al espíritu colectivo en tanto que ejército. Si bien la camaradería fue una realidad tangible que articuló la experiencia bélica de los combatientes, tal y como abordaré en el primer capítulo de la segunda parte, esta no fue tan operativa al nivel aquí analizado, donde más que ideas abstractas sobre el sacrificio colectivo y la comunidad de los combatientes lo que se impusieron fueron enfoques pragmáticos destinados a proveer a los mandos de una seguridad que no les conserían ni los medios a su alcance ni sus propios conocimientos sobre el arte de la guerra.

Como no podía ser de otro modo, el municionamiento y los pedidos de armamento constituyeron el principal campo de batalla entre el CGG, las diferentes intendencias y los oficiales que realizaban las solicitudes y conformaban los estadillos de situación, material, de sus unidades. La seguridad que confería el disponer de grandes reservas de munición y de armas en perfecto estado, sobre todo a tenor de los problemas que veíamos existían en prácticamente todos los frentes de la guerra, compensaba las inseguridades propias de la falta de experiencia de los cientos de miles de combatientes movilizados forzosamente –quienes formaban en grueso de individuos sin un pasado militar anterior–, convirtiéndose así en el recurso más utilizado por la mayoría de los oficiales del contingente sublevado. En este sentido, en una fecha tan temprana como julio de 1937 el CGG enviaba una circular a los comandantes de los CE II y III en la que se advertía de los habituales desequilibrios existentes entre las peticiones de armamento de estas GGUU y los estadillos de los que disponía el mismo CGG, enviados por los propios jefes de las

unidades.⁴⁰⁷ Es decir, que como explicitaba el documento, las unidades acostumbraban a pedir más de lo que les correspondía, un egoísmo que lastraba el buen funcionamiento de servicios vitales para el contingente rebelde. No en vano, este problema se llegaba a calificar como «mal endémico», un epíteto bastante revelador si tenemos en cuenta la fecha del documento.⁴⁰⁸ Justo un año después del estallido de la guerra el ejército de masas era aún un proyecto en construcción, sobre todo en lo que respectaba a la estructura de servicios y a la organización del mismo, y por ende a su capacidad de diagnosticar fallos y evaluar su recurrencia, de tal modo que definir el problema en estos términos daba buena cuenta de su notable dimensión.

Si los pedidos excesivos de armamento eran una realidad habitual en el día a día del ejército insurgente, no podía ser menos la cuestión del municionamiento. En marzo de 1938, el CGG enviaba una orden general en la que se exigía que se cumpliesen las instrucciones ya dadas sobre gasto de municiones, que buscaban un ahorro en los consumos de las unidades. La reciente experiencia de Teruel había demostrado las enormes deficiencias que presentaba este servicio, motivadas por el nulo cuidado y consideración que tenían los oficiales. De nuevo, la situación se presentaba en términos duros y preocupantes, habiendo alcanzado un «grado tan elevado que requiere rápidas y urgentes medidas que eviten tales hechos». Sin ir más lejos, debido a este absoluto «abandono que ha reinado en todos los escalones del servicio y de la anarquía en el servicio», en los combates destinados a la recuperación de la capital turolense se habían solicitado la friolera de 52 millones de cartuchos de fusil, 283.000 granadas de mano, 184.378 granadas de mortero y 700.000 proyectiles de artillería, de los cuales solo fueron consumidas entre el 10 y el 20%, cifras que encajan con las que David Alegre ofrece en su estudio sobre la batalla.⁴⁰⁹ El CGG hacía responsables directos a los oficiales de todos estos problemas, así como del abandono de las municiones que no podían ser transportadas en caso de avance de la unidad, lo que reflejaba la escasa preocupación por el equipo suministrado y la absoluta confianza en que podían solicitarse y recibirse sin mayores problemas o responsabilidades derivadas. Sin embargo, el documento introducía un matiz muy relevante a este respecto: «dice muy poco en favor de un Jefe el hecho de acumular municiones por miedo a que le puedan faltar».⁴¹⁰ Por ende, el propio CGG admitía que los oficiales temían quedarse sin recursos en medio del combate —algo impensable considerando

⁴⁰⁷ A este respecto, y por más que pueda resultar obvia, resulta importante realizar una aclaración para entender el funcionamiento de estos servicios y cómo el argumento que quiero plantear encaja con la organización del ejército sublevado. Las peticiones de equipo eran realizadas por los responsables de intendencia de las GGUU, pero siempre en base a los estados de armamento y otro tipo de materiales configurados por las unidades y fuerzas subordinadas. De este modo, la necesidad de un oficial de disponer de, por ejemplo, más armas para paliar ese miedo al que hacía referencia motivaba que ofreciese cantidades que no se correspondían con la realidad de las que ya tenía. Una información difícil de verificar, dado el caos organizativo en el que se hallaba sumido el ejército rebelde, y que iba ascendiendo por la cadena de mando hasta llegar al CGG, el cual sí realizaba, en la medida de lo posible, esa labor de control y evidenciaba las disonancias existentes.

⁴⁰⁸ AGMAV, C. 2580, 65. CGG, EM, Operaciones del Ejército del Sur, “Orden sobre veracidad en estados de armamento”, julio de 1937.

⁴⁰⁹ David ALEGRE LORENZ: *La batalla de Teruel...*, pp. 225-226.

⁴¹⁰ AGMAV, C. 2538, L. 322, 20. CGG, EM, Municiones, “Orden de cumplir con exactitud las instrucciones sobre economía en el gasto de municiones”, marzo de 1938. El mismo telegrama daba una serie de instrucciones a la hora de realizar los pedidos y, además, fijaba las cuantías de municiones que cada unidad,

que solicitaron entre un 80 y un 90% más de la munición que acabaron utilizando—, a la vez que aportaba la clave que permitía comprender ese comportamiento, que tenía que ver con el miedo que todo ese ambiente de problemas, mala calidad de las tropas, falta de medios y constante escrutinio sobre sus acciones había contribuido a edificar.

De hecho, diversos informes y escritos posteriores ahondan en ese miedo como factor explicativo del excesivo consumo de municiones en el frente y la abusiva utilización de los medios armamentísticos, especialmente la artillería. En un telegrama postal enviado por el CGG en mayo de 1938 a los diversos ejércitos y destinado a enfatizar la racionalización en el uso de la artillería, se apuntaba que «ante cualquier ataque enemigo se producen unos consumos de municiones astronómicos que obedecen a la nerviosidad de los que se encuentran en primera línea». Es decir, que la inexperiencia de los oficiales, motivada por la falta de preparación para la guerra moderna, y su temor a sufrir un revés les llevaba a solicitar alterada, inmediata e innecesariamente la actuación de la artillería —lo cual les descalificaba como buenos mandos y figuras modélicas por su falta de temple y serenidad en momentos críticos—, soportando este arma cargas de trabajo muy superiores a las que podía aguantar, a los recursos de los que disponía y, desde luego, a lo que la propia marcha de los combates exigía. Esta pérdida absoluta del autocontrol se traducía incluso en abusos de poder y agresiones, ya que el telegrama advertía contra que «se pueda repetir el caso de violentar a los Jefes de las Agrupaciones y de las baterías por los jefes a cuyas órdenes combate, a aumentar los ritmos que los mandos artilleros tienen establecidos, como frecuentemente ha sucedido con grave perjuicio del material y desprecio absoluto de la disciplina». Dada la precariedad del material disponible, este tipo de prácticas desgastaban en exceso el ya existente, lo que terminaba por enfatizar la relevancia de racionalizar el uso de la artillería en combate.⁴¹¹

En esta misma línea, un escrito enviado por el jefe del EM de la 20 DI en noviembre de 1938 señalaba las principales causas que motivaban el consumo excesivo de municiones. Este informe resulta especialmente relevante, pues pone en relación todas las dimensiones que he ido desgranando en esta primera parte del estudio con la realidad

por su tamaño, debía tener. Cuestiones que, de hecho, ya habían sido especificadas en un escrito del mes anterior. Véase AGMAV, C. 1558, 71. 12 DI, Municionamiento, “Instrucción general nº 29, del Ejército del Norte, sobre reglamentación de municionamiento, del día 28”, febrero de 1928.

⁴¹¹ AGMAV, C. 1849, 29, p. 5. 85 DI, Municionamiento, “Normas sobre municionamiento. Prohibida artillería antiaérea en el tiro terrestre. Sobre consumo abusivo de municiones de artillería”, marzo y mayo de 1938. De hecho, respecto a esta última idea en la misma carpeta se incluye un escrito que prohibía el uso de antiaéreos como artillería terrestre, por el desgaste que ello suponía de un material muy costoso y difícil de reponer. En todo caso, este tipo de utilizaciones para distintos fines de las armas antiaéreas son habituales en contextos de escasez de material y en situaciones en las que estas se muestran más eficaces que las específicamente diseñadas para ello. Por ejemplo, en la reciente Guerra Civil Siria (2011-actualidad) es frecuente el empleo por parte de ambos bandos de vehículos con capacidad antiaérea, como el ZSU-23-4 “Shilka”, para el combate terrestre, dadas las dificultades de conseguir armamento pesado para unos y la inexistencia de aviación contra la que luchar para otros. De igual modo, como ejemplo de lo segundo, la Wehrmacht hizo un uso habitual de los FlaK 88, apuntados hacia tierra, por su alta capacidad destructiva. Sea como fuere, volviendo a la Guerra Civil Española, en julio de ese mismo año se enviaron nuevas instrucciones destinadas a enfatizar la necesidad de conservar el material, calificando como «delito» el desperdicio de toda munición. Véase AGMAV, C. 1852, 26. 102 DI, Municiones, “Instrucciones y órdenes, sobre restricción y consumo”, julio de 1938. Un uso similar lo encontramos en los cañones antitanques, los cuales se empleaban como simple artillería. Véase AGMAV, C. 1568, 52. 13 DI, Defensa anticarro, “Instrucciones del C. Gral. del Genlmo. sobre el empleo del cañón antitanque”, febrero de 1937.

tangible a pie de trinchera. Su valor, por ende, es muy significativo, ya que permite ponderar la notable influencia que los particulares problemas constructivos y organizativos del ejército rebelde tuvieron en la experiencia bélica de cientos de miles de combatientes, sobre la base de un concepto nuclear: el miedo. El autor de este escrito, el teniente coronel de infantería Manuel Alonso García, abordaba primero una cuestión clave como era la instrucción de las tropas, puesto que la «disciplina del fuego y [...] la economía de municiones» son un indicador muy preciso del nivel de adiestramiento de una fuerza, tanto a nivel de las habilidades militares como también a nivel moral, es decir, en lo referente a su capacidad para soportar la presión del combate. En este sentido, apuntaba que

«la tropa bien instruida y con elevada moral sabe, por una parte, que la eficacia del fuego individual, no tratándose de un tirado extraordinario, es casi nula salvo a distancias reducidísimas. No ignora tampoco sobre qué objetivos y en qué circunstancias puede tirar y sobre todo pone de manifiesto una seguridad y un dominio de sí mismo que acredita la bondad de sus mandos y lo hacen merecedor de ser llamado buen soldado.»

Aquí, Manuel Alonso dibujaba el ideal de lo que él denomina como “buen soldado”, un individuo sereno, capaz de pensar fríamente en las situaciones de mayor peligro y con un alto grado de autocontrol, cualidades extensibles a su oficial al mando, que sería quien le habría guiado para que alcanzase ese nivel de destreza militar. Pero, al mismo tiempo, introducía una crítica velada al sistema de instrucción del ejército rebelde, especificando lo que deberían ser el combatiente y el oficial y lo que, a tenor de los hechos, no eran. Precisamente, el escrito continuaba con una descripción de esa imagen refractaria del “buen soldado” y que sería la más habitual:

«El soldado que tira al bulto que se ve o a la sombra que se imagina, no solo evidencia la antítesis de todo lo dicho, tanto por lo que se refiere a sí mismo como a sus mandos sino que prueba además que carece del valor que se traduce en aquel dominio antes citado, o dicho más brevemente, que tiene miedo.»

Sorprende en este sentido la claridad con la que expresaba el teniente coronel Alonso, acreditando que era el miedo, mencionado explícitamente, lo que caracterizaría al soldado medio. En ocasiones anteriores hemos visto el uso de eufemismos como “nerviosidad”, pero un uso tan directo del término “miedo” resulta revelador del comportamiento de los combatientes en el frente. Sea como fuere, este fragmento, por un lado, reflejaba las consecuencias derivadas de lo escaso, en tiempo empleado y conocimientos transmitidos, de los programas de instrucción del bando sublevado, que enviaba a los frentes a individuos incapaces de resistir el ambiente asfixiante y opresivo del combate. Y, por otro, evidenciaba la seguridad que conferían las armas a individuos inexpertos, y

sobre todo el hecho de poder disparar, aunque fuese a un blanco indeterminado y probablemente inexistente.⁴¹² En todo caso, los elementos que definirían el comportamiento del soldado descrito por Manuel Alonso, tenían evidentes puntos de contacto con la antítesis del modelo de masculinidad combatiente construido por el bando rebelde: un soldado atemorizado, incapaz de controlarse aun cuando no está sufriendo ningún ataque por parte del enemigo; y, de igual modo, un oficial ineficaz que no sabe infundir valor y coraje entre sus hombres, incapaz por tanto de ser el referente que su puesto le obligaba a ser. Sin ir más lejos, el propio frente que cubría la división, desplegada en el NO-O de Madrid, en cierto modo contribuía a este tipo de conductas en una tropa carente de los medios materiales y morales para combatir en primera línea de batalla. El mismo escrito resaltaba que la disposición sobre el terreno de la 20 DI y de las fuerzas republicanas no permitía realizar disparos claros, con lo que hacer fuego a media o larga distancia, emplear las granadas o utilizar las armas automáticas resultaba contraproducente, además de un desperdicio de munición y una forma muy rápida de revelar la ubicación de las posiciones propias. Por ello, la instrucción de los soldados y una adecuada dirección de los oficiales resultaban cuestiones capitales, tanto para el éxito de las operaciones como para el buen aprovechamiento de los recursos del contingente rebelde:

«El soldado que se acostumbra a tirar por tirar [...] en cuanto esté en el menor peligro (o se lo imagine que para el caso es igual) no podrá contenerse y tirará nerviosamente sin saber a dónde ni por qué tira. El oficial que ha permitido esta mala conducta táctica y moral, en un momento difícil, de peligro, no puede entretenerse en contener uno a uno a sus subordinados, y el consumo de municiones se convierte en derroche.»

Así pues, este escrito permite ver cómo las diferentes realidades de la guerra se entrelazaban, convirtiendo al ejército rebelde en un organismo vivo en el que los problemas internos terminaban por afectar de forma decisiva a sus extremidades ejecutoras, esto es, a los combatientes que luchaban sobre el terreno. Instrucción, suministros, disponibilidad de los medios adecuados, veteranía, buen funcionamiento de la cadena de mando, oficiales competentes y un ambiente de camaradería en el que encontrar refugio al sufrimiento derivado de la experiencia de guerra eran variables que, por muy distantes que pareciesen unas de otras, se interconectaban en cada combate de cada frente de la guerra.

⁴¹² Esta cuestión estuvo también presente en la experiencia de otros ejércitos. La confusión generada por la morfología del campo de batalla moderno, donde el combate no era individualizado como en guerras anteriores, invisibilizaba al enemigo y favorecía este tipo de comportamientos, quedando los soldados bloqueados por la contradicción existente entre la orden de disparar al enemigo y su imposibilidad de determinar con claridad la posición del mismo. Véase Joanna BOURKE: op. cit., p. 83. Además, a esto habría que sumar el hecho de que muchos combatientes, sobrepasados por el carácter brutal de la guerra moderna, aprovechaban precisamente esa confusión para evitar cargar con el acto de matar a otros individuos, no disparando o haciéndolo mal intencionadamente. Hacer uso de esta clase de estrategias presentaba muchas más dificultades en los conflictos bélicos previos a la era moderna, pues la mayor singularidad del combate ponía a los soldados en la disyuntiva de matar o morir. Pero la distancia, la masividad y la impersonalidad de la guerra moderna coadyuvaban en la creación de estos mecanismos de escape. Véase Dave GROSSMAN: *On Killing. The Psychological Cost of Learning to Kill in War and Society*, Nueva York, Back Bay Books, 2009 [1995], pp. 30-37.

No obstante, quizá no lo hicieron como los dirigentes militares y los ideólogos de la sublevación hubieran querido, pues si a la altura de noviembre de 1938 todavía hacía falta recordar cuestiones como que «el que más disparos hace es más cobarde que el que tira menos», es evidente que la guerra no había logrado crear tantos héroes como la Cruzada y la Nueva España necesitaban.⁴¹³ O, simplemente, que tal pretensión resultaba imposible y se confinaba al plano de lo propagandístico, de lo mítico y de lo movilizador, algo de lo que los propios dirigentes de la rebelión serían más que conscientes.⁴¹⁴

Este tipo de prácticas motivadas por el miedo no solo tuvieron su reflejo en el aspecto más mortífero de la cotidianidad del combatiente, sino que también se dieron en cuestiones como los pedidos de suministros y vestuario. Estos dos elementos no tenían una incidencia tan directa en el combate como el hecho de contar con suficientes armas y municiones, pero desde luego influían notablemente en la moral del soldado y, por ende, en su capacidad y voluntad para aguantar largos periodos de marcha y combate. Merece la pena traer nuevamente a colación el tremendo impacto que el frío dejó en la memoria de muchos soldados, como por ejemplo durante las jornadas de Teruel; o igualmente el caso que veíamos de las posiciones de “Sierra Noria”, perdidas por la 22 DI y contra las que no se organizó un nuevo asalto porque, entre otras cosas, las fuerzas apenas habían comido en las 48 horas anteriores. De este modo, el CGG emitió diversas directivas destinadas a controlar los pedidos y a racionalizar el uso que se hacía de las prendas y de los suministros, propugnando una austeridad que a tenor de las sucesivas órdenes no pareció alcanzarse de forma efectiva durante el conflicto. Por ejemplo, en junio de 1938 el general jefe del I CE enviaba un telegrama postal al comandante de la 20 DI en el que le comunicaba la prohibición de que mandos subordinados a la autoridad del CE o gobernadores militares realizasen pedidos de suministros, pues resultaban frecuentes las pérdidas por su falta de utilización, dado lo excesivo de las cantidades. Una cuestión en la que los oficiales volvían a ser señalados, aunque en un tono menos beligerante que en ocasiones anteriores, ya que se apuntaba que «obran por su propia iniciativa, guiados por el mayor deseo pero con resultado perturbador».⁴¹⁵ Con este tipo de órdenes, lo que se pretendía era combatir el acaparamiento de equipo en beneficio propio –un comportamiento que denotaba «egoísmos», «avaricia» y un «individualismo suicida, tan nocivo para el Ejército y para la Patria»–, inculcando entre los oficiales intermedios la creencia de que era imprescindible «sacrificar a su sagrada misión mezquinas conveniencias o caprichos per-

⁴¹³ El documento completo en AGMAV, C. 1674, 50. 20 DI, Municiones, “Instrucciones sobre el consumo excesivo de las mismas”.

⁴¹⁴ En esta misma línea, las guerras del fascismo italiano nos presentan unos resultados similares, si bien vehiculados en este caso no a través de la experiencia real y sí de la memorialística. Con la invasión de Etiopía, el régimen de Mussolini buscaba la creación de un nuevo tipo de hombre, forjado en la fragua de la ideología fascista. Sin embargo, a tenor de cómo los individuos codificaron su experiencia en el país africano, parece evidente que ese discurso de una nueva masculinidad no acabó de cuajar, pues la heterogeneidad de lecturas al respecto se aleja, al igual que sucedió en España a nivel experiencial, del dogma que quiso imponer el fascismo italiano. Véase Nicola LABANCA: op. cit., p. 229.

⁴¹⁵ Véase AGMAV, C. 1674, 37. 20 DI, Transportes de suministros, “Instrucciones relativas a los mismos”, junio de 1938. Un escrito similar en AGMAV, C. 1345, 84. CE Galicia, Suministros, “Dificultades y retrasos en abastecimientos para este CE en Morella”, mayo de 1938. Sobre vestuario, AGMAV, C. 1557, 38. 12 DI, Vestuario, “Instrucciones de la Dirección del Servicio de Intendencia”, julio de 1937.

sonales», una conducta aparentemente extendida entre los cuadros intermedios y que precisamente reproducía un modelo de conducta militar, de ejemplo y de masculinidad si se quiere, contrario al que se quería construir.⁴¹⁶

En definitiva, la gestación de un nuevo ideal de masculinidad que tendría su epítome en una particular forma de entender la experiencia bélica tejió una relación simbiótica con el modo en que se construyó el ejército sublevado a partir de la transformación del golpe de Estado en un conflicto armado formal. El marco de oportunidad generado por el estallido de una guerra total possibilitó, y propició, la creación de un nuevo proyecto político, el cual había que dotar de contenido experiencial, simbólico y legitimador. La Nueva España necesitaba mártires para construir su legitimidad y convertir en algo tangible, perceptible y consumible el discurso de la Cruzada viril contra el “rojo” afeminado. Se buscaban grandes gestas (Toledo, Oviedo, Belchite) y eso solo se conseguía resistiendo hasta la última consecuencia y no retirándose, aunque militarmente fuese la decisión más inteligente. Lo cual en buena medida encajaba con la percepción de la guerra como un choque de civilizaciones, como un combate apocalíptico entre el bien y el mal.⁴¹⁷ Además, la codificación en clave ideológica de la actuación en el frente encajaba con sus lógicas más prosaicas, que tenían que ver con la carestía de medios, la precariedad y una masa combatiente mal preparada y dirigida por cuadros intermedios que no tenía los conocimientos necesarios para afrontar una guerra moderna como la española. De este modo, lo que en el frente se había de suplir con más hombres y se intentaba paliar con una férrea disciplina y con la persecución y el castigo a aquellos que no combatiesen hasta el último hombre podía ser codificado en clave ideológica, cubriendo así parte de las necesidades de legitimación del bando rebelde. Mártires era lo que perfectamente podía proporcionar un ejército mal organizado y pobremente preparado para una guerra como la que había de librar, sobre todo mediante la exaltación de un determinado modelo de masculinidad ultravirilizada. Sin embargo, lo que en términos generales produjo ese enfoque de la experiencia bélica, tanto a nivel discursivo como práctico, fueron actitudes individualistas, egoístas y muy conservadoras en el campo de batalla, que no solo lastraron el esfuerzo bélico y retrasaron la victoria final, sino que evidenciaron el fracaso, cuanto menos parcial, de la socialización de esa nueva masculinidad combatiente. Por supuesto, hubo parte de la masa combatiente que abrazó ese ideal retórica y prácticamente, pero aunque muchos lo llegasen incluso a exaltar en sus relatos de la guerra la realidad más común, lo que en definitiva sucedió en el frente, no terminó de ajustarse a

⁴¹⁶ Estos calificativos en AGMAV, C. 1716, 18. 34 DI, Servicios, “Exceso de armas automáticas de algunas unidades”, noviembre de 1938. De un modo similar, el Ejército Popular adoleció, aparentemente, de problemas similares respecto al pedido de suministros. Un informe de marzo de 1937 apunta en este sentido. En él, el jefe del sector Aramayona-Ochandiano (Álava) se quejaba de las enormes desproporciones existentes entre las peticiones de comida por parte de los batallones y los efectivos de los que, según los informes, afirmaban disponer, lo cual lastraba los escasos recursos con los que contaban las fuerzas republicanas. Véase AGA, Caja 21/01358, Carpeta 130, 27 de marzo de 1937. En este caso, habría que comprobar si ese acaparamiento respondía a lógicas similares a las del ejército sublevado, o si por ejemplo se podría explicar por la existencia de redes de contrabando de alimento.

⁴¹⁷ Esa visión apocalíptica del combate, de hecho, era una parte esencial del imaginario legionario construido por Millán Astray. Véase Geoffrey JENSEN: *Cultura militar española...*, p. 236. Véase también Íd.: “José Millán-Astray and the Nationalist ‘Crusade’ in Spain”, 27:3 (1992), pp. 425-447.

lo que dogma establecía como normativo. En este sentido, los soldados rasos fueron nuevamente los principales perjudicados, pues mientras los oficiales podían escudarse en el acaparamiento y el acopio de material, los combatientes estaban indefensos al final de la cadena de mano, pagando el peaje en términos de heridos y muertos y con la camaradería como único refugio. Esto, no obstante, no pretende señalar que el proceso de fascistización en el bando rebelde fuese un fracaso en términos absolutos. Simplemente busca resaltar que, a pesar de que los mecanismos de socialización ideológica tuvieron su eficacia aplicados sobre los combatientes, existieron parcelas disonantes entre el discurso, la construcción mitificada de la contienda y la realidad en el frente. Sin ir más lejos, el miedo, antítesis del buen soldado español, fue un compañero de fatigas tan importante en la vida de muchos individuos entre 1936 y 1939 que hasta un legionario cuyas memorias rezumaban el discurso franquista por todas sus páginas admitía que «Estaba nervioso —el que diga que no ha sentido el miedo cuando sale para un combate, miente descaradamente».⁴¹⁸

De hecho, esa misma masculinidad viril que pretendía erigirse en guía para la construcción de la comunidad nacional tuvo sus dificultades de traslación y penetración en el mundo de posguerra. Bien es cierto que el régimen franquista transformó el ideal combatiente hacia un modelo más basado en “el descanso del guerrero”, es decir, aquel individuo que tras haber sacrificado mucho en cumplimiento de su tarea para con la patria se había ganado el poder disfrutar de una vida en paz, recogiendo los frutos de su victoria y siendo recompensado por su labor.⁴¹⁹ Pero, pese a ello, seguía teniendo el problema de los heridos y mutilados de guerra. Estos fueron utilizados como reclamo propagandístico y como elemento sancionador, con una extrema potencia visual, de la legitimidad del nuevo régimen y de su estructura organizativa a nivel socio-moral.⁴²⁰ Si bien, al mismo tiempo, representaban una desviación del modelo de masculinidad viril, pues las cicatrices y mutilaciones sufridas y su incapacidad para realizar actividades físicas al mismo nivel que los demás no encajaba con la visión del hombre corporalmente perfecto que la propaganda se esforzaba en dibujar.⁴²¹ Quizá por ello, pese a esa evidente función propa-

⁴¹⁸ Francisco CAVERO Y CAVERO: op. cit., p. 21.

⁴¹⁹ Ángel ALCALDE: “El descanso del guerrero: la transformación de la masculinidad excombatiente franquista (1939-1965)”, *Historia y Política*, 37 (2017), pp. 177-208.

⁴²⁰ Stephanie WRIGHT: “Los mutilados de Franco...”.

⁴²¹ Esta idea en *Ibidem*, p. 76; y en Mary VINCENT: op. cit., pp. 145-146. De hecho, en referencia a las consecuencias psicológicas derivadas del combate y la experiencia bélica, la situación era aún más difícil para los combatientes afectados, tanto por la falta de medios adecuados para tratar sus problemas como por la asociación entre trastornos y cobardía. Véanse Agustín CONSEGLERI y Olga VILLASANTE ARMAS: “Neuropsiquiatría en posguerra: una aproximación a la población manicomial de Leganés”, *Revista de la Asociación Española de Neuropsiquiatría*, 27:99 (2007), pp. 119-141; Olga VILLASANTE ARMAS: “La formación de ‘enfermeros psiquiátricos’ durante la posguerra española: a propósito de Jaén (1939-1955)”, *Norte de Salud Mental*, 13:53 (2015), pp. 93-103; y Sebastian BROWNE: *Medicine and Conflict. The Spanish Civil War and its Traumatic Legacy*, Londres, Routledge, 2018. Sobre la asociación entre neurosis y cobardía, un ejemplo en Doris KAUFMANN: “Psychiatry in the First World War and Weimar Germany”, *Journal of Contemporary History*, 34:1 (1999), pp. 125-144. Incluso, en determinados contextos la creación de sistemas de asistencia psiquiátrica al combatiente era despreciado por ser considerado como un elemento minador de la moral de la tropa, lo cual entronca con esa idea de la minusvaloración del soldado que presentaba este tipo de problemas. Véase Edgar JONES y Stephen IRONSIDE: “Battle Exhaustion: The Dilemma of Psychiatric Casualties in Normandy, June-August 1944”, *The Historical Journal*, 53:1 (2010), pp. 109-128.

gandística, la exaltación del mutilado no fue un elemento demasiado presente en los medios públicos de la dictadura.⁴²² Sea como fuere, en última instancia, el Estado franquista tampoco cumplió por completo su parte del trato. A pesar de que organizaciones como el BCMGP y la Delegación Nacional de Excombatientes permitieron incorporar a la vida laboral a no pocos combatientes y subsidiar a aquellos que, por las heridas sufridas, no podían trabajar, otros muchos recibieron pensiones insuficientes para vivir o directamente quedaron fuera de las ayudas estatales.⁴²³ Por ende, los mutilados, la pretendida «aristocracia de la Nueva España y [...] el orgullo de las mujeres españolas», que habían arriesgado su cuerpo y su vida para la construcción de la utopía fascista, o simplemente para sobrevivir en el frente, se vieron encarnando un ideal de masculinidad incompleto y remendado, como fue la propia existencia de buena parte de los veteranos franquistas de la Guerra Civil.⁴²⁴

⁴²² Ángel ALCALDE: *Los excombatientes franquistas...*, p. 123.

⁴²³ Stephanie WRIGHT: “Los mutilados de Franco...”, p. 92. En esta cuestión incide, en su tesis doctoral, Francisco J. LEIRA CASTIÑEIRA: *La socialización de los soldados del ejército sublevado...*, capítulo 6.

⁴²⁴ Salvador TORRIJOS: op. cit., p. 193.

Capítulo 5

Precariedad, incompetencia y miedo. El modo rebelde de hacer la guerra

Tal y como hemos ido viendo a lo largo de esta primera parte de la tesis, el ejército sublevado, al igual que el republicano, construyó una maquinaria gigantesca para hacer frente a la movilización bélica que le imponía un conflicto total como fue la Guerra Civil Española. Sin embargo, la conformación de dicho contingente se hizo de forma apresurada y sobrevenida, a golpe de batallas libradas, terreno conquistado y quintas movilizadas, lo cual le confirió toda una serie de defectos y vicios que se fueron arrastrando durante la totalidad de la contienda. En un marco de precariedad material y de instrumentalización de la guerra para engendrar un nuevo proyecto político, estos problemas de base dieron lugar a una particular forma de combatir lastrada por la ausencia de medios, por el desconocimiento de los mecanismos esenciales de la guerra moderna y por unas determinadas expectativas, en buena medida irreales en el plano de lo militar pero que tenían una función muy concreta en el ideológico. De este modo, las operaciones militares rebeldes, por mucho que más exitosas que las republicanas, fueron pasto de la ineficiencia y de unos elevados índices de bajas producto de la generalizada falta de instrucción de los mandos, sobre todo intermedios, y de un miedo que, como veíamos, condicionaba de forma decisiva su autonomía y su capacidad para explotar las ventajas que ofrecían el terreno y las particulares situaciones de cada combate. Por ende, analizar las características del esquema bélico desplegado por las unidades sublevadas permite cerrar el círculo reconstructivo de la experiencia de guerra de los combatientes que lucharon en las filas del ejército insurgente y, en definitiva, terminar de comprobar en el nivel más concreto posible cómo la forma en que se construyó el masivo contingente armado determinó el destino de muchos de estos individuos.

Analizando la documentación producida por las unidades y el CGG rebeldes, un concepto destaca por encima a la hora de los demás a la hora de definir la naturaleza del modo de combatir: “guerra moderna”. Y, como he ido apuntando en diversos momentos, no porque fuese así como se definiese el modo en que combatían las fuerzas sublevadas sino, por el contrario, por tenerlo como referente de lo que no se estaba llevando a cabo. Así, el término “guerra moderna” trufaba las directivas, informes e instrucciones generadas a distintos niveles por los organismos que componían la estructura del ejército, como una suerte de modelo a seguir que, por los motivos ya mencionados, nunca pudo alcanzarse, siquiera de lejos. Este hecho permite alumbrar una primera idea, importante para entender los problemas militares de los que adoleció el bando rebelde –y muy probablemente el republicano al proceder ambos de un mismo punto de partida–, que es la disonancia existente entre el conocimiento que, de dicha guerra moderna, tenían los altos mandos profesionales y el que aplicaban los oficiales y cuadros intermedios en el campo de batalla. Pese a que dentro de la cultura militar africanista, mayoritaria entre los militares adheridos al golpe, primase más una concepción heroica y experiencial a la hora de comprender la guerra, por ende menos basada en la formación teórica, eso no significaba que los militares de carrera no estuviesen familiarizados con cómo se había desarrollado

la Primera Guerra Mundial y con la enseñanzas que los diversos ejércitos europeos habían sacado de ella.⁴²⁵ Bien es cierto que existe una notable diferencia entre el conocimiento de esas cuestiones y la posibilidad de aplicarlo de forma efectiva, sobre todo teniendo en cuenta, por un lado, las importantes dificultades presupuestarias que azotaban a las fuerzas armadas españolas antes de 1936 y, por otro, que no se había necesitado modernizar la forma de combatir debido a la participación en una guerra –como sí se produjo durante la civil–, dada la neutralidad durante el conflicto de 1914-1918 y considerando la naturaleza mucho más rudimentaria de los combates librados en el Protectorado. No obstante, debates como el de la mecanización habían alcanzado España, al tiempo que no pocas ideas modernizadoras se habían ido introduciendo durante la década de los años 20, especialmente hacia el final de esta.

Un ejemplo es el de la Colección Bibliográfica Militar, creada en 1928 por Emilio Alamán y Vicente Rojo y que sirvió como plataforma para la introducción en España de conceptos bélicos modernos, varios de los cuales procedían de países europeos que habían participado en la Gran Guerra. Tanto las obras incluidas en la colección como las reseñas de las nuevas publicaciones aparecidas en otros países constituyeron una importante fuente para conocer los mecanismos esenciales de la guerra moderna y las transformaciones sufridas por el *warfare* en los últimos años, algo con lo que estuvieron en contacto diversos militares que luego tuvieron puestos importantes en los ejércitos en liza durante la Guerra Civil. Los propios fundadores de la colección sirvieron uno en las filas republicanas y el otro en las sublevadas, mientras que entre la nómina de colaboradores de la publicación encontramos nombres muy importantes como los de Vicente Guarnier Vivancos, Alfredo San Juan Colomer y Eduardo Sáenz Aranaz para el bando gubernamental; y Carlos Asensio Cabanillas, José Monasterio Ituarte y José Díaz de Villegas para el insurgente.⁴²⁶ En este sentido, esa disonancia a la que antes hacía referencia se contextualiza plenamente por el hecho de que, por una parte, los oficiales de carrera, aun los partidarios de un enfoque mucho más experiencial del mando, conocían y tenían recursos formativos para poder diseñar un modo de hacer la guerra acorde a la nueva realidad que la tecnología había impuesto en el campo de batalla. Mientras que, por otra, los oficiales intermedios y/o movilizados, con escasa instrucción previa o que cuyo principal escenario de aprendizaje había sido el mismo frente, desconocían todas estas cuestiones y no habían recibido un entrenamiento suficiente capaz de ayudarles a salvar esa barrera. Lo cual, de nuevo, permite observar cómo la forma en que se construyó el ejército sublevado influyó en el modo en que se configuró la experiencia de guerra. No es, por ende, que los altos mandos españoles no supiesen hacer frente a los retos de la guerra moderna. Si no, no se explicarían las múltiples directivas mediante las cuales se intentaron corregir las deficiencias observadas y que, en definitiva, constituían una guía básica de cómo se debía combatir a la altura de 1936-1939. Más bien, se trataba de la imposibilidad de trabajar este aspecto

⁴²⁵ De hecho, en un alarde de simplismo un enviado del ejército británico de visita en el campo rebelde, el coronel A. James, apuntaba que la incapacidad de mejora de los procedimientos tácticos se explicaría por «the Spanish national temperament», que consecuentemente haría que los errores se repitiesen una y otra vez provocando el fracaso recurrente de las ofensivas. Véase TNA, WO 106/1581, “Information supplied by Wing-Commander A. James, M.P., in Interview with M.I.3 Colonel”, octubre de 1937.

⁴²⁶ Alberto GUERRERO MARTÍN: “La Colección Bibliográfica Militar y el debate sobre la mecanización y la motorización”, *Revista Universitaria de Historia Militar*, 3:6 (2014), pp. 174-189.

debido a los particulares cauces y tempos que había tomado la movilización bélica, lo cual, además, contribuía indirectamente a la sanción de determinados modelos de comportamiento social.

Esta misma percepción del modo que los rebeldes tenían de hacer la guerra como un conjunto de tácticas desactualizadas y poco adaptativas la compartían los oficiales del CTV desplegados en España, a tenor de dos informes realizados por este cuerpo en el marco de la batalla del Ebro. Resultan llamativas las fechas de los dos informes a los que hacemos referencia, en septiembre y octubre de 1938, pues se sitúan en una fase tardía de la guerra y vienen a confirmar, al menos si tenemos en cuenta la opinión de los oficiales italianos, que pese a la emisión constante de directivas e instrucciones los problemas de una mala integración de los medios tecnológicos en las dinámicas y funcionamientos de las unidades y de falta de autonomía de los mandos persistieron durante todo el conflicto. De este modo, el primero de los informes, elaborado el 26 de septiembre por Ettore Manca –comandante de la artillería legionaria–, hacía referencia a cómo se habían afrontado los combates en torno a la Sierra de Caballs, en los que habían participado las baterías italianas y que tuvieron una capital importancia, sobre todo si tenemos en cuenta la implicación de divisiones de élite del ejército sublevado como la 1ª División de Navarra o la 13 DI. Manca denunciaba la falta de adaptabilidad del plan diseñado por los españoles, pues pese a que no se habían podido completar los objetivos en la Sierra de Caballs, posición clave del dispositivo defensivo republicano por su ubicación dominante sobre el conjunto del sector, dicho plan no había variado un ápice. La situación había conducido a casi un mes y medio de estancamiento de los combates, lo que incrementó exponencialmente el número de muertos al mantener los republicanos su posición ventajosa y continuar los rebeldes intentando asaltarla del mismo modo, no haciendo consecuentemente un uso adecuado de los medios a su disposición, de la artillería italiana en este caso concreto.⁴²⁷ Las quejas de Manca, que se enmarcan dentro del mutuo desprecio existente entre españoles e italianos en referencia a los modos de uno y otros de conducir la guerra, tienen no obstante un importante poso de realidad, pues esa incapacidad de reaccionar de forma rápida y eficiente a las vicisitudes de los combates fue una constante del ejército sublevado durante todo el conflicto. El hecho de que la instrucción hubiese sido pobre y escasa, y la falta de actualización de los procedimientos operativos del ejército español en los años previos a la guerra, tenían un peso relevante en esta cuestión.⁴²⁸

Estas primeras quejas de Manca se desarrollan en otro informe elaborado por él mismo el 19 de octubre, y que buscaba insistir en lo ya expresado en escritos anteriores. El comandante italiano apuntaba que pese a ser el jefe de la artillería legionaria, con una crucial importancia por ende en las operaciones del sector, no era consultado en el diseño

⁴²⁷ AGMAV, C. 2595, 73. Batalla del Ebro, “Consideraciones del CTV sobre el empleo de artillería”, septiembre de 1938. Por su parte, los alemanes compartían la desesperación por la forma en que el CGG llevaba a cabo las operaciones. Véase Stefanie SCHÜLER-SPRINGORUM: *op. cit.*, pp. 187-188.

⁴²⁸ Precisamente, a tenor de estas discrepancias en el modo de enfocar la guerra, los generales italianos habían intentado influenciar, sin demasiado éxito, los sistemas de instrucción empleados por el ejército sublevado. El coronel Carlo Rivolta, instructor del CTV, proponía en agosto de 1938 una reforma de los cursos de formación de oficiales y suboficiales provisionales, con la finalidad de dotarlos de una mayor carga práctica y de reforzar la coordinación entre armas. Es decir, buscando converger hacia el modelo italiano. Véase AGMAV, C. 2604, 43. CTV, “Cursos de formación de oficiales”, agosto de 1938.

del plan de acción y, en consecuencia, no podía aportar ideas o matizar las ya existentes de cara a conseguir el mayor rendimiento de las baterías. Desde luego, la voluntad de los militares italianos, y del propio Mussolini, de tener un papel protagonista en el diseño y conducción de las operaciones podían explicar, en cierto modo, la queja de Manca. Pero no es menos cierto que sus comentarios evidencian la falta de coordinación entre armas, endémica durante la Guerra Civil. En este sentido, el hecho de considerar a la artillería como un arma siempre subordinada a los planes de la infantería, en vez de como un complemento integral de esta, impedía hacer el mejor uso de la misma, siendo infrutilizada o empleada en posiciones en las que no tenía la influencia que podía en el desarrollo de los combates. Por ende, Manca criticaba el mantenimiento del «concepto operativo actual» por considerarlo, tal y como había demostrado la experiencia, «perjudicial», y subrayaba la necesidad de mejorar la coordinación entre las baterías y la infantería que avanzaba, así como el sistema de enlaces, clave para poder canalizar toda la información que emitían unas y otras unidades sobre el terreno. Sin embargo, el oficial italiano admitía que sus peticiones y recomendaciones, por mucho que fuesen dirigidas al CGG, iban a caer en saco roto, y advertía de la gravedad de seguir adelante con el plan operativo, que no tendría éxito salvo que se basase en un «sagaz, apropiado y armónico empleo» de los medios disponibles, algo que desde luego no caracterizaba a la forma de actuar de las GGUU sublevadas.⁴²⁹

Las cuestiones señaladas por el comandante artillero italiano, además de subrayar los problemas existentes en el ejército insurgente, entroncaban de lleno con el debate de la motorización y la mecanización, presente en España –pero sin apenas traslación práctica– y en desarrollo en Italia, si bien lastrado por la limitada capacidad industrial del país transalpino, sobre todo en comparación con el gigante alemán, paladín de este tipo de enfoque militar durante el posterior conflicto mundial. El régimen de Mussolini hizo gala, a lo largo de los diversos conflictos que libró en la década de los 20, 30 y 40, del uso de modernos medios tecnológicos integrados en su forma de conducir la guerra, considerando la motorización del ejército, sublimada en la denominada *guerra celere*, como la forma última de combatir, algo que también tenía que ver con la particular cosmovisión construida por la ideología fascista.⁴³⁰ En este sentido, España constituía el escenario perfecto para la implementación de este nuevo tipo de esquema bélico. Hasta la fecha, la Italia fascista había librado sus guerras en territorios coloniales, contra pueblos considerados

⁴²⁹ AGMAV, C. 2595, 84. Batalla del Ebro, “CTV. Informe sobre empleo de la artillería”, octubre de 1938.

⁴³⁰ En buena medida, el camino de la modernización tecnológica iba de la mano de la búsqueda de medios de destrucción de masas con el objetivo de implementar hasta las últimas consecuencias la guerra total, algo en lo que el teórico Giulio Douhet hizo notables contribuciones, luego aplicadas a los procedimientos operativos del ejército italiano. Véase Thomas HIPPLER: *Bombing the People: Giulio Douhet and the Foundations of Air-power Strategy, 1884-1939*, Cambridge, Cambridge University Press, 2013. De igual modo, la fascinación del fascismo por la velocidad, la modernidad y la acción dio lugar a construcciones mitificadas sobre los medios modernos de guerra, como el avión o el carro blindado, así como sobre los tipos de guerra en los que estos eran protagonistas, ideas que circularon entre países con una similar cultura política, como Alemania o Japón. Véanse Jeffrey HERF: *Reactionary Modernism: Technology, Culture, and Politics in Weimar and the Third Reich*, Cambridge, Cambridge University Press, 1984; Fernando ESPOSITO: *Fascism, Aviation and Mythical Modernity*, Londres, Palgrave Macmillan, 2015; y Daniel HEDINGER: “Fascist Warfare and the Axis Alliance: From *Blitzkrieg* to Total War”, en Alan KRAMER, Javier RODRIGO y Miguel ALONSO (eds.), *Fascist Warfare: Aggression, Occupation, Annihilation (1922-1945)*, Basingstoke, Palgrave, 2019, en prensa.

inferiores y, por ende, muy lejos del nivel que tenía el ejército transalpino. Aunque esto no fue óbice para que durante la Segunda Guerra Ítalo-Etíope (1935-1936) las fuerzas invasoras sufrieran varios reveses pese a disponer de una superioridad material abrumadora.⁴³¹ En todo caso, la Guerra Civil Española proporcionaba un marco netamente diferente. Se combatía en suelo europeo, en un contexto de inminencia de una nueva guerra mundial, y se hacía contra un enemigo en igualdad de condiciones. Además, dicho enemigo estaba apoyado por la Unión Soviética, lo que propiciaba el primer enfrentamiento directo con la némesis del fascismo. Es decir, que en la Península Ibérica se daban cita los ingredientes ideales para la consagración de la idea imperial italiana, no solo a nivel territorial sino también legitimador y experiencial, pues una guerra de las características de la española constituía la forja perfecta de las nuevas generaciones de fascistas transalpinos.⁴³²

Las expectativas y los réditos propagandísticos que Mussolini buscaba obtener de su intervención en España condicionaron la lectura que, desde Roma y por parte de los oficiales italianos sobre el terreno, se hizo del modo en que los sublevados conducían las operaciones militares.⁴³³ Si el conflicto español debía suponer la consagración de la *guerra celere*, la lentitud, la desorganización y la falta de medios tecnológicos modernos característicos del bando rebelde no podían sino causar un profundo disgusto en los altos mandos del CTV. Especialmente, la conquista de Málaga refrendó esta percepción, pues el hecho de que las divisiones mecanizadas italianas hubiesen obtenido una victoria rápida y contundente demostraba, a ojos de Mussolini, cómo ese era el camino a seguir si se quería un triunfo incontestable de las armas fascistas.⁴³⁴ En este contexto se entienden mejor las críticas de Manca al modo en que funcionaban las GGUU sublevadas, máxime si tenemos en cuenta que el propio Mussolini creía que la ofensiva republicana en el Ebro iba a suponer, debido al carácter anticuado del modo que los insurgentes tenían de hacer la guerra, una derrota sin paliativos.⁴³⁵ Sin embargo, de una forma un tanto paradójica, los propios altos mandos insurgentes vertieron críticas similares sobre sus homólogos italianos. De hecho, esas lecturas negativas de la actuación de las unidades del CTV concluían que, precisamente, lo que no funcionaba ni se podía implementar en España era una guerra mecanizada. Aquí, más que una valoración puramente militar de las diversas formas de conducir las operaciones de guerra, lo que encontramos es una pugna por obtener la primacía en el terreno de la legitimidad que confería la hipotética victoria. La

⁴³¹ Robert MALLETT: *Mussolini in Ethiopia, 1919-1935. The Origins of Fascist Italy's African War*, Nueva York, Cambridge University Press, 2015. En buena medida, las derrotas militares sufridas por Italia tanto en sus guerras coloniales como en el Norte de África, los Balcanes o Grecia, contribuyeron a generar un lugar común en torno a su ineficacia endémica, una cuestión que ya fue revisada hace algunos años por John GOOCH: "Italian military efficiency: A debate", *Journal of Strategic Studies*, 5:2 (1982), pp. 257-265.

⁴³² John GOOCH: *Mussolini and his Generals. The Armed Forces and Fascist Foreign Policy, 1922-1940*, Cambridge, Cambridge University Press, 2007.

⁴³³ Unos réditos que, por supuesto, no se remitían exclusivamente al plano de lo propagandístico, sino que también tenían una dimensión concreta muy evidente, como era la mejora de la posición geoestratégica de Italia en el Mediterráneo, con miras a Gibraltar, y la eliminación de un potencial enemigo ideológico en el extremo occidental de Europa. Véase Aristotle A. KALLIS: *Fascist Ideology. Territory and Expansionism in Italy and Germany, 1922-1945*, Londres, Routledge, 2000, pp. 145-151.

⁴³⁴ Javier RODRIGO: *La guerra fascista...*, pp. 118-119.

⁴³⁵ *Ibidem*, p. 113.

imposición de una guerra motorizada por parte Italia conducente al éxito reportaría considerables beneficios para Mussolini a nivel propagandístico, al tiempo que situaría el liderazgo de Franco en una posición subordinada y debilitada. Por el contrario, la defensa del “modo español” de hacer la guerra –condicionado, como hemos visto, por los medios y los tempos de la contienda– suponía subrayar la independencia y fortaleza de la recién creada figura del Generalísimo, al tiempo que marcar distancias con sus aliados extranjeros, lo que permitía igualmente apuntalar el relato de la extranjerización del enemigo frente a la identidad “nacional” del bando sublevado. Una defensa que, consecuentemente, comportaba la crítica, el desprecio e incluso el escarnio de la *guerra celere italiana*.⁴³⁶

Diversos informes generados por el CGG y por mandos militares españoles apuntaban en esta dirección, incluso tras operaciones exitosas como fue la propia conquista de Málaga. Una memoria elaborada el día 9 de febrero de 1937 por Jefe de Estado Mayor del Ejército del Sur, el teniente coronel José Cuesta Monereo –a la sazón, el cerebro del triunfo del golpe en Sevilla–, analizaba el funcionamiento de las diversas unidades en las operaciones de las semanas previas. En líneas generales, Cuesta Monereo consideraba que tanto la táctica empleada como la actuación de los mandos habían sido las correctas, si bien señalaba algunas particularidades de interés. En primer lugar, a su juicio la guerra en el Sur todavía no había transitado de la fase irregular inicial que presentó la lucha de columnas al estadio de guerra regular, esencialmente por la calidad del enemigo enfrentado. Una cuestión que habría producido mayor densidad de efectivos de la necesaria y, consecuentemente, un elevado número de bajas debido a la falta de dispersión de las fuerzas, problema que como veremos se repetirá a lo largo de todo el conflicto. En cualquier caso, la mención de la irregularidad de los combates no ha de pasarse por alto, pues reforzaría la interpretación, apuntada al principio de esta primera parte y desarrollada más extensamente en la tercera, de la fase inicial de la contienda como una gran guerra antipartisana. Por otro lado, la memoria concluía que «la motorización completa, por lo menos durante esta batalla, no ha presentado ventajas apreciables», fundamentalmente debido a que el relieve no era el más favorable para la acción de los vehículos, pues incluso las columnas a pie habían tenido dificultades para avanzar. A lo cual había que sumar que el aprovisionamiento de combustible retrasaba las operaciones y las hacía más peligrosas ante la presencia de una aviación enemiga activa, extremo que no se dio en el caso de Málaga.⁴³⁷ Es decir, que lo que para el gobierno italiano había sido la prueba evidente de

⁴³⁶ En este sentido, la derrota italiana en Guadalajara generó el marco perfecto para la subordinación de las fuerzas del CTV al mando de Franco, así como para la construcción de un relato que ridiculizaba e incidía en la cobardía de los combatientes transalpinos. La popularización de expresiones de mofa como “Corre Tutto Veloce”, en referencia a las siglas del contingente italiano, es un ejemplo de ello. Véase Javier RODRIGO: *La guerra fascista...*, p. 114. De hecho, ese relato se trasladó también a la literatura memorialística escrita por los excombatientes sublevados. El requeté José María Rego narraba un episodio durante las postrimerías de la guerra en el que varios compañeros y él se subieron a un coche blindado con dirección a Madrid. El chófer, italiano, se equivocó y entró en la ciudad cuando esta aún no había sido tomada por las fuerzas insurgentes, algo que Resa calificaba como «un despiste clásico de italiano». Véase José María RESA ORTEGO: op. cit., p. 155.

⁴³⁷ AGMAV, C. 2580, 22, pp. 19-21. CGG, EM, Ejército del Sur, “Memoria y órdenes sobre ocupación región Málaga”, enero y febrero de 1937. Ya desde la Primera Guerra Mundial un eficaz sistema de suministros se había revelado como una cuestión clave en la transición hacia formas más modernas de combatir.

que el camino de la guerra pasaba por la mecanización de las unidades, para los militares sublevados, sin terminar de descartarlo de todo, presentaba serias dudas sobre su aplicabilidad en un escenario como el español. Bien es cierto que, como ya hemos visto antes, la orografía fue un factor importante en el desarrollo del debate de motorización del ejército español en los años 20 y 30. Sin embargo, lo que evidenciaba este informe era un posicionamiento cada vez más claro hacia una vía propia a la hora de conducir las operaciones, relacionada con el punto del que partían las fuerzas armadas rebeldes y que tenía que ver con la construcción de una legitimidad propia mediante las armas, algo imposible de llevar a cabo si el capital simbólico de las victorias era explotado por extranjeros y no por españoles.

Por supuesto, si la conquista de Málaga no había convencido a los altos mandos sublevados de las bondades de la guerra mecanizada, el revés sufrido por los italianos en Guadalajara no hizo sino confirmar los recelos existentes. Los diversos informes remitidos al CGG indicaban toda una serie de deficiencias que presentarían las fuerzas italianas, a las que se acusaba de desmoralización, de falta de coordinación y de estar dirigidas por oficiales ascendidos simplemente por méritos políticos y no por sus aptitudes en el campo de batalla. De hecho, la crítica llegaba hasta tal punto de acusar al CTV de que «no había previsto las necesidades de una guerra moderna», algo que resultaba sorprendente si vemos la propia disección que, de la actuación de sus fuerzas, hacía el ejército sublevado, pero que cobraba sentido si entendemos la importancia de desacreditar la actuación de los italianos en el frente.⁴³⁸ En adelante, las formaciones transalpinas actuarían integradas en el ejército sublevado, bajo su mando, siendo siempre sus éxitos capitalizados por Franco. Sin embargo, esto tampoco varió ostensiblemente la consideración de los militares rebeldes hacia el modo de combatir del CTV. Más bien, terminó de refrendar que la guerra mecanizada era un fracaso, y desde luego no apta para un contexto como el español. En un informe realizado a finales de agosto de 1937 sobre la actuación de las fuerzas italianas en la campaña de Santander, y concretamente en las operaciones en torno al Puerto del Escudo, se calificaba la actuación del CTV de deficiente, habiendo tenido elevadísimas bajas en comparación con las fuerzas españolas debido al abuso de los ataques frontales en vez de diseñar asaltos por los flancos. El escrito subrayaba la incompetencia de los mandos intermedios y, en líneas generales, calificaba la actuación italiana en Santander de fracaso, sentenciando, de forma elocuente a mi juicio, que se habían «desvanecido las esperanzas excesivas fundadas en la motorización».⁴³⁹

Véase Ian M. BROWN: “Logistique”, Annette BECKER (coord.), *La Première Guerre Mondiale. États*, Vol. 2, Péronne, Fayard, 2014, pp. 251-274.

⁴³⁸ El informe citado en AGMAV, C. 2585, 13, p. 9. Operaciones sobre Guadalajara, CTV, “Informe sobre el empleo de la 3ª División”, marzo de 1937. Otros informes y escritos en la misma línea en AGMAV, C. 2585, 20. Operaciones sobre Guadalajara, “Ofensiva en colaboración con el CTV”, marzo de 1937; AGMAV, C. 2585, 9. Operaciones sobre Guadalajara, Ejército del Norte, “Informe sobre la evacuación de Brihuega”, marzo de 1937; y AGMAV, C. 2585, 8. Operaciones sobre Guadalajara, Ejército del Norte, “Informe sobre maniobra de ruptura”, marzo de 1937. Sin ir más lejos, la derrota en Guadalajara fue de tal magnitud que sirvió para evidenciar los problemas y rencillas existentes en el seno del contingente italiano, así como para realizar una profunda renovación del mismo. Véase Javier RODRIGO: *La guerra fascista...*, pp. 142-147.

⁴³⁹ AGMAV, C. 1233, 2, p. 5. Ejército del Norte, “Informes sobre tropas legionarias en la operación sobre Santander”, agosto de 1937.

Desde luego, los combates en torno al importante paso de montaña habían sido duros, pero nada que justificase el empleo de calificativos tan tajantes a la hora de desacreditar la actuación del CTV. Igualmente, los defectos que se les achacaban a las unidades italianas, muy probablemente ciertos, repetían un patrón similar a los que las propias directivas rebeldes intentaron corregir en sus mismas formaciones durante todo el conflicto. Por ende, la continua minusvaloración y desprecio hacia la actuación del CTV respondían más a una voluntad de restar importancia a su contribución a la guerra, de cara a que el esfuerzo de los españoles cobrase aún más relevancia. En este sentido el relato era claro: no solo se estaba luchando contra un enemigo poderoso y apoyado por una gran potencia como la Unión Soviética, sino que incluso se tenía que “luchar”, en cierto modo, contra los propios aliados, los cuales no constituían un contingente fiable en el campo de batalla. El hecho de que en contextos tan dispares en cuanto a resultados como los de Málaga, Guadalajara y Santander los informes elevados al CGG siempre hiciesen hincapié en la imposibilidad de trasladar al escenario español el elemento definitorio del esquema bélico italiano, la guerra motorizada, y en señalar sus aspectos negativos —a pesar de ser cierta la dificultad de implantación en una orografía como la española—, refleja claramente esta idea. Por supuesto, había que tener otros factores en cuenta, como la particular renuencia de los mandos italianos, espoleada desde Roma, a ceder su autonomía a Franco, lo cual creaba un marco propicio para este tipo de juicios negativos.⁴⁴⁰ Sin embargo, la cuestión esencial venía dada, nuevamente, por la particular contingencia del momento. Si los mandos rebeldes abrazaban la guerra motorizada —es decir, una modernización total de su forma de combatir—, considerando el punto de partida desde el que debían empezar a desarrollarla, se evidenciaría la subordinación a sus aliados extranjeros, tecnológicamente más avanzados y claves en este hipotético proceso. Por el contrario, si se apostaba por una guerra “a la española”, es decir, poco moderna pero en constante intento de mejora, el rédito de la victoria y la independencia respecto a terceros, aun considerando lo relevante del apoyo externo recibido, permanecería bajo control. De hecho, las obras canónicas de la historia militar española franquista elaboradas en la posguerra situaron la contribución de Italia y Alemania en un lugar muy secundario, muy alejado de su importancia real, dejando todo el protagonismo a los héroes y gestas nacionales.⁴⁴¹ Por ende, la transición hacia formas más modernas de combatir no solo dependía exclusivamente de los medios y de la capacidad del contingente sublevado, sino que jugaba también con cuestiones nucleares, a nivel simbólico, como la construcción de la legitimidad bélica.⁴⁴²

⁴⁴⁰ Véase Javier RODRIGO: *La guerra fascista...*, p. 147.

⁴⁴¹ Por ejemplo, la *Historia de la Cruzada española*, escrita entre 1938 y 1943 por el periodista e historiador Joaquín Arrarás, sigue a la perfección el guion descrito, con tan solo referencias puntuales a la contribución italiana. Así, en el tomo 28 figura un apartado denominado “Alemania e Italia, al lado de los nacionales”, en el que se menciona la ayuda recibida de ambas potencias sin resaltar la importancia decisiva que ello tuvo en el desenlace final del conflicto. Una idea similar la encontramos en la *Historia militar de la guerra de España*, de Manuel Aznar, en la que las aviaciones italiana y alemana son mencionadas sin demasiado detenimiento para, a continuación, dejar paso a un extenso relato sobre la contribución de los aparatos y pilotos españoles a la victoria bélica. Véanse Joaquín ARRARÁS: *Historia de la Cruzada española*, 8 vols., Madrid, Ediciones Españolas, 1939-1944; y Manuel AZNAR: op. cit.

⁴⁴² En cualquier caso, la cuestión de la motorización tenía que ver también con la incapacidad de los mandos rebeldes de utilizar eficientemente los medios modernos de guerra, tanto por la preponderancia de formas

Sea como fuere, pese a la clara renuencia de los generales españoles a implementar una guerra motorizada en España, la construcción del ejército de masas llevó aparejada una voluntad de modernización de los procedimientos operativos, fundamentalmente por cuestiones de pura necesidad. La integración de nuevos medios de guerra como la aviación, la artillería o los blindados no dejaba otra opción que transformar el modo en que se entendía el campo de batalla, un proceso que no fue para nada sencillo, que nunca se pudo realizar de forma efectiva, y que en última instancia acarreó un elevado peaje en forma de soldados muertos y heridos. La neutralidad española en la Gran Guerra, verdadero escenario de ensayo y error para los ejércitos contendientes, y la escasa capacidad de adquisición de material de guerra moderno durante el primer tercio del siglo, condicionaron el uso que se dio a todo este nuevo armamento, así como los efectos que tenía sobre los combatientes. Sin ir más lejos, la instrucción que estos recibían discurría por dos caminos, ambos de la misma relevancia: el primero, conseguir que se hiciera un uso correcto del material; y el segundo, desmitificar la imagen que los soldados habían construido de la modernidad bélica como algo sumamente aterrador, y en no poca medida invencible. Como veíamos antes, los primeros encuentros con blindados o aviación habían resultado terroríficos para muchos individuos que apenas habían tenido contacto con medios similares en su experiencia militar previa, por no decir para aquellos que se habían alistado como voluntarios en las columnas o que fueron movilizados y que no eran militares profesionales. Sin embargo, esa realidad, por mucho que se fuese haciendo conocida mediante la participación en combates y la información que iba recorriendo los frentes, continuaba ejerciendo un efecto paralizador sobre los soldados.

En noviembre de 1937, unas normas de instrucción enviadas por el CE Galicia a las brigadas de la 82 DI subrayaban la necesidad de familiarizarse con «las distintas y aún nuevas modalidades de esta campaña que pudiesen emprender». La mencionada división iba a ser trasladada desde el frente asturiano, estable en aquel momento, al madrileño, que permaneció igualmente estabilizado hasta el final del conflicto pero sobre el que, en esos días, se estaba planificando una gran operación, truncada por la ofensiva republicana sobre Teruel. En todo caso, las normas incidían en cuestiones como la lucha en presencia de aviación enemiga, el posicionamiento sobre el terreno o el combate contra blindados, sobre el que se advertía de su carácter inofensivo si no iba acompañado por infantería. Para paliar los efectos morales que producía su irrupción en el campo de batalla, se apuntaba la necesidad de «No temerlo, pero no despreciarlo».⁴⁴³ Las fuerzas que componían

desactualizadas de entender el hecho bélico como por los problemas estructurales del ejército, que impedían un despliegue completo de estas nuevas armas. Así, en cierto modo se generó una suerte de desprecio velado hacia lo moderno, recubierto como hemos visto de una pátina ideológica en torno al “ser español”, que permitía justificar el camino de una modernización mucho más lenta y conservadora. De hecho, esta cuestión de la “tecnofobia” derivada de la falta de comprensión de la tecnología en el campo de batalla se repite en otros conflictos contemporáneos. Véase Victor S. CHIANG CHENG: “Modern War on an Ancient Battlefield. The Diffusion of American Military Technology and Ideas in the Chinese Civil War, 1946-1949”, *Modern China*, 35:1 (2009), pp. 38-64.

⁴⁴³ AGMAV, C. 1335, 11. CE Galicia, Organización, “Normas Generales a las Brigadas para la Instrucción de las tropas”, noviembre de 1937. Otra directiva, de enero de 1937, recomendaba «dar instrucción teórica a la tropa en las trincheras y en los frentes, para elevar su moral contra los carros, haciéndole ver la facilidad con que se destruyen...». Véase AGMAV, C. 1568, 51, p. 3. 13 DI, Operaciones, “Instrucciones para el establecimiento de posiciones, enmascaramiento y norma a seguir en el ataque de las mismas”, enero de

la 82 DI procedían, en su mayoría, del interior de la recién conquistada ciudad de Oviedo y de las columnas gallegas que habían permanecido en el frente asturiano. Había, ciertamente, diversas unidades más experimentadas, como dos tabores regulares y una bandera legionaria, pero el hecho de que la mayoría de sus integrantes no tuviesen demasiada experiencia en grandes enfrentamientos potenciaba los efectos de las armas modernas, lo que explica la mención expresa en el documento. Y, al mismo tiempo, lo que permite entender por qué estos problemas persistieron a lo largo de todo el conflicto, dada la inexperiencia militar del grueso de conscriptos movilizados y la escasa instrucción a la que eran sometidos. En este sentido, la contemplación de un carro blindado en la ya de por sí límite y traumática situación de un combate debía resultar verdaderamente aterradora y paralizante. José Carrasco Canales, artillero en las filas rebeldes, relata un episodio similar en sus memorias durante la batalla de Teruel. Tras haberse refugiado en el seminario, un blindado republicano penetró en un edificio anexo. La sorpresa entre los defensores fue tal que, durante un momento, muchos no supieron qué hacer, si huir o seguir combatiendo, una situación de «confusionismo y atolondramiento».⁴⁴⁴

Además del miedo, otro de los problemas recurrentes en relación a los medios de guerra modernos fue su deficiente utilización, fruto de la inexperiencia y de la incomprensión de su función en el campo de batalla, algo en lo que nuevamente la endémica falta de entrenamiento tenía buena parte de la responsabilidad. Pese a que a finales de 1936, en el seno de la batalla por Madrid, se clarificasen de forma más o menos definitiva las formas en las que debían usarse los blindados, es decir, alejados del combate urbano directo y siempre acompañados por la infantería, se siguieron produciendo episodios de mala praxis de forma más o menos recurrente. Un ejemplo de ello lo encontramos en un combate sostenido en el pueblo castellonense de Villavieja por parte de la 5ª Compañía de la Bandera de Carros de Combate de la Legión, adscrita a la 55 DI (CE Galicia). El alto mando había ordenado un asalto sobre la población, el cual encabezaban los tanques seguidos por la infantería. Sin embargo, esta quedó enfrascada en un combate a la entrada de la localidad, al tiempo que los carros continuaron su avance sin advertir que no tenían el apoyo de más fuerzas. Durante las horas siguientes, los blindados hubieron de hacer frente a varios contraataques republicanos y, finalmente, se retiraron sin haber recibido

1937. Igualmente, respecto a los blindados, se generalizaron constantes instrucciones acerca de cómo hacerles frentes del modo más efectivo, como por ejemplo mediante botellas incendiarias, con la finalidad de dotar a los soldados de mecanismos para que se sintieran seguros frente a un ataque enemigo. Véase AGMAV, C. 2538, L. 321, 29. CGG, EM, “Instrucciones para tiro contra carros de combate dictadas por este Cuartel Gral. Se acompaña un diseño de un carro en las partes más vulnerables”, noviembre de 1936. De hecho, en este documento se subrayaba el efecto desmoralizador que los cócteles molotov tenían en los tripulantes de los tanques, lo que dibuja una idea interesante: la lucha con estos nuevos medios de guerra era un constante juego de equilibrios entre el poderío que conferían y el miedo que provocaban, al enemigo pero también a sus propios operadores debido al desconocimiento acerca de sus fortalezas y debilidades, es decir, de cómo debían manejarse eficientemente. Algo que también sucedía con los gases, sobre los cuales se trataba de convencer a los combatientes de que no eran tan peligrosos como se había hecho creer: «Lo único que hay que combatir es el terror de la ignorancia, el miedo a lo desconocido y a lo que, durante tantos años, se ha estado pintando como algo terriblemente apocalíptico sin fundamento alguno». En este caso, a diferencia del caso de los blindados, la afirmación parecía tener más de propaganda y voluntad de tranquilizar al soldado que de realidad, sobre todo si consideramos los terribles efectos que las armas químicas tuvieron en los combatientes de la Gran Guerra. Véase AGMAV, C. 1662, 32. 12 DI, Defensa Química, “Folleto de información sobre agresivos químicos”, marzo de 1938.

⁴⁴⁴ José CARRASCO CANALES: *Memorias de un artillero*, Madrid, G. del Toro Editor, 1973, p. 90.

orden en tal sentido dejando dos tripulantes muertos y dos carros destruidos. Este episodio, que pudiera parecer uno más dentro de los múltiples casos que se dan en una guerra como la española, parecía ser el reflejo de una práctica habitual en el seno de las fuerzas sublevadas, si nos atenemos a lo que el jefe de la unidad blindada manifestaba en su informe: «Si el enemigo se da cuenta del mal empleo que de los Carros [sic] se hace con tanta frecuencia y de que les hace avanzar sin el inmediato apoyo de la Infantería, puede colocar en la línea de retirada de los Carros [sic] antitanques y destruimos una cantidad respetable de material».⁴⁴⁵ Algo que corroboraba otro incidente similar ocurrido en enero de 1939, en el que pese a las reiteradas peticiones por parte de los mandos sobre el terreno, el oficial responsable de la 4ª Compañía de Carros (4º Batallón de Valladolid, 5ª División de Navarra) se negó a retirar los blindados aun estando operando de noche. Esto provocó la avería de uno de los aparatos, que se perdió al no poder ser trasladado a retaguardia debido a un contraataque republicano que obligó a los rebeldes a replegarse.⁴⁴⁶

No obstante, el combate sostenido por los blindados en Villavieja evidenciaba otro problema de no poca gravedad, tanto por su centralidad en las operaciones en el frente como por su todavía mayor importancia como elemento nuclear de la guerra moderna. Cuando los blindados penetraron en la localidad castellonense, nadie les advirtió de que la infantería se había quedado atrás, y eventualmente se había replegado. Del mismo modo, el informe que relataba la acción apuntaba que durante el lapso de tiempo en que los tanques estuvieron combatiendo en el interior de la población el jefe de la bandera de carros no supo que había varios aparatos dañados y que se estaban produciendo bajas, razón por la cual no decidió dar la orden de retirada. En una guerra como la que se fue dibujando a partir de julio de 1936 en España, la coordinación entre unidades y, fundamentalmente, entre armas resultaba decisiva si se quería maximizar la explotación de los recursos disponibles, acelerando la victoria y reduciendo en la medida de lo posible las bajas. Pero el hecho de que esa cooperación interarmas apenas contase con un recorrido experiencial previo, sumado a la pobre instrucción de los cuadros intermedios del ejército, lastraron decisivamente la capacidad de combate del ejército sublevado. En primer término, constituyó un factor más a la hora de tomar la decisión de no seguir la senda de la

⁴⁴⁵ AGMAV, C. 1341, 60. CE Galicia, “Información sobre la actuación de la 5ª Compañía de Carros en el combate de Villavieja”, julio de 1938.

⁴⁴⁶ AGMAV, C. 2533, 44. Jefatura de Movilización, Instrucción y Recuperación, Armamento y material, “Carros de combate. Pérdidas”, enero de 1939. De igual modo, además de prohibir su uso en entornos urbanos, el CGG intentó por todos los medios cambiar la concepción que se tenía del blindado como arma defensiva, recomendando su empleo exclusivamente en operaciones ofensivas. Véase AGMAV, C. 1568, 50. 13 DI, Operaciones, “Instrucciones dictadas por el C. Gral. del Genlmo. sobre Carros de Combate”, enero de 1937. En todo caso, los mismos problemas de los que adolecía el ejército sublevado se reproducían para otros contingentes. En el caso del Ejército Popular de la República, un informe de diciembre de 1937 incidía sobre las mismas cuestiones que hemos ido viendo aquí: que el tanque era un arma ofensiva que debía operar siempre acompañado de la infantería, que no podían emplearse en entornos urbanos y que había que aprovechar el miedo que generaban en la infantería enemiga. Lo cual permite ver las importantes similitudes entre cómo libraron la guerra ambos bandos. Véase AGMAV, C. 1825, 6. 81 DI, Información del enemigo, “Instrucciones dictadas por el Ministerio de Defensa rojo, para el empleo de los carros blindados [sic]”, noviembre y diciembre de 1937. De igual modo, incluso contingentes mucho más preparados para la guerra moderna, como la Wehrmacht, imitaron estas malas prácticas. Véase Adrian A. WETTSEIN: “Urban Warfare Doctrine on the Eastern Front”, en Alex J. KAY, Jeff RUTHERFORD y David STAHEL (eds.), *Nazi Policy on the Eastern Front, 1941. Total War, Genocide and Radicalization*, Rochester, University of Rochester Press, 2012, pp. 45-72.

motorización. Una de las claves de esta forma de combatir era el control, en abstracto, de la zona de operaciones. Es decir, saber en todo momento dónde se situaban el resto de unidades implicadas en las acciones para así poder operar con la seguridad de disponer de apoyo en los momentos en que fuese necesario, algo en lo que la comunicación resultaba esencial. Lo cual, ciertamente, no era uno de los puntos fuertes del contingente rebelde. En unas instrucciones de operaciones del Ejército del Sur distribuidas en marzo de 1938 se calificaba como inadmisibles el hecho de que, 24 horas después de la finalización de las operaciones, el cuartel general todavía no dispusiese de datos relativos a las bajas sufridas y al material perdido, lo cual hace pensar que la transmisión de información a través de la cadena de mando no era todo lo fluida que debiera.⁴⁴⁷ Una cuestión, la del reforzamiento de los canales de comunicación, que fue subrayada en las sucesivas directivas emitidas por el CGG a lo largo del conflicto.

Por otro lado, este problema, muy probablemente, influyó en un comportamiento habitual de las unidades sublevadas sobre el terreno, como fue su conservadurismo a la hora de explotar las situaciones favorables. Aquí entrarían en combinación diversos factores, constituyendo así una suerte de microcosmos que permite entender el modo que los rebeldes tenían de hacer la guerra durante la Guerra Civil. De una parte, el ya mencionado modelo de masculinidad definía un marco particular de actuación contra el que pocos oficiales querían compararse sin tener la garantía de salir airoso. De otra, la falta de instrucción y medios, salvado esto último en parte mediante el acaparamiento de material, generaba una inseguridad en los mandos que se traducían en buscar siempre la seguridad de avances no demasiado profundos pero en los que se tenía el máximo control posible de la situación. En este sentido, penetrar varios kilómetros en la retaguardia enemiga resultaba menos habitual de lo que pudiera esperarse por el terror generalizado a las operaciones de flanco. Sea como fuere, en último término, las dificultades de coordinación entre las unidades que tomaban parte en la misma operación terminaba por situar el enfoque conservador como el más pragmático posible, para evitar que cualquier arranque de iniciativa acabase en desastre y, por ende, en el procesamiento de su responsable directo. Sin embargo, esta actitud exasperaba al CGG, cuyos integrantes sí sabían del potencial que encerraban los ataques por los flancos y el operar en profundidad tras las líneas enemigas. De hecho, este desequilibrio entre el conocimiento a distintos niveles de la cadena de mando rebelde, cuyos orígenes apuntaba antes, se había manifestado ya en diversos momentos de la guerra. Por ejemplo, durante los combates por Madrid en el invierno de 1936, el CGG diseñó diversas operaciones que pretendían evitar un combate frontal por la capital, buscando aproximaciones por los flancos del dispositivo de defensa republicano.⁴⁴⁸ Este tipo de movimientos que huían de mero asalto unidireccional estuvieron en buena medida presentes en las grandes operaciones diseñadas por el alto mando

⁴⁴⁷ AGMAV, C. 2580, 97. CGG, EM, Ejército del Sur, “Instrucciones sobre órdenes de operaciones”, marzo de 1938. Sin ir más lejos, en una fecha tan tardía como diciembre de 1938 todavía se seguían emitiendo instrucciones acerca de cómo debían funcionar los canales de información a través del escalafón y qué tipo de información resultaba importante incluir en los partes de guerra. Véase AGMAV, C. 1892, 14. 152 DI, “Instrucciones del CE Castilla sobre relaciones entre mando del CE y de las divisiones que lo componen”, diciembre de 1938.

⁴⁴⁸ AGMAV, C. 2584, 15. CGG, EM, “Decisión e instrucciones para la toma de Madrid”, noviembre de 1936

sublevado, si bien no fueron puestos en práctica por los mandos intermedios en su escala correspondiente, lo que evidencia ese salto cualitativo al que hacía referencia. Sin ir más lejos, a la altura de marzo de 1938 el Ejército del Sur recordaba a sus unidades, que debía evitarse el desplegar las reservas en zonas donde hubiese formaciones detenidas por haberse topado con fuerte resistencia enemiga, y que por el contrario habían de emplearse en direcciones por las cuales se pudiese realizar una mayor penetración. El hecho de que fuese necesario explicitar que la acumulación de efectivos en ataques frontales resultaba mucho más inefectiva que fijar la posición a tomar y flanquearla denotaba el grado de conocimientos tácticos de los oficiales al mando de las unidades sobre el terreno.⁴⁴⁹

Otro elemento que refrenda esta idea del conservadurismo de los oficiales rebeldes sobre el terreno es la falta de explotación de las victorias obtenidas en diversos combates contra el enemigo. Ante la huida en desbandada de las fuerzas republicanas, que abría una situación propiciatoria para una mayor conquista de territorio y para poder seguir presionando a unas unidades en retirada, los oficiales rebeldes tendían simplemente a ocupar los objetivos marcados en el plan de operaciones, lo que daba tiempo al enemigo a reorganizarse. Es decir, que le permitía seguir resistiendo durante más tiempo, alargando la guerra y aumentando el número de bajas necesarias para tomar unas posiciones que podrían haberse conquistado de haber mantenido la presión. Esto mismo concluía el por entonces alférez provisional José Luis Martín Vigil, tras ocupar unas posiciones republicanas y ser obligado, contra su criterio, a detenerse: «La progresión es rápida y la moral, muy alta. El fallo estriba, a mi juicio, en detenernos. Es la orden, es cierto; pero yo veo muy claro que al enemigo que huye no hay que darle cuartel, sino irle encima, atosigarle, no permitir que se rehaga».⁴⁵⁰ El hecho de que el combate tuviese lugar a comienzos de 1939 refuerza aún más la conexión entre el conservadurismo sobre el campo de batalla y el miedo de los oficiales a poder sufrir un revés, pues a estas alturas de la guerra el EPR apenas sí podía sostenerse en pie. Igualmente, una orden de febrero de 1938 emitida por el CGG incidía directamente sobre esta misma cuestión que aparecía en las memorias de Martín Vigil. El escrito subrayaba «la necesidad de no perder contacto con el enemigo persiguiéndole una vez batido en combate sin dejarse impresionar por las bajas propias, pensando solo en las que se producen al enemigo y teniendo fe ciega en el éxito de la acción». El fragmento citado resulta verdaderamente revelador, pues hace hincapié en dos elementos fundamentales de lo que hemos ido viendo hasta ahora. No dejarse impresionar por las bajas propias remitía precisamente a ese conservadurismo a ultranza de los mandos intermedios, que ante una situación en la que habían perdido a muchos hombres preferían limitarse a alcanzar los objetivos fijados en vez de intentar obtener una ganancia mayor, haciendo así gala de una inseguridad espoleada por la pérdida de efectivos, es decir, de capacidad de combate. La cual, dicho sea de paso, se alejaba del modelo de masculinidad combatiente, pues la no impresión ante las bajas remitía a esas ideas de “serenidad” que veíamos en el capítulo anterior. De igual modo, la fe ciega en el éxito de acción dependía de un conocimiento profundo y preciso de las tácticas militares, algo que no era generalizado entre los combatientes sublevados debido a la falta de instrucción.

⁴⁴⁹ AGMAV, C. 2580, 97. CGG, EM, Ejército del Sur, “Instrucciones sobre órdenes de operaciones”, marzo de 1938

⁴⁵⁰ José Luis MARTÍN VIGIL: op. cit., p. 243.

Así pues, los oficiales sacrificaban toda su autonomía en el campo de batalla, clave para poder maximizar los éxitos logrados, a cambio de no poner en peligro su –limitado, aunque estrictamente ajustado a lo que se les había pedido– triunfo. De hecho, a tenor de lo que apuntaba el documento, esto habría impedido obtener una victoria aún mayor en Teruel, «pues [aunque] el enemigo fue vencido y arrollado [...] no se cobró la victoria porque los que estaban en contacto con él no conservaron la fe en sí mismos y siendo vencedores se consideraron incapaces de coronar la acción que tenían ganada».⁴⁵¹

Sea como fuere, la distribución de fuerzas y el aprovechamiento del terreno eran problemas en sí mismos, aun en situaciones de estabilidad. Las numerosas directivas, instrucciones y órdenes emitidas por el CGG resaltaban constantemente la amplia casuística de deficiencias observadas en el modo en que las unidades se desplegaban sobre el terreno, una cuestión íntimamente relacionada con los elevados los índices de bajas por su incompatibilidad con los mecanismos básicos de la guerra moderna. Tan pronto como en enero de 1937, los altos mandos rebeldes eran plenamente conscientes de los problemas que aquejaban a su ejército en este sentido, habida cuenta de su mayor preparación y conocimiento de la guerra moderna e, igualmente, de los seis meses que se llevaba combatiendo y que les habían permitido extraer las primeras conclusiones a partir de las operaciones de 1936. Unas instrucciones del mencionado mes relativas al establecimiento de posiciones defensivas subrayaban «La necesidad de que varíe el concepto que muchos Jefes y Oficiales tienen sobre las posiciones militares», las cuales eran construidas en forma de «trincheras continuas o de ramales estilo siglo pasado, en lugar de hacer nidos para ametralladoras, fusiles ametralladores y parejas de tiradores fuera del ramal general». El principal motivo que justificaba este cambio era la irrupción de la aviación, los tanques y la artillería, es decir, de la transición hacia la guerra moderna, concepto explicitado literalmente en las instrucciones. Así, las trincheras lineales ofrecían muy poca protección a los combatientes ante estos nuevos medios de guerra, por diversas razones. Por un lado, su continuidad ejercía como un canalizador perfecto de las explosiones provocadas por la artillería, magnificando sus efectos y, por tanto, maximizando las bajas que podían causar. Por otra parte, su construcción lineal las hacía fácilmente batibles por la aviación y los blindados, los cuales podían alcanzar a todos sus defensores desde una misma posición estática. No por nada, esto entroncaba con instrucciones muy tempranas, de octubre de 1938, sobre cómo se debía combatir contra los tanques, así como con una recomendación en el mismo escrito de enero de 1937 en la que se intentaba desterrar de

⁴⁵¹ AGMAV, C. 1891, 6. 152 DI, Operaciones, “Orden del C. Gral. del Generalísimo, sobre la necesidad del empleo de la explotación del éxito en los combates”, febrero de 1938. Esa falta de autonomía se reproducía en otros aspectos del funcionamiento de las unidades, como en la redacción de los partes de operaciones, lo cual conecta con lo que apuntaba antes acerca de los problemas existentes en la transmisión de la información a través del escalafón. En este sentido, el CGG criticaba la costumbre de los oficiales de incluir en los partes de operaciones todos los apartados y secciones especificados en el manual, cuando muchas veces no era necesario hacerlo. Esto demostraba la incapacidad de muchos mandos de tomar decisiones propias, bien por miedo a cometer un error y ser sancionados por ello, o bien por el simple hecho de que su conocimiento era tan precario que no podían sino remitirse a lo que se les habían enseñado. Véase AGMAV, C. 2567, 33. CGG, EM, “Directivas para Mandos y Estados Mayores”, sin fecha.

la mente del soldado la infalibilidad de la aviación: «es ineficaz contra las tropas desplegadas el que hacen los aviones con sus ametralladoras».⁴⁵²

En esta misma línea, un informe circulado por el CGG en febrero de 1937 hacía más explícita aún si cabe la relación entre una concepción muy anticuada del establecimiento de las posiciones y la mortalidad de los combatientes en los frentes. Directamente afirmaba que «El número de bajas [...] [es consecuencia de] los sistemas de fortificación empleados por los ejecutores, [ya que] son anticuados y carecen de las características que una organización del terreno debe reunir en la guerra moderna», lo que a tenor de la insistencia con la que era apuntado en las sucesivas instrucciones destinadas a las unidades parecía representar un problema de considerable magnitud. De hecho, en ese momento la movilización masiva estaba comenzando a afianzarse, con lo que no convenía perder más hombres de los necesarios por cuestiones fácilmente solucionables como esta, sobre todo considerando que la experiencia que pudieran haber ganado en meses de combates era un activo muy valioso e insustituible mediante el deficiente sistema de adiestramiento de los nuevos reclutas. De igual modo, la deficiente construcción de posiciones no solo tenía que ver con los índices de bajas sufridos, sino que también tenía una influencia decisiva en la moral de la tropa. Ya hemos visto cómo los blindados y la aviación generaban un miedo atroz entre los combatientes, algo que se intentaba combatir por todos los medios desde el CGG, aunque sin un éxito demasiado notable. Por ende, que las propias posiciones fuesen capaces de contener los efectos tangibles de los medios de guerra modernos contribuía a reforzar la confianza del soldado, el cual no se veía tan expuesto como en las anticuadas trincheras lineales. Lo cual, de hecho, conecta con la compleja y polifacética naturaleza de la moral combatiente, afectada por múltiples factores mucho más sutiles que el mero enfrentamiento armado. Así, la instrucción subrayaba, de forma reveladora, que «Es de gran fuerza moral para el soldado que se ve asegurado con los ataques de los carros que producen gran efecto moral».

En todo caso, el escrito relacionaba las bajas con otra cuestión clave derivada de la naturaleza de los conflictos librados por el ejército español en las décadas previas a la Guerra Civil. Se apuntaba que «Es indispensable desterrar de la imaginación del Oficial la posición africana establecida en las cumbres, justificada allí en parte por la falta completa en el enemigo de artillería».⁴⁵³ Aquí se evidencia ese proceso de transición a la guerra moderna en toda su dimensión, así como los problemas de adaptación de buena

⁴⁵² AGMAV, C. 1568, 11. 13 DI, Operaciones, Defensiva, “Instrucciones para el establecimiento de posiciones, enmascaramiento y norma a seguir en el ataque a las mismas”, enero de 1937. Las instrucciones de defensa contra carros en AGMAV, C. 1347, 13. CE Maestrazgo, “Instrucción a jefes columna Los Arcos sobre la lucha contra carros de asalto”, octubre de 1936. En todo caso, los problemas en el establecimiento de posiciones se alargaron hasta el final de la guerra si tenemos en cuenta un informe de febrero de 1939, relativo al estado del frente de la 18 DI, en el que se apuntaba que diversas trincheras y puestos seguían reproduciendo el modelo anticuado lineal. Véase AGMAV, C. 1664, 53. 18 DI, Organización defensiva, “Informe emitido por la Jefatura de Ingenieros sobre defensa de las posiciones”, febrero de 1939.

⁴⁵³ AGMAV, C. 1568, 54. 13 DI, Operaciones, Organización defensiva, “Instrucción del C. Gral. del Genrlmo. sobre organización del terreno”, febrero de 1937. Respecto a la seguridad que un buen manejo de las armas y una adecuada comprensión de las ventajas del atrincheramiento tenían sobre la moral del soldado, una directiva de octubre de 1938 insistía en ello, en especial sobre la necesidad de aumentar la instrucción de tiro de fusil y lanzamiento de granadas de los combatientes. Véase AGMAV, C. 1678, 74, p. 1. 21 DI, Operaciones, “Instrucciones de S.E. el Generalísimo para aumentar la eficiencia de las unidades en el combate ofensivo”, octubre de 1938.

parte de una tradición militar que tenía experiencia en guerras con ciertos aspectos modernos pero cuya balanza siempre era favorable a los intereses españoles. La referencia a las campañas del Protectorado contextualiza el esquema bélico rebelde durante los primeros meses de la guerra, desplegando una guerra de columnas que, en este caso sí, se parecía mucho más a lo experimentado en el Rif. Por ello, quizá no cabría hablar tanto, como ha señalado parte de la historiografía centrada en el estudio de las guerras coloniales españolas del primer tercio del siglo XX, de una traslación de los métodos de guerra africanos al escenario peninsular sino, más bien, de la imposibilidad de las unidades que tomaron parte en esta fase inicial de la guerra de desplegar otra forma de combatir.⁴⁵⁴ De hecho, la mención a la falta de artillería del enemigo explica el por qué se producían tantas bajas, ya que los mecanismos tácticos adquiridos durante buena parte de los años de servicio previos a la guerra de 1936-1939 no se podían aplicar a un conflicto en el que enfrente sí había cañones, tanques y aviación.

Sin embargo, la tendencia a ocupar posiciones elevadas no solo se explicaba por una transferencia de culturas tácticas coloniales, sino que también tenía que ver con ese miedo al que he ido haciendo referencia a lo largo de esta primera parte. En unas instrucciones de octubre de 1938 se apuntaba que «A los oficiales hay que quitarles el prejuicio que hoy tienen de dominar a toda costa el terreno, cuando no hace falta dominarlo a su frente, en muchos casos, para constituir una buena línea defensiva».⁴⁵⁵ Aquí, al igual que veíamos al hablar de la falta de autonomía de los mandos de campo, entraban en juego tanto la inseguridad motivada por la falta de experiencia y conocimiento como la incapacidad de concebir el frente de batalla de una forma abstracta. El afán por controlar visualmente todo lo que se movía delante de sus líneas forzaba la ocupación de posiciones elevadas que, por el contrario, debían servir únicamente como observatorios, constituyendo así blancos perfectos para la artillería republicana. No obstante, el miedo y la desconfianza en la organización del frente pesaban más, derivando en un incremento de los soldados heridos y muertos. Esta problemática llevaba incluso a los oficiales a ser incapaces de definir el mejor uso para las distintas posiciones que ofrecía el terreno, tal y como se resaltaba en una directiva sin fechar emitida por el CGG que recalca la necesidad de identificar qué arma haría un mejor aprovechamiento de un determinado puesto en la línea del frente, intentado así maximizar la efectividad de las diversas formaciones que integraban las divisiones.⁴⁵⁶ Es decir, que más que priorizar el mejor funcionamiento de las unidades los oficiales responsables preferían asegurarse una posición desde la cual dominar el campo de batalla, para así compensar la inseguridad que les producía la falta de experiencia y conocimientos. Aunque, de igual modo, bien podría tratarse de la simple incapacidad, por desconocimiento, de saber qué puesto se adecuaba más a qué arma.

⁴⁵⁴ Esta idea de traslación en Sebastian BALFOUR: op. cit. La idea de traslación, de igual modo, tampoco debe reducirse exclusivamente a la dimensión de la violencia implementada por las fuerzas del denominado Ejército de África, sino que tendría una vertiente igual de importante en el modo de combatir y enfocar las operaciones militares. A este respecto, en la tercera parte de esta tesis doctoral se ampliará más esa cuestión de la violencia y las políticas de ocupación.

⁴⁵⁵ AGMAV, C. 1678, 74, pp. 1-2. 21 DI, Operaciones, “Instrucciones de S.E. el Generalísimo para aumentar la eficiencia de las unidades en el combate ofensivo”, octubre de 1938.

⁴⁵⁶ AGMAV, C. 2567, 33, p. 4. CGG, EM, “Directivas para Mandos y Estados Mayores”, sin fecha.

En todo caso, el control de las posiciones elevadas se relacionaba con otra de las cuestiones anteriormente apuntadas, como era el miedo a los flancos. Como veíamos en la directiva sobre explotación del éxito en los combates, los mandos de las unidades tenían a no ir más allá de los objetivos marcados por su miedo a no avanzar en línea con el resto de formaciones involucradas en la operación, lo que a sus ojos, más que una ventaja táctica, constituía un elevado riesgo de ser copados por el enemigo. En la directiva del CGG a la que hacía referencia en el párrafo anterior se incluía un apartado relativo a esta cuestión, que buscaba inculcar en los oficiales una cierta autonomía, más acorde con las necesidades de la guerra moderna. Así, se apuntaba que «en el combate moderno, si una unidad encuentra más facilidades que las otras para avanzar debe hacerlo sin impresionarse por llevar sus flancos a la descubierta, con lo que su avance facilita precisamente el de las otras unidades que operan al lado de ella». Es decir, que «En suma, es preciso que los Mandos se percaten de la necesidad de no avanzar con las unidades alineadas».⁴⁵⁷ Resulta aquí interesante la mención expresa a la “impresión” causada por la descubierta de los flancos, lo cual entroncaría con la idea que he ido comentando. Y es que los flancos y la distribución de fuerzas sobre el terreno fueron un problema recurrente a lo largo de todo el conflicto. La precariedad de medios y efectivos, sumada a la inseguridad y la falta de conocimientos tácticos, condujeron a una creencia simple pero errada: a más fuerzas embebidas en una operación, y a mayor acumulación de estas sobre un objetivo, más fácilmente se conseguiría la victoria y menos riesgos habría de fracaso. El CGG insistió de forma constante a lo largo del conflicto en que se debía aplicar una intensa economía de fuerzas en los frentes, algo que en muchos casos, como veíamos en las diversas revistas de inspección analizadas, distaba mucho de ser posible. Por ejemplo, en unas instrucciones dirigidas al V CE en septiembre de 1937 se recordaba que la ocupación del terreno no había de ser continua, al tiempo que se debía disponer siempre de un tercio o un cuarto de las fuerzas en situación de reserva de cara a cualquier eventualidad. Además, se explicitaba otra cuestión importante, relacionada con la inseguridad de los oficiales: en caso de que las fuerzas adyacentes a una unidad estuviesen sufriendo un ataque, se debía cooperar para ayudarlas autónomamente, sin esperar a recibir órdenes de los mandos superiores, lo que daba cuenta del grado de inmovilismo con que se afrontaban las operaciones.⁴⁵⁸ Como siempre, las consecuencias de todas estas deficiencias no eran sino «centenares de bajas y grandes sacrificios», en este caso debido a la inexistencia de un escalonamiento defensivo en profundidad para contener infiltraciones del enemigo. Algo que, dicho sea de paso, generaba comportamientos que ya veíamos anteriormente referentes a un mal despliegue y aprovechamiento del terreno: «Es preciso que no ocurra lo que suele suceder; esto es, que se pierde la posición, y, sin organización previa, se agarran nuestras fuerzas a puntos de la ladera o contrapendiente, donde acaban fortificándose y formando una línea», en clara desventaja respecto a las posiciones enemigas.⁴⁵⁹

⁴⁵⁷ AGMAV, C. 2567, 33, p. 9. CGG, EM, “Directivas para Mandos y Estados Mayores”, sin fecha.

⁴⁵⁸ AGMAV, C. 1728, 6. 52 DI, Operaciones, “Instrucciones del 5º C.E. sobre organización de sectores”, septiembre de 1937. Una directiva similar, de noviembre de 1937, en AGMAV, C. 2580, 75. Ejército del Sur, “Empleo y dependencia de las unidades de reserva”, noviembre de 1937.

⁴⁵⁹ AGMAV, C. 1341, 28. CE Galicia, “Sobre defensa de posiciones para evitar filtraciones nocturnas”, junio de 1938.

En definitiva, el modo que los rebeldes tenían de combatir mostraba los múltiples síntomas de las diversas enfermedades que aquejaban a su ejército, las cuales impidieron una convergencia más rápida y efectiva hacia la guerra moderna. La evolución de todo este proceso, que se extendió a lo largo de los tres años que duró el conflicto, puede rastrearse a nivel cronológico a través de una serie de informes generales, publicados por el CGG en momentos puntuales de la contienda, que buscaban sintetizar los problemas detectados en la actuación de las unidades y plantear las correcciones que debían hacerse para mejorar el funcionamiento de la mismas. Unos informes que, dada la repetición de deficiencias y soluciones similares en cada uno de ellos, refrendan esa idea de que el contingente rebelde, por su incapacidad de manejar una estructura tan inmensa como la que creó, nunca pudo solventar los fallos que perfectamente tenía identificados desde los compases iniciales de la guerra. El primero de dichos escritos se publicó en julio de 1937, con la intención de aprender de «La experiencia de la guerra hasta hoy, [la cual] nos muestra grandes defectos tácticos en el empleo de las tropas, en que incurren la mayoría de los mandos y que es necesario suprimir». En esencia, hacía referencia al establecimiento de los dispositivos defensivos, subrayando la importancia de las reservas y de su buen uso (con una proporción adecuada respecto al total de las fuerzas disponibles, empleándolas en los puestos que fuese necesario y no simplemente enviándolas a cubrir todo el frente, y retirándolas de primera línea una vez utilizadas) y reiterando un concepto básico que ya hemos visto anteriormente: que un mayor número de efectivos embebidos en primera línea no significaba que la posición fuese más fuerte, ya que la fuerza venía dada «por su estructura de elementos diseminados y en profundidad». Igualmente, esta idea de la diseminación se relacionaba también con otra cuestión clave, que denotaba la función adaptativa que subyacía a estos informes genéricos. Se apuntaba que «las características de las armas y la potencia de los fuegos de la Artillería» imponían una transformación del modo en que se estructuraba el terreno y se construían las posiciones en la dirección de la diseminación horizontal y en profundidad, pudiendo así paliar el efecto de las explosiones y minimizar el efecto de los ataques con aviación y blindados.⁴⁶⁰ De hecho, la dispersión no solo era aplicable a la estructura de la línea del frente, sino que también al orden que adaptaban las unidades a la hora de avanzar por el campo de batalla, bajo una premisa muy clara: el apelonamiento de los efectivos daba como un resultado un incremento de los índices de bajas.⁴⁶¹ A tenor de la insistencia con la que esta idea se repetía en las instrucciones dadas por el CGG, el problema persistió a lo largo de todo el conflicto, recayendo como siempre sobre los soldados rasos y demostrando, una vez más, las dificultades de interiorización de las formas de operar propias de la guerra moderna, en este caso en relación con la aviación y la artillería.⁴⁶²

⁴⁶⁰ AGMAV, C. 1569, 5. 13 DI, Organización defensiva, “Instrucciones del C. Gral. del Genlmo. sobre distribución de fuerzas y aprovechamiento del terreno”, julio de 1937.

⁴⁶¹ AGMAV, C. 2580, 97. CGG, EM, Ejército del Sur, “Instrucciones sobre órdenes de operaciones”, marzo de 1938.

⁴⁶² Véanse AGMAV, C. 1677, 5. 21 DI, “Defensa antiaérea de las tropas”, julio de 1937; AGMAV, C. 1774, 2, p. 4. 63 DI, Operaciones, “Órdenes de la división sobre medidas de defensa en posiciones contra Carros de Combate, puestos de escuchas, prescripciones para evitar accidentes por exposición de granadas de mano, etc.”, enero de 1938, debido a que «la aviación enemiga, si fuera audaz, [podría] causarnos enorme

Unos meses más tarde, en noviembre de 1937, se elaboraba un segundo informe general relativo a las enseñanzas sacadas de «la larga campaña», que para aquel momento contaba con la experiencia de las diversas batallas en torno a Madrid, de fallida la ofensiva republicana sobre Zaragoza y de la victoriosa, para las armas rebeldes, campaña del Norte, amén de otros enfrentamientos de menor entidad. En este caso, no se refería tanto a cuestiones tácticas derivadas del transcurso de las operaciones sino, más bien, a la propia transformación del conflicto desde julio de 1936 y a cómo debían las fuerzas sublevadas adaptarse a esta nueva realidad bélica. Según apuntaba el documento, los dieciséis meses de combates habían «creado en Mandos y en las tropas ideas y procedimientos de guerra, que si eran adecuados a la situación, pudieran ser y serían altamente perjudiciales de persistir en su empleo al variar el carácter de la guerra», los cuales por tanto se buscaban corregir. Así, la nueva realidad de la contienda vendría marcada por su naturaleza «móvil y ofensiva», la profesionalización del enemigo merced a la aparición de las Brigadas Internacionales, y el nuevo rol adoptado por los medios de combate modernos, como carros —«arma nueva para nuestras tropas»— y aviación. Desde luego, estas cuestiones estaban ya presentes desde el inicio del conflicto, y sobre todo a partir de la batalla por Madrid, pero noviembre de 1937 constituyó una fecha importante, de inflexión incluso, en las filas rebeldes. La terminación de la campaña del Norte comportó la conversión de las BBNN en divisiones formales, desapareciendo así las últimas unidades que todavía tenían un marcado componente miliciano. En este sentido, el escrito no hacía sino reflejar el compromiso del ejército sublevado por transitar hacia la actualización de su estructura y procedimientos operativos, es decir, hacia la guerra moderna, como demostraba el hecho de subrayar la necesidad de desterrar las “ideas que ya no se adecuaban a la situación actual”. Por ello, insistía en que se debía prestar atención al enlace entre unidades, la adopción de una actitud activa en la defensa de la línea del frente, el escalonamiento en profundidad, la explotación de los flancos contra núcleos de resistencia enemigos en vez de embeber más y más efectivos, y en recordar la ineficacia de la acción de los blindados sin ir acompañados de infantería.⁴⁶³ Todos aspectos clave del nuevo modo de hacer la guerra y desarrollados en sucesivas directivas a lo largo de conflicto. De hecho, la interpretación sobre la transformación del conflicto discurría, en buena medida, por un camino similar al de un informe elaborado en marzo de 1938 por el comandante de la 21 DI, Eduardo Cañizares, relativo a las distintas fases que, a su juicio, se podían identificar en la contienda. Al igual que en el documento de noviembre de 1937, el informe de Cañizares situaba la implantación de la tecnología bélica y la construcción de los ejércitos de masas como elementos definitorios de los estadios por los que iba pasando el conflicto, evidenciando así que la Guerra Civil Española no fue sino un gran proceso de aprendizaje constante, a medida que se comprendían los arcanos de la guerra moderna.⁴⁶⁴

número de bajas»; y AGMAV, C. 1678, 74, p. 1. 21 DI, Operaciones, “Instrucciones de S.E. el Generalísimo para aumentar la eficiencia de las unidades en el combate ofensivo”, octubre de 1938, «para evitar el excesivo número de bajas que en muchos casos se producen».

⁴⁶³ AGMAV, C. 1335, 14. CE Galicia, Organización, “Directiva para la Instrucción de las tropas”, noviembre de 1937.

⁴⁶⁴ AGMAV, C. 1675, 9. 21 DI, Circulares, “Evoluciones de la Guerra de España, vistas desde el Ejército del Sur”, marzo de 1938.

Sin embargo, la victoria en el Norte no solo sirvió para constatar la evolución de la naturaleza del conflicto, sino que aportó también toda una serie de informaciones a nivel táctico y estratégico que resultaron cruciales para continuar profundizando ese proceso de modernización del esquema bélico rebelde. Unas instrucciones emitidas por el CGG en diciembre de 1937 y destinadas a «recoger las enseñanzas de la campaña» y perfeccionar «nuestras actuaciones y [corregir] los humanos errores que han podido apreciarse», sintetizaban exhaustivamente las deficiencias observadas en las operaciones de los meses anteriores, constituyendo un fresco rico y muy preciso de lo que era en ese momento, y fue a lo largo de la guerra, el ejército sublevado. Se detallaban hasta 23 cuestiones diferentes en las que se debían modificar las conductas y formas de operar observadas, la mayoría de las cuales tenía que ver con el impacto de la guerra moderna y con la falta de preparación del contingente sublevado para ella. En primer término, la mala distribución de los efectivos en el campo de batalla figuraba como uno de los principales problemas. Las diversas deficiencias que, sobre esta cuestión, hemos ido viendo en informes anteriores aparecían todas mencionadas aquí, al tiempo que se añadían otras nuevas, evidenciando que su solución distaba mucho de estar próxima. Así, la poca fluidez de las maniobras y la falta de reservas frescas con las que continuar los ataques, debido a que todas las unidades estaban embebidas en primera línea, «impidió convertir en franca derrota lo que de otro modo fue un simple revés del enemigo». Es decir, que imposibilitó explotar al máximo las situaciones de ventaja, algo que por otra parte resultaba difícil de implementar a tenor de la desactualización táctica de los mandos y de su miedo a salirse del plan de operaciones y operar autónomamente, tal y como explicitaba el informe: «Existe en nuestro Ejército un concepto afrancesado y rígido de la maniobra de avance», ya que dicho plan de operaciones «se interpreta tan rígidamente que se pierde, por un exagerado concepto de la alineación y un miedo injustificado de los flancos, los frutos de la victoria». Sin ir más lejos, se apuntaba que «Las fases [...] son solo una norma y cuando se vence al enemigo [...] debe continuar la progresión de las tropas que encuentren facilidad para ella, pues el desbordamiento de los flancos del adversario provocará el avance inmediato de toda la línea».

Además, se tendía a emplear más fuerzas de las necesarias para los ataques, de nuevo en la creencia que la simple acumulación de efectivos sobre un mismo punto incrementaba las posibilidades de victoria, lo cual desterraba por completo cualquier atisbo de táctica del procedimiento de muchos mandos intermedios. De hecho, esta acumulación recaía casi siempre sobre las mejores unidades, «empleándolas hasta agotarlas». Las consecuencias de esto resultaban evidentes a la par que graves: por una parte, impedía que los individuos menos experimentados –la gran mayoría– fuesen mejorando sus aptitudes mediante el combate, dada la debilidad de los programas de instrucción, con lo que nunca conseguían sobreponerse a los problemas que arrastraban desde su movilización. Y, por otra, desgastaba a las unidades que sí sabían combatir, erosionando la capacidad de combate del ejército y yendo en dirección contraria a otras iniciativas, como la de mezclar tropas recién reclutadas y veteranas en las unidades para cohesionarlas, que lo que buscaban era equilibrar la fuerza de las diferentes formaciones. En cierto modo, quizá esto explicaría los elevados porcentajes de participación en las batallas clave de la guerra de ciertas divisiones, como veíamos en la introducción. Así pues, en definitiva, lo que se

pretendía señalar era la necesidad de aprovechar los espacios y escenarios que ofrecía el frente de una forma racional y con arreglo a una serie de principios tácticos concretos, por ejemplo como mediante el establecimiento de un sistema de descanso y rotación de las unidades, el uso de vaguadas o el incremento de los ataques nocturnos, al tiempo que desterrar la idea de que el empleo de los flancos era «peligroso».⁴⁶⁵

En segundo término, se hacía de nuevo hincapié en la cuestión del posicionamiento sobre el terreno. Se criticaba el «afán de ver que tienen los mandos subalternos», mal hábito que en no pocas ocasiones terminaba por generar una ocupación del terreno deficiente y que colocaba a las unidades en desventaja respecto al enemigo republicano, lo cual creaba en ellas un «gran desgaste y fatiga». Por ende, el establecimiento de las posiciones había de ser «resultado de la acción táctica y de la intervención que el mando ha de tener en el combate», y no definirse simplemente «por la opinión personal de cada Jefe de Unidad». Que a finales del año 1937 y tras campañas tan importantes como la librada en el Norte hubiese que situar la táctica y no el capricho individual de cada oficial como la guía para operar sobre el terreno demuestra los graves problemas de los que adolecía el ejército rebelde. Ese “afán de ver”, que dejaba entrever un miedo a lo que sucedía delante de la línea del frente propia, tenía un mayor que cualquier otra consideración más puramente militar, dando lugar a situaciones en las que los soldados de a pie sufrían enormes bajas para mantener posiciones que, unos cientos de metros más atrás, podían haber sido perfectamente defendibles sin pagar un peaje tan elevado. Quizá por ello una de las cuestiones que mencionaba este informe eran las deficiencias observadas en la ocupación de obstáculos naturales, como barrancos, que debían de suponer una auténtica pesadilla para aquellos individuos cuyo propósito, más que alcanzar sus objetivos del modo más eficiente posible, era evitar un desastre mayúsculo en el transcurso de las operaciones.⁴⁶⁶

Igualmente, el mal empleo de los medios de guerra era un elemento relevante del informe, fundamentalmente por el abuso que se hacía de ellos. En buena medida, los mandos de las unidades esperaban que artillería y aviación barriesen las líneas enemigas antes de asaltarlas, de tal modo que solo tuvieran que ocupar, sin apenas combatir, unas

⁴⁶⁵ AGMAV, C. 1631, 8, pp. 1-2. Ejército del Centro, Instrucciones, “Del Ctel. Gral. del Generalísimo, para las próximas operaciones”, diciembre de 1937. En la misma línea, se criticaba la falta de recurso al Servicio de Información de las unidades, el cual podía proveer la información de inteligencia necesaria para elaborar planes de acción precisos y eficientes. Su infrutilización redundaba en una sobrevaloración del poder del enemigo, lo cual hacía que se empleasen más fuerzas de las necesarias y no se constituyesen reservas, con las consecuencias que veíamos. De hecho, los problemas de comunicación y falta de transmisiones eran tales –y respondía tanto a la carencia de medios como, al igual que veíamos anteriormente, a la inhabilidad para manejar los canales de información dentro del escalafón– que se daba «con frecuencia el caso de desconocer el Mando las vicisitudes del combate hasta ignorar los puntos alcanzados hasta mucho después de terminado el día». En este marco de actuación, y dada la nula autonomía de los mandos sobre el terreno, resultaba imposible explotar siquiera mínimamente cualquier ataque exitoso, y mucho menos pensar en converger hacia un modelo de guerra motorizada que tenía en dicha autonomía y en las comunicaciones dos de sus elementos esenciales. Todo lo cual, no hacía sino retrasar más la terminación del conflicto e incrementar las bajas en ambos bandos. Véase AGMAV, C. 1631, 8, pp. 3-5 y 8. Ejército del Centro, Instrucciones, “Del Ctel. Gral. del Generalísimo, para las próximas operaciones”, diciembre de 1937.

⁴⁶⁶ AGMAV, C. 1631, 8, pp. 2-7. Ejército del Centro, Instrucciones, “Del Ctel. Gral. del Generalísimo, para las próximas operaciones”, diciembre de 1937.

posiciones vacías o complemente destruidas por los proyectiles y las bombas. Sin embargo, esto redundaba en un desgaste más acelerado de las piezas, algo que se dejaba patente: «se pide por la Infantería a la Artillería fuegos y velocidades en detrimento de la duración del material, contraviniendo las órdenes sobre su empleo y rebasando las posibilidades de aquel a las del municionamiento». Por ende, el problema radicaba nuevamente en el miedo de los oficiales a tener que tomar decisiones en el campo de batalla que pudieran salirse mínimamente del plan establecido, algo justificado si consideramos la inexperiencia generalizada y las posibles consecuencias a las que se enfrentaban. No por nada, ya hemos visto antes que esa tensión y ansiedad desembocaba en ocasiones en agresiones hacia las dotaciones artilleras por no poder cumplir con el ritmo de fuegos que les era exigido desde la infantería. En este sentido, el miedo y la necesidad de compensar de algún modo los puntos flacos de las unidades rebeldes explicarían el uso que se hizo de las masas artilleras. Tras la aplicación de los reglamentos franceses de este arma a mediados de los años 20, habiendo aprendido valiosas lecciones de las campañas en el Protectorado y de la acción conjunta hispano-gala en el Rif con el desembarco de Alhucemas (1925), se desarrolló un debate en el seno del ejército español acerca de cómo debía estructurarse el mando de las piezas, si de forma unificada o en cierta manera fraccionado, para así dotar de mayor autonomía a formaciones pequeñas. No obstante, a la vista del panorama que ofrecía el *warfare* rebelde durante el conflicto de 1936-1939 la segunda opción parecía más una utopía que otra cosa, razón por la cual se insistió en criticar el fraccionamiento de las piezas, si bien es cierto que desde la reforma de finales de 1937 cada división recibió dos brigadas ligeras de artillería. De este modo, operando de forma conjunta se maximizaba su potencial destructivo, habida cuenta de la superioridad respecto a los republicanos, aunque la ineficacia de su empleo debido al deficiente posicionamiento, el desconocimiento de los oficiales y la mala coordinación continuaron representando la tónica general.⁴⁶⁷

Sea como fuere, el desarrollo de la campaña del Norte permitió sintetizar toda esta serie de enseñanzas que era necesario aplicar para mejorar el funcionamiento del ejército, las cuales se pusieron en marcha sin demasiado éxito a lo largo del año y medio restante de guerra. Sumado a las directivas ya referidas en páginas anteriores, el último de los informes generales hallados en la documentación evidenciaba el fracaso de la actualización operativa de las unidades sublevadas. Con fecha de junio de 1938, el documento

⁴⁶⁷ AGMAV, C. 1631, 8, pp. 2-5 y 8. Ejército del Centro, Instrucciones, “Del Ctel. Gral. del Generalísimo, para las próximas operaciones”, diciembre de 1937, pp. 2-5 y 8. En el informe general de julio de 1937 se advertía contra la ubicación de la artillería en primera línea del frente, al alcance de las piezas republicanas. Sin embargo, desde la perspectiva de los mandos esto les confería una protección a lo largo de más profundidad en las líneas enemigas, lo que servía para aliviar en cierto modo el miedo y la inseguridad. De igual modo, se ordenaba concentrar el fuego de las baterías. Véase AGMAV, C. 1569, 5, pp. 9-10. 13 DI, Organización defensiva, “Instrucciones del C. Gral. del Genrlmo. sobre distribución de fuerzas y aprovechamiento del terreno”, julio de 1937. Al mismo tiempo, en otra directiva ya mencionada se recalca la necesidad de que la infantería avanzase siempre bajo cobertura artillera, algo natural en la guerra moderna pero que permitía compensar ciertas carencias de las unidades. Véase AGMAV, C. 2567, 33, p. 9. CGG, EM, “Directivas para Mandos y Estados Mayores”, sin fecha. Sobre el debate acerca de cómo estructurar el mando artillero y las consecuencias en la Guerra Civil, véase José Vicente HERRERO PÉREZ: op. cit., pp. 210-224.

buscaba paliar lo que «Durante toda la campaña se viene revelando en algunas Divisiones», a saber, «una ausencia de doctrina que se refleja en forma grave sobre el éxito de los ataques y contraataques del enemigo y en la vida de nuestros soldados y el sufrimiento de las tropas». Concretamente, dos eran las cuestiones en la que esta ausencia de doctrina tenía una mayor influencia. Por un lado, nuevamente, en el posicionamiento de las unidades en el combate ofensivo. De este modo, se indicaba que las posiciones en las que unidades se desplegaban en batalla y el punto máximo de los avances nunca coincidían con «la línea conveniente, sino que es resultado de la resistencia enemiga, paralizándose la acción ofensiva en los terrenos menos favorables, esto es, en aquellos en que, precisamente por ofrecer a los fuegos enemigos más ventajas y a nuestra Artillería menos, no se pudo vencer la resistencia», lo cual generaba «líneas inverosímiles» y el «empleo de grandes efectivos con pérdida de numerosa tropa». Lo revelador de los fragmentos citados ponía de manifiesto la nula evolución de la táctica de las unidades y mandos sublevados. La detención en líneas fuertemente batidas por el enemigo había sido una constante a lo largo del conflicto, fruto, como se apuntaba aquí, del terror que se tenía a operar por los flancos. Ante una posición en la que el enemigo resistía firmemente, se embebían más y más tropas, en vez de rodearla y aislarla, lo que redundaba en más combatientes muertos y heridos. Una cuestión, la de explicitar por dos ocasiones en la primera página del informe que las consecuencias de todos estos fallos recaían en los soldados rasos, que, dicho sea de paso, permite ver la gravedad de la situación y lo importante que era para el CGG corregir estos comportamientos. Es decir, acabar cuanto antes con la guerra.

Por otra parte, el informe señalaba la culpabilidad de los oficiales debido a un «amor propio incompatible con la técnica de la batalla, [que] hace que los Jefes se empeñen en ocupar posiciones malas y en ellas se estabilicen». De hecho, destacaba una cuestión muy relevante, y que entronca directamente con la interpretación que he intentado construir en esta primera parte de la tesis. Dirigido a los mandos que se hacían cargo de las unidades tras el fracaso de una operación o a los mismos que habían participado en dicho fracaso, se indicaba que las formaciones «no tienen porque [sic] permanecer en situaciones malas». Es decir, que el concepto que se había construido de la retirada y el repliegue era tan sumamente nocivo y tan potencialmente perjudicial para la reputación de estos oficiales que aun cuando se tornaba evidente la precariedad de la posición ocupada por su unidad estos eran muy reacios a retroceder unos cientos o miles de metros para reorganizarse mejor, por miedo a ser tildados de cobardes. Así, la construcción de un ideal combatiente ultramasculino con el perfil que veíamos antes era, sí, un vector de fascistización, pero al mismo tiempo constituía un arma de doble filo que perjudicaba gravemente el curso de las operaciones militares. De hecho, la referencia que se hacía al “amor propio” de los oficiales conectaba perfectamente con este funcionamiento dual del ideal de masculinidad. Por una parte, la aceptación de la derrota implicaba un cuestionamiento de la propia valía, la propia hombría, del individuo. Pero, al mismo tiempo, la permanencia a cualquier coste en posiciones en clara desventaja tenía que ver con la búsqueda de gloria y méritos por parte de los mandos, algo que como ya hemos visto se podía obtener bien mediante grandes victorias, bien, las más de las veces, mediante un sacrificio (casi) hasta la muerte. En todo caso, a costa de la vida de los subordinados. Como espetó el soldado Félix Olea Rodríguez al alférez de su unidad, «por ganar estrellas no reparaban

en matar a los soldados». ⁴⁶⁸ Sin ir más lejos, la misma tradición africanista de la que bebía el ejército sublevado podía ofrecer uno de los ejemplos más claros de cómo la búsqueda de gloria personal llevó al desastre a miles de combatientes en la figura del general Manuel Fernández Silvestre, comandante de las fuerzas españolas durante las jornadas de Annual. ⁴⁶⁹

En definitiva, la Guerra Civil Española supuso un reto de unas considerables dimensiones para los dos bandos implicados, dimensiones que se asemejaban al carácter total de la movilización necesaria para afrontar con unas mínimas garantías el conflicto. Ese reto, por mucho que lo haya analizado aquí para el bando rebelde, discurrió por caminos paralelos en ambos bandos, pues los puntos de partida eran similares y los medios disponibles no marcaron la diferencia de un modo tan decisivo para lo que aquí respecta. Sin ir más lejos, el mismo diagnóstico que ofrecían los informes de inteligencia rebeldes respecto a la calidad de las tropas republicanas eran compartidos, respecto a las sublevadas, por el EPR: «El enemigo cuenta con mala infantería». ⁴⁷⁰ Algo, como se ha visto, producto no tanto de la materia prima sino de cómo esta era trabajada, o más bien de cómo no lo era. Del mismo modo, la extensión del análisis aquí planteado alcanza al conjunto de las unidades sublevadas, dado que las deficiencias y problemas a los que tenían que hacer frente eran los mismos independientemente del frente en el que estuvie-

⁴⁶⁸ AGMAV, C. 1552, 31. 12 DI, Información, Personal, “Que da el Jefe de la 2ª Brigada sobre la conducta política del soldado Felix Olea Rodríguez, de la 1ª Media Brigada”, junio de 1937. Puede que resulte una *boutade* traer el siguiente ejemplo a colación, en tanto en cuanto no se trata de un episodio plenamente real sino de la reconstrucción televisiva de unos hechos basada en las memorias de Evan Wrigth, reportero de la revista *Rolling Stone* empotrado en la 2ª Sección, Compañía Bravo, 1º Batallón de Reconocimiento de la 1ª División de Marines del Ejército de los Estados Unidos durante el inicio de la Operación Libertad Iraquí en marzo de 2003, pero creo que en cierto modo reviste algo de interés. La serie en cuestión, *Generation Kill* (HBO), muestra cómo los oficiales y suboficiales de la mencionada unidad estaban más preocupados por conseguir operaciones en las que esta, y por ende ellos, pudiera destacar que por proceder de forma segura para minimizar, en la medida en que la guerra lo permite, el número de bajas entre sus tropas. De hecho, en un determinado momento el comandante de la unidad ordena atacar un aeródromo donde se suponía había estacionado un contingente de la Guardia Republicana iraquí que contaba con varios blindados, mientras que la fuerza de los Marines solo disponía de vehículos 4x4 de transporte de tropas. El objetivo era hacerse con la posición antes que otras unidades aliadas que estaban en camino para así conseguir destacar ante a sus superiores. Estos hechos, que tan solo son una ficción narrativa –si bien basados en un testimonio directo–, quizá no estén tan lejos de la realidad del campo de batalla como vemos con el ejemplo del soldado Olea. En un contexto como el de la Guerra Civil Española, donde la contienda estaba construyendo a los héroes del mañana y donde se repartían las prebendas en función de la contribución de cada uno, no parece descabellado pensar que algún comandante buscase objetivos sin demasiado valor militar pero espectaculares en su conquista con la finalidad de hacerse notar ante los altos mandos y que se tuviese en consideración su iniciativa en frentes, como por ejemplo los estabilizados, que no ofrecían muchas más opciones de destacar. Sea como fuere, esta reflexión no es, por el momento, más que una especulación.

⁴⁶⁹ AGMAV, C. 1573, 64. 13 DI, Instrucciones, “Sobre la conducta a seguir por las GG.UU. en el combate y la estabilización”, junio de 1938.

⁴⁷⁰ AGMAV, C. 1525, 46. Información del enemigo, Ejército de Maniobra, “Instrucciones sobre conducta a seguir por los Mandos y tropas en caso de fuerte ataque enemigo”, enero de 1938. Además, el propio EPR, al igual que su homólogo rebelde, era consciente de sus principales problemas, aunque no consiguiese ponerles freno. Así, este documento apuntaba la facilidad con la que las tropas gubernamentales cedían ante las preparaciones artilleras enemigas, algo que ya esperaban las unidades insurgentes, y que se podía aprovechar lanzando contraataques rápidos, por lo inesperado que sería. No obstante, no parece que estas instrucciones e indicaciones tuvieran mucho efecto en el curso de las operaciones futuras. En todo caso, lo que demuestra es la facilidad con la que ambos bandos detectaban las deficiencias, pero al mismo tiempo la incapacidad de ponerles solución.

sen desplegadas. Lógicamente, los integrantes de una unidad de choque vivían una experiencia más extrema que los desplegados en un frente estático, pero no por ello la de los segundos era menos traumática, a tenor de lo que señalaba en la introducción. A fin de cuentas, la falta de efectivos, de medios y la escasez endémica de oficiales profesionales —que generaba precipitación y actuaciones prematuras, redundantes en más bajas— eran problemas comunes a todo el ejército, con lo que para muchos combatientes el disponer de una mínima capacidad de acción y decisión de su propio destino era una pequeña victoria de incalculable valor.⁴⁷¹ Sea como fuere, el miedo y la inseguridad fueron dos elementos con los que el soldado raso tuvo que convivir, ya fuese este veterano o recluta, desplegado en un frente activo o estático, voluntario o movilizado, viejo o joven, fascista, socialista, anarquista o comunista. Por mucho que las directivas militares se empeñasen en recordar que no era mejor soldado el más tirase, sino el que mejor economizaba sus fuegos, el trauma que para cientos de miles de individuos comportó una guerra sobrevenida como aquella, y el propio trauma que supone cualquier conflicto armado, no permitían en muchas ocasiones trazar líneas tan finas.⁴⁷²

En cualquier caso, por mucho que mi intención ha sido incidir especialmente en ella como elemento definitorio de la experiencia bélica de los combatientes, la adaptación a la guerra moderna por parte de ambos ejércitos en liza no fue una cuestión exclusiva del caso español. La dilatada historia bélica del periodo de entreguerras, no solo a nivel europeo sino también mundial, nos ofrece diversos ejemplos en este sentido, tanto para otros conflictos contemporáneos como para ejércitos que encontraron en los campos de batalla españoles lecciones aplicables a sus propios modelos tácticos. Y ello por ceñirme exclusivamente al marco cronológico, y en buena medida también geográfico, en el que se enmarca el presente estudio, pues la guerra ha constituido un proceso de aprendizaje y adaptación paralelo al propio desarrollo de las operaciones militares desde la más temprana Antigüedad.⁴⁷³ Bien es cierto que la desactualización desde la que partían las armas

⁴⁷¹ AGMAV, C. 1631, 8, p. 8. Ejército del Centro, Instrucciones, “Del Ctel. Gral. del Generalísimo, para las próximas operaciones”, diciembre de 1937.

⁴⁷² AGMAV, C. 1631, 8, p. 8. Ejército del Centro, Instrucciones, “Del Ctel. Gral. del Generalísimo, para las próximas operaciones”, diciembre de 1937. Un ejemplo en este sentido puede resultar revelador para entender la influencia de que las condiciones particulares que se dieron en la Guerra Civil Española tuvieron sobre los combatientes. En el marco de la invasión japonesa sobre Malasia, Tailandia y Singapur (1941-1942), las bajas psiquiátricas entre las tropas australianas implicadas en los combates se mantuvieron relativamente controladas, sobre todo en comparación con otras batallas de la guerra. En este sentido, la buena instrucción recibida —de hecho muchos eran reclutas cuyo primer contacto con el combate fue dicha campaña— y la cohesión interna de las unidades se impusieron a los nocivos efectos de la falta de rotación —la permanencia de más de una semana en el frente— y de la artillería y la aviación niponas. Para el caso español, las precarias condiciones materiales y de personal no dejaron otra salida para el soldado raso que el refugio en la camaradería como forma de supervivencia. Véase Peter GRAEME HOBBS: “‘Living in Hell but Still Smiling’: Australian Psychiatric Casualties of War during the Malaya-Singapore Campaign, 1941-42”, *Health and History*, 9:1 (2007), pp. 28-55.

⁴⁷³ Algunos ejemplos en Beatrice HEUSER: *The Evolution of Strategy. Thinking War from the Antiquity to Present*, Cambridge, Cambridge University Press, 2010; Fernando ECHEVERRÍA REY: “Weapons, Technological Determinism, and Ancient Warfare”, en Garrett FAGAN y Matthew TRUNDLE (eds.), *New Perspectives on Ancient Warfare*, Leiden, Brill, 2010, pp. 21-56; Borja ANTELA-BERNÁRDEZ: “La guerra sucia de Alejandro: las *guerillas* bactrio-sogdianas”, *Revista Universitaria de Historia Militar*, 7:14 (2018), pp. 35-55; John FRANCE: “Crusading Warfare and its Adaptation to Eastern Conditions in the Twelfth Century”, *Mediterranean Historical Review*, 15:2 (2000), pp. 49-66; Frank TALLETT y D.J.B. TRIM: “Then Was Then and Now is Now: An Overview of Change and Continuity in Late-Medieval and

españolas en 1936 comportó la necesidad de recurrir a instructores y asesores militares de países más avanzados tecnológicamente, como Alemania e Italia para el caso de los rebeldes y la Unión Soviética para el de los republicanos. Así, en marzo de 1937 se proponía la creación de una academia de instrucción de blindados en Cubas o Cuatro Vientos, a cargo de oficiales alemanas del grupo de von Thoma, con la finalidad de enseñar a las tripulaciones españolas a manejar los carros de origen ruso capturados al enemigo. Mientras que, por su parte, un informe elaborado en enero de 1938 por el CTV apuntaba que el manejo de los tanques y la instrucción a dotaciones españoles en el EPR estaba a cargo de personal extranjero, principalmente procedente del Este de Europa y de la Unión Soviética.⁴⁷⁴ Sin embargo, eso no impidió que alemanes, italianos y soviéticos extrajesen sus lecciones de la guerra en España. De hecho, a la altura de 1936-1939 y por mucho que sobre el papel militares como Guderian o Tujachevski estuvieran proyectando nuevas formas de combatir como la *blitzkrieg*, los enfoques más cercanos a la Gran Guerra seguían siendo, aun con sus modificaciones, los preponderantes, lo que en buena medida explica que la lentitud del proceso de modernización.⁴⁷⁵ Sin ir más lejos, la ruptura del frente aliado por las Ardenas en mayo de 1940 es un claro ejemplo para el caso de un ejército, el francés, considerado como uno de los más poderosos en aquel momento.⁴⁷⁶

En este sentido, y a pesar de no poder encuadrarlo únicamente bajo la perspectiva de una participación meramente experimental –como la historiografía más clásica señalaba fundamentalmente para el caso alemán–, la intervención de la Legión Cóndor y la Avia-

Early Modern Warfare”, en Íd. e Íd. (eds.), *European Warfare, 1350-1750*, Cambridge, Cambridge University Press, 2010, pp. 1-27; Dennis E. SHOWALTER: “Caste, Skill, and Training: The Evolution of Cohesion in European Armies from the Middle Ages to the Sixteenth Century”, *The Journal of Military History*, 57:3 (1993), pp. 407-430; Geoffrey PARKER: *The Military Revolution. Military Innovation and the Rise of the West, 1500-1800*, Cambridge, Cambridge University Press, 1996; Wayne E. LEE: “Fortify, Fight, or Flee: Tuscarora and Cherokee Defensive Warfare and Military Culture Adaptation”, *The Journal of Military History*, 68:3 (2004), pp. 713-770; Gervase PHILLIPS: “Military Morality Transformed: Weapons and Soldiers on the Nineteenth-Century Battlefield”, *The Journal of Interdisciplinary History*, 41:4 (2011), pp. 565-590; Dennis E. SHOWALTER: ““It All Goes Wrong! German, French, and British Approaches to Mastering the Western Front”, en Pierre PURSEIGLE (ed.), *Warfare and Belligerence. Perspectives in First World War*, Leiden, Brill, 2005, pp. 39-72; Holger AFFLERBACH y Gary SHEFFIELD: “Waging Total War. Learning Curve or Bleeding Curve?”, en Jay WINTER (ed.), *The Legacy of the Great War. Ninety Years On*, Columbia, University of Missouri Press, 2009, pp. 61-90; Stéphane AU-DOIN-ROUZEAU: “Combats et tactiques”, en Annette BECKER (coord.), op. cit., pp. 175-198; James S. CORUM: “The Spanish Civil War: Lessons Learned and Not Learned by the Great Powers”, *The Journal of Military History*, 62:2 (1998), pp. 313-334; Harold M. TANNER: “Learning Through Practice: Lin Biao and the Transition to Conventional Combined Operations in China’s Northeast, 1946-1948”, *Journal of Chinese Military History*, 3 (2014), pp. 3-46.

⁴⁷⁴ Véanse AGMAV, C. 2372, L. 144, 59. CGG, EM, Instrucción, “De personal para manejo de carros rusos. Creación de un centro de instrucción en Cubas o Cuatro Vientos”, marzo de 1937; y AGMAV, C. 1748, 22. 55 DI, Información del enemigo, “Instrucciones para la organización del terreno y de tanques rojos”, enero de 1938.

⁴⁷⁵ José Vicente HERRERO PÉREZ: op. cit., pp. 224-225. Sobre la gestación de la guerra relámpago en Alemania véase Heinz GUDERIAN: *Recuerdos de un soldado*, Barcelona, Inédita, 2007 [1952], pp. 16-56. De hecho, en buena medida la historiografía ha desmontado el mito existente en torno a la *blitzkrieg* como elemento definitorio por antonomasia del modo alemán de hacer la guerra, definiéndolo más bien como un recurso táctico en respuesta a contingencias particulares, y no como un plan estratégico a gran escala. Véase Daniel HEDINGER: “Fascist Warfare and the Axis Alliance...”, en prensa.

⁴⁷⁶ Marc BLOCH: *La extraña derrota. Testimonio escrito en 1940*, Barcelona, Crítica, 2009 [ed. original en francés de 1946]

zione Legionaria permitió ir probando diferentes configuraciones de bombardeo y diversos proyectiles que luego fueron aplicados durante la Segunda Guerra Mundial.⁴⁷⁷ En el caso de la primera, por ejemplo, se analizaron los efectos de los bombardeos sobre localidades españolas y se hicieron estudios comparativos entre el tipo de construcciones habituales en la península y las que se podían encontrar en Europa central.⁴⁷⁸ Por su parte, en el caso de la Aviazione Legionaria se realizaron varios ensayos de bombardeos de largo alcance con los aviones despegando desde Roma, atacando Barcelona, y regresando a la capital italiana sin repostar. El objetivo: demostrar que el rango operativo de los bombarderos era de más de mil kilómetros de distancia portando una tonelada de bombas, distancias y cargas cruciales en una inminente guerra por el Mediterráneo en la que la flota transalpina poco podría hacer frente a la Royal Navy.⁴⁷⁹ No obstante, no fueron esas las únicas fronteras que traspasaron las enseñanzas de la Guerra Civil, sino que incluso en geografías tan lejanas como China y Japón se tomaron como referencia los combates sostenidos en suelo español. Lo cual, dicho sea paso, refuerza la necesidad de comenzar a construir verdaderas historias transnacionales y globales de la guerra, uno de los retos pendientes de la disciplina.⁴⁸⁰ Así, el gobierno japonés hizo varias peticiones de material ruso capturado a los republicanos con el fin de estudiarlo ante la tensión existente con la Unión Soviética en torno a la región de Manchuria, que a la postre terminaría de escalar con la batalla de Jaljin Gol, o incidente de Nomonhan, entre mayo y septiembre de 1939.⁴⁸¹ Por su parte, el ejército de la República de China, en el marco de la Segunda Guerra Sino-Japonesa (1937-1945), empleó los cócteles molotov como arma contra los blindados japoneses, algo que según los diarios de campo de algunos oficiales habían «aprendido de la Guerra Civil Española».⁴⁸² Es decir, que la cuestión de la modernización, nuclear para el análisis de la experiencia bélica de los combatientes en España, ha de entenderse dentro de un marco en el que, en líneas generales, todos los ejércitos actuaban de forma similar, reaccionando a los problemas que les iban presentando unos conflictos para los que en la mayoría de los casos no estaban preparados. Una cuestión esta acentuada con la naturaleza sobrevenida de la movilización de republicanos y rebeldes.

⁴⁷⁷ Al mismo tiempo, esto posibilitó que países como Gran Bretaña estudiaran el modo en que las autoridades republicanas abordaron desde un punto de vista médico las consecuencias que dichos bombardeos tenían sobre la población, concretamente los de Barcelona de mediados de marzo de 1938. Lecciones que, a buen seguro, fueron aplicadas durante el *Blitz* alemán contra Londres. Véase TNA, FDI/5372, “Medical Aspects of Air Raid Casualties in Barcelona”, marzo de 1938.

⁴⁷⁸ Stefanie SCHÜLER-SPRINGORUM: op. cit., p. 248.

⁴⁷⁹ Javier RODRIGO: *La guerra fascista...*, p. 284.

⁴⁸⁰ Una reflexión en ese sentido en David ALEGRE LORENZ: “Nuevos y viejos campos para el estudio de la guerra...”, pp. 183-188.

⁴⁸¹ Véase AGMAV, C. 2717, L. 497, 98. CGG, “Petición de material ruso para estudio Ejército Imperial japonés”, mayo y julio de 1938.

⁴⁸² Véase Second National Archives (Nanjing), 787/15386: “Di-64-shi Jinnan yidai zhenzhong riji” (64 División de Infantería, Frente del Sur de Shanxi, diario de campo, escrito probablemente por el Comandante de División Liu Zhenhua). Agradezco esta referencia al profesor Aaron W. Moore. A su vez, las lecciones extraídas en China fueron aplicadas en otros campos, como la Guerra de Indochina (1946-1954), lo que de nuevo incide en esa idea de una historia global de la guerra y resalta la habitual incongruencia de estudiar lo bélico con el foco puesto exclusivamente en Europa, dejando de lado a la mayoría de los países del mundo y su enorme y rica casuística de guerras y violencias. Véase Qiang ZHAI: “Transplanting the Chinese Model: Chinese Military Advisers and the First Vietnam War, 1950-1954”, *The Journal of Military History*, 57:4 (1993), pp. 689-715.

Parte II.

¿Por qué combatimos? Camaradería, cultura de guerra y socialización ideológica

Nos pocos, nos felices pocos, nos, banda de hermanos;
Porque aquel que hoy vierta su sangre conmigo
Será mi hermano; por muy vil que sea,
Este día ennoblece su condición:
Y los caballeros ahora en sus lechos de Inglaterra
Se considerarán malditos por no haber estado aquí,
Y tendrán su hombría en baja estima cuando oigan hablar
a aquel que luchara con nos ¡el día de San Crispín!

Enrique V, batalla de Agincourt (1415)⁴⁸³

La Guerra Civil Española fue un conflicto extremadamente duro para los combatientes. En esencia toda guerra lo es, pero las particulares condiciones de construcción de ambos contingentes armados, tal y como hemos visto en la primera parte, potenciaron la dimensión traumática de la experiencia bélica a ras de suelo. Cientos de miles de individuos fueron lanzados a las trincheras y campos de batalla peninsulares sin apenas medios, instrucción o una estructura que cubriese sus necesidades en el frente, siendo que no pocos de ellos tuvieron su primer contacto con la guerra y el ejército en ese mismo momento. De ahí que las escenas de pánico, los llantos, las huidas en desbandada y los colapsos nerviosos entre los reclutas que se enfrentaban a su bautismo de fuego fuesen más habituales de lo que, desde luego, el relato combatiente construido en torno a las líneas maestras de la propaganda rebelde quiso hacer ver.⁴⁸⁴ Sin ir más lejos, buceando entre la documentación generada por el ejército sublevado se pueden encontrar manifestaciones aquí y allá de esta realidad, silenciada y desterrada en la medida de lo posible por constituir una enmienda al modelo de masculinidad que se quería forjar con la guerra. Quizá no figuran de forma evidente, aunque sí en ciertos casos; y habitualmente utilizan eufemismos y lenguajes crípticos, como el “intervenir violentamente” antes mencionado, pero en todo caso reflejan unos comportamientos cuya extensión no podía ser soslayada por completo. Sin embargo, a nivel propagandístico el nuevo hombre fascista no podía, de ninguna de las formas, mostrar debilidad, pues eso socavaría su función como pilar central de la nueva sociedad. No podía reflejar temor ante la presencia del enemigo, o mostrar el habitual miedo que siente todo combatiente al entrar en combate, pues eso lo afeminaba

⁴⁸³ Según la reconstrucción de William SHAKESPEARE: *Enrique V*, Barcelona, Planeta, 1988, p. 178.

⁴⁸⁴ No solo los reclutas o los soldados especialmente sensibles eran proclives a mostrar miedo o a colapsar psicológicamente, sino que incluso los combatientes más veteranos podían comportarse de forma semejante y sufrir estos mismos traumas, puesto que no existía «eso de acostumbrarse al combate». Véase Paul FUSSELL: *Tiempo de guerra. Conciencia y engaño en la Segunda Guerra Mundial*, Madrid, Turner, 2003 [1989], p. 348.

y lo convertía en un individuo inservible para el proyecto en el que tenía que colaborar, el de construcción de la comunidad nacional de la Nueva España.

Sobre el terreno, los soldados debieron buscar sus propios mecanismos de supervivencia más allá de la retórica propagandística, la cual constituyó un marco de referencia constante y un generador de una serie de lealtades tanto con el grupo como con el Nuevo Estado, pero en ningún caso daba pleno sentido a la experiencia de los combatientes en el frente, ni permitía sobrellevar esta mediante su mera absorción e interiorización.⁴⁸⁵ Así, y de nuevo como en cualquier otro conflicto, fueron los lazos construidos entre compañeros de armas en el seno de las unidades los que cohesionaron el ejército sublevado. Prácticamente todos los combatientes, sobre todo a partir de la movilización de masas, habían pasado por el mismo camino y habrían sufrido las mismas penalidades, de tal forma que las carencias que ofrecía la estructura de las propias fuerzas armadas fueron suplidas, en la medida de lo posible, con la asistencia de los camaradas al llegar a las unidades. Es decir, con la creación de una comunidad combatiente autorreferencial que permitía volcar el trauma generado por la guerra, incapaz de encontrar otros medios de canalización efectivos. Esto queda muy patente, como veremos en las páginas siguientes, en las memorias escritas por los soldados. Más allá de la reproducción de un determinado modelo discursivo, muy en línea con el núcleo ideológico del nuevo régimen, las constantes referencias a los vínculos existentes entre los camaradas, y entre estos y figuras de autoridad como suboficiales, oficiales y capellanes, dibujan un escenario en el que la fidelidad al compañero, y la concepción del conjunto del ejército como un marco de lealtades mutuas, constituían la principal estrategia de supervivencia psicológica del soldado. Así como, al mismo tiempo, una realidad mucho más tangible que los vínculos pretendidamente construidos, de forma exclusiva, sobre la base de la ideología. De hecho, esa camaradería no solo tenía su lugar de expresión en los actos de matar y morir, sino que se filtraba en todas y cada una de las vivencias de los combatientes. En este sentido, las escenas de retaguardia, las horas de guardia y ocio en la trinchera o la socialización de códigos de masculinidad en torno al sexo constituyeron formas alternativas al combate, pero igualmente relevantes, a la hora de construir esos vínculos en común.

Por su parte, el ejército y los dirigentes rebeldes trabajaron y explotaron estas relaciones en su propio beneficio. Además de obtener la victoria en el terreno militar y purgar a los enemigos de la “verdadera España”, el encuadramiento masivo de los espa-

⁴⁸⁵ Recurriendo a la historiografía que ha abordado esta misma cuestión para otros casos de estudio, el trabajo clásico de Omer Bartov planteaba una línea quizá demasiado directa entre la brutalización de la experiencia de guerra y el rol que jugó la propaganda nacionalsocialista a la hora de ofrecer un mecanismo de mantenimiento y reforzamiento de la moral y la voluntad de combatir. Trabajos posteriores, como los de Thomas Kühne, han matizado esta idea. Sin negar la relación entre la dureza de la experiencia bélica y el influjo ideológico, Kühne ha construido su análisis sobre la base de las relaciones de camaradería entre los combatientes, que serían los verdaderos vectores cohesionadores de la tropa y, de forma complementaria, habrían ejercido un rol de socialización de una determinada cultura de guerra, claramente permeada por los marcos de referencia nazis. De hecho, su idea parece, a la luz de las investigaciones actuales, más ajustada a la realidad que la de Bartov, pues este apuntaba como un elemento clave el derrumbamiento del sistema de refuerzos alemán en el invierno de 1941-1942, lo cual ha sido ampliamente discutido por investigaciones posteriores. Véanse Omer BARTOV: *The Eastern Front...*; y Thomas KÜHNE: op. cit.. Sobre la supervivencia del sistema de refuerzos alemán y, por ende, el mantenimiento de los grupos primarios basados en criterios regionales, véase Jeff RUTHERFORD: *Combat and Genocide...*, pp. 273-277.

ños en las fuerzas armadas perseguía la generación de vínculos de lealtad hacia el naciente régimen, algo en lo que la propia masa combatiente era instrumentalizable. Desde luego, esa utilización interesada no respondió exclusivamente a las particulares condiciones de precariedad de la movilización bélica, ya que todo conflicto armado presenta las mismas dinámicas en lo que respecta a las políticas socialización de determinados valores, más o menos ideologizados, entre la tropa. Sin embargo, la imperiosa necesidad de los combatientes de pertenecer a la comunidad del frente como mecanismo de supervivencia potenció la capacidad de permeación del discurso ideológico y propagandístico, toda vez que las propias figuras referentes dentro de los grupos primarios, como oficiales y capellanes, fueron utilizados activamente para este propósito.⁴⁸⁶ Sin ir más lejos, antes mencionaba la doble función que desempeñaron los alféreces provisionales, una élite militar en la guerra, y pretendidamente social en la posguerra, que debía servir como ejemplo y guía para el resto de soldados. De este modo, la cultura de guerra construida en el frente, por muy variada que fuese en cuanto a las fuentes de las que se nutría, siempre estuvo insertada en un marco de coordenadas definido por la ideología del bando rebelde, algo de que lo que se encargaron los distintos organismos propagandísticos del ejército y el Nuevo Estado. Sin embargo, no solo fueron las coordenadas puramente ideológicas las que dieron forma a la propaganda destinada a los combatientes, sino que también se adoptaron enfoques mucho más tangibles. En este sentido, el régimen franquista fue pragmático: además de socializar toda una serie de valores identitarios elementales, había que ofrecer algo más para generar adhesión entre un contingente muy amplio que, por fuerza y como veremos, incluía también a no pocos individuos desafectos o, simplemente, indiferentes ante el discurso sublevado.⁴⁸⁷ La familia, el trabajo, las prestaciones públicas y el reconocimiento social fueron algunos de los vectores por los que discurrió esta otra propaganda, quizá incluso más que por ningún otro camino. Lo que la mayoría de los soldados quería era sobrevivir a una guerra brutal, poder volver a casa y vivir en paz, algo que el franquismo se encargó de prometer, si bien no de proveer en las dimensiones que planteó. Ahora bien, lo que también querían buena parte de los combatientes era retornar a una España de orden, sin conflictos sociales ni políticos y, en buena medida, católica en lo social-tradicional, cuando no directamente en lo religioso. Una cuestión, esta sí, que la dictadura se aseguró de hacer realidad.

Así pues, en este marco el objetivo de la segunda parte será la reconstrucción de esa hermandad combatiente, la disección de sus líneas maestras y el análisis de cómo se construyeron los vínculos forjados entre la tropa. De este modo, se planteará el estudio de dicha camaradería como un mecanismo de supervivencia de la tropa, pero también como una plataforma, un canal o un vehículo para la socialización de una determinada

⁴⁸⁶ Sobre los capellanes véase James MATTHEWS: “Comisarios y capellanes en la Guerra Civil española, 1936-1939. Una mirada comparativa”, *Ayer*, 94 (2014), p. 192.

⁴⁸⁷ Unos individuos que, dicho sea de paso, no siempre mostraban abiertamente su desafección, algo lógico por otra parte dada la estructura de control y represión de la disidencia generada tanto en el ejército como en la retaguardia rebeldes. Incluso, la adhesión explícita al régimen podía enmascarar un rechazo a sus postulados y ser, por ende, utilizada no con sinceridad sino como mecanismo de supervivencia, dentro de un abanico de identidades sociales múltiples a las se iba recurriendo en función de cada contexto particular: público, privado, familiar, laboral, etc. Véase Francisco J. LEIRA CASTIÑEIRA: “Los «soldados de Franco»...”, pp. 245-280.

cultura de guerra que tuvo en la experiencia bélica muchas de sus fuentes, pero que también se nutrió de los marcos de referencia que la ideología del bando rebelde construyó para dotar de significado y legitimidad a la sublevación y la guerra. No obstante, ese proceso de socialización, que en determinadas dimensiones podría incorporar el adjetivo de ideológica, no solo se implementó a través de la camaradería, o de la propaganda que nutría esos marcos de referencia a los que aludía, sino que también discurrió por caminos mucho más pragmáticos, que incidían directamente en las necesidades y demandas de los combatientes. Teniendo en cuenta el escenario de pobreza, devastación y precariedad que caracterizó la posguerra española, el recurso a esas contraprestaciones pragmáticas fue un vehículo muy efectivo de incorporación de una parte importante de estos combatientes a los apoyos sociales al Nuevo Estado. Una función que, desde la perspectiva del propio Estado, tenía más de legitimación y de obtención de capital político-social que de verdadera voluntad asistencial hacia los veteranos.⁴⁸⁸ Quizá por desconfianza ante esas promesas, o simplemente por su desafección hacia lo que representaba el proyecto de los rebeldes, otra parte de esos combatientes permaneció ajena a esta acción propagandística, constituyendo los límites de un proceso de socialización ideológica que, igualmente, serán abordados al final de esta segunda parte.

⁴⁸⁸ Ángel ALCALDE: *Los excombatientes franquistas...*, pp. 210-211.

Capítulo 6

La hermandad combatiente I. La experiencia compartida del trauma y la guerra

En marzo de 1937, un informe anónimo detallaba la actuación de la 3ª División del CTV *Penne Nere* en la batalla de Guadalajara, que había tenido o estaba teniendo lugar —pues el documento no especifica fecha exacta de elaboración— en esos días, concretamente entre el 8 y el 23 de marzo. El informe se refería a la participación de la mencionada unidad en los primeros compases del enfrentamiento y hasta el día 13, momento en el que desorganizada, desmoralizada y derrotada fue relevada por la 4ª División *Littorio*. La *Penne Nere* había estado combatiendo duramente a las unidades republicanas del sector, consiguiendo llegar hasta las inmediaciones de Trijueque, donde sufrió fuertes contraataques que acabaron por desarticularla. El autor del informe, al parecer presente en los combates, relata escenas de auténtico caos entre los soldados italianos, algunos de los cuales «lloraban y que de pánico caían de rodillas». En su análisis, apunta toda una serie de cuestiones que recuerdan nítidamente a las que ya veíamos en la primera parte. La organización de la pretendida «nuova guerra» había sido un completo desastre, ya que además del archiconocido atasco de los vehículos italianos en las carreteras del sector, las tropas carecieron de una dirección adecuada por parte de los oficiales —desde luego ninguna que se asemejase a un conocimiento efectivo de los mecanismos de la guerra moderna— y la intendencia tuvo graves problemas para suministrar racho caliente y alcohol a las fuerzas en combate, algo que hubiera resultado crucial para paliar los efectos adversos de la climatología.⁴⁸⁹ Las unidades italianas, tal y como describía el combatiente de la *Littorio* Renzo Lodoli, habían sufrido una derrota sin paliativos, si bien eso, al menos en el relato, no había mermado un ápice la moral de los soldados:

«Camminammo in fila lungo il ciglio della carretera. Incontrammo motil soldati che tornavano. Italiani di un'altra divisione. Laceri, infangati fino ai Capelli, le mitragliatrici portate alla meglio sulle spalle. Tanti. Passarono per ore ed ore. Molti erano bendati, molti zoppicavano e si sostenevano l'un l'altro. Ci gridarono che dinanzi i rossi erano scappati, che andavano a raccogliere i loro bossoli. Avevano gli occhi lucidi e l'entusiasmo nella voce. Da sei giorni combattevano, sino a quel mattino. Erano stanchi ed avevano fame, ma era bello combattere.»⁴⁹⁰

De hecho, el fracaso en Guadalajara comportó una profunda reorganización del CTV en la que unos 9.000 efectivos fueron enviados de vuelta a Italia, casi 4.000 de los

⁴⁸⁹ AGMAV, C. 2585, 13. Operaciones sobre Guadalajara, CTV, “Informe sobre el empleo de la 3ª División”, marzo de 1937. La referencia al *warfare* italiano como la “nuova guerra” en Renzo LODOLI: *Domani posso morire. Storie di arditi e fanti legionari*, Roma, Edizioni di “Roma Fascista”, 1939, p. 28.

⁴⁹⁰ *Ibidem*, pp. 29-30. Nótese la resignificación propagandística operada sobre aquellas jornadas de Guadalajara, sobre todo en contraste con el informe mencionado. Lodoli formaba parte del contingente que relevaba a la *Penne Nere* después de su descalabro. Pese a esa derrota, describía a los combatientes como triunfadores, en una codificación de la masculinidad que seguía las líneas maestras que veíamos en la primera parte respecto a cómo el discurso sublevado representaba el combate, el sacrificio y la muerte en batalla.

cuales habían sido señalados por «cuestiones de disciplina, escasa idoneidad física, profesional o moral».⁴⁹¹ Sin embargo, y quizá de forma especialmente relevante, a estos problemas, habituales para el bando sublevado pero más llamativos, aunque no excesivamente si consideramos las guerras anteriores y posteriores a la española libradas por el fascismo italiano –Abisinia, Libia, Grecia–, para un contingente más moderno como el CTV, se le sumaba una cuestión crucial que el autor del informe destacaba en una de sus últimas páginas: la 3ª división *Penne Nere* «no parecía tener gran espíritu de camaradería».⁴⁹²

El diagnóstico del informe evidenciaba un elemento fundamental para comprender la naturaleza de las relaciones establecidas por los soldados en el frente. La camaradería, es decir, el vínculo construido nivel individual y personal, era un mecanismo de cohesión mucho más potente que la ideología que ejercía como marco de referencia de la experiencia bélica de los combatientes rebeldes, en este caso de sus correligionarios italianos. La *Penne Nere* había sido conformada a partir de milicianos pertenecientes a la Milizia Volontaria per la Sicurezza Nazionale, por lo que presumiblemente sus integrantes eran fascistas convencidos y, además, se habían presentado voluntarios para combatir en España. Por supuesto, a este respecto se podría argumentar los límites de permeación del fascismo entre los miembros de una organización como la Milizia constituida a partir de los individuos pertenecientes al Partito Nazionale Fascista, cuya militancia bien podría ser entendida, más que desde la perspectiva de la adscripción ideológica, como una vía de ascenso social y una forma de medrar tanto política como laboralmente. Pero, dejando ese debate a un lado, la *Penne Nere*, así como la *Fiamme Nere* y la *Dio lo Vuole* –las otras dos divisiones del CTV construidas a partir de movilización miliciana (la *Littorio* la formaban tropa de leva y oficiales regulares)–, tenían como principal elemento identificativo el ser unidades de partido, de soldados entregados a la causa, es decir, de fascistas.⁴⁹³ Sin embargo, esto no pareció ser suficiente para que mantuviese su cohesión interna en los choques armados en torno a Trijueque. Los combatientes luchaban, a tenor de su marcada denominación de origen, por el triunfo del fascismo, constituyendo una hermandad ideológica que, a la hora de la verdad, se demostró incapaz de soportar el golpe asestado por los contraataques republicanos. Esto, por supuesto, no implica que el concurso de la ideología fuese meramente una cuestión de *atrezzo* a la hora de amalgamar a las unidades militares. Como afirmaría Mario Roatta, comandante del CTV, los soldados de las Brigadas Internacionales a los que mayoritariamente se habían enfrentado las tropas italianas combatían con «fanatismo y odio», lo cual, además de una visión contaminada por la

⁴⁹¹ Javier RODRIGO: *La guerra fascista...*, p. 145.

⁴⁹² AGMAV, C. 2585, 13, p. 7. Operaciones sobre Guadalajara, CTV, “Informe sobre el empleo de la 3ª División”, marzo de 1937. Un ejemplo similar lo encontramos para el caso de la invasión anglo-rusa de los Países Bajos (agosto-noviembre de 1799), en el marco de los intentos de las diversas potencias europeas por contener los efectos expansivos de las ideas de la Revolución Francesa. Según los testimonios de la época, uno de los elementos que explicarían el fracaso de la expedición fue la rapidez con la que se conformó el contingente inglés. Sus hombres entre sí, y los oficiales con la tropa, no habían tenido tiempo de familiarizarse ni de generar lazos de afinidad que afianzasen la cohesión del grupo, resultando en un mal desempeño en el campo de batalla. Véase Ilya BERKOVICH: *Motivation in War. The Experience of Common Soldiers in Old-Regime Europe*, Cambridge, Cambridge University Press, 2017, p. 207.

⁴⁹³ Javier RODRIGO: *La guerra fascista...*, p. 131.

propaganda y en buena medida autojustificativa del desastre sufrido, ponderaba la importancia de la ideología en la motivación y moral de los combatientes.⁴⁹⁴ No obstante, el carácter abstracto de las ideas debía enraizar sobre una estructura mucho más sólida como la que proveían los vínculos personales establecidos entre los individuos, una cuestión de la que aparentemente carecía la *Penne Nere*.

Esto queda perfectamente evidenciado en las memorias escritas por los combatientes. Pese a la existencia de una cultura de guerra compartida, que definía los marcos de referencia mediante los que se percibía y codificaba la lucha en el frente, la ideología no tenía un carácter protagónico a la hora de describir las formas adoptadas por la camaradería, salvo en el caso de determinados individuos definidos por un *background* de militancia política y, al mismo tiempo, generalmente referido a un perfil similar de combatiente. En este grupo habríamos de incluir, por ejemplo, al capellán de requetés Policarpo Cía, quien describía a los tercios carlistas como «hermanados en el combate, identificados en la oración: fervor, nostalgia de cielo, hambre de sacrificio...».⁴⁹⁵ Y, por supuesto, encontraríamos muchos casos de voluntarios extranjeros que vinieron a España, como primera y principal razón según afirmaban, a combatir por la contrarrevolución. El rumano Bănică Dobre evocaba la hermandad de fascistas reunidos en España, «Portugueses con banderas nacionales, rumanos y españoles: éramos una mezcla de nacionalidades, pero todos idealmente homogéneos»; al tiempo que el combatiente italiano de la brigada *Frecce Azure* Guido Pietro Matthey resaltaba la inexistencia de una división efectiva entre los contrarrevolucionarios de distintos países que luchaban en las filas rebeldes: «Spagnoli? Italiani? Tedeschi? Oh, è assurda, è pedagogica, è letteraria questa suddivisione [...] nella nazionalità».⁴⁹⁶ Desde luego, la ideología tenía su lugar dentro las codificaciones elaboradas sobre la camaradería, pero seguramente el compartir “hambre de sacrificio” y “nostalgia de cielo” no serían elementos que explicarían, para el soldado medio, la generación de dichos vínculos. Por el contrario, la construcción de esta dimensión se hacía por caminos mucho más prosaicos y cotidianos, como el sufrimiento compartido durante los diversos combates, el aburrimiento y el tiempo libre en las trincheras, las conversaciones en torno al sexo o las visitas a retaguardia, las cuales constituían una aventura en ese estado de excepción permanente que se vivió durante los años de guerra.⁴⁹⁷ En definitiva, la camaradería giraba en torno al hecho de ser soldado, y no en torno al hecho de, por decirlo de un modo simple para este caso concreto de estudio, ser fascista.

Si algo definía el ser soldado era, por encima de cualquier otra cuestión, el combate y el trauma suscitado por este. Las escenas de lucha constituyen la referencia más habitual en las memorias escritas por los combatientes, algo lógico en tanto que, por un lado, representaban el escenario central en torno al cual giraban todos los demás acontecimientos que conformaban la vida en el frente; y, por otro, a nivel propagandístico cumplían la función de asociar la guerra, el sacrificio y la muerte con la regeneración de la

⁴⁹⁴ *Ibidem*, p. 142. Esta relación del odio con la capacidad de combate en Joanna BOURKE: *op. cit.*, p. 152 y ss.

⁴⁹⁵ Policarpo CÍA NAVASCUÉS: *op. cit.*, p. 337.

⁴⁹⁶ Bănică DOBRE: *op. cit.*, p. 71. Guido Pietro MATTHEY: *Legionario di Spagna*, [Torino], Società Editrice Torinese, [1941], p. 146.

⁴⁹⁷ Ese sufrimiento compartido como elemento de unión de los combatientes en Claudio HERNÁNDEZ BURGOS: “Bringing back Culture...”, pp. 459-460.

nación española. Las descripciones de los choques armados, de los bombardeos, de la acción de la artillería y la aviación enemigas, tenían, prácticamente todas, un marcado carácter traumático, muy alejado de esa visión propagandística de la guerra sobre las coordenadas que antes veíamos en torno a la “nostalgia de cielo”. Casi por encima de cualquier otra cuestión, lo que más impresión causaba a los combatientes, y así queda reflejado en la profusión con que aparece en la literatura memorialística, eran los efectos que la guerra tenía sobre el cuerpo humano. Las narraciones se recreaban con los «brazos partidos, niños muertos, vientres aplastados, mentes trastornadas»; con los efectos de los proyectiles, que creaban estampas dantescas: «Tenía un brazo levantado y el otro separado del cuerpo y pendiente solamente de la manga; ambos ojos reventados, la cara deshecha y el cuerpo acribillado de metralla»; con los «pingajos de carne asada, pegada a aquellos hierros retorcidos» y cómo «Los fragmentos de sus vísceras vuelan por los aires». ⁴⁹⁸ Por supuesto, la naturaleza simbólica de las heridas no era la misma en cada caso, ya que estaba sujeta al perfil ideológico del autor de las memorias. Así, al padre José Caballero, capellán de la X BL, las «Heridas hondas en pies y manos, a veces al descubierto huesos y tendones» sufridas por los soldados de su unidad, que estaban siendo «tritурados por la aviación», le recordaban «al vivo lo que debió ser la flagelación del Señor. Verdaderos surcos sangrantes», una interpretación que no solía ser muy habitual en los relatos de soldados rasos, los cuales hacían más hincapié en el peaje que sus cuerpos pagaban en el combate y no en la dimensión trascendental del sacrificio por Dios y por la patria. ⁴⁹⁹ Pero lo que sí era similar era su crudeza, y cómo esta era descrita sin ahorrar detalles.

El carácter brutal de las heridas sufridas por los combatientes tenía mucho que ver con el poder, omnímodo a sus ojos, de la tecnología. La aviación, la artillería y los blindados habían transformado decisivamente los campos de batalla modernos, algo que muchos europeos comprobaron de primera mano en las trincheras de la Gran Guerra pero que en España, merced a su neutralidad durante el conflicto, no había tenido un impacto significativo a la hora de transformar las visiones que se tenían sobre la experiencia bélica. Como ya he apuntado en diversas ocasiones, los conflictos librados por el ejército español en las décadas previas a la Guerra Civil estuvieron caracterizados por la falta de medios tecnológicos, especialmente por parte de los enemigos a los que se combatía. Había, desde luego, muertes brutales, heridas de guerra atroces y altas dosis de violencia, como las que se vivieron en el Rif, pero en ningún caso eran causadas por medios tan sumamente destructivos, a nivel cuantitativo y cualitativo, como los que se utilizaron en el conflicto de 1936-1939. ⁵⁰⁰ De ahí el impacto que tuvieron estas nuevas armas, las cuales, tal y como mencionaban las directivas del ejército rebelde, eran más útiles con la

⁴⁹⁸ Amaro IZQUIERDO: op. cit., p. 14; Héctor COLMEGNA: op. cit., p. 86; Manuel Alfredo PAZ FERNÁNDEZ: op. cit., p. 98; y Bănică DOBRE: op. cit., pp. 83-84.

⁴⁹⁹ Padre José CABALLERO: op. cit., p. 28, entrada del 29 de julio de 1936.

⁵⁰⁰ Sobre esta cuestión, puede verse el relato novelado de Ramón J. Sender sobre la derrota y las retiradas del ejército español desde Annual. El escritor oscense combatió en Marruecos, si bien no fue testigo directo de este episodio concreto. No obstante, su relato no se aleja mucho de lo que los estudios describen sobre la violencia en la guerra colonial en el Protectorado y sobre las jornadas de Annual. Véase Ramón J. SENNER: *Imán*, Barcelona, Crítica, 2006 [1930]

finalidad de aterrorizar y desmoralizar al enemigo que por su capacidad destructiva.⁵⁰¹ Así, resulta muy habitual encontrar en las memorias de los combatientes referencias a la cadencia de tiro de las ametralladoras o las piezas de artillería mediante expresiones como «lluvia de metralla», «verter fuego» o, directamente, «vomitaba muerte», las cuales trufan las descripciones de las escenas de combates.⁵⁰²

Además de un recurso narrativo para añadir dramatismo al relato, muy en línea por otro lado con esa dimensión trascendental y apocalíptica que la propaganda buscaba conferir al conflicto, el empleo de ese tipo de expresiones evocaba el carácter industrializado y deshumanizado de la muerte, convertida poco menos que en un río que arrastraba todo a su paso, supraindividualizando la propia existencia y negando el carácter singular de cada una de las bajas en combate.⁵⁰³ El poder abrumador de la tecnología quedaba codificado en el uso de esos lenguajes, tan particulares como intencionados, contribuyendo a una sensación de indefensión prácticamente absoluta del individuo. De hecho, esa lluvia, vómito o vertido se acercaban a lomos de inmensas moles de hierro cuasi invencibles; provenían de lugares únicamente identificables mediante el sonido, puesto que se situaban más allá de donde alcanzaba la vista; y caían desde centenares de metros por encima de sus cabezas. Todo esto, sumado a la brutalización del ecosistema sonoro del frente y al desgarramiento sufrido por los cuerpos sobre los que impactaban los proyectiles, generaba un ambiente de constante tensión nerviosa para los soldados. Así, el voluntario rumano Neculai Toțu relataba vívidamente todo ese ambiente de sobreestimulación sensorial que era el campo de batalla, al tiempo que los efectos absolutamente deshumanizadores de la tecnología: «Nos sobrevuelan quince pesados y seguros aviones trimotores [...] Producen tal estruendo que da la impresión de que se parte la tierra. Es algo de Apocalipsis. El enemigo está convertido en polvo».⁵⁰⁴ Por su parte, el artillero Manuel Alfredo Paz, pese a estar habituado, por el puesto que ocupaba, a la devastación generada por los obuses, no dejaba de relatar con inusual crudeza las consecuencias de los bombardeos, en concreto en torno a la ciudad de Teruel: «montones de cadáveres, daban fe de la rudeza de la lucha. En grandes proporciones, no eran más que despojos sanguinolientos de carne humana. Piernas por un lado, troncos por otro, cabezas separadas de sus cuerpos, formaban el cuadro macabro que presenciábamos». Sin ir más lejos, el propio Paz se había

⁵⁰¹ Por ejemplo, una directiva de julio de 1938 informaba de la necesidad de retirar una partida de granadas defectuosas, razón por la cual se debía racionar su utilización en combate, empleándolas «dentro de los límites en que su utilización pueda de momento producir desde luego bajas materiales y prescindiendo por lo tanto del efecto moral que estas puedan producir». Véase AGMAV, C. 1852, 26, p. 14. 102 DI, Municiones, «Instrucciones y órdenes, sobre restricción y consumo», julio de 1938

⁵⁰² Manuel BARBERA SABORIDO: op. cit., p. 67; Neculai TOȚU: op. cit., p. 95; y Francisco CAVERO y CAVERO: op. cit., p. 80. Igualmente en Padre José CABALLERO: op. cit., pp. 34 y 182, entradas del 12 de agosto de 1936 y del 16 de marzo de 1936; José CARRASCO CANALES: op. cit., p. 125; Policarpo CÍA NAVASCUÉS: op. cit., p. 29; Héctor COLMEGNA: op. cit., pp. 90 y 176; Rosendo DOMENECH PUIG: op. cit., p. 164; y Emilio OLIVER ORTIZ: op. cit., p. 195.

⁵⁰³ Algo similar a lo sucedido en la Gran Guerra. Véase Eric J. LEED: op. cit., pp. 31-32.

⁵⁰⁴ Neculai TOȚU: op. cit., p. 104. También en p. 112. En esta misma línea, una instrucción emitida por el CGG en noviembre de 1936, previendo la entrada de las fuerzas rebeldes en Madrid, ordenaba seguir una estricta disciplina de fuegos en el combate urbano, pues la concentración indiscriminada de todo tipo de proyectiles generaba una tremenda confusión en las tropas, afectando a su moral: «el fuego desordenado y sin razón no hace más que alarmar y desmoralizar a las propias tropas, que desconocen la cantidad real de enemigos y el dónde se encuentran». Véase AGMAV, C. 2538, L. 321, 6, p. 2. CGG, EM, Instrucciones, «Las que deberían observarse por nuestras tropas al ocupar Madrid», noviembre de 1936.

referido, de un modo bastante explícito, a los efectos que causaban los proyectiles artilleros, que explotaban «abrasando a todo desgraciado que se encuentra en el radio de acción».⁵⁰⁵

En cierto modo, algunas de las referencias escondían también una poco disimulada fascinación por la destrucción que generaban los medios tecnológicos. Los bombardeos resultaban aterradores tanto a nivel físico como psicológico, pero el tremendo despliegue de poder que se percibía detrás de una cortina de artillería, de un ataque de la aviación o de un asalto con blindados no escapaba a los ojos de los combatientes.⁵⁰⁶ Para muchos de ellos, la movilización había supuesto la entrada en contacto con las realidades más modernas de su época, de las que hasta ese momento tenían un conocimiento muy escaso o prácticamente nulo. Por ello, la guerra ejerció como un acelerador del tiempo histórico, lo cual explica perfectamente que, pese al terror que suscitaba, la tecnología apareciese como un elemento fascinante. Ese despliegue de poder merced a las nuevas máquinas de guerra representaba un mecanismo de imposición simbólica sobre el enemigo, de superioridad, algo ya empleado anteriormente en contextos coloniales y que, además, encajaba perfectamente con el modelo de masculinidad propuesto por el bando rebelde.⁵⁰⁷ Para el caso de las memorias, el uso de lenguajes explícitos, como el “abrasando” que veíamos que empleaba Paz, servían también para ese propósito de demostrar al lector hasta qué punto la tecnología resultaba poderosa, a la par que horrible. Por ejemplo, durante las jornadas de la batalla de Belchite entre agosto y septiembre de 1937, un proyectil de mortero estalló junto a un grupo de defensores, matando a trece e hiriendo a muchos más. Emilio Oliver, enrolado en la defensa de la localidad, describía los hechos con una mezcla de horror y trascendental asombro: «Cuando se disipa el humo, veo gente tendida por el suelo sobre charcos de sangre... [...] Completan el sangriento cuadro algunos cadáveres de paisanos, y muchos heridos... El espectáculo, sobre el fondo espiritual de Belchite, es apoteósico».⁵⁰⁸ Una perspectiva que, de hecho, recuerda a cómo el capellán legionario José Caballero caracterizaba las heridas sufridas por algunos de sus camaradas. De igual modo, el falangista Martínez Grana reproducía también este mismo esquema narrativo:

«No hay un palmo de terreno que no esté removido. La aviación y la artillería enemigas destruyen nuestras irrisorias defensas que con idéntica rapidez vuelven a formarse. No era posible señalar un solo punto en el que no se viese la huella de la metralla. Continuamente reventaban nuestras trincheras, volaban sus elementales reductos, se barría la superficie de la posición... ¡Qué espectáculo verdaderamente grandioso y sobrecogedor si no fuera tan trágico, tan sangriento!»⁵⁰⁹

⁵⁰⁵ Manuel Alfredo PAZ FERNÁNDEZ: op. cit., pp. 213 y 209.

⁵⁰⁶ Sobre cómo los combatientes percibían el carácter brutal de la guerra moderna puede verse el clásico de Eric J. LEED: op. cit.

⁵⁰⁷ Eileen RYAN: “Violence and the Politics of Prestige: The Fascist Turn in Colonial Libya”, *Modern Italy*, 20:2 (2015), pp.124–125

⁵⁰⁸ Emilio OLIVER ORTIZ: op. cit., p. 182. El propio Oliver, unas páginas más adelante, se refería a los terribles efectos de un cañoneo enemigo, de nuevo desde un punto de vista que combinaba terror y ensalzamiento del poder de la tecnología: «El fuego del cañón arrecia desesperadamente contra nuestros parapetos, pulverizándolos y haciendo masa con la sangre de sus defensores» (p. 187)

⁵⁰⁹ Fernando MARTÍNEZ GRANA: op. cit., p. 76.

La tragedia individual se mezclaba con el sobrecogimiento que producía el tremendo poder de los obuses, es decir, con la grandiosidad de lo abstracto, que en buena medida recordaba al carácter pretendidamente épico de lo colectivo. Aunque si había un contexto en el que esa doble dimensión terrorífica y grandiosa de la tecnología se manifestaba de forma más evidente era cuando se dirigía hacia los enemigos republicanos. Ricardo Gutiérrez, corresponsal de guerra que acompañaba a las fuerzas rebeldes en las operaciones destinadas a la conquista de Málaga, se recreaba con los efectos producidos por el bombardeo de los barcos de guerra que proporcionaban cobertura a las unidades en combate: «El camión [...] empezó a hacer explosiones, hasta que una terrible detonación lo deshizo por completo, saliendo las astillas del vehículo entremezcladas con los cuerpos de sus ocupantes. Nuestra emoción no tuvo límites ante cuadro tan fantástico.» Al referirse exclusivamente a los republicanos, lo que eliminaba esa dimensión trágica cimentada sobre la camaradería que veíamos en el fragmento de Oliver, el tono del relato de Gutiérrez variaba respecto al del resto de testimonios que hemos ido viendo. En este sentido, el hecho diferencial radicaba en el carácter de no combatiente del periodista. No haber tomado parte activa en ningún enfrentamiento armado influía en esa lectura en clave puramente idealizada de los efectos destructores de la guerra, algo que Gutiérrez refrendaba unas líneas más abajo al hacer balance de los combates sostenidos ese día por las fuerzas sublevadas: «La charla giró sobre la risueña jornada transcurrida».⁵¹⁰ Una interpretación que, desde luego, no era compartida por aquellos que habían sufrido en sus propias carnes el horror de la tecnología bélica.

La guerra, por ende, no fue lo que la mayoría de los combatientes esperaba. Aquí, de nuevo, la ausencia de referentes previos condicionaba las visiones de muchos individuos. Por un lado a nivel experiencial, más allá de la existencia de un conflicto limitado en lo cuantitativo y considerablemente diferente en lo cualitativo como el del Protectorado. Y, por otro, en lo cultural, debido a la ausencia de una cesura de similar importancia a la que se produjo en los diversos países europeos participantes en la Gran Guerra, aun considerando el significativo impacto que este conflicto tuvo en España, y que, en ese sentido, permitió perpetuar percepciones estereotipadas del hecho bélico.⁵¹¹ Sin embargo, eso no implicaba un desconocimiento absoluto de la brutalidad del combate. Las diversas campañas en el Protectorado, desde 1859 hasta la década de los 30 del siglo XX, habían suscitado grados variables de oposición, parte de la cual fue canalizada a través de la denuncia de los horrores de la guerra por, fundamentalmente, la prensa obrera y las organizaciones que aglutinaban a buena parte de las clases populares.⁵¹² En este sentido, dichas clases populares construyeron una particular memoria de la guerra y de sus costes

⁵¹⁰ Ricardo GUTIÉRREZ: op. cit., pp. 321 y 323. El relato completo de la jornada, que discurre por los mismos cauces que el ejemplo citado, en pp. 318-323. En todo caso, no es infrecuente encontrarse con este tipo de testimonios en los que los individuos, incluso soldados, se recreaban, desde su posición de meros testigos a salvo de las consecuencias, del poder de la tecnología y la guerra modernas. Por ejemplo, el oficial médico japonés Taniguchi Kazuo, desplegado en China a finales de 1937, recordaba cómo el sonido de la artillería «retumbaba en mi corazón», describiendo su experiencia, «en vez de estar en medio de una guerra [...] estar en un juego». Véase Aaron MOORE: op. cit., p. 83.

⁵¹¹ Sobre el impacto en España de la Gran Guerra véase Maximiliano FUENTES CODERA: *España en la Primera Guerra Mundial. Una movilización cultural*, Madrid, Akal, 2014.

⁵¹² Alfonso IGLESIAS AMORÍN: *La memoria de las guerras de Marruecos en España (1859-1936)*, Tesis doctoral inédita, Universidad de Santiago de Compostela, 2014; Alfonso BERMÚDEZ MOMBIELA:

alejada de la que pudieron conformar otros grupos sociales, algo similar a lo que aconteció para la Gran Guerra, en la que los intelectuales y los individuos educados que acudieron voluntaria y entusiastamente al frente, al inicio animados por una percepción romántica del conflicto, se vieron confrontados con una realidad brutal, alejada de lo que habían previsto, y, sobre todo, con el rechazo y el desprecio de aquellos que habían sido movilizados forzosamente, esto es, los integrantes de las capas más bajas de la sociedad.⁵¹³ De igual modo, diversos intelectuales españoles de la época se comprometieron con la construcción de una narrativa antibelicista y desmitificadora de los relatos en clave heroica –incluso siendo censurados y perseguidos por ello–, con la finalidad de trasladar una visión realista de la experiencia bélica a través de las crónicas de guerra, los reportajes y la literatura; una corriente que generó títulos como *Aita Tettauen* (Benito Pérez Galdós, 1905), *Notas de un voluntario* (Eugenio Noel, 1910), *Entre la paz y la guerra* (Manuel Ciges Aparicio, 1912), *Notas marruecas de un soldado* (Ernesto Giménez Caballero, 1923), *El Blocao* (José Díaz Fernández, 1927) o *Imán* (Ramón J. Sender, 1930).⁵¹⁴ Sin embargo, eso no se tradujo, aparentemente, en una reconsideración del hecho bélico de las dimensiones que sí habían propiciado obras como *La Peur* (Gabriel Chevallier, 1930) o *Im Westen nichts Neues* (Erich Maria Remarque, 1929), toda vez que, además, la mayoría de la producción cultural que giraba en torno a los conflictos en el Protectorado reproducía una narrativa que ensalzaba la guerra en clave mitopoética.⁵¹⁵ O, al menos, no lo hizo para los círculos en los que se movían esas obras. Una cuestión que nos lleva a algo que planteaba en la introducción, como son los límites de la literatura memorialística y en qué medida representarían al conjunto de los combatientes. Si consideramos que la alfabetización y el acceso a una mínima formación intelectual y educativa condicionarían la capacidad para escribir estas obras, es evidente que lo que se transmitió fue únicamente –o quizá cabría decir mayoritariamente– una parte del relato, dejando al margen otras percepciones procedentes de *backgrounds* socioculturales distintos.

En este caso, las clases medias y formadas cultivaron una imagen de desilusión y desencanto con la guerra, construida a partir de una idea romántica de cierta singularidad en el combate, al tiempo que sobre el concepto, mucho más habitual, de aventura. Sin

“¡Abajo la guerra! Aproximaciones a la oposición a la Guerra del Rif en la Zaragoza de principios del siglo XX (1909-1923)”, *Revista Universitaria de Historia Militar*, 5:10 (2016), pp. 264-282.

⁵¹³ Véase, por ejemplo, Nicholas MARIOT: *Tous unis dans la tranchée? 1914-1918, les intellectuels rencontrent le peuple*, París, Seuil, 2013. Un análisis general de esta cuestión en Emilio GENTILE: *L'Apocalisse della Modernità. La Grande Guerra per l'uomo nuovo*, Milán, Mondadori, 2014 [2008]. Un caso similar lo encontramos en la Segunda Guerra Sino-Japonesa. Según los resultados de una encuesta realizada en Japón hacia finales de 1937, las clases altas, no demasiado afectadas por la contienda, apoyaban un conflicto hasta las últimas consecuencias, interiorizando sin mayores problemas el carácter de “guerra sagrada” que le había conferido la propaganda. Sin embargo, estos resultados variaban significativamente para las clases medias y populares, que proporcionaban el grueso de hombres a los ejércitos imperiales. En su caso, la retórica propagandística tuvo una menor incidencia, al tiempo que deseaban una rápida terminación de la guerra. Véase Yoshimi YOSHIKI: *Grassroots Fascism...*, p. 44. Un esquema que se repetía en lo referente al nivel educacional, siendo los más formados los que apoyaban con menores reservas el conflicto. Véase *Ibidem*, p. 57.

⁵¹⁴ Alfonso IGLESIAS AMORÍN: “Los intelectuales españoles y la Guerra del Rif (1909-1927)”, *Revista Universitaria de Historia Militar*, 3:5 (2014), pp. 59-77.

⁵¹⁵ Un ejemplo en Alfonso IGLESIAS AMORÍN y Noelia IGLESIAS IGLESIAS: “La presencia de las guerras de Marruecos en el teatro español (1859-1930)”, *Hispanic Research Journal*, 18:2 (2017), pp. 131-145.

embargo, como veíamos, la tecnología destruía por completo ese carácter singular, y la aventura quedaba engullida por la disciplina castrense y, sobre todo, por el tedio, que caracterizó la vida en no pocos frentes de la Guerra Civil. Por tanto, dentro de esta particular visión de clase de la guerra, no fue tanto el impacto de las nuevas realidades tecnológicas lo que motivó ese desencanto, sino más bien las expectativas generadas y el incumplimiento de las mismas, toda vez que esa “desilusión” no fue un producto propio de las guerras del siglo XX, esto es, un derivado de la evolución armamentística, sino que tenía raíces en las décadas finales del siglo XIX.⁵¹⁶ Así lo expresaba un soldado anónimo que sirvió en una batería artillera, cuando constató que su traslado al frente no era más que uno entre otros muchos que se estaban produciendo en ese mismo momento. Es decir, que la importancia que él mismo se daba era inexistente y producto de una fantasía que no se correspondía con la realidad del campo de batalla: «Anochece y aún estamos esperando. Me descorazona el pensar que pasamos desapercibidos, cuando creía yo que la guerra dependía poco menos que de nosotros».⁵¹⁷ De hecho, un mes más tarde, en medio de los combates en torno a Teruel, el mismo artillero explicaba cómo había construido su concepto de la guerra, y cómo la experiencia lo había modificado, tanto respecto a lo que verdaderamente suponía el combatir como sobre la dureza de la cotidianidad bélica:

«Estoy desconcertado de tal forma, que llego a creer que tengo de la guerra un concepto totalmente equivocado. Creía, sin duda influenciado por las películas y lecturas de guerra, que ésta sólo consistiría en disparos, explosiones, avances, retrocesos, caídas, lamentos, cortes de alambradas, arengas, cantos victoriosos... en una palabra: combate, y este es el tercer día que estamos aquí, y nada ha sucedido de lo que yo imaginaba. Muy otra ha sido la actividad que hemos desplegado [constantes marchas] y que en mi fuero interno califico de tan absurda e inútil como penosa y desagradable.»⁵¹⁸

Las fuentes culturales, tal y como deja claro el fragmento, moldeaban la visión que esa parte de la sociedad tenía de la experiencia de guerra, generando todo un cúmulo de expectativas irreales que se vieron cuestionadas desde el primer momento en que los soldados entraron en combate, pues la guerra tenía mucho más de frío, hedor y vísceras que de arengas, heroicidades y cantos victoriosos. Igualmente, pese a que las “explosiones” podían ser una realidad en cierto modo esperable, las brutales consecuencias derivadas de estas no lo fueron de ninguna forma. Así, esas expectativas, además de con una visión romántica del combate, tenían también que ver con la minusvaloración de la capacidad destructiva de las armas de guerra, aspecto en el que serían extensibles a un conjunto más amplio de combatientes. Si bien es cierto que la deconstrucción del mito de la guerra entre las clases populares tenía unas raíces más profundas, la transformación tecnológica afectó a todos por igual, convirtiendo esa otra dimensión del trauma bélico en un elemento compartido por más individuos. Esto queda reflejado en ese papel que, en el

⁵¹⁶ Yuval N. HARARI: “Martial Illusions: War and Disillusionment in Twentieth-Century and Renaissance Military Memoirs”, *The Journal of Military History*, 69:1 (2005), pp. 43-72.

⁵¹⁷ Anónimo: *Artillería de Mallorca...*, entrada del 22 de noviembre de 1937.

⁵¹⁸ *Ibidem*, entrada del 3 de enero de 1938.

relato de los soldados, veíamos que tenían la brutalidad de las heridas y la muerte, algo que en no pocas ocasiones se relacionaba con la confusión existente respecto a qué forma final había adoptado la experiencia en el frente. El concripto Fernando Villalba ofrece un recorrido interesante en torno a esta cuestión en sus memorias, que perfectamente podría ser equiparable al que realizaron otros soldados con un perfil similar al suyo. Tras preguntarle a un compañero, se percató de que el área en la que estaba desplegado con su unidad era, efectivamente, el frente, si bien no la primera línea, algo que decepcionó a Villalba:

«La verdad yo traía bastante curiosidad por ver lo que es el frente y me sentí defraudado porque esperaba otra cosa. Esto no parece el frente ni por el forro; es un valle tranquilo cruzado por un pacífico riachuelo que va murmurando lo que toda corriente de agua acostumbra a murmurar. El sol, aburrido en un cielo sin nubes, luce aquí lo mismo que en la retaguardia. ¿Dónde están los parapetos, las alambradas, los nidos de ametralladoras, los tanques? No se ven por ninguna parte en estos parajes de égloga. ¿Es que aquí solo hay guerra los domingos? Todo está en calma. No se oye ni un miserable cañonazo. ¡Qué estafa! Esto es una birria de frente. Estoy por volverme a casa, aunque me parece que no me dejarían.»⁵¹⁹

Como se puede apreciar, en ningún momento Villalba parecía contemplar la posibilidad de que la segunda línea, o los frentes tranquilos, formasen parte del espacio del frente. De igual modo, la conceptualización de la guerra en clave heroica y no traumática influía su percepción, pues mencionaba con fastidio la falta de tanques y ametralladoras sin reparar siquiera en sus brutales efectos. En este sentido, las expectativas de gloria y aventura se veían truncadas en favor de una experiencia anodina y carente de cualquier tipo de emoción, algo que le permitía cultivar esa sensación de desilusión y de absoluto desinterés. Sin embargo, la vivencia del combate, unas páginas más adelante, operó un cambio radical en la cosmovisión de Villalba. Tras haber podido contemplar el poder de la tecnología bélica, y sobre todo tras constatar sus brutales efectos sobre los cuerpos de los soldados —pues su función dentro de la unidad era la de practicante—, admitía hasta qué punto su concepto de la guerra era erróneo, fruto, como veíamos en el caso del artillero, de cómo las diferentes manifestaciones culturales lo habían construido:

«También llegan muchos heridos en camillas, uno de los cuales me impresionó vivamente; venía el pobre herido en el vientre, y se retorció por el dolor de sus entrañas deshechas hasta ponerse boca abajo en la camilla ensangrentada. Oyéndolo gemir, me pareció que hasta ahora yo no me había dado cuenta aún de lo que es la guerra, de su verdadero y trágico aspecto. La guerra no es la marcha triunfal de Rubén Darío. Es esto.»⁵²⁰

⁵¹⁹ Fernando VILLALBA DIÉGUEZ: op. cit., p. 68.

⁵²⁰ *Ibidem*, p. 138.

En efecto, la guerra no se hacía bajo “la gloria solemne de los estandartes” ni la llevaban a cabo “heroicos atletas”. Ni tampoco, por mucho que el relato combatiente se esforzase en subrayarlo, tenía como premio, para el vencedor, la sonrisa de “la [mujer] más hermosa”.⁵²¹ Por el contrario, era tedio, irrelevancia y sufrimiento. Al igual que apuntaba antes, en este último fragmento se observa también una cierta ingenuidad de Villalba, producto quizá de esa peculiar transmisión cultural del hecho bélico en determinados sectores sociales. Por supuesto, aun para aquellos que tuvieran pleno conocimiento de las penalidades y destructividad de la guerra y que, por ende, no hubiesen mitificado la experiencia bélica, el enfrentarse a la realidad del combate y las heridas debía suponer un choque brutal. Pero la sorpresa que mostraba Villalba, no tanto por cuestiones asociadas al poder omnímodo de la tecnología sino más simples y habituales como el sufrimiento asociado a las heridas de guerra, denota la socialización en una serie de visiones idealizadas derivadas de su posición social y de su bagaje formativo. En todo caso, lo que es evidente es que la realidad de la contienda no respondía a ese constructo de aventura y “nostalgia de cielo” que pretendían sancionar tanto la propaganda como, sobre los conflictos bélicos pasados, una parte de la tradición literaria, que en buena medida era también propaganda en sí misma. Ni tampoco se asemejaba a cualquier otra experiencia previa. Como apuntaba el capellán falangista Salvador Torrijos, «Ayer, al salir de Castillejos, no sabía lo que era la guerra. Ni me la podía imaginar siquiera».⁵²²

De clase alta, media o baja; educados o analfabetos; ya fuese por la falta de adecuación a unas expectativas procesadas a través del filtro del romanticismo o por el salto cualitativo que supuso la irrupción de la guerra total en la historia bélica española; la diferencia entre imagen y experiencia implicó un choque brutal y traumático para los cientos de miles de individuos que fueron movilizados durante la Guerra Civil. Por ejemplo, el falangista Prudencio Doreste admitía que su condición de recién llegados al frente les convertía en individuos más impresionables por la multitud de nuevas realidades a las que tenían que hacer frente: «Nuestros ojos han venido contemplando cuadros de guerra, pero, ahora, éstos tienen características más realistas, más de momento. ¡Aviones derribados –todos eran de la canalla roja–, casas destruidas y campos devastados, es cuanto llena nuestras retinas! Todo nos sobrecoge. ¡Bien se ve que somos bisoños!».⁵²³ Dicho impacto, como refleja bien el relato combatiente, potenció y se tradujo en forma de un peaje psicológico que no pocos soldados tuvieron que pagar, y que en no pocas ocasiones generaba el desprecio y la incompreensión del colectivo. El teniente médico José Aznares mencionaba en sus memorias el caso de un colega de profesión perteneciente a un tabor de Regulares, el cual se había granjeado una muy mala opinión entre los integrantes del mismo, que lo acusaban de ser «un caso lamentable de miedo. ¿Qué saben ellos de sutilezas psicológicas ni de pánico *insuperable*? ¡Pobre muchacho!».⁵²⁴ Aquí se observa la pugna existente entre las redes de solidaridad y camaradería generadas por los propios

⁵²¹ De hecho, la construcción que de la guerra y la masculinidad realizaba en su poema Rubén Darío discurría por cauces similares a los que recorría el discurso sublevado/franquista, lo que convirtió al poeta en un referente cultural. Véase Carlos VARÓN GONZÁLEZ: “Ruben Darío, Fascist? Francoist Readings of *Modernismo*”, *Bulletin of Hispanic Studies*, 94:2 (2017), pp. 163-182.

⁵²² Salvador TORRIJOS BERGES: op. cit., p. 35.

⁵²³ Prudencio DORESTE: op. cit., p. 19.

⁵²⁴ AKELA [José Aznares García]: op. cit., p. 98, entrada del 27 de marzo de 1937.

soldados y las estructuras de control y encuadramiento construidas por el ejército sublevado. Es decir, la depredación que, de los mecanismos de relación tradicionales, realizaba la propaganda. El soldado enfermo no encajaba con el modelo de masculinidad imperante y, además, su debilidad traicionaba el vínculo de sacrificio compartido creado entre los camaradas, el cual, por otro lado, sí vemos que existía entre homólogos. Esa debilidad, además, tenía una naturaleza abstracta, y no tangible, lo que debido al desconocimiento de la época y el desprecio que antes veíamos hacia este tipo de trastornos la convertían en una deslealtad hacia el grupo, conllevando la expulsión del individuo. Una cuestión en la que, quizás, tuviese relevancia el hecho de que se tratase de personal sanitario, que aun estando ayudando en primera fila no compartía los mismos sacrificios que los combatientes, estando, por ende, menos legitimado para sucumbir a las presiones psicológicas de la experiencia bélica.

Las manifestaciones de miedo explícito no fueron habituales en las memorias escritas por los soldados rebeldes.⁵²⁵ Ya he citado el caso del legionario Francisco Caveró, quien admitía que aquellos que decían no sentir miedo al entrar en combate estaban, simplemente, mintiendo. Una cuestión que refrendaba dos páginas después de un modo similar: «Llegó un momento peliagudo. El parapeto se acabó; y hasta el más próximo [...] había un espacio como de doscientos metros, descubierto y batido con ametralladoras de derecha e izquierda. [...] me tocó la vez. Pasé miedo, un miedo horrible, y no me duele confesarlo».⁵²⁶ Y en la misma línea encontramos el relato del alférez provisional Amaro Izquierdo durante la defensa de Belchite. El avance de una columna republicana contra posiciones en el flanco de la ocupada por sus hombres y él, que amenazaba con dejarlos aislados del pueblo, hizo cundir el miedo entre estos: «Ahora sí, es difícil tranquilizar a los soldados. Los veo juntos, acurrucados, sin ganas de comer pero dispuestos a la lucha».⁵²⁷ Pero, más allá de algunas menciones concretas, lo que sí resulta más habitual son las referencias a la ansiedad que generaba la vida en el frente. En este sentido, dicha ansiedad podía provenir del hecho de estar en medio de un combate o un bombardeo, pero también de situaciones que sometían al soldado a un estado de tensión constante, como veíamos en la cita de Izquierdo. El ataque republicano no era lo que generaba miedo entre sus hombres, sino la posibilidad de quedarse aislados y, sobre todo, el hecho de no poder hacer nada por evitarlo, porque esa sensación de indefensión ante un golpe que se sabía inminente erosionaba significativamente la capacidad de aguante psicológico de los com-

⁵²⁵ Además de su cuestionamiento al modelo de masculinidad imperante en la guerra, la mención explícita al miedo conllevaba el reconocimiento de la presencia de la muerte en la vida diaria del soldado, lo que quizá explicaría su poca presencia en los testimonios y memorias. Pese a que nadie la olvidaba, recordarla y recrearse en ella era contraproducente para la supervivencia psicológica del combatiente. Véase Sönke NEITZEL y Harald WELZER: op. cit., pp. 175-176.

⁵²⁶ Francisco CAVERO Y CAVERO: op. cit., p. 33.

⁵²⁷ Amaro IZQUIERDO: op. cit., p. 15. El miedo también en AKELA [José Aznares García]: op. cit., p. 97, entrada del 26 de marzo de 1937. En el caso de Izquierdo, que presenta una escena en la que el miedo solo afectaría a sus hombres y no a él, se evidencian también los mecanismos de proyección del relato sobre terceras personas para evitar que el autor cargase con la etiqueta de miedoso o cobarde, presentando así un testimonio limpio y ajustado, si no ya a los valores masculinos del régimen, sí al modelo de combatiente ideal. Por supuesto, resulta imposible saber si en el caso concreto de Izquierdo este mecanismo se puso en práctica o no, pero era un recurso habitual en la reconstrucción de las experiencias y memorias bélicas de muchos veteranos de guerra. Véase Sönke NEITZEL y Harald WELZER: op. cit., pp. 177-182.

batientes. Una cuestión que, dado el escenario de precariedad constante en el que se movió el ejército rebelde a lo largo de todo el conflicto, afectaba tanto a los soldados encuadrados en unidades y frentes activos como a los que lo estaban en sectores y formaciones estáticos.

Por ejemplo, un elemento interesante a este respecto resultaban las guardias nocturnas. La noche epitomizaba los terrores del soldado, puesto que le permitía al enemigo ocultarse y atacar sin ser visto, esto es, sin otorgar capacidad de reacción al individuo, lo cual las memorias mencionaban con frecuencia. Así lo expresaba el requeté Rosendo Domenech, precisamente referido a un contingente de nuevos reclutas recién llegados al frente:

«Y estos muchachos recién llegados de su bella Isla Dorada, pacífica, de ensueño o de cuento de hadas, se han incorporado a las trincheras cuando precisamente la noche comienza a desplegar sus negras alas sobre estas serranías; cuando el más leve ruido hace dar un salto al corazón; cuando cualquier sombra se troca en uno de aquellos gigantes que el Quijote veía en los molinos; cuando se pagaría cualquier suma por llegar a la mañana siguiente y encararse con la luz.»⁵²⁸

Si la noche era un medio que causaba especial tensión entre los combatientes veteranos, sus efectos todavía se potenciaban más en el caso de los reclutas. Por un lado, la propia propaganda —es decir, las visiones de la guerra que se reproducían en retaguardia y que los recién llegados todavía no habían podido refutar experiencialmente— se encargaba de representar a los republicanos como combatientes arteros que aprovechaban cualquier eventualidad, como la noche, para no atacar de frente, es decir, de un modo “masculino”. Por otro, la adecuación al ecosistema sonoro del campo de batalla, que no solo tenía que ver con la interiorización de los sonidos estruendosos sino también con la capacidad de soportar y comprender el silencio de los momentos de guardia y descanso, no resultaba un proceso rápido. Así, ambos elementos se combinaban para exagerar esa dimensión traumática de la experiencia bélica y para ahondar en la disonancia entre imagen y realidad a la que antes hacía referencia. En esta misma línea, a la noche había que sumarle, además, el concurso de otros elementos como el mal tiempo, que todavía complejizaban aún más la cuestión, dificultando el distinguir si había o no un enemigo avanzando contra las posiciones propias. El falangista Prudencio Doreste y el voluntario Bonifacio Soria coincidían en subrayar esta cuestión: debido a la «nula visibilidad» era imprescindible «emplear los cinco sentidos». Cuando caía la lluvia quedaban «cegados y sordos por el infernal estruendo de los truenos», habiéndose «la nerviosidad [...] apoderado de nosotros ante el temor de una sorpresa [...] creyendo ver, a cada momento, bajo la rápida luminaria de los relámpagos, el detalle que denunciara el avance cauteloso del enemigo». Como concluía el propio Doreste: «todo ello, rodeado de impenetrable oscuridad, era algo que nos ponía los pelos de punta».⁵²⁹ A fin de cuentas, estos testimonios demuestran que la experiencia de tensión física y psicológica del frente no solo se remitía a los momentos

⁵²⁸ Rosendo DOMENECH PUIG: op. cit., p. 128.

⁵²⁹ Respectivamente, Bonifacio SORIA MARCO: op. cit., p. 99; y Prudencio DORESTE: op. cit., pp. 31 y 70.

de combate, sino que se extendía a otros marcos que entroncaban con la rutina diaria del soldado. Así, los períodos que comprendía eran mucho más amplios, pues las guardias y la espera en las trincheras de primera línea representaba una mayor porción del tiempo de la vida del combatiente.

Sin embargo, el combate seguía siendo el elemento central en torno al cual giraba la literatura memorialística, al tiempo que constituía la principal fuente de tensión, ansiedad, miedo y, en definitiva, erosión de la capacidad de resistencia mental del soldado. De este modo, el continuum establecido entre combate y vida cotidiana en el frente –guardias, presencia en las trincheras en primera línea, etc.– permite ponderar los efectos psicológicos que tenía la experiencia bélica a lo largo de periodos largos de tiempo, algo habitual en el caso que nos ocupa si consideramos la falta endémica de efectivos de las unidades. La naturaleza y tiempo de exposición variaban en función del tipo de unidad y del frente en el que esta estuviera desplegada. Así, los combatientes de divisiones de choque como la 13 DI, la 5ª de Navarra o la 150 DI, empleadas de forma habitual en las sucesivas batallas y campañas que iban teniendo lugar, soportaron periodos de combate activo más prolongados. Mientras que, por su parte, los integrantes de divisiones estacionadas en frentes estáticos, como la 17 DI, no se vieron involucrados en enfrentamientos sostenidos por demasiado tiempo. Sin embargo, en ambos casos la permanencia en el frente sin un relevo adecuado, es decir, sometidos a la tensión del combate activo y a la generada por la vida en primera línea, aunque fuese en un sector estabilizado, se extendió por periodos superiores a lo deseable. De hecho, esta continua exposición al estrés derivado de la contienda era un elemento propio de la guerra moderna, espoleado por la irrupción de la tecnología y subsiguiente transformación del *warfare*.⁵³⁰ Por ejemplo, para el caso de la 13 DI encontramos variaciones del tiempo medio de exposición a situaciones de combate en función del empleo de determinadas unidades y de los propios ritmos de las batallas en las que se hallaba inmersa. Para el periodo comprendido entre el 6 de febrero y el 14 de marzo de 1938, en el que la división estaba envuelta en las operaciones en torno al río Alfambra, la 2ª brigada combatió durante 7 días, nunca más de 3 de forma consecutiva, y disfrutó de periodos de inactividad durante los 29 días restantes, llegando a acumular hasta 20 jornadas en esta situación, si bien en ningún momento fue relevada del frente para un periodo de descanso prologando. Por su parte, otra unidad de dicha división, la VI BL, estuvo combatiendo, en el marco de la batalla del Ebro, un total de 69 días entre el 24 de julio y el 9 de octubre de ese mismo año, acumulando hasta 37 jornadas consecutivas; mientras que únicamente disfrutó de 8 días sin enfrentamientos, nunca más de 8 seguidos.⁵³¹ Sea como fuere, estos lapsos temporales no se correspondían con los

⁵³⁰ Dave GROSSMAN: op. cit., p. 44. Hasta el siglo XIX, e incluso entonces solo de forma limitada, la guerra había tenido un carácter netamente estacional, lo que contribuía, además de las propias formas en las que se libraban las batallas, a reducir ese tiempo de exposición permanente al estrés de la guerra.

⁵³¹ Véanse AGMAV, C. 1573, 23. 13 DI, Partes de operaciones, “De la 2ª Brigada de esta división de los días 6 de Febrero a 5 de Marzo y varios días más de este mes”, marzo de 1938; y AGMAV, C. 1575, 15. 13 DI, Partes de operaciones, “De la 6ª Bandera de La Legión, días 24 de julio último a 9 del actual”, octubre de 1938. Las cifras de la VI BL se asemejan a las de la 150 DI en la batalla de Teruel, que estuvo en servicio ininterrumpido desde finales de diciembre de 1937 hasta febrero de 1938. Véase David ALFRE LORENZ: *La batalla de Teruel...*, p. 263. Para el ejemplo de un batallón, el 9º del Regimiento de Infantería de Zamora nº 29, desde su constitución hasta el final del conflicto, véase Francisco J. LEIRA CASTIÑEIRA: *La socialización de los soldados del ejército sublevado...*, pp. 331-349.

periodos recomendados por los psicólogos para evitar la aparición de secuelas derivadas del estrés de guerra. Un estudio a partir de la experiencia de la Segunda Guerra Mundial apuntaba que a partir de dos meses de continuos combates, algo que se cumplía para el caso de la VI BL, era esperable que la práctica totalidad de la unidad, hasta el 98 % de sus integrantes, sufriera traumas psicológicos. De igual modo, el ejército británico en la Gran Guerra consideraba que sus fuerzas podían pasar cientos de días hasta llegar a sufrir secuelas mentales, si bien por cada 12 días de combate tenía que haber 4 de descanso, algo que el ejército americano reducía a 8, y que para el caso de los australianos en Malasia y Singapur, durante la Segunda Guerra Mundial, veíamos que se rebajaba hasta los 7 días.⁵³² Teniendo en cuenta que, para el caso del contingente rebelde durante la Guerra Civil Española, diversos informes alertaban de la escasez, e incluso de la inexistencia, de sistemas de rotación en las unidades, la incidencia de los trastornos psicológicos debió ser considerablemente elevada.

Incluso, el propio descanso en retaguardia estaba marcado por la intranquilidad que producía el no tener noticias de los camaradas a los que se había dejado, lo que impedía la completa desconexión de la guerra. Tal y como apuntaba el capellán falangista José Caballero al ser relevado de su unidad: «No puedo disimular la tristeza de abandonar esta gente».⁵³³ En todo caso, la sensación de indefensión era, al igual que veíamos en el caso de Izquierdo, el elemento central de la angustia generada por el combate, una cuestión en la que la tecnología tenía un papel protagónico. Por ejemplo, el propio Caballero calificaba de «desesperante la expectación nerviosa» vivida cuando, en el frente de la Ciudad Universitaria de Madrid, se sabía que los republicanos habían colocado una mina que todavía no había explotado.⁵³⁴ Es decir, que dicha sensación tenía nuevamente más que ver, en lo referente al carácter traumático de la realidad bélica, con la irrupción de los nuevos medios de guerra que con el desajuste entre dicha realidad y unas expectativas idealizadas; siendo, por ende, extensible a un conjunto de combatientes más amplio. El combatiente Emilio Oliver hacía hincapié en ese sentimiento de impotencia durante los bombardeos enemigos:

«Por paradoja, sólo descansa nuestro espíritu de esa preocupación [la inminencia de la muerte] durante el instante relámpago en que nuestro cuerpo sufre la sacudida de una explosión cercana, pues sabemos que si hemos de morir en una de ellas la detonación no la oiremos; y eso es lo que pone en inquietud nuestros nervios; [...]

El proyectil de un cañón puede blanco en nosotros cuando más confiados nos hallamos; y la intranquilidad que el primer disparo llevó a nuestro espíritu, no cesa con el último, que no sabemos cuál es.»⁵³⁵

⁵³² Dave GROSSMAN: op. cit., pp. 43-44.

⁵³³ Padre José CABALLERO: op. cit., p. 153, entrada del 30 de enero de 1937. Una sensación que también tenía el argentino Héctor Colmegna, pues separarse, aunque temporalmente, de ese «sentimiento profundo de fraternidad humana» que constituía la relación con sus camaradas le producía una inmediata «nostalgia del frente». Véase Héctor COLMEGNA: op. cit., p. 44. Sir ir más lejos, muchos soldados que, por el motivo que fuese, eran enviados a retaguardia generaban un sentimiento de culpa por considerar que habían abandonado a sus compañeros en el frente, razón por la cual intentaban regresar cuanto antes. Véase Ilya BERKOVICH: op. cit., pp. 220-223; y Stephen G. FRITZ: op. cit., pp. 178-179.

⁵³⁴ *Ibidem*, p. 143, entrada del 20 de enero de 1937.

⁵³⁵ Emilio OLIVER ORTIZ: op. cit., p. 68.

Este fragmento resulta interesante, además, por cómo se plantean los efectos del combate sobre la psique del soldado. En un escenario como el del asedio de Belchite, en el que se sabía que tarde o temprano se iba a producir un asalto enemigo, los combatientes experimentaban una constante tensión al no conocer el momento exacto en el que este tendría lugar. Sin embargo, cuando comenzaba la batalla no cesaba dicha tensión, sino que se canalizaba a través de otro elemento como era la imposibilidad de evitar la muerte y la incerteza de saber cuándo esta llegaría. La mente del combatiente sufría un proceso de constante presión de la cual no podía escapar, ya fuese en el combate o fuera de este, y que terminaba por deshacer sus nervios. De hecho, en el relato de Oliver subyace una concepción del tiempo como algo considerablemente decelerado que se extendía de forma irreal, alargando el padecimiento de los soldados. Esta cuestión estaba presente también en las memorias del capellán de requetés Policarpo Cía, para quien, durante un bombardeo de la aviación republicana en la que «Las bombas abrían cráteres a nuestro alrededor y en ocasiones sepultaban entre piedras, tierra y humo a los Requetés; la metralla volaba en pedazos y arrastraba en sus anfractuosidades de hierro y plomo girones de tela, carne y de hueso», «un cuarto de hora; me parecieron siglos».⁵³⁶

En este marco de trauma y sufrimiento constante y acentuado, en el que se vivían «los momentos más amargos» y se percibía «la realidad tremenda del riesgo continuo», el peaje psicológico pagado por los combatientes se hacía notar de diferentes formas.⁵³⁷ Por ejemplo, algunos soldados liberaban las tensiones acumuladas tras los combates llorando, si bien el llanto adoptaba significados diferentes. Podía ser, para la literatura más propagandística e ideologizada, «virile [...] di orgoglio per avere superato la prova», en una clara reconceptualización que buscaba, por la vía de la trascendencia y la épica, eliminar todo componente de debilidad.⁵³⁸ Aunque también, en otras ocasiones, se interpretaba como una quiebra del modelo de masculinidad imperante, el del combatiente frío, estoico e impassible ante el peligro. La emoción, así entendida, era un rasgo de feminidad, y como tal se utilizaba para caracterizar las debacles sufridas por el ejército sublevado, tal y como veíamos anteriormente para el caso de la división *Penne Nere* del CTV. Sin

⁵³⁶ Policarpo CÍA NAVASCUÉS: op. cit., p. 203. Esta percepción del tiempo como una dimensión que se estiraba sin solución de continuidad es un elemento común del relato que los soldados elaboraban sobre la experiencia de un bombardeo, tal y como se observa para otros conflictos. Para el caso de la Gran Guerra véase Stéphane AUDOIN-ROUZEAU: “The French Soldier in the Trenches”, en Hugh CECIL y Peter H. LIDDLE (eds.), *Facing Armageddon. The First World War Experience*, Barnsley, Pen&Sword, 2003 [1996], pp. 222-223. Otro ejemplo lo encontramos durante la Segunda Guerra Sino-Japonesa, cuando el combatiente chino Liu Binghuan y su unidad fueron atacados por la aviación nipona en el marco de la batalla de Taiyuan (septiembre-noviembre de 1937): «En torno a las 10 de la mañana, mientras marchábamos, observé aviones enemigos bombardeándonos de forma incesante, al tiempo que los sonidos de los proyectiles de artillería tronaban en nuestros oídos sin parar». Véase Aaron MOORE: op. cit., p. 89. Además, en la línea de cómo describía Cía el ambiente de humo y destrucción producido por los efectos de los proyectiles, el requeté José María Resa Ortego hacía hincapié en el carácter «desesperados y dramáticos» de los instantes posteriores al estallido de las bombas cuando, al mismo tiempo, se estaba librando un combate a poca distancia del enemigo. Así, resultaba «del todo punto imposible el distinguirmos unos de otros; no sabías a quién tenías a tu lado, si era nacional o rojo: Así que en la rapidez de la acción estaba la vida o la muerte». Véase José María RESA ORTEGO: op. cit., p. 90.

⁵³⁷ Véase, respectivamente, Francisco VÁZQUEZ CARRASCO: op. cit., p. 117; y Padre José CABALLERO: op. cit., p. 27.

⁵³⁸ Guido Pietro MATTHEY: op. cit., pp. 12-13.

embargo, en el relato combatiente menos alineado con las narrativas oficialistas de la contienda, el llanto representaba una cuestión muy habitual para aquellos que habían pasado por la experiencia del frente, como era la incapacidad de determinados individuos de soportar la presión y su consiguiente derrumbe emocional. Es el caso del diario de José Luis Martín Vigil, en el que mencionaba el ejemplo de un camarada que no había podido adaptarse a la vida en las trincheras: «Se llama Pepe, es andaluz y miedoso más allá de lo normal. Se le ha visto alguna vez, perdidos los nervios, llorar acurrucado en el fondo de una trinchera durante el fragor de un contraataque».⁵³⁹ Un comportamiento que enlaza con el de algunos reclutas del remplazo de 1941 en las jornadas del Ebro, tal y como veíamos en la primera parte de la tesis.

De igual modo, las pesadillas eran otra de las manifestaciones habituales de ese peaje psicológico, lo que en esencia implicaba que el miedo y la angustia iban contaminando los diferentes espacios de tranquilidad y seguridad del soldado, como en este caso el sueño. El falangista Prudencio Doreste lo evidenciaba de forma muy clara en sus memorias: «sufrí terribles pesadillas. Por todas partes veía sangre y muerte».⁵⁴⁰ El combate dejaba una huella profunda en la mente del combatiente, y si no era capaz de derrumbarlo por completo sí le obsequiaba con secuelas considerables y duraderas.⁵⁴¹ En esto, la constante tensión a la que era sometido el sistema nervioso de los individuos en el frente jugaba un rol fundamental. Tal y como apuntaba el voluntario rumano Neculai Toțu, haciendo una suerte de recorrido gradual a través del prisma de su propia experiencia, durante «un ataque [...] los nervios no funcionan normalmente, sino en estado de sobreexcitación»; algo que, pasadas unas jornadas de constantes combates, había evolucionado significativamente: «El poder de resistencia del sistema nervioso disminuye, pero el instinto de conservación se despierta más fuerte en medio de esta locura de fuego».⁵⁴² En el caso de Toțu, quizá su capacidad de aguante fuese mayor –si bien es cierto que no pasó demasiado tiempo en el frente–, o quizá su convencimiento ideológico, tal y como afirmaba en sus memorias, le dio fuerzas para soportar la tensión del combate. Pero para otros individuos esto no fue así. En este sentido, las memorias aquí analizadas únicamente ofrecen dos casos en los que se pueda leer entre líneas –nunca de forma explícita– una referencia, más clara que los indicios ya comentados, al trastorno por estrés posttraumático o neurosis de guerra. La primera de ellas proviene, paradójicamente por lo escaso de este tipo de fuentes, del relato de un falangista enrolado en un pesquero militarizado y artillado, el *Virgen de Iciar*, cuando comenta que uno de los grumetes, un joven de 16 años que trabajaba en las cocinas, tenía los nervios destrozados por la tensión de la guerra.⁵⁴³ La segunda, más reveladora, la apunta el capellán legionario José Caballero a propósito de un bombardeo que sufre su bandera: «Un herido grave, con temblor muy extraño, como

⁵³⁹ José Luis MARTÍN VIGIL: op. cit., p. 208.

⁵⁴⁰ Prudencio DORESTE: op. cit., p. 77.

⁵⁴¹ Por ejemplo, mediante la recreación constante de las escenas traumáticas vividas en el frente, algo que condicionaba la calidad de vida de los excombatientes en la posguerra, así como de sus familias. Un ejemplo para el caso de la Guerra Civil Americana (1861-1865) en Eric T. DEAN JR.: “«The Awful Shock and Rage of Battle»: Rethinking the Meaning and Consequences of Combat in the American Civil War”, *War in History*, 8:2 (2001), pp. 149-165.

⁵⁴² Neculai TOȚU: op. cit., pp. 14 y 119.

⁵⁴³ Ignacio CAÑAL Y GÓMEZ-IMAZ: op. cit., p. 26.

atontolinado. El médico cree que está loco. No sabía ni los años que tenía. Al poco, otro por el estilo. ¿Qué les pasaba? No sacamos nada en claro. ¿Efectos de algo de kifi?». ⁵⁴⁴ La escasez de este tipo de referencias apunta, a mi juicio, a la naturaleza del discurso que buena parte de las memorias estudiadas buscaban codificar, aunque también al desconocimiento existente sobre las consecuencias psicológicas de los conflictos bélicos, y sobre los trastornos mentales en general, tal y como de hecho se observa en el fragmento de las memorias de Caballero o en el que citaba anteriormente del diario del teniente médico José Aznares. La pretensión de sancionar un modelo de masculinidad exacerbado forzaba la depuración de este tipo de menciones, sobre todo de las más explícitas, pues no hacían sino cuestionar dicho ideal en las personas de los combatientes, esto es, de sus principales representantes. No obstante, la incidencia de estos trastornos en conflictos similares, como ambas guerras mundiales, permite afirmar que su número y frecuencia fueron mucho mayores que lo que el relato combatiente, al menos el más próximo cronológicamente al conflicto, hace ver. ⁵⁴⁵

Ahora bien, toda esa tensión y angustia también encontraban formas de canalización alternativas, que si bien no las convertían en elementos inocuos sí posibilitaban la supervivencia psíquica del soldado. En este sentido, las memorias escritas por los combatientes hacen diversas referencias a cómo se articulaba ese proceso de acostumbramiento a la guerra y a la constante presencia de la muerte. Es el caso, por ejemplo, del alférez provisional José Luis Martín Vigil, que reflexionaba acerca de la relevancia de la muerte en su propia experiencia como combatiente:

«Las horas son más largas cuando se espera algo, aunque este algo sea la muerte, y hay tiempo de pensar. Me planteo la idea de morir, así en frío. ¿Me asusta? Puedo decir que no. Me asusta el modo, no el hecho consumado. Lo cruento de la muerte, la previsible herida que puede ser atroz; ese desgarramiento de la carne; ese destroz del cuerpo; el hueso triturado, las entrañas vertidas, el pecho reventado...» ⁵⁴⁶

Es posible que la reflexión de Martín Vigil contuviese un cierto grado de resignificación *a posteriori*, y que su pretendida aceptación de la muerte no fuese tan aproblemática como planteaba. ⁵⁴⁷ Pero, en cualquier caso, demuestra que ante la necesidad ineludible de entender que la muerte era una constante que formaba parte de la vida del soldado, nada «raro en estos días» sino «habitual, que no sorprende y no nos atemoriza»,

⁵⁴⁴ Padre José CABALLERO: op. cit., p. 111.

⁵⁴⁵ Ben SHEPHARD: *A War of Nerves. Soldiers and Psychiatrists, 1914-1944*, Londres, Pimlico, 2002.

⁵⁴⁶ José Luis MARTÍN VIGIL: op. cit., p. 197. Una reflexión similar en Neculai TOȚU: op. cit., p. 15.

⁵⁴⁷ En este sentido, otras memorias directamente presentaban la indiferencia ante la muerte como un elemento que formaba parte de un determinado código de conducta compartido. El legionario Francisco Cervero afirmaba, sobre unos compañeros de unidad encargados de rellenar de balas los cargadores vacíos, que llevaban a cabo su tarea «sin que el más leve gesto denunciase siquiera preocupación ante la lluvia de balas que caían a su alrededor». En el caso de Cervero, ya hemos visto anteriormente que su relato se distanciaba en diversas ocasiones del modelo de masculinidad combatiente construido durante y tras la guerra, como cuando afirmaba tener miedo durante los combates. Así, el fragmento citado no respondería tanto a la intención de reproducir dicho modelo, sino a la articulación de un espíritu de cuerpo propio, el de la Legión en este caso, en el que la valentía y el culto a la muerte también tenían un peso fundamental. Véase Francisco CAVERO Y CAVERO: op. cit., p. 73. Sobre el culto a la muerte en la Legión véase Geoffrey JENSEN: *Cultura militar española...*, p. 228.

lo que mayor angustia suscitaba era el sufrimiento asociado a esta.⁵⁴⁸ Es decir, que se había interiorizado perfectamente el carácter atroz de la guerra moderna y las heridas que dejaba en los cuerpos de los combatientes y se buscaba, por todos los medios, evitar un destino semejante, en una suerte de idealización, en clave de supervivencia mental individual, de la muerte en el campo de batalla. En cualquier caso, lo que otorgaba ese carácter habitual a la angustia generada por el combate era la acumulación de jornadas en el frente. Aquí, nuevamente, cobra relevancia el escaso entrenamiento que recibían los soldados antes de ser desplegados, pues les impedía familiarizarse con los sonidos y situaciones más habituales del campo de batalla, lo que hubiera ejercido como un mecanismo de amortiguación del impacto que la guerra generaba en todo individuo que no la había vivido antes.⁵⁴⁹ Así lo expresaba, de hecho, el falangista Prudencio Doreste, acerca de varios de los aspectos cotidianos de su vida en las trincheras. Por ejemplo, cuando se refería a la rutina diaria de bombardeo por parte de los aviones republicanos: «Al principio, qué negarlo, sentimos miedo; después, ya acostumbrados, nos burlábamos de ellos, llamándoles ‘los despertadores’»; o al escuchar los sonidos producidos por ametralladoras y cañones conforme se acercaban al frente, algo que anteriormente veíamos que le sobrecogía: «¡Es que ya estábamos hechos al ambiente!»; y, por supuesto, al hablar de la devastación y los cadáveres que quedaban en el campo de batalla tras los combates: «¡Espectáculo macabro que ya no nos impresionaba por habernos habituado a él!».⁵⁵⁰

Igualmente, el alcohol era otro de los grandes canalizadores de la tensión psicológica derivada del combate y la vida en el frente. Pero, de nuevo, aquí nos encontramos con la barrera impuesta por la particular narrativa impuesta por los rebeldes, legitimadora de una determinada estructura social y constructora de una nueva masculinidad, en función de la cual el abuso del alcohol resultaba un vicio que había que erradicar, por lo que no figuran demasiadas referencias al respecto. La más evidente se articula, precisamente, en forma de reproche hacia la actitud de determinados combatientes, algo que representaba, por un lado, la particular visión del autor del libro –un sacerdote– y, por otro, una forma de aleccionar a los potenciales lectores acerca de aquellas cuestiones que eran y no eran tolerables en una sociedad marcada por la sumisión al modelo de vida católico. Así, el capellán José Caballero se lamentaba al ver a un grupo de combatientes que llegaban «algo ‘trompas’ y acaba imposibles. Efectos, sin duda, del nerviosismo de vivir al filo de la muerte.»⁵⁵¹ No obstante, según se desprende, algunas páginas después, de las propias

⁵⁴⁸ Bănică DOBRE: op. cit., p. 144.

⁵⁴⁹ Sobre la relación entre instrucción y capacidad de soportar la realidad de la guerra moderna véase Joanna BOURKE: op. cit., p. 89-106. En todo caso, un entrenamiento prologando tampoco vacunaba a los reclutas de sufrir un impacto brutal al enfrentarse a su primera experiencia bélica. Un ejemplo lo encontramos en el caso de operador de morteros japonés Ōnishi Katsumi, movilizado en enero de 1941 y cuyo bautismo de fuego no se produjo hasta la Operación Sei-go contra las provincias chinas de Zhejiang y Jiangxi en mayo de 1942. Si bien al principio afirmaba sentir una «firme determinación», la virulencia de los combates y de las políticas de ocupación niponas transformaron por completo su visión: «No sé de qué va esto, pero es horrible, espantoso». Véase Yoshimi YOSHIKI: *Grassroots Fascism...*, pp. 201-204.

⁵⁵⁰ Prudencio DORESTE: op. cit., pp. 25 y 29. Respecto a los cadáveres, al antes mencionado Martín Vigil destacaba el hedor que desprendían los cuerpos mal enterrados de los caídos, o los restos despedazados de los animales que se iban encontrando por el camino. No obstante, «a un mal olor se acostumbra uno, como a todo». Véase José Luis MARTÍN VIGIL: op. cit., p. 167. Esa habituación a las explosiones conforme se acumulaban los días en el frente también en Neculai TOȚU: op. cit, p. 102.

⁵⁵¹ Padre José CABALLERO: op. cit., p. 206, entrada del 30 de abril de 1937.

memorias de Caballero, esta actitud solo era vista con malos ojos por el propio capellán, ya que los oficiales de la unidad la toleraban e incluso instigaban comportamientos de similar catadura moral, a ojos del capellán, como la prostitución: «me encuentro al coronel Bartomeu, en visita de la posición [...] Se ha fijado en todo, y lo más lamentable es que ha echado de menos el ‘mujerío’ típico de África. Se ha tomado como orden del día: ‘hay que poner un “cabaret” aquí enseñada.».⁵⁵² Esto no implicaba que en todas las unidades se tuviese la misma permisividad hacia este tipo de cuestiones, pues en última instancia dependía de la tolerancia o no de cada mando en particular, pero sí evidenciaba que el alcoholismo o la prostitución servían como mecanismo de desconexión de la vida en el frente.⁵⁵³ Sin ir más lejos, la política de suministro de bebidas alcohólicas a las tropas para combatir el frío en escenarios tan crudos como el del invierno turolense de 1937-1938 o los compases finales de la batalla del Ebro, era aprovechada por los combatientes con la finalidad de obtener más alcohol del estipulado por el reglamento.⁵⁵⁴ Un informe de la 15 DI advertía en enero de 1938 del «consumo creciente e inesplicable [sic] de alcohol [...] en la Farmacia del Cuerpo de Ejército [...] que hace sospechar en las circunstancias actuales, un uso del mismo para fines distintos de los quirúrgicos y médicos».⁵⁵⁵ Desde luego, la 15 DI no se encontraba en primera línea de batalla, pues aun estando desplegada en Aragón las posiciones que ocupaba estaban lejos de Teruel. Pero el CE al que pertenecía, el Marroquí, sí estaba involucrado de lleno en los combates por la ciudad del Aragón meridional, lo que explicaría ese crecimiento exponencial en la extracción de alcohol que, si bien pudiera responder al mismo tiempo a una escasez en el suministro necesario para combatir las bajas temperaturas –o incluso a la existencia de

⁵⁵² *Ibidem*, p. 312, entrada del 15 de febrero de 1937. La referencia a África resulta interesante por la traslación de las particulares de guerra desarrolladas en el marco colonial, en las cuales la masculinidad vehiculada a través de la sexualidad tenía un papel importante. No en vano, Caballero volvía a insistir un poco más adelante en la necesidad de poner freno a la presencia de las juergas en el frente: «¡No estamos en África, estamos en guerra de cruzada, con doble responsabilidad!». Véase *Ibidem*, p. 316, entrada del 25 de febrero de 1937.

⁵⁵³ En sus memorias, el alférez José Luis Martín Vigil afirmaba que las tropas «no tenían acceso fácil al alcohol», lo que puede ser una muestra de que dentro de su unidad este tipo de conductas estaban más vigiladas. Véase José Luis MARTÍN VIGIL: *op. cit.*, p. 133.

⁵⁵⁴ Véanse David ALEGRE LORENZ: *La batalla de Teruel...*, p. 331 y AGMAV, C. 1598, 101. 15 DI, Suministro de bebidas, “Concediendo bebidas alcohólicas para combatir el frío”, octubre de 1938. En todo caso, esta práctica, como es evidente, no solo era exclusiva del ejército sublevado, sino que constituye una constante a lo largo de la historia de la guerra. Tanto el alcohol como las drogas han sido empleadas masivamente con la finalidad de inhibir el miedo y el cansancio producidos por la crudeza del combate y el desgaste de la vida en el frente. A nivel general, véase Lukasz KAMIENSKI: *Shooting Up. A Short History of Drugs and War*, Oxford, Oxford University Press, 2016. Durante la Gran Guerra, en Niall FERGUSON: *The Pity of War, 1914-1918*, Londres, Penguin, 1998, pp. 351-352. Para la Segunda Guerra Mundial y la Wehrmacht véanse Norman OHLER: *El gran delirio. Hitler, drogas y el III Reich*, Barcelona, Crítica, 2016; Sönke NEITZEL y Harald WELZER: *op. cit.*, p. 179; y, en el teatro chino, Aaron MOORE: *op. cit.*, p. 88. Durante la Guerra de Vietnam (1955-1975), el ejército estadounidense recetaba tranquilizantes y otros medicamentos a sus soldados para sobrellevar el estrés, lo que se sumaba al consumo que estos hacían de alcohol, marihuana, opio o heroína. En todo caso, estos remedios solo servían para enmascarar los efectos de los traumas durante el despliegue, no curando en ningún caso, e incluso agravando, las enfermedades. Véase Dave GROSSMAN: *op. cit.*, pp. 272-273. Sobre la invasión soviética de Afganistán, entre 1979 y 1989, en Svetlana ALEXIÉVICH: *op. cit.*, por ejemplo pp. 153-155.

⁵⁵⁵ AGMAV, C. 1598, 36. 15 DI, Sanidad, “Alcohol etílico. Restricción en su consumo”, enero de 1938. Véanse también los conflictos generados en torno a las bebidas alcohólicas en el frente, lo que denotaría una cierta adicción entre los soldados: David ALEGRE LORENZ: *La batalla de Teruel...*, p. 364.

redes de contrabando y venta ilegal en el seno del ejército—, resalta esa idea del refugio en el alcohol como forma de sobrellevar la tensión psicológica de la guerra. Así se explicaría, en parte, la tendencia de los combatientes a emborracharse durante sus permisos en retaguardia, tal y como relataba el voluntario italiano Guido Pietro Matthey: «Ho vissuto quattro giorni in quel chiassoso paese del sud [...] dove bevevo cifre spaventose di litri di birra».⁵⁵⁶

Sin embargo, ese acostumbamiento también generaba otras dinámicas, como un determinado nivel de insensibilidad hacia la muerte del enemigo y el propio hecho de matar. Este, en cierto modo, formaba parte de la progresiva habituación al escenario bélico y constituía un mecanismo más de supervivencia psíquica del soldado, aunque la sensación de poder, sobre todo inserto dentro de unos determinados códigos de masculinidad competitiva, también generaba un gusto por la comisión del acto en sí.⁵⁵⁷ Por supuesto, no implicaba una banalización absoluta y aproblemática del hecho de matar, ya que dicho proceso resulta del todo imposible aun para colectivos cuyo convencimiento ideológico, o personal, les inclinaba a desear y legitimar la muerte de sus víctimas.⁵⁵⁸ Pero sí permitía un distanciamiento suficiente y necesario con el que poder continuar realizando su tarea como combatientes. Las memorias, siguiendo la estructura que ya hemos visto antes para otras cuestiones relativas a la experiencia de guerra, reconstruían esa actitud de trivialización de diversas formas, en función del tipo de discurso que codificasen y buscasen sancionar. Francisco Vázquez Carrasco, en su relato sobre las vicisitudes de las unidades de requetés onubenses, recogía el testimonio, «fuera de sí por el entusiasmo», de un teniente de Regulares que había presenciado una carga de los combatientes carlistas contra posiciones defendidas por brigadistas internacionales, «dejando en el campo, atravesado por el hierro de las bayonetas del requeté, numerosos cadáveres».⁵⁵⁹ En este caso, la indiferencia por la muerte del enemigo se vehiculaba a través de la idea de regeneración nacional mediante la purga de los elementos nocivos que posibilitaba la guerra, una cuestión alejada de la percepción del grueso de los soldados.⁵⁶⁰

⁵⁵⁶ Guido Pietro MATTHEY: op. cit., p. 100, entrada del 23 de agosto de 1938. En la misma línea véase José LLORDÉS: op. cit., p. 180.

⁵⁵⁷ Véanse Joanna BOURKE: op. cit., pp. 37-40; Sönke NEITZEL y Harald WELZER: op. cit., p. 95; e Ilya BERKOVICH: op. cit., p. 195. Incluso, en ocasiones el gusto por matar o por la vivencia de la guerra en sí aparece como una de las motivaciones explicitadas por los combatientes. Véase Niall FERGUSON: op. cit., pp. 357-366.

⁵⁵⁸ Véase el caso de los participantes en las ejecuciones de judíos y otros colectivos durante la guerra en la Unión Soviética en Christopher BROWNING: *Aquellos hombres grises*, Madrid, Edhasa, 2010 [1992]; y en Daniel J. GOLDHAGEN: *Los verdugos voluntarios de Hitler. Los alemanes corrientes y el Holocausto*, Madrid, Taurus, 2008 [1996]. Habiendo aprendido de conflictos anteriores, en los que algunos soldados se negaban a matar o utilizaban diversas estrategias, como disparar a fallar, para evitar hacerlo, los ejércitos se esforzaron por crear programas de desensibilización de sus combatientes con la finalidad de facilitar el acto en sí y evitar sus posteriores peajes psicológicos. Un ejemplo lo encontraríamos en la Guerra de Vietnam, en la que el ejército estadounidense ideó este tipo de programas, si bien con no muy buenos resultados. Véase Dave GROSSMAN: op. cit., p. 251 y ss.

⁵⁵⁹ Francisco VÁZQUEZ CARRASCO: op. cit., p. 69.

⁵⁶⁰ La vinculación entre violencia y su justificación a través del prisma ideológico, común para todo conflicto bélico, en ocasiones no solo alcanzaba el ámbito de la propaganda, sino que también calaba entre algunos combatientes, tal y como dejan ver sus diarios privados. Véase Yoshimi YOSHIKI: *Grassroots Fascism...*, pp. 70-79.

Por su parte, en una reflexión más realista y menos influida por el discurso hegemónico franquista, el alférez provisional Amaro Izquierdo se debatía entre la incompreensión que le producía su progresiva insensibilidad y la satisfacción por matar enemigos, que no por nada comportaba la propia supervivencia. Admitía recrearse, él y sus camaradas, «en el morboso placer del éxito seguro» al ser «humanamente imposible no hacer blanco», lo que les hacía estar «borrachos» de sangre, «más valientes, más duros, más salvajes, más libres de toda atadura humana». Pero, al mismo tiempo, se sorprendía de la «facilidad» con que la asumían el acto de matar: «Me desconozco a mí mismo. No puede ser que en diez días mi alma y mis sentimientos se hayan endurecido hasta el extremo de poder caminar y avanzar impasible, sin la emoción y el triste dolor de la inminente derrota de los primeros días». En cualquier caso, el propio Izquierdo era consciente de la necesidad de adoptar esa actitud de indiferencia como mecanismo de supervivencia psicológica y de evitar una excesiva valoración moral de su actuación en el frente, algo que admitía como colofón a toda esta introspección: «no es el caso de enjuiciar la manera de prolongar nuestras vidas».⁵⁶¹

⁵⁶¹ Amaro IZQUIERDO: op. cit., pp. 32-48. De hecho, las reflexiones de Izquierdo se asemejarían con bastante exactitud a las diferentes fases a través de las cuales el soldado procesa el hecho de matar a otro ser humano, la última de las cuales es la racionalización, cuyo fracaso derivaría en secuelas psicológicas por la incapacidad de lidiar con los actos cometidos. Véase Dave GROSSMAN: op. cit., pp. 233-242. De ahí, que los veteranos de guerra utilizasen sus memorias como un mecanismo para impermeabilizarse de las consecuencias morales de sus actos sobre la base de la brutalidad de la experiencia bélica y la necesidad de superar las barreras éticas en la defensa de sus camaradas. Es el caso del combatiente de la *Légion des volontaires français* (LVF) Eric Labat, que en la introducción de su diario de guerra retaba a quien fuese a juzgar su actuación sobre una base moral sin haber pasado por las mismas penalidades que sus compañeros y él sufrieron en el Frente Oriental. Cfr. David ALEGRE LORENZ: *Experiencia de guerra y colaboracionismo...*, p. 182.

Capítulo 7

La hermandad combatiente II. La camaradería como mecanismo de supervivencia

En definitiva, los soldados construyeron unas visiones más o menos similares sobre lo que suponía la experiencia bélica. El miedo que producía el combate, el horror del dolor, la brutalidad de los nuevos medios bélicos, la ansiedad de la vida en el frente, los efectos psicológicos de la constante exposición a elevados niveles de tensión, el acostumbramiento, los mecanismos de supervivencia mental y las consecuencias para la propia construcción del yo derivadas a la brutalización formaban los elementos esenciales de una cultura de guerra construida y compartida por el grueso de los combatientes, dejando de lado su particular codificación *a posteriori*, ya fuese en forma de relato sancionador en clave mitopoética de la Nueva España o a través de un prisma mucho más realista y alejado de la lectura en clave ideológica. El hecho de compartir esa percepción de lo que constituía el ser soldado, de la particular experiencia que estaban viviendo, creaba unos mecanismos de identificación colectiva que ejercían como amalgama de los lazos personales establecidos en la trinchera. Es decir, no se trataba únicamente de construir vínculos en base a las afinidades específicas entre individuos, sino que el mero hecho de compartir la condición de combatiente generaba ya una conexión sobre la que se asentaban la cohesión de las unidades y la supervivencia de sus integrantes en el frente.⁵⁶² Tal y como expresaba el requeté José María Resa de forma elocuente, «eran nuestros hermanos combatientes Nacionales», independientemente de si se trataba de compañeros de unidad o de simples desconocidos.⁵⁶³

En este sentido, Resa elaboraba una identificación que iba más allá de lo ideológico y se vehiculaba a través de la experiencia de sufrimiento en común, la cual permitía crear vínculos mucho más tangibles y duraderos. A diferencia de lo que sucedía para otras cuestiones características de la vida en el frente, las memorias, independientemente de su finalidad o del discurso que buscasen codificar, tendieron a conceptualizar la noción de camaradería sobre la base de la vivencia del combate y las penalidades en el frente, y no tanto a través del prisma de lo político. Por supuesto, eso no implica que no se hiciesen referencias a la cuestión en torno a esas coordenadas, ya que buena parte de la carga ideológica de este tipo de literatura, sobre todo de la escrita durante o inmediatamente después del conflicto, se vehiculaba a través de la idea del sacrificio del conjunto de los españoles en pro de la regeneración nacional. Pero las menciones más explícitas a los lazos de camaradería construidos entre los combatientes tendieron a abandonar el discurso más politizado, quizá porque a través de él resultaba del todo imposible reflejar una

⁵⁶² Un ejemplo para el caso de la Wehrmacht durante la Segunda Guerra Mundial en Thomas KÜHNE: op. cit., p. 134.

⁵⁶³ José María RESA ORTEGO: op. cit., p. 112. Igualmente, el capellán legionario José Caballero recordaba cómo, en una ocasión, unos soldados de un regimiento cercano a donde él se encontraba con su unidad, la X BL, se habían acercado para saludarle: «Vienen a saludarme unos del regimiento de Toledo, conocidos de la Sierra. ¡Cómo nos ha unido la lucha en aquel original frente!». Véase Padre José CABALLERO: op. cit., p. 133, entrada del 5 de enero de 1937. Esta idea del ejército, o cualquier otro entre supraindividual colectivo, como una gran hermandad es un elemento común a toda experiencia bélica. Véase, por ejemplo, Ilya BERKOVICH: op. cit., pp. 217-218.

realidad que no había discurrido mayoritariamente por esos cauces, y que de explicarse en dichos términos generaría una cierta desafección o falta de identificación por parte de la masa combatiente.⁵⁶⁴ Aquí, al igual que en otros aspectos de la propaganda dirigida a los soldados que veremos a lo largo de esta segunda parte, entran en juego los equilibrios entre discurso ideologizado y perspectivas más pragmáticas que permitiesen atraer al mayor número de combatientes posibles a las filas del Nuevo Estado.

El ingreso en el ejército suponía ya la asunción de esa hermandad casi desde el primer momento e independientemente de las afinidades políticas de cada uno. Lo primordial resultaba evaluar el carácter de cada uno de los individuos de la unidad a la que se llegaba, pues de ellos dependía la propia suerte y con ellos se iba a «compartir sin límites lo bueno y lo malo». El teniente médico José Aznares evocaba en sus memorias las primeras impresiones causadas por sus compañeros nada más ingresar en el tabor de Regulares al que había sido destinado. El cabo del botiquín, que iba a ser su ayudante, le pareció un individuo «más listo que el hambre, activo y simpático», mientras que el comandante de la unidad le suscitaba algunos celos, debido a su «psicología muy elemental», que le hacía ver las cosas sin «grados intermedios»; y su rápida capacidad de enfado, el cual le llevaba a perder «el sentido de la realidad y las proporciones», una cualidad nada positiva para un jefe militar. De igual modo, el resto de oficiales y tropa eran individuos de distintas procedencias, destacando entre ellos un alférez de complemento, de formación universitaria, con el que rápidamente trabó amistad Aznares: «Se le nota la Universidad a la legua y, como era inevitable, hemos simpatizado en el acto».⁵⁶⁵

El relato del teniente médico resulta interesante por dos cuestiones. En primer término, porque evidencia que el principal mecanismo de integración en las unidades lo constituían los lazos de camaradería, especialmente con aquellos individuos con los ya que se tenían una serie de afinidades previas, como la procedencia socioeducativa en este caso.⁵⁶⁶ Y, segundo, porque dicha camaradería se asumía plenamente desde el primer momento, sobre la base de que se iban a compartir con esos hombres todas las penalidades propias de una experiencia tan brutal como la guerra, algo que de hecho explica cómo se

⁵⁶⁴ De hecho, las únicas referencias explícitas en clave netamente política fueron las que tenían como protagonistas a la Falange y el Requeté, con la voluntad de ofrecer una imagen de hermandad en el frente diferenciada de los conflictos existentes en retaguardia, sobre todo en torno a la Unificación de abril de 1937. Véanse, por ejemplo, Salvador TORRIJOS BERGES: op. cit., p. 110; o Héctor COLMEGNA: op. cit., pp. 52-53. No obstante, la animadversión entre ambos grupos fue una cuestión recurrente durante la guerra, tanto en el frente como en la retaguardia. Véase Mercedes PEÑALBA-SOTORRÍO: *Entre la boina roja...*; e Íd.: “Red Berets, Blue Shirts: Nationalist Militia Forces in the Spanish Civil War”, en James MATTHEWS (ed.), *Spain at War. Society, Culture and Mobilization, 1936-44*, Londres, Bloomsbury, 2019, pp. 33-49. De hecho, algunos testimonios de prisioneros y evadidos al bando republicano refrendaban *a priori* esta cuestión. Véase Centro Documental de la Memoria Histórica (en adelante, CDMH), Carpeta F184, “Declaración de 2 evadidos del bando “nacional” (José Betancón y Leopoldo Sánchez Clamares”, 25 de diciembre de 1937, folio 15; y “Declaración de 3 evadidos del bando rebelde (Reinerio García Menéndez, Juan Ortega Coto, José Ramón Díaz)”, 3 de marzo de 1938, folio 23.

⁵⁶⁵ AKELA [José Aznares García]: op. cit., pp. 36-38.

⁵⁶⁶ Según sintetiza Alexander Lafon para el caso del ejército francés durante la Gran Guerra, la identidad social de los combatientes se articulaba en torno a tres elementos: edad, procedencia geográfica y, sobre todo, nivel educativo o profesión. De este modo, las afinidades tendían a ser más fácilmente construibles a través de estas vías. Véase Alexandre LAFON: op. cit., pp. 34-36.

construyó esa dimensión en el relato combatiente.⁵⁶⁷ Así, por ejemplo, el capellán de requetés Manuel Barberá recordaba la fortaleza de los vínculos creados entre la tropa, que cobraban mayor sentido en los momentos más difíciles: «Desde nuestro puesto, al abrigo de la llovizna y el granizo, pensamos en los nuestros, porque aquí hemos llegado a querernos como hermanos, que allá arriba, en las cumbres, fieles al mando, aguantaron a pie firme el viento y el aguacero».⁵⁶⁸ En cierto modo, Barberá buscaba compartir el sufrimiento de sus compañeros en aquellas jornadas de inclemencias meteorológicas ahondando en esa sensación de hermandad que él mismo explicitaba y que, como apuntaba Resa, alcanzaba no solo a los camaradas más cercanos o a los miembros de la propia unidad, sino al conjunto del ejército. Igualmente, el también capellán Salvador Torrijos mencionaba la dura vida en el frente para resaltar esa unión existente en las filas rebeldes: «nosotros, los hermanados por la lucha y el dolor, los que dormimos en las mismas trincheras y nos cedemos las ropas, alimentos y armas sin mirarnos distintivos».⁵⁶⁹

La camaradería incluso sirvió para unir a individuos con evidentes diferencias ideológicas dentro de las propias filas rebeldes. La movilización masiva y la morfología del golpe habían hecho que no pocos soldados de convicciones republicanas e izquierdistas hubiesen acabado combatiendo en el ejército insurgente, algo que se reprodujo igualmente para el caso del EPR. No obstante, la experiencia del sufrimiento compartido permitió que se sobrepusieran a esas diferencias, o al menos que las dejaran de lado en beneficio de lo que les conectaba como combatientes. Una parte de la explicación la encontramos, desde luego, en la propia necesidad de sobrevivir de los individuos que habían caído en el bando “enemigo”, aunque lo primordial era el hecho de que el trauma y las penalidades vividas por todos por igual permitían trascender esa dimensión política y profundizar en el terreno de lo puramente humano. Por ejemplo, el combatiente gallego Faustino Vázquez Carril fue movilizado por los sublevados nada más iniciarse el conflicto, pese a que sus simpatías se inclinaban claramente hacia el bando republicano. En las páginas de su diario vertió abundantes críticas a la ideología del ejército en el que le había tocado combatir, razón por la cual fue sentenciado a muerte y ejecutado en mayo de 1937. Pero, al mismo tiempo, no dejó de ensalzar la camaradería establecida con sus compañeros de armas, independientemente de las afinidades políticas de cada uno.⁵⁷⁰ De igual modo, otro caso similar es del artillero rebelde José Canales Carrasco, capturado por el EPR durante la toma de Teruel. Tras ser enviado a un penal en Valencia, fue reci-

⁵⁶⁷ Un ejemplo de esto, encarnado en la experiencia de los soldados alemanes durante la Segunda Guerra Mundial, en Stephen G. FRITZ: op. cit., pp. 165-170.

⁵⁶⁸ Manuel BARBERÁ SABORIDO: op. cit., p. 42.

⁵⁶⁹ Salvador TORRIJOS BERGES: op. cit., p. 111. Precisamente, el hecho de compartir la comida era un elemento que contribuía significativamente a la mejora de los lazos de camaradería, especialmente en momentos de escasez. Véase James MATTHEWS: *Reluctant Warriors...*, p. 164. Un ejemplo en el testimonio del requeté Josep VINYET ESTEBANELL: *Diari de guerra d'un requeté català. Als fronts del Segre, del Pallars, de l'Ebre i de Llevant*, Tremp, Garsineu Ediciones, 2010, p. 84. Sin embargo, no hacerlo, o el hecho de que existiesen notables diferencias en el abastecimiento a, por ejemplo, oficiales y tropa, erosionada esa idea de hermandad. Véase, para la Gran Guerra, Hew STRACHAN: “The Morale of the German Army, 1917-18”, en Hugh CECIL y Peter H. LIDDLE (eds.), op. cit., p. 391.

⁵⁷⁰ Véase Faustino VÁZQUEZ CARRIL: op. cit. Un análisis más extenso sobre las contradicciones entre lenguaje y realidad en esta y otras memorias de combatientes sublevados en Francisco J. LEIRA CASTIÑEIRA: *La socialización de los soldados del ejército sublevado...*

clado como combatiente republicano, lo que le permitió construir una imagen de los soldados “rojos” mucho más cercana y humana, alejada de los clichés de la propaganda franquista.⁵⁷¹

Quizá, la existencia de formas alternativas de identificación, como la pertenencia a un cuerpo concreto, facilitasen la integración de estos combatientes de diferente ideología. En este sentido, para el caso del ejército rebelde, la particular mística de la Legión era recordada por diversos veteranos como un elemento distintivo específico que les convertía en combatientes diferentes al resto. Francisco Caveró recordaba con «orgullo» el haber servido en su bandera, y no desaprovechaba la oportunidad para, en sus memorias, alardear de lo que le distinguía de los demás integrantes del ejército sublevado: «algo inmaterial, tal vez un soplo vivificante de Millán Astray, flotaba en nuestros banderines»; «el desprecio a la vida que solo saben sentir los legionarios».⁵⁷² De igual modo, el voluntario rumano Neculai Toțu, enrolado en la VI BL, evocaba el carácter irracional y casi atávico del ser legionario, del cual se ufanaba:

«Los del Tercio somos más orgullosos. [...] Hay unas reglas muy extrañas en el Tercio, que nos han sorprendido mucho. Unas son excelentes, pero otras no tienen mucha justificación. Por ejemplo, cuando estamos en marcha, nadie se agacha, sino que seguimos adelante cuando llega el obús. Era considerado miedoso aquel que se agachaba o se doblaba. Tenemos que quedarnos firmes para no disminuir nuestro prestigio. Luego, hay que evitar, ni huir de las balas. [...] En definitiva, los del Tercio, en un ataque, mueren hasta el último en su puesto, ya que no se retiran; esta palabra no la conocen, sino siempre “adelante”.»⁵⁷³

Por supuesto, el credo de la Legión se imbricaba perfectamente con la ideología del bando rebelde, en tanto en cuanto la sanción de un determinado modelo de ultramasculinidad y la defensa de la regeneración a través del sacrificio en la guerra constituían elementos centrales del discurso construido por los líderes de la sublevación. Pero la existencia de un particular espíritu de cuerpo permitía un resquicio identificativo e integrador para individuos que buscasen purgar su pasado izquierdista a través del alistamiento en este cuerpo, considerando además que la Legión se nutrió de no pocos combatientes que respondían a este perfil. Sin ir más lejos, la identificación de cada combatiente con su arma o su unidad concreta fue un elemento habitual durante la Guerra Civil, ejerciendo una labor de cohesión más tangible que la derivada de lo ideológico.⁵⁷⁴

Dentro este constructo en torno a las relaciones de afinidad entre los combatientes, la figura del oficial ejercía un rol fundamental. Tanto los comandantes de las unidades,

⁵⁷¹ Véase José CARRASCO CANALES: op. cit., p. 138 y ss.

⁵⁷² Francisco CAVERO Y CAVERO: op. cit., pp. 158, 49 y 62.

⁵⁷³ Neculai TOȚU: op. cit., p. 57. Un ejemplo similar, aunque en este caso reivindicando la identidad de su quinta y no de su unidad, en las memorias de Fernando Villalba, quien apuntaba que en una discusión acerca de cuál era la más valiente, «nosotros formamos la parte más escogida (modestia aparte...)». Véase Fernando VILLALBA DIÉGUEZ: op. cit., p. 8.

⁵⁷⁴ Los cánticos propios, como la “Salve marinera”, los santos patrones de las unidades, o el particular panteón de los héroes de cada arma –Blas de Lezo, Daoíz y Velarde, etc.–, eran algunos de estos referentes alternativos. Véase Francisco J. LEIRA CASTIÑEIRA: “Los «soldados de Franco»...”, pp. 267-268.

como los cuadros intermedios más cercanos al soldado y aquellos con empleo castrense pero que no eran militares, caso de los capellanes, se erigieron en referentes para el conjunto de la tropa por su liderazgo y su labor de asistencia.⁵⁷⁵ En este sentido, si era importante la figura del camarada, especialmente si se trataba de un soldado veterano, más aún si cabe lo era la del oficial, pues la confianza en su capacidad para ejercer su mando en el frente y en lo que respectaba a los problemas de sus soldados resultaba crucial para cohesionar a las unidades, convertirlas en organismos eficaces y mantener la moral de sus integrantes.⁵⁷⁶ El ejército sublevado era muy consciente del ascendiente de los oficiales sobre la masa combatiente, y al tiempo que les instruía sobre la mejor forma de aprovechar esa influencia buscaba también instrumentalizar las relaciones creadas en beneficio propio, es decir, para socializar entre la tropa valores e ideas clave que permitiesen construir lealtades hacia el nuevo régimen. En este sentido, una instrucción de febrero de 1939, a modo de guía del buen oficial, recomendaba a estos comportarse con sus hombres justamente y sin arbitrariedades, conociéndolos y preocupándose sus problemas. El afecto hacia los soldados, y el que estos le profesaban en respuesta, constituía un signo del éxito en su labor como figura referente, mientras que la imposición de castigos como mecanismo de autoridad representaba su fracaso.⁵⁷⁷ Esa visión coincidía con la ofrecida por algunos veteranos, quienes recordaban especialmente a aquellos oficiales que se habían mostrado cercanos a sus hombres. Por ejemplo, un artillero relataba la satisfacción que

⁵⁷⁵ En líneas generales, respecto al culto que recibían los generales de las divisiones y GGUU, este se asemejaba más a la mitificación caudillista construida en torno a la figura de Franco que a cómo los soldados veían a sus mandos más cercanos, que discurría por cauces mucho más pragmáticos. Un ejemplo lo encontramos en las memorias del falangista Fernando Martínez Grana, referido a la figura del general Aranda. Este era descrito como «la armonía de valores raciales y virtudes cristianas exentas de actitudes llamativas. En silencio se va forjando el prestigio de su carrera. No se escucha el estrépito de los cinceles de los acontecimientos por que [sic], por una vez, han tenido el acierto de acoplarse a la sencillez de su corazón». Es decir, más como un modelo de masculinidad ideal que como una figura realista y cercana al mundo de los combatientes. Véase Fernando MARTÍNEZ GRANA: op. cit., pp. 30-31. Por otro lado, sobre la restitución de la capellanía castrense, de forma interina durante la guerra y que no fue oficial hasta 1940, véanse James MATTHEWS: “Comisarios y capellanes...”, pp. 180-181; AGMAV, C. 1458, 6. VI Región Militar, Clero castrense, “Relación nominal de capellanes”, enero de 1937; y AGMAV, C. 2316, L. 32, 65. CGG, EM, “Aprobando propuestas de asimilación a alféreces, de la 6ª, 7ª y División de Soria de los sacerdotes civiles y los soldados presbíteros”, marzo de 1937.

⁵⁷⁶ A este respecto, véase también James MATTHEWS: *Reluctant Warriors...*, p. 130. Algunos ejemplos para otros conflictos modernos y contemporáneos en Ilya BERKOVICH: op. cit., pp. 195-196; Gary SHEFFIELD: “Officer-Man Relations, Discipline and Morale in the British Army of the Great War”, en Hugh CECIL y Peter H. LIDDLE (eds.), op. cit., pp. 413-424; u Omer BARTOV: *The Eastern Front...*, pp. 40-67.

⁵⁷⁷ AGMAV, C. 1368, 44, pp. 1-3. CE Marroquí, Organización, “Instrucción nº 21, del día 25, sobre la función del Oficial y educación moral de la tropa (E. del Norte, Artillería)”, febrero de 1939. Una instrucción similar, de finales de 1936, en la que se buscaba potenciar un rol “activo” del oficial en AGMAV, C. 1208, 97. Ejército del Norte, Organización, “Instrucción de milicias de FET de Lugo. Por mandos militares. Práctica diaria en todas las Unidades. Teórica. De tiro. Normas para la instrucción de tropas”, septiembre a diciembre de 1936. La capacidad de combinar buen trato, ecuanimidad y competencia en el frente eran pilares básicos para que los oficiales pudieran ejercer su autoridad y que fuese aceptada por sus hombres. Lo que, consecuentemente, generaba una predisposición para esa otra labor de socialización ideológica que perseguían las autoridades rebeldes. Una cuestión constante a lo largo de los conflictos de la historia. Para las guerras del Antiguo Régimen véase Ilya BERKOVICH: op. cit., pp. 208-210. Para la Gran Guerra, David ENGLANDER: “Discipline and morale in the British Army, 1917-1918”, en John HORNE (ed.), *State, society and mobilization in Europe during the First World War*, Cambridge, Cambridge University Press, 1997, pp. 129-130.

les produjo la visita de su comandante, el cual «goza entre nosotros de una simpatía ganada [...] porque, particularmente, ninguno que haya acudido a él en suplica de alguna demanda justa, se ha visto defraudado en sus esperanzas».⁵⁷⁸ Mientras que el soldado Bonifacio Soria se alegraba del ascenso a alférez habilitado de su sección de un individuo que, hasta ese momento, había sido soldado como él. El mencionado alférez combinaba al mismo tiempo autoridad, en forma de «carácter enérgico si es preciso», y cercanía, mediante un «trato afable, de sincera sencillez» que atraía «en seguida [sic] la estimación de todos». Una personalidad que permitía trascender las barreras de la jerarquía castrense y que, por ello, creaba un vínculo muy fuerte con sus ahora subordinados, precisamente lo que demandaba la instrucción a la que antes me refería: «Siempre se condujo con nosotros como un oficial y, al propio tiempo, como un amigo; por ello, nuestra obediencia fue ciega, considerándonos honrados de estar bajo las órdenes de tan digno oficial».⁵⁷⁹ Además, la procedencia de este alférez remitía a otro elemento muy importante a la hora de entender la camaradería construida en el frente, como es el hecho de que no pocos suboficiales y oficiales hubiesen ascendido directamente de entre la tropa. Como veíamos en la primera parte, esta práctica era bastante habitual dada la falta endémica de personal cualificado, especialmente cuadros de mando, constituyendo por ende un elemento reforzante de esos vínculos de hermandad.

Sin embargo, quizá lo más relevante de la instrucción era el uso que, tal y como se explicitaba, se debía dar al ascendiente que los oficiales tenían entre sus soldados. De hecho, la fecha de las instrucciones, distribuidas a menos de dos meses de terminar la guerra, da una clave importante acerca de la orientación que debía recibir esa socialización de las ideas básicas del ideario rebelde. Ya no era necesario construir un discurso orientado a la movilización bélica, sino que más bien debía enfocarse a la inminente posguerra y al papel que debían jugar los combatientes en la generación de una «nueva moral nacional». De este modo, se hacía hincapié en la necesidad de reforzar la educación moral de la tropa debido a la «incorporación de contingentes cada vez más numerosos y menos homogéneos espiritualmente, y la proximidad de la paz», en la que estos veteranos debían llevar «a la vida civil una impresión justa de la nobleza de esta profesión militar, que ha sido sistemáticamente desconocida hasta el comienzo de la guerra». El ejército rebelde buscaba seguir exprimiendo el carácter formativo de la experiencia de guerra, tanto por la necesidad de homogeneizar a la sociedad española sobre la base de los valores del franquismo como con las miras puestas en su «educa[ción] y prepara[ción] para las graves contingencias de la vida civil», es decir, para actuar como referentes ideológicos del

⁵⁷⁸ Anónimo: *Artillería de Mallorca...*, entrada del 28 de abril de 1938.

⁵⁷⁹ Bonifacio SORIA MARCO: op. cit., p. 14. En esta misma línea el marinero Ignacio Cañal recordaba la cercanía con la que les trataban sus oficiales, quienes veían en ellos «a simples compañeros que accidentalmente desempeñaban oficios inferiores». Una hermandad más allá de los rangos de cada uno que también impactó al voluntario rumano Bănică Dobre, cuando tras un ataque enemigo los mandos se aprestaron, como uno más, a evacuar heridos hacia retaguardia, ofreciendo un «espectáculo magnífico de la total fraternidad de oficiales y soldados». Véanse, respectivamente, Ignacio CAÑAL Y GÓMEZ-IMAZ: op. cit., p. 22; y Bănică DOBRE: op. cit., p. 122. Otro ejemplo, referido al capellán de la unidad en este caso, en Anónimo: *Artillería de Mallorca...*, entrada del 10 de septiembre de 1938.

nuevo régimen, legitimados por su experiencia y su victoria en el frente.⁵⁸⁰ Una cuestión que refuerza la idea ya planteada acerca de la pretensión del ejército sublevado de convertir la movilización forzosa en un proceso de renacionalización en clave fascista de los españoles conscriptos. Así, sobre el terreno, estas instrucciones se tradujeron en políticas concretas como la formación de cuadros de mando claramente politizados, caso de los alféreces provisionales, o la impartición de charlas y conferencias patrióticas en las que militares –tanto soldados como oficiales–, y no dirigentes de Falange, cantaban las bondades del Nuevo Estado y exponían los beneficios prácticos que comportaría la victoria sobre el gobierno de la Segunda República. Y, al mismo tiempo, fueron puestas en práctica por no pocas de estas figuras de referencia, como por ejemplo el capellán legionario José Caballero, que recorría los parapetos repartiendo «tabaco [...] catecismos y libros piadosos».⁵⁸¹ Eso no significaba que los soldados aceptasen acríticamente todo lo que, a este respecto, procedía de sus mandos o de los capellanes, pero la vehiculación de las políticas de socialización ideológica a través de la explotación de los vínculos de camaradería, como en el caso de Caballero combinando el repartir tabaco –un bien muypreciado en el frente– y literatura religiosa, era una estrategia que conseguía magnificar sus efectos o, al menos, trabajar en niveles diferentes, y más efectivos, que los de la mera propaganda directa en forma de discursos, prensa o lecturas.

En cualquier caso, y más allá de su función como “ideologizadores” de la tropa, la inexperiencia la mayoría de los combatientes y el miedo derivado que, como veíamos, compartían muchos de ellos, convertía a los oficiales y a los capellanes en sostenedores de la moral en el campo de batalla, y en la vida en el frente en general. A estos últimos por su capacidad de ofrecerse para escuchar las penalidades, sufrimientos y confesiones de los soldados, y a los primeros, además, por su condición de líderes durante los combates. Sin ir más lejos, en muchas de las propuestas de condecoración de mandos legionarios por su actuación durante la toma de Badajoz se mencionaba que habían estado animando constantemente a sus tropas durante los combates, constituyendo para ellas «un ejemplo de entusiasmo».⁵⁸² En esta línea, un artillero recordaba cómo la serenidad que mostraban sus mandos le ayudaba a sobreponerse a sus propios miedos y le infundía seguridad en la victoria: «Me voy convenciendo de que los Jefes tienen en la mano el valor de sus soldados. Confieso que en aquellos momentos al ver yo a los míos tan indiferentes ante el peligro, dentro del natural sobresalto, me sentía seguro de mí mismo».⁵⁸³ De igual modo, al soldado José Carrasco Canales y a sus compañeros les sacó de su parálisis, y muy probablemente de un destino mucho más funesto, «la voz autoritaria, la voz de mando, en verdad más que una voz el grito de uno de los jefes: ¡Fuego, fuego! ¡Arriba España!

⁵⁸⁰ AGMAV, C. 1368, 44, p. 1. CE Marroquí, Organización, “Instrucción nº 21, del día 25, sobre la función del Oficial y educación moral de la tropa (E. del Norte, Artillería)”, febrero de 1939; y Ángel ALCALDE: *Los excombatientes franquistas...*, p. 178 y ss.

⁵⁸¹ Padre José CABALLERO: op. cit., p. 64.

⁵⁸² AGMAV, C. 2395, L. 188, 52, p. 13. Ejército de África y Sur de España, EM, Recompensas, “En operaciones de Badajoz y otras”, agosto de 1936.

⁵⁸³ Anónimo: *Artillería de Mallorca...*, entrada del 7 de enero de 1939. Un testimonio similar lo encontramos en las memorias del marinero Francisco Valles Collantes, cuya fe en el triunfo venía fundamentalmente motivada por la seguridad que les transmitían sus oficiales: «Pero aún más de todo nos anima la confianza ciega que tenemos depositada en nuestros jefes, los cuales nos han de conducir seguro a la victoria». Véase Francisco VALLES COLLANTES: op. cit., p. 46.

¡Soldados, defendemos la Patria! ¡Estamos obligados a vencer o morir! ¡Fuego y a resistir!». Un blindado republicano había penetrado en la catedral de Teruel, donde Carrasco resistía junto a su unidad, generando el pánico entre los defensores, que solo reaccionaron a partir de las palabras de su oficial, las cuales «nos dieron un ánimo terrible».⁵⁸⁴ Los combatientes, carentes de demasiadas herramientas con las que enfrentarse al trauma de la experiencia bélica, necesitaban referentes resolutivos, como el oficial del relato de Carrasco, que les guiasen en los momentos más complicados.⁵⁸⁵ Así, la autoridad, siempre bien implementada como veíamos en la directiva del ejército, era un valor apreciado por los combatientes. El alférez provisional José Luis Martín Vigil relataba en sus memorias cómo había tenido que proceder con Pepe, el “miedoso” soldado al que me he referido unas páginas más arriba. Debido al pánico que veíamos le producía el combate, había huido de la unidad, lo cual se consideraba una falta grave y en no pocas ocasiones conllevaba el fusilamiento, o como poco una pena de 4 años de recargo en el servicio. Sin embargo, Martín Vigil decidió perdonarlo, solidarizándose con su padecimiento y mostrando que, a pesar de lo que dijera el reglamento, se preocupaba por el bienestar de sus hombres.⁵⁸⁶ Desde luego, el relato del alférez provisional bien podía ser una invención o una modificación de la realidad de cara a mostrarse como un oficial magnánimo y, así, presentar una visión limpia de su paso por el frente, pero en cualquier caso reflejaba el tipo de flexibilidad que se esperaba de los mandos si lo que se pretendía era mantener la cohesión de las unidades y, además, instrumentalizar su influencia con fines ideológicos.

La función que les otorgaban Carrasco, Valles Collantes y el artillero anónimo a sus mandos explica las políticas implementadas por el ejército sublevado destinadas a obtener la mayor cohesión y capacidad de combate por parte de sus unidades. Asumiendo la falta de preparación de los individuos recién movilizados, así como la inadecuación a la guerra moderna, las nuevas quintas de soldados fueron mezcladas en los batallones de destino con personal veterano y experimentado que les sirviese como guía en sus primeros días en el frente, como instructor sobre el terreno para paliar la falta de conocimientos que arrastraban del breve periodo de adiestramiento y, sobre todo, como mentor al que poder considerar un refugio para sobrellevar el trauma de la experiencia bélica.⁵⁸⁷ De

⁵⁸⁴ José CARRASCO CANALES: op. cit., p. 90.

⁵⁸⁵ Esto es, buscaban un líder en combate. Para el caso de las guerras del Antiguo Régimen, la presencia de los generales, especialmente de aquellos miembros de la alta aristocracia o la realeza, en primera línea de batalla constituía un influjo de moral para sus hombres, algo que muchos de ellos recordaban con especial aprecio. Véase Ilya BERKOVICH: op. cit., pp. 211-213. De igual modo, las muestras de coraje dadas por los oficiales en los momentos más crudos de los combates infundían un profundo respeto entre sus soldados. Véase Peter SIMKINS: “The War Experience of a Typical Kitchener Division: The 18th Division, 1914-1918”, en Hugh CECIL y Peter H. LIDDLE (eds.), op. cit., p. 305.

⁵⁸⁶ José LUIS MARTÍN VIGIL: op. cit., pp. 207-208. En otro episodio similar, y siempre según su testimonio, evitó el saqueo de un cadáver para extraerle dos ruedas de oro que tenía, algo que al parecer fue visto con buenos ojos por sus subordinados: «la medida adoptada cae bien entre la gente». Véase *Ibidem*, p. 218.

⁵⁸⁷ Una política que era habitual en otros conflictos. Un ejemplo para la Wehrmacht durante la Segunda Guerra Mundial en Thomas KÜHNE: op. cit., p. 165. Precisamente, respecto a la Wehrmacht se procuró, como ya comentaba al principio de esta segunda parte, reunir a individuos de similar procedencia geográfica, regional, en las mismas unidades, un elemento que acabó constituyendo un mecanismo de inclusión-exclusión potente en el seno del ejército alemán. De igual modo, Alemania ya había implementado esta estrategia en conflictos anteriores, como la Gran Guerra. Véase Hew STRACHAN: op. cit., p. 390. No obstante, las investigaciones existentes hasta ahora para el caso español no señalan dicha característica

igual modo, a través de este mecanismo se conseguía crear unidades más o menos homogéneas en cuanto a la calidad de sus efectivos, permitiendo, al menos sobre el papel, que las acciones bélicas se repartiesen equitativamente. Así lo explicitaban unas órdenes de junio de 1937 en las que se decretaba la formación de nuevos batallones a base de personal de recluta y veterano, con el objetivo de «disponer en la reserva general de los Ejércitos de unidades total y absolutamente eficaces, sin que por ello se produzcan grandes trastornos en los frentes ni en las Gran Unidades que actualmente los ocupan».⁵⁸⁸ Aunque, si bien es cierto, un escrito posterior, de abril de 1938, prohibía expresamente el destino a batallones de «indígenas, los del Tercio, Falange y Requetés».⁵⁸⁹ Una explicación podríamos encontrarla en las particulares relaciones de camaradería, más basadas *a priori* en la afinidad ideológica en el caso de las banderas falangistas y los tercios de requetés, así como la condición de unidades de choque de las banderas legionarias y los tabores de Regulares. Pero, en cualquier caso, esta idea refrendaba la queja que veíamos en la primera parte relativa a la sobreutilización de las unidades de élite por parte de los mandos divisionarios. Trayendo a colación nuevamente el miedo a sufrir una derrota y las potenciales consecuencias penales derivadas de ello, ante la eventualidad de un ataque siempre sería preferible, a ojos del oficial al mando, asegurarse de que quienes lo llevaban a cabo eran las unidades más experimentadas, y no reclutas recién llegados al frente.

Las políticas de mezcla de veteranos con personal de recluta no solo buscaban que la experiencia de los primeros sirviera como guía para la adaptación al frente de los segundos, sino que desde el primer momento pretendían también la generación de grupos primarios en el seno de las unidades, a niveles micro. En este sentido, los mandos del ejército sublevado sabían perfectamente cuáles eran los mecanismos clave para la supervivencia de sus hombres y la cohesión de las unidades, esforzándose en cultivarlos desde el mismo despliegue de los nuevos soldados. A comienzos de 1938, se decretó la formación de 8 nuevas divisiones a partir de la incorporación de los cuatro trimestres correspondientes a la quinta de 1940, que se produjo progresivamente los días 29 de enero (1^{er} y 2^o trimestre), 5 de febrero (3^o) y 9 de marzo (4^o).⁵⁹⁰ El plan era formar inicialmente 4 divisiones, una con cada trimestre, instruir las –en teoría– durante un mes, y luego repartir a los reclutas entre batallones y unidades menores. La clave radicaba en que, 10 días después de ese despliegue, se extraería el mismo número de hombres que habían sido asignados pero por pelotones completos, es decir, grupos de en torno a una decena de individuos.⁵⁹¹ De esta forma, en ese margen de 10 días los nuevos reclutas recibían un

como un elemento definitorio de la política de movilización, constitución de unidades y distribución de refuerzos del contingente sublevado. Véanse James MATTHEWS: *Reluctant Warriors...*; y Francisco J. LEIRA CASTIÑEIRA: *La socialización de los soldados del ejército sublevado...*

⁵⁸⁸ AGMAV, C. 1210, 20. Ejército del Norte, Organización, “De nuevos Batallones a base de veteranos y reclutas”, junio de 1937. Un testimonio de este mecanismo de conformación de nuevas unidades en las memorias de Fernando VILLALBA DIÉGUEZ: *op. cit.*

⁵⁸⁹ AGMAV, C. 1212, 72. Ejército del Norte, Organización, “Distribución del R. de 1940 (1er trimestre) para organizar batallones”, abril de 1938.

⁵⁹⁰ Las fechas de incorporación en Francisco J. LEIRA CASTIÑEIRA: *La socialización de los soldados del ejército sublevado...*, p. 103.

⁵⁹¹ AGMAV, C. 1211, 1. Ejército del Norte, Organización, “De 8 Divisiones con reclutas del R. de 1940”, febrero de 1938. En líneas generales, ese tamaño solía ser la estructura tipo de un grupo primario, pues constituía el núcleo de compañeros con los que se compartía la mayor parte del tiempo en el frente. En los ejércitos del Antiguo Régimen, la unidad más básica era la organización en *messes* (“camaradas” en el caso

curso intensivo de adaptación a la realidad de la guerra y a sus nuevas unidades, siendo luego trasladados, junto con sus compañeros, a las divisiones recién creadas sin romper, por un lado, los vínculos de afinidad ya existentes entre los veteranos del pelotón y, por otro, esa relación “maestro-aprendiz” entre los recién llegados y los que acumulaban más experiencia. Sin ir más lejos, los soldados recordaban amargamente la destrucción de los grupos primarios, lo que da buena cuenta de su relevancia.⁵⁹² De hecho, esa paulatina erosión, producto de las bajas, iba extrañando a los combatientes de la propia experiencia bélica, tal y como señalaba Amaro Izquierdo: «las ocho bajas que vienen a sumarse a la interminable lista de muertos o a restarse a la cada vez más menguada lista de vivos. Me voy quedando solo. Antes me gustaba hablar con los compañeros pero los que ahora me rodean pertenecen a un mundo extraño al mío».⁵⁹³ La pérdida de los camaradas comportaba la desaparición de toda una serie de vivencias compartidas, de ese “mundo” al que se refería Izquierdo. Bien es cierto que las nuevas experiencias podían ayudar a edificar otra nueva y diferente hermandad, pero eso también comportaba un continuo tensionamiento de la capacidad de resistencia psicológica del soldado, al que le resultaba complejo reconstruir las relaciones de camaradería una y otra vez sin sufrir secuelas por la constante muerte de sus compañeros y amigos.⁵⁹⁴

En este punto es donde cobra sentido esa otra dimensión de mandos y capellanes como figuras a las que el combatiente podía acudir para encontrar consuelo, refugio y asistencia moral. El alto número de bajas sufrido por las fuerzas rebeldes, la permanente constitución y reconstitución de unidades, y el ir y venir de amigos y camaradas generaba un ambiente un tanto inestable que hacía necesaria esa labor mencionada por la instrucción de febrero de 1939. El oficial y el capellán, por la autoridad que les conferían sus cargos –una militar, la otra moral–, se erigieron en referentes constantes en la vida del soldado, en un rol paternalista que no tenía tanto que ver con las relaciones de afinidad

de los Tercios españoles), que consistía en grupos de 6 a 8 soldados que compartían cuestiones esenciales y cotidianas como la comida, la munición, haciendo por tanto vida diaria en común, apoyándose unos a otros y construyendo fuertes lazos de amistad. Véase Ilya BERKOVICH: op. cit., pp. 215-217. Sobre los Tercios véase Antonio José RODRÍGUEZ HERNÁNDEZ: *Breve historia de los Tercios de Flandes*, Madrid, Nowtilus, 2012. Una forma de organización que ya derivaría de las puestas en funcionamiento por el ejército romano, como el *contubernium*. Véase Adridn GOLDSWORTHY: *El ejército romano*, Madrid, Akal, 2005.

⁵⁹² E, igualmente, lo hacían los oficiales, aunque a un nivel más macro. Yagüe se quejaba en un informe de diciembre de 1938 de que en el mencionado año habían pasado 30 divisiones distintas por su CE, lo que a su juicio hacía difícil la consolidación del espíritu de gran unidad, es decir, de su cohesión interna. Véase AGMAV, C. 1239, 32. Ejército del Norte, “Sobre el estado operativo del C.E. Marroquí”, diciembre de 1938.

⁵⁹³ Amaro IZQUIERDO: op. cit., p. 40. En algunos casos, incluso, se dieron actitudes de resistencia frente a la amenaza de destrucción de esos grupos primarios motivada, por ejemplo, por una reorganización de efectivos y unidades. Un ejemplo para la Gran Guerra en Niall FERGUSON: op. cit., p. 354. Esta cuestión, de hecho, explicaría también el por qué el bando sublevado, en la Guerra Civil, intentó conservar esos grupos primarios en forma de pelotón.

⁵⁹⁴ Sin embargo, algunos ejércitos utilizaron el periodo de instrucción de sus nuevos combatientes para precisamente esto, darles herramientas que les permitieran reconstruir una y otra vez los lazos de camaradería y, así, poder sobrevivir al constante goteo de bajas que sufrían las unidades. Una tarea en la que los oficiales y suboficiales, ejerciendo como guías de los arcanos de la hermandad combatiente, tenían un rol esencial. Véase Thomas KÜHNE: op. cit., p. 165.

establecidas con la tropa sino con una mezcla entre esa autoridad y la influencia que ejercían sobre sus subordinados.⁵⁹⁵ Por ende, ante un caso como el de Izquierdo, en el que los individuos con los que había compartido duras jornadas de combates habían muerto, dejándole ante la eventualidad de volver a construir desde cero esas mismas relaciones con idéntico riesgo de volver a perderlas, el recurso a su comandante y a su capellán, en ese papel de figuras paternas dentro del mundo construido al calor de la guerra, constituían un mecanismo de supervivencia esencial, tal y como evidenciaban las memorias de los veteranos. Por ejemplo, el alférez José Luis Martín Vigil recordaba el momento de las guardias como un escenario de confianzas que le permitió conocer mucho mejor a los hombres bajo su mando:

«En un puesto de tirador, bajo el manto de la noche, en el silencio de un frente que puede estallar en cualquier momento con estruendo mortal, la comunicación humana opera a un voltaje que difícilmente se establece a plena luz, durante la jornada cotidiana. Cuántas cosas supe de mi gente durante aquellas horas de vigilia nocturna codo a codo con ellos.»⁵⁹⁶

En este relato, además, se incluía esa cercanía del oficial, que compartía las guardias, uno de los momentos que más miedo generaban, con sus subordinados, exponiéndose él mismo a los peligros del frente y afianzando así esos vínculos de compromiso compartidos. Igualmente, un artillero mencionaba en sus memorias la implicación y la ayuda que siempre les brindaba el sacerdote de su unidad, al tiempo que el capellán legionario José Caballero mencionaba cómo los soldados heridos durante una serie de ataques de las fuerzas republicanas acudían constantemente a él en busca de confesión, esto es, de asistencia moral.⁵⁹⁷ De hecho, el propio ejército sublevado recalca en sus informes la necesidad de potenciar esa labor asistencial de oficiales y capellanes, sobre todo en lo que respectaba a los combatientes que acababan de llegar al frente: «los reclutas recién incorporados, los he encontrado algo deprimidos, consecuencia del cambio radical de vida y el alejamiento de sus familiares, habiéndose recomendado a los jefes de posición y de unidad, les dediquen especial atención».⁵⁹⁸ Razón por la cual, a la hora de realizar esas mezclas de personal de recluta y veterano en las nuevas unidades, las directivas especificaban también el traslado de parte de los mandos con experiencia.⁵⁹⁹

⁵⁹⁵ Esta idea de relación paternal entre oficiales y sus hombres en Ilya BERKOVICH: op. cit., p. 211; y en Stephen G. FRITZ: op. cit., p. 158.

⁵⁹⁶ José Luis MARTÍN VIGIL: op. cit., p. 168.

⁵⁹⁷ Anónimo: *Artillería de Mallorca...*, entrada del 10 de septiembre de 1938. Padre José CABALLERO: op. cit., pp. 33-34. Otro ejemplo de ese papel del capellán en Manuel BARBERÁ SABORIDO: op. cit., p. 38.

⁵⁹⁸ AGMAV, C. 2580, 122, p. 6. CGG, EM, Ejército del Sur, “Informe sobre visita de inspección”, mayo de 1938.

⁵⁹⁹ AGMAV, C. 1839, 9. 83 DI, “Distribución entre las unidades de 360 hombres del reemplazo de 1941”, diciembre de 1938. Esta experiencia referencial era muy valorada por los soldados. Por ejemplo, el alférez Amaro Izquierdo recordaba la frecuencia con la que sus hombres buscaban en él orientación acerca de lo que iba a pasar en el frente: «¿Qué ocurrirá, mi alférez?». Es decir, seguridad ante la incertidumbre de un inminente ataque o cualquier eventualidad similar. Véase Amaro IZQUIERDO: op. cit., p. 16.

No obstante, pese a la evidente capacidad que tenía la camaradería de ejercer como pegamento de una tropa considerablemente heterogénea, permitiendo incluso superar barreras tan divisorias, en un conflicto de la naturaleza del español, como la política, la visión que de ella ofrecía buena parte de la literatura memorialística, sobre todo la producida durante y tras la guerra, resultaba ser demasiado simplista y, en buena medida, mitificada. Tendía a construirse como una resignificación aproblemática que obviaba las múltiples realidades existentes en un colectivo humano tan sumamente grande como el que constituía el ejército rebelde, sin mencionar ni considerar los conflictos internos en las unidades, como las rencillas personales, que conseguían romper esos vínculos de compañerismo.⁶⁰⁰ En este sentido, la estructura de control y poder construida en el seno de las fuerzas armadas, donde la jerarquía y la obediencia eran pilares fundamentales, daba a veces como resultado prácticas abusivas hacia los combatientes, lo que suponía una evidente trasgresión de esa supuesta hermandad idílica a la que referían la mayoría de las memorias. Diversos veteranos, entrevistados muchos años después del conflicto, desmitificaban la camaradería existente entre tropa y oficiales, apuntando que algunos de estos intentaban llevarse bien con sus hombres, más que por un afán de sincera hermandad, porque «nosotros íbamos armados y tenían miedo a que pudiéramos dispararles por la espalda».⁶⁰¹ En esta misma línea, el soldado Manuel Alfredo Paz vertía en las páginas de su diario de guerra duras críticas hacia su superior directo, un alférez provisional al que tildaba de cruel y que, según su testimonio, le hacía la vida imposible dentro de la unidad.⁶⁰² Una cuestión que también aparece en la documentación militar, si bien no con demasiada frecuencia, o al menos referida a combatientes españoles. Aquí, la coerción ejercida por los mandos y por la estructura castrense en general favorecería que no se denunciasen estas prácticas, pues eran más los potenciales perjuicios que los beneficios que se podrían obtener al intentar solventar una situación que, en todo caso, era temporal, aproximadamente hasta que finalizase el conflicto. Sin ir más lejos, ya veíamos al final

⁶⁰⁰ Un ejemplo lo encontramos en un expediente judicial incoado a un alférez provisional de la 3ª Compañía, 15º Batallón, Regimiento de Infantería Zamora nº 29, perteneciente a la 84 DI, que fue acusado de negligencia y de falta de capacidad de mando. Tras una investigación, se determinó que dichas informaciones no eran verdaderas, sino que estaban motivadas por un conflicto interno con el oficial en el seno de la unidad, razón por la cual se dictaminó el traslado del mismo a otra formación. Por ende, aquí se observa la importancia otorgada al mantenimiento de un buen ambiente de camaradería en el seno de las unidades, hasta el punto de llegar a trasladar a un oficial competente –dada su escasez– porque no congeniaba con sus subordinados, subrayándose así el carácter nuclear de estos vínculos para un funcionamiento eficaz del ejército. Véase AGMAV, C. 1350, 27, pp. 56-59. CE Maestrazgo, Justicia, “Diligencias previas por deserciones; por muerte; y por lesiones”, julio de 1938.

⁶⁰¹ Cfr. Francisco J. LEIRA CASTIÑEIRA: “Los «soldados de Franco»...”, pp. 262-263. Igualmente, en diversas ocasiones los combatientes veían cómo los oficiales se llevaban los méritos sin realmente jugarse la vida en el frente como ellos, lo que les conducía incluso a cuestionar abiertamente su autoridad, resultando en la incoación de procesos judiciales incoados. Véase *Ibidem*, p. 263. Este bien pudo ser el caso de la 21 DI en las jornadas de agosto de 1938 que condujeron a su descalabro. Según el informe de su comandante, Eduardo Cañizares, no pocos oficiales permanecían alejados del frente de forma regular, lo que, por mucho que se tratase de un sector estabilizado, traicionaba el compromiso del sufrimiento en común que, idílicamente, compartían todos los combatientes. Véase AGMAV, C. 1285, 15. Ejército del Sur, “Información sobre la actuación de la 21 DI”, agosto de 1938. Otros ejemplos de cómo ese comportamiento por parte de los oficiales generaba desprecio en la tropa en Ilya BERKOVICH: *op. cit.*, p. 207; y Stephen G. FRITZ: *op. cit.*, pp. 180-181.

⁶⁰² Véase Manuel Alfredo PAZ FERNÁNDEZ: *op. cit.* Un ejemplo en la misma línea, para el caso de la Gran Guerra, en Peter SIMKINS: *op. cit.*, p. 306.

de la parte anterior el caso del soldado Félix Olea, el cual fue tildado de extremista y revisada su “conducta política” por, entre otras cosas, acusar a su alférez de que los oficiales buscaban gloria a costa de las vidas de sus soldados. De hecho, además de este, el único caso encontrado en el curso de esta investigación no referido a soldados marroquíes es la denuncia de un combatiente del Regimiento de Zaragoza nº 30, si bien el escrito solo contiene la referencia a la denuncia sin que se especifiquen más detalles.⁶⁰³

Donde sí se dieron este tipo de conductas con una aparente mayor frecuencia fue en las unidades de Regulares y hacia individuos oriundos del Norte de África. La documentación del ejército sublevado ofrece varios ejemplos al respecto, todos en la línea del informe que veíamos anteriormente escrito por ben Mizzian, esto es, en la de la «psicología especial del moro».⁶⁰⁴ La representación que se hacía de estos combatientes era en clave netamente infantilizada y racista, tratando sus problemas como cuestiones carentes de fundamento que respondían más a su peculiar, y atrasada, forma de entender las relaciones en el seno de las unidades, derivadas de una organización social tribal, que a asuntos importantes que se debieran atender. En definitiva, tal y como decía uno de los expedientes, se trataba de «un proceder muy de moro». En el caso al que hace referencia esa calificación, un soldado de un tabor de caballería del Grupo de Regulares de Tetuán nº 1 había denunciado a un alférez por supuestamente haberle golpeado, algo que el médico español que examinó al denunciante determinó que no era cierto, pues la herida se la habría producido por la picadura de un insecto en las encías. Paralelamente, en la misma unidad varios marroquíes solicitaron ser trasladados a tabores de infantería en los que pudieran acumular méritos de guerra y ascender, algo que el informe militar relacionaba con el primer incidente, haciendo caso omiso a las preocupaciones y reivindicaciones de los soldados. En última instancia, ni el alférez fue castigado ni se produjo ningún traslado, lo que ahonda en esa idea de abusos y falta de hermandad a la que antes hacía referencia.⁶⁰⁵ De hecho, en un incidente parecido ocurrido en marzo de 1938 una compañía entera del 4º Tabor de Regulares de Larache, perteneciente de la 81 DI, se amotinó y se retiró del frente por el fusilamiento, según ellos sin motivo alguno, de tres de sus integrantes, así como por recurrentes malos tratos por parte de sus jefes, razón por la cual solicitaron la mediación de la Legión Cóndor en tanto que ente *a priori* neutral.⁶⁰⁶ Los dos ejemplos –sumados a los que veíamos en el párrafo anterior– dibujan un panorama bien distinto al que presentaba la narrativa sobre la hermandad en el frente, ya que ponen de manifiesto los abusos cometidos contra los combatientes, aparentemente recurrentes

⁶⁰³ AGMAV, C. 2374, L. 146, 78. CGG, Denuncias, “Relativa a la presentada por el soldado Manuel López del Regimiento de Zaragoza nº 30, en la que se queja de los malos tratos de que son objeto los soldados de dicha unidad”, marzo de 1939.

⁶⁰⁴ AGMAV, C. 2568, 36. CGG, EM, “Informe del Coronel Mician sobre los Grupos de Regulares”, septiembre de 1938

⁶⁰⁵ Véase AGMAV, C. 2374, L. 146, 33. CGG, EM, Denuncias, “Referente a malos tratos a los soldados del Tabor de Caballería del Grupo de Regulares de Tetuán nº 1”, octubre de 1937.

⁶⁰⁶ AGMAV, C. 1825, 7. 81 DI, Justicia, “Asunto relacionado con la actitud de varios moros del 4º Tabor de Larache, con motivo del fusilamiento de tres moros”, marzo de 1938. Véase también AGMAV, C. 2374, L. 146, 59. CGG, EM, Denuncias, “Relativo a la efectuada por un kaid del 4º Tabor de Regulares de Larache”, marzo de 1938. Véase también AGMAV, C. 2374, L. 146, 59. CGG, EM, Denuncias, “Relativo a la efectuada por un kaid del 4º Tabor de Regulares de Larache”, marzo de 1938.

en el caso de los marroquíes. De hecho, acerca de estos últimos, los relatos sobre la camaradería no tendían a incluirles ni a referirse a sus unidades, a buen seguro por la inferior consideración que se les tenía, lo cual arroja luz sobre los claroscuros que presenta el mito de la experiencia bélica.

La vivencia del trauma compartido en el frente era otro de esos puntos de fricción, pues en determinadas ocasiones los soldados criticaban abiertamente las actitudes de otros miembros de la unidad, como los médicos o los capellanes, que no estaban con ellos en el fragor de la batalla. Ya hemos visto anteriormente la animadversión que suscitaba un sanitario con evidentes síntomas de neurosis de guerra al que se acusaba de cobardía y de fingir para ser evacuado a retaguardia. Una cuestión también presente en las memorias del soldado Manuel Alfredo Paz, quien cargaba contra el cura y el médico de su unidad, la 1ª División de Navarra, calificándolos como «los seres más inútiles del grupo». El problema, según lo describía Paz, era el «pánico de costumbre, que era mucho» sufrido por ambos individuos, lo que les había granjeado el desprecio de la mayoría de soldados de su formación.⁶⁰⁷ El médico y el párroco, si nos atenemos a este testimonio, aprovechaban la posibilidad que les brindaba su puesto para refugiarse en retaguardia y así evitar los peligros del combate, posibilidad de la que no disponían los soldados y que, por ende, les llevaba a considerar a estos individuos como una suerte de traidores al compromiso colectivo establecido en el frente.⁶⁰⁸ Esto contrastaba con las visiones ofrecidas por las memorias de otros capellanes, como Manuel Barberá o José Caballero, que presentaban su experiencia como mucho más cercana a los combatientes de sus respectivas unidades. Barberá recordaba cómo, junto con el médico, recorrían «las trincheras, curando y animando al de las avanzadas, con el bisturí en la diestra y el santo rosario en la otra pasando sus cuentas»; mientras que Caballero directamente se internaba en terreno batido por el enemigo para asistir y rescatar a algunos soldados heridos, en este caso el conductor de un blindado alcanzado por un proyectil antitanque, algo que hacía por el simple motivo de que era su deber, parte de ese compromiso adquirido: «no me dejan en paz un momento, exagerando a cual más lo que he hecho».⁶⁰⁹ Bien es cierto que el hecho de que los propios sacerdotes fuesen los autores de estos relatos en los que se situaban en un papel protagónico, en línea con esa mitificación de la camaradería a la que antes hacía referencia, suscita ciertas dudas acerca de la veracidad o no de los episodios narrados sobre todo en el caso de Caballero. Pero, sea como fuere, lo que sí evidenciaban era el tipo de compromiso esperable, dada su posición, y esperado por los combatientes. En este sentido, la figura más representativa dentro del relato propagandístico sería la del jesuita Fernando Huidobro, fallecido el 11 de abril de 1937 cuando hacía labores de asistencia en un puesto de socorro durante los combates que su unidad, la IV BL, libraba en torno a la Cuesta de

⁶⁰⁷ Manuel Alfredo PAZ FERNÁNDEZ: op. cit., pp. 22 y 97.

⁶⁰⁸ En la misma línea, aquellos soldados que buscaban escaquearse del trabajo eran mal considerados entre los demás. Es el caso de dos zapadores que desertaron de la Compañía Expedicionaria 1ª de los Regulares de Larache en abril de 1937 y de los que se tenía un muy mal concepto en la unidad, por su «falta de celo» a la hora de acometer las tareas que se les encomendaban Véase AGMAV, C. 1559, 7. “Deserción soldados Regulares de Larache”, abril de 1937.

⁶⁰⁹ Manuel BARBERÁ SABORIDO: op. cit., pp. 66-67; y Padre José CABALLERO: op. cit., pp. 145-147, entrada del 23 de enero de 1938.

las Perdices, lo que rápidamente le convirtió en un mártir de la causa rebelde.⁶¹⁰ Paradójicamente, según averiguaron investigaciones posteriores el responsable de la muerte de Huidobro fue un legionario de su unidad, el cual le disparó por la espalda. Sin más datos que permitan clarificar las motivaciones del victimario, o si se trató de un accidente, quizá el propio caso del jesuita, convertido en epítome de la comunión que se fraguó en el frente entre capellanes y combatientes, no fuese sino un nuevo ejemplo desmitificador de esa camaradería.⁶¹¹

Por otra parte, la figura del capellán suscitaba también recelos motivados por su labor de censura moral hacia las actitudes de los soldados, algo que quizá podría haber contribuido a la muerte de Huidobro. Anteriormente veíamos las recurrentes quejas del capellán legionario José Caballero ante ciertas conductas frecuentes en su bandera y toleradas por la oficialidad, como la proliferación de alcohol en las trincheras, la presencia de prostitutas e incluso la construcción, abortada finalmente por sus esfuerzos, de un burdel en las inmediaciones de la línea del frente. Unos esfuerzos que, de hecho, le granjearon la animadversión de los legionarios, tal y como le advirtió uno de ellos: «me dejó entrever cierta especie de complot contra mí, de echarme al río cuando fuese, por incultura de uno que atribuía la inundación a un maleficio mío».⁶¹² El sexo y la bebida constituían mecanismos de desconexión de lo vivido en el frente imprescindibles para la supervivencia del soldado, de tal modo que la privación de los mismos en base a criterios de moralidad seguramente irritaba a muchos de ellos. Además, a esto se sumaba el hecho de que el capellán, por muy en primera línea que estuviese, no pertenecía del todo a la hermandad de los combatientes, de tal modo que para algunos no estaba en posición de imponer los límites de lo que ellos se habían ganado justamente con su sacrificio. De hecho, en el caso concreto de Caballero, si nos atenemos a sus memorias, solía amonestar con frecuencia a los legionarios cuando estos blasfemaban, les confiscaba material obsceno como postales, y les prohibía jugar a juegos de azar, lo que en esencia limitaba casi por completo las opciones de las que disponían para los momentos de ocio. En cambio, pretendía que se dedicasen a la oración y a la lectura de obras de carácter religioso, algo que estaba muy alejado de la actividad preferida del soldado medio.⁶¹³ En cualquier caso, estas actitudes parecen que no fueron uniformes por parte de todo el cuerpo de capellanes, sino que cada uno adoptó su propio enfoque de la cuestión, seguramente también en función de la tropa con la que tenía que lidiar. Si bien, la política oficial era la de imponer un control moral sobre los soldados, tal y como le solicitó el vicario general castrense del ejército rebelde, Gregorio Modrego, al cardenal Isidro Gomá.⁶¹⁴ Un control que en ocasiones era igualmente interpretado como vigilancia, algo disonante con lo que supuestamente debía representar la hermandad en el frente.

⁶¹⁰ Una de estas hagiografías publicadas tras su muerte en Francisco X. PEIRÓ: *Fernando de Huidobro. Jesuita y Legionario (breve resumen de su Biografía)*, Madrid, Espasa Calpe, 1962.

⁶¹¹ Paul PRESTON: *El holocausto español...*, p. 457.

⁶¹² Padre José CABALLERO: op. cit., p. 289.

⁶¹³ Algunos ejemplos en *Ibidem*, pp. 35-36, 64, 89, 103, 192, 193, 297, 316. Otro ejemplo de esa labor de vigilancia moral del capellán en las memorias de Francisco CAVERO Y CAVERO: op. cit., p. 22, para el caso de una canción no demasiado pudorosa. También en Salvador TORRIJOS BERGES: op. cit., p. 86, al llegar con su unidad a una ciudad de retaguardia.

⁶¹⁴ James MATTHEWS: “Comisarios y capellanes...”, p. 198.

Sea como fuere, a pesar de que el relato combatiente la había mitificado obviando sus diversos elementos conflictuales, la camaradería construyó y constituyó un vínculo real y duradero para muchos individuos. El trauma generado por la experiencia bélica se magnificaba pasado por el filtro de estos lazos de compañerismo, transformando dimensiones de las cuales los soldados habían sido capaces, por pura supervivencia psicológica, de abstraerse en cierto modo en realidades muy tangibles. La muerte no tenía el mismo impacto observada sobre un cuerpo aleatorio, desprovista por ende de toda emoción, e incluso pensada sobre el cuerpo propio, que si por el contrario adquiría los rasgos familiares de un camarada, algo que se evidenciaba en el relato del soldado José Luis Martín Vigil: «En segunda línea vi los primeros muertos [...] Pero no eran conocidos; no tenías imágenes de ellos con vida. Eran eso, muertos, sólo eso. Entraban en tu vida ya así, como cadáveres. La impresión entonces no era mucha».⁶¹⁵ En este sentido, el propio ejército sublevado era consciente de la importancia crucial de cuidar estas redes de afinidad, y de hasta qué punto su preservación posibilitaba el sostenimiento de la moral, la capacidad de combate y, en definitiva, la salud mental de los combatientes. Así lo reflejaba una memoria sanitaria de la 12 DI elaborada en julio de 1937, la cual advertía de la necesidad de retirar cuando antes los cadáveres de los soldados del campo de batalla, «pues no hay espectáculo más deprimente para el combatiente, que contemplar los inanimados cuerpos de los compañeros que cayeron para no levantarse más».⁶¹⁶ Sin ir más lejos, el recordatorio a los camaradas muertos era un elemento que solía estar presente en el prólogo o el epílogo de muchos de los diarios escritos por veteranos de guerra. La presencia de este tipo de homenajes cumplía la función de nutrir el culto a los caídos propio de la dictadura franquista, pero no puede ser considerado como una mera instrumentalización de la memoria de los combatientes.⁶¹⁷

De ello daban buena cuenta, precisamente, las referencias dejadas por los veteranos acerca de cómo esos vínculos de camaradería perduraban todavía intactos después de terminada la guerra. Las vivencias durante los muchos meses en que se había compartido el fango de la trinchera, las heridas brutales y la muerte de amigos y enemigos habían

⁶¹⁵ José Luis MARTÍN VIGIL: op. cit., p. 127.

⁶¹⁶ AGMAV, C. 1549, 48, p. 3. 12 DI, Organización, “Memoria sanitaria de esta División”, julio de 1937. En esta misma línea, el voluntario de la *Légion Wallonie*, desplegado en el Frente Oriental, Henri Philippet evocaba en sus memorias el impacto que le causó la contemplación de los primeros cadáveres, que además eran camaradas con los que hacía apenas media hora había estado departiendo. Cfr. David ALEGRE LORENZ: *Experiencia de guerra y colaboracionismo...*, p. 131. Otro ejemplo, para el caso de la Wehrmacht, en Stephen G. FRITZ: op. cit., p. 175.

⁶¹⁷ Algunos ejemplos en Amaro IZQUIERDO: op. cit., p. 5; Francisco CAVERO Y CAVERO: op. cit., p. 5; Héctor COLMEGNA: op. cit., p. 7; Padre José CABALLERO: op. cit., p. 417; y Prudencio DORESTE: op. cit., pp. 149-151. Dentro de este culto a los caídos, la figura del oficial también ocupaba un lugar relevante, acorde al que el relato combatiente le otorgaba dentro de las relaciones de hermandad establecidas en las unidades. Así, los veteranos recordaban con nostalgia a los mandos caídos, sobre todo cuando estos se habían ganado una reputación de cercanía y confianza entre la tropa. Véanse José Luis MARTÍN VIGIL: op. cit., p. 244; y Manuel Alfredo PAZ FERNÁNDEZ: op. cit., p. 243. Por citar un ejemplo externo al caso español, el voluntario de la LVF Pierre Rusco relataba con profundo pesar la muerte de su oficial superior, el teniente Seveau: «Para mí fue más que un hermano». Cfr. David ALEGRE LORENZ: *Experiencia de guerra y colaboracionismo...*, p. 391. Volviendo al caso de estudio de esta tesis, un documento de octubre de 1936 recalca la necesidad de que los oficiales no se expusieran al fuego enemigo salvo en momentos de imprescindible necesidad, pues su muerte afectaba sensiblemente a la moral de la tropa. Véase AGMAV, C. 1347, 12. CE Maestrazgo, “Sobre organización y empleo táctico de compañías de falangistas y requetés. Instrucciones a este respecto de Columna los Arcos”, octubre de 1936.

constituido una experiencia que suponía un antes y un después en las vidas de estos individuos, tal y como recordaba el soldado Fernando Fernández de Córdoba: «Bohemio y rebelde por naturaleza, desordenado y voluble por mis andanzas, mi alma y mi carácter se fueron reajustando en el yunque de su ejemplo [de los camaradas]». Pero no solo a nivel de forjar los caracteres y constituir una suerte de rito de paso, algo que estaba muy en consonancia con la narrativa que presentaba la contienda como el escenario donde se generarían, a través del sacrificio, los nuevos y verdaderos españoles. Sino fundamentalmente debido al punto de no retorno que era una vivencia tan traumática como la de la guerra. Consecuentemente, la fortaleza de los lazos construidos en torno a ella se correspondía con esa relevancia central en sus vidas:

«Nada tan verdad y tan sincera como esta amistad, fraguada en el yunque de los peligros y los sinsabores, en las larga horas transcurridas en las trincheras, entre el silbar de las balas y el tronar del cañón, guiados por una misma fe, poseídos de un mismo entusiasmo, con el desinterés de un mismo sacrificio, alumbrados por el ideal sagrado de la Patria.»⁶¹⁸

Dejando a un lado esa resignificación en clave ideológica que no era representativa, desde luego no de un modo tan explícito, del conjunto de la masa combatiente, la descripción de Fernández de Córdoba evidenciaba la importancia de los vínculos de amistad y compañerismo en el marco de la experiencia bélica. Ante una realidad considerablemente dura, si tenemos en cuenta las múltiples deficiencias y problemas que caracterizaron la guerra en las filas del ejército sublevado, el refugio en el compañero de trinchera y de unidad constituía el mejor mecanismo para sobrevivir, compartiendo las penalidades y buscando y ofreciendo un apoyo constante que resultaba crucial para mantener la moral y la capacidad de combatir. Debido a ello, el momento de la despedida en el frente era recordado con especial intensidad por los veteranos, pues suponía dejar atrás una parte de la propia identidad personal, que solo cobraba sentido en el marco de la guerra y que solo era entendida por aquellos que habían pasado por la misma experiencia. El argentino Héctor Colmegna sintió un profundo pesar cuando, acabada la guerra, las quintas más veteranas de su bandera comenzaron a ser licenciadas: «Habíamos pasado tres años juntos, compartiendo las emociones y los peligros. Al verles partir, comprendí que aquella familia, que era nuestra Bandera, comenzaba a dispersarse. Fue como si me arrancaran algo del alma. Una etapa de mi vida terminaba allí».⁶¹⁹ Por ende, los lazos de camaradería construidos durante la guerra constituían una «hermandad» tejida «con hilos de sangre y agujas de metralla y no es posible que jamás se quiebre», la cual forjaba amistades «que para siempre conservaré», «eternas».⁶²⁰ Todavía muchos años después,

⁶¹⁸ Fernando FERNÁNDEZ DE CÓRDOBA: op. cit., p. 84.

⁶¹⁹ Héctor COLMEGNA: op. cit., p. 279. Esa idea de familia es una dimensión común a cómo los soldados viven y perciben su experiencia bélica. Véase, por ejemplo, Stephen G. FRITZ: op. cit., p. 164.

⁶²⁰ Fernando MARTÍNEZ GRANA: op. cit., p. 112; y Fernando FERNÁNDEZ DE CÓRDOBA: op. cit., p. 115.

algunos veteranos reflexionaban sobre la vigencia de esas relaciones, utilizando la memoria como forma de homenajear a aquellos cuya historia había sido olvidada y manteniendo así el compromiso adquirido en el frente:

«¿Para qué tantos muertos? Yo quería a mis soldados, era uno más entre ellos, uno más a compartir el anhelo por cobrar una pieza, por tomar una plaza. Han pasado casi cuarenta años. Y siento remordimientos por no haber glosado a su debido tiempo el valor admirable que desplegaron en aquel cuerpo a cuerpo. Eran todos mozos, casi todos con la vida aún sin definir. Sus deudos habrán muerto y a nadie puede interesar de una manera íntima el fin de aquellos valientes; el alférez Lozano tampoco tendrá a quien llenar de orgullo. Por eso, en este momento, les rindo tributo de admiración.»⁶²¹

La reflexión de Izquierdo acerca de la prevalencia de la camaradería y su necesidad de honrar a los compañeros muertos cuyo sacrificio había pasado desapercibido para el conjunto de la sociedad remite a una cuestión crucial de cómo se construyó esta hermandad. La experiencia del frente constituyó un antes y después que generó unos vínculos indisolubles con los camaradas de trincheras. Pero, al mismo tiempo, les dotó de una identidad que resultaba imposible de comprender para aquellos que no habían vivido el trauma de la guerra, erigiendo una barrera de reproches y animadversión hacia el espacio de la retaguardia por entender los combatientes que la implicación de esta, así como su gratitud, no estaban a la altura de lo que ellos habían tenido que sacrificar en el campo de batalla. Este tipo de actitudes resultan habituales entre los excombatientes. Su aparición suele tener mayor incidencia en aquellos conflictos en los que el discurso oficial y las políticas de memoria no conmemoran con especial fuerza, o no lo hacen en absoluto, por el motivo que sea —generalmente por una derrota, una opinión popular contraria al conflicto o el propio desinterés hacia el mismo debido a un cambio de paradigma político—, el esfuerzo de los veteranos. Un ejemplo clásico lo encontramos en los países derrotados tras la Gran Guerra, parte de cuyas sociedades no solo no construyeron una narrativa que dotase de significado a la experiencia de los combatientes en el frente, sino que, por el contrario, identificaron el conflicto como la causa principal de la crisis por la que atravesaban, volcando sus iras hacia los veteranos.⁶²²

⁶²¹ Amaro IZQUIERDO: op. cit., p. 21. Algo similar expresaba en sus memorias el veterano de la División Azul Tomás Salvador, treinta años después de su paso por el frente: «nunca podré renegar de las horas pasadas». Cfr. David ALEGRE LORENZ: *Experiencia de guerra y colaboracionismo...*, p. 350. Otro ejemplo, para el caso de la Gran Guerra, en Niall FERGUSON: op. cit., p. 354; y en Stéphane AUDOIN-ROUZEAU: “The French Soldier...”, p. 226.

⁶²² Véanse George L. MOSSE: *Fallen Soldiers. Reshaping the Memory of the World Wars*, Oxford, Oxford University Press, 1990. Robert GERWARTH y John HORNE (eds.), *War in peace. Paramilitary Violence in Europe after the Great War*, Oxford, Oxford University Press, 2012. Ángel ALCALDE FERNÁNDEZ: *War Veterans and Fascism...* Robert GERWARTH: *The Vanquished...* De igual modo, y tal como demuestra Svetlana ALEXIÉVICH: op. cit., tras la invasión soviética de Afganistán muchos excombatientes recordaban amargamente cómo el estado y la sociedad, por las cuales se habían sacrificado y habían padecido una guerra cruenta librada en condiciones materiales bastante precarias, les negaron la gratitud que, entendían, correspondía a su servicio en el frente. Una cuestión que también sucedió para el caso de la Guerra de Vietnam, por la oposición de la sociedad estadounidense a la participación en el conflicto. Algo muy bien reflejado en el documental *The Vietnam War* (Netflix, 2017). Sin embargo, este tipo de actitudes

En el caso de la Guerra Civil Española, los soldados rebeldes construyeron una retórica que enfrentaba frente y retaguardia por las actitudes condescendientes e interesadas, a juicio de dichos soldados, de esta hacia el colectivo combatiente. Muchos se quejaban abiertamente de la falta de sacrificio de aquellos que permanecían en retaguardia, tanto los que escapaban del servicio militar como aquellos que, no teniendo que ir al frente, tampoco contribuían al esfuerzo de guerra. Durante un permiso en San Sebastián, el oficial de complemento José María Molinet hablaba con desprecio del estilo de vida de la ciudad, que no había sufrido los rigores de la guerra: «transcurre en un ambiente agradable, frívolo, alegre y alejado de la idea de la contienda y sacrificios de las trincheras». ⁶²³ Algo que también compartía Dionisio Cano López, comisario de guerra carlista de la provincia de Huelva, durante un discurso ofrecido en el entierro de unos requetés: «iría a esa retaguardia inconsciente, y le presentaría esta escena: “mientras ellos se divierten y gozan, el Requeté lucha, sufre y muere”». ⁶²⁴ Los soldados sufrían la dureza de la vida en las trincheras: las incomodidades, las inclemencias meteorológicas, la suciedad, los piojos y las enfermedades; mientras que los que vivían en retaguardia disfrutaban de una vida sin mayores dificultades, al menos a ojos de los combatientes. Algo que, de hecho, les hacía objeto de burlas entre los soldados: «Me he lavado y afeitado, que bien necesitado estaba yo de ello. Me he puesto ropa limpia y estoy hecho un retaguardista». ⁶²⁵ Sin embargo, quizá lo más sangrento para los combatientes era ver que, a pesar de no compartir con ellos los rigores del combate y el sacrificio por la patria, muchos de estos “retaguardistas” tampoco colaboraban con la causa insurgente. El capellán de requetés Manuel Barberá criticaba abiertamente este tipo de actitudes indolentes, recordando que «Las batallas no se ganan en el bar ni en el café [...] entre alfombras y calefacción; hay que pedir a Dios incesantemente, tener en la mano el Santo Rosario, dar el pecho y abrir la BOLSA sin miedo al mañana» y calificando a todos estos individuos como «¡Epidemia funesta!», que habría sido incapaz de entender el sentido regenerador de la guerra que se estaba librando. ⁶²⁶

y percepciones también emergen en contextos sociales en los que se realizan múltiples iniciativas de apoyo a la guerra y a los soldados. Es el caso, por ejemplo, de muchos veteranos de las campañas emprendidas por Estados Unidos en Irak y Afganistán entre finales del siglo XX y principios del XXI. Pese al esfuerzo de la enorme maquinaria propagandística estatal destinada a facilitar la integración de los retornados del frente, al tiempo que a reclutar nuevos soldados para sus fuerzas armadas, mediante homenajes y conmemoraciones en múltiples facetas de la vida cotidiana –como, por ejemplo, el *Salute to Service*, campaña llevada a cabo en colaboración con la National Football League de fútbol americano, el deporte con mayores audiencias de todo Estados Unidos–, muchos excombatientes manifiestan sentir una falta de gratitud por parte de la sociedad estadounidense. Véase Jennifer AHERN, Miranda WORTHEN, Jackson MAS-TERS, Sheri A. LIPPMAN, Emily J. OZER y Rudolf MOOS: “The Challenges of Afghanistan and Iraq Veterans’ Transition from Military to Civilian Life and Approaches to Reconnection”, *PLoS ONE*, 10:7, e0128599, doi: 10.1371/journal.pone.0128599.

⁶²³ José María MOLINET: op. cit., p. 156. Otro ejemplo, para la Gran Guerra en este caso, sobre la insensibilidad que los combatientes sentían que tenía la gente que estaba en retaguardia hacia su sufrimiento en Stéphane AUDOIN-ROUZEAU: “The French Soldier...”, pp. 225-226.

⁶²⁴ Francisco VÁZQUEZ CARRASCO: op. cit., p. 66.

⁶²⁵ Anónimo: *Artillería de Mallorca...*, entrada del 7 de febrero de 1938.

⁶²⁶ Manuel BARBERÁ SABORIDO: op. cit., pp. 87 y 146-147. Como apuntaba el también capellán José Caballero, los de retaguardia solo querían «ser de los que desfilaran». Padre José CABALLERO: op. cit., p. 400.

Precisamente, algunos de estos combatientes, los más ideologizados, recalcan esa incomprensión hacia el momento histórico que atravesaba España. El punto de no retorno que había comportado el Glorioso Alzamiento Nacional y la subsiguiente profilaxis social estaría siendo traicionado por aquellos que, en retaguardia, estaban desenterrando las «Ambiciones, discordias, envidias, caciquismos, en fin; todos los vicios que en el frente tratamos de aniquilar con nuestra sangre».⁶²⁷ Como apuntaba el falangista José Antonio Martínez Barrado, «eran muy pocos los que habían dejado familia, casa y hacienda para empuñar el fusil [...] y muchos los que permanecían fríos e indiferentes».⁶²⁸ De hecho, «muchos solo cambiaron de posturas y se han contentado con dar unos vivos, tocar unas palmas, colgarse algo en la solapa [...] para acomodarse y seguir en la vida de siempre».⁶²⁹ Sin embargo, una vez terminada la guerra, la depuración iba a continuar contra «los que en la retaguardia intenten medrar a cuenta de nuestra lucha», pues la legitimidad pertenecía única y exclusivamente a aquellos que se le habían ganado con su sufrimiento en el frente.⁶³⁰ En ese sentido, la sociedad de retaguardia debía rendir «el debido homenaje de gratitud y admiración a quienes, cara al peligro y a costa tantas veces de la vida, forjaron aquella tranquilidad y felicidad de entonces y esta paz de ahora tan jubilosa como deseada».⁶³¹ Desde luego, esta visión reflejaba el sentir de los más ideológicamente comprometidos con la causa sublevada, que a fin de cuentas no dejaban de ser también una parte de la masa combatiente. Sin embargo, evidencia también el tipo de discursos que impregnaban la cultura de guerra construida en las trincheras. Si bien es cierto que visiones codificadas sobre estas coordenadas tan politizadas no pueden ser extrapolables al conjunto de los soldados, no lo es menos que circulaban entre la tropa y que se valían, tal y como veíamos anteriormente, de los vínculos generados para ir permeando, siquiera tangencialmente, los marcos de referencia de los individuos. Porque, de hecho, hacían uso de un vehículo de transmisión significativamente extendido y efectivo que entroncaba perfectamente con ese propósito que la “guía del buen oficial” de febrero de 1939 perseguía. El discurso, más o menos ideologizado, se construía sobre la base de la identidad combatiente asimilada por todos los soldados, lo que permitía explotar los lazos de identificación colectiva en beneficio de los objetivos de socialización ideológica del bando sublevado.⁶³²

⁶²⁷ Salvador TORRIJOS BERGES: op. cit., p. 110. Igualmente, el propio Torrijos advertía a aquellos combatientes republicanos que hubieran sido perdonados y reintegrados en las filas del ejército rebelde, que quizá no obtuvieran la misma comprensión en la retaguardia. *Ibidem*, pp. 137-138. Por su parte, el capellán de requetés Manuel Barberá expresaba su temor a que la hermandad interclasista que se había construido en el frente no se reprodujese en retaguardia. Véase Manuel BARBERÁ SABORIDO: op. cit., p. 137. Esa sensación de incomprensión hacia el sacrificio de los combatientes en el frente es una constante para muchos conflictos a lo largo de la Historia. Un ejemplo en Stephen G. FRITZ: op. cit., p. 181.

⁶²⁸ José Antonio MARTÍNEZ BARRADO: op. cit., p. 14. Algo que también sucedía en el caso de los sacerdotes, muchos de los cuales ofrecían excusas vagas para evitar cumplir con su deber para con la patria, según la percepción de Salvador TORRIJOS BERGES: op. cit., pp. 94-97.

⁶²⁹ Manuel BARBERÁ SABORIDO: op. cit., p. 59. Una idea similar en José LLORDÉS: op. cit., p. 312.

⁶³⁰ Ricardo GUTIÉRREZ: op. cit., pp. 10-11. En este sentido, la obra de la retaguardia debía alcanzar el mismo nivel que la realizada en el frente, tal y como apuntaba Fernando MARTÍNEZ GRANA: op. cit., p. 94.

⁶³¹ Fernando MARTÍNEZ GRANA: op. cit., pp. 102-103.

⁶³² La construcción de modelos de alteridad era un mecanismo esencial para afianzar los vínculos de camaradería generados en el frente, así como ese sentimiento de identificación colectiva, algo que podía ser

En cualquier caso, la sensación de ingratitud y de aprovechamiento de su experiencia en el frente en beneficio ajeno es una cuestión que, a través de un prisma menos ideologizado, permea de forma constante la literatura memorialística. El soldado Manuel Alfredo Paz recordaba cómo los habitantes de Burgos «se mostraron apáticos y fríos en grado sumo» durante un desfile militar por las calles de la ciudad, algo que le enojó sobremanera, ya que «mientras miles y miles de soldados morían en el combate, ellos dormían bien, comían mejor, y pasaban una vida regalada». Según Paz, y este episodio lo demostraría, los combatientes «estamos en el último peldaño de la escala social», hasta el punto de que incluso debían soportar las mofas de algún individuo en retaguardia, tal y como relataba por su parte José Luis Martín Vigil.⁶³³ Además, los soldados clamaban contra la apropiación de su sacrificio y de sus caídos que se hacía desde la retaguardia por individuos que no habían estado nunca en el frente y que, por ende, no tenían la legitimidad para escribir sobre lo que allí pasaba ni sobre los que formaban la hermandad combatiente. En este sentido, el capellán legionario José Caballero ofrecía una detallada versión cargada de datos obtenidos de primera mano acerca de la muerte de otro presbítero, el padre Martínez, «antes de que los desfigure la imaginación de un cronista “emboscado” en cualquier ciudad de retaguardia».⁶³⁴ Una percepción que, de hecho, compartía el cronista de guerra Manuel Sánchez del Arco. En una carta enviada en diciembre de 1938 a José Antonio Giménez-Arnau, Jefe del Servicio Nacional de Prensa, se quejaba de la severa censura reducía las noticias a textos anodinos y carentes de interés, algo que según él se producía porque en el proceso de envío y revisión de los artículos intervenían demasiadas personas que no estaban al tanto de la realidad de la guerra, y que por ende no producían contenidos acordes a lo que se esperaba y demandaba desde el frente.⁶³⁵ Es decir, que aquellos que no comprendían la contienda ni la camaradería construida en las trincheras no se preocupaban por dar una imagen fiel y veraz de este tipo de cuestiones relevantes para los combatientes, sino que simplemente buscaban su propio interés sin ponerse en la piel de los sujetos de sus crónicas y relatos.⁶³⁶ De este modo, nunca podrían reflejar lo que estaba pasando en el campo de batalla, tal y como recordaba el capellán de requetés Policarpo Cía:

«Seguramente los lectores de retaguardia no habrán pensado nunca en los sacrificios que los combatientes tienen que realizar, cuando cansado de la dura brega, molidos sus huesos por la incómoda postura del parapeto, ardientes sus manos y

orientado tanto hacia el enemigo, como en este caso hacia la retaguardia. Véase Thomas KÜHNE: op. cit., pp. 115-116.

⁶³³ Manuel Alfredo PAZ FERNÁNDEZ: op. cit., pp. 153-154 y 116; y José Luis MARTÍN VIGIL: op. cit., p. 143.

⁶³⁴ Padre José CABALLERO: op. cit., p. 55.

⁶³⁵ AGMAV, C. 2539, L. 323, 22. CGG, Censura, “Correspondencia de periodistas”, diciembre de 1938. De hecho, Sánchez del Arco solicitaba la creación de una oficina de prensa exclusivamente dedicada al conflicto y dirigida por profesionales que estuviesen en contacto directo con el frente, al tiempo que demandaba que la censura, aunque estricta, fuese mucho más ágil.

⁶³⁶ Aunque, de todos modos, su pretensión de ofrecer una visión creíble de la guerra chocaba con la imposibilidad de reproducir el particular carácter, los valores específicos y la calidad moral que otorgaba la experiencia bélica. Véase Salvador TORRIJOS BERGES: op. cit., p. 172.

hombro por el continuo disparar de su fusil, sus nervios rotos por la tensión agudísima del ambiente, se ven precisados a coger en sus manos el pico y la pala para construir unas trincheras durante las horas propicias para el descanso.»⁶³⁷

Los combatientes generaron una particular cultura de desprecio, más o menos acusado, hacia la retaguardia, que comparte muchos elementos con lo sucedido para otros conflictos bélicos.⁶³⁸ Expresiones como «los estrategas», los «emboscados» o «los que quedaron en el café» servían para manifestar ese desprecio, que encontraba igualmente otras vías de expresión.⁶³⁹ Por ejemplo, en una visita a las posiciones que su bandera ocupaba en el madrileño Hospital Clínico, el capellán José Caballero recogía en su diario de guerra las inscripciones con las que los soldados habían “decorado” las paredes: «Otra decía muy lacónica, aludiendo a la plaga que nos invadía en estas posiciones: “Vale más una rata del Clínico que cien emboscados de retaguardia.”».⁶⁴⁰ De igual modo, el conscripto Fernando Villalba anotó en sus memorias las estrofas de una canción que los hombres movilizados de su quinta cantaron al desfilar por las calles de A Coruña: «Al llegar a La Coruña / ña / Lo primero que se ve, / ¡vee! / es a los enchufaditos, / ¡itos! / ¡sentados en el café! / ¡Carrasclás! ¡Carrasclás! / ¡Qué bonita serenata!».⁶⁴¹ Sin embargo, la creación de esa figura del “retaguardista” a la que odiar generó, al mismo tiempo, un proceso de refuerzo de la identidad colectiva combatiente, que dotaba de todavía mayor valor a la camaradería y la experiencia del sufrimiento compartido. Tal y como evidenciaba el soldado Manuel Alfredo Paz acerca de un episodio en el que una bandera de Falange se puso a entonar el “Cara al Sol”, «No estaría bien afinado, carecería de voces bonitas y educadas, y hasta no habría uniformidad en la vocalización; pero en cuanto a solemnidad y grandeza, creo imposible pueda superarse [...] En el frente del combate el canto sale del alma; en las ciudades es solamente la garganta la que habla, no el corazón que lo siente».⁶⁴² O como lo dejaba claro, de forma mucho más tajante si cabe, el combatiente Emilio Oliver en el momento en el que él y sus compañeros se dieron cuenta de que el avance republicano los había aislado en el interior de Belchite: «¡Estamos sitiados; y ninguno nos cambiaríamos por nadie de la retaguardia».⁶⁴³

Sin embargo, los lazos de camaradería no solo se articulaban alrededor del combate o el sufrimiento derivado de la dura vida en el frente, sino que también tenían mucho que ver con los momentos ociosos que compartían los combatientes. El ser soldado era más que su epítome en clave bélica. Se construía también en torno las conversaciones

⁶³⁷ Policarpo CÍA NAVASCUÉS: op. cit., p. 209.

⁶³⁸ No obstante, había también una retaguardia generosa que colaboraba con el esfuerzo de guerra y que se volcaba con los combatientes. Si bien se trataba, esencialmente, de aquella encuadrada en Falange o el Requeté. Véase Salvador TORRIJOS BERGES: op. cit., p. 119.

⁶³⁹ Manuel BARBERÁ SABORIDO: op. cit., p. 106 y 118; y Fernando MARTÍNEZ GRANA: op. cit., pp. 8-9.

⁶⁴⁰ Padre José CABALLERO: op. cit., p. 266.

⁶⁴¹ Fernando VILLALBA DIÉGUEZ: op. cit., p. 28.

⁶⁴² Manuel Alfredo PAZ FERNÁNDEZ: op. cit., p. 290.

⁶⁴³ Emilio OLIVER ORTIZ: op. cit., p. 120.

intrascendentes en la trinchera, los juegos de azar, las juergas, las excursiones a retaguardia, la asistencia a los compañeros y, sobre todo, en torno a las mujeres y el sexo.⁶⁴⁴ Sin duda alguna, este es el tema de conversación que más aparece en las memorias, y uno de los componentes esenciales del modelo de masculinidad construido por el bando rebelde que, en este sentido, no se diferenciaba demasiado de los códigos de masculinidad marcial propios de otros conflictos armados.⁶⁴⁵ Tal y como apuntaba el marinero Ignacio Cañal, las horas de ocio se repartían entre aquellas «en las que se rendía culto a la amistad», y las que se dedicaban «al amor de las ferrolanas», algo que corroboraba el soldado José Luis Martín Vigil al recordar una jornada en la que su unidad se encontraba estacionada en una localidad en retaguardia sin mucho que hacer: «¿No había mujeres? Evidentemente, sí; pero, salvo una aventura que luego contaré, solo recuerdo la estrecha camaradería, la vida en grupo de hombres solos».⁶⁴⁶ La representación de lo sexual y de las relaciones sentimentales con las mujeres elaborada por los soldados en sus memorias generalmente discurría por tres caminos diferentes. En primer término, los soldados hacían constante referencia a la prostitución, tanto en el frente como en la retaguardia. Ya hemos visto el caso del capellán legionario José Caballero, que se quejaba amargamente de la presencia de prostitutas en las inmediaciones de las trincheras, las cuales, pese a sus denodados esfuerzos, seguían instaladas cerca de las posiciones, en buena medida por la connivencia de los mandos con este tipo de prácticas.⁶⁴⁷ De igual modo, sin mencionar que explícitamente se dedicasen a la prostitución, el sacerdote falangista Salvador Torrijos mencionaba en su diario los grupos de civiles que, según él, no tenían a dónde ir y se unían a su columna, entre los cuales habría mujeres que se dedicarían a tareas de limpieza.⁶⁴⁸ En este sentido, bien es cierto que podría haber civiles que buscasen en las unidades militares una vía para dar de comer a sus familias debido a la situación de carestía derivada de la guerra, pero de entre los servicios que los soldados en combate podían demandar, y habían demandado históricamente, el sexo estaba entre los más solicitados, lo que por ende atraía a mujeres dedicadas a la prostitución.⁶⁴⁹ En cualquier caso, ambos

⁶⁴⁴ Por ejemplo, el combatiente Manuel Alfredo Paz relata un momento en el que sus compañeros y él se pusieron a jugar a las cartas en la posición y durante el cual se evadieron completamente de la realidad de la guerra, lo que pone de manifiesto la importancia de estos espacios de ocio y su relevancia en la construcción de vínculos de amistad: «En aquellos instantes, la guerra no existe para nosotros y la gran tragedia de España no nos interesa». Véase Manuel Alfredo PAZ FERNÁNDEZ: op. cit., p. 46. Otro ejemplo de juegos de azar en Padre José CABALLERO: op. cit., p. 192. De igual modo, las competencias deportivas que se organizaban en el seno de las unidades servían para profundizar esa sensación de hermandad. Véase James MATTHEWS: *Reluctant Warriors...*, p. 125. Otro ejemplo, en este caso para la Gran Guerra, en David ENGLANDER: op. cit., p. 130.

⁶⁴⁵ Sönke NEITZEL y Harald WELZER: op. cit., pp. 182-192.

⁶⁴⁶ Ignacio CAÑAL Y GÓMEZ-IMAZ: op. cit., p. 22. José Luis MARTÍN VIGIL: op. cit., p. 104.

⁶⁴⁷ Padre José CABALLERO: op. cit., pp. 193, 297 y 312.

⁶⁴⁸ Salvador TORRIJOS BERGES: op. cit., p. 116.

⁶⁴⁹ Véanse, por ejemplo, Yoshimi YOSHIKI: *Comfort Women. Sexual Slavery in the Japanese Military During World War II*, Nueva York, Columbia University Press, 2000. Karen HAGEMANN y Stefanie SCHÜLER-SPRINGORUM (eds.): *Home/Front. The Military, War and Gender in the Twentieth-Century Germany*, Oxford, Berg, 2002. Dagmar HERZOG (ed.): *Brutality and Desire. War and Sexuality in Europe's Twentieth Century*, Basingstoke, Palgrave, 2009. O Paul A. KRAMER: "The Military-Sexual Complex: Prostitution, Disease and the Boundaries of Empire during the Philippine-American War", *The Asia-Pacific Journal*, 9:30 (2011), pp. 1-35.

testimonios demuestran la presencia de este tipo de actividades en el entorno de las unidades, y no exclusivamente en retaguardia, lo que de hecho motivó al ejército rebelde a implementar mecanismos de control que permitiesen preservar la salud de sus soldados, proclives al contagio de enfermedades venéreas. Por ejemplo, y además de las ya mencionadas en la primera parte de esta tesis, el CGG emitió una directiva en noviembre de 1936, en previsión de la entrada en Madrid, ordenando una «vigilancia estrechísima sobre el soldado» ante la existencia en la capital de «una cantidad crecidísima de mujeres de mal vivir en un estado sanitario desastroso, que han sido causa de millares de enfermedades entre los soldados rojos». ⁶⁵⁰

No obstante, la referencia más habitual a la prostitución tenía que ver con las visitas de los soldados a la retaguardia. Estos aprovechaban sus permisos para desconectar del frente y saciar sus impulsos, emborrachándose o visitando algún prostíbulo. En este sentido, la sensación de legitimidad que confería el sacrificio en el frente, la influencia de los códigos de masculinidad –en los que si se rechazaba formar parte de este tipo de prácticas colectivas se era expulsado del grupo primario– y el propio marco de excepción generado por la guerra le brindaban seguridad y cobertura al soldado para comportarse de un modo distinto a como lo hacían en su vida civil anterior. Así lo expresaba el aspirante a alférez provisional José Luis Martín Vigil, aunque su forma de presentar los hechos bien podría ser también un intento por reconstruir una imagen propia dentro de ciertos límites de moralidad: «Aquel anochecer fuimos de putas... Yo no lo hubiera hecho en soledad, eso puedo afirmarlo; pero no fui arrastrado, eso tampoco». ⁶⁵¹ Quizá muchos de estos combatientes no hubiesen tenido nunca antes un encuentro sexual con una mujer, o quizá procedieran de familias o lugares de origen en los que no les era tan fácil dar rienda suelta a vicios como el alcohol y las prostitutas, de tal modo que aprovechaban los espacios de expansión que les ofrecía la guerra para saciar esas ansias. Algo que, en cierto modo, pudo tener también que ver con las dificultades que algunos de ellos encontraron a la hora de reintegrarse en la vida civil. Sea como fuere, las visitas a este tipo de lugares tampoco eran vistas de igual forma por todos. El propio Martín Vigil no tenía reparos en admitir que lo hacía, y que además disfrutaba con ello, aunque de nuevo volvía a presentarse como un mero seguidor de la iniciativa de otro camarada: «Había que pasar por ello [...] ¡Estábamos en África! Me refiero a las prostitutas horas. Tampoco tomé esta vez la iniciativa; pero me dejé llevar con gusto, ¿por qué no confesarlo?». ⁶⁵² Por su parte, el marinero Ignacio Cañal reconocía igualmente la visita a un prostíbulo una vez su barco atracó en el puerto de Palma de Mallorca, y cómo por ello recibió las críticas del capellán del navío. ⁶⁵³ Mientras que, por el contrario, el falangista Prudencio Doreste, aunque afirmaba también haber acudido a varios lupanares de la ciudad de Sevilla, su descripción de los mismos estaba claramente influenciada por el prisma de su ideología: «la puerta se abre

⁶⁵⁰ AGMAV, C. 2538, L. 321, 6. CGG, EM, Instrucciones, “Las que deberían observarse por nuestras tropas al ocupar Madrid”, noviembre de 1936.

⁶⁵¹ José Luis MARTÍN VIGIL: op. cit., p. 145.

⁶⁵² *Ibidem*, p. 156. Otro ejemplo similar en el que el autor admitía sin mayores problemas el haber consumido prostitución en Guido Pietro MATTHEY: op. cit., p. 121. Por su parte, José LLORDÉS: op. cit., p. 199, apuntaba resignado como se tuvo que conformar con dar un paseo mientras sus compañeros se iban a un prostíbulo, ya que no tenía dinero.

⁶⁵³ Ignacio CAÑAL Y GÓMEZ-IMAZ: op. cit., pp. 50-52.

y unas cuantas mujeres, pintarrajeadas e indolentes, con aire de haber salido hacía poco de la gripe [sic], con voz bronca por el vicio [...] La disolución fue cundiendo en todos nosotros». ⁶⁵⁴ Una percepción que parece más impostada que otra cosa, con la finalidad de ofrecer una imagen de rectitud moral acorde a lo que se esperaba de un militante de Falange, pues no es que no fuese conocido el tipo de ambiente sórdido que se respiraba en los prostíbulos.

La prostitución no representaba, empero, el modelo de masculinidad ideal pues, a fin de cuentas, las mujeres ofrecían sus servicios a cambio de una cantidad de dinero, y no porque lo deseasen por propia voluntad. No obstante, la segunda de las formas que adquiría la representación de lo sexual en la literatura combatiente sí se aproximaba mucho más a ese ideal de hombría. Esta no era otra que la descripción del soldado como un conquistador, en un sentido sentimental en este caso, un individuo que ejercía una atracción irresistible hacia las mujeres, no teniendo por ende que recurrir a la prostitución para saciar sus instintos sexuales. Este perfil de masculinidad estaba muy presente en las relaciones entre combatientes, constituyendo un tema de conversación recurrente. El alférez José Luis Martín Vigil relataba en sus memorias la sobremesa que compartió con un grupo de oficiales de su unidad, en la que las particulares conquistas amorosas de cada uno de ellos iban surgiendo en una suerte de competencia, no solo por ver quién acumulaba un mayor número, sino además por determinar quién contaba la historia más rocambolesca. Así, mientras que uno de los oficiales había conseguido que dos mujeres de una misma casa, madre e hija, «consentidoras ambas, y en deportiva competencia», se disputasen su favor mediante el sexo, otro apuntaba que había conseguido seducir a una mujer amputada de ambas piernas, aportando detalles gráficos a la conversación para el disfrute del resto de comensales: «en el momento del coito, al acercarse el clímax, ella movía con mucha gracia sus muñones». En cualquier caso, ese tipo de conquistas eran «cosa normal en el guerrero triunfador», lo que ofrecía una clave explicativa esencial. ⁶⁵⁵ La legitimidad que confería el hecho de ser soldado en el frente y la masculinización de las identidades de los combatientes se canalizaban a través de este tipo de conversaciones autorreferenciales que servían para estrechar los lazos de camaradería, fomentando unos comportamientos que se nutrían de la aceptación del grupo y que, seguramente, habrían resultado muy difíciles de reproducir en un ambiente distinto al de la guerra.

No obstante, esa percepción de la mujer y las relaciones sexuales dejaba también al descubierto otras realidades asociadas a la guerra, como era la utilización del sexo en tanto que mecanismo de supervivencia ante la dislocación producida por el conflicto. La confinación de la mujer al ámbito del hogar en el bando rebelde, unida a la marcha de los hijos, maridos, padres y hermanos al frente –no pocos de los cuales morirían–, dejó a muchas de ellas en una posición de indefensión absoluta de la que buscaron salir mediante la obtención de los favores de algún soldado que ejercería de protector y de proveedor de

⁶⁵⁴ Prudencio DORESTE: op. cit., pp. 97-98.

⁶⁵⁵ José Luis MARTÍN VIGIL: op. cit., p. 129.

elementos básicos como comida o dinero.⁶⁵⁶ Sin embargo, lo que para las mujeres resultaba una forma de subsistir era trivializado por el relato combatiente a través de ese mito del soldado conquistador. Así, «se contaban mil historias picantes de casadas y solteras que caían sobre uno como lapas [...] bien por amor a la patria –¡pobrecito combatiente!–, bien por lograr un aval –había que vivir–, bien por propia y disimulada calentura».⁶⁵⁷ Como se observa, el carácter “picante” de las historias o la propia atracción que generaban los soldados prevalecían frente a las necesidades más pragmáticas de estas mujeres, algo que se evidenciaba perfectamente en este fragmento de las memorias de Martín Vigil, que merece la pena reproducir en su totalidad y que, paradójicamente, cuestionaría su propio relato acerca de que su atractivo combatiente era el principal motivo de su éxito:

«Yo no dormía en el cuartel, sino en una habitación que había alquilado con balconada sobre el campo. [...] No había hombres, eso sí; mujeres y niños, nada más. Si no estaba de servicio desayunaba en la cama y era ella la que me atendía invariablemente. Ella se llamaba Telma y no tendría aún los diecisiete. No voy a decir que fue por culpa suya, pues hasta cierto punto era inocente; digamos, más bien, que sería por su naturaleza, sin olvidar la mía, claro. Además, ¿por qué hablar de culpa, en realidad, para explicar aquellos escarceos de juventud? Aparecía en el cuarto con la bandeja en la mano y la risa en la cara; no he vuelto a ver unos ojos tan brillantes. Dejaba el desayuno sobre la mesa y abría la ventana. Yo entornaba los ojos y decía: “Despiértame”. Entraba en la convención del juego que ella viniera junto a la cama. Así empezaba todo.

El día que nevó podían verse desde el cuarto la vega y las montañas cubiertas por aquel sudario helado. “¡Brr! ¡Ven acá que me hielo!” Y vino. No llegué a poseerla; pero sí a todo lo demás. Solo excluía el coito, pero aceptaba, en cambio, cualquier otra manipulación y respondía. ¿Sabía algo la madre? Entonces pensaba yo que no, naturalmente; hoy hasta lo dudo. Yo pagaba el alojamiento, según lo convenido, y les llevaba cosas, pan y conservas; pero no con intención de comprar nada, también eso es verdad.»⁶⁵⁸

El hecho de que la muchacha en cuestión fuese menor; que no consintiese una relación sexual completa; los lenguajes que utilizaba Martín Vigil, como “aceptaba” o “convención del juego”; la admisión de que la madre a buen seguro sabía de la relación; y el apunte final respecto a lo que él aportaba a la casa, además del precio del alquiler – si bien, de nuevo excusándose en que no tenía intención de obtener más que el mero alojamiento–, todo apuntaba a que la joven ofrecía su cuerpo a cambio de tener contentos a los huéspedes y, por ende, recibir un mejor trato por parte de estos, lo que les permitía sobrevivir tanto a ella como a la madre y a los, al parecer, niños que habitaban la casa.

⁶⁵⁶ Un ejemplo, para la ocupación alemana de Dinamarca durante la Segunda Guerra Mundial, en Lulu Anne HANSEN: “‘Youth Off the Rails’: Teenage Girls and German Soldiers – A case Study in Occupied Denmark, 1940-1945”, en Dagmar HERZOG (ed.): op. cit., pp. 135-166.

⁶⁵⁷ José Luis MARTÍN VIGIL: op. cit., p. 140.

⁶⁵⁸ *Ibidem*, p. 101.

En tercer lugar, por supuesto, también había referencias a las relaciones con las mujeres desde un plano mucho más pudoroso, más acorde a la moral católica que se imponía como parte de la ideología del bando sublevado. Estas construían una visión idealizada de la mujer en su faceta asistencial, abordando la cuestión amorosa desde una perspectiva meramente platónica sin ningún afán por ir más allá de ese romanticismo retórico e inofensivo. Así, las enfermeras que para Martín Vigil eran el «sexo débil sonriente, ganoso de complacer, pero severamente uniformado y sin más posibilidades que ser depositario del requiebro, del piropo ocurrente y la sonrisa, a lo sumo, un tanto ansiosa»; para los operadores de antiaéreos Luis Armillas y Manuel Montilla, haciendo gala de una percepción mucho más moralista, eran mujeres que «cuidan con desvelos de madre y cariño de hermanas a los que de ese modo enaltecen el ideal que defienden». ⁶⁵⁹ Algo similar a lo que apuntaba el voluntario Bănică Dobre acerca de las mujeres que atendían el hospital al cual fue enviado tras ser herido en el frente, y que «se ocupaban de los heridos con amor verdaderamente fraterno». ⁶⁶⁰ En definitiva, se trataba de ofrecer una visión mucho más acorde con el ideal de feminidad construida por el bando rebelde, que desde luego no estaría representada por los prostíbulos ni por las mujeres que utilizaban su cuerpo como mecanismo de supervivencia, por mucho que ambos elementos fueran la tónica dominante en la España en guerra. Porque, a decir verdad, aún en los relatos más en la línea con el discurso de los sublevados, siempre había algún espacio por el que se colaba esa sexualización del cuerpo femenino que el catolicismo y la contrarrevolución estaban intentando, por la vía de las armas, confinar al ámbito del hogar o, más bien, eliminar en la medida de lo posible: «En cada uno de estos pueblos hice uso de la palabra desde el balcón de la Casa del Ayuntamiento. [...] El silencio se hacía, y la voz, pausada y firme, se dejaba oír. Los hombres miraban atentos; las mujeres se interrogaban de unas a otras como asustadas; alguna guapa rapaza enseñaba sus hileras de perlas en la iniciación de una sonrisa». ⁶⁶¹

En conclusión, por tanto, la camaradería fue un mecanismo de supervivencia esencial para los soldados en el frente. Debido a la precariedad endémica en la organización y servicios del ejército sublevado, que en buena medida fracasó a la hora de proveer de los medios adecuados de subsistencia y combate a sus hombres, el recurso a los compañeros y la posibilidad de refugiarse en los grupos primarios permitieron a muchos soportar la enorme carga psicológica de la vida en el frente. ⁶⁶² Esto, a su vez, facilitó la aparición

⁶⁵⁹ José Luis MARTÍN VIGIL: op. cit., p. 122. Luis ARMILLAS GARCÍA y Manuel MONTILLA MUÑOZ: op. cit., p. 43.

⁶⁶⁰ Bănică DOBRE: op. cit., p. 125. Sobre la labor asistencial de la mujer en el bando sublevado, encuadrada en Falange, véase Ángela CENARRO LAGUNAS: *La sonrisa de Falange. Auxilio social en la guerra civil y en la posguerra*, Barcelona, Crítica, 2005.

⁶⁶¹ José Antonio MARTÍNEZ BARRADO: op. cit., p. 29.

⁶⁶² Tal y como expresaba el combatiente de la División Azul José María Sánchez Diana, lo único que en última instancia les mantenía en pie era la lealtad hacia sus compañeros, debido a la experiencia de sufrimiento compartida. Cfr. David ALEGRE LORENZ: *Experiencia de guerra y colaboracionismo...*, p. 74. En esta misma línea, durante la penosa retirada de las divisiones de la Wehrmacht hacia la Línea Panther en enero de 1944, la moral de la 121 permaneció alta, a pesar de los duros combates, debido a la existencia de un alto espíritu de camaradería en la unidad, según el testimonio de los propios soldados. Véase Jeff RUTHERFOD: *Combat and Genocide...*, pp. 369-370. Por su parte, Sönke Neitzel y Harald Welzer achacan esa capacidad de resistencia ultranza tanto a la camaradería como, fundamentalmente, a la fidelidad al

de prácticas y códigos de inclusión-exclusión contruidos dentro del marco de referencia que proveía la particular comprensión de lo militar y la masculinidad combatiente hecha por la ideología fascista, los cuales, además, fueron instrumentalizados y explotados explícitamente por la estructura de control y encuadramiento de las fuerzas armadas con un claro objetivo: la socialización de una serie de ideas esenciales que permitiesen generar lealtades hacia el naciente Estado. Sin embargo, por un lado, la camaradería no respondió de forma tan apromblemática como refleja el relato de muchos combatientes, ya que en múltiples ocasiones fue puesta en cuestión por la irrupción de otros factores. Por ejemplo, el cansancio derivado de la guerra y el miedo hicieron mella en no pocos individuos, los cuales se escapaban del frente para poder salir de ese ambiente de tensión constante; si bien la culpabilidad por haber abandonado a sus compañeros hacía que no pocos de ellos regresaran al cabo de un tiempo, movidos por ese vínculo de camaradería construido en las múltiples jornadas de sufrimiento compartido.⁶⁶³ El dejar tirados a los camaradas suponía un motivo más que justificado, a ojos de la comunidad combatiente, para la expulsión del individuo en cuestión del grupo primario, razón por la cual algunos de los que regresaban, necesitados de probar su compromiso ante los demás, se jugasen el tipo en acciones casi suicidas para purgar su cobardía anterior.⁶⁶⁴

De igual modo, esa hermandad tampoco adoptó una morfología tan homogénea como la narrativa memorialística más ideologizada pretendía hacer creer. Englobados dentro de la cultura de guerra general edificada por el conjunto de los combatientes, se fueron construyendo pequeños ecosistemas de identificación basados en criterios mucho más particulares, como el origen geográfico, la edad o el nivel de estudios, que ofrecieron vías de integración funcionales para todo el amplio y heterogéneo espectro de perfiles sociales que abarcaba el ejército sublevado.⁶⁶⁵ Estas constituyeron un rico compendio de culturas de guerra superpuestas, cuyos referentes identificativos iban más allá –en un sentido de complementación y no de sustitución– de la mera ideología o del simple hecho de compartir el sacrificio en el frente, por muy relevante que este fuese. De hecho, en ocasiones el mantenimiento de la efectividad combativa no dependía tanto de la permanencia

deber existente en el seno del ejército alemán. Véase Sönke NEITZEL y Harald WELZER: op. cit., por ejemplo p. 265.

⁶⁶³ Thomas KÜHNE: op. cit., pp. 161-162 y 167. Para el caso de estudio aquí analizado, he podido encontrar tres expedientes judiciales de desertores en los que específicamente se menciona que el motivo de su huida había sido el miedo a combatir, teniendo que ser detenidos por el Servicio de Información y Policía Militar (en adelante, SIPM) en sus localidades de origen. Véanse AGMAV, C. 1351, 37. CE Maestrazgo, Justicia, “Diligencias previas por deserciones”, octubre de 1938; AGMAV, C. 1352, 38. CE Maestrazgo, Justicia, “Diligencias previas por deserciones y por muerte de un falangista”, diciembre de 1938; y AGMAV, C. 1353, 26. CE Maestrazgo, Justicia, “Diligencias previas por deserciones e información contra un soldado moro”, febrero de 1939. Sin embargo, en diversos expedientes incoados por este mismo delito se decretaron condenas de recargo en el servicio por la no incorporación a su debido tiempo a la unidad –es decir, que sí regresaron, si bien tarde–, algo que muchos combatientes intentaban excusar mencionado que habían ido a visitar a la familia o que tenían asuntos que resolver en retaguardia. En este sentido, es muy posible que algunos de estos casos fuesen simplemente por la necesidad de unos días de descanso alejados del frente o por simple miedo, y que utilizasen todo tipo de subterfugios para intentar justificar su marcha, tanto con el fin de evitar un castigo mayor como para no ser etiquetados como cobardes ante sus compañeros. Estos casos se estudiarán en detalle al principio de la tercera parte de la presente tesis doctoral.

⁶⁶⁴ Véanse Ilya BERKOVICH: op. cit., y Stephen G. FRITZ: op. cit., p. 172.

⁶⁶⁵ Estos pequeños sistemas de identificación específicos, dentro de un marco más general de camaradería, puede verse en Alexandre LAFON: op. cit., pp. 44-45.

de unos grupos primarios o unos mandos constantes durante un periodo largo de tiempo –algo casi imposible debido a los elevados índices bajas por combate–, sino que se cimentaba en la permanencia de un núcleo de veteranos y en la habilidad de estos de transmitir, y hacer así perdurar, un *ethos* particular de cada unidad.⁶⁶⁶ Así pues, al mismo tiempo que se era combatiente se podía ser legionario, y a la vez que se era falangista se podía tener un gusto por frecuentar los prostíbulos durante los permisos en retaguardia. Todos esos múltiples elementos referenciales iban tendiendo puentes de unión y afinidad entre los combatientes que compartían trinchera, constituyendo un enorme universo de identidades entrelazadas no excluyentes entre sí. Una «confraternidad» que, a pesar nutrirse de innumerables fuentes distintas, constituyó la espina dorsal de la memoria que los soldados construyeron de su paso por la guerra, lo que da buena cuenta de la centralidad que tuvo en la que a buen seguro fue la experiencia vital más traumática de la existencia de la mayoría de ellos.⁶⁶⁷

⁶⁶⁶ Peter SIMKINS: op. cit., p. 308.

⁶⁶⁷ Francisco VALLES COLLANTES: op. cit., p. 101.

Capítulo 8

El adoctrinamiento de los combatientes. Prensa y propaganda

La movilización de masas decretada por el bando sublevado tenía tres objetivos fundamentales: la incorporación al ejército de los cientos de miles de individuos necesarios para la guerra; el encuadramiento de amplias capas sociales, entre las que se encontraban los elementos más potencialmente peligrosos de articular resistencias al golpe y el dominio insurgentes, los hombres en edad de combatir, lo que permitió su control en el seno de una institución fuertemente coercitiva como eran las fuerzas armadas; y la socialización ideológica de toda una serie de ideas-fuerza que permitieran generar entre la masa combatiente una cultura de apoyo al naciente régimen franquista. En los tres casos, la camaradería ejerció como un instrumento útil para la consecución de los propósitos del bando rebelde. Por un lado, porque posibilitó la articulación de los mecanismos de supervivencia necesarios para sobreponerse a las dificultades y carencias intrínsecas a la movilización insurgente, una cuestión esencial de cara al mantenimiento de la cohesión y la capacidad combativa de las unidades militares. Por otro, mediante la depredación de las redes tradicionales de relación y solidaridad, lo que permitió edificar una estructura de vigilancia en el seno de las formaciones que mantuvo la disciplina y ejerció como un elemento represivo más dentro del amplio abanico de herramientas utilizadas para purgar a la anti-España y encuadrar al conjunto de la sociedad española. Y, en última instancia, debido a la instrumentalización que, como explícitamente demandaban las órdenes e instrucciones emitidas por el CGG, se hizo de las relaciones establecidas entre los camaradas y entre la tropa y los oficiales.

De este modo, los nuevos reclutas que llegaban al frente, sin entrenamiento y en no pocas ocasiones con un equipamiento precario, se integraban rápidamente en los grupos primarios como vía para soportar el trauma del combate y, en todo caso, para poder sobrevivir en el campo de batalla. Estos grupos primarios se construían sobre la socialización de toda una serie de códigos de comportamiento –los de masculinidad, por ejemplo–, insertos dentro de los marcos de referencia de una cultura de guerra específica. El ingreso y pertenencia a estos grupos conllevaba el compartir y participar de esas dinámicas, lo que ejercía como mecanismo de inclusión-exclusión: aquellos que rehusaban adoptar dichos códigos eran expulsados del núcleo de camaradas, quedando por ende indefensos ante los rigores de la guerra. Este sistema posibilitaba el control de la disidencia y el potencial señalamiento de comportamientos fuera de la norma, como el manifestar opiniones contrarias al discurso rebelde o el rehusar implicarse en episodios de violencia, caso de que la unidad en cuestión tuviese incorporados ese tipo de conductas dentro de su *ethos* particular. Pero, fundamentalmente, iba normalizando toda una serie de ideas, percepciones y formas de actuar, convirtiéndolas en cuestiones cotidianas de la experiencia bélica. Es decir, que si bien es cierto que la asunción de la camaradería constituía en ocasiones un mero instrumento pragmático de supervivencia; que sus códigos no siempre se asumían voluntariamente sino por miedo a quedar excluido del grupo; y que presentaba conflictos e irregularidades como antes veíamos, su constante ejercicio durante el tiempo que los soldados pasaron en el frente fue socializando toda una serie de valores, propios

de la cultura de guerra del bando rebelde y el discurso fascista, que acabaron por transformar los marcos de referencia de muchos de los individuos que pasaron por las filas del ejército insurgente.⁶⁶⁸

Ahora bien, esos valores necesitaban de una estructura de propaganda y adoctrinamiento que les diera forma y que nutriese ideológicamente la cultura de guerra generada por los combatientes, redefiniendo de este modo esos nuevos marcos de referencia a los que hacía mención. Los dirigentes rebeldes, conscientes de que la guerra no constituía sino el escenario constructivo del régimen fascista español y de que dicho proceso había consecuentemente de comportar una fascistización de la sociedad española, sobre todo de los combatientes encuadrados a través de la movilización forzosa, pusieron en marcha toda una serie de políticas y mecanismos propagandísticos y de educación política con la finalidad de asegurar la efectividad de la permeación ideológica. Esas iniciativas respondieron al modelo estructural del bando rebelde, pues sus emisores, aunque todos conectados entre sí y persiguiendo un mismo objetivo, fueron diferentes organismos e instituciones del denominado “Estado campamental”. Por una parte, el ejército, mediante el control directo que ejercía del proceso de movilización desde la fase de la escueta instrucción inicial hasta el despliegue final de los individuos en las diferentes unidades, reservó una parte de las horas de formación a lo que se denominó “educación moral del soldado”. Esta tenía que ver tanto con la inculcación de valores castrenses –deber, honor, amor a la patria, lealtad, sacrificio– como con la explicación de contenidos netamente ideológicos –los principios de Movimiento, el carácter histórico-palingenésico de la guerra, la mitificación de Franco como líder carismático–, sin olvidar que dichos valores castrenses estaban indudablemente influidos por la particular politización que habían sufrido parte de las fuerzas armadas. Es decir, que la sublevación, también en lo ideológico, no se podía entender sin el ejército, al tiempo que la actitud de este era inexplicable sin las dinámicas de fascistización y politización acontecidas en los años previos a la guerra.

Por otro lado, el nuevo partido unificado FET y de las JONS tuvo su propio órgano de propaganda, la DNPP, creada en mayo de 1937 a partir de la unión entre la Delegación de Prensa de la Junta Nacional Carlista de Guerra y la Jefatura Nacional de Prensa y Propaganda de FE y de las JONS, y cuyo primer delegado nacional fue el sacerdote navarro Fermín Yzurdiaga, lo que sirve para reflejar esa confluencia de objetivos de los distintos componentes del bando insurgente: religión, política y, en última instancia, ejército.⁶⁶⁹ La tarea de la DNPP se vehiculó fundamentalmente a través de la publicación de folletos de propaganda y de la organización de diversos servicios de lectura para el frente.

⁶⁶⁸ Esta concepción de la camaradería en Thomas KÜHNE: op. cit., pp. 126-128.

⁶⁶⁹ Sobre la evolución de los distintos organismos de propaganda estatales y de partido desde el comienzo de la guerra véase Sara NÚÑEZ DE PRADO Y CLAVELL: *Servicios de información...*, pp. 305-339; y Alejandro PIZARROSO QUINTERO y Pablo SAPAG: “Propaganda y diplomacia. Proyección exterior de la España franquista (1936-1945), en Antonio César MORENO CANTANO (coord.), *Propagandistas y diplomáticos al servicio de Franco (1936-1945)*, Gijón, Ediciones Trea, 2012, pp. 21-54. En este sentido, el 5 de agosto se constituyó el Gabinete de Prensa de la Junta de Defensa Nacional, cambiando su nombre a finales de ese mismo mes a Oficina de Prensa y Propaganda. En enero de 1937 se creó la Delegación de Estado para Prensa y Propaganda, cuyo primer jefe fue Millán Astray. Finalmente, la DNPP pasó a depender del Ministerio del Interior en febrero de 1938, con una sección dedicada exclusivamente a prensa a cargo de José Antonio Giménez-Arnau y otra a la propaganda dirigida por Dionisio Ridruejo. *Ibidem*, pp. 23-24.

El objetivo era hacer llegar a los combatientes información acerca de las razones que habían llevado a la guerra –con una especial incidencia en los crímenes cometidos por los republicanos antes y durante el conflicto–, delinear los modelos organizativos de la Nueva España una vez se consumase la victoria, y situar el papel que los combatientes tendrían en la sociedad de posguerra. De este modo, se buscaba aprovechar la ociosidad de los soldados en el frente suministrándoles un determinado perfil de publicaciones para que el discurso fuese calando entre ellos. No obstante, como veíamos antes para el caso del capellán legionario José Caballero, estas estrategias no eran siempre efectivas. En muchas ocasiones, los soldados preferían dedicar su tiempo libre a los juegos de azar, a hablar con sus compañeros o a leer la prensa diaria, en vez de a bucear por sesudas disquisiciones acerca de la necesaria implicación de los intelectuales católicos en la Cruzada como las que podían aparecer en la revista *Jerarquía*, una de las que era enviada al frente.⁶⁷⁰

Por ello, otro de los grandes vectores de adoctrinamiento de la tropa fue la prensa, cuya censura y contenidos fueron igualmente canalizados a través de la DNPP. Los periódicos constituían un elemento esencial en la vida del soldado.⁶⁷¹ A través de ellos se informaban de cuestiones que tenían que ver con la marcha de la guerra, como el resultado de las operaciones militares o los principales asuntos de la política nacional e internacional que rodeaban el desarrollo del conflicto; de cuestiones triviales que les ayudaban a distraerse, como los deportes; y, al mismo tiempo, les permitía estar en contacto con la retaguardia y saber de sus seres queridos. En este sentido, por mucho que la camaradería constituyese una suerte de nueva familia, las esposas, hijos, padres o hermanos siempre ocuparon un lugar central en la experiencia de los soldados. La marcha de los cabezas de familia al frente, hombres jóvenes que generalmente eran los que proveían de sustento a sus núcleos familiares, dejaba a muchos de estos últimos en una situación de precariedad e indefensión, algo por lo que siempre intentaron velar los combatientes. La prensa les permitía conocer qué estaba sucediendo en sus pueblos y ciudades de origen, o si se había conquistado alguna localidad en la que pudiesen tener algún pariente, de tal modo que el reparto de periódicos se esperaba con avidez en las trincheras, pues era un mecanismo esencial, además de la correspondencia, para poder recibir noticias de sus familiares.⁶⁷² Sin ir más lejos, muchos casos de desertión de las filas rebeldes, así como en las republi-

⁶⁷⁰ Como el texto aparecido en el número 1 y firmado por Pedro LAÍN ENTRALGO: “Sermón de la Tarea Nueva. Mensaje a los intelectuales católicos”, *Jerarquía. La revista negra de la Falange (1936-1938)*, Madrid, Ediciones Barbarroja, 2011 [1936-1938], pp. 75-90.

⁶⁷¹ Véase, por ejemplo, Robert L. NELSON: *German Soldier Newspapers of the First World War*, Cambridge, Cambridge University Press, 2011. Sobre la prensa durante la Guerra Civil véanse Sara NÚÑEZ DE PRADO Y CLAVELL: *Servicios de información ...*, pp. 77-112. Florence BELMONTE: “Los mecanismos de difusión del discurso oficial en la prensa cultural del primer franquismo (1937-1946)”, en José Miguel DELGADO IDARRETA (coord.), *Propaganda y medios de comunicación en el primer franquismo (1936-1959)*, Logroño, Universidad de La Rioja, 2006, pp. 29-50. O Eduardo GONZALEZ CALLEJA: “La prensa carlista y falangista durante la Segunda República y la Guerra Civil (1931-1937)”, *El Argonauta Español*, 9 (2012), disponible en <http://argonauta.revues.org/819> (consultado por última vez el 15-5-2019)

⁶⁷² Un ejemplo de la relevancia que tenía para el soldado el saber que las operaciones militares se desarrollaban próximas a su lugar de origen en José LLORDÉS: op. cit., p. 192.

canas, tuvieron relación con la necesidad de visitar a los familiares por diversos motivos.⁶⁷³ De este modo, se aprovechó esa necesidad, al igual que la búsqueda de entretenimiento por parte de los combatientes, para implementar mecanismos de politización, estableciendo una estricta censura sobre el contenido de las noticias y convirtiendo la preocupación por la familia en una vía para la permeación ideológica de la tropa.

Para facilitar la influencia de la propaganda rebelde sobre la masa combatiente se buscaron diversas fórmulas que permitieran conectar con la realidad y las preocupaciones tangibles de los soldados, en vez de simplemente intentar socializar un discurso abstracto que, en esencia, no tenía demasiada incidencia sobre sus vidas. En este sentido, dos fueron los mecanismos empleados tanto en las iniciativas impulsadas por el ejército como en las proyectadas por la DNPP, con la finalidad de maximizar en la medida de lo posible su capacidad de alcance. Por un lado, se adaptaron los lenguajes utilizados para que el discurso pudiera ser comprendido, y consecuentemente interiorizado, por una población que en su mayoría carecía de estudios medios y superiores. No servía de nada, tomando de nuevo el ejemplo del artículo de Laín Entralgo para la revista *Jerarquía*, hablar de la «brutal rebeldía nihilista y oriental que nació entre la miseria del suburbio», como forma de describir el mundo que había propiciado la decadencia de la nación y al que había que combatir, si el soldado que leía ese texto no entendía palabras como “nihilista”, el sentido con el que se usaba en esa frase el término “oriental”, o, sencillamente, a qué se estaba refiriendo el autor.⁶⁷⁴ Así, tal y como veremos en las sucesivas páginas a través de diversos documentos, esa simplificación del lenguaje ampliaba el número de destinatarios de la propaganda y permitía que muchos más individuos encontrasen en ella una explicación y una respuesta comprensibles a sus demandas sociales, políticas, económicas, culturales o religiosas. No se trataba de convertir a cada español en un fascista convencido, sino de proveerle de un sencillo y nuevo marco de referencia, dentro eso sí de unas coordenadas ideológicas concretas, a través del cual fuese capaz de darle sentido al mundo que lo rodeaba.⁶⁷⁵

Por otra parte, además de esa adaptación lingüística, la propaganda buscó incorporar al Nuevo Estado a cuantos más individuos fuese posible mediante una orientación pragmática de los temas abordados. Más allá de charlas y folletos sobre la misión histórica de España o el carácter religioso de la guerra, el ejército se esforzó fundamentalmente por trasladar a los combatientes los beneficios que comportaba la adhesión al régimen franquista. Con esto se pretendía fomentar la voluntad de combate y sacrificio de estos individuos, con la promesa de un futuro mejor al que solo se podría acceder mediante la demostración de que se había acudido a la llamada de las armas cuando la nación más lo necesitaba. Un futuro en cuyo centro se encontraban los combatientes, pero en el que también se incluía a sus familiares. De este modo, durante la guerra se pensionó a las esposas e hijos de los combatientes en servicio, una medida que también iba a continuar

⁶⁷³ Pedro CORRAL: “Desertion and Shirking in the Spanish Civil War. Man versus Propaganda”, en James MATTHEWS (ed.), op. cit., p. 77.

⁶⁷⁴ Pedro LAÍN ENTRALGO: op. cit., p. 78.

⁶⁷⁵ Alejandro PIZARROSO QUINTERO: “La Guerra Civil española, un hito en la historia de la propaganda”, *El Argonauta español*, 2 (2005), disponible en <https://journals.openedition.org/argonauta/1195> (consultado por última vez el 11-5-2019)

una vez alcanzada la victoria, lo que animaba a estos individuos a seguir luchando. Igualmente, este tipo de enfoques propagandísticos buscaban potenciar la fidelidad hacia el régimen, y hacia la figura de Franco, como condiciones imprescindibles para la obtención de esos beneficios en la inminente posguerra, ejerciendo así como mecanismo de control de posibles disidencias. En definitiva, lo que se perseguía era solucionar los problemas reales de los combatientes, comprando sus voluntades a través de promesas mucho más tangibles que la resurrección de la nación española o vuelta al sendero cristiano abandonado por el régimen republicano, por mucho que estas estuvieran presentes como un trasfondo subyacente del apoyo dado al franquismo.

Sea como fuere, lo que estaba clara era una cosa: el ejército fue la institución que, en última instancia, controló, canalizó e instrumentalizó la propaganda que recibían los soldados. Si bien es cierto que en los primeros momentos del conflicto la multiplicidad de organismos que llevaban a cabo este tipo de tareas planteó alternativas a ese control absoluto por parte del ejército, especialmente por parte de aquellos dependientes de los partidos cuyas milicias se encontraban en el frente (Falange y el Requeté), la progresiva organización de las fuerzas armadas rebeldes a partir de 1937 y la fusión del aparato político de la sublevación terminaron por centralizar todos los esfuerzos propagandísticos en manos de los militares. Un escrito del CGG de septiembre de 1938 mencionaba explícitamente este control, en este caso llevado al terreno de los comandantes de las unidades. Según se indicaba, la labor de los enviados por el Servicio Nacional de Propaganda estaría siempre subordinada «a la Autoridad de los Generales de Ejército y de Cuerpo de Ejército, en cuyas Grandes Unidades se lleve a efecto», al tiempo que «limitada por la conveniencia militar del momento apreciada por el Jefe Militar respectivo que en caso de no considerarla adecuada puede suspenderla». De este modo, los mandos militares tenían la capacidad de censurar propaganda por considerarla «inoportuna o peligrosa», si bien esto no suponía que pudiesen desarrollar sus propias fórmulas, ya que «fondo, modalidades y técnica» debían responder «a las mismas directrices que señala en sus planes el Servicio Nacional de Propaganda (Ministerio del Interior) especialmente en cuanto afecta a su carácter político-social».⁶⁷⁶

Esta directiva permite ahondar en dos cuestiones relevantes. Por un lado, que la propaganda que se realizaba sobre las tropas venía definida, en cuanto a contenidos, por organismos de claros tintes políticos, por mucho que en última instancia pudiese estar supeditada a la necesidad y la contingencia militares. Y, por otro, que a pesar del control de los militares sobre dicha propaganda, desde el CGG se establecieron canales de cooperación permanentes y eficientes con dichos organismos, subrayando por ende esa naturaleza ideologizada de la propaganda. De hecho, la propia instrucción especificaba toda una serie de disposiciones concretas destinadas a la colaboración que debía establecerse entre los estamentos castrenses y el Servicio Nacional de Propaganda, vehiculándose en última instancia a través de mandos superiores e intermedios pero posibilitando así, a través de la explotación de esas estructuras de afinidad que veíamos antes, que las iniciativas de socialización del discurso rebelde tuviese el mayor alcance y efecto posibles. De este

⁶⁷⁶ AGMAV, C. 1568, 13. 13 DI, Propaganda propia, “Normas dadas por el C. Gl. del Generlmº para la propaganda en vanguardia y frentes”, septiembre de 1938.

modo, no estaríamos tanto ante una mera subordinación a los intereses castrenses, y por tanto ante un discurso desideologizado, sino que la relación se asemejaría más a una de colaboración, toda vez que la jefatura del Servicio Nacional de Propaganda estaba en manos del falangista Dionisio Ridruejo.⁶⁷⁷

Dentro de las múltiples formas que adquirió la propaganda, aquella más vinculada con la socialización explícita de valores castrenses fue la denominada “educación moral del soldado”. Además de la estructura generada por el DNPP y sus posteriores derivados, el ejército creó sus propios instrumentos propagandísticos, con el SIPM como principal organismo, vinculados generalmente a la formación de las tropas tanto antes de ser desplegadas como en el frente.⁶⁷⁸ En este sentido, los problemas endémicos de instrucción hicieron necesario alargar el adiestramiento hasta el mismo frente, lo que favoreció la socialización de este tipo de valores. Sin ir más lejos, como veíamos en la primera parte, algunos programas de instrucción intensiva y de reforzamiento de la instrucción para unidades estacionadas en frentes estabilizados ordenaban que esta fuese diaria, algo que incluía la formación teórica en la que se insertaba esta educación moral del combatiente. En esta misma línea, por ejemplo, una orden de instrucción de las nuevas unidades que se habían incorporado a la 117 DI en agosto de 1937 señalaba que al menos dos horas al día se dedicaban a la instrucción teórica, una relativa a cómo se debía hacer fuego con las armas disponibles y otra a «la enseñanza de las obligaciones del soldado y su educación moral», si bien en el detalle concreto de los temas a abordar en esta segunda parte solo se hacía referencia a cuestiones de índole militar, como los valores castrenses.⁶⁷⁹ El hecho de que se dedicase el mismo tiempo a una cuestión capital como que los soldados aprendiesen a disparar de forma eficiente y a su formación en la cultura castrense denotaba que el ejército rebelde no tenía como meta exclusiva ganar la guerra, sino también encuadrar a las nuevas generaciones de españoles a través de un sistema de adoctrinamiento directo. Aprender el manejo de las armas incidía directamente en la marcha de la contienda, máxime aún si consideramos los problemas de absoluto desconocimiento y de miedo de los que adolecían muchos combatientes, pero no tenía ningún tipo de influencia en la posguerra. Sin embargo, esa educación moral a la que se refería el documento, aunque contribuía igualmente a la mayor efectividad de las unidades rebeldes mediante el control de los soldados y la eliminación de la disidencia interna y las posibles deserciones, tenía sus miras más puestas en la organización del Nuevo Estado en torno a una determinada cosmovisión. Lo cual, de hecho, refuerza ese doble objetivo a corto y medio plazo de la movilización de masas en las fuerzas armadas, incluso en una fecha tan temprana como agosto de 1937 en la que no estaba nada claro cuánto iba a durar el conflicto ni quién sería el vencedor.

⁶⁷⁷ No obstante, Ridruejo, tras llegar a combatir en Rusia en la División Azul, acabó por integrar la oposición a la dictadura franquista, evolucionando hacia posturas críticas con la ideología del régimen. Véase Francisco MORENTE VALERO: *Dionisio Ridruejo: del fascismo al antifranquismo*, Madrid, Síntesis, 2006. Este tipo de viajes políticos tan acusados tuvieron otros protagonistas de renombre durante el periodo de entreguerras, como por ejemplo Óscar Pérez Solís. Véase Steven FORTI: *El peso de la nación. Nicola Bombacci, Paul Mario y Óscar Pérez Solís en la Europa de entreguerras*, Santiago de Compostela, Publicaciones da Cátedra Juana de Vega, 2014.

⁶⁷⁸ Sara NÚÑEZ DE PRADO Y CLAVELL: *Servicios de información...*, p. 329.

⁶⁷⁹ AGMAV, C. 1881, 1. 117 DI, Instrucción, “Normas a que se han de sujetar las nuevas unidades de la División”, agosto de 1937.

En un primer momento, la referencia exclusiva a los valores militares en esta y otras directivas de instrucción podría inducirnos a pensar que de lo que se pretendía que se empapasen los soldados era, simplemente, de una serie de ideas de jerarquía militar propias de cualquier ejército y que, por ende, no constituirían una cultura diferencial, mucho menos politizada. De hecho, en otra directiva, esta de junio de 1938, el jefe del CE de Aragón felicitaba a sus fuerzas tras la ofensiva homónima, al tiempo que les advertía de la necesidad de mantenerse en guardia aún a pesar del contundente éxito con el fin de que «el plazo que resta para la victoria final, ya tan próxima, se acorte todo lo posible». Para ello, el adiestramiento debía ser reforzado de forma constante, mediante ejercicios prácticos y teóricos en los que, además de perfeccionar las distintas situaciones tácticas del combate, se cimentase la creencia en la disciplina férrea y la obediencia ciega, «primera virtud militar» y que debía reflejarse continuamente en el comportamiento y el aspecto del soldado.⁶⁸⁰ Es decir, que esa disciplina se empleaba como forma de sumisión al conjunto de la masa combatiente, lo que ayudaba a identificar rápidamente a los que se salían de la normal, ya fuese por disconformidad o por imposibilidad de soportar la vida en el frente. En cualquier caso, otros escritos nos aportan más detalles acerca de los objetivos que perseguía la educación moral del combatiente y, por ende, de sus contenidos. En unas normas para la instrucción de las tropas dadas a las brigadas, en este caso concreto a las de la 82 DI, se especificaban los temas abordados por la «Instrucción teórica y moral a las tropas», a saber, «Disciplina. Virtudes Militares. Carácter espiritual y humano del Movimiento. Derechos. Deberes y sanciones. Código de Justicia Militar».⁶⁸¹ De nuevo, predominaba la formación en una determinada cultura castrense, pero esta estaba indisolublemente unida a la socialización de los principios ideológicos que habían inspirado la sublevación, lo cual conduce de nuevo a esa consideración de que los valores militares y los políticos no eran excluyentes, sino partes de una misma cosmovisión. Si los militares codificaban una particular concepción del deber, el honor, la masculinidad o la patria, claramente ideologizada, la socialización de estos valores no era sino la socialización los marcos de referencia construidos por el fascismo español, al que contribuían tanto los sectores más políticos de la sublevación como los puramente castrenses.

Del mismo modo, el contenido de las charlas temáticas impartidas en el frente evidenciaba que existía una evidente preocupación porque los soldados interiorizaran una serie de ideas-fuerza fundamentales que constituían el armazón mínimo de la ideología rebelde. En este sentido, los ideólogos de la propaganda tendieron a ofrecer siempre discursos adaptados a las expectativas de cada uno de los grupos que componían el heterogéneo campo insurgente, como por ejemplo sucedió con el particular filtrado de la narrativa de la Cruzada para Falange y el Requeté, en el que se enfatizaban aspectos concretos para cada uno de estos movimientos de acuerdo con la naturaleza de sus propios proyectos

⁶⁸⁰ AGMAV, C. 1297, 74. CE Aragón, Instrucción, “O. Gral. del día 2, sobre instrucción de las tropas en lo moral, física y táctica”, junio de 1938.

⁶⁸¹ AGMAV, C. 1335, 11. CE Galicia, Organización, “Normas Generales a las Brigadas para la Instrucción de las tropas”, noviembre de 1937.

políticos.⁶⁸² En el caso del grueso de la masa combatiente conscripta, que en líneas generales no tenía una militancia política activa, ese discurso se enfocó desde una óptica mucho más materialista, conectando con cuestiones pragmáticas que afectaban directamente a la vida de los combatientes y sus familias. Como planteaba antes, no se pretendía convertir a los soldados en fascistas convencidos, sino simplemente generar espacios de aquiescencia y lealtad hacia el Nuevo Estado mediante la satisfacción de sus necesidades en la guerra, y especialmente la posguerra. Si bien, al mismo tiempo, la explicación de los beneficios que comportaba la condición de veterano de la Cruzada se articulaba a través de un discurso que codificaba esas mínimas ideas-fuerzas que permitían reconstruir los marcos de referencia en clave fascista, proceso que individualmente tendía a responder más a la gratitud por las prebendas recibidas que a un convencimiento pleno alejado de la recompensa material asociada.

Un conjunto de escritos pertenecientes a la 75 DI nos permite conocer de primera mano el contenido de estas charlas, denominadas como “conferencias patrióticas”.⁶⁸³ Concretamente, se trata de las transcripciones completas, o bien de extractos y resúmenes breves, de las recibidas por algunas de las unidades de la mencionada división a lo largo del mes de febrero de 1939, una fecha que resulta especialmente relevante pues, como veremos, guarda relación directa con el contenido de las conferencias. En primer término, dos son los elementos que destacan. Por un lado, en varias ocasiones se deja constancia explícita de que estas charlas se impartían durante las horas de instrucción teórica del soldado, lo que confirma el hecho anteriormente apuntado de que en esa parte del entrenamiento se abordaban cuestiones ajenas a lo puramente militar. De igual modo, los conferenciantes, sin excepción, eran todos militares de distinto grado, desde alférez hasta teniente. Tal y como apuntaba para el caso de la camaradería, la explotación de esos vínculos de afinidad generados entre el soldado y el oficial adquiriría múltiples formas, siendo esta una de ellas. El hecho de que las charlas las impartiesen figuras reputadas dentro de las unidades, o en todo caso otros combatientes y no civiles o individuos venidos de la retaguardia, aumentaba exponencialmente su capacidad de permeación, pues la información procedía de individuos respetados y referentes para los soldados rasos, aplicando de nuevo ese enfoque paternalista en la relación oficial-soldado. De hecho, en los primeros compases de la guerra se habían detectado debilidades en la propaganda que recibían las propias unidades, las cuales se explicaban por la falta de personal formado

⁶⁸² Véase Chris BANNISTER: op. cit. De igual modo, en los primeros momentos del conflicto, cuando todavía la propaganda no estaba centralizada ni controlada por el ejército, se puede apreciar una mayor diferencia en sus objetivos y contenidos. Por ejemplo, en sendas circulares enviadas a las milicias falangistas de Lugo y la columna Los Arcos, compuesta por falangistas y requetés, se apuntaba que la instrucción teórica del soldado había de ser cuidada con especial esmero, «para que con su auxilio pueda él contrarrestar con eficacia las teorías disolventes que hasta él pudieran llegar». Es decir, que la composición de las referidas unidades permitía explicar el mayor énfasis en el carácter político de la instrucción. Véanse AGMAV, C. 1208, 97. Ejército del Norte, Organización, “Instrucción de milicias de FET de Lugo. Por mandos militares. Práctica diaria en todas las Unidades. Teórica. De tiro. Normas para la instrucción de tropas”, septiembre a diciembre de 1936; y AGMAV, C. 1347, 17. CE Maestrazgo, “Circular de la columna Los Arcos a los jefes de grupo sobre instrucción”, noviembre de 1936.

⁶⁸³ De hecho, este tipo de charlas, con temáticas similares, también se impartían en los campos de concentración, como parte de las tareas de reeducación de los prisioneros republicanos. Véase Javier RODRIGO: *Cautivos...*, p. 134.

para este tipo de tareas, que había llevado a coger individuos no cualificados o, directamente, civiles. Razón por la que se ordenó la formación inmediata de nuevos instructores, y especialmente de oficiales con un determinado nivel educativo: «en las diversas Unidades se nombrarán Oficiales que por sus cualidades y mayor cultura den frecuentes conferencias a la tropa para mantener el espíritu y la moral de la misma en un sentido ampliamente ofensivo». ⁶⁸⁴ En este sentido, el soldado Manuel Alfredo Paz fue requerido por su teniente, dada su formación como maestro antes de la guerra, para impartir una de estas conferencias a sus compañeros, concretamente acerca de «los fines del glorioso movimiento y las causas que lo motivaron». ⁶⁸⁵

Las charlas impartidas en la división combinaban contenidos netamente ideológicos con otros vinculados a los valores militares y con cuestiones relativas a la legislación social y asistencial que el Nuevo Estado estaba implementado de cara a proteger a la población de los rigores de la guerra, especialmente a los combatientes y sus familias. Esta variedad de temas resulta especialmente interesante, pues la 75 DI era una unidad compuesta mayoritariamente por batallones de infantería, contando únicamente con dos formaciones milicianas, dos banderas falangistas procedentes de Pontevedra y Orense. De esta forma, a diferencia de los ejemplos que veíamos anteriormente, nos encontramos ante un caso en el que se combina de forma evidente propaganda política y cultura castrense en el seno de una unidad tipo del ejército sublevado, lo que permite considerar el caso de la 75 DI como un ejemplo demostrativo de lo que podía suceder en otras y, por ende, extrapolar las conclusiones derivadas del análisis de las charlas patrióticas que sus integrantes recibieron. Así pues, la documentación encontrada ofrece las transcripciones de 13 conferencias concretas, resúmenes más o menos extensos de otras 9, y un listado de varias recibidas por uno de los batallones de la división, el 1º de Montaña Sicilia nº 8, si bien no queda claro el número exacto, pues algunas parecen partes de una misma charla y otras abordan temas totalmente diferentes. En cualquier caso, de las 22 conferencias perfectamente identificables, y excluyendo las del batallón de montaña que luego detallaré, 11 tenían un contenido netamente ideológico –si bien una de ellas también incorporaba algunas cuestiones de índole más práctico para los soldados en posguerra–, 5 se centraban en aspectos pragmáticos aunque utilizando un lenguaje claramente ideologizado – en buena medida, el modo en que se codificaba el discurso rebelde hacía que todas estas charlas estuvieran siempre permeadas de este tipo de lenguajes–, 2 combinaban ambos aspectos por igual, 2 abordaban cuestiones de utilidad práctica para la vida de los soldados en el frente, y otras 2 ahondaban en la relación entre los aspectos políticos y militares de la sublevación.

Las charlas cuyo enfoque era esencialmente ideológico giraban en torno a las cuestiones habituales propias del discurso rebelde que ya hemos ido viendo reflejadas en la literatura memorialística. Varias de ellas relacionaban la época de los Reyes Católicos con el conflicto de 1936-1939, como dos momentos en los que España comenzaba una etapa gloriosa de su historia empleando la guerra como proceso de purificación nacional.

⁶⁸⁴ Véanse Sara NÚÑEZ DE PRADO Y CLAVELL: *Servicios de información...*, pp. 330; y AGMAV, C. 1590, 33, p. 2. 15 DI, Organización, “Órdenes relativas a la instrucción de las fuerzas de la misma División”, noviembre de 1938

⁶⁸⁵ Manuel Alfredo PAZ FERNÁNDEZ: op. cit., pp. 7-8.

Si bien también otros episodios históricos como la conquista de América o el Siglo de Oro eran resignificados a la luz de la Guerra Civil, aprovechándose para ello de una demonización del enemigo republicano, el cual se identificaba como el responsable de la decadencia de la nación. De igual modo, charlas tituladas «Nacionalindustrialismo. Doctrina de temple hispánico», «Sobre la significación del glorioso movimiento nacional» o «Exposición y comentario de los puntos de FET y de las JONS» buscaban instruir a los combatientes en los principios elementales del ideario del Movimiento. En este sentido, por ejemplo, la última de las charlas mencionadas se centraba en diferenciar los sistemas políticos detrás de cada uno de los bandos en liza: el viciado liberalismo, cuyo enredado parlamentarismo democrático impedía una efectiva solución de los problemas reales de la gente; y el eficaz sistema totalitario (con menciones explícitas a Italia y Alemania), que garantizaba la participación de todos a través de las organizaciones sindicales y en el que el Caudillo representaba la voluntad de todos en un poder efectivo. Mientras que, a continuación, detallaba la organización del Nuevo Estado sobre la base de dos principios elementales, el respeto al individuo y la propiedad privada y la garantía del orden social, es decir, de una libertad que no se tornase en «libertinaje». Como se puede apreciar, el contenido presentaba una cosmovisión maniquea y, por ende, sencilla de comprender e interiorizar por la tropa. Además, esa cosmovisión se construía sobre elementos fácilmente identificables por el español de a pie, como la ineficiencia del sistema parlamentario a la hora de resolver los problemas que acuciaban al país o la necesidad de coartar unas libertades individuales que, entendidas de una forma amplia como en época republicana, suponían una amenaza al orden imperante y contra la propiedad privada. Es decir, que se buscaba socializar esas ideas elementales sobre la base de los problemas de la gente, y no como meros constructos teóricos que no entroncaban con la realidad del momento. De hecho, incluso la retórica palingenésica se relacionaba con episodios de la propia guerra, ya que además de las gestas de los Reyes Católicos se buscaban ensalzar, con carácter de epopeya, los hechos de armas más relevantes, como el Alcázar, de cara a que los combatientes construyeran sus propios referentes mitopoéticos.

Por otro lado, aquellas conferencias que tenían un enfoque más pragmático pretendían convencer a los soldados de los beneficios que conllevaba el advenimiento del franquismo, lo que les impulsaba a seguir sacrificándose en el frente y mantenerse leales en la posguerra.⁶⁸⁶ Por ejemplo, en una conferencia impartida a la 26ª Batería del 9º Grupo de artillería de 75 mm y titulada «Principales reformas sociales empleadas ya por la España Nacional», se daba cuenta de los logros obtenidos por el nuevo régimen y que afectaban directamente a los combatientes y a sus familias. El índice de la charla contenía los siguientes puntos: «I.- El auxilio a las familias de los combatientes. II.- El plato único. III.- La exención del pago de alquileres al obrero en paro forzoso. IV.- El salario familiar. V.- El patronato anti-tuberculoso. VI.- La obra de Auxilio Social». Como puede verse, elementos que, sobre un trasfondo ideológico poco marcado, definían la oferta que el franquismo presentaba a sus soldados, centrada en las familias y en cómo se aseguraba su sustento mientras los cabezas de las mismas estaban combatiendo en el frente. Esta

⁶⁸⁶ Véase Claudio HERNÁNDEZ BURGOS: “De la cultura de guerra...”, pp. 127-128.

cuestión permite matizar esa idea del ejército como un organismo que únicamente utilizaba la represión, la coerción y el señalamiento de la disidencia como formas de controlar a sus integrantes. Más bien, lo que se pretendía era que los soldados aceptasen voluntariamente la sumisión a esa férrea cultura jerárquica castrense a través del otorgamiento de una serie de prebendas como contrapartida, las cuales en un contexto de guerra total y devastación del país pasaban más por la normalización de la vida social y económica, por el establecimiento de mecanismos de ayuda para afrontar la posguerra, y por la creación de puestos de trabajo.

De igual modo, otra de las conferencias aludía a cuestiones similares. En primer lugar, buscaba limar las asperezas existentes entre los espacios del frente y la retaguardia, presentando ese trabajo en material asistencial que el gobierno había ido realizando como forma de compensar el enorme sacrificio de los soldados:

«la tarea a que vosotros, patriotas y buenos hijos de España, os habéis entregado, os ha impedido el llegar a daros una exacta idea de lo que, allá lejos, en nuestra sana y laboriosa retaguardia, se labra para que, cuando victoriosos regresemos a nuestros hogares, hallemos estos encauzados hacia una era fecunda y próspera; era que, todos vosotros, habéis soñado en las horas tensas y vibrantes en que poníais todo vuestro esfuerzo, vuestra sangre y vuestra vida en la defensa de los sacrosantos ideales de Dios, Patria y Justicia».

En este breve fragmento nos podemos hacer una idea de los mecanismos empleados para maximizar el potencial de convencimiento de estas conferencias. Por una parte, la identificación del orador, un alférez en este caso, con sus oyentes resultaba crucial, pues no solo los soldados lo veían como a un igual, otro miembro de la comunidad de combatientes, sino que él mismo admitía compartir los mismos anhelos y preocupaciones que el resto. De este modo, se conseguía superar esa barrera de desconfianza que hubiera aparecido de haber sido un civil o alguien venido de la retaguardia el que impartiese la charla, puesto que no habría estado nunca en el lugar de los soldados a los que iba dirigida y, por ende, no podría hablar con autoridad y conocimiento de causa de sus problemas y necesidades. Por otra parte, la referencia explícita al combate, las heridas y la muerte de los compañeros intentaba demostrar que el trabajo realizado en retaguardia para recompensar el esfuerzo en el frente, que como veíamos era una de los principales recelos que expresaban los soldados, estaba a la altura de las expectativas de los soldados. El encuadramiento forzoso de cientos de miles de individuos ofrecía una oportunidad única para monitorizar sus necesidades y generar unas políticas acordes a estas, algo que se intentaba aprovechar a través de formas de propaganda que combinaran la parte ideológica con la práctica, y que al mismo tiempo explotasen los vínculos generados en el seno de las trincheras.

La conferencia continuaba incidiendo en este discurso en favor de la retaguardia, al tiempo que iba introduciendo paulatinamente referencias a los pilares ideológicos básicos del Nuevo Estado, como el culto al líder carismático («humanas medidas salidas de la privilegiada mente del Caudillo»), hasta llegar al elemento principal, la explicación del Fuero del Trabajo. Se detallan los diversos capítulos del mismo incidiendo en las ideas

de libertad individual que llevaba aparejada esta ley, en una clara alusión comparativa al modo en que se articulaban los sistemas comunistas. En la España franquista no se produciría «con un exceso que será perjudicial», dejando atrás aquellos años, en referencia a la etapa republicana, en los que se trabajaba para otros a cambio de un escaso jornal. Se apuntaba igualmente cómo el Fuero prohibía el trabajo nocturno para mujeres y niños, y sobre todo que las mujeres casadas formasen parte del mercado laboral. Esta cuestión ofrecía un cierto grado de protección a los familiares de los combatientes, quienes mientras durase la guerra tenían que valerse por sí mismos y que incluso después del final de esta podrían tener que seguir haciéndolo si el cabeza de familia volvía mutilado del frente, pero al mismo tiempo sancionaba un modelo social muy concreto, el de la domesticidad de la mujer, combinándose de nuevo esas dimensiones ideológica y pragmática que permitían una mejor digestión de los principios del Nuevo Estado.⁶⁸⁷ De hecho, en esta misma línea se atacaba la inestabilidad social habitual de los años republicanos, al tiempo que se presentaba el Fuero como el garante de los derechos de los trabajadores frente a los patronos, si bien con la contrapartida de la pérdida de libertades individuales y políticas. A lo largo de todo el texto, las promesas que traía consigo el Fuero del Trabajo –vacaciones, subsidios, pensiones, seguros de accidente, etc.– se iban incardinando con toda una serie de expresiones con una carga ideológica mayor, que establecían una conexión rápida y sencilla entre que «a cada familia le dará una parcela» y que esta, con su trabajo, «eleve un canto a la España inmortal que renace». Desde luego, el lenguaje no era en absoluto sutil, pero huía de toda complejidad retórica para adecuarse a las posibilidades y expectativas de su audiencia, lo cual resultaba mucho más efectivo a la hora de transmitir el mensaje. Una sencillez que también se empleaba para definir los deberes asociados a toda esta serie de derechos y prebendas: «¡Ah!, pero no olvidaros, el Fuero exige, exige con mano dura; él es clemente, es honrado, os da todo, pero os exige de vuestra hombría de bien, el máximo esfuerzo, la máxima producción».

Las charlas también buscaban cultivar la idea de que los ámbitos militares y políticos de la sublevación estaba perfectamente sincronizados y representaban dos pilares de un mismo proyecto en común. Las conferencias impartidas al 1^{er} batallón de Montaña de Sicilia nº 8 mezclaban cuestiones ideológicas y pragmáticas como las ya vistas –«Situación de nuestra Patria antes del Movimiento Nacional, y durante el mismo» o «Subsidio pro-combatiente»–, con elementos que hacían referencia a valores militares *per se* («Patriotismo, sacrificio y heroísmo» u «Honor militar») o a la relación de estos con aspectos más políticos («Unión compenetrada entre el Ejército y el pueblo, representado genuinamente en las milicias nacionales, para salvar la patria»). En este sentido, lo militar se enmarcaba dentro de un contexto netamente ideologizado, sin establecer diferenciación alguna entre una línea de adoctrinamiento más castrense y otra más política. Ambos elementos convivían sin mayores problemas y evidenciaban que la propaganda del ejército se situaba en unas coordenadas definidas por el discurso fascista que unía a los diferentes sectores de la sublevación. Sin ir más lejos, una de las charlas, titulada «El Cuartel y la familia», desarrollaba la importancia de los valores militares para la construcción de la comunidad nacional de posguerra articulada a través de la familia. Se hacía hincapié en

⁶⁸⁷ Ángela CENARRO (coord.): *Género y ciudadanía en el franquismo*. Dossier para *Ayer*, 102 (2016)

la disciplina, la jerarquía y la subordinación a la autoridad, la del hombre en este caso, como elementos indispensables para el resurgir de la nación, que como veíamos en la conferencia anterior estaba asociado con al mantenimiento del orden social, que a su vez permitía al Estado cubrir las necesidades esenciales de la población. Por ende, a través de la imposición de una estructura jerárquica y ultramasculinizada en el seno de la familia se conseguía reproducir el modelo vertical que estructuraba a la sociedad en todos y cada uno de los hogares en los que hubiera un combatiente, con la promesa de que ese control traería aparejados los beneficios que se les habían prometido. De este modo, el combatiente vertía su experiencia de educación moral, adquirida durante la guerra, en sus ámbitos de influencia, en este caso en su familia, convirtiéndose en una correa de transmisión esencial de la cultura construida al calor de la guerra y, por ende, en un agente de socialización ideológica mediante la puesta en práctica de los valores adquiridos durante su periodo de encuadramiento en las fuerzas armadas.⁶⁸⁸

En definitiva, lo que el contenido de estas charlas deja claro es que la instrucción teórica del soldado incluía una formación en cuestiones ideológicas que resultaba esencial si se quería construir el posterior Estado franquista con los mayores apoyos posibles. Es decir, que no solo se centraba en la inculcación de valores militares, sino que además de que estos estaban permeados de y perfectamente insertos en unos marcos de referencia fascistizados, también se compartían contenidos netamente políticos, lo que convertía al encuadramiento en el ejército en una experiencia de fascistización. Además, este proceso buscaba aprovechar las necesidades y temores del soldado derivados de la guerra, así como el momento idóneo –de ahí la relevancia de la fecha para entender el contenido de las conferencias– una vez estaba claro que la contienda iba a decantarse de lado rebelde. El miedo a que la familia estuviese desamparada mientras el combatiente estaba en el frente, a no tener trabajo ni medios de subsistencia una vez acabase la guerra y volviese a casa, o a ser brutalmente herido y no estar en las condiciones físicas mínimas para poder trabajar atormentaban a los soldados, generando un nicho de penetración ideal para el tipo de discursos que se codificaban en las charlas. Por ejemplo, el excombatiente Gustavo Novo Ramilo, jornalero de profesión y perteneciente al Regimiento de Infantería Mérida nº 35, recibió varias heridas de guerra en el año 1937 que le causaron una impotencia funcional en el brazo derecho, lo que afectaba directamente al modo en que se ganaba la vida y le dejaba en una situación de absoluto desamparo sin las pensiones y compensaciones recibidas por parte del Estado. De igual modo, otro integrante del mismo regimiento, el veterano Luis López Vázquez, suplicaba la concesión de «la Medalla de sufrimientos pensionada con la pensión que pueda corresponderme por las heridas recibidas en la Defensa de la Patria». Su situación era bastante más grave que la de Novo Ramilo, pues padecía de paraplejía, incapacidad de controlar sus esfínteres y úlceras por decúbito.⁶⁸⁹ Habiendo visto la relevancia que tenía en el relato combatiente la contemplación de las brutales heridas producidas por armas de guerra modernas, resulta plausible extrapolar ese miedo a resultar herido a la percepción que los soldados tenían de su futuro una vez acabase la guerra. Todos ellos habían visto casos como los de Novo Ramilo o López

⁶⁸⁸ Todas las referencias a las charlas impartidas a las unidades de la 75 DI provienen de AGMAV, C. 1816, 13. 75 DI, Propaganda, “Conferencias patrióticas”, febrero de 1939 y sin fecha.

⁶⁸⁹ Véase AGMG, Fondos Regimiento Mérida nº 35, caja 2, documentos 12 y 37.

Vázquez, cuyo destino quedaba sellado en un instante debido al alcance de un proyectil, por lo cual esa ansiedad por asegurar una estabilidad económica para ellos y sus familias les convertía en individuos especialmente proclives a este tipo de propaganda.⁶⁹⁰

De igual modo, esto se observaba también para el caso de las familias mientras los combatientes estaban en el frente, las cuales no solo tenían que preocuparse *per se* de sobrevivir, sino que en muchas ocasiones debían lidiar con funcionarios estatales corruptos. En un país donde imperaba el caciquismo rural y las jerarquías sociales estaban, en muchos lugares, basadas no en la autoridad legal sino en la autoridad clientelar, la indefensión a la que se exponían las familias en retaguardia, considerando esa concepción patriarcal en la que la mujer era vista como un ser débil y del que se podían aprovechar, era una constante fuente de preocupación para los combatientes.⁶⁹¹ Por ejemplo, a finales de febrero de 1938 la 15ª Compañía de la Guardia Civil, adscrita a la 107 DI, elaboraba un informe en el que acusaba al alcalde de la localidad de Mesegar de Tajo (Toledo) de sustraer parte del subsidio que cobraban las esposas de los combatientes, con el pretexto de ser empleado para viajes o para gratificar a personal de la corporación municipal. A lo largo de varios meses había desviado casi 900 pesetas, de las cuales posteriormente solo había justificado 500, considerando que el subsidio era de 3 pesetas diarias por familiar (hasta un máximo de 5) y que la población de la localidad en aquellos años rondaba las 800 personas, sin descontar aquellos que habían partido para el frente.⁶⁹² En un episodio similar sucedido en mayo de 1937, un capitán de caballería había sido procesado por malversar fondos de Falange, concretamente los haberes que percibían los combatientes —y que en parte eran enviados a las familias—, los cuales eran ilegalmente entregados al jefe de la unidad en vez de directamente a los soldados para que este dispusiera de ellos como estimase oportuno, en un flagrante ejemplo, dicho sea de paso, de ruptura de los lazos de hermandad y camaradería.⁶⁹³ Quizá por ello, afirmaciones como la que se realizó en una de las charlas patrióticas a las unidades de la 75 DI, «el Estado vela, y; ay del que quiera ir en contra de vosotros. El Estado no lo perdona», cobraban una mayor relevancia, ofreciendo a estos soldados una vía, mediante la adhesión al nuevo régimen, a través de la cual garantizar el bienestar de los suyos en retaguardia.⁶⁹⁴

Estos mismos enfoques podían encontrarse en la temática de las publicaciones escritas enviadas al frente. Ya desde enero de 1937 se habían puesto en marcha diversas iniciativas, como la liderada por el Cuerpo Facultativo de Archiveros Bibliotecarios, el cual había establecido un servicio de lectura para Hospitales y frentes del que, por ejemplo, se aprovechó la 5ª División Orgánica, que solicitó el envío de numerosos ejemplares para sus combatientes. De hecho, esto llevó a sus impulsores a intentar hacer extensible el servicio al conjunto de frentes en los que combatía el ejército rebelde, y a adoptar una

⁶⁹⁰ Estas preocupaciones se reflejaban, de hecho, en las misivas que Franco recibía de parte de muchos españoles, generalmente sobre peticiones y asistencia. Véase Antonio CAZORLA SÁNCHEZ: *Cartas a Franco de los españoles de a pie (1936-1945)*, Barcelona, RBA, 2014. La idea de la mayor eficiencia de estas contrapartidas tangibles en Ángel ALCALDE: *Los excombatientes franquistas...*, pp. 212-213.

⁶⁹¹ Esta autoridad caciquil se evidencia perfectamente en el modo en que se articuló la movilización en el agro navarro y vasco. Veáanse Javier UGARTE TELLERÍA: op. cit., y Germán RUIZ LLANO: op. cit.

⁶⁹² AGMAV, C. 1870, 22. 107 DI, Subsidios, “Órdenes sobre subsidios y proceder abusivo de un Alcalde”, febrero de 1938.

⁶⁹³ AGMAV, C. 2374, L. 145, 43. CGG, EM, Justicia, mayo de 1937.

⁶⁹⁴ AGMAV, C. 1816, 13, p. 20. 75 DI, Propaganda, “Conferencias patrióticas”, febrero de 1939 y sin fecha.

actitud proactiva no esperando simplemente a que las unidades demandasen los libros.⁶⁹⁵ En esta misma línea, hacia la segunda mitad de 1938 los dirigentes rebeldes eran conscientes de la relevancia de incrementar la propaganda dirigida a sus propias tropas, considerando el inminente fin de la guerra y la necesidad de ir consolidando los apoyos sociales del Nuevo Estado. Por ello, el Ministerio del Interior decretó un envío masivo de libros al frente, iniciativa que se topó con el problema de la falta de transportes del ejército sublevado y que comportó una reestructuración del servicio, creándose un almacén de libros en el Servicio Nacional de Propaganda y siendo suministrados bajo demanda a las diferentes unidades que los solicitasen.⁶⁹⁶ En cualquier caso, la temática de los libros y folletos seguía una línea que, al igual que sucedía con las charlas patrióticas, basculaba entre lo ideológico y lo pragmático. Por ejemplo, en una lista de folletos enviados en enero de 1939 a unidades que componían la 107 DI, figuraban tanto títulos netamente ideológicos, como «La guerra española entre la moral y el derecho», «Tres discursos de José Antonio» y «Poema de la Bestia y el Ángel»; al mismo tiempo que otros que presentaban un enfoque aparentemente más pragmático, como «Palabras del Caudillo», «La Nueva España Agraria» o «Los combatientes nº 1ª».⁶⁹⁷

Por ende, la preocupación por satisfacer las necesidades materiales y prácticas de los soldados estaba muy presente en las normas generales de propaganda entregadas a las diferentes divisiones. Como ya he apuntado anteriormente, dicha propaganda se presentaba de muy diversas formas, tanto a través de las ya mencionadas conferencias como mediante octavillas, discursos radiados en el frente, libros, folletos o concursos incentivados económicamente.⁶⁹⁸ Y, al mismo tiempo, buscaba convertir a los soldados en sujetos activos de la misma, con la capacidad de contribuir a su diseño y mejor funcionamiento. De este modo, se generaban mecanismos de participación en los que los combatientes veían reconocida su importancia por el mero hecho de ser consultados, al tiempo que se aprovechaba el *feedback* recibido para refinar los instrumentos con los que se les intentaba atraer al Nuevo Estado. En este sentido, una directiva de enero de 1939 señalaba que sería beneficioso recabar la opinión de las tropas acerca de cómo se estaba enfocando la propaganda propia y hacia el campo gubernamental, cómo podrían mejorarse sus efectos, qué opinión les merecían sus contenidos, e, incluso, qué incidencia tenía la difusión de las ideas republicanas con las que el enemigo buscaba convencer a los soldados sublevados. Especialmente, se pretendía conocer la reacción que suscitaban las políticas de

⁶⁹⁵ AGMAV, C. 1211, 54. Ejército del Norte, Bibliografía, “Publicaciones. Bibliotecas. Imprentas”, enero de 1937.

⁶⁹⁶ AGMAV, C. 1224, 14. Ejército del Norte, “Envío de lectura a los combatientes”, noviembre de 1938. No obstante, según se desprende de la documentación, este servicio almacenamiento y la opción de solicitar ejemplares ya estaban disponibles desde hacía un tiempo. Un escrito de marzo de 1938 perteneciente a la 2ª División de Caballería ofrecía una lista de los ejemplares que se podían pedir al Servicio de Prensa y Propaganda, los cuales combinaban enfoques ideológicos y pragmáticos. Así, entre otros, se encontraban títulos como «Fuero del Trabajo», «Palabras del Caudillo» o «Estatutos de FET y de las JONS». Cabe destacar que, a excepción de este último relativo al ideario falangista, que contaba con 70 ejemplares disponibles, las temáticas que acumulaban un mayor número de copias disponibles eran las que abordaban la figura del Caudillo y las que trataban los beneficios destinados a los combatientes. Véase AGMAV, C. 1897, 19. División de Caballería, Prensa y Propaganda, “Sobre volúmenes de este servicio”, marzo de 1938.

⁶⁹⁷ AGMAV, C. 1865, 5, p. 27. 107 DI, Propaganda, “Normas para la Propaganda Nacional. Sobre Propaganda Nacional al Campo Rojo”, enero de 1939.

⁶⁹⁸ Por ejemplo, sobre la radio véase Daniel ARASA: op. cit.

asistencia social proyectadas por el franquismo. Esto motivó la puesta en marcha de un concurso para que los soldados elaborasen trabajos explicando la importancia de estas leyes para las necesidades del país, siendo gratificados los mejores con un premio sin determinar. Sin embargo, quizá lo más relevante era el perfil de contribuciones que se buscaba, que no eran las de mayor nivel cultural sino «los que indiquen con mayor claridad que los restantes, han percibido sus autores cuál es la intención de la Ley “Auxilio social”». ⁶⁹⁹ Es decir, que no se pretendía que los combatientes supiesen articular un discurso complejo y perfectamente elaborado acerca de la naturaleza de esta legislación y su posición dentro de la estructura político-ideológica del Nuevo Estado, sino que lo que se buscaba es que entendiesen lo que les ofrecía como individuos y las necesidades que cubriría para ellos y sus familias. Al igual que veremos posteriormente con respecto al tipo de lenguaje que se recomendaba emplear en la elaboración de toda esta propaganda, la voluntad de integrar al mayor número de españoles posible era uno de los *leitmotivs* esenciales, algo en lo que una discriminación por criterios culturales distaba mucho de ser efectiva.

En cualquier caso, los temas discurrían por cauces similares a los que observábamos en las conferencias patrióticas. Por una parte, buscaban reforzar demonizar al enemigo republicano y presentar ese bando como un escenario de caos y constante desorden –continuación lógica de lo que había supuesto la Segunda República–, frente a lo cual se contraponía el orden y el bienestar que caracterizaban a la zona sublevada. Algo que, además, permitía contrarrestar la propaganda proveniente del lado republicano, que igualmente incidía en los aspectos materiales más que en los ideológicos. Por otra, además de señalar esas cuestiones de orden material se buscaba, como ya hemos visto, codificar unos determinados marcos de referencia ideológicos a través de un conjunto de ideas-fuerza muy básicas. En enero de 1938, un escrito de la 16 DI señalaba toda una serie de consignas clave para la organización de la propaganda dirigida a los combatientes. Los temas se centraban en dos cuestiones fundamentales, los avances que había cosechado el ejército rebelde en las últimas operaciones militares, que en esos momentos se desarrollaban en torno a la ciudad de Teruel, y los crímenes que los republicanos estaban cometiendo en las zonas bajo su control, con una incidencia especial en las profanaciones de lugares sagrados católicos. ⁷⁰⁰ En este sentido, lo que se pretendía era conectar con el catolicismo de muchos de los españoles de la época, que si bien podían albergar críticas hacia la estructura de la Iglesia y sus mecanismos de control social, quizá entendían que el asesinato de religiosos y la destrucción de iglesias era ir demasiado lejos. Además, no hemos de olvidar la sobredimensión conferida a este tipo de actos antirreligiosos con una clara intencionalidad de explotación propagandística para consumo interno y externo, algo que se empezó a cultivar desde el mismo comienzo del conflicto. Ya en agosto de 1936 se envió un documento a los jefes de las columnas, a saber, Yagüe, Tella, Castejón y Varela, en el que se les solicitaba que hicieran fotos de los desmanes cometidos por las fuerzas republicanas en los pueblos en los que fuesen entrando «Con el fin de poder editar

⁶⁹⁹ AGMAV, C. 1865, 5, p. 6. 107 DI, Propaganda, “Normas para la Propaganda Nacional. Sobre Propaganda Nacional al Campo Rojo”, enero de 1939.

⁷⁰⁰ AGMAV, C. 1602, 30. 16 DI, Propaganda, “Directivas y normas para la propaganda en las dos zonas”, enero de 1938.

un folleto en el que conste de una manera gráfica las barbaridades que las turbas rojas cometen [...] Este folleto se piensa enviar a todo el mundo para que se sepa lo salvaje que es el enemigo que se combate».⁷⁰¹

La referencia a las noticias sobre avances militares resulta interesante porque ejemplifica nuevamente esa combinación entre elementos ideológicos y elementos puramente castrenses a la hora de construir la propaganda rebelde, y cómo en última instancia ambos perseguían un mismo objetivo común. De hecho, los partes de guerra fueron un instrumento más de esa maquinaria propagandística, toda vez que alimentaban los lazos de camaradería e identificación construidos en torno a la identidad conferida por la pertenencia al colectivo del ejército sublevado. Permitían levantar la moral exagerando el tamaño de las victorias propias y minimizando las derrotas, que siempre se presentaban bajo fórmulas matizadas como «evacuación» o «repliegue» y de las que se culpaba a individuos concretos en caso de que fuese posible, como el caso del coronel Rey d'Harcourt durante la batalla de Teruel.⁷⁰² Lo cual, al mismo tiempo, sancionaba también el ideal de masculinidad que el Nuevo Estado buscaba erigir como un pilar fundamental de su sociedad. Todas estas cuestiones, por ende, explican la importancia explícita que se le dio a los partes dentro del aparato de propaganda rebelde. En enero de 1939, un telegrama postal enviado por el general jefe del CE Castilla a su homólogo de la 15 DI subrayaba la necesidad de que los soldados conociesen el parte oficial de guerra y que fuese «comentado su contenido haciendo [...] un resumen de nuestros triunfos y de las pérdidas del enemigo y consideraciones acerca del estado de las filas y la retaguardia enemiga y su comparación con las nuestras».⁷⁰³ Es decir que, en buena medida, el parte funcionaba como una charla patriótica más, si bien con un formato menos directo, lo que permitía socializar el discurso rebelde a través de varios canales simultáneos, potenciando así sus efectos.

Otras dos directivas de septiembre de 1938 y enero de 1939 delimitaban del mismo modo las normas y temas a los que debía ajustarse la propaganda realizada en el frente, que se canalizaba respectivamente a través del reparto y lanzamiento de octavillas y mediante su difusión a través de altavoces instalados en primera línea. Respecto a las octavillas, estas se concentraban en contrarrestar la propaganda procedente del campo republicano, que se vehiculaba a través de la lectura de periódicos publicados en esa zona y que relataban desórdenes que se estarían produciendo en la retaguardia sublevada. De nuevo, vemos cómo el punto más débil de los combatientes no era la ideología, sino el bienestar de sus familiares, algo que intentaban explotar los republicanos para generar disensión y desertiones en las filas enemigas. Sin ir más lejos, las órdenes dadas por los responsables de la propaganda insurgente consistían en incidir en que «nada falta a vuestras familias y que el trabajo continúa normalmente produciendo lo preciso», atacando a su vez la zona republicana con los mismos argumentos de los que se estaban defendiendo.

⁷⁰¹ AGP, Fondo Jefatura del Estado, Casa Civil de S.E. el Jefe del Estado, Caja 20, Legajo 149, "Peticiones y adhesiones (1936-1939)", agosto de 1936.

⁷⁰² Sara NUÑEZ DE PRADO Y CLAVELL: "Los partes de guerra franquistas como arma de propaganda en la guerra civil española", *Revista de Ciencias de la Información*, 6 (1989), pp. 211-222.

⁷⁰³ AGMAV, C. 1594, 10. 15 DI, Propaganda propia, "Que se difunda entre la tropa combatiente el parte de Guerra de nuestro Ejército", enero de 1939.

Es decir, que la lucha de la propaganda se trató fundamentalmente de un combate por lo material, a través de lo cual se iba introduciendo lo ideológico. En este sentido, las octavillas no olvidaban esa dimensión, y entre los temas sugeridos se encontraba la demonización del “rojo”, la utilización del discurso antisemita y antimasonico, así como referencias a una identidad construida en clave de clase pero representada a través de un prisma historicista: «Ellos que han hecho mofa de Don Quijote levantando un pedestal al materialista Sancho Panza».⁷⁰⁴ Por su parte, la directiva de enero de 1939 insistía en que la propaganda debía centrarse en las noticias relacionadas con avances de las fuerzas sublevadas, los beneficios que comportaba el Fuero del Trabajo y la legislación asistencial y social creada por el Nuevo Estado, y una relectura de la historia en clave fascista, tanto para afianzar esa visión del pasado español como para combatir la propia que se estaba intentando difundir desde las filas republicanas.

Sin embargo, esta directiva apuntaba una cuestión esencial del modo en que debía elaborarse esta propaganda. Uno de los temas a tratar era el de la «“Unidad de destino en lo universal”». Unidad geográfica, histórica y religiosa» de España, para lo cual había que «Vulgarizar estos conceptos de manera muy clara». Es decir, que como apuntaba anteriormente el objetivo no era tanto que los soldados entendiesen esa “Unidad de destino” en toda su dimensión y complejidad, sino que se quedasen con unas nociones elementales de la trascendencia de España en la historia universal, de lo relevante que para su resurrección era la guerra y del papel que ellos habían de jugar en todo este proceso. Por un lado, el mejor modo de sumar a los combatientes no era a través de la socialización de este tipo de ideas abstractas, sino mediante las medidas concretas que les afectaban directamente, de modo que con que interiorizasen unos rudimentos básicos era más que suficientes. Pero, fundamentalmente, de lo que se trataba era de llegar a cuantos más individuos mejor, lo que motivaba que se huyese de intentar hacer entender la complejidad de estos conceptos y se adaptasen a los lenguajes y niveles educativo-culturales del conjunto de la masa combatiente.⁷⁰⁵ Sin ir más lejos, seguidamente se exponían una serie de ideas generales sacadas, según se indicaba, del *Mein Kampf*, que debían constituir las líneas maestras del diseño de la propaganda rebelde: «Toda acción de propaganda *tiene que ser necesariamente popular*, y adaptar su nivel intelectual a la capacidad receptiva del más limitado de los individuos a los cuales está destinada. De ahí que su grado puramente intelectual *deberá regularse tanto más hacia abajo, cuando más grande sea el conjunto de la masa humana que ha de abarcarse*».⁷⁰⁶ Este mismo enfoque se aplicó a diferentes iniciativas impulsadas por las jefaturas provinciales de FET y de las JONS para la elaboración de folletos propagandísticos tanto sobre el ideario falangista como los beneficios de la legislación creada por el Nuevo Estado. En una carta enviada a principios de di-

⁷⁰⁴ AGMAV, C. 1201, 14. Ejército del Levante, “Temas para octavillas de propaganda”, septiembre de 1938.

⁷⁰⁵ Algo que ya veíamos para los cursos de sargentos provisionales, que dispusieron de varias vías de acceso en función del nivel de estudios de los candidatos. Véase AGMAV, C. 1549, 58. 12 DI, Organización, “Cursos de formación de Alféreces Provisionales de Infantería, de Sargentos de Infantería y de Ajustadores Provisionales”, agosto de 1937.

⁷⁰⁶ AGMAV, C. 1865, 5, p. 2-3. 107 DI, Propaganda, “Normas para la Propaganda Nacional. Sobre Propaganda Nacional al Campo Rojo”, enero de 1939. La cursiva en el original

ciembre de 1938, Jorge Claramunt, jefe provincial del partido en Vizcaya, solicitaba autorización para uno de estos pasquines, para lo cual exponía el propósito perseguido: «Se trata de hacer llegar a las masas de nuestra provincia, de un modo simple y directo, con los postulados renovadores y las realidades de lo ya legislado, el sentido que informa nuestra revolución nacional». ⁷⁰⁷ Enfoque “simple y directo” que también compartía una iniciativa similar puesta en marcha en mayo de 1938 por la jefatura provincial de Santa Cruz de Tenerife. La idea era editar un pequeño librito con textos doctrinales de los principales dirigentes del Movimiento, tales como José Antonio Primo de Rivera, Onésimo Redondo o el propio Franco, si bien el lenguaje y el tono de los mismos había de ser simplificado para incrementar su capacidad potencial de alcance: «se le quiere dar un carácter popular, recogiendo en él solamente lo que se halle al alcance de las gentes». ⁷⁰⁸

Por ende, de lo que se trataba era de acercar lo máximo posible la propaganda al combatiente. No se trataba, ni de hecho se podía, de convertirlos en fascistas plenamente conscientes de lo que implicaba esta ideología a nivel teórico, sino que el objetivo era que la adaptasen a su realidad cotidiana mediante la satisfacción de sus necesidades. Es decir, que convirtiesen la defensa de sus tierras, el mantenimiento de sus esposas en el hogar o la preservación de su parroquia, por poner algunos ejemplos, en pequeños reflejos tangibles de lo que el régimen hacía por ellos. Esto permite plantear la idea del control social desde otra perspectiva. La socialización ideológica y la mera represión no bastaban para sostener la dictadura, sino que se debía atender a las demandas de los españoles corrientes para ofrecer todo un paquete de medidas que les sedujese y les incentivase a incorporarse activamente al Nuevo Estado. De este modo, la noción de la naturaleza todopoderosa del Estado queda en entredicho, pues este no era capaz de imponer su voluntad de forma apromblemática al tener que, en cierto modo, “negociar” las condiciones de incorporación de grandes capas sociales a su proyecto. ⁷⁰⁹ De ahí que se hiciese tanto hincapié en ofrecer, más que en convencer; y en ofrecer de un modo simple y directo, que fuese perfectamente comprensible para todos. Otro claro ejemplo de este cuestionamiento del poder omnímodo del régimen fue el tratamiento que se dio a los combatientes marroquíes procedentes del Protectorado. Este colectivo tuvo una importancia crucial por su número y su empleo como carne de cañón para las unidades de choque del ejército rebelde, al tiempo que por el menor impacto social que sus muertes tenían en la comunidad nacional. Dicha relevancia motivó que se buscase siempre satisfacer sus necesidades, lo que les dotó de un cierto poder de negociación frente al Estado. Así, se les respetaba su fe —prohibiendo intentos de conversión por parte de sacerdotes católicos—, se les servía carne halal, se les enterraba según el rito musulmán, se les permitía celebrar la fiesta del Ramadán —incluso retrasando el inicio de determinadas operaciones militares por ello—, se ordenaba el pago inmediato de sus haberes atrasados, y, en definitiva, se les procuraba dispensar el mejor

⁷⁰⁷ AGA, C. 21/00041, 59, documento 101, 3 de diciembre de 1938.

⁷⁰⁸ AGA, C. 21/00041, 59, documento 121, 27 de mayo de 1938.

⁷⁰⁹ El empleo de estas formas de negociación por parte del estado, es decir, el reconocimiento de sus límites, es una cuestión que tiene especial incidencia en contextos bélicos, donde se producen fuertes desgarros del tejido social. Véase, para el caso de Francia en la Gran Guerra, Pierre PURSEIGLE: *Mobilisation, Sacrifice et Citoyenneté. Des communautés locales face à la guerre moderne. Angleterre-France, 1900-1918*, Paris, Les Belles Lettres, 2013.

trato posible.⁷¹⁰ En este caso, el objetivo no era su incorporación al proyecto fascista, sino simplemente evitar que tuviesen motivos para fomentar el descontento entre las kábilas y que se pudiese seguir explotando esa fuente inagotable de recursos humanos. Para ello, incluso se evitaba que los heridos volviesen a sus lugares de origen o que los soldados se casasen con mujeres españolas, ya que eso generaba inestabilidad en el rígido sistema tribal norteafricano.⁷¹¹

Además de toda esta propaganda, el otro gran instrumento del que dispuso el ejército rebelde para atraer a los combatientes hacia el Nuevo Estado fue la prensa, la cual, de hecho, no era sino un mecanismo propagandístico en sí mismo.⁷¹² En este sentido, se procuró que los combatientes estuvieran bien servidos de diarios, periódicos y revistas, al tiempo que se controló el contenido de las noticias que se publicaban mediante la aplicación de una estrecha censura. De esta forma, se consiguió colonizar los espacios de ocio del soldado, donde quizá la propaganda más formal tenía mayores dificultades para penetrar, y se vinculó la socialización del discurso rebelde con cuestiones por las que dichos soldados tenían interés, como el estado de la retaguardia o, por poner el ejemplo de algo trivial, el deporte. El ejército sublevado puso una especial atención en que la prensa llegase en buen número y sin demasiado retraso a las distintas unidades desplegadas tanto en el frente como en segunda línea, así como a secciones y fuerzas no divisionarias, lo que demuestra la relevancia que se le concedía a este vehículo de propaganda. Una instrucción de octubre de 1938 introdujo una serie de mecanismos de control para asegurar que el servicio de distribución de periódicos fuese constante y no sufriese ninguna alteración, de la cual debían informar las secciones segundas de los diferentes EM a través del envío periódico de formularios de control. Además, se animaba a proponer sugerencias para la mejora del servicio, con un claro objetivo en mente: «lograr que el periódico sea leído en fecha lo más próxima a su publicación». Para ello, la directiva ordenaba que las divisiones adaptasen su estructura de distribución a su situación actual, es decir, en función de si estaban en un frente estabilizado o no o de cuánto terreno tenían bajo su control, lo que hacía que sus unidades estuviesen más o menos estiradas. Así, se podría atender a

⁷¹⁰ Véanse AGMAV, C. 2331, L. 59, 86. CGG, EM, Religión, “Prohibiendo se trate de convertir al catolicismo a personal indígena”, octubre y noviembre de 1936; AGMAV, C. 1242, 74. Ejército del Norte, Suministros, “De 10.000 raciones de carne de conserva gratis a indígenas”, enero de 1937; AGMAV, C. 1551, 57. 12 DI, Enterramientos, “Instrucciones para los mismos en el frente de guerra”, sin fecha; AGMAV, C. 1287, 44. Ejército del Sur, Operaciones, “Aplazamiento de las operaciones con motivo de la fiesta del Ramadán”, noviembre de 1938; AGP, Fondo Jefatura del Estado, Casa Civil de S.E. el Jefe del Estado, C. 2582, “Instrucciones varias (1936-1939)”, octubre de 1936; y AGMAV, C. 1549, 99. 12 DI, Tropas indígenas, “Trato a y con las mismas”, diciembre de 1937. Si bien, como ya veíamos anteriormente, el trato dentro de las unidades tendía a ser peor que el que recibían los combatientes europeos, esencialmente por esa percepción colonialista y racista que se tenía hacia el soldado marroquí, tal y como evidenciaba el propio coronel Mizzian a la hora de hablar de la “especial psicología del moro”.

⁷¹¹ Véase AGMAV, C. 1242, 51, p. 1. Ejército del Norte, “Prohibición de evacuar a África indígenas heridos”, diciembre de 1936; y AGMAV, C. 1887, 25. 152 DI, Justicia, “Copia del informe de la Sección de Justicia del Ministerio de Defensa Nacional sobre matrimonios entre personal Indígena y mujeres españolas”, agosto de 1938.

⁷¹² Sobre la prensa como instrumento de propaganda véanse Eduardo GONZALEZ CALLEJA y Fredes LIMON NEVADO: *La Hispanidad como instrumento de combate. Raza e imperio en la Prensa franquista durante la Guerra Civil española*, Madrid, C.S.I.C., 1988. Concha LANGA NUÑO: *Educación y propaganda en la Sevilla de la Guerra Civil. Una aproximación a través de la prensa*, Sevilla, Ayuntamiento de Sevilla, 2001.

la «diaria obligación [de] hacerla llegar hasta las diferentes posiciones e incluso avanzadillas, a cuyo efecto dispondrán el Servicio adecuado para que ninguna de ellas, por reducida o alejada que esté, deje de recibir diariamente la Prensa que se le envíe».⁷¹³

La lectura de estas instrucciones arroja varias conclusiones que siguen la línea de lo hasta ahora expuesto con respecto a otras formas de propaganda. Por un lado, el especial interés que se ponía en que los soldados recibiesen la prensa lo más pronto posible estaba relacionado con la voluntad de que se cerciorasen del bienestar de sus familias, contrarrestando de paso las noticias falsas que emanaban desde el campo republicano con el objetivo de fomentar la disensión y las deserciones. Al mismo tiempo, se aprovechaba el desarrollo, especialmente favorable en ese momento de la guerra, de las distintas campañas militares en marcha para aumentar la moral de la tropa, vender la idea de la victoria y atraer a los combatientes hacia el Nuevo Estado, no tanto quizá por convencimiento sino por la constatación de que el conflicto estaba ya claramente escorado hacia un bando y la disidencia solo podía traer represión, exilio, cárcel o muerte. Por ello, además de un lenguaje sencillo, algo que como veremos también se aplicó a la prensa, se implementaron otros mecanismos para asegurar que ningún soldado se quedase sin conocer el contenido de las noticias, como en este caso mediante la orden de que fuese leída a los combatientes analfabetos por parte de aquellos que sí sabían leer. Una cuestión que, dicho sea de paso, incidía en el reforzamiento y explotación de los lazos de camaradería. En cualquier caso, el esfuerzo invertido fue considerable si tenemos en cuenta que un modelo de distribución tipo como el que figuraba en la directiva asignaba 9875 periódicos para una división completa, incluidos los servicios divisionarios.

La preocupación por una buena distribución de la prensa estuvo presente desde los mismos inicios del conflicto. Dos escritos de septiembre y diciembre de 1936 se quejaban de que los periódicos destinados a las fuerzas en operaciones escaseaban o directamente no llegaban, con el consiguiente perjuicio para la moral de dichas fuerzas y para la tarea de socialización ideológica que ya se había puesto en marcha. En septiembre, un representante del diario *ABC Sevilla* informaba de que los paquetes que debían haberse enviado a las columnas estaban siendo vendidos en las calles de la capital hispalense, una nueva muestra de la situación de caos que caracterizó los primeros meses de la guerra. Ante este problema, unas anotaciones al margen del documento, presumiblemente de algún dirigente sublevado, ordenaban que se solucionase la cuestión y que los periódicos llegasen a las fuerzas que se encontraban combatiendo.⁷¹⁴ De igual modo, en diciembre de ese mismo año el EM del CE de Madrid se quejaba de que la prensa propia no era distribuida a las unidades bajo su mando, pero que por el contrario se habían encontrado entre sus hombres diarios republicanos lanzados por el enemigo, lo cual suponía un grave riesgo para la moral de la tropa debido a que podían llegar a «ejercer influencia en el ánimo de nuestros soldados». En este sentido, al tiempo que se prohibía la lectura de la prensa enemiga se ordenaba la creación de un servicio de coches ligeros para asegurar la

⁷¹³ AGMAV, C. 1622, 2. 19 DI, Prensa y Propaganda, “Instrucciones para el desarrollo del Servicio de Prensa y Propaganda del Ejército del Centro”, octubre de 1938.

⁷¹⁴ AGMAV, C. 2374, L. 146, 1. Ejército Expedicionario, EM, Denuncias, “El Corresponsal Administrativo del Diario ABC denuncia que los paquetes de dicho periódico que vienen con destino a las Columnas del General Franco, son repartidos por las calles de esta capital”, septiembre de 1938.

distribución de la propia, con una clara vocación totalizante similar a la que veíamos en la directiva de octubre de 1938: «la Prensa debe llegar hasta el último punto donde se encuentre un oficial con su sección [...] dada la importancia que tiene la divulgación de la Prensa propia».⁷¹⁵ Por ende, la prensa tuvo, desde el mismo inicio del conflicto, una doble función ideologizadora y de mantenimiento de la moral de los combatientes. Esto, además, nos permite situar el encuadramiento en el ejército como un mecanismo de evidente socialización ideológica de sus integrantes, algo que se habría puesto en marcha con el estallido de la guerra debido al fracaso del golpe de Estado. Es decir, que como ya hemos ido viendo a lo largo de este capítulo, resultaba imposible disociar la dimensión política y militar de la sublevación.

Pese a estos problemas y retrasos iniciales, la prensa comenzó a llegar de forma regular a los combatientes de primera línea en una fecha tan temprana como, al menos, marzo de 1937, lo que en cierto modo contrasta con la situación general de desorganización del resto de servicios del ejército rebelde. Quizá la relevancia que veíamos se le confería a la prensa permita explicar parcialmente esta cuestión, poniéndose de este modo en valor su función de mantenimiento de la moral y de socialización del discurso sublevado –en un contexto en el que no se podría argumentar la inminente terminación de la guerra, y por ende la necesidad de aunar apoyos para la construcción del nuevo régimen, como acelerante de ese esfuerzo adoctrinador. Ese aparente buen funcionamiento del servicio de distribución de periódicos se desprende de una serie de hojas de comprobación cumplimentadas en la mencionada fecha de marzo de 1937 por combatientes pertenecientes al CE de Madrid. De los 12 documentos conservados, en ninguno de ellos se indicaba que el tiempo entre la recepción del periódico y la fecha del mismo excediese los dos días, si bien esta demora era la más habitual. Igualmente, se observa que la mayoría de la prensa que recibían los soldados era de corte generalista, pues solo en dos casos se mencionan diarios de temática específica, siendo uno de ellos *La Ametralladora*.⁷¹⁶ No obstante, la distribución de prensa, por mucho que funcionase algo mejor que los otros servicios militares, también parecía depender de cada unidad concreta, si nos atenemos a los testimonios de los propios combatientes. Mientras que el teniente médico José Aznares afirmaba que en su división «Siempre hemos estado, y estamos, muy bien servidos en Prensa», el alférez provisional José Luis Martín Vigil apuntaba que durante la estancia de su unidad en un frente estabilizado no tenían «nada que leer si no es algún número viejo de “La Ametralladora”». ⁷¹⁷ En cualquier caso, la escasez de la muestra que he podido encontrar no permite establecer conclusiones fiables y extrapolables al conjunto del ejército sublevado acerca del funcionamiento general del servicio. Ese presumible buen funcionamiento que se desprendía de las hojas de comprobación quizá se debiera al hecho

⁷¹⁵ AGMAV, C. 1396, 5. I CE, Información, “Información sobre distribución de Prensa a los frentes (C. de E. de Madrid), diciembre de 1936. Otra petición de distribución de prensa del mismo mes, si bien en este caso motivada no por la escasez de periódicos sino buscando la agilización del servicio, en AGMAV, C. 2328, L. 54, 33. CGG, EM, Prensa, “Ordenando que la prensa que se remite al frente sea distribuida a las fuerzas inmediatamente de recibida”, diciembre de 1936.

⁷¹⁶ AGMAV, C. 1901, 5. Operaciones sobre Madrid, “Hojas de comprobación de distribución de prensa en el frente del CE de Madrid”, marzo de 1937.

⁷¹⁷ AKELA [José Aznares García]: op. cit., p. 131, entrada del 9 de junio de 1937; y José Luis MARTÍN VIGIL: op. cit., p. 128. Véase también CDMH, Carpeta F814, “Declaración del evadido del campo rebelde (Juan Padrón Hernández)”, folio 40.

de que precisamente el proceso no estaba de principio a fin bajo control de los militares. Considerando los enormes problemas que la maquinaria militar rebelde tenía para organizar las cuestiones más básicas para sus unidades, que la elaboración e impresión de los periódicos, censura aparte, estuviese en manos de terceros suponía que solo se tenían que hacer cargo de hacer llegar los ejemplares al frente, lo cual facilitaba la tarea.⁷¹⁸ De igual modo, es posible que las particulares condiciones de los sectores en que estaban desplegados los soldados de las unidades que respondieron al cuestionario—cada hoja procedía de una unidad diferente— explicase la fluidez del servicio, aunque su variedad, y por tanto la variedad de sectores, refleja una casuística ciertamente amplia que ayudaría a superar su confinamiento al teatro madrileño. Aun así, en fechas posteriores siguieron presentándose algunas quejas por el retraso en la distribución de periódicos, como en julio de ese mismo año debido a la falta de recepción de ejemplares de *La Ametralladora* en múltiples frentes, tal y como avisaba la DNPP.⁷¹⁹

Paralelamente a la organización de este servicio de distribución de prensa en el frente, se erigió toda una estructura de control de los contenidos que se publicaban en los periódicos y revistas, algo que no estaba únicamente enfocado hacia los combatientes sino que también tenía que ver con la construcción del discurso destinado a su consumo en retaguardia. Inicialmente, la voluntad de filtrar la información se orientó más a evitar que las crónicas facilitasen datos sensibles sobre la composición, posición o futuros planes de las fuerzas en operaciones, tal y como quedaba especificado en unas órdenes enviadas en febrero de 1937 por el CGG a los responsables de los diferentes ejércitos. De este modo, se prohibía que las noticias incluyesen información como movimientos o concentraciones de tropas y material, nombres de jefes de columnas o nombres de objetivos. Únicamente se permitía desvelar nombres de localidades o accidentes geográficos, si bien una vez hubieran aparecido en el parte oficial de guerra.⁷²⁰ Sin embargo, la progresiva estructuración del bando sublevado, así como su orientación hacia la guerra total y la construcción de una nueva realidad político-ideológica necesitaban de un mayor control de la información, algo que se fue poniendo paulatinamente en marcha. Así, en agosto de 1937 el CGG envió una circular a los directores de periódicos y emisoras de radio, a los jefes de la censura y a los subdelegados de la DNPP. En ella se les instruía acerca de cómo debían presentar las noticias, qué tipo de informaciones era más adecuado transmitir, cuáles habían de tratarse con cuidado o directamente obviarse, y en definitiva cómo debían funcionar los servicios de información en la zona rebelde, siempre sobre el trasfondo de la función que la prensa cumplía en el esfuerzo de guerra. Según se indicaba, la directiva había sido cuidadosamente confeccionada tras tres meses de estudio en los que se había estado analizado tanto la prensa como su tratamiento de los acontecimientos en

⁷¹⁸ En este sentido, la existencia, a la altura de abril de 1938, de unos 100 periódicos editados al mismo tiempo en la zona rebelde contribuía a diversificar los esfuerzos. Véanse AGA, C. 21/00041, 59, documento 12, “Comité sindical del papel y cartón. Acuerdo 2º de la sesión de 12 de abril de 1938”, abril de 1938; y AGMAV, M. 246, 15, “Gráfico de publicaciones periódicas de la España Nacional”, sin fecha. Sea como fuere, lo que sí recaía en el ejército era el coste de los diarios, pues tan solo un 10% de la prensa diaria y un 5% de la semanal eran gratuitas. Véase AGMAV, C. 1861, 2. 107 DI, “Petición de prensa gratuita”, abril de 1938.

⁷¹⁹ AGMAV, C. 1220, 36. Ejército del Norte, “Distribución de *La Ametralladora*”, julio de 1937.

⁷²⁰ AGMAV, C. 2319, L. 38, 50. CGG, EM, “Normas para censura de noticias de guerra”, febrero de 1937.

materia de política exterior e interior, lo que al mismo tiempo indicaba la voluntad de maximizar el carácter propagandístico que tenían los diarios.⁷²¹

En primer término, se continuaba enfatizando lo que ya se señalaba en las normas de febrero de 1937, que no se publicase información relativa a las unidades ni a las operaciones militares en curso o las futuras. Además de evitar darle pistas al enemigo acerca del estado de las fuerzas rebeldes, especular con los próximos planes del ejército podía resultar contraproducente para la moral de las tropas y de la retaguardia. Las noticias no contrastadas sembraban la idea de que un determinado punto, sector o pueblo iba a ser el siguiente en ser tomado, y cuando esto no se llevaba a cabo se interpretaba como un fracaso, siendo que en realidad en ningún momento había sido considerado como objetivo militar. A buen seguro, a lo largo de esos tres meses de análisis que se habían empleado para elaborar esta directiva había acontecido algún episodio similar, el cual si bien era necesario cortar de raíz también aportaba una experiencia muy valiosa acerca del poder de la información y de la manipulación a través del control de la misma. Si se conseguía, tal y como pretendían estas normas, monitorizar e instrumentalizar los datos que se ofrecían al gran público acerca de la marcha de la guerra, la situación en la zona enemiga o las medidas adoptadas por el Nuevo Estado, resultaría mucho más sencillo, dentro de su complejidad intrínseca, generar espacios de adhesión y aquiescencia, razón por la cual se puso un especial empeño en que la distribución de prensa en el frente funcionase de forma eficiente. De este modo, los soldados leían una versión filtrada y “cocinada” de la realidad, la cual sin embargo no era del todo infalible. Por ejemplo, como apuntaba antes los términos “derrota”, “desbandada” o “huir” estaban desterrados del vocabulario que se utilizaba para confeccionar las noticias, si bien no pocos combatientes los empleaban para describir episodios que habían vivido en el campo de batalla.⁷²² Por mucho que se ejerciese un severo control sobre la información, la diferencia con lo que de verdad sucedía en el frente era más que evidente a los ojos de los testigos sobre el terreno.

Otro elemento importante era el modo en que se representaba al soldado republicano. La directiva subrayaba que las crónicas nunca debían minusvalorar su valentía calificándole sistemáticamente de “cobarde”, pero tampoco debían asociarle con conceptos como el valor o la bravura. Más bien, había que describirlo como “no apto”, al tiempo que no se podía alabar la calidad del material de guerra republicano, poniendo siempre por encima el sublevado, por mucho que en determinados momentos de la guerra, o en referencia a elementos concretos como los carros blindados, eso no se ajustase a la realidad. Estas cuestiones revelan lo difícil que resultaba mantener los equilibrios necesarios para sostener las diferentes narrativas construidas por el bando rebelde. Por una parte,

⁷²¹ Por ejemplo, en marzo de 1937, tan solo un mes después de las instrucciones de censura destinadas a controlar la información militar que se incluía en las noticias periodísticas, el CGG envió una circular ordenando se revisase el nombramiento de censores que ejercían su labor en los diarios, pues se habían detectado numerosos filtrados de datos sensibles. Véase AGMAV, C. 2539, L. 323, 26. CGG, “Ordenando sean revisados nombramientos de censores”, marzo de 1937. Sobre la censura de prensa véase Sara NÚÑEZ DE PRADO Y CLAVELL: *Servicios de información...*, pp. 252-258.

⁷²² Véanse, algunos ya citados anteriormente, Amaro IZQUIERDO: op. cit., p. 19; Héctor COLMEGNA: op. cit., pp. 30, 40-42, 79 y 149; Fernando FERNÁNDEZ DE CÓRDOBA: op. cit., pp. 38 y 91; José Luis MARTÍN VIGIL: op. cit., pp. 190-193; o Neculai TOȚU: op. cit., p. 56.

calificar al enemigo de cobarde hubiera supuesto minusvalorar el sacrificio de los combatientes sublevados, y por ende erosionar el proceso formativo del nuevo hombre fascista a través de la guerra. Sin embargo, tampoco se podía asociar al republicano con la valentía, pues esa cualidad estaba reservada a los verdaderos hombres, que no eran otros que los que se ajustaban al modelo de masculinidad fascista según lo veíamos en la primera parte. “No apto”, por ende, era un término intermedio que les definía como individuos inferiores pero que al mismo tiempo les cualificaba como rivales de entidad a la hora de construir la epopeya regeneradora de la Nueva España. Por otra parte, la referencia al material enemigo estaba también relacionada con esto, pero en mi opinión tenía más que ver con el mantenimiento de la moral de los soldados. Aumentar su confianza en las capacidades del ejército resultaba crucial, para lo cual había que maquillar ciertas informaciones referentes al EPR.

A continuación, el escrito realizaba una serie de indicaciones acerca de cómo se debían confeccionar las noticias relativas a política interior y exterior. Las primeras debían siempre ajustarse al espíritu de los 26 puntos del programa de FET y de las JONS, lo que redundaba en su carácter ideologizador y no simplemente informativo. Además, habían de cultivar la imagen de Franco como líder carismático, eliminando toda referencia y opinión que divergiese de esa interpretación del futuro de España bajo la guía del Caudillo –se prohibía, por ejemplo, mencionar los nombres de los antiguos partidos políticos: «Lo que el Caudillo declaró disuelto, ya no tiene vida y por consiguiente no hay por qué hablar de ello». En este sentido, se criticaba la transcripción de unas palabras de Franco en el diario *ABC Sevilla*, realizada de tal modo que se daba a entender que existía la posibilidad de una restauración monárquica en algún momento tras la guerra, algo que desde luego no encajaba con la función que se le había reservado a la prensa: «Cualquier vaticinio, o la afirmación, por velada que sea de un cambio de porvenir, sobreentiende una interinidad de poderes y por tanto es absolutamente inadmisibile y antipatriótico». Los periódicos simplemente constituían un instrumento mediante el cual sancionar el discurso y los marcos de referencia construidos por los dirigentes rebeldes, para lo cual su sumisión había de ser absoluta: «La responsabilidad del futuro no es ni de la prensa, ni de los que en ella puedan escribir, sino que es íntegra del Caudillo que rije [sic] los destinos de España, y por consiguiente, suya totalmente es la autoridad». Por su parte, las noticias relativas al panorama internacional debían tratar siempre de presentar una opinión amable hacia países «que están realmente al lado de la Causa Nacional», con una mención explícita a Inglaterra. El objetivo era construir una mejor imagen de la causa rebelde, que ya de por sí se había granjeado la oposición de buena parte de la opinión pública internacional como para además empeorar la situación vertiendo críticas hacia países más o menos favorables.⁷²³ Para ello, a su vez, se necesitaba el concurso de intelectuales y otras personalidades con cierta reputación internacional, las cuales eran sistemáticamente atacadas

⁷²³ Sobre la política exterior durante la Guerra Civil y el franquismo véanse Eduardo GONZÁLEZ CALLEJA: “El servicio exterior de Falange y la política exterior del primer franquismo: consideraciones previas para su investigación”, *Hispania*, 54:186 (1994), pp. 279-307; Antonio César MORENO CANTANO (coord.): op. cit.; o Juan Carlos PEREIRA CASTAÑARES: “De una guerra a otra: la política exterior del franquismo (1936-1945)”, en Antonio César MORENO CANTANO: *Cruzados de Franco. Propaganda y diplomacia en tiempos de guerra (1936-1945)*, Gijón, Ediciones Trea, 2013, pp. 13-34.

por la prensa sublevada, empujándolas a colaborar con los republicanos. Así, se apuntaba que a pesar de su pasado, y teniendo en cuenta que los que habían obrado activamente contra España –contra la idea de España construida por los insurgentes– serían consecuentemente castigados, se debía tener algo de cintura con estas personalidades, pues los beneficios de su contribución a la causa sublevada eran mayores que su escarnio público. A través de este servicio a la patria bien podían purgar su pasado, tal y como explicitaba el documento: «Los que hayan pecado con su conducta anterior, especialmente los equivocados, “pagarán su rescate”, pero es necesario que los demás españoles no solo se lo permitan, sino que les ayuden y les animen a ello».

En definitiva, lo que este escrito planteaba no eran unas simples directrices destinadas a definir los ámbitos de la censura de prensa y los contenidos que se podían y no se podían publicar, sino que exponía extensamente el inmediato desarrollo de las líneas maestras de la propaganda rebelde a través de la prensa. De este modo, los diarios se subordinaban por completo al esfuerzo de guerra, tanto en lo que refería al mantenimiento de la moral de los soldados en combate como a la codificación y socialización del discurso ideológico de la Nueva España.⁷²⁴ No en vano, «lo más importante [a la hora de confeccionar las noticias] es salvar la monotonía», adoptando modelos modernos y teniendo como referentes diarios internacionales como el *Daily Express* o el *Paris Soir*. Igualmente, el estilo debía ser directo y efectista, buscando artículos cortos, que eran «más difíciles de escribir, pero más fáciles de leer». De lo que se trataba era de ofrecer un producto atractivo, que siguiese las normas dadas por el CGG pero que no las reprodujese textualmente, pues eso le conferiría un aspecto monótono y forzado que alejaría a los potenciales lectores. El emplear lenguajes cercanos y en cierto modo coloquiales, alejados de la abstrusa retórica oficial, permitía conectar mucho mejor con un público al que se le debían simplificar los contenidos mediante piezas cortas que resultasen interesantes a la par que refiriesen los elementos centrales del discurso que se quería socializar. Toda una serie de puntualizaciones que, de hecho, nos hablan de los considerables esfuerzos que pusieron los dirigentes sublevados para convertir la prensa en uno de los vehículos predilectos a través de los cuales construir la Nueva España, no solo en sus páginas sino, esencialmente, en la mente y la vida cotidiana de sus lectores.⁷²⁵

No obstante, estas directrices no siempre tuvieron el efecto deseado ni, como era de esperar, su implementación estuvo exenta de problemas en lo organizativo. En una fecha tan tardía como noviembre de 1938, pasado más de un año de la difusión de la circular de agosto de 1937, todavía se seguían denunciando infracciones de las normas de

⁷²⁴ En este sentido, un acuerdo adoptado por el Comité sindical del papel y cartón en abril de 1938 recomendaba denegar las autorizaciones para crear nuevas publicaciones si estas no tenían un «interés nacional indudable», es decir, si no contribuían al «encauzamiento de la opinión pública». Así, al mismo tiempo, se ayudaba a gestionar la restricción del consumo de papel que había de implementarse dada la escasez de este material. Véase AGA, C. 21/00041, 59, documento 12, “Comité sindical del papel y cartón. Acuerdo 1º de la sesión de 12 de abril de 1938”, abril de 1938.

⁷²⁵ La circular en AGMAV, C. 2538, L. 322, 28. CGG, EM, “Circular a los Directores de periódicos y de emisoras de radiodifusión, jefes de censura y subdelegados de prensa”, agosto de 1937. Un compendio de otras disposiciones de censura de prensa posteriores, si bien más o menos en la misma línea de la descrita, en AGMAV, C. 1772, 15, pp. 11-14. 63 DI, “Normas sobre la Censura de crónicas y prensa (compilación)”, sin fecha.

censura, ya que algunas crónicas de guerra continuaban facilitando datos de carácter militar y resignificaban la relevancia de determinadas operaciones, modificando así la importancia que les era conferida en el parte oficial de guerra.⁷²⁶ Al mismo tiempo, como veíamos algunas páginas más arriba, un cronista con tanta reputación como Manuel Sánchez del Arco se quejaba en diciembre de 1938 de que la severidad de la censura lastraba considerablemente la función que se le había asignado a la prensa, ya que la información que se facilitaba era «baja de tono, es opaca y pobre y no exalta lo que en el campo ocurre». Esto generaba un notable descontento entre los combatientes, pero también entre el público general, el cual «arroja los periódicos con desdén, y nuestros buenos propósitos fracasan. No se encuentra nada interesante ni de relieve en la Prensa, cuando tantas cosas de interés patriótico ocurren cada día». Además, la prohibición de nombrar unidades concretas cuando se conquistaban nuevos enclaves facilitaba la tarea de la propaganda republicana, la cual buscaba siempre atribuir las victorias sublevadas a la acción de unidades italianas o alemanas. Sin embargo, estas quejas, que evidenciaban las importantes deficiencias existentes en la tarea de ideologización de la prensa escrita, no recibieron demasiada atención más allá de una vaga promesa de que los censores intentarían no cercenar en exceso las crónicas recibidas. A ello contribuía esa voluntad de control exhaustivo de la información, así como la necesidad de silenciar otros relatos que no fueran el impuesto por los dirigentes sublevados. De hecho, una de las razones que se aducían para no mencionar unidades o comandantes en las crónicas de guerra era el riesgo, ya comprobado según se indicaba, de que estas se convirtieran en «pugnas de alabanzas, y se llegaría a términos bochornosos».⁷²⁷ Es decir, de que abriesen la posibilidad a la disputa, por mínima que fuese y sobre la base de la legitimidad que conferían las victorias militares, del liderazgo único y absoluto de Franco en tanto que caudillo de los ejércitos insurgentes.

En conclusión, lo que he pretendido evidenciar a lo largo de estas páginas es la existencia de toda una maquinaria propagandística puesta al servicio del esfuerzo bélico sublevado, en los espacios de la retaguardia y, fundamentalmente, el frente. Esta idea, que desde luego no es novedosa, cobra una mayor relevancia si se entiende la función que adquirió el ejército dentro de este entramado. Además de ganar la guerra por las armas, su otra tarea, y no por ello menos importante, era la de ganar las mentes de los españoles por la vía de la propaganda. Con esta finalidad se aprovecharon todos los recursos de los que se disponía, haciendo un uso sistemático de la capacidad de control y coerción que ofrecía la conscripción masiva dentro de la institución castrense. Se depredaron y explotaron los lazos de camaradería construidos en el seno de la trinchera, más fuertes si cabe debido a la brutal experiencia bélica y a la falta de estructura de servicios funcional de las fuerzas armadas, transformando los espacios de ocio y refugio del soldado en escenarios para la socialización ideológica, tal y como sucedió por ejemplo con iniciativas como el Descanso del Soldado.⁷²⁸ A través de esta vía, y de la relación en cierto modo paterno-

⁷²⁶ AGMAV, C. 1359, 4. CE Maestrazgo, Información, “Censura en crónicas de guerra”, noviembre de 1938.

⁷²⁷ AGMAV, C. 2539, L. 323, 22. CGG, Censura, “Correspondencia de periodistas”, diciembre de 1938.

⁷²⁸ Este organismo estaba pensado para aquellos soldados que disfrutaban de un permiso y que, por el motivo que fuese, no podían llegar hasta sus localidades de origen o no tenían ningún otro sitio al que ir. En él se ofrecían actividades de ocio en las que la socialización ideológica estaba muy presente, como mediante charlas o el suministro de prensa. Véase AGMAV, C. 1210, 51. Ejército del Norte, “Instrucciones

filial de los soldados con sus mandos, se difundieron las líneas maestras de la ideología rebelde entre la tropa, maximizando su potencial de calado mediante su asociación habitual con cuestiones concretas y prácticas que afectaban a la cotidianidad del soldado, beneficios tangibles para él y su familia que más que convencer buscaban comprar la voluntad de estos individuos. Por ejemplo, la prevalencia en la admisión a los cursos de oficial y suboficial de familiares directos de heridos o mutilados de guerra es una muestra más de las contrapartidas recibidas por los combatientes, las cuales pretendían asegurar, por la vía de la asistencia y el pensionamiento en posguerra, su lealtad para con el Nuevo Estado.⁷²⁹ Igualmente, estas mismas preocupaciones fueron uno de los vehículos de penetración de la prensa, la cual permitía acceder a los espacios más íntimos del soldado al ser leída en su tiempo de ocio. Unos espacios que la propaganda oficial tenía dificultades para alcanzar. Así, se puso un especial énfasis en el control de la información, empleando las noticias como un vehículo trasmisor y sancionador de la ideología rebelde. De hecho, el propio Servicio Nacional de Propaganda demandaba periódicamente al CGG informaciones que resultara interesante difundir entre las tropas a través de la prensa.⁷³⁰ Por tanto, las particularidades de la guerra librada en España generaron unas precondiciones idóneas para la permeación ideológica de los combatientes por las vías mencionadas, lo que evidencia dos cuestiones. Por una parte, que quizá la función principal del ejército no estuviese radicada tanto en el campo de batalla como en las trincheras en las que se refugiaban sus soldados. Y, por otra, que al menos en el caso español resulta imposible disociar o contraponer los esfuerzos llevados a cabo por el estamento militar y las iniciativas implementadas desde los sectores más políticos de la sublevación. Desde luego, ambos tenían visiones diferentes de cómo se debía construir la Nueva España, pero lo que creo que ha quedado evidenciado es que ambos también compartían un mínimo común denominador que les reunía en torno a un proyecto compartido.

Descanso del Soldado”, agosto de 1937. No obstante, en ocasiones se producían incidentes, como entre falangistas y requetés, lo que conecta con esa falsa idea, transmitida como veíamos por las memorias, de que en el frente la hermandad entre ambas milicias era absoluta. Véanse AGMAV, C. 1458, 19. VI Región Militar, “Descanso del soldado, reglamento, incidentes y asuntos”, varias fechas de 1937; y AGMAV, C. 2320, L. 40, 28. CGG, EM, “Referente a la creación en San Sebastián del ‘Descanso del Soldado’ para los que van camino del frente”, varias fechas de 1937.

⁷²⁹ AGMAV, C. 1551, 21, pp. 1 y 3. 12 DI, Organización, “Cursos de formación a Sargentos Provisionales en Vitoria, Soria y San Roque, de Infantería”, diciembre de 1938.

⁷³⁰ AGMAV, C. 2328, L. 54. 46. CGG, EM, “Noticias que deban ser divulgadas entre nuestras fuerzas”, marzo de 1938.

Capítulo 9

La dimensión ideológica de la cultura de guerra rebelde

Una vez situados los marcos y principales mecanismos mediante los cuales se pudo canalizar ese proceso de socialización ideológica, de adoctrinamiento y de convencimiento que se situaba en el centro de las preocupaciones del bando rebelde de cara a la inmediata posguerra, es importante diseccionar los elementos centrales de la cultura de guerra y del discurso fascista construidos entre 1936 y 1939, pero con evidentes raíces en el magma contrarrevolucionario de los años y décadas anteriores. Bien es cierto que la historiografía ha abordado esta cuestión anteriormente desde diversas ópticas, pero lo relevante de este capítulo es el mayor peso que se les da a las voces de los combatientes.⁷³¹ El corpus empírico a través del cual construiré esta sección está cimentado esencialmente en la literatura memorialística escrita por los veteranos de guerra, más que en obras de carácter teórico pertenecientes al universo discursivo del fascismo español. De este modo, más allá de volver sobre los elementos nucleares construidos por la contrarrevolución española, el enfoque a través de las memorias de los combatientes permite observar cómo este discurso general fue adaptado a la realidad del frente, de qué modo se imbricó con la cultura de guerra construida por los propios soldados en las trincheras, y qué funcionalidades tuvo en el proceso constructivo del régimen franquista. Desde luego, hubo una parte considerable de los elementos de ese discurso que siguieron cauces similares a los de la propaganda ejercida en otros espacios, como la retaguardia. Sin embargo, el universo combatiente permitió explotar algunos elementos propios del frente para dotar de contenido experiencial a las grandes ideas fuerza de dicha propaganda, ejerciendo la literatura memorialística como una suerte de testimonio directo que confirmaría los aspectos nucleares del discurso oficial. Es decir, que ejercía una función tanto hacia la masa combatiente, con la imbricación de propaganda y cultura de trincheras, como hacia la retaguardia, empleando el vehículo de las memorias y diarios de guerra como un vector de socialización ideológica.

La cultura de guerra generada por los soldados se construyó sobre el telón de fondo de la modificación de los marcos de referencia potenciada por la fascistización de la coalición rebelde. En este sentido, más allá de las referencias que ya he ido desgranando a lo largo de esta segunda parte relativas a aspectos prosaicos de la vida en el frente y de la relación entre combatientes, dicha cultura es indisoluble de su revestimiento ideológico. No se puede entender la experiencia bélica sin el carácter legitimador, definitorio y significativo provisto por la ideología fascista. De la misma forma que el modo en que esta última se construyó en el escenario español resulta incomprensible sin la guerra como marco propiciatorio. Sin embargo, esta afirmación no implica dar por sentado que todos

⁷³¹ Entre otros, véanse Zira BOX: *España, año cero: la construcción simbólica del franquismo*, Madrid, Alianza, 2010. Giuliana DI FEBBO: *Ritos de guerra y victoria en la España franquista*, Valencia Prensas de la Universitat de Valencia, 2012. Xosé M. NÚÑEZ SEIXAS: *¡Fuera el invasor!...*, pp. 177-328. Javier RODRIGO: *Cruzada, Paz, Memoria. La Guerra Civil en sus relatos*, Granada, Comares, 2013, pp. 9-52. Ángel ALCALDE: *Los excombatientes franquistas...*, pp. 23-112. Y Francisco SEVILLANO CALERO: *La cultura de guerra del "Nuevo Estado" franquista: enemigos, héroes y caídos de España*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2017.

los combatientes codificasen acriticamente su propia experiencia a través de los códigos discursivos propuestos por la narrativa dominante. Ni, tampoco, que dicha cultura fuese un elemento interiorizado plenamente por los soldados. En buena medida, ese extremo resulta indemostrable de forma fehaciente. Más bien, la cultura de guerra constituyó un magma que ejerció como el escenario de socialización de los combatientes, viéndose su interiorización favorecida por las precondiciones antes mencionadas relativas a las particularidades de la experiencia bélica española, a los vínculos de camaradería, y a las formas y vectores adoptados por la propaganda rebelde.

El objetivo de esta cultura de guerra, como ya he ido planteando en sucesivos momentos, era el socializar una serie de ideas fuerza esenciales entre la masa combatiente que permitiesen el surgimiento de lazos de lealtad y afinidad hacia el Nuevo Estado. Tal y como veíamos para el caso de la prensa, estos propósitos se perseguían más por vías pragmáticas y mediante el ofrecimiento de contrapartidas tangibles, como los subsidios a las familias o la promesa de tener un trabajo una vez acabase de la guerra. Sin embargo, era igualmente esencial codificar todas esas “recompensas” por el sacrificio realizado en el frente dentro del marco de referencia de la cultura política del régimen naciente. Por mucho que uno de los mecanismos centrales fuese la “compra de voluntades” de millones de individuos, esta debía orientarse hacia la asunción, paralela, de toda una forma de entender la política, la sociedad o la nación, lo cual venía dado por ese magma en el que se movieron los combatientes durante los tres años de guerra. Pero, al mismo tiempo, esa cultura de guerra ejerció un efecto propagandístico sobre el espacio de la retaguardia. La función de la literatura memorialística no solo tenía que ver con la canalización de las experiencias de los combatientes, sino también con la posibilidad de transmitir dichas experiencias al conjunto de la comunidad nacional. Si la guerra era el escenario constructivo de la nueva España, resultaba esencial ilustrar su mitología y ejemplificar, a través de toda una serie de historias concretas, la situación revolucionaria a la que la insurrección había acudido a poner fin, el sacrificio que había supuesto la victoria bélica, y los crímenes cometidos por el enemigo, que en esencia comportaba una forma de representarlo y definir, por ende, a la anti-España. Es decir, que esta cultura de guerra no solo tenía que ver con el convencimiento de los soldados, sino que también tenía puestas sus miras en el espacio de la retaguardia. De ahí que el franquismo se esforzase en publicitar todas estas obras durante la inmediata posguerra, como instrumento para la legitimación del conflicto y la ampliación de sus apoyos sociales.

La base sobre la que se asentaban las políticas de violencia masiva implementadas por el ejército sublevado, las milicias de segunda línea y las fuerzas de seguridad durante la guerra y la posguerra la constituía una determinada construcción de la imagen del enemigo republicano. Esta pasaba por su deshumanización, animalización, demonización o extranjerización, con el objetivo de legitimar la profilaxis social implementada sobre una parte considerable del cuerpo social de la nación. Es decir, para facilitar su eliminación. El alférez provisional Amaro Izquierdo ponía un énfasis especial en la condición de extranjeros de los soldados republicanos contra los que combatía en Belchite, una caracterización que enfatizaba especialmente para evitar todo tipo de identificación con los combatientes españoles: «¿Contra quién luchamos? ¿Quiénes son nuestros enemigos? [...] Todos los prisioneros hablan una lengua extraña, incomprensible para nosotros, sus

rostros denotan otras razas». ⁷³² Bien es cierto que el asalto urbano fue llevado a cabo por fuerzas de la XV Brigada Internacional, pero esta unidad estaba formada esencialmente por combatientes norteamericanas o procedentes de países de Europa Occidental, como Bélgica, Francia o el Reino Unido, a excepción del batallón Dimitrov, que se componía de voluntarios balcánicos y griegos. Es decir, que resultaba difícil extranjerizar al enemigo de una forma tan radical –“otras razas”– si el propósito no era precisamente ese, lo cual guardaba además relación, como veremos, con la contraposición entre civilización y barbarie que la propaganda rebelde buscaba subrayar como un elemento legitimador de la guerra y de la violencia. En armonía, dicho sea de paso, con las imágenes construidas por la contrarrevolución europea respecto a la expansión del bolchevismo en Europa. Izquierdo continuaba desarrollando su relato en esta misma línea, enfatizando ese carácter extranjero de las fuerzas republicanas. Tras ser capturado en Belchite, fue trasladado junto con otros prisioneros al campamento enemigo, el cual «parece una torre de babel. Hay aquí hombres de todas las razas, de todos los colores: rubios sajones, franceses meridionales, judíos de los ghettos de Polonia, Alemania y Rusia, balcánicos de dudosa nacionalidad... y negros con pendientes en las orejas y en la nariz». ⁷³³ A tenor de sus palabras, parecería que todas las unidades republicanas implicadas en la operación fuesen brigadas internacionales, en las no habría apenas soldados españoles y en las que, incluso, había individuos de raza negra cuya descripción los asemejaba más a la visión que se tenía de las tribus africanas que a la realidad de la población negra de Estados Unidos. No obstante, esta extranjerización del enemigo dejaba también espacio para la reeducación y la reintegración de los republicanos de origen español, tal y como subrayaba el propio Izquierdo: «Por el camino topamos con tres o cuatro soldados [...] Les oímos hablar español y esto nos causa alegría y hace que les consideremos nuestros hermanos». ⁷³⁴

Este esquema identificativo se reproducía en diversas memorias de combatientes, que de un modo similar a como hacía Izquierdo intentaban enfatizar el carácter foráneo de los individuos que componían las fuerzas republicanas. El requeté catalán Rosendo Domenech, por los avatares geográficos donde le sorprendió la sublevación, fue movilizado hacia mediados de 1937 por el EPR, evadiéndose poco después para integrarse en el Tercio de Nuestra Señora de Montserrat. Durante el breve espacio de tiempo que pasó con los republicanos, tuvo la oportunidad de conocer de primer mano la organización y estructura de las fuerzas armadas gubernamentales, lo que aprovechó para hacer esa lectura en clave extranjerizante, con evidentes tintes propagandísticos. Domenech apuntaba que los oficiales republicanos estaban poco habituados a las deserciones de combatientes, «puesto que hasta ahora todos los combatientes del bando comunista habían sido voluntarios, o bien de oleadas internacionales». ⁷³⁵ De hecho, lo que resulta interesante del relato de Domenech, además del fragmento citado, es su paso por las fuerzas republicanas. Esto le convertía, tanto a él como a su diario de guerra, en un candidato ideal para nutrir la

⁷³² Amaro IZQUIERDO: op. cit., pp. 37-38. Una disección de las formas y discursos de la extranjerización del enemigo republicano en Xosé M. NÚÑEZ SEIXAS: *¡Fuera el invasor!...*, pp. 245-261, o Javier RODRIGO: *Cruzada, Paz, Memoria...*, pp. 23-31.

⁷³³ *Ibidem*, p. 71.

⁷³⁴ *Ibidem*, p. 58.

⁷³⁵ Rosendo DOMENECH: op. cit., p. 46.

maquinaria de propaganda rebelde, no solo hacia el frente sino también hacia la retaguardia. En este sentido, qué mejor que el testimonio directo de, por una parte, un camarada de armas y, por otra, un individuo que se había sacrificado en el frente por el futuro del país, para dar buena cuenta de la desorganización reinante en el campo republicano, de las actitudes represivas de los dirigentes y las fuerzas del orden para mantener el control de la población o, como en este caso, del carácter extranjero del enemigo “rojo”. Este tipo de historias resultaban perfectas para ejemplificar y personificar las ideas fuerzas del discurso sublevado, lo que las convertía en especialmente relevantes. De ese modo, el relato del EPR como una suerte de filial del Ejército Rojo adquiriría mayor credibilidad a ojos de la población, complementado además por el testimonio de otros combatientes como por ejemplo el legionario Francisco Caveró. Tras un combate acaecido en el verano de 1937 en torno a la localidad zaragozana de Perdiguera, su unidad tomó una posición republicana en la que «encontramos ocho milicianos, casi todos extranjeros».⁷³⁶

El testimonio directo y veraz que pretendidamente ofrecían los combatientes en sus diarios y memorias tenía una especial importancia a la hora de refrendar el discurso de legitimación de la sublevación como lucha frente a una invasión extranjera, en este caso en dirección hacia la población de retaguardia cuya única fuente de información de cómo se estaba desarrollando o se había desarrollado la guerra eran la prensa y este tipo de literatura bélica. Pero, al mismo tiempo, evidenciaba la penetración dentro de la cultura construida por los soldados de ciertas ideas procedentes de la propaganda, como la que calificaba a los republicanos de “rusos” o, simplemente, los etiquetaba de extranjeros. De este modo, no solo tenía un valor instrumental, sino que reflejaba las características de ese magma al que antes aludía. En todo caso, dentro de este particular relato del soldado republicano se hacía un especial hincapié en resaltar la importancia de los brigadistas internacionales en el esfuerzo de guerra enemigo.⁷³⁷ Se les describía como individuos «fuera de la ley, los criminales y los expulsados de todos los países, enganchados a fuerza de pesetas y con la esperanza de pingües botines en los bajos fondos de París, Praga, Londres y Nueva York», epitomizando todos los males que la contrarrevolución europea asociaba al bolchevismo y al marxismo.⁷³⁸ Eran, así, «todos los pícaros y foragidos [sic] de Europa, armados de todas las armas, con cuenta corriente en todas las Casas de Banca e influenciados directamente por los judíos y los masones del mundo», lo que buscaba poner de manifiesto la existencia de una conspiración internacional contra España, alentada por los grandes chivos expiatorios de la época como eran judíos y masones.⁷³⁹ De hecho, algunos combatientes llegaban a afirmar en sus memorias que habían capturado a soldados republicanos que «tenían bordado en el “mono” un triángulo masónico, formado por rayas rojas».⁷⁴⁰ Mientras que, por su parte, otros equiparaban la supuesta codicia de

⁷³⁶ Francisco CAVERO Y CAVERO: op. cit., p. 64.

⁷³⁷ El énfasis puesto en los combatientes extranjeros no buscaba sino la deslegitimación de la propia República, tal y como se pretendió también con su internamiento en un solo campo de concentración, el de San Pedro de Cardeña. Véase Javier RODRIGO: *Cautivos...*, pp. 111-112.

⁷³⁸ Sandro PIAZZONI: *Las flechas negras en la guerra de España (1937-1939)*, Barcelona, Ediciones Nueva República, 2011 [ed. original en italiano de 1939], p. 21.

⁷³⁹ Manuel BARBERÁ SABORIDO: op. cit., p. 85.

⁷⁴⁰ Bonifacio SORIA MARCO: op. cit., p. 80.

los marxistas españoles y su reniego de España a la condición de los judíos errantes, incapaces por su «apego a las cosas terrenas» de tener el «corazón necesario para tener una Patria». ⁷⁴¹

La demonización de los brigadistas internacionales y su condición, tal y como apuntaba el discurso rebelde, de verdaderos dirigentes y casi únicos integrantes de las fuerzas armadas gubernamentales, permitía la extensión de esos calificativos al conjunto de los soldados y simpatizantes republicanos. ⁷⁴² Los cuales, por su combate contra lo que los rebeldes entendían como la verdadera España, les enajenaba automáticamente del cuerpo nacional, facilitando así su eliminación: «como extranjeros debemos considerar a los antiespañoles». ⁷⁴³ De hecho, incluso en determinados momentos los propios prisioneros republicanos eran representados en las publicaciones sublevadas con rasgos claramente asiáticos, tal y como sucedió con la revista falangista infantil *Flecha* en julio de 1937. ⁷⁴⁴ Una cuestión que, precisamente, conectaba con otro de los pilares fundamentales del discurso ideológico dentro del que se movieron los combatientes durante todo el conflicto, como era la contraposición entre civilización y barbarie. La Guerra Civil no era sino un combate por la supervivencia de la civilización occidental, y más concretamente de la civilización cristiana, lo que permitía la introducción de toda una serie de imágenes que remitían al carácter incivilizado del enemigo a través de su identificación con lo asiático —construcción imaginaria de larga tradición en Europa—, en parte también debido al apoyo soviético que recibió la Segunda República. Más allá de la definición del enemigo como “horda”, que guardaba relación con la voluntad de ofrecer una imagen caótica, pero también incivilizada, del bando republicano, esa identificación con lo asiático igualmente los asociaba con lo puramente maligno, tal y como apuntaba el falangista José Antonio Martínez Barrado al describir lo que motivaba al enemigo era «el espíritu del mal, ese espíritu torvo y asiático de los republicanos y marxistas españoles». ⁷⁴⁵ Las «steppe asiática» constituían un espacio demonizado del cual habían surgido «esos modernos caballos de Atila» que amenazaban con arrasar todo a su paso. ⁷⁴⁶ Sin ir más lejos, desplegaban una violencia que, incluso, era desconocida, no ya para los asiáticos en este caso, sino para «le tribu selvage dell’Africa Equatoriale». ⁷⁴⁷

En este marco, la lucha de España contra «los bárbaros rojos» era un combate «per la Civiltà e la Cristianità», lo que consecuentemente convertía al ejército sublevado en los «salvadores de la civilización del mundo entero». ⁷⁴⁸ De hecho, las motivaciones de muchos de los individuos que acudieron a España a luchar en las filas del fascismo tenían

⁷⁴¹ Francisco VALLES COLLANTES: op. cit., p. 59. También en Neculai TOȚU: op. cit., p. 43.

⁷⁴² Una referencia a esa condición de auténticos jefes del bando republicano en José SANZ Y DÍAZ: op. cit., p. 138, quien relataba cómo un «oficial eslavo» despreciaba a los españoles y se ufana de estar al mando de la situación: «Además, ¿para qué estamos nosotros aquí?».

⁷⁴³ Manuel BARBERÁ SABORIDO: op. cit., p. 119.

⁷⁴⁴ Xosé M. NÚÑEZ SEIXAS: *¡Fuera el invasor!...*, p. 257.

⁷⁴⁵ José Antonio MARTÍNEZ BARRADO: op. cit., p. 48.

⁷⁴⁶ Mario CANGIANELLI: op. cit., p. 16. Luis ARMILLAS GARCÍA y Manuel MONTILLA MUÑOZ: op. cit., p. 152.

⁷⁴⁷ Mario CANGIANELLI: op. cit., p. 38.

⁷⁴⁸ Prudencio DORESTE: op. cit., p. 2. Maurizio BASSI: *Da Cadice ai Pirinei. Ricordi di un legionario (...dal tacuino di guerra di un legionario in terra di Spagna...)*, Florencia, Felice Le Monnier, 1940, p. V. Bănică DOBRE: op. cit., p. 61. Véase también Marcelo GAYA Y DELRUE: *Combattre pour Madrid. Mémoires d’un officier franquiste*, París, Editions de la Pensée Moderne, 1964, p. 253

que ver con esta cuestión, es decir, con la defensa de una civilización, de lo que ellos entendían como un modo de vida amenazado por el peligro que se extendía desde el Este. Durante la campaña de reclutamiento de la Brigada Irlandesa, el general Eoin O’Duffy y sus correligionarios enfatizaron en que la guerra en España trataba de la «defence of the Catholic Faith against the Reds who were murdering priests and raping nuns right and left all over the place». ⁷⁴⁹ En la misma línea, el voluntario inglés Peter Kemp había sentido la necesidad de alistarse en las filas rebeldes, además de por la voluntad de vivir aventuras y experimentar lo que suponía la guerra, por el tremendo impacto que le causaron

«las horribles escenas de violencia de masas, en territorio en poder del gobierno, dominado por los rojos. Se han dado muerte a sacerdotes y monjas por el simple hecho de ser sacerdotes y monjas, se ha asesinado a gentes corrientes tan sólo porque tenían algún dinero o propiedades. Y yo voy a España a luchar contra esas cosas.»

De hecho, Kemp apuntaba que su marco de referencia no solo se encontraba en la defensa de los católicos y la que la narrativa denominaría como “gente de orden”, sino que tenía una dimensión netamente europea. Es decir, que la amenaza no era contra España, sino también contra todos los países que, una vez el comunismo hubiera triunfado en la Guerra Civil, podrían ser sus próximas víctimas: «el comunismo dominaría en España, pasando después a Francia. ¿En qué situación se encontraría Inglaterra entonces?». ⁷⁵⁰ Esta percepción en clave europea era compartida por no pocos voluntarios, como el pequeño grupo de integrantes de la Guardia de Hierro rumana que llegaron a España a rendir tributo al general Moscardó por su resistencia en el Alcázar de Toledo. En la ceremonia de entrega de una espada, que debía servir como homenaje a su gesta, uno de ellos, el general Gheorghe Cantacuzino, leyó unas palabras reveladoras:

«Esta guerra santa no es sólo de España, es de todos y por eso también es nuestra. En el Alcázar, y ahora también en el frente septentrional de Madrid, usted [Moscardó] ha combatido en defensa del mundo; su derrota sería también la nuestra. Si España vive –y vivirá– viviremos también nosotros; si muere –y no morirá– moriremos también nosotros.» ⁷⁵¹

Pero, de igual modo, la construcción de un discurso de civilización en clave europea servía al mismo tiempo como amalgama de los distintos fascismos que se dieron cita en suelo español. El italiano Guido Pietro Matthey calificaba de «assurda», «pedagógica», y «letteraria, questa suddivisione nel tempo in ella nazionalità», en referencia a las distinciones entre combatientes alemanes, italianos y españoles y, además, entre la Guerra

⁷⁴⁹ Seumas MACKEE: *I was a Franco Soldier*, Londres, United Editorial Limited, 1938, p. 8. Sobre la propaganda de reclutamiento de la Brigada Irlandesa véase National Archives of Ireland, JUS 8-308, “Irish Brigade Press Cuts”; TSCH/3/S9179 “Irish Brigade in the Spanish Civil War”.

⁷⁵⁰ Peter KEMP: op. cit., pp. 17 y 21.

⁷⁵¹ Bănică DOBRE: op. cit., p. 58.

Civil y las Cruzadas que desde el siglo XII habían luchado por la gloria de la civilización cristiana.⁷⁵² Un sentimiento de unidad que también compartía el voluntario ruso blanco Pável Rashevski con el requeté José Sanz, cuando afirmaba que «Iremos contra los rojos franceses... y luego todos juntos: Italia, Alemania, Portugal, España y Francia, en fraternidad civilizadora, marcharemos sobre los odiosos tiranos de mi país».⁷⁵³

Todo ello hizo de la Guerra Civil un escenario esencial en la construcción de la contrarrevolución europea. El conflicto atrajo las miradas de la Europa del momento y, consecuentemente, de la miríada de partidos y grupos contrarrevolucionarios, y especialmente fascistas, que vieron en él una oportunidad de llevar a cabo sus propias agendas en suelo ajeno. De este modo, se gestaron diversas iniciativas, más allá del despliegue de los contingentes italiano y alemán, que tenían por objetivo la formación de unidades de voluntarios de carácter nacional en las filas rebeldes. No obstante, estas se toparon con diversos problemas. Por un lado, la renuncia del propio CGG a crear formaciones militares que, aún estando bajo su control, pudieran tener una evidente identificación extranjera. Esto suponía contradecir su propia retórica acerca de la lucha nacional contra la invasión de un enemigo extranjero, de nuevo dejando de lado la evidente presencia de italianos y alemanes, lo que significó la constante presencia de trabas por parte de la dirigencia rebelde para la constitución de estas unidades. Por ejemplo, la derecha francesa buscó crear una bandera legionaria propia, denominada “Juana de Arco”, pero tras varios contratiempos a la hora de conseguir reclutas y algunos escándalos que afectaron a sus comandantes el proyecto se redujo considerablemente en alcance e importancia, quedándose finalmente en una sola compañía, la 17ª de la XVII BL, que, además, incorporaba algunos combatientes no franceses, aunque sí francófonos. Algo similar a lo que sucedió con los diversos intentos de los rusos blancos de reunirse en torno a una misma formación, que nunca terminaron por dar sus frutos. De hecho, la única unidad que llegó a constituirse como tal y pisar suelo español fue la ya mencionada Brigada Irlandesa de Eoin O’Duffy, la cual fue rápidamente enviada de vuelta a su país por la mala calidad e indisciplina de sus efectivos, siendo su única hazaña reseñable un tiroteo con una bandera falangista a la que confundieron con una columna anarquista. No obstante, trabas y complicaciones aparte, el CGG recibió multitud de ofrecimientos individuales y colectivos de individuos que querían servir en las filas rebeldes, así como muestras de adhesión de todos los puntos de Europa, que demostraban la relevancia de este conflicto y la existencia de un idea compartida que incluía Europa, un determinado modelo de civilización y cómo esta debía defenderse.⁷⁵⁴

⁷⁵² Guido Pietro MATTHEY: op. cit., p. 146.

⁷⁵³ José SANZ Y DÍAZ: op. cit., p. 102. Esta percepción acerca de la idea de Europa, de su asociación con un determinado modelo de civilización, y de que los distintos conflictos nacionales del periodo de entre-guerras no eran sino batallas de una misma guerra contra el comunismo dio lugar a la generación de trayectorias interesantes a lo largo de diferentes teatros bélicos durante estos años. Un ejemplo podemos encontrarlo en el también ruso blanco Vladímir Kovalevski, quien participó en la Guerra Civil Rusa, la Guerra Civil Española y la Segunda Guerra Mundial, en esta última alistado en la División Azul. Véase Xosé M. NÚÑEZ SEIXAS y Oleg BEYDA (eds.): *Un ruso blanco en la División Azul. Memorias de Vladímir Kovalevski (1941)*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2019.

⁷⁵⁴ Sobre estas cuestiones véanse Miguel ALONSO IBARRA: “Guerra Civil Española y contrarrevolución...”; Judith KEENE: op. cit.; Hélène DEWAELE VALDERRÁBANO: op. cit.; Alberto PENA-RODRÍGUEZ: op. cit.; o Xosé M. NÚÑEZ SEIXAS y Oleg BEYDA (eds.): op. cit., pp. 15-31. Sobre los

La particular representación que se hacía de los brigadistas internacionales escondía, también, un marcado discurso de clase. Pese a la presencia de notables intelectuales entre sus filas y al hecho de que una parte procediese de los estratos medios de sus diferentes sociedades de origen, como por ejemplo de los ambientes universitarios anglosajones, se asociaba a los brigadistas con los “bajos fondos”, con las clases populares.⁷⁵⁵ Lo cual, además, conllevaba su caracterización como individuos feos, contrahechos, apenas humanos en los casos más extremos. Así los describía el combatiente Emilio Oliver, como una suerte de infrahombres —«maleante, caquético moral y físico, del burdel extranjero»—, al tiempo que denunciaba la labor de profilaxis social que los diferentes países de origen de estos voluntarios estaban llevando a cabo en sus propias sociedades con el subterfugio de la lucha contra el fascismo: «cómodamente se van barriendo [...] su escoria social con la fórmula de venir aquí en defensa de las libertades».⁷⁵⁶ Razón por la cual, quizás, algunos medios lanzaban invectivas contra países que mostraban una cierta actitud de tolerancia e incluso tímida amistad con el gobierno de Salamanca, como el Reino Unido, pero que al mismo tiempo tenían brigadistas en suelo español. Unas críticas que, como veíamos anteriormente, el CGG se esforzó en acallar.

En este sentido, la Guerra Civil tuvo, entre otras muchas, una marcada dimensión de clase, sustentada en la morfología y los orígenes sociales de los apoyos tradicionales a los proyectos políticos defendidos por cada uno de los bandos contendientes. Bien es cierto que diversos estudios han matizado las visiones al respecto elaboradas por la historiografía clásica, por ejemplo evidenciando el carácter transversal de la militancia falangista.⁷⁵⁷ Pero, en líneas generales, el discurso insurgente definió muy claramente unas fronteras sociales dentro de la comunidad nacional, que tenían que ver con el particular encaje orgánico que se había diseñado para cada uno de los grupos componentes de la misma. Es decir, que el mito de la comunidad interclasista se sostenía retóricamente en la medida en que cada grupo social tuviese claro su rol dentro de la jerarquía, construida verticalmente. Lo cual significaba que, en la práctica, tal interclasismo no existía. Sin embargo, la trasgresión de las funciones *naturales* que cada uno de estos grupos debía desempeñar, es decir la no aceptación de su posición, suponía un desafío intolerable que el discurso de alteridad rebelde se encargó de señalar profusamente. Por ende, la referencia a los brigadistas internacionales como «la feccia de tutt’Europa» no solo tenía que ver con la voluntad de deshumanizar y criminalizar al enemigo, sino que tenía igualmente su razón de ser en el desafío que los obreros y campesinos venidos a España a combatir en favor de la República planteaban al orden social establecido.⁷⁵⁸ Una amenaza que tuvo su discurso propio, incardinado en los mismos marcos de referencia, a la hora de definir al

ofrecimientos de voluntarios véase AGMAV, C. 2327, L. 51. Sobre las adhesiones recibidas véase AGP, Fondo Jefatura del Estado, Casa Civil de S.E. el Jefe del Estado, C. 2582, “Peticiónes y adhesiones”, 1936-1939.

⁷⁵⁵ Por ejemplo, los operadores de antiaéreos Luis Armillas y Manuel Montilla los calificaban de «chusma de parias e indeseables de Europa entera». Véase Luis ARMILLAS GARCÍA y Manuel MONTILLA MUÑOZ: op. cit., p. 135.

⁷⁵⁶ Emilio OLIVER ORTIZ: op. cit., p. 159.

⁷⁵⁷ José Antonio PAREJO FERNÁNDEZ: *Señoritos, jornaleros y falangistas*, Sevilla, Bosque de Palabras, 2008.

⁷⁵⁸ Renzo LODOLI: op. cit., p. 70.

combatiente republicano, y por extensión al marxista español. El locutor de Radio Nacional Fernando Fernández de Córdoba, combatiente por algunos meses, describía al actor de teatro Edmundo Barbero, de simpatías republicanas y exiliado en El Salvador desde 1939 hasta su muerte, como «un sujeto mal encarado y de mirada estrábica, que alquiló sus berridos en diversas ocasiones a los micrófonos marxistas, donde tan fácil acogida se dispensaba a cuantos granujas estuvieran dispuestos a verter su baba y su rencor».⁷⁵⁹ Mientras que, en esa misma línea, el requeté José Sanz describía el estado físico en que se encontró a unos republicanos recién capturados por las tropas sublevadas, una colección de «Rostros patibularios, melenas crespas, barbas hirsutas, gestos insomnes».⁷⁶⁰

Como veíamos para el caso que describía anteriormente Emilio Oliver, los defectos físicos y la animalización del comportamiento –“berridos”, “baba”– eran elementos definitorios por excelencia del enemigo, lo cual estaba ligado a su condición social. Los hombres y mujeres de las clases populares eran descritos como individuos de faz «repugnante, cargado[s] de espaldas, con la cara llena de granos purulentos, de melena lacia y caída», con los «ojos legañosos, rostro ceñudo, cabellera desmelenada».⁷⁶¹ Solían ir vestidos con un «aceitoso ‘mono’» y tocados con un «gorro seboso y descosido», convirtiendo las calles de las ciudades bajo control republicano en un «río humano de gente mal vestidas, sucias y malolientes».⁷⁶² De hecho, incluso cuando intentaban tener una higiene correcta salía a su relucir su incapacidad de asemejarse, por imposibilidad natural, a la gente refinada, ya que «Iban muy perfumados todos aquellos milicianos, con perfumes fuertes y ordinarios».⁷⁶³ Esto, por supuesto, se trasladaba a los espacios que los milicianos ocupaban. Las checas de Madrid, tal y como relataba el propagandista y escritor Fernando Sanabria, eran espacios «casi, tan infecto[s] como el del inmundo calabozo». Estaban llenas de humo, «haciendo la atmósfera casi irrespirable. Por el suelo, cascotes de botellas, restos de cigarros y salivazos. Tras una mesa, cinco tipos con ojos inyectados en sangre, sin duda por las copiosas libaciones. Todos están en camiseta». Solo «tras un eructo» es cuando el presidente de la misma comenzó a dirigirse al acusado, algo que daba buena cuenta de sus modales y, por extensión, del tipo de sociedad que la revolución amenazaba con implantar en España.⁷⁶⁴

Por su parte, en su serie, elocuentemente titulada, *La revolución de los patibularios*, El Caballero Audaz, seudónimo del periodista y escritor José María Carretero Novillo, describía con profundo asco y odio cómo los milicianos habían profanado lugares antes reservados a gente con una cierta altura social, política o intelectual. Los salones del Ministerio de Gobernación estaban «invadidos por gentes astrosas, tumbadas en los divanes de rojo terciopelo, en los dorados sillones isabelinos», algo que hacía estremecer a los propios «retratos de los ministros uniformados, con los bustos cruzados de bandas y

⁷⁵⁹ Fernando FERNÁNDEZ DE CÓRDOBA: op. cit., p. 47.

⁷⁶⁰ José SANZ Y DÍAZ: op. cit., p. 92.

⁷⁶¹ Fernando SANABRIA: *Madrid bajo las hordas*, Ávila, S.H.A.D.E, 1938, p. 97. Policarpo CÍA NAVASCUÉS: op. cit., p. 327. Un análisis de este tipo de relatos en Hugo GARCÍA: “Relatos para una guerra. Terror, testimonio y literatura en la España nacional”, *Ayer*, 76 (2009), pp. 143-176; o en Javier RODRIGO: *Cruzada, Paz, Memoria...*, pp. 27-28.

⁷⁶² Rosendo DOMENECH PUIG: op. cit., p. 25. Francisco CAVERO Y CAVERO: op. cit., p. 150. Fernando SANABRIA: op. cit., p. 84.

⁷⁶³ José SANZ Y DÍAZ: op. cit., p. 82.

⁷⁶⁴ Fernando SANABRIA: op. cit., pp. 53-54.

condecoraciones», al contemplar «la invasión de aquella horda grotesca, gesticulante y sucia, que se apoderaba del recinto tradicional del Poder público para imponer su bárbara ley de venganza y violencia».⁷⁶⁵ Mientras tanto, uno de los centros nucleares de la cultura madrileña, el Círculo de Bellas Artes, se encontraba

«lleno de milicianos. En los sillones, en los divanes se veían tipos astrosos, sucios, casi barbudos. Unos, reunidos en corro, charlaban a voces... Otros, aplomados por el sopor de la siesta, dormitaban con el fusil entre las piernas y en los rostros un gesto brutal de bestias cansadas y en alarma. Sobre las mesas, sus pies nauseabundos, y en el centro, enormes botijos.»⁷⁶⁶

Esta representación clasista del enemigo republicano, en la que las características de fealdad, ordinariez y suciedad se presentaban como consustanciales al origen de estos individuos, se extendió también hacia la figura de la mujer, que encarnaba todavía más si cabe la gravedad del desafío al orden social imperante hasta el momento. No solo se trataba de una cuestión relativa a su posición jerárquica, sino que además tenía que ver con una ruptura de los roles tradicionales de género. La incipiente liberalización sexual de la mujer, su paulatina incorporación a la vida laboral y la progresiva adquisición de nuevos derechos, como por ejemplo mediante la Ley de Divorcio de 1932, eran percibidos como una verdadera revolución consumada. Para el defensor de Belchite Emilio Oliver, el advenimiento del régimen republicano había llevado aparejado una degeneración de las costumbres sociales, en tanto en cuanto «la gentil y caballerosa frase galante, característica de la raza, se había substituido por la expresión procaz y sonrojante», algo quizá explicado por la, según su relato, proliferación de «libros pornográficos de lujosa encuadernación».⁷⁶⁷

A la hora de atacar esta pretendida hipersexualización de la vida social española, el testimonio de los combatientes, y también de los cronistas de guerra que acompañaban a las tropas, resultaba decisivo, pues ellos eran los que tenían una visión directa de lo que sucedía en el campo enemigo. De este modo, las narrativas propagandísticas del bando sublevado se llenaron de referencias a las «monstruosas y sucias orgías de lujuria» de los revolucionarios que constantemente tenían lugar tanto en las poblaciones como incluso en el propio frente.⁷⁶⁸ El legionario Francisco Caveró afirmaba en sus memorias, en un ejercicio de evidente exageración propagandística, que los parapetos republicanos estaban llenos de «novelas pornográficas» y «femeninas prendas íntimas», mientras que el cronista de guerra Ricardo Gutiérrez narraba cómo unos requetés asaltaron unas posiciones enemigas aprovechando que los milicianos se encontraban en «plena y soez orgía».⁷⁶⁹ Estos episodios, convenientemente inventados o sobredimensionados, construían una

⁷⁶⁵ EL CABALLERO AUDAZ [José María Carretero Novillo]: *Nosotros los mártires*, Colección *La revolución de los patibularios*, Vol. 3, Madrid, Ediciones Caballero Audaz, 1940, pp. 43-44.

⁷⁶⁶ *Ibidem*, p. 114.

⁷⁶⁷ Emilio OLIVER ORTIZ: *op. cit.*, p. 21.

⁷⁶⁸ José SANZ Y DÍAZ: *op. cit.*, p. 73. Una idea similar en Manuel BARBERÁ SABORIDO: *op. cit.*, p. 177.

⁷⁶⁹ Francisco CAVERO Y CAVERO: *op. cit.*, p. 73. Ricardo GUTIÉRREZ: *op. cit.*, p. 286. En la misma línea, Neculai TOȚU: *op. cit.*, p. 99.

imagen de caos, desorden y anarquía que era consumida por los combatientes y la población en retaguardia, lo que ayudaba a cimentar empíricamente el discurso acerca de la necesidad de volver a un orden social mucho más jerarquizado, en el que la mujer tenía un papel complementario y confinado al hogar. En todo caso, pese a que esos ejercicios de exageración no pasaran, seguramente, inadvertidos a los lectores tanto de este tipo de obras como de la prensa en la que se insertaban las crónicas de guerra, su machacona repetición dejaba un poso identificativo muy evidente del tipo de proyecto social que se podía esperar de uno y otro bando, construyendo al mismo tiempo una imagen distorsionada de la República que era fácil de comprar, interiorizar y, en cierto modo, odiar.

El discurso de la demonización femenina tenía también una relevancia crucial en las descripciones que se realizaban de las poblaciones recién tomadas a los republicanos. Más allá de la habitual imagen de desorden y caos asociada al campo enemigo, los testimonios de combatientes y cronistas de guerra, importantes por ser los que tenían el primer contacto con estos enclaves, aderezaban el relato con menciones a la total y absoluta degeneración moral que se vivían en las ciudad y pueblos “rojos”, que eran asemejados a inmensos lupanares en los que la degradación había cundido en muy poco tiempo. Era el caso de Málaga, conquistada por las fuerzas rebeldes apenas siete meses después de empezar la guerra, pese a lo cual presentaba un panorama «francamente desolador [...] cuyas urbes más céntricas ostentaban letreros que decían hospital antivenéreo número tantos [...] daba la sensación de ser una ciudad efectivamente leprosa».⁷⁷⁰ Si este era el caso de la ciudad andaluza, qué decir de Asturias, cuya conquista no se llevó a cabo hasta la segunda mitad de 1937. Joaquín A. Bonet, periodista afecto a la causa sublevada que estuvo preso en una cárcel republicana en Gijón hasta la entrada de las tropas franquistas, construía un relato netamente apocalíptico de *la Asturias roja*, tal y como tituló a su libro:

“Aquello era el caos, llegó al límite en muchos hospitales. En ellos ingresaron muchas mujeres como enfermeras, casi todas jóvenes y una mayoría francamente dedicadas a la prostitución, que llevaron el relajamiento a las salas, ofendiendo al resto del personal femenino y dándose espectáculos de verdadera bacanal romana, bailes en plena desnudez y excesos de toda índole. [...] Todo esto trajo por consecuencia un porcentaje elevadísimo de enfermedades sexuales que alcanzó a milicianos, milicianas y enfermeras. Como otro botón de muestra consignaremos el de las uniones frecuentes de practicantes o milicianos ¡con enfermas hospitalizadas! [...] Allí [en los Asilos infantiles] se predicaba una moral que trajo consecuencias dolorosísimas. Se recuerda los casos de dos niñas de dieciséis y dieciocho años embarazadas y otras muchas contagiadas de enfermedades sexuales.”⁷⁷¹

Como se puede ver, la sexualidad explícita, tanto en el cuerpo como en el comportamiento de la mujer, tenía un papel preponderante en este tipo de relatos. El cuerpo femenino era visto como amenazante, en tanto que su contemplación pública y la libre disposición de él que hacía la mujer suponía una radical subversión del orden sociosexual.

⁷⁷⁰ Ricardo GUTIÉRREZ: op. cit., p. 338.

⁷⁷¹ Joaquín A. BONET: *Reconquista. Reportajes de la Asturias roja*, Gijón, [s.n.], 1938, pp. 160-161.

No obstante, la fascinación por lo femenino también hacía hincapié en la capacidad de dominar a los hombres a través la sexualidad, una cuestión compartida y enfatizada por los diferentes imaginarios contrarrevolucionarios europeos. Por una parte, la mujer era el símbolo de la nación, la madre de la comunidad nacional y, por tanto, en ella radicaba el futuro de esta, y del mismo modo la capacidad de destruirla. Por otra, era el objeto de deseo del hombre, el cual podía cegarse ante la ambición de poseerla y caer en la trampa tendida por la mujer, cuya codificación simbólica en este sentido se asemejaba al mito del judío como ser artero y traicionero.⁷⁷² Esto se evidenciaba muy claramente en los relatos contruados durante la Guerra Civil Española, tal y como muestra el requeté José Sanz:

«Las enfermeras rojas se nos abrazaban con fingido entusiasmo, daban vivas a España y hasta trataban de besarnos. Las delataba la voz, que sonaba a falsa, y las rechazamos sin violencia; pero con repugnancia y asco.»⁷⁷³

Ese potencial controlador de la mujer sobre el hombre habría tenido, según esta construcción imaginaria, un peso fundamental en la violencia revolucionaria, como un elemento de catálisis cuantitativa y cualitativa. Carretero Novillo apuntaba que «En los teatros, en los *cines* [...] los palcos se veían llenos de rameritas de baja estofa que lucían prendas robadas, joyas en las que seguramente había habido que limpiar rastros de sangre».⁷⁷⁴ De hecho, la participación de las mujeres iba incluso más allá, confeccionando listas de derechistas a los que fusilar y ejerciendo como espías en retaguardia, acciones que tuvieron como castigo el rapado.⁷⁷⁵ Por ende, la voluntad de corresponder a sus mujeres y novias era un motivo más para que los milicianos se empleasen con sañuda violencia contra la gente de derechas, con el fin de que estas mujeres pudieran pasearse «alhajadas con el producto de los “registros” hechos por sus amantes», algo que además pretendía el desclasamiento de ciertos símbolos de elegancia, distinción y pertenencia a las clases acomodadas, como las joyas o las pieles.⁷⁷⁶

Precisamente esto último nos sitúa ante uno de los puntos fuertes del relato clasista construido en el imaginario contrarrevolucionario español, como es del rencor de las clases populares hacia el éxito de las clases altas. En el caso de las mujeres, este rencor se canalizaba a través del aspecto físico. A diferencia de la mujer española por antonomasia, que era guapa, iba bien vestida —eso sí, «libre de cualquier exhibicionismo»— y representaba un modelo de feminidad tradicional, la mujer “roja” era sucia, fea, de carnes fofas y

⁷⁷² Gay L. GULLICKSON: “*La Pétroleuse: Representing Revolution*”, *Feminist Studies*, 17:2 (1991), p. 261. Para el caso del *Freikorps*, véase Klaus THEWELEIT: op. cit., Vol. 1, pp. 63-70.

⁷⁷³ José SANZ Y DÍAZ: op. cit., p. 81. La misma idea de la repugnancia de la mujer sexuada en Prudencio DORESTE: op. cit., pp. 97-98.

⁷⁷⁴ EL CABALLERO AUDAZ [José María Carretero Novillo]: *El Cuartel de la Montaña*, Colección *La revolución de los patibularios*, Vol. 2, Madrid, Ediciones Caballero Audaz, 1939, p. 227.

⁷⁷⁵ AKELA [José Aznares García]: op. cit., p. 66, entrada del 13 de febrero de 1937. José SANZ Y DÍAZ: pp., 39-40.

⁷⁷⁶ Luis MOLERO MASSA: *La horda en el “Levante Feliz”*, Valencia, Edición de la Jefatura Provincial de F.E.T. y de las J.O.N.S., 1939, pp. 69-70.

preconizaba el amor libre.⁷⁷⁷ Era descrita, en palabras del combatiente falangista Fernando Martínez Grana, como «la miliciana gordinflona», en una línea similar a como la propaganda rebelde se refería a la dirigente comunista Margarita Nelken, «Mujer encorsetada y burriciega, pedante y sin encanto femenino, de carne colorada, había arrastrado una triste vida sentimental [...] todo repugnancia.⁷⁷⁸ En definitiva, como apuntaba elocuentemente el falangista malagueño Francisco Lluch, las españolas de derechas que tuvieron que vivir en zona republicana eran «como el armiño entre el lodo».⁷⁷⁹ La estigmatización de la revolucionaria pasaba por la destrucción de su feminidad, que en el modelo tradicional venía representada por la combinación entre la sumisión de la mujer en el ámbito del hogar y una belleza mitificada en su pureza y alejada de una sexualidad explícita. Así, esa belleza cautivadora y peligrosa y esa sexualidad manifestadas en la descripción de las “orgías” y el amor libre eran al mismo tiempo subrayadas y, como en este caso, anuladas, negando a través de esa anulación el carácter femenino de dichas mujeres.

La fealdad de la mujer “roja” era uno de los elementos que explicaba su centralidad en el proceso revolucionario que estaba viviendo España. La motivación principal de estas mujeres era la venganza en una doble vertiente, hacia aquellos hombres que las habían rechazado por ser poco agraciadas y hacia las mujeres bellas, que acaparaban las atenciones de dichos varones: «Sobre cientos de cadáveres [...] el rencor de las mujeres feas clavó su sucio gallardete defendido por la despiadada matanza de la horda. Y Dios las castigó a no encontrar consuelo a su rencor». De este modo, quedaba claro el porqué del profundo rencor de esas mujeres:

«Se dieron cuenta de que sus piernas eran gordas, deformes. Que la dentadura prognate alejaría los amables diálogos. Ni las fajas, ni los colores tornasolados en el pelo. Eran feas. Bajas, patizambas, sin el gran tesoro de una vida interior, sin el refugio de la religión, se les apagó de repente la feminidad, y se hicieron amarillas para la envidia. El 18 de julio se encendió en ellas un deseo de vengarse, y al lado del olor a cebolla y fogón, del salvaje asesino, quisieron calmar su ira en el destrozo de las que eran hermosas. Y delataron a los hombres que nunca las habían mirado.»⁷⁸⁰

Este fragmento, en buena medida, condensa en unas pocas líneas el grueso de los elementos componentes del relato estigmatizador y deshumanizador, en clave netamente clasista, que el discurso sublevado operó sobre el enemigo republicano. La fealdad y mediocridad natural del que socialmente no había prosperado, condiciones interrelacionadas y que se retroalimentaban; el desprecio absoluto hacia la cultura de las clases populares, reflejado aquí en el “olor a cebolla y fogón”; y, finalmente, el

⁷⁷⁷ Bănică DOBRE: op. cit., p. 128. La cita del voluntario rumano se enmarca en una escena acontecida en la estación castellano-manchega de Torrijos, que el autor califica como «grotesca». Una mujer de alta alcurnia, «exageradamente maquillada», ofrecía cigarrillos a los soldados. Además, hacía gala de un comportamiento «desprovisto de tacto [que] no tenía nada en común con la mujer española».

⁷⁷⁸ Francisco CAVERO Y CAVERO: op. cit., p. 34. Francisco SEVILLANO CALERO: *Rojos...*, p. 114.

⁷⁷⁹ Francisco LLUCH F. VALLS: op. cit., p. 216.

⁷⁸⁰ José-Vicente PUENTE: op. cit., pp. 51-52. Esta tipo de representaciones de la mujeres analizadas en . Francisco SEVILLANO CALERO: *Rojos...*, pp. 107-126.

rencor hacia aquellos que habían triunfado, hacia el mérito, hacia lo bello, descargado en forma de violencia brutal y masiva. En definitiva, se pretendía evidenciar que la revolución venía a poner fin a un modelo de sociedad de orden, de organización jerárquica sustentada por una tradición centenaria, que no solo amenazaba a España sino, como hemos visto, al conjunto del continente europeo, tal y como atestiguaba la proliferación de este tipo de discursos en los imaginarios contrarrevolucionarios del continente.

Toda esta construcción del enemigo en clave de clase tenía una evidente función sancionadora de un determinado orden social, lo cual se pretendía transmitir tanto a los combatientes en el frente como a la población en retaguardia. Como he planteado anteriormente, pese al empleo de figuras retóricas netamente exageradas y pese a la incorporación de ejemplos, que si bien procedentes de fuentes directas como los combatientes estaban claramente sobredimensionados, la construcción de una narrativa que discurría por estos cauces permitía establecer un mínimo común definitivo de quién era el enemigo y qué tipo de sociedad defendía, afianzando por contraste el propio modelo social, que quizá en un esquema de máximos no era compartido por todos pero que desde luego tenía suficientes elementos para construir consensos, nuevamente, mínimos. Así, la demonización de las clases populares perfilaba los contornos de la nueva comunidad nacional, en la cual estas tenían una determinada posición en la base de la pirámide jerárquica. Pero, al mismo tiempo, evidenciaba, en consonancia con otro tipo de mensajes y discursos ofrecidos por la propaganda rebelde, los caminos que los individuos corrientes que no pertenecían a los estratos acomodados de la sociedad podían, sobre el papel, transitar a la hora de significarse dentro del régimen nacido de la victoria. De este modo, la participación en la guerra, el sacrificio por la patria y la implicación activa en los procesos de violencia y represión encaminados a purgar la sociedad eran formas que ofrecían una posibilidad de ascenso social.

Esto quizá resultaba más evidente si tomamos en consideración las políticas de reeducación y reintegración de los combatientes republicanos en las filas del ejército rebelde. Si los sujetos que la propaganda demonizada, deshumanizaba y animalizaba podían llegar a tener alguna cabida en la comunidad nacional, las posibilidades de recompensa de los combatientes que habían acudido fieles a la llamada de la patria crecían, en comparativa, exponencialmente, por mucho que tuviesen un origen social humilde. De este modo, es interesante acercarse a cómo la propaganda rebelde intentaba generar disensión en las filas republicanas, lo cual estaba en relación con otra de las aristas que componían la imagen construida del soldado republicano. En línea con ese desprecio por las clases populares, el simpatizante de la causa republicana, y especialmente el combatiente, era representado como un individuo que había sido engañado por sus dirigentes. A menudo, se acusaba a los líderes republicanos de instar a los soldados a seguir luchando mientras ellos permanecían alejados de las penalidades del campo de batalla. El voluntario argentino Héctor Colmegna apuntaba que Dolores Ibárruri «al abrigo de todo peligro, llevaba la vida muelle y agradable de una burguesa, y viajando por Europa, alojábase en los mejores hoteles», al tiempo que «durante todo el conflicto incitó a los milicianos a la lucha, sabiendo de antemano que la guerra estaba perdida». A lo cual añadía, tras la captura de una vivienda en la que supuestamente había vivido el marido de La Pasionaria y que

estaba llena de lujos: «Así debían vivir los cabecillas marxistas y sus comparas mientras el miliciano exponía su vida a diario en los campos de batalla soportando toda clase de privaciones». ⁷⁸¹

Lo que la propaganda y el discurso rebelde intentaban era establecer mecanismos de identificación entre los integrantes de ambos ejércitos, sobre la base de la camaradería compartida en tanto que soldados, y por ende pertenecientes a un mismo universo que los ajenos a la vida en el frente y el sacrificio en la guerra no podían comprender. El objetivo era evidente, conseguir atraer a estos individuos a las filas sublevadas ahondando, además, en la progresiva degradación de las condiciones de vida en el EPR. ⁷⁸² Una de las directivas de propaganda ya citadas anteriormente, la perteneciente a la 16 DI emitida en enero de 1938, incorporaba, además de las normas relativas al trabajo que debía realizarse en campo propio, las líneas maestras de esta actividad dirigida hacia las trincheras republicanas. Se buscaba establecer esa diferenciación que señalaba Colmegna en sus memorias entre dirigentes y soldados, resaltando además el carácter extranjero de esos líderes, nombrando específicamente a Stalin y Léon Blum. De igual modo, se incidía en cuestiones materiales, como el abastecimiento de las tropas de uno y otro ejército, así como en elementos similares a los que se desarrollaban para la propaganda destinada a los combatientes sublevados, como el orden, la estabilidad y el trabajo que definirían a la sociedad del bando insurgente. ⁷⁸³ Pero, esencialmente, lo que se pretendía era subrayar el engaño al que habían sido sometidos los soldados que luchaban en las unidades republicanas, empujados a pelear contra sus hermanos españoles por unos dirigentes venidos del extranjero que no compartían su sufrimiento. Para ello, se elaboraron toda una serie de octavillas que fueron lanzadas hacia el campo enemigo, con la finalidad de fomentar la deserción de los combatientes republicanos. Algunas de ellas buscaban ahondar, como decía, en los problemas y divisiones existentes en el campo gubernamental: «Mientras tus compañeros mueren en los campos de Cataluña, tus jefes huyen con el botín que vuestra sangre les ha proporcionado»; «¡SOLDADO ROJO! ¡No hagas caso de las mentiras de tus dirigentes! Abandona la lucha y ven con nosotros. ¡Viva España!». Mientras que otras, directamente, invitaban a los combatientes a cambiar de bando con vagas promesas, a veces más o menos explícitas y otras veces formuladas entre líneas, de que un arrepentimiento a tiempo podía significar una cierta esperanza en la inmediata posguerra: «¡ESPAÑOLES! ¡PAZ! ¡PAZ! ¡Dejad esta lucha fratricida!! El Generalísimo FRANCO, el justo y magnánimo, el siempre fiel cumplidor de su palabra, os dice: “Venid a nosotros, venid a la causa justa, española, patriótica, y tened la seguridad de que vuestras vidas serán respetadas”. Participaréis de nuestra vida de paz y trabajo igual y justa para todos.

⁷⁸¹ Héctor COLMEGNA: op. cit., p. 102. Este mismo discurso estaba también presente en la prensa que leían los combatientes. Véanse “Los tiranos rojos”, *La Ametralladora*, nº 12, 4 de abril de 1937, p. 7; o “Aquel consejo de asesinos que presidía Belarmino”, *La Ametralladora*, nº 58, 6 de marzo de 1938, p. 14.

⁷⁸² James MATTHEWS: *Reluctant Warriors...*, p. 161.

⁷⁸³ AGMAV, C. 1602, 30. 16 DI, Propaganda, “Directivas y normas para la propaganda en las dos zonas”, enero de 1938.

En la nueva ESPAÑA. UNA, GRANDE Y LIBRE»; «¡Soldados rojos! ¡La guerra la tenéis perdida! ¡MÁS VALE ser pasado que prisionero! ¡Arriba España!».⁷⁸⁴

Por ende, la construcción de ese discurso paternalista hacia las masas obreras, si bien los confinaba a una determinada posición dentro de la jerarquía social, permitía, una vez satisfecha la venganza por su atrevimiento, abrir espacios para la reeducación y la reintegración, sobre la base de la creencia en que su innata incapacidad de procesar críticamente las mentiras vertidas por sus dirigentes no dejaba otra salida que perdonarlos, porque, parafraseando la cita bíblica, no sabían lo que hacían. A fin de cuentas, no se trataba sino de «gente inculta y desheredada» a la que «los dirigentes marxistas tenían [...] envenenadas». ⁷⁸⁵ El rencor del que hacían gala venía dado por su simpleza mental, por su incapacidad de ver más allá de su propio beneficio, lo que constituía un ejercicio de infantilización de estos sujetos. De este modo, las «masas incultas», de una obvia –por escasa– «capacidad psicológica», se habían dejado envenenar por el “virus marxista”, el cual había sido propagado por los «alentadores de la plebe [...] esos burgueses instruidos que obran por una monstruosa aberración de su espíritu [...] seres perversos y frívolos». ⁷⁸⁶ Sin embargo, como decía, esa retórica del envenenamiento dejaba abierta la puerta a la vuelta al redil de aquellos que habían sido “infectados” por el marxismo, lo que subrayaba el paternalismo subyacente a la visión de las clases populares. El actor y locutor Fernando Fernández de Córdoba daba cuenta en sus memorias de la visita de Queipo de Llano a un barrio de viviendas sociales construido en Sevilla, en el que el general se dio un baño de multitudes ante unas masas, «humildes», entusiasmadas y agradecidas. Se vivió así una «tarde maravillosa ante la sonrisa de las pobres gentes, un día hoscos y contrarias y con las cuales el general tuvo que emplear toda su energía en los primeros momentos. Estas gentes son las mismas que hoy empiezan a estar sometidas y satisfechas». ⁷⁸⁷ Un ejemplo muy evidente de esa posición subordinada de las clases populares, a las cuales se había de castigar con dureza tras los episodios de quebranto del orden social vividos al calor del estallido del conflicto, pero a las que luego se podía reintegrar en la comunidad nacional siempre que se mantuvieran conscientes de cuál era su lugar dentro de ella.

⁷⁸⁴ AGMAV, C. 1581, 5. 14 DI, Propaganda, “Hojas de propaganda nacional para lanzar al campo enemigo”, abril de 1938. Véase también AGMAV, C. 1581, 16. 14 DI, Propaganda, “Hojas de propaganda nacional para lanzar al campo enemigo”, junio de 1938.

⁷⁸⁵ Fernando FERNÁNDEZ DE CÓRDOBA: op. cit., p. 57. Esa idea también en Manuel BARBERÁ SABORIDO: op.cit., p. 86. Esencialmente, se apuntaba esa falta de cultura sobre tres ejes: por un lado, un lenguaje hablado burdo y lleno de expresiones malsonantes y erróneas. En segundo lugar, una escritura rayana en el analfabetismo, con constantes faltas ortográficas. Y, por último, un perfil social improductivo, como los “vagos”, “borrachos” o “parados”. Véanse EL CABALLERO AUDAZ [José María Carretero Novillo]: *La Quinta columna*, Colección *La revolución de los patibularios*, Vol. 4, Madrid, Ediciones Caballero Audaz, 1940; Anónimo: *Artillería de Mallorca...*, entrada del 31 de mayo de 1938; y Emilio OLIVER ORTIZ: op. cit., p. 25.

⁷⁸⁶ FRANCISCO LLUCH F. VALLS: op. cit., p. 34; Ricardo GUTIÉRREZ: op. cit., p. 23. Manuel BARBERÁ SABORIDO: op. cit., p. 104; Jesús-Evaristo CASARIEGO FERNÁNDEZ: op. cit., pp. 67-68; Policarpo CÍA NAVASCUES: op. cit., p. 279; Bonifacio SORIA MARCO: op. cit., p. 62; EL CABALLERO AUDAZ [José María Carretero Novillo]: *¡Arriba los espectros!*, Colección *La revolución de los patibularios*, Vol. 6, Madrid, Ediciones Caballero Audaz, 1940, p. 99; e Íd.: *Declaración de guerra*, Colección *La revolución de los patibularios*, Vol. 1, Madrid, Ediciones Caballero Audaz, 1939, pp. 259-260.

⁷⁸⁷ Fernando FERNÁNDEZ DE CÓRDOBA; op. cit., pp. 70-71.

Más allá de la construcción de un modelo de alteridad en el combatiente republicano, y en el izquierdista en general, que sirviese para encarnar todos los males que la guerra estaba contribuyendo a erradicar, era necesario también elaborar una narrativa de episodios concretos que ayudase a legitimar las altas dosis de violencia desplegadas contra el enemigo. En este sentido, dos fueron los vectores escogidos, si bien imbricándose en un mismo relato, el cual además aprovechó esa presencia de combatientes y cronistas de guerra sobre el terreno para dotarse de aparente autenticidad. En la literatura memorialística, como en las crónicas de guerra aparecidas en prensa o recopiladas en forma de libro, uno de los elementos esenciales y que aparece de forma más habitual son las descripciones de destrucciones y crímenes cometidos por las fuerzas republicanas o los comités locales de los diferentes pueblos por los que iban transitando las unidades del ejército sublevado. Además, muchas de estas descripciones tenían como escenario iglesias y otro tipo de edificios religiosos, lo cual permitía unir esas manifestaciones concretas del carácter demonizado con el que se describía a los republicanos con un elemento transversal a buena parte de la sociedad española del momento y que, desde luego, ejercía de argamasa y puntal identitario de la coalición sublevada, como era el catolicismo. Esos relatos pretendían evidenciar la amenaza que se cernía sobre un determinado modo de vida, que tenía en la religión católica uno de sus vectores de articulación, y que para el propio discurso rebelde no era sino el modo de vida característico de la nación española. En todo caso, buscaban contribuir a la construcción de sentimientos de venganza y retribución llevando el discurso hasta los escenarios más cercanos al español de a pie. La profanación de la iglesia del pequeño pueblo onubense de Campofrío, convertida en lugar de reunión del comité comunista local y expoliada de sus ornamentos y tesoros –según el relato del jesuita Bernabé Copado, que acompañaba a la columna Redondo cuando se produjo la entrada en la localidad–, era un episodio perfectamente extrapolable a cualquier otra localidad de la geografía española, generándose así un sentimiento de identificación que permitía conectar más fácilmente el discurso de los insurrectos con los espacios referenciales y simbólicos de muchos españoles de la época.⁷⁸⁸ Sin ir más lejos, ya veíamos en el capítulo anterior cómo las directivas de propaganda dadas a las unidades militares tenían en la difusión de este tipo de hechos uno de sus temas centrales, hasta el punto de que tan pronto como en agosto de 1936 se ordenó a las columnas el hacer fotografías para documentarlos.

De este modo, las destrucciones y profanaciones de iglesias, así como la violencia dirigida contra las figuras religiosas, constituyeron un elemento central de las narraciones sobre los crímenes cometidos por los republicanos. El voluntario rumano Neculai Toțu relataba con especial detalle cómo la capilla de la localidad madrileña de Boadilla del Monte había sido profanada y la saña con la que se habían empleado contra su sacerdote: «Le han cortado los párpados. Las narices, quemadas y destrozadas; se notan las huellas de pólvora. La nariz del sacerdote ha servido para juego de artificios. Los comunistas le han llenado las narices con pólvora y luego lo han encendido. ¡Qué espectáculo sádico!». Además, añadía, «Por doquier hay paredes manchadas de sangre y en algunos sitios restos

⁷⁸⁸ Bernabé COPADO S.J.: *Con la Columna Redondo. Combates y Conquistas. Crónica de guerra*, Sevilla, Imprenta de la Gavidia, 1937, pp. 72 y 78.

de cerebro seco junto con trozos de cuero cabelludo», lo que para él significaba que «Aquí ha estado algún mando militar comunista».⁷⁸⁹ La relación entre el sadismo y la condición de comunistas de los supuestos autores de estos crímenes se resaltaba de tal modo que evidenciaba perfectamente la función que cumplía, similar a la de la exageración de las destrucciones y la crudeza con la que eran narrados estos hechos. En la misma línea, el requeté italiano Alfredo Roncuzzi describía las salpicaduras de «sangre y masa encefálica» que quedado en la pared anexa a una iglesia tras el fusilamiento de diez monjas carmelitas, mientras que el combatiente Bonifacio Soria afirmaba que los milicianos habían profanado las tumbas de varias monjas y utilizado sus cráneos para jugar al fútbol.⁷⁹⁰ Toda una narrativa salpicada de vísceras y sangre, e impregnada con el olor de la madera quemada, que buscaba remover los sentimientos más íntimos de las personas a las que iba dirigida, para así encauzarlos hacia el apoyo al proyecto de profilaxis social que defendía el fascismo español. De ahí, por ejemplo, la constante fijación con las vejaciones a la que habían sido sometidos curas y, sobre todo, monjas, con la especial connotación asociada al cuerpo –percibido como indefenso– de la mujer, que permitían realizar esa misma asociación con lo cercano, lo cotidiano, con el cura o las monjas de sus propias localidades. En algunos relatos las atrocidades se achacaban a «bandas armadas procedentes de las grandes ciudades», en una suerte de extrapolación de la retórica del invasor extranjero y, al mismo tiempo, de la ciudad como origen de toda degeneración, que necesitaba del campo para su purificación.⁷⁹¹

Al mismo tiempo, con este tipo de descripciones lo que se establecía era una conexión entre la predisposición a esa violencia de perfiles extremadamente primitivos y la natural psicología del victimario, la cual se extendía al amplio abanico de crímenes abordados por la propaganda rebelde. En línea con la literatura de corte psiquiátrico del famoso Vallejo Nájera, ese inmenso catálogo de violencias brutales solo podía responder a la propia inclinación patológica del marxista, el cual evidenciaba su menor adaptación a la evolución social, a diferencia del “nosotros” compuesto por la gente de orden.⁷⁹² El *Folleto del combatiente* planteaba el relato ficticio de un joven afiliado a las Juventudes Socialistas, el cual afirmaba haber matado a su propio padre «Por fascista. Había envuelto su almuerzo en la primera plana de *El Debate*» y, no contento con eso, informó a sus correligionarios de que debían dar el paseo a «mi madre, que se había comido la tortilla que estaba envuelta en un periódico reaccionario, era una facciosa».⁷⁹³ En los días bajo el “terror rojo”, «la caza del hombre era el deporte favorito de las chusmas armadas», las cuales solían contar entre sus filas con no pocos «antiguos presidiarios» que se vanagloriaban de los detalles más escabrosos de sus crímenes: «He matado a su marido. La masa

⁷⁸⁹ Neculai TOȚU: op. cit., pp. 63-64. En la misma línea véanse Padre José CABALLERO: op. cit., pp. 84 y 95, entradas del 4 y el 21 de noviembre de 1936, respectivamente; Policarpo CÍA NAVASCUÉS: op. cit., p. 36; Héctor COLMEGNA: op. cit., p. 76; o Amaro IZQUIERDO: op. cit., pp. 55-56.

⁷⁹⁰ Alfredo RONCUZZI: *La otra frontera. Un requeté italiano de la España en lucha*, Madrid, Aportes XIX, 1992, p. 23. Bonifacio SORIA MARCO: op. cit., p. 199.

⁷⁹¹ Peter KEMP: op. cit., p. 64. Esa idea del campo como sanador de la ciudad enferma en, por ejemplo, Daniel GUERRERO DE LA IGLESIA: *¡Campesinos contra la ciudad!*, Ávila, Tipografía y encuadernación de Senén Martín, 1935. Véase también Xosé M. NÚÑEZ SEIXAS: *¡Fuera el invasor!...*, pp. 284-291.

⁷⁹² Javier RODRIGO: *Cruzada, Paz, Memoria...*, pp. 25-26. Francisco SEVILLANO CALERO: *Rojos...*, pp. 87-106.

⁷⁹³ *Folleto del combatiente*, nº 1, 28 de febrero de 1938, p. 2.

encefálica me salpicó los pantalones’». ⁷⁹⁴ El aparente regocijo de los republicanos con las acciones más crueles e inhumanas era un indicativo claro de su tendencia patológica al crimen, lo que les definía no ya como sujetos a castigar, sino como elementos a extirpar del cuerpo de la nación en tanto que constituían una enfermedad mortal.

Por otra parte, este tipo de narrativas del “terror rojo” se ponía en relación con otra clase de elementos discursivos, como algunos de los que veíamos al principio de este capítulo. El argentino Héctor Colmegna comparaba a los marxistas españoles con los judíos que habían llevado a Jesucristo a la cruz, y la Pasión con la destrucción de las iglesias durante la guerra. De hecho, la gravedad de los crímenes del momento era mucho mayor, pues no solo se había «acribillado a balazos» la efigie de Cristo, sino que además «le habían quebrado los huesos de las piernas». ⁷⁹⁵ Un sadismo que, en todo caso, permitía apuntalar ese antisemitismo cultural presente en el relato de la Cruzada y desnacionalizar a los partidarios de la República. ⁷⁹⁶ De igual modo, el sacerdote Manuel Barberá denunciaba cómo una iglesia gótica del siglo XV había «servido de lupanar, casa de mal vivir de milicianas rojas», con la intención de, además de subvertir los ánimos de los lectores por tamaña profanación, reducir a la mujer republicana a la condición de prostituta, sancionado así el orden sociosexual que debía imperar en la nueva comunidad nacional. ⁷⁹⁷ Esa sanción del orden social vehiculada a través de una retórica bélica en clave clasista estaba también presente en este tipo de relatos sobre las destrucciones cometidas por los milicianos republicanos. El propio Barberá contraponía de forma elocuente el gran estilo y la magnificencia de los muebles y cornucopias que adornaban las casas pudientes que habían sido saqueadas por estos milicianos con la «ristra de ajos y tomates» que los mismos habían dejado sobre el mobiliario tras haber vivido en estos lugares por un tiempo. Es decir, contrastaba la finura y la elegancia propia de una determinada clase social con la chabacanería y la ordinariez que serían connaturales a las clases populares. Algo similar a lo que aparecía en el relato del combatiente Bonifacio Soria al describir cómo habían sido destruidas todas las imágenes, relatos y figuras del convento dominico de Nuestra Señora de la Encarnación de Trujillo. Según su testimonio, si bien no estuvo presente en el momento en que tuvieron lugar los hechos, una de las figuras de Cristo fue sacada a la calla y «fusilado ante la befa de la chusma». ⁷⁹⁸

De hecho, la narrativa del “terror rojo” resultaba una plataforma ideal para ahondar en ese discurso de clase, pues permitía conectar la “natural” inclinación del marxista hacia el crimen con la cuestión del rencor hacia las clases acomodadas y, en definitiva, con la envidia que los individuos de los estratos más bajos de la sociedad sentían hacia ellos, razón que explicaba ese percibido levantamiento revolucionario que el ejército y los sectores de orden se habían aprestado a frenar. En esta línea, se narraban múltiples episodios en los que el “rojo”, aun a pesar de haber disfrutado de la generosidad de aquellos que estaban por encima de él, que le habían proporcionado comida y trabajo, no podía

⁷⁹⁴ José-Vicente PUENTE: op. cit., p. 26. Bonifacio SORIA MARCO: op. cit., pp. 194-195.

⁷⁹⁵ Héctor COLMEGNA: op. cit., p. 32.

⁷⁹⁶ Sobre la evolución del discurso antisemita durante la guerra y el primer franquismo véase Fernando Antonio PALMERO ARANDA: *El discurso antisemita en España (1936-1948)*, Tesis doctoral inédita, Universidad Complutense de Madrid, 2016.

⁷⁹⁷ Manuel BARBERÁ SABORIDO: op. cit., p. 124.

⁷⁹⁸ Bonifacio SORIA MARCO: op. cit., pp. 196-197.

soportar el éxito ajeno y reaccionaba violentamente. Este fue el caso de un supuesto crimen atroz cometido en la localidad cordobesa de Baena, por un «individuo alto, de cabellera crespa y abundante, pobremente vestido, con una expresión idiotizada y la vista baja». Es decir, por un individuo caracterizado por unas facultades mentales reducidas e infantiles, pero de aspecto brutal. Este habría sido recogido por un labrador de buena posición del pueblo, quien

«lo había dedicado a cuidar del ganado, proporcionándole un modesto y honrado medio de vivir. Al estallar la revolución, aquel miserable, olvidando todo lo que debía a su protector, le asesinó a hachazos a la vista del propio hijo. Después, no contento con esto, sació sus ansias criminales en los restantes familiares de su bienhechor. Las personas que cayeron bajo los golpes del hacha de aquel infrahombre llegaron a sumar la cifra de catorce.»⁷⁹⁹

No solo era brutal el crimen, sino también el modo de cometerlo, a hachazos y masivamente, lo que animalizaba en extremo a quien lo había cometido y, por ende, a quienes se pretendía identificar con él. Así pues, era la incompreensión de los «Panzas bellacos» hacia los Quijotes, «a quienes los Sanchos tendrán siempre por hombres sin seso, pues su materialismo jamás comprenderá que se esgrima la espada sin otro fin que desfacer entuertos, redimir cautivos y favorecer doncellas»; la envidia de los «vagos y vividorcillos de toda laya, escoria y baldón del país»; la inquina cultivada durante años por «el pobre entre roído por la envidia y el fracaso, miembro activo de la revolución de la impotencia», lo que motivaba los crímenes cometidos por dicha revolución.⁸⁰⁰ Unos crímenes que buscaban procurar a sus perpetradores, es decir, a «todos los ingratos y fracasados [...] la chusma, la olocracia, la hez corrompida de los más bajos fondos» el conseguir «sentarse en el amplio zaguán del cortijo y en el mismo sillón del amo y disponer de animales muebles e inmuebles». O lo que es lo mismo, «llegar por un camino fácil a lograr su ambición, aunque llevaran a la ruina y al caos a pobres trabajadores y padres de familia».⁸⁰¹ Sin embargo, de lo que no se percataban era de que, por su naturaleza, estaban condenados al desastre, pues de ellos «no puede esperarse más que la destrucción y la barbarie. El populacho jamás ha edificado ninguna civilización».⁸⁰²

En definitiva, el relato de las destrucciones, dirigidas especialmente contra los edificios religiosos, pretendía afianzar la idea de que se estaba produciendo una auténtica y sistemática persecución contra los católicos españoles, con la finalidad de apelar a ese elemento trasversal de la España del momento y convertirlo en un vector de adhesión hacia el nuevo régimen. Por este motivo, la exageración y la sobredimensión de los episodios, al igual que veíamos que sucedía con otras facetas de la propaganda rebelde –por

⁷⁹⁹ Fernando FERNÁNDEZ DE CÓRDOBA: op. cit., p. 60.

⁸⁰⁰ Manuel BARBERÁ SABORIDO: op. cit., p. 8. José SANZ Y DÍAZ: op. cit., p. 150. Fernando FERNÁNDEZ DE CÓRDOBA: op. cit., p. 50.

⁸⁰¹ Manuel BARBERÁ SABORIDO: op. cit., pp. 20 y 40. Francisco VÁZQUEZ CARRASCO: op. cit., p. 6.

⁸⁰² Jesús-Evaristo CASARIEGO-FERNÁNDEZ: op. cit., p. 66.

ejemplo aquella relacionada con la construcción de un determinado modelo de masculinidad combatiente—, eran mecanismos cruciales para afianzar la noción de que se luchaba por evitar «el exterminio de cuanto tuviera que ver con la religión católica».⁸⁰³ Pero, al mismo tiempo, la narrativa del “terror rojo” buscaba sancionar un determinado modelo de sociedad cimentado en torno al término “orden”, que ciertamente tenía que ver con la eliminación de los conflictos sociolaborales y otro tipo de focos de inestabilidad social pero que, en esencia, lo que perseguía era la estructuración orgánica de la comunidad nacional mediante un modelo de clase. Esto explicaría la considerable presencia en este tipo de literatura del calificativo «gentes de orden», siempre presentadas como un objetivo predilecto de la violencia marxista, lo cual conseguía el objetivo pretendido por los rebeldes: el ser «motivo suficiente para que toda persona de orden esté contra ellos».⁸⁰⁴ Es decir, ejercer como aglutinante de la coalición rebelde, y por consiguiente de los apoyos sociales al régimen salido de la guerra. Un objetivo en el que el concurso de los testigos sobre el terreno, esto es, de los combatientes, ejercía como elemento de verificación y autenticación esencial, para dotar de credibilidad y contenido experiencial a un discurso que, como veíamos denunciaban algunos cronistas de guerra en referencia a las noticias que ofrecía la prensa, podía pecar a veces de demasiado abstruso y de poco interesante, lo que impedía conectar con el gran público. Y que, al mismo tiempo, permitía ir construyendo, esta vez en lo referente a los soldados, los marcos de referencia en los que se insertaba la purga de la anti-España.

Precisamente, otro de los elementos esenciales del magma cultural y propagandístico en el que se movían los combatientes era la representación del conflicto como un proceso de purificación y rejuvenecimiento «a fuerza de inyecciones de sangre, preparadas en los campos de batalla».⁸⁰⁵ La guerra era exaltada y convertida en un acto sublime en pro de la regeneración nacional y de la necesaria redención que España había de alcanzar tras un pasado de crímenes y decadencia que exigía un elevado tributo de sangre y vidas humanas.⁸⁰⁶ Tal y como apuntaba el capellán carlista Policarpo Cía, ficcionando una revelación cristiana tras observar un crucifijo caído después de un cruento asalto que su unidad de requetés había protagonizado, el sacrificio de los verdaderos españoles era lo que impedía la definitiva caída de la nación española, esto es, el triunfo del comunismo: «no podía la Bandera roja echar raíces en este suelo regado a raudales con la sangre vivificante de mis boinas rojas navarras».⁸⁰⁷ Purgando así, mediante una «via sanguinosa e gloriosa», los pecados cometidos en el pasado.⁸⁰⁸ De esta forma, se legitimaba la violencia sobre el enemigo republicano, se la dotaba de un significado en sí misma y se erosionaban las barreras morales, incluida la religiosa con el ferviente apoyo dado por la Iglesia, en torno al acto de matar, el cual era celebrado y convertido en un elemento nuclear de la

⁸⁰³ Héctor COLMEGNA: op. cit., p. 192.

⁸⁰⁴ Manuel BARBERÁ SABORIDO: op. cit., pp. 50-51; y AKELA [José Aznares García]: op. cit., p. 18. Esta misma expresión, por citar algunos ejemplos, en Francisco VÁZQUEZ CARRASCO: op. cit., p. 1; Alfredo RONCUZZI: op. cit., p. 92; Bonifacio SORIA MARCO: op. cit., p. 33; o Francisco VALLES COLLANTES: op. cit., pp. 14-15.

⁸⁰⁵ Salvador TORRIJOS BERGES: op. cit., p. 169.

⁸⁰⁶ Esta idea de redención, de martirio, en, por ejemplo, Sandro PIAZZONI: op. cit., p. 39; o en Anónimo: *Artillería de Mallorca...*, entrada del 22 de febrero de 1938.

⁸⁰⁷ Policarpo CÍA NAVASCUÉS: op. cit., p. 141.

⁸⁰⁸ Mario CANGIANELLI: op. cit., p. 28.

nueva comunidad nacional. Como planteaba el combatiente falangista Fernando Martínez Grana, «A una situación caótica se la cauteriza o suprime con otra violenta».⁸⁰⁹ Porque, más allá de la construcción retórica de la guerra como una Cruzada –lo que en esencia evocaba ese descargo moral de todos los actos cometidos contra los “infieles”, que eran en este caso los republicanos–, la experiencia en las trincheras, fundamentalmente, pero también la propia vivencia de las durezas del conflicto en retaguardia, tenían otras funciones muy importantes para la construcción de la comunidad nacional.⁸¹⁰ De hecho, ese carácter propiciatorio del marco bélico no solo tenía que ver con la posibilidad de purgar radicalmente el cuerpo social de la nación desde el punto de vista de la eliminación física, sino que también tenía que ver con limar las impurezas y los vicios existentes en todos y cada uno de los componentes de la misma. La edificación de esos nuevos ideales de masculinidad y feminidad, de esos nuevos ideales de españolidad en definitiva, tenía en la guerra total su escenario de eclosión perfecto.

En este sentido, el marinero Ignacio Cañal, enrolado en varios buques a lo largo de la contienda, admitía el carácter «formativo» de su experiencia bélica, «seguramente debido a la proximidad del riesgo y de la muerte».⁸¹¹ La reflexión de Cañal, como tal, no tenía aparentemente tanto que ver con una toma de conciencia ideológica, sino más bien con el proceso de maduración, a nivel personal, que suponía una experiencia tan traumática como la guerra. Sin embargo, pese a que no se hacía una mención expresa a lo ideológico –que, por otra parte, sí se realizaba en el resto de la obra, evidenciando así que la reflexión no podía tomarse de forma descontextualizada–, esa experiencia, entendida como rito de paso y encuadrada dentro de una determinada concepción de la masculinidad, sí contribuía a abonar el cultivo de la nueva sociedad emergente del conflicto, constituyendo un modelo a seguir para el resto de individuos.⁸¹² Desde luego, otras obras hacían un mayor hincapié en esta cuestión, ya desde una perspectiva explícitamente conectada con lo político. El voluntario italiano, alistado en el CTV, Guido Pietro Matthey, reconocía en una carta enviada a su familia cómo «Questi mesi di passione e di azione in questa martoriata terra costituiscono la mia macerazione spirituale, mi hanno liberato di tutte le scorie».⁸¹³ Mientras que, por su parte, el locutor radiofónico Fernando Fernández de Córdoba apuntaba en sus memorias cómo el estallido bélico y su participación voluntaria en las primeras semanas de combates habían operado una transformación radical en su personalidad y modo de vida. De llevar una existencia «hasta entonces estéril y bohemia», había pasado a sentir que tenía una «finalidad de servicio a la Patria», algo de lo

⁸⁰⁹ Fernando MARTÍNEZ GRANA: op. cit., p. 28.

⁸¹⁰ La retórica de Cruzada ha sido ampliamente estudiada por la historiografía, de tal modo que realizar una nueva disección en estas páginas entiendo que no aportaría demasiado a la cuestión, más allá de menciones puntuales que sí que aparecerán tanto en este capítulo como en el siguiente. En este sentido, a nivel de las publicaciones que vieron la luz durante el franquismo, la obra canónica sobre la cuestión sería la de Joaquín ARRARÁS: op. cit. Para su tratamiento historiográfico, véase Herbert H. SOUTHWORTH: *El mito de la Cruzada de Franco*, Barcelona, Crítica, 2008 [1964]; Santos JULIÁ: “De guerra contra el invasor a guerra fratricida”, en Íd. (ed.), *Víctimas de la guerra civil*, Madrid, Temas de hoy, 1999, pp. 11-54; Javier RODRIGO: *Cruzada, paz, memoria...*

⁸¹¹ Ignacio CAÑAL Y GÓMEZ-IMAZ: op. cit., p. 9; y Ferran GALLEGÓ: *El Evangelio fascista...*, pp. 483-552.

⁸¹² La experiencia bélica como rito de paso en Eric J. LEED: op. cit., pp. 13 y ss. Aplicado al caso de la Guerra Civil Española en Ángel ALCALDE: *Los excombatientes franquistas...*, pp. 23 y ss.

⁸¹³ Guido Pietro MATTHEY: op. cit., p. 18.

cual se «sentía orgulloso».⁸¹⁴ En definitiva, de lo que se trataba era de ejemplificar ese proceso de toma de conciencia de los combatientes y hacerlo servir como modelo y guía para la reconstrucción de la nación española. Lo que buscaba el fascismo era atender a las necesidades de cada persona, lo que para muchas de ellas, insertas en la denominada “crisis de la modernidad”, bien podía ser el proveer de un sentido a su vida, en este caso a través del combate por la regeneración nacional. De este modo, si bien los ejemplos de Matthey y Fernández de Córdoba no dejan de ser visiones idealizadas originadas a partir de perfiles ideologizados que resignificaban su experiencia para ajustarla al discurso imperante, no dejaban por ello ofrecer una narrativa que confería un significado a la experiencia brutal y límite que muchos españoles habían vivido en las trincheras de la Guerra Civil.

El conflicto, por ende, había de servir para realizar ese ejercicio de introspección, de redescubrimiento de lo que representaba ser español y de cuál era verdaderamente la misión individual de cada integrante de la comunidad nacional. Tal y como planteaba el capellán Manuel Barberá, había sido necesario llegar tan lejos como a una guerra

«para que nos diéramos una vueltecita por aquí dentro. Cada uno se ha adentrado en su interior. Cada uno ha mirado, ha escudriñado los senos más profundos con detenimiento. Y se vé [sic], se nota maravillosamente el cambio de casi todos. Había mucho que barrer, que corregir, que sustituir. Era necesaria la paz par que, como secuela obligatoria, viniera el orden, la regeneración.»⁸¹⁵

La guerra comprendía también esa dimensión de pacificación de un país sacudido por el conflicto social y la revolución y, a ojos del discurso rebelde, alejado de ese ideal de orden al que se aspiraba. Como apuntaba el requeté Rosendo Domenech, «Nuestro común pensar era el llegar a todos los horizontes de la tierra, despóticamente dominada por los sin Dios y sin patria, sembrar la verdadera justicia y ofrecer a vosotros y a nuestros futuros hijos el laurel con el racimo de paz».⁸¹⁶ Esto convertía el sacrificio ofrecido en el frente en una lección para el presente, pero también para el futuro, encarnada en las figuras, y en los cuerpos, de los combatientes. Este era el caso del capitán Villalta, jefe del primer Requeté de Jerez y veterano herido del conflicto: «Y qué mejor recompensa que esta nueva herida. Él se la enseñará a sus hijos. Por ellos, por toda la niñez de nuestra Patria, hacemos esto... Y esa lección no se les olvidará. El recuerdo de esa sangre les servirá para ser católicos y españoles».⁸¹⁷ Quizá, por este motivo, desde la literatura memorialística se proponía una «peregrinación patriótica de posguerra», la cual «nos hemos prometido todos los españoles», para visitar los lugares por los que había discurrido la Cruzada de liberación nacional, rendir así homenaje a aquellos que habían dado su vida por la salvación de la patria, y mantener viva la importancia de una experiencia capital en

⁸¹⁴ Fernando FERNÁNDEZ DE CÓRDOBA: op. cit., p. 137.

⁸¹⁵ Manuel BARBERÁ SABORIDO: op. cit., p. 136.

⁸¹⁶ Rosendo DOMENECH PUIG: op. cit., p. 138.

⁸¹⁷ Manuel BARBERÁ SABORIDO: op. cit., p. 200.

la historia reciente de España.⁸¹⁸ Sea como fuere, a través de esta multiplicidad de concepciones del hecho bélico lo que se pretendía era canalizar el sufrimiento y las sensaciones asociadas a una experiencia límite como esa en una narrativa que le diera significado y, en cierto modo, compensase moralmente a los combatientes. Y, al mismo tiempo, se instrumentalizaba a esos combatientes como modelos de comportamiento, en la medida en que las diferentes historias que representaban tomas de conciencia y transformaciones particulares habían de ejemplificar lo que debía ser una toma de conciencia general. Una idea dirigida tanto a los españoles en retaguardia como a los propios soldados que estaban en las trincheras, habida cuenta de que el grueso de los segundos no estaba ahí por voluntad propia, sino debido a un proceso de movilización masiva y forzada.

En definitiva, lo que he pretendido reconstruir en este apartado ha sido una parte de la cultura de guerra construida por los combatientes rebeldes durante el conflicto, concretamente la que tenía que ver con el discurso político-ideológico. Esta dimensión, de hecho, quizá tenía un menor impacto en el día a día de los soldados que las otras que he ido analizando en capítulos anteriores, como la que tenía que ver con la construcción de la masculinidad militar, o, fundamentalmente, la que giraba en torno a la idea de la camaradería y la identidad combatiente compartida. Sin embargo, su menor concreción en la experiencia bélica de estos individuos no resta relevancia a esta dimensión político-ideológica ya que, como planteaba al principio, las formas en que se manifestó y se articuló dicha experiencia no pueden entenderse sin el escenario al que dio forma el proceso de fascistización de la coalición sublevada. La presencia en las memorias de este tipo de referentes discursivos variaba en función del perfil de su autor. Como se puede observar a lo largo de las páginas anteriores, en obras con un marcado tono ideológico como las de los capellanes castrenses Manuel Barberá, Policarpo Cía y Salvador Torrijos; o las de soldados con un posicionamiento activo y explícito en favor del proyecto político de los sublevados, como el falangista Fernando Martínez Grana, el requeté José Sanz y Díaz, el locutor Fernando Fernández de Córdoba, los integrantes del CTV Mario Cangianelli y Guido Pietro Matthey, o voluntarios extranjeros como Bănică Dobre, tienen una presencia mucho mayor que las de combatientes cuya adscripción bien pudiera identificarse con la de los rebeldes pero que, en todo caso, no mostraban un apoyo tan ferviente, caso de Manuel Alfredo Paz, José Luis Martín Vigil o José Carrasco Canales. Además, las obras publicadas en los años de la contienda o en la inmediata posguerra reproducen de forma mucho más evidente el discurso del régimen, mientras que esto sufre diversas variaciones conforme nos vamos internando en la década de los 50 y los 60.

Esta cultura de guerra formaba parte del magma discursivo en el que se movía la sociedad del momento, tanto en el frente como en la retaguardia. En ambos espacios, el propósito era la socialización de toda una serie de principios doctrinales, reducidos a la mínima expresión, que permitiesen incorporar cada vez más individuos al proyecto del fascismo. En el primer espacio, la cultura de guerra dotaba de significado a la experiencia de trauma y sufrimiento, al tiempo que definía los marcos de referencia para la eliminación de la anti-España, que precisamente era llevada cabo por los individuos que formaban parte de las fuerzas armadas rebeldes. Mientras que, en el segundo escenario, esta

⁸¹⁸ Francisco CAVERO Y CAVERO: op. cit., pp. 135 y 54.

cultura también cumplía una función, si bien quizá no era el principal elemento de fascis-tización. El carácter experiencial que otorgaban las historias de los diferentes soldados que decidían plasmarlas en una memoria permitía ejemplificar el renacimiento de la na-ción española, que en definitiva era uno de los puntos centrales del proyecto del fascismo español. Por ejemplo, las detalladas representaciones del desorden y el caos de la época republicana que trufaban estas obras construían un relato de alteridad, pero al mismo tiempo reflejaban esa toma de conciencia que había supuesto la movilización masiva en el verano de 1936.⁸¹⁹ Es decir, evidenciaban lo que cada español, en su ámbito más cer-cano y en la medida de sus posibilidades, debía hacer para contribuir a la construcción de la nueva comunidad nacional. De igual modo, el hecho de que la vía de eclosión del fas-cismo español fuese la guerra necesitaba del concurso de estos combatientes que, a través de sus vivencias, permitían la erección de toda una mitología para el Nuevo Estado. Una mitología en la que, por supuesto, Franco figuraba como el elemento central, contribu-yendo así a la conformación de su persona como líder carismático, Führer, Duce, Po-glavnik, Generalísimo.⁸²⁰

⁸¹⁹ Entre otros, véanse ADRO XAVIER [Alejandro Rey-Stolle]: *Fui soldado en 4 guerras*, Madrid, Vassa-llo de Mumbert, 1983, pp. 29-61; Manuel BARBERÁ SABORIDO: op. cit., p. 8 y ss; Padre José CABA-LLERO: op. cit., pp. 27, 62 y 165; Emilio OLIVER ORTIZ: op. cit., p. 30; o José María RESA ORTEGO: op. cit., pp. 13 y ss.

⁸²⁰ Entre otros, véanse Policarpo CÍA NAVASCUÉS: op. cit., p. 246; Héctor COLMEGNA: op. cit., p. 205; Bănică DOBRE: op. cit., p. 52; Fernando MARTÍNEZ GRANA: op. cit., p. 105; Emilio OLIVER ORTIZ: op. cit., p. 26; Manuel Alfredo PAZ FERNÁNDEZ: op. cit., pp. 58 y 66; o José María RESA ORTEGO: op. cit., p. 24.

Capítulo 10

Los límites del proceso de fascistización

Los soldados que integraron las filas del ejército sublevado vivieron y combatieron insertos en ese magma cultural, dentro ese marco ideológico, durante los casi tres años que duró el conflicto. Todas las acciones que realizaban en el frente contribuían, independientemente del parecer de cada uno de ellos, a la construcción del proyecto del fascismo español, de tal modo que eran interpretadas e, igualmente, resignificadas para ser percibidas a través de la óptica ideológica. Para ello, y como hemos visto, el bando sublevado puso en marcha toda una inmensa maquinaria propagandística y de adoctrinamiento que no solo tenía que ver con la difusión de un determinado discurso al calor de los hechos bélicos sino, esencialmente, con la potencial fascistización, entendida como su adhesión al Nuevo Estado, de los cientos de miles de individuos que pasaron por las unidades del ejército rebelde. Sin embargo, la conformación de ese magma cultural y el empeño puesto en la socialización ideológica de los principios doctrinales de la Nueva España no significaba, en absoluto, que los soldados aceptasen ambos de forma acrítica y aproblemática. Por el contrario, la gigantesca dimensión de la conscripción necesaria para obtener la victoria en la guerra total dibujó una masa combatiente heterogénea, compuesta por individuos de diferentes procedencias sociales, de múltiples pasados políticos y militantes y, en todo caso, con muchas opiniones distintas acerca del proyecto político de uno y otro bando, de la legitimidad de la guerra o de la idoneidad y necesidad de la violencia. Es decir, que entre ese discurso que emanaba desde arriba, pero que también circulaba a ras de suelo, y cada uno de los individuos a los que alcanzaba, se estableció un diálogo que permitió su transformación y su adaptación, pero también su crítica y su rechazo.⁸²¹

Esta variedad de posicionamientos respecto al discurso rebelde dejó una huella importante en la experiencia bélica de los soldados, a través de prácticas de resistencia y de la toma de determinadas decisiones, como la deserción, que desde luego condicionarían el futuro de estos individuos. De hecho, este tipo de actos generaron toda una serie de rastros documentales de considerable relevancia para pulsar los límites del proceso de fascistización de la masa combatiente, los cuales, al igual que la literatura memorialística, presentan sus propias problemáticas. En este sentido, por ejemplo, las declaraciones de evadidos al campo republicano permiten reconstruir las trayectorias de individuos que pasaron por las filas rebeldes pero que, por uno u otro motivo, sintieron la necesidad de desertar y pasarse al “enemigo”. Sin embargo, este tipo de manifestaciones, al igual que sucede con las memorias, están influenciadas por el marco en el que se producen. Es decir, que al mismo tiempo que un combatiente rebelde, como veremos, podía alegrarse por las victorias de su ejército con la finalidad de pasar desapercibido ante la potencial amenaza de ser detenido por un pasado de militancia izquierdista, un evadido interrogado por los republicanos podía perfectamente aseverar que había pertenecido a la CNT para

⁸²¹ Véase Fran J. LEIRA: *La socialización de los soldados del ejército sublevado...* Esta multiplicidad de motivaciones y procesados de los discursos propagandísticos se observa para otros casos de estudio, por ejemplo la División Azul. Véase Xosé M. NUÑEZ SEIXAS: “La ‘Cruzada europea contra el bolchevismo’...”, p. 56.

así escapar de un destino similar. Por ende, la relación entre discurso y marco es un elemento esencial a la hora de analizar los límites de incidencia de un proceso como el aquí estudiado. Sea como fuere, esa multiplicidad de opiniones también tuvo su reflejo en la literatura mediante la cual estos combatientes codificaron y explicaron sus vivencias en el frente. Lógicamente, y al hilo de lo que apuntaba al final del capítulo anterior, la distancia temporal entre el conflicto y la publicación de las memorias influyó decisivamente en esa capacidad de contestar el relato dominante, en la medida en que los perfiles más ideologizados tuvieron la primacía del mismo durante la guerra y la inmediata posguerra. No obstante, la falta de testimonios críticos en las décadas de los 30 y 40 no significa que esta dimensión estuviese menos presente en la memoria que los soldados construyeron de la contienda, sino que el marco represivo del franquismo impidió su afloramiento por refutar la narrativa oficial que buscaba convertir a los combatientes en modelos para la construcción de la comunidad nacional.

Las críticas al discurso y la ideología rebeldes se articularon por varios caminos, lo cual dicho sea de paso no implicaba un rechazo total a los postulados de los insurrectos, ni tampoco, tal como apuntan algunas de las memorias, que en el momento en el que tuvo lugar su paso por las trincheras no se tuviese la firme creencia de estar haciendo lo correcto. El alférez provisional José Luis Martín Vigil se refería explícitamente al cambio que el tiempo y la distancia habían operado en su forma de entender el conflicto, un proceso que a buen seguro vivieron muchos otros combatientes. En el momento en que escribió sus memorias –que considerando el año, 1977, bien pudo también influir en el tipo de discurso que defendía su autor– afirmaba que el conflicto había sido «una guerra absurda, una guerra lamentable, una guerra inútil. Y vosotros [sus compañeros muertos en el conflicto], las víctimas». Una contienda cuya virulencia y brutalidad habían hecho «inútil el intento de disfrazarla de cruzada». Sin embargo, al mismo tiempo reconocía que en el periodo 1936-1939 estaba plenamente convencido de su labor en el frente y de lo que significaba la guerra y el proyecto que con ella se estaba construyendo:

«Tenía dieciocho años, una estrella sobre el corazón y un mando esperándome en la guerra, una guerra en la que todavía creía, a pesar de los pesares, una guerra que iba a salvar España, una Cruzada, que me decía la Iglesia, y yo estaba en el bando de los buenos, era, al fin, un arcángel.»⁸²²

De hecho, el caso de Martín Vigil resulta especialmente relevante, pues su formación específica como alférez provisional lo había convertido, teóricamente, en una figura esencial para la construcción de la Nueva España, en un agente ideologizador en el frente y un referente para el resto de combatientes. Pero, contrariamente a lo que podría pensarse, según su testimonio sufrió un desencanto con la guerra y el régimen, lo que evidencia hasta qué punto los caminos ideológicos que transitaban los españoles desde 1936, y anteriormente, hasta mucho tiempo después sufrieron variaciones y giros no previstos. Quizá la juventud aportó un ímpetu que luego se fue diluyendo con el tiempo, o tal vez fue la falta de atención del franquismo a parte del colectivo de los excombatientes lo que

⁸²² José Luis MARTÍN VIGIL: op. cit., pp. 131, 20 y 160 respectivamente.

alejó a Martín Vigil de la línea oficial.⁸²³ Pero lo que está claro es que el paso del tiempo comporta una constante resignificación de las experiencias personales, y especialmente de una tan relevante como la bélica.

En cualquier caso, más allá de esa reconstrucción *a posteriori*, que en no pocos casos busca también presentar una memoria “limpia” y aceptable socialmente en función de los marcos de referencia de la sociedad del momento, en ocasiones los diarios presentan un relato contradictorio en sí mismo. En este sentido, quizá esa reflexión en torno a la propia experiencia no se formule de forma explícita como lo hacía Martín Vigil en sus memorias, pero parece evidente que subyace a la mencionada contradicción. Es el caso de la obra del artillero José Carrasco Canales, movilizado en marzo de 1937. Según indica el prologuista del libro sus memorias fueron escritas en 1942, es decir, apenas terminado el conflicto, si bien no fueron publicadas hasta 1973, lo cual las hace susceptibles de potenciales revisiones y ajustes, tanto para incorporar hechos que la censura de determinadas épocas no hubiera tolerado, como para ir reajustando el relato en función de la tolerancia social hacia ciertos discursos. Según su propia narración, ya durante el conflicto «comencé a darle vueltas a la razón o sinrazón de esta guerra en la que nos veíamos sumidos y que tantas vidas estaba costando a nuestro pueblo», hasta el punto que incluso llegaba a empatizar y entender las reivindicaciones de los que campesinos y jornaleros que reclamaban una mayor justicia social, afirmaciones que a buen seguro explican el por qué su diario no se publicó antes de la década de los 70. Por un lado, apuntaba que «Analizada la miseria de los campesinos y yunteros extremeños ya no me parecían tan descabelladas sus aspiraciones, frente al inhumano egoísmo de los grandes terratenientes, quienes los trataban a través de sus capataces y administradores como si de esclavos se tratase»; lo cual, dicho sea de paso, constituía una crítica feroz al discurso de clase que planteaba la cultura del fascismo español. Pero Carrasco iba todavía más allá, hasta el punto de justificar en cierto modo la violencia “revolucionaria”, ya que según él «las injusticias sociales tan patentes en toda esta región [Extremadura] [...] habían sido las causantes del asesinato de cuatro guardias civiles en Castiblanco».⁸²⁴ Esta concepción de la violencia en época republicana se oponía frontalmente al discurso que legitimaba la insurrección y que, consecuentemente, culpaba de todos los crímenes a la voluntad de los partidos y sindicatos de izquierdas de llevar a cabo una revolución en España, demostrando de este modo que la incidencia del discurso socializado en las trincheras presentaba sus limitaciones, y que determinados combatientes, aunque sobre el papel no se significasen contrariamente, no comulgaban con algunos de sus postulados.

No obstante, pese a afirmar que durante los propios años en que sirvió en el ejército rebelde comenzó a cuestionarse ciertos elementos del discurso oficial, en otro pasaje de sus memorias admitía, al igual que Martín Vigil, que en esencia había comprado ese relato, codificando su experiencia como una lucha por la salvación nacional: «Estábamos convencidos de que la Patria estaba en peligro, que era España la que necesitaba de aquel

⁸²³ Esta idea de la desilusión de ciertos combatientes que llegaron al frente imbuidos de unos ideales que luego se fueron erosionando a raíz del cansancio provocado por la guerra y por la propia naturaleza brutal de la misma en Claudio HERNÁNDEZ BURGOS: “Bringing back Culture...”, p. 456.

⁸²⁴ José CARRASCO CANALES: op. cit., pp. 42 y 28.

sacrificio, aquella entrega, la que nuestros soldados y jefes no regateaban». ⁸²⁵ En este sentido, la identificación con el proyecto de los insurgentes no era, desde luego, acrítica ni aporreada, pero sí se cimentaba en una suerte de mínimo común definitorio que permitía adoptar las ideas esenciales de su discurso, es decir, el peligro en que se encontraba la patria y la necesidad de sacrificarse por ella. Sin ir más lejos, en pasajes posteriores el relato del artillero seguía incurriendo en esas contradicciones que, quizá, tuviesen más que ver con su particular forma de entender y adoptar el discurso oficial. Carrasco apuntaba que la duración de la guerra y la violencia que le había tocado vivir le generaron una considerable desafección hacia la causa por la que combatía, cuestiones, sobre todo la primera, que tuvieron una notable influencia entre la masa combatiente:

«Después de dos años en que me tocó vivir situaciones trágicas, desesperantes, angustiosas y miserables, tanto en un frente como en el otro, y que asimismo había visto soldados extranjeros luchando en los dos bandos, mi inicial concepto de la justicia de aquella guerra se fue poco a poco desvaneciendo y mi única preocupación ahora era la de seguir viviendo, si me era posible, sin hacer daño a nadie, pero por encima de todo seguir viviendo. ¡La verdad es que no quería tener que volver a escribir páginas de heroísmo como las que escribimos en el Seminario de Teruel!» ⁸²⁶

Este fragmento representa una nueva crítica a la narrativa oficial de la guerra, concretamente a la que significaba el conflicto como una lucha por la independencia nacional frente a la invasión de un enemigo extranjero. Precisamente, Carrasco había sido capturado en el asalto republicano a Teruel, siendo posteriormente, tras pasar por varios centros de detención e internamiento, reciclado como combatiente y enviado al frente a luchar contra sus antiguos camaradas. Por ende, su conocimiento del bando republicano iba mucho más allá de la propaganda que recibían los combatientes rebeldes, e incluso del escaso contacto que pudieran tener con los soldados “rojos” de trincheras a trincheras o en los intercambios que de vez en cuando se realizaban en tierra de nadie. Esto permitió construir afinidades con los soldados del bando enemigo, esto es, del gubernamental, sobre la base del sufrimiento compartido en tanto que combatientes, un elemento al que la propaganda, como ya hemos visto, solía apelar con frecuencia a la hora de fomentar la desertión entre las filas enemigas. Sin embargo, pese a que ciertamente, atendiendo a lo que manifestaba en su relato, Carrasco había deconstruido ese discurso de alteridad, eso no significaba que sus referentes identitarios hubieran sido capaces de trascender la dicotomía de “rojos” y “azules”, por emplear los términos propagandísticos. Enrolado ya en las filas del EPR, durante un combate se desorientó y terminó siendo capturado nuevamente, esta vez por tropas rebeldes, una escena que describe en sus memorias con gran emoción: «por mi cuerpo corrió un estremecimiento de alegría [...] me llenaba de alegría el saber que otra vez era “prisionero”, pero ahora de las tropas nacionales». ⁸²⁷ Es decir, que pese a su posición disonante respecto a puntos esenciales de la narrativa construida

⁸²⁵ *Ibidem*, p. 84.

⁸²⁶ *Ibidem*, p. 193.

⁸²⁷ *Ibidem*, p. 219.

por los sublevados para legitimar la guerra y la violencia, la socialización en el seno de ese magma cultural del que hablaba en el capítulo anterior le habían hecho identificar el bando insurgente como su lugar natural, esto es, en el que quería estar.

Otros soldados manifestaron unos referentes identitarios similares en sus memorias, alejados de la asunción completa del discurso rebelde que se observa en la experiencia, o al menos en el relato, de combatientes con un perfil marcadamente ideologizado, pero compartiendo un sustrato identificativo común que les permitía sentirse parte del proyecto y la comunidad que el fascismo estaba construyendo por la vía de las armas. En este sentido, parece oportuno recordar que, como apuntaba más arriba, la propaganda buscaba simplificar lo máximo posible los elementos doctrinales esenciales de la Nueva España, tanto de cara a acercarlos a un mayor número de personas como para hacerlos lo suficientemente amplios como para alcanzar altas cotas de consenso social. En esta línea ya veíamos anteriormente el caso del voluntario inglés Peter Kemp, el cual, además de ver la guerra como «una espléndida oportunidad para mí, que me permite conocer un país extraño y a su gente, aprender su idioma y, también, algo de la guerra moderna», decidió alistarse en la Legión por los relatos de crímenes y asesinatos de católicos y “gente de orden”, y por la amenaza que percibía en una posible expansión comunista por Europa Occidental.⁸²⁸ Desde luego, su perfil no era el de un fascista convencido, a tenor de su posterior servicio como oficial de inteligencia del ejército británico durante la Segunda Guerra Mundial. Pero sí era el de un individuo con profundas convicciones conservadoras y, en cierto modo, contrarrevolucionarias, que vio en el bando sublevado una serie de elementos con los que se identificaba y por los que merecía la pena luchar, al menos en ese momento y sin el filtro posterior de la guerra contra los fascismos alemán e italiano. De igual modo, el teniente médico José Aznares buscó, en el prólogo a sus memorias, perfilar una suerte de posición personal equidistante hacia cualquiera de los bandos en liza:

«He de comenzar este reportaje de unos días que preveo inolvidables, con una declaración personal de la mayor importancia: *Yo no tengo matiz político determinado*. Quiero decir con esto que yo no soy ni derechista ni izquierdista, que me son perfectamente iguales y siento igual indiferencia de simpatías por el fascio [...] como por el Frente Popular. No solamente esto, sino que hartado, aburrido y desengañado de políticos, politicastos y politiquillos, no creo en ninguno de ellos, en ninguno en absoluto, desde Goicoechea a La Pasionaria.»⁸²⁹

Sin embargo, apenas unas líneas después definía los elementos que le llevaron, más allá de su movilización forzosa en tanto que miembro del Ejército de África, a identificarse con el bando sublevado: «Únicamente precisaré que no soy hombre religioso en el concepto celtibérico de la palabra, pero sí profundamente patriota y, que por serlo, no me gustan las llamadas izquierdas». De hecho, uno de sus referentes experienciales, a tenor de lo que narra en su diario, fue vivir las manifestaciones obreras que se celebraron

⁸²⁸ Peter KEMP: op. cit., p. 16.

⁸²⁹ AKELA [José Aznares García]: op. cit., p. 7.

en Madrid con motivo del 1 de mayo, las cuales describía a través de un prisma netamente ideologizado: «aquello no era España, sino una Rusia de vía estrecha y sectaria». Para él, y de nuevo recordando su falta de definición política concreta, «la anarquía se va adueñando de nuestro país, sin que el Gobierno que preside Casares Quiroga sea capaz de atajar el mal», una situación que, a su parecer, hacía «preferible la injusticia [entiéndase derivada de la implantación de un régimen dictatorial] al desorden, porque el desorden genera mil injusticias».⁸³⁰ Es decir, que siguiendo un esquema similar al que planteaban Carrasco o Kemp, renegaba de una completa identificación con el discurso y la identidad del bando rebelde, pero compartía los suficientes elementos para construir un mínimo común definitorio que le permitiese justificar su participación en el triunfo de las armas fascistas.

La pretendida equidistancia política que defendía José Azares bien podía tener que ver con el año en que se publicaron sus memorias, 1977. Tal y como sucedía para el caso de Carrasco, Azares apuntaba que su obra derivaba de unas notas escritas durante el conflicto las cuales había pasado a limpio tiempo después, un proceso susceptible de una resignificación para adaptarlo a los estándares discursivos de la sociedad española del momento, alejada ya de las narrativas de la Cruzada.⁸³¹ No obstante, lo que en todo caso se desprende del modo en que planteaba su propia identidad política es la creencia en una serie de principios básicos, de amplio espectro, que tenían más que ver con el orden, la estabilidad social y la defensa de un abanico de tradiciones que con una codificación en clave netamente ideologizada de la realidad. De hecho, culpaba por igual de esa anarquía antes referida a «dos agrupaciones políticas: la falange, por un lado, y los marxistas, por otro», una situación que definía como «lucha sangrienta».⁸³² Por tanto, si mediante la “injusticia” se lograba imponer la paz social, que no un determinado proyecto político, y acabar con toda esa conflictividad, se generaba un nicho identificativo en el que, en este caso Azares, podía sentirse representado. Es decir, que la ideología no era el único elemento de cohesión del bando rebelde, sino más bien cómo esta ideología respondía a las problemáticas de cada uno de los individuos, y cómo colmaba sus expectativas.

En esta línea, los operadores de antiaéreos Luis Armillas y Manuel Montilla apuntaban que, además de luchar «por nuestro Dios [...] [y] ¡Por España!», el soldado también pensaba «que todo aquello ha estado a punto de perderlo: familia, campo, hogar; que los rojos han tratado de destruirle todo aquello que le es tan querido». Desde luego, ambos codificaban estos referentes motivacionales más prosaicos a través de un relato claramente ideológico. Consideraban el conflicto como una «guerra fratricida en la que se disputan el mundo dos teorías, dos principios, dos doctrinas».⁸³³ Pero el mero hecho de

⁸³⁰ *Ibidem*, pp. 7-9.

⁸³¹ Véase Javier RODRIGO: *Cruzada, Paz, Memoria...*, pp. 53-98.

⁸³² AKELA [José Azares García]: *op. cit.*, p. 9.

⁸³³ Luis ARMILLAS GARCÍA y Manuel MONTILLA MUÑOZ: *op. cit.*, pp. 123, 122 y 77. Por su parte, el artillero José Carrasco también incidía especialmente en que uno de sus principales motivos para combatir era su familia. Su padre y uno de sus hermanos habían sido encarcelados por desafectos al golpe, mientras que otro hermano fue directamente fusilado a finales de 1936. La situación de desamparo de su madre y la posibilidad de que una deserción terminasen por decidir el destino de sus familiares presos «me ayudó a fijar un camino y una meta». José CARRASCO CANALES: *op. cit.*, p. 30.

mencionarlos de forma explícita les otorgaba una importancia crucial, pues complejizaba una narrativa que tendía a situar simplemente la patria o la religión como los elementos centrales que explicaban el sacrificio de cientos de miles de individuos en los campos de batalla. Por supuesto, había otras lecturas mucho menos inflamadas políticamente. El alférez provisional José Luis Martín Vigil recordaba ciertos episodios de su paso por el frente de forma entusiasta, en la medida en que el contacto con la naturaleza y el constante descubrimiento de nuevos paisajes le fascinaba hasta el punto de sentir que vivía una suerte de aventura de la que quería seguir siendo partícipe.⁸³⁴ Por su parte, otro “aventurero” como Peter Kemp diseccionaba en sus memorias la variedad de motivos por los que sus camaradas legionarios se habían alistado en este cuerpo, entre los cuales no figuraba el ideológico:

«A algunos les atraían las posibilidades de aventura y peligro que ofrecían aquellas fuerzas de choque; a otros les interesaban la mejor paga y comida, otros más se alistaban impulsados por el *esprit de corps* y la amplia libertad concedida a los legionarios cuando estaba de servicio; pero la mayor parte se enrolaba por una combinación de todas esas circunstancias».⁸³⁵

Ciertamente, el caso legionario era particular, tanto por el carácter voluntario de su alistamiento como por la tipología de perfiles y motivaciones detrás de este tipo de unidades, como lo era también la Legión Extranjera francesa.⁸³⁶ Pero, sea como fuere, la multiplicidad de motivaciones era extrapolable al conjunto de la masa combatiente, si bien no tanto como razones para un alistamiento voluntario, ya que la mayoría eran conscriptos, sino como factores que explicarían la construcción de afinidades hacia el bando rebelde y la imprimación de la cultura de guerra construida en las trincheras.⁸³⁷ De hecho, por ejemplo, esa identificación con lo militar estaba también presente en otros soldados, como el marinero Ignacio Cañal, cuando afirmaba que «Un nudo se nos hace en la garganta al escuchar estas estrofas» de una canción marinera castrense.⁸³⁸

Por ende, y tal y como evidenciaban los temas en torno a los cuales se solían articular las conferencias patrióticas que los soldados recibían en el frente, las explicaciones prosaicas alejadas de la narrativa oficial del régimen tienden a explicar mejor el por qué los soldados decidían no ya no desertar sino, por el contrario, combatir en las filas del ejército que los había movilizado, algo que ciertamente funcionaba tanto para el EPR como para el contingente rebelde. Y, al mismo tiempo, evidenciaba los límites de la fascistización de los soldados sublevados, pues la ideología no calaba en muchos individuos,

⁸³⁴ Un ejemplo en José Luis MARTÍN VIGIL: op. cit., pp. 92-93.

⁸³⁵ Peter KEMP: op. cit., p. 146.

⁸³⁶ Christian KOLLER: op. cit. Igualmente, Fransjohan PRETORIUS: “Welcome but Not That Welcome: The Relations between Foreign Volunteers and the Boers in the Anglo-Boer War of 1899-1902”, en Christine G. KRÜGER y Sonja LEVSEN (eds.), *War Volunteering in Modern Times. From the French Revolution to the Second World War*, Nueva York, Palgrave Macmillan, 2011, pp. 122-149.

⁸³⁷ Un ejemplo en este sentido, para el caso de la Gran Guerra, en Stéphane AUDOIN-ROUZEAU: “The French Soldier...”, p. 222.

⁸³⁸ Ignacio CAÑAL Y GÓMEZ-IMAZ: op. cit., p. 20.

ni en su mínima expresión, si no iba acompañada de soluciones eficaces para la cotidianidad de cada uno de ellos. Por ejemplo, el alférez provisional Amaro Izquierdo, aunque incluía una referencia a la patria entre sus razones para continuar resistiendo durante el asedio republicano a Belchite, no la situaba en un lugar preferencial respecto a otras cuestiones. Así, «la necesidad de seguir luchando» se explicaba «por los compañeros, por España, por la supervivencia, por la esperanza», lo que hacía mención a cuestiones ya apuntadas anteriormente como las relaciones de camaradería establecidas entre los soldados o, simplemente, el propio instinto de supervivencia. De hecho, esto último, y no la ideología, es lo que a juicio del artillero José Carrasco explicaba la voluntad de continuar luchando:

«Arrojo y valentía que da, no el convencimiento de la causa que se defiende, sea ésta cualquiera que sea; esto lo da el instinto de conservación, el ver la muerte a dos pasos y saber que la única solución es vencer, sin pararse a pensar previamente en los medios y en las tácticas; todo ello surge esporádicamente por el imperativo de la propia existencia.»⁸³⁹

Sin embargo, nuevamente nos encontramos con el problema de la resignificación temporal, dada la disonancia de afirmaciones entre el fragmento citado y manifestaciones posteriores. No en vano, esa reflexión en torno a los motivos por los cuales Carrasco, y por ende muchos otros soldados, combatían se cimentaba en lo que el artillero pensaba «hoy transcurridos más de treinta y cinco años de aquel asedio». Y es que esa voluntad de resistencia durante las jornadas del cerco al seminario turolense no solo se explicaría por un instinto natural de supervivencia, sino que lo ideológico también jugaría un papel importante, al menos según relataba el propio Carrasco. Durante los combates de los días 30 y 31 de diciembre de 1937, en los que las fuerzas rebeldes consiguieron penetrar puntualmente en el interior de la ciudad, las tropas asediadas en el seminario pudieron oír el ruido de los fusiles y las explosiones, algo que les infundió nuevas esperanzas: «Nuestros corazones volvieron a latir con un ritmo más normal y se ensanchaban con la alegría que exteriorizamos dando vivas a Franco, al Ejército Nacional, y a todo lo que suponíamos que podía contribuir a nuestra liberación». Una codificación en clave ideológica que se volvía a poner de manifiesto una vez fueron conscientes del fracaso del contraataque sublevado y de que iban a tener que resistir durante un tiempo indefinido: «Sabíamos que estábamos defendiendo nuestra Patria, sabíamos que aquel reducto [...] representaba en aquellos momentos una parte de España y que estábamos obligados, si ello fuese necesario, a morir en su defensa». Si bien, una vez más, Carrasco se esforzaba en subrayar su cambio de mentalidad pasados los años, al apuntar que «Recordando lo vivido aquellos días de asedio al Seminario he tenido la oportunidad de comprobar que todos los hechos heroicos [...] han sido impulsados por otros sentimientos muy distintos al de la valentía o al del patriotismo. Insisto: el deseo de vivir, luchar para no morir».⁸⁴⁰

⁸³⁹ José CARRASCO CANALES: op. cit., p. 91.

⁸⁴⁰ *Ibidem*, pp. 91, 105, 126 y 124 respectivamente.

Por ende, en qué medida podemos conjugar las diferentes motivaciones prosaicas con las ideológicas y con el magma cultural en el que vivían los soldados en las trincheras, resulta una pregunta esencial. Como ya he apuntado con anterioridad, lo que la ideología aportaba era un marco de referencia en el que las acciones cobraban sentido, pero su capacidad de permeación estaba siempre ligada a la necesidad de trascender ese plano de lo abstracto y descender a las preocupaciones cotidianas de los combatientes. En el caso concreto de Carrasco, su esfuerzo por desmarcar su experiencia en el frente de una lectura realizada exclusivamente a través de un prisma ideológico tenía que ver, por un lado, con el momento en el que fueron publicadas sus memorias, por mucho que, tal y como se afirma en el prólogo y como el propio autor menciona a lo largo de la obra, se escribiesen a principios década de los 40. Y, por otro, con la voluntad de reflejar que él mismo no entendía su paso por las trincheras de la Guerra Civil desde la óptica de la adhesión ferviente a los postulados legitimadores de la guerra y el franquismo sino, más bien, desde posiciones mucho más corrientes y habituales entre la masa combatiente, es decir, la propia supervivencia en el marco de una guerra impuesta. Tanto el hecho de combatir con el EPR, que le permitió entrar en contacto con la cultura bélica del bando republicano, como la represión que había sufrido parte de su familia, sin duda contribuyeron a recalibrar sus propias convicciones acerca de las razones de uno y otro bando. Sin embargo, lo que igualmente trasluce de su relato es que su forma de entender el conflicto y al enemigo, razones por las cuales también se luchaba, se impregnaron de la cultura de guerra y el discurso contrarrevolucionario con los que convivió habitualmente durante dos años. La camaradería, la construcción de lazos de afinidad y redes de solidaridad sobre la base de una experiencia compartida de sufrimiento en el frente, hicieron aquí su aparición para transformar los marcos de referencia del propio Carrasco. Una transformación que, si bien no fue radical ni le convirtió en un fascista convencido, sí le llevó a adquirir una serie de lenguajes –como «rojos» o «guerra de liberación»– que generaban una determinada concepción de la realidad, aquella que extranjerizaba al enemigo y legitimaba su eliminación.⁸⁴¹

Por el contrario, un elemento que generó menos controversia en el relato combatiente fue el de la religiosidad y su relevancia dentro del universo del frente. En este sentido, si bien es cierto que el anticlericalismo y el laicismo habían ido ganando terreno durante el periodo republicano, el catolicismo seguía siendo uno de los elementos vehiculares de la sociedad española, en la medida en que era compartido por una amplia porción de esta.⁸⁴² Quizá por este motivo, la crítica o la equidistancia que autores como Carrasco Canales, Martín Vigil o Aznares García plantearon para otras cuestiones nucleares del discurso rebelde no se trasladó al plano de lo religioso, aunque por otro lado tampoco figuraban apenas referencias a esta dimensión en sus relatos, lo que en esencia podría ser

⁸⁴¹ *Ibidem*, p. 113 y 127. Esta misma idea del rechazo al carácter aleccionador del lenguaje propagandístico pero, en todo caso, su adopción por parte de los combatientes, en Stéphane AUDOIN-ROUZEAU: “The French Soldier...”, p. 227.

⁸⁴² Véanse Alfonso BOTTI: *Cielo y dinero. El nacionalcatolicismo en España, 1871-1975*, Madrid, Alianza, 2008. Julio DE LA CUEVA MERINO y Feliciano MONTERO GARCÍA: *Laicismo y catolicismo. El conflicto político-religioso en la Segunda República*, Madrid, Universidad de Alcalá, 2009; y César RINA SIMÓN: “La construcción de los imaginarios franquistas y la religiosidad ‘popular’, 1931-1945”, *Pasado y memoria. Revista de historia contemporánea*, 14 (2015), pp. 179-196.

una muestra de su escasa identificación con el catolicismo. Sea como fuere, de forma evidente, la religión fue uno de los elementos esenciales sobre los que la propaganda franquista, y por ende las memorias de excombatientes que gravitaron en torno a ella, construyó la identidad de los soldados sublevados. La guerra se presentó como una «Reconquista de las almas españolas», una definición que otorgaba una dimensión diferente a la narrativa de la Cruzada y que convertía a los soldados en una suerte de apóstoles de la Cristiandad.⁸⁴³

De hecho, y conectando de nuevo con el tema de las motivaciones, las obras que seguían una línea más oficialista planteaban directamente que la voluntad de combatir de estos soldados estaba íntimamente relacionada con su defensa de la religión católica y su compromiso con la vuelta de Dios al lugar que le correspondía en suelo español. El capellán falangista Salvador Torrijos así lo atestiguaba en sus memorias, si bien quizá el hecho de que su unidad estuviese compuesta mayoritariamente por combatientes de firmes convicciones fascistas, lo que en España equivalía esencialmente a católicas, influyese en la experiencia que él vivió, que también pudo estar intencionadamente resignificada para ajustarla a los límites y funciones del relato excombatiente: «Y cuando les daba a besar el Santo Cristo, me contestaban: “¡Sí; muero por Dios, por España y por la Falange!».⁸⁴⁴ En este sentido, ya veíamos anteriormente cómo uno de los pilares fundamentales de la cultura y el discurso contrarrevolucionarios en España tenía que ver con la defensa de la civilización cristiana europea, lo que explicaba el hecho de que no pocos voluntarios extranjeros se situasen en una línea similar a la que planteaba Torrijos. El fascista rumano Neculai Toțu lo explicitaba muy claramente en sus memorias, «Luchamos por Cristo. Somos sus soldados»; al tiempo que el también voluntario Davide Lajolo, alistado en el CTV –si bien posteriormente, con la caída del fascismo, viró políticamente hacia posiciones comunistas, entrando en la *Resistenza* y siendo durante varias legislaturas diputado del Partido Comunista Italiano–, recordaba en sus memorias la tremenda emoción que le produjo la entrada en una pequeña iglesia española: «Erano tutte là, inginocchiate sul pavimento (forse per sentirse più umili verso l’Altissimo) colla testa china, colle mani giunte [...] Lassù sopra l’altare, una Madonnina Addolorata pareva aver gli occhi accesi su quei feddelli che l’invocavano col cuore puro».⁸⁴⁵

Más allá de estas percepciones de la guerra en clave religiosa, el catolicismo se presentó en el relato combatiente como un elemento relacionado con el mantenimiento de la moral de las tropas. En este sentido, el requeté José María Resa Ortego señalaba la influencia que, a tal efecto, tenía la «Sagrada Comunión, pues era la mejor medicina para levantar la fe y la moral combativa».⁸⁴⁶ Una idea que igualmente refrendaba el autor anónimo encargado de relatar las andanzas de un grupo artillero de montaña originario de Mallorca, que ante la dureza del frente turolense en el invierno de 1938 apuntaba: «Si no tuviéramos a Dios y la Patria para ofrendar tanto sacrificio, ¡esto sería desesperante!».⁸⁴⁷

⁸⁴³ Manuel BARBERÁ SABORIDO: op. cit., p. 34.

⁸⁴⁴ Salvador TORRIJOS BERGES: op. cit., p. 37.

⁸⁴⁵ Neculai TOȚU: op. cit., p. 58; y Davide LAJOLO: op. cit., p. 25.

⁸⁴⁶ José María RESA ORTEGO: op. cit., p. 48.

⁸⁴⁷ Anónimo: *Artillería de Mallorca...*, entrada del 2 de enero de 1938. Esa misma idea de la religión y la patria como elementos abstractos motivadores del soldado en Niall FERGUSON: op. cit., pp. 355-356.

Y que, como no podía ser de otro modo, también se encargaban de cultivar los diarios de guerra escritos por los capellanes castrenses adscritos a las unidades. Torrijos Berges resaltaba la importancia y el efecto que las medallas, las oraciones y, en definitiva, el universo religioso tenía en las supersticiones propias del combatiente, construidas al calor de la constante presencia de la muerte: «¡Tampoco faltó la religiosidad! Y recordaba yo aquellos rosarios, aquellas misas, aquellos ratos de oración en común, que eran bálsamo que amortiguaban nuestras penas acercándonos al Señor!». ⁸⁴⁸ Mientras que, por su parte, el capellán legionario José Caballero apuntaba cómo precisamente era esa constante presencia de la muerte la que acercaba a los soldados a Dios, incluso cuando no habían tenido una especial afinidad con lo religioso. Tras una jornada de duros combates en la Ciudad Universitaria de Madrid a finales de noviembre de 1936, en la que la noche dio paso a un «desfile de heridos [...] Escenas impresionantes, imborrables. Cuerpos destrozados. Morros, legionarios», uno de estos soldados, «con sus tatuajes, a veces lascivos, pero de buen fondo y sin dificultad para confesarse», le dijo «muy serio: “Mire usted, yo no soy religioso, pero eso sí, creo en Dios”». ⁸⁴⁹ Sin ir más lejos, según un testimonio recogido por el sacerdote jesuita Félix Olmedo en el hospital de San Sebastián, la guerra había supuesto en cierto modo, y tal como veíamos que planteaba Barberá, una reconquista de las almas de los españoles. Uno de los soldados convalecientes confesaba:

«Antes la comunión por Pascua, la misa los domingos; el rosario alguna que otra vez, y pare usted de contar. Ahora comulgamos con alguna frecuencia, sabiendo lo que hacemos y procurando hacerlo bien; oímos misa y rezamos el rosario siempre que podemos, que suele ser la mayor parte de los días.» ⁸⁵⁰

Desde luego, el fragmento extraído de la obra de Olmedo bien podría ser una elaboración *ad hoc* para ilustrar y dar veracidad experiencial a su discurso y a su interpretación de la realidad, pero lo que resulta innegable son dos cuestiones. Por un lado, la presencia de la religión en el frente, y, por otro, la relevancia que adquirieron los capellanes en las unidades, formando parte también de ese universo de la camaradería. ⁸⁵¹ Respecto a lo primero, las misas fueron el principal mecanismo por el cual se articuló esta difusión religiosa en las trincheras que, como bien apuntaba el capellán José Caballero, era un factor de ideologización esencial. Tras el despliegue de una nueva remesa de reclutas, «de todas clases y colores», había inmediatamente que «enderezarlos hacia ideales que jamás

⁸⁴⁸ Salvador TORRIJOS BERGES: op. cit., p. 145.

⁸⁴⁹ Padre José CABALLERO: op. cit., pp. 99-100, entrada del 25 de noviembre de 1936. De hecho, incluso los oficiales militares utilizaban arengas de tono religioso para infundir moral entre sus hombres. Véase *Ibidem*, p. 269, entrada del 16 de octubre de 1937. Otro ejemplo de la función de la religión en este sentido en p. 381, entrada del 2 de diciembre de 1937, en la que el José Caballero apunta que una de sus funciones era la de «mantener el espíritu de Cruzada que estos años largos de guerra van carcomiendo».

⁸⁵⁰ Félix G. OLMEDO: op. cit., p. 25.

⁸⁵¹ Xosé M. NÚÑEZ SEIXAS: *¡Fuera el invasor!...*, pp. 222 y ss.; James MATTHEWS: “Comisarios y capellanes...”; César RINA SIMÓN: “Fascismo, nacionalcatolicismo y religiosidad popular. Combates por la significación de la dictadura (1936-1940)”, *Historia y Política. Ideas, procesos y movimientos sociales*, 37 (2017), pp. 241-266; y Miguel Á. DEL ARCO BLANCO: “Before the Altar of the Fatherland: Catholicism, the Politics of Modernization, and Nationalization during the Spanish Civil War”, *European History Quarterly*, Vol. 48, 2 (2018), pp. 232-255.

oyeron», ya que la mayoría llegaban «Limpios, por supuesto, de religión». Una cuestión que explicaría, a su juicio, «el chorreo de desertores que tenemos esta temporada. ¡Vuelven a los suyos!». ⁸⁵² Sea como fuere, las referencias a las misas de campaña trufaban la literatura memorialística, lo que evidencia que más allá del significado que cada combatiente les otorgase o de la actitud hacia las mismas, su presencia y relevancia en las unidades era notable. Generalmente, tendían a ser descritas como un momento emotivo, de recogimiento personal y colectivo en el marco de la trascendencia del conflicto que se estaba librando, si bien es cierto que este tipo de representaciones solían corresponder a los perfiles más ideologizados. Esta emoción, además, se asociaba con los momentos previos al combate, lo que reforzaba esa idea de que la religión ejercía un rol relevante a la hora de sostener la moral combativa de las tropas. En el documental *Falange en las trincheras*, el veterano Augusto Rodríguez recordaba con una palpable emoción cómo, justo antes de una operación que se había previsto muy complicada, el capellán confesó a los miembros de la unidad, tras lo cual se entonó el *Cara al Sol*. ⁸⁵³ Algo similar a lo que planteaba en sus memorias el fascista italiano Renzo Lodoli, al referir «la indescribibile sensazione di pace che scende nella anima mentre una mano sacerdotale traccia su noi i segno della croce qui redime». ⁸⁵⁴

Las misas de campaña, además, servían como lugar de identificación común, sobre las cuales cada individuo proyectaba lo que para él representaban. ⁸⁵⁵ En este sentido, el capellán Manuel Barberá entendía que eran un reflejo del modo en que se iba a articular la comunidad nacional una vez alcanzada la victoria en la guerra: «Se levantan los altares en diversos sitios. Rodilla en tierra coinciden las elevaciones, las bandas de cornetas, las miradas a la Hostia blanca y pura que raudales de gracia derrama [...] Así me figuro yo a la tierra española después del Jordán de sangre, de la purificación del fuego». ⁸⁵⁶ Por su parte, el falangista Fernando Martínez Grana consideraba que estos actos, por la austeridad que imponía el frente, representaban una forma de catolicismo mucho más social, mucho más auténtico: «se deja uno todo lo inservible y nos quedamos única y exclusivamente con el enemigo –frente al enemigo–, y con Dios». ⁸⁵⁷ Una austeridad que, del mismo modo, acercaba la religiosidad a la identidad construida por los combatientes en torno a su sufrimiento en el frente, tal y como planteaba el legionario Francisco Caveró: «Hubierais llorado de emoción si hubieseis asistido a aquella sencilla misa que nos dijo el Páter; al aire libre, sobre una mesa; como mantel una manta, como Cáliz una copa de cristal. Y para alumbrar a la persona Divina, dos velas de sebo en botellas de cerveza. El capitán, los cuatro oficiales y todos los legionarios, barbudos, sucios y silenciosos». ⁸⁵⁸

Sin embargo, más allá de estas lecturas mitificadas de lo que representaba la religión en el frente, otro tipo de perfiles ofrecían visiones mucho más ricas en matices y,

⁸⁵² Padre José CABALLERO: op. cit., p. 363, entrada del 11 de septiembre de 1937.

⁸⁵³ *Falange en las trincheras. La contribución falangista a la Cruzada*, s.l., Documedia, s.a.

⁸⁵⁴ Renzo LODOLI: op. cit., p.78.

⁸⁵⁵ La reinterpretación y apropiación del catolicismo por cada uno de los componentes de la coalición golpista en César RINA SIMÓN: “Fascismo, nacionalcatolicismo...”, pp. 241-266.

⁸⁵⁶ Manuel BARBERÁ SABORIDO: op. cit., pp. 162-163.

⁸⁵⁷ Fernando MARTÍNEZ GRANA: op. cit., p. 57.

⁸⁵⁸ Francisco CAVERO Y CAVERO: op. cit., p. 61. Un ejemplo en la misma línea en Héctor COLMEGNA: op. cit., p. 220.

sobre todo, actitudes frente a la omnipresencia del catolicismo y su posición de poder dentro del bando rebelde. Si el capellán falangista Salvador Torrijos se congratulaba de que todos los soldados de su unidad hubieran asistido a misa, pese a que «Se les advirtió el día anterior que, como soldados, como falangistas, no era obligatorio asistir [...] pero como cristianos, sí», el teniente médico José Aznares ofrecía una perspectiva mucho menos idealizada de por qué a las comuniones pascuales, «naturalmente, iba todo el mundo. Para unos era un acto de servicio, para otros convicción sincera, para algunos –indudablemente– modo de no destacar, e incluso para alguien obligación política».⁸⁵⁹ Antiguos militantes de izquierdas alistados para escapar de la represión, individuos movilizados forzosamente que no se identificaban especialmente con el catolicismo, combatientes que lo único que buscaban en la guerra era que acabase cuanto antes para no morir o terminar gravemente heridos, o soldados cuyo único objetivo era hallar el momento propicio para pasarse al enemigo eran algunos de los múltiples perfiles que acudían asiduamente a las misas de campaña.⁸⁶⁰ Al tiempo que la presión grupal en el seno de los grupos primarios y las unidades, la necesidad de pasar desapercibido, la voluntad de hacer méritos de cara a la posguerra o la sensación de que se trataba de un deber inherente a la condición de soldado sublevado eran algunos de los motivos, más allá del convencimiento ideológico y tal y como planteaba Aznares, por los que dichos perfiles actuaban de forma distinta a sus convicciones. Aunque, también, la transversalidad de la religión católica en la sociedad española dotaba de un significado diferente a esa catolicidad, al menos en comparación con el sentido que se apropiaba de forma exclusiva el bando rebelde. Es decir, que la asistencia a una misa de campaña no significaba una adhesión a los principios de los sublevados –en tanto en cuanto estos actos eran espacios de socialización ideológica y discursiva evidentes, a modo de conferencias patrióticas–, sino que también se podía ser católico y “rojo”.⁸⁶¹ Así lo atestiguaban, de hecho, las memorias de no pocos combatientes sublevados, esencialmente con el objetivo de evidenciar la existencia de elementos identitarios comunes entre los republicanos *españoles* y los propios integrantes del bando rebelde, como vía que legitimaba la articulación de esos mecanismos de reeducación, recatolización y, en cierto modo, reintegración. Los antiaéreos Luis Armillas y Manuel Montilla apuntaban que encontraron un Sagrado Corazón de Jesús en el interior de un tanque ruso calcinado, algo que también afirmaba el falangista Salvador Torrijos para el caso de un miliciano aragonés que portaba una medalla de la Virgen del Pilar. Eso no le había salvado de morir en el frente, pero según Torrijos sí lo habría redimido ante San Pedro. De hecho, el propio capellán relataba cómo un evadido confirmaba que ante una más que probable muerte por heridas de guerra, los soldados republicanos solicitaban confesión: «¿Entonces, también rezan los rojillos? ¡Rezamos con más fe que nunca!».⁸⁶²

⁸⁵⁹ Salvador TORRIJOS BERGES: op. cit., p. 88; y AKELA [José Aznares García]: op. cit., p. 20.

⁸⁶⁰ Por ejemplo, José Caballero describía un episodio en el cual un sargento herido rehusaba confesarse ante la eventualidad de su posible muerte, lo cual le extrañaba. Según el sacerdote, «Casi seguro que el Levantamiento le cogió geográficamente lejos de los “suyos”». Padre José CABALLERO: op. cit., p. 34, entrada del 11 de agosto de 1936. Cursiva en el original.

⁸⁶¹ Esa idea de las misas como espacio de ideologización en Miguel Á. DEL ARCO BLANCO: “Before the Altar...”, pp. 235-236. Dos ejemplos en las memorias del Padre JOSÉ CABALLERO: op. cit., pp. 125 y 269, entradas del 27 de diciembre de 1936 y el 17 de octubre de 1937 respectivamente.

⁸⁶² Luis ARMILLAS GARCÍA y Manuel MONTILLA MUÑOZ: op. cit., p. 110; y Salvador TORRIJOS BERGES: op. cit., pp. 137 y 160.

Más allá de relatos potencialmente figurados con una evidente función aleccionadora y generadora de realidad, lo que planteaban Armillas, Montilla y Torrijos no eran sino reflejos de una realidad evidente: que la religión era un valor identitario mucho más amplio que el fascismo.

Toda esta multiplicidad de actitudes frente a la religión o lo ideológico evidenciaba una cuestión esencial para comprender el proceso de socialización ideológica ocurrido en las trincheras sublevadas durante la Guerra Civil: sus limitaciones y fracasos. Como se ha planteado recientemente de un modo exhaustivo, la heterogeneidad era la norma a la hora de definir política, social, ideológica, religiosa o culturalmente al bando insurgente, una cuestión igualmente aplicable al republicano.⁸⁶³ Las particularidades geográficas del golpe dieron lugar a que no pocos individuos con un determinado pasado o con simpatías más o menos evidentes por el bando contrario a aquel en el que les tocó luchar tuviesen que combatir con el “enemigo”. Por ello, a la hora de hablar sobre cómo la propaganda y los diferentes mecanismos de socialización ideológica contribuyeron a crear soldados, luego veteranos, más o menos afines o aquiescentes con el nuevo régimen, es insoslayable mencionar esta realidad, en la medida en que suponía uno de esos límites a los que me refería. Además, puede que muchos de ellos, como en el caso de las misas de campaña, exhibiesen una actitud de apoyo hacia los postulados del bando insurgente que en realidad ocultaba otras identidades imposibles de ser mostradas por el miedo a la represión, o simplemente por puro interés. En este sentido, los combatientes recurrieron a diversos mecanismos de resistencia y disidencia en el seno de las unidades, los cuales no obstante pueden ser interpretados también a la luz de variables más prosaicas, como el simple miedo a combatir.

Es el caso de las inutilizaciones voluntarias que se fueron denunciando a lo largo del conflicto por parte de los jefes de las distintas unidades y subunidades. Ya en diciembre de 1936, el gobernador militar de Asturias envió un telegrama postal al CGG pidiendo instrucciones acerca de cómo debía actuar ante los, aparte, numerosos casos de este tipo que se estaban produciendo en su jurisdicción. Por su parte, el CGG respondía que si los médicos que examinaban las lesiones decretaban que se trataba de inutilizaciones voluntarias, el castigo había de ser la pena capital por el delito de auxilio a la rebelión.⁸⁶⁴ En este caso concreto, la escasa distancia temporal con el golpe y el hecho de que se localizase geográficamente en Asturias, región con una importante tradición izquierdista, quizá contribuyeran especialmente a actitudes de este tipo, si bien estas se siguieron produciendo durante todo el conflicto. En noviembre de 1938, el Ejército del Norte y el CGG discutían acerca de las medidas que se habían de adoptar para atajar este problema. Apuntaban que los castigos no eran acordes a la gravedad del delito y, es más, beneficiaban al

⁸⁶³ Francisco J. LEIRA CASTIÑEIRA: *La socialización de los soldados del ejército sublevado...*

⁸⁶⁴ AGMAV, C. 2323, L. 46, 47. CGG, Justicia, “Inutilizaciones voluntarias”, diciembre de 1936. Algo similar ocurría, también apenas unos meses comenzada la contienda, con las BBNN. En diciembre de 1936, los jefes de estas unidades enviaban un informe al CGG advirtiendo de que se estaban produciendo desertiones en sus filas por parte de individuos de ciertas regiones. Su número era escaso pero su frecuencia «desmoralizadora», algo que explicaban por la existencia de labores de contrapropaganda por parte del enemigo en dichas áreas, las cuales había que contrarrestar. Véase AGMAV, C. 1356, 4. CE Maestrazgo, Información, “Deserciones nacionales”, diciembre de 1936.

infractor, pues solían consistir en penas de privación de libertad que, precisamente, alejaban al soldado del frente, cumpliendo así su objetivo. Debido a ello, señalaban que si ya había antecedentes, debía considerarse como auxilio a la rebelión y actuarse expeditivamente mientras que si era la primera vez se había de ser igualmente duro, pero sin llegar a la pena capital. Se establecían recargos en el tiempo que el individuo había de pasar en el ejército, a cumplir una vez acabada la guerra. Y, además, se indicaba que los infractores debían ser trasladados, en la medida de lo posible por su inutilización, a puestos de vanguardia y extremo peligro, si bien siempre bajo vigilancia –lo cual podía representar una estrategia en sí misma, si eso les otorgaba más oportunidades para desertar al campo republicano. En cualquier caso, se dejaba la puerta abierta a la redención por méritos de guerra, que podía suponer la rebaja o la retirada de las penas impuestas.⁸⁶⁵

Lo que ambos casos representan es la considerable heterogeneidad que definía a un ejército de masas como el sublevado, en el que un número significativo de individuos decidieron poner en riesgo su vida por no seguir combatiendo donde lo hacían, ya fuese por cuestiones ideológicas, más prosaicas como el tener familia en territorio republicano, o simple miedo. De hecho, en diversas ocasiones este tipo de actitudes se extendieron al conjunto de una unidad completa, en buena medida porque la mayoría de sus integrantes, por muchas políticas de adoctrinamiento y, como veremos en el primer capítulo de la siguiente parte, coerción que el ejército pusiese en marcha, eran considerablemente desafectos a la causa rebelde. Es el caso, por ejemplo, de la 105 DI, desplegada a comienzos de 1938 en el frente de Aragón, concretamente en torno a las localidades zaragozanas de Fonbuena y Cucalón. Según un documento elaborado por el SIPM, los vecinos de ambos pueblos manifestaban su intranquilidad e inseguridad por cómo estaba compuesta la mencionada unidad, «en su mayoría por individuos de la Región Gallega y procedentes de la Marina, [los cuales] se encuentran poseídos del más bajo espíritu Militar y patriótico, dándose casos de rebeldía manifiesta en muchos de sus componentes, lo que es origen de los frecuentes casos de deserción». Sin ir más lejos, muchos marineros de la base naval de Ferrol fueron ejecutados en los primeros días tras el golpe debido a su resistencia frente a la insurrección.⁸⁶⁶ La situación era grave hasta el punto de que algunos de estos individuos habían intentado «asesinar a los Sargentos de vigilancia del parapeto». Como era de esperar, el castigo había sido severo, capital, pero sin resultado alguno, persistiendo «en su actividad antipatriótica, observándose un espíritu deprimido y contrario al Glorioso Movimiento Nacional».⁸⁶⁷

Sea como fuere, más allá de este tipo de mecanismos de resistencia y toma de partido, las verdaderas consideraciones, reflexiones y, en esencia, identidades de aquellos que hubieran preferido luchar en las filas republicanas quedaron sepultadas bajo la estructura de control y represión impuesta en el seno de las unidades rebeldes y, posteriormente, de la sociedad franquista. Sin embargo, no pocos de estos individuos decidieron

⁸⁶⁵ AGMAV, C. 1352, 24. CE MAESTRAZGO, Justicia, “Inutilización voluntaria. Sanciones. Normas”, noviembre de 1938.

⁸⁶⁶ Francisco J. LEIRA CASTIÑEIRA: *La socialización de los soldados del ejército sublevado...*, p. 86.

⁸⁶⁷ AGMAV, C. 1633, 21. Ejército del Norte, Moral y disciplina, “De la fuerza de la 105 Dv.”, febrero de 1938.

desertar hacia el campo gubernamental, una apuesta arriesgada considerando que el fracaso solía suponer automáticamente la ejecución en el mismo frente. Los que lo consiguieron, fueron interrogados y clasificados a su llegada, tal y como se hacían también en el bando sublevado, lo que dejó tras de sí un conjunto de informes y cuestionarios que permiten ahondar en esa heterogeneidad que definía al contingente rebelde, si bien esta vez mediante la voz de sus propios protagonistas. Ahora bien, este tipo de documentación es, también, problemática, de un modo similar a las propias memorias de los excombatientes. Generalmente, los cuestionarios implementados por el EPR a los desertores y evadidos tendían a recabar los datos personales de cada uno de ellos, su militancia o simpatía política, su situación en campo enemigo, su trayectoria durante la guerra –es decir, cómo había acabado en las filas rebeldes y por qué se había evadido– e informaciones de tipo militar que pudiera aportar, la mayoría técnicas pero también referentes a la moral de la unidad en la que había servido. En este sentido, si bien algunos de ellos aportarían datos veraces, acordes a la realidad, los campos de la militancia política o la moral del enemigo eran especialmente proclives a la resignificación por puro instinto de supervivencia. Un desertor cuya razón para evadirse al campo republicano fuese el tener familiares que necesitaban su ayuda en una localidad bajo control gubernamental –un caso que no era para nada infrecuente– buscaría pasar lo más desapercibido y tener los menores problemas posibles, por lo cual dibujaría una imagen del bando rebelde acorde a lo que sus interrogadores querían oír: desmoralización, represión y conflictos en retaguardia. Esto mismo, de hecho, pasaba en el caso de los evadidos republicanos, muchos de los cuales solían hacer especial mención a la brutal disciplina que se imponía en las unidades del EPR, a su absoluta desmoralización o a la presencia de extranjeros entre sus cuadros de mando que eran los que ejercían el control efectivo.⁸⁶⁸ En cualquier caso, eso no significa que ese tipo de comportamientos y dinámicas no se diesen en ambos ejércitos y retaguardias. Pero sí es importante tener en consideración esa multiplicidad de identidades y su funcionalidad instrumental a la hora de trabajar con estas fuentes.

Uno de los conjuntos documentales relativos a esta cuestión fue el que produjo la 12 División de Infantería del Ejército Popular de la República (en adelante, DIEPR), concretamente entre julio de 1937 y julio de 1938. Esta unidad participó en la batalla de Guadalajara, siendo obligada a retirarse durante la ofensiva del CTV y posteriormente contraatacando junto al resto de divisiones que compusieron el recién formado IV CE. Desde ese momento, permaneció en el frente de Guadalajara, el cual no registró demasiada actividad. Ya hacia finales de la guerra, intervino en el golpe liderado por Segismundo Casado, que puso fin al conflicto en Madrid. En cualquier caso, la unidad fue recibiendo a lo largo del año que comprende la documentación seleccionada desertores procedentes de las formaciones rebeldes desplegadas en su mismo frente, un goteo que se pudo ver favorecido por la estabilización del sector y la ausencia de operaciones de

⁸⁶⁸ Véanse AGMAV, C. 1567, 20. 13 DI, Información, “Declaraciones de evadidos y prisioneros pasados a esta División”, enero de 1938; o AGMAV, C. 1567, 29. Información, “Declaraciones de evadidos y prisioneros, pasados a esta División”, febrero de 1938. Respecto a los extranjeros, algo similar para desertores a campo republicano en CDMH, Carpeta F814, “Declaración de 3 evadidos del bando rebelde (Reinerio García Menéndez, Juan Ortega Coto, José Ramón Díaz)”, 3 de marzo de 1938, folio 23.

envergadura.⁸⁶⁹ De los 26 desertores interrogados que componen la muestra objeto de análisis, 3 de ellos habían sido voluntarios del ejército rebelde, 9 prisioneros republicanos, 8 conscriptos movilizados y en otros 6 casos no figuraba esa cuestión en los informes. Es decir, que en al menos 12 de los 20 casos de los que se dispone información, los individuos habían combatido en un ejército contrario al que, sobre el papel, hubieran deseado, toda vez que, como veremos a continuación, ninguno de ellos, salvo uno parcialmente, afirmó que sus motivos para desertar fuesen otros que los políticos. Lo cual, como apuntaba antes, no significaba que fuese cierto. Preguntados por su afiliación política previa al golpe 8 declararon que eran militantes de la CNT, otros 11 eran izquierdistas de diferentes tendencias –PSOE, JSU, PC o UGT–, 2 militaban en el PNV, 1 en el Partido Radical –de hecho, afirmaba ser su vicesecretario en Barcelona–, 3 no tenían filiación política ninguna, y en un último caso no se especificaba esta cuestión.

Respecto a sus declaraciones, 12 de ellos sostenían que la moral en sus unidades era baja, variando los motivos en función del momento en que decidieron desertar. Por ejemplo, entre enero y febrero de 1938, 4 evadidos apuntaban que los combatientes rebeldes con los que mantenían contacto estaban desmoralizados por la ofensiva republicana en Teruel. En todo caso, dos elementos se repetían con bastante asiduidad a la hora de justificar esa baja moral de los soldados ahora enemigos. Los evadidos señalaban que muchas de las unidades estaban formadas por soldados de remplazo provenientes de las clases populares, es decir, por trabajadores, lo cual les hacía especialmente renuentes a la guerra y, al mismo tiempo, distantes respecto a la retórica propagandística grandilocuente que ensalzaba la experiencia en las trincheras. Además, se apuntaba que los soldados desconfiaban de sus oficiales en la medida en que las promesas de un fin rápido de la guerra se habían venido abajo, sobre todo con la ofensiva republicana sobre la capital del Aragón meridional, que había frenado una inminente operación destinada a tomar de una vez por todas Madrid y asestar un golpe decisivo al conflicto. Esto, consecuentemente, había hecho aumentar, según afirmaban los desertores, el cansancio entre las tropas, debido también a los considerables índices de bajas soportados. Una situación que había necesitado de la acción de la propaganda para el mantenimiento de la moral de la tropa, que solo se sostendría gracias a las noticias falsas propagadas por los mandos. Solo en tres casos, de individuos que habían servido en banderas de Falange y tercios de requetés, se afirmaba que la moral de la unidad era alta.

De este modo, y dejando a un lado las consideraciones acerca de la veracidad concreta de cada una de las declaraciones, lo que reflejaban los testimonios de los desertores era una evidente realidad. El ejército rebelde incorporaba entre sus efectivos a individuos de múltiples procedencias y sensibilidades político-sociales, resultando imposible discernir, solo en base a su trayectoria en las fuerzas armadas o a testimonios parciales definidos por los marcos de referencia en los que se hacían públicos, determinar si un

⁸⁶⁹ Referido a esta cuestión, y salvo que se especifique lo contrario, la documentación a la que me referiré es la siguiente: AGMAV, C. 895, 15. 12 DIEPR, EM, Información, “Declaraciones de evadidos y prisionero del campo enemigo”, junio a octubre de 1937; AGMAV, C. 895, 17. 12 DIEPR, EM, Información, “Declaraciones de evadidos y prisionero del campo enemigo”, enero y febrero de 1938; AGMAV, C. 895, 18. 12 DIEPR, EM, Información, “Declaraciones de evadidos y prisionero del campo enemigo”, marzo a junio de 1938; AGMAV, C. 895, 19. 12 DIEPR, EM, Información, “Declaraciones de evadidos y prisionero del campo enemigo”, julio a diciembre de 1938.

individuo era más o menos afecto al bando en el que le había tocado luchar. De hecho, esta realidad era lógicamente conocida por todos los soldados, tal y como subrayaba el teniente médico José Aznares: «lo que es la suerte geográfica [...] en ambos bandos –ello es indudable– hay gentes que luchan con toda convicción, y gentes que luchan porque les tocó allí y no tienen otro medio de intentar sobrevivir».⁸⁷⁰ Al mismo tiempo, el hecho de que individuos que se habían presentado voluntarios a servir en las filas rebeldes desertasen evidenciaba las limitaciones de las políticas de adoctrinamiento, y también ponía en cuestión los apriorismos sobre sus propias motivaciones para alistarse motu proprio en el ejército insurgente. En el caso de la muestra aquí estudiada, dos se habían alistado por miedo a ser detenidos, dada su pasada militancia política, mientras que un tercero lo había hecho para así poder ser trasladado a la península y fugarse, pues era oriundo de Mallorca. Igualmente, otro de los desertores afirmaba que su unidad estaba compuesta esencialmente por trabajadores, los cuales se alegraban falsamente de los triunfos rebeldes porque eso suponía que la guerra terminaría antes, pero no porque verdaderamente desearan el triunfo de las armas sublevadas.

Por otro lado, a tenor de lo que figura en las declaraciones, las políticas de reeducación y reintegración de prisioneros de guerra republicanos adolecieron también de ciertos problemas. Si ya he apuntado antes que 9 de los 26 desertores que se presentaron a la 12 DIEPR eran individuos que ya habían servido previamente en las filas republicanas –es decir, 1 de cada 3–, en 3 de estos casos los evadidos apuntaban que había otros prisioneros de guerra deseando pasarse, lo que indicaba que el proceso de reintegración no era todo lo efectivo que el ejército rebelde pudiera desear. Además, la propia recluta que se llevaba a cabo en áreas que habían estado mucho tiempo bajo control gubernamental arrojaba problemáticas similares. Es el caso que denunciaba en noviembre de 1938 el jefe de la 73 DI, que había recibido unos 100 soldados de refresco para el 9º Batallón del Regimiento de Infantería Toledo nº 26. Todos procedían de zonas de Cataluña y Valencia, teniendo por ende familia allí, lo que había llevado a que se les sometiese a una estrecha vigilancia. De hecho, varios intentaron desertar al tiempo que otros dejaron clara su escasa afinidad con el bando sublevado, realizando manifestaciones contrarias al mismo. De igual modo, el escrito denunciaba que otra parte de este contingente procedía de campos de concentración, y que en conjunto constituían el doble de los solicitados para cubrir la plantilla –98 en vez de 49–, lo que parecía indicar que el problema se iba pasando de una unidad a otra para así evitar tener que lidiar con un material humano sumamente desafecto.⁸⁷¹ En todo caso, lo que quedaba claro era que los programas destinados a reintegrar efectivamente a individuos que habían vivido largo tiempo en zona republicana, ya fuese encuadrados en el EPR o simplemente en territorios bajo su control, presentaban deficiencias evidentes. Quizá, en este sentido, la necesidad de seguir nutriendo a las unidades del ejército sublevado, especialmente en este caso tras las operaciones del Ebro, implicó una relajación de las medidas de vigilancia y control destinadas a monitorizar estos colectivos “sospechosos”, pero por lo que atestiguaban los informes de evadidos de la 12 DIEPR el goteo de prisioneros desertores fue constante durante toda la guerra.

⁸⁷⁰ AKELA [José Aznares García]: op. cit., pp. 80-81.

⁸⁷¹ AGMAV, C. 1796, 6. 73 DI, Información, “De presentados y desertores, según escrito de la División”, noviembre de 1938.

En definitiva, lo que he intentado plantear en este último capítulo de la segunda parte ha sido la otra realidad de la experiencia de guerra, entendida en términos político-ideológicos, que en líneas generales representaría a un porcentaje mucho más grande de individuos que los descritos por las memorias publicadas inmediatamente después del final del conflicto. No se trataba únicamente de aquellos que mostraron una oposición frontal a los postulados del bando y el ejército rebeldes, sino esencialmente de los que encontraron diversos puntos en común con el discurso codificado por la propaganda, pero que al mismo tiempo difirieron en otros, planteando una realidad matizada que constituyó la generalidad del paso por el frente de estos soldados. Por supuesto, eso no significa que aquellos que defendían su condición de fascistas, de voluntarios convencidos por la narrativa de la Cruzada, o que afirmaban una particular toma de conciencia tras una vida previa alejada de la militancia fuesen una minoría marginal dentro del ejército sublevado.⁸⁷² Como demuestra la movilización del verano de 1936, las raíces de la contrarrevolución eran amplias y profundas en España. Pero resulta evidente que la heterogeneidad era la nota dominante, y que el proceso de socialización ideológica adoleció de múltiples problemas. De hecho, los propios informes del ejército rebelde señalaban esta cuestión, en fechas tan avanzadas como marzo de 1938. En un informe elaborado sobre el estado de la 32 DI se indicaba que la propaganda propia era escasa y débil, pese a la considerable dedicación puesta en su buen funcionamiento. Se apuntaba que el éxito republicano en Teruel había sido profusamente explotado, propagandísticamente hablando, por las unidades enemigas del sector, lo cual había hecho aumentar ligeramente las deserciones de la división.⁸⁷³ Una consecuencia que, dicho sea de paso, demostraba la influencia que la propaganda tenía entre la tropa. Sin embargo, estos problemas ya venían de largo, a tenor de lo que señalaba otro informe, este de mayo de 1937, en el que se resaltaba la misma cuestión, que hacía que los soldados desconociesen por completo los principios del Movimiento. Algo que, además, refrendaban también los propios aliados de Franco, como en un informe circulado entre los mandos del CTV a principios de 1938.⁸⁷⁴

Sin embargo, pese a este escenario de heterogeneidad, evidente y que dominó la construcción del ejército sublevado, existieron también elementos de identificación transversales al conjunto de los combatientes y que, de hecho, se nutrieron de la propia morfología de la experiencia y de los mecanismos de lealtad y solidaridad establecidos entre la tropa. Por ejemplo, el soldado Manuel Alfredo Paz ponía énfasis en cómo un bombardeo republicano, coincidente con la celebración de una misa de campaña, había unido más a su unidad en torno al acto que estaba teniendo lugar:

«Durante toda la ceremonia, no dejaron los rojillos de lanzarnos pepinos y más pepinos que pasaban por encima de nuestras cabezas, con el peculiar zumbido, y que

⁸⁷² Algunos ejemplos, además de los fragmentos ya citados anteriormente, en Maurizio BASSI: op. cit., p. 20; Mario CANGIANELLI: op. cit., p. 14; Amaro IZQUIERDO: op. cit., p. 25; Fernando FERNÁNDEZ DE CÓRDOBA: op. cit., p. 24; Davide LAJOLO: op. cit., pp. 7 y 203-204; Guido Pietro MATTHEY: op. cit., p. 23; Alfredo RONCUZZI: op. cit., p. 9; José SANZ Y DÍAZ: op. cit., p. 22; Salvador TORRIJOS BERGES: op. cit., p. 195; y Francisco VALLES COLLANTES: op. cit., p. 5.

⁸⁷³ AGMAV, C. 2580, 96. CGG, EM, Ejército del Sur, “Informe sobre visita de inspección”, marzo de 1938.

⁸⁷⁴ Sara NÚÑEZ DE PRADO Y CLAVELL: *Servicios de información...*, pp. 329 y 336.

producían en todos nosotros ciertos escalofríos. Pocas misas se habían oído con más fervor religioso que aquella, en que, a cada instante, se estaba esperando el trallazo que lo enviare a uno a dar estrecha cuenta al Señor de las actuaciones terrenas. Sin embargo, todos oyeron la Santa Misa sin pestañear.»⁸⁷⁵

La construcción de instrumentos de identificación con la colectividad que representaban la unidad y el grupo primario permitía resignificar, como apuntaba al hablar de la camaradería, los ataques como agresiones contra todos sus integrantes. De este modo, los combatientes cerraban filas con sus propios compañeros y con su propia identidad colectiva como mecanismo de defensa, como en el caso de la misa de campaña que mencionaba Paz Fernández. Eso no significaba una conversión automática o una toma de conciencia a la luz de la agresión enemiga, pero sí creaba esa sensación de colectividad, salpicada de ideas básicas con un evidente trasfondo ideológico, que utilizaba el vehículo de la camaradería para influir, más o menos, en cada uno de los combatientes.⁸⁷⁶ Desde luego, resulta imposible determinar ese grado de influencia a partir de las fuentes de las que disponemos, pues toda reconstrucción experiencial, y más aquellas generadas en un determinado contexto de necesidad de legitimación empírica –provista por los combatientes–, no deja de tener límites considerables tanto en su verificabilidad como en su representatividad. Sin embargo, sí es posible plantear la existencia de todos estos mecanismos de confluencia en torno a unas identidades que, si bien no eran percibidas o entendidas por muchos combatientes a través de los esquemas impuestos por el discurso oficial, encontraron en la camaradería su vehículo de propagación ideal. Sin ir más lejos, la voluntad de un capellán de exponerse y ofrecer consuelo a los hombres de su unidad, de estar «en los lugares de mayor peligro, prodigando consuelos por doquier [...] siempre atento a favorecer a cualquier de nosotros», e incluso de significar su compromiso con la tropa «comiendo también muchas más veces con nosotros que con aquellos [los oficiales]», no le hacía un instrumento infalible de socialización ideológica, o de catolización.⁸⁷⁷ Pero sí le convertía en un individuo más del núcleo de camaradas de la unidad, lo que le permitía, por mor de esa lealtad y gratitud mutua generada al calor del combate, establecer lazos de afinidad con los soldados de la misma, una cuestión que en cierto modo facilitaba su labor. Porque la camaradería fue, en definitiva, el alfa y el omega de la experiencia bélica del combatiente en el frente.

⁸⁷⁵ Manuel Alfredo PAZ FERNÁNDEZ: op. cit., pp. 54-55.

⁸⁷⁶ Por ejemplo, la retaguardia también asistió a un crecimiento de la religiosidad, que si bien en no pocos casos era fruto de actitudes instrumentalistas de los individuos, también tenía una buena dosis de creencia y convicción. Véase Claudio HERNÁNDEZ BURGOS: “Bringing back Culture...”, p. 458.

⁸⁷⁷ Anónimo: *Artillería de Mallorca...*, entrada del 10 de septiembre de 1938.

Parte III.

El ejército como ejecutor del proyecto insurgente. Violencia bélica y políticas de ocupación

«Las escuelas nos invitan a dar charlas. ¿De qué se supone que tengo que hablarles? De las operaciones militares... De mi primer muerto... [...] De cómo capturábamos prisioneros pero no los entregábamos al cuartel... O no siempre. [*Se calla*] En un año y medio de guerra nunca vi a un *dushmán* vivo, solo muertos. ¿De las colecciones de orejas humanas desecadas? Trofeos de guerra... Cómo se jactaban de ellos... ¿De los *kishlak*, que después de darles un repaso con la artillería se parecen más a un campo arado que a un pueblo? ¿Será esto lo que quieren oír en nuestras escuelas? Qué va, allí necesitan a los héroes.»

Soldado granadero, veterano soviético de Afganistán⁸⁷⁸

La experiencia bélica de los soldados sublevados durante la Guerra Civil Española puso parte de los cimientos que posibilitaron la construcción del régimen franquista partir de abril de 1939, una vez derrotado el EPR, aunque no acabada la guerra. Las particulares condiciones en las que estos individuos tuvieron que combatir generaron marcos propiciatorios para la difusión de una tarea de adoctrinamiento a la que el bando rebelde se entregó con ahínco, encontrando en la movilización militar uno de sus principales instrumentos. Por supuesto, dicha tarea afectó también a la población que no fue movilizadada para el esfuerzo de guerra y que vivió el conflicto desde la retaguardia, si bien en este caso los vectores que vehicularon el proceso fueron más variados, más heterogéneos. En este sentido, el ejército buscó cumplir una función esencial, esto es, la nacionalización en clave fascista de los cientos de miles de individuos que pasaron por sus filas, una labor que, como ya he señalado anteriormente, quizá fuese más relevante que la propia victoria militar. Bien es cierto que sin el triunfo de las armas toda tarea de socialización ideológica serviría para poco. Pero, al mismo tiempo, sin la potencial transformación de esos cientos de miles de combatientes en posibles apoyos sociales del nuevo régimen quizá la victoria militar fuese insuficiente, sobre todo a tenor del proyecto totalitario que se buscaba construir en España. Por ende, lo que el golpe propició fue, además de una guerra total que permitía la puesta en marcha de un proyecto radical en su concepción e implementación, la generación de un marco de oportunidad idóneo para la convergencia hacia la propuesta política del fascismo de miles de individuos que, anteriormente, estaba fuera del rango de alcance de la contrarrevolución. Su inclusión en el ejército merced a la conscripción decretada en territorio sublevado les forzó a pasar por los programas de adoctrinamiento e instrucción, con los problemas ya señalados en la primera parte. Les insertó de lleno en

⁸⁷⁸ Svetlana ALEXIÉVICH: op. cit., p. 41.

el universo de la trinchera, que había generado una particular cultura en torno a la experiencia bélica pero cuyos marcos de referencia no podían escapar de la dimensión ideológica conferida a la guerra, lo que fue aportando prácticas, lenguajes y percepciones. Y, quizá lo más efectivo, les obligó a escuchar lo que la Nueva España tenía que ofrecerles, no ya en materia de trascendencia histórica o grandilocuencia discursiva, sino en conceptos prosaicos y plenamente operativos en el terreno de lo real como el orden, el trabajo o el cuidado de la familia. Es decir, que la movilización constituyó una experiencia nuclear sin la cual resulta imposible entender los procesos constructivos del franquismo.

Pero dichos procesos no solo tuvieron que ver con la necesidad de incorporar a amplios sectores sociales al proyecto fascista a través del adoctrinamiento, la propaganda y el ofrecimiento de contraprestaciones por su aquiescencia, sino que también se referían a cómo se construía la nueva comunidad nacional, cuáles eran sus contornos y, sobre todo, quiénes eran sus integrantes. Una cuestión en la que, nuevamente, el ejército jugó un papel decisivo. La particular morfología del golpe y los primeros meses de guerra pusieron dos elementos centrales sobre la mesa del bando sublevado. Por un lado, la existencia de amplias zonas del país, como Andalucía o Extremadura, pero también Galicia o Navarra, tal y como ha demostrado la historiografía, en las que existían significativos sectores de población desafecta hacia los insurrectos. Y, por otro y pese a las elevadas tasas de violencia implementadas en el verano de 1936, la presencia de un considerable número de individuos jóvenes en edad de combatir, de una lealtad incierta y que, en este sentido, podían suponer un grave problema de seguridad.⁸⁷⁹ Ante este escenario, la movilización masiva se tornó un mecanismo esencial de control de todos estos individuos, ejerciendo consecuentemente como herramienta para el establecimiento de un dominio efectivo sobre las áreas potencialmente disidentes, toda vez que eliminaba de ellas a los sujetos que podían articular esas resistencias. Pero, al mismo tiempo, el encuadramiento permitía continuar profundizando en la labor de purga del cuerpo social de la nación,

⁸⁷⁹ Sobre esta cuestión véanse, entre una miríada de títulos, Josep María SOLÉ I SABATÉ y Joan VILLARROYA: *La repressió a la rera guarda de Catalunya (1936-1939)*, 2 vols., Barcelona, Publicacions de l'Abadía de Montserrat, 1989; Julián CASANOVA et al. (eds.): *El pasado oculto. Fascismo y violencia en Aragón*, Zaragoza, Mira Editores, 1999; Santos JULIÁ (ed.): *Víctimas de la guerra civil*, Madrid, Temas de hoy, 1999; Chris EALHAM y Michael RICHARDS (eds.): *The splintering of Spain. Cultural History and the Spanish Civil War, 1936-1939*, Cambridge, Cambridge University Press, 2005; Francisco ESPINOSA MAESTRE: *La justicia de Queipo. Violencia selectiva y terror fascista en la II División en 1936*, Barcelona, Crítica, 2005; Santiago VEGA SOMBRÍA: *De la esperanza a la persecución. La represión franquista en la provincia de Segovia*, Barcelona, Crítica, 2005; Carlos GIL ANDRÉS: *Lejos del frente. La guerra civil en La Rioja alta*, Barcelona, Crítica, 2006; Julio PRADA RODRÍGUEZ y Jesús DE JUANA LÓPEZ: *Lo que han hecho en Galicia: violencia, represión, y exilio, 1936-1939*, Barcelona, Crítica, 2006; Rafael CRUZ: "Olor a pólvora y patria. La limpieza política rebelde en el inicio de la guerra de 1936", *Hispania Nova*, 7 (2007), disponible en <http://hispanianova.rediris.es/7/dossier/07d007.pdf> (consultado por última vez el 05-05-2019); Ricardo ROBLEDO (ed.): *Esta salvaje pesadilla. Salamanca en la Guerra Civil Española*, Barcelona, Crítica, 2007; Carlos GIL ANDRÉS: "La zona gris en la España azul. La violencia de los sublevados en la Guerra Civil", *Ayer*, 76 (2009), pp. 115-141; Antonio MÍGUEZ MACHO: *Xenocidio e represión franquista en Galicia: a violencia de retaguardia en Galicia na Guerra Civil (1936-1939)*, Lóstrego, Santiago de Compostela, 2009; Julián CASANOVA et al. (eds.): *Morir, matar, sobrevivir...*; Julio PRADA RODRÍGUEZ: *La España masacrada. La represión franquista de guerra y posguerra*, Madrid, Alianza, 2010; Francisco ESPINOSA MAESTRE (ed.): *Violencia roja y azul, 1936-1950*, Barcelona, Crítica, 2010; o Paul PRESTON: *El holocausto español...*

tanto hacia los individuos que habían escapado a las primeras oleadas de terror como hacia los que en principio no eran un objetivo de la violencia pero que pudieron ser monitorizados y detectados a través de los sistemas de vigilancia interna articulados en el seno de las diferentes unidades. De esta forma, la construcción del ejército de masas se convirtió en un instrumento represivo en sí mismo, desactivando preventivamente potenciales focos de inestabilidad y, en cualquier caso, extendiendo la tarea purgativa en el tiempo, adquiriendo así esta cuestión una dimensión totalizante y sistemática de la que resultaba difícil escapar, pero que también presentó sus propios problemas, como veremos. Esto también contribuyó parcialmente a esa depredación de las redes de sociabilidad existentes entre los individuos que mencionaba en capítulos anteriores, mediante la introducción de variables de naturaleza político-ideológica que tuvieron en la delación y el señalamiento, sobre la base del cálculo de oportunidades, sus fuerzas motrices.

En cualquier caso, más allá de esa función fundamental de control y encuadramiento social, el otro gran papel que el ejército desempeñó en la construcción del régimen franquista tuvo que ver con la implementación de la violencia sobre el terreno, es decir, con la ejecución de la tarea de profilaxis social que el fascismo español tenía codificado en el ADN de su proyecto político. Ciertamente una parte considerable de la misma fue llevada a cabo por milicias de segunda línea una vez las unidades del ejército regular habían tomado un determinado enclave y habían proseguido avanzando siguiendo el curso de las operaciones.⁸⁸⁰ Sin embargo, los marcos normativos, formas, objetivos y límites de la violencia desplegada por el bando rebelde pueden identificarse nítidamente a través de la evolución de las políticas de ocupación desplegadas por el ejército insurgente. Estas se fueron transformando al calor de la propia dinámica del conflicto, ajustándose a lo que en cada momento los dirigentes rebeldes consideraban como primordial. Es decir, que la violencia desplegada en el frente por el ejército, que no la llevada a cabo en las retaguardias –y tampoco esta–, no tuvo un carácter homogéneo y constante durante toda la guerra, midiéndose de forma muy precisa su función dentro del proceso constructivo de la dictadura. Desde luego, ostentó un lugar central en la limpieza de la anti-España, pero al mismo tiempo jugó un papel, mediante su modulación, en la apertura de escenarios para la incorporación de regiones y poblaciones considerablemente desafectas hacia el incipiente régimen franquista, como Cataluña o Valencia. La construcción de un Estado a partir de la devastación de tres años de guerra civil no pasaba por la eliminación física de la mitad de su población, ni tampoco por la destrucción total de su tejido industrial o agrario, elementos que fueron incorporados al diseño de las formas de actuación del ejército en las nuevas zonas que se iban ocupando.⁸⁸¹

⁸⁸⁰ Rafael CRUZ: “Las campañas rebeldes de aniquilación del enemigo”, *Ayer*, 76 (2009), pp. 75-77; Julio PRADA RODRÍGUEZ: “Las milicias de segunda línea en la retaguardia franquista: el caso de Galicia”, *Cuadernos de Historia Contemporánea*, 33 (2011), pp. 255-273; Fernando MIKELARENA PEÑA: “Estructura, cadena de mando y ejecutores de la represión de boina roja en Navarra en 1936”, *Historia Contemporánea*, 53 (2016), pp. 593-621.

⁸⁸¹ La relevancia que se le busca conferir a la violencia bélica desplegada por el ejército rebelde contribuiría a dotar de contenido empírico a la reflexión que algunos historiadores han planteado acerca de la necesidad de considerar frente y retaguardia como dos espacios, sí, diferentes, pero en cualquier caso indisolubles el uno del otro, en constante relación y retroalimentación. Véanse Javier RODRIGO: *Retaguardia...*; o Miguel Á. DEL ARCO BLANCO: “Before the Altar of the Fatherland...”.

Los combatientes tuvieron, de forma ineludible, el papel protagónico en el despliegue de la violencia bélica necesaria para definir las fronteras de la comunidad nacional. En última instancia, estos se convirtieron en los ejecutores de un proceso con múltiples aristas, constituyendo la experiencia de la violencia otro factor de socialización y permeación ideológica. Los actos cometidos por las tropas se explicaban por múltiples motivaciones y lógicas, como he apuntado en capítulos anteriores y como detallaré a lo largo de esta última parte de la tesis. Sin embargo, siempre acontecieron enmarcados en un contexto de destrucción de los enemigos de la verdadera España, de permisividad respecto a la brutalidad con la que se trataba a determinados individuos definidos mediante amplias categorías de indentificación del enemigo y, en definitiva, de legitimación *de facto* de buena parte de los abusos cometidos por las tropas. El intento de imposición de límites, tenues durante la mayor parte de la guerra, en la aplicación de dicha violencia en función de a quiénes afectaban los abusos y desmanes, incluso las etapas en las que se implementaron prácticas violentas de tipo masivo e indiscriminado, orientaba ideológicamente las acciones de los soldados, generando los marcos de referencia que marcaban los márgenes sociales del Nuevo Estado. Esto tuvo su reflejo concreto en determinadas conductas de las tropas, evidenciándose de forma más clara cuando los altos mandos rebeldes buscaron reorientar, en un contexto de más que probable victoria, el modo en que se implementaba la violencia. De hecho, aquí surge otra de las aristas a las que hacía mención, como es la del modo en que dicha violencia se experimentó, percibió y codificó a ras de suelo. Pese a la construcción de esos marcos de referencia a los que aludía, en no pocas ocasiones la violencia no respondió a criterios ideológicos, al menos planteados explícitamente. Su despliegue dependió también de la contingencia y el contexto de cada situación particular, y se vio influenciado por dinámicas propias del frente. Sin ir más lejos, algunas de estas dinámicas tenían mucho que ver con la construcción de lazos y relaciones de camaradería, lo que puso de manifiesto los límites existentes en la planificación de las políticas de ocupación desde la óptica cenital del CGG, que no tenía en consideración variables propias y exclusivas del campo de batalla. En este sentido, la experiencia de la violencia constituyó, también, uno de los límites del proceso de fascitización, pues al igual que con otros aspectos ya vistos, algunos combatientes mostraron su desacuerdo y su rechazo. Sin embargo, eso supone que, primeramente, fue un vector de ideologización o, al menos, que contribuyó a la significación de la experiencia de muchos individuos que, bajo el paraguas de la limpieza de la anti-España, se entregaron a ella. De modo subyacente, como trasfondo o como retórica legitimadora, pero dotándola de sentido y permitiendo su inclusión dentro del marco general de la construcción del fascismo en España

Capítulo 11

La vigilancia en el seno de las fuerzas armadas. Encuadramiento, control social y represión

Hacia finales del mes de abril de 1937, el general en jefe del sector norte del Guadalquivir, que comprendía las localidades cordobesas en torno a Espiel, Bélmez y Fuente Ovejuna, envió varios telegramas postales al general jefe del Ejército del Sur, Gonzalo Queipo de Llano, informándole acerca de diversas deficiencias que observaba en la organización de su zona de responsabilidad. Uno de estos documentos hacía referencia al cuestionable estado moral de los integrantes de las banderas falangistas y las formaciones militares del ejército regular desplegadas en su sector, que se explicaba por el origen social de los combatientes. El telegrama, apuntaba que

«en las organizaciones militares de Falange han ido reemplazando el personal de las clases acomodadas y elevadas por una recluta poco escogida entre elementos populares valiéndose en la mayoría de los casos de individuos que ni por su edad en algunos casos ni por sus antecedentes en otros, no dan el rendimiento que debiera.

En las unidades del ejército he podido observar no existe el encuadre que deberían ni la proporción del soldado de cuota tan beneficioso ya que por sus ideas y por su cultura serían auxiliares del mando y factores importantes en el mantenimiento de la moral de las unidades.»

El documento reconocía una realidad evidente, que ya he abordado al final de la segunda parte, como era la existencia de sectores sociales notablemente desafectos hacia la ideología y el proyecto del bando rebelde, cuyo adoctrinamiento no solo resultaba mucho más dificultoso sino incluso inefectivo. Por este motivo, su encuadramiento en una estructura como el ejército, que permitía un control y una vigilancia exhaustivas, constituía una necesidad vital para la supervivencia de la rebelión, ya que posibilitaba la estabilización de la retaguardia y, al mismo tiempo, siempre dejaba la puerta abierta, atravesada en no pocas ocasiones, a su punición o eliminación. En todo caso, los dirigentes sublevados, y concretamente el que firmaba el documento, no renunciaban a la posibilidad de poder transformar a estos individuos en combatientes funcionales y, por qué no, integrarlos en la nueva comunidad nacional. Aquí, de nuevo, era el ejército la herramienta esencial, vehiculándose el proceso a través de la función que ejercían, “por sus ideas y su cultura”, los soldados de cuota.⁸⁸² Es decir, que se apelaba a la camaradería y a la construcción de relaciones de admiración, referencia y, en cierto modo, paternalismo para fomentar la socialización ideológica.

Al mismo tiempo, otro de los telegramas que se enviaba desde el sector norte del Guadalquivir hacía referencia a la ausencia de población en los pueblos próximos a la línea del frente. Esta era necesaria para colaborar en las tareas de fortificación de las

⁸⁸² AGMAV, C. 2331, L. 59, 116. CGG, EM, “Medidas a tomar en el frente de Córdoba sobre reorganización, armamento, rectificación de línea y otros aspectos tras visita de inspección”, abril de 1937.

posiciones, toda vez que, como apuntaba en la primera parte de la tesis, existía una escasez generalizada de efectivos en las unidades, más aún en una fecha como abril de 1937, que estaba asistiendo todavía al desarrollo del ejército de masas. En este sentido, era imprescindible recurrir a la colaboración de los civiles, aunque eso supusiese, como indicaba el documento, la paralización del poco comercio y la escasa vida que se desarrollaba en estas localidades. Sin embargo, la concienzuda movilización republicana desarrollada en la zona, que no fue ocupada por las fuerzas rebeldes hasta octubre de 1936, había conseguido encuadrar a buena parte de los recursos humanos más valiosos de la población, esto es, a los hombres en edad militar. De este modo, el bando sublevado no solo había perdido una importante fuente de reclutamiento de nuevos combatientes para sus filas, sino también una considerable fuerza de trabajo, muy relevante dada la precariedad con la que se movían ambos ejércitos. Para paliar la situación, el documento solicitaba el envío de «paisanos» a ese sector del frente y que se obligase a los empadronados, domiciliados o con intereses en los pueblos de primera línea a regresar a los mismos y poner en funcionamiento la industria y la agricultura locales, tan necesarias también para el abastecimiento de las unidades en campaña.⁸⁸³

En esencia, lo que ambos telegramas señalaban era el crucial papel que tenía el ejército como instrumento de encuadramiento de la población, de control social y, también, de reactivación del tejido económico, todas ellas cuestiones fundamentales para el esfuerzo de guerra. No por nada, lo que Seidman denominó como “eficacia contrarrevolucionaria” se cimentaba en esa capacidad, vehiculada a través de la acción militar, de focalizar las energías en un mismo objetivo, a diferencia de un bando republicano en el que las disputas y la menor organización lastraron, de forma decisiva, la capacidad combativa del EPR, y la potencia de suministro y apoyo de la retaguardia.⁸⁸⁴ Al mismo tiempo, los documentos evidenciaban también la relevancia de esas funciones para el propio ejército, ya que sin la capitalización de todos esos recursos humanos su labor se volvía mucho más difícil y penosa. Eso sin olvidar, por supuesto, la propia labor represiva que podía continuar su curso, de forma mucho más sencilla, a través de la monitorización que de los combatientes movilizados y la población civil se realizaba. Como demostraba el telegrama enviado por el general jefe del sector norte del Guadalquivir, la identificación de una parte significativa de los individuos desafectos no era una cuestión demasiado compleja, al menos en líneas generales.

Y es que, de hecho, ya desde el primer momento los dirigentes sublevados tuvieron muy clara esa función de control y represión que debía desempeñar el ejército y que abarcaba tanto las unidades como la propia retaguardia y, también, el frente enemigo. En unas instrucciones enviadas en diciembre de 1936 por la 2ª sección del EM del CGG, esto es, la encargada de las labores de inteligencia, se decretaba la creación de una policía secreta, cuyos integrantes debían ser «personas de la máxima confianza como soldados

⁸⁸³ AGMAV, C. 2331, L. 59, 116. CGG, EM, “Medidas a tomar en el frente de Córdoba sobre reorganización, armamento, rectificación de línea y otros aspectos tras visita de inspección”, abril de 1937.

⁸⁸⁴ Michael SEIDMAN: *La victoria nacional...*, pp. 309-325. Sobre la Segunda República en guerra véanse, entre otros, Enrique MORADIELLOS: *La República asediada. Hostilidad internacional y conflictos internos*, Madrid, Península, 2010; Manuel AGUILERA Povedano: *Compañeros y camaradas. Las luchas entre antifascistas en la Guerra Civil Española*, Madrid, Actas, 2012; o José Luis MARTÍN RAMOS: *Guerra y revolución en Cataluña, 1936-1939*, Barcelona, Crítica, 2018.

muy probados [...], falangistas elegidos o paisanos de toda confianza conocedores de la región y de sus habitantes». Las funciones de este organismo estaban claras: enviar informadores al campo enemigo para recabar información, controlar el tránsito de individuos en las zonas próximas al frente, vigilar instalaciones críticas, detectar la propagación de rumores derrotistas, monitorizar la población local de los enclaves recién tomados al enemigo y prestar una especial atención a los individuos que se habían evadido del campo republicano.⁸⁸⁵ Toda una serie de labores en las que se pretendía aprovechar esa proximidad y conocimiento de los individuos encuadrados en dicha policía secreta, que permitían utilizar el despliegue de las diferentes unidades del ejército a lo largo de la geografía española para ir articulando unos procesos de depuración mucho más eficientes. Es decir que, en esencia, esta labor, articulada por el recientemente creado Servicio de Información Militar (en adelante, SIM), precedente del SIPM, buscaba ir estableciendo los mecanismos y estructuras de control social necesarios para el sustento de la dictadura.⁸⁸⁶ Así, la paulatina construcción de redes de confidentes, necesarios para atender a todas las funciones diseñadas por la directiva, permitió generar lazos de afinidad y lealtad con el incipiente Nuevo Estado aún en fase embrionaria, toda vez que, además de la posibilidad de obtener réditos políticos y sociales de la colaboración en las denuncias y las delaciones, a los enrolados en esta policía secreta se les ofrecía la nada despreciable cantidad de 5 pesetas diarias en concepto de haber.

Sin embargo, el sustento de la dictadura a través del control de la retaguardia y de la precisión, mediante la incorporación progresiva de informaciones de ámbito local, y extensión, en el tiempo y en el número de personas a las que alcanzó, de las políticas de profilaxis social era una idea más a largo plazo, pensando en la organización definitiva del Estado una vez terminase la guerra. A corto plazo, la función de vigilancia interna y externa del ejército tenía mucho que ver con la optimización de los recursos disponibles, considerando el escenario de escasez, mala organización e ineficiencia que veíamos en la primera parte de esta tesis. Un documento de enero de 1938 relativo a la constitución de la policía secreta en el seno de la 107 DI, desplegada en el frente de Toledo, hacía hincapié precisamente en esta cuestión, poniendo en relación la falta de efectivos para un cubrir un sector muy amplio con la necesidad de potenciar los servicios de vigilancia en el frente y en la retaguardia, que no por nada constituían un elemento esencial del propio dispositivo defensivo. Para ello, solicitaba el reforzamiento de dicho servicio, pues en ese momento el de la unidad contaba «solamente con personas civiles cuyo espíritu de cooperación se hace preciso mantener y que por falta de orientación está decayendo considerablemente, agravándose con ello la situación del territorio en que actúa esta G.U., que bien puede considerarse como enemigo en gran parte». Es decir, que a juicio de la inteligencia de la 107 DI, el peligro no solo venía del otro lado de la línea del frente, sino también

⁸⁸⁵ AGMAV, C. 1218, 36. Ejército del Norte, Información, “Policía secreta. Organización en frentes y retaguardia”, diciembre de 1936.

⁸⁸⁶ Sobre la creación del SIM, a partir de agencias preexistentes, como un denominado “Cuerpo de Investigación y Vigilancia”, o personal procedente de otros servicios, como la Sección del Servicio España del Estado Mayor Central constituida en época republicana, véase Morten HEIBERG y Manuel ROS AGUDO: *La trama oculta de la Guerra Civil. Los servicios secretos de Franco, 1936-1945*, Barcelona, Crítica, 2006, pp. 48-50.

desde la propia retaguardia, lo que hacía esenciales las tareas de vigilancia y, consecuentemente, de detención y eliminación de los elementos sospechosos o potencialmente peligrosos. De hecho, en los documentos que seguían a este primer informe se detallaban las actuaciones realizadas por el servicio de policía secreta del CE al que pertenecía la 107 DI, el I, durante el mes de enero. En total, se había procedido a la elaboración de informes sobre los antecedentes de 20 civiles, 3 soldados y 1 republicano preso en un campo de concentración. Igualmente, se detuvo a 3 combatientes por realizar labores de espionaje para el enemigo, se mantuvieron hasta 7 contactos diferentes con agentes propios que operaban en zona republicana y que informaban de los movimientos de tropas del EPR –como, por ejemplo, un pastor–, y se investigó entre la población de Mesegar del Tajo para el nombramiento del alcalde y el jefe local de Falange. Además, se informaba también de la cantidad invertida en estas labores de inteligencia, un total de 4.000 pesetas, que esencialmente se había destinado al pago de los haberes de los agentes y confidentes en nómina y, puntualmente, de individuos que hubieran colaborado con el ejército rebelde. Sin ir más lejos, la lista de todos estos contactos ascendía, para los 5 agentes que operaban en el sector, hasta los 37 individuos, entre los cuales había maestros, monjas, comerciantes, autoridades locales o dueños de tabernas.⁸⁸⁷ En definitiva, un considerable despliegue de recursos humanos y materiales que ponía de manifiesto que la tarea del ejército no solo estaba centrada en ganar la guerra, sino también en construir la comunidad nacional a través de la eliminación de las impurezas sociales. Una dimensión apreciable, comparativamente hablando, si consideramos que el documento empezaba quejándose de la escasez y falta de eficacia de, al menos, parte de los individuos que conformaban el servicio de vigilancia, concretamente los de la 107 DI.

De este modo, el ejército logró aunar en su labor de control dos elementos esenciales para entender el modo en que se desplegó la violencia por parte del bando sublevado. Por un lado, la necesidad militar de controlar el espacio en torno al frente, para conocer la actividad del enemigo y, sobre todo, evitar que la retaguardia fuese un escenario de inestabilidad que pudiese comprometer la seguridad de las unidades. Y, segundo, la propia depuración de la anti-España, que encontraba en esa necesidad militar el vehículo de expansión idóneo. Es decir, que resulta imposible disociar el esfuerzo de guerra de la construcción del proyecto fascista, al igual que resultaba imposible, como planteaba antes, separar la labor de adoctrinamiento en valores militares de la propia fascistización de la sociedad española a la que aspiraban los propósitos más político-ideológicos de los rebeldes. No en vano, la directiva que veíamos de 1936 señalaba toda una serie de comportamientos amplios y ambiguos que podía ser susceptibles de persecución, como por ejemplo el mero comentario sobre las operaciones de guerra, una cuestión habitual en el marco de un conflicto bélico pero que podía emplearse como subterfugio para la detención o el asesinato de una determinada persona sospechosa o con un pasado “indeseable”.

Esta confluencia entre necesidad militar y proyecto político se puede apreciar en diversos ejemplos en los que se concretó esta función de vigilancia y control de las fuerzas

⁸⁸⁷ AGMAV, C. 1860, 11. 107 DI, Información, “Organización del servicio de policía secreta”, enero de 1938.

armadas. Un de ellos lo podríamos encontrar en el caso de los denominados “emboscados”, individuos que deberían haberse incorporado a filas al haber sido movilizadas su quinta pero que no lo habían hecho.⁸⁸⁸ Algunas de las razones para no atender a la llamada del ejército podían ser perfectamente legales y válidas, encontrando en ocasiones la complicidad por parte de las autoridades rebeldes, como la necesidad de emplear sus servicios en tanto que obreros especializados en alguna de las fábricas de sus localidades de origen, el hecho de que tuviesen cometidos administrativos o de otro tipo que les impidiesen dejar su puesto, o la responsabilidad de tener que sacar adelante a una familia en situación de especial vulnerabilidad –como una madre viuda y varios hermanos.⁸⁸⁹ Sin embargo, otros motivos tenían que ver con el simple y puro miedo a la guerra, algo que como veíamos en la primera parte de la tesis constituía un elemento central de la experiencia combatiente, o con el temor a ser descubierto y depurado por un pasado izquierdista, dos casuísticas contra las que el ejército buscaba luchar a través de la implementación de los mecanismos de vigilancia. De hecho, la cuestión de los “emboscados” fue un terreno propicio para la participación de la población civil en retaguardia a través de la delación, que generalmente era la principal vía que tenían las autoridades rebeldes para detectar este tipo de casos.⁸⁹⁰ Por ejemplo, en abril y mayo de 1937 se presentaron varias denuncias contra individuos que no se habían incorporado al ejército cuando les correspondía, siendo muchos de los denunciados familiares de jóvenes que sí lo habían hecho. Es el caso de la localidad burgalesa de Padilla de Arriba, donde madres y esposas de combatientes denunciaron a las autoridades la presencia en el pueblo de mozos de entre 21 y 27 años que

⁸⁸⁸ También se denominaba “emboscados” a los que se habían alistado voluntariamente o incorporado al ejército con el objetivo de, a la menor posibilidad, desertar a las filas enemigas. De hecho, esta situación tuvo una especial incidencia entre individuos movilizados en el verano de 1936, en milicias falangistas en muchos casos. Véanse James MATTHEWS: *Reluctant Warriors...*, p. 222; o Germán RUIZ LLANO: op. cit., pp. 95-96. Un caso en el que se acusaba a elementos de la Falange de Aragón desplegados en el sector Zuera-Belchite de haberse conchabado con los republicanos para facilitar una ofensiva en la zona, y que por ende sería un potencial reflejo de la presencia de estos “emboscados” en unidades de Falange, en AG-MAV, C. 1884, 8. 150 DI, Depuración, “Ordenando se proceda con urgencia a la misma del personal de Falange en el sector Zuera-Belchite”, septiembre de 1937. Un testimonio en el diario de José LLORDÉS: op. cit., p. 312, quien apuntaba que «muchos [...] se afiliaron a las banderas de Falange por miedo a que en sus pueblos los detuvieran y [...] tendrían ocasión de pasarse a los rojos».

⁸⁸⁹ A este respecto véase Germán RUIZ LLANO: op. cit., pp. 259-260.

⁸⁹⁰ Sobre la colaboración civil en los procesos represivos desarrollados durante la Guerra Civil y el franquismo, mediante denuncias o delaciones, véanse Ángela CENARRO LAGUNAS: “Matar, vigilar y delatar. La quiebra de la sociedad civil durante la guerra y la posguerra en España (1936-1948)”, *Historia social*, 44 (2002), pp. 65-86; José Antonio PAREJO FERNÁNDEZ: “Fascismo rural, control social y colaboración ciudadana. Datos y propuestas para el caso español”, *Historia social*, 71 (2011), pp. 143-159; Antonio MÍGUEZ MACHO: “Perpetradores y gente corriente: la mirada del otro”, en Óscar RODRÍGUEZ BARRERA (coord.), *El franquismo desde los márgenes: campesinos, mujeres, delatores, menores...*, Almería, Universidad de Almería, 2013, pp. 57-75; Miguel CABO VILLAVARDE y José Manuel VÁZQUEZ VARELA: “Las otras guerras de nuestros antepasados. La violencia intracomunitaria en la Galicia rural contemporánea”, *Hispania*, 75:251 (2015), pp. 781-804; Miguel Á. DEL ARCO BLANCO y Claudio HERNÁNDEZ BURGOS: “Los componentes sociales de la represión franquista: orígenes, duración, espacios y actores”, *Historia Actual*, 41:3 (2016), pp. 77-90; o Claudio HERNÁNDEZ BURGOS: “De la cultura de guerra...”, pp. 133-135. En cualquier caso, la necesaria participación de los civiles mediante la delación evidencia los límites de la capacidad coercitiva del estado, que generalmente se tiende a sobredimensionar sin considerar las enormes dificultades que supone el control exhaustivo de una sociedad grande como pudiera ser la española. Una cuestión que, sin ir más lejos, ha sido analizada para otros contextos, como por ejemplo el Tercer Reich. Véase Robert GELATELLY: *No solo Hitler. La Alemania nazi entre el consenso y la coerción*, Barcelona, Crítica, 2002.

debían, también, estar en el frente.⁸⁹¹ O, igualmente, el caso de los pueblos salmantinos de Guijuelo y Béjar, en donde las madres de los ya conscriptos hicieron lo propio. En Béjar, se denunciaba la creación de puestos ficticios en las fábricas para librar a más hombres del servicio militar, así como que muchos de los declarados inútiles cuando, antes de la guerra, fueron clasificados para hacer la “mili”, en realidad paseaban sin mayores problemas por el pueblo, pudiendo por ende, perfectamente, combatir en el frente. En este caso las autoridades resolvieron que la militarización era correcta, por algunas de las razones “legales” mencionadas anteriormente, pero sea como fuere estos casos evidenciaban la necesaria participación ciudadana en los mecanismos de vigilancia.⁸⁹² Una cuestión que, además, podía servir para canalizar venganzas personales o rencillas particulares. Este pudo ser el caso de la información facilitada por un vecino de Lugo, quien denunció a un mozo de la localidad también lucense de Baleira por no haberse incorporado a filas y, además, jactarse de que se había librado por sus contactos en la capital provincial, seguramente debido a su posición como jefe local de milicias. Si bien el expediente no se desarrollaba lo suficiente como para conocer el resultado final, la comandancia de la Guardia Civil de la zona ratificaba su condición de no incorporado a filas, lo que quizá le supuso la incoación de un proceso penal.⁸⁹³

No obstante, donde esa vinculación entre necesidad militar y depuración política adquiriría una mayor relevancia para el esfuerzo de guerra era en la propia vigilancia interna que se estableció en el seno de las unidades. En este sentido, se evidenciaba la dimensión represiva que tenía el encuadramiento en las fuerzas armadas, una institución que funcionó como una suerte de laboratorio de lo que posteriormente sería la sociedad franquista. En septiembre de 1937, un documento elaborado por la 2ª sección del EM del V CE y destinado a la 150 DI, señalaba la necesidad de «combatir por todos los medios el extremismo que se ha infiltrado en nuestras filas o intenta hacerlo en nuestras unidades armadas», una cuestión que no se desarrollaba con mayores detalles pero que tenía que ver con dos elementos esenciales.⁸⁹⁴ Por un lado, el envío de agentes republicanos, en forma de evadidos, con la intención de generar disensión entre la tropa, los cuales aprovechaban su “reciclaje” e incorporación en las unidades rebeldes para llevar a cabo su tarea.⁸⁹⁵ Y, por otro, la propia presencia de individuos desafectos entre los movilizados,

⁸⁹¹ AGMAV, C. 2374, L. 146, 23. CGG, EM, Denuncia, “De varias vecinas de Padilla de Arriba referente a que en dicho pueblo hay varios mozos de 21 a 27”, mayo de 1937.

⁸⁹² AGMAV, C. 2374, L. 146, 16. CGG, EM, Denuncia, “Referente a una instancia de varios vecinos de Béjar (Salamanca) y se remite el Comandante Militar de dicha Ciudad para que se informe relativo a los nombres de los que denuncian en la misma”, mayo de 1937. La resolución en AGMAV, C. 1252, 12. Ejército del Norte, “Denuncia contra varios soldados militarizados en fábricas de Béjar”, abril de 1937.

⁸⁹³ AGMAV, C. 2374, L. 146, 21. CGG, EM, Denuncia, “Referente a una carta del vecino de Lugo José López Abraira, denunciado al mozo Amador Valiño Álvarez, que pertenece al remplazo de 1931 y encontrase en su casa”, mayo de 1937.

⁸⁹⁴ AGMAV, C. 1884, 9, p. 2. 150 DI, Información, “Normas para la organización de este servicio interior”, septiembre de 1937.

⁸⁹⁵ De hecho, en la directiva de diciembre de 1936 que veíamos organizaba el servicio de policía secreta en el frente, se admitía explícitamente la puesta en práctica de este tipo de acciones de infiltración y propaganda en campo enemigo cuando se mencionaba la necesidad de vigilar a los evadidos que procedían de las filas republicanas: «así como nosotros enviamos agentes al campo enemigo ellos lo hacen al nuestro». Véase AGMAV, C. 1218, 36, p. 15. Ejército del Norte, Información, “Policía secreta. Organización en frentes y retaguardia”, diciembre de 1936.

tal y como veíamos que se señalaba para las unidades desplegadas en el sector norte de Guadalquivir, pero que evidentemente afectaba al conjunto del ejército rebelde. Para ello, se establecía un denominado «Servicio de información interior», que contaba con un oficial informador por cada unidad de tipo batallón, mientras que en las unidades de tamaño compañía o menores se designaría a dos agentes que reportarían a su jefe natural, el cual por su parte trasladaría la información al mencionado oficial. Lo relevante de estas instrucciones era el modo en que estos agentes debían realizar su labor, y las implicaciones que eso tenía para la propia construcción de relaciones entre los soldados, y entre estos y las autoridades militares. Según se apuntaba, su misión era «observar las actividades» de aquellos combatientes a los que se considerase como «sospechosos, interviniendo en sus conversaciones y sus juegos». Es decir, que su tarea implicaba una violación muy grave de los códigos de lealtad y solidaridad entre la tropa, o lo que es lo mismo, una destrucción de todo lo que conllevaba el ser camaradas. Tal y como veíamos en el primer capítulo de la segunda parte, la ideología no era el elemento nuclear de la construcción de los lazos de camaradería para el grueso de los combatientes, sino que lo eran el sufrimiento compartido, el apoyo mutuo y la confianza en el compañero. Por tanto, transgredir esos lugares comunes conllevaba el situarse fuera de la comunidad combatiente en caso de ser descubierto, algo que explicaba el hecho de que una de las normas que establecía la directiva de septiembre de 1937 fuese que los agentes que operaban dentro de la misma unidad no podían conocerse entre sí.⁸⁹⁶

La vigilancia interna de las unidades, por tanto, tenía una evidente función militar, pues perseguía depurar a los individuos que podían causar inestabilidad en los diferentes frentes y facilitar así el éxito de las ofensivas republicanas o el fracaso de las propias. E, igualmente, desplegaba toda esa dimensión política, buscando asegurar la tarea de adoctrinamiento de la tropa, a través del combate de ese “extremismo que se ha infiltrado en nuestras filas o intenta hacerlo”, e identificando a los sujetos objeto de represión. Sin embargo, quizá la cuestión más relevante radicaba en las implicaciones de la puesta en marcha de estos mecanismos de vigilancia. Lo que comportaban no era sino la supresión de las redes de solidaridad y afinidad intracombatiente, a través de la penetración en el espacio de las “conversaciones” y los “juegos” –tal y como apuntaba la directiva–, y su sustitución, siquiera parcial, por lealtades hacia las autoridades militares y, por ende, hacia el Nuevo Estado. De hecho, esos mismos mecanismos de colonización de las formas de relación social fueron los que definieron, si bien no de forma exclusiva, la articulación de la nueva comunidad nacional sobre la base del miedo, la sospecha y la delación.⁸⁹⁷ Esta doble dimensión del control ejercido por el ejército sublevado sobre sus propios combatientes se extendió a lo largo de todo conflicto, tal y como refleja un documento de

⁸⁹⁶ AGMAV, C. 1884, 9, p. 2. 150 DI, Información, “Normas para la organización de este servicio interior”, septiembre de 1937.

⁸⁹⁷ En cualquier caso, tal y como ha demostrado la historiografía resulta incompleto dibujar el fresco de la sociedad española de posguerra solo en base al miedo. Tal y como se pretende demostrar en esta investigación para el caso de los combatientes, el Nuevo Estado ofreció también contrapartidas que iban más allá del mero control, la vigilancia o la represión. Véanse Carme MOLINERO: *La captación de las masas. Política social y propaganda en el régimen franquista*, Barcelona, Cátedra, 2006; Miguel Á. DEL ARCO BLANCO, Carlos FUERTES, Claudio HERNÁNDEZ BURGOS y Jorge MARCO (eds.): op. cit.; o Antonio CAZORLA SÁNCHEZ: *Miedo y progreso. Los españoles de a pie bajo el franquismo, 1939-1975*, Madrid, Alianza, 2016.

febrero de 1938 emitido por la 12 DI que detallaba unas instrucciones de vigilancia interior en las unidades. En esencia, dichas normas reflejaban unos objetivos y unos procedimientos calcados a los que veíamos que se aplicaron unos meses antes en el V CE. Según se apuntaba, «El enemigo [...] procura por todos los medios posibles descomponer nuestra retaguardia y minar la moral de nuestros soldados», mediante complots y un incremento de las labores de espionaje por parte de evadidos que pasado un tiempo regresarían a las filas republicanas. Precisamente, el foco se ponía en los prisioneros republicanos reciclados para combatir en las filas rebeldes, a los cuales se consideraba como sospechosos. Sin ir más lejos, ya veíamos al final de la segunda parte de esta tesis cómo los programas de reincorporación de estos individuos, a veces respondiendo más a criterios cuantitativos de necesidad de refuerzos que a criterios cualitativos en los que efectivamente se comprobaba su “reeducación”, presentaban no pocos problemas de esta índole. En este sentido, el documento apuntaba que «recientemente a nuestras filas se han incorporado para cubrir bajas elementos procedentes de evadidos, y aun de prisioneros [...] que necesariamente inspiran poca confianza por haber convivido y actuado con los rojos bastante tiempo». Para su control, y para evitar al mismo tiempo que realizasen una potencial labor de propaganda y disensión entre los miembros de las unidades, se ordenaba designar «uno o varios agentes de absoluta confianza y de gran viveza a fin de que cualquier manejo pueda ser advertido y prevenido», una cuestión lógica de cara a articular ese control. Pero el documento continuaba precisando el perfil de individuos que debían realizar esta tarea, habiéndose de huir «de designar elementos que por excesiva unión a los mandos (asistentes, enlaces, etc.) resulten ineficaces». Es decir, reclutar para los servicios de información a aquellos cuya proximidad e integración con el resto de combatientes permitiese una labor de control mucho más efectiva. Quizá por este motivo se indicaba que estas órdenes debían ser transmitidas solo verbalmente a los jefes de las medias brigadas y subunidades de la división, lo que en esencia implicaba que la vigilancia afectaba a la totalidad de los integrantes de estas formaciones.⁸⁹⁸

No resulta tampoco sorprendente la especial referencia a los prisioneros republicanos en una fecha como febrero de 1938. Tras la caída del frente norte unos meses antes, el ejército rebelde pudo incorporar a sus filas a contingentes mucho mayores de antiguos combatientes enemigos, toda vez que no existía posibilidad de retirada sin atravesar las propias filas de los insurgentes, convenientemente dotadas de unidades de persecución de huidos. De hecho, el servicio de información y contraespionaje rebelde creado en septiembre de 1936, el SIM, se reorganizó en octubre de 1937 dando lugar al SIPM. Al mando del teniente coronel José Ungría, este organismo se encargó de hacer más eficientes, y por tanto endurecer, los mecanismos de vigilancia, fundamentalmente para contro-

⁸⁹⁸ AGMAV, C. 1552, 62. 12 DI, Información propia, “Instrucciones sobre vigilancia interior en las Unidades”, febrero de 1938. Respecto a la vigilancia sobre evadidos procedentes del campo republicano, otra instrucción de enero de ese mismo año hacía hincapié en que se tenían que recabar la máxima información posible sobre cada individuo, lo que apuntaba a un refinamiento de los mecanismos de control y vigilancia por la desconfianza existente hacia estos soldados. Se indicaba que debían recogerse datos sobre cómo se había evadido, su actitud, el camino escogido, la ropa, etc., en aras de discernir, en la medida de lo posible, si se trataba o no de un espía. Véase AGMAV, C. 1552, 54. 12 DI, Evadidos, “Instrucciones a observar respecto a los evadidos”, enero de 1938.

lar a las masas de individuos que en breve iban a pasar a formar parte del ejército sublevado, es decir, tanto los mencionados prisioneros como las quintas movilizadas en territorios con una tradición izquierdista de largo alcance, como Asturias.⁸⁹⁹ Todo este capital humano ofrecía considerables problemas para un ejército obsesionado con el control y la depuración de sus elementos integrantes, lo cual llevó a la generalización, «forzosamente improvisada por lo extremadamente rápida» según reconocían las propias autoridades rebeldes, de los campos de concentración y los batallones de trabajadores (en adelante, BT) como elementos de clasificación, encuadramiento y castigo.⁹⁰⁰ Sobre estos espacios se aplicó una vigilancia férrea, con la premisa de que por muchas políticas de reeducación y reintegración que se pusiesen en marcha, los individuos que habían pasado un tiempo combatiendo o viviendo en el campo republicano eran, por defecto, sospechosos. En unas normas aprobadas por el CGG en abril de 1938 relativas a la relación que se debía establecer entre la Inspección de Campos de Concentración de Prisioneros y los BT, se indicaba que los integrantes de estos últimos debían estar especialmente monitorizados, procurando siempre tenerlos ocupados para que no pudiesen tener un momento libre en el que reunirse, lo que resaltaba esa consideración permanente como sospechosos para las autoridades rebeldes. Sin embargo, la vigilancia también buscaba enfocarse hacia su «mejoramiento moral, social y patriótico», es decir, hacia su potencial reintegración. Las normas establecían que se debían realizar informes periódicos relativos, además de a posibles resistencias y sabotajes, a su rendimiento y actitud frente al trabajo encomendado. Esto abría puertas tanto al castigo, en caso de que no se esforzasen en cumplir con su cometido, como a la purga de las faltas cometidas a través del sacrificio y la colaboración con la causa rebelde. De esta forma, combinando la acción de los no pocos capellanes que fueron enviados a los batallones de trabajadores con una evidente finalidad reeducativa, con «lecturas y conferencias patrióticas y morales», se buscaba poder reciclar al mayor número de individuos posibles para el esfuerzo de guerra.⁹⁰¹ No en las mismas condiciones que un soldado movilizado directamente por los sublevados o, más aún, voluntario, pues la mácula republicana permanecería siempre asociada al nombre de estos combatientes, pero sí al menos ofreciendo espacios de cierta inclusión social. Y, desde luego, buscando vías de penetración y permeación más allá de lo ideológico, que tuviesen que ver con los beneficios concretos que el Nuevo Estado ofrecía a aquellos que le rindiesen pleitesía.

⁸⁹⁹ Respecto a ese endurecimiento de los mecanismos de control a partir de la reorganización del ejército rebelde de finales de 1937 y la creación del SIPM, véase Francisco J. LEIRA CASTIÑEIRA: *La socialización de los soldados del ejército sublevado...*, pp. 226-269. También Morten HEIBERG y Manuel ROS AGUDO: op. cit., pp. 91-100.

⁹⁰⁰ Véase Javier RODRIGO: *Cautivos...*, pp. 57 y ss. Según las cifras que apunta Rodrigo, hasta 40.000 individuos habían pasado por los BT a la altura de abril de 1938, la gran mayoría de los cuales eran prisioneros procedentes de las operaciones del frente norte. Véase *Ibidem*, pp. 70-72. La referencia de las autoridades rebeldes en AGMAV, C. 1550, 21, p. 1. 12 DI, Organización, “Relaciones entre la Inspección de Campos de Concentración y los Batallones de Trabajadores. Normas”, abril de 1938.

⁹⁰¹ AGMAV, C. 1550, 21. 12 DI, Organización, “Relaciones entre la Inspección de Campos de Concentración y los Batallones de Trabajadores. Normas”, abril de 1938. Dos ejemplos en esta misma línea en AGMAV, C. 1592, 58. 15 DI, Prisioneros, “Disponiendo se extreme la vigilancia para evitar la fuga de ‘gudaris’ de los batallones de trabajadores”, enero de 1938; y AGMAV, C. 1873, 9. 108 DI, Desertores, “Escrito del día 2 sobre evitación de las mismas”, septiembre de 1938. La cuestión de los capellanes en James MATTHEWS: *Reluctant Warriors...*, p. 208.

Este tipo de medidas permitieron la desarticulación de diversos complotos destinados a generar inestabilidad tanto en la retaguardia como en el propio ejército, así como la detección de individuos concretos que realizaban labores de propaganda en el seno de los BT o que, incluso, pretendían llevar a cabo acciones de más envergadura. Es el caso de 4 individuos pertenecientes al BT nº 24, encuadrado en la 152 DI, que en abril de 1938 se encontraba desplegada en Guadalajara. Fueron detectados por agentes del SIPM que operaban en la Agrupación de Divisiones Somosierra-Soria, que informaron al jefe de la unidad de que planeaban levantarse en armas contra sus oficiales, o bien escapar si esto no era posible.⁹⁰² De hecho, el éxito de los mecanismos de vigilancia resultaba crucial para asegurar la estabilidad del frente, no solo por el propio funcionamiento interno de las unidades sino por la posibilidad de sufrir ataques enemigos que se nutriesen de la información facilitada por evadidos. Un ejemplo lo encontramos en los episodios acontecidos en mayo de 1938 en Calahonda (Granada), y protagonizados por 4 evadidos del BT nº 103, perteneciente al Regimiento de Infantería de Oviedo nº 8. Tras su fuga, los 4 individuos lideraron una incursión republicana contra el campamento del mencionado BT, dejando un saldo de 3 mandos muertos, 5 soldados heridos, 20 desaparecidos, y 268 prisioneros entre muertos y evadidos, pudiéndose capturar posteriormente a 12.⁹⁰³ Episodios como este explicarían, quizá, lo expeditivo de las medidas contra aquellos que mostrasen cualquier mínimo comportamiento de desafección hacia el ejército o la causa rebelde, ya fuesen simples comentarios, la planificación de una fuga o la participación en incidentes más graves.⁹⁰⁴ De igual modo, en julio de ese mismo año, el Ejército del Norte informaba al CE Marroquí de que se habían recibido «confidencias» alertando de una inminente fuga en prisiones y campos de concentración, de mayor envergadura que la llevada a cabo dos meses antes en el Fuerte de San Cristóbal (Pamplona) en la que se consiguieron evadir casi 800 presos. Además, se añadía que «existen en nuestra zona unos 107.000 vascos distribuidos en campos de concentración, de trabajos, etc., y con ellos en combinación con gran número de vasco-españoles que se encuentran actualmente refugiados en Francia», los cuales iban a cooperar en el mencionado plan.⁹⁰⁵ Esto planteaba, de hecho, una cuestión esencial para entender la función no solo de control, sino también purgativa del ejército. La explicitación del número de vascos internados en instituciones penitenciarias sugería que los mandos rebeldes los veían como una potencial amenaza subversiva para su retaguardia, lo cual posibilitaría la puesta en marcha de medidas preventivas para su depuración. Sin ir más lejos, episodios como los acontecidos en Calahonda no hacían sino

⁹⁰² AGMAV, C. 1888, 16. 152 DI, Información, “Sospechosos de sublevación”, abril de 1938.

⁹⁰³ AGMAV, C. 2375, L. 147, 59. CGG, EM, Justicia, “Relativo a los hechos ocurridos a las Compañías 1ª y 3ª del 103 Batallón de Trabajadores en Calonda, Motril (Granada)”, junio de 1938.

⁹⁰⁴ Dos ejemplos en AGMAV, C. 2375, L. 147, 79. CGG, EM, Justicia, “Dando cuenta de haber sido ejecutados en la Plaza de Teruel dos trabajadores pertenecientes al 10º Bon. de Trabajadores”, octubre de 1938; y AGMAV, C. 2375, L. 147, 80. CGG, EM, Justicia, “Dando conocimiento de haber sido pasados por las armas dos prisioneros del Bon. de Trabajadores nº 26”, febrero de 1939. No obstante, las medidas expeditivas no eran exclusivas de los BT, sino que se hicieron extensibles al conjunto del ejército rebelde, tal y como señalaba una directiva de instrucción, moral y disciplina de enero de 1938: «La disciplina, virtud básica del Ejército, hay que mantenerla a toda costa y empleando los procedimientos más extremos». Véase AGMAV, C. 1367, 13, p. 1. CE Marroquí, Organización, “Instrucción nº 2, del día 18, sobre Instrucción de las tropas, disciplina, obediencia, trabajo y responsabilidad”, enero de 1938.

⁹⁰⁵ AGMAV, C. 1371, 6. CE Marroquí, Información, “Intentos subversivos en zona nacional en campos de concentración, de trabajos, etc.”, julio de 1938.

refrendar esta idea de la necesidad de imponer la disciplina y el sometimiento a golpe de prisión y paredón. Un proceso cuya lógica a corto plazo se explicaba por la necesidad militar de asegurar la propia retaguardia, pero cuya dimensión a medio y largo plazo tenía que ver con la profilaxis social que el fascismo aspiraba a implementar en la construcción de la comunidad nacional.

En cualquier caso, los mecanismos de control aplicados a uno u otro colectivo, esto es, soldados movilizados, prisioneros reciclados o presos de campos de concentración, seguían siendo los mismos, y tenían que ver con el propio modelo de sociedad vigilante, controladora y depredadora de los espacios íntimos y privados que el bando sublevado quería implementar, algo que quedaba claro cuando el informe anterior mencionaba esas “confidencias”, o cuando era posible conocer las intenciones concretas de los 4 soldados del BT de la 152 DI. De hecho, esta cuestión, aplicada a los individuos sobre los que en principio no se tenían especiales sospechas, planteaba no pocos desequilibrios con los objetivos de ampliación de los apoyos sociales al Nuevo Estado que tenía el ejército. La participación de los combatientes en las tareas de vigilancia tenía un elevado riesgo, pues si eran descubiertos implicaría su expulsión del grupo primario. En este sentido, se evidenciaba una importante paradoja en el modo en que se articularon estos mecanismos de vigilancia y las propias políticas del ejército destinadas a generar apoyos sociales entre la masa combatiente. La cohesión y, por ende, la ideologización de la tropa se intentaba vehicular, entre otras cosas, mediante la generación de lazos de camaradería a través de los cuales se pudiera socializar la cultura bélico-política generada durante el conflicto. Sin embargo, la implementación de medidas de vigilancia que esencialmente comportaban un cuestionamiento radical de esos lazos de camaradería tenía el potencial de socavar los propios esfuerzos de adoctrinamiento del ejército. Y es que convicción y coerción eran dos elementos contradictorios por naturaleza, por mucho que se quisieran implementar de forma paralela. Aunque, si nos detenemos en la literalidad del telegrama enviado por el jefe del sector norte del Guadalquivir, a quienes había que convencer, fundamentalmente, era a los individuos de las clases populares. Es decir, a aquellos que por su condición social, y por sus naturales inclinaciones hacia la izquierda según el discurso de clase construido por la contrarrevolución –lo que se identificaba con el crimen, la degeneración moral o la subversión del orden socio-sexual–, ya se había expulsado de la cuerpo social de la nación, y solo había reintegrarlos en una posición de sometimiento y sumisión. Quizá, a través de esta vía, se puedan comprender mejor algunos de los porqués de esas contradicciones.

Todo este entramado de vigilancia fue dando sus frutos, desactivando una serie de iniciativas destinadas a desestabilizar al ejército rebelde, como la que veíamos anteriormente en BTs y campos de concentración, y recopilando sucesivos informes que iban señalando nombres para una eventual represión, llegado el momento y si se tenía la necesidad de ello.⁹⁰⁶ El Estado disponía así de una suerte de as en la manga con el que se

⁹⁰⁶ De hecho, muchos de los combatientes republicanos que volvieron a sus localidades de origen tras haber pasado por el sistema penitenciario o concentracionario franquista, o simplemente por el mero hecho de haber combatido en las filas “enemigas”, tuvieron que soportar un ambiente de hostigamiento permanente, especialmente en comunidades rurales pequeñas en las que dicho ambiente se entremezclaba con las propias relaciones personales que, ineludiblemente, se habían tejido en contextos tan reducidos. Así, no solo se

afianzaba ese control sobre el conjunto de la sociedad, generando un ambiente de constante miedo que ejercía una función paralizante y disminuía las opciones de articular resistencias a la imposición de la dictadura. Es el caso, por ejemplo, de dos individuos pertenecientes a unidades de la 107 DI. Sobre el primero, un zamorano llamado Manuel Llamas Garrido, se indicaba que se había destacado «en cuanto a su ideología política se refiere, por su compenetración con las doctrinas del Frente Popular, entre cuyos elementos defensores tenía buenas amistades». Del segundo, identificado como Pedro García Delgado, tan solo se apuntaba que tenía una significativa filiación socialista.⁹⁰⁷ Ambos habían sido movilizados con el remplazo de 1938, lo que significaba que pese a su presunta importancia en tanto que militantes izquierdistas, tal y como apuntaban los informes, habían logrado eludir las primeras oleadas de depuración, quizá por haber conseguido pasar desapercibidos. Sin embargo, su conscripción en las filas del ejército los había vuelto a poner en el foco represivo, lo que evidenciaba que esa era una función clave desempeñada por la movilización. Otro ejemplo lo encontramos en el expediente abierto a 4 individuos pertenecientes al Batallón nº 264 del Regimiento de Cazadores de las Navas, encuadrado en la 152 DI. Se indicaba que «habrán de ser objeto de discreta vigilancia, en virtud de sus antecedentes políticos», si bien no se decretaba ninguna medida punitiva, quizá porque simplemente interesase disponer de la información para poder utilizarla potencialmente en un momento dado. Además, se daba el caso de que uno de ellos se encontraba hospitalizado, lo de nuevo alumbraba esas contradicciones inherentes a la estructura de control, si consideramos que las heridas de guerra tendían a poder “limpiar” los pasados problemáticos.⁹⁰⁸ Los informes no reflejan si alguno de estos individuos llegó o no a ser procesado, pero sí que evidencian la estrecha vigilancia que se estableció no ya sobre los integrantes del ejército, sino sobre el conjunto de la sociedad —en tanto que los cientos de miles de combatientes mayoritariamente se reintegraron, una vez acabada la guerra, a la vida civil. El hecho de que el SIPM llevase a cabo una tarea de estas dimensiones, consumiendo considerables recursos en un marco de escasez y de múltiples necesidades de un ejército construido apresurada y precariamente, sugiere que el propósito de este tipo de informes no era únicamente el controlar a los combatientes, algo reforzado por la dimensión y extensión temporal de la represión de posguerra. No obstante, los mandos rebeldes siempre mantuvieron vías y espacios de reintegración, planteando el sacrificio en el frente como forma de pagar por un pasado “desfavorable”.⁹⁰⁹

debía llevar el estigma del vencido, sino que resulta imposible escapar al constante señalamiento público, algo que empujó a algunos de estos veteranos a unirse a la guerrilla antifranquista. Véase Jorge MARCO y Mercedes YUSTA RODRIGO: op. cit., p. 234. Este ambiente de hostilidad también en Claudio HERNÁNDEZ BURGOS: “De la cultura de guerra...”, pp. 138-143.

⁹⁰⁷ AGMAV, C. 1862, 4. 107 DI, Información, “Fichas de personal sospechoso”, septiembre de 1938.

⁹⁰⁸ AGMAV, C. 1887, 22. 152 DI, Organización, “Causa instruida contra varios soldados del Bón. 264 de Cazadores de las Navas, por rebelión”, junio de 1938. Otros ejemplos similares en AGMAV, C. 1568, 12. 13 DI, Información, “Informe político del soldado Ángel Miguelez Bobillo y de Isidro Domínguez Gómez”, septiembre de 1938; AGMAV, C. 1568, 26. 13 DI, Información, “Información política del soldado Carmelo González García”, octubre de 1938; AGMAV, C. 1553, 17. 12 DI, Información, “Información sobre personal propio de filiación izquierdista”, noviembre de 1938.

⁹⁰⁹ Francisco J. LEIRA CASTIÑEIRA: *La socialización de los soldados del ejército sublevado...*, p. 256.

Si existía un ámbito donde la vigilancia de las unidades tenía evidentes finalidades militares, combinadas con las sociales, fue en la cuestión de las deserciones y las evasiones.⁹¹⁰ Estas constituyeron un problema para el ejército rebelde, así como para el republicano, a lo largo de toda la guerra, si bien las cifras generales arrojan un mayor número de desertores de las filas del EPR, fundamentalmente explicables por la dinámica de victoria de uno y por la progresiva descomposición del otro.⁹¹¹ Sin ir más lejos, por ejemplo, un gran número de las deserciones sufridas por el EPR a comienzos de 1939 se explicarían por la inminente caída de Cataluña, ante la cual muchos combatientes decidieron regresar a sus pueblos para estar con sus familias en el momento en que se produjese la ocupación por parte de las tropas sublevadas.⁹¹² Como hemos visto para el caso de los 4 integrantes del BT que luego lideraron una incursión contra las posiciones de su antigua unidad, los evadidos y desertores podían proveer de información militar crucial para el enemigo, como la posición de los elementos clave del dispositivo defensivo, la presencia de refuerzos en el sector, el armamento o los planes del mando. De hecho, las instrucciones relativas a cómo se debía interrogar a prisioneros y evadidos hacían precisamente hincapié en cuestiones de índole militar por encima de otros aspectos.⁹¹³ Por este motivo, las deserciones no solo resultaban un problema relativo a la cohesión de las propias unidades, sino un asunto de primer nivel para garantizar la seguridad de las operaciones y la propia retaguardia. De ahí que, ya desde el inicio del conflicto, se comenzasen a articular mecanismos de vigilancia interna en las diferentes formaciones, sobre todo para intentar poner un cierto orden al escenario de descontrol y caos que se vivió en los primeros meses de guerra.

En diciembre de 1936, las BBNN enviaban un informe en el que apuntaban que resultaba «desmoralizadora la frecuencia de las deserciones en algunas Unidades con recluta de ciertas regiones», debido a la existencia de una propaganda oculta en la retaguardia de estas áreas que era necesario combatir. En este sentido, y aventurando lo que luego sería el desarrollo de este tipo de herramientas llevado a cabo exhaustivamente por el SIPM, las BBNN indicaban que se debían establecer «un discreto servicio de vigilancia y confidencias», para detectar a los potenciales desertores y a aquellos que estuviesen haciendo propaganda para ello.⁹¹⁴ Esto reflejaba una situación que ya mencionaba antes, como era el hecho de que diversos individuos, ante la eventualidad de ser víctimas de alguno de los procesos depurativos que se pusieron en marcha en los primeros meses de la guerra, se alistasen en unidades, sobre todo aunque no exclusivamente milicianas, con

⁹¹⁰ Sobre este fenómeno a nivel general véanse André LOEZ: *14-18. Les refus de la guerre. Une histoire des mutins*, París, Gallimard, 2010; Charles GLASS: *Desertores*, Madrid, Ariel, 2014; o Matthias VAN ROSSUM y Jeannette KAMP (eds.): *Desertion in the Early Modern World*, Londres, Bloomsbury, 2016. Para el caso español la referencia es Pedro CORRAL: *Desertores...*

⁹¹¹ James MATTHEWS: *Reluctant Warriors...*, p. 52. Véase también Germán RUIZ LLANO: op. cit., pp. 275-286.

⁹¹² Pedro CORRAL: *Desertores...*

⁹¹³ Por ejemplo, AGMAV, C. 1566, 105. 13 DI, Información, “Instrucciones para tener en cuenta en los interrogatorios a los mismos”, septiembre de 1937; o AGMAV, C. 1553, 27. 12 DI, Evadidos y prisioneros, “Instrucciones para los interrogatorios a prisioneros y presentados en lo relativo a la Guerra Química. Modelos de declaraciones para los mismos”, sin fecha;

⁹¹⁴ AGMAV, C. 1356, 4. CE Maestrazgo, Información, “Deserciones nacionales”, diciembre de 1936.

el objetivo de pasar desapercibidos y poder huir en cuanto se presentase la ocasión. Aunque, por otro lado, no se pueden achacar esas deserciones solamente a este factor. Por ejemplo, la propia geografía del golpe, con familias separadas por la línea del frente, es también un elemento a considerar, al igual que entraban en juego otros como las penurias que habían empezado a padecer los soldados con la llegada del mal tiempo, tal y como señalaba un informe del Ejército del Norte fechado también en el mes de diciembre de 1936.⁹¹⁵ Una cuestión que, precisamente, refrenda la necesidad de construir una estructura de servicios y abastecimiento adecuada, funcional y eficiente para las tropas, que de no tenerla veían agravada y sumamente precarizada su experiencia en las trincheras. En cualquier caso, una de esas potenciales regiones a las que se refería el informe de las BBNN bien podría ser, nuevamente, Asturias, si nos atenemos a lo que solicitaba el Ejército del Norte tan solo un mes después, en enero de 1937. Ante los numerosos casos de deserciones de soldados procedentes de dicha región que estaban teniendo lugar en el cercano frente de León, señalaba que se había de procurar evitar que los individuos oriundos de una zona no estuviesen desplegados en sectores próximos a esta, para así evitar la tentación de huir al encontrarse cerca de sus domicilios y localidades de origen.⁹¹⁶

La experiencia de las deserciones en estos primeros meses de conflicto evidenció la necesidad de desarrollar esa estructura de vigilancia, único mecanismo mediante el cual poder controlar el enorme flujo de individuos movilizados en las fuerzas armadas, máxime teniendo en cuenta el mapa de España resultado del fallido golpe de Estado. Sin embargo, también en esta cuestión el ejército adoleció de los mismos problemas y contradicciones que señalaba antes, que de hecho no hacían más que sumarse al modo en que se articularon dichas formas de vigilancia. Si estas suponían trasgredir los lazos de camaradería mediante los cuales se intentó vehicular el proceso de socialización ideológica, las disonancias entre los procesos de reintegración llevados a cabo en el frente y los represivos implementados en la retaguardia agravaron significativamente el problema de las deserciones y evasiones. Por ejemplo, en junio de 1937 el EM del CGG elaboraba un informe sobre los motivos que habían conducido al elevado número de deserciones sufridas por la BL Tercio General Sanjurjo, reclutada según parece en Zaragoza en el verano de 1936. El informe apuntaba que, si bien era cierto que la mayoría de los individuos que la formaban eran «de ideas contrarias a nuestro movimiento», el principal motivo de las deserciones apuntaba a otra cuestión:

«en los pueblos de origen no se tiene para ellos ni para sus familiares las consideraciones y el afecto a que desde el momento en que empuñan las armas en un puesto de honor y riesgo máximo tiene derecho. A los alistados en la Legión [...] se les asegura que por ese solo hecho si su conducta es honrada y leal, han borrado las tachas y errores de su vida anterior, lo que contrasta vivamente con la realidad, pues

⁹¹⁵ AGMAV, C. 1208, 91. Ejército del Norte, Información, “Notas sobre desertores”, diciembre de 1936.

⁹¹⁶ AGMAV, C. 2374, L. 145, 74. CGG, EM, Deserciones, “Resolviendo que los individuos de origen asturiano que se hallan en el frente de León se cambien a otras regiones”, enero de 1937. En todo caso, por mucho que Asturias aparezca con frecuencia en la documentación trabajada como una región especialmente desafecta, estos mismos problemas bien se podían reproducir en áreas consideradas afines como Galicia, a tenor de los índices represivos que el ejército hubo de alcanzar en la movilización militar. Véase Francisco J. LEIRA CASTIÑEIRA: *La socialización de los soldados del ejército sublevado...*

esta les viene demostrando que no ya los particulares sino las Autoridades de sus pueblos de origen hacen labor en contra de sus deseos de liberación y de sus intereses materiales.»

Estas prácticas puestas en marcha en retaguardia, contrarias a lo que el ejército perseguía posibilitando el alistamiento de estos individuos –aunque, como hemos visto, sus propias labores de contraespionaje iban también en contra de la política de redención–, socavaban la posibilidad de atraer a sectores desafectos a través del servicio en las fuerzas armadas como vía para purgar un pasado problemático, algo que «desvirtúa en su totalidad la base moral de lo que el alistamiento en La Legión representa y promete». La persecución a la que se veían sometidos los legionarios del Tercio General Sanjurjo se concretaba en la exclusión de sus familias de los subsidios que debían recibir en tanto que combatientes, lo que las dejaba en una situación de desamparo absoluto. Para justificar estas decisiones, tomadas por los alcaldes de las distintas localidades de origen –en su mayoría riojanas, navarras y zaragozanas–, estos argumentaban, por una parte, que los legionarios cobraban ya suficiente dinero para mantener a sus familias, y que no necesitaban por ende el mencionado subsidio. Pero, fundamentalmente, aducían motivaciones políticas, como que mucho de los legionarios habían «sido los jefes del partido del fatídico Frente Popular y llevados a esa Bandera por la pasión de no haberlos sacrificado al igual que han hecho en otras localidades». Es decir, que «no son voluntarios, sino obligados por causas», lo que equivalía a afirmar que estaban intentando escapar de la represión. Pero, precisamente, ese era uno de los objetivos que perseguía el ejército rebelde, especialmente a través de un cuerpo como la Legión. Como se apuntaba en el uno de los escritos del expediente, «individuos que llevan en filas varios meses portándose bien, buscando en el riesgo de su vida la reducción de sus pasados errores», desertaban constantemente debido a la «cerril incompreensión de personas que no ven en nuestro glorioso movimiento más que el medio de saciar venganzas o prepararse plataformas de tipo de caciquismo colectivo». Una acusación, esta última, que se sustentaba en la carta que había dejado uno de los desertores para explicar sus motivos, y en la que afirmaba que no compartía las ideas de los republicanos, pero que tampoco podía soportar más la presión a la que era sometido en su pueblo. En cualquier caso, se solicitaba al CGG «cesar esa actitud de agresividad hacia los legionarios y sus familias».⁹¹⁷

El caso de la BL Tercio General Sanjurjo permite apuntar varias cuestiones. Por un lado, las numerosas direcciones que adquirieron las políticas de consenso y coerción implementadas por los múltiples organismos e instituciones que conformaban el bando rebelde, las cuales seguían lógicas a veces coincidentes, pero en ocasiones divergentes. El ejército, si bien tenía también esa función de control y depuración, debía igualmente atender a la dimensión militar, es decir, procurar ganar la guerra, algo que no se conseguía con deserciones masivas. Sin embargo, en la retaguardia esta última cuestión carecía de toda importancia, al tiempo que las rencillas personales motivadas por años de enfrentamiento y odios encontraban en el nuevo marco político-social un escenario idóneo para

⁹¹⁷ AGMAV, C. 2374, L. 145, 76. CGG, EM, Deserciones, “Bandera General Sanjurjo”, junio de 1937.

su resolución, en forma de venganzas hacia los propios individuos y sus familiares.⁹¹⁸ Una cuestión que sirve para apuntalar esa idea antes subrayada acerca de que la reintegración de los antiguos republicanos quizá funcionaba perfectamente sobre el papel, pero su implementación era más compleja a ras de suelo, tanto por las propias narrativas de depuración de la anti-España producidas por el Estado como por cómo ese discurso era adaptado e instrumentalizado para resolver cuestiones personales, especialmente en sociedades tan herméticas y situadas en los límites de la acción estatal como podían ser las del campo español.⁹¹⁹ Por otro lado, este tipo de venganzas se vehiculaban hacia los propios familiares, que como se desprende del comportamiento de los legionarios eran una fuente de preocupación constante para el soldado, tal y como apuntaba en el capítulo anterior y que explicaría la centralidad, y el éxito parcial, de las temáticas más pragmáticas dentro de los temas abordados por las charlas patrióticas.

Si el maltrato a la familia era uno de los principales motivos por los que un combatiente podía desertar, al mismo tiempo esa desertión tenía automáticamente consecuencias fatales para sus familiares. La presión ejercida contra la familia y la centralidad que esta tenía en los pensamientos y preocupaciones del combatiente en el frente ponían de manifiesto el empeño puesto, en términos represivos, por el ejército rebelde para atajar este problema y mantener controlados a sus efectivos. De hecho, ya en julio de 1937 y ante «Las numerosas deserciones al campo enemigo que vienen ocurriendo en los distintos sectores del frente correspondiente a este Ejército [del Sur]», el CGG ordenaba la paralización de la instrucción de procedimientos a los desertores hasta que no fuesen encontrados o capturados, y el traslado de los datos necesarios para su búsqueda a la Guardia Civil. Dos medidas que, por una parte, señalaban la dimensión del problema sufrido y, por otra, perseguían agilizar y refinar los mecanismos represivos.⁹²⁰ Además, la paulatina articulación de sistemas de control y organización del personal y de las propias unidades permitió ir poniendo algo de orden en el caos que reinaba en referencia al ir y venir de soldados a retaguardia y entre las unidades. Tal y como veíamos en capítulos anteriores, en muchas ocasiones los combatientes no eran registrados al llegar a un hospital o puesto de socorro, o no se tramitaban sus traslados entre diferentes formaciones, lo que daba lugar a la incoación de procesos judiciales que podían llegar a acabar condenando al en-

⁹¹⁸ Estas rencillas no solo se daban en retaguardia, sino también en el frente. Un ejemplo lo encontraríamos en el caso del sargento Ceferino Albarrán Albarrán, del 8º Tabor de Regulares de Larache. Fue acusado de un delito de traición por sus frecuentes manifestaciones derrotistas y contrarias al Movimiento, hasta el punto que sus propios hombres habían perdido la confianza en él, que era definido como «uno de los más capacitados Suboficiales» de su unidad. Sin embargo, parece que el motivo de ese comportamiento radicaba, no en su desafección hacia el bando rebelde como tal, sino a su profundo malestar por la condena de pérdida de empleo y siete años de prisión que había recibido su hermano, según él debido a las calumnias infundadas de otro soldado. Finalmente, Albarrán fue condenado a un delito de faltas, pero su ejemplo muestra lo contraproducente que podía llegar a ser la represión para los propios intereses del ejército rebelde. Véase AGMAV, C. 1349, 42. CE Maestrazgo, Justicia, “Información relativa a Sargento Ceferino Albarrán”, diciembre de 1937.

⁹¹⁹ Esta cuestión matiza, en cierto modo, la visión de James MATTHEWS: “Frentes porosos y lealtades fluidas: la movilidad de la tropa de lleva entre los dos bandos durante la Guerra Civil Española”, *Ayer*, 111 (2018), pp. 53-77.

⁹²⁰ AGMAV, C. 2374, L. 145, 77. CGG, EM, Deserciones, “Sobre modificación de las normas establecidas para los procedimientos a referir por deserciones”, julio de 1937.

causado, víctima de la precariedad e improvisación con las que se había edificado el ejército rebelde. Una cuestión que no pareció terminar de solucionarse a pesar de las medidas tomadas. En marzo de 1938 se inició un procedimiento contra el falangista Santiago González Roldán por haber faltado, a comienzos de diciembre del año anterior, a tres listas consecutivas de ordenanza en su unidad, la 3ª Compañía de la 5ª Bandera de F.E.T. de Navarra. Lo que en un principio apuntaba a un caso de deserción se convirtió, tras la investigación realizada, en una muestra de ese caos al que hacía referencia. Tras la caída del frente norte, su unidad de origen se fusionó con otra para cubrir bajas, momento en el que un paisano suyo –González Roldán era palentino– le animó a que se trasladase a la 1ª Bandera de Falange de Palencia, prometiéndole el comandante de la misma que se encargaría de cumplimentar la burocracia relativa al cambio de unidad. Sin embargo, el oficial no tramitó los papeles necesarios y el falangista fue detenido cuando se encontraba convaleciente en un hospital tras ser herido en el frente de Teruel, si bien no fue condenado.⁹²¹ Algo similar le ocurrió al soldado José María Arístegui Recalde, el cual fue declarado desertor por su unidad tras faltar durante varios días consecutivos cuando, en realidad, no pudo continuar la marcha con la misma por encontrarse enfermo y posteriormente fue destinado a otro batallón. Demostrado esto, tampoco se tomaron medidas contra él.⁹²²

Volviendo a la cuestión de las familias, el refinamiento en los mecanismos de control e identificación del personal fue una cuestión crucial en la toma de represalias contra aquellos individuos que habían desertado o escapado de sus unidades. En septiembre de 1937, el general jefe del V CE enviaba un telegrama a su homólogo de la 13 DI ordenándole que, a partir de ese momento, se remitiese diariamente la relación nominal de desertores de la unidad, indicando toda una serie de datos básicos entre los que se encontraban, evidentemente, las motivaciones del soldado para desertar y, además, el «domicilio de sus padres o hermanos [...] muy principalmente por las sanciones que se toman contra los familiares de los desertores».⁹²³ Esto dibujaba un panorama represivo asfixiante y de largo alcance, convirtiendo a estos familiares en rehenes tanto del Estado como de la conducta en el frente de su hijo, marido o hermano. De este modo, se añadía todavía más sufrimiento a una población civil que hubo de ingeniárselas para sobrevivir en una retaguardia dominada por la devastación, la escasez y la violencia, evidenciándose así las enormes ramificaciones que tuvo la construcción del ejército de masas durante la Guerra Civil. Un ejemplo evidente de hasta qué punto la población civil podía verse afectada por la deserción de un familiar y las correspondientes represalias tomadas por las autoridades es el del soldado canario Rafael Delgado Marrero, perteneciente al 285º Batallón del Regimiento de Tenerife nº 38 de la 74 DI. Según se desprendía del expediente de investigación cursado en averiguación de los motivos de su huida, el soldado Delgado

⁹²¹ AGMAV, C. 13449, 42, pp. 51-53. CE Maestrazgo, Justicia, “Diligencias previas instruidas por deserciones”, diciembre de 1937. Nótese, además, el hecho de que el soldado aceptase de buena gana el cambiarse a una unidad de paisanos suyos, lo que refuerza esa idea antes mencionada acerca de la identidad regional como uno de los vínculos primordiales para la sustentación de la camaradería.

⁹²² AGMAV, C. 13449, 42, pp. 22-23. CE Maestrazgo, Justicia, “Diligencias previas instruidas por deserciones”, diciembre de 1937.

⁹²³ AGMAV, C. 1566, 103. 13 DI, Desertores, “Orden del 5º C. de E. para que se remita relación diaria de la 2ª Sección de los habidos”, septiembre de 1937.

no tenía problemas a reseñar dentro de la unidad, pues recibía sus haberes con normalidad y las condiciones de vida en la misma eran adecuadas. Se señalaba que había sido militante de CNT, si bien Delgado afirmaba que esa militancia le había sido impuesta para poder trabajar. De hecho, el expediente apuntaba que había dado muestras sobradas de compañerismo, de dedicación a su tarea, e incluso había realizado manifestaciones a favor del Movimiento. Así pues, el problema radicaba, según parece, en el carácter «anormal y degenerado» del individuo en sí, que se explicaba por una inclinación a la bebida detectada en varias cartas abiertas por la censura postal, su falta de asistencia a las celebraciones religiosas de la unidad y el abandono en el que parecía tener a su mujer y a su hija, las cuales solo podían subsistir, según se indicaba, a través de la pensión recibida por la condición de combatiente de marido y padre. Unos indicios que llevaban al autor del expediente a utilizar una retórica tremendamente politizada que demuestra que este tipo de lenguajes y cosmovisiones tenían también en el ejército su hábitat natural: «individuo vicioso, inmoral y degenerado» de «cerebros completamente atrofiados por las ideas anárquicas y revolucionarias así como por las enormes dosis de veneno que los dirigentes inyectaron en las masas obreras», y que «solo ven en nuestro Glorioso Movimiento Nacional [...] el dique en donde se estrellan sus apetitos bestiales y sus instintos puramente sanguinarios». Pero, en términos prácticos, la deserción comportó la solicitud de retirada de pensión para su familia, aun a sabiendas de que esa medida probablemente dejaría a su mujer y a su hija en situación de absoluto desamparo, haciendo «víctimas a seres inocentes de la conducta locamente criminal de un perfecto malvado».⁹²⁴ Una evidencia que refleja esas contradicciones intrínsecas a las políticas de consenso y coerción que articularon el ejército y las autoridades rebeldes.

En cualquier caso, parece que la adopción de este tipo de medidas no surtió el efecto deseado, ya que continuaron endureciéndose más las disposiciones destinadas a vigilar a los soldados en las unidades para evitar que desertasen, algo que también se explicaría, como apuntaba antes, por la incorporación de los republicanos reciclados, especialmente a partir de las grandes ofensivas de finales de 1937 y la primera mitad de 1938. Una de estas disposiciones fue la utilización de tropas coloniales, concretamente de Regulares, para controlar a aquellas formaciones de su sector que podían tener un mayor riesgo de sufrir desertiones. Es el caso que explicaba en diciembre de 1937 el jefe de la 1ª Media Brigada de la 12 DI, el coronel de infantería Mariano Lambea Massa, al comandante de la división, el general de brigada Carlos Asensio Cabanillas. Según indicaba Lambea, una de las unidades de la 1ª Media Brigada había sufrido recientemente varias desertiones, lo que había llevado a incrementar la vigilancia, depurar a los izquierdistas que se tenía identificados dentro de la unidad –un ejemplo de la utilización, cuando se presentaba la ocasión, de los informes recopilados por los agentes del SIPM– y a orientar unidades próximas hacia la retaguardia de la formación afectada. De entre estas unidades,

⁹²⁴ AGMAV, C. 1804, 10, pp. 7-8. 74 DI, Desertores a campo enemigo, “Información realizada sobre las actividades de varios soldados desertores al campo enemigo”, marzo de 1938. En este sentido, parece ser que, de nuevo, nos encontramos la misma subunidad, el 285º Batallón, la misma división, la 74, y el mismo origen del soldado, las Islas Canarias, que ya veíamos en la primera parte al abordar los problemas de instrucción de ciertas quintas de reclutas. Quizá, sumados ambos indicios, se pueda apuntar a deficiencias existentes en las cajas de recluta del archipiélago, si bien sería necesario indagar más en esta cuestión para aseverarlo.

se mencionaba especialmente a «un Tabor, del que remotamente hubiese podido disponer, si el caso lo hubiera requerido», lo que subrayaba esa confianza en los combatientes marroquíes para mantener el control de los soldados europeos. Eso no significa que los primeros no diesen ningún problema, o que no desertasen en ningún momento.⁹²⁵ Pero ofrecían mucha más confianza en términos ideológicos, no tenían familia en la península que les animase a desertar, ni tampoco sus lugares de origen se estaban viendo afectados por el conflicto, siendo por ende ideales para esta tarea. De hecho, según se desprende del escrito de Lambea, el propio Asensio habría ordenado «intercalar con unas escuadras de moros» toda la unidad problemática.⁹²⁶

La evitación de las deserciones siguió constituyendo un problema también en 1938, y por ende el ejército mantuvo las medidas expeditivas y el castigo a los familiares. En el mes de marzo, un telegrama postal enviado por el general jefe del Ejército del Centro, Andrés Saliquet, a Asensio le señalaba el interés que tenía el «hacer consignar si la desaparición fue hacia el campo rojo o en nuestra retaguardia», lo cual podía comportar «efectos ulteriores de subsidio o detención de familiares». En este sentido, algunas de las ausencias de soldados de sus unidades, como veremos posteriormente, tenían que ver con la necesidad de solucionar asuntos en casa, o con la voluntad de disfrutar de unos días extra de permiso en la retaguardia, pudiendo tener consecuencias distintas, menos punitivas, que una deserción en toda regla al campo enemigo. En cualquier caso, la mención a la detención de familiares indicaba que la represión de este tipo de comportamientos tenía una vocación expeditiva y ejemplarizante, tal y como señalaba un segundo telegrama, esta vez remitido por el CGG a la 12 DI por una serie de deserciones ocurridas en el «Batallón 285»: «encarezco a V.E. la conveniencia de extremar las precauciones para evitar aquéllas, excitando el celo de Oficiales, y clases y poniendo practica [sic] medidas de ejemplaridad que permitan llegar a cortar cuanto sea posible las mencionadas deserciones».⁹²⁷ El lenguaje eufemístico empleado por el CGG con el uso de la expresión “medidas de ejemplaridad” refería, desde luego, a la ejecución sumaria de los desertores que fuesen capturados, una práctica que mencionan algunos combatientes en sus memorias. El soldado José Llordés narraba en su diario de guerra el conato de deserción masiva que

⁹²⁵ Por ejemplo, AGMAV, C. 1588, 32. 15 DI, Justicia, “Información para averiguar las causas que motivaron las repetidas deserciones en el 10 Tabor de Reg. de Ceuta núm. 3”, enero de 1938; o AGMAV, C. 1887, 23. 152 DI, Justicia, “Busca y captura de varios moros”, julio de 1938.

⁹²⁶ AGMAV, C. 1549, 87, pp. 1-2. 12 DI, Desertores, “Ordenando se extreme la vigilancia para evitar deserciones”, diciembre de 1937. Además de estas medidas relacionadas con los soldados “moros”, se implementaron también los mecanismos ya vistos anteriormente. Así, se ordenaba vigilar a los individuos «de los que por sus antecedentes se puede temer una posible deserción al enemigo» mediante «soldados de toda confianza, que por su mayor trato con los citados individuos estarán en condiciones de prevenir cualquier probable deserción» (p. 3). Lo que suponía, de nuevo, la trasgresión de los lazos de camaradería construidos entre los combatientes y su sustitución por lealtades, ideológicas o motivadas por otras cuestiones, hacia el Nuevo Estado. Por otra parte, el EPR implementaba sistemas de control entre unidades similares, en su caso intercalando entre los reclutas individuos de probada adhesión ideológica, tal y como muestra un informe incautado al 3er Batallón de la 148 BM. Véase AGMAV, C. 1888, 16, pp. 5-6. 152 DI, Información, “Sospechosos de sublevación”, abril de 1938.

⁹²⁷ Ambos telegramas en AGMAV, C. 1550, 11. 12 DI, Deserciones, “Determinando se identifiquen si la deserción es hacia el enemigo o a retaguardia. Medidas para contrarrestarlas”, marzo de 1938. Para intentar controlar esas huidas a retaguardia, se establecieron disposiciones más severas relativas a la obtención de salvoconductos. Véase AGMAV, C. 1549, 56. 12 DI, Salvoconductos, “Disponiendo que para la expedición de este documento se requiera la presencia del interesado”, julio de 1937.

hubo en dos compañías de su unidad, el cual finalmente solo se tradujo en la huida de en torno a una decena de soldados. Esto provocó la detención de dos sargentos y un cabo implicados en el complot, a cuyo juicio asistieron todos los efectivos de la unidad «para que nos diéramos cuenta de lo que es pasarse al enemigo en tiempo de guerra». Tras ser condenados a muerte, la ejecución fue también pública, tanto para los combatientes como para los habitantes del pueblo donde se estaba acantonada la unidad, Esquivias:

«Al día siguiente, por la tarde, formamos todo el batallón en la plaza del Ayuntamiento, sacaron a los tres detenidos esposados y los subieron en un coche descubierto. La gente del pueblo, al saber que aquellos tres infelices soldados los fusilarían, estaba en las ventanas, balcones y bocacalles mirando el triste espectáculo. [...] Cuando todo estaba a punto, unos segundos antes de dar la orden de fuego, un sargento y el cabo gritaron con todas sus fuerzas “Viva España”, “Viva Franco”, y el otro sargento, al contrario de los otros dos, gritó “Viva la República”. En este preciso momento el oficial mandó al piquete que hiciesen fuego y los tres cayeron a tierra muertos [...] Luego, a un toque de cornetín, todo el batallón, cantando el “Himno de Infantería”, desfílamos de tres en fondo, dando tres vueltas a los fusilados que yacían muertos en aquella era de Esquivias.»⁹²⁸

Este tipo de medidas buscaban servir como ejemplo para el resto de integrantes de las unidades afectadas por los casos de deserción, las cuales, dicho sea de paso, no solo se explicaban por criterios ideológicos, a tenor de lo que Llordés afirma que gritaron los condenados antes de ser fusilados. Empero, la continua necesidad de aplicar un elevado nivel de represión sobre comportamientos semejantes ponía de manifiesto que resultaba ineficiente mantener la cohesión simplemente mediante el terror. Sin ir más lejos, el mismo Llordés apuntaba cómo, tras el conato de deserción masiva registrado en su unidad, solo quedaba él como el único combatiente catalán de los que habían partido de Melilla, ciudad en la que se encontraba haciendo el servicio militar cuando estalló el golpe. Su condición de catalán, que siempre levantaba mayores sospechas, y el episodio de la deserción, hicieron que los mandos de la unidad, pese a darle constantemente «ánimos y se esforzaban para que estuviese alegre y satisfecho a su lado», ordenaron «a los demás soldados y al otro cabo que venía conmigo, para que me vigilaran en todos mis actos y movimientos».⁹²⁹ Aquí, de hecho, podemos apreciar uno de esos ejemplos de cómo la vigilancia y la voluntad de cohesionar las unidades tendían a tomar direcciones opuestas. Mientras que los oficiales buscaban ganarse por un lado su confianza, esa intención no parecía ser demasiado sincera, pues en esencia sospechaban de Llordés. El propio autor no comentaba nada al respecto en sus memorias, más allá de que verbalizó ante los mandos que no tenía la necesidad de pasarse y que, por este motivo, podía cesar la vigilancia, algo que parece sucedió. No obstante, es plausible pensar que no sería de su agrado el saberse vigilado por los miembros de su unidad. Sea como fuere, el carácter ejemplarizante de las ejecuciones de desertores pareció ser una conducta en cierto modo

⁹²⁸ José LLORDÉS: op. cit., pp. 124-125.

⁹²⁹ *Ibidem*, p. 128.

común, tal y como refleja también el testimonio del sacerdote legionario José Caballero. En sus memorias cita dos casos de desertores que fueron capturados y ejecutados ante la mirada de sus compañeros, unas prácticas que Caballero justificaba: «Su fusilamiento servirá como escarmiento. Dura la pena, pero necesaria en estas circunstancias límite. Terrible necesidad de una vigilancia y justicia extrema, en estos momentos tan graves para España». Por supuesto, en ambos casos no dejaba pasar la oportunidad de resignificar la muerte en clave de redención por los pecados. La ejecución, previa confesión ante él, le hizo pasar un «Mal rato, “pésimo”», aunque al menos el reo murió «cristianamente preparado». Un episodio, que más allá de la ejemplaridad, también se intentó aprovechar para filtrar el discurso religioso: «Le doy la Santa Unción. Y rezamos todos juntos un padrenuestro que los emociona. La ejemplaridad del castigo mantiene a los demás en forma». Sin embargo, reconstrucciones ideales aparte, el propio Caballero reconocía igualmente la terrible huella que este tipo de episodios dejaban en la unidad: «Noche muy molesta por esta impresión reciente y porque las heridas vuelven a picar».⁹³⁰

Por ende, de forma paradójica, las medidas puestas en marcha para paliar las deserciones acabaron por agravar el problema.⁹³¹ A mayor represión y vigilancia aumentaba la sensación de asfixia de los combatientes por vivir en un constante ambiente de sospecha, delación y castigo, lo que terminaba por producir el efecto contrario al que se buscaba. Esto quedaba perfectamente explicitado en el informe de noviembre de 1938 relativo a las deserciones ocurridas en el 9º Batallón del Regimiento de Infantería de Toledo nº 26, perteneciente a la 73 DI y que ya veíamos en el capítulo final de la segunda parte. Más allá de exigir un mayor control del personal que se reclutaba, pues la mayoría provenían de las zonas de Cataluña y Valencia —e incluso algunos de campos de concentración—, se señalaba que las ejecuciones sumarias de desertores y la estrecha vigilancia a la que eran sometidos los nuevos reclutas extendían el «nerviosismo a los últimamente incorporados que quedan en el Cuerpo [...] y creen estos reclutas que las represalias habrán de caer sobre ellos». Es decir, que como el ejército esperaba la violencia ejemplarizante tenía unos efectos relacionales muy evidentes, pero su utilización como único mecanismo de control hacía que dichos efectos se volvieran contra los objetivos perseguidos con su implementación. Por ello, se apuntaba de nuevo a la camaradería y a la cohesión como una herramienta que, de forma ineludible, había de emplearse complementariamente al castigo: «Ordene asimismo al Jefe del Batallón que en cada Unidad se dirigiera la palabra y se obligue a los antiguos a mirar a los nuevos como compañeros, ejerciendo la vigilancia sin que sea notada y, mucho menos, en forma que pueda zaherir el amor propio y dignidad que en muchos casos pueden ser los provocadores de la evasión».⁹³² El fragmento, además, resulta interesante porque confirma que el modo en que se articulaba la vigilancia, es decir, mediante la violación absoluta de los códigos de camaradería establecidos entre los combatientes tenía un efecto muy negativo en los soldados vigilados, algo que apuntaba al hablar del caso Llordés. Pero, sea como fuere, también evidenciaba que se seguía

⁹³⁰ Padre José CABALLERO: op. cit., pp. 161 y 186, entradas del 9 de febrero y 23 de marzo de 1938 respectivamente.

⁹³¹ James MATTHEWS: *Reluctant Warriors...*, pp. 192-193.

⁹³² AGMAV, C. 1796, 6. 73 DI, Información, “De presentados y desertores, según escrito de la División”, noviembre de 1938.

incurriendo en los mismos errores, pues la instrumentalización de esa camaradería solo generaba desconfianza y desafección. De hecho, pese a estas llamadas de atención las medidas más expeditivas continuaron siendo parte del catálogo represivo del bando rebelde, a tenor de las numerosas penas capitales ejecutadas, nada más terminar la guerra, por delitos de deserción, que incluso hubieron de emplear a los oficiales y clases procedentes de la reducción de unidades del ejército para que colaborasen, como jueces y auxiliares, en la rápida tramitación de los procesos depurativos.⁹³³

Consenso y coerción fueron, de este modo, los dos mecanismos que el ejército intentó poner en funcionamiento para controlar a los cientos de miles de individuos, tanto movilizados como provenientes del campo republicano, que pasaron por sus filas. Sin embargo, la naturaleza de ambos y el modo en que se articularon acabaron por demostrar la incompatibilidad de su aplicación conjunta sobre el mismo colectivo y en los mismos espacios, esto es, las unidades. Además, la labor disonante de las autoridades de retaguardia no hacía sino enturbiar la misión de socialización ideológica y convencimiento asociada a la movilización militar, lo que permitiría introducir uno de esos límites a los que aludía en la segunda parte y, por ende, matizar el alcance final de la tarea. Por ejemplo, en el escrito antes referido en el que el coronel Lambea le mencionaba al general Asensio el empleo de tropas marroquíes para controlar los casos de deserción ocurridos en la 1ª Media Brigada de la 12 DI, se incluía un segundo informe, esta vez dirigido por Asensio al general jefe del I CE, Luis Valdés Cabanillas, en el que se mencionaba que las investigaciones llevadas a cabo en retaguardia contra soldados que habían tenido una militancia izquierdista, pero que «llevaban bastante tiempo en filas, que habían observado buena conducta, y algunos de los cuales había sido herido en esta campaña», explicaban parte de esas deserciones. Estos combatientes, al volver a sus localidades de origen, descubrían las «indagaciones que se están efectuando de su actuación con anterioridad al movimiento y entonces ante el temor de posibles represalias desertan». Una situación ante la cual exigía que «se extreme la benevolencia para aquellos que aunque con antecedentes políticos desfavorables, no han cometido graves delitos y están defendiendo nuestra causa con las armas en la mano y llegan, incluso, a dar su sangre por ella».⁹³⁴ Es decir, que cumplieran su parte, según lo que la propaganda que se dirigía a los “soldados rojos”, tanto encuadrados en el ejército rebelde como pertenecientes al EPR, establecía.⁹³⁵

Sin embargo, el propio ejército entraba en contradicción con las lecturas, acertadas, que hacían algunos de sus mandos acerca de la influencia que tenían en el ánimo de los soldados, y por ende en su deserción, las medidas depurativas puestas en marcha desde la retaguardia. Porque, en esencia, esa contradicción era inherente a las funciones simul-

⁹³³ AGMAV, C. 1859, 23. 107 DI, Organización, “Escritos sobre desertores y fichas de los mismos. Dando cuenta de la Ejecución de varios individuos en Ocaña”, abril de 1939; AGMAV, C. 1860, 2. 107 DI, Organización, “Oficios sobre desertores. Dando cuenta sobre Ejecuciones”, julio de 1939, en la que se contabilizaba la ejecución de 66 reos; y AGMAV, C. 2375, L. 147, 38. CGG, EM, Justicia, “Proponiéndose que parte de oficiales y clases sobrantes al reducirse las Unidades de las Divisiones puedan ser designados como jueces y auxiliares para intensificar la depuración del personal pendiente de ello”, junio de 1939.

⁹³⁴ AGMAV, C. 1549, 87, p. 4. 12 DI, Desertores, “Ordenando se extreme la vigilancia para evitar deserciones”, diciembre de 1937.

⁹³⁵ James MATTHEWS: “«Our Red Soldiers»: The Nationalist Army’s Management of its Left-Wing Conscripts in the Spanish Civil War, 1936-9”, *Journal of Contemporary History*, 45:2 (2010), pp. 344-363.

táneas de encuadramiento, convencimiento y control y profilaxis social que tenía el ejército. En enero de 1938, un informe elaborado por el teniente coronel habilitado Manuel Angulo Alba, jefe de la 2ª Media Brigada de la 12 DI, intentaba discernir los porqués de las deserciones que se habían producido en el 263 Batallón de Cazadores de San Fernando nº 1. Se apuntaba que los haberes, el trato recibido, el abastecimiento y el vestuario eran buenos, no habiéndose dado hasta la fecha casos similares y de esta dimensión cuantitativa. De hecho, la unidad ni siquiera soportaba fuertes bajas, pues su actividad militar, al estar desplegada en un frente estático como el madrileño, era escasa. Sin embargo, como probable causa subyacente de la deserción se señalaba a un cuestionario que se les había hecho a los combatientes en el que debían indicar «el nombre de sus patronos». Dicho cuestionario fue recibido con muchas reticencias por parte de la tropa, «no convencida de que el objeto perseguido fuese el de reservarles su puesto para el día en que fuesen licenciados como se les explicó», algo que en cierto modo era esperable. A la altura de enero de 1938 las retaguardias estaban siendo objeto de un concienzudo proceso depurativo, al tiempo que los soldados sabían, y concretamente los de la 12 DI por los informes que antes veíamos, que incluso el servicio activo en las filas rebeldes no les aseguraba el quedar libres de dicho proceso, pues otros compañeros y sus familias habían sido víctimas de él. Así, aportar los datos de los patronos que les habían empleado en los años previos a la guerra podía suponer dar las señas de aquellos que les podían acusar de haber sido unos izquierdistas significados, teniendo en cuenta el clima de conflicto social que existió en la década de los años 30 en España. Pero incluso quienes no lo habían sido podían querer ocultar una militancia en organizaciones sindicales, algo que los años republicanos era habitual que fuese condición *sine qua non* para poder acceder a determinados puestos de trabajo, sin demostrar una relación directa con la verdadera posición político-ideológica de cada individuo. De hecho, esto se reconocía en el informe: «bien sabido es que desde que asaltó el poder el Frente Popular quien no era asociado de la U.G.T. o C.N.T. no encontraba trabajo».

Además del miedo a caer víctimas de la depuración, algunos de los combatientes que desertaron habían manifestado con anterioridad a su huida que sus familiares, sus mujeres concretamente, cobraban un subsidio muy escaso, insuficiente para cubrir sus necesidades y que no se correspondía con lo que debían percibir por la condición de combatientes de sus maridos. El propio Manuel Angulo daba por cierta esta información, afirmando que en las provincias de Málaga y Badajoz, de donde eran originarios muchos de los desertores, «el pago del subsidio no se ajusta a las necesidades económicas de las familias de los combatientes, si no [sic] a un estado pasional y de distingo sobre si fueron rojos o no». Es decir, la misma situación que ya veíamos en el caso de la BL Tercio General Sanjurjo, y que Angulo criticaba duramente, ofreciendo de nuevo un juicio bastante cercano a la realidad que, empero, no pareció trascender al modo en que se aplicaron las políticas en el frente y en la retaguardia, como a continuación veremos: «no es precisamente condenando al hambre a las familias como se captan adeptos y se demuestra la bondad de nuestra causa». La situación de la 12 DI pudo estallar debido a la conjunción de toda una serie de condicionantes, y desde luego debido al empuje que varios soldados del propio Batallón 263 le dieron fomentado la propaganda republicana entre los futuros desertores, pero los ingredientes estaban inscritos en el ADN represivo del ejército y el

proyecto rebeldes, lo cual a buen seguro los hizo reproducirse en no pocas formaciones. Sin ir más lejos, adjunto al informe citado figuraba el expediente de un juicio incoado a varios desertores de la X BL, encuadrada en la 16 DI, que, como la 12, formaba parte del I CE. Se señalaba, cimentado en el testimonio de varios legionarios, que en la unidad tenían un buen ambiente, buenos servicios y unas condiciones adecuadas. Esto bien podía ser mentira, ya que quejarse significaba en cierto modo desafiar a la autoridad y podía acarrear castigos, pero desde los encargados de instruir las diligencias judiciales se intentó obtener un reflejo fiel de la situación, interrogándose también a individuos sospechosos y calificados como extremistas, es decir, no afines al mando. En cualquier caso, los subsidios a familiares asociados a pasados de militancia izquierdista o sindical, respecto a lo cual se volvía a argumentar que esta no era por afinidad ideológica sino por la necesidad de trabajar, aparecen de nuevo como un elemento explicativo central, y merecían la misma interpretación por parte de los autores del escrito: «Estas persecuciones si no son motivadas en los presentes casos y según los declarantes no parecen serlo, puede constituir motivo de disgusto y como pudiera suceder que estos casos no fueran solos [...] se debiera practicar alguna información [...] ya que en la España que se está forjando, debe resplandecer la Justicia en todos sus órdenes».⁹³⁶

En los ejemplos del Batallón 263 y la X BL se observan perfectamente los distintos niveles a los que operaba la tarea depurativa encarnada por el ejército y el proyecto rebeldes. En este sentido, el objetivo primordial era ganar la guerra, tal y como evidenciaban los propios mandos militares cada vez que denunciaban las investigaciones conducidas en retaguardia contra individuos más o menos integrados en las unidades, que combatían bien y que tenían buen comportamiento, las cuales tenían como consecuencia la imposibilidad de cohesionar las formaciones, una inestabilidad endémica y la incapacidad de aprovechar al máximo a unos combatientes, bien reciclados bien con voluntad de purgar su pasado a través de su sacrificio en el frente, que veían con recelo una propaganda cuyas promesas no siempre se cumplían. Sin embargo, esta necesidad militar chocaba frontalmente con la otra gran función del ejército, la de vigilancia y depuración de sus propios combatientes en aras de implementar el proyecto político que sustentaba su lucha –no en vano, era el SIPM el encargado de articular los mecanismos de control y luego utilizar la información obtenida–, por no decir ya con las lógicas que operaban en la retaguardia y que no siempre tenían en cuenta la importancia de aunar fuerzas para ganar la guerra cuanto antes. Múltiples niveles que entraban en conflicto y que permiten matizar esa eficacia y unicidad de esfuerzos que se ha dibujado para el bando rebelde.

Dos últimos casos, de enero de 1939, ponían de manifiesto hasta qué punto, por mucho que fuesen señaladas por los mandos de las diferentes unidades que sufrían sus consecuencias, esas contradicciones no pudieron ser superadas, manifestándose hasta el

⁹³⁶ Los dos escritos, referidos a la 12 y la 16 DI, en AGMAV, C. 1549, 102. 12 DI, Justicia, “Diligencias en averiguación de los motivos de deserciones producidas en Unidades de la 12 División”, enero de 1938. En referencia al pago de subsidios a familiares de legionarios, un telegrama postal enviado un mes después por jefe de la VIII Región Militar a la 107 DI ordenaba que se hiciera efectivo el abono de estas pensiones, al igual que se hacía con los soldados de remplazo, lo cual parece indicar una cierta voluntad por parte de las autoridades rebeldes de solventar unos problemas que, en todo caso, databan del comienzo del conflicto. Véase AGMAV, C. 1870, 22. 107 DI, Subsidios, “Orden sobre subsidios”, febrero de 1938.

mismo final de la guerra. El primero de ellos hacía referencia al 14º Batallón del Regimiento de Cádiz nº 33 perteneciente a la 102 DI, desplegada en Extremadura. En un esquema que repetía al visto en los casos de la 12 y la 16 DI, las informaciones recogidas apuntaban a que las condiciones dentro de la unidad eran buenas, señalándose como causa del problema «el miedo que en sus pueblos les habían infundido unas fichas que estaba confeccionando la Guardia Civil, tal vez por haber pertenecido a partidos afectos al Frente Popular», así como las «ansias de venganza sobre ellos, maltratan de palabra a sus familiares cuando pretenden cobrar el subsidio pro-combatiente, este lo vienen percibiendo muy tardíamente». Y, de nuevo, la lectura era la misma, es decir, que la responsabilidad de las deserciones correspondía a «las citadas circunstancias provinientes [sic] de la retaguardia [...] desconfianza marcada que ha hecho presumir en los mismos la temeridad de cualquier represalia y la ausencia del mínimo afecto que se le debe tener a todo Combatiente [sic] del Ejército Nacional».⁹³⁷ El segundo caso discurría por una línea similar, afectando en este caso a varias unidades de la 21 DI. Los soldados habían conocido que diversos delegados de orden público en retaguardia estaban confeccionando unas fichas de antiguos militantes de izquierda relativas a su posible participación en crímenes y otros desmanes, lo que generó una situación descrita en el informe con unas palabras que repetían el mismo patrón ya visto: «soldados, que estaban portándose muy bien en nuestras filas, ya convencidos a nuestro favor, al temer una denuncia por cualquier intervención, grave o leve, que hayan tenido y esperando el castigo que han visto aplicar a otros compañeros de armas o motines, desertan». Paradójicamente, o quizá cabría decir *naturalmente*, se ordenaba incrementar la vigilancia, infiltrar más soldados confidentes, tender emboscadas a los desertores, elaborar más informes sobre los antecedentes de los soldados y, resaltando aún más la contradicción, aumentar de dos por semana a diariamente las conferencias patrióticas.⁹³⁸ En este sentido, resultaba ciertamente difícil pensar que en un contexto de aumento de las medidas represivas como consecuencia de las deserciones que esas mismas medidas, implementadas más laxamente, habían motivado, las conferencias patrióticas y las promesas de reintegración y redención que en ellas se hacían fuesen a tener el éxito deseado por los dirigentes rebeldes.

En cualquier caso, el fenómeno de la deserción en la Guerra Civil no tuvo en la ideología o en el asfixiante ambiente de vigilancia impuesto por el ejército sus únicas claves explicativas. Sino que, al igual que apuntaba al hablar de los límites del proceso de socialización ideológica, razones mucho más concretas y prosaicas eran las que otorgaban carta de naturaleza a un hecho que, como hemos visto, podía tener unas consecuencias fatales. De hecho, esto permite ponderar la importancia del cansancio provocado por la guerra, la preocupación por los familiares o la relevancia de las afinidades regionales y personales como factores cruciales para entender la experiencia, las motivaciones y las

⁹³⁷ AGMAV, C. 2374, L. 145, 95. CGG, EM, Deserciones, “Relativo a una circular remitida por el General Jefe del Ejército del Sur a los Gobernadores Civiles de las provincias de aquel territorio referente a las causas que mueven a los soldados a desertar de nuestras filas es la persecución de que son objeto los familiares en los pueblos de su naturaleza”, enero de 1939. Véase también James MATTHEWS: “«Our Red Soldiers»...”, pp. 361-362.

⁹³⁸ AGMAV, C. 1274, 5, p. 11. Ejército del Sur, Justicia, “Deserciones y medidas para evitarlas”, enero de 1939.

actitudes de los combatientes en el frente.⁹³⁹ De los 59 casos concretos analizados en el curso de esta investigación, 16 de ellos estaba relacionados con la marcha de los encausados a retaguardia por diversos motivos, generalmente asociados con la necesidad de ver a sus familiares debido al mucho tiempo que llevaban en el frente o al surgimiento de problemas puntuales, como enfermedades, que necesitaban resolver, por ser ellos los cabezas de familia.⁹⁴⁰ Un comportamiento que suponía un desafío directo a la autoridad del ejército, por muy grave que fuera la situación a la que algunos de estos desertores tuvieron que atender, lo que comportó que de esos 16 casos, 15 terminasen en condenas, cuya duración variaba en función de las circunstancias, si bien generalmente eran 4 años de recargo en el servicio, a reducir en caso de haber vuelto voluntariamente a la unidad. De igual modo, otros 12 casos se explicaban por enfermedades de los combatientes, que dada la desorganización existente en el servicio de hospitales no eran convenientemente comunicadas a las unidades de origen, o por el caos a la hora de informar de traslados entre formaciones. Fue el caso de 5 cocineros del Grupo de Tiradores de Ifni, declarados desertores al no presentarse a su nueva unidad, la 4ª Bandera de Falange de Castilla, pero que finalmente encontrados en las cocinas de la formación falangista, siendo eximidos de toda responsabilidad.

También tenían su parte de importancia el miedo, como ya he apuntado en capítulos previos; las ganas de disfrutar de algunas noches de permiso y diversión en alguna localidad cercana a donde se hallaba desplegada su unidad; los despistes al transitar por áreas cercanas al frente, y que a veces acababan con los combatientes capturados por el EPR; o cambios voluntarios y no notificados de unidad, por reunirse con conocidos o por estar con individuos de sus regiones de origen, como ya veíamos en el caso del falangista González Roldán. Todas estas razones configuraban un universo heterogéneo que respondía perfectamente a la propia composición del ejército rebelde, y que al mismo tiempo

⁹³⁹ Un ejemplo de este cansancio en las motivaciones que un informe identificaba respecto a las deserciones producidas en unidades de la 21 DI. Véase AGMAV, C. 1274, 5, pp. 8-10. Ejército del Sur, Justicia, “Deserciones y medidas para evitarlas”, enero de 1939. También se apuntaba la monotonía del frente como otra de las causas, lo que había llevado a algunos desertores a ingresar en unidades de la Legión.

⁹⁴⁰ Los casos de deserción a los que me iré refiriendo en AGMAV, C. 1560, 86. 13 DI, Desertores, “Personal desertor de diversas Unidades de esta División”, noviembre de 1937; AGMAV, C. 1349, 42. CE Maestrazgo, Justicia, “Diligencias previas instruidas por deserciones”, diciembre de 1937; AGMAV, C. 1349, 49. CE Maestrazgo, Justicia, “Diligencias previas por deserción de 2 soldados del 4º Bon. Regtº Burgos 31”, enero y mayo de 1938; AGMAV, C. 1349, 63. CE Maestrazgo, Justicia, “Diligencias previas por deserción contra soldº Regtº Artº Ligera nº 13, Cecilio de Francisco Ortiz”, marzo de 1938; AGMAV, C. 1804, 10. 74 DI, Información, “Información realizada sobre las actividades de varios soldados desertores al campo enemigo”, marzo de 1938; AGMAV, C. 1350, 4. CE Maestrazgo, Justicia, “Diligencias previas por deserciones”, mayo de 1938; AGMAV, C. 1350, 12. CE Maestrazgo, Justicia, “Diligencias por deserciones”, junio de 1938; AGMAV, C. 1350, 27. CE Maestrazgo, Justicia, “Diligencias previas por deserciones”, julio de 1938; AGMAV, C. 1665, 7. 20 DI, Justicia, “Deserción del Soldado del 3º Bón. De Pavia Victoriano González Sánchez”, julio de 1938; AGMAV, C. 1665, 14. 20 DI, Justicia, “Deserción de los soldados Juan Manuel Martín Sánchez del 3º Bón. de San Quintín. Juan Delgado Serrano de la 4ª Compañía del Bón. 162 y Manuel Talens Puig de la 6ª Compañía de Minas”, agosto de 1938; AGMAV, C. 1350, 43. CE Maestrazgo, Justicia, “Diligencias previas por deserciones”, agosto de 1938; AGMAV, C. 1351, 19. CE Maestrazgo, Justicia, “Diligencias previas, causas, por deserciones”, septiembre de 1938; AGMAV, C. 1351, 37. CE Maestrazgo, Justicia, “Diligencias previas por deserciones”, octubre de 1938; AGMAV, C. 1352, 23. CE Maestrazgo, Justicia, “Diligencias previas por deserción”, noviembre de 1938; AGMAV, C. 1352, 38. CE Maestrazgo, Justicia, “Diligencias previas por deserciones”, diciembre de 1938; AGMAV, C. 1353, 8. CE Maestrazgo, Justicia, “Diligencias previas por deserción”, enero de 1939; y AGMAV, C. 1353, 26. CE Maestrazgo, Justicia, “Diligencias previas por deserciones”, febrero de 1939.

permitía normalizar una experiencia bélica que corría el riesgo de ser definida en términos netamente ideológicos. Sin embargo, el propio ejército sí convirtió estas conductas en algo de vital importancia para la construcción de la Nueva España, pues la eficacia del control y el encuadramiento social dependían, en este escenario, de la capacidad coercitiva que pudiera desplegar. De ahí que, de los 47 casos en los que había algún individuo al que se pudiera castigar, incluidas las desertiones al campo enemigo —como el caso que veíamos del soldado canario Rafael Delgado Marrero o el de un alférez que fue condenado por negligencia debido a la desertión del individuo, calificado como sospechoso, al que debía vigilar—, en 23 de ellos se condenase a los encausados a diversas penas, representando 18 de los 21 expedientes en los que no se impuso ninguna sanción ejemplos de esos despistes a los que me refería o situaciones derivadas del caos organizativo existente en las fuerzas armadas rebeldes.⁹⁴¹

De hecho, uno de los mecanismos esenciales para imponer esa estructura coercitiva por parte del ejército fue la censura postal y, en esencia, de todo comentario que tuviera que ver con asuntos relativos a información sensible de carácter militar. Esta respondía a criterios más relacionados con el curso de las operaciones, pues las diversas directivas e instrucciones tendían a hacer un especial hincapié en la detección de este tipo de comportamientos. Sin embargo, el esfuerzo puesto en esta tarea sugería, como toda la actividad del SIPM en su conjunto, que la censura, sobre todo la postal, no tenía únicamente una finalidad orientada a ganar la guerra. En no pocos casos, se indicaba que debían ser objeto de estas medidas de control combatientes calificados como sospechosos, es decir, todos los reciclados y provenientes de campo republicano pero, también, aquellos de los que se disponía de un informe que señalase un pasado comprometido. Al mismo tiempo, las propias tareas de vigilancia proveían, complementariamente a los objetivos que sobre el papel perseguían, datos e informaciones clave para conformar expedientes de depuración que tenían consecuencias específicas. Es el caso ya mencionado de Delgado Marrero, sobre el cual se construyó una definición que apuntaba claramente a su internamiento y punición gracias a las cartas que habían sido interceptadas por la censura. De hecho, a pesar de su militancia previa en la CNT no se habían detectado otro tipo de comportamientos sospechosos de desafección, todo lo contrario de hecho, lo que permite hacerse una idea de la extensión y las finalidades, más allá de las puramente militares, que tenía este mecanismo de vigilancia.

En cualquier caso, como decía, las normas de censura se orientaron en primer término hacia labores de contraespionaje para detectar la difusión de información de carácter militar. En este sentido, una de las primeras cuestiones sobre las que se puso el foco fueron las madrinan de guerra. Este sistema, implementado en ambos contingentes como una forma de asistencia moral al soldado, tuvo un mayor desarrollo en el bando rebelde,

⁹⁴¹ Las causas por negligencia representaban un mecanismo represivo en sí mismo, pues ante la amenaza del castigo se forzaba a colaborar activamente a los individuos en la vigilancia y el control de sus compañeros, así como en otro tipo de tareas punitivas. Es el caso de tres guardias civiles investigados en noviembre de 1938 por dejar escapar a un detenido. Dos de ellos, los presentes en el momento de la huida, fueron sentenciados a dos meses en un cuerpo disciplinario mientras que el cabo, responsable directo pero ausente cuando ocurrieron los hechos, fue condenado a seis meses de arresto. Véase AGMAV, C. 1352, 23. CE Maestrazgo, Justicia, “Diligencias previas por fuga de un legionario”, noviembre de 1938.

pues la censura postal implementada por el EPR evidenció que muchos de sus combatientes se quejaban a las madrinas sobre sus condiciones de vida en el frente, mostrando así una actitud derrotista que era más perjudicial que el beneficio que pudieran obtener los soldados.⁹⁴² Las progresivas medidas de control que fue implementando el bando sublevado sobre el sistema de madrinas discurrieron paralelamente a la propia construcción del ejército de masas, es decir, que estuvieron cimentadas en una labor de constante aprendizaje y adaptación a un tipo de guerra nunca antes vista en España, tanto a nivel cuantitativo como cualitativo. En julio de 1937, un escrito solicitaba que, en adelante, a la hora de solicitar madrinas de guerra se pusiese como dirección postal la de la plana mayor del CE para así no desvelar la ubicación de las diferentes unidades, que podía conducir a que el enemigo tuviese una mejor información para planificar ofensivas o para articular su dispositivo defensivo.⁹⁴³ Unas medidas que continuaron enfatizándose en enero de 1938 mediante una orden emitida por el CGG en el que instaba a vigilar especialmente la correspondencia de individuos que se carteasen con madrinas de guerra, sobre todo si estas eran extranjeras.⁹⁴⁴ De hecho, en ese mismo mes la 75 DI recibía, vía el Ejército del Centro, una información del SIPM en la que se alertaba sobre el inusitado número de peticiones de madrinas de guerra francesas por parte de combatientes sublevados. Esto, que ya de por sí resultaba extraño a ojos de la inteligencia militar por el hecho de tratarse de mujeres que no eran españolas, suponía una considerable amenaza de espionaje, ya que entre estas madrinas «figura personas cuyo nacionalismo es muy dudoso». Precisamente, el propio escrito incluía un caso ilustrativo de la problemática existente, pues una de las madrinas, de 28 años, le habría pedido al soldado con el que se carteaba, de 21, que le recomendase un compañero suyo de una edad similar, lo que el SIPM consideraba que mostraba «la intención, sin duda, de obtener de éste segundo lo que no había podido conseguir del primero».⁹⁴⁵

Esta cuestión de las madrinas francesas permite conectar con otro elemento esencial de la estructura de vigilancia y control erigida por el ejército sublevado, y que en este caso tenía una vertiente mucho más política, de afianzamiento de su propio poder frente a proyectos alternativos o intentos de injerencia extranjera. No cabe ninguna duda de que la preparación del golpe y, más importante aún, la supervivencia de la sublevación y la construcción de un ejército de masas preparado para la guerra moderna debieron mucho al apoyo y participación activa de italianos y alemanes.⁹⁴⁶ Sin embargo, la autonomía de ambos aliados, especialmente de los primeros, suponía una molestia para Franco, que en

⁹⁴² James MATTHEWS: *Reluctant Warriors...*, pp. 120-123. Véase también Manuel DE RAMÓN CARRIÓN: “Las madrinas de guerra en la Guerra Civil”, *Bulletin hispanique*, 18:1 (2016), pp. 157-174.

⁹⁴³ AGMAV, C. 1566, 76. Este servicio, en el caso del ejército sublevado, se prohibió para los integrantes de los BT, puesto que podía servir como medio para enviar información sensible al bando republicano y, al mismo tiempo, porque así se ejercía una función punitiva adicional contra estos individuos. Véase AGMAV, C. 1851, 5. 102 DI, Información, “Prohibición de madrinas de guerra al personal de Bones. de Trabajadores”, septiembre y octubre de 1938.

⁹⁴⁴ AGMAV, C. 1492, 63. Agrupación de Divisiones Soria-Somosierra, Censura, “Censura a correspondencia dirigida a Francia. Censura a correspondencia de soldados con madrinas de guerra”, enero de 1938.

⁹⁴⁵ AGMAV, C. 1813, 1. 75 DI, Espionaje, “Normas para evitar indiscreciones y sobre madrinas de guerra francesas”, enero de 1938.

⁹⁴⁶ Véase Ángel VIÑAS: *¿Quién quiso la Guerra Civil? Historia de una conspiración*, Barcelona, Crítica, 2019.

todo momento buscó reducirla y someterla a su control. Además, el hecho de que hubiese unidades extranjeras relevantes combatiendo a su lado erosionaba la narrativa que describía el conflicto como una guerra de independencia contra un invasor externo, encarnado en el apoyo soviético a la República y las Brigadas Internacionales. Esto explicaría, en cierto modo, la especial atención que se puso en los extranjeros que se encontraban combatiendo en las filas del ejército rebelde, así como las múltiples trabas impuestas a la organización de unidades de nacionales no españoles que operasen autónomamente. Por ejemplo, algunos de los combatientes de la Bandera Juana de Arco fueron acusados, de acuerdo a informes elaborados por la inteligencia militar rebelde, de espionaje, siendo encarcelados e incluso alguno de ellos fusilado, lo que unido a otros problemas acabó dando al traste con la formación de la unidad.⁹⁴⁷ Bien es cierto que la necesidad de hombres que tenía el ejército sublevado y las plataformas que puso en marcha en el extranjero para el reclutamiento de combatientes, como los banderines de enganche de la Legión, posibilitaban su utilización por parte del bando republicano, u otros países, para conseguir infiltrar espías en las filas sublevadas.⁹⁴⁸ Pero, al mismo tiempo, la recurrencia de informaciones similares referentes a colectivos de extranjeros evidenciaba que existían motivaciones más allá del puro contraespionaje. Por ejemplo, se emitieron alertas sobre la posible condición de agentes enemigos de ciertos voluntarios extranjeros, como el ruso blanco Pável Rashevski, lo que igualmente llevó a un incremento de la vigilancia sobre este colectivo, y sobre su correspondencia.⁹⁴⁹ Algo que también afectó a otros grupos nacionales, como italianos o portugueses.⁹⁵⁰ Esta cuestión, unida a la escasa voluntad de Franco de atender a las peticiones de estos colectivos, como precisamente los rusos blancos, para unificarse en unidades homogéneas, mostraba que los extranjeros sobre el terreno llegaron a suponer una molestia para el bando rebelde.⁹⁵¹ Sin ir más lejos, su contribución a las operaciones era marginal, su potencial deslegitimador notable, y su posible función como moneda de cambio para conseguir la retirada de las BBII interesante, lo que aporta algunas claves que pueden explicar la especial vigilancia que se articuló sobre ellos.

⁹⁴⁷ AGMAV, C. 1566, 82. Información, Espionaje, “Sobre el supuesto enrolamiento de espías franceses en el Ejército Nacional”, junio de 1937. Hélène DEWAELE VALDERRÁBANO: op. cit., pp. 290-292. Véase también Romuald JACOPIN: op. cit., p. 128.

⁹⁴⁸ Por ejemplo, en febrero de 1937 un individuo británico llamado William Winterbottom remitió un extenso informe a la inteligencia militar de ese país centrado en la organización de la aviación alemana que combatía en las filas sublevadas, ya que él mismo se encontraba sirviendo en el ejército rebelde. Véase TNA, AIR 40/224, “Report by Mr. William WINTERBOTTOM of his experience whilst serving with General Franco during the Civil War in Spain”, febrero de 1937. Además, las propias visitas de militares extranjeros organizadas por el ejército insurgente servían para espiar el material alemán e italiano en poder de este, como en un informe elaborado por los británicos también en febrero de 1937. Véase TNA, WO 190/508, “Note on the German A.A. Guns in Spain”, febrero de 1937.

⁹⁴⁹ AGMAV, C. 1567, 2. 13 DI, Información, Espionaje, “Informe sobre el posible agente ruso RECHEVSKI”, noviembre de 1937. AGMAV, C. 1872, 5. 108 DI, Censura, “Escrito del CE Marroquí, sobre Rusos Blancos”, noviembre de 1937.

⁹⁵⁰ AGMAV, C. 1301, 41. Ejército del Centro, Espionaje, “Propósitos revolucionarios de elementos en combinación españoles y portugueses”, noviembre de 1937. AGMAV, C. 1804, 16. 74 DI, Espionaje, “Sobre posible alistamiento en Unidades de Zona Nacional de Italianos procedentes de Rusia para ejercer este servicio”, mayo de 1938.

⁹⁵¹ AGMAV, C. 2385, 18. CGG, EM, Organización, “Petición del exgeneral ruso Nicolas Schinkarenko para que se forme una unidad a base de oficiales y soldados rusos que hoy sirven a nuestro lado como voluntarios”, junio de 1937.

Sea como fuere, la censura se extendía a otros ámbitos de la vida del combatiente, como la correspondencia que los soldados enviaban a y recibían de sus domicilios o los permisos que les eran concedidos y que pasaban en retaguardia, con una voluntad de alcance claramente totalizadora. Respecto a esta segunda cuestión, era algo natural y esperable que los soldados se vanagloriasen y presumiesen de los hechos de armas en los que habían participado con su unidad, en tanto que ese comportamiento formaba parte del *ethos* combatiente y ejercía como mecanismo de identificación y diferenciación frente a la población de retaguardia, esto es, los civiles. Tal y como apuntaban unas instrucciones destinadas a prohibir este tipo de conductas, «Es el afán de *contar* lo que nadie sabe, de decirse *bien enterado*, de *lucirse* en una palabra».⁹⁵² De hecho, dichas actitudes daban lugar a incidentes entre combatientes de diferentes unidades, como el que enfrentó en mayo de 1938 en Zaragoza a efectivos del Ejército del Norte y del CTV. Según se desprende del expediente informativo elaborado por el primero, los soldados españoles se habrían burlado de la escasa participación del contingente italiano en las últimas ofensivas, lo que habría desencadenado la pelea. Una actitud duramente criticada en el escrito: «Las discusiones sobre la participación que cada Unidad, propia o extraña, tiene en nuestras victorias nace generalmente de un sentimiento de fanfarronería que es el más feo defecto que puede tener el hombre de corazón fuerte y seguro».⁹⁵³

Además del peligro de generar altercados entre combatientes, existía un evidente riesgo para la seguridad militar al cometer estas indiscreciones, algo de lo que eran conscientes los propios combatientes: «Los que tal hacen no ignoran el *daño* que hacen a la causa pero que no vacilan en ocasionar en el momento de contarlos».⁹⁵⁴ Esta actitud se asemejaría más a la del combatiente medio, si recordamos por ejemplo el modo en que el alférez provisional Martín Vigil veía su propia condición de oficial durante los años de guerra, que aquella que codificaban las memorias más en línea con el discurso oficial, y que presentaba la fanfarronería en retaguardia como un signo de debilidad contrario al modelo ideal de masculinidad castrense, humilde, que el fascismo español buscaba construir. Lo cual, dicho sea de paso, permite matizar esa retórica del frente opuesto a la retaguardia que planteaban algunas de las memorias publicadas en la inmediata posguerra, ya que eran los propios soldados los que se ufanaban de sus actos en el frente. En cualquier caso, tal y como apuntaban diversas informaciones, «hay en todas partes agentes del espionaje enemigo», por ejemplo en las inmediaciones de los cuarteles o en los prostíbulos, realizando una labor de constante captación de datos que pudieran tener algún tipo de utilidad militar, lo que exigía un control exhaustivo de los comportamientos de los combatientes.⁹⁵⁵ De hecho, uno de los principales riesgos eran, precisamente, los momentos

⁹⁵² AGMAV, C. 1695, 4. 24 DI, Instrucciones, “Del Cuartel Gral. del Ejto. del Sur, prohibiendo se hable de operaciones de guerra”, mayo de 1938. La cursiva en el original.

⁹⁵³ AGMAV, C. 1350, 2Bis. CE Maestrazgo, Incidentes, “Habidos en Zaragoza entre fuerzas nacionales e individuos del C.T.V.”, mayo de 1938.

⁹⁵⁴ AGMAV, C. 1695, 4. 24 DI, Instrucciones, “Del Cuartel Gral. del Ejto. del Sur, prohibiendo se hable de operaciones de guerra”, mayo de 1938. La cursiva en el original.

⁹⁵⁵ AGMAV, C. 1972, 4. SIMP, Información, “Notas informativas, sobre ambiente desfavorable a Movimiento Nacional en Casa de Prostitutas de Burgos”, enero de 1937. AGMAV, C. 1813, 1. 75 DI, Espionaje, “Normas para evitar indiscreciones y sobre madrinas de guerra francesas”, enero de 1938. AGMAV, C. 1592, 65. 15 DI, Instrucciones, “Para que el personal del Ejército se abstenga de comentar en lugares públicos o correspondencia sobre situación de frentes, hechos de armas, etc.”, febrero de 1938.

de intimidación con las mujeres. Dada la importancia que para el reforzamiento de los lazos de camaradería masculina tenía el sexo y las relaciones con mujeres, entendidas como una conquista en toda regla, a buen seguro los soldados recurrían a sus hazañas bélicas como forma de impresionarlas, una cuestión que sin duda la inteligencia republicana aprovecharía. De ahí, quizá, esas precauciones adicionales que veíamos adoptó el ejército rebelde respecto a las madrinas de guerra.

Pese a la importancia que, como vemos, se confería al control de la información que podían difundir y filtrar los combatientes, las medidas que paulatinamente se fueron poniendo en marcha adolecieron de problemas similares a los que veíamos en la primera parte de esta tesis y que, en esencia, tenían que ver con la propia construcción, a marchas forzadas, del ejército de masas. Por ejemplo, en marzo de 1938 el mando de la 75 DI advertía a sus unidades que se tenía constancia de que las cartas enviadas por los combatientes no estaban pasando por ningún sistema de censura, toda vez que se quería agilizar el servicio postal dado el volumen de trabajo que tenía. Una cuestión que adquiriría aún mayor relevancia a la luz de un informe del SIPM, elaborado ese mismo mes de marzo, en el que se advertía de que muchos de los republicanos que se habían pasado últimamente a las filas del ejército rebelde lo habían hecho con la intención de facilitar datos de sus unidades, algo que podrían haber hecho sin mayores problemas a tenor de la falta de cualquier clase de censura postal, al menos en la 75 DI.⁹⁵⁶ Más avanzado el conflicto, en diciembre de ese mismo año y enero de 1939, es decir, a escasos meses de consumarse la victoria de las armas contrarrevolucionarias, otros dos ejemplos permiten ilustrar que las medidas de control puestas en marcha no estaban siendo lo efectivas que se hubiera querido, sobre todo en un momento en el que las cifras de prisioneros republicanos, y por ende de soldados reciclados, que tenía que manejar el ejército eran muy elevadas a consecuencia de las recientes ofensivas militares. Por un lado, en diciembre el CGG enviaba una circular a todas las GGUU advirtiendo que la Comisaría de Investigación y Vigilancia de Valladolid había detectado que muchos soldados «de ideario izquierdista» estaban consiguiendo enviar al campo republicano, a través de las misivas que mandaban a sus familiares, información militar de gran importancia, como ubicación de posiciones, movimientos de tropas o planes de operaciones. Algo para lo que se valían, tal y como apuntaba el informe de enero de 1939, de los forros de los sobres, que no eran revisados por los censores. Ante esta situación, se recordaba la normativa que se había de aplicar para implementar la censura de prensa, que debía hacerse en las propias unidades con personal específico para ello, algo que en la 55 DI se resolvió asignando esa tarea a los capellanes, lo cual nuevamente lastraba los esfuerzos por vehicular los objetivos de socialización ideológica a través del establecimiento de redes de afinidad entre estas figuras y los combatientes, especialmente los menos afectos.⁹⁵⁷

⁹⁵⁶ AGMAV, C. 1813, 6. 75 DI, Censura, “Instrucciones”, marzo de 1938.

⁹⁵⁷ AGMAV, C. 1749, 13. 55 DI, Información, “Censura postal”, diciembre de 1938. AGMAV, C. 1754, 16. 60 DI, Censura, “Instrucciones”, diciembre de 1938. AGMAV, C. 1849, 5. 85 DI, Censura, “Instrucciones para el ejercicio de la misma”, enero de 1939. Véase también AGMAV, C. 1889, 11. 152 DI, Información, “Normas de censura del C.E. de Castilla”, enero de 1939.

Las medidas decretadas para establecer una vigilancia de la correspondencia de los combatientes adolecieron de problemas y deficiencias derivados de la propia desorganización existente en el seno de unas fuerzas armadas construidas apresuradamente, con recursos insuficientes y de forma reactiva, en función de las diferentes contingencias que tenía que afrontar. Esto, evidentemente, erosionó la capacidad de control del ejército, pero en ningún caso se fracasó totalmente en este objetivo. Ya hemos visto, más allá de las advertencias lanzadas por la comisaría de Valladolid en diciembre de 1938 –que lógicamente se basaban en un éxito de las herramientas de vigilancia–, el caso del soldado canario Delgado Marrero, en el cual la censura postal permitió detectar a un individuo “indeseable” para la nueva comunidad nacional. Al mismo tiempo, posibilitó también conocer lo que verdaderamente pensaban los combatientes, es decir, pulsar su estado moral, ya que paradójicamente el ejército rebelde no tendía a elaborar informes en ese sentido. Es el caso de un sargento de la 2ª Comandancia de Sanidad Militar, adscrita a la 152 DI, que en una carta dirigida a su novia mostraba una realidad de la guerra alejada de las grandes narrativas propagandísticas construidas por el bando rebelde: «el frente peor del mundo el Ebro [...] Mira, es bochornoso el número de heridos y muertos que se evacuaron en un día, todos de nuestra División». De hecho, se daba la circunstancia de que la misiva había superado la censura de la comandancia sanitaria, siendo detectada por la del CE, lo que de nuevo nos sitúa antes esas deficiencias ya mencionadas.⁹⁵⁸ Por citar una última casuística, quizá la más relevante, el control de la correspondencia facilitó igualmente la identificación y depuración de los soldados de tendencias izquierdistas que combatían en las filas rebeldes. Como ya he planteado anteriormente, estos eran un número considerable, pero aquellos que seguían trabajando activamente por el “enemigo” constituían los objetivos preferenciales de la vigilancia. Es el caso del combatiente Eustaquio García, encuadrado en el 3^{er} Batallón del Regimiento de Infantería de Mérida nº 35, integrado en la 13 DI. En diciembre de 1938, el SIPM informaba al comandante de la división de que el gobernador militar de Ávila había dado parte de haber interceptado una carta de un vecino de Narros del Puerto, Constancio García, dirigida a su hijo Eustaquio, en la que le enviaba un folleto de propaganda del EPR. Este descubrimiento había conducido al registro del domicilio del padre, en el que se había encontrado una gorra de capitán de milicias (republicanas) atribuida a Eustaquio García. El escrito no terminaba por aclarar el destino de ambos individuos, pero a tenor de las pruebas fueron probablemente detenidos y castigados de algún modo.⁹⁵⁹

Los tres ejemplos descritos son solo una pequeña muestra de las direcciones y funcionalidades que tenía la censura postal, que se orientaba hacia las necesidades militares del ejército para poder ganar la guerra cuanto antes pero que, de igual forma, tenía mucho que ver con la depuración de la anti-España y la construcción del proyecto fascista. Sin embargo, la implementación de esa vigilancia tenía también sus potenciales peligros. La correspondencia enviada y recibida por los combatientes constituía un elemento cru-

⁹⁵⁸ AGMAV, C. 1889, 4. 152 DI, Censura, “TP comunicando datos de la censura de una carta de un Sgto.”, octubre de 1938.

⁹⁵⁹ AGMAV, C. 15668, 38.

cial para el mantenimiento de su moral, siendo considerablemente valorado por los propios soldados.⁹⁶⁰ Por ejemplo, solo en el mes de septiembre de 1937 los servicios postales del frente del Centro procesaron en torno a 6 millones de misivas, lo que da buena cuenta de la dimensión y relevancia que adoptó ese intercambio postal.⁹⁶¹ En este sentido, las memorias ofrecían algunas claves de esa importancia. Es el caso los integrantes del grupo de artillería de Mallorca, que explicitaban hasta qué punto, en una situación límite como la bélica, el recibir noticias de sus familiares condicionaba su estado de ánimo: «nuestra alegría o tristeza depende de que recibamos o no, cartas de nuestros seres queridos».⁹⁶² Algo que también apuntaban los operadores de antiaéreos Luis Armillas y Manuel Montilla, al señalar que «Una carta en el frente es el sutil e invisible hilo que une al soldado con todo aquello que, hasta el momento de ir a cumplir sus deberes para con la Patria, ha sido su ambiente de vida», lo que explicaba el por qué hacían «tanto bien moral y espiritual».⁹⁶³ Quizá, por este motivo, los compañeros se ayudaban unos a otros a la hora de escribir cartas a casa, en especial aquellos que por su analfabetismo no podían hacerlo, tal y como relataba Fernando Villalba en sus memorias en referencia a un enlace de su compañía: «estaba dispuesto a sostener la correspondencia con su madrina utilizando los servicios de algún compañero que le escribiese las cartas».⁹⁶⁴ Sin embargo, la escritura era también una forma de canalizar el trauma padecido en el frente, de verbalizar de algún modo lo que se había vivido. Es el caso del sacerdote legionario José Caballero, que calificaba un cuaderno de notas que llevaba consigo como «mi desahogo».⁹⁶⁵ Por todo ello, la articulación e implementación de los sistemas de control y vigilancia sobre un material tan sensible para los combatientes era, en buena medida, una cuestión peligrosa, pues al igual que sucedía con el fomento del espionaje entre camaradas, subvertían los propios intentos de acercamiento y construcción de apoyos que puso en marcha el ejército respecto a la masa combatiente.⁹⁶⁶

En conclusión, las fuerzas armadas rebeldes surgidas del escenario que siguió al golpe y el posterior ejército de masas construido a partir de la transformación del conflicto

⁹⁶⁰ Véanse Verónica SIERRA BLAS: “Escribir en campaña: cartas de soldados desde el frente”, *Cultura escrita y sociedad*, 4 (2007), pp. 95-116.

⁹⁶¹ James MATTHEWS: *Reluctant Warriors...*, p. 115. Este volumen de envíos, de hecho, comportaba algunos retrasos en el funcionamiento del servicio, sobre todo cuando eran a grandes distancias, tal y como se quejaba un artillero mallorquín: «Es esto de la correspondencia uno de nuestros problemas. A nosotros nos llega retrasadísima y la nuestra sigue la misma suerte. Yo escribo siempre por avión, ya que solo me cuesta treinta céntimos, porque tenemos franquicia postal; así y todo el retraso tengo que lamentarlo». Véase Anónimo: *Artillería de Mallorca...*, entrada del 29 de enero de 1938.

⁹⁶² Anónimo: *Artillería de Mallorca...*, entrada del 6 de octubre de 1938.

⁹⁶³ Luis ARMILLAS GARCÍA y Manuel MONTILLA MUÑOZ: op. cit., pp. 121 y 123. Una idea similar en Davide LAJOLO: op. cit., p. 149, quien afirmaba que «Le lettere dalla patria, anche quelle della mamma, hanno ormai troppo sapore si lontananza nella loro rassegnata e pacata tristezza, e la tua donna che ti macchiava, nei primi Messi, le lettere di lagrime, ti parla ora del vestito che ha indossato e della novità del paese». Y también, para el caso de la Segunda Guerra Sino-Japonesa, en Aaron MOORE: op. cit., p. 89.

⁹⁶⁴ Fernando VILLALBA DIÉGUEZ: op. cit., p. 155.

⁹⁶⁵ Padre José CABALLERO: op. cit., p. 62, entrada del 30 de septiembre de 1936.

⁹⁶⁶ Sin embargo, al mismo tiempo, la censura postal permitía a los ejércitos conocer la moral de sus tropas, así como sus percepciones sobre cuestiones clave como la violencia o la propia guerra, algo que no siempre resultaba sencillo. Dos ejemplos en Irina DAVIDIAN: “The Russian Soldier’s Morale from the Evidence of the Tsarist Military Censorship”, en Hugh CECIL y Peter H. LIDDLE (eds.): op. cit., pp. 425-433; y en Klaus LATZEL: op. cit.

en una guerra abierta, formal, y fundamentalmente total, tenían ante sí dos tareas esenciales de cara a la consecución de los objetivos por los cuales se habían levantado en armas. Por un lado, la necesidad militar de encuadrar a una población muy amplia, heterogénea y, en este sentido, de lealtades para nada claras, que podía suponer una amenaza no solo para la propia capacidad de combate del ejército en sí, en caso de que se produjesen deserciones masivas o se fomentase la disensión en el seno de las unidades, sino también para la seguridad y estabilidad de la propia retaguardia, mediante la articulación de acciones de resistencia o sabotajes por parte de individuos en edad de combatir. Y, por otro, aprovechar el marco propiciatorio conferido por la guerra depurar en la medida de lo posible a la anti-España, movilizadas en las sucesivas quintas llamadas a filas y reintegradas, al menos temporalmente, en el ejército a través de los mecanismos de reciclaje de combatientes republicanos capturados sobre todo a partir de finales de 1937.⁹⁶⁷ Una tarea, esta segunda, que se valió de la oportunidad que le confería esa conscripción, es decir, el encuadramiento de cientos de miles de españoles, para su implementación. En este sentido, lo militar y lo político-ideológico discurrieron irremisiblemente de la mano, pues la centralidad y la omnipresencia del ejército en el campo rebelde impiden entender la depuración social que se llevó a cabo en España, tanto en el verano “caliente” de 1936 como durante el resto del conflicto y la inmediata posguerra, sin los mecanismos de vigilancia, control, coerción y violencia que este ostentaba y puso en marcha.

Sin embargo, lo ideológico ha de entenderse como un elemento que construía el marco de referencia en el que se insertaban las acciones llevadas a cabo por el ejército, pero no como el motor principal de su actuación. Es decir, que la vigilancia y el control, por mucho que aspirasen y contribuyesen a esa depuración de la anti-España, tenían un componente esencial de afianzamiento de la propia autoridad en un contexto de inestabilidad surgido tras el fallido golpe de Estado. Los procesos depurativos aspiraban, sin duda, a imponer una cosmovisión sobre el conjunto de la sociedad española, pero la necesidad de reafirmar el propio poder, del ejército en este caso, a través de la persecución y punición de cualquier elemento disonante era quizá un objetivo más relevante, al menos desde un punto de vista pragmático. Este juego de equilibrios se puede percibir en distintos expedientes abiertos a combatientes por delitos tan graves como sedición o rebelión. Es el caso de César Yagüe Laurel, comandante médico de la 152 DI, sobre el que se practicaron diversas pesquisas a partir de las informaciones recibidas por el jefe de la unidad en las que se denunciaba que Yagüe «suele hacer manifestaciones opuestas a la Religión Católica y al clero de su Iglesia».⁹⁶⁸ Resulta difícil pensar que el comandante médico fuese el único miembro de la unidad que hiciese ese tipo de manifestaciones, pues ya hemos visto comportamientos similares en otros combatientes. No obstante, su condición de oficial, quizá la particular contingencia de la división y sus jefes, y el desafío que eso suponía a la autoridad que encarnaban el ejército y la propia Iglesia fueron razones

⁹⁶⁷ Esa doble función la evidenciaba en sus memorias el alférez provisional José Luis MARTÍN VIGIL: op. cit., p. 220, el cual se pregunta, al respecto de unos reclutas recién llegados a su unidad: «Pero estos chicos, que no son voluntarios, sino mozos de reemplazo, ¿cómo piensan? ¿A favor de quién están? Eso no se pregunta en el Ejército; una vez en el engranaje serán meros autómatas y obedecerán órdenes como cualquier hijo de vecino».

⁹⁶⁸ AGMAV, C. 1887, 22, p. 2. 152 DI, Organización, “Investigación sobre un oficial que hace manifestaciones contrarias a la religión católica”, julio de 1938.

suficientes para que su caso trascendiese de la cierta normalidad que podían representar comentarios similares. No se pretendía, por tanto, defender la religión mediante el castigo de Yagüe, sino simplemente ejemplificar que la disciplina había de mantenerse a toda costa. De hecho, las manifestaciones «en contra del Ejército Nacional con mueras al Jefe de Estado», hechas en estado de embriaguez por el soldado Isidro García Ovejas del 8º Batallón del Regimiento de Infantería América nº 23 (1ª División de Navarra), era calificadas en las diligencias previas como «contrarias a la disciplina», lo que resaltaba esa dimensión pragmática de los castigos.⁹⁶⁹ No en vano, el soldado fue sentenciado por delitos de rebelión y sedición, una pena ejemplarizante y de una dimensión acorde a la autoridad que el ejército buscaba afianzar mediante este tipo de mecanismos.

Por tanto, la ideología ejercía como telón de fondo y como eje rector de la España que se estaba construyendo a través de las armas, en el frente, y del control y la depuración, también en el frente y en la retaguardia. Pero también tenía una función instrumental que permitía legitimar la coerción necesaria para consolidar el poder de la coalición rebelde, y fundamentalmente del ejército. En cierto modo, ese doble papel jugado por la ideología permite explicar en parte las contradicciones que hemos ido viendo entre las dos funciones principales del ejército, la de encuadramiento y la de adoctrinamiento. Por un lado, por la implicación de los soldados en los mecanismos de denuncia y delación de sus propios compañeros. Podían darse algunos casos en los que el delator lo hiciera, aparentemente, por pura convicción ideológica, como la denuncia realizada por el falangista Cándido Ramos Siriano y su hermana Victoria contra el soldado Bonoso Prieto, perteneciente al 264º Batallón de Cazadores de las Navas nº 2 (152 DI), por manifestaciones derrotistas y contrarias a la religión católica.⁹⁷⁰ Sin embargo, la mayoría no tenían ese perfil de adhesión ideológica, y la generación de sospechas en las que no pocos soldados podían verse envueltos, como delatores y delatados, suponía un lastre tanto a nivel puramente militar, por pérdida de cohesión en las unidades, como en lo referente a esa tarea de adoctrinamiento y construcción de apoyos sociales al nuevo régimen. Esto generaba desconfianza, una cualidad nuclear para el funcionamiento, a todos los niveles, del ejército, como ejemplificaba el caso antes visto del sargento de Regulares Ceferino Albarrán.

Por otro lado, porque toda política retórica acababa siendo canalizada a través del filtro coercitivo y depurativo del ejército. Un ejemplo muy evidente de esta cuestión fueron las insistentes normas y órdenes emanadas del CGG y destinadas a prohibir, de forma tajante e imponiendo castigos en caso necesario, los contactos y la confraternización con el enemigo republicano, que solían tener lugar en momentos de estabilidad del frente y en tierra de nadie, mediante intercambio de artículos, prensa o noticias de las respectivas retaguardias.⁹⁷¹ El bando rebelde, como ya he señalado, planteó una narrativa en la que

⁹⁶⁹ AGMAV, C. 1349, 49. CE Maestrazgo, Justicia, “Diligencias por rebelión y sedición contra un soldº del 8º Bon. América 23”, enero de 1938. Dos casos similares en AGMAV, C. 1349, 27. CE Maestrazgo, Justicia, “Diligencias previas, por indisciplina, soldº Rafael Villarias”, octubre de 1937, en el que se acusaba a un falangista camisa vieja de haberle faltado al respeto al jefe de su bandera, la 5ª de FET (1ª Brigada de Navarra); y en AGMAV, C. 1350, 4. CE Maestrazgo, Justicia, “Diligencias previas por escándalo en la vía pública e insultos a un superior”, mayo de 1938, en el que se acusaba a un combatiente del 5º Tabor de Alhucemas (1ª División de Navarra) de insultar a un superior en público.

⁹⁷⁰ Véase AGMAV, C. 1888, 7. 152 DI, Desafectos, “Del Bón. 264 de las Navas”, enero de 1938.

⁹⁷¹ Un ejemplo de estos contactos en Amaro IZQUIERDO: op. cit., p. 11.

se generaron espacios de reintegración del “rojo” español, a partir de su consideración en determinadas circunstancias como «obligado» e, incluso, «hermano[s]», con ciertos remanentes «de patriotismo».⁹⁷² Sin embargo, a la hora de la verdad se intentó por todos los medios evitar que este tipo de narrativas tuviesen una traslación sobre el terreno, al menos sin haber pasado antes por los instrumentos de clasificación y filtrado establecidos por el propio ejército. En este sentido, la voluntad de aislar a los combatientes tenía una evidente finalidad contrapropagandística, tanto para evitar que el enemigo hiciese propaganda entre ellos como, curiosamente, hacia sus propios discursos, buscando evitar que los soldados desmitificasen la imagen construida en torno a la figura del “rojo”.⁹⁷³ Ciertamente, esta estaba ya deconstruida entre la generalidad de la masa combatiente, pues no se producía una aceptación acrítica de las retóricas propagandísticas, pero cualquier medida que permitiese una mínima permeación de determinadas ideas-fuerza era implementada con el objetivo de modificar los marcos de referencia de los individuos encuadrados en el ejército. De hecho, respecto a esta cuestión se llegaron a decretar acciones considerablemente extremas, como la orden de impedir violentamente, «con fuego de fusil y mortero», todo intento de contacto, o como la utilización de soldados de Regulares para el trato con los prisioneros republicanos, lo que de nuevo plantea esa idea del combatiente “moro” como un mecanismo de control y vigilancia interna del propio ejército.⁹⁷⁴

En definitiva, el ejército construyó un entramado coercitivo destinado a atender las necesidades militares derivadas de su objetivo de ganar la guerra. Sin embargo, los recursos empleados en esta tarea, la conexión entre los servicios de inteligencia militares y las depuraciones en retaguardia, y las propias ventajas purgativas que tenía el empleo de toda esa información recogida a través de los instrumentos de vigilancia hacen indisoluble la función militar de la, por así decirlo, ideológica. A modo de ejemplo, un último escenario donde esa doble dimensión del ejército se puso de manifiesto fue en el reflejo que tuvieron en el frente las luchas políticas que se vivían en retaguardia. Empezando por

⁹⁷² Francisco CAVERO Y CAVERO: op. cit., p. 116. Padre José CABALLERO: op. cit., p. 178, entrada del 7 de marzo de 1937. José María RESA ORTEGO: op. cit., pp. 101-102. Otros ejemplos en José CARRASCO CANALES: op. cit., p. 138 y 179; José Luis MARTÍN VIGIL: op. cit., pp. 206, 220 y 227; Fernando MARTÍNEZ GRANA: op. cit., p. 38; o Salvador TORRIJOS BERGES: op. cit., pp. 149-152.

⁹⁷³ Véanse, con fechas que empiezan en el mismo verano de 1936, en AGMAV, C. 1217, 4. Ejército del Norte, “Canjes de prisioneros”, agosto de 1936; AGMAV, C. 1488, 16. División de Soria, Información, “Confraternización con el enemigo (prohibición)”, diciembre de 1936; AGMAV, C. 1219, 46. Ejército del Norte, Información, “Conversaciones en el frente entre fuerzas propias y enemigas (División de Madrid nº 2)”, mayo de 1937; AGMAV, C. 1887, 23. 152 DI, Justicia, “Castigo a un brigada por no cumplir órdenes”, julio de 1938; AGMAV, C. 1371, 16. Ejército del Norte, Información, “Prohibición de confraternización”, octubre de 1938; AGMAV, C. 1850, 18. 102 DI, Información, “Sanciones impuestas por confraternización con el enemigo”, octubre de 1938; AGMAV, C. 1371, 16. CE Marroquí, “Prohibición de conversaciones con el enemigo en los frentes”, octubre de 1938; AGMAV, C. 1371, 19. CE Marroquí, “Informe sobre confraternización con el enemigo”, noviembre de 1938; AGMAV, C. 1371, 26. CE Marroquí, “Camaradería en los frentes entre nuestras tropas y el enemigo”, diciembre de 1938; AGMAV, C. 1815, 13. 75 DI, “Precaución conversaciones sostenidas por el enemigo”, diciembre de 1938; AGMAV, C. 1201, 48. Ejército de Levante, Propaganda, “Prohibiciones”, diciembre de 1938, en este caso tolerada por los mandos como mecanismo para crear disensión en las filas republicanas; y AGMAV, C. 1870, 5. 107 DI, “Prohibición de sostener contactos con los rojos”, marzo de 1939.

⁹⁷⁴ AGMAV, C. 1726, 19. 52 DI, Información, “Se impida con fuego de fusil y mortero los intentos del enemigo para hablar con las líneas Nacionales”, octubre de 1938. AGMAV, C. 1575, 43, p. 2. 13 DI, Instrucciones, “Del C. Grl. del Genrlmo. de fecha 10, para el caso de que surja el derrumbamiento de enemigo en el frente de esta División”, febrero de 1939.

la militarización de las milicias en diciembre de 1936, el ejército sublevado utilizó los mecanismos de control que iba poco a poco construyendo para ir consolidando la opción política que defendía, frente a otros proyectos alternativos que buscaban encajes diferentes del Estado, el partido y las propias fuerzas armadas. Se procuró eliminar todo atisbo de autonomía de los partidos políticos y sus milicias, como por ejemplo mediante el freno impuesto a la creación de una academia militar para requetés y la depuración de los censores que habían permitido la publicación en prensa de anuncios relativos a la misma.⁹⁷⁵ Se continuó insistiendo en la obligación de que las milicias siguiesen supeditadas a la autoridad militar, prohibiendo terminantemente la posibilidad de crear nuevas que no contasen con el visto bueno del CGG.⁹⁷⁶ Se colaboró, a través de la capacidad que el ejército tenía de controlar el tránsito en retaguardia, en el sofocamiento de posibles resistencias al decreto de unificación de abril de 1937.⁹⁷⁷ Se vigilaron con detenimiento las actividades de ciertos grupos creados al calor de los partidos políticos, como el requeté catalán en San Sebastián, al que se acusó de ir contra el Movimiento Nacional.⁹⁷⁸ Y también de asociaciones no encuadradas dentro de las estructuras oficiales del Estado, como una Agrupación Española de Combatientes, creada en Zaragoza y cuyas actividades fueron suspendidas en enero de 1938.⁹⁷⁹ E incluso se llegó a investigar los entornos de mandos militares afines a Franco, como el caso del general Yagüe, debido a una postal recibida por un agente del SIPM en la que aparecían escritos vivos, además de a Franco, al militar soriano.⁹⁸⁰

Todas estas iniciativas tenían una evidente dimensión militar, pues el control y la estabilidad de la retaguardia eran esenciales para conseguir la victoria en el frente. Pero, al mismo tiempo, tenían una considerable funcionalidad política, porque la estabilidad que se perseguía en la retaguardia pasaba, también, por el control político de la misma, lo que significaba la desactivación de potenciales disidencias y la depuración de un gran número de individuos claramente desafectos. En ese sentido, no es que los objetivos políticos aprovecharan la necesidad militar para su implementación, sino que ambas dimensiones encontraron un punto de confluencia perfecto en el modo en que se planteó el escenario español tras el fallido golpe de Estado y la apertura de una guerra total.

⁹⁷⁵ AGMAV, C. 2319, L. 48, 44. CGG, EM, Censura, “Academia Militar de Requetés”, diciembre de 1938.

⁹⁷⁶ AGMAV, C. 1761, 4. 62 DI, Organización, “Prohibiendo organizaciones de milicias sin orden expresa”, febrero de 1937.

⁹⁷⁷ AGMAV, C. 1549, 42. 12 DI, Orden Público, “Disponiendo cesen las medidas adoptadas prohibiendo entrada y salida de falangistas en distintas provincias”, junio de 1937.

⁹⁷⁸ AGMAV, C. 2907, 3. CGG, SIPM, “Expediente informativo de la organización del Requeté catalán en San Sebastián”, 1937.

⁹⁷⁹ AGMAV, C. 2317, L. 34, 68. CGG, EM, “Agrupación Española de Combatientes”, enero de 1938.

⁹⁸⁰ AGMAV, C. 2904, 11. SIPM, mayo de 1938. Sobre la utilización de los servicios de información en el control político de la retaguardia véase Morten HEIBERG y Manuel ROS AGUDO: op. cit., pp. 100-109.

Capítulo 12

Violencia y políticas de ocupación I (julio-noviembre de 1936). La confluencia entre necesidad militar y proyecto ideológico

Algunos historiadores han señalado, como uno de los factores explicativos de los elevados niveles de violencia implementados por la Wehrmacht en el Frente Oriental, el papel central que tuvo la concepción que los nazis construyeron de la guerra en el Este como un enfrentamiento decisivo entre dos formas de entender el mundo, una apuesta a todo o nada por la propia supervivencia o la desaparición en tanto que proyecto político, nación y pueblo. Sin embargo, no en referencia a lo ideológico, es decir, a la voluntad de exterminio del enemigo racial, social, étnico, religioso o político, ya que esa interpretación es un lugar común en la historiografía sobre el Tercer Reich y la Segunda Guerra Mundial, sino en términos mucho más prosaicos: ante la magnitud depurativa del proyecto que se iba a implementar, y considerando el escenario donde iba a tener lugar y el enemigo al que había que derrotar, sus promotores eran plenamente conscientes de que todo lo que no supusiese una victoria total comportaría la destrucción de la Alemania nazi. Por ello, la violencia indiscriminada y el genocidio se concibieron, sí, como un instrumento para la realización del proyecto nacionalsocialista, pero también como el único mecanismo que podía garantizar su supervivencia.⁹⁸¹ Por otro lado, otros historiadores han introducido el concepto de necesidad militar para explicar este mismo proceso, planteando que la única posibilidad que Alemania tenía de derrotar a la Unión Soviética pasaba por desplegar una violencia brutal que condujese al colapso del Ejército Rojo, al menos en la parte europea del Estado comunista, ya que uno de los planes alemanes era el establecimiento de una suerte de *limes* en los Urales. En este sentido, la necesidad militar, tanto en la fase inicial de la invasión contra la URSS como tras el fracaso de la Operación Barbarroja, ejercería como el principio rector de la estrategia alemana en el conflicto, ejerciendo así una influencia crucial en la implementación de la violencia, que no tendría unas lógicas de naturaleza ideológica que operasen autónomamente.⁹⁸²

Ambos elementos, que plantean diferentes lecturas de la violencia bélica desplegada por el Tercer Reich, son extrapolables, al menos conceptualmente, al caso español. El fracaso del golpe de Estado de julio de 1936 generó, como ya se planteaba en la primera parte, un escenario de división del terreno y composición de fuerzas no tan desfavorable para el bando rebelde como se pudiera pensar. Ciertamente ciudades clave para el éxito de la insurrección, como Madrid, Barcelona o Valencia habían caído del lado gubernamental, siendo derrotados y ejecutados algunos de los responsables de la conspiración en esas urbes, como Joaquín Fanjul o Manuel Goded. Pero gracias a la ayuda provista por Alemania e Italia, los insurrectos pudieron rápidamente transportar a la península las unidades militares estacionadas en el Protectorado, las cuales se habían sublevado sin apenas oposición. Esto convertía al que se denominó como Ejército Expedicionario de África en

⁹⁸¹ Ben SHEPHERD: *War in the Wild East. The German Army and Soviet Partisans*, Belknap, Harvard University Press, 2004. Íd.: *Terror in the Balkans. German Armies and Partisan Warfare* Belknap, Harvard University Press, 2012.

⁹⁸² Jeff RUTHERFORD: *Combat and Genocide...*

prácticamente la única fuerza militar profesional operativa y bien estructurada existente en toda España, lo que confería una ventaja crucial a los sublevados. De hecho, el camino hacia Madrid, que se había convertido en el objetivo central, estaba defendido por pequeños contingentes en buena medida irregulares y desunidos, cuando no directamente por milicianos sin experiencia militar y sin apenas armamento moderno, convirtiendo a las tropas coloniales en una ventaja todavía aún mayor. Esta situación, que desde luego no pasó inadvertida para los generales rebeldes, ofrecía una oportunidad única y no demasiado duradera para tomar la capital cuanto antes, que podría suponer un golpe decisivo a un conflicto que nadie quería ver convertido en una guerra total, dada la total inadecuación, como ya se ha visto, de ambos bandos para librarla. Además, la amenaza de una posible ayuda internacional en favor de la República y, sin ir más lejos, de reorganización de las fuerzas armadas gubernamentales, apremiaban a los rebeldes a alcanzar el núcleo político y simbólico del país en el menor tiempo posible. Eventualmente, y tras algunas demoras que contribuyen a reforzar esa idea de que ejército y política constituyeron dos elementos inseparables el uno del otro, las tropas insurgentes alcanzaron las inmediaciones de Madrid a principios de noviembre. Algo más tarde de lo que hubiera sido deseable, desde luego, ya que los republicanos tuvieron tiempo de preparar líneas defensivas sólidas y desplegar a las primeras unidades de las recién llegadas BBII.

El escenario abierto tras el golpe fue, por tanto, un problema y una oportunidad para la coalición golpista. Un problema porque no se disponía de soldados suficientes para establecer un control efectivo sobre porciones de territorio tan amplias como las que separaban las áreas de desembarco del ejército colonial en el Sur con Madrid. Las fuerzas que habían conseguido sublevarse en el Norte, al mando de Mola, no tenían el número, la capacidad o la experiencia para plantearse un asalto a Madrid, habiendo de jugar ese papel las unidades profesionales provenientes del Protectorado. Sin ir más lejos, las BBNN constituían la élite de las fuerzas rebeldes peninsulares, unas unidades con un considerablemente componente miliciano que, si bien tuvieron un buen desempeño sobre todo en la campaña del Norte, no eran equiparables, al menos en el verano y otoño de 1936, a formaciones como la Legión o los Regulares, avezados en escenarios de combate real. Pero, al mismo tiempo, ese escenario post-golpe fue también una oportunidad, no ya para tomar la capital cuanto antes, sino para implementar la depuración político-social necesaria para la consecución del proyecto de la contrarrevolución en España. Desde luego, con esto no quiero sostener la idea, errónea a mi juicio según lo analizado en las diversas fuentes que ya hemos ido viendo, de que el bando rebelde buscó deliberadamente una guerra duradera en el tiempo para así poder tener tiempo suficiente para completar en profundidad esa tarea de profilaxis social. Como apuntan no pocos informes, instrucciones y directivas emanadas desde el CGG, ejércitos, CE y otras GGUU, se trabajaba de forma constante para mejorar los procedimientos estratégicos, tácticos y operativos y así alcanzar la victoria en el menor tiempo posible. Sin embargo, es evidente que el estallido de un conflicto armado creó un marco propiciatorio para iniciar la depuración sistemática y masiva necesaria para la construcción de la comunidad nacional en su versión más pura y radical. En este sentido, y como planteaba al hablar del caso de la Wehrmacht, necesidad militar, dicotomía supervivencia-destrucción y proyecto político confluyeron en un mismo escenario, dando lugar a unas políticas de violencia tanto en el frente como en la

retaguardia que se caracterizaron por su carácter indiscriminado, por su orientación claramente ideológica, por su funcionalidad preventiva y, sobre todo, por situar al civil como un objetivo militar más, erosionando una barrera que había ido siendo progresivamente transgredida en Europa pero cuyo cénit se alcanzó de la mano de los fascismos en guerra.⁹⁸³ Por ende, considero que no existe tal oxímoron al hablar de necesidad militar y de proyecto político, tal y como plantea Isabel V. Hull al apuntar que la primera se definiría porque «la racionalidad de las acciones extremas parte de los medios y no del fin último o de los objetivos».⁹⁸⁴ Más bien, entiendo que ambos son elementos simbióticos que no pueden existir el uno sin el otro porque, desde luego, la especificidad de los sujetos sobre los que recaía la violencia, que conformaban un amplio colectivo político-social pero que igualmente estaban insertos en un determinado esquema de identificación del “otro”, el “rojo” en este caso, hace insuficiente explicar dicha violencia en términos exclusivamente militares, esto es, sin atender a los fines que perseguía.

Ya desde el primer momento, las órdenes emitidas por las autoridades militares sublevadas conformaron unos marcos de actuación e implementación de la violencia sobre el terreno considerablemente amplios, lo que posibilitaba el cumplimiento de esa doble función militar e ideológica. Es decir, paralizante y ejemplarizante, para asegurar en la medida de lo posible el control de áreas que inmediatamente se iban a convertir en una retaguardia insuficientemente vigilada y susceptible a ataques. Y depurativa, para comenzar con la ingente tarea de eliminación de los enemigos político-sociales. En unas instrucciones enviadas el 31 de julio de 1936 por el comandante en jefe del que al día siguiente pasaría a denominarse como Ejército del Sur, Queipo de Llano, a las diferentes columnas y agrupaciones que estaban combatiendo en Andalucía, se establecían toda una serie de disposiciones relativas a cómo debía procederse en los diferentes pueblos que se fuesen ocupando y qué medidas habían de tomar los responsables de estas unidades. La primera de ellas pasaba por formar un nuevo gobierno local, temporal, compuesto por personas afines a la insurrección, a los que se definía, haciendo uso de un calificativo que ya hemos visto anteriormente, como «elementos de derecha y de orden». No obstante, para que este propósito pudiera hacerse efectivo era necesario, en primer lugar, “limpiar” las localidades de individuos potencialmente hostiles que pudiesen intentar, una vez marchasen las columnas, subvertir el orden recientemente impuesto y generar inestabilidad en la retaguardia. En este sentido, se indicaba que se efectuarían registros «en los domicilios de

⁹⁸³ Alan KRAMER: op. cit., p. 329. Sobre la progresiva erosión de la frontera entre lo civil y lo militar, paralela al surgimiento de la guerra total y el advenimiento de la modernidad armamentística, véanse Roger CHICKERING y Stig FÖRSTER (eds.): op. cit.; Stig FÖRSTER y Jörg NAGLER (eds.): *On the Road to Total War. The American Civil War and the German Wars of Unification, 1861-1871*, Nueva York, Cambridge University Press, 1997; Manfred BOEMKE, Roger CHICKERING y Stig FÖRSTER (eds.): *Anticipating Total War: The American and German Experiences, 1871-1914*, Nueva York, Cambridge University Press, 2000; Angelo VENTRONE: *La seduzione totalitaria. Guerra, modernità, violenza politica (1914-1918)*, Roma, Donzelli, 2003; Anne DUMÉNIL, Nicolas BEAUPRÉ y Christian INGRAO (dirs.): op. cit., 2 vols.; George KASSIMERIS (ed.): *Warrior's Dishonour. Barbarity, Morality and Torture in Modern Warfare*, Aldershot, Ashgate, 2006; Alex J. BELLAMY: *Massacres & Morality. Mass Atrocities in an Age of Civilian Immunity*, Oxford, Oxford University Press, 2012; o Luca BALDISSARA: “Guerra absoluta y guerra total, guerra civil y guerrillas. Genealogías de las guerras del siglo XX”, en David ALEGRE, Miguel ALONSO, y Javier RODRIGO (eds.): op. cit., pp. 49-79.

⁹⁸⁴ Isabel V. HULL: op. cit., p. 324.

todos los dirigentes y afiliados al Frente Popular», siéndoles aplicado el bando de guerra a todos aquellos en cuyas casas se encontrasen armas. Un bando que, vale la pena recordarlo, decretaba procedimientos sumarísimos para este tipo de casos, que dado el contexto del verano de 1936 equivalía a la inmediata ejecución sin juicio.⁹⁸⁵ La clave que permitía definir unos límites muy amplios para la aplicación de la violencia radicaba en la identificación de esos “dirigentes y afiliados” frentepopulistas. Teniendo en cuenta el marco de apremio en el desarrollo de las operaciones, por la cantidad de terreno a controlar y la necesidad de avanzar lo más rápidamente posible, y, además, la falta de información específica de las múltiples localidades por las que pasaron las columnas durante esas semanas, resulta poco probable pensar que esa tarea de identificación fuese llevada a cabo con precisión. Más bien se implementaría a partir de las informaciones que las “gentes de orden” de cada pueblo facilitasen y de la aplicación de criterios apriorísticos a la hora de decidir quién era y quién no era un individuo potencialmente peligroso, como el origen social, el puesto de trabajo, la adscripción a algún sindicato o la asistencia a locales como las casas del pueblo. Por ejemplo, dentro de esas “gentes de orden” tenía un papel protagónico el clero, omnipresente en toda la geografía española y una institución de referencia a la hora de recabar información y ejercer una función de señalamiento en el marco de los procesos depurativos. Así, la no asistencia a misa, una determinada conducta que fuese objeto de desaprobación o cualquier otra cuestión prosaica podían constituir, a juicio del párroco del pueblo, un motivo para identificar a un individuo como afin al Frente Popular. Lo que, por un lado, introducía vectores de transmisión de la violencia mucho más complejos que la simple dimensión ideológica, al tiempo que, por otro, mostraba su amplitud y potencial de alcance.⁹⁸⁶

De hecho, en otro de los párrafos de las instrucciones enviadas por Queipo a las columnas se apuntaba que se «extremará la energía en la represión, sobre todo en aquellos individuos que se consideren peligrosos de acción, los que hayan empuñado las armas contra la fuerza pública, o los que hayan cometido desmanes». La segunda y tercera categorías parecían definir, sobre el papel, comportamientos concretos y fácilmente identificables, pero no así la primera. El término “peligrosos de acción” era tan amplio y ambiguo que, junto con esa imposibilidad material de identificar de forma efectiva a los presuntos militantes del Frente Popular, dejaba una libertad de acción absoluta a las unidades militares, las cuales podían implementar proactivamente una violencia tanto preventiva, que venía explicitada por el empleo del verbo “considerar”, como en respuesta a situaciones particulares, por ejemplo en el caso de que surgiesen resistencias. Sea como fuere, las medidas draconianas impuestas por las columnas no solo tenían que ver con la depuración de la anti-España, sino que daban también los primeros pasos para la construcción de ese entramado de encuadramiento y control social que veíamos en el capítulo anterior. Así, apuntaban que esas «personas de orden» debía formar retenes armados, con las armas que les proveían los militares y las incautadas a los milicianos, para contribuir al control de la retaguardia, lo que evidenciaba esa precariedad de efectivos que convertía la violencia en

⁹⁸⁵ Fernando DÍAZ-PLAJA: op. cit., pp. 14-16.

⁹⁸⁶ Rafael CRUZ: “Olor a pólvora y patria...”

una herramienta tan necesaria. Y, para asegurar la movilización, se amenazaba a aquellos que no lo hiciesen con los mismos castigos que se aplicaban a los «extremistas».⁹⁸⁷

Las instrucciones de Queipo construían un marco normativo para la implementación de la violencia y los procesos depurativos que seguía la línea definida por los sucesivos bandos publicados en los días posteriores al golpe, al tiempo que buscaban dotar de una cierta pátina de legalidad a toda una serie de prácticas que se habían convertido en un recurso habitual de las fuerzas rebeldes. En buena medida, ambas cuestiones estaban íntimamente relacionadas. Dichas prácticas respondían a los objetivos ya mencionados de aplicar una violencia indiscriminada con el objetivo de paralizar la retaguardia y desactivar, por la vía del miedo, posibles resistencias futuras, y, paralelamente, dar forma a la profilaxis social asociada al proyecto que la coalición insurgente quería construir. De este modo, los límites de dicha aplicación de la violencia habían de ser considerablemente amplios e indiscriminados, algo que venía explicitado por el empleo de categorías laxas y ambiguas como las que figuraban en la directiva del militar vallisoletano.⁹⁸⁸ Este modo de hacer la guerra desplegado por las columnas rebeldes quedaba perfectamente evidenciado en las narraciones y crónicas elaboradas por los periodistas y propagandistas que acompañaron a estas fuerzas por Andalucía y Extremadura. Uno de dichos reporteros de guerra fue el periodista Cándido García Ortiz de Villajos, redactor jefe del diario granadino *Ideal*, fundado en 1932 por la Editorial Católica, iniciativa vinculada a la Asociación Católica Nacional de Propagandistas del jesuita Ángel Ayala. Ortiz de Villajos acompañó desde su formación a la columna que lideraba el comandante legionario Antonio Castejón Espinosa, que con un puñado de los efectivos de su bandera fue uno de los primeros en utilizar el puente aeronaval establecido por los rebeldes para pasar a la península. Castejón llegó a Sevilla el 19 de julio cuando la ciudad estaba parcialmente controlada por las fuerzas insurgentes de Queipo y el comandante José Cuesta Monereo. Los barrios obreros de Triana, La Macarena, San Julián o San Marcos continuaban ofreciendo resistencia a la insurrección, lo que activó los primeros mecanismos de un terror necesario, según la lógica militar insurgente, para asegurar el control total de la ciudad y para iniciar la tarea depurativa. De este modo, la operación alcanzó unos considerables índices de víctimas entre los que se incluía a los milicianos defensores, pero también a la población civil que murió consecuencia de unos combates en los que se llegó a emplear la aviación, y que igualmente fue asesinada en las posteriores purgas iniciadas por los rebeldes. Unos procesos para los que el propio Queipo publicó una serie de bandos en los que se autorizaba la ejecución extrajudicial de los responsables directos de cualquier tipo de acción cometida contra las fuerzas rebeldes y, sin mencionarlo directamente, las “gentes de orden”, de los dirigentes sindicales o de cualquier otra organización izquierdista que hubiese en las localidades donde se hubiesen producido tales actos, o de afiliados escogidos arbitrariamente, en la línea de las instrucciones que se enviaron a las columnas a finales de julio.⁹⁸⁹

⁹⁸⁷ AGMAV, C. 2580, 41. CGG, EM, Ejército del Sur, “Instrucciones a jefes de columnas”, julio de 1936.

⁹⁸⁸ Rafael CRUZ: “Olor a pólvora y patria...”. Esta cuestión para el caso republicano en José Luis LEDESMA: “Qué violencia para qué retaguardia o la República en guerra de 1936”, *Ayer*, 76 (2009), p. 101.

⁹⁸⁹ Paul PRESTON: *El holocausto español...*, pp. 205-207. Véase también Julio PONCE ALBERCA: “La represión de las organizaciones obreras durante la guerra civil y la posguerra”, en Leandro ÁLVAREZ

Sin embargo, tal y como relataba Ortiz de Villajos en su crónica, la violencia no solo tenía un objetivo meramente paralizante y ejemplarizante, sino que ejercía también una evidente función de transformación de la realidad. En el barrio de Triana, justo tras su conquista por las fuerzas de Castejón, «La calle de Castilla estaba llena de cadáveres de personas que en vida se habían distinguido por su derechismo», ante lo cual, según el propio testimonio del comandante legionario recogido por Ortiz de Villajos, «me limité [...] a dejar sobre el cuerpo de cada asesinado el cadáver de un asesino, en forma de cruz».⁹⁹⁰ La recatolización del espacio público mediante su purificación a través de las armas y la propia utilización simbólica de los cadáveres de víctimas y victimarios para escenificar un elemento tan central para la causa rebelde como la cruz confería un significado esencial a la violencia desplegada por los rebeldes, que no solo podía entenderse ya desde el prisma de la necesidad militar sino como un fin en sí mismo que contribuía a la reapropiación de dichos espacios públicos para la Nueva España. Además, este tipo de manifestaciones, que en este caso concreto bien podía ser una construcción *ad hoc* con fines propagandísticos y legitimadores pero que no dejaba de escenificar una forma de entender el conflicto por parte de muchos de los individuos que se movilizaron o que combatieron en toda España en las primeras jornadas tras el golpe, mostraban que por mucho que la jerarquía eclesiástica y los propios militares no hubiesen materializado todavía su colaboración efectiva, la contienda era ya, además de otras cosas, una guerra de religión.⁹⁹¹ A esto había que añadirle el propio simbolismo que otorgaba el operar esa reapropiación del espacio en un barrio obrero, que ejemplificaba el triunfo irremisible del proyecto de los rebeldes y la sumisión que debía caracterizar al modo en que estos obreros se integraban en la pirámide social. De hecho, las posteriores celebraciones acaecidas en la ciudad de Sevilla con motivo de la victoria sublevada en el conflicto tuvieron como elementos protagónicos a las imágenes de vírgenes, cristos y santos católicos, que procesionaron por no pocos de estos barrios, como la propia Triana o La Macarena. Ciertamente, la devoción popular por este tipo de imágenes no era incompatible, en la España del momento, con la militancia izquierdista, pero resulta evidente el poder simbólico que tenía el hecho de exhibir victoria y catolicismo como dos elementos indisolubles de la nueva comunidad nacional en unos espacios tan duramente castigados apenas tres años antes.⁹⁹²

REY y Encarnación LEMUS LÓPEZ (coords.), *Sindicatos y trabajadores en Sevilla. Una aproximación a la memoria del siglo XX*, Sevilla, Secretariado de Publicaciones de la Universidad de Sevilla, 2000, pp. 157-177; y Francisco COBO ROMERO: *Franquismo y posguerra en Andalucía Orienta. Represión, castigo a los vencidos y apoyos sociales al régimen, 1936-1950*, Granada, Universidad de Granada, 2005.

⁹⁹⁰ Cándido G. ORTIZ DE VILLAJOS: *De Sevilla a Madrid. Ruta libertadora de la columna Castejón*, Granada, Editorial Imperio, 1937, p. 44.

⁹⁹¹ Sobre la participación de la Iglesia de lado de los insurgentes en la Guerra Civil véase Hilari RAGUER: *La pólvora y el incienso. La Iglesia y la Guerra Civil española (1936-1939)*, Barcelona, Península, 2001. Respecto a esta institución en los años de la dictadura véase Julián CASANOVA: *La iglesia de Franco*, Madrid, Temas de Hoy, 2001.

⁹⁹² César RINA SIMÓN: “Rituales de pasión, muerte y resurrección. La religiosidad popular y la legitimidad sagrada del franquismo”, en Francisco COBO ROMERO, Claudio HERNÁNDEZ BURGOS y Miguel Ángel DEL ARCO BLANCO (eds.), op. cit., p. 182. Véase también Francisco COBO ROMERO y Teresa M^a ORTEGA LÓPEZ: “Pensamiento mítico y energías movilizadoras. La violencia alegórica y ritualizada de la Guerra Civil en la retaguardia rebelde andaluza, 1936-1939”, *Historia y política*, 16 (2006), pp. 131-158, con una referencia a ese mismo episodio que menciona César Rina en p. 152.

Pero los barrios obreros de Sevilla, al igual que sucedió en muchas otras localidades que cayeron en manos sublevadas, no solo fueron objeto de un proceso de recatolización, sino que también se operó sobre ellos un rejerarquización del espacio con unas evidentes connotaciones de clase. Una parte importante de las partidas rebeldes que se fueron conformando en Andalucía tras el golpe estuvieron lideradas por terratenientes e individuos pertenecientes a la nobleza andaluza, como los hermanos Mora-Figueroa o Arizón-Mejía, con el claro objetivo de ir consolidando la insurrección en el máximo número de pueblos posibles y, además, retomar las haciendas que habían sido ocupadas por campesinos y jornaleros, revirtiendo de este modo las pingües conquistas obtenidas por estos en el marco de las reformas agrarias impulsadas en el periodo republicano.⁹⁹³ Esto, como ya planteaba anteriormente, no significaba en absoluto que la insurrección, en sus múltiples formas y manifestaciones político-sociales, no contase con el apoyo de individuos pertenecientes a la clases populares, esos campesinos y jornaleros en el caso del campo.⁹⁹⁴ Sin embargo, aunque su participación era bienvenida sin mayores problemas en el seno de la comunidad nacional en construcción, tal y como he intentado reflejar a través de las políticas de adoctrinamiento que implementó el ejército sobre el conjunto de su masa combatiente, esta había de presentar unos perfiles de subordinación y sumisión jerárquica evidentes, pues la Nueva España se conformó sobre la base de una estructuración social de naturaleza organicista. A este respecto, vale la pena traer de nuevo a colación el fragmento que citaba en sus memorias Fernando Fernández de Córdoba acerca de la visita de Queipo de Llano a un barrio de viviendas sociales sevillano. El actor y locutor se recreaba en el «afecto y ternura» de unas «pobres gentes [...] [que] no ocultaban su gratitud» hacia el que había sido su verdugo. Unas gentes que, pese a haber sido «un día hoscas y contrarias», lo que había conducido a Queipo, irremediablemente según planteaba Fernández de Córdoba, a tener que adoptar ese papel de verdugo mediante el empleo de «toda su energía en los primeros momentos», en ese momento empezaban ya «a estar sometidas y satisfechas», es decir, a aceptar su posición en la base de la pirámide social construida por la dictadura franquista.⁹⁹⁵ Manuel Sánchez del Arco, otro de los principales cronistas de guerra del bando sublevado y que también acompañó a las fuerzas de Castejón, refrendaba esta misma idea, si bien desde su posición de testigo directo de los combates de julio de 1936 en la ciudad:

⁹⁹³ Paul PRESTON: *El holocausto español...*, pp. 197-199. Sobre las reformas agrarias puede verse el clásico de Edward MALEFAKIS: *Reforma agraria y revolución campesina en la España del siglo XX*, Barcelona, Ariel, 1976. Para el modelo agrario implementado por el régimen franquista véanse Sergio RIESCO: “Una reflexión sobre la contrarreforma agraria como medio represivo”, *Hispania Nova*, 6 (2006), <http://hispanianova.rediris.es/6/dossier/6d019.pdf> (consultado por última vez el 5-5-2019); Miguel Ángel DEL ARCO BLANCO: *Hambre de siglos. Mundo rural y apoyos sociales del franquismo en Andalucía Oriental (1936-1951)*, Granada, Comares, 2007.

⁹⁹⁴ Véanse el ya citado de José Antonio PAREJO FERNÁNDEZ: *Señoritos...*; Francisco COBO ROMERO: “Acerca de los orígenes agrarios del fascismo. Italia y Andalucía en perspectiva comparada (1900-1936)”, *Revista de Historia Contemporánea*, 8 (1997-1998), pp. 109-158; Íd.: *De campesinos a electores. Modernización agraria en Andalucía, politización campesina y derechización de los pequeños propietarios y arrendatarios: el caso de la provincia de Jaén, 1931-1936*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2003. Íd.: “Labradores y granjeros ante las urnas. El comportamiento político del pequeño campesinado en la Europa Occidental de entreguerras. Una visión comparada”, *Historia agraria*, 38 (2006), pp. 47-73.

⁹⁹⁵ Fernando FERNÁNDEZ DE CÓRDOBA: op. cit., pp. 70-71.

«Desde San Marcos a San Gil conocemos, calle por calle, rincón por rincón, este barrio sevillano, último baluarte de los rojos. Nuestro amor y nuestro respeto a sus trabajadores, ciegos por la llamarada del odio que en ellos pusieron los señoritos intelectuales, infames artífices de la rebeldía del proletariado, criminales de corbata y gafas de carey que, acaso, en el centro vitoreaban cobardemente a las fuerzas de Queipo, en tanto los obreros, engañados, daban el pecho en las barricadas de San Julián. Toda la piedad, todo el perdón, general Queipo, para los obreros. Todo el castigo para esos burgueses cobardes.»⁹⁹⁶

En cualquier caso, la brutal violencia aplicada sobre el barrio de Triana dio sus frutos «Y la autoridad quedó impuesta», si bien esto no consiguió aplacar la voluntad de seguir combatiendo de otras zonas de la ciudad: «el duro castigo impuesto a Triana no sirvió de ejemplo a otro barrio popular de Sevilla, la Macarena, que aún resistía enfurecido por la furia roja, después de haber puesto fuego a sus iglesias y asesinado a numerosos derechistas».⁹⁹⁷ En este sentido, el hecho de que los combates en Sevilla tuviesen lugar apenas unos días después del 17-18 de julio convertía estas operaciones en auténticos laboratorios de pruebas mediante las cuales poder calibrar los niveles de violencia que se habían de implementar, más allá de que permitiesen cumplir el doble objetivo antes señalado.

Las formas, lógicas y construcciones simbólicas que se imprimieron sobre la supresión de la resistencia en Sevilla permiten definir en buena medida lo que sería el modo de hacer la guerra de los sublevados, esencialmente en lo que respecta a estas dimensiones cuantitativas y cualitativas de la violencia bélica en el frente, en el mediodía peninsular. Se trataba, al mismo tiempo, de una guerra de religión, de una guerra de clase, de una guerra contra los enemigos ideológicos y de una “guerra” destinada a cumplir unos objetivos militares muy concretos.⁹⁹⁸ Lo que, dicho sea de paso, no implica plantear que estas fuesen las únicas motivaciones de los perpetradores de dicha violencia, ni siquiera las más generales, por mucho que, incluso, llevasen camisa azul, boina roja o levantasen el puño. A este respecto, si bien el carácter explosivo y exponencial del terror en el verano de 1936 tuvo en una guerra de narrativas ideológicas su marco propiciatorio, la excepcionalidad del momento creado por el fracaso del golpe de Estado, pero también por su triunfo parcial, que eliminó todos los mecanismos de control de la violencia, posibilitó la introducción de variables mucho más prosaicas, como la venganza, encarnadas en historias personales que escapaban a los grandes relatos pero que se vieron espoleadas por ellos. Consecuentemente, esas manifestaciones violentas no necesitaron, como decía, de una camisa azul o de un puño levantado, sino simplemente de un par de alpargatas y de

⁹⁹⁶ Manuel SÁNCHEZ DEL ARCO: *El Sur de España en la Reconquista de Madrid. Diario de operaciones glosado por un testigo*, Sevilla, Editorial Sevillana, 1937, p. 32.

⁹⁹⁷ Cándido G. ORTIZ DE VILLAJOS: op. cit., pp. 45 y 47.

⁹⁹⁸ Esa idea de superposición de conflictos en los contextos de guerras civiles puede verse, con una vocación omnicomprendiva del fenómeno, en Javier RODRIGO y David ALEGRE: op. cit. Concretamente sobre la Guerra Civil Española en pp. 169-208.

una escopeta de caza con la suficiente munición.⁹⁹⁹ Sea como fuere, los episodios acontecidos en Sevilla, y en otras localidades de forma paralela, ponían de manifiesto que las dimensiones ideológica y simbólica resultaban indisociables de las lógicas militares, ya que aquéllas definían los ámbitos y marcos en los que las columnas desplegaban su violencia.

Esto siguió quedando patente, es decir, constituyendo la norma, en las sucesivas operaciones que condujo la columna Castejón. Tras asegurar la ciudad hispalense, estas fuerzas llevaron a cabo lo que el periodista falangista Ricardo Gutiérrez calificaba como «una magnífica labor de saneamiento por las provincias de Sevilla y Córdoba», resaltando de nuevo esa doble dimensión militar e ideológica que cumplía el ejército, que desde luego no se podía remitir únicamente al ámbito de la violencia.¹⁰⁰⁰ Estableciendo su base en Sevilla y realizando incursiones diarias a los distintos pueblos que rodeaban la ciudad, las tropas de Castejón fueron desplegando una violencia indiscriminada en todos y cada uno de los pueblos por los que pasaban, independientemente de que estos ofreciesen o no resistencia. Es decir, que ni el propio éxito de la violencia preventiva y ejemplarizante practicada por los sublevados libraba a las localidades de sufrir una concienciosa depuración, un esquema proactivo que ya caracterizaba, en el caso italiano en Abisinia y Libia, y caracterizaría el esquema bélico de los regímenes fascistas en el marco de la Segunda Guerra Mundial.¹⁰⁰¹ La columna Castejón atacó y conquistó, entre otras localidades, Alcalá de Guadaíra, Arahal, Morón de la Frontera, La Palma del Condado, Casariche, Herrera, Puente Genil o La Roda de Andalucía, reproduciendo escenas similares en todas ellas.¹⁰⁰² En Alcalá de Guadaíra, «Todos los dirigentes comunistas quedaron muertos», una acción en la que Ortiz de Villajos revelaba ese carácter destructor y creador de la violencia al afirmar: «Mientras Castejón castigaba –o, mejor dicho, libertaba–, a la villa de Alcalá...».¹⁰⁰³ Porque, efectivamente, la depuración era un acto de construcción de la Nueva España, un acto «patriótico y civilizador», como el periodista describía la profilaxis operada sobre La Palma del Condado.¹⁰⁰⁴ Por su parte, en Arahal y Morón de la Frontera los milicianos locales ofrecieron «gran resistencia» al avance de la columna, la cual «tiene que ser vencida de manera durísima». Una osadía que comportó que las fuerzas de

⁹⁹⁹ La necesidad de introducción de otras lógicas más allá de lo ideológico en la explicación de la violencia desatada en el verano de 1936 en *Ibidem*, pp. 179-181.

¹⁰⁰⁰ Ricardo GUTIÉRREZ: *op. cit.*, p. 261.

¹⁰⁰¹ Sobre Italia véase Matteo DOMINIONI: *Lo sfascio dell'Imperio. Gli italiani in Etiopia, 1936-1941*, Bari, Laterza, 2008, pp. 176-233. La definición de este tipo de prácticas como consustanciales a una forma de entender y librar la guerra por parte de los fascismos en Alan KRAMER, Javier RODRIGO y Miguel ALONSO (eds.), *op. cit.*

¹⁰⁰² De igual modo, otras columnas operaron por toda la geografía andaluza, expandiendo el territorio bajo control de los rebeldes. Y, al igual que la comandada por Castejón, reprodujeron prácticas bélicas similares. Por ejemplo, es el caso de la fuerza al mando del teniente coronel Luis Redondo, jefe del requeté andaluz, que combatió en las provincias de Huelva y Córdoba, y especialmente en la cuenca minera de Riotinto. Véase Bernabé COPADO S. J.: *op. cit.* Véase también Paul PRESTON: *El holocausto español...*, pp. 213-216.

¹⁰⁰³ Cándido G. ORTIZ DE VILLAJOS: *op. cit.*, pp. 46-47.

¹⁰⁰⁴ *Ibidem*, p. 60.

Castejón se hubiesen de emplear a fondo «castigando a los rojos con arreglo a sus crímenes», hasta el punto de que se produjeron, según estudios locales, en torno a 200 fusilamientos solo en las primeras 24 horas de dominio sublevado.¹⁰⁰⁵

Sin embargo, en los pueblos de Casariche y Herrera no se tuvo que vencer ninguna oposición, lo que no fue óbice para que las tropas rebeldes se empleasen con la misma energía en la depuración ya que, según planteaba Ortiz de Villajos, «allí había muchos comunistas».¹⁰⁰⁶ De este modo, una vez la columna hubo penetrado en la localidad, y pese a la huida del comité y el empleo de banderas blancas por parte de la población, se procedió a incendiar «las casas de los comunistas», que atendiendo a los criterios que luego sancionaría la directiva de Queipo podían ser cualquier persona señalada por la “gente de orden” del pueblo o que pareciese mínimamente sospechosa a juicio de Castejón y el resto de mandos de la unidad, lo que en ningún caso dibujaba un perfil definido. Además, «En el cementerio se había refugiado el Comité, que es detenido y sancionado [...] Se hace la debida selección de los culpables». Una descripción en la que, en este caso, Sánchez del Arco hacía gala del uso de eufemismos para no referirse a la ejecución sumaria e indiscriminada de cualquiera de esos “comunistas” a los que se les habían quemado las casas, mecanismo que también empleó el propio ejército rebelde.¹⁰⁰⁷ Como apuntaba Ortiz de Villajos, en Herrera y Casariche «se actuó con energía, castigándose a los más significados», afirmación que a tenor de lo visto en Arahal y otras localidades no parecía poder sustentarse demasiado si no era porque esa condición de “significados” podía, nuevamente, incluir a casi cualquier individuo que no fuese fácilmente identificable como “gente de orden”.¹⁰⁰⁸ Por tanto, las diferentes acciones llevadas a cabo por la columna Castejón evidenciaban que no existía un esquema claro de implementación de la violencia más allá de que se hiciese de forma indiscriminada, masiva y con fines paralizantes. A tenor de los ejemplos de Casariche y Herrera, el hecho de que los pueblos articularan o no resistencias no modificaba demasiado los métodos depurativos de las tropas rebeldes, algo que contradecía al propio Sánchez del Arco cuando afirmaba que «Las casas en las que ondea la bandera blanca, en éste [La Roda] como en todos los pueblos, son escrupulosamente respetadas. En las que se resisten, como en las personas que empuñan las armas, se aplica la dura ley de guerra».¹⁰⁰⁹ La «labor de contención, castigo y limpieza»

¹⁰⁰⁵ Ricardo GUTIÉRREZ: op. cit., p. 262. Otro episodio similar en p. 260. Sobre la depuración de Arahal véase José María GARCÍA MÁRQUEZ: *Una razia espantosa. Arahal 1936*, Arahal, Asociación por la Memoria Histórica de Arahal, 2016.

¹⁰⁰⁶ Cándido G. ORTIZ DE VILLAJOS: op. cit., p. 67.

¹⁰⁰⁷ Manuel SÁNCHEZ DEL ARCO: op. cit., p. 50. El uso de eufemismos para referirse a los combatientes enemigos, a las operaciones o la violencia fue una práctica habitual en los informes militares y en las crónicas escritas por propagandistas y periodistas. Véase, por ejemplo, Véase AGMAV, C. 2552, 5, p. 8. CGG, EM, “Partes de las operaciones sobre Badajoz”, agosto de 1936, donde se apunta que los pueblos sevillanos de Cala y El Real de la Jara, tomados entre los días 3 y 4 de agosto estaban «algo revueltos» y hubo que «apaciguarlos». De igual modo, en las operaciones llevadas a cabo en el frente granadino en septiembre de 1936 se menciona la ocupación de una serie de pueblos en los que había que “desarmar” a los milicianos. Véase AGMAV, C. 2580, 8. Gobierno Militar de Granada, “Órdenes de operaciones”, septiembre de 1936. Una formulación similar sobre ese “desarme” en Joaquín PÉREZ MADRIGAL: *Augurios, estallido y episodios de la guerra civil (Cincuenta días con el Ejército del Norte)*, Ávila, Imprenta Católica y Enc. Sigrano Díaz, 1938, p. 191.

¹⁰⁰⁸ Cándido ORTIZ DE VILLAJOS: op. cit., p. 67.

¹⁰⁰⁹ Manuel SÁNCHEZ DEL ARCO: op. cit., p. 45.

que se le había encomendado a la columna Castejón no entendían de gradaciones, si bien es cierto que los pueblos que decidían combatir ofrecían ocasiones idóneas para ejemplificar, toda vía más si cabe, las consecuencias de oponerse al avance de las fuerzas insurgentes. Por ello, y tal y como declaraba el propio comandante legionario en referencia a la depuración que su unidad implementó tras la conquista de Puente Genil, que precisamente ofreció resistencia, de lo que se trataba era de castigar «de firme».¹⁰¹⁰ Una firmeza que cumplía la amenaza lanzada por Queipo de Llano en Radio Sevilla, al avisar a varios pueblos, entre los que se encontraba Puente Genil, de que ya podían ir «preparando sepulturas» para cuando sus fuerzas llegasen.¹⁰¹¹

Entrado ya el mes de agosto, las columnas continuaron su marcha casi imparable por amplias zonas de la geografía andaluza, pero ahora con dos objetivos muy claros en mente. Por un lado, conseguir alcanzar la ciudad de Granada, la cual se había sublevado exitosamente pero había quedado aislada en medio de territorio republicano. Para ello, el general José Enrique Varela, que se había puesto al mando de las unidades en el frente de Córdoba tras haber pasado los primeros días tras el golpe involucrado en la depuración de Cádiz, lanzó diversas operaciones sobre poblaciones como Castro del Río, Espejo o Nueva Cartaya. Calificadas como «operaciones de castigo» en los propios partes e informes elaborados por la comandancia militar de Córdoba, sus formas, objetivos y dimensiones se situaron en la línea que había caracterizado las acciones del mes anterior.¹⁰¹² Por otra parte, el segundo gran objetivo una vez consolidada la insurrección en el Sur era dirigir las fuerzas hacia Madrid, un camino que pasaba por la ciudad extremeña de Badajoz para, así, aprovechar la asistencia que podía proveer Portugal, controlado por el régimen afín de Antonio de Oliveira Salazar.¹⁰¹³ Además, la elección de esa ruta, que discurría en paralelo a la frontera portuguesa hasta que se consiguiese enlazar con el territorio sublevado en la zona centro-norte del país, confería una ventaja considerable desde el punto militar, pues evitaba el tener que expandir y sobreutilizar unas fuerzas ya de por sí escasas en número. De esta forma, se ahorraba tiempo en el objetivo de tomar Madrid cuanto antes y se preservaba al máximo la ventaja que conferían las tropas militares profesionales, elemento decisivo en el punto en el que se encontraba la guerra en aquel momento. Pese a todo, las fuerzas rebeldes adolecían de una precariedad y fragilidad extremas, algo que se hacía notar en la propia tensión vivida en el día a día de las columnas. El 3 de agosto, el teniente coronel del Grupo de Regulares de Tetuán nº 1, encuadrado en la columna Castejón, enviaba una comunicación a Sevilla en la que avisaba de que siete de los camiones que transportaban a sus unidades hacia Extremadura se habían averiado entre los pueblos de Camas y Santa Olalla. Para poder continuar la marcha, solicitaba

¹⁰¹⁰ Cándido ORTIZ DE VILLAJOS: op. cit., pp. 63 y 67. Según apuntan estudios locales, los ejecutados en el primer día ascendieron a medio millar, a lo que habría que sumar la violación sistemática de mujeres. Véase Paul PRESTON: *El holocausto español...*, p. 232.

¹⁰¹¹ Francisco MORENO GÓMEZ: *1936. El genocidio franquista en Córdoba*, Barcelona, Crítica, 2008, p. 52.

¹⁰¹² AGMAV, C. 2580, 4, p. 1. Comandancia Militar de Córdoba, “Órdenes de las operaciones”, agosto de 1936. Véase también Paul PRESTON: *El holocausto español...*, pp. 242-243.

¹⁰¹³ Por ejemplo, en un informe enviado a finales de agosto por el comandante militar de Badajoz, Eduardo Cañizares, a Franco se mencionaba que las relaciones con Portugal eran «Excelentes», entre otras cosas debido a su colaboración en la entrega de detenidos. Véase AGMAV, C. 2552, 5, p. 96. CGG, EM, “Partes de las operaciones sobre Badajoz”, agosto de 1936.

material con el que reparar los vehículos, al tiempo que pedía también que le fueran enviados técnicos experimentados que pudieran verificar si las averías habían sido producidas intencionadamente. En ese caso, se procedería a la detención de los conductores de los respectivos camiones «para responder de ellas con la columna».¹⁰¹⁴ Esto evidenciaba el todavía muy escaso control que los rebeldes, pese a haber desplegado un esquema bélico brutal e indiscriminado en los días previos, tenían del terreno que nominalmente habían conquistado, lo que generaba una inestabilidad que se intentaba solventar con mayores dosis de violencia. De hecho, los niveles de sospecha que se alcanzaron en los momentos iniciales del conflicto, como se observa a través del caso de los camioneros, justificaba todavía más, a ojos de sus ejecutores, el carácter preventivo y masivo de la violencia, pues en cierto modo se vivía en una situación de cerco constante por parte de un enemigo omnipresente en un entorno radicalmente hostil.

Una de las primeras localidades extremeñas que fueron ocupadas por las columnas en su avance hacia Badajoz, concretamente el día 5 de agosto, fue Llerena, escenario de una tímida resistencia por parte de los milicianos locales. No obstante, esto presentó una nueva oportunidad a las fuerzas sublevadas, las de Castejón en este caso, para desplegar toda la potencia de fuego y brutalidad de la que habían ido haciendo gala desde su desembarco en la península, con la finalidad de ejemplificar qué esperaba a aquellos que se resistiesen y, al mismo tiempo, cuál era la dimensión de la profilaxis social a la que aspiraban los rebeldes. Según figura en el parte de operaciones enviado por la columna al cuartel general insurgente en Sevilla, tras haber bombardeado el pueblo, «la gente», un sustantivo que de nuevo nos sitúa ante la considerable amplitud de las categorías que definían a los sujetos objeto de las depuraciones, se había cobijado «en Iglesia y Ayuntamiento lanzando grandes cantidades de dinamita que me obligaron a incendiar sectores del pueblo consiguiendo rendición del comité completo».¹⁰¹⁵ La combinación entre la devastación causada por el fuego artillero y el incendio de parte de la localidad arrojaron unas cifras de víctimas en uno y otro bando significativamente desproporcionadas, siendo 150 los milicianos y habitantes locales muertos en el asalto por tan solo 2, y 12 heridos, en las filas de la columna Castejón.¹⁰¹⁶ De hecho, los enormes desequilibrios entre los muertos que dejaban los combates en las filas de republicanos y rebeldes, en favor de los segundos, fueron una constante que se repitió a lo largo de los primeros meses de guerra, sobre todo en el frente sur. Un esquema que, sin ir más lejos, recuerda nítidamente a las políticas antipartisanas desplegadas por los fascismos en guerra.¹⁰¹⁷ Por ejemplo, no lejos de Llerena, en el vértice que unía los caminos que iban, al Norte, hacia Mérida, y al Noroeste, hacia Badajoz, ambas en poder republicano, se desataron una serie de combates

¹⁰¹⁴ AGMAV, C. 2552, 5, p. 7. CGG, EM, “Partes de las operaciones sobre Badajoz”, agosto de 1936.

¹⁰¹⁵ AGMAV, C. 2552, 5, p. 12. CGG, EM, “Partes de las operaciones sobre Badajoz”, agosto de 1936.

¹⁰¹⁶ Paul PRESTON: *El holocausto español...*, p. 416. Sobre los episodios de Llerena véanse también las crónicas de los periodistas que acompañaban a la columna Castejón, Cándido G. ORTIZ DE VILLAJOS: op. cit., pp. 79-80; y Manuel SÁNCHEZ DEL ARCO: op. cit., pp. 67-69.

¹⁰¹⁷ Por ejemplo, Bernd J. FISCHER: *Albania at War, 1939-1945*, West Lafayette, Purdue University Press, 1999, pp. 89-156; Martin DEAN: *Collaboration in the Holocaust. Crimes of the Local Police in Belorussia and Ukraine, 1941-1944*, Basingstoke, MacMillan Press, 2000, pp. 119-147. Klaus SCHMIDER: *Der Partisanenkrieg in Jugoslawien, 1941-1944. Mit einem Geleitwort von Gerhard Weinberg*. Hamburg: Köhler & Mittler, 2002; o H. James BURGWYN: *Mussolini Warlord. Failed Dreams of Empire, 1940-1943*, Nueva York, Enigma Books, 2012, pp. 159-186.

en torno a la localidad de Los Santos de Maimona y la Sierra de San Cristóbal. Allí, las fuerzas gubernamentales mandadas por el coronel Ildefonso Puigdemolas intentaron frenar el avance de la columna del general Asensio, enfrentándose ambos contingentes en un combate desigual en el que, según el cronista falangista Ricardo Gutiérrez, los republicanos tuvieron «más se seiscientas bajas».¹⁰¹⁸ Una evidente exageración propagandística que, empero, no se alejaba demasiado de la naturaleza de la batalla que había tenido lugar, y por ende del tipo de prácticas bélicas desplegadas por los rebeldes: mientras que estos perdieron únicamente a 4 combatientes, los republicanos tuvieron hasta 250 bajas.¹⁰¹⁹

En cualquier caso, volviendo a los combates en Llerena, las dimensiones de la violencia aplicada para acabar con la resistencia ofrecida por los milicianos habían sido tan elevadas, llegando incluso a prenderle fuego a la iglesia en la que se refugiaban algunos de estos combatientes, que inmediatamente surtió el efecto ejemplarizante que perseguía ya que, según informaba el parte de operaciones, ante ese «castigo el pueblo de Alcalá de la Torres [sic] mandó emisario para someterse». Realmente, la localidad a la que se refería el escrito era Villagarcía de la Torre, situada a apenas nueve kilómetros de Llerena y en la cual, ante las noticias llegadas del precio que habían pagado los llerenenses por su oposición a las fuerzas sublevadas, y probablemente también ante las informaciones que se iban conociendo sobre las brutales prácticas bélicas aplicadas por las columnas, los dirigentes y milicianos republicanos decidieron huir, siendo rápidamente controlada por los afines al golpe.¹⁰²⁰ Pero, pese a funcionamiento de los mecanismos de terror puestos en marcha por las fuerzas sublevadas, estas siguieron implementando una concienzuda depuración sobre los diferentes pueblos que se conquistaban, como los ya mencionados de Llerena, Villagarcía de la Torre, Los Santos de Maimona o Zafra. Sin embargo, la dimensión de la tarea punitiva sobre un colectivo tan amplio como el que habían definido los bandos de guerra y las instrucciones a las columnas enviadas por Queipo de Llano comportaba una inversión de tiempo que las tropas no tenían si querían alcanzar rápidamente Madrid y poner fin a la guerra. Por ello, el propio Antonio Castejón envió, el día 6 de agosto, dos peticiones en las que solicitaba el envío de sendos grupos de 20 miembros de Falange y el Requeté sevillanos «aptos para registros, detenciones, requisas de vehículos y persecución de personal huido, para lo que reúnen magníficas condiciones, al mando de un Oficial y un sargento de esa[s] fuerza[s]».¹⁰²¹ Con esto, se ponía de manifiesto esa doble dimensión de la violencia que articuló el modo rebelde de hacer

¹⁰¹⁸ Ricardo GUTIÉRREZ: op. cit., p. 266. De hecho, en los propios partes de operaciones se apuntaba que las fuerzas republicanas habían sido bombardeadas y ametralladas por la aviación sublevada. Véase AGMAV, C. 2552, 5, pp. 10-11. CGG, EM, “Partes de las operaciones sobre Badajoz”, agosto de 1936. Sobre este episodio, Francisco ESPINOSA: *La columna de la muerte...*, pp. 21-23.

¹⁰¹⁹ Paul PRESTON: *El holocausto español...*, p. 417. Pese a la evidente y ya señalada diferencia en cuanto a la calidad de unas y otras tropas, las fuerzas enviadas mandadas por Puigdemolas tenían una considerable entidad, lo que contribuye a reforzar esa idea de la brutalidad de las prácticas bélicas rebeldes en la campaña del Sur. Según dos evadidos que habían formado parte de la agrupación republicana, esta estaba compuesta por unos 600 efectivos, que además contaba con una sección de asalto equipada con dos ametralladoras y con un cañón. Véase AGMAV, C. 2552, 5, p. 12. CGG, EM, “Partes de las operaciones sobre Badajoz”, agosto de 1936.

¹⁰²⁰ Francisco ESPINOSA: *La columna de la muerte...*, p. 21.

¹⁰²¹ AGMAV, C. 2552, 5, pp. 13-14. CGG, EM, “Partes de las operaciones sobre Badajoz”, agosto de 1936.

la guerra durante los primeros meses del conflicto. A nivel militar, porque los milicianos posibilitarían que la columna se centrara en las operaciones militares exclusivamente. Una tarea que, dicho sea de paso, no equivalía a dejar de implementar unas prácticas bélicas brutales, pero sí el detenerse demasiado en poblaciones que, por haber resistido o por ser consideradas como núcleos izquierdistas importantes, necesitaban, a ojos de los rebeldes, de una mayor punición. Y, a nivel político-ideológico, porque la especificación y especialización de la tarea purgativa permitía ir más allá de lo meramente dictado por la necesidad militar, es decir, en la dirección de la eliminación de la anti-España, indispensable para la construcción de una comunidad nacional que se había erigido en un proyecto de máximos debido a la apertura del escenario propiciatorio definido por la guerra.

Tras los combates en torno a Los Santos de Maimona y Llerena, las fuerzas continuaron su avance hacia el Norte para tomar los dos enclaves principales que quedaban en Extremadura bajo control republicano, Mérida y Badajoz. Sin embargo, una de las poblaciones que se interponía en la ruta hacia la primera era Almendralejo, escenario de una durísima resistencia por parte de los milicianos. Nada más llegar las tropas rebeldes el día 7 de agosto, se libraron fuertes combates en las inmediaciones y el interior de la localidad, en los que ambos bandos emplearon métodos de castigo sobre la población civil que evidenciaban el carácter total de la guerra que se estaba empezando a gestar en España. Así, los republicanos amenazaron con prender fuego al edificio en donde habían confinado a varios derechistas presos si las fuerzas rebeldes no frenaban el asalto, algo que finalmente hicieron dado el fracaso de sus pretensiones. Mientras que, por su parte, la columna Asensio, que en esta ocasión era la encargada de tomar el pueblo, prendió fuego, bombardeó y redujo a cenizas la iglesia de la Purificación, en la que se habían refugiado los últimos defensores. La brutalidad de los enfrentamientos y el consiguiente castigo impuesto sobre Almendralejo elevaron la cifra de muertos y represaliados hasta por lo menos el medio centenar de personas, en torno a 1.000 según las noticias de la época, entre los que habría que incluir a muchas mujeres que fueron rapadas, obligadas a beber aceite de ricino y violadas.¹⁰²² De hecho, las tareas depurativas se extendieron hasta tres días después de la entrada de las fuerzas de Asensio en el pueblo, tal y como apuntaba este en un telegrama enviado a Franco el día 9 en el que especificaba que «termina mañana pacificación de Almendralejo». Sin embargo, el desafío que había planteado la resistencia miliciana en la localidad, su condición de bastión republicano y la propia inestabilidad que se vivía en la retaguardia requirieron, en opinión de los mandos sublevados sobre el terreno, que se implementase un castigo todavía mayor. «Por la gran población que tiene y por lo levantisco de los muchos elementos de izquierda que existen» no se consideraba seguro, para la propia marcha de las columnas, el continuar hacia Mérida dejando únicamente al cargo del pueblo a los elementos de la derecha local que habitualmente se quedaban como retén hasta la organización de una estructura de control más efectiva y fiable. De este modo, Asensio solicitó el envío «con toda urgencia [de] elementos de la Guardia Civil, requetés o algo similar, para que la operación de desarme, depuración, etc. quede a su cargo, mientras la columna continúa». La petición, en la línea de

¹⁰²² Paul PRESTON: *El holocausto español...*, p. 419.

la solicitada por Castejón apenas unos días antes, evidenciaba esa confluencia entre objetivos militares e ideológicos en el teatro de operaciones extremeño, pues la necesidad de asegurar la retaguardia y continuar a toda prisa con el avance—no en vano, el telegrama enviado admitía explícitamente que la presencia de estos milicianos era «notablemente» conveniente «Para evitar estas detenciones», en referencia al valioso tiempo que habían tenido que invertir las tropas rebeldes en tareas depurativas—coincidía plenamente con la voluntad de llevar a cabo la ineludible profilaxis social asociada al proyecto de los insurgentes.¹⁰²³ Pero, al mismo tiempo, mostraba también la precariedad con la que se movían las columnas, pues pese a disponer de una mayor capacidad de combate no contaban con suficientes tropas como para controlar de forma efectiva una retaguardia tan grande, ni tampoco les suscitaban demasiada confianza las milicias derechistas locales que quedaban ejerciendo esa función de control una vez conquistados los pueblos. Una cuestión que incrementaba la sensación de inseguridad y cerco, espoleando la aplicación proactiva de una violencia indiscriminada con evidentes propósitos preventivos.

Esa necesidad de maximizar la eficacia de las columnas y, al mismo tiempo, los procesos depurativos, se justificaba también por la voluntad de incrementar la capacidad de reacción de las escasas tropas rebeldes ante las diversas contingencias que podían surgir en un contexto, como ya apuntaba, de suma inestabilidad y, en no menor medida, improvisación. Todo siempre orientado a intentar ahorrar el máximo tiempo posible en la marcha hacia Madrid, lo que suponía aprovechar cualquier oportunidad en favor de la sublevación. Un ejemplo evidente de esta cuestión, que de hecho discurrió paralelo a la petición de Castejón de que le fuesen enviadas milicias para finalizar las purgas que se aplicaban sobre el territorio conquistado, fue el intento de sublevación protagonizado por la Guardia Civil en Badajoz, donde si bien el golpe había fracasado existían considerables sospechas hacia este cuerpo por parte de las autoridades republicanas, al considerar su lealtad como muy dudosa.¹⁰²⁴ Confirmando dichas sospechas, los efectivos de la comandancia de Badajoz se rebelaron el día 6 de agosto, si bien con escaso impacto y siendo rápidamente controlados por las fuerzas gubernamentales. No obstante, parece ser que consiguieron resistir por un breve espacio de tiempo, a tenor del telegrama enviado directamente por Franco en el que les animaba a ofrecer una «Resistencia a toda costa», poniendo especial énfasis en que no entregasen a los prisioneros republicanos que habían hecho, ya que estos constituían «única garantía [que] tienen en sus manos para contener salvajes acciones marxistas. Entregados [los] rehenes [, los] marxistas seguirían aprisionando [a] sus familiares [y] cometiendo iguales desmanes». Para alimentar su voluntad de resistencia, les anunciaba la llegada inminente de las columnas que combatían, en esos momentos, en Almendralejo y otras localidades colindantes.¹⁰²⁵ Desde luego, la fallida sublevación de la Guardia Civil en Badajoz, que fue rápidamente reprimida, no es más que un caso aislado que, debido a la rápida reacción de las autoridades republicanas y a la escasa fuerza que tenían ya los partidarios de los rebeldes en la ciudad, no tuvo mayor incidencia en el curso de las operaciones. Sin embargo, permite aportar una mayor riqueza

¹⁰²³ AGMAV, C. 2552, 5, pp. 16-19. CGG, EM, “Partes de las operaciones sobre Badajoz”, agosto de 1936.

¹⁰²⁴ Francisco ESPINOSA: *La columna de la muerte...*, pp. 66-83.

¹⁰²⁵ AGMAV, C. 2547, L. 337, 1, p. 16. Ejército de África, “Guardia Civil asediada en Badajoz”, agosto de 1936.

a esa idea de necesidad militar que viene articulando la estructura interpretativa de este capítulo. Las fuerzas rebeldes necesitaban, en el contexto de inferioridad numérica en los primeros meses de la contienda, disponer de la mayor versatilidad y capacidad de maniobra posible, para así poder aprovechar escenarios como el que se había presentado en Badajoz. Tener la posibilidad de contar con fuerzas en el interior de plazas fuertes como lo era la ciudad extremeña, o de cualquier otra localidad, facilitaba la tarea de las columnas, toda vez que, además de tener que luchar en dos frentes, el enemigo republicano no se caracterizaba por disponer de una organización demasiado efectiva, lo que se agravaría al haber de hacer frente a una “quinta columna”. De este modo, la necesidad de implementar una violencia que fuese lo suficientemente preventiva y ejemplarizante como para permitir esa máxima eficacia en el funcionamiento de las columnas rebeldes, tarea apoyada por las milicias encargadas de terminar las depuraciones, tenía en este tipo de adaptaciones a las contingencias, de carácter más militar, otra de sus lógicas explicativas.

En este sentido, los propios rebeldes se encargaban de publicitar, mediante proclamas lanzadas por la aviación, los brutales castigos aplicados sobre las distintas localidades que habían ido ocupando, como en el caso de la firmada por Franco el 12 de agosto y arrojada sobre Badajoz. En primer lugar, buscaba generar disensión entre las filas republicanas recurriendo a la retórica ya vista de que los combatientes de a pie habían sido engañados por sus jefes y que los que verdaderamente ofrecían «la paz, la justicia y el trabajo» eran los propios rebeldes, animando a que entregasen a sus dirigentes como una última ocasión para «corregir vuestros errores; mañana será tarde». Pero lo más relevante radicaba en la atmósfera de terror que quería implantar en la ciudad, poniendo como ejemplo la reciente caída de Mérida «ante el empuje de nuestros bravos soldados del Tercio y Regulares». La referencia a estos dos cuerpos, que tenían una fama de brutales ya antes de la Guerra Civil debido a las campañas en el Protectorado y a la represión del levantamiento obrero en Asturias en 1934, buscaba cultivar ese miedo, que igualmente se nutría de las propias noticias y rumores que llegaban de los frentes andaluz y extremeño en los que ambos capitaneaban las razias contra los bastiones republicanos. De hecho, la proclama hacía otra referencia explícita a esta cuestión al apuntar que «Nuestras tropas con lo más florido del Ejército de África van aplastando toda resistencia y castigando los desmanes cometidos». Por una parte, se subrayaba la diferencia existente entre las unidades profesionales desplegadas por los rebeldes, de hecho las únicas con experiencia en combate, y las poco experimentadas fuerzas defensoras de Badajoz, Mientras que, por otra, se invitaba, ante el temor de tener que responder por sus crímenes, a huir a los responsables de los desmanes, que como ya veíamos podía ser prácticamente cualquier identificado como un enemigo a depurar. En todo caso, se recordaba que ofrecer cualquier tipo de resistencia no solo sería «estéril», sino que además incrementaría el «castigo» que sufriría la población, pues iría «en proporción de aquella».¹⁰²⁶

Sea como fuere, ese mismo día 12 de agosto Queipo de Llano hacía circular unas nuevas instrucciones destinadas igualmente a las columnas en operaciones, en las que introducía ciertas variaciones respecto a los criterios de actuación que debían seguir estas

¹⁰²⁶ AGMAV, C. 2331, L. 59, 3, p. 6. Fuerzas Militares de Marruecos, EM, “Proclamas arrojadas por la aviación nacional”, agosto de 1936.

unidades. Esencialmente, tal y como hemos visto en la primera parte de esta tesis, se trataba de unas órdenes de carácter militar, relativas al tipo de esquema bélico que se podía desplegar teniendo en cuenta el carácter irregular y poco experimentado de los enemigos contra los que hasta el momento se había tenido que combatir. Es decir, que servían para ajustar las prácticas y tácticas bélicas a las necesidades que demandaba el escenario del verano de 1936 en el frente sur a partir de las experiencias recogidas en combates previos, ejemplificándose de este modo una de las primeras manifestaciones de ese proceso de adaptación y aprendizaje constante que fue la Guerra Civil Española. A este respecto, destacaban dos cuestiones que permiten definir algo más el modo en que las fuerzas coloniales concibieron la guerra en estos primeros momentos. Por una parte, se apuntaba que el enemigo, dada su «falta de disciplina [...] y carencia de servicios», tendría prácticamente imposible resistir un combate durante más allá de dos días, lo que en esencia planteaba que las fuerzas rebeldes debían mantener una ofensiva constante, desplegando toda la potencia de fuego disponible –algo que se justificaba por el terror que veíamos provocaban las armas modernas entre los milicianos, tal y como explicitaba el propio escrito de Queipo– de cara a abrumar al enemigo, impedir que se rehiciese y así generar tanta confusión y desorganización en sus líneas como fuese posible. La directiva, por ende, no hacía más que sancionar como procedimiento táctico lo que ya les había funcionado a las fuerzas rebeldes en los barrios obreros de Sevilla, el Llerena o en Almedralejo, con la vista puesta en el inminente asalto a Badajoz. En este sentido, y salvando las evidentes distancias en términos de tecnología militar y recursos disponibles, lo que sugería Queipo era la implementación de ofensivas constantes, conceptualmente similares a las que posteriormente, ya en la Segunda Guerra Mundial, pondría en marcha la Wehrmacht. Bien es cierto que la precariedad absoluta en la que se movían las fuerzas insurgentes en estos primeros momentos impedía un despliegue similar aun considerando la disparidad existente entre las escalas de las operaciones y los frentes, pero la concepción del uso sistemático y concentrado de los medios modernos de guerra y de la actitud ofensiva con la finalidad de saturar al enemigo permite establecer ciertas relaciones entre ambos modos de entender la guerra.¹⁰²⁷

Por otro lado, las instrucciones señalaban una cuestión igualmente crucial y relacionada con esa imperiosa necesidad de ahorrar tiempo y con la función que la violencia cumplía en ese sentido: «Al enemigo no conviene acorralarlo sino dejarle abierta una salida para batirle en ella con armas automáticas emboscadas». Lo que significaba que, en la medida de lo posible, se debía evitar trabar combates que conllevaran una inversión de tiempo del que no se disponía, para lo cual se admitía sin mayores problemas la eliminación sistemática de los enemigos en retirada. Así, de nuevo se aprovechaban las enseñanzas obtenidas de casos como los de Los Santos de Maimona o Almedralejo, en donde la tarea depurativa llevada a cabo por las columnas las había desviado de otros objetivos más apremiantes. Y, al mismo tiempo, se intentaban organizar de forma eficiente las escasas fuerzas disponibles, ante la batalla que dos días después se desataría en Badajoz, la

¹⁰²⁷ Véase Robert M. CITINO: *The German Way of War. From the Thirty Years' War to the Third Reich*, Lawrence, University Press of Kansas, 2005.

cual, por su tamaño y su condición de entorno urbano, podía llevar a la repetición, a mucha mayor escala, de lo vivido en la mencionada Almendralejo. Mediante la preparación de emboscadas y el aniquilamiento de los enemigos que huían se evitaba el tener que combatirles nuevamente en el futuro, acelerándose por tanto el ritmo de las operaciones y, al mismo tiempo, desplegándose una violencia indiscriminada y totalizante que había de servir de ejemplo para futuras localidades y unidades enemigas.

Respecto al comportamiento de las tropas, la directiva de agosto introducía un pequeño párrafo que, aparentemente, modificaba en cierto modo su capacidad de aplicar una violencia irrestricta. Apuntaba que «En el paso y estancia en los pueblos es indispensable mantener al soldado en la mano sin permitir que se desperdigue ni cometa desmanes ni pillajes bajo severas penas». La inclusión de esa referencia, que no figuraba por ninguna parte en las instrucciones dadas tan solo doce días antes, sugería que el nivel de excesos que estaban cometiendo las columnas era demasiado elevado, incluso en un marco especialmente diseñado para ello, lo que hacía recomendable una breve redefinición de los límites entre los cuales se podía desplegar el terror, al menos teóricamente. De hecho, como ya hemos visto, las matanzas y las destrucciones de pueblos se sucedían a lo largo y ancho del teatro de operaciones en el que actuaba el Ejército del Sur. Sin embargo, dos cuestiones permiten subrayar que, en esencia, nada cambiaba en las políticas de violencia desplegadas por las columnas rebeldes. Por una parte, la escasa relevancia que se le confería a la cuestión, apenas tres líneas, en una directiva de casi dos páginas cuya finalidad principal tenía que ver con el modo de adaptar el esquema bélico para hacerlo lo más eficiente posible. Y, por otra y mucho más importante, que las ejecuciones masivas, el terror caliente, las destrucciones de pueblos, los saqueos, las violaciones y cualquier otro tipo de práctica dentro del amplio catálogo del que disponían las fuerzas insurgentes y que habían ido aplicando hasta ese 12 de agosto siguió formando parte de su repertorio depurativo. Quizá lo que se pretendía era simplemente tener controlados a los combatientes para evitar que se desperdigasen y eso retrasara el vertiginoso compás que habían de seguir las operaciones. Los saqueos demoraban el avance de las columnas y no tenían un impacto tan directo como las ejecuciones indiscriminadas, que eran mucho más rápidas y extendían un terror paralizante entre la población, fundamental para asegurar la retaguardia. O, tal vez, en determinados casos se habían producido pillajes o excesos contra viviendas y propiedades de individuos afines a la sublevación, a los cuales se pretendía poner freno —sin ir más lejos, como veremos, unas órdenes de otoño que denunciaban y prohibían los saqueos refuerzan precisamente esta consideración. Algo a tener especialmente en cuenta en un escenario como Badajoz, que por su tamaño daba pie a la proliferación incontrolada de desmanes. De hecho, si estos eran los objetivos que se perseguían fracasaron estrepitosamente, pues tras la toma de la ciudad legionarios, regulares y falangistas la saquearon impunemente, incluidos comercios y viviendas de los derechistas locales.¹⁰²⁸ Esto demostraba, al igual que sucedería posteriormente a partir de la ofensiva de Aragón de marzo de 1938, que resultaba extremadamente difícil, si tal era el propósito, limitar las prácticas violentas de las tropas cuando hasta el momento se había hecho gala de una permisividad cuasi absoluta. En todo caso, el carácter testimonial que la

¹⁰²⁸ Paul PRESTON: *El holocausto español...*, p. 431.

cuestión tenía en la propia directiva de Queipo y el mantenimiento del mismo tipo de políticas de ocupación y violencia evidenciaban que se trató de una mención que no tuvo una incidencia significativa en el proceder de las columnas sobre el terreno.¹⁰²⁹

Como apuntaba, las tropas rebeldes consiguieron finalmente asaltar y tomar Badajoz el día 14 de agosto, cumpliendo con creces la amenaza que había lanzado Franco mediante las proclamas arrojadas sobre la ciudad dos días antes. La resistencia fue considerable por parte de los milicianos, apoyados en las murallas que rodeaban la ciudad, lo que obligó a realizar sucesivos asaltos frontales a las unidades legionarias y de Regulares, sosteniendo unas cifras de bajas inusitadas para lo que había sido habitual hasta ese momento. Por ejemplo, la IV BL, encargada de atravesar la brecha generada en las murallas de Badajoz, tuvo 105 bajas, según indicaba su diario de operaciones, unos guarismos mucho más elevados que los que hemos visto anteriormente.¹⁰³⁰ De hecho, un total de 86 efectivos de esta unidad, entre mandos y tropa, fueron distinguidos o condecorados por esta operación, lo que evidencia su relevancia en el marco de la campaña del frente sur.¹⁰³¹ Si bien, dicho sea de paso, el considerable peaje pagado por las columnas rebeldes evidenciaba ya los primeros síntomas de las dificultades que tendrían luego en el asalto a Madrid, donde además de un entorno urbano en el que las capacidades de unas columnas acostumbradas a operar en campo abierto en el Rif quedaban sensiblemente mermadas, se sumó la irrupción de la guerra moderna en toda su dimensión. En cualquier caso, la violencia homicida desplegada en los primeros momentos tras la toma de la ciudad alcanzó unos límites que tampoco se habían visto con anterioridad. Más allá del debate sobre las cifras de víctimas, cuyo número parece oscilar en torno a los varios miles, siempre menos de 5.000, el castigo que le fue aplicado a Badajoz evidenciaba de nuevo la buena sintonía existente entre las lógicas militar e ideológica.¹⁰³² Esta segunda porque el marco propiciatorio ofrecido por la feroz resistencia republicana permitía implementar una depuración *hasta la raíz*, si es que era posible establecer una diferenciación en términos cualitativos, que en buena medida no lo era. Y, en términos militares, por una «verdad atroz», que no por ello era menos verdad: a nivel logístico y de necesidad de control de la retaguardia para el rápido avance de las columnas, era imperativo eliminar toda potencial fuente de resistencias futuras, lo que equivalía a asesinar a buena parte de los prisioneros de guerra hechos en la ciudad, así como a cualquier otro individuo, “peligroso de acción”, del que se pudiera albergar la mínima sospecha de su lealtad o de su voluntad de entorpecer las operaciones militares. Una cuestión que, de nuevo, permite establecer similitudes evidentes con el modo en que, por ejemplo, la Wehrmacht concibió la Operación Barbarroja.¹⁰³³

¹⁰²⁹ AGMAV, C. 2580, 42. Ejército del Sur, “Instrucciones de Queipo de Llano para las columnas en operaciones”, agosto de 1936

¹⁰³⁰ Archivo Intermedio Militar de Ceuta (en adelante, AIMCE), Fondo Unidades de la Fuerza, II Tercio de la Legión, “Diario de operaciones de la IV Bandera”, julio a diciembre de 1936.

¹⁰³¹ AGMAV, C. 2395, L. 188, 52. Ejército de África y Sur de España, EM, Recompensas, “En operaciones de Badajoz y otras”, agosto de 1936.

¹⁰³² Sobre las diferentes cifras ofrecidas tanto por la historiografía como por las crónicas periodísticas de la época véase Paul PRESTON: *El holocausto español...*, pp. 434-436.

¹⁰³³ Javier RODRIGO y David ALEGRE: op. cit., p. 191.

Tomada Badajoz, implementada la primera fase de la depuración —que se extendió a un ritmo elevado hasta por lo menos diciembre de 1936— y constatado que el párrafo incluido en la directiva emitida por Queipo el 12 de agosto no comportó ningún tipo de modificación del modo rebelde de hacer la guerra, las operaciones militares y las purgas continuaron, manteniendo su esencia cuantitativa y cualitativa hasta que las columnas se aproximaron a las inmediaciones de Madrid. Esto, como muestra precisamente el caso de Badajoz, no implica que se pusiese freno alguno a las purgas, que se siguieron implementando sistemáticamente en las retaguardias. Pero, como veremos, Madrid sí fue un punto de inflexión en el modo en que las fuerzas militares pretendieron aplicar la violencia bélica, al menos en ese primer momento de entrada en y ocupación de las localidades que se iban tomando. En cualquier caso, los objetivos que definieron las lógicas de la violencia en esta primera fase de la guerra permanecían inalterados tras la conquista de Badajoz, lo que explicaba ese mantenimiento de las prácticas bélicas y homicidas desplegadas por los rebeldes. Algo a lo que también contribuía la lenta evolución del escenario de atomización del control territorial surgido tras el golpe. En este sentido, no solo era necesario continuar aplicando una violencia proactiva e indiscriminada para “cubrir” el avance de las columnas hacia Madrid, sino que el terror como elemento dominador de la retaguardia había de imperar en otras zonas alejadas de ese objetivo principal pero igualmente relevantes y en las que se debían implementar las cantidades adecuadas de dicha violencia para resolver favorablemente la ecuación que correlacionaba el número de efectivos disponibles por la sublevación y la enorme cantidad de terreno a controlar. Es el caso, por ejemplo, de las operaciones realizadas por la columna Redondo en la provincia de Huelva, que arrojaron guarismos homicidas y presentaron lógicas coherentes con lo que veíamos que sucedía en Extremadura. Así quedaba reflejado en la recopilación realizada por Francisco Vázquez Carrasco sobre la participación del requeté onubense en la Guerra Civil, ya que precisamente las fuerzas de Redondo estaban esencialmente compuestas por milicianos carlistas. El 26 de agosto, la columna asaltó y conquistó el pueblo de Salvochea, también conocido como El Campillo, que al final de la jornada «ardía con llamas purificadoras ya que, el Teniente Coronel Redondo había dado orden de prender fuego como castigo a la saña feroz manifestada por los rojos». No obstante, se procuró ser selectivo en la aplicación de la violencia, ya que «algunas de las casas [son] respetadas de ser incendiadas por tratarse de ser habitadas por personas decentes».¹⁰³⁴ Es decir, que en caso de que la depuración no consiguiese acabar los individuos que pudieran intentar retomar el pueblo tras el paso de la columna, el incendio de las casas aseguraba que sus moradores se tuvieran que marchar de Salvochea, minimizando de este modo el riesgo de ulteriores levantamientos.

De igual modo, la progresión de las columnas hacia Madrid ofrecía los mismos perfiles en lo tocante a la implementación de la violencia bélica. Tras haber enlazado con las fuerzas insurrectas al mando de Mola en la provincia de Cáceres, las unidades del Ejército del Sur viraron en dirección Este siguiendo la línea que marcaba el río Tajo, fundamentalmente en su margen derecha. Sin embargo, se realizaron también una serie

¹⁰³⁴ Francisco VÁZQUEZ CARRASCO: op. cit., p. 26. Sobre las operaciones de esta columna ya se ha señalado la referencia fundamental de la obra de Bernabé COPADO S.J.: op. cit.

de operaciones puntuales al Sur del Tajo para expandir el colchón territorial extremeño, toda vez que constituía el único vínculo terrestre entre las dos zonas que controlaban los rebeldes. Uno de los puntos máximos de avance de esas operaciones fue la localidad de Guadalupe, que había sido tomada por fuerzas de la denominada “Columna Fantasma”, una agrupación de milicianos y guardias civiles procedentes de Valencia y comandados por el capitán del instituto armado Manuel Uribarri. El 21 de agosto, los efectivos de la columna Castejón atacaron el pueblo, causando, según el testimonio del falangista Ricardo Gutiérrez, una «carnicería [...] de espanto. Unos cuatrocientos cadáveres dejaron los rojos en Guadalupe».¹⁰³⁵ Desde luego, ya hemos visto en otro ejemplo anterior la tendencia de este autor a magnificar considerablemente los índices de muertos republicanos, pero el alto número de bajas que en todo caso debieron de sufrir las fuerzas de Uribarri evidenciaba, además del tremendo desequilibrio entre la calidad y experiencia de unas tropas y otras, las políticas de violencia indiscriminada ejercida por los rebeldes. Después de la toma de Guadalupe, las unidades comandadas por Castejón viraron nuevamente, esta vez hacia el Norte, y cruzaron el Tajo para avanzar por la margen derecha del río, un redespiegue de las fuerzas que evidenciaba la precariedad con la que se movía el bando rebelde, incapaz de controlar el territorio de forma sostenida sino a través de continuos movimientos de sus columnas. Así, Castejón se apoderó, entre el 27 de agosto y el 2 de septiembre, de las localidades cacereñas de Valdehúncar y Peraleda de la Mata y, ya en Toledo y casi alcanzando Talavera de la Reina, de Calera y Chozas. Según se desprende de la narración que hicieron de estas operaciones los operadores de antiaéreos y milicianos falangistas Luis Armillas y Manuel Montilla, el modo de hacer la guerra empleado por los rebeldes reproducía el mismo esquema visto anteriormente. En Valdehúncar, las bajas que sufrieron se redujeron «a tres o cuatro heridos. El enemigo dejó en el campo hasta una veintena de muertos». Algo similar sucedió al día siguiente en Peraleda de la Mata, donde la columna tuvo «siete y ocho heridos y un solo muerto, mientras que ellos dejaron sobre el campo de batalla más de doscientos cadáveres [...] amén de un centenar de prisioneros». Y, de nuevo, las cifras de muertos que arrojaba uno y otro bando eran similares para el caso de Calera y Chozas, ocupada el 2 de septiembre: «quedan los cadáveres de unos ochenta milicianos, sin que por nuestra parte –aunque parezca increíble–, sufriésemos baja alguna». Unas cifras, las de estos tres pueblos, a las que había que sumarles las propias de las depuraciones realizadas tras la ocupación, como en el caso de Peraleda de la Mata, en donde le fue «aplicada la dura ley guerra» al «comandante enemigo de la plaza».¹⁰³⁶

Sin embargo, estas operaciones comenzaron a arrojar algunos resultados diferentes respecto a las que se habían llevado a cabo en las semanas anteriores, sobre todo en cuanto a la resistencia ofrecida por las fuerzas republicanas. Por ejemplo, en Peraleda de la Mata, Armillas y Montilla comentaban que el combate, de una considerable intensidad, se había prologando durante un lapso de ocho horas, lo que dicho sea de paso evidenciaba aún más el desequilibrio entre las bajas sostenidas en cada bando, según el testimonio que

¹⁰³⁵ Ricardo GUTIÉRREZ: op. cit., p. 184.

¹⁰³⁶ Luis ARMILLAS GARCÍA y Manuel MONTILLA MUÑOZ: op. cit., pp. 35, 44-45 y 49.

veíamos daban ambos falangistas.¹⁰³⁷ En este sentido, dos elementos comenzaban a ejercer una función relevante, como posteriormente se vería con mayor claridad. Por una parte, una vez superado el shock inicial, las autoridades republicanas empezaron a articular líneas defensivas de una mayor entidad, al tiempo que enviaron contingentes de una mayor envergadura y capacidad de combate. La diferencia seguía siendo notable respecto a las fuerzas coloniales del Ejército del Sur, pero estas ya no siempre tenían que enfrentarse a grupos de milicianos pobremente equipados y sin ninguna experiencia en el manejo de armas. Por otra parte, la brutalidad del terror desplegado por las columnas sublevadas superó, en cierto modo, esa paralización que era su propósito, dando lugar a una resistencia más enconada por parte de unos individuos que, debido a los rumores e informaciones propagados, sabían que sería encarcelados y/o ejecutados independientemente de cuál fuera su actitud ante la llegada de las tropas rebeldes.

Las contraproducentes consecuencias que comenzaba a generar la violencia indiscriminada quedaban perfectamente reflejadas en un informe enviado el 22 de agosto por Eduardo Cañizares, nombrado comandante militar de la recién conquistada Badajoz, a Franco. El informe consistía en un repaso general del estado de la ciudad, abordándose diversos aspectos como la progresiva reorganización de la guarnición o la restauración de los servicios afectados por la batalla de hacía una semana. Pero, además, incluía algunos apartados relativos a la “represión”, así calificada, que se estaba implementado, y al ánimo de la población local en relación a esta. Respecto a lo segundo, Cañizares indicaba que la moral estaba «Muy abatida en el campo y en la plaza [...] el susto no acaba de salirles del cuerpo», por lo cual sugería la organización de una serie de desfiles y manifestaciones, así como el incrementar la propaganda, medidas a las que Franco dio su beneplácito. De hecho, Cañizares apuntaba que necesitaría algunos oficiales extra, pues había tenido que reubicar a varios de los que disponía en ese momento «Como resultado de las diligencias judiciales [...] que se incoan», lo que evidenciaba la magnitud de los procesos depurativos. Sin embargo, el apartado más relevante es el que se refería a los «huidos», ya que Cañizares expresaba sus dudas respecto a los beneficios que, en ese contexto concreto, ofrecía la violencia indiscriminada, en comparación con los potenciales perjuicios. Así, apuntaba que «la posible excesiva represión en la totalidad de los mozos que se apresan va a originar un problema de fondo; el de las concentraciones primero y las partidas de bandolero [sic] después». Según su lectura de la situación,

«hay muchos que no vienen a nuestro lado por temor a ser ejecutados y como creo que convendría atraerlos de no recibir contraorden inspiraré mi conducta en el sentido de exigirles un arma como promesa de que abandonan [sic] propósitos de lucha y solamente aplicar duras sanciones y muy ejemplares en los que tengan delitos de sangre y en los directivos, los demás así podrían volver sin temor y mi parecer es que están muchos deseosos de hacerlo.»

¹⁰³⁷ *Ibidem*, p. 44.

La interpretación que hacía Cañizares evidenciaba que la violencia se estaba aplicando de forma indiscriminada y preventiva, no ya mediante encarcelamientos o confinamientos sino directamente en la forma de ejecuciones sumarias. No obstante, esto no le generaba problemas *per se*, pues la crítica no era a dicha violencia como tal –algo que posteriormente veremos como sí aparecía en el testimonio de algunos combatientes–, sino que lastraba su utilidad dentro de un marco muy concreto de necesidad militar. Porque precisamente el reconocimiento de ese marco era la cuestión clave del informe de Cañizares. Considerando la precariedad e inestabilidad de la retaguardia rebelde, debido fundamentalmente a la falta de efectivos para articular una vigilancia de todo el territorio que se iba incorporando, las políticas de violencia que se estaban poniendo en práctica en Badajoz planteaban más problemas que otra cosa, pues fomentaban la creación de partidas de guerrilleros en las zonas rurales que podían suponer un grave peligro, al poder poner en jaque las líneas de suministro de las columnas que avanzaban hacia Madrid. Una problemática que, dado los métodos depurativos impuestos por los insurgentes, bien podría extrapolarse a otras localidades bajo su control. De hecho, en este sentido el informe incorporaba un apartado titulado «Guarnición de los pueblos», en el que se alertaba de que estos emitían constantes llamadas de auxilio, para lo cual se proponía que, en vez de poner «armas en manos poco expertas y gentes de poco corazón», en referencia a los lugareños de estas localidades, se controlasen una serie de puntos clave «con compañías que además se movieran e hicieran recorridos». Por ende, el mantenimiento de prácticas de terror irrestricto podía agravar considerablemente la de por sí delicada situación de las zonas rurales extremeñas, imposible de solventarse desde Badajoz, pero tampoco desde el alto mando rebelde, pues Franco no daba garantías de poder enviar los medios que Cañizares necesitaba. Ante esa situación, de la que el propio Franco era consciente, se aceptaba la propuesta hecha por el comandante militar de la ciudad extremeña, lo que no significa que se llevase a cabo de forma efectiva ni que se pusiese punto final a la concienzuda depuración.¹⁰³⁸

Sin ir más lejos, un mes más tarde, el 30 de septiembre, una agrupación de milicias falangistas badajocenses asaltaron el pueblo, también pacense, de Guareña, encontrando una fuerte resistencia por parte de las fuerzas republicanas allí estacionadas. Esto condujo a escenas similares a las que se habían vivido a principios de agosto en Llerena o Almedralejo, ya que los falangistas bombardearon y prendieron fuego a la estación en la que se refugiaban los milicianos, realizando posteriormente un asalto a la bayoneta. Además, el pueblo fue objeto de una intensa depuración, con 55 ejecuciones extrajudiciales en los días posteriores a su ocupación y un total de 227 condenados a distintas penas –98 sentenciados a muerte, hecha efectiva en 68 de ellos– en juicios celebrados entre 1940 y 1942.¹⁰³⁹ Pero, pese a esta violencia, la toma de Guareña fue calificada de «brillante y laudable hecho» por Cañizares, algo que contrastaba paradójicamente con su lectura de la situación en el campo extremeño a finales del mes anterior. Quizá ya hubiera conseguido articular, en ese lapso de 30 días entre el informe a Franco y la toma de Guareña, un control efectivo del territorio que hacía innecesario el seguir aplicando mecanismos

¹⁰³⁸ AGMAV, C. 2552, 5, pp. 94-99. CGG, EM, “Partes de las operaciones sobre Badajoz”, agosto de 1936.

¹⁰³⁹ Candela CHAVES RODRÍGUEZ: *Sentenciados. La represión franquista a través de la justicia militar y los consejos de guerra en la provincia de Badajoz, 1937-1950*, Badajoz, PREMHEX, 2015.

de contención de la violencia. No obstante, lo que resulta más plausible pensar es que el caso de Guareña ejemplificaba perfectamente las notables dificultades que planteaba el tener que compaginar un proyecto de profilaxis social de la magnitud del que se llevó a cabo en España con otro tipo de lógicas que requerían de su modulación parcial, sobre todo en lo que respectaba al comportamiento de las tropas sobre el terreno, que no habían conocido hasta la fecha otra forma de combatir. De hecho, esta misma agrupación de milicias falangistas ocupó, el día 10 de septiembre, el pueblo de Retamal de Llerena, causándoles a los defensores republicanos «numerosísimas bajas. Por nuestra parte tuvimos dos heridos graves y seis leves».¹⁰⁴⁰ Es decir, que la continuación de los procesos depurativos al mismo ritmo en las semanas siguientes a la fecha del informe de Cañizares, tanto en Badajoz como a lo largo del recorrido de las columnas, y, en todo caso, las persistentes investigaciones de los pasados de cientos de miles de españoles que se realizaron a lo largo de toda la guerra por parte de los servicios de información del ejército y en las retaguardias, dejaban bien claro que necesidad militar e ideología no eran elementos contrapuestos sino dos dimensiones coherentes entre sí.

El problema de los efectos contraproducentes de la violencia, unido a la progresiva profesionalización de la defensa que ofrecían las unidades republicanas, se fue agravando en los meses de septiembre y octubre, conforme la guerra avanzaba y columnas rebeldes se aproximaban a Madrid. Por ejemplo, según un informe elaborado por uno de los oficiales que tomaron parte en la operación de Guareña, el comandante Guerrero, el asalto de la localidad no había estado exento de problemas, pues un contingente de 30 milicianos había conseguido detener durante 8 horas al total de 250 falangistas que componían la agrupación. Además, alertaba de que diversos informadores de los que disponía en el campo republicano le habían avisado de que «las concentraciones fuertes [de tropas republicanas] comienzan en Medellín», una localidad situada 4 kilómetros al norte de Talavera de la Reina.¹⁰⁴¹ De igual modo, tras la caída de la propia Talavera de la Reina en manos insurgentes el 3 de septiembre, los republicanos consiguieron articular toda una serie de líneas y dispositivos defensivos entre los municipios toledanos de Cazalegas y Maqueda, situados al Este de Talavera en la ruta hacia Madrid, lo que en buena medida validaba las informaciones de Guerrero. Esto retrasó considerablemente a las columnas sublevadas, pues tardaron once días en recorrer los 33 kilómetros que separaban ambos pueblos, cuando el ritmo que habían sostenido en las semanas anteriores había sido mucho más elevado. Por ejemplo, el mismo día en que las fuerzas de Asensio acabaron de sofocar la resistencia y depurar Almendralejo tomaron la ciudad de Mérida, situada a 30 kilómetros de distancia. Además, en los combates para atravesar ese dispositivo defensivo sufrieron importantes bajas, como las soportadas en el pueblo de El Casar de Escalona el día 15 de septiembre. Situado a medio camino de los dos que mencionaba, diversos testimonios apuntan que las pérdidas de los tabores de Regulares de la columna Castejón fueron considerables. A esto se unió la reocupación del pueblo por parte de los milicianos al día siguiente, lo que indicaba que o bien el castigo sufrido por la columna había sido tal que necesitaron replegarse para reorganizar sus efectivos, o bien esa irregularidad de

¹⁰⁴⁰ AGMAV, C. 2684, 1. “Diario de Operaciones de las Milicias de Falange de Badajoz”, agosto a octubre de 1936.

¹⁰⁴¹ Cfr. Francisco ESPINOSA: *La columna de la muerte...*, p. 203.

la que hacía gala la guerra en estos primeros meses hizo de nuevo su aparición retrasando el avance rebelde y obligando a una operación el día 17, que se saldó con 538 republicanos muertos según el parte de operaciones enviado al cuartel general insurgente, y con un duro castigo para el pueblo de El Casar, en la forma de ejecuciones, saqueos y violaciones.¹⁰⁴²

Esto evidenciaba, a la luz del informe de Cañizares, que ante un marco en el que la violencia indiscriminada incitaba al enemigo a resistir más enconadamente resultaba muy difícil implementar a ras de suelo otra cosa que no fuese una violencia todavía más masiva y brutal, teniendo en cuenta la absoluta permisividad con la que los mandos habían enfocado esta cuestión, que la había cronificado en la conducta de sus subordinados. De hecho, en el mes de noviembre los alcaldes de varios pueblos comprendidos entre Talavera de la Reina y Madrid, a saber, la propia Talavera, Domingo Pérez, Burujón, Cebolla, La Mata, Alcabén, Cazalegas, Geridonte y Palomeque, enviaron diversos escritos dirigidos a las autoridades militares en los que denunciaban que algunas unidades falangistas habían perpetrado todo tipo de excesos en estas localidades, como intentos de violación a la hija de un izquierdista preso, saqueos y robos en varias casas de huidos, detenciones arbitrarias, incautación de las recaudaciones para el ejército, estafas o extorsiones a los vecinos para que hiciesen contribuciones económicas a las fuerzas armadas. Las autoridades militares prometieron investigar estos hechos, y se castigó a los dos responsables del intento de violación, pero la comisión de estos delitos en una fecha como principios de noviembre de 1936 mostraba el carácter endémico que rápidamente había adquirido la violencia en la conducta de las tropas rebeldes.¹⁰⁴³ Sobre todo si tenemos en consideración que la comandancia militar de Talavera de la Reina había emitido, el día 5 de octubre, un bando prohibiendo todo tipo de desmanes y exacciones, actos que calificaba de «miserables atentados» cometidos por «gentes de mal vivir».¹⁰⁴⁴ Un bando que, precisamente, respondía a hechos de la misma índole que ya se habrían producido con anterioridad.

En conclusión, lo que he buscado plantear con este capítulo no ha sido un redescubrimiento a nivel factual de la violencia desplegada por las columnas rebeldes en su avance hacia Madrid, sino, más bien, una reconsideración de la misma a la luz del diálogo entre las dimensiones militar e ideológica que nutrían sus lógicas. En este sentido, resulta a mi juicio relevante conectar la estructura de la guerra en sus primeros meses, cuando incluso todavía no podría definirse como una contienda formal, con el modo en el que los objetivos políticos se adaptaron a dicho contexto, aprovechando el marco propiciatorio provisto por la España salida del fallido golpe de Estado para desarrollarse dentro de un esquema de máximos.¹⁰⁴⁵ Al igual que sucedió para el caso de otros fascismos en guerra, el español tuvo en lo bélico su escenario de radicalización que, de forma paradigmática y

¹⁰⁴² Juan Carlos COLLADO JIMÉNEZ: “La Guerra Civil en El Casar de Escalona. Del paseo militar a la resistencia planificada (septiembre de 1936)”, *Espacio tiempo y forma. Serie V, Historia Contemporánea*, 17 (2005), pp. 207-225. Véase también Gabriel CARDONA: *Historia militar de una guerra civil...*, pp. 76-78.

¹⁰⁴³ AGMAV, C. 1911, 5. Comandancia Militar de Talavera, “Denuncia de abusos por parte de personal de F.E.”, noviembre de 1936.

¹⁰⁴⁴ AGMAV, C. 1911, 2. Comandancia Militar de Talavera, “Bando de esta comandancia”, octubre de 1936.

¹⁰⁴⁵ Rafael CRUZ: “Las campañas rebeldes...”, p. 81.

a diferencia de esos otros regímenes, constituyó a la vez su vía de acceso al poder. Esta radicalización bélica explica parcialmente los guarismos de la violencia implementada por los sublevados en el verano y los inicios del otoño de 1936, pero resulta insuficiente para entenderlos en su conjunto. Para ello, es indispensable atender a la contingencia con la que tuvieron que lidiar las fuerzas rebeldes en función de sus objetivos prácticos, es decir, a la ecuación cuyas variables incluían el número de efectivos disponible, las enormes porciones de terreno a controlar y la dimensión de la amenaza que los insurgentes percibían en estas zonas. No obstante, como ya he planteado y subrayaré en los siguientes dos capítulos, la evolución de esa contingencia no dio como resultado unos objetivos y unas necesidades diferentes para las dimensiones militar e ideológica. Sugerir esto supondría conferir una naturaleza pragmática al plano militar, y dogmática al ideológico, como si el segundo aspirase siempre a la totalidad independientemente de las condiciones necesarias para su realización. Porque es evidente que para obtener la victoria en la guerra se requería de una maximización de los esfuerzos y las capacidades del ejército, y de una minimización de los tiempos, algo que vino provisto por la habilidad de modular la violencia en función de los propios intereses. Pero, al mismo tiempo, el plano ideológico, si acaso pueda ser concebido como un ente con vida propia a los efectos de esta argumentación, entendía que su consecución dependía de esa victoria en el campo de batalla, por lo que participaba de esa adaptación de su dimensión depurativa. Es decir, que el intento de limitar la “represión” que planteaba el comandante Eduardo Cañizares a finales de agosto de 1936 como medida para evitar la formación de partidas guerrilleras que hostigasen la retaguardia de las columnas no suponía, en absoluto, una desfascistización de la misma. Al tiempo que, como veremos, la eliminación, hasta el comienzo de la ofensiva de Aragón, de buena parte de las medidas de contención de la violencia planteadas en el marco de la batalla de Madrid no suponía, tampoco, una fascistización de la misma. Simplemente se trataba de respuestas y adaptaciones a los escenarios que planteaba la guerra, pero no una pugna entre las necesidades y objetivos de lo militar frente a lo ideológico, o viceversa.¹⁰⁴⁶

De esta forma, en el lapso comprendido entre julio y noviembre de 1936, la contingencia que tuvieron que afrontar las fuerzas insurgentes, esencialmente en el frente Sur, no fue otra que la de una guerra irregular, concebida por los altos mandos como una gigantesca operación antipartisana. Tanto la estructura del terreno, como la naturaleza del enemigo y las propias percepciones derivadas del escenario en el que se luchaba remitían de forma indudable a un conflicto de la mencionada naturaleza, al tiempo que las formas y dimensiones que definieron la aplicación del terror, además, contribuyeron a la configuración de una cultura de la violencia similar, en buena medida, a la de los fascismos en guerra. Por un lado, el terreno que dominaban los rebeldes, así como también los republicanos, hasta finales de 1936 se organizaba en base al control de puntos fuertes repartidos

¹⁰⁴⁶ Al mismo tiempo que, el carácter radical y genocida de la violencia bélica implementada por los alemanes en el marco de la Operación Barbarroja no se vio desnazificado durante el invierno de 1941-42, en el que se establecieron mecanismos de colaboración con la población civil como forma de subsistencia de las propias tropas. Ni tampoco la vuelta a políticas de violencia brutal y tierra quemada durante las retiradas de 1943-44 supusieron una nazificación del *warfare* alemán. Véase Jeff RUTHERFORD: *Combat and Genocide...*

por el mismo y situados en ubicaciones clave, como cruces de caminos o nudos ferroviarios, que además coincidían con poblaciones más o menos importantes. En estos puntos se ubicaban las escasas fuerzas profesionales de las que disponían los insurrectos, que buscaban maximizar su capacidad de control del territorio mediante una continua actividad itinerante en torno a sus bases de operaciones, tal y como sucedió en los primeros días tras el golpe desde las ciudades en poder de la sublevación, o como veíamos que sugería Cañizares en su informe como medida para poder controlar las áreas rurales del este extremeño. Si ir más lejos, en un informe de marzo de 1938 elaborado por el propio Cañizares, entonces al mando de la 21 DI, sobre la evolución que había sufrido el conflicto en los casi dos años que duraba, mencionaba que esta primera fase no había sido sino una «guerra irregular» en la se hubo de combatir durante un tiempo «sin que realmente los teatros de la contienda estuviesen bien delimitados y claramente definidos ni conocidos por el propio mando en jefe», lo que esencialmente describe una guerra asimétrica.¹⁰⁴⁷

Por ejemplo, las centurias falangistas de Badajoz que ocuparon Guareña a finales de septiembre habían estado desarrollando una constante actividad de reconocimiento y movilidad por su zona de acción durante el mencionado mes. Diariamente realizaban salidas hacia distintos puntos de la provincia, los cuales eran ocupados dejando un retén compuesto por derechistas locales agrupados en una suerte de milicia, para luego regresar a Badajoz. Una actividad que se fue extendiendo durante el mes de octubre conforme se constituyeron centurias locales en los diferentes pueblos ocupados, encargadas de batir áreas colindantes con el objetivo de neutralizar las partidas de milicianos y huidos republicanos que se habían formado como consecuencia de la depuración rebelde.¹⁰⁴⁸ No obstante, esa progresiva expansión del control sobre su propia retaguardia discurrió a un ritmo lento y no se comenzó a articular de forma eficiente, aunque con el problema de los guerrilleros presente durante toda la guerra como veremos, hasta finales de 1936, lo que sitúa los meses de julio, agosto y septiembre, principalmente, como un escenario de guerra irregular similar al descrito. De hecho, las limitaciones del control del territorio que ejercieron los sublevados en estos primeros meses se evidenciaban perfectamente en el testimonio de Bonifacio Soria, voluntario de la milicia granadina Españoles Patriotas. Durante unas operaciones realizadas a principios de agosto en torno a los pueblos de Brácanca y Tocón, Soria formaba parte de una escuadra encargada de peinar los montes alrededores en busca de republicanos huidos. En el transcurso de la operación encontraron refugiado en un cortijo al alcalde de Tocón, al cual le intervinieron un arma de fuego. Este les rogó que no lo entregasen a la columna, consciente de que supondría su inmediata ejecución de acuerdo con el bando de guerra publicado por las autoridades sublevadas y por las informaciones que a buen seguro conocía acerca de lo expeditivo de las columnas que salían diariamente de Granada. Según atestigua en sus memorias, Soria se mostró decidido a entregar al regidor, si bien al regresar a Tocón se percató de que la columna estaba a punto de salir de vuelta hacia Granada, algo de lo que también se dio cuenta el

¹⁰⁴⁷ AGMAV, C. 1675, 9, p. 2. 21 DI, Organización “Evoluciones de la Guerra de España, vistas desde el Ejército del Sur”, marzo de 1938.

¹⁰⁴⁸ AGMAV, C. 2684, 1. “Diario de Operaciones de las Milicias de Falange de Badajoz”, agosto a octubre de 1936.

detenido. Este intentó retrasar la marcha de la escuadra para forzarles a liberarle ante el peligro de quedar aislados en el pueblo, algo que al final no sucedió, subiéndose alcalde y combatientes en el último camión de la columna.¹⁰⁴⁹

El episodio de Tocón no es más que un mero ejemplo, como los muchos similares que se pudieron suceder durante esas semanas, que, no obstante, evidencia empíricamente dos realidades de la guerra del verano de 1936. En primer término, la falta de dominio efectivo que poseían los rebeldes sobre buena parte del territorio que se extendía entre los grandes núcleos de población en los que tenían presencia, que incluso en una fecha algo avanzada como principios de agosto de 1936 impedía el establecimiento de un retén en pueblos recién ocupados como Tocón o Brácana. Y, por otro lado, el propio pánico existente entre las fuerzas rebeldes a quedar aislados en un ambiente hostil y netamente inseguro para ellos como era el campo andaluz o extremeño. Soria apuntaba explícitamente el miedo a que volviese una partida de milicianos republicanos a Tocón una vez se hubiera marchado la columna de cara a justificar la necesidad de correr para alcanzar los camiones que regresaban a Granada. Esta sensación de cerco impregnaba el comportamiento de las columnas y las percepciones de combatientes y civiles pertenecientes o afines al bando sublevado, una concepción del espacio y de su inherente hostilidad que permite establecer similitudes con el modo en que tradicionalmente los soldados desplegados en las retaguardias o implicados en operaciones antipartisanas describían este tipo de guerra.¹⁰⁵⁰ La paranoia generada hacia los conductores de los camiones de la columna Castejón a raíz de las varias averías sufridas por estos o la renuencia a dejar en Almendralejo a un retén de milicia local por el tamaño de la población y su carácter “levantisco”, aun tras haberle infligido un castigo brutal en la forma de varios cientos de ejecuciones, violaciones, la destrucción parcial del mismo y el incendio de varios edificios, subrayaban esa percepción del espacio y sus habitantes, salvo evidentemente los afines a la sublevación, como elementos amenazantes y hostiles que había que purgar, de nuevo *hasta la raíz*, para asegurar su control. De hecho, en el informe elaborado en agosto de 1936 por Cañizares se apuntaba, como ya mencionaba antes, que muchos de los pueblos de la provincia de Badajoz emitían constantes llamadas de auxilio a la capital, «sin que verdaderamente haya más peligro que el propio temor».¹⁰⁵¹ Es decir, que esa paranoia se extendía de forma incontrolable por las áreas rurales, espoleada por la proliferación de rumores y otras in-

¹⁰⁴⁹ Bonifacio SORIA MARCO: op. cit., pp. 44-57.

¹⁰⁵⁰ Por ejemplo, durante la guerra en el Frente Oriental en el marco de la Segunda Guerra Mundial, no pocos de los integrantes de la Wehrmacht y otras unidades del Eje aludieron constantemente en sus memorias a esta sensación, lo que se tendía a correlacionar con políticas de represalia y castigo brutales. Véase David ALEGRE LORENZ: *Experiencia de guerra y colaboracionismo...*, pp. 61-91. Véase también Xosé M. NÚÑEZ SEIXAS: *Imperios de muerte. La guerra germano-soviética, 1941-1945*, Madrid, Alianza, 2007, pp. 286-287. Otro caso donde estas percepciones del espacio y el enemigo como elementos que rodeaban al soldado constantemente se traducían en mayores dosis de violencia sería el de la Guerra de Vietnam, que fue generando culturas y prácticas bélicas extremas. Véase Howard JONES: *My Lai. Vietnam, 1968, and the Descent into Darkness*, Nueva York, Oxford University Press, 2017.

¹⁰⁵¹ AGMAV, C. 2552, 5, p. 96. CGG, EM, “Partes de las operaciones sobre Badajoz”, agosto de 1936.

formaciones que hablaban de avistamientos de contingentes republicanos aquí y allá, aumentando así esa sensación de inseguridad conforme las poblaciones se alejaban de los destacamentos donde había tropas profesionales, en este caso Badajoz.¹⁰⁵²

Esta dimensión resulta crucial para entender varias cuestiones. Por una parte, la caracterización de la guerra, en esta primera fase, como una gigantesca operación anti-partisana, que por ende no solo tenía que ver con las lógicas y las dimensiones de la violencia, como ahora señalaré, sino también con las propias percepciones de sus actores. Por otro lado, permite complejizar las motivaciones que explicarían la naturaleza del terror desplegado por las fuerzas rebeldes, señalando de nuevo esa coherencia entre necesidad militar y proyecto político, pero al mismo tiempo introduciendo un elemento que se situaría a caballo de ambos. Era, ciertamente, militar en la medida que esa sensación de cerco respondía a una percepción de inseguridad y hostilidad del espacio que afectaba al control de la retaguardia y al ritmo de las operaciones. Pero era también ideológico, ya que las categorías definitorias del enemigo y la construcción de una amenaza inminente por parte del relato contrarrevolucionario contribuyeron decisivamente a dar forma a esa sensación, especialmente en un sentido amplio, ambiguo y de máximos, como eran los propios marcos de referencia que se habían elaborado para articular la eliminación de la anti-España. Si ir más lejos, ese discurso contrarrevolucionario, tanto durante la guerra como también en época republicana, y anteriormente, definían la situación político-social reinante, en no pocas ocasiones, como una revolución consumada, la del liberalismo, lo que influía también en la construcción de lógicas de violencia preventiva.¹⁰⁵³ De este modo, lo militar, lo sensorial y lo experiencial constituían realidades en buena medida tangibles pero que, en todo caso, estaban siempre mediatizadas por lo ideológico, que actuaba como telón de fondo. Por ende, resulta esencial subrayar la confluencia de todas esas dimensiones a la hora de explicar el terror del verano de 1936.

Consecuentemente, el abanico de violencias y prácticas depurativas que se dieron en ese marco temporal respondió a los estímulos y necesidades provistos por dichas realidades superpuestas. Se implementó una violencia indiscriminada en la que lo radical constituyó la norma, mediante la ejecución extrajudicial de múltiples individuos en las diferentes poblaciones que se iban ocupando pero, también, de prisioneros de guerra capturados en el curso de las operaciones. Así, no resulta difícil encontrar en los propios informes de las fuerzas rebeldes o en las crónicas de los testigos referencias a la ejecución

¹⁰⁵² El papel de los rumores como catalizadores de la violencia puede verse en Arno MAYER: *Las Furias. Violencia y terror en las revoluciones francesa y rusa*, Zaragoza, Prensas de la Universidad de Zaragoza, 2014 [2000]; Mark JONES: *Founding Weimar. Violence and the German Revolution of 1918-1919*, Cambridge, Cambridge University Press, 2016; Gutmaro GÓMEZ BRAVO: *Geografía humana...*, capítulo 2. Respecto al caso madrileño, y al de muchos otros lugares de las retaguardias republicanas, la figura de la Quinta Columna tuvo sin duda un papel crucial. Véase Carlos PÍRIZ: *En campo enemigo: la Quinta Columna en la Guerra Civil Española (c.1936-1941)*, Tesis doctoral inédita, Universidad de Salamanca, 2019.

¹⁰⁵³ Véanse Mario CANGIANELLI: op. cit., p. 35. José LLORDÉS: op. cit., pp. 34-35. Manuel BARBERÁ SABORIDO: op. cit., pp. 15, 26, 29 o 178. Padre José CABALLERO: op. cit., p. 66. Fernando FERNÁNDEZ DE CÓRDOBA: pp. 15-16, 20, 23 o 120. Sandro PIAZZONI: op. cit., p. 175. José María RESA ORTEGO: op. cit., pp. 13, 37 o 42. Alfredo RONCUZZI: op. cit., pp. 88 y 121. Salvador TORRIJOS BERGES: op. cit., p. 36. Neculai TOȚU: op. cit., p. 22.

de combatientes enemigos, una práctica que se extendió a lo largo de casi todo el conflicto, aun cuando generaba esos efectos contraproducentes que veíamos antes.¹⁰⁵⁴ De hecho, desde la propia comandancia militar de Badajoz se reportaban dos ataques que se habían producido a finales de agosto de 1936 sobre las poblaciones de Llerena e Higuera de Vargas por parte de partidas republicanas, en los que se había capturado y fusilado inmediatamente a 7 y 8 enemigos respectivamente.¹⁰⁵⁵ Unos combates que, dicho sea de paso, contribuyen a reforzar esa idea de la inestabilidad de la retaguardia y la percepción de la constante hostilidad del medio. No obstante, esta práctica no era rastreable únicamente a través de las memorias, las crónicas o los partes de operaciones en los que se incluían referencias explícitas, sino también en cada una de las informaciones relativas a choques armados con las fuerzas republicanas. En este sentido, los elevados índices de bajas que he ido mencionando, que trufaron la marcha de las columnas del Ejército del Sur, mostraban una realidad muy evidente: que existía una diferencia abismal entre unas unidades profesionales y, además, experimentadas en un tipo de guerra irregular, de columnas y no moderna como la que se libró en los primeros meses del conflicto. Lo cual, dicho sea de paso, permite apuntar, como ya mencionaba en la primera parte de esta tesis, que las prácticas de guerra y violencia que desplegaron las columnas formadas con unidades coloniales no tenían tanto de traslación voluntaria y explícita de unas culturas bélicas o un esquema bélico colonial a la península, como de imposibilidad, por incapacidad, de enfocar el conflicto de otro modo, toda vez que, además, la tipología de guerra que se dio en esta primera fase favorecía esa forma de combatir.

En cualquier caso, como decía, estos informes de combates escondían también una cuestión igualmente significativa, a saber, que la consigna de las columnas era no hacer prisioneros. Bien es cierto que la inexperiencia de los milicianos y su pobre armamento coadyuvaban en la generación de esos guarismos, pero resulta poco plausible pensar que casi cada combate repitiese el mismo patrón sin que esto se explicase por la ejecución sistemática de los prisioneros que se tomaban. Sobre todo, si tenemos en cuenta los propios informes militares elaborados por los rebeldes en los que se mencionaba el terror que causaban la artillería o la aviación entre los combatientes republicanos, que huían a la mínima oportunidad en la mayoría de los casos. Además, las columnas insurgentes, y especialmente las unidades que quedaron posteriormente encargadas del control de las retaguardias, tenían también importantes componentes milicianos, que o bien tenían un entrenamiento paramilitar pero ninguna experiencia bélica, o bien se trataba de simples paisanos armados y encuadrados para combatir. Por ejemplo, en la mencionada operación de Guareña, en la que según el informe de uno de los oficiales participantes 30 milicianos habían detenido a una fuerza de 250 falangistas, se mencionaba también la inexperiencia de los segundos: «por las horas de detención te darás cuenta de que mis 250 hombres no eran elementos de choque».¹⁰⁵⁶ Sin embargo, pese a esa inexperiencia, que en teoría serviría para “nivelar” las fuerzas, el patrón de bajas permaneció inalterado, tal

¹⁰⁵⁴ Javier RODRIGO: *Hasta la raíz...*, pp. 86-91.

¹⁰⁵⁵ AGMAV, C. 2552, 5, pp. 117 y 118. CGG, EM, “Partes de las operaciones sobre Badajoz”, agosto de 1936. Otro ejemplo en Manuel SÁNCHEZ DEL ARCO: op. cit., p. 66, donde se mencionaba la ejecución de varios dinamiteros capturados.

¹⁰⁵⁶ Francisco ESPINOSA: *La columna de la muerte...*, p. 203.

y como reflejaban dicho enfrentamiento y el que estas mismas milicias falangistas de Guareña sostuvieron unos días después en Retamal de Llerena.

Este tipo de esquema bélico empleado por las fuerzas rebeldes permite seguir apuntalando esa idea de la guerra antipartisanas como interpretación del conflicto en su primera fase. Si establecemos una comparativa con las ratios de muertos que arrojaban las operaciones contrainsurgentes llevadas a cabo por los fascismos en guerra, observamos que eran similares a las que se apuntaban para el caso español, si acaso algo más elevadas por la presencia en mayor número de medios destructivos modernos como la artillería o la aviación.¹⁰⁵⁷ Además, compartían un mismo sustrato proactivo, cimentado sobre el diseño de un plan de exterminio, definido en términos ideológicos, que se implementó o no hasta las últimas consecuencias en función de las particularidades de cada escenario, esto es, tipología de la guerra y tipologías del enemigo. Lo cual, en buena medida, posibilitaría, si bien no como único factor, su interpretación conjunta como una suerte de particular forma de entender el hecho bélico, la guerra fascista, en la que confluyeron la dimensión total que los conflictos armados habían ido adquiriendo a lo largo de los siglos XIX y XX, sobre todo tras la definitiva erosión de la distinción entre civiles y militares, y el marco de exterminio ideológico, social, racial, étnico o religioso que proveía el fascismo, que precisamente situaba la violencia contra el civil como un elemento central de su concepción bélica, que no era otra cosa que su propia realización en tanto que proyecto político. De hecho, eran esas tipologías del enemigo construidas en clave ideológica, nucleares para la construcción de esa guerra fascista, las que permitían también implementar unas prácticas bélicas reminiscentes con la guerra antipartisanas. En este sentido, en no pocas ocasiones las fuerzas republicanas eran calificadas como «bandoleros», huidos o milicianos, lo que les confería un determinado estatus dentro del marco normativo de la guerra que les alejaba del de combatiente regular y, por ende, les situaba al margen de cualquier regulación en materia de respeto a sus derechos.¹⁰⁵⁸ Una cuestión que suena retórica, como mucho, en el marco del verano de 1936 pero que, en todo caso, se apuntalaba a través del uso del lenguaje como un potente elemento de creación de realidad.

No obstante, dicha consideración de guerra antipartisanas se remitiría esencialmente al frente sur, como ha quedado evidenciado a lo largo del recorrido realizado en las páginas anteriores, en donde no he incluido ejemplos de las operaciones llevadas a

¹⁰⁵⁷ Una comparativa entre las políticas antipartisanas italianas, alemanas y japonesas en la Segunda Guerra Mundial, que aborda esta cuestión de la desproporción de muertos en uno y otro bando, en Amedeo OSTI: “Cultures of Total Annihilation? The German, Italian and Japanese Armies during the Second World War”, en Alan KRAMER, Javier RODRIGO y Miguel ALONSO (eds.), op. cit., en prensa.

¹⁰⁵⁸ Este tipo de calificativos se empleaban tanto en los propios informes elaborados por el ejército rebelde como en las crónicas y memorias de testigos y combatientes. Véanse AGMAV, C. 2552, 5, p. 95. CGG, EM, “Partes de las operaciones sobre Badajoz”, agosto de 1936; José SANZ Y DÍAZ: op. cit., p. 39; o Ricardo GUTIÉRREZ: op. cit., pp. 226-227. Sobre la definición del combatiente y, por ende, de los límites de la violencia de la que este puede ser objeto, véanse Gerry SIMPSON: *Law, War, and Crime: War Crimes, Trials and the Reinvention of International Law*, Cambridge, Polity Press, 2007. La definición del combatiente, y del civil, durante la Gran Guerra en Heather JONES: “La Gran Guerra: cómo 1914-18 transformó la relación entre guerra y civiles”, en David ALEGRE, Miguel ALONSO y Javier RODRIGO (eds.), op. cit., pp. 115-135. Algunos ejemplos del uso de este tipo de categorías, para el caso de la Primera Guerra Mundial en John HORNE y Alan KRAMER: op. cit. Para la invasión de Polonia por la Wehrmacht en Jochen BÖHLER: *Auftakt zum Vernichtungskrieg. Die Wehrmacht in Polen 1939*, Frankfurt, Fischer, 2006.

cabo por las fuerzas que lideraba Mola. Por supuesto, los niveles depurativos en una y otra zona alcanzaron dimensiones cualitativas semejantes, pues la lógica subyacente tenía que ver en ambos casos con la implementación del proyecto contrarrevolucionario en España.¹⁰⁵⁹ Pero no sucedió lo mismo con la violencia bélica, lo que permite poner en valor esa particular contingencia que definió el modo de hacer la guerra de las unidades en el Sur. Por una parte, no existía la necesidad de avanzar rápidamente hacia un objetivo determinado, pues la función de las tropas rebeldes en el Norte, más allá de consolidar la sublevación y extender el control hacia determinadas zonas clave como la frontera con Francia, era la de esperar a las columnas africanas para colaborar en el asalto a Madrid. Por otra, debido a esta falta de avances significativos tampoco se produjeron combates de entidad, como sí sucedió en el Sur, lo que contribuyó a esa menor proliferación de la violencia de guerra. Ciertamente, también se dieron situaciones como las mencionadas a lo largo de este capítulo. Por ejemplo, el 6 de agosto de 1936 una columna de milicianos republicanos atacó el pueblo de Madrigal de la Vera (Cáceres), que unas horas después fue retomado por las fuerzas rebeldes ocasionándoles a los defensores 28 bajas por ninguna los atacantes, al tiempo que se fusiló a varios individuos.¹⁰⁶⁰ De igual modo, diversas localidades de las provincias de Ávila y Salamanca fueron asaltadas con gran violencia, que incluía ejecuciones extrajudiciales, violaciones y saqueos. También, se practicaron mecanismos similares de terror ejemplarizante y relacional que iban más allá de la articulación de resistencias por parte de los republicanos, como sucedió en las provincias gallegas.¹⁰⁶¹ Y, desde luego, los combatientes y cronistas de guerra encuadrados en unidades que operaron en el territorio controlado por Mola reportaron en sus diarios de guerra ejecuciones de prisioneros de guerra y saqueos, si bien en mucho menor número que aquellos relatos que procedían de las campañas en el Sur.¹⁰⁶² Pero, en cualquier caso, la dimensión y extensión de la violencia bélica no se asemejaron a las desplegadas en el frente sur, algo que se evidencia a través de los diarios de operaciones de las columnas que actuaron en zonas como Asturias, Navarra o el País Vasco. En los seis analizados, a los que habría que sumar los partes de actividad recopilados por la comandancia militar de Pamplona, que cubrían desigualmente un marco temporal comprendido entre los meses de julio y octubre de 1936, aparecen de forma mucho más habitual referencias a pequeños intercambios de disparos o a combates en los que había un número de bajas similar en ambos bandos que a grandes masacres como las que los diferentes testigos relataban en el Sur.¹⁰⁶³ Lo cual permite diferenciar dos formas de enfocar la guerra en función del particular contexto ante el que debían reaccionar unas y otras unidades.

¹⁰⁵⁹ Véanse los trabajos citados en la nota 879.

¹⁰⁶⁰ AGMAV, C. 1217, 4. Ejército del Norte, “Hechos ocurridos en Madrigal de la Vera”, agosto de 1936

¹⁰⁶¹ Paul PRESTON: *El holocausto español...*, pp. 276-295.

¹⁰⁶² Por ejemplo, Policarpo CÍA NAVASCUÉS: op. cit., pp. 21 y 89; o Joaquín PÉREZ MADRIGAL: op. cit., p. 191.

¹⁰⁶³ Véanse AGMAV, C. 2677, 21BIS. “Diario de operaciones de las columnas Beorlegui, Dañobeitia y García Valiño”, julio a agosto de 1936, sin episodios de este tipo; AGMAV, C. 1661, L. 30BIS, 18. Comandancia Militar de Pamplona, “Diarios de operaciones de varias columnas”, julio a agosto de 1936, en el que figuran dos combates librados el día 11 de agosto en Tolosa y Erlatiz (ambas en Guipúzcoa), con 50 y 22 muertos republicanos respectivamente, por apenas unos pocos insurgentes heridos; AGMAV, C. 2677, 25. “Diario de operaciones de las columnas gallegas en Asturias”, julio a octubre de 1936, donde se menciona un combate en Cuero (Asturias), celebrado el día 3 de octubre, en el que se causaron 400 bajas a

Sea como fuere, tanto en el Norte como en el Sur, si bien con esa diferencia de escala en lo que se refería a la violencia bélica desplegada por las tropas en el marco de los combates, que no a la depuración posterior, se reprodujeron las mismas tipologías de terror. Se hizo gala de una violencia con funciones ejemplarizantes y paralizantes, como ocurrió en la localidad pacense de Santa Marta el día 5 de octubre cuando, tras la captura en las inmediaciones de varios supuestos cabecillas guerrilleros, «el pueblo entero lleno de entusiasmo pidió exhibición de cadáveres que se mostraron en plena plaza».¹⁰⁶⁴ Una afirmación que, de no ser cierta, buscaba legitimar mínimamente lo que se había tratado de una drástica demostración del destino que esperaba a todo aquel que se rebelase contra las nuevas autoridades. Pero que, de ser veraz, constituía un mecanismo depurativo en sí mismo, porque la utilización del término “pueblo” permitía excluir de la comunidad a todos aquellos a los que no englobaba, sin por supuesto perderse la propia funcionalidad ejemplarizante del acto como tal. De igual modo, se siguió publicitando ese terror como un instrumento para quebrar la voluntad de resistencia del enemigo a través del miedo, como mediante los panfletos que fueron arrojados sobre Málaga para animar a los marineros de la escuadra republicana allí fondeada a asesinar a sus jefes y desertar con los buques hacia puertos rebeldes, so pena de correr la misma suerte que «muchos de los vuestros [que] han pagado con sus vidas los desmanes cometidos».¹⁰⁶⁵ Se buscó también incorporar a la población civil en los procesos depurativos, tanto mediante la delación y el señalamiento como incluso permitiendo su participación activa en los mismos, tal y como sucedió, según el relato del falangista Prudencio Doreste, en el pueblo toledano de Domingo Pérez en el mes de octubre, cuando la hija y hermana de unos derechistas víctimas de la violencia revolucionaria, que habría sufrido también un intento de violación, solicitó mandar el pelotón de ejecución de los verdugos de su familia.¹⁰⁶⁶ Además, se emplearon tipos de violencia específicos hacia determinados colectivos, como las mujeres, a las cuales se violó, obligó a beber aceite de ricino, rapó el pelo –«Quedaron *tan majas*», se ufanaba el requeté José Sanz después de que una sección de combatientes carlistas «*les echó el cero* a aquellas hembras schopenhauerianas» en el pueblo de Checa (Guadalajara)– e incluso encerró en conventos «donde las religiosas procurarían purificar el alma de aquellas infelices».¹⁰⁶⁷ Toda una serie de prácticas toleradas y alentadas por

enemigo por 40 propias; AGMAV, C. 2677, 17. “Diario de operaciones de las Columnas de Iruretagoyena”, agosto a septiembre de 1936, sin referencia a episodios de esta índole; y AGMAV, C. 2677, 18. “Diario de operaciones de las columnas de García Escámez”, agosto a septiembre de 1936, sin combates en la línea de los aquí señalados. Un testimonio de un combatiente de la columna de García Escámez, en esta misma línea, en Alfredo BELLOD GÓMEZ: *Soldado en tres guerras. Campaña de África. Guerra Civil. La División azul en Rusia*, Madrid, Editorial San Martín, 2004, pp. 157-178.

¹⁰⁶⁴ AGMAV, C. 1276, 1, p. 6. Ejército del Sur, “Operaciones de limpieza, defensa, ataques, etc.”, octubre de 1936. Estas mismas prácticas de terror ejemplarizante tuvieron su continuidad en la represión de la guerrilla antifranquista por parte de las autoridades militares españolas, lo que tal vez sugiera la existencia de culturas de guerra compartidas entre ambos escenarios, que en esencia serían el mismo que se reprodujo ininterrumpidamente hasta mediados de los años 50. Véase Jorge MARCO y Mercedes YUSTA RODRIGO: op. cit., p. 241.

¹⁰⁶⁵ AGMAV, C. 2331, L. 59, 3, pp. 9-10. Fuerzas Militares de Marruecos, EM, “Proclamas arrojadas por la aviación nacional”, agosto de 1936.

¹⁰⁶⁶ Prudencio DORESTE: op. cit., pp. 42-43.

¹⁰⁶⁷ José SANZ Y DÍAZ: op. cit., p. 39. Fernando FERNÁNDEZ DE CÓRDOBA: op. cit., p. 74. De hecho, la violencia contra la mujer, entendida como arma de guerra, es una constante en la historia de los conflictos bélicos de la Humanidad. Véanse Sonja M. HEDGEPETH y Rochelle G. SAIDEL (eds.): *Sexual Violence*

los oficiales sobre el terreno, y por los propios altos mandos, que incluso agilizaron los procesos de tramitación de los juicios sumarísimos para no alterar ni un ápice los ritmos que requería la dimensión depurativa a la que se aspiraba, así como las propias necesidades derivadas del particular contexto militar que se generó en el verano de 1936.¹⁰⁶⁸ No en vano, los únicos procedimientos de esta índole que fueron normativizados fueron las requisas, esencialmente para evitar que un material muy importante dado el marco de precariedad, como por ejemplos los vehículos, cayese en manos distintas a las del ejército, sobre todo en las de las milicias.¹⁰⁶⁹

Esta tolerancia tuvo como resultado episodios de brutalidad extrema, como la ejecución de los heridos del hospital de Toledo tras la toma de la ciudad. O como la sistematización de la violencia sexual amparada en la autoridad conferida a los combatientes en tanto que ejecutores de las purgas dirigidas contra la anti-España, tal y como relataba el legionario Antonio Leal Nieto que había sucedido tras la entrada de los Regulares en su localidad natal, Villalba de los Barros (Badajoz), cuando estos aprovecharon un registro en el que buscaban a su hermano para «molestar» a su madre.¹⁰⁷⁰ Lo cual, dicho sea de paso, permite sugerir la interpretación de estos alistamientos a la Legión, conforme esta iba conquistando pueblos en su camino hacia Madrid, como el embrión de las funciones de control y encuadramiento social que luego desarrolló el ejército a través de la movilización masiva, teniendo en cuenta las ventajas que reportaba el incorporar a los individuos potencialmente peligrosos a una unidad en la que además tenían considerables posibilidades de morir en el transcurso de algún combate.¹⁰⁷¹ En cualquier caso, dicha violencia fue exaltada y legitimada por la narrativa de la Cruzada, confiriéndole un carácter

Against the Jewish Women during the Holocaust, Waltham, Brandeis University Press, 2010; Raphaëlle BRANCHE y Fabrice VIRGIL (eds.): op. cit.; o Carol RITTER y John K. ROTH (eds.): *Rape. Weapon of War and Genocide*, St. Paul, Paragon House, 2012 Para el caso español, Sofía RODRÍGUEZ LÓPEZ: “La violencia de género como arma de guerra”, en Encarnación BARRANQUERO TEIXEIRA (ed.), *Mujeres en la Guerra Civil y el Franquismo. Violencia, Silencio y Memoria de los tiempos difíciles*, Málaga, Centro de Ediciones de la Diputación Provincial de Málaga, 2010, pp. 23-46; Enrique GONZÁLEZ DURO: *Las rapadas. El franquismo contra la mujer*, Madrid, Siglo XXI, 2012; o Maud JOLY: op. cit.

¹⁰⁶⁸ Sobre la tolerancia absoluta con el comportamiento de las tropas puede verse Paul PRESTON: *El holocausto español...*, p. 418; Francisco ESPINOSA: *La columna de la muerte...*, pp. 30-31; o María Rosa DE MADARIAGA: op. cit., pp. 237-259. La aceleración de los juicios en AGMAV, C. 2327, L. 51, 82. CGG, EM, “Órdenes del CE Aragón”, 1937, 1938 y 1939. Un documento similar, sobre aclaraciones relativas a quiénes debían ser procesados por juicio sumarísimo y quiénes por ordinario, y respecto a la capacidad punitiva de las fuerzas en arreglo a la normativa vigente tras la promulgación de los bandos de guerra, en AGMAV, C. 2327, L. 51, 83. Ejército de África y Sur de España, EM, “Órdenes a las Fuerzas de Marruecos”, julio a septiembre de 1936.

¹⁰⁶⁹ AGMAV, C. 1464, 11. VI Región Militar, Requisas, “Órdenes y normas sobre las mismas”, agosto y septiembre de 1936. Una práctica en todo caso habitual, tal y como muestran los testimonios de algunos combatientes. Véase Luis ARMILLAS GARCÍA y Manuel MONTILLA MUÑOZ: op. cit., p. 86. En la misma línea, relativo a incautaciones, véase AGMAV, C. 1208, 49. Ejército del Norte, “Disposición sobre incautaciones de bienes”, octubre de 1936.

¹⁰⁷⁰ El episodio de Toledo en Stanley G. PAYNE: *Los militares y la política en la España contemporánea*, París, Ruedo Ibérico, 1968, p. 361. El testimonio del legionario en AGMAV, C. 1549, 102, p. 4. 12 DI, Justicia, “Diligencias en averiguación de los motivos de deserciones producidas en Unidades de la 12 División”, enero de 1938.

¹⁰⁷¹ Esta idea sublimada en la supuesta disyuntiva que no pocos habitantes de los pueblos por los que avanzaban las columnas tenían que resolver, a requerimiento de las tropas rebeldes: «A Rusia o la Legión», siendo la primera su ejecución inmediata. Véase Paul PRESTON: *El holocausto español...*, p. 419. Este mecanismo fue utilizado también por muchos izquierdistas confinados en prisión para intentar, por esta vía, limpiar sus delitos, como los que en enero de 1937 solicitaron, desde la cárcel de Sevilla, el alistamiento a

sublime y otorgándole una función recatolizadora, como ya veíamos que apuntaba Ortiz de Villajos en referencia a la ocupación del barrio de Triana, al aparejar siempre las ejecuciones de republicanos con su arrepentimiento a última hora, en una suerte de aceptación de sus errores y de asunción de que la verdadera España era la única posible.¹⁰⁷² Un marco discursivo que no reflejaba la realidad de ciertos desacuerdos existentes ante este tipo de prácticas por parte de algunos combatientes. Es el caso de algunos de los voluntarios encuadrados en la columna Redondo, que solicitaron no forma parte de los piquetes de ejecuciones, calificando esa tarea como «penosa y desagradable».¹⁰⁷³ O como el del voluntario inglés Rupert Belville, amigo del también voluntario Peter Kemp, quien tras haber participado en los pelotones de fusilamiento organizados en la centuria falangista andaluza en la que se alistó abandonó la unidad debido a su «natural repugnancia a fusilar prisioneros» y al asco que le generaba el hecho de que «las víctimas se agitaban durante algunos minutos después de su muerte».¹⁰⁷⁴ Sin embargo, la aceptasen o no, les causase mayor o menor reparo, los combatientes fueron piezas clave para la implementación de dicha violencia, que no era sino, por un lado, la ejecución del proyecto de la contrarrevolución en España, y por otro y en un terreno mucho más práctico, la herramienta indispensable para asegurar la supervivencia de la sublevación, y por ende de la opción política que esta representaba. Porque, en esencia, lo que permitió mantener el control en la retaguardia sublevada en el verano de 1936, generando la oportunidad para que el fallido golpe de Estado se tornase en una rebelión que se expandía exponencialmente, no fueron los miles de individuos que se desplegaron a lo largo y ancho de Andalucía, Extremadura, Castilla, Navarra, Galicia, el País Vasco o Aragón, sino la violencia en sí, que a través de sus dimensiones paralizante y ejemplarizante generó un impacto tan brutal en la sociedad del momento que posibilitó el apuntalamiento provisional de lo que en realidad era una sublevación inferior en número y medios e incapaz de combatir en todos los frentes en los que, de haberse articulado una resistencia estructurada, habría tenido que luchar. Por ello, tal y como apuntaba el capellán de requetés Policarpo Cía, en aquellas jornadas de julio, agosto, septiembre y octubre, «La compasión y la misericordia, en muchos casos, podrían perjudicar la consecución cabal y pronta de los mencionados fines».¹⁰⁷⁵

la Legión, petición que les fue denegada. Véase AGMAV, C. 2331, L. 145, 76. CGG, EM, Tercio, “No procede alistar en el Tercio a presos cárcel Sevilla”, enero de 1937.

¹⁰⁷² Una resignificación que, generalmente, solía venir de la mano de memorias y relatos de alto contenido religioso, como los escritos por capellanes. Véanse Padre José CABALLERO: op. cit., p. 29; Policarpo CÍA NAVASCUÉS: op. cit., pp. 21, 60, 68 y 92; o Bernabé COPADO S.J.: op. cit., pp. 48 y 90. Si bien, esta cuestión aparecía también en relatos de combatientes corrientes. Véase Luis ARMILLAS GARCÍA y Manuel MONTILLA MUÑOZ: op. cit., p. 68. De igual modo, otros buscaban resaltar siempre en sus memorias el carácter inmaculado de su guerra, en la que no habrían atacado nunca objetivos civiles, tal y como intentaba de forma constante el marinero Francisco VALLÉS COLLANTES: op. cit., pp. 58, 63 y 67. Al igual que el italiano Mario CANGIANELLI: op. cit., p. 40, que incorporaba en sus memorias el testimonio de un combatiente español que le aseguraba que las ejecuciones de comunistas y anarquistas en los primeros días de la insurrección «fueron casi sporádici».

¹⁰⁷³ Francisco VÁZQUEZ CARRASCO: op. cit., p. 24.

¹⁰⁷⁴ Peter KEMP: op. cit., p. 25. De igual modo, incluso todo un referente del martirologio de la Cruzada, el sacerdote jesuita Fernando Huidobro, habría criticado el carácter indiscriminado de las ejecuciones sin ningún tipo de investigación o discernimiento previo acerca de si los fusilados eran responsables o no de algún tipo de crimen. Véase Paul PRESTON: *El holocausto español...*, pp. 453-457.

¹⁰⁷⁵ Policarpo CÍA NAVASCUÉS: op. cit., pp. 147-148.

Capítulo 13

Violencia y políticas de ocupación II (noviembre de 1936 – marzo de 1938) El oasis madrileño y la violencia contingente

El día 6 de noviembre de 1936 el gobierno de la Segunda República decidía su traslado de urgencia a la ciudad de Valencia, situada en una de las zonas más alejadas de los frentes que dividían la España sublevada de la republicana. El motivo de ese inmediato cambio de sede no era otro que la inminente llegada a Madrid de las columnas insurgentes que avanzaban desde el Sur, las cuales no habían tenido demasiada oposición hasta las últimas semanas de combates, e incluso aún con todo las unidades gubernamentales tampoco habían podido frenar su avance. De hecho, si las fuerzas sublevadas no llegaron antes a la capital fue por el desvío que tomaron en aras de levantar el sitio sobre el Alcázar de Toledo el día 27 de septiembre, con la consiguiente ocupación de la ciudad. Para algunos historiadores, ese cambio de planes cimentaría su interpretación de que la voluntad de Franco no fue nunca alcanzar y tomar Madrid rápidamente, sino más bien organizar una larga guerra de exterminio y depuración basada en el deliberado desaprovechamiento de las oportunidades militares que surgieron a lo largo del conflicto, como en los casos de la propia Toledo o Teruel.¹⁰⁷⁶ Para otros, pese a reconocer la evidente lógica política detrás de este movimiento, se trataba de uno de los «muchos disparates estratégicos que Franco cometería durante la guerra».¹⁰⁷⁷ Sin embargo, si bien es cierto que obviar la capital para dirigirse a levantar del cerco del Alcázar, que en términos militares no revestía apenas importancia, dada además la rapidez con la que las fuerzas de Varela conquistaron la ciudad, hizo perder unas semanas cruciales que hubieran evitado la reorganización de la defensa de Madrid y la llegada de fuerzas mejor organizadas, no es menos cierto que la posición política de Franco dentro de la coalición sublevada no era, ni mucho menos, tan firme como pudiera parecer, pese a su reciente nombramiento como Generalísimo. En este sentido, y como apuntaba en la primera parte, necesitaba de un triunfo que ayudase a cimentar su recién estrenado título, y que le distinguiese por encima del resto de generales golpistas, quizá sobre todo por encima de un Mola que no dejaba de ser, aunque ya subordinado, el caudillo de la sublevación en el Norte. Desde luego, la toma de Madrid le hubiera otorgado un capital político muy superior, pero Toledo representaba un objetivo mucho más sencillo, algo que, además, vuelve a poner de relevancia la retroalimentación existente entre los objetivos militares y los políticos. Por un lado, la República concentraba sus efectivos defensivos y sus mejores hombres en torno a la capital de España, por lo que las tropas que guarnecían Toledo no suponían una amenaza real para las fuerzas rebeldes. Por otro, y tal vez más relevante, Madrid constituía una urbe de un tamaño gigantesco que se estaba preparando concienzudamente para la defensa, un entorno para el que las tropas profesionales procedentes del Protectorado, con un limitado abanico de recursos tácticos dada su experiencia exclusiva en la guerra colonial, no estaban preparadas, todo lo cual podía conducir a un fracaso mayúsculo.

¹⁰⁷⁶ Paul PRESTON: *El holocausto español...*, p. 452.

¹⁰⁷⁷ Gabriel CARDONA: *Historia militar de una guerra civil...*, p. 79. En esta línea véase Carlos BLANCO ESCOLÁ: *La incompetencia militar de Franco*, Madrid, Alianza, 2000.

Sea como fuere, tras la toma de Toledo y la ocupación, durante el mes de octubre, de distintos enclaves en torno a Madrid, el día 8 de noviembre las fuerzas rebeldes lanzaron el definitivo asalto sobre la capital, que *a priori* debería conducirles a la terminación virtual de la guerra apenas pasados cuatro meses desde su inicio. Sin embargo, tras dos semanas de combates tan solo habían podido ocupar Carabanchel, la Casa de Campo y una parte de la Ciudad Universitaria, donde la lucha había quedado estancada. La versatilidad y movilidad de las columnas quedaba absolutamente difuminada en medio de un denso entorno urbano en el que legionarios y regulares no estaban acostumbrados a combatir, algo que se exacerbaba debido a la cada vez mayor presencia de material bélico moderno en las filas republicanas, que no había hecho apenas acto de presencia en las operaciones de los meses anteriores. De este modo, los 15.000 efectivos rebeldes que se reunieron para la toma de la capital se estrellaron una y otra vez contra las defensas madrileñas, evidenciando de la forma más elocuente posible al cambio de paradigma bélico que había comportado la progresiva transformación del conflicto en una guerra moderna y total.¹⁰⁷⁸ Esto conllevó una reconsideración de estrategia en el seno del CGG, que pasó a diseñar ofensivas destinadas a aislar la capital, esencialmente cortando sus rutas de suministro. De este modo, se planificaron diversas operaciones, como las tres que se sucedieron en torno a la carretera de la Coruña entre finales de noviembre y mediados de enero de 1937, la que tuvo lugar en el Jarama a comienzos de febrero de ese mismo año, o la denominada como batalla de Guadalajara y acaecida un mes después, saldándose todas con fracasos para las fuerzas rebeldes que, sin embargo, no consiguieron tampoco aliviar la presión soportada por Madrid. Para ello, las fuerzas gubernamentales intentaron llevar a cabo una ofensiva en el mes de julio, conocida como batalla de Brunete y enmarcada también en los intentos por distraer tropas de la victoriosa campaña que llevaban a cabo los rebeldes en el Norte, la cual tampoco dio los resultados esperados.¹⁰⁷⁹

No obstante, en octubre de 1936 la previsión, al menos en algunas órdenes y directivas dadas por el CGG, era que la ciudad se tomaría en un periodo de tiempo relativamente corto.¹⁰⁸⁰ Aunque, de cara a prever los múltiples escenarios que podían darse en el asalto a la ciudad, se emitieron también directrices en las que se barajaba la posibilidad de que se tuviese que combatir en los barrios exteriores para luego penetrar sin oposición hasta el centro, o que directamente los defensores ofreciesen resistencia en todo Madrid.¹⁰⁸¹ Sea como fuere, cualquiera de los escenarios posibles que terminasen con la conquista de la ciudad, como se esperaba, hacía necesario construir un entramado normativo destinado a dar forma a su ocupación, que no tenía parangón, por tamaño y relevancia, con la de cualquier otro enclave que los rebeldes hubieran ocupado con anterioridad. Pero, de igual modo, tampoco era comparable la atención que atraía una ciudad como Madrid, que además de ser la sede del gobierno republicano era muy conocida internacionalmente, una variable que condicionaba decisivamente la violencia que se podía aplicar en el asalto

¹⁰⁷⁸ Esa cifra de combatientes en Alejandro PÉREZ-OLIVARES: “Los planes de ocupación franquistas”, en Gutmaro GÓMEZ BRAVO (coord.), *Asedio. Historia de Madrid en la Guerra Civil (1936-1939)*, Madrid, Ediciones Complutense, 2018, p. 70.

¹⁰⁷⁹ Véase Gabriel CARDONA: *Historia militar de una guerra civil...*, pp. 113-140 y 173-182.

¹⁰⁸⁰ Esas órdenes en Alejandro PÉREZ-OLIVARES: op. cit., p. 70

¹⁰⁸¹ AGMAV, C. 2584, 49, pp. 3-4. Operaciones sobre Madrid, “Instrucciones para los servicios de orden y policía en Madrid”, noviembre de 1936.

a la ciudad y, sobre todo, en la depuración inicial que solían sufrir todas las localidades que ocupaban las fuerzas rebeldes. En este sentido, ya veíamos en la primera parte de esta tesis que, entre las razones que en octubre señalaba Franco como justificativas de lanzar un asalto lo antes posible sobre la ciudad, se incluía una referencia a una indeterminada «situación internacional».¹⁰⁸² En buena medida, esto apuntaba hacia los apoyos que pudiera recabar la República en ese plano internacional, pero también tenía que ver con la repercusión que paulatinamente estaba adquiriendo el conflicto, magnificada en un escenario como el madrileño. Por tanto, en este marco resultaba impensable llevar a cabo políticas de violencia brutal e indiscriminada sobre la población civil, algo que, además, se justificaba por su carácter contraproducente. Si el objetivo era acabar con la guerra cuanto antes y la batalla de Madrid iba a suponer un golpe decisivo, tomar la ciudad a sangre y fuego, como había sucedido a lo largo y ancho de Andalucía y Extremadura, y en menor medida en León o Castilla La Vieja, mandaba un mensaje muy claro al resto del territorio republicano: que, a pesar de una disponer de una victoria virtual, los rebeldes no hacían ningún tipo de concesión respecto a la violencia, lo cual contribuiría a incrementar la resistencia y a alargar el conflicto. Sin ir más lejos, cabe de nuevo traer a colación la lectura que hacía Cañizares de los efectos que causaba la depuración en Badajoz, por mucho que sus conclusiones no terminaran de tener demasiada traslación en el día a día de las columnas insurgentes.

De este modo, diferentes autoridades rebeldes emitieron diversas órdenes en el periodo comprendido entre finales de octubre y principios de noviembre de 1936 encaminadas a definir un marco de actuación muy claro y preciso para los efectivos que debían participar en el asalto y ocupación de Madrid. Una claridad y una exigencia de cumplimiento en la que se insistía repetidamente y que contrastaba vivamente con la naturaleza y estructura de las directivas dadas a las columnas en julio y agosto. La primera de estas órdenes fue emitida el 27 de octubre por Mola en calidad de jefe del Ejército del Norte, y comprendía una serie de instrucciones básicas relativas a cómo se debía proceder en los primeros instantes tras la ocupación de la ciudad, las cuales reflejaban el grado de control que se quería implementar sobre la operación, a diferencia del amplio margen de manobra del que habían disfrutado las unidades en los meses previos. En primer término, se indicaba la prohibición de que «paisanos incluso periodistas sin que lleven una autorización especial del Generalísimo o del General Jefe del Ejército del Norte» pudiesen unirse a las columnas implicadas en la batalla, al tiempo que se ordenaba la expulsión de todos aquellos individuos que se encontrasen en esta situación hasta más allá de la línea delimitada por las poblaciones de Sigüenza, Somosierra, La Granja de San Ildefonso, Guadarrama, Navalcarnero, Yuncos y Añoover de Tajo, que comprendía un amplísimo arco en torno a la ciudad. Esto reflejaba claramente la voluntad de imponer el mayor secretismo posible a la entrada en Madrid, buscando filtrar toda la información que saliese de la ciudad a través de personal afín, esencialmente los periodistas encargados de surtir de artículos y crónicas a los distintos periódicos. De este modo, quedaba patente la repercusión que tenía una operación como la proyectada, sobre todo si tenemos en cuenta la

¹⁰⁸² AGMAV, C. 2584, 9, p. 1. CGG, EM. “Decisión del Generalísimo de avanzar sobre Madrid”, octubre de 1936.

escasa preocupación que los mandos rebeldes demostraron por la presencia de periodistas extranjeros, como Mário Neves, Jay Allen o John T. Whitaker, en masacres brutales como la que tuvo lugar en Badajoz. Quizá los dirigentes sublevados eran conscientes de las dificultades que tenía el intentar poner coto a una violencia que había sido instigada y tolerada hasta ese momento, por lo que ante la eventualidad de que se produjesen desmanes y eso desencadenase una reacción adversa por parte de la comunidad internacional resultaba más práctico fiscalizar el flujo de noticias que saldría de Madrid una vez tomada la capital.

Por otro lado, la orden de Mola regulaba el modo en que se iban a proceder a articular los procesos depurativos, así como a las incautaciones y las requisas. Respecto a lo primero, se decretaba el desarme de todas las fuerzas militares y de orden público que no se hubiesen sumado a la insurrección, lo que en esencia englobaba a todos los cuerpos de este tipo que se encontraban en Madrid. De igual modo, se ordenaba la detención de todos los jefes de Correos y del Banco de España, así como del personal del servicio postal que fuese de militancia izquierdista, una cuestión que de nuevo ponía en marcha mecanismos de colaboración civil en la represión, de señalamiento y de delación. Todos estos detenidos, que serían trasladados a campos de concentración, permitirían, según se infería de la directiva, establecer un control efectivo sobre entidades clave de la ciudad, evitando así el surgimiento de posibles sabotajes que comprometieran el funcionamiento de servicios tan relevantes como la banca y el correo. En cuanto a las incautaciones, se disponía el restablecimiento de la prensa «de ideas de orden», para lo cual había que requisar las sedes y talleres de los periódicos que en ese momento funcionaban en Madrid, así como detener y enviar a los campos de concentración al personal que había colaborado con «la causa de los rojos». Además, se establecía la requisa de las propiedades de toda clase que hubiesen pertenecido a las partidos u organizaciones de izquierdas, que debían pasar al Estado «con sus fondos y enseres». Finalmente, de cara a asegurar el estricto cumplimiento de estas órdenes por parte de la población civil se amenazaba con las más severas penas, esto es de carácter capital, a quienes no entregasen las armas, fuesen renuentes a colaborar con las fuerzas rebeldes o las hostilizasen de algún modo. De hecho, se implementaron mecanismos de terror que buscaban forzar la participación civil en la delación y la depuración, advirtiendo a los porteros de los edificios de que serían considerados responsables penales en caso de que se hostigase a las fuerzas rebeldes desde sus edificios, «aún [sic] cuando no se dé [sic] con los agresores».¹⁰⁸³

En líneas generales, la directiva de Mola, si bien es cierto que profundizaba en más cuestiones que las que trataban las dictadas por Queipo durante el verano, esencialmente por referirse a una ciudad del tamaño de Madrid en la que había un mayor número de facetas que requerían de una regulación inmediata para evitar el descontrol, no modificaba demasiados aspectos del esquema de aplicación de la violencia que veíamos antes, dado que no abordaba directamente el asunto. De hecho, el empleo de esas categorías ambiguas de identificación del enemigo y de las conductas punibles aseguraba que la

¹⁰⁸³ AGMAV, C. 2584, 12. Ejército del Norte, “Instrucciones para la ocupación de Madrid”, octubre de 1936. Unas prácticas de colaboración civil que ya funcionaban en el Madrid en guerra. Véase Daniel OVIEDO SILVA: “Denuncias y prácticas acusatorias en el Madrid bélico: los Comités de Vecinos”, en Gutmaro GÓMEZ BRAVO (coord.), op. cit., pp. 367-401.

violencia siguiera siendo un instrumento fundamental dentro de los mecanismos de control que podía poner en marcha el ejército rebelde, al tiempo que dejaba claro que la depuración tenía un lugar central en el proyecto de ocupación de la ciudad. Sin ir más lejos, de forma paralela Mola había publicado un bando de guerra para Madrid y su provincia muy similar a los que circularon el 18 de julio, definiendo como reos de un delito de rebelión a aquellos que hostilizasen, de cualquier forma y lograsen su objetivo o no, a personal del ejército o vinculado a él, a aquellos que editasen periódicos y publicaciones no autorizadas, o a los que propagasen rumores e informaciones «falsas o tendenciosas», lo que ciertamente conformaba un marco represivo considerablemente amplio.¹⁰⁸⁴ En cualquier caso, el único elemento de la directiva de Mola que introducía una pequeña diferencia respecto a órdenes anteriores era el apunte específico acerca de los saqueos en edificios pertenecientes a organizaciones izquierdistas al mencionar explícitamente los enseres, ya que no pocos de estos edificios habían sido pasto del pillaje en el camino de las columnas hacia Madrid.

No obstante, otras dos directivas, emitidas ambas el día 4 de noviembre, sí que pusieron un mayor énfasis en la conducta de los combatientes, si bien continuaron señalando igualmente a la depuración como uno de los procesos clave que se debían poner en marcha. Es decir, que la contención que veremos establecían como nuevo código de comportamiento sobre el terreno no estuvo nunca reñida con la profilaxis social que acompañaba a la construcción del proyecto político del fascismo español. Así pues, la primera de las dos directivas se trataba, esencialmente, de un conjunto de disposiciones referidas a cómo se debía organizar el orden público en Madrid una vez la ciudad fuese ocupada, por ejemplo determinando el número de efectivos, tanto de cuerpos policiales como de milicias, que sería necesario emplear en el mantenimiento de la seguridad o cómo se debía proceder al progresivo restablecimiento de los servicios de cara a reactivar rápidamente, en la medida de las posibilidades que ofrecía una ciudad que acababa de dejar de ser frente de batalla, la vida cotidiana.¹⁰⁸⁵ Pero, más allá de eso, se continuaban dibujando los perfiles purgativos que se debían aplicar sobre la capital. Por un lado, se señalaba la necesidad de extremar la vigilancia en las entradas y salidas de Madrid, sobre todo en las carreteras, donde los diferentes grupos operativos de orden público debían trabajar para evitar la huida de «elementos rojos que pretenden escapar». De igual modo, se ampliaban los sujetos que debían ser objeto de detención a funcionarios ministeriales, dirigentes de sindicatos y organizaciones izquierdistas y, sobre todo, a «traidores; gente maleante; ex-presidarios; y sospechosos», a todos los cuales se les debía realizar un informe relativo a su actuación durante la sublevación. Un listado que, nuevamente, empleaba términos lo suficientemente ambiguos como para permitir la inclusión de cualquier individuo, lo que aseguraba el carácter maximalista de la depuración. Bien es cierto que la referencia a maleantes y convictos podía tener su lógica en el intento de evitar que se produjesen desmanes aprovechando la situación excepcional que se crearía durante la transición entre unas autoridades y otras, o en el marco de los combates en el que caso de que se diese tal

¹⁰⁸⁴ AGMAV, C. 2584, 5. Operaciones sobre Madrid, “Bando de Mola decretando el estado de guerra en Madrid”, sin fecha.

¹⁰⁸⁵ Véase Alejandro PÉREZ-OLIVARES: op. cit., pp. 66-71.

eventualidad, pero como ya veíamos en ocasiones anteriores el lenguaje constituía un arma de doble filo fundamental dentro del aparato punitivo construido por los rebeldes.

La principal novedad que incorporaba esta primera orden del 4 de noviembre fue la inclusión de referencias mucho más concretas a las conductas que podían ser objeto de incoación de expedientes penales, que esencialmente, aunque no solo, tenían que ver con la cuestión de los saqueos. Aparte de un nuevo recordatorio relativo al tema de las incautaciones, similar al que veíamos en la directiva del 27 de octubre, se regulaban de forma precisa las entradas en las casas y los registros para evitar convertirlos en un pretexto mediante el que saquear las propiedades de aquellos considerados como potenciales sospechosos, que como veíamos en las categorías empleadas por el bando de Mola podía ser casi cualquier persona. De este modo, se apuntaba que las fuerzas encargadas de la ocupación y el mantenimiento del orden público «guardarán y harán guardar el respeto más absoluto para las casas, muebles, enseres y documentos que deberán quedar siempre en el mismo estado, lugar y forma en que se encuentren a la llegada», al tiempo que «Los encargados de efectuar los registros, los llevarán a efecto sin destrozar muebles ni enseres», lo cual introducía un considerable salto cualitativo en la permisividad que se tenía con el comportamiento de los soldados. Además, y de forma ya mucho más concreta si cabía, se señalaba que «Deberán evitarse robos, saqueos, traslados de muebles y objetos e incautaciones, que no sean las previamente ordenadas por las autoridades militares». Desde luego, todas estas disposiciones bien podían estar relacionadas con la voluntad de evitar la proliferación de desmanes tras la entrada en la ciudad, que evidentemente constituyen una cuestión transversal a todo conflicto armado.¹⁰⁸⁶ Pero, sobre todo, reflejaban que las prácticas hasta ese momento habían discurrido por una vía de tolerancia a los saqueos, de nula consideración hacia el civil o sus propiedades, y de una cuasi absoluta carta blanca de la que habían disfrutado las tropas, todo lo cual no podía repetirse en un entorno de la relevancia de Madrid. De hecho, para asegurar este último punto se introducían dos párrafos que apelaban directamente a los propios combatientes, conminándoles a que diesen un buen trato a la población en todo momento: «Las fuerzas se comportarán siempre con la mayor corrección con toda clase de personas, no reñida esta con la máxima energía y rigor que ha de desplegarse, pero sin malos modos, ni malos tratos de palabra y obra». Lo cual, precisamente, volvía a poner de manifiesto la contención de la violencia bélica no se trasladaba, en ningún caso, a una reconsideración de los procesos depurativos, o al empleo de esa violencia, no ya de forma preventiva como hasta entonces, sino en caso de necesidad. Pero para que ese cambio se pudiera operar efectivamente debía existir una obediencia incondicional de la tropa hacia sus mandos, lo que precisamente reconocía la difícil tarea que iban a tener los oficiales a la hora de implementar unos nuevos códigos de conducta entre unos subordinados a los que se había dejado actuar con la mayor impunidad y que, consecuentemente, habían interiorizado esas prácticas como consustanciales a su propia condición de soldados de la Cruzada: «La disciplina

¹⁰⁸⁶ Véanse Peter M. R. STIRK: *The Politics of Military Occupation*, Edimburgo, Edinburgh University Press, 2009; e Íd.: *A History of Military Occupatio from 1792 to 1914*, Edimburgo, Edinburgh University Press, 2016.

será absoluta, tanto en lo que se relaciona con sus mandos naturales como con los demás Jefes del Ejército». ¹⁰⁸⁷

Si el lenguaje veíamos que era un instrumento de una importancia crucial para la definición de nuevas realidades en el marco del proyecto constructivo del fascismo español, su selección y utilización intencionada en la segunda de las directivas de noviembre de 1936 ponía de manifiesto otra de esas realidades: que la violencia había dejado de tener, por el momento, un papel central en el comportamiento de las fuerzas sobre el terreno. El uso de expresiones como «clara y terminante», «el mayor rigor» o «el más exacto cumplimiento» evidenciaba ese cambio de paradigma, es decir, la transición hacia un modo de hacer la guerra que ya no se guiaba por la eliminación sistemática y brutal del enemigo. De este modo, las instrucciones, firmadas por el general del EM del CGG Francisco Martín Moreno, profundizaban específicamente en cómo debían actuar las tropas al entrar en Madrid, y qué comportamientos había que evitar a toda costa. El objetivo, por ende, era «que a todas las fuerzas y milicias auxiliares que tomen parte en la acción se les prevenga en forma clara y terminante el régimen de disciplina y buen orden que ha de presidir en estas operaciones». En este sentido, la introducción de la expresión “clara y terminante” reflejaba que se iba a tener un especial cuidado en que esa “disciplina y buen orden” se respetasen de forma estricta, al tiempo que demostraba que la breve referencia a la contención en la directiva de agosto de Queipo de Llano no era sino simple retórica, sin que existiese una intención real de ponerla en práctica. De hecho, estas instrucciones de noviembre incidían en una cuestión muy relevante, no tanto para el contexto de la batalla de Madrid debido a que no se tomó la ciudad y no se pudieron poner en práctica, pero sí a partir de marzo de 1938 cuando se fueron ocupando amplias porciones de terreno en el marco de la ofensiva de Aragón. Unas de las lógicas detrás de esa idea de contención que articulaba la nueva forma de actuar de las tropas, destinada por ende a «evitar abusos y desmanes», residía en la necesidad de evitar el «descrédito del movimiento nacional y de las fuerzas o milicias que los cometieren». El ejército ya no era, única y simplemente, un instrumento de castigo y de terror, sino que se buscaba dotarle de una nueva imagen, así como al propio proyecto de los rebeldes, que tenía que ver con la idoneidad de ampliar los apoyos sociales de los que disfrutaba hasta ese momento. Un objetivo impensable si se aplicaba una política punitiva sobre Madrid al nivel de las que se habían implementado en los meses anteriores. Por este motivo, se apuntaba que aquellos que no acatasen estas órdenes serían «castigados con el mayor rigor», unas penas que, en lo tocante a la violencia, no habían hecho acto de presencia hasta la fecha.

Por otro lado, otra de las prácticas habituales de las fuerzas insurgentes, como era el fusilamiento de prisioneros de guerra, se intentaba igualmente paliar a través su prohibición explícita. Se apuntaba que muchos de los milicianos que defendían Madrid lo hacían obligados «ante las amenazas y ejecución de los que se niegan», en una traslación del discurso propagandístico que resultaba ciertamente sorprendente afirmada en esos términos tan rotundos. En todo caso, la instrucción señalaba que con estos individuos «la guerra tiene que ser caballerosa y noble y si se rinden, acogerles con la generosidad que

¹⁰⁸⁷ Esta primera directiva de noviembre en AGMAV, C. 2584, 49. Operaciones sobre Madrid, “Instrucciones para os servicios de orden y policía en Madrid”, noviembre de 1936.

es natural en nuestras tropas, que en estos casos es necesario extremar». Independientemente de que los argumentos que esgrimiesen para evitar su ejecución una vez capturados, la consigna habitual hasta la batalla de Madrid había sido el fusilamiento de los prisioneros de guerra, tal y como veíamos en los ejemplos explícitos que figuraban en los partes de operaciones y en los testimonios de los propios combatientes, pero también en los informes de bajas en los combates que arrojaban, en un patrón que se repetía constantemente, cifras desproporcionadas en uno y otro bando. Por ello, esa apelación a la “generosidad” que era “necesario extremar” constituía un cambio radical en las políticas de violencia bélica, evidenciando de este modo el contraste con el *modus operandi* que había caracterizado el modo de hacer la guerra de las columnas en el verano y principio del otoño, y al mismo tiempo con las prácticas que seguían funcionando en otros frentes como luego veremos. El objetivo implícito, nuevamente, era incentivar a los combatientes republicanos a no resistir, intentando evitar que una violencia desmedida les dejase pocas opciones más que seguir luchando hasta el final, lo que convertiría la ocupación de Madrid en una carnicería de la que se intentaba huir por todos los medios. Es decir, que la adaptación a la particular contingencia de la batalla por la capital ejercía como mecanismo modulador de dicha violencia, en este caso con una clara voluntad de contención.

Sin embargo, eso no significaba que se abandonase el recurso a la violencia expeditiva como instrumento de guerra. Por un lado, se autorizaba su uso contra «Los puntos de más fuerte resistencia [que] revelarán la presencia de los directivos y verdaderos rojos, así como la de los extranjeros que voluntariamente han accedido a su ayuda». En este caso, se debía proceder con «energía y fortaleza para destruirlos y evitar su huida», lo que indicaba que ese esquema de guerra de alta destrucción se podía seguir empleando en los casos en que fuese necesario, al tiempo que evidenciaba que las políticas de contención y evitación de ejecuciones dirigidas hacia los soldados rasos republicanos no tenían contrapartida en lo referente a sus líderes o a los brigadistas internacionales. “Destruirlos y evitar su huida” no era sino un sinónimo de que no se daría cuartel a estos individuos. De hecho, esta idea de un uso más selectivo de la violencia quedaba refrendada en lo tocante a los edificios propiedad de las organizaciones sindicales y políticas republicanas, los cuales había que respetar «mientras las necesidades de la guerra no impongan su destrucción». En líneas generales, lo que las disposiciones dibujaban era un nuevo escenario en el uso de la violencia como arma de guerra, pero también como instrumento de construcción del proyecto fascista. Las referencias a su uso en situaciones puntuales donde podía ser empleada sin restricciones, así como los marcos que veíamos se construyeron para poder encuadrar los procesos depurativos que la ciudad invariablemente sufriría, ponían de manifiesto que esta reorientación pragmática no significaba, en absoluto, una reconsideración en términos globales de la represión. Pero sí implicaba un cambio importante en su naturaleza, pues ya no se aplicaría de modo preventivo, sino en reacción a contingencias específicas que quedaban bastante perfiladas en las instrucciones de ocupación. Esa falta de proactividad respondía, consecuentemente, a las particularidades del escenario madrileño en base a los factores que mencionaba anteriormente, donde no era necesario infundir un terror generalizado en una población y unos combatientes que tenían mucho más difícil escapar y, por tanto, resistirían hasta el final, atrayendo la atención internacio-

nal y poniendo en riesgo una rápida terminación de la guerra. No obstante, el mantenimiento de los mecanismos de violencia expeditiva y de amplio alcance dentro de los catálogos bélico y depurativo del bando rebelde resaltaba cómo, pese a esa reorientación pragmática, la coherencia entre las dimensiones militar e ideológica seguía estando perfectamente vigente.

Este nuevo marco de actuación comprendía también otras prácticas que habían constituido la normalidad del avance de las columnas insurgentes, lo que precisamente permitía refrendar, por boca de los propios militares, su recurrencia en las semanas y meses previos. En este caso, la directiva incluía una referencia muy clara a la violencia sexual, es decir, a las violaciones sistemáticas que se producían cada vez que las unidades rebeldes entraban en una localidad, hubiese habido o no resistencia. Así, se apuntaba que la ocupación de la capital tenía que ser «un ejemplo de disciplina y organización guardando el mayor respeto a las mujeres y niños y alejando de la mente del soldado toda idea de racia [sic] o de lucro en pugna con el buen espíritu de nuestras fuerzas». Lo elocuente y explícito de la mención a las mujeres y los niños como objeto de esas ideas de “racia y lucro”, es decir, como destinatarios de la violencia desplegada por los combatientes, demostraba que, al menos las primeras, se habían convertido en objetivos específicos y predilectos de los excesos cometidos por las columnas, hasta el punto que era necesario abordarlas como sujetos particulares y diferenciados de la orden general que la primera de las directivas de noviembre daba en lo referente al buen trato que se debía dispensar a los habitantes de Madrid. Además, no solo se apelaba a los combatientes sino también a sus mandos, que en caso de excesos compartían la culpa con sus subordinados: «Las tropas han de estar siempre en la mano de sus Oficiales [sic] y estos ser responsables de cuanto sus soldados cometan». De esta forma, se admitía el papel que jugaban estos oficiales en los desmanes de sus unidades debido a su política de tolerancia hacia el comportamiento de los combatientes. Por ello, se les “incentivaba” a hacer valer su autoridad, algo que sobre el papel podía parecer una simple aplicación de la jerarquía militar pero que sobre el terreno estaba definido por lógicas particulares a las que era necesario también atender. Esta cuestión, de hecho, era también extensible a otros aspectos del combate y de la vida del soldado. Respecto a lo primero, se indicaba que se debía implementar una férrea disciplina de fuegos para evitar que en un entorno urbano como el madrileño se produjesen situaciones confusas con múltiples unidades disparando sin justificación y sin un objetivo concreto en respuesta a amenazas percibidas y derivadas de la densidad del escenario, lo cual podía entrañar el riesgo de que la violencia se descontrolase y fuese aplicada de forma indiscriminada, sobre todo teniendo en cuenta las experiencias vividas en un territorio hostil como el descrito en el capítulo anterior por no pocas de las unidades que participaban en la operación. Y en referencia a lo segundo, se ordenaba que se debía imponer «una vigilancia estrechísima» sobre el consumo de prostitución por parte de los soldados, ya que «En Madrid existen una cantidad crecidísima de mujeres de mal vivir en un estado sanitario desastroso, que han sido la causa de millares de enfermedades entre los soldados rojos», al menos hasta que estas pasasen los pertinentes controles sanitarios.

En definitiva, lo que se buscaba con este tipo de medidas, tanto las que específicamente abordaban la violencia de guerra, los potenciales excesos y los desmanes, como las que trataban cuestiones complementarias, caso de las prostitutas, era articular un

nuevo marco normativo y conductual mediante el cual redefinir las prácticas bélicas del ejército sublevado. Las primeras incidiendo directamente en la cuestión que más preocupaba a los dirigentes rebeldes, y las segundas, además de por cuestiones prácticas como el hecho de no perder a una parte sustancial de los efectivos disponibles debido a enfermedades de transmisión sexual, contribuyendo indirectamente a generar situaciones en las que los oficiales pudieran ejercer su autoridad sobre la tropa, algo imprescindible si se quería garantizar un mínimo acatamiento de las directivas. Sin ir más lejos, se implicaba «a todos los escalones del Mando [en] el más exacto cumplimiento de estas instrucciones», al tiempo que se ordenaba una difusión generalizada, es decir, que fuesen «leídas y comentadas a todas las fuerzas y milicias», una incidencia en que todos los combatientes conociesen su contenido y las sanciones a las que se enfrentaban en caso de desobedecer las órdenes que subrayaba la relevancia del nuevo paradigma de ocupación dentro los planes del bando sublevado.¹⁰⁸⁸ De este modo, las órdenes respondían a un escenario muy particular en el que la destrucción brutal y la violencia indiscriminada que habían aplicado las columnas en su avance hasta Madrid resultaban ineficientes y contraproducentes si lo que se quería era evitar una cruenta batalla que enfangase y retrasase lo que debía ser la victoria final sobre la República, y que además pudiese potencialmente conllevar unas repercusiones internacionales de inciertas consecuencias. Lo que no se podía permitir, bajo ningún concepto, era un nuevo Almedralejo o una nueva Badajoz, con ejecuciones masivas de combatientes y civiles, violaciones sistemáticas y la destrucción o el incendio de parte de Madrid. La depuración, como correspondía a la naturaleza del proyecto que los rebeldes querían construir tras la guerra, se implementaría en profundidad una vez ocupada la ciudad, pero sus formas externas habían de ser mucho más sutiles.

En cualquier caso, el asalto a Madrid fracasó y todo este escenario de contención de la violencia y modificación del modo rebelde de hacer la guerra quedó postergado. De hecho, las medidas incluidas en las directivas de ocupación de la capital no tuvieron una aparente traslación en las prácticas bélicas de las unidades sublevadas en otros frentes, porque precisamente los objetivos y contextos eran netamente diferentes. Por ejemplo, el día 2 de noviembre de 1936 se produjo una «operación de limpieza» en el municipio de «Sauceda de Cortes» (La Sauceda, situado en la Serranía de Ronda, Málaga) contra una agrupación compuesta por un total de unos mil huidos armados, según el parte de operaciones del Ejército del Sur. La zona, aparentemente, era un punto frecuente de concentración de aquellos individuos que iban escapando de las purgas rebeldes en las provincias de Cádiz, Málaga y Sevilla, llegando incluso a ser bombardeada por la Legión Cóndor durante el otoño.¹⁰⁸⁹ La operación arrojó un saldo de 50 muertos republicanos por ninguno en las filas insurgentes, así como tampoco heridos, un patrón que recuerda perfectamente a los vistos durante el avance de las columnas hacia Madrid. Igualmente, diez días después, el 12 de noviembre, tuvo lugar otro episodio similar en el pueblo de Los Blázquez, en la frontera entre Andalucía y Extremadura, en el que las fuerzas republicanas tuvieron 30 muertos y las sublevadas 5, a los que habría que añadir 6 heridos, que si bien equilibraba algo más balanza seguía ofreciendo una ratio de 1 insurgente muerto por cada 6

¹⁰⁸⁸ La segunda directiva de noviembre en AGMAV, C. 2538, L. 321, 6. CGG, EM, Instrucciones, “Las que deberían observarse por nuestras tropas al ocupar Madrid”, noviembre de 1936.

¹⁰⁸⁹ Véase el documental *La Sauceda: de la utopía al horror* (Juan Miguel León Moriche, 2013).

milicianos o guerrilleros abatidos.¹⁰⁹⁰ Es decir, que el escenario al que se tuvo que adaptar el ejército rebelde en Madrid no era el mismo que el que permanecía vigente en otras zonas, como por ejemplo Andalucía, en las que las masacres o las destrucciones indiscriminadas apenas tenían repercusión, si es que llegaban a alcanzar alguna. Consecuentemente, las medidas a imponer en cada uno de estos contextos variaban radicalmente, siendo ineficiente, para los objetivos pretendidos, aplicar una política de contención en las tareas de “limpieza” del Sur peninsular.

Tras la derrota sufrida a las puertas de Madrid, los objetivos y necesidades de las fuerzas rebeldes habían cambiado sustancialmente. En la medida en que no se iba a entrar en la capital y, por tanto, había que prepararse para una guerra larga, resultaba inútil renunciar a la violencia como arma de guerra, si bien es cierto que tampoco se volvió de forma generalizada a ese nivel de máximos que esta había adquirido entre julio y noviembre de 1936. Dos elementos permiten explicar esa ligera modificación: por un lado, ya no existía un marco de urgencia, concentrado en un contexto geográfico específico, por alcanzar un objetivo en el menor tiempo posible, lo cual, sumado a la inestabilidad en la retaguardia, había constituido uno de los motores del esquema bélico implementado por los insurgentes. Por otro, las políticas de fomento de la desertión entre las filas republicanas y la apertura de canales para la reeducación y reciclaje de combatientes enemigos que se comenzaron a diseñar a partir de finales de 1936 se contraponían con un empleo indiscriminado de la violencia, al menos contra los prisioneros de guerra. Aunque, como veremos, las inherentes contradicciones entre los instrumentos coercitivos y de consenso empleados por el ejército impidieron una efectiva puesta en práctica de esta cuestión, pues se continuó ejecutando a combatientes republicanos en los frentes. En cualquier caso, la violencia bélica perdió sistematicidad y adquirió un carácter más contingente, pero al mismo tiempo recuperó la naturaleza preventiva y proactiva que había perdido entre finales de octubre y finales de noviembre de 1936.¹⁰⁹¹ Así, los episodios que veíamos en La Saucedá y Los Blázquez constituían de nuevo la norma, sobre todo en lo que a la violencia contraguerrillera en las retaguardias se refiere, evidenciando que la guerra fascista había vuelto a situarse el centro de las políticas bélicas del bando rebelde –de hecho, como decía antes, en la mayoría de frentes no se había visto influenciada por los planes proyectados para Madrid. Ambos casos presentaban un patrón que se fue reproduciendo hasta marzo de 1938, si bien no con la recurrencia que había tenido en el verano de 1936. Una cuestión que, al mismo tiempo, permite definir la naturaleza adaptativa y contingente de este tipo de *warfare*.

Entre diciembre de 1936 y abril de 1937 se publicaron tres directivas que ayudaron a conformar los nuevos marcos conductuales y de despliegue de la violencia de las tropas sobre el terreno, toda vez que las órdenes emitidas en el contexto de la batalla de Madrid quedaron olvidadas dado ese cambio de dinámica que había sufrido la guerra. En este sentido, si bien es cierto que las nuevas instrucciones incluyeron referencias más precisas y definidas sobre los comportamientos que habían de prohibirse y que no se debían volver a repetir, también lo es que esencialmente tuvieron por objetivo preparar al ejército para

¹⁰⁹⁰ AGMAV, C. 2581, 164. Ejército del Sur, “Boletines y partes de información”, noviembre de 1936.

¹⁰⁹¹ María Rosa DE MADARIAGA: op. cit., p. 239. Javier RODRIGO: *Hasta la raíz...*, p. 95.

una contienda formal y total como la que se avecinaba, y en ningún momento traslucieron una voluntad de contener de forma efectiva la violencia. Es decir que, como apuntaba, la violencia volvió a recuperar su papel como arma de guerra fundamental dentro de las prácticas bélicas del bando rebelde. Sin embargo, las unidades militares no podían ser ya, simplemente, un instrumento de eliminación física y conquista a sangre y fuego, sino que debían contribuir, junto con otros elementos del incipiente aparato estatal que se estaba erigiendo, a la organización y encuadramiento de la retaguardia.¹⁰⁹² Si la guerra había de ser total, era imprescindible concentrar todas las energías en maximizar la capacidad contributiva del esfuerzo de guerra, algo en lo que el ejército, erigido en la maquinaria de control más importante de la España insurgente, había de jugar un papel fundamental. No se trataba, por ende, simplemente de ocupar, sino que había además que organizar y construir un entramado capaz de aprovechar todos los recursos disponibles para el frente, lo que necesariamente había de modificar el modo de hacer la guerra que desplegaron las tropas en el campo de batalla y en las ocupaciones de nuevos territorios.¹⁰⁹³

La primera de esas nuevas directivas fue publicada a finales de diciembre de 1936 y, en buena medida, resultó la más restrictiva de las tres en cuanto a permisividad y tolerancia hacia la violencia bélica se refiere. De forma novedosa, prohibía la entrada de todas las fuerzas de las columnas –calificativo para referirse a las unidades que, dicho sea de paso, evidenciaba toda vía ese carácter embrionario de la transición hacia una guerra formal– en las localidades que se fuesen conquistando, ordenando que solo lo hiciesen las indispensables. El resto había de esperar hasta la organización por sectores del pueblo en cuestión, ya que a cada unidad se le asignaba una de estas áreas para su acantonamiento. En este sentido, los enclaves recién tomados eran sometidos a la jurisdicción castrense desde el primer momento y hasta que las tropas los abandonaban, siendo estructurados como una comandancia militar que tenía un responsable nombrado por el jefe de la columna. Esta cuestión, desde luego, no suponía un gran salto cualitativo en el modo en que se organizaban internamente las unidades, ya que como no podía ser de otra forma estas estuvieron sujetas a la autoridad militar desde el inicio del conflicto. Empero, la voluntad de erigir una estructura de control definida incluso antes de que las unidades pudiesen entrar en los enclaves, para lo cual tenían que esperar en las inmediaciones, evidenciaba las nuevas necesidades a las que tenía que atender el ejército. Por un lado, permitía que las tropas pudiesen permanecer estacionadas en una localidad durante un periodo de tiempo más largo de lo que había sido habitual hasta ese momento y en función de los requerimientos de las operaciones o el frente, al no existir ya esa premura por continuar la marcha y conquistas cuantos más pueblos fuese posible. Y, por otro y más fundamental,

¹⁰⁹² Gutmaro GÓMEZ BRAVO y Jorge MARCO: *La obra del miedo. Violencia y sociedad en la España franquista (1936-1950)*, Barcelona, Península, 2011.

¹⁰⁹³ Alejandro PÉREZ-OLIVARES: op. cit., p. 76. Esta necesidad de conquistar y organizar como nuevo paradigma de las políticas de ocupación rebeldes quedó evidenciada en las normas que, a este respecto, se dictaron a finales de 1937 en referencia a las ciudades de Madrid, Barcelona y Valencia. De hecho, no hay que olvidar que el CGG había proyectado una inminente ofensiva sobre la capital que podría suponer una nueva oportunidad para terminar con la guerra. En este sentido, las normas a las que me refiero fueron emitidas el 16 de diciembre, cuando acababa de comenzar el ataque republicano sobre Teruel y la ciudad aún no estaba cercada, lo que ciertamente refrenda esa creencia de que la ofensiva sobre Madrid se pensaba como decisiva. Véase AGMAV, C. 2584, 4. “Plan de orden y policía para Madrid, Barcelona y Valencia”, diciembre de 1937.

contribuía a crear un ambiente de orden y control que era necesario para evitar que se produjesen desmanes indiscriminados y a criterio de los propios combatientes, como sucedió en el avance de las columnas hacia Madrid.

De hecho, esa organización por sectores, derivada de la estructura de control militar temporal que se iba erigiendo en los diferentes pueblos ocupados, definía las funciones y asignaciones de cada unidad respecto a tareas esenciales como eran los registros en viviendas, las requisas y las incautaciones. Como se especificaba muy claramente en la directiva, quedaban «terminantemente prohibidos los registros domiciliarios por la tropa, aun en las casas de personas marxistas», una cuestión de la que, como ya se ordenó en Madrid, se hacía responsables directos a los oficiales al mando. Eso no significaba que no se fuesen a implementar este tipo de mecanismos depurativos y de control, sino que se haría de una forma más organizada, y no a través de una suerte de esquema “salvaje” que creaba un marco idóneo para que las tropas cometiesen ejecuciones extrajudiciales, violaciones, saqueos y todo tipo de excesos. A partir de ahora, los registros, que habrían de hacerse previa autorización de un superior, eran planificados por los distintos jefes de las unidades en los sectores en que estas estaban acantonadas, al tiempo que se debían llevar a cabo «con todo cuidado a fin de no ocasionar destrozos en los muebles, ropas y enseres, y no proporcionar a sus propietarios más perjuicios de los ya sufridos con la dominación marxista». Esta disposición, que no era sino una traslación de una parte de las órdenes dadas durante la batalla de Madrid, escondía sin embargo una nueva trampa lingüística al referirse a la evitación de más perjuicios a las personas que habían vivido bajo “la dominación marxista”, lo que esencialmente excluía a todos aquellos que fuesen etiquetados como izquierdistas, que quedaban al margen de esta pretendida medida que se debía aplicar en los registros. Es decir, que la directiva apelaba a la contención, pero solo contra determinados grupos e individuos, dejando por tanto un amplio margen de desarrollo para los procesos depurativos que había que seguir implementado para la conformación de la comunidad nacional. Finalmente, evidenciando el otro gran objetivo del nuevo marco normativo, se indicaba que había que «concentrar en locales habilitados los víveres, armamento y municiones encontrados en la localidad», lo que apuntaba claramente a ese aprovechamiento de todos los recursos disponibles para el esfuerzo de guerra, en el marco del proceso constructivo del ejército de masas.¹⁰⁹⁴

La segunda de las directivas se publicó un mes después, el 28 de enero de 1937, y nuevamente tenía como principal asunto el respeto a la propiedad privada en las localidades que fuesen siendo ocupadas por el ejército rebelde, algo que quedaba subrayado desde el principio de la misma: «Es la disciplina la base primordial de un Ejército y debe resplandecer en todas sus formas, siendo una de ellas la de rendir culto al respeto de la propiedad, mueble e inmueble y la de ayudar a que se respete». La referencia a la disciplina como principio articulador de la organización castrense tenía que ver con la necesidad de seguir conformando ese ambiente de autoridad necesario para poder modificar, aunque fuese ligeramente, ciertas prácticas bélicas implementadas las tropas, en la medida en que

¹⁰⁹⁴ AGMAV, C. 2580, 46. Ejército del Sur, “Instrucciones para la entrada en los pueblos”, diciembre de 1936.

algunas de las que habían sido toleradas iban quedando ahora prohibidas, e incluso perseguidas penalmente. Sin embargo, la directiva incluía de nuevo una serie de formulaciones que toleraban explícitamente ciertas violencias a baja escala relacionadas con la propiedad privada y los saqueos, que resultaban difíciles de eliminar de la cotidianidad de los combatientes rebeldes, y que en buena medida tampoco se querían evitar. En este sentido, se evidenciaba esa función de la violencia como arma de guerra y castigo, pero también como instrumento para mantener la moral y la cohesión de las tropas. Resulta poco plausible pensar que imponer una modificación radical del marco conductual no fuese a tener un impacto significativo sobre el estado anímico de los combatientes, lo que implicaba la necesidad de prestar atención a las dinámicas de violencia generadas al nivel de la trinchera y a su relación con la voluntad combativa de las tropas. No obstante, si tenemos en cuenta lo que sucedió posteriormente en el marco de la ofensiva de Aragón, esta inclusión de, por así decirlo, la “perspectiva combatiente” no fue tanto una decisión consciente y deliberada sino un derivado, ciertamente útil, de la propia concepción de la violencia como instrumento bélico y político de primer orden.

Más concretamente, la directiva justificaba el empleo que los soldados hacían de las viviendas, los enseres y los víveres de los distintos pueblos por «Las circunstancias anormales de la guerra, producidas principalmente por la evacuación forzosa de las poblaciones impuesta a sus habitantes por el enemigo», que creaba la «necesidad de utilizar en las poblaciones abandonadas elementos indispensables para la vida de campaña». Esto no suponía, en ningún caso, la permisividad hacia el saqueo indiscriminado de estos “elementos indispensables”, no al menos sobre el papel, ya que se advertía ante «un uso indebido y abusivo de los mismos» y se hacía a los oficiales responsables tanto de la conducta de sus hombres como del mantenimiento del «respeto que se debe al nombre de España y al Ejército», lo que introducía un nuevo aliciente, de honor militar, para que estos hiciesen cumplir las órdenes dadas. Pero al culpabilizar al enemigo republicano de los robos cometidos por la tropa y justificarlos sobre la base de la necesidad militar, que si bien era un hecho cierto daba pie a excederse más de lo estrictamente imprescindible, se abría la puerta a la continuación de este tipo de actos, toda vez que no degenerasen en desmanes indiscriminados que, por un lado, tuviesen un efecto contraproducente en la eficiencia de las unidades y el esfuerzo de guerra y, por otro, perjudicasen la función de ampliación de los apoyos sociales a la sublevación que tenía el ejército. Además, no se incluía ninguna referencia explícita a las propiedades de personas izquierdistas, lo que sumado al modo en que se planteaba esta cuestión en la directiva anterior sugería que determinados grupos estaban exentos de esta contención, siempre y cuando eso no fuese en contra del propio aprovechamiento de los recursos que debían hacer las unidades, dado el marco de precariedad en el que se movieron durante todo el conflicto, y especialmente en esta fase inicial de la guerra total. De este modo, la directiva desarrollaba toda una serie de medidas similares a las que veíamos, como la evitación de destrucciones en los edificios y enseres que se registrasen, la necesidad de disponer de autorización para llevar a cabo estas acciones, la persecución de aquellos que causasen daños o cometiesen excesos o la importancia de que estas órdenes fuesen implementadas en todos los frentes. Y, al mismo tiempo, buscaba incidir en la necesidad de que los mandos se involucrasen en la creación de un mínimo marco de autoridad para las tropas, mediante la amenaza de que

serían castigados del mismo modo que sus subordinados: «estoy dispuesto a sancionar severamente a los infractores y a los que por negligencia y falta de interés den lugar a que se cometan abusos que pongan en evidencia el nombre del Ejército y de los altos ideales que defendemos».¹⁰⁹⁵

La última de estas tres directivas a las que aludía no constituía una instrucción general como tal, sino una orden enviada por el CGG el 28 de marzo, vía telegrama postal, a las diferentes GGUU y regiones militares, referente al modo en que estaban reglamentadas y se realizaban las requisas. En este sentido, su funcionalidad pragmática era más que evidente, pues lo que se buscaba era «normalizar la requisita efectuada de coches, camiones y motocicletas, venir en conocimiento de las verdaderas necesidades y distribuir las existencias en forma más conveniente, para el servicio militar y para el interés general». Es decir, fiscalizar en la medida de lo posible todos los recursos que pudieran ser útiles para el ejército, y por ende para el esfuerzo bélico, evitando así que cayesen en manos de otros organismos, sobre todo en referencia a las milicias, o que fuesen objeto de destrucción o saqueo en el marco de la ocupación de pueblos y ciudades. Por ello, se ordenaba que «Todos los Cuarteles Generales, Gobiernos Militares, Comandancias, Cuerpos, Dependencias, Servicios, así como todas las entidades militares o civiles» confeccionasen una lista de los vehículos que tenían en servicio, indicando cuándo les habían sido asignados y por parte de qué autoridad. Esta orden planteaba dos cuestiones fundamentales. Por una parte, buscaba sacar a la luz todos aquellos vehículos que hubieran sido incautados ilegalmente, para que de este modo pasasen a estar bajo el control del ejército y pudiesen ser usados para paliar la precariedad endémica de la que este adoleció, como veíamos en la primera parte, durante toda la guerra. Pero, por otro lado, evidenciaba el fracaso de las instrucciones emitidas a finales de agosto de 1936 por la Jefatura de Transportes Militares de Burgos, y que antes mencionaba de pasada. En estas últimas, se decretaba que ninguna persona o entidad ajena a dicha Jefatura tenía la facultad de requisar vehículos, prohibiéndose este tipo de actos salvo, y aquí quizá radicó el problema, para «casos de reconocida urgencia en bien del servicio o del Movimiento Nacional, quedando reducida en este caso la incautación al tiempo estrictamente [sic] necesario para desempeñar el cometido». En buena medida, unas milicias deseosas de construir sus propias parcelas de poder en el marco de un incierto panorama político pudieron aprovechar esta pequeña laguna jurídica para apropiarse de un material esencial con el que abastecer a sus fuerzas. O tal vez simplemente incumplieron deliberadamente la orden a sabiendas de las dificultades que un poder militar en fase de construcción y organización tenía para implementar sus propias directivas. Sea como fuere, lo que está claro es que a finales de marzo de 1937 las requisas seguían produciéndose al margen de la ley, lo que dejaba todo un conjunto de recursos y materiales importantísimos fuera del control del ejército, algo que era imperativo solucionar en el marco de una guerra total que se libraba con menos

¹⁰⁹⁵ AGMAV, C. 1392, 15. I CE, “Instrucciones para los Jefes de las Columnas, fuerzas de la Guardia Civil del territorio ocupado y de acompañamiento de las Columnas”, enero de 1937.

medios, personal y capacidades de las que los efectivos puestos sobre el terreno requerían.¹⁰⁹⁶

La explicación que ofrecía esta última orden del CGG para justificar la apropiación de los vehículos que hubieran sido requisados ilegalmente constituía un ejemplo muy claro del propósito con la que fue diseñado el nuevo marco normativo construido tras el fracaso del asalto a Madrid. Este no tenía que ver con una restricción de la violencia ni con la aplicación de mecanismos de contención en los procesos depurativos de la anti-España que se iban implementado conforme avanzaban las unidades rebeldes. Como se desprende de las tres directivas analizadas, de lo que se trataba era de organizar las fuerzas armadas y la retaguardia rebeldes para una guerra total de larga duración. En este sentido, la violencia indiscriminada y la destrucción absoluta aplicada en la ocupación de pueblos y ciudades entre julio y principios de octubre de 1936 era contraproducente para los objetivos que se habían de perseguir en el nuevo escenario bélico. El respeto a la propiedad y la prohibición, no demasiado laxa como veíamos, de que los soldados saqueasen las viviendas de la población civil o cualquier otro tipo de edificio respondía a la necesidad de obtener el máximo rendimiento posible de los recursos que el enemigo iba dejando atrás, como comida, animales, vehículos, los propios edificios en sí e incluso objetos de valor que pudieran ser vendidos de cara a conseguir ingresos con los que sufragar la guerra, tal y como ya se hacía con las colectas en retaguardia.¹⁰⁹⁷ Sin ir más lejos, las directivas de diciembre de 1936 y enero de 1937 hacían referencia explícita a esta última cuestión, la primera indicando que, dentro de los objetos a inventariar en los registros y que quedarían a disposición del comandante militar encargado de la localidad, había que incluir «dinero, alhajas y demás objetos de valor», y la segunda aludiendo a la necesidad de defender un indeterminado «tesoro nacional artístico», que con toda probabilidad apuntaba en la misma dirección que la anterior.¹⁰⁹⁸ Pero, al mismo tiempo, esa insistencia en la consideración hacia la propiedad privada incidía en la función que el ejército tenía en la ampliación de los apoyos sociales a la sublevación. La referencia expresa a que las personas y grupos sociales hacia los que iba dirigida esta cuestión eran aquellos que habían vivido bajo la “dominación roja”, excluyendo por tanto a los izquierdistas –que podían seguir siendo objeto de una depuración exhaustiva–, reflejaba esa doble dimensión coercitiva y de consenso de la que hacía gala el ejército, y que respecto a la segunda se vería seriamente afectada en caso de producirse desmanes indiscriminados e incontrolados por parte de la tropa. De hecho, en abril de 1937 el Ejército de Sur emitió una orden general en la que se prohibía la requisa de ganado, lo cual permite inferir que era una

¹⁰⁹⁶ La directiva de marzo de 1937 en AGMAV, C. 1464, 24. VI Región Militar, Requisas, “Órdenes y normas sobre las mismas”, abril de 1937. La de agosto de 1936 en AGMAV, C. 1464, 11. VI Región Militar, Requisas, “Órdenes y normas sobre las mismas”, agosto y septiembre de 1936.

¹⁰⁹⁷ Ángela CENARRO LAGUNAS: “Movilización femenina para la guerra total (1936-1939). Un ejercicio comparativo”, *Historia y política*, 16 (2006), pp. 159-182. Julio PRADA RODRÍGUEZ: “«Mujeres contra la revolución». La movilización femenina conservadora durante la Segunda República española y la Guerra Civil”, *Amnis*, 8 (2008), disponible en: <http://journals.openedition.org/amnis/599> (consultado por última vez el 15-5-2019)

¹⁰⁹⁸ AGMAV, C. 2580, 46, p. 1. Ejército del Sur, “Instrucciones para la entrada en los pueblos”, diciembre de 1936. AGMAV, C. 1392, 15, p. 3. I CE, “Instrucciones para los Jefes de las Columnas, fuerzas de la Guardia Civil del territorio ocupado y de acompañamiento de las Columnas”, enero de 1937.

práctica que las unidades ponían en marcha para paliar la escasez de transportes o, incluso, suministros.¹⁰⁹⁹ Cabe pensar las consecuencias que para el consenso que buscaba construir el bando rebelde, un consenso por otro lado crucial para la generación de un esfuerzo bélico capaz de soportar una guerra total como la de 1936-1939, tendría el hecho de que un campesino viese cómo los combatientes del ejército robaban impunemente el único medio que tenía para dar de comer a su familia. Algo que, como veremos, siguió sucediendo con no poca frecuencia a lo largo de toda la contienda.

Por otro lado, todas estas medidas tenían también una evidente dimensión política relacionada con la consolidación del ejército como el poder hegemónico en el campo rebelde. Las requisas no solo contribuían al fortalecimiento de las fuerzas armadas en lo económico o lo material, sino que consecuentemente debilitaban la capacidad militar que tenían las milicias de Falange y el Requeté. Sin ir más lejos, su progresiva fagocitación, en el plano miliar, por el ejército, y la erección de Franco como jefe del Movimiento se desarrolló entre finales de 1936 y el primer tercio de 1937, y desde luego no contó con el beneplácito de todas las facciones que conformaban estas organizaciones políticas, como evidenciaron los denominados Sucesos de Salamanca.¹¹⁰⁰ Por este motivo, restar poder a las unidades de milicias contribuía a ejercer un mayor control sobre la retaguardia ya que, si bien no parecía plausible un levantamiento militar en ningún caso, la cantidad de frentes y problemas a los que tenían que atender las fuerzas armadas insurgentes recomendaba ser lo más precavidos posibles. Al mismo tiempo, esa ofensiva contra las milicias carlistas y falangistas se explicaba también por el nuevo escenario bélico que se había abierto tras el fracaso del asalto a Madrid. Ya veíamos cómo la prohibición de requisas por parte de estos grupos fue una medida decretada en un momento tan temprano como agosto de 1938. Sin embargo, esa laguna jurídica que se había introducido en la directiva de Jefatura de Transportes Militar de Burgos respondía a la imposibilidad de ejercer un control férreo debido a la propia inestabilidad del territorio controlado por los rebeldes, que requería del mayor número de efectivos operando al mismo tiempo y, sobre todo, con una libertad de acción considerable para ir respondiendo a las contingencias que se fuesen presentando.¹¹⁰¹ Sin ir más lejos, como plantea, años después el general de infantería José Díaz de Villegas, veterano del Rif y posterior integrante de la División Azul, quizá realizando una lectura teleológica de la guerra, «Es menester, es natural, dadas las características geográficas del mapa de la guerra [en referencia al del golpe], conceder ciertas autonomías locales y regionales, pero la unificación política, en lo fundamental, era absoluta».¹¹⁰² Pero con la llegada de 1937, esas necesidades dieron paso a la obligatoriedad de construir un ejército de masas para una guerra total, lo cual pasaba ineludiblemente

¹⁰⁹⁹ AGMAV, C. 2327, L. 51, 80, p. 92. CGG, EM, “Órdenes generales del Ejército del Sur”, enero a septiembre de 1937.

¹¹⁰⁰ Joan María THOMAS: *El gran golpe: el “caso Hedilla” o cómo Franco se quedó con Falange*, Barcelona, Debate, 2014.

¹¹⁰¹ De hecho, el informe sobre las evoluciones de la guerra elaborado en marzo de 1938 por Eduardo Cañizares mencionaba explícitamente esta cuestión, al mencionar que la tipología del conflicto se habría caracterizado por «la audacia y plena función de las iniciativas subordinadas». Véase AGMAV, C. 1675, 9, p. 2. 21 DI, Organización “Evoluciones de la Guerra de España, vistas desde el Ejército del Sur”, marzo de 1938

¹¹⁰² José DÍAZ DE VILLEGAS: *Guerra de Liberación. La fuerza de la razón*, Barcelona, Editorial AHR, 1958, p. 193.

por la centralización de todo el esfuerzo bélico en una sola institución, el ejército, y por el dominio de una retaguardia que evitase unos problemas similares a los que se reprodujeron en zona republicana.¹¹⁰³

Así pues, el 4 de enero de 1937 el Ejército del Sur emitió un bando prohibiendo que las milicias requisasen cualquier tipo de material para su uso propio, toda vez que, además, se indicaba que estas se realizaban a la fuerza y haciéndolas pasar por aportaciones voluntarias. De este modo, se contribuía a ese doble objetivo de someter a estas organizaciones al poder castrense y, por otro lado, de evitar perjuicios a una población civil que, so pretexto de las necesidades bélicas, era esquilhada con total impunidad. La orden del Ejército del Sur incluía un lenguaje amable en el que no se condenaba taxativamente este comportamiento, pues «Es digno de encomio el deseo que les guía», pero que al mismo tiempo sí reafirmaba su autoridad apuntando que, a fin de cuentas, estos actos no eran más que «un despojo», y que de no ser respetadas las órdenes se incurriría en un delito penal juzgado por la jurisdicción militar.¹¹⁰⁴ De hecho, dos meses después, el 21 de marzo, Mola enviaba un telegrama al «General Jefe de la Sexta División» en el que se ordenaba la detención a la altura de Logroño de un camión perteneciente a la Junta Nacional Carlista de Guerra. Como se indicaba en el telegrama, el vehículo había sido requisado ilegalmente, lo que resultó, además del arresto de los conductores del camión, en una onerosa sanción para la institución carlista que ascendió a 25.000 pesetas. Además, se advertía ante la repetición de comportamientos similares por parte tanto esta como de cualquier otra organización que no fuese el ejército, al tiempo que se señalaba la obligatoriedad de detener el servicio de estos vehículos, ya que las milicias tampoco estaban facultadas para extender hojas de ruta.¹¹⁰⁵ Este tipo de medidas destinadas a mantener bajo control a las milicias y reprimir cualquier intento de separarse de la jerarquía impuesta por el ejército continuaron implementándose a lo largo de todo el conflicto, cuestión que vuelve a poner de manifiesto que los objetivos militares estaban, en no pocos casos, íntimamente relacionados con los políticos, y que la función del ejército no solo era ganar la guerra, sino también controlar y depurar la propia comunidad nacional a través de la vigilancia y la eventual detención de todos aquellos que no se sometiesen a su autoridad. La cual, conviene recordarlo, no tenía que ver con la puesta en marcha de un modelo de simple autoritarismo político-social, sino con la construcción de un régimen fascista.

Sin embargo, una cosa era el marco normativo definido por las diferentes instrucciones y directivas publicadas en estos primeros meses tras la batalla de Madrid, y otra muy distinta era su implementación sobre el terreno. En esta cuestión influían no solo la propia capacidad y voluntad del ejército y de sus representantes, esto es los oficiales, de

¹¹⁰³ Sir ir más lejos, casi de forma paralela a los Sucesos de Salamanca tuvieron lugar, en Cataluña, los denominados Hechos de Mayo (días 3 a 8), que consistieron en la represión de la CNT, la FAI, el POUM y otros grupos por parte del PCE, el PSUC y otras fuerzas gubernamentales. Véanse Chris EALHAM: *la lucha por Barcelona. Clase, cultura y conflicto, 1898-1937*, Madrid, Alianza, 2005; y Ferran GALLEGO: *Barcelona, mayo de 1937. La crisis del antifascismo en Cataluña*, Barcelona, Debate, 2007.

¹¹⁰⁴ AGMAV, C. 2327, L. 51, 80, p. 4. CGG, EM, «Órdenes generales del Ejército del Sur», enero a septiembre de 1937.

¹¹⁰⁵ AGMAV, C. 1457, 38. VI Región Militar, «Multas impuestas a la Junta Nacional Carlista de Guerra por requisa de vehículos», marzo de 1937.

hacer valer su autoridad, sino también las culturas y prácticas bélicas construidas por los soldados al calor de las experiencias de violencia vividas en el verano de 1936 y que, como también sucedía con la identidad combatiente, se transmitían en el seno de las unidades a través de la figura de los veteranos. Sobre todo, aunque no de forma exclusiva ni mucho menos, en las unidades que habían tenido un papel protagónico en la marcha hacia Madrid y en la depuración del Norte, como eran la Legión, Regulares y las milicias. De este modo, favorecida e instigada por ese mismo ejército, esos mismos oficiales, y las directivas militares, se había creado toda una cosmovisión bélica cuya naturaleza, por su imbricación con los propios objetivos ideológicos del bando rebelde, resultaba difícil de modificar, en un sentido de modulación de la violencia, en función de las cambiantes necesidades de la guerra. Bien es cierto que en el marco cronológico comprendido entre finales de noviembre de 1936 y marzo de 1938 esa modulación no fue sido de gran intensidad, a tenor de lo que veíamos en las directivas y de que, de nuevo, la violencia recuperó su carácter proactivo y preventivo dirigido hacia la depuración de los enemigos político-sociales. Pero algunos testimonios de combatientes y ciertos informes y expedientes militares sugieren que a pesar de existir espacios considerablemente amplios en los que las ejecuciones, los saqueos o las violaciones eran en buena medida tolerados e instigados, la conducta de algunas tropas continuó reproduciendo un esquema situado en los meses de julio a octubre de 1936. Continuidad que se evidenciaría todavía más a partir de 1938, cuando los intentos del ejército rebelde por poner freno, ahora definitivamente, a estos comportamientos hiciesen aflorar lo que no era sino un problema endémico de dimensiones muy considerables.

Un ejemplo de esto podríamos encontrarlo en una serie de delitos cometidos por fuerzas del CTV entre abril y agosto de 1937, consistentes fundamentalmente en robos de dinero y mercancías tanto de propiedad estatal como privada. El primer caso, fechado el 6 de febrero de 1937, había tenido lugar en la localidad malacitana de Colmenar, en el marco de la ofensiva lanzada por las fuerzas rebeldes y capitaneada por el CTV contra la ciudad de Málaga. Según denunciaba el cartero del pueblo, las unidades italianas habían robado varios giros postales que sumaban 435 pesetas, 3400 sellos y otros efectos de la oficina postal, pese a lo cual no se acabaron por incoar procedimientos penales contra los responsables dada la tibieza de la investigación.¹¹⁰⁶ También en febrero, los dueños de una finca situada junto al aeródromo de Armilla (Granada) en la que se alojaban los integrantes de la «4ª Brigada Legionaria Antiaérea» denunciaron el robo de objetos de valor que habían sufrido en su propiedad, tales como un cine de la marca Kodak, un gramófono, varios libros antiguos y otros enseres, que incluso habían conllevado la destrucción de algunas puertas cerradas en el interior de la vivienda. De hecho, ya desde el primer momento, a tenor del testimonio de los denunciantes, la actitud de las fuerzas italianas había sido hostil, ya que el oficial encargado de la unidad ordenó que «inmediatamente se le abriera la casa y que si presto no se hacía la abrirían sus mecánicos por la fuerza». En este caso, el saqueo de la vivienda tampoco se tradujo en responsabilidades penales, funda-

¹¹⁰⁶ AGMAV, C. 2374, L. 146, 24. CGG, EM, Denuncia, “Relativo a la denuncia del Carter de Colmenar (Málaga) sobre desaparición de giros y efectos”, mayo de 1937.

mentalmente por la actitud renuente a colaborar del CTV y el gobierno italiano, que aducían que los responsables, los cuales habían sido identificados por los propietarios en una estación de tren cercana portando los objetos robados, habían sido ya repatriados a Italia y había resultado imposible interrogarlos.¹¹⁰⁷ Dos últimos casos, fechados a finales de marzo y situados en el marco del final de las operaciones en Guadalajara y el inicio de la campaña del Norte, tenían por escenario sendas estaciones de tren, la de Alcuneza en Guadalajara y la de Salinas en Asturias, en las que los legionarios italianos habían asaltado varios vagones de mercancías, cometido importantes destrozos y amedrentado al personal que trabajaba allí. De hecho, aunque en el caso de la de Salinas parece que el CTV abonó el importe de las mercancías, Alcuneza, donde se destrozaron y quemaron los bancos y el mostrador de la estación, representa otro ejemplo de la impunidad con la que generalmente actuaron estas fuerzas, ya que no solo no se incoaron responsabilidades penales, sino que incluso la propia empresa afectada, la Compañía de los Ferrocarriles de Madrid a Zaragoza y Alicante, retiró la reclamación con la excusa de que la «documentación desapareció con motivo de los bombardeos, y ser además muy pequeños los desperfectos en la estación».¹¹⁰⁸ De hecho, todos estos desmanes llevaron al CGG a enviar un informe al CTV en el que se le recordaba la necesidad «de que insista nuevamente cerca del Mando subalterno en la necesidad de velar por la máxima compenetración entre las fuerzas legionarias y la población civil lo que sin duda se conseguirá con la sanción de los que realicen tales actos». Porque, además, el informe detallaba otros episodios semejantes a los vistos, como las amenazas por parte de combatientes italianos a comerciantes para conseguir productos de forma gratuita, el saqueo de otras viviendas en las que habían estado alojados, o incluso «el lanzamiento de bombas de mano por pura diversión desde el tren».¹¹⁰⁹

Estos actos reflejaban la dificultad de imponer un nuevo paradigma bélico sobre unos combatientes que conocían perfectamente cómo se había desarrollado la campaña a lo largo de 1936. Las fuerzas italianas habían tenido, de hecho, sus propios episodios violentos al comienzo del conflicto, como los acontecidos en el marco de la invasión republicana de Mallorca entre el 16 de agosto y el 4 de septiembre. Durante los combates por el control de la isla, el cónsul de la Milizia Arconovaldo Bonaccorsi, apodado “conde Aldo Rossi”, se distinguió, además de por sus excentricidades en el frente, por la ejecución sistemática de los prisioneros de guerra capturados, en línea con lo que sucedía en la península.¹¹¹⁰ De igual modo, la ofensiva rebelde sobre Málaga de comienzos de 1937 arrojó, como luego veremos, escenas de terror caliente y violencia indiscriminada por parte de unidades españolas bastante similares a las del verano de 1936, lo que a buen

¹¹⁰⁷ AGMAV, C. 2374, L. 146, 30. CGG, EM, Denuncia, “La presentada por los dueños de una finca que estuvo habitada por fuerzas legionarias de la 4ª Batería Anti-Aérea”, agosto de 1937.

¹¹⁰⁸ AGMAV, C. 2375, L. 147, 69. CGG, EM, Robo, “El efectuado a las 13 horas del 23-3-1937 por un soldado del Tercio Voluntario, en un vagón de mercancías, de una garrafa de ron y de una caja de botellas de aguardiente en la estación de Salinas”, abril de 1937. AGMAV, C. 2375, L. 147, 68. CGG, EM, Robos, “El efectuado en la estación de Alcuneza por fuerzas legionarias interviniendo violentamente varios vagones y sustrayendo partidas, sin que pudiese evitarlo el personal de la Estación”, abril de 1937.

¹¹⁰⁹ AGMAV, C. 2604, 22. CTV, Incidentes, “Sobre los originados por el comportamiento del personal legionario”, abril de 1937.

¹¹¹⁰ Javier RODRIGO: *La guerra fascista...*, pp. 89-90.

seguro conocieron las fuerzas del CTV que tomaron la ciudad y, dicho sea de paso, fusilaron extrajudicialmente a los italianos capturados. Sin ir más lejos, el propio Bonaccorsi tomó parte en la operación, ganándose nuevamente una fama de ejecutor de combatientes republicanos apresados en el frente. Esta violencia era considerada, en cierto modo, contraproducente por el propio Mussolini, ya que incrementaba la resistencia del enemigo y generaba mayor desafección entre la población civil.¹¹¹¹ Pero la imposibilidad de ponerle freno a los excesos evidenciaba el ambiente de tolerancia hacia dicha violencia, implementada impunemente y fuera del marco normativo construido tras la batalla de Madrid. Esa permisividad se reflejaba, por ejemplo, en el episodio de Salinas, ya que el personal de la estación denunciaba que tras haber advertido del robo a un oficial del CTV este se había limitado simplemente a tomar nota, sin adoptar otras medidas o identificar a los responsables.¹¹¹² O, igualmente, en la escasa preocupación que puso el general Ettore Bastico, comandante en jefe del CTV tras la destitución de Mario Roatta como consecuencia del fracaso en Guadalajara, en frenar los desmanes cometidos por sus tropas en el Norte, lo cual sumado a su recurrente renuencia a cooperar con el CGG le costó el puesto.¹¹¹³ Sin embargo, la tolerancia no fue solo una cuestión de Bastico, sino que como vemos constituyó un continuum de la experiencia del CTV en España, pues los casos que citaba anteriormente ocurrieron bajo el mando del propio Roatta. Ahora bien, pese a la especial fijación de la documentación consultada en estos combatientes, y no en los españoles, resulta poco plausible pensar que este tipo de actitudes se circunscribiesen únicamente al ámbito del CTV. Dicha fijación se explicaría por la facilidad y conveniencia de adjudicar los excesos, en la medida de lo posible, a las tropas extranjeras, como ya se hacía con los soldados marroquíes de Regulares. Pero esto no permitía ocultar que las unidades españolas también trasgredían, de forma habitual, el nuevo marco normativo.

Una muestra de que esa falta de atención crónica a las directivas no fue monopolio exclusivo de los soldados italianos lo encontramos en el avance de las fuerzas españolas hacia Málaga. Según un informe elaborado por el recién nombrado embajador italiano en España, Roberto Cantalupo, la participación española en la toma de la ciudad andaluza

¹¹¹¹ *Ibidem*, pp. 119-126. Véase también Peter ANDERSON: *op. cit.*, pp. 51-65. De hecho, el CGG envió una nota el día 13 de febrero al Ejército del Sur en la que prohibía que las tropas del CTV continuasen fusilando a los prisioneros que custodiaban o a los que pudieran tomar. Una orden que, por un lado, evidenciaba que 5 días después de la toma de Málaga estas prácticas seguían teniendo lugar. Y, por otro, que Franco quería ostentar el control absoluto de los procesos depurativos, ya fuese como mecanismo para el sometimiento a su autoridad de un cuerpo como el CTV, por las posibles repercusiones contrapropagandísticas que podría tener el hecho de que los italianos fuesen vistos como los que llevaban el peso de la limpieza política, o quizá simplemente por la creencia de que esa tarea correspondía a sus fuerzas, en tanto que la guerra no era sino la construcción, por la vía purgativa, de la verdadera España. Véase AGMAV, C. 2322, L. 43, 76BIS. CGG, Fusilamientos, “Orden para que no se fusile a ningún prisionero de los que tienen en su poder o puedan coger los legionarios”, febrero de 1937.

¹¹¹² AGMAV, C. 2375, L. 147, 69, p. 10. CGG, EM, Robo, “El efectuado a las 13 horas del 23-3-1937 por un soldado del Tercio Voluntario, en un vagón de mercancías, de una garrafa de ron y de una caja de botellas de aguardiente en la estación de Salinas”, abril de 1937. Cabe aquí recordar de nuevo las nulas consecuencias penales que tuvieron los cuatro hechos mencionados anteriormente, lo que dibujaba un marco de impunidad que espoleaba la comisión de desmanes.

¹¹¹³ Javier RODRIGO: *La guerra fascista...*, pp. 168-169. De hecho, la incorporación de más efectivos de los Carabinieri a las unidades del CTV, que se explicaba por las deserciones acontecidas en Guadalajara, no tuvo tampoco un especial impacto, ni siquiera de forma complementaria, en el control de los excesos, a tenor de lo que reflejan los diferentes informes militares. Sobre estos cuerpos policiales véase *Ibidem*, p. 144.

había consistido en unos 1.500 efectivos que se habrían encargado fundamentalmente de llevar a cabo tareas de «limpieza».¹¹¹⁴ Tal y como reflejaban las directivas de diciembre de 1936 y enero de 1937, las autoridades rebeldes habían restablecido plenamente las funciones depurativas, de naturaleza proactiva y preventiva, que ya tuvieran las unidades durante los primeros meses del conflicto. Sin embargo, el nivel de violencia que se desprende del testimonio del teniente médico José Aznares, que servía en uno de los tabores de Regulares implicados en la operación, excedía con mucho lo que esas directivas habían fijado. De este modo, las fuerzas de su columna, que avanzaron hacia Málaga desde el Oeste, fueron reproduciendo un esquema de guerra fascista en los distintos pueblos por los que pasaron. La primera de estas localidades fue Ardales, ocupada por las tropas rebeldes el 7 de febrero. Nada más entrar, Aznares se dirigió al hospital que los republicanos habían habilitado en el interior del pueblo, ubicado en la casa de un capitán médico «rojo», para descubrir que el enemigo se había llevado todo el material sanitario y, además, que «Los moros saquean la casa», algo que admitía no gustarle «pero que comprendo que es inevitable». Precisamente, edificios como los hospitales eran los destinatarios directos de las órdenes sobre registros y saqueos dadas en los meses anteriores. Considerando el marco de precariedad, a todos los niveles, en el que se movía el ejército rebelde, el poder aprovechar hasta el último de los materiales que dejaba atrás el enemigo se convirtió en una cuestión de máxima prioridad. Por ello, que los combatientes marroquíes hubiesen entrado a saquear la vivienda por su propia voluntad y sin que se hubiese establecido el preceptivo sistema de división por sectores era un reflejo muy elocuente de la falta de voluntad o incapacidad hacer cumplir las instrucciones sobre el terreno. De hecho, Aznares afirmaba que «Las casas están saqueadas, desde luego, *ya antes de nuestra llegada*», lo cual contradecía su frase anterior de que los republicanos no habían dejado nada en el hospital. Resultaba difícil saberlo si antes de poder comprobar tal extremo la vivienda había sido pasto del pillaje de las fuerzas de la columna. En cualquier caso, este episodio demostraba dos cuestiones importantes para entender el modo rebelde de conducir la guerra en esta fase. Por un lado, al calificar Aznares como “inevitable” el comportamiento de los regulares admitía implícitamente que estas prácticas estaban incardinadas en la particular cultura de guerra construida por las fuerzas rebeldes, y sobre todo por unidades de choque, y exterminio, como eran los tabores. Y, por otro, al no aplicarse, por parte de los mandos, el procedimiento señalado en la directiva de diciembre de 1936 y que establecía unos pasos muy detallados en la ocupación de poblaciones se evidenciaba que las prácticas bélicas seguían respondiendo a la contingencia militar, que de igual modo se imbricaba perfectamente con los objetivos depurativos del bando rebelde. En el marco del avance hacia Málaga, llevar a cabo una ocupación organizada de las localidades que se iban tomando suponía emplear demasiado tiempo. Por el contrario, entrar a sangre y fuego practicando saqueos, violaciones y ejecuciones de prisioneros de guerra era un método mucho más rápido y eficiente de avanzar, extender el terror y purgar a la anti-España. No en vano, en la propia Ardales los soldados de Regulares fusilaron a un combatiente, aparentemente de avanzada edad, que había abierto fuego sobre ellos, bajo la

¹¹¹⁴ *Ibidem*, p. 120.

consideración de que «se trata de un franco-tirador». Es decir, en aplicación de categorías definitorias del combatiente enemigo que justificaban y legitimaban su ejecución.¹¹¹⁵

La siguiente parada de la columna en la que iba encuadrado el teniente médico fue la localidad de Álora, conquistada el 8 de febrero. Al igual que había sucedido el día anterior en Ardales, «los moros han saqueado todas las casas que estaban cerradas [...] Y, por lo visto, ha habido un intento –y menos mal que no ha pasado de intento– de violación». Este último episodio, del que Aznares no ofrecía más datos, generó la respuesta del comandante de la unidad, el cual dio «órdenes severas para que nada de esto se repita». Tal vez, la mujer que había sufrido el intento de violación perteneciese a una familia de derechistas de la localidad, ella misma lo fuese o se tratase simplemente de una persona sin significación política alguna, las cuales eran precisamente uno de los colectivos objetivo de las directivas dadas después de Madrid. Sin ir más lejos, en algunos de los casos en los que el CTV había sido denunciado por cometer saqueos en viviendas, como en Colmenar, estas pertenecían a fervientes partidarios de la insurrección, con lo que este extremo no era descartable en el episodio de Álora. Pero, de nuevo quizá, para el comandante del tabor la violencia sexual fuese una barrera que no se podía traspasar porque, tampoco olvidemos, las prácticas bélicas dependieron de cada unidad y cada mando concretos. El marco normativo estaba ahí, y la capacidad de transgredirlo o respetarlo también, con lo que en última instancia la conducta de las tropas quedaba a criterio de sus superiores en función de sus propias creencias, de su actitud frente a la violencia, pero igualmente de las culturas internas que cada unidad hubiese desarrollado. De hecho, Aznares, en referencia al intento de violación en Álora, apuntaba que «pudo haberse evitado perfectamente, porque el moro es obediente y yo he visto cómo, ante una disciplina severa, es incapaz de desmandarse». Una afirmación que introducía en la ecuación de la violencia la variable de las dinámicas que funcionaban a ras de suelo, como esas culturas a las que me refería o la negociación que se establecía entre oficiales y soldados, en la que se dirimían también factores tan esenciales como la moral de la tropa o su propia cohesión.¹¹¹⁶

En los días sucesivos, la columna de Aznares fue tomando diversas localidades malacitanas como Alozaina el 12 de febrero, Tolox el 13 y Coín el 14, aplicando en todas ellas una política proactiva de depuración. Fueron ejecutados varias decenas de republicanos a los que se acusaba, probablemente en función de las informaciones dadas por los derechistas locales, de ser los responsables de crueles asesinatos, como era el caso de una «anciana diabética de más de setenta años, a la que enterraron todavía viva» en Alozaina, o el de una mujer que había matado a un chico de 18 años del que había sido nodriza. Pero, más allá de potenciales exageraciones propagandísticas, lo cierto es que estos individuos fueron fusilados sin que mediasen apenas horas desde la entrada de las fuerzas rebeldes, lo que reflejaba el carácter indiscriminado y preventivo que había recuperado la violencia bélica. De hecho, si nos atenemos al testimonio de Aznares, en Alozaina y Tolox se vivieron auténticas escenas de terror caliente contra estos republicanos, ya que los familiares de varias personas víctimas de la violencia revolucionaria se habían tomado la

¹¹¹⁵ AKELA [José Aznares García]: op. cit., pp. 52-53, entrada del 7 de febrero de 1937. La cursiva en el original.

¹¹¹⁶ AKELA [José Aznares García]: op. cit., p. 55, entrada del 8 de febrero de 1937.

justicia por su mano asesinando ellos mismos a los responsables de la muerte de sus allegados, hasta el punto de que uno de estos verdugos, el de Tolox, habría viajado expresamente desde el frente de Madrid, en el que servía como capitán de intendencia, para consumir su venganza. Además, se desplegaron también prácticas de violencia sexual, como el rapado de varias mujeres de Tolox que habrían ayudado a confeccionar listas de derechistas a los que había que fusilar.¹¹¹⁷

Lo que este tipo de prácticas, y las que veíamos antes en Ardales y Álora, ponían de manifiesto era que el marco normativo diseñado entre finales de 1936 y principios de 1937 resultaba difícil de aplicar de forma homogénea, ya que dependía de una multiplicidad de factores que no solo tenían que ver con los objetivos militares e ideológicos de los dirigentes rebeldes —entendidos a gran escala y proyectados ahora a medio-largo plazo—, sino también con las necesidades específicas de las distintas campañas y operaciones, con las dinámicas que nutrían la violencia a ras de suelo, y con las propias actitudes, culturas e, incluso, tradiciones bélicas construidas por los combatientes. Además, hasta los propios objetivos definidos por los generales sublevados entraban muchas veces en contradicción entre sí, creando fronteras muy finas entre lo que era y no era tolerable que resultaban totalmente artificiales al nivel de los combatientes, más aún en el marco de unos combates brutales librados con una considerable falta de medios técnicos y materiales. De hecho, algunos de estos soldados reconocían abiertamente que la venganza, ya fuese por motivos pretendidamente ideológicos o como represalia por haber sufrido una derrota o muchas bajas propias, era un instigador de violencia que estaba a la orden del día. El capellán Salvador Torrijos apuntaba que «los falangistas llegaban en busca de los rojos y también pedían su cuenta a las izquierdas», después de haber sido testigos de cómo los republicanos «entraban a saco en las casas de derechas y se marchaban luego llevándose comestibles, muebles y personas».¹¹¹⁸ Mientras que, por su parte, el alférez provisional José Luis Martín Vigil admitía que «La hiel de la derrota agría los ánimos y la represión en retaguardia se recrudece en mil detalles».¹¹¹⁹ En este sentido, en qué medida resultaba posible diferenciar la tolerancia, en un marco de desborde de la violencia y ruptura de sus mecanismos de contención que comportó una guerra de clase, religión, género, ideológica y civil como fue el conflicto de 1936-1939, hacia las ejecuciones que diariamente escuchaba el voluntario irlandés Seumas MacKee desde su barracón en Cáceres de las órdenes dadas para evitar intentos de violación como el que había tenido lugar en Álora.¹¹²⁰ Cómo encajar la permisividad hacia las ejecuciones indiscriminadas de izquierdistas o la violencia contra las “rojas”, instigadas y justificadas machaconamente por la propaganda, con la necesidad de ser selectivo en la implementación de dicha violencia en el campo de batalla. Matar pero no exterminar, violar pero solo a algunas mujeres,

¹¹¹⁷ *Ibidem*, pp. 61-70, entradas del 12 al 14 de febrero de 1937.

¹¹¹⁸ Salvador TORRIJOS BERGES: *op. cit.*, p. 115.

¹¹¹⁹ José Luis MARTÍN VIGIL: *op. cit.*, p. 45.

¹¹²⁰ Seumas MACKEE: *op. cit.*, p. 16. Ciertamente, el carácter antifranquista de las memorias de MacKee convierten este hecho en susceptible de no ser cierto. No obstante, no hago un uso de él tanto como un episodio comprobable, sino como metáfora de los procesos depurativos en el bando rebelde, que están perfectamente documentados a nivel historiográfico. En este sentido, la veracidad del hecho o no resulta, a efectos de la argumentación, una cuestión secundaria. Sobre la categoría de guerra civil y su especial relación con la violencia véase Javier RODRIGO y David ALEGRE: *op. cit.*, pp. 55-104.

saquear únicamente determinadas viviendas, depurar pero en función de necesidades cambiantes que casi nunca tenían en cuenta las particulares dinámicas del frente. Las inherentes contradicciones que presentaba un modelo de aplicación de la violencia que buscaba en no pocas ocasiones ser demasiado preciso, frente a unos marcos de referencia y categorías identificativas que se caracterizaban por su ambigüedad y amplitud, excedían con mucho la capacidad coercitiva y de control de un ejército atrapado en esa constante paradoja. Bien es cierto que, como recordaba el requeté José María Resa «Nos incautamos de todos los Centros Izquierdistas, pero todo se hizo sin cometer desmán alguno, ni atropellar a nadie».¹¹²¹ Pero, como también apuntaba el argentino Héctor Colmegna, «Es creencia que las habitaciones abandonadas por sus dueños eran propiedad de enemigos de Franco huidos, y por ese motivo muchas veces los soldados, contra la voluntad de los oficiales, solían cometer desmanes en ellas».¹¹²² En última instancia, la violencia que se aplicaba en el frente se acababa por dirimir, en buena medida, en el propio frente y atendiendo más a si los mandos la permitían o si las unidades la tenían codificada en su ADN que a órdenes, instrucciones y directivas emitidas desde el generalato rebelde. Esto, ciertamente, explicaba por qué los integrantes del tabor de Aznares, ante la venganza ejecutada por el capitán de intendencia en Tolox, le dejaron actuar impunemente y regresar después al frente de Madrid, «sin que nadie pensara en detenerlo».¹¹²³

De igual modo, los prisioneros de guerra fueron uno de los colectivos preferenciales objeto de la violencia desplegada por las fuerzas militares rebeldes. Pese a la construcción de una narrativa que, como hemos visto anteriormente, fue paulatinamente generando espacios de reintegración, especialmente a partir de las grandes ofensivas de la campaña del Norte que dejaron decenas de miles de combatientes republicanos en manos sublevadas, la ejecución de soldados enemigos en el frente sigo siendo una práctica habitual, si bien con sus matices. En este sentido, no pocos combatientes mencionaban episodios similares en sus memorias, lo que nos sitúa ante la naturalidad con la que se aceptaba esta cuestión y, además, ante su recurrencia. El voluntario rumano Bănică Dobre, encuadrado en una BL involucrada en la Tercera Batalla de la Carretera de la Coruña, librada entre el 3 y el 15 de enero de 1937, narraba cómo, tras un duro combate en el que unos soldados republicanos se habían defendido hasta el final con granadas de mano, «salieron de detrás de los setos con las manos levantadas, haciendo de tal modo bajar su nivel de heroísmo. Nos pilló tan de repente que nuestras balas no pudieron ser paradas por su pacífica, y ya tardía actitud». Más allá de la construcción ideal de la masculinidad en términos exclusivamente heroicos, que contribuía a la creación, al menos en lo discursivo y lo propagandístico, de un nuevo modelo de hombre fascista, la escena presentada por Dobre bien podría ser reflejo de un hecho real, es decir, que ante la tensión del combate los nervios de los soldados condujesen a disparar antes de intentar discernir si el enemigo se intentaba rendir o estaba lanzando una carga a la bayoneta.¹¹²⁴ O, de igual modo, podría

¹¹²¹ José María RESA ORTEGO: op. cit., p. 45.

¹¹²² Héctor COLMEGNA: op. cit., p. 157.

¹¹²³ AKELA [José Aznares García]: op. cit., p. 67, entrada del 13 de febrero de 1937.

¹¹²⁴ Véase, en el proemio a la primera parte de esta tesis, lo que apuntaba el soldado Carmi Cna'an, personaje ficticio de la película *Vals con Bashir*, respecto al miedo que se apoderaba del soldado en las situaciones de combate.

tratarse de un mecanismo para encubrir una ejecución extrajudicial fruto, también, de la propia dinámica brutal de los choques armados. Pero lo que en cualquier caso traía a colación su relato eran esas dinámicas a ras de trinchera que mencionaba anteriormente, y que resultaban imposibles de incluir en una directiva de operaciones que, por su propia naturaleza, no podía tenerlas en cuenta, máxime cuando hasta finales de 1936 se habían instigado este tipo de prácticas. Tras la “repentina” ejecución de los combatientes republicanos, uno de ellos había quedado gravemente herido y «una espuma de sangre le gorgjeaba por los labios», razón por la cual, en una actitud de piedad cristiana, aunque el ejecutor no lo fuese, y violencia civilizadora, «un marroquí le dio el golpe de gracia».¹¹²⁵

De hecho, esta misma noción de la ejecución sumaria como una violencia civilizada y, por ende, incluso demasiado compasiva con lo que merecerían unos individuos capaces de actuar, según planteaba el discurso rebelde, con la saña con la que lo hacían los “rojos”, estaba también presente en el relato de otro de los voluntarios de la Guardia de Hierro que combatieron en España. En el mismo contexto en el que situábamos a Dobre, el rumano Neculai Toțu apuntaba que, pese a que «Parece que no existen sufrimientos bastante sensibles para las hordas rojas [...] cuando capturamos alguno [prisionero], se le fusila inmediatamente. A nadie le pasa por el pensamiento torturarlo. Nos repugna el sadismo». La violencia, por tanto, no solo era una herramienta de naturaleza preventiva para la profilaxis social, sino que las ejecuciones constituían un signo de civilización frente al barbarismo con el que eran representados los republicanos en la propaganda rebelde. Sin ir más lejos, Toțu señalaba que «el fusilamiento por parte nuestra nos parecía algo humano y justo, al lado de lo que perpetraban los comunistas».¹¹²⁶ Esta visión, además, entroncaba con la otra dimensión del episodio que narra Dobre, como era la significación de la muerte del enemigo en términos de piedad cristiana. Al igual que veíamos en el caso del barrio de Triana en julio de 1936, no pocas de las ejecuciones sumarias que tenían lugar en el frente eran representadas en la propaganda a través de esta óptica religiosa, buscando legitimar el acto de matar convirtiéndolo en una suerte de recatolización en el último segundo de aquellos individuos que, como planteaba el capellán Policarpo Cía, no hacían sino recibir «la implacable justicia del Ejército Nacional».¹¹²⁷ En términos discursivos, que no por ser menos pragmáticos eran menos importantes, el arrepentimiento en la antesala de la muerte constituía también un mecanismo de reeducación y reintegración. De este modo, el combatiente argentino Héctor Colmegna relataba una escena en la que un sargento de su unidad, que había sido alcanzado en la columna y tenía escasas probabilidades de sobrevivir, estaba recibiendo la extremaunción por parte de un capellán: «Y oímos que el cura antes de darla la absolución le preguntaba si perdonaba a sus enemigos. El sargento Ruiz, mirando a un prisionero marxista que estaba allí con nosotros: -Perdono a todos –dijo– incluso a éste».¹¹²⁸ En la misma línea, el sacerdote Salvador Torrijos se esforzó en «prepararles a bien morir» a cuatro combatientes republicanos que habían sido capturados e inmediatamente juzgados y condenados a la pena capital. Afortunadamente para Torrijos, justo antes de ponerse en marcha el piquete de ejecución «les encontré

¹¹²⁵ Bănică DOBRE: op. cit., pp. 108-109.

¹¹²⁶ Neculai TOȚU: op. cit., pp. 65 y 98.

¹¹²⁷ Policarpo CÍA NAVASCUÉS: op. cit., p. 237.

¹¹²⁸ Héctor COLMEGNA: op. cit., p. 210.

arrodillados e invocando el nombre de Dios», una actitud penitencial que, al parecer, tuvo su recompensa una vez fueron fusilados: «El Sol, queriendo alegrar aquel cuadro tan triste, envió sus rayos llenos de emoción, que iluminaron la tumba de aquellos descarriados ya vueltos al Señor».¹¹²⁹ En este marco de legitimación de la violencia, y de continuación de unas prácticas y culturas bélicas gestadas en un escenario de permisividad absoluta, resultaba complejo establecer fronteras entre aquellos que debían recibir el perdón de Cristo por la vía del fusil y los que no necesitaba una “justicia [tan] implacable”. Quizá, el esquema de aplicación de dicha violencia tenía más sentido asemejarlo a lo que ya plantease, siete siglos antes, el abad cisterciense Arnaldo Amalric: “¡Matadlos a todos, Dios reconocerá a los suyos!”.

En cualquier caso, los prisioneros republicanos, a tenor de lo que planteaba el legionario Neculai Toțu, sí parecían sufrir el mismo destino que los habitantes de Béziers en 1209: «capturamos a algunos comunistas que no han tenido tiempo de huir. Son fusilados en el acto. Esta es la ley».¹¹³⁰ A lo largo de las diversas operaciones llevadas a cabo por el ejército sublevado en 1937, diversos relatos de combatientes evidenciaban que se trataba de una cuestión en buena medida habitual. Por ejemplo, el irlandés Seumas MacKee apuntaba cómo, durante la batalla del Jarama, un tren blindado republicano fue destruido en el sector de La Marañosá, siendo su tripulación capturada y ejecutada «como perros» por un destacamento de combatientes marroquíes.¹¹³¹ La representación de estas ejecuciones como responsabilidad de los combatientes rifeños bien podría tener un carácter propagandístico, buscando nutrir empíricamente, máxime al tratarse de un renegado del propio bando insurgente, el relato antifascista construido en torno a la brutalidad de estos soldados. Pero el hecho en sí representaría, puesto en el contexto de los testimonios de otros combatientes como el del capellán de requetés Policarpo Cía, que admitía sin mayores problemas la ejecución de un miliciano capturado por su tercio en mayo durante las operaciones en torno a Bilbao, la naturalidad de una práctica bélica central en el esquema rebelde.¹¹³² Por supuesto, la contingencia de cada uno de los combates que libraban las unidades influía decisivamente en la decisión de fusilar o no a los soldados apresados en el frente. A finales de agosto, durante la batalla de Belchite, el voluntario Emilio Oliver daba cuenta de la captura de unos belchitanos que, aprovechando el primer asalto republicano sobre el pueblo, habían ejercido de quinta columna disparando contra los propios defensores, por lo que fueron condenados a la pena capital. En el marco de un asedio como el que soportaba Belchite en aquel momento, la ejecución de aquellos individuos evitaba tener que distraer parte de las escasas fuerzas para su custodia, al tiempo que mandaba un mensaje muy claro a los potenciales quintacolumnistas que permaneciesen en el pueblo. De este modo, necesidad militar y depuración política confluían de nuevo en un mismo objetivo, que irremisiblemente hacía a aquellos republicanos responsables, hasta las últimas consecuencias, de todos «sus errores, todo lo que para la justicia humana le[s] hizo merecedor[es] de ser eliminado[s] de la sociedad».¹¹³³ Otro ejemplo

¹¹²⁹ Salvador TORRIJOS BERGES: op. cit., pp. 67-68.

¹¹³⁰ Neculai TOȚU: op. cit., p. 102.

¹¹³¹ Seumas MACKEE: op. cit., p. 28. La frase en el idioma original es «shot them like dogs».

¹¹³² Policarpo CÍA NAVASCUÉS: op. cit., p. 120.

¹¹³³ Emilio OLIVER ORTIZ: op. cit., p. 47.

similar lo encontramos en el diario de José Aznares, en referencia a un asalto que su tabor de Regulares realizó el 17 de septiembre de 1937 sobre la Loma de los Celleros (Asturias). Según relataba el teniente médico, tras el combate, que había sido especialmente sangriento, los marroquíes capturaron a un combatiente republicano de unos «diecisiete o dieciocho años», al que el comandante de la unidad, ante la propia oposición de Aznares, mandó fusilar. Sin ir más lejos, los propios «moros, medio amotinados, piden su muerte y claman: ‘Mucho moro muerto hoy...’». ¹¹³⁴ Es decir, que ante la posibilidad de que los soldados del tabor se rebelasen resultaba mucho más sencillo dejar que saciaran su venganza, ya que aparentemente era eso lo que querían según apuntaba Aznares, con el prisionero capturado, en un ejemplo de cómo las dinámicas del frente, en este caso la negociación mandos-tropa, conducían a la violencia por caminos que escapaban al control de las directivas generales. Finalmente, la ocupación de las ciudades también ponía en marcha mecanismos que combinaban lógicas militares y depurativas, como en el caso de la capital del Aragón meridional, Teruel, donde el combatiente Manuel Alfredo Paz fue testigo del fusilamiento de 80 guardias de asalto que, con su resistencia, habían diezmado a una bandera de Falange. ¹¹³⁵

De todos modos, si había unos individuos que, haciendo nuevamente uso de la frase atribuida a Arnaldo Amalric, Dios nunca reconocería como a los suyos estos eran sin duda los voluntarios de las BBII. Si bien es cierto que, pese a lo descrito en los párrafos anteriores, las políticas de clasificación y reciclaje de combatientes republicanos permitieron la incorporación de una importante cantidad de los españoles a las filas del ejército rebelde, ya fuese en los BT o en las propias unidades, estas mismas medidas no se aplicaron a los brigadistas. Como apuntaba el inglés Peter Kemp de forma elocuente, «a medida que la guerra progresaba, [...] los nacionalistas tendían continuamente a salvar la vida de los prisioneros, con excepción de los pertenecientes a las Brigadas Internacionales». ¹¹³⁶ No obstante, determinadas órdenes habían intentado sin demasiado éxito, en una fecha similar a las directivas que construyeron el nuevo marco normativo tras la batalla de Madrid, poner freno a este tipo de prácticas, esencialmente por razones pragmáticas. Esto de nuevo evidenciaba la incapacidad de implementar de forma efectiva las instrucciones sobre el terreno y, al mismo tiempo, que estas siempre debían establecer un diálogo con las dinámicas propias del campo de batalla, ya fuese la voluntad de los mandos sobre el terreno de darles o no cumplimiento, o esos mecanismos de negociación entre los jefes y la tropa que veíamos, por ejemplo, en el caso de Celleros. El 29 de enero de 1937, el EM de las BBNN recibía una comunicación enviada por el CGG en la que se indicaba que el «Generalísimo hace presente necesidad de que en frentes este Ejército no fusilen prisioneros extranjeros, aunque de momento no declaren nada interesante, pueden hacerlo

¹¹³⁴ AKELA [José Aznares García]: op. cit., pp. 171-172, entrada del 17 de septiembre de 1937.

¹¹³⁵ Manuel Alfredo PAZ FERNÁNDEZ: op. cit., pp. 213-214. Un episodio potencialmente similar en Peter KEMP: op. cit., p. 128, donde hace una referencia a que los prisioneros capturados en Santander fueron «cribados», que a buen seguro refería a algún tipo de mecanismo represivo. Sobre esta cuestión véase Javier RODRIGO: *La guerra fascista...*, pp. 159 y ss. Un resumen documental de los conflictos entre los militares italianos y las autoridades españolas suscitadas al calor de la rendición de las fuerzas vascas a los primeros en la recopilación documental de AGMAV, C. 2605, 86BIS. CTV, “Sobre rendición de fuerzas vascas a italianos”, agosto de 1937 a marzo de 1938.

¹¹³⁶ Peter KEMP: op. cit., pp. 25-26.

después en otros interrogatorios». Como reafirmaba la orden, la lógica era puramente utilitarista: «No podemos privarnos de explotar esta fuente de información más eficaz de todas». ¹¹³⁷ El escrito dejaba clara la existencia de una política de fusilamientos extrajudiciales de brigadistas capturados, que sería moneda común por parte de las unidades rebeldes. Sin ir más lejos, la demonización y deshumanización que se operó sobre las figuras de los voluntarios de las BBII, sobre todo en contraste con esos canales de reinserción que la propaganda rebelde abría para los soldados españoles, los calificaba como objetivos predilectos de la violencia depurativa fascista, toda vez que su eliminación cumplía la doble función de purgar la comunidad nacional de sus elementos infecciosos y cimentar el relato de la Guerra Civil como una nueva Guerra de la Independencia. Al mismo tiempo, quedaba también patente que la voluntad de poner freno a estas ejecuciones no respondía, en absoluto, a la consideración de que estas prácticas estuviesen alcanzando niveles excesivos de brutalidad o a que no se ajustasen a las leyes de la guerra. Por el contrario, lo único que se esgrimía era la necesidad militar de conservar a estos prisioneros para ser interrogados, tanto respecto a cuestiones operacionales y del propio funcionamiento del EPR como, fundamentalmente, sobre la organización de las BBII y la presencia de extranjeros en las filas republicanas, que tenían un considerable potencial propagandístico.

De igual modo, a mediados de abril de 1937 el embajador británico en España, Sir Henry Chilton, envió una carta al Jefe del Gabinete Diplomático en Salamanca, José Antonio de Sangróniz, en la que le interrogaba al respecto de unos rumores aparecidos en la prensa británica que afirmaban que Franco había publicado una orden para que todos los prisioneros extranjeros que se capturasen en España fuesen fusilados, y que de hecho esta se había llevado a cabo afectando, consecuentemente, a ciudadanos de aquel país. De hecho, el propio Chilton exigía que los británicos capturados fuesen tratados de acuerdo a las leyes internacionales a tal efecto, y que de tomarse medidas más duras contra ellos el gobierno de Londres, que abogaba por la retirada de los voluntarios extranjeros de ambos bandos, adoptaría una política mucho más severa. Rápidamente, Sangróniz negaba la veracidad de estos rumores, e incluso manifestaba que «se está estudiando el caso de cada prisionero para poner en libertad». ¹¹³⁸ Sin embargo, la existencia de esos rumores, que a tenor de las afirmaciones de los propios combatientes de que los brigadistas tendían a ser ejecutados en el frente bien podrían tener un buen poso de verdad por mucho que de forma esperable fuesen negados por Salamanca, contrastaba con unas órdenes dadas en el mes de enero anterior sobre esta misma cuestión. El general José Enrique Varela, en calidad de jefe de la División Reforzada de Madrid, enviaba un telegrama al CGG solicitando le fuese clarificado cómo se debía proceder al capturar a brigadistas ingleses, con un elocuente mensaje: «si interesan a fines informativos o se les da el mismo trato que a

¹¹³⁷ AGMAV, C. 1356, 9. CE Maestrazgo, Prisioneros extranjeros, “Orden de que no sean fusilados (Brigadas de Navarra)”, enero de 1937.

¹¹³⁸ AGMAV, C. 2328, L. 54, 98. CGG, EM, “Rumores sobre fusilamientos de brigadistas internacionales ingleses”, abril de 1937. No obstante, pese a esa preocupación por el destino de los brigadistas ingleses, el propio ejecutivo británico consideraba el alistamiento de estos individuos en las BBII como un peligro para su seguridad, dado que a finales de 1937 contabilizaba hasta 46 voluntarios que habían desertado de las filas del ejército para ir a España. Véase TNA, WO 106-6193, “Men discharged from the Royal Navy, the Army and the Royal Air Force”, octubre de 1937.

franceses». La distinción entre unos y otros reflejaba implícitamente que el destino que esperaba a los franceses capturados no era otro que su ejecución extrajudicial, algo que de hecho tenía que ver con la propia consideración hacia uno y otro país. Como ya hemos visto con anterioridad, a los dirigentes rebeldes les interesaba conservar una relación lo más amistosa posible con el Reino Unido, país en el que veían a un actor internacional amistoso hacia su causa. Por el contrario, Francia estaba dirigida en aquel momento por el socialista Léon Blum, lo que lo convertía en un país claramente hostil. De esa diferencia, y de la necesidad de contar con algún tipo de sustento internacional, nació la repuesta del CGG a Chilton, y la propia contestación a Varela, que ordenaba que «A prisioneros ingleses debe tratárseles con caballerosidad aunque severamente, respetándoles la vida».¹¹³⁹

Sin embargo, la dirección que tomaban las órdenes y la que adoptaba la violencia sobre el terreno eran cosas muy diferentes. Los rumores de la prensa británica remitían a una realidad que, como decía, bien podía ser cierta, lo que implicaría que las instrucciones dadas en enero por el CGG encontraban dificultades a la hora de implementarse sobre el terreno. Ya veíamos la afirmación de Kemp de que a los brigadistas no se les aplicaba la misma piedad que a los españoles. De igual modo, otros combatientes relataban escenas de combates que refrendaban la visión del inglés. El legionario italiano Francesco Odetti, enrolado en la V BL, fue testigo de cómo, tras repeler un ataque por parte de una unidad de brigadistas franceses, un soldado marroquí, presumiblemente de Regulares, se apoderó de los extranjeros que habían hecho prisioneros y «afferrata una spada, colpisce al capo ed al viso i prigioneri, che nel frattempo si erano posti sulla ginocchia ad alzando le braccia imploravano pietá». Tras esto había cogido «un moschetto ed abbatte, uno dopo l'altro, i quatri prigioneri, facendo seguire ad ogni colpo il grido di: 'Viva Franco', 'Viva España' [...] 'Viva il Duce', 'Viva Italia' e di poi, voltandosi sorridente verso di me, mi dice: 'Questa è giustizia fascista'». Sin embargo, el mismo Odetti afirmaba que este tipo de actos habían sido cosa de los primeros meses de la guerra y producto de las tradiciones bélicas que legionarios y regulares tenían respecto a la toma de prisioneros, pero que se dieron órdenes para su evitación y fueron frenados en seco.¹¹⁴⁰ De igual modo, el alférez provisional Amaro Izquierdo relataba cómo capturaron el Belchite a un grupo de republicanos, entre los que se encontraba un brigadista checo: «Inmediatamente viene un capitán para hacerse cargo del botín [...] También se lleva al prisionero español. Quiero creer que tuvo más suerte que el extranjero, que aún vive».¹¹⁴¹ Y, por si no quedaba claro el trato que se dispensaba a los extranjeros en la localidad aragonesa, en un combate posterior volvieron a apresar a un grupo de republicanos, compuesto por un español y cuatro extranjeros: «El español es enviado a la comandancia [...] Pero no hay piedad para los extranjeros».¹¹⁴²

En cualquier caso, los testimonios de soldados sobre el terreno y las órdenes mostraban que existía una disonancia entre la voluntad de las segundas y lo que sucedía en el

¹¹³⁹ AGMAV, C. 2328, L. 54, 95. CGG, EM, "Tratamiento a prisioneros ingleses", febrero de 1937.

¹¹⁴⁰ Francesco ODETTI: *Trenti mesi nel Tercio*, Roma, Casa Editrice M. Carra, [s.a.], pp. 117-118.

¹¹⁴¹ Amaro IZQUIERDO: op. cit., p. 26.

¹¹⁴² *Ibidem*, p. 36.

primero. Desde luego, eso no significa que se fusilase sistemáticamente a todos los brigadistas, ya que, como reflejaba el documental propagandístico *Prisioneros de guerra* (Manuel A. García Viñolas, 1938), muchos fueron capturados y confinados, entre otros sitios, en el campo de concentración de San Pedro de Cardeña. Pero es evidente que el frente tenía sus propios funcionamientos, y la capacidad o voluntad de restringir, siquiera parcialmente, las ejecuciones de brigadistas, ya fuese para obtener información o porque interesaba a fines políticos, quedaba lastrada por los marcos ideológico y depurativo contruidos por el bando rebelde. De hecho, en septiembre de 1937 se emitió una nueva instrucción, similar a la primera que veíamos, en la que se reiteraban las órdenes para obtener información de los extranjeros capturados.¹¹⁴³ Empero, considerando que las ejecuciones no habían terminado con la orden de enero, y que tampoco desaparecieron a partir de esta de septiembre —como veremos en el siguiente capítulo—, resulta interesante replantear el modo en que la necesidad militar en interpretada por unos y otros actores. Es decir, sugerir la existencia de diversas necesidades militares en función del plano en el que nos situemos y de qué actores estemos teniendo en cuenta. Mientras que para el alto mando podía ser importante conservar con vida a estos prisioneros para obtener información o para evitar crear un conflicto con Reino Unido, para los combatientes sobre el terreno dicha información, por no hablar del plano diplomático, era menos relevante que el poder ejecutar con sus propias manos a unos individuos a los que la propaganda dibujaba como los causantes de todos los males que asolaban España. O, simplemente, a unos combatientes que tendían a batirse con un significativo denuedo, y que dado el marco de precariedad y escasa evolución táctica en el que se había de luchar, costaban demasiados camaradas muertos y heridos.

En conclusión, el fracaso del asalto a Madrid comportó una modificación del marco bélico y de necesidad militar que afrontaban las fuerzas rebeldes, al cual se dio respuesta a través de una serie de directivas que buscaban resignificar el papel de la violencia en relación a los nuevos objetivos. Se dibujaron ciertos espacios de contención que tenían que ver, por un lado, con la necesidad del ejército de capitalizar todos los recursos disponibles tanto en retaguardia como producto de las confiscaciones hechas al enemigo, así como con su voluntad de terminar de imponer sobre su autoridad sobre el campo rebelde, dirigida especialmente hacia la autonomía de las milicias. Y, por otro lado, con la idoneidad de ir generando marcos de ensanchamiento de la base social de la sublevación, tímidos todavía pero que cumplían una función pensada en referencia a la movilización de masas para la guerra total. De este modo, se intentó instrumentalizar la violencia sobre el terreno en función de las necesidades del ejército, que no constituyeron un conjunto tan homogéneo como el del verano de 1936, donde el afianzamiento de la insurrección pasaba por el despliegue de una violencia indiscriminada que, además, se exacerbaba en el marco de la marcha hacia Madrid. Sin embargo, dicho proceso chocó frontalmente con varias cuestiones que las directivas no podían controlar, como fueron las propias culturas y tradiciones establecidas en el seno de las unidades o la capacidad de agencia de la que disponían los mandos sobre el terreno, elementos que no hicieron sino evidenciar que el

¹¹⁴³ AGMAV, C. 1884, 9. 150 DI, Información, “Reiterando órdenes para la entrega de documentación etc., recogida a prisioneros y cadáveres enemigos extranjeros”, septiembre de 1937.

marco construido entraba en contradicción con la propia función que se le dio a la violencia como eje rector de la realización del proyecto del fascismo español. Unas tensiones evidentes que acabaron por revelarse, en toda su dimensión, cuando en marzo de 1938 se intentaron reorientar, ahora sí de forma significativa, las políticas de ocupación y violencia bélica desplegadas por el bando sublevado.

En cualquier caso, la generación de esos pequeños espacios de contención de la violencia no implicó, en absoluto, una reconsideración de la magnitud de la depuración que debía operarse sobre el cuerpo social de la nación, ni tampoco del papel protagónico que tenía el ejército en esa cuestión. La violencia bélica siguió usándose como arma de guerra contra la población civil, tanto en las ocupaciones de localidades como en áreas alejadas del frente mediante las campañas de bombardeo aéreo sistemático que se llevaron a cabo, especialmente gracias a la participación de la *Aviazione Legionaria* y la Legión Cóndor.¹¹⁴⁴ La ejecución extrajudicial, la violación, el saqueo, el robo y el hostigamiento, por tanto, continuaron formando parte del catálogo de violencias cotidianas aplicadas por las unidades militares rebeldes, siempre en función de las dinámicas de contingencia que marcaba el frente, de las particulares tradiciones e identidades bélicas de cada unidad, y de la voluntad y capacidad de los mandos de tolerar estos comportamientos. Pero, sea como fuere, la violencia ejercía también un rol de socialización ideológica y de politización de la sociedad, a través de la creación de lealtades con el Nuevo Estado y de la transformación de los marcos de referencia que permitían la inclusión y la exclusión de determinados individuos en la comunidad nacional en construcción. Un escenario muy claro donde se desplegaron este tipo de dinámicas, y que se situaba a caballo entre el frente y la retaguardia, entre la depuración de las ocupaciones y la que se llevaba a cabo hasta mucho tiempo después de que las tropas se hubiesen marchado, fue el de la lucha antiguerrillera. Ya hemos visto con anterioridad cómo la primera fase del conflicto presentaba, especialmente en el frente sur, unas características que permitían su comparación con la guerra antipartisana. Sin embargo, la transformación del marco bélico no comportó el fin de estas operaciones, toda vez que, como ya advertiese Eduardo Cañizares en agosto de 1936, el carácter indiscriminado de las purgas empujó a muchos individuos a huir, formándose partidas de guerrilleros que luego se vieron incrementadas con el goteo de excombatientes republicanos que fueron dejando las operaciones militares. Algo a lo que habría que sumar las propias iniciativas, limitadas cuantitativamente pero existentes, puestas en marcha por el EPR para generar disensión en el *hinterland* insurgente.¹¹⁴⁵

De este modo, ya desde el principio del conflicto se intentó articular un férreo control sobre la retaguardia, que desde luego tenía que ver con la necesidad de afianzar la sublevación en un escenario altamente inestable y con los objetivos purgativos del proyecto contrarrevolucionario, pero que igualmente se relacionaba con esta lucha contra las

¹¹⁴⁴ Véanse Josep M. SOLÉ I SABATÉ y Joan VILLARROYA: *España en llamas. La Guerra Civil desde el aire*, Barcelona, Temas de Hoy, 2003; Javier RODRIGO: *La guerra fascista...*; y Stefanie SCHÜLER-SPRINGORUM: op. cit. Una cuestión, empero, no exclusiva del bando rebelde, el cual si bien la utilizó a gran escala. Véase Juan-Boris RUIZ-NUÑEZ: “El bombardeo aéreo como atributo de la guerra total. La población de la retaguardia sublevada como objetivo de guerra del gobierno republicano”, *Revista Universitaria de Historia Militar*, 3:6 (2014), pp. 54-67.

¹¹⁴⁵ Sobre esta cuestión véase el reciente libro de Alfonso LÓPEZ GARCÍA: *Saboteadores y guerrilleros. La pesadilla de Franco en la Guerra Civil*, Madrid, Espasa, 2019.

partidas republicanas. Por ejemplo, la directiva de 28 de enero de 1937 sobre normas para el registro de domicilios incluía una referencia a que se debía vigilar especialmente a los refugiados que volvían a sus localidades una vez estas habían sido ocupadas por las fuerzas rebeldes, cotejando con los censos y listados de población existentes, de cara a evitar que una cuestión tan poco controlada como los refugiados posibilitase la infiltración de grupos de republicanos camuflados.¹¹⁴⁶ Sin embargo, el tamaño del terreno a vigilar y la escasez de efectivos del ejército rebelde, sumado a la proliferación de individuos que huían al campo o al monte escapando de la represión o de la captura si eran combatientes, no hicieron sino incrementar el problema, que a partir de abril de 1937 comenzaba a ofrecer sus primeros reflejos documentales. Esencialmente, las acciones de las partidas guerrilleras se concentraban en puntos estratégicos, como por ejemplo las vías férreas o los puentes, los cuales eran dinamitados en la medida en que la capacidad operativa de estos grupos lo permitía.¹¹⁴⁷ Según un informe de junio de 1937 elaborado, para la zona de Córdoba, por el capitán de la 1ª Unidad del Regimiento de Ferrocarriles nº 2, la actividad guerrillera había tenido una primera fase intermitente desde el golpe hasta finales de 1936, en la que grupos de huidos habían protagonizado ataques y sabotajes esporádicos. No obstante, desde comienzos del año siguiente se había incrementado su sofisticación y eficacia, habiendo pasado a ser conducidas por grupos específicamente dedicados y preparados para este tipo de guerra, que habían conseguido cometer, a lo largo de un periodo de 6 meses, 7 atentados contra la línea ferroviaria que discurría entre las localidades paceses de Peñarroya y Fuente del Arco, saldados con 3 descarrilamientos, y la voladura de un puente.¹¹⁴⁸ La percepción del oficial rebelde se refrendaba, de hecho, por las propias informaciones recogidas por la inteligencia militar, que alertaba de la existencia de grupos enemigos dedicados exclusivamente a esta tarea los cuales, según informaban los propietarios de algunos cortijos por los que habían pasado, no parecían tener muy clara la ruta a seguir, lo que descartaría que se tratase de individuos de la zona.¹¹⁴⁹

Para combatir este tipo de acciones, las fuerzas rebeldes desplegaron una verdadera caza al huído y al guerrillero que tomó unos evidentes cauces depurativos por lo expeditivo de la violencia represiva. Precisamente, en la articulación de esta lucha contraguerrillera resultó esencial la colaboración ciudadana que, como veíamos en el caso de los propietarios de cortijos del informe anterior, proveía de una información crucial cimentada en el conocimiento no solo del terreno, sino esencialmente de las propias comunidades locales. Buena parte de la actividad guerrillera y contraguerrillera se construía a partir de la implicación de los actores locales en el apoyo, el sustento, la delación o la vigilancia, en función de las particulares tomas de partido de cada uno de ellos.¹¹⁵⁰ De

¹¹⁴⁶ AGMAV, C. 1392, 15, p. 4. I CE, “Instrucciones para los Jefes de las Columnas, fuerzas de la Guardia Civil del territorio ocupado y de acompañamiento de las Columnas”, enero de 1937.

¹¹⁴⁷ AGMAV, C. 1680, 8. 22 DI, Operaciones, “Vigilancia de vías férreas con motivo de sabotajes”, abril y mayo de 1937.

¹¹⁴⁸ AGMAV, C. 1680, 9. 22 DI, Operaciones, “Informe sobre atentados en el ferrocarril de Córdoba”, junio de 1937.

¹¹⁴⁹ AGMAV, C. 1727, 9. 52 DI, Operaciones, “Informe de que el enemigo cuenta con personal especializado en golpes de mano”, junio de 1937. AGMAV, C. 1682, 17. 23 DI, Información, “Sobre guerrilleros y paracaidistas enemigos”, agosto de 1937.

¹¹⁵⁰ Por ejemplo, el entonces soldado José Luis Martín Vigil, alistado en una bandera de Falange que condujo operaciones antiguerrilleras en Asturias, apuntaba que los mandos no transmitían los objetivos de las

este modo, esa implicación permitía a las fuerzas rebeldes alcanzar esferas en las que de otro modo no tenían ni medios ni capacidad para penetrar, poniendo de nuevo de manifiesto que una parte considerable de los aparatos depurativos y de información se sustentaban, de forma ineludible, en la participación de los actores corrientes. Además, esa participación contribuía a la consecución de otros de los objetivos del Nuevo Estado, como era la depredación de los lazos de sociabilidad tradicionales y su sustitución por nuevas lealtades sobre la base de convergencia de ambos, autoridades y delatores, en los procesos depurativos.¹¹⁵¹ Por ejemplo, a mediados de noviembre de 1937 el gobernador militar de Cáceres enviaba un telegrama al comandante de la 152 DI, el general de brigada de infantería Ricardo Rada Peral, para confirmar si cuatro vecinos de la localidad de Alcuéscar habían ejercido de guías en las operaciones «para castigar a los foragidos [sic] que se habían infiltrado» en la cercana Sierra de San Pedro, con el objetivo de dar curso a la orden para que les fuesen pagadas una serie de cantidades, nada despreciables por otro lado –10 pesetas por cada día de trabajo–, como gratificación por sus servicios.¹¹⁵² A través de su participación en estas operaciones, los cuatro individuos se habían significado claramente dentro del pueblo, convirtiéndose no solo en personas a evitar por aquellos que pudieran tener miedo a ser víctimas de la represión, ya que nunca se podía saber hasta dónde llegaba la colaboración con las autoridades, sino también en potenciales víctimas de represalias por parte de los guerrilleros.¹¹⁵³ Una situación que, conviene también recordar, no siempre tenía una explicación en clave ideológica, ya que, simplemente, podían haber optado por este camino para conseguir algo de dinero con el que sustentar a sus familias en un contexto de devastación económica como consecuencia de la guerra.

En consonancia con las prácticas recurrentes desplegadas por las unidades en la ocupación de las distintas localidades que se iban tomando, las fuerzas contraguerrilleras que operaban en la retaguardia desplegaron una violencia proactiva y expeditiva que, según los partes de operaciones y los testimonios ofrecidos por algunos combatientes, tendía más a resultar en la eliminación de estos partisanos que no en su captura. El por entonces soldado José Luis Martín Vigil tuvo su primer destino, tras la caída de Asturias en manos rebeldes a finales de octubre de 1937, en la 5ª Bandera de Falange de la región, a la cual se le asignó la tarea de perseguir a republicanos huidos y a antiguos milicianos que no se hubiesen entregado o no hubiesen sido apresados por el ejército. Su relato describe escenas de un terror proactivo que tenían como objetivos tanto a combatientes que ofrecían resistencia como a capturados y civiles, generalmente familiares de los individuos a los que se buscaba.¹¹⁵⁴ En este sentido, estas operaciones respondían a un evidente

acciones hasta el mismo momento en que las fuerzas se ponían en marcha, «dado que no se descartaba la existencia de chivatos en el pueblo». José Luis MARTÍN VIGIL: op. cit., p. 105.

¹¹⁵¹ Jorge MARCO y Mercedes YUSTA RODRIGO: op. cit., pp. 232-233.

¹¹⁵² AGMAV, C. 1894, 10. 152 DI, Gratificaciones, “Interesando al Gobierno Militar de Cáceres, gratificación en Metálico, para cuatro paisanos que fueron guías en las operaciones de la Sierra de San Pedro”, noviembre de 1937.

¹¹⁵³ Jorge MARCO y Mercedes YUSTA RODRIGO: op. cit., p. 234.

¹¹⁵⁴ José Luis MARTÍN VIGIL: op. cit., pp. 91-117. Véase también AGMAV, C. 1279, 78. Ejército del Sur, Operaciones, “Batidas a huidos en las Sierras de Huelva y Sevilla (Gobierno Mar. de Huelva), enero de 1938. Según el testimonio de Martín Vigil, algunos de estos guerrilleros que acababan ejecutados lo hacían al intentar escapar tras haber sido apresados, lo que conecta con las prácticas puestas en marcha

esquema de guerra antipartisanas que empleaba de mecanismos de violencia ejemplarizante, relacional e indiscriminada similares, en lo cualitativo, a los que veíamos en 1936. Por ejemplo, en unas instrucciones dadas en enero de 1938 a las unidades implicadas en la tarea de lucha contra las partidas republicanas en la zona de Navalmoral de la Mata (Cáceres), se indicaba que con el objetivo de poner fin a este tipo de actividades se debían incrementar la vigilancia y la represión, una de cuyas manifestaciones era la identificación de «los más significados extremistas que queden en libertad de los pueblos del radio marcado», su detención y su ejecución en caso de que se produjesen sabotajes.¹¹⁵⁵ Teniendo en cuenta la profundidad de la depuración operada en Extremadura, el hecho de que muchos de los que no cayeron víctimas de estos procesos habían huido, y las categorías amplias y ambiguas de identificación del enemigo, estos rehenes bien podían ser los familiares de los individuos huidos, lo que evidenciaba naturaleza de la violencia y la doble función, paralizante y purgativa, que cumplía. Además, esta violencia daba pie a la comisión de excesos que, esta vez sí, iban decididamente en contra de los intereses del ejército, trasgrediendo por tanto el marco normativo construido a principios de 1937. En unas instrucciones de marzo de 1938 en las que se ordenaba incrementar la vigilancia en las líneas férreas, se advertía también de que debía designarse un oficial que mantuviese la disciplina de las tropas en los centros de entrega y depósito de víveres, pues durante las operaciones se habrían llegado a producir asaltos y saqueos por parte de los combatientes.¹¹⁵⁶

En última instancia, la experiencia de toda esta violencia crónica por parte de los combatientes contribuyó a ese proceso de socialización ideológica diseccionado en capítulos anteriores.¹¹⁵⁷ Bien es cierto que hubo soldados que, en sus memorias, mostraron discrepancias considerables hacia el modo en que se estaba aplicando. Es el caso de Martín Vigil, que afirmaba no lograr «tragar, ni siquiera en mis momentos de mayor fervor patriótico», el que se condenase a juicio sumarísimo, por rebelde, a todo aquel militar que no se hubiese sumado a la insurrección, sobre la base de una de las muchas formas por las que se acabó conociendo a la Guerra Civil, la guerra fratricida, en la que «bajo cualquier color, y con cualquier clase de siglas, se iban a perpetrar idénticas atrocidades».¹¹⁵⁸

durante la posguerra contra las partidas antifranquistas. Véase Jorge MARCO y Mercedes YUSTA RODRIGO: op. cit., p. 243.

¹¹⁵⁵ AGMAV, C. 1891, 5. 152 DI, Sabotajes, “Normas para reprimir el sabotaje en el Sector de Navalmoral”, enero de 1938. De hecho, este tipo de medidas antiguerrilleras eran también empleadas como subterfugio para incrementar el control que ejercían las fuerzas armadas, en este caso el político. En unas órdenes de agosto de 1937, se aludía a las milicias como uno de los potenciales focos de infiltración de agentes enemigos, lo que consecuentemente conducía a ordenar se aumentase la vigilancia y la monitorización de estas fuerzas. Algo que, casualmente, contribuía a su sometimiento, dado que no había pasado demasiado tiempo del Decreto de Unificación. Véase AGMAV, C. 1890, 15. 152 DI, Sabotajes, “Normas del C. Gral. del Generalísimo para evitar la perturbación en las fuerzas propias por parte del enemigo”, agosto de 1937.

¹¹⁵⁶ AGMAV, C. 1588, 56. 15 DI, Vigilancia, “Para custodia de Centro de entrega, depósitos de víveres, etc.”, marzo de 1938.

¹¹⁵⁷ Claudio HERNÁNDEZ BURGOS: “Bringing back Culture...”, p. 459.

¹¹⁵⁸ José Luis MARTÍN VIGIL: op. cit., pp. 24 y 28. Sobre las múltiples definiciones de la guerra véase el texto referente de Santos JULIÁ: “Los nombres de la guerra”, *Claves de razón práctica*, 164 (2009), pp. 22-31. Otros ejemplos de combatientes que rechazan las ejecuciones extrajudiciales en el frente en José María RESA ORTEGO: op. cit., p. 52; o Francesco ODETTI: op. cit., p. 117;

Pero, como ya plantease antes, estas discrepancias constituían formas particulares de procesar la realidad, y no un rechazo a la totalidad del proyecto que representaban dichas ejecuciones. La participación activa o pasiva de los combatientes en este tipo de excesos era en sí misma una experiencia de socialización ideológica, pues la violencia, en aplicación de unos mecanismos de inclusión-exclusión y unas categorías que identificaban al enemigo en términos perfectamente comprensibles para unos individuos sometidos a una constante propaganda política, transformaba la realidad definiendo de forma práctica los contornos de la nueva comunidad nacional. Los que morían o eran torturados, las mujeres violadas, las rapadas o todas aquellas personas a las que se hostigaba de forma permanente en sus pueblos y ciudades, estaban fuera. Los situados al otro lado del fusil, estaban dentro. Porque el discurso que ensalzaba cómo «el corazón español desahoga a cuchilladas todo el cúmulo de emociones de que estaba ahíto» era una cosa, pero la experiencia tangible de ese discurso otra muy distinta, mucho más performativa.¹¹⁵⁹ Por supuesto, la mayoría de individuos no entendieron los saqueos sino como lo que eran, la posibilidad de poder robar impunemente y obtener un botín con el que complementar su precario salario. Como tampoco entendieron la violación como una forma de castigo al atrevimiento de las mujeres por haber cuestionado su papel sociosexual en la comunidad. Las dimensiones de la violencia sexual y la multiplicidad de perfiles femeninos que la sufrieron descartan una interpretación que únicamente discurra en tal sentido. De hecho, la significación de ambas violencias en términos netamente ideológicos fue un producto de la propia narrativa legitimadora de la guerra. Sin embargo, el señalamiento de unos objetivos concretos, construidos en esos mismos términos ideológicos, los intentos de contener la violencia fuera de esos márgenes, y la propia vivencia de dicha violencia, contribuían a reconstruir los marcos de referencia en un sentido muy evidente. Eso no implicaba, ni mucho menos, que todos los individuos, incluso los más convencidos, aceptasen de buen grado la campaña de depuración puesta en marcha por las armas rebeldes. Pero, quizá, sí se llegó a una suerte de consenso que permitía, a un Aznares que etiquetaba el episodio de la La Loma de los Celleros como «un crimen [...] que vulnera todas las leyes de la guerra», calificar el terror caliente de Alozaina, dirigido según su propio relato hacia los “rojos” que habían asesinado brutalmente a la familia de un habitante del pueblo, como algo «horrible, pero no incomprensible».¹¹⁶⁰

¹¹⁵⁹ Emilio OLIVER ORTIZ: op. cit., p. 211. Una idea similar en Policarpo CÍA NAVASCUÉS: op. cit., pp. 131, 132 y 141.

¹¹⁶⁰ AKELA [José Aznares García]: op. cit., pp. 171 y 61, entradas del 17 de septiembre y el 12 de febrero, respectivamente.

Capítulo 14

Violencia y políticas de ocupación III (marzo 1938 – abril 1939) El fracaso en la contención de la violencia

El 22 de febrero de 1938 el ejército sublevado reconquistaba, tras dos meses de intensos combates que conformaron una de las batallas más sangrientas de la guerra, la ciudad aragonesa de Teruel. El EPR había lanzado una ofensiva sobre la población el 15 de diciembre anterior en un intento por desviar la atención de Franco de Madrid, ya que las fuerzas insurgentes estaban concentrando divisiones para iniciar un asalto definitivo contra la capital. Sin embargo, más allá del fracaso republicano y de los elevadísimos índices de bajas sostenidos por ambos contingentes, la batalla de Teruel supuso un punto de inflexión decisivo en la marcha de la guerra debido a una cuestión crucial: el EPR, en su esfuerzo por conseguir un golpe de efecto tras la derrota sin paliativos en el Norte, había empeñado y perdido a sus mejores unidades militares.¹¹⁶¹ De este modo, menos de dos semanas después de que el ejército sublevado entrase en Teruel tras una brutal campaña librada en medio de uno de los inviernos más crudos de todo el siglo XX español, el CGG decretó el comienzo de una de las mayores, más rápidas y más devastadoras operaciones de toda la guerra, la ofensiva de Aragón, que terminó por cortar en dos el territorio republicano cuando las fuerzas de la 4ª División de Navarra, al mando del general Camilo Alonso Vega, conquistaron el 15 de abril la localidad castellanense de Vinaroz. Esto daba buena cuenta del estado material y humano en que se encontraba el EPR, notablemente desgastado tras todos los combates sostenidos en el año 1937, que no habían reportado victorias decisivas más allá de los éxitos a la hora de frenar las ofensivas para envolver Madrid en la carretera de La Coruña, el Jarama y Guadalajara. Y, además, cuya capacidad de sostenimiento se había visto considerablemente afectada por la pérdida de toda la zona Norte del país. En este sentido, lo que se abría ante los rebeldes no era sino un nuevo cambio de escenario bélico, esta vez de mucho mayor calado que el vivido tras el fracaso de asalto a la capital de finales de 1936. La guerra, visto el modo en que a duras apenas habían conseguido frenar los republicanos las acometidas del ejército sublevado, estaba virtualmente ganada.¹¹⁶² Quedaba ciertamente mucho camino todavía por delante, como demostrarían los durísimos combates del Ebro o Peñarroya, pero a la altura del día 15 de abril de 1938, cuando Vinaroz pasaba a engrosar la larga lista de municipios que habían sido reincorporados a la verdadera España, parecía cuanto menos utópico que la República fuese capaz de revertir militarmente el curso de la contienda. De hecho, en el informe ya mencionado de Cañizares, elaborado tan solo una después del inicio de la ofensiva de Aragón, la última de las fases en las que dividía el conflicto, y que estaba por llegar, correspondía a un escenario en el que «destrozado el enemigo y en desorden su

¹¹⁶¹ David ALEGRE LORENZ: *La batalla de Teruel...* La consideración de Teruel como un punto de inflexión en la guerra ha tenido un amplio recorrido historiográfico. Véase José M. MARTÍNEZ BANDE: *La batalla de Teruel*, Madrid, San Martín, 1990.

¹¹⁶² Incluso algunos informes de la inteligencia británica daban por segura la victoria de Franco antes de la batalla de Teruel. Véase TNA, WO/1587, "Situation in Nationalist Spain. Information Received from a Militar Source", noviembre de 1937.

retaguardia, la guerra adquiriera una intensidad maniobrera inusitada en que pequeñas columnas haya de realizar las ocupaciones simultáneas de numerosos objetivos», el cual él identificaba, de forma un tanto optimista, con la operación que estaba teniendo lugar en ese mismo momento en el Noreste español: «Es probable que la ofensiva de Aragón lleve a esa situación, pero... no es mi deseo hacer pronósticos».¹¹⁶³

Si bien Cañizares se adelantó un año en la identificación de la conocida propagandísticamente como Ofensiva de la Victoria, su informe no hacía sino reflejar el sentir de los mandos del ejército rebelde, es decir, que los combates que se estaban librando suponían un golpe irreversible para la República. Consecuentemente, el ejército ya no precisaba de la violencia como arma de guerra, no al menos en un lugar tan central como el que había ocupado hasta ahora. Desde luego, la depuración continuaría presentando niveles y dimensiones similares, pero la naturaleza proactiva e indiscriminada del esquema bélico rebelde, los saqueos, los excesos, las violaciones y, en definitiva, el maltrato sistemático al civil eran, en este nuevo marco bélico, más contraproducentes que otra cosa. Incrementaban la voluntad de resistir del enemigo, impedían el despliegue de las labores de propaganda y atracción hacia el proyecto político contrarrevolucionario en regiones, además, particularmente hostiles como Cataluña o Valencia, y comportaban un mayor índice de destrucción y devastación de unos pueblos, ciudades, infraestructuras y medios de vida que resultaban capitales para reconstruir, en la inminente y victoriosa posguerra, un país en ruinas.¹¹⁶⁴ Por ello, a partir de marzo de 1938 se operó una absoluta reorientación de las políticas de ocupación y violencia bélica del ejército insurgente, redefiniendo de forma decidida y profunda los marcos en los que dicha violencia se podía implementar, que fueron reducidos considerablemente. Todo un proceso que buscó poner coto a unas prácticas que se habían instigado y tolerado durante casi dos años de conflicto, y que por este motivo se topó de frente con una realidad endémica y de unas dimensiones que, como veremos, hicieron imposible su transformación efectiva.

Una de estas nuevas directivas de ocupación fue publicada el 17 de marzo bajo el título de Instrucción General nº 32 y firmada por Fidel Dávila Arrondo, en calidad de general en jefe del Ejército del Norte, que era el encargado de comandar la ofensiva. Enviada a todas las GGUU, unidades y subunidades participantes en la operación, definía las líneas maestras de la conducta que debían seguir estas en la entrada a los pueblos y localidades que se fuesen conquistando y, sobre todo, en el trato con la población civil. En este nuevo marco, la misión del ejército era llevar a estos pueblos “liberados” el «orden, la disciplina y la justicia que reina en la España Nacional», algo que según apuntaba Dávila se lograba «siempre y [...] con ejemplar rapidez por nuestra sola presencia». No obstante, a buen seguro consciente de que esa afirmación de que el “orden, la disciplina

¹¹⁶³ AGMAV, C. 1675, 9, p. 3. 21 DI, Organización “Evoluciones de la Guerra de España, vistas desde el Ejército del Sur”, marzo de 1938. En la misma línea, un informe de la inteligencia británica también apuntaba a la ofensiva de Aragón como un movimiento decisivo para el curso de la guerra si conseguía, como efectivamente hizo, cortar en dos el territorio republicano. Véase TNA, WO 106-1586, “Possible effects of a victory by the Nationalists”, abril de 1938.

¹¹⁶⁴ Sobre la reconstrucción de posguerra véase Carlos FORCADELL ÁLVAREZ y Alberto SABIO AL-CUTÉN (eds.): *Paisajes para después de una guerra. El Aragón devastado y la reconstrucción bajo el franquismo (1936-1957)*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2008.

y la justicia” tenían siempre un lugar central en la actuación del ejército era simple retórica, aun incluso teniendo en cuenta que la depuración era vista por muchos como, efectivamente, la imposición del orden, la disciplina y la justicia de la “España Nacional”, Dávila detallaba, con un nivel de precisión no visto anteriormente, toda una serie de disposiciones que tanto los soldados como los oficiales debían tener muy en cuenta a la hora de proceder sobre el terreno. En primer término, se apuntaba que «es necesario impedir de la manera más enérgica que en las primeras horas de la ocupación se produzcan confusiones y excesos que acarreen a los habitantes vejaciones y perjuicios en lo poco que las hordas rojas les han dejado». De este modo, se admitía de forma explícita que la cotidianidad de las ocupaciones estaba marcada por habituales desmanes que acarrearían “vejaciones”, un eufemismo que bien podía referir a malos tratos, agresiones, torturas o violaciones, y “perjuicios” en la propiedad de los habitantes de los diferentes municipios por los que pasaba el ejército, es decir, robos y saqueos. De hecho, el empleo del término “confusiones” no hacía sino refrendar que este tipo de actos no habían sido vistos, hasta la fecha, como esencialmente condenables, toda vez que eran instigados por la propia estructura depurativa y de violencia construida por el ejército y tolerados por no pocos mandos sobre el terreno. Además, existía una evidente diferencia en la selección de los calificativos con, por ejemplo, el bando contra saqueos emitido por la comandancia militar de Talavera de la Reina en octubre de 1936, que los definía como “miserables atentados” cometidos por “gentes de mal vivir”. Y, de igual forma, con cómo se fue endureciendo el lenguaje empleado en las sucesivas instrucciones dadas a medida que avanzaba el año 1938.

De cara a intentar evitar que las tropas se desmandasen, la directiva apelaba específicamente a la oficialidad para que «inspire a su tropa el mayor respeto a las poblaciones ocupadas que ni aún después del combate empeñado para [a]rrojarse [sic] de ellas al contrario han de ser consideradas como enemigas». Por un lado, la referencia directa a los mandos ponía de manifiesto la importancia y responsabilidad que estos tenían en la capacidad de sus tropas de cometer desmanes y excesos, ya que hemos ido observando cómo estas apelaciones eran una cuestión recurrente en las diferentes directivas de ocupación y conducta de las unidades. De hecho, cabe recordar también lo que planteaba el teniente médico José Aznanres acerca de que saqueos, ejecuciones y violaciones eran prácticas que perfectamente podían contenerse si se imponía una disciplina efectiva. Pero, por otra parte, la mención al combate aludía también a un elemento nuclear del esquema bélico rebelde. Ya veíamos, en el periodo comprendido de julio a noviembre de 1936, cómo las poblaciones que ofrecían cualquier tipo de resistencia al avance de las fuerzas rebeldes, como en los casos de Llerena, Almendralejo o Guareña, sufrían un castigo brutal en respuesta por su atrevimiento, bajo la premisa de que mayor resistencia mayores eran las represalias. Sin embargo, el hecho de que se tuviese que hacer alusión directa a esta cuestión en una fecha tan alejada de esa primera fase de la guerra como marzo de 1938 evidenciaba que ese tipo de prácticas de castigo y venganza habían continuado formando parte del catálogo de violencias desplegadas por el ejército rebelde. Y, de nuevo, esas represalias no solo tenían que ver con depurar de forma efectiva y profunda los pueblos que se le iban arrebatando a la anti-España, sino que también se relacionaban con dinámicas propias del espacio del frente, como la necesidad de venganza que sentían ciertos

soldados tras combates especialmente duros, como ya veíamos que algunos de ellos, caso de Torrijos o Martín Vigil, admitían en sus memorias. Es decir, que las instrucciones de Dávila, en su intento por definir un nuevo marco normativo de, ahora sí, contención real de los excesos cometidos por las tropas rebeldes, paralelamente admitían que las continuidades en el modo de hacer la guerra entre la fase inicial de conflicto y la que había seguido al fallido asalto sobre Madrid eran más que notables, lo que en cierto modo contribuiría a sustentar esa interpretación de que la violencia retomó su carácter preventivo y proactivo, al modo de la guerra fascista. Por todo ello, la directiva ordenaba que se designase una unidad concreta para establecer un servicio de vigilancia en las poblaciones y evitar que los soldados entrasen a las casas, teniendo que quedar el grueso de las fuerzas fuera de los cascos urbanos hasta nuevo aviso. Un esquema organizativo similar al que ya se intentó poner en marcha en diciembre de 1936 y que, a tenor del recordatorio, no parecía haber sido todavía interiorizado, al menos no de forma mayoritaria, por las unidades insurgentes.

Una segunda cuestión de la directiva del 17 de marzo tenía que ver con la organización de los transportes, debido fundamentalmente a la envergadura de la operación y a la previsión de que los avances del ejército serían considerables, lo que obligaba a articular un sistema de suministro y traslado a las fuerzas acorde a las necesidades de tamaño ofensiva. Sin embargo, de nuevo salían a relucir los problemas que ya veíamos en la primera parte relativos a la falta de adaptación a las tácticas de la guerra moderna. Se apuntaba que los camiones, como también el ganado y las tropas, se agrupaban en grandes concentraciones que eran fácilmente identificadas y atacadas por la aviación republicana. Además, se señalaba que los vehículos a motor tendían a detenerse donde les parecía oportuno, un problema agravado por la ausencia de los oficiales responsables de estos transportes, lo que convertía las vías de circulación en un considerable caos y, de igual modo, impedía que las unidades avanzasen de forma sostenida y aprovechando al máximo las oportunidades que se pudiesen derivar del resultado de determinados combates. Es decir, que la desorganización existente en el ejército rebelde seguía lastrando la capacidad operativa de las unidades y, consecuentemente, postergando la consecución del triunfo sobre el EPR. Pero, de forma más relevante para la cuestión abordada en esta última parte de la tesis, el hecho de que los transportes se detuviesen de forma arbitraria donde consideraban oportuno, entorpeciendo así la circulación del resto de vehículos, contribuía a generar un ambiente de falta de autoridad respecto a determinadas cuestiones que probablemente influía también en la propia conducta criminal de las tropas sobre el terreno. Como, por ejemplo, en la mención que Dávila hacía a que pese a alegar «constantemente [...] las Unidades falta de medios de transporte», al mismo tiempo «se observa que gran número de camiones van ocupados por voluminosos equipajes, enseres y muebles», una práctica que se calificaba como «corruptela» y a la que se ordenaba poner fin. Según se infería del comentario de Dávila, no solo se robaba y saqueaba las casas de las localidades que se iban ocupando, sino que incluso se utilizaban transportes militares para llevar esos botines a retaguardia, con el consiguiente perjuicio que eso conllevaba para los propios saqueadores, que no en vano eran los soldados que conformaban las unidades a las que pertenecían esos vehículos y, por ende, sufrían las consecuencias posteriores de no disponer de suficiente munición, suministros o medios para la evacuación de heridos a retaguardia.

De forma evidente, los oficiales toleraban y participaban de estas prácticas, lo que dibujaba un escenario de falta de disciplina militar crónica.

Finalmente, la Instrucción General nº 32 recordaba a todos sus destinatarios el espíritu que debía presidir las operaciones que se estaban llevando a cabo, un planteamiento de la función del ejército que difería notablemente del formulado en contextos bélicos previos. Así, se apuntaba que «El Ejército en sus avances ha de demostrar su disciplina, su organización y sentido del orden respetando la hacienda de los ciudadanos que se incorporan a la España Nacional». Para lograr este objetivo, «todos los mandos deben empeñar su mejor voluntad para que dese el primer contacto de nuestras tropas con las nuevas poblaciones aquellas den la sensación de su elevada moral y recto espíritu de justicia». Ese “primer contacto” era la clave de bóveda que articuló las cambiantes políticas de ocupación del bando sublevado durante la Guerra Civil. La depuración continuó siendo ejercida en retaguardia hasta muchos meses después de que las tropas hubieran abandonado las localidades, y de forma general durante los muchos años que duró la guerra en España tras 1939. Sin embargo, la forma en que los soldados entablaban ese “primer contacto” con la población influía decisivamente en el modo en que esta construía su relación con el bando al que representaban dichos combatientes. Si entraban a sangre y fuego, violando, saqueando y ejecutando civiles de forma arbitraria, incluso entre los propios partidarios de la sublevación, lo único que se conseguía era generar hostilidad y alejar a la población del proyecto político y social que intentaban construir los rebeldes. Si, por el contrario, la ocupación se realizaba respetando a los habitantes de los pueblos y sus propiedades, se propiciaba que los sectores que no se fuesen a ver excesivamente afectados por la depuración se acercasen al Nuevo Estado, ampliando así su base social. Y, desde luego, a partir de marzo de 1938, ante un bando republicano que apenas se sostenía en pie y claramente condenado a una derrota más pronto que tarde, el segundo de los escenarios era el más idóneo para los objetivos de posguerra que perseguían los insurgentes.¹¹⁶⁵

No obstante, un escrito enviado el 29 de marzo enviado por Dávila a las unidades participantes en la ofensiva ofrecía los primeros indicios de que las nuevas normas no estaban teniendo una fácil implementación sobre el terreno. Según aseguraba el comandante del Ejército del Norte, había recibido informaciones de que «en la reciente ocupación de poblaciones se han dado algunos casos de expoliación en los ajueres y bienes de los habitantes, a veces hasta en la misma presencia de ellos». De hecho, la gravedad de estos episodios llegaba hasta el punto de «ha[ber] sido detenido algún vehículo que traía hacia el interior ropas y mobiliario robado en los pueblos», lo que precisamente confirmaba el empleo de los transportes militares, como ya se mencionaba en la directiva anterior, para trasladar el producto de los saqueos a la retaguardia. Tal y como subrayaba Dávila, estos actos no hacían sino «deshonrar al Ejército», estando «en total desacuerdo con la tradicional hidalguía de nuestro pueblo pronto a socorrer al desvalido, que es la

¹¹⁶⁵ Véase esta primera directiva en AGMAV, C. 1562, 55. 13 DI, Organización, “Escrito del día 17 de este mes del Ejército del Norte, en el que da normas sobre policía y vigilancia en las poblaciones ocupadas”, marzo de 1938. Una cuestión similar sobre el uso de vehículos militares para el transporte de enseres y objetos personales en AGMAV, C. 1824, 13. 75 DI, “Municiones (defectuosas, recuperación, consumo), intendencia y precios de venta de bienes al público”, marzo de 1938.

tarea más urgente que nos incumbe en relación con la zona liberada, antes que someterla a vejaciones inicuas». Este fragmento resumía en buena medida los varios niveles en los que el ejército sublevado articuló su ofensiva contra la comisión de excesos a manos de sus tropas. En primer término, el uso de un lenguaje muy directo y explícito en el que se calificaba de “inicuas” este tipo de prácticas denotaba el radical cambio de actitud, también discursiva, hacia la violencia bélica que, en este mismo escrito, se refrendaba unas líneas más tarde al definir las nuevamente como «los actos de violencia de algunos miserables». Por otra parte, se explicitaba que la principal función del ejército en esta fase del conflicto era “socorrer” a la España que había permanecido bajo el dominio republicano. No se hacía mención a grupos de individuos concretos como en instrucciones anteriores, sino simplemente a la “zona liberada”, lo que subrayaba esa necesidad de aplicar una política de atracción lo más amplia posible en regiones ya de por sí hostiles como Cataluña, Valencia o el Aragón Oriental. Finalmente, se evidenciaba también el cambio de paradigma respecto a la relación de la masculinidad combatiente con la violencia. El modelo ideal construido por la propaganda y el discurso fascista seguía siendo el del soldado agresivo y viril en el combate, pero ya no se trataba tanto de canalizar esa violencia hacia un esquema destructivo como una suerte de “ángel exterminador”. Por el contrario, lo que se pretendía era cultivar un perfil heroico del soldado, masculino y aguerrido en el combate pero siempre con una vertiente, igualmente importante, de generosidad y caballerosidad hacia los civiles, que a fin de cuentas no serían sino las víctimas involuntarias de la guerra. Sin ir más lejos, el escrito de Dávila instaba a los oficiales a hacer proselitismo entre sus hombres de esta evolución de la masculinidad combatiente, hablando «al corazón de su tropa persuadiéndola de que van en misión generosa de protección y amparo de las poblaciones libertadas, en la seguridad de que estas palabras darán el fruto apetecido dada la condición *noble y bondadosa* y de nuestros *heroicos* soldados». Sea como fuere, ese proselitismo iba acompañado de la amenaza de aplicar un «castigo ejemplar» a todo aquel que cometiese desmanes, al tiempo que se recordaban las órdenes dadas previamente sobre la necesidad de instaurar una estructura de comandancia militar inmediatamente después de la toma de cualquier enclave y de que las fuerzas debían acantonarse fuera de los pueblos como normal general.¹¹⁶⁶

El día 27 de marzo las tropas del Ejército de Norte entraban finalmente en Cataluña, una región que había permanecido bajo control republicano desde el inicio del conflicto, alcanzando y ocupando la ciudad de Lleida el 3 de abril después de sostener duros combates contra la 46 DIEPR de Valentín González “El Campesino”.¹¹⁶⁷ En las jornadas sucesivas, los distintos CE y unidades rebeldes fueron ocupando diversas áreas de las provincias de Lleida, hasta la línea del Segre, Tarragona y Castellón, llegando así a alcanzar el Mar Mediterráneo. La ocupación de estas zonas requería, sobre todo a la luz de los problemas que se estaban sucediendo en el frente, de la publicación de órdenes específicas que sirviesen para definir todavía más los límites del comportamiento que las fuerzas debían desplegar hacia la población civil en la entrada a los pueblos. Pero, fundamentalmente, para recordar a las formaciones en campaña los objetivos que perseguía el

¹¹⁶⁶ AGMAV, C. 1247, 44. Ejército del Norte, Disciplina, “En la ocupación de poblaciones. Expoliación de ajuares y bienes”, marzo de 1938. Las cursivas son mías.

¹¹⁶⁷ Gabriel CARDONA: *Historia militar de una guerra civil...*, pp. 234-235.

nuevo marco normativo que se intentaba implementar, máxime considerando la radical reorientación que había sufrido la cuestión de la violencia. A esta necesidad vino a responder una orden dada el 11 de abril por el CGG, en la que se buscaban resolver los «problemas delicados» que planteaba «La comenzada liberación de Cataluña», toda vez que se quería «no cometer yerros difíciles de borrar en el porvenir». Es decir, que como se infiere de esta primera puesta en situación, la violencia indiscriminada que había caracterizado el esquema bélico rebelde en los dos primeros años de guerra se ajustaba con bastante precisión a esos “yerros” que podían dejar una honda huella durante generaciones. De hecho, la directiva no solo intentaba realizar un recordatorio general, sino que la mayor especificidad y precisión respondía, nuevamente, a comportamientos que estaban teniendo lugar sobre el terreno, y que ponían de manifiesto el fracaso, al menos parcial, de las dos instrucciones anteriores:

«Llegan a mi Autoridad noticias de que por los Jefes de Unidades que ocupan los pueblos catalanes, se siguen conductas y procedimientos diferentes en lo que se refiere al trato dado a los habitantes. Mientras unos exigen a sus subordinados el mayor respeto a los naturales, otros se jactan de que entran en plan de conquistadores de un territorio que no era España y que *hay que españolizar* y para lograrlo, a todo el que habla en el dialecto catalán, aun de buena fe, lo encarcelan o lo que es peor, lo maltratan de obra, sin tener en cuenta que en muchos pueblos por la desgraciada política que desde hace tiempo imperaba en Cataluña, hay quien nunca aprendió en Castellano, o lo habla con dificultad.»¹¹⁶⁸

Dos cuestiones relevantes se pueden extraer de este fragmento. Por una parte, el comportamiento de los soldados evidenciaba que la propaganda sí tenía una cierta influencia en las percepciones de la tropa. El hecho de que considerasen Cataluña como un territorio que no era España y de que maltratasen a aquellos que únicamente hablaban catalán reflejaba que el discurso rebelde había construido nuevos marcos de referencia para la legitimación de la violencia, y por ende para su aplicación.¹¹⁶⁹ Algo que, igualmente, se habría visto reforzado por la experiencia de dicha violencia en etapas anteriores del conflicto, lo que apuntaba a la vivencia de y la participación en los excesos, en un contexto definido en términos netamente ideológicos, como una vía de socialización ideológica de los combatientes. De igual modo, el hecho de que algunas de las unidades tuviesen este comportamiento y otras no mostraba que la violencia no dependía simplemente de la aplicación de unos marcos predefinidos “desde arriba”, sino que tenía mucho

¹¹⁶⁸ AGMAV, C. 1367, 27. CE Marroquí, Disciplina, “Trato a personal en poblaciones que se liberen. Conducta de las tropas”, abril de 1938. La cursiva en el original.

¹¹⁶⁹ Sobre la relación entre el discurso construido por el bando sublevado y las identidades e idiomas regionales, que en ocasiones eran empleados en un cierto sentido folklórico y como mecanismos de movilización, pero que igualmente eran perseguidos y prohibidos, especialmente en Cataluña y el País Vasco, véase Xosé M. NÚÑEZ SEIXAS: *¡Fuera el invasor!...*, pp. 291-320, especialmente 303-305 para el caso de las identidades regionales, y 314-320 para los idiomas. De hecho, incluso los propios combatientes utilizaban, en ocasiones, su propio idioma, como ocurría con el catalán que empleaba José María MOLINET: op. cit., p. 14.

que ver con la particular capacidad de los agentes sobre el terreno. En este sentido, resultaban perfectamente comprensibles las constantes apelaciones a la oficialidad como el mecanismo principal para la efectiva puesta en práctica de las directivas sobre control y contención de las tropas, tanto porque ellos eran fuente de autoridad y tenían la posibilidad de castigar a los que cometiesen desmanes, creando así precedentes que marcarían el comportamiento de la unidad en ocupaciones sucesivas, como porque mediante la imposición de dichas penas contribuían a la creación de culturas y tradiciones bélicas en cada unidad que no tuviesen en la violencia indiscriminada uno de sus elementos identificativos. Una cuestión que, dicho sea de paso, evidenciaba que el poder del ejército tenía límites considerables, tan grandes como el ser incapaz de controlar a sus propios integrantes, lo cual le obligaba a “negociar” con los mandos sobre el terreno para implementar su control.

En cualquier caso, si algo destacaba de esta directiva era la voluntad de abrir espacios de reintegración para los habitantes de Cataluña. Pese a lo que tendía a señalar la propaganda, incluso el hablar únicamente catalán era una cuestión que no descalificaba a quien lo hacía de ser un buen español, ya que se culpabilizaba a las políticas que en las décadas anteriores habían ido sembrando el separatismo en las regiones de la España periférica.¹¹⁷⁰ En este sentido, la directiva buscaba inculcar esta percepción del espacio catalán en todos los participantes en la ofensiva, desde los altos mandos hasta el último soldado, «si queremos desde el primer día ganar el corazón de nuestros hermanos catalanes y no dar un mal paso que haga después más difícil la tarea de españolizar de corazón a Cataluña». Para ello, se indicaba que «es preciso no sembrar odios, y tener en cuenta que la única labor que ahora incumbe a las tropas de ocupación es la de ser justas y comprensivas, respetar la propiedad y los bienes, extremar el trato de hermandad con los habitantes y en una palabra llevarles la paz material y espiritual que tanto necesitan». Precisamente, era esa doble paz la que definía la voluntad de reintegrar, en la medida que la propia depuración lo permitiese, a todos aquellos que aun teniendo un pasado de militancia izquierdista pudieran todavía serle útiles al Nuevo Estado. El objetivo, como se señalaba específicamente, era evitar que tanto los desafectos a la causa rebelde como los que no lo eran, «teman a la España Nacional, si no [sic] para que la empiecen a amar los primeros y la amen aún más los segundos», un camino en el que la violencia indiscriminada, los saqueos o las violaciones no estaban contemplados como política de guerra. Lo cual no comportaba la inexistencia de procesos represivos de gran alcance. Como indicaba la propia instrucción, «el gobierno de la Nación desarraigará con una política adecuada el veneno separatista». Es decir, que el buen trato que debía dispensarse al grueso de los catalanes «no implica que no se detenga y encarcele por las tropas a aquellos que a juicio de las personas responsables y con garantía merezcan ese castigo», que en esencia significaba que la capacidad de señalar a aquellos que iban a ser víctimas de la depuración —las “hordas rojas” que veíamos en la primera directiva—, menos brutal en su primer impacto pero depuración al fin y al cabo, recaía en los oficiales militares, informantes, agentes de inteligencia y otro tipo de individuos que, como en 1936, seguían operando con categorías de identificación del enemigo amplias y ambiguas. Porque, como se dejaba

¹¹⁷⁰ Xosé M. NÚÑEZ SEIXAS: *¡Fuera el invasor!...*, pp. 307-309.

bien claro, «La justicia serena de la España Nacional no tiene nada que ver con el trato humano y comprensivo a que antes me refiero».¹¹⁷¹

Finalmente, de cara a asegurar el cumplimiento de las diversas instrucciones, y pese a apelaciones anteriores a una política de “persuasión”, el ejército era consciente de que la vía más eficaz, que no eficiente, para frenar los excesos y desmanes era el castigo y la imposición de penas disciplinarias y judiciales. Por tanto, se amenazaba con «ser inflexible con quien no coopere a esta política que tanto puede facilitar la futura que se ha de seguir con Cataluña» y con «castigar severamente a quienes no obren con el respeto que debe ser norma de un Ejército culto y civilizado», intentando, en todo caso, apelar nuevamente a ese cambio de paradigma hacia el modelo del soldado-héroe en un intento por transformar la mentalidad y las culturas bélicas construidas en el seno de las unidades rebeldes.¹¹⁷² Como recordaba una directiva de abril de 1938, la imagen que ofrecía el ejército en las ocupaciones era crucial, en la medida en que servía de base, buena o mala según hubiese sido la conducta desplegada por las tropas, para que el Nuevo Estado desplegara la “futura política” de cara a intentar atraer hacia su proyecto a cuantos más sectores sociales fuese posible. Dicha directiva de abril sancionaba la existencia de una columna de orden y policía, compuesta por fuerzas militares, Guardia Civil, Carabineros, Milicia y batallones de orden público, que debía colaborar en las ocupaciones de las localidades que se fuesen conquistando —fundamentalmente núcleos importantes—, razón para la cual se hallaba dividida en tres agrupaciones que cubrían los distintos teatros de operaciones del ejército rebelde. Uno de sus objetivos principales era el asegurarse de que no se produjesen requisas de ningún tipo sin la debida autorización, «prohibición [que] debe hacerse respetar implacablemente». Con ello, lo que se pretendía era evitar escenas como las que se habían vivido en las sucesivas ocupaciones de ciudades del Norte peninsular, definidas como un «espectáculo vergonzoso» causado por «la petición de requisa por toda clase de organismos y aun por muchos particulares».¹¹⁷³ La guerra que se pretendía ganar ahora no era tanto la de las armas como la de la imagen, por lo que las escenas de pillajes incontrolados, requisas forzosas o maltrato de civiles no hacían sino torpedear los planes de implantación del Nuevo Estado en el Levante español.

¹¹⁷¹ AGMAV, C. 1367, 27. CE Marroquí, Disciplina, “Trato a personal en poblaciones que se liberen. Conducta de las tropas”, abril de 1938. Los estudios locales sobre la represión en Cataluña y otras zonas ocupadas en 1938 y 1939 dan buena cuenta de que, pese a lo que veíamos que planteaban las directivas de ocupación, se implementó una considerable depuración en estas regiones. Véanse Miguel ORS MONTE-NEGRO: *La represión de guerra y posguerra en Alicante (1936-1939)*, Alicante, Instituto de Cultura Juan Gil-Alber, 1994; Josep SOLÉ I SABATÉ: *La repressió franquista a Catalunya (1938-1953)*, Barcelona, Edicions 62, 2003; o Gutmaro GÓMEZ BRAVO: *Geografía humana...* Según Paul PRESTON: *El holocausto español...*, pp. 817 y ss., la cifra de víctimas en Cataluña habría sido de 3.688 y la de Valencia de 4.922.

¹¹⁷² AGMAV, C. 1367, 27. CE Marroquí, Disciplina, “Trato a personal en poblaciones que se liberen. Conducta de las tropas”, abril de 1938.

¹¹⁷³ AGMAV, C. 2551, 3. CGG, EM, “Columna de orden y policía de ocupación”, abril de 1938. No obstante, nuevamente eso no comportaba un freno de los procesos represivos, pues se apuntaba que los tribunales militares encargados de la misma estaban ya constituidos para que pudiesen actuar rápidamente, como había sucedido en Málaga, Santander o Asturias. Esta misma directiva ampliada en AGMAV, C. 1215, 24. Ejército del Norte, Organización, “Columna de orden y policía de ocupación. Misión, funcionamiento e instrucciones”, enero de 1939

Consecuentemente, el trato que se dispensaba a los prisioneros de guerra fue objeto también de una profunda revisión por parte de las autoridades rebeldes. En este caso, primaban más las lógicas militares, aunque estos individuos no dejaban de ser potenciales integrantes de la sociedad del Nuevo Estado. Lo que se buscaba era ofrecer una salida creíble y confiable a los cientos de miles de soldados del EPR que, según apuntaban los informes rebeldes, estaban deseando encontrar el momento para desertar o, simplemente, entregarse sin combatir. Ante esa situación, «las tropas asaltantes deben poner la serenidad precisa para salvar estas vidas tan necesarias para la Nación», lo que señalaba dos cuestiones relevantes.¹¹⁷⁴ Por una parte, que el ejército rebelde pensaba ahora en términos netamente utilitaristas relacionados con la reconstrucción del país en la inmediata posguerra. Y, por otra, que las ejecuciones de prisioneros en el mismo frente, tal y como ya veíamos en el capítulo anterior, eran una práctica recurrente. Esa “serenidad” que se pedía a los combatientes delataba al propio esquema bélico rebelde. De hecho, la ingente cantidad de combatientes republicanos que estaban deseosos de cambiar de bando estaba cifrada, según unas instrucciones dadas por Dávila a principios de abril, en las tres cuartas partes de los integrantes del EPR, que se mantenían en filas «a la fuerza y obligados por el terror rojo», como por ejemplo mediante «ametralladoras a su retaguardia».

Esta situación motivaba que Dávila ordenase «extremar el buen trato y humanitarismo con los prisioneros españoles rojos, evitando que un disculpable rencor en el calor de la batalla pueda arrastrar a las tropas a extremismos contrarios al interés de la Causa». De nuevo, la referencia al “disculpable rencor” subrayaba la política de tolerancia hacia este tipo de prácticas en las fases previas del conflicto, que no venía sino a refrendar lo que ya indicaban los partes de operaciones, los informes militares y los testimonios de no pocos combatientes que habían sido testigos de ejecuciones extrajudiciales en el frente. Y que, al mismo tiempo, se volvía a reafirmar unas líneas después, cuando se mencionaba que lo que se buscaba respetando la vida de los prisioneros republicanos era evitar «que las fuerzas rojas se batiesen a la desesperada al saber que su entrega acarrearía la muerte inmediata».¹¹⁷⁵ Resulta significativo que esta afirmación no se construyese sobre la base de que la certeza de la ejecución fuese algo defendido por la propaganda republicana, sino sobre la asunción directa por parte de los soldados enemigos a partir de su propia experiencia, lo que esencialmente sugería la recurrencia de este proceder, ahora calificado como «inhumano». Sea como fuere, para la concepción de la guerra que el ejército sublevado tenía en ese momento, ese “interés contrario a la Causa” ejemplificaba el cambio de paradigma respecto a la violencia bélica —únicamente hacia los “españoles rojos”, lo que excluía a los combatientes extranjeros—, como venían señalando las directivas y órdenes de forma constante. Algo que, además, se refrendaba haciendo alusión al «desprestigio

¹¹⁷⁴ Esa afirmación en AGMAV, C. 2580, 97, p. 7. CGG, EM, Ejército del Sur, “Instrucciones sobre órdenes de operaciones”, marzo de 1938.

¹¹⁷⁵ Esta misma lógica se encontraba detrás de la retirada, en junio de 1942, de la Orden de los Comisarios [*Der Kommissarbefehl*], instaurada al comienzo de la Operación Barbarroja y que exigía a las tropas alemanas la ejecución sumaria e inmediata de los comisarios políticos soviéticos capturados en el frente. Ante esa perspectiva, los comisarios preferían resistir hasta la muerte antes que ser hechos prisioneros, lo que era claramente contraproducente para el esfuerzo de guerra alemán. Véase Félix RÖMER: *Der Kommissarbefehl: Wehrmacht und NS-Verbrechen an der Ostfront 1941/42*, Paderborn, Ferdinand Schöningh, 2008.

de la Causa Nacional», en la línea de las apelaciones que antes veíamos a la construcción de un modelo del soldado caballeresco. En todo caso, y como nunca se dejaba de recordar en cada una de las directivas que apuntaban hacia la contención como el nuevo patrón conductual, «Aquellos Jefes o milicianos que hayan cometido crímenes o sean responsables de delitos, pasan constantemente por los tribunales que discriminan su responsabilidad y ejercen con toda urgencia la justicia».¹¹⁷⁶ El objetivo, sí, era intentar aplicar una política de ocupación mesurada para atraer al máximo número de sectores sociales posibles al proyecto rebelde, pero eso no significaba abandonar a aquellos que creían, en mayor o menor medida, en la tarea depurativa que llevaba a cabo el ejército, ni tampoco poner en riesgo lo que tanta propaganda, tanto adoctrinamiento, tantas promesas y tanta violencia había costado atraer a las filas rebeldes. Como mencionaba antes, era también esta una guerra de imagen, en este caso de puertas para adentro.

No obstante, de una forma similar a lo que sucediera tras la construcción del nuevo marco normativo y de ocupación una vez consumado el fracaso del asalto a Madrid, quizá todavía más evidente al ser la reorientación ahora planteada de un calado mucho mayor, las instrucciones operaban en un plano y las tropas en otro muy diferente. Diversos testimonios de combatientes, así como también algunos informes elaborados por el propio ejército, permiten ejemplificar las dificultades de implementación de las nuevas normas de conducta por las que se debía regir la actuación de las unidades, y que ya esbozaban los propios comentarios incluidos en las sucesivas directivas que hemos ido viendo. Respecto a la cuestión de los prisioneros, se continuaron produciendo ejecuciones sumarias en el frente, a tenor del testimonio del soldado Manuel Alfredo Paz:

«aparecieron dos legionarios conduciendo a un guardia de asalto prisionero. El teniente que mandaba aquel destacamento le hizo varias preguntas, a las que contestó con serenidad y certeza. Acabado el interrogatorio ordenó al cabo de la plana mayor que lo llevase al teniente coronel. Recibida esta orden, el cabo coloca un peine en su fusil, elige dos hombres y manda salir al cautivo adelante. Inmediatamente detrás le siguen otros dos hombres con picos y palas. Presentimos lo que va a pasar y el corazón se nos encoge [...] Escasos segundos después de haberse puesto en movimiento tan funesta comitiva sonó un disparo, seguido de otro, que nos anunciaron el fin de aquel desgraciado.»¹¹⁷⁷

Pero, al igual que veíamos en el capítulo anterior, y tal y como dejaba claro la directiva de trato hacia prisioneros “españoles rojos”, los objetivos predilectos de estas políticas de justicia extrajudicial continuaron siendo los brigadistas internacionales. Tras la ruptura del frente por el sector de Belchite en marzo de 1938, la unidad del legionario inglés Peter Kemp capturó a varios integrantes de la Brigada Thälmann, a los cuales se ejecutó a base de bayonetazos y tiros de gracia en el mismo frente: «No esperaban cuartel, ni tampoco lo recibieron». Además, uno de los brigadistas alemanes fue capturado e interrogado, tras lo cual el capitán al mando de la unidad, apellidado Cancela, decretó que

¹¹⁷⁶ AGMAV, C. 1356, 41. CE Maestrazgo, Información propia, “Trato a prisioneros españoles rojos (Ejército del Norte)”, abril de 1938.

¹¹⁷⁷ Manuel Alfredo PAZ FERNÁNDEZ: op. cit., pp. 285-286.

fuese fusilado inmediatamente. Según el testimonio de Kemp, para los legionarios no planteaba problema alguno el ejecutar a estos individuos, tal y como le había manifestado el mismo Cancela en un combate anterior en el que también apresaron a varios brigadistas, una docena. Ante el horror que el inglés afirmaba sentir por los fusilamientos, el oficial le contestó: «Son de las Brigadas Internacionales».¹¹⁷⁸ Lo cual, dicho sea de paso, constituía una de las pocas asunciones directas y aproblemáticas de las órdenes dadas por los altos mandos rebeldes, precisamente aquella que daba rienda suelta a las ejecuciones. En todo caso, esta cuestión nos sitúa de nuevo ante la relación entre la aplicación de la violencia, las propias culturas bélicas de las distintas unidades, la tolerancia de los mandos y las creencias de cada individuo. El soldado Manuel Alfredo Paz, pese a que ya hemos visto en ocasiones anteriores cómo se identificaba con aspectos importantes de la causa rebelde, hasta el punto de llegar a impartir algunas conferencias patrióticas para los integrantes de su unidad, rechazaba abiertamente, en base a sus principios católicos, el fusilamiento en caliente de individuos capturados, reflejando así que la catolicidad no conducía invariablemente hacia una interpretación monolítica del conflicto o la violencia: «En nombre de Cristo hicimos la guerra; la cruz fue nuestro signo; por Dios se luchaba, y en fin, la religión patrocinaba también nuestras acciones; pero ahora digo yo, ¿en el decálogo base y reglamento de la religión católica, apostólica, romana, no hay un artículo o mandamiento que dice: No matarás? [...] sólo los que tengan sus manos manchadas de sangre inocente deben ser condenados».¹¹⁷⁹ De igual modo, el carlista José María Molinet, evadido a la España sublevada y voluntario del tercio catalán Nuestra Señora de Montserrat, por tanto un soldado presumiblemente convencido de la causa rebelde, aceptaba sin problemas la aplicación de una justicia reglada, en vez del fusilamiento inmediato, para un prisionero republicano que había sido identificado como responsable de varios crímenes por un combatiente carlista de su unidad: «Han separado al denunciado, al que seguirá un juicio sumarísimo [...] una vez juzgados, recibirán su castigo merecido».¹¹⁸⁰

Ambos ejemplos eran reflejo de la heterogeneidad que se daba cita en las filas insurgentes, que quizá tenía mayor capacidad de manifestación en una cuestión tan contingente como la tolerancia hacia la violencia. Podía suceder, como en el caso de Molinet, que una unidad formada *a priori* por combatientes convencidos políticamente, favorables por tanto a la depuración de la anti-España, tuviese un oficial al mando que, debido a sus propias convicciones personales, contribuyese con su ejemplo y autoridad a construir una cultura de respeto a las normas de conducta dictadas por el ejército. De hecho, el mismo Molinet protagonizaba, a finales de noviembre de 1938, otro episodio en el que daba buena cuenta de su posición frente a las ejecuciones extrajudiciales. Tras un combate en el que su tercio había sufrido un considerable número de bajas, un grupo de falangistas que escoltaba a varios republicanos capturados le ofreció fusilarlos en represalia por los requetés caídos: «Aquí os dejo estos presos, para que podáis vengaros y fusilarlos detrás de aquellas encimas. Le apostrofé, diciéndole que nosotros éramos soldados combatientes, no asesinos, y pistola en mano, le arrebaté a aquellos desgraciados, a pesar de sus protestas, y con una escuadra de requetés como escolta los mandé al puesto de Mando».

¹¹⁷⁸ Peter KEMP: op. cit., pp. 205-206 y 201, respectivamente.

¹¹⁷⁹ Manuel Alfredo PAZ FERNÁNDEZ: op. cit., p. 286.

¹¹⁸⁰ José María MOLINET: op. cit., p. 30.

Porque, como recalca constantemente en sus memorias, «Siempre los heridos fueron debidamente atendidos y los fugitivos, alimentados y animados. En cuanto a los prisioneros, fueron respetados e incluso defendidos, si es que alguien quería tomarse la revancha por su mano».¹¹⁸¹ No obstante, también podía darse el caso contrario, que una unidad como la Legión, en la que había no pocos izquierdistas huyendo de la represión, mercenarios que se habían alistado para dar continuidad al que se había convertido en su modo de vida, y todo tipo de perfiles que la hacían, de nuevo *a priori*, menos homologable a un contingente de combatientes ideologizados, tuviese un oficial al mando particularmente sanguinario, influenciado además por la cultura legionaria que tenía en la brutalidad y la muerte del enemigo uno de sus elementos identitarios nucleares. En uno u otro caso, la aplicación de violencia no calificaba o descalificaba a los combatientes como más o menos adeptos a la causa sublevada, sino que simplemente lidiaba con diversos factores que escapan a su mera interpretación en clave política. Lo cual, empero, no significa que los marcos de referencia en los que se enmarcaba esa violencia no jugasen papel alguno como significantes. Porque el sadismo podía convivir perfectamente con las motivaciones ideológicas, que era como el superior de Kemp, el capitán Cancela, legitimaba su política de fusilamientos indiscriminados de los brigadistas capturados. En un reflejo, dicho sea de paso, de cómo los distintos mapas mentales influían decisivamente en la toma de partido frente a cuestiones capitales como la violencia:

«—Mire, Peter —contestó con vehemencia—. Comprendo que usted hable de leyes internacionales y de los derechos de los prisioneros. Usted no es español, ni ha visto su país devastado, y a sus parientes y amigos asesinados en una guerra civil que hubiera terminado hace año y medio, de no haber sido por la intervención de esos extranjeros. Ya sé que nosotros recibimos ahora ayuda de los alemanes y los italianos. Pero usted sabe tan bien como yo que la guerra hubiese terminado a fines de 1936, cuando nos encontrábamos a las puertas de Madrid. Entonces aparecieron las Brigadas Internacionales. Nosotros no habíamos recibido ayuda alguna del extranjero aún. ¿Qué nos importan los ideales de esas gentes? Lo sepan ellos o no, son simples instrumentos del comunismo y han venido a España a destruir nuestro país. ¿Qué se les da a ellos los destrozos que aquí causen? Necesitaremos muchos años para remediar el mal que han hecho en España.»¹¹⁸²

Además de la ejecución de prisioneros en el frente, otros patrones y modalidades de violencia continuaron reproduciéndose a pesar del marco de contención que intentó

¹¹⁸¹ *Ibidem*, pp. 196-197 y 194.

¹¹⁸² Peter KEMP: *op. cit.*, pp. 208-209. En este sentido, considero que la relación de los combatientes con la violencia bélica, por mucho que responda a contingencias particulares y a dinámicas mucho más prosaicas que las narrativas posbélicas le suelen atribuir, está en constante diálogo con el marco de referencia identitario que se ha construido para definir a la guerra en cuestión y para dotar de significado a la violencia. No solo porque la ejecución de dicha violencia contribuye a los grandes objetivos abstractos que definen el conflicto, sino fundamentalmente porque desconecta a los individuos del escenario, el tiempo y el contexto en el que viven y actúan supondría desvirtuar casi cualquier interpretación que se buscara construir sobre fenómenos tan transversales y constantes en la historia de la Humanidad como la guerra. Un ejemplo que sin llegar a ese extremo sí desnaturaliza, a mi juicio, la violencia bélica en Sönke NEITZEL y Harald WELZER: *op. cit.*

imponer el ejército rebelde. En abril de 1938 la 13 DI reportaba varios de violación, robo e intento de violación ocurridos en torno a la localidad de Corbins (Lleida), donde se encontraba estacionada la división. Según las denuncias presentadas por varios vecinos de las masías cercanas, un grupo de tres combatientes marroquíes habría pasado por tres de ellas exigiendo que les abriesen para efectuar registros en busca de republicanos huidos, para los cuales esgrimían haber sido autorizados por el comandante de su unidad. Una vez conseguían que les abriesen, o bien atacaban al cabeza de familia directamente o bien uno de ellos lo retenía fuera mientras los otros dos entraban en la casa para violar a las mujeres que hubiera y robar lo que pudieran. Mediante este *modus operandi*, idéntico al que el legionario Antonio Leal Nieto manifestaba, como veíamos anteriormente, que los Regulares habían utilizado su pueblo natal de Villalba de los Barros, consumaron dos violaciones, una de ellas grupal, e intentaron otras tres más, además de diversos robos de dinero y comida, siendo uno de los asaltantes capturado, si bien no los otros dos, que tampoco pudieron ser identificados según se desprende de los expedientes de investigación elaborados por la división.¹¹⁸³ De igual modo, la 55 DI reportaba por las mismas fechas un caso similar en una masía de Morella (Castellón), asaltada brutalmente por dos soldados marroquíes. Estos habrían matado a un hombre de 34 años y a una mujer de avanzada edad, habrían violado a dos mujeres, y herido de bala a otros dos habitantes de la casa, uno de los cuales fue el que denunció los hechos. Además, se habrían llevado también varios objetos de valor.¹¹⁸⁴ Finalmente, también en abril, y de nuevo en la localidad de Morella, se denunciaba un caso de trasgresión de las normas dadas, ahora referido a la prohibición de hacer requisas de forma arbitraria y sin la debida autorización. Concretamente, el comandante militar del municipio advertía de la ilegalidad de unas ocupaciones de edificios que las fuerzas de la 4ª División de Navarra habían efectuado extralimitándose en sus funciones, ya que solo se había autorizado a ocupar edificios para el cuartel general y los servicios sanitarios de la división, pero las tropas habían requisado también espacios para ubicar los talleres, los almacenes de suministros y las jefaturas de las secciones adscritas a la división, como transmisiones o artillería.¹¹⁸⁵

Todos estos ejemplos evidenciaban la dificultad de implementar las normas diseñadas en el contexto de la ofensiva de Aragón. Fundamentalmente, el enorme salto cualitativo entre el marco de permisividad hacia la violencia que había imperado entre julio de 1936 y marzo de 1938, excepción hecha de la batalla por Madrid que, en todo caso, no pasó del plano de lo teórico, y el escenario de contención, restricción e intolerancia tajante hacia los excesos, era lo que se encontraba detrás de este fracaso generalizado, toda vez que al mismo tiempo se seguía insistiendo en la necesidad de depurar el cuerpo social de la nación, solo que ahora en retaguardia y de una forma mucho menos efectista en términos de visibilidad pública. En este sentido, salía nuevamente a relucir esa contradicción entre las políticas de consenso y coerción implementadas por el ejército, que ya no solo

¹¹⁸³ AGMAV, C. 1562, 62. 13 DI, Justicia, “Supuesta violación de la Sta. Josefina Camach Piquet por un soldo moro del 6º Tabor de Regulares de Melilla nº 2. Abuso y maltrato de los habitantes de la torre de Maixanet (Corbins) por tres soldados del 6º Tabor de Regulares de Melilla nº 2”, abril de 1938.

¹¹⁸⁴ AGMAV, C. 1748, 7. 55 DI, Organización, “Partes por escrito sobre actos de barbarie cometidos por personal moro, con personal civil”, abril de 1938.

¹¹⁸⁵ AGMAV, C. 1345, 74. CE de Galicia, Incautaciones, “Edificios incautados por la 4ª División de Navarra en Morella. Prohibición para hacerlo en dicho pueblo”, abril de 1938.

tenía que ver con el propio funcionamiento de los mecanismos de control de las unidades, sino con el discurso que se ofrecía a los combatientes, que discurría por direcciones opuestas. Por un lado, buscaba elevar a la categoría de pilar fundacional de la Nueva España la violencia dirigida contra el “rojo”, que debía ser purgado *hasta la raíz* de acuerdo al grado de criminalidad, brutalidad y terror que había desplegado. El cual, según el relato rebelde, alcanzaba tintes apocalípticos. Pero, al mismo tiempo, se pretendía que esa demonización del enemigo republicano no degenerase en una violencia indiscriminada después de dos años de tolerancia absoluta hacia esas mismas prácticas. Es decir, que las categorías que delimitaban los marcos de la eliminación de la anti-España seguían plenamente vigentes, solo que ya no eran aplicables en el espacio del frente, un esquema extremadamente preciso que dada su artificialidad resultaba hartamente complicado implementar. En cualquier caso, estos ejemplos reflejaban también cómo el descontrol de los excesos, por mucho que tenía unas dimensiones significativas de acuerdo con las propias directivas, seguía siendo achacado a individuos que aunque pertenecían al ejército insurgente estaban fuera de la comunidad nacional. De este modo, resultaba más sencillo “extranjerizar” esa violencia para así limitar, en la medida de lo posible, sus efectos nocivos sobre las políticas de atracción de sectores desafectos hacia el Nuevo Estado.¹¹⁸⁶

De hecho, otro caso, acontecido también en abril en la localidad castellana de Getafe, ejemplificaba muy bien esas dos cuestiones, tanto la incapacidad de poner coto a la violencia de las tropas como la culpabilización del “moro” y el aparente silencio sobre la conducta de los combatientes españoles. El jefe de Falange de la localidad denunciaba la existencia de varios prostíbulos ubicados en el centro del municipio, que la habían convertido en pasto de los excesos de los soldados marroquíes habituales de estos locales. Se indicaba que «las personas decentes del pueblo están atemorizadas pues no pueden salir de sus casas, ya que sobre todo a las verdaderas señoritas en cuanto anochece se las hace imposible la vida». Desde luego, la imagen que se ofrecía en el escrito del dirigente falangista correspondía a una visión considerablemente moralista de la vida pública, que chocaba lo que las propias autoridades militares calificaban en otro informe al respecto como «consecuencias difícilmente evitables de la licencia que se acostumbra a tener con los ejércitos en campaña». Pero, en todo caso, los hechos revestían una importante gravedad. Según afirmaba el jefe local de Falange, «A la camarada Secretaria de la Sección Femenina, la tiraron al suelo, a otra camarada ya he tenido que salir dos veces en defensa de ella contra una caterva de moros», al tiempo que se habían producido otros incidentes en los prostíbulos en los que había muerto apuñalado un soldado marroquí y en los que

¹¹⁸⁶ Esta práctica, aplicada a otros conflictos armados, pretendía ofrecer una imagen limpia de los ejércitos que no se viese salpicada por los crímenes de sus efectivos. Por ejemplo, durante la Segunda Guerra Sino-Japonesa, el ejército imperial nipón sufrió severos problemas de disciplina por parte de sus tropas, que de igual modo a como vemos en el caso español tendían a moverse en un ambiente de falta de autoridad de sus oficiales. Para intentar explicar las razones que llevaban a estos comportamientos, pero de igual modo para disociar los excesos de la propia institución militar, el ejército japonés recurrió a psiquiatras que achacaban esa desobediencia a factores hereditarios del individuo, lo que implicaba que ningún soldado sano incurriría en tales actos, salvando así la reputación tanto de las fuerzas armadas como los mitos que la propaganda había construido en torno a la figura del combatiente nipón. Véase Janice MATSUMURA: “Combating Indiscipline in the Imperial Japanese Army: Hayao Torao and Psychiatric Studies of the Crimes of Soldiers”, *War in History*, 23:1 (2016), pp. 79-99.

se habían arrojado cuatro granadas sobre uno de estos locales. Bien es cierto que los incidentes en prostíbulos eran más que habituales en tiempo de guerra, toda vez que eran lugares de concentración de combatientes que buscaban aprovechar sus días lejos del frente para emborracharse o mantener relaciones sexuales. Pero la virulencia de los ataques que se producían en el pueblo de Getafe, que incluso tenían como víctimas a personas con una cierta autoridad, como las falangistas, no eran sino un reflejo del ambiente de descontrol y falta de disciplina que se vivía en las unidades del ejército sublevado. Para paliarlo, el Ejército del Centro decretó la reubicación de los lupanares en las afueras de la localidad, una medida que buscaba alejar a los soldados de las zonas donde podían causar más desmanes, y que de hecho luego se aplicó de forma generalizada para el acantonamiento de tropas en los distintos pueblos por los que iban pasando.¹¹⁸⁷

Ante el fracaso de las directivas publicadas entre marzo y abril de 1938, el ejército continuó emitiendo normas, órdenes e instrucciones destinadas a conseguir operar ese cambio en la conducta de sus unidades, si bien con un mayor énfasis en la extensión de los mecanismos de control directo e indirecto ante la constatación de que los existentes no eran efectivos en absoluto, y de que esa política de persuasión, por mucho que se seguía insistiendo en ella, no daba los frutos esperados. El 26 de abril, Franco decretaba la formación de tres compañías de la Guardia Civil en cada uno de los CE de Navarra, Aragón, Marroquí, Galicia, Castilla y Legionario, con el objetivo de que «la seguridad personal y el resto a la propiedad sea una realidad en la zona que va conquistando el Ejército Nacional». Esta medida revestía una considerable importancia, tanto por la cantidad de guardias civiles que se destinaban a cada uno de los CE como por la redistribución de efectivos que había de hacerse en las propias comandancias del instituto armado. Así, por un lado se ordenaba el reingreso en el cuerpo de aquellos guardias civiles que estuviesen sirviendo en el ejército, al tiempo que se autorizaba la reducción de hasta un 50% de las fuerzas de las que dispusiesen las comandancias de retaguardia, que serían cubiertas por batallones de orden público. No obstante, se dejaba a Asturias fuera de este trasvase de fuerzas, lo que evidencia la consideración especial, por desafecta, que se tenía hacia esa región, así como la continuación de las operaciones antiguerrilleras que ya veíamos en el capítulo anterior.¹¹⁸⁸ Por otra parte, se incrementaron también los instrumentos judiciales destinados a la persecución de estos comportamientos. A finales de mayo, el general Dávila enviaba unas instrucciones en las que alertaba de que «Ha llegado a mi conocimiento que en la ocupación de territorios recientemente liberados se han producido algunos atentados contra las personas, cuya repetición debe evitarse a toda costa». En consecuencia, anunciaba el establecimiento de «organismos judiciales dependientes de la Auditoría del Ejército de Ocupación, con atribuciones y medios suficientes para poder declarar y hacer efectivas rápidamente las sanciones que la Ley exija», ya que advertía

¹¹⁸⁷ AGMAV, C. 2331, L. 59, 18. CGG, EM, “Quejas sobre hechos ocurridos en el pueblo de Getafe”, abril a agosto de 1938.

¹¹⁸⁸ La orden en AGMAV, C. 1891, 18. 152 DI, Operaciones, “Del E. del C. a la División, Instrucciones del Generalísimo para la seguridad personal y el respeto a la propiedad, en la zona conquistada por el Ejército Nacional”, mayo de 1938. Sobre los guerrilleros, en una fecha tan tardía como enero de 1939 todavía se seguían produciendo operaciones en Asturias. Véase AGMAV, C. 1241, 28. Ejército del Norte, Partes de operaciones, “De las efectuadas contra huidos de Asturias”, enero de 1939.

que «procederé con todo rigor contra los que cometan los atentados contra las personas».¹¹⁸⁹

De igual modo, el 15 de mayo el propio Ejército del Norte publicó otra gran directiva-marco relativa al trato que las tropas debían dispensar a los habitantes de las poblaciones que se fuesen ocupando. En esencia, estas nuevas instrucciones no hacían sino insistir sobre las líneas maestras diseñadas en las órdenes dadas en marzo y abril, si bien incorporaban algunos elementos nuevos que resultan de interés, tanto por los referentes discursivos que se utilizaban para condenar el comportamiento de las unidades rebeldes como, al mismo tiempo, por la especificación de una serie de conductas concretas que venían a ratificar que formaban parte del catálogo de violencias cotidianas que los combatientes desplegaban sobre la población civil. En primer término, se apuntaba que la desorganización y el caos en el que se hallaba sumida la retaguardia republicana, y por tanto las localidades que las fuerzas del ejército iban ocupando, «corresponde perfectamente con la naturaleza carente de todo principio de orden de la dominación roja». En consecuencia, la principal labor que tenían las fuerzas armadas insurgentes en ese momento era asegurar que «nuestra presencia se refleje instantáneamente en el bienestar de la población liberada», fundamental e inmediatamente «en el orden moral donde podemos inspirar a los habitantes el inmenso bienestar de sentirse protegidos por nuestros principios religiosos, nuestra disciplina y un fraternal y cariñoso respeto a las poblaciones hermanas que tanto han sufrido». El hecho de que la directiva abriese con esta contraposición entre lo que representaba la sociedad republicana, caótica, anárquica y criminal de toda índole, y lo que suponía la España Nacional, ordenada y donde imperaban la justicia y la solidaridad, resulta a mi juicio representativo de la vuelta de tuerca que se le dio a la dimensión narrativa de todas estas directivas. En esencia, lo que implícitamente se estaba haciendo era asociar el comportamiento de aquellas unidades que cometían desmanes con el de los propios marxistas, en una suerte de identificación que buscaba, en la medida de lo posible, extrapolar el discurso de la demonización y la barbarización que se había operado sobre el enemigo republicano a los combatientes que cometían desmanes en las ocupaciones. Esta cuestión, como luego se verá, fue retomada en otras normas, lo que suponía un intento de añadir aún más potencia al arsenal simbólico que pretendía modificar el paradigma de aplicación de la violencia bélica.

Como no podía ser de otro modo, la otra gran vía para la consecución de ese objetivo, todavía en el plano de lo simbólico, era la referencia al ideal heroico y caballeresco del soldado. Por una parte, la referencia que veíamos a las “poblaciones hermanas”, entendidas en conjunto y no haciendo diferencias específicas entre las que antes eran definidas como “gentes de orden” y los izquierdistas, subrayaba la política de atracción que se quería poner en marcha en estas zonas, muy hostiles hacia la España sublevada, a las que carecía de sentido arrasar, *manu militari*, en un contexto claramente favorable en el curso de la contienda. Pero «para extremar el cuidado encaminado a evitar todo daño y ahorrar la más mínima vejación» era necesario cultivar entre todos los combatientes sublevados –por la vía de la difusión de estas directivas– «el orgullo de sentirse el héroe

¹¹⁸⁹ AGMAV, C. 1770, 21. 63 DI, Instrucciones generales, “De la División, del día 27, sobre comportamiento en los territorios recién liberados”, mayo de 1938.

legendario de esta Santa Cruzada», el cual debía inspirarles «todas las generosidades». En este nuevo marco bélico, el modelo de masculinidad combatiente de aquellos guerreros de la Fe que en nombre de Dios habían asaltado, arrasado, saqueado y masacrado la ciudad de Jerusalén en el año 1099 durante de la Primera Cruzada, justo lo que las fuerzas rebeldes llevaban casi dos años poniendo en práctica, debía sustituirse por una suerte de ideal quijotesco que, como el propio personaje de Cervantes, vivía más en las páginas de las instrucciones dadas por los mandos militares que en la realidad cotidiana de los frentes españoles. Incluso, se llegaba a señalar que las medidas puestas en práctica en los dos meses anteriores habían «logrado excelentes resultados». Quizá esta afirmación se sustentase en lo que la orden de 11 de abril emitida por el CGG apuntaba acerca de que algunas unidades, por mor de la acción de sus jefes, estaban comportándose de forma adecuada. O, tal vez, simplemente buscaba servir de incentivo para el cumplimiento de las órdenes, así como de mecanismo para el reforzamiento de la propia autoridad del ejército, que no podía admitir una derrota semejante sin esperar que eso empeorase la situación sobre el terreno. Pero lo que estaba claro es que, contrastada esa afirmación con las disposiciones que se ordenaban en esa misma directiva, y con las instrucciones que en los meses sucesivos fue dando el ejército, calificar la puesta en marcha de todos estos mecanismos de contención como “excelentes resultados” distaba bastante de lo que sucedía en el frente. De este modo, el escrito pasaba a detallar toda una batería de medidas que no hacían sino redundar en las ya mencionadas en las instrucciones de marzo y abril, poniendo así de manifiesto su cuestionable seguimiento. Se recordaba la necesidad de designar a una unidad para que se hiciese cargo de las poblaciones antes de la entrada de las tropas de cara a protegerla «de toda expoliación o desmán». Se prohibían nuevamente las requisas no autorizadas y, como cuestión novedosa, se indicaba que «Nadie está autorizado para percibir multas ni donativos en metálico», lo que reflejaba que, amparados en la impunidad que les confería el uniforme, los soldados sometían a la población civil a todo tipo de exacciones, robos y extorsiones. Finalmente, se prohibía la incautación de bienes que estuviesen desperdigados o abandonados, como por ejemplo el ganado, aludiendo que el ejército debía «desentenderse por su propio brillo y prestigio de toda clase de incautación, aprovechamiento o administración de bienes».¹¹⁹⁰ Una cuestión que, dicho sea de paso, apelaba al honor militar como vía para conseguir el acatamiento de las órdenes.

Por último, otras dos directivas dadas en junio y julio insistían en lo mismo que ya hacía esta de 15 de mayo, y en lo que a su vez ya hicieran las de marzo y abril. La primera de ellas, emitida por el CE de Galicia en el marco de la ocupación de la provincia de Castellón, prohibía la realización de requisas e incautaciones que no fuesen autorizadas por los mandos correspondientes. De hecho, se indicaba que había que «evitar desórdenes o incidentes a que darían lugar caso contrario intervención simultánea de varias personas en su mayoría desconocedoras de la región y circunstancias del momento».¹¹⁹¹ Dos precisiones, la del contexto local y la del contexto temporal, radicalmente diferentes a lo que

¹¹⁹⁰ AGMAV, C. 1212, 90. Ejército del Norte, Orden público, “Trato y orden que deben imponerse en las poblaciones liberadas. Evitación de desmanes y mal trato a la población civil”, mayo de 1938.

¹¹⁹¹ AGMAV, C. 1345, 90. CE Galicia, Incautaciones, “En Castellón; autorización y evitación de ellas”, junio de 1938.

veíamos en fases anteriores del conflicto, y que apuntalaban hacia ese cambio de paradigma que no solo había afectado al comportamiento de las fuerzas sobre el terreno, sino como muestra este ejemplo también al lenguaje empleado por el propio ejército rebelde. Si en el verano de 1936 el uso de unos determinados sustantivos y adjetivos prefijaba un escenario de violencia indiscriminada, la inclusión ahora de explicaciones mucho más detalladas sobre los objetivos que perseguían las fuerzas armadas y el empleo de términos como “disculpable rencor”, “corazón de nuestros hermanos” o “la región y circunstancias del momento” ejemplificaban la importancia que seguía teniendo el lenguaje en la construcción de las cosmovisiones y percepciones de la Guerra Civil, si bien ahora con propósitos netamente diferentes. De hecho, este particular despliegue simbólico-discursivo tenía otra de sus manifestaciones relevantes en un escrito enviado en julio por Queipo de Llano, en calidad de general jefe del Ejército del Sur, al comandante de la 102 DI, en respuesta a una serie de desmanes que habían tenido lugar durante las últimas operaciones del Ejército del Sur en la provincia de Huelva y la zona de La Serena: «he visto con profundo dolor cómo algunos individuos, olvidándose de todo lo proveniente y ordenado por mi Autoridad, se han dedicado a saquear y molestar a los sufridos vecinos de la zona liberada, con una actuación propia del Ejército Rojo, pero contraria a la del Nacional que no debe tener el menor punto de contacto con aquel». Aquí, ya no era un simple contraste, sutil si se quiere, entre el orden que caracterizaba a unos y la anarquía que definía a los otros, sino que directamente Queipo acusaba a los soldados que habían cometido estos desmanes de comportarse como los “rojos”, lo que desde luego eran palabras mayores. Para paliar esta situación, amenazaba con juicios sumarísimos y penas «que por su ejemplaridad estirpen [sic] faltas tan impropias de los soldados de este Ejército», algo que en cierto modo recordaba a las que ya se pusieran en marcha en el verano de 1936 cuando Queipo era el encargado de desplegar el terror por Andalucía y Extremadura.¹¹⁹² Una reminiscencia que apuntaba de nuevo a la existencia de esas culturas bélicas, incardinadas en la propia identidad de unidades y oficiales, que se transmitieron a lo largo de la guerra independientemente del marco normativo que estuviese vigente. Sin ir más lejos, el comandante de la 102 DI no era otro que Antonio Castejón Espinosa.

Dentro de todo este conjunto de medidas, propósitos, intenciones, sugerencias y persuasiones que intentaban dar forma, sin mucho éxito aparente, a un nuevo modelo de relaciones entre las unidades en campaña y la población civil, un objetivo recurrente que tuvo una presencia específica en no pocas de estas directivas fue el de la preservación de las infraestructuras económicas de las áreas que se iban conquistado, tanto a nivel general como esencialmente en lo referente a los bienes de los pequeños agricultores y ganaderos.¹¹⁹³ Esto evidenciaba que, más allá de la necesidad de incorporar a nuevos sectores sociales al proyecto de fascismo español, el cambio en las directivas de ocupación tenía también que ver con otra consecuencia del modo de hacer la guerra desplegado hasta ese momento por el ejército insurgente: la destrucción del tejido productivo del país, epitomizado tanto en la devastación física que causaban las operaciones militares como en los

¹¹⁹² AGMAV, C. 1850, 13. 102 DI, “Ampliación de penas a cuantos cometan saqueos al ocupar poblaciones”, julio de 1938.

¹¹⁹³ Sobre la economía del bando sublevado véase Michael SEIDMAN: *La victoria nacional...*, pp. 103-202.

robos y saqueos cometidos por las tropas, con la connivencia y tolerancia de sus mandos. Es decir, un sentido netamente utilitarista, que correlacionaba el nivel de devastación derivado de los combates con la necesidad de reconstruir un país que, a mayor número de ruinas, más distancia tendría que recorrer para recomponerse. Por ejemplo, en la directiva dada por el Ejército del Norte el 15 de mayo se incluía una cuestión que ya veíamos con anterioridad, como era la obligatoriedad de comprar productos locales para contribuir a la reactivación de la economía local. Sin embargo, paralelamente se debía prohibir que los soldados se incautasen, directamente robasen si consideramos el marco normativo existente en ese momento, de lo poco que tenía la población local no ya para subsistir, sino también para poder comenzar a poner en marcha una mínima actividad económica que pudiese ir articulando una incipiente organización de ese tejido productivo, principalmente rural, tan necesario para la reconstrucción del país. De esta forma, se apuntaba que «Todos los productos agrícolas abandonados, el ganado y bienes de todas clases han de ponerse en poder de los Alcaldes».¹¹⁹⁴

Esta misma línea se continuaba profundizando en varias órdenes y directivas emitidas en los meses sucesivos que incidían todas en cuestiones similares, lo que de nuevo nos permite cuestionar su efecto e incidencia sobre la cotidianidad de las operaciones y los soldados. En un telegrama enviado el día 8 de junio por Queipo de Llano al comandante de la 102 DI, Antonio Castejón, este reiteraba la prohibición decretada por Franco relativa a la requisita no autorizada de ganado, ordenando que los animales fuesen devueltos a sus propietarios y que le fuese enviado un informe justificativo de por qué se había procedido a esas incautaciones sin el debido permiso.¹¹⁹⁵ De igual modo, el mismo día 8, pero en la retaguardia del frente catalán, el general en jefe de la 63 DI enviaba un telegrama al teniente coronel jefe de la 1ª Brigada advirtiéndole de que «por las fuerzas a sus órdenes ni se causen daños en los campos ni se roben las frutas, pues se castigará severamente a los que faltaren a esta orden». Se daba la circunstancia de la que la división se encontraba en fase de reconstitución debido a las enormes bajas sufridas en la contraofensiva republicana sobre la cabeza de puente del río Segre, una situación estacional que podría haber motivado que los soldados tuviesen tiempo para saquear los campos cercanos. En todo caso, de forma elocuente se apuntaba el por qué debía ponerse freno inmediato a estos episodios: por «nuestra inquebrantable norma de respeto a la propiedad ajena y el velar por las bases de la economía nacional».¹¹⁹⁶

No obstante, parece que estas normas, de alcance generalizado para todo el ejército rebelde, no calaban demasiado en los combatientes, si nos atenemos al hecho de que se siguieron repitiendo hasta el mismo final de la contienda. Pero, a tenor del testimonio del teniente médico José Aznares, tampoco tenían demasiada influencia en los propios mecanismos de funcionamiento de algunas unidades, como era el caso de la «Compañía Expedicionaria de la Comandancia de Sanidad de Burgos», a la que había sido destinado

¹¹⁹⁴ AGMAV, C. 1212, 90, p. 7. Ejército del Norte, Orden público, “Trato y orden que deben imponerse en las poblaciones liberadas. Evitación de desmanes y mal trato a la población civil”, mayo de 1938.

¹¹⁹⁵ AGMAV, C. 1852, 25. 102 DI, Ganado, “Orden del Generalísimo prohibiendo la requisita de ganado”, junio de 1938.

¹¹⁹⁶ AGMAV, C. 1771, 1. 63 DI, Disciplina, “Dando Órdenes la Div. para que por las fuerzas a sus órdenes, no causen daños en los campos, etc.”, junio de 1938.

en el mes de julio. Según relataba en sus memorias, la mayoría de los integrantes de la división a la que estaba adscrita esta Compañía Expedicionaria eran oriundos de Burgos, razón por la cual cocinaban frecuentemente cocido –lo cual, dicho sea de paso, constituía uno de esos mecanismos identificativos regionales que mencionaba en la parte anterior. Entre las posiciones de la división y las de los republicanos había unos garbanzales, los cuales eran sistemáticamente saqueados por los soldados, que habían acumulado una ingente cantidad de legumbre «que tienen almacenada ocultamente –un ocultamente que todo el mundo conoce– en espera de poder venderla». Tras hablar con los mandos de la unidad, Aznares consiguió que la compañía les comprase los garbanzos para la elaboración del rancho, lo que en esencia suponía ser connivente con las prácticas de saqueo cometidas por los soldados.¹¹⁹⁷ Una problemática específica que fue también abordada por el ejército, al obligarse en el mes de septiembre a que los suministros se adquiriesen en las áreas donde estuviesen acantonadas las unidades y mediante compras, prohibiendo terminantemente las requisas.¹¹⁹⁸ Algo que contribuía a ese objetivo de reactivación económica que perseguían las autoridades rebeldes. Por último, también en el mes de septiembre se circuló una orden que prohibía la incautación o tráfico, bajo penas de rebelión para sus autores o los que fuesen testigos y no lo denunciasen, de material abandonado por el enemigo, que ya tenía precedentes tan antiguos como de julio de 1937, en referencia a los objetos metálicos que quedaban abandonados en el campo de batalla.¹¹⁹⁹ En ambos casos, se trataba de un material muy valioso que ahorraba costes al ejército, al tiempo que la existencia de mercados negros no contribuía sino a la generación de un marco de indisciplina contraproducente para los objetivos del bando sublevado.

Esta nueva ofensiva normativa del ejército sublevado se topó, al igual que había sucedido previamente, con enormes dificultades para obtener logros de consideración. A tenor del panorama que dibujan diferentes informes y expedientes judiciales, muchas de las prácticas que las directivas de mayo y junio pretendían cortar de raíz siguieron teniendo lugar, lo que contribuía a construir ese ambiente de falta de autoridad que ponía de manifiesto los límites del poder coercitivo de las fuerzas armadas. Solo así se podía entender la petición que el 13 de mayo de 1938 formulaba el general jefe del II CE para que le fuese entregada una lista con los nombres de todos los conductores pertenecientes a dicha unidad, «para corregir radicalmente los accidentes que ocurren por imprudencias». En este sentido, la frecuencia de este tipo de percances, que denotaba una falta de cuidado significativa que ya apuntaban algunas de las instrucciones de marzo referidas a los transportes, obligaba a tomar medidas drásticas, como en este caso el envío a los BT de aquellos que sufriesen un accidente.¹²⁰⁰ De igual modo, tras la entrada el 15 de junio de las fuerzas rebeldes de la 4ª División de Navarra en la localidad castellanense de Villarreal, el general jefe del CE de Galicia al que pertenecía esta unidad, Antonio Aranda,

¹¹⁹⁷ AKELA [José Aznares García]: op. cit., p. 300, entrada del 16 de julio de 1938.

¹¹⁹⁸ AGMAV, C. 1701, 24, 32 DI, Servicios, “Normas para la explotación de recursos por las Unidades y Oficiales de aprovisionamiento”, septiembre de 1938.

¹¹⁹⁹ AGMAV, C. 1549, 46, 12 DI, Bandos, “Sobre prohibición de apropiación, ocultación o venta de latón, cinc, cobre, etc.”, julio de 1937. AGMAV, C. 2580, 147, CGG, EM, Intendencia, “Bando sobre recuperación en territorio ocupado al enemigo”, septiembre de 1938.

¹²⁰⁰ AGMAV, C. 2580, 80, II CE, “Disciplina de conductores del II Cuerpo de Ejército”, mayo de 1938.

tenía que enviar un telegrama postal a su comandante, Camilo Alonso Vega, para recordarle la prohibición de cometer «actos de saqueo ni excesos parecidos que según informes que a mí llegan han ocurrido y están ocurriendo en Villarreal».¹²⁰¹ Y, por supuesto, la violencia sexual no había desaparecido del catálogo de prácticas bélicas desplegadas por los rebeldes. En el mes de agosto, la Guardia Civil informaba de un caso de violación acaecido en Gandesa (Tarragona), en el que dos mujeres habían sido forzadas por tres soldados marroquíes siguiendo el mismo *modus operandi* que ya veíamos con anterioridad, esto es, esgrimiendo que debían registrar una vivienda en busca de republicanos, custodiando fuera a los hombres de la misma, y consumando la agresión en el interior.¹²⁰² Un nuevo ejemplo, dicho sea de paso, de la predominante culpabilización del “moro” en lo que respecta a los casos de violación, fundamentalmente en el espacio del frente y en el marco de las operaciones militares. Desde luego, ya he referido anteriormente la existencia de esas culturas bélicas propias de cada unidad y que conformaban marcos de actuación concretos para el despliegue de la violencia, así como la traslación de tradiciones bélicas desde el escenario colonial, pero resulta poco probable pensar, si nos guiamos por su preeminencia documental, que este tipo de combatientes fuesen los responsables únicos de la violencia sexual.

En cualquier caso, muchas de estas violencias no tenían un sustrato específicamente derivado de las particularidades de la Guerra Civil, por más que una buena parte se dirigieran con mayor frecuencia contra colectivos definidos por las categorías concretas de identificación del enemigo construidas por el discurso contrarrevolucionario español. Por el contrario, el robo, el saqueo, la violación, la ejecución en el frente o la comisión de desmanes en retaguardia constituyen comportamientos habituales en el marco de conflictos armados, toda vez que la impunidad que confiere el uniforme, unida a esas dinámicas particulares de negociación entre oficiales y tropa y a las propias limitaciones en la capacidad de los ejércitos o los gobiernos de imponer de forma absoluta su autoridad, las convierte en conductas fácilmente adoptables por los soldados en contextos de excepción y de ruptura de las normas sociales como son las guerras. No obstante, la imposibilidad del ejército rebelde de controlar eficazmente a sus efectivos, la falta de voluntad de colaboración de parte de determinados oficiales y mandos subalternos, así como la existencia de esas culturas bélicas construidas en un marco de guerra ideológica, de clase, religiosa y de género, su socialización y su pervivencia a través de unidades e identidades combatientes, todas ellas cuestiones que se dieron cita en el caso español, contribuyeron a fomentar ese escenario de falta de orden, impidiendo el despliegue del marco normativo que se fue diseñando a partir de marzo de 1938, tal y como había pasado en fases anteriores de la contienda. De este modo, las violencias bélicas implementadas por los combatientes rebeldes, además de responder a esas contingencias a las que he ido haciendo referencia, tenían que ver tanto con cuestiones ideológicas, actuando como telón de fondo significativo, como con elementos propios de la propia experiencia de la guerra. Esto advierte ante la intención de interpretarlas todas mediante un prisma demasiado dogmático

¹²⁰¹ AGMAV, C. 1512, 25. 4ª División de Navarra, Saqueos, “Órdenes prohibiéndolos”, junio de 1938.

¹²⁰² AGMAV, C. 1563, 17. 13 DI, Justicia, “Supuesta violación de la Sta. Magdalena Ambanell Cuello y abuso en su madre Dñaª Francisca Cuello Sabatell, por tres soldados Indígenas del 10º Tabor de Regulares de Alhucemas nº 5 en la masía ‘Plácido’ del término de Gandesa”, agosto de 1938.

y marcado exclusivamente por lo político, pero también obliga a pensarlas sobre el trasfondo de lo que fue la Guerra Civil y de cómo el particular proyecto de profilaxis social al que condujo la fascistización de la coalición insurgente erigió un marco de máximos de aplicación de la violencia.

Varios ejemplos de esto los encontraríamos en cuatro incidentes ocurridos en Talavera de la Reina, una de las múltiples poblaciones cerca del frente que servían de lugar de descanso para los soldados que se encontraban de permiso y que, por dicho motivo, solían concentrar este tipo de episodios. En el primer de ellos, ocurrido el día 20 de septiembre de 1938, un teniente de la VIII BL, encuadrada en la 14 DI que hacía funciones de reserva en el Ejército del Centro, y otros oficiales de esta unidad causaron desperfectos en un prostíbulo, llegándose a pelear entre ellos, tras lo cual robaron diversos objetos. Ese mismo día 20 un alférez legionario y otros mandos de este cuerpo entraron en un bar, robaron varias botellas, dejaron consumiciones sin pagar y apalearon al hijo del dueño.¹²⁰³ Otros dos actos similares ocurrieron en los meses de noviembre y diciembre, con sendos asaltos a un burdel y el robo en un bar en el que un sargento de artillería acabó herido, ambos cometidos por legionarios.¹²⁰⁴ De igual modo, tres casos de violación ocurridos en la provincia de Zaragoza apuntaban también a esa doble dimensión a la que me refería. El primero de ellos, acontecido en mayo en Ricla, se trató de un intento de violación no consumado por parte de un legionario perteneciente de la I BL, aprovechando una visita a una casa del pueblo. El segundo tuvo lugar en agosto en Fraga y, al parecer, tampoco habría pasado más allá de intento por la rápida actuación del padre de la mujer agredida. El tercero, acaecido en Escatrón en el mes de octubre, sí se trató de una violación consumada.¹²⁰⁵

Todos ellos, tanto los ocurridos en Talavera como los acontecidos en la provincia de Zaragoza, no constituyen sino ejemplos del comportamiento de las tropas en casi cualquier conflicto, de acuerdo a lo que planteaba anteriormente. No obstante, eran también reflejo de ese marco de falta de autoridad que reconocían, al intentar combatirlo, las diversas directivas que hemos visto. De hecho, en varios de estos episodios ese ambiente no hizo sino reforzarse, dada la falta de responsabilidades penales para los autores de los delitos. El intento de violación ocurrido en Fraga fue sobreseído pese al testimonio de la agredida y de otros testigos, ya que al determinarse médicamente que no había habido penetración no se podía acreditar la naturaleza de lo que había sucedido. El de Escatrón, donde sí se probó la consumación de la agresión sexual, terminó igualmente sobreseído, pues la afectada perdonó al soldado que la había forzado, lo que era contemplado por la ley como un elemento eximente de ulteriores responsabilidades. Al mismo tiempo, en el asalto al bar de Talavera, llevado a cabo por varios legionarios y que acabó con una paliza al hijo del dueño, el padre devolvió el dinero que se le había entregado en pago por los desperfectos aduciendo no querer lucrarse y disculpando a los legionarios al tratarse de

¹²⁰³ Ambos casos en AGMAV, C. 1916, 14. Comandancia Militar de Talavera, “Incidentes promovidos por oficiales de la 6ª [8ª] Bandera de la Legión”, septiembre de 1938.

¹²⁰⁴ AGMAV, C. 1916, 21. Comandancia Militar de Talavera, “Incidentes entre militares”, noviembre de 1938. AGMAV, C. 1916, 25. Comandancia Militar de Talavera, “Incidentes en el que hubo varios militares heridos”, diciembre de 1938.

¹²⁰⁵ Véanse Archivo del Tribunal Togado Territorial Número 2 de Zaragoza, ES/AJTZ – 2569/10; ES/AJTZ – 1956/16; y ES/AJTZ – 2580/21.

«un estado de excitación normal [...] motivado quizá por la natural expansión de aquel día», en referencia a que el 20 de septiembre coincidía con el aniversario de la fundación de la Legión.¹²⁰⁶ Es decir, que pese a que algunos de los responsables de estos actos habían sido perfectamente identificados, e incluso juzgados, cosa que no ocurrió con muchísimos otros delitos, en última instancia los perjudicados se retractaban de sus denuncias o existía algún condicionante que impedía la condena. En este sentido, quizá la propia inercia del ejército a la hora de tolerar los comportamientos de sus soldados contribuía al sobreseimiento de los casos, como en la presunta violación ocurrida en Fraga. O, tal vez, el miedo de los civiles a que un roce con las autoridades rebeldes les pudiera ocasionar consecuencias más graves en el futuro les hacía ceder y perder de su propio derecho, como en Ricla –donde también entran en juego otras variables relacionadas con el impacto social de las violaciones, sobre todo en comunidades pequeñas– o en el establecimiento de Talavera de la Reina. Un episodio, este último, que recuerda también al acontecido a finales de marzo en la estación de Alcuneza, donde a pesar de los destrozos causados por combatientes del CTV la empresa responsable retiró la reclamación, quizá por el temor a perder contratos con el Estado. Por ende, el propio marco de violencia, coerción, depuración y represión indiscriminadas construido por los sublevados contribuyó a socializar una sensación de impunidad entre los combatientes que no hizo sino espolear este tipo de conductas en el frente. Sin ir más lejos, el alférez provisional Martín Vigil, que ya veíamos en anteriores ocasiones como se mostraba muy crítico con los excesos que cometían las unidades del ejército insurgente, admitía sin mayores problemas que, al ser acantonada su unidad en Aranda de Duero (Burgos), «Nosotros, los oficiales, ocupamos un café que fue menester abrir venciendo la natural [por tanto, habitual] resistencia de los dueños».¹²⁰⁷

De hecho, esa sensación de impunidad llegaba hasta el punto de que se producían amenazas, asaltos e incluso ataques a vehículos militares por parte de soldados que, obviando toda disciplina y autoridad, hacían uso de sus armas de fuego para imponer su voluntad frente a lo que el mando hubiera ordenado a estos transportes. Es el caso de los pertenecientes a la Legión Cóndor, encargados de abastecer de munición y otros materiales a las diferentes unidades de este cuerpo expedicionario –fundamentalmente a las baterías antiaéreas. Sus conductores denunciaban haber sufrido este tipo de incidentes en varias carreteras que partían de la provincia de Teruel en dirección Este hacia el litoral mediterráneo, concretamente las de Vinaroz-Morella-Alcañiz, la de Cenia-Valderrobres y la de Alcañiz-Gandesa. Los soldados se situaban en los arcones y obligaban a los camiones a detenerse a punta de fusil, tras lo cual les exigían que les llevaran hasta localidades fuera de la ruta que tenían marcada, lo cual no solo ralentizaba el ritmo del suministro de la Legión Cóndor, sino que además deterioraba los vehículos por el exceso de peso. Además, se habían dado casos en que los soldados habían llegado a disparar e incluso arrojar granadas a estos camiones por no haberse detenido, algo en parte explicable por la nacionalidad alemana de algunos de los conductores, que consecuentemente no entendían lo que se les pedía. En todo caso, lo más grave de estos episodios lo constituían

¹²⁰⁶ AGMAV, C. 1916, 14, p. 6. Comandancia Militar de Talavera, “Incidentes promovidos por oficiales de la 6ª [8ª] Bandera de la Legión”, septiembre de 1938.

¹²⁰⁷ José Luis MARTÍN VIGIL: op. cit., p. 174.

dos elementos clave. Por un lado la fecha, noviembre de 1938, que ponía de manifiesto que las medidas de contención puestas en marcha ocho meses antes seguían adoleciendo de graves problemas en cuanto a su aplicación. Y, por otro, que en no pocas ocasiones dichos soldados acudían a los puestos de la Guardia Civil cercanos para solicitar asistencia a este cuerpo en la detención de los camiones, en la cual colaboraba realizando ellos mismos los retenes en la carretera. Es decir, que las autoridades responsables, según la directiva dada por Franco el 26 de abril, de vigilar la conducta de los combatientes no solo no cumplían con su cometido, sino que además colaboraban en la comisión de delitos contrarios a la disciplina castrense, interpretada desde cualquier punto de vista. En última instancia, y a tenor de la información que ofrecen los diferentes expedientes, ni siquiera se pudo dar con los culpables, pues las investigaciones llevadas a cabo por un servicio tan aparentemente dotado de mecanismos de vigilancia y coerción como el SIPM solo consiguieron identificar a un sospechoso, si bien sin ninguna certeza de que se tratase del responsable del incidente. Lo cual, de nuevo, permite cuestionar la capacidad coercitiva, *per se*, del ejército.¹²⁰⁸ En este ambiente general, no resulta por tanto extraño encontrar referencias explícitas e intencionadas a lo que debía ser una conducta normal por parte de las unidades. En el mes de mayo, el CE de Castilla informaba a la 15 DI que le había sido concedido un permiso de quince días a un soldado de esa unidad que había devuelto varios objetos de culto de gran valor que había encontrado en Teruel, al tiempo que le ordenaba que lo hiciera de dominio público.¹²⁰⁹ Por otro lado, en el informe que el comandante Eduardo Cañizares escribió con motivo del descalabro sufrido por su división, la 21, durante los combates de la bolsa de La Serena en agosto de 1938, este apuntaba que sus tropas se habían comportado «sin el menor desmán ni atropello», manteniendo una alta disciplina.¹²¹⁰ Desde luego, este último ejemplo bien podía ser un intento de Cañizares por añadir argumentos que atenuasen la condena que le esperaba por el desastre sufrido, pero en todo caso, y especialmente si le sumamos el de Teruel, evidenciaba que lo que debía ser normal era, de hecho, extraordinario, hasta el punto de hacerlo público con el objetivo de añadir una nueva dimensión más a la política de persuasión llevada a cabo por el ejército sobre sus combatientes, la de los beneficios tangibles a cambio de su buen comportamiento.

Los diferentes ejemplos que hemos ido viendo, pero quizá sobre todo el de Legión Cóndor por lo tardío de la fecha y la gravedad de los hechos, nos sitúan ante la evidencia de que las diferentes instrucciones y directivas puestas en marcha a lo largo del año 1938 no habían alcanzado, ni de lejos, los objetivos fijados. Los soldados continuaban actuando al margen de la ley, causando perjuicios a propiedades privadas y a los propios civiles, y el ambiente de autoridad y disciplina seguía adoleciendo de fallas considerables que un ejército con unos recursos limitados no conseguía taponar. No obstante, eso no significaba

¹²⁰⁸ Véanse AGMAV, C. 1388, 37. CE del Turia, Denuncias/Quejas, “Presentadas por la Legión Cóndor, con motivo de violencias cometidas con sus conductores de vehículos automóviles. Prevenciones”, noviembre de 1938. AGMAV, C. 1382, 29. CE de Navarra, “Quejas de la Legión Cóndor”, noviembre de 1938. AGMAV, C. 2907, 6. CGG, SIPM, “Expediente informativo de sabotajes a la Legión Cóndor”, 1938.

¹²⁰⁹ AGMAV, C. 1588, 80. 15 DI, Recompensas, “Premio a soldado por hallazgos y devolución de objetos de valor en Teruel”, mayo de 1938.

¹²¹⁰ AGMAV, C. 1285, 15, p. 7. Ejército del Sur, “Información sobre la actuación de la 21 DI”, agosto de 1938.

que no continuase intentándolo, ya que su cohesión, así como parte de la capacidad coercitiva del Nuevo Estado, dependían de que la situación no se descontrolase más de lo que ya estaba, no en términos absolutos pero sí relativos, comparada con lo que debería estar sucediendo en el frente si nos fijamos en las órdenes dadas por las diferentes directivas, aun considerando la imposibilidad de ejercer un control total. En cierto modo, y al igual que se planteaba de forma utilitaria respecto a la devastación que causaban las operaciones militares, la imposición de ese marco normativo específico tenía consecuencias a corto plazo, en el propio conflicto, pero también representaba una demostración de fuerza y capacidad del régimen en construcción de cara a la inminente posguerra. Así, entre diciembre de 1938 y abril de 1939, es decir, desde las vísperas del inicio de la ofensiva de Cataluña, se decretaron toda una serie de nuevas medidas que profundizaron en las disposiciones ya vistas con anterioridad, haciéndolas más severas, y plantearon una nueva política, la de la “persuasión y el castigo”, que en esencia no se trataba sino de esas apelaciones al carácter heroico y al honor militar combinadas con castigos rigurosos a todos aquellos soldados responsables de haber cometido excesos. Sin embargo, lo que al mismo tiempo reflejaban estas nuevas instrucciones, como sucedía con las anteriores, era que los comportamientos a los que ya se buscaba poner fin en marzo y abril eran exactamente los mismos que se querían nuevamente evitar en la ocupación del territorio catalán que aún quedaba en manos republicanas, y en el resto de áreas que a finales de marzo cayeron en poder de los insurgentes. Es decir, conductas que no habían sido erradicadas del catálogo de violencias cotidianas de los combatientes.

La primera de estas nuevas instrucciones, emitida el día 14 de diciembre, buscaba «proteger a las personas y los bienes de la zona que se libere del dominio rojo, ahorrando a las poblaciones toda vejación que inútilmente se añada a los dolores que la guerra lleva consigo». Esencialmente, el discurso reproducía los mismos parámetros que los ya comentados en directivas anteriores, buscando insistir en esos objetivos a futuro que tenía la ocupación del territorio catalán, en este caso, y no solo en cuestiones cortoplacistas que resultaban contraproducentes en el marco de un conflicto a punto de finalizar. A continuación, se mencionaba esa política de «la persuasión y el castigo», que se resumía en la preferencia por «apurar primero todas las posibilidades que ofrece la persuasión porque la naturaleza de nuestros oficiales y de la masa de nuestros soldados hace que no sea baldío hablar a su condición noble y generosa». En este sentido, es importante no olvidar una cuestión esencial que contribuye a explicar esa insistencia en el binomio consenso-coerción. El ejército tenía asignada la función de ampliar los apoyos sociales del bando rebelde, pero esa tarea estaba orientada fundamentalmente hacia los combatientes, que a fin de cuentas eran los que constituían el colectivo más amplio dentro de su alcance directo. Por tanto, de la misma forma que resultaba contrario a sus intereses el desplegar una política de castigo constante hacia la población civil, también lo era el usar la represión como único mecanismo de control de los combatientes, ya que eso podía hacer que se resintieran las lealtades hacia el Nuevo Estado construidas durante los dos años anteriores. De hecho, esa variable de la ecuación bien podía constituir uno de los límites a la propia capacidad coercitiva del ejército, el cual tenía que prestar atención a un complejo juego de equilibrios en el que debía maximizar su poder de captación aplicando las dosis necesarias de violencia a cada uno de los grupos objetivo.

Debido a ello, la directiva se esforzaba en recordar que se iba «a la zona insumisa en misión de paz, de justicia y de protección», y no de punición como en el verano de 1936, porque «hay en ella una enorme masa de población que espera ansiosa nuestra presencia y sería lamentable hacerla sentir vejaciones y desmanes y hasta molestias inútiles». De nuevo, se buscaba incentivar ese modelo del soldado heroico, entendido en un sentido caballeresco, que buscase hacer del buen trato a la población civil su elemento distintivo. Sin embargo, eso se topaba con la naturaleza del propio discurso rebelde, en el que la zona republicana había sido demonizada hasta la extenuación, algo que ahora resultaba incómodo, al menos en ese “primer contacto” al que se referían directivas. Se mencionaba, de hecho, la cuestión del maltrato a las personas que hablaban únicamente catalán, o que hablaban un español defectuoso, contra la que «sería injusto e inoportuno ejercer violencia o mofa tomando pie en un hecho real y normal, muy lamentable pero que seguramente no puede ser remediado sino por otra clase de procedimientos más lentos y adecuados». Los retratos de alteridad contruidos para representar al enemigo republicano habían adoptado un patrón netamente maniqueo que no dejaba lugar a las precisiones que realizaban unas instrucciones incapaces de reconciliarse con un pasado de legitimación del exterminio del “otro”, y con un presente que discurría por los mismos cauces pero al que se quería confinar al espacio de la retaguardia: «Sería igualmente injusto considerar la Región catalana en bloque como enemiga de España confundiendo los sentimientos naturales de esta comarca con la deformación que ha sufrido su espíritu a consecuencia de una larga acción disolvente a que libre e impunemente la ha sometido una política falta de fe o patriotismo». Quizá esa incapacidad de reconciliación era la que forzaba a dar paso, a continuación, a los párrafos en los que se ahondaba en la dimensión del castigo, en la que se reproducían las mismas medidas ya diseñadas en mayo de 1938, como la prohibición de que todas las fuerzas entrasen a las localidades, de efectuar requisas, de cobrar multas a los civiles –que eufemísticamente quería decir extorsionarlos–, o la obligatoriedad de detener «todo vehículo que vaya hacia la retaguardia transportando muebles, enseres, ropas y efectos cuya propiedad inspire sospechas», una práctica a la que aparentemente no se había podido poner coto.

Una segunda directiva, también del día 14, explicitaba propósitos similares, es decir, «evitar que los habitantes de las zonas que se liberen sean víctimas de abusos por parte de nuestras tropas», conducta que luego se especificaba directamente aludiendo a que se debía «impedir, materialmente, que en las próximas operaciones, nuestras tropas cometan desmanes [...] y saqueen». Sin ir más lejos, se ponían como ejemplo de lo que no se debía hacer los «casos, pocos afortunadamente en que los bienes y hasta las personas pacíficas han sido objeto de vejaciones con la agravación lastimosa de haber resultado víctimas de ellas seres inocentes de acendrado entusiasmo por nuestra causa». Esta concatenación de eufemismos, que dejaban entrever situaciones en las que se habrían producido agresiones sexuales, admitían de cualquier modo la reproducción de un esquema de violencia que no discriminaba ni siquiera a los propios adeptos a la sublevación, lo que retrotraía a marcos de máximos en la aplicación de esas conductas, evidenciando la dificultad de operar un cambio de la dimensión pretendida por el ejército. En este sentido, esta segunda directiva recurría también a mecanismos similares a los de la anterior, y desde luego en la línea de lo que venían siendo las nuevas políticas de ocupación del

bando rebelde, es decir, situados en esa doble dirección de persuasión y castigo. Respecto a la primera, se aludía a cuestiones como el «prestigio» de la causa, que no estaba sino inspirado por un «ideal de justicia», y se ordenaba desplegar sobre las tropas «una intensa acción moral que les inspire el convencimiento de que su presencia debe llevar a las zonas ocupadas el amparo, la ayuda y el orden». Respecto a la segunda, se volvía a mencionar que a las fuerzas se añadirían grupos de la Guardia Civil para el control de la tropa, algo que a tenor de lo sucedido con los transportes de la Legión Cóndor tampoco parecía garantía de nada; se recordaba la restricción de la entrada de todas las fuerzas en los enclaves que se fuesen tomando; se prohibía «la salida de toda clase de efectos sin autorización del Jefe de los Servicios de Intendencia»; y se decretaban «severas sanciones [para] todo el que conociendo los hechos reprobables de los que tienden a evitar estas disposiciones no curse inmediatamente parte a sus superiores», que esencialmente buscaba forzar las lealtades construidas entre la tropa y fomentar la delación. Sin embargo, quizá el punto más revelador de esta directiva, el cual por su naturaleza no hacía sino resaltar el fracaso de las órdenes dadas previamente, era la oferta de recompensar con dinero a aquellos combatientes y unidades que mostrasen un buen comportamiento en el frente: «Para estimular a todos y procurar la emulación entre las Unidades estableceré premios en metálico y de distinción para las Unidades de ocupación que destaquen por su brillante conducta».¹²¹¹ En buena medida, las lógicas detrás de este tipo de ofrecimientos eran similares a las que definían los contornos la política de atracción desplegada por el ejército, tal y como veíamos ejemplificado en las conferencias patrióticas. Se trataba de “comprar” la voluntad de los combatientes a base de contrapartidas tangibles, ante la constatación de que las apelaciones a hacer gala de su carácter caballeresco o al honor militar no les ofrecían demasiados incentivos. En una España devastada por la guerra, el recibir una cantidad de dinero en metálico, o una distinción que podía llevar aparejado un aumento de la pensión de excombatiente, constituía un premio jugoso del que sacar partido. Aunque, por otra parte, quizá los beneficios que se obtuviesen de la venta del botín compensasen el riesgo de poder ser detenido y perder ese premio al que aludía la directiva. En todo caso, esta oferta abría una tercera vía, en la línea de la “persuasión”, si bien mucho más práctica, que se sumaba a lo que ya veíamos en Teruel o en el caso de la 21 DI, y que buscaba publicitar que el ejército estaba dispuesto a pagar un dinero extra a aquellos que acatasen sus normas. Lo cual significaba aceptar su propia debilidad, o su incapacidad de llevar más allá los métodos coercitivos ante el riesgo de desafectar a muchos combatientes.

Un mes más tarde, el 26 de enero de 1939, el mismo día en que las fuerzas rebeldes ocupaban la ciudad de Barcelona, la 5ª División de Navarra emitía una orden dirigida a las unidades bajo su mando, que aparte de las propias eran también la 4ª División de Navarra y la 12 DI, todas ellas involucradas en la toma de la capital catalana. De nuevo, se apuntaban toda una serie de directrices similares a las que ya hemos visto, como la incorporación de batallones de guarnición para el control de la población —no en vano, Barcelona era una urbe gigantesca, lo que hacía insuficientes las fuerzas que las divisiones

¹²¹¹ Estas dos directivas en AGMAV, C. 1558, 113. 12 DI, Orden y policía, “Instrucciones a las tropas en la ocupación de poblaciones liberadas”, diciembre de 1938. Sobre la ocupación de Barcelona y la represión desatada por las autoridades franquistas una vez tomada la ciudad, véase Peter ANDERSON: op. cit., pp. 210-227.

llevaban habitualmente consigo para estas tareas—, o la prohibición de efectuar registros arbitrarios y que degenerasen en saqueos o en la incautación de enseres, aun incluso en el caso de requerirse «por agresiones o por necesidad militar», estando únicamente autorizada la requisita de las armas y la identificación y detención de los sospechosos. No obstante, se incluían también nuevas prohibiciones que contribuían a seguir endureciendo todo un corpus de órdenes e instrucciones que no parecían terminar de funcionar. Se apuntaba que los Regulares, así como los cantineros, debían quedar establecidos fuera de los casos urbanos de las poblaciones, una prohibición que en el mes de febrero se ampliaba a los legionarios. En este sentido, se señalaba directamente a ambas fuerzas como principales responsables de los delitos, lo que en cierto modo también permitía, por el carácter específico de estos cuerpos, disociar sus actuaciones de las del resto de unidades del ejército. Sin ir más lejos, en ese mismo de enero se había denunciado otro caso de intento de violación por parte de unos combatientes marroquíes ocurrido en el marco de las operaciones que estaban teniendo lugar en Cataluña.¹²¹² Y, del mismo modo, se apuntaba también a la incapacidad de controlar a los soldados en sus ratos de permiso y ocio, que en el marco de una gran ciudad como Barcelona podían descontrolarse en exceso. De hecho, ya veíamos con anterioridad cómo se habían producido múltiples incidentes, por parte de legionarios en este caso, en bares y prostíbulos de retaguardia, lo cual se quería evitar situando las cantinas en lugares donde se minimizasen los potenciales efectos nocivos para la población civil.¹²¹³

Al mismo tiempo, en esta última fase de la guerra siguieron subrayándose objetivos complementarios al buen trato que se debía dispensar a la población civil, enfocados hacia la evitación de destrucciones que a juicio de los dirigentes rebeldes eran innecesarias, y que en todo caso resultaban contraproducentes para la tarea de reconstrucción que ya se vislumbraba en el horizonte. Más allá de las habituales prohibiciones de requisas e incautaciones arbitrarias realizadas en edificios, se aludía específicamente a cuestiones clave que ya veíamos antes, como, por un lado, las propias infraestructuras y edificios de los pueblos que se iban ocupando. Ante la manifiesta debilidad de las unidades del EPR, que cualquier atisbo de resistencia conllevase el despliegue de una potencia de fuego brutal que arrasase con pueblos y municipios, especialmente mediante los bombardeos aéreos, generaba más perjuicios que beneficios, pues esa eventual resistencia podía vencerse con propaganda y tiempo, con el que ahora sí contaban los rebeldes, pero la devastación causada por los proyectiles y las bombas solo incrementaba los costes de la reconstrucción que el Nuevo Estado habría de afrontar en la posguerra. Por ello, se publicaron dos instrucciones dirigidas específicamente a evitar esta cuestión, que al redundar en las que ya veíamos anteriormente evidenciaban la poca influencia de estas segundas. La primera de ellas, si bien admitía que «las destrucciones de riqueza» eran «inevitables, ciertamente, en muchos casos», poniendo así de manifiesto la naturaleza destructiva inherente al modo

¹²¹² AGMAV, C. 1353, 8. CE Maestrazgo, Justicia, “Diligencias previas por intento de violación”, enero de 1939.

¹²¹³ Las directivas de enero y febrero en AGMAV, C. 1551, 34. 12 DI, Orden y policía, “Instrucción General del día 26 de la 5ª División de Navarra sobre régimen en poblaciones ocupadas”, enero de 1939. AGMAV, C. 1575, 43. 13 DI, Instrucciones, “Del C. Grl. del Genrlmo. de fecha 10, para el caso de que surja el derrumbamiento enemigo en el frente de esta División”, febrero de 1939.

de enfocar la guerra por parte de los rebeldes, señalaba también las consecuencias de estas prácticas. En primer lugar, que su afectación era indiscriminada, golpeando igualmente a «personas y clases que nos son afectas, o que por lo menos son de ideología antimarxista». En segundo término, que eso dejaba una honda huella en las comunidades, quedando en ellas «el sentimiento del daño recibido [...] y un malestar duradero, porque el daño no es reparable en plazo breve», dificultando así «la instauración de una sincera y definitiva unidad nacional». Y, en última instancia, que «la economía nacional se quebranta». Todos ellos argumentos que resumían la doble función que se perseguía con la contención de la violencia, limitar los daños a la cohesión social, pero también los de tipo material. Por ello, se apuntaba que era «necesario que no sean atacadas [las poblaciones] por la aviación y que su ocupación se realice siempre por desbordamiento», demostrando la capacidad del ejército rebelde de adaptar sus métodos bélicos a las diferentes contingencias que había de afrontar, y por ende ese carácter contingente del modo de hacer la guerra propio de los fascismos que ya señalaba en capítulos anteriores.¹²¹⁴ En la segunda de estas directivas, directamente se aludía, con especial referencia a las unidades italianas, a que no se debían realizar «bombardeos sobre pueblos más que cuando sea imprescindible para las operaciones militares», ya que «conviene tanto a nuestra riqueza como a nuestra política, procurar hacer el menor daño posible, dentro de la necesidad que impone la guerra».¹²¹⁵ En cualquier caso, parece que las campañas de terror aéreo desplegadas por los rebeldes contradecían estas mismas instrucciones, pues la Legión Cóndor, y sobre todo la Aviazione Legionaria, continuaron atacando objetivos civiles hasta finales de marzo de 1939.¹²¹⁶

Por otro lado, también fueron objeto específico de estas órdenes el ganado o los productos agrícolas, fundamentales para la supervivencia de la población civil y para el establecimiento de una mínima base económica. En un escrito enviado a finales de marzo a la 102 DI se denunciaban «casos de requisita de ganado [...] realizados por Oficiales, Clases y soldados, que han empleado la violencia sobre la población civil», así como «casos de compra de ganado, impuestas arbitrariamente, sin considerar que cuando los propietarios se resisten a vender deben tener sus motivos, entre ellos, la lógica resistencia a desprenderse de hembras con hijos en lactancia o aptas para la reproducción». Ambos fragmentos son reveladores, pues precisamente situaban la supervivencia de estos tejidos económicos, en este caso mediante la reproductibilidad de los animales, como el elemento nuclear que debía inspirar el comportamiento de los combatientes, que no solo tenían que tener objetivos a corto plazo definidos por su propio interés. Calificados estos actos directamente como «expoliaciones realizadas con el concurso del uniforme y las armas que la Nación entrega para otros fines», que apuntaba a esa sensación de impunidad que otorgaba la condición de soldado como uno de los motores de estas violencias cotidianas, se ordenaba su inmediata terminación ya que «perjudican a la economía nacional [...] [y] lastiman el prestigio del Ejército», apelando nuevamente al honor militar y a los valores

¹²¹⁴ AGMAV, C. 1776, 17. 63 DI, Destrucciones, “Orden del E. del Norte, sobre evitación de destrucciones de riquezas”, enero de 1939.

¹²¹⁵ AGMAV, C. 1241, 32. Ejército del Norte, Peticiones, “De que no se bombardeen los pueblos”, enero de 1939.

¹²¹⁶ Javier RODRIGO: *La guerra fascista...*, pp. 284-299.

que esta institución debía representar y defender.¹²¹⁷ En la misma línea, otras órdenes exigiendo la devolución de los animales requisados fueron entregadas a la 62 DI, que en esos momentos operaba en el frente de Guadalajara.¹²¹⁸ A la pervivencia de ambas culturas de exceso y violencia quizá contribuyera el hecho de que, en ambas formaciones, sus mandos hubieran tenido un papel protagónico en el avance de las columnas durante el verano de 1936, caso de Castejón en la 102 DI, y del coronel de infantería Antonio Sagardía en la 62 DI.

Por último, los prisioneros de guerra fueron también objeto de diversas órdenes relativas al trato que se les debía dispensar. En buena medida, los objetivos que se perseguían eran muy similares a los que afectaban a los civiles, esto es, evitar que fuesen blanco de excesos y desmanes para que no se mostrasen hostiles al proyecto de los sublevados y, por otro lado, generar mecanismos de integración en la nueva comunidad nacional. De este modo, en el mes de diciembre de 1938 el CE Marroquí recibía una orden para que se pusiese freno a la coacción que sufrían muchos combatientes republicanos capturados, los cuales eran obligados por sus guardianes a vender sus objetos personales a precios ínfimos, lo que esencialmente equivalía a una extorsión.¹²¹⁹ De hecho, en otra directiva, también de diciembre, el CGG ordenaba que los jefes encargados de recibir e interrogar a los prisioneros evitasen el robo de documentos y dinero que sufrían los soldados republicanos apresados y conducidos a campos de concentración, ya que se trataba de una práctica recurrente al parecer.¹²²⁰ Por otra parte, en febrero y marzo de 1939, y ante la inminente llegada de aquel escenario que había definido Eduardo Cañizares en su informe sobre las distintas fases por las que pasaría el conflicto, otras dos órdenes, una de ellas dada a la 62 DI de Sagardía, se apresuraban a recordar que la vida de los prisioneros debía ser respetada de forma general, habiéndose de separar a los soldados, digamos, corrientes, de aquellos que fuesen «autores de delitos o espías de comisarios». Además, se ordenaba que se elaborasen listas de aquellos republicanos capturados que tuviesen avalistas en zona sublevada, lo que ponía de manifiesto la voluntad de construir mecanismos de una cierta reintegración, fundamentalmente en aras de reconstruir un país arrasado hasta los mismos cimientos.¹²²¹ En este contexto, la violencia indiscriminada no tenía cabida, no al menos en el frente. Pero, desde luego, la represión seguía su curso, porque era una cuestión consustancia a la propia naturaleza del proyecto rebelde.

¹²¹⁷ AGMAV, C. 1852, 32. 102 DI, Requisas, “De ganado para sacrificio y artículos alimenticios sin autorización”, marzo de 1939.

¹²¹⁸ AGMAV, C. 1769, 10. 62 DI, Órdenes, “Diversas prohibiendo requisas o incautaciones de tesoros, almacenes, etc., disponiendo custodia”, marzo de 1939.

¹²¹⁹ AGMAV, C. 1371, 26. CE Marroquí, “Prohibición de coacción a prisioneros para venta de objetos de su propiedad”, diciembre de 1938.

¹²²⁰ AGMAV, C. 1214, 61. Ejército del Norte, Justicia, “Irregularidades en la recogida y conducción de dinero de evadidos y prisioneros”, diciembre de 1938. De hecho, ya en el mes de julio otra instrucción hacía referencia a una cuestión similar, si bien en este caso referida a combatientes caídos propios en el frente, los cuales eran despojados de sus pertenencias, tal y como denunciaban las familias. AGMAV, C. 1589, 20. 15 DI, Fallecidos, “Orden para que se evite el despojo de efectos y metálico que posean”, julio de 1938.

¹²²¹ Véanse AGMAV, C. 1575, 43, pp. 2-3. 13 DI, Instrucciones, “Del C. Grl. del Genrlmo. de fecha 10, para el caso de que surja el derrumbamiento enemigo en el frente de esta División”, febrero de 1939. Y AGMAV, C. 1769, 10, p. 2. 62 DI, Órdenes, “Desarme combatientes rojos, partes sobre prisioneros, entregados, etc.”, marzo de 1939.

En cualquier caso, la enésima intentona por controlar la violencia volvió a demostrarse un fracaso. El soldado José Llordés relataba en sus memorias cómo, en el marco de los combates de Peñarroya en enero de 1939, apresaron a varios integrantes de una unidad republicana que había ofrecido una considerable resistencia en sus posiciones. Los soldados rasos fueron enviados a retaguardia a un campo de concentración, pero tres oficiales fueron fusilados por orden directa de los mandos de su unidad. Al regresar al campamento, los soldados que habían formado el piquete de ejecución iban cargados con prendas de vestir, dinero y documentación procedente de los republicanos ejecutados, lo que contravenía directamente todas las disposiciones que acabamos de ver.¹²²² De igual modo, el alférez Martín Vigil narraba un episodio similar, en el marco de la misma batalla, donde un teniente y un comisario del EPR que habían sido capturados por soldados bajo su mando fueron fusilados por orden de un superior en el mismo frente y tras haber sido interrogados.¹²²³ Esto no significaba, como ya planteaba anteriormente, que las ejecuciones en caliente u otro tipo de conductas se tratasen de algo generalizado en la mayoría de las unidades rebeldes, pero sí ponía de manifiesto que ciertos mandos y soldados no concebían estos comportamientos como algo problemático, estando además fuertemente enraizados en sus formas de entender la guerra y la violencia bélica. En este sentido, las propias convicciones ideológicas, el marco de tolerancia que había imperado durante dos terceras partes de la contienda, o el discurso que ensalzaba la violencia y legitimaba su empleo, sin duda contribuían a la dificultad que tuvo el ejército para erradicar estas prácticas, algo de lo que se era plenamente consciente en el frente. El propio Martín Vigil, cuando su unidad afrontaba los días finales del conflicto, tenía que dar órdenes precisas para que no se produjesen excesos como saqueos o violaciones, ya que veía en algunos de sus hombres «una indisimulada ansia de botín», al tiempo que temía que el contacto con las mujeres de los pueblos en retaguardia degenerase en un «asalto a que pudiera lugar tanta abstinencia» durante los días que habían pasado combatiendo.¹²²⁴

En conclusión, lo que este capítulo ha querido reflejar no es sino la historia de una utopía. El ejército rebelde, consciente de que a partir del descalabro republicano en Teruel tenía la guerra tremendamente de cara, buscó camuflar su propia naturaleza en lo que respectaba a la conquista y ocupación de poblaciones por parte de sus unidades militares emitiendo toda una serie de directivas destinadas a contener la violencia que, hasta ese momento, había sido una de las señas de identidad de la conducta de los combatientes. Pero, paradójicamente, lo que ese propósito puso de manifiesto fueron dos cuestiones. Por un lado, todo el amplio catálogo de prácticas bélicas y violencias que las fuerzas insurgentes habían desplegado, en diferentes cantidades y niveles, desde julio de 1936, que ya se reflejaban parcialmente en la documentación militar y en los testimonios de combatientes y civiles pero que ahora quedaban mucho mejor explicitadas y ejemplificadas a través de las sucesivas normas dadas para combatir, de forma específica, estos comportamientos. De este modo, se admitía la recurrencia de saqueos, violaciones, exacciones, desmanes, robos, asesinatos o torturas, moduladas y adaptadas a las diferentes necesidades puntuales pero siempre implementadas como conducta tolerada e instigada por el

¹²²² José LLORDÉS: op. cit., pp. 279-280.

¹²²³ José Luis MARTÍN VIGIL: op. cit., p. 206.

¹²²⁴ *Ibidem*, pp. 256-257.

propio ejército. Por otra parte, las instrucciones circuladas a partir de marzo de 1938 evidenciaron, además, las contradicciones inherentes a la política de consenso y coerción que desplegó el ejército para consolidar su poder y ampliar su base social. Mientras que de una parte se apuntaba la necesidad de respetar a la población civil y a los prisioneros republicanos, de otra se seguía insistiendo en que el objetivo primordial de la guerra era la depuración de la anti-España. E, igualmente, al tiempo que se intentaba aplicar una política de control y castigo sobre los combatientes como forma de hacerles cumplir las órdenes, esta no se podía implementar en toda su dimensión pues lastraría el objetivo de socialización ideológica que se había planteado el ejército. Todas estas contradicciones superpuestas no hicieron sino enfatizar la debilidad y el escaso margen de acción del que el ejército disponía en la cuestión del control de la violencia, tal y como evidenciaba el hecho de que todavía en abril de 1939 se tuvieron que seguir emitiendo órdenes similares a las de marzo del año anterior.¹²²⁵ En definitiva, el ejército sublevado, ante las particularidades del fallido golpe de Estado, del escenario bélico de los dos primeros años de guerra, y en consonancia con la identidad político-ideológica del proyecto que representaba y quería imponer por la vía de las armas, puso en marcha, alentó y llevó a cabo una guerra brutal, indiscriminada, total y fascista que generó toda una serie de cosmovisiones, culturas y prácticas bélicas en sus integrantes que luego fueron imposibles de erradicar, toda vez que ese mismo ejército estaba atrapado en el círculo vicioso de haberse construido sobre la eliminación de la anti-España y, al mismo tiempo, necesitar a una parte de esa anti-España para reconstruir un país en ruinas.

¹²²⁵ AGMAV, C. 1598, 126. 15 DI, Requisas, “Orden sobre prohibición de requisar sin autorización debida. Otra disponiendo que se dé cuenta de los camiones y coches ligeros requisados”, abril de 1939.

Concluding Remarks

In his classic book of 2003, Gabriel Cardona defined the Francoist army as a barefoot giant, an enormous police instrument for the sustainment of the regime. However, this institution was ill-prepared for developing the task normally associated with an army, as showed in episodes like the Ifni-Sahara War (1957-1958), which are surprisingly underdeveloped at the historiographical level.¹²²⁶ To a large extent, this description perfectly fits the reality of the Rebel army during the Spanish Civil War. Essentially after the defeat in the battle of Madrid, the mass army was an instrument built with two main goals. On the one hand, winning the war in the battlefields. And, on the other hand, fulfilling the task of control and coercion that the Rebel side needed in order to keep alive the rebellion, to eliminate dissidence and to widen the social support to the insurgent's project through the various mechanisms we had seen in this dissertation. Indeed, these were roles that the Rebel armed forces already had during the summer and autumn of 1936. Although, with the rise of total war and forced conscription they acquired a massive dimension. Nonetheless, the achievement of both goals faced several problems and difficulties. In this sense, those problems were linked with the attempt of implementation of this goals within the particular frame of improvisation generated, firstly, by the partially failed coup d'état and, secondly, by the defeat on the battle of Madrid. This led to the construction of an organism built with quickness and parallel to a suddenly happened total mobilisation. It wasn't updated in its tactical proceedings. It was chaotic in its organisation and structuration. It had poor in equipment. And it found itself trapped within the contradiction generated by the simultaneous policies of consent and coercion, both directed to its own combatants and to civilians. That is to say, a gigantic entity, whose size was explained due to military necessity and political needs, with enormous feet made of clay which made it stagger at every step.

Regarding the Civil War, those problems and difficulties were mainly reflected in the organisation of the whole army's structure and in its inability to converge towards a model of modern warfare. Indeed, this modernity was precisely on the main conflicting points of the Rebel army. Spain was a poorer and less developed country than his neighbours, mainly that those who had gone through four years of brutal conflict during the Great War. Because of that, those countries necessarily had to undertake a process of modernisation of their armed forces. Nonetheless, Spanish military experience during the first thirty years of the 20th century had only faced colonial contexts –which, indeed, generated many problems by themselves–, avoiding the incorporation and introduction of a

¹²²⁶ Gabriel CARDONA: *El gigante descalzo...*. About the Ifni-Sahara War, see Rafael CASAS DE LA VEGA: *La última guerra de África (Campaña de Ifni-Sáhara)*, Madrid, Servicio de Publicaciones del Estado Mayor, 1985; José Ramón DIEGO AGUIRRE: *La última guerra colonial de España. Ifni-Sáhara (1957-1958)*, Málaga, Editorial Algazara, 1994; y Andreas STUCKI: "Guerras imperiales: un intento de integración (España, Ifni-Sáhara y el 'viento de la Historia')", in Javier RODRIGO (ed.), *Políticas de la violencia. Europa, siglo XX*, Zaragoza, Prensas de la Universidad de Zaragoza, 2014, pp. 423-446. In this sense, the "bunkerisation" of a significant part of military documents for the period after the Civil War, due to the obsolete but still in force *Ley sobre Secretos Oficiales* of 1968, has prevented this and some other important episodes of the Francoist regime, such as the fight against the guerrilla, to be deeply delved into with the depth which the absolute availability of sources would allow.

whole series of modern means of war and weapons and, at the same time, new approaches to war. In fact, those new perspectives of war and weapons had to be incorporated during the Spanish Civil War, although the former never really managed to complete its introduction. This was a process in which combatants were the main subjects affected and harmed, because this incomplete and problematic conversion to modern warfare, the building process of the Rebel army and the specific vices both elements generated and made chronic in the functioning of military units led to a significant number of dead, mutilated and disappeared.

That scarcity and those previous experiences notably defined what the Spanish Civil War was, and how it was understood and waged by the Rebel and the Republican armies. A Rebel directive specified it very clearly: considering the «lack of means and weapons, as it is common in this campaign», there was no other way for advancing than through «consecutive» coup de mains so that «while producing partial successes they contribute to the total success it is pursued». That is to say, that «excepting for very limited targets, a Division can only effectively attack in one direction, because the attack requires in-depth staggering of the means of war if we want to conveniently feed it and give it the necessary depth».¹²²⁷ The analysis of this realities on the battlefields help us to make more complex and reject the idea that Franco's strategy was to implement a purposely slow war of conquest in order to extensively purge his social and ideological enemies.¹²²⁸ Military reports and documents show that what delayed the military victory were the problems the Rebel army had to face, like for example the lack of exploitation of the combat successes or the lack of employment of flanks in order to advance quicker. In this sense, the various directives sent to the GGUU and units which formed the army made explicit that the main aim was to «end the war quickly», something that was constantly attempted through the different and consecutive efforts to reform their infrastructures and operational procedures.¹²²⁹ In my view, it is not realistic to suggest that, on the one hand, the army was putting significant efforts on the update and upgrade of military units in order to win the war. And, on the other hand, Franco and his generals, who indeed were the ones signing these directives and orders, aimed to delay victory in order to display a more systematic repression.

Of course, one can question, from an exclusively military standpoint, that operations like the one in Toledo or the counteroffensive in Teruel were secondary and minor objectives, mainly compared with Madrid. However, this can be perfectly explained by the building process of the legitimacy, charismatic figure and, at the end, myth surrounding the figure of Franco. A process needed in order to sustain and solidify his power as the only leader of the Rebel coalition. Regardless, going beyond the military level, some

¹²²⁷ AGMAV, C. 2567, 33, pp. 10 and 6. CGG, HQ, "Directives for commanders and HQs", no date.

¹²²⁸ Paul PRESTON: *Franco...*, p. 274.

¹²²⁹ AGMAV, C. 1678, 74, p. 2. 21st Infantry Division, Operations, "Orders by S.E. the Generalísimo in order to increase the efficacy of combat units in offensive combat", October 1938. The same idea in an earlier date, January 1938. See AGMAV, C. 1367, 13, p. 1. Moroccan CE, Organisation, "Order no. 2, from day 18th, about troops' training, discipline, obedience, work and responsibility", January 1938. Indeed, as shown in the third part of this dissertation, this quick end for the war would also deal with the aim to avoid as much damage as possible to critical infrastructures of the country, which were needed to start reconstruction.

other elements question this idea about the intended slow war. Specifically, the numbers of Rebel violence and repression doesn't fit much with this approach. The majority of the killings committed by the Rebels, around 53.000 victims, took place during the first six months of war, when the columns were rapidly approaching the city of Madrid. While the rest of the victims caused by Rebel violence and repression, until 65-70.000, were killed during the next 28 months, when in theory the aim was to purge the territory slow and deeply, also considering the occupation of hostile regions such as Asturias or Cataluña. At the same time, the prolonged duration of the state of war until 1948, until 100-130.000 victims, allowed the regime to implement repression without almost any problem, targeting those who had escaped the purges during the war, mainly but not only because they lived in areas that were conquered at the end of the conflict. Moreover, the consequences of victory, regarding violence, allowed this propitiatory context to be extended into post-war, as new frames of reference were created due to repression.¹²³⁰

Equally, the starting points of July 1936 decisively influenced the experience of volunteers and conscripts that took part in the war. On the one hand, the suddenly happened conflict and the nature of the armed forces that had to be quickly built generated ways of waging war whose distance with modern warfare was evident. Indeed, as I previously said, the Spanish military experiences and contexts before the Civil War are essential for explaining this distance. In this sense, the analysis of Rebel warfare has allowed me to nuance this idea that the forms of violence deployed by Rebel units, mainly until the end of 1936, voluntarily reflected a specific war culture developed in the Rif and exported to the peninsular context. Although it is true that this culture existed and was crucial in the construction of the ideological military environment of the insurgents—like in the specific attitudes and perceptions about combat and sacrifice—, it is also true that this transfer is better explained by pure military pragmatism. That is to say, the columns that used these methods didn't know how to combat, advance or conquest in any other way. It is difficult to think that in a war with different characteristics to the one that was waged during the second half of 1936, that is with modern weapons, the results would have been different. Violence depended, as seen in the third part of this dissertation, on the symbiosis between the frame of military necessity and the ideological one, and was defined by its eminently pre-emptive nature directed towards political and social groups perceived and labelled as threats, both *per se* or if they managed to develop mechanisms of opposition such as strikes or more violent resistances.¹²³¹ Thereby, its relation with the Africanist war culture didn't follow a heavy scheme of cause-effect, nor a conscious logic.

¹²³⁰ Javier RODRIGO: *Hasta la raíz...*, p. 43. At the same time, some historians place the end of the war context, and hence of the processes mentioned here, in the around the beginning of the decade of the 50s, when regime's military and police forces crushed the last remnants of the anti-Francoist guerrilla. See Jorge MARCO y Mercedes YUSTA RODRIGO: *op. cit.*

¹²³¹ In this sense, the experiences of other fascisms at war show similar results. We could compare, for example, the different occupation systems implemented by Germans and Italians in France and in the East. See Thomas J. LAUB: *After the Fall: German Policy in Occupied France, 1940-1944*, Oxford, Oxford University Press, 2010; Jeff RUTHERFORD: *Combat and Genocide...*; Emanuele SICA: *Mussolini's Army in the French Riviera. Italy's Occupation of France*, Champaign, University of Illinois Press, 2016; and Amedeo OSTI GUERRAZZI: *The Italian Army in Slovenia. Strategies of Antipartisan Repression, 1941-1943*. Basingstoke: Palgrave Macmillan, 2013.

The war experience in the Rif provided the warfare in a specific moment in which columns had to rapidly conquer vast sections of territory in their way to Madrid, in order to occupy the city and put an end to the war. And, at the same time, these forces came from the colonial context and take advantage of the situation and their knowledge. But soon, after the battle of Madrid, and sometimes even before, this particular warfare was vastly persecuted, in an attempt to modernise operational procedures and tactics. However, this had little influence in the dynamics of purge and repression which ran parallel to the advance of the troops, which were better defined by the responses the army gave to the particular contingencies of war, by their relation with the objectives of the Rebel side, and by the existence of cultures and conducts which had become chronic in the combatants' mentality.

Therefore, the connection between the colonial context and the Spanish Civil War could be highlighted in two ways, in my view. Firstly, that the Protectorate was the ideal context for the construction of a particular way of understanding the relation between the military (hence, the masculine) and ideology, which lately was transferred to the way the war was understood. And secondly, that from a military point of view there was an evident connection between the colonial warfare and the warfare deployed in the Civil War, which went through two phases. Until the battle for Madrid, combat tactics and approaches inherited from the Rif where the best way to put a quick end to the war. While, from 1937 onwards, these methods no longer fitted the scenario of a long and modern war, hence being the subject of a generally unsuccessful transformation process based on the possibilities provided by the structural capacity of the Rebel army. Eloquently, a directive dated as late as October 1938 reminded that «In combat, officers must keep the same position of their soldiers, because their exposure in situations in which they don't need to set an example is worthless », which perfectly summarizes this relation I am referring to.¹²³² Coming from those African methods, more inclined, due to the nature of the Rif war, to behaviours and ways of waging war characteristic from the colonial conflicts of the 19th and 20th centuries, officer's individualism due to their seek of glory or to their will to control the whole territory didn't fit the warfare required by the Spanish Civil War. Although the directive highlighted the exemplifying value of this conduct in certain moments, its functionality in a modern war like the one waged during those years wasn't adequate at all, at least with the frequency it took place. Ultimately, the fact that the order was dated almost at the end of the conflict shows the inability of the Rebel army to distance itself from old-fashioned tactics and approaches to war.

The evident inability of the army to effectively implement than convergence into modern ways of waging war wasn't only dependant on the scarcity of means of war it had, or the improvised nature of the building process of the armed forces. It was also a sign of its own weakness and of the limits its power had. Indeed, this issue had also an influence on the structure of control and coercion created in the midst of total mobilisation, which as I already suggested was one of the main goals the army had. Those mechanisms of coercion and control had in denunciation one of their nuclear elements, since

¹²³² See AGMAV, C. 1678, 74, p. 1. 21st Infantry Division, Operations, "Orders by S.E. the Generalísimo in order to increase the efficacy of combat units in offensive combat", October 1938.

the army aimed to boost several ways through which soldiers could monitor one to each other. Indeed, this also happened in the home front, for example in the aforementioned cases where inhabitants of various villages denounced several youngsters who hadn't attend the mobilisation process, or that had used the excuse of the militarisation in factories in order to avoid going to the front. The weakness and the limits the power of the army had played also a role in the implementation of violence, where the active participation and collaboration of civilians was decisive for displaying the depurative processes.

Despite being already addressed by Spanish and other European historiographies, both in the cases of the army and the rear, the participation of civilians and common people in processes of violence is essential in order to understand the task of ideologisation, indoctrination and attraction fulfilled by the Rebel army. Mere discursive propaganda wasn't enough to attract soldiers to the Rebels' socio-political project, since it didn't offer enough incentives for them. On the other hand, they needed tangible compensations in order to keep fighting in extremely difficult conditions. That is to say, the New State had to offer promises such as assistance for them and their families, work, any kind of pension and, at the end, a good reward for their sacrifice at the front. Therefore, this shows the existence of spaces of negotiation between the State and, in this case, combatants, something that could also be extended to civilians. The former needed soldiers, veterans, to consolidate its power and its project, while the latter, although being partially conscious of State's needs, had in the dictatorship their main survival mechanism, above all in the context of a postwar defined by an absolute material and economic devastation of the country. In these spaces of negotiation was where the process of ideological socialization could be placed. Because, in spite of being true that those tangible compensations, those benefits the New State could offer to combatants regarding the most prosaic elements of their lives, were a crucial element in order to fulfil the task of widening the social support sustaining the Rebels' project, this can't be understood disconnected from the ideological dimension. The reward for the sacrifice at the front was accompanied, at least on the discursive level, by some rights, but also by some duties towards the New State. Moreover, those rewards and compensations were placed within specific frames of reference, socialized both through propaganda and through the exploitation the army made of the bonds of comradeship and of the role played by key figures such as officers and priests.

Regarding violence, these weaknesses the army showed while trying to impose its will are also explained due to the inherent contradictions between its depurative role and the one related to the generation of consensus. As I have mentioned before, this was reflected in the control imposed in the very military units. On the one hand, the depredation of comradeship bonds was opposed to the aim to use them as a mechanism of ideological socialization. On the other hand, the opposite directions that the politics of reintegration of republican soldiers had at the front and in the rear harmed the implementation of the process as a whole, since the start of investigations in order to determine the responsibilities of several of this former republican soldiers, and also "former" leftists enlisted and mobilised into the army, generated negative reactions and attitudes, such as desertion. Nonetheless, the violence was where these contradictions had a more evident influence. The Rebel side built a big catalogue of ample and ambiguous categories for defining the

enemy, which made possible the construction of specific frames of reference for troops' conduct. These frames instigated an indiscriminate violence directed towards almost any individual in the area of operations, at least in the first months of the war. But, also, this indiscriminate violence had its place within the Rebel's war approach in the period between November 1936 and March 1938. Consequently, the attempts made by the army in order to modulate violence, and to contain it since March 1938, faced on the army's main goal: the cleansing of the anti-Spain. The aspiration to control violence and to limit it to the rear, when it had been instigated, spurred and promoted indiscriminately during almost two years, happened to be a titanic goal. Indeed, as we have already seen, this goal couldn't be achieved during the war. Moreover, the fact that discourse and propaganda kept insisting in the same narratives of dehumanization, animalisation, barbarisation and "russianisation" of the enemy, which indeed legitimated his elimination, didn't help at all to the creation of an environment where the new orders of behaviour and occupation could be easily imposed. In this sense, here again we can see the different directions taken by the front and the rear.

Equally, the problems the army faced in order to build an environment of discipline and control over the troops' conduct strengthen and provide empirical content to the idea of the inexistence of a masterplan executed by the Rebel army. The implementation of violence didn't follow a perfectly designed roadmap. It is true that, as I have mentioned in the third part of this dissertation, the cleansing of anti-Spain was one of the main aims of the insurgent coalition. But, going beyond that general idea, the rhythms adopted by violence, specially but not only the one displayed by soldiers at the front, had a lot to do with the very evolution of the conflict, the various contingencies the army had to face and the generation of dynamics pertaining just to the space of the front which put this violence into some directions out of the reach and control of Rebel leaders. For example, the aforementioned numbers of victims during the summer of 1936 also point into this direction. Therefore, for the case of the Spanish Civil War, and regarding what I mentioned in the introduction about the various lacks this object of study has, it would be interesting to delve into the particularities of the deployment of this violence on the ground, following some of the issues I tackled in the third part of this dissertation. For example, in order to weigh the limits of the agency that military commanders had at the front, that is to say, the degree of commitment to the various orders and directives of occupation and violence, both during the first stages of the war and at its end. Or, at the same time, in order to identify war cultures built throughout the conflict which defined the perceptions of specific actors and units, and which generated recurrent practices such as those we saw affecting the 102nd Infantry Division of Antonio Castejón. Both of these issues have already been complementary tackled, although a deep and systematic analysis could provide key interpretative elements for the understanding of the war of 1936-1939.

At the same time, the analysis of this specific cultures generated during and due to the conflict could introduce relevant elements to the study of what we could label as the "long civil war", in line with the recent interpretation that have suggested that we should extend the chronological frame of the conflict until, at least, the end of the 40s or the beginning of the 50s. This war continued not as a formal conflict but as an irregular war which had extremely disruptive effects, especially on rural areas. Indeed, the study

of guerrilla and counter-guerrilla operations during the Civil War, now understood within its official chronologies of 1936-1939, is a field of research which still lacks of works deeply delving into it. In the third chapter of the third part I mentioned some aspects regarding the irregular war. Dynamics which were still present, showing similar levels of violence and also similar war methods, during the context of change in the occupation policies since March 1938, as showed by the operations' reports of the units involved.¹²³³ Considering the possibility of applying the concept of antipartisan war to the campaigns of the summer-autumn of 1936, and the recurrence of similar practices by specific actors and units during later stages of the conflict, it is plausible to think that some of the schools of violence of these individuals could be framed within the very conflict and, moreover, in counter-guerrilla operations. Indeed, some of these individuals and methods were later involved in the crushing of anti-Francoist guerrilla.¹²³⁴ Hence, one of the potential future research lines that this project has aimed to suggest, following the path defined by the studies on the phenomenon of anti-Francoist guerrilla, deals with the need of address this experiential and cultural transfers.¹²³⁵

In conclusion, what I have aimed to study with this research is the evolving way in which the Rebel army waged the Civil War, the experience of the combatants enlisted in it, and the role played by this institution in the building of the Francoist dictatorship. This analysis has been implemented through one premise, the compatibility of military and ideological values, which would be parts of the same project. Indeed, in February 1938 the *Dirección General de Movilización, Instrucción y Recuperación* suggested the -creation of a premilitary training for a quick and efficient adaptation to modern war by conscripts. Nonetheless, the goals of this training aimed to go far beyond the mere preparation of new recruits. They aimed to keep the citizen under the «responsibility and parental control of the State, through all the vicissitudes of his live». In order to do so, this new social framing should be started «from childhood», just like what other «countries with a totalitarian regime, like the one now being organised in Spain», were implementing.¹²³⁶ A whole paramilitarisation of the national community which clearly showed that the goal of the Rebel army was not only to obtain military victory on the battlefields, but also to shape the New Spain through violence and coercion, but also through cohesion

¹²³³ AGMAV, C. 1256, 24. Southern Army, “Reports about enemy parties”, April 1938; AGMAV, C. 1283, 39. Southern Army, “Reports from the operations’ column in the mountains of Seville, Badajoz and Huelva” June 1938; or AGMAV, C. 1241, 28. Northern Army, Reports of operations, “About those made against fled in Asturias”, January 1939.

¹²³⁴ An example in David ALEGRE LORENZ: *La batalla de Teruel...*, p. 67. This would be the case of Roger Oliete, veteran from the Moroccan campaigns, captain of the Civil Guard in charge of political cleansing in the province of Teruel, and after the war involved in the fight against anti-Francoist guerrilla. This idea, applied for the involvement of war veterans in the repression of leftist and republicans in their local communities after the war in Claudio HERNÁNDEZ BURGOS: “De la cultura de guerra...”, pp. 135-137.

¹²³⁵ See the works cited in the introduction, in footnote 37.

¹²³⁶ AGMAV, C. 2373, L. 144, 72. CGG, HQ, Premilitary training, “Proposing the introduction of Instruction among the troops and the cadres of the Army”, February 1938. Indeed, the goal of the fascist education of Spanish society, mainly youth, was an important policy of the first years of the regime. See Francisco MORENTE VALERO: *La escuela y el estado nuevo. La depuración del Magisterio Nacional*, Bellaterra, Universitat Autònoma de Barcelona, 1996; Íd.: “Los fascismos europeos y la política educativa del franquismo”, *Historia de la educación*, 24 (2005), pp. 179-204; or Íd.: “La universidad en los regímenes fascistas: la depuración del profesorado en Alemania, España e Italia”, *Historia Social*, 54 (2006), pp. 51-72.

and persuasion. Nonetheless, a totally different thing are the limits this ambition faced, as I have tried to show throughout this research.

Conclusiones

En su ya clásico de 2003, el historiador Gabriel Cardona definía el ejército del franquismo como un gigante descalzo, un gigantesco instrumento policial para el mantenimiento del régimen que, por otro lado, estaba infrapreparado para desarrollar las funciones propias de unas fuerzas armadas, tal y como se demostró en episodios, dicho sea de paso bastante desconocidos a nivel historiográfico, como la Guerra de Ifni (1957-1958).¹²³⁷ En buena medida, esa descripción encajaría perfectamente con la realidad del contingente sublevado durante la Guerra Civil. Fundamentalmente a partir del fracaso a las puertas de Madrid, el ejército de masas fue un instrumento diseñado con dos objetivos fundamentales. Por un lado, ganar la guerra en los campos de batalla. Y, por otro, ejercer una labor de encuadramiento, control y coerción necesaria para el sostenimiento de la sublevación, la eliminación de la disidencia y la ampliación de los apoyos sociales al proyecto insurgente a partir de los mecanismos que hemos ido viendo. Funciones que ya tenían las fuerzas armadas insurgentes en el verano-otoño de 1936 pero que con el advenimiento de la guerra total y la movilización forzosa adquirieron una dimensión masiva. Sin embargo, la consecución de ambos objetivos no estuvo exenta de problemas y dificultades. De este modo, su implementación dentro del particular marco de improvisación que comportó, primero, el fracaso parcial del golpe y, segundo, el fallido asalto sobre Madrid, dio como resultado un organismo construido apresuradamente al calor de una sobrevenida movilización total, desactualizado en cuanto a sus procedimientos, caótico en su organización y estructuración, pobre en su dotación y atrapado dentro de la contradicción que le plantearon sus políticas simultáneas de consenso y coerción, tanto referidas a sus propios combatientes como en lo que respectó a la población civil. Es decir, un ente gigantesco, tanto por necesidad militar como por necesidad política, con unos enormes pies de barro que casi lo hacían tambalearse a cada paso que daba.

Para el caso de la guerra, esos problemas y dificultades se reflejaron esencialmente en la organización de toda la estructura del ejército y en la incapacidad de converger hacia un modelo de guerra moderna, siendo precisamente es esa modernidad uno de los principales puntos conflictuales del contingente sublevado. España era un país más pobre y atrasado que sus vecinos europeos, sobre todo que aquellos que habían pasado por cuatro años de brutal conflicto en la Gran Guerra y que, por ende, *necesariamente* habían tenido que acometer un proceso de actualización de sus fuerzas armadas. Sin embargo, la historia militar española durante el primer tercio del siglo XX pasaba única y exclusivamente por

¹²³⁷ Gabriel CARDONA: *El gigante descalzo...* Sobre la Guerra de Ifni véanse, entre muy pocos títulos dedicados a la cuestión, Rafael CASAS DE LA VEGA: *La última guerra de África (Campaña de Ifni-Sáhara)*, Madrid, Servicio de Publicaciones del Estado Mayor, 1985; José Ramón DIEGO AGUIRRE: *La última guerra colonial de España. Ifni-Sáhara (1957-1958)*, Málaga, Editorial Algazara, 1994; y Andreas STUCKI: “Guerras imperiales: un intento de integración (España, Ifni-Sáhara y el ‘viento de la Historia’)”, en Javier RODRIGO (ed.), *Políticas de la violencia. Europa, siglo XX*, Zaragoza, Prensas de la Universidad de Zaragoza, 2014, pp. 423-446. A este respecto, la bunkerización de una parte no poco importante de la documentación militar posterior a la Guerra Civil Española, sancionada por la obsoleta pero todavía vigente Ley sobre Secretos Oficiales de 1968, ha impedido que este y otros episodios importantes de la dictadura franquista, como la lucha contra la guerrilla antifranquista, hayan sido abordados con la profundidad que permite la absoluta disponibilidad de fuentes.

escenarios coloniales –los cuales ya de por sí generaron no pocos problemas–, soslayando la incorporación de toda una serie de medios modernos y de nuevas aproximaciones al hecho bélico que luego se hubieron de realizar, si bien nunca se completaron del todo, durante el trienio comprendido entre 1936 y 1939. Un proceso en el que los combatientes fueron los principales perjudicados, ya que esa incompleta y problemática conversión hacia la guerra moderna, el proceso constructivo del ejército rebelde y los particulares vicios que ambas cuestiones generaron y cronificaron en el funcionamiento de las unidades, tuvieron como resultado un considerable número de muertos, heridos, mutilados y desaparecidos.

Esa precariedad y esos referentes previos definieron notablemente lo que fue la Guerra Civil Española, y cómo la entendieron y combatieron los ejércitos contendientes. Una directiva rebelde lo especificaba claramente: considerando la «pobreza de medios, como se da el caso más corriente en esta campaña», no había otro modo de avanzar que a base de golpes de mano «sucesivos», de tal modo que «al producir éxitos parciales coadyuvan al éxito total que se persigue». Es decir, que «salvo para objetivos muy limitados, una División sólo puede atacar con eficacia en una dirección, ya que el ataque exige [sic] escalonamiento en profundidad de medios si se quiere alimentar convenientemente y darle la profundidad necesaria».¹²³⁸ La disección de esta realidad bélica ayuda a complejizar y matizar la extendida idea de que la estrategia de Franco era implementar una conquista deliberadamente lenta del territorio para así poder purgar de forma extensiva a sus enemigos sociales e ideológicos.¹²³⁹ La documentación militar evidencia que fueron los problemas del contingente sublevado los que retrasaron la obtención de la victoria final, como por ejemplo no explotando el éxito de los combates o infrautilizando los flancos para progresar más rápidamente. En este sentido, las diversas directivas enviadas a las GGUU y formaciones que conformaban el ejército explicitaban la voluntad de «terminar rápidamente la guerra», algo que se intentaba mediante los constantes intentos de reforma de sus infraestructuras y procedimientos operativos.¹²⁴⁰ No resulta sostenible pensar que, de una parte, se estuviera realizando un considerable esfuerzo de mejora de las unidades militares con el objetivo explícito de ganar la guerra cuanto antes y, de otra, se buscara retrasar dicha victoria en beneficio de una represión más sistematizada.

Desde luego, puede cuestionarse, analizado desde un punto de vista exclusivamente militar, la pertinencia de operaciones como las de Toledo o Teruel habiendo objetivos más importantes. Sin embargo, a eso responde perfectamente el proceso constructivo de una legitimidad, una figura carismática y, en definitiva, un mito en torno a la persona de Franco, necesario para afianzar su poder como líder único del bando sublevado. En cualquier caso, más allá del plano militar otros elementos cuestionan esa idea

¹²³⁸ AGMAV, C. 2567, 33, pp. 10 y 6. CGG, EM, “Directivas para Mandos y Estados Mayores”, sin fecha.

¹²³⁹ Paul PRESTON: *Franco...*, p. 274.

¹²⁴⁰ AGMAV, C. 1678, 74, p. 2. 21 DI, Operaciones, “Instrucciones de S.E. el Generalísimo para aumentar la eficiencia de las unidades en el combate ofensivo”, octubre de 1938. La misma idea ya en una fecha tan temprana como enero de 1938. Véase AGMAV, C. 1367, 13, p. 1. CE Marroquí, Organización, “Instrucción nº 2, del día 18, sobre Instrucción de las tropas, disciplina, obediencia, trabajo y responsabilidad”, enero de 1938. De hecho, esa terminación rápida de la guerra tendría que ver también con la voluntad de dañar lo menos posible las infraestructuras críticas del país, las cuales habían de servir como elementos clave en la reconstrucción de posguerra.

de la guerra lenta. Concretamente, las cifras de la violencia y la posterior represión no encajan con ese esquema interpretativo. El grueso de los asesinatos cometidos por los sublevados, en torno a 53.000 víctimas, tuvieron lugar en los primeros 6 meses de guerra, cuando las columnas se apresuraban para alcanzar Madrid en el menor tiempo posible. Mientras que el resto de las víctimas del periodo de guerra, hasta las 65-70.000, se repartieron entre los 28 meses siguientes, cuando teóricamente el objetivo era purgar el territorio lentamente y en profundidad, sobre todo considerando la incorporación de zonas *a priori* más desafectas como Asturias o Cataluña. Del mismo modo, la extensión del estado de guerra hasta 1948, hasta las 100-130.000 víctimas, permitió desarrollar sin apenas problemas la represión de aquellos que no habían podido ser purgados durante la guerra, fundamental aunque no exclusivamente por haber sido sus territorios de residencia incorporados tardíamente a la Nueva España. Además, las consecuencias de la victoria, a nivel de violencia, permitirían la extensión de ese carácter propiciatorio del contexto bélico a la posguerra, toda vez que se habían generado nuevos marcos de referencia fruto de la represión.¹²⁴¹

De igual modo, los puntos de partida de julio de 1936 condicionaron decisivamente la experiencia de los soldados voluntarios y movilizados que participaron en la contienda. Por una parte, lo sobrevenido del conflicto y la tipología de las fuerzas que se conformaron apresuradamente dieron lugar a formas de combatir cuya lejanía con la guerra moderna era notable, algo en lo que, como apuntaba anteriormente, los escenarios militares españoles previos a la Guerra Civil fueron esenciales. En este sentido, el análisis del modo de hacer la guerra de los sublevados ha permitido matizar esa idea de que las formas de violencia desplegadas por las unidades sublevadas, sobre todo hasta finales de 1936, respondían voluntariamente a una determinada cultura de guerra cultivada en África y exportada al ámbito peninsular. Si bien es cierto que esa cultura existió, y que su relevancia fue crucial en la conformación del universo castrense e ideológico de los insurgentes –como por ejemplo en las particulares actitudes hacia el combate y el sacrificio–, no es menos cierto que esa traslación respondió más a criterios de puro pragmatismo militar. Es decir, que no se sabía luchar, avanzar y dominar de otro modo. Es difícil pensar que en una guerra de diferentes características a la que se desarrolló en la segunda mitad de 1936, es decir con armamento más moderno, los resultados de la violencia hubiesen sido diferentes. Esta dependía, como hemos visto en la tercera parte, de la simbiosis entre el marco de necesidad militar y el ideológico, y se caracterizó por su naturaleza eminentemente preventiva hacia sectores sociales y políticos considerados una potencial amenaza, tanto *per se* como si conseguían poner en marcha formas de acción como huelgas o resistencias más violentas.¹²⁴² De tal modo que su relación con la cultura de guerra

¹²⁴¹ Javier RODRIGO: *Hasta la raíz...*, p. 43. Al mismo tiempo, algunos historiadores sitúan el final del escenario bélico, y por ende de los procesos aquí señalados, en la década de los 50, cuando las fuerzas militares y policiales del régimen terminaron con los últimos remanentes de la guerrilla antifranquista. Véase Jorge MARCO y Mercedes YUSTA RODRIGO: op. cit.

¹²⁴² En este sentido, experiencias de otros fascismos en guerra nos arrojan resultados similares. Cabe comparar, por ejemplo, los diferentes sistemas de ocupación implantados por alemanes e italianos en Francia y el este respectivamente. Véanse, Thomas J. LAUB: *After the Fall: German Policy in Occupied France, 1940-1944*, Oxford, Oxford University Press, 2010; Jeff RUTHERFORD: *Combat and Genocide...*; Emanuele SICA: *Mussolini's Army in the French Riviera. Italy's Occupation of France*, Champaign, University

africanista no seguía un esquema tan marcado de causa-efecto, ni mucho menos una lógica consciente. La experiencia de guerra en el Rif aportó la forma de combatir en un momento en el que había que conquistar terreno rápidamente para tomar Madrid y terminar con la guerra, caracterizado además por el hecho de que las principales fuerzas que implementaron este esquema bélico procedían del contexto colonial e hicieron de la necesidad virtud; pero pronto ese peculiar enfoque fue perseguido hasta la saciedad, en un vano intento por converger hacia una modernización de los procedimientos operativos. Lo cual, empero, no tuvo influencia en las dinámicas de represión y purga que corrieron paralelas al avance de las tropas, que se definieron más por su respuesta a las particulares contingencias de la guerra, por su relación con los objetivos del bando rebelde y por la existencia de culturas y conductas cronificadas enraizadas en la mentalidad de los combatientes.

Por ende, lo que cabría señalar de la relación entre el contexto africano y la Guerra Civil son, a mi juicio, dos cosas. En primer lugar, que el Protectorado constituyó el escenario ideal para la gestación de una particular forma de entender la relación entre lo militar (y por tanto lo masculino) y lo ideológico, que luego tuvo su traslación al modo en que se concibió la guerra. Y en segundo término, que a nivel militar existió una evidente relación entre los métodos coloniales y los desplegados durante la Guerra Civil, la cual pasó por dos fases: hasta la batalla de Madrid, las formas de combatir heredadas del Rif constituían la mejor vía para acabar cuanto antes con la guerra. Mientras que, a partir de 1937, estos métodos ya no encajaban con el escenario de guerra larga y moderna que se había abierto, de tal modo que se intentaron transformar en la medida en que lo permitió la capacidad estructural del contingente sublevado, generalmente sin demasiado éxito. Elocuentemente, una directiva fechada tan tarde como octubre de 1938 recordaba que «Es preciso que los oficiales conserven en el combate la misma postura que la tropa, pues no conduce a nada el exponerse en momentos en que no es preciso dar ejemplo», lo que resumía perfectamente esa relación de la que hablamos.¹²⁴³ Derivado de los métodos africanos, más proclives, por el tipo de guerra, a estos comportamientos propios de las guerras coloniales del siglo XIX y principios del XX, el individualismo del oficial, ya fuese por ansias de gloria o por su voluntad de control del terreno, no encajaba con el modo de hacer la guerra que requería el conflicto de 1936-1939. Aunque se admitía el valor ejemplarizante que ello tenía en determinados momentos, su funcionalidad en una guerra moderna como la que se estaba librando no era la más adecuada, al menos con la frecuencia con la que se producía. En última instancia, el hecho de que esta orden se fechase casi al final del conflicto evidencia la incapacidad del ejército sublevado para distanciarse con respecto a tácticas y métodos anticuados.

Por otro lado, la manifiesta incapacidad del ejército sublevado para hacer efectiva esa conversión hacia formas modernas de combatir no solo dependía de la precariedad de medios con la que contaba, o del carácter improvisado del proceso constructivo de las

of Illinois Press, 2016; y Amedeo OSTI GUERRAZZI: *The Italian Army in Slovenia. Strategies of Anti-partisan Repression, 1941-1943*. Basingstoke: Palgrave Macmillan, 2013.

¹²⁴³ Véase AGMAV, C. 1678, 74, p. 1. 21 DI, Operaciones, “Instrucciones de S.E. el Generalísimo para aumentar la eficiencia de las unidades en el combate ofensivo”, octubre de 1938.

fuerzas armadas, sino que también era un reflejo de su propia debilidad y de las limitaciones de las que adolecía su poder. Esta cuestión, de hecho, se reflejó también en la estructura de control y coerción creada al calor de la movilización total, que como planteaba anteriormente no era sino uno de sus objetivos fundamentales. Dichos mecanismos de coerción y control tuvieron en la delación uno de sus elementos nucleares, ya que se buscó potenciar formas de que los propios soldados se vigilasen unos a otros, algo que también sucedió en retaguardia con, por ejemplo, las denuncias que veíamos que realizaban diversos individuos contra jóvenes que no habían acatado la llamada a filas, o que habían utilizado subterfugios como la militarización en fábricas para huir de su servicio en el frente. Esta cuestión tuvo también su reflejo respecto a la implementación de la violencia, en la que el concurso, la colaboración y la participación de los elementos civiles fue decisiva para el despliegue de los procesos depurativos.

De hecho, la participación de los individuos corrientes en este tipo de procesos, ya fuese los acaecidos en el seno de las fuerzas armadas o los que tuvieron lugar en retaguardia, si bien es una cuestión señalada por la historiografía tanto en el caso español como en otros contextos, resulta decisiva para entender la labor de socialización ideológica, de adoctrinamiento y atracción que desplegó el ejército rebelde. No resultaba suficiente con una tarea de propaganda vehiculada únicamente a través de lo discursivo, ya que la simple ideología no ofrecía los necesarios incentivos a unos combatientes forzados a combatir en unas condiciones límite y que necesitaban también de contrapartidas tangibles para creer en los beneficios que traía el Nuevo Estado. Es decir, la promesa de una labor asistencial, de trabajo, de contrapartidas y, en definitiva, de recompensa por el sacrificio realizado. Esto, por ende, pone de manifiesto la existencia de espacios de negociación entre el estado y, en este caso, los combatientes, aunque también podría extenderse hacia los civiles. El primero necesitaba de los segundos para consolidarse de forma efectiva, mientras que los segundos, aun vislumbrando esa necesidad estatal, tenían en la dictadura su mecanismo de supervivencia fundamental en el marco de una posguerra marcada por la devastación económica y material del país. Y en ese marco de negociación fue donde se insertó el proceso de socialización ideológica. Porque, si bien es cierto que esas contrapartidas tangibles, ese despliegue de los beneficios del Nuevo Estado sobre los aspectos más prosaicos de la cotidianidad de sus combatientes, quizá fuesen el ariete con el cual acometer la ampliación de los apoyos sociales al proyecto insurgente, esto no puede desligarse de su dimensión ideológica. La recompensa por el sacrificio en el frente llevaba aparejados, al menos sobre el papel, unos derechos, pero también comportaba una serie de deberes para con el Nuevo Estado y, además, se enmarcaba en unos determinados marcos de referencia, socializados tanto a través de la propaganda como mediante la explotación que el ejército hizo de los lazos de camaradería y de la función de las figuras referentes en las unidades, como oficiales o capellanes.

Respecto a la violencia, esa debilidad del ejército a la hora de imponer su voluntad también se explica por las contradicciones inherentes a su doble función depurativa y de consenso. Como ya he planteado antes, esto tuvo su reflejo en la estructura de vigilancia impuesta en el seno de las unidades, en la que, por un lado, la depredación de los lazos de camaradería se contraponía a la voluntad de emplearlos como mecanismo de sociali-

zación ideológica. Mientras que, por otro, las direcciones divergentes respecto a las políticas de reintegración de combatientes en el frente y en la retaguardia lastraron la implementación del proceso en general, toda vez que la puesta en marcha de investigaciones y procesos de discernimiento de responsabilidades fomentaba respuestas como la desertión. No obstante, fue en la violencia desplegada por las tropas donde esto tuvo un reflejo más evidente. El bando rebelde construyó un abanico de categorías definitorias del enemigo amplias y ambiguas, lo que posibilitó la construcción de marcos de referencia dentro del comportamiento de los propios combatientes que instigaban una violencia indiscriminada dirigida, al menos inicialmente, hacia casi cualquier individuo de la zona de operaciones. Consecuentemente, los intentos de las propias fuerzas armadas de modular esa violencia, en un primer momento, y de contenerla de forma definitiva a partir de marzo de 1938 se toparon de frente con el que eran uno de sus grandes objetivos: la depuración de la anti-España. La pretensión de controlar la violencia y limitarla al espacio de la retaguardia cuando había sido espoleada, instigada y fomentada de forma indiscriminada durante casi dos años resultaba una tarea titánica que, como hemos visto, no se pudo llevar a término. Además, el hecho de que a nivel discursivo y propagandísticos se siguiese insistiendo en las mismas narrativas de deshumanización, extranjerización y animalización del enemigo, lo que de forma evidente legitimaba su eliminación, no contribuía tampoco a generar un ambiente de fácil implementación de los nuevos marcos normativos. En este sentido, pueden observarse nuevamente las direcciones divergentes entre el frente y la retaguardia.

De igual modo, las dificultades a la hora de construir unos ambientes de disciplina y control sobre el comportamiento de la tropa inciden y aportan contenido empírico a la idea de la inexistencia de un plan maestro ejecutado por el ejército rebelde. La implementación de la violencia no tuvo en un proyecto de exterminio perfectamente diseñado antes de la propia guerra su lógica motriz. Bien es cierto, como he señalado en la tercera parte, que la depuración de la anti-España constituía uno de los objetivos primordiales de la coalición golpista. Pero, más allá de esa idea general, los ritmos y tempos que adoptó la violencia, especialmente aunque no solo la desplegada por las tropas sobre el terreno, tuvo mucho que ver con la propia evolución del conflicto, las diferentes contingencias que tuvo que enfrentar el ejército y la generación de dinámicas a ras de suelo que dotaban a dicha violencia de direcciones que escapaban al control de los dirigentes rebeldes. Sin ir más lejos, las cifras de muertos del verano de 1936 que antes señalaba apuntan en esta dirección. Por ende, para el caso de la Guerra Civil, y en línea con lo que comentaba en la introducción al respecto a las carencias de las que este objeto de estudio adolece, sería interesante indagar en las particularidades del despliegue de esta violencia a ras de suelo, siguiendo algunas de las cuestiones apuntadas en la tercera parte. Por ejemplo, de cara a pulsar la capacidad de agencia de los mandos sobre el terreno y, en definitiva, el grado de seguimiento o no de todas estas directivas e instrucciones de ocupación y violencia, tanto en los primeros compases de la guerra como en sus etapas finales. O, de igual forma, de cara a identificar culturas bélicas construidas a lo largo del conflicto que definieron los mapas mentales propios de actores y unidades concretos, y que dieron lugar a prácticas

recurrentes como las que veíamos que afectaban a la 102 DI de Antonio Castejón. Cuestiones, ambas, que han sido ya esbozadas pero cuyo estudio en profundidad podría aportar claves interpretativas relevantes para la comprensión de la guerra de 1936-1939.

Al mismo tiempo, el análisis de ese tipo de culturas específicas al calor de la contienda podría introducir elementos relevantes al estudio de lo que podríamos denominar como la “larga guerra civil”, esto es, en línea con las recientes interpretaciones que han sugerido extender el marco cronológico del conflicto hasta por lo menos finales de los años 40 o principios de los años 50, no en la forma de operaciones formales pero sí mutada en una guerra irregular que tuvo unos efectos disruptores brutales, especialmente en el ámbito rural. De hecho, el estudio de la guerrilla y la contraguerrilla durante la Guerra Civil, entendida ahora en sus cronologías oficiales, carece todavía de demasiados trabajos que lo aborden en profundidad. En el tercer capítulo de la tercera parte apuntaba ciertos aspectos relativos a las dinámicas que este conflicto de retaguardia adoptó. Dinámicas que se mantuvieron presentes, en niveles de violencia y prácticas bélicas similares, en el contexto del cambio en las políticas de ocupación implementado a partir de marzo de 1938, tal y como demuestran los partes de operaciones de las unidades implicadas.¹²⁴⁴ Considerando la posibilidad de aplicar el concepto de guerra antipartisana a las campañas del verano-otoño de 1936, y la recurrencia de prácticas similares por parte de determinadas unidades y actores durante otras fases de la guerra, resulta plausible pensar que algunas de las escuelas de violencia de los individuos que luego formaron parte de los instrumentos de seguridad y represivos de la dictadura se enmarcan en el propio conflicto, y además en operaciones similares a las que luego se pusieron en marcha contra la guerrilla antifranquista.¹²⁴⁵ De este modo, una de las potenciales líneas de investigación futuras que ha buscado apuntar esta tesis, en línea con los trabajos existentes sobre el fenómeno de la guerrilla, ha sido la de la necesidad de abordar esas transferencias culturales y experienciales.¹²⁴⁶

En definitiva, lo que se ha pretendido plantear con esta tesis doctoral es el modo *evolving way* en que el ejército sublevado libró la Guerra Civil, cuál fue la experiencia de los combatientes que lo integraron, y qué rol tuvo dicha institución en la construcción de la dictadura franquista. Un análisis que se ha buscado implementar sobre una premisa fundamental, la compatibilidad de los valores militares con los ideológicos, que no serían excluyentes entre sí sino partes de un mismo proyecto. No en vano, en febrero de 1938 la Dirección General de Movilización, Instrucción y Recuperación propuso la creación de una instrucción de carácter premilitar necesaria para una rápida y correcta adaptación a la guerra moderna de los soldados movilizados. Sin embargo, los objetivos de dicha instrucción iban mucho más allá de la simple preparación de los nuevos reclutas, ya que se aspiraba a mantener al ciudadano «bajo la tutela y vigilancia paternal del Estado, a través

¹²⁴⁴ AGMAV, C. 1256, 24. Ejército del Sur, “Informes sobre partidas enemigas”, abril de 1938; o AGMAV, C. 1283, 39. Ejército del Sur, “Partes de novedades de la columna de operaciones de las sierras de Sevilla, Badajoz y Huelva”, junio de 1938. AGMAV, C. 1241, 28. Ejército del Norte, Partes de operaciones, “De las efectuadas contra huidos de Asturias”, enero de 1939.

¹²⁴⁵ Un ejemplo en David ALEGRE LORENZ: *La batalla de Teruel...*, p. 67. Sería el caso de Roger Oliete, veterano de Marruecos, capitán de la Guardia Civil encargado de labores de limpieza política en la provincia de Teruel durante la guerra, y luego involucrado en la lucha contra la guerrilla antifranquista.

¹²⁴⁶ Véase los trabajos ya citados en la introducción, nota 37.

de todas las vicisitudes de su vida». Por ello, este nuevo encuadramiento social debía iniciarse «desde la niñez», a la imagen y semejanza de lo que estaban realizando otros «países de régimen totalitario, como el que está ahora organizándose en España». ¹²⁴⁷ Toda una paramilitarización de la comunidad nacional que evidenciaba que los objetivos del ejército rebelde no eran simplemente obtener una victoria en el frente, sino moldear, a base de coerción y violencia, pero también de convencimiento y cohesión, la Nueva España. Otra cosa son los límites con lo que se topó esa ambición, de los cuales he dado cuenta en esta investigación.

¹²⁴⁷ AGMAV, C. 2373, L. 144, 72. CGG, EM, Instrucción premilitar, “Proponiendo la implantación de Instrucción en las tropas y cuadros del Ejército”, febrero de 1938. De hecho, el objetivo de una educación en clave fascista de la sociedad, de la juventud esencialmente, fue una política importante durante los primeros años de la dictadura. Véanse Francisco MORENTE VALERO: *La escuela y el estado nuevo. La depuración del Magisterio Nacional*, Bellaterra, Universitat Autònoma de Barcelona, 1996; Íd.: “Los fascismos europeos y la política educativa del franquismo”, *Historia de la educación*, 24 (2005), pp. 179-204; o Íd.: “La universidad en los regímenes fascistas: la depuración del profesorado en Alemania, España e Italia”, *Historia Social*, 54 (2006), pp. 51-72.

Fuentes y bibliografía

Archivos

Archivo General de la Administración (Alcalá de Henares)

Archivo General Militar de Ávila

Archivo General Militar de Guadalajara

Archivo General de Palacio (Madrid)

Archivo Intermedio Militar de Ceuta

Archivo del Tribunal Togado Territorial nº 2 (Zaragoza)

Centro Documental de la Memoria Histórica (Salamanca)

National Archives of Ireland (Dublín, Irlanda)

The National Archives (Londres, Reino Unido)

Prensa y revistas

ABC

ABC Sevilla

Boletín de campaña de los Requetés

El Legionario

Folleto del combatiente

Jerarquía. La revista negra de la Falange

La Ametralladora. Semanario de los soldados

La Vanguardia

Unidad. Diario de combate nacionalsindicalista

Memorias y testimonios

ADRO XAVIER [Alejandro Rey-Stolle]: *Fui soldado en 4 guerras*, Madrid, Vassallo de Mumbert, 1983.

AKELA [José Aznares García]: *Diario de operaciones de un teniente médico*, Madrid, Biblioteca CIM, 1977.

Luis ARMILLAS GARCÍA y Manuel MONTILLA MUÑOZ: *Rutas Gloriosas. Andanzas de dos antiaéreos por los frentes de combate*, Cádiz, Establecimientos Cerón, 1939.

Anónimo: *Artillería de Mallorca Grupo Montaña: Teruel – Mediterráneo – Castellón – Ebro – Cataluña – Castilla. Impresiones de un artillero*, [Mallorca], [Imp. Vich], [1939]

Joaquín ARRARÁS: *Historia de la Cruzada española*, 8 vols., Madrid, Ediciones Españolas, 1939-1944

Manuel AZNAR: *Historia militar de la guerra de España*, 3 vols., Madrid, Editora Nacional, 1963.

Manuel BARBERÁ SABORIDO: *Impresiones de un año. Apuntes de un testigo en el frente sur*, Cádiz, Imp. de sucesor de M. Álvarez, 1937.

Maurizio BASSI: *Da Cadice ai Pirinei. Ricordi di un legionario (...dal taccuino di guerra di un legionario in terra di Spagna...)*, Florencia, Felice Le Monnier, 1940.

Alfredo BELLOD GÓMEZ: *Soldado en tres guerras. Campaña de África. Guerra Civil. La División azul en Rusia*, Madrid, Editorial San Martín, 2004.

Joaquín A. BONET: *Reconquista. Reportajes de la Asturias roja*, Gijón, [s.n.], 1938.

Padre José CABALLERO: *Diario de campaña (de un capellán legionario)*, Madrid, Doncel, 1976.

Mario CANGIANELLI: *Nella bufera spagnola*, Roma, Instituto Gráfico Tiberino, 1939.

Ignacio CAÑAL Y GÓMEZ-IMAZ: *¡Caña a la vía! Apuntes de un marinero voluntario*, Madrid, Editorial Naval, 1967.

José CARRASCO CANALES: *Memorias de un artillero*, Madrid, G. del Toro Editor, 1973.

Jesús-Evaristo CASARIEGO FERNÁNDEZ: *Flor de hidalgos. Ideas, hombres y escenas de la guerra*, Editorial Navarra, Pamplona, 1938.

Francisco CAVERO Y CAVERO: *Con la Segunda Bandera en el frente de Aragón (Memorias de un alférez provisional)*, Zaragoza, Editorial Heraldo de Aragón, 1938.

Gabriel CHEVALIER: *El miedo*, Barcelona, Acantilado, 2009 [1930].

Policarpo CÍA NAVASCUÉS: *Memorias del Tercio de Montejurra*, Imp. La Acción Social, Pamplona, 1941.

Héctor COLMEGNA: *Diario de un médico argentino en la guerra de España, 1936-1939*, Buenos Aires, Espasa Calpe, 1941.

Bernabé COPADO S. J.: *Con la columna Redondo. Combates y conquistas. Crónica de guerra*, Sevilla, Imprenta de la Gavidia, 1937.

Jaime DEL BURGO: *Veteranos de la Causa. Relatos y Memorias*, San Sebastián, Editorial Española, 1939.

José DÍAZ DE VILLEGAS: *Guerra de Liberación. La fuerza de la razón*, Barcelona, Editorial AHR, 1958.

Bănică DOBRE: *Los crucificados. Días vividos en el frente español*, Barcelona, Editorial Ojeda, 2015 [Ed. original en rumano de 1937]

Rosendo DOMENECH PUIG: *Diario de campaña de un requeté*, Olesa de Montserrat, Selección, [1956 o post.]

Prudencio DORESTE: *Ocho meses de campaña*, Las Palmas de Gran Canaria, Tip. Diario, 1938.

EL CABALLERO AUDAZ [José María Carretero Novillo]: *La revolución de los patibularios*, Colección, 6 vols., Madrid, Ediciones Caballero Audaz, 1939-1940.

Fernando FERNÁNDEZ DE CÓRDOBA: *Memorias de un soldado-locutor. La guerra que yo he vivido y la guerra que yo he contado*, Madrid, Ediciones Españolas, 1939.

Rafael GALISTEO BURGOS: *Consejos a los alumnos de la Academia de Alféreces Provisionales de Infantería de Granada*, Granada, s.n., 1938.

Antonio GARCÍA D. FIGAR: *Virtudes militares*, Barcelona, Editorial Políglota, 1941.

Marcelo GAYA Y DELRUE: *Combattre pour Madrid. Mémoires d'un officier franquiste*, París, Editions de la Pensée Moderne, 1964.

Daniel GUERRERO DE LA IGLESIA: *¡Campesinos contra la ciudad!*, Ávila, Tipografía y encuadernación de Senén Martín, 1935.

Heinz GUDERIAN: *Recuerdos de un soldado*, Barcelona, Inédita, 2007 [1952].

Ricardo GUTIÉRREZ: *Memorias de un azul*, Imprenta Comercial Salmantina, [Salamanca], [1937]

Amaro IZQUIERDO: *Belchite a sangre y fuego. Diario de un alférez provisiona. Su lucha en la defensa de Belchite y su cautiverio en Valencia y Barcelona*, Barcelona, Editorial Acervo, 2004 [1976]

Peter KEMP: *Legionario en España*, Barcelona, Luis de Caralt, 1959.

Davide LAJOLO: *Bocche di donne e di fucili*, Osimo, Ismaele Barulli & Figlio, 1939.

José LLORDÉS: *Al dejar el fusil. Memorias de un soldado raso en la guerra de España*, Barcelona, Ariel, 1968.

Renzo LODOLI: *Domani posso morire. Storie di arditi e fanti legionari*, Roma, Edizioni di "Roma Fascista", 1939.

Francisco LLUCH F. VALLS: *Semilla azul*, Hº de Paulino Ventura, Granada, 1939.

Seumas MACKEE: *I was a Franco Soldier*, Londres, United Editorial Limited, 1938.

Guido Pietro MATTHEY: *Legionario di Spagna*, [Torino], Società Editrice Torinese, [1941]

José Luis MARTÍN VIGIL: *Las flechas de mi haz. Un hombre, una memoria*, Oviedo, Richard Grandio, 1977.

José Antonio MARTÍNEZ BARRADO: *Cómo se creó una bandera de Falange*, Tip. La Académica, Zaragoza, 1939.

Fernando MARTÍNEZ GRANA: *Estelas de José Antonio. Tercera bandera de Asturias*, Madrid, Gráfica Literaria, [s.a.]

Marcelino MENÉNDEZ PELAYO: *Historia de los heterodoxos españoles*, Madrid, CSIC, 1992 [1880-1882]

Luis MOLERO MASSA: *La horda en el "Levante Feliz"*, Valencia, Edición de la Jefatura Provincial de F.E.T. y de las J.O.N.S., 1939.

José María MOLINET: *Memorias del Teniente Molinet del Tercio de Requetés de Nuestra Señora de Montserrat en el Cincuentenario de su actuación en la Guerra de Liberación del Movimiento Nacional, 1936-1939*, Edición del autor, [1989]

Francesco ODETTI: *Trenti mesi nel Tercio*, Roma, Casa Editrice M. Carra, [s.a.]

Emilio OLIVER ORTIZ: *Emociones de un sitiado (Belchite Regina Martyrum)*, Barcelona, Editorial Almatea, 1942.

Cándido G. ORTIZ DE VILLAJOS: *De Sevilla a Madrid. Ruta libertadora de la columna Castejón*, Granada, Editorial Imperio, 1937.

Manuel Alfredo PAZ FERNÁNDEZ: *Diario de la Campaña (1936-1939)*, Pontevedra, Taller Tip. E. Paredes, 1973.

Francisco X. PEIRÓ: *Fernando de Huidobro. Jesuita y Legionario (breve resumen de su Biografía)*, Madrid, Espasa Calpe, 1962.

Joaquín PÉREZ MADRIGAL: *Augurios, estallido y episodios de la guerra civil (Cinuenta días con el Ejército del Norte)*, Ávila, Imprenta Católica y Enc. Sigirano Díaz, 1938.

Óscar PÉREZ SOLÍS: *Sitio y defensa de Oviedo*, Afrodisio Aguado, Valladolid, 1938.

Sandro PIAZZONI: *Las flechas negras en la guerra de España (1937-1939)*, Barcelona, Ediciones Nueva República, 2011 [ed. original en italiano de 1939]

José-Vicente PUENTE: *Madrid recobrado. Crónicas de antes y después del veintiocho de marzo*, Madrid, Imp. Samarán, 1939.

José María RESA ORTEGO: *Memorias de un requeté*, Barcelona, Editorial Bayer, 1968.

Alfredo RONCUZZI: *La otra frontera. Un requeté italiano de la España en lucha*, Madrid, Aportes XIX, 1992.

Fernando SANABRIA: *Madrid bajo las hordas*, Ávila, S.H.A.D.E, 1938.

Manuel SÁNCHEZ DEL ARCO: *El Sur de España en la Reconquista de Madrid. Diario de operaciones glosado por un testigo*, Sevilla, Editorial Sevillana, 1937.

José SANZ Y DÍAZ: *Por las Rochas del Tajo. Visiones y andanzas de guerra*, Valladolid, Editorial Santarén, 1938.

Ramón J. SENDER: *Imán*, Barcelona, Crítica, 2006 [1930]

José C. SEPÚLVEDA VELLOSO: *Páginas del diario de un aviador en la guerra de España*, Barcelona, Ediciones Nueva República, 2012.

William SHAKESPEARE: *Enrique V*, Barcelona, Planeta, 1988.

Bonifacio SORIA MARCO: *Cruzada Nacionalista. Memorias de guerra de un Vanguardista de "Españoles Patriotas" en el frente de Granada*, Granada, Editorial Urania, 1937.

Felix STEINER: *Die Freiwilligen der Waffen-SS: Idee und Opfergang*, Gotinga, K.W. Schültz, 1973 [1953]

Salvador TORRIJOS BERGES: *Mis memorias de la guerra*, Zaragoza, M. Serrano, 1939.

Neculai TOȚU: *Notas del frente español (1936-1937)*, Madrid, Editorial Dacia, 1970 [Edición rumana: *Insemnari de pe front: note din expeditia legionara in Spania: noembrie 1936- Ianuarie 1937*, Curierul, Pub. Sibiu, 1937]

Juan URRRA: *En las trincheras del frente de Madrid (Memorias de un capellán de requetés, herido de guerra)*, Madrid, Fermín Uriarte, 1966.

Francisco VALLES COLLANTES: *Páginas de Gloria de la Marina Nacional Española. Diario de un voluntario*, Cádiz, [¿Cerón?], s.a.

Francisco VÁZQUEZ CARRASCO: *Recuerdos del Requeté de Huelva. Campañas y gestas desde 1936 a 1939*, s.l., Edición del autor, [1984]

Faustino VÁZQUEZ CARRIL: *Las columnas gallegas hacia Oviedo: diario bélico de la guerra civil española (1936-1937)*, editado por Emilio Grandío Seoane, Baiona, Nigratea, 2011

Fernando VILLALBA DIÉGUEZ: *Diario de guerra (1938-1939)*, Madrid, Afrodisio Aguado, [1956]

Magín VINIELLES: *La sexta columna. Diario de un combatiente leridano*, Barcelona, Acervo, 2005 [1971]

Josep VINYET ESTEBANELL: *Diari de guerra d'un requeté català. Als fronts del Segre, del Pallars, de l'Ebre i de Llevant*, Tremp, Garsineu Ediciones, 2010.

Monografías

Rafael ABELLA: *La vida cotidiana durante la Guerra Civil española*, 2 vols., Barcelona, Planeta, 1973 y 1975.

Manuel AGUILERA POVEDANO: *Compañeros y camaradas. Las luchas entre antifascistas en la Guerra Civil Española*, Madrid, Actas, 2012.

Ali AL-TUMA: *Guns, Culture and Moors. Racial Perceptions, Cultural Impact and the Moroccan Participation in the Spanish Civil War (1936-1939)*, Londres, Routledge, 2018.

Giulia ALBANESE y Roberta PERGHER (eds.): *In the Society of Fascists. Acclamation, Acquiescence, and Agency in Mussolini's Italy*, Basingstoke, Palgrave MacMillan, 2012.

Ángel ALCALDE: *Lazos de sangre. Los apoyos sociales a la sublevación militar en Zaragoza. La Junta Recaudatoria Civil (1936-1939)*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2010.

-- *Los excombatientes franquistas. La cultura de guerra del fascismo español y la Delegación Nacional de Excombatientes (1936-1965)*, Zaragoza, Prensas de la Universidad de Zaragoza, 2014.

-- *War Veterans and Fascism in Interwar Europe*, Cambridge, Cambridge University Press, 2017.

José Luis ALCOFAR NASSAES [José Luis Infiesta]: *CTV. Los legionarios italianos en la Guerra Civil Española 1936-1939*, Barcelona, Dopesa, 1972.

-- *La marina italiana en la guerra de España*, Barcelona, Euros, 1975.

-- *La aviación legionaria en la guerra española*, Barcelona, Euros, 1976.

David ALEGRE: *La batalla de Teruel. Guerra total en España*, Madrid, La Esfera de los Libros, 2018.

--, Miguel ALONSO, y Javier RODRIGO (eds.), *Europa desgarrada. Guerra, ocupación y violencia, 1900-1950*, Zaragoza, Prensas de la Universidad de Zaragoza, 2018.

Svetlana ALEXIÉVICH: *Los muchachos de zinc. Voces soviéticas de la Guerra de Afganistán*, Barcelona, Debate, 2016 [ed. original en ruso de 1990]

Michael ALPERT: *La reforma militar de Azaña (1931-1933)*, Madrid, Siglo XXI, 1982.

-- *La guerra civil española en el mar*, Madrid, Siglo XXI, 1987.

-- *El ejército republicano en la guerra civil*, Madrid, Siglo XXI, 1989

José E. ÁLVAREZ: *The Betrothed of Death: The Spanish Foreign Legion During the Rif Rebellion, 1920-1927*, Westport, Greenwood Press, 2001.

-- *The Spanish Foreign Legion in the Spanish Civil War, 1936*, Columbia, University of Missouri Press, 2016.

Gonzalo ÁLVAREZ CHILLIDA: *El antisemitismo en España. La imagen del judío (1812-2002)*, Madrid, Marcial Pons, 2002.

Götz ALY: *Hitler's Beneficiaries. Host he Nazis Bought the German People*, Londres, Verso, 2007.

Alejandro ANDREASSI CIERI, Ferran GALLEGO y Francisco MORENTE: *Fascismo en España. Ensayos sobre los orígenes sociales y culturales del franquismo*, Barcelona, El Viejo Topo, 2005.

Daniel ARASA: *La batalla de las ondas en la Guerra Civil Española*, Maçanet de la Selva, Gregal, 2015.

Thierry ARNAL: *La révolution des mouvements. Gymnastique, morale et démocratie au temps d'Amoros (1818-1838)*, París, L'Harmattan, 2009.

Julio ARÓSTEGUI y Jorge MARCO: *El último frente. La resistencia armada antifranquista en España, 1939-1952*, Madrid, La Catarata, 2008.

Tony ASHWORTH: *Trench Warfare, 1914-1918: The Live and Let Live System*, Oxford, Pan Books, 2000 [1980]

Vicente AUPÍ: *El General Invierno y la batalla de Teruel. El impacto de los crudos temporales de frío y nieve de 1937-38 en el episodio central de la Guerra Civil Española*, Teruel, Perruca, 2015.

Sebastian BALFOUR: *Abrazo mortal. De la guerra colonial a la Guerra Civil en España y Marruecos (1909-1939)*, Barcelona, Península, 2002.

Omer BARTOV: *The Eastern Front, 1941-45: German Troops and the Barbarisation of Warfare*, New York, Palgrave, 2001[1986]

-- *Hitler's Army. Soldiers, Nazis, and War in the Third Reich*, Nueva York, Oxford University Press, 1992.

Luca BALDISSARA y Paolo PEZZINO: *Il massacro. Guerra ai civili a Monte Sole*, Bologna, Il Mulino, 2009.

David A. BELL: *The First Total War. Napoleon's Europe and the Birth of Warfare as We Know It*, New York, Houghton Mifflin, 2007.

Alex J. BELLAMY: *Massacres & Morality. Mass Atrocities in an Age of Civilian Immunity*, Oxford, Oxford University Press, 2012.

Ilya BERKOVICH: *Motivation in War. The Experience of Common Soldiers in Old-Regime Europe*, Cambridge, Cambridge University Press, 2017.

Mark BIONDICH: *The Balkans. Revolution, War, and Political Violence since 1878*, Oxford, Oxford University Press, 2011.

Jeremy BLACK: *Rethinking Military History*, Nueva York, Routledge, 2004.

Carlos BLANCO ESCOLÁ: *La incompetencia militar de Franco*, Madrid, Alianza, 2000.

Marc BLOCH: *La extraña derrota. Testimonio escrito en 1940*, Barcelona, Crítica, 2009 [ed. original en francés de 1946]

Manfred BOEMKE, Roger CHICKERING y Stig FÖRSTER (eds.): *Anticipating Total War: The American and German Experiences, 1871-1914*, Nueva York, Cambridge University Press, 2000.

Jochen BÖHLER: *Auftakt zum Vernichtungskrieg. Die Wehrmacht in Polen 1939*, Frankfurt, Fischer, 2006.

Alfonso BOTTI: *Cielo y dinero. El nacionalcatolicismo en España, 1871-1975*, Madrid, Alianza, 2008.

Joanna BOURKE: *Sed de sangre. Historia íntima de combate cuerpo a cuerpo en las guerras del siglo XX*, Barcelona, Crítica, 1999.

Zira BOX: *España, año cero: la construcción simbólica del franquismo*, Madrid, Alianza, 2010.

Sebastian BROWNE: *Medicine and Conflict. The Spanish Civil War and its Traumatic Legacy*, Londres, Routledge, 2018.

Christopher BROWNING: *Aquellos hombres grises*, Madrid, Edhasa, 2010 [1992]

H. James BURGWYN: *Mussolini Warlord. Failed Dreams of Empire, 1940-1943*, Nueva York, Enigma Books, 2012.

Julio BUSQUETS: *Pronunciamientos militares y golpes de estado en España*, Barcelona, Planeta, 1982.

Gabriel CARDONA: *Historia del ejército. El peso de un grupo social diferente*, Madrid, Humanitas, 1982.

-- *El poder militar en la España contemporánea hasta la guerra civil*, Madrid, Siglo XXI, 1983.

-- *El gigante descalzo. El ejército de Franco*, Madrid, Aguilar, 2003.

- *Historia militar de una guerra civil. Estrategias y tácticas de la guerra de España*, Barcelona, Flor del Viento, 2006.
- Philippe CARRARD: *The French Who Fought for Hitler. Memories from the Outcasts*, Cambridge, Cambridge University Press, 2010.
- Julián CASANOVA et al. (eds.): *El pasado oculto. Fascismo y violencia en Aragón*, Zaragoza, Mira Editores, 1999.
- *La iglesia de Franco*, Madrid, Temas de Hoy, 2001.
- et al. (eds.): *Morir, matar, sobrevivir. La violencia en la dictadura de Franco*, Barcelona, Crítica, 2002.
- Rafael CASAS DE LA VEGA: *Las Milicias Nacionales*, 2 vols., Madrid, Editora Nacional, 1970.
- *La última guerra de África (Campaña de Ifni-Sáhara)*, Madrid, Servicio de Publicaciones del Estado Mayor, 1985.
- Antonio CAZORLA SÁNCHEZ: *Cartas a Franco de los españoles de a pie (1936-1945)*, Barcelona, RBA, 2014.
- *Miedo y progreso. Los españoles de a pie bajo el franquismo, 1939-1975*, Madrid, Alianza, 2016.
- Ángela CENARRO: *La sonrisa de Falange. Auxilio social en la guerra civil y en la posguerra*, Barcelona, Crítica, 2005.
- Javier CERVERA GIL: *Ya sabes mi paradero. La guerra civil a través de las cartas de los que la vivieron*, Barcelona, Planeta, 2005.
- Marie-Claude CHAPUT, Odette MARTÍNEZ MALER y Fabiola RODRÍGUEZ LÓPEZ: *Maquis y guerrillas antifranquistas: historia y representaciones*, Nanterre, Université Paris X, 2004.
- Candela CHAVES RODRÍGUEZ: *Sentenciados. La represión franquista a través de la justicia militar y los consejos de guerra en la provincia de Badajoz, 1937-1950*, Badajoz, PREMHEX, 2015.
- Francisco COBO ROMERO: *De campesinos a electores. Modernización agraria en Andalucía, politización campesina y derechización de los pequeños propietarios y arrendatarios: el caso de la provincia de Jaén, 1931-1936*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2003.
- *Franquismo y posguerra en Andalucía Orienta. Represión, castigo a los vencidos y apoyos sociales al régimen, 1936-1950*, Granada, Universidad de Granada, 2005.
- Paul CORNER (ed.): *Il consenso totalitario. Opinione pubblica e opinione popolare sotto fascismo, nazismo e comunismo*, Bari, Laterza, 2012.
- *The Fascist Party and Popular Opinion in Mussolini's Italy*, Oxford, Oxford University Press, 2012.
- Pedro CORRAL: *Desertores. La Guerra Civil que nadie quiere contar*, Barcelona, Debate, 2006.
- John COVERDALE: *La intervención fascista en la Guerra Civil española*, Madrid, Alianza, 1979.
- Ricardo DE LA CIERVA: *Historia de la Guerra Civil Española*, Madrid, Editorial San Martín, 1969.
- *Nueva y definitiva historia de la Guerra Civil*, Madrid, Época, 1986.
- *Historia esencial de la Guerra Civil Española. Todos los problemas resueltos, sesenta años después*, Madrಿದೆjos, Fénix, 1996.
- Julio DE LA CUEVA MERINO y Feliciano MONTERO GARCÍA: *Laicismo y catolicismo. El conflicto político-religioso en la Segunda República*, Madrid, Universidad de Alcalá, 2009.

- María Rosa DE MADARIAGA: *Los moros que trajo Franco*, Madrid, Alianza, 2015 [2002]
- Martin DEAN: *Collaboration in the Holocaust. Crimes of the Local Police in Belorussia and Ukraine, 1941-1944*, Basingstoke, MacMillan Press, 2000.
- Miguel Ángel DEL ARCO BLANCO: *Hambre de siglos. Mundo rural y apoyos sociales del franquismo en Andalucía Oriental (1936-1951)*, Granada, Comares, 2007.
- , Carlos FUERTES, Claudio HERNÁNDEZ BURGOS y Jorge MARCO (eds.): *No solo miedo. Actitudes políticas y opinión popular bajo la dictadura franquista (1936-1977)*, Granada, Comares, 2013.
- Fernando DEL REY REGUILLO (dir.): *Palabras como puños. La intransigencia política en la Segunda República Española*, Madrid, Tecnos, 2011.
- Giuliana DI FEBBO: *Ritos de guerra y victoria en la España franquista*, Valencia Prensas de la Universitat de Valencia, 2012.
- Fernando DÍAZ-PLAJA: *La Guerra de España en sus documentos*, Barcelona, Ediciones G.P., 1969.
- José Ramón DIEGO AGUIRRE: *La última guerra colonial de España. Ifni-Sáhara (1957-1958)*, Málaga, Editorial Algazara, 1994.
- Andrés DOMÍNGUEZ ALMANSA: *Historia social do deporte en Galicia. Cultura deportiva e modernidade, 1850-1920*, Vigo, Editorial Galaxia, 2009.
- Matteo DOMINIONI: *Lo sfascio dell'Imperio. Gli italiani in Etiopia, 1936-1941*, Bari, Laterza, 2008.
- Anne DUMÉNIL, Nicolas BEAUPRÉ y Christian INGRAO (dirs.): *1914-1945, l'ère de la guerre. Violence, mobilisations, deuil*, 2 vols., París, Agnès Viénot, 2004.
- Chris EALHAM: *la lucha por Barcelona. Clase, cultura y conflicto, 1898-1937*, Madrid, Alianza, 2005.
- y Michael RICHARDS (eds): *The splintering of Spain. Cultural History and the Spanish Civil War, 1936-1939*, Cambridge, Cambridge University Press, 2005.
- Carlos ENGEL: *Historia de las divisiones del ejército nacional. 1936-1939*, Madrid, Almena, 2010.
- Peter ENGLUND: *La belleza y el dolor de la batalla*, Barcelona, Roca, 2011.
- Francisco ESPINOSA MAESTRE: *La justicia de Queipo. Violencia selectiva y terror fascista en la II División en 1936*, Barcelona, Crítica, 2005.
- (ed.): *Violencia roja y azul, 1936-1950*, Barcelona, Crítica, 2010.
- *La columna de la muerte. El avance del ejército franquista de Sevilla a Badajoz*, Barcelona, Crítica, 2017 [2003]
- Fernando ESPOSITO: *Fascism, Aviation and Mythical Modernity*, Londres, Palgrave Macmillan, 2015.
- Richard J. EVANS: *The Third Reich at War, 1939-1945*, Nueva York, Allen Lane, 2008.
- Niall FERGUSON: *The Pity of War, 1914-1918*, Londres, Penguin, 1998.
- Kate FERRIS: *Everyday Life in Fascist Venice, 1929-1940*. Basingstoke, Palgrave-Macmillan, 2012.
- Rafael FERNÁNDEZ-SIRVENT: *Francisco Amorós y los inicios de la educación física moderna. Biografía de un funcionario al servicio de España y Francia*, Alicante, Publicaciones de la Universidad de Alicante, 2004.
- Bernd J. FISCHER: *Albania at War, 1939-1945*, West Lafayette, Purdue University Press, 1999.

- Carlos FORCADELL ÁLVAREZ y Alberto SABIO ALCUTÉN (eds.): *Paisajes para después de una guerra. El Aragón devastado y la reconstrucción bajo el franquismo (1936-1957)*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2008.
- Stig FÖRSTER y Jörg NAGLER (eds.): *On the Road to Total War. The American Civil War and the German Wars of Unification, 1861-1871*, Nueva York, Cambridge University Press, 1997.
- Steven FORTI: *El peso de la nación. Nicola Bombacci, Paul Marion y Óscar Pérez Solís en la Europa de entreguerras*, Santiago de Compostela, Publicaciones da Cátedra Juana de Vega, 2014.
- Ronald FRASER: *Recuérdalo tú y recuérdalo a otros. Historial oral de la guerra civil española*, 2016 [1979]
- Stephen G. FRITZ: *Frontsoldaten. The German Soldier in World War II*, Lexington, The University Press of Kentucky, 1995
- Maximiliano FUENTES CODERA: *España en la Primera Guerra Mundial. Una movilización cultural*, Madrid, Akal, 2014.
- Paul FUSSELL: *Tiempo de guerra. Conciencia y engaño en la Segunda Guerra Mundial*, Madrid, Turner, 2003 [1989]
- Ferran GALLEGO: *Barcelona, mayo de 1937. La crisis del antifascismo en Cataluña*, Barcelona, Debate, 2007.
- y Francisco MORENTE: *Rebeldes y reaccionarios. Intelectuales, fascismo y derecha radical en Europa*, Barcelona, El Viejo Topo, 2011.
- *El Evangelio fascista. La formación de la cultura política del franquismo (1930-1950)*, Barcelona, Crítica, 2014.
- José María GÁRATE CÓRDOBA: *Alféreces provisionales. La improvisación de oficiales en la guerra del 36*, Madrid, San Martín, 1976.
- Arturo GARCÍA ALVÁREZ-COQUE: *La fractura del ejército ante el 18 de julio*, Granada, Comares, 2018.
- José María GARCÍA MÁRQUEZ: *Una razia espantosa. Arahal 1936*, Arahal, Asociación por la Memoria Histórica de Arahal, 2016.
- Miriam GEBHARDT: *Als die Soldaten kamen. Die Vergewaltigung deutscher Frauen am Ende des Zweiten Weltkriegs*, Múnich, DVA, 2015.
- Robert GELATELLY: *No solo Hitler. La Alemania nazi entre el consenso y la coerción*, Barcelona, Crítica, 2002.
- Emilio GENTILE: *L'Apocalisse della Modernità. La Grande Guerra per l'uomo nuovo*, Milán, Mondadori, 2014 [2008]
- Robert GERWARTH y John HORNE (eds.), *War in peace. Paramilitary Violence in Europe after the Great War*, Oxford, Oxford University Press, 2012.
- *The Vanquished. Why the First World War Failed to End*, Londres, Allen Lane, 2016.
- Carlos GIL ANDRÉS: *Lejos del frente. La guerra civil en La Rioja alta*, Barcelona, Crítica, 2006.
- Charles GLASS: *Desertores*, Madrid, Ariel, 2014.
- Daniel J. GOLDHAGEN: *Los verdugos voluntarios de Hitler. Los alemanes corrientes y el Holocausto*, Madrid, Taurus, 2008 [1996]
- Adridn GOLDSWORTHY: *El ejército romano*, Madrid, Akal, 2005.
- Gutmaro GÓMEZ BRAVO y Jorge MARCO: *La obra del miedo. Violencia y sociedad en la España franquista (1936-1950)*, Barcelona, Península, 2011.
- *Geografía humana de la represión franquista. Del Golpe a la Guerra de ocupación (1936-1941)*, Madrid, Cátedra, 2017.

Teresa GONZÁLEZ AJA (ed.): *Sport y autoritarismos. La utilización del deporte por el comunismo y el fascismo*, Madrid, Alianza Editorial, 2002.

Eduardo GONZÁLEZ CALLEJA y Fredes LIMON NEVADO: *La Hispanidad como instrumento de combate. Raza e imperio en la Prensa franquista durante la Guerra Civil española*, Madrid, C.S.I.C., 1988.

-- *La España de Primo de Rivera. La modernización autoritaria, 1923-1930*, Madrid, Alianza, 2005.

-- *Contrarrevolucionarios. Radicalización violenta de las derechas durante la Segunda República, 1931-1936*, Madrid, Alianza, 2011.

Pedro GONZÁLEZ CUEVAS: *Acción Española. Teología política y nacionalismo autoritario en España (1913-1936)*, Madrid, Tecnos, 1999.

Enrique GONZÁLEZ DURO: *Las rapadas. El franquismo contra la mujer*, Madrid, Siglo XXI, 2012.

John GOOCH: *Mussolini and his Generals. The Armed Forces and Fascist Foreign Policy, 1922-1940*, Cambridge, Cambridge University Press, 2007.

Emilio GRANDÍO SEOANE: *Los orígenes de la derecha gallega. La C.E.D.A. en Galicia (1931-1936)*, Sada, Ed. do Castro, 1998.

Roger GRIFFIN: *Modernismo y fascismo. La sensación de comienzo bajo Mussolini y Hitler*, Madrid, Akal, 2010.

Dave GROSSMAN: *On Killing. The Psychological Cost of Learning to Kill in War and Society*, Nueva York, Back Bay Books, 2009 [1995]

Karen HAGEMANN y Stefanie SCHÜLER-SPRINGORUM (eds.): *Home/Front. The Military, War and Gender in the Twentieth-Century Germany*, Oxford, Berg, 2002.

Sonja M. HEDGEPEETH y Rochelle G. SAIDEL (eds.): *Sexual Violence Against the Jewish Women during the Holocaust*, Waltham, Brandeis University Press, 2010.

Morten HEIBERG y Manuel ROS AGUDO: *La trama oculta de la Guerra Civil. Los servicios secretos de Franco, 1936-1945*, Barcelona, Crítica, 2006.

Jeffrey HERF: *Reactionary Modernism: Technology, Culture, and Politics in Weimar and the Third Reich*, Cambridge, Cambridge University Press, 1984.

Claudio HERNÁNDEZ BURGOS: *Granada azul. La construcción de la "Cultura de la Victoria" en el primer franquismo (1936-1951)*, Granada, Comares, 2011.

José Vicente HERRERO PÉREZ: *The Spanish Military and Warfare from 1898 to the Spanish Civil War. The Uncertain Path to Victory*, Basingstoke, Palgrave, 2017.

Dagmar HERZOG (ed.): *Brutality and Deisre. War and Sexuality in Europe's Twentieth Century*, Basingstoke, Palgrave, 2009.

Beatrice HEUSER: *The Evolution of Strategy. Thinking War from the Anitiquity to Present*, Cambridge, Cambridge University Press, 2010.

Thomas HIPPLER: *Bombing the People: Giulio Douhet and the Foundations of Air-power Strategy, 1884-1939*, Cambridge, Cambridge University Press, 2013.

John HORNE y Alan KRAMER: *German Atrocities 1914. A History of Denial*, Londres y New Haven, Yale University Press, 2001.

Isabel V. HULL: *Absolute Destruction. Military Culture and the Practices of War in Imperial Germany*, Ithaca, Cornell University Press, 2005.

Gabriel JACKSON: *The Spanish Republic and the Civil War, 1931-1939*, Princeton, Princeton University Press, 1965.

-- *La Guerra Civil española*, Barcelona, Icaria, 1978.

Geoffrey JENSEN: *Irrational Triumph: Cultural Despair, Military Nationalism, and the Ideological Origins of Franco's Spain*, Las Vegas, University of Nevada Press, 2001.

-- *Cultura militar española. Modernistas, tradicionalistas y liberales*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2014.

Howard JONES: *My Lai. Vietnam, 1968, and the Descent into Darkness*, Nueva York, Oxford University Press, 2017.

Mark JONES: *Founding Weimar. Violence and the German Revolution of 1918-1919*, Cambridge, Cambridge University Press, 2016.

Santos JULIÁ (ed.): *Víctimas de la guerra civil*, Madrid, Temas de hoy, 1999.

Aristotle A. KALLIS: *Fascist Ideology. Territory and Expansionism in Italy and Germany, 1922-1945*, Londres, Routledge, 2000.

Lukasz KAMIENSKI: *Shooting Up. A Short History of Drugs and War*, Oxford, Oxford University Press, 2016.

George KASSIMERIS (ed.): *Warrior's Dishonour. Barbarity, Morality and Torture in Modern Warfare*, Aldershot, Ashgate, 2006.

John KEEGAN: *The Face of Battle. A Study of Agincourt, Waterloo and the Somme*, Londres, Pimlico, 2004 [1976]

Judith KEENE: *Fighting for Franco. International Volunteers in Nationalist Spain during the Spanish Civil War*, Nueva York, Hambledon Continuum, 2001.

Víctor KLEMPERER: *LTI: La lengua del Tercer Reich. Apuntes de un filólogo*, Barcelona, Minúscula, 2001 [1947]

Christian KOLLER: *Die Fremdenlegion. Kolonialismus, Söldnertum, Gewalt 1831 – 1962*, Paderborn, Ferdinand Schöningh, 2013.

Alexander KORB: *Im Schatten des Weltkriegs: Massengewalt der Ustaša gegen Serben, Juden und Roma in Kroatien, 1941-1945*, Hamburgo, Hamburger Edition, 2013.

Daniel KOWALSKY: *La Unión Soviética y la guerra civil española. Una revisión crítica*, Barcelona, Crítica, 2004.

Alan KRAMER: *Dynamic of Destruction. Culture and Mass Killing in the First World War*, Oxford, Oxford University Press, 2007.

Thomas KÜHNE: *The Rise and Fall of Comradeship. Hitler's Soldiers, Male Bonding and Mass Violence in the Twentieth Century*, Cambridge, Cambridge University Press, 2017.

Concha LANGA NUÑO: *Educación y propaganda en la Sevilla de la Guerra Civil. Una aproximación a través de la prensa*, Sevilla, Ayuntamiento de Sevilla, 2001.

Thomas J. LAUB: *After the Fall: German Policy in Occupied France, 1940-1944*, Oxford, Oxford University Press, 2010.

Peter LEESE: *Shell Shock. Traumatic Neurosis and the British Soldiers of the First World War*, Basingstoke, Palgrave Macmillan, 2002.

Eric J. LEED: *No Man's Land. Combat and Identity in World War I*, Cambridge, Cambridge University Press, 2009 [1979]

Francisco J. LEIRA CASTIÑEIRA: *La consolidación social del franquismo. La influencia de la guerra en los "soldados de Franco"*, Santiago de Compostela, Servizo de Publicacións de la Universidad de Santiago, 2013.

Vejas G. LIULEVICIUS: *War Land on the Eastern Front. Culture, National Identity and German Occupation in World War I*, Cambridge, Cambridge University Press, 2000.

André LOEZ: *14-18. Les refus de la guerre. Une histoire des mutins*, París, Gallimard, 2010.

Alfonso LÓPEZ GARCÍA: *Saboteadores y guerrilleros. La pesadilla de Franco en la Guerra Civil*, Madrid, Espasa, 2019.

- Juan Carlos LOSADA MÁLVAREZ: *Ideología militar del ejército franquista, 1939-1959*, Madrid, Itsmo, 1990.
- Keith LOWE: *Savage Continent. Europe in the Aftermath of World War II*, London, Penguin, 2013.
- Wendy LOWER: *Hitler's Furies. German Women in the Nazi Killing Fields*, Nueva York, Houghton Mifflin Harcourt, 2013.
- Edward MALEFAKIS: *Reforma agraria y revolución campesina en la España del siglo XX*, Barcelona, Ariel, 1976.
- Robert MALLETT: *Mussolini in Ethiopia, 1919-1935. The Origins of Fascist Italy's African War*, Nueva York, Cambridge University Press, 2015.
- Jorge MARCO: *Guerrilleros y vecinos en armas. Identidades y culturas de la resistencia antifranquista*, Granada, Comares, 2012.
- Nicholas MARIOT: *Tous unis dans la tranchée? 1914-1918, les intellectuels recontrent le peuple*, París, Seuil, 2013.
- Eloy MARTÍN CORRALES: *La imagen del magrebí en España. Una perspectiva histórica, siglos XVI-XX*, Barcelona, Bellaterra, 2002.
- José Luis MARTÍN RAMOS: *Guerra y revolución en Cataluña, 1936-1939*, Barcelona, Crítica, 2018.
- Jesús MARTÍNEZ APARICIO: *Para conocer mejor a nuestros militares*, Madrid, Tecnos, 1983.
- José Manuel MARTÍNEZ BANDE: *Monografías de la guerra española*, 18 vols., Madrid, Editorial San Martín, 1968-1985.
- *La batalla de Teruel*, Madrid, Editorial San Martín, 1990.
- Antonio MARTÍNEZ DE LA CASA (coord.): *La Legión española (Cincuenta años de historia). Desde 1936 hasta nuestros días*, Vol. 2, [Madrid], [Subinspección de la Legión/Ed. Escelicer], 1973.
- James MATTHEWS: *Reluctant Warriors. Republican Popular Army and Nationalist Army Conscripts in the Spanish Civil War, 1936-1939*, Oxford, Oxford University Press, 2012.
- *Voces de la trinchera. Cartas de combatientes republicanos en la Guerra Civil española*, Madrid, Alianza, 2015.
- Arno MAYER: *Las Furias. Violencia y terror en las revoluciones francesa y rusa*, Zaragoza, Prensas de la Universidad de Zaragoza, 2014 [2000]
- Catherine MERRIDALE: *Ivan's War: Life and Death in the Red Army, 1939-1945*, Basingstoke, Palgrave Macmillan, 2006.
- Antonio MÍGUEZ MACHO: *Xenocidio e represión franquista en Galicia: a violencia de retaguardia en Galicia na Guerra Civil (1936-1939)*, Lóstrego, Santiago de Compostela, 2009.
- Carme MOLINERO: *La captación de las masas. Política social y propaganda en el régimen franquista*, Barcelona, Cátedra, 2006.
- Aaron W. MOORE: *Writing War. Soldiers record the Japanese Empire*, Cambridge, MA, Harvard University Press, 2013.
- Enrique MORADIELLOS: *El reñidero de Europa. Las dimensiones internacionales de la guerra civil española*, Barcelona, Península, 2001.
- *La República asediada. Hostilidad internacional y conflictos internos*, Madrid, Península, 2010.
- Francisco MORENO GÓMEZ: *La resistencia armada contra Franco. Tragedia del maquis y la guerrilla*, Barcelona, Crítica, 2001.
- *1936. El genocidio franquista en Córdoba*, Barcelona, Crítica, 2008.

Francisco MORENTE VALERO: *La escuela y el estado nuevo. La depuración del Magisterio Nacional*, Bellaterra, Universitat Autònoma de Barcelona, 1996.

-- Dionisio Ridruejo: *del fascismo al antifranquismo*, Madrid, Síntesis, 2006.

George L. MOSSE: *Fallen Soldiers. Reshaping the Memory of the World Wars*, Oxford, Oxford University Press, 1990.

-- *The Image of Man: The Creation of Modern Masculinity*, Oxford, Oxford University Press, 1996.

Carlos NAVAJAS ZUBELDIA: *Ejército, Estado y Sociedad en España*, Logroño, Instituto de Estudios Riojanos, 1991.

-- *Leales y rebeldes. La tragedia de los militares republicanos*, Madrid, Síntesis, 2011.

Sönke NEITZEL y Harald WELZER: *Soldados del Tercer Reich. Testimonios de lucha, muerte y crimen*, Barcelona, Crítica, 2012.

Gustau NERÍN: *La guerra que vino de África*, Barcelona, Crítica, 2005.

Robert L. NELSON: *German Soldier Newspapers of the First World War*, Cambridge, Cambridge University Press, 2011.

Sara NÚÑEZ DE PRADO Y CLAVELL: *Servicios de información y propaganda en la Guerra Civil española. 1936-1939*, Tesis doctoral, Madrid, Editorial de la Universidad Complutense de Madrid, 1992.

Xosé M. NÚÑEZ SEIXAS: *¡Fuera el invasor! Nacionalismos y movilización bélica durante la guerra civil española (1936-1939)*, Madrid, Marcial Pons, 2006.

-- *Imperios de muerte. La guerra germano-soviética, 1941-1945*, Madrid, Alianza, 2007.

-- *Camarada invierno. Experiencia y memoria de la División Azul (1941-1945)*, Barcelona, Crítica, 2016.

-- y Oleg BEYDA (eds.): *Un ruso blanco en la División Azul. Memorias de Vladímir Kovalevski (1941)*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2019.

Norman OHLER: *El gran delirio. Hitler, drogas y el III Reich*, Barcelona, Crítica, 2016.

Miguel ORS MONTENEGRO: *La represión de guerra y posguerra en Alicante (1936-1939)*, Alicante, Instituto de Cultura Juan Gil-Alber, 1994.

Carmen ORTIZ: *Madrina de guerra. Cartas desde el frente*, Madrid, La Esfera de los Libros, 2005.

Amedeo OSTI GUERRAZZI: *The Italian Army in Slovenia. Strategies of Antipartisan Repression, 1941-1943*. Basingstoke: Palgrave Macmillan, 2013.

Christopher OTHEN: *Las Brigadas Internacional de Franco*, Barcelona, Destino, 2007.

José Antonio PAREJO FERNÁNDEZ: *Señoritos, jornaleros y falangistas*, Sevilla, Bosque de Palabras, 2008.

Geoffrey PARKER: *The Military Revolution. Military Innovation and the Rise of the West, 1500-1800*, Cambridge, Cambridge University Press, 1996.

Stanley G. PAYNE: *Los militares y la política en la España contemporánea*, París, Ruedo Ibérico, 1968.

Mercedes PEÑALBA-SOTORRÍO: *Falange Española, historia de un fracaso (1933-1945)*, Pamplona, EUNSA, 2009

-- *Entre la boina roja y la camisa azul: la integración del carlismo en Falange Española Tradicionalista y de las JONS (1936-1942)*, Pamplona, Gobierno de Navarra, 2013.

Julio PRADA RODRÍGUEZ y Jesús DE JUANA LÓPEZ: *Lo que han hecho en Galicia: violencia, represión, y exilio, 1936-1939*, Barcelona, Crítica, 2006.

-- *La España masacrada. La represión franquista de guerra y posguerra*, Madrid, Alianza, 2010.

Paul PRESTON: *The Coming of the Spanish Civil War: Reform, Reaction and Revolution in the Second Republic, 1931-1936*, Londres, Macmillan, 1978.

-- *Franco. Caudillo de España*, Barcelona, DeBolsillo, 2006.

-- *El holocausto español. Odio y exterminio en la Guerra Civil y después*, Barcelona, DeBolsillo, 2016 [2011]

Fernando PUELL DE LA VILLA: *El soldado desconocido. De la leva a la "mili" (1700-1912)*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1996.

-- *Historia del ejército en España*, Madrid, Alianza, 2000.

Xavier PUJADAS (coord.), *Atletas y ciudadanos. Historia social del deporte en España, 1870-2010*, Madrid, Alianza Editorial, 2011.

Pierre PURSEIGLE: *Mobilisation, Sacrifice et Citoyenneté. Des communautés locales face à la guerre moderne. Anglaterrre-France, 1900-1918*, Paris, Les Belles Lettres, 2013.

Alejandro QUIROGA FERNÁNDEZ DE SOTO: *Haciendo españoles. La nacionalización de las masas en la Dictadura de Primo de Rivera (1923-1930)*, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2008.

Hilari RAGUER: *La pólvora y el incienso. La Iglesia y la Guerra Civil española (1936-1939)*, Barcelona, Península, 2001.

Michael RICHARDS: *Un tiempo de silencio. La guerra civil y la cultura de la represión en la España de Franco, 1936-1945*, Barcelona, Crítica, 1999.

Carol RITTER y John K. ROTH (eds.): *Rape. Weapon of War and Genocide*, St. Paul, Paragon House, 2012.

Ricardo ROBLEDO (ed.): *Esta salvaje pesadilla. Salamanca en la Guerra Civil Española*, Barcelona, Crítica, 2007.

Antonio José RODRÍGUEZ HERNÁNDEZ: *Breve historia de los Tercios de Flandes*, Madrid, Nowtilus, 2012.

José Luis RODRÍGUEZ JIMÉNEZ: *¡A mí La Legión! De Millán Astray a las misiones de paz*, Barcelona, Planeta, 2005.

Javier RODRIGO: *Cautivos: Campos de concentración en la España franquista, 1936-1947*. Madrid, Crítica, 2005.

-- *Hasta la raíz. Violencia durante la Guerra Civil y la dictadura franquista*, Madrid, Alianza, 2008.

-- *Cruzada, Paz, Memoria. La Guerra Civil en sus relatos*, Granada, Comares, 2013.

-- *La guerra fascista. Italia en la Guerra Civil española, 1936-1939*, Madrid, Alianza, 2016.

-- y David ALEGRE: *Comunidades rotas. Una historia global de las guerras civiles, 1917-2017*, Madrid, Galaxia Gutenberg, 2019.

Félix RÖMER: *Der Kommissarbefehl: Wehrmacht und NS-Verbrechen an der Ostfront 1941/42*, Paderborn, Ferdinand Schöningh, 2008.

Felix RÖMER: *Kameraden. Die Wehrmacht von innen*, Munich, Piper, 2012.

Toni ROVATTI: *Leoni vegetariani. La violenza fascista durante la RSI*, Bologna, CLUEB, 2011.

Germán RUIZ LLANO: *Álava, una provincia en pie de guerra. Voluntariado y movilización durante la Guerra Civil*, Bilbao, Ediciones Beta, 2016.

Jeff RUTHERFORD: *Combat and Genocide in the Eastern Front. The German Infantry's War, 1941-1944*, Cambridge, Cambridge University Press, 2014.

Jesús María SALAS LARRAZABAL: *Intervención extranjera en la guerra de España*, Madrid, Editora Nacional, 1974.

Ramón SALAS LARRAZÁBAL: *Historia del Ejército Popular de la República*, 4 vols., Madrid, Editora Nacional, 1973.

-- y Jesús María SALAS LARRAZÁBAL: *Historia general de la guerra de España*, Madrid, Rialp, 1986.

Ismael SAZ: *Fascismo y franquismo*, Valencia, PUV, 2004.

Klaus SCHMIDER: *Der Partisanenkrieg in Jugoslawien, 1941-1944. Mit einem Geleitwort von Gerhard Weinberg*. Hamburg: Köhler & Mittler, 2002.

Stefanie SCHÜLER-SPRINGORUM: *La guerra como aventura. La Legión Cóndor en la Guerra Civil Española (1936-1939)*, Madrid, Alianza, 2014 [2010]

James C. SCOTT: *Los dominados y el arte de la resistencia*, Tafalla, Txalaparta, 2003.

Michael SEIDMAN: *A ras de suelo. Historia social de la República durante la Guerra Civil*, Madrid, Alianza, 2003.

-- *La victoria nacional. La eficacia contrarrevolucionaria en la Guerra Civil*, Madrid, Alianza, 2012.

José SEMPRÚN: *Del Hacho al Pirineo. El Ejército Nacional en la guerra de España*, Madrid, Actas, 2004.

Francisco SEVILLANO CALERO: *Rojos. La representación del enemigo en la Guerra Civil*, Madrid, Alianza, 2007.

-- *La cultura de guerra del "nuevo Estado" franquista: enemigos, héroes y caídos de España*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2017.

Ben SHEPHARD: *A War of Nerves. Soldiers and Psychiatrists, 1914-1944*, Londres, Pimlico, 2002.

Ben SHEPHERD: *War in the Wild East. The German Army and Soviet Partisans*, Belknap, Harvard University Press, 2004.

-- *Terror in the Balkans. German Armies and Partisan Warfare* Belknap, Harvard University Press, 2012.

Dennis E. SHOLWATER: *La batalla de Kursk. El gran choque de tanques en la Segunda Guerra Mundial*, Madrid, La Esfera de los Libros, 2018.

Emanuele SICA: *Mussolini's Army in the French Riviera. Italy's Occupation of France*, Champaign, University of Illinois Press, 2016.

Gerry SIMPSON: *Law, War, and Crime: War Crimes, Trials and the Reinvention of International Law*, Cambridge, Polity Press, 2007.

Rémi SKOUTELSKY: *Novedad en el frente. Las Brigadas Internacionales en el Guerra Civil*, Madrid, Ediciones Temas de Hoy, 2005.

Josep María SOLÉ I SABATÉ: *La repressió franquista a Catalunya (1938-1953)*, Barcelona, Edicions 62, 2003.

-- y Joan VILLARROYA: *La repressió a la reraguarda de Catalunya (1936-1939)*, 2 vols., Barcelona, Publicacions de l'Abadía de Montserrat, 1989.

-- y Joan VILLARROYA: *España en llamas. La Guerra Civil desde el aire*, Barcelona, Temas de Hoy, 2003.

Herbert H. SOUTHWORTH: *El mito de la Cruzada de Franco*, Barcelona, Crítica, 2008 [1964]

Peter M. R. STIRK: *The Politics of Military Occupation*, Edimburgo, Edinburgh University Press, 2009.

-- *A History of Military Occupatio from 1792 to 1914*, Edimburgo, Edinburgh University Press, 2016.

Andreas STUCKI: *Las guerras de Cuba. Violencia y campos de concentración (1868-1898)*, Madrid, La Esfera de los Libros, 2017.

Klaus THEWELEIT: *Male fantasies*, 2 vols., University of Minnesota Press, Minneapolis, 1987.

Joan María THOMAS: *La falange de Franco. Fascismo y fascistización en el régimen franquista (1937-1945)*, Barcelona, Plaza&Janés, 2001.

-- *Los fascismos españoles*, Barcelona, Planeta, 2011.

-- *El gran golpe: el "caso Hedilla" o cómo Franco se quedó con Falange*, Barcelona, Debate, 2014.

Hugh THOMAS: *La Guerra Civil Española*, Barcelona, Grijalbo, 1976.

Xavier TORREBADELLA-FLIX: *Gimnástica y educación física en la sociedad española de la primera mitad del siglo XIX*, Lleida, Edicions de la Universitat de Lleida, 2013.

Javier UGARTE TELLERÍA: *La nueva Covadonga insurgente. Orígenes sociales y culturales de la sublevación de 1936 en Navarra y el País Vasco*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1998.

Matthias VAN ROSSUM y Jeannette KAMP (eds.): *Desertion in the Early Modern World*, Londres, Bloomsbury, 2016.

Santiago VEGA SOMBRÍA: *De la esperanza a la persecución. La represión franquista en la provincia de Segovia*, Barcelona, Crítica, 2005.

Angelo VENTRONE: *La seduzione totalitaria. Guerra, modernità, violenza politica (1914-1918)*, Roma, Donzelli, 2003.

Ángel VIÑAS: *¿Quién quiso la Guerra Civil? Historia de una conspiración*, Barcelona, Crítica, 2019.

Alexander WATSON: *Enduring the Great War. Combat, Morale and Collapse in the German and British Armies, 1914-1918*, Cambridge, Cambridge University Press, 2008.

Rory YEOMANS: *Visions of Annihilation. The Ustasha Regime and the Cultural Politics of Fascism, 1941-1945*, Pittsburgh, University of Pittsburgh Press, 2013.

Yoshimi YOSHIKI: *Comfort Women. Sexual Slavery in the Japanese Military During World War II*, Nueva York, Columbia University Press, 2000.

-- *Grassroots Fascism. The War Experience of the Japanese People*, Nueva York, Columbia University Press, 2015 [ed. original en japonés de 1987]

Mercedes YUSTA: *La guerra de los vencidos: el maquis en el Maestrazgo turolense, 1940-1950*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 1999.

-- *Guerrilla y resistencia campesina. La resistencia armada contra el franquismo en Aragón (1939-1952)*, Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza, 2003.

Benjamin ZIEMANN: *War Experiences in Rural Germany, 1914-1923*, Oxford, Oxford University Press, 2007.

Artículos y contribuciones en obras colectivas

Holger AFFLERBACH y Gary SHEFFIELD: "Waging Total War. Learning Curve or Bleeding Curve?", en Jay WINTER (ed.), *The Legacy of the Great War. Ninety Years On*, Columbia, University of Missouri Press, 2009, pp. 61-90.

Jennifer AHERN, Miranda WORTHEN, Jackson MASTERS, Sheri A. LIPPMAN, Emily J. OZER y Rudolf MOOS: "The Challenges of Afghanistan and Iraq Veterans' Transition from Military to Civilian Life and Approaches to Reconnection", *PLoS ONE*, 10:7, e0128599, doi: 10.1371/journal.pone.0128599.

Ali AL TUMA: "The Participation of Moorish Troops in the Spanish Civil War (1936-1939): Military Value, Motivations, and Religious Aspects", *War & Society*, 30:2 (2011), pp. 91-107.

Ángel ALCALDE: "El descanso del guerrero: la transformación de la masculinidad ex-combatiente franquista (1939-1965)", *Historia y Política*, 37 (2017), pp. 177-208.

David ALEGRE LORENZ: "Voces como bayonetas. Un análisis de los textos españoles de La Joven Europa como espacio para la codificación de la experiencia de combate, la identidad y la conciencia fascistas (1942-1943)", *El Argonauta español*, 10 (2013), pp. 1-23.

-- "The New Fascist Man in 1930s Spain", en Jorge DAGNINO, Matthew FELDMAN y Paul STOCKER (eds.), *The "New Man" in Radical Right Ideology and Practice, 1919-45*, Londres, Bloomsbury, 2018, 215-229.

-- "Nuevos y viejos campos para el estudio de la guerra a lo largo del siglo XX: un motor de innovación historiográfica", *Hispania Nova*, 16 (2018), pp. 164-196.

Miguel ALONSO IBARRA: "Vencer y convencer. Una aproximación a la fascistización del combatiente sublevado y la construcción del consenso en la España franquista", en Francisco COBO ROMERO, Claudio HERNÁNDEZ BURGOS y Miguel Ángel DEL ARCO BLANCO (eds.), *Fascismo y modernismo. Política y cultura en la Europa de entreguerras (1914-1945)*, Granada, Comares, 2016, pp. 107-122.

-- "Guerra Civil Española y contrarrevolución. El fascismo europeo bajo el signo de la santa cruz", *Ayer*, 109:1 (2018), pp. 269-295.

-- y David ALEGRE: "Introducción: ciclos bélicos largos, guerra total y violencia de masas", en Íd., Íd., y Javier RODRIGO (eds.), *Europa desgarrada. Guerra, ocupación y violencia, 1900-1950*, Zaragoza, Prensas de la Universidad de Zaragoza, 2018, pp. 9-48.

-- "Combatir, ocupar, fusilar. La evolución de la violencia bélica de los sublevados en la Guerra Civil Española (1936-1936)", en David ALEGRE LORENZ, Íd. y Javier RODRIGO SÁNCHEZ (eds.): *Europa desgarrada: experiencias bélicas y posbélicas en el periodo de entreguerras*, Zaragoza, Prensas de la Universidad de Zaragoza, 2018, pp. 195-244.

José E. ÁLVAREZ: "The Spanish Foreign Legion during the Asturian Uprising of October 1934", *War in History*, 18:2 (2011), pp. 200-224.

Borja ANTELA-BERNARDEZ: "La guerra sucia de Alejandro: las *guerillas* bactrio-sogdianas", *Revista Universitaria de Historia Militar*, 7:14 (2018), pp. 35-55.

Mark ANTLIFF: "*La Cité française*: Georges Valois, Le Corbusier, and Fascist Theories of Urbanism", en Íd. y Matthew AFFRON (eds.), *Fascist visions: art and ideology in France and Italy*, Princeton University Press, Princeton:1997, pp. 134-170.

Aurora ARTIAGA REGO: "Movilización rebelde en el verano de 1936. Galicia, ¿una nueva Covadonga?", en Lourenzo FERNÁNDEZ PRIETO e Íd. (eds.), *Otras miradas sobre golpe, guerra y dictadura. Historia para un pasado incómodo*, Madrid, Los Libros de la Catarata, 2014, pp. 111-149.

Stéphane AUDOIN-ROUZEAU: "The French Soldier in the Trenches", en Hugh CECIL y Peter H. LIDDLE (eds.), *Facing Armageddon. The First World War Experience*, Barnsley, Pen&Sword, 2003 [1996], pp. 221-230.

-- "Combats et tactiques", en Annette BECKER (coord.), *La Première Guerre Mondiale. États*, Vol. 2, Péronne, Fayard, 2014, pp. 175-198.

Jörg BABEROWSKI: "Kriege in staatsfernen Räumen: Rußland un die Sowjetunion 1905-1950", en Dietrich BEYRAU, Michael HOCHGESCHWENDER y Dieter LANGEWIESCHE (eds.), *Formen des Krieges. Von der Antike bis zur Gegenwart*, Paderborn, Ferdinand Schöningh, 2007, pp. 291-309.

Florence BELMONTE: “Los mecanismos de difusión del discurso oficial en la prensa cultural del primer franquismo (1937-1946)”, en José Miguel DELGADO IDARRETA (coord.), *Propaganda y medios de comunicación en el primer franquismo (1936-1959)*, Logroño, Universidad de La Rioja, 2006, pp. 29-50.

Ruth BEN-GHIAT: “Unmaking the fascist man: masculinity, film and the transition from dictatorship”, *Journal of Modern Italian Studies*, 10:3 (2005), pp. 336-365.

Alfonso BERMÚDEZ MOMBIELA: “¡Abajo la guerra! Aproximaciones a la oposición a la Guerra del Rif en la Zaragoza de principios del siglo XX (1909-1923)”, *Revista Universitaria de Historia Militar*, 5:10 (2016), pp. 264-282.

João F. BERTONHA: “Los latinoamericanos de Franco. La ‘Legión de la Falange Argentina’ y otros voluntarios hispanos en el bando sublevado durante la Guerra Civil Española”, *Alcores*, 14 (2012), pp. 143-167.

Elisabeth BOLORINOS ALLARD: “The Crescent and the Dagger: Representations of the Moorish Other during the Spanish Civil War”, *Bulletin of Spanish Studies*, 93:6 (2016), pp. 965-988.

-- “Masculinidad, identidad guerrera y la imagen del Regular marroquí en la propaganda del bando sublevado en la Guerra Civil Española”, *Norba. Revista de Historia*, 29-30 (2016-2017), pp. 121-134.

Zira BOX: “Cuerpo y nación: sobre la España vertical y la imagen del hombre”, *Ayer*, 107:3 (2017), pp. 205-228.

Ian M. BROWN: “Logistique”, Annette BECKER (coord.), *La Première Guerre Mondiale. États*, Vol. 2, Péronne, Fayard, 2014, pp. 251-274.

Miguel CABO VILLAVARDE y José Manuel VÁZQUEZ VARELA: “Las otras guerras de nuestros antepasados. La violencia intracomunitaria en la Galicia rural contemporánea”, *Hispania*, 75:251 (2015), pp. 781-804.

Ángela CENARRO LAGUNAS: “Matar, vigilar y delatar. La quiebra de la sociedad civil durante la guerra y la posguerra en España (1936-1948)”, *Historia social*, 44 (2002), pp. 65-86.

-- “Movilización femenina para la guerra total (1936-1939). Un ejercicio comparativo”, *Historia y política*, 16 (2006), pp. 159-182.

-- *Género y ciudadanía en el franquismo*. Dossier para *Ayer*, 102 (2016)

Victor S. CHIANG CHENG: “Modern War on an Ancient Battlefield. The Diffusion of American Military Technology and Ideas in the Chinese Civil War, 1946-1949”, *Modern China*, 35:1 (2009), pp. 38-64.

Francisco COBO ROMERO: “Acerca de los orígenes agrarios del fascismo. Italia y Andalucía en perspectiva comparada (1900-1936)”, *Revista de Historia Contemporánea*, 8 (1997-1998), pp. 109-158.

-- “El asedio al santuario de Santa María de la Cabeza durante la Guerra Civil (Un intento de desmitificación)”, *Boletín del Instituto de Estudios Giennenses*, 176:1 (2000), pp. 101-137.

-- “Labradores y granjeros ante las urnas. El comportamiento político del pequeño campesinado en la Europa Occidental de entreguerras. Una visión comparada”, *Historia agraria*, 38 (2006), pp. 47-73.

-- y Teresa M^a ORTEGA LÓPEZ: “Pensamiento mítico y energías movilizadoras. La violencia alegórica y ritualizada de la Guerra Civil en la retaguardia rebelde andaluza, 1936-1939”, *Historia y política*, 16 (2006), pp. 131-158.

Juan Carlos COLLADO JIMÉNEZ: “La Guerra Civil en El Casar de Escalona. Del paseo militar a la resistencia planificada (septiembre de 1936)”, *Espacio tiempo y forma. Serie V, Historia Contemporánea*, 17 (2005), pp. 207-225.

Agustín CONSEGLERI y Olga VILLASANTE ARMAS: “Neuropsiquiatría en posguerra: una aproximación a la población manicomial de Leganés”, *Revista de la Asociación Española de Neuropsiquiatría*, 27:99 (2007), pp. 119-141.

Pedro CORRAL: “Desertion and Shirking in the Spanish Civil War. Man versus Propaganda”, en James MATTHEWS (ed.), *Spain at War. Society, Culture and Mobilization, 1936-44*, Londres, Bloomsbury, 2019, pp. 71-86.

James S. CORUM: “The Spanish Civil War: Lessons Learned and Not Learned by the Great Powers”, *The Journal of Military History*, 62:2 (1998), pp. 313-334.

Rafael CRUZ: “Olor a pólvora y patria. La limpieza política rebelde en el inicio de la guerra de 1936”, *Hispania Nova*, 7 (2007), disponible en <http://hispanianova.rediris.es/7/dossier/07d007.pdf>

-- “Las campañas rebeldes de aniquilación del enemigo”, *Ayer*, 76 (2009), pp. 65-82.

Manuel DE RAMÓN CARRIÓN: “Las madrinas de guerra en la Guerra Civil”, *Bulletin hispanique*, 18:1 (2016), pp. 157-174.

Eric T. DEAN JR.: “«The Awful Shock and Rage of Battle»: Rethinking the Meaning and Consequences of Combat in the American Civil War”, *War in History*, 8:2 (2001), pp. 149-165.

Miguel Á. DEL ARCO BLANCO: “¿Fascismo en las instituciones del *Nuevo Estado*? Personal Político, cultura política y participación en el franquismo (1936-1951)”, *Rúbrica Contemporánea*, 3:5 (2014), pp. 29-43.

-- “Before the Altar of the Fatherland: Catholicism, the Politics of Modernization, and Nationalization during the Spanish Civil War”, *European History Quarterly*, Vol. 48, 2 (2018), pp. 232-255.

-- y Claudio HERNÁNDEZ BURGOS: “Los componentes sociales de la represión franquista: orígenes, duración, espacios y actores”, *Historia Actual*, 41:3 (2016), pp. 77-90.

Hélène DEWAELE VALDERRÁBANO: “La extrema derecha francesa en España: mitos y realidades de la bandera Jeanne d’Arc (1936-1939)”, *Historia y Política*, 8 (2002), pp. 273-301.

Philip DWYER: “War Stories: French Veteran Narratives and the ‘Experience of War’ in the Nineteenth Century”, *European History Quarterly*, 41:4, pp. 561-585.

Fernando ECHEVERRÍA REY: “Weapons, Technological Determinism, and Ancient Warfare”, en Garrett FAGAN y Matthew TRUNDLE (eds.), *New Perspectives on Ancient Warfare*, Leiden, Brill, 2010, pp. 21-56.

David ENGLANDER: “Discipline and morale in the British Army, 1917-1918”, en John HORNE (ed.), *State, society and mobilization in Europe during the First World War*, Cambridge, Cambridge University Press, 1997, pp. 125-144.

Rafael FERNÁNDEZ-SIRVENT: “La impronta militar en los orígenes de la gimnasia terapéutica. España y Francia, siglo XIX: una panorámica histórica e historiográfica”, *Revista Universitaria de Historia Militar*, 7:15 (2018), pp. 150-169.

John FRANCE: “Crusading Warfare and its Adaptation to Eastern Conditions in the Twelfth Century”, *Mediterranean Historical Review*, 15:2 (2000), pp. 49-66.

Hugo GARCÍA: “Relatos para una guerra. Terror, testimonio y literatura en la España nacional”, *Ayer*, 76 (2009), pp. 143-176.

Christian GERLACH: “Die Wannsee-Konferenz, das Schicksal der deutschen Juden und Hitlers politische Grundsatzentscheidung, alle Juden Europas zu ermorden”, *Werkstatt-Geschichte*, 18 (1997), pp. 7-44.

Carlos GIL ANDRÉS: “La zona gris en la España azul. La violencia de los sublevados en la Guerra Civil”, *Ayer*, 76 (2009), pp. 115-141.

Iker GONZÁLEZ-ALLENDE: “Masculinities in Conflict. Representations of the Other in Narrative during the Spanish Civil War”, *Hispanic Research Journal: Iberian and Latin American Studies*, 11:3 (2010), pp. 193-209.

Eduardo GONZÁLEZ CALLEJA: “El servicio exterior de Falange y la política exterior del primer franquismo: consideraciones previas para su investigación”, *Hispania*, 54:186 (1994), pp. 279-307.

-- “La violencia y sus discursos: los límites de la ‘fascistización’ de la derecha española durante el régimen de la Segunda República”, *Ayer*, 71 (2008), pp. 85-116.

-- “Experiencia en combate. Continuidad y cambios en la violencia represiva (1931-1939)”, *Ayer*, 76 (2009), pp. 37-64.

-- “La prensa carlista y falangista durante la Segunda República y la Guerra Civil (1931-1937)”, *El Argonauta Español*, 9 (2012), disponible en <http://argonauta.revues.org/819>

John GOOCH: “Italian military efficiency: A debate”, *Journal of Strategic Studies*, 5:2 (1982), pp. 257-265.

Peter GRAEME HOBBS: “‘Living in Hell but Still Smiling’: Australian Psychiatric Casualties of War during the Malaya-Singapore Campaign, 1941-42”, *Health and History*, 9:1 (2007), pp. 28-55.

Alberto GUERRERO MARTÍN: “La Colección Bibliográfica Militar y el debate sobre la mecanización y la motorización”, *Revista Universitaria de Historia Militar*, 3:6 (2014), pp. 174-189.

Gay L. GULLICKSON: “*La Pétroleuse*: Representing Revolution”, *Feminist Studies*, 17:2 (1991), pp. 240-265.

Mary R. HABECK: “Technology in the First World War. The View from Below”, en Jay WINTER, Geoffrey PARKER e Íd. (eds.), *The Great War and the Twentieth Century*, New Haven, Yale University Press, 2000, pp. 99-131.

Lulu Anne HANSEN: “‘Youth Off the Rails’: Teenage Girls and German Soldiers – A case Study in Occupied Denmark, 1940-1945”, en Dagmar HERZOG (ed.): *Brutality and Deisre. War and Sexuality in Europe’s Twentieth Century*, Basingstoke, Palgrave, 2009, pp. 135-166.

Yuval N. HARARI: “Martial Illusions: War and Disillusionment in Twentieth-Century and Renaissance Military Memoirs”, *The Journal of Military History*, 69:1 (2005), pp. 43-72.

-- “Military Memoirs: A Historical Overview of the Genre from the Middle Ages to the Late Modern Era”, *War in History*, 14:3 (2007), pp. 289-309.

Daniel HEDINGER: “Fascist Warfare and the Axis Alliance: From *Blitzkrieg* to Total War”, en Alan KRAMER, Javier RODRIGO y Miguel ALONSO (eds.), *Fascist Warfare: Aggression, Occupation, Annihilation (1922-1945)*, Basingstoke, Palgrave, 2019, en prensa.

José Miguel HERNÁNDEZ BARRAL: “Experiencia de guerra y narrativas personales en la Guerra Civil Española: el diario de Álvaro Silva”, *Revista Universitaria de Historia Militar*, 7:13 (2018), pp. 318-335.

Claudio HERNÁNDEZ BURGOS: “Bringing back Culture: Combatant and Civilian Attitudes during the Spanish Civil War, 1936-1939”, *History. The Journal of the Historical Association*, 101:346 (2016), pp. 448-463.

-- “De la cultura de guerra a la cultura de la victoria: los vencedores y la construcción de la dictadura franquista (1936-1951)”, *Pasado y Memoria*, 15 (2016), pp. 123-148.

Alfonso IGLESIAS AMORÍN: “Los intelectuales españoles y la Guerra del Rif (1909-1927)”, *Revista Universitaria de Historia Militar*, 3:5 (2014), pp. 59-77.

-- “La cultura africanista en el Ejército español (1909-1975)”, *Pasado y memoria*, 15 (2016), pp. 99-122.

-- y Noelia IGLESIAS IGLESIAS: “La presencia de las guerras de Marruecos en el teatro español (1859-1930)”, *Hispanic Research Journal*, 18:2 (2017), pp. 131-145.

Constantin IORDACHI: “God Chosen Warriors. Romantic palingenesis, militarism and fascism in modern Romania”, en Íd. (ed.), *Comparative Fascist Studies. New Perspectives*, Londres, Routledge, 2010, pp. 316-357.

Yaron JEAN: “«Silenced Power». Warfare Technology and the Changing Role of Sounds in Twentieth-Century Europe”, *Zeithistorische Forschungen / Studies in Contemporary History*, 2 (2011). Disponible en <https://zeithistorische-forschungen.de/2-2011/id=4541?language=en>

Geoffrey JENSEN: “José Millán-Astray and the Nationalist ‘Crusade’ in Spain”, 27:3 (1992), pp. 425-447.

Edgar JONES y Stephen IRONSIDE: “Battle Exhaustion: The Dilemma of Psychiatric Casualties in Normandy, June-August 1944”, *The Historical Journal*, 53:1 (2010), pp. 109-128.

Santos JULIÁ: “Los nombres de la guerra”, *Claves de razón práctica*, 164 (2009), pp. 22-31.

Aristotle A. KALLIS: “‘Fascism’, ‘Para-Fascism’ and ‘Fascistization’: On the Similarities of Three Conceptual Categories”, *European History Quarterly*, 33:2 (2003), pp. 219-249

--“The ‘Third Rome’ of Fascism: Demolitions and the Search of a New Urban Syntax”, *The Journal of Modern History*, 84:1 (2012), pp. 40-79.

Doris KAUFMANN: “Psychiatry in the First World War and Weimar Germany”, *Journal of Contemporary History*, 34:1 (1999), pp. 125-144.

Alex J. KAY: “A ‘War in a Region beyond State Control’? The German-Soviet War, 1941-1944”, *War in History*, 18:1 (2011), pp. 109-122.

Paul A. KRAMER: “The Military-Sexual Complex: Prostitution, Disease and the Boundaries of Empire during the Philippine-American War”, *The Asia-Pacific Journal*, 9:30 (2011), pp. 1-35.

Thomas KÜHNE y Benjamin ZIEMANN: “La renovación de la Historia Militar. Coyunturas, interpretaciones, conceptos”, *Semata. Ciências Sociais e Humanidades*, 19 (2007), pp. 307-347.

Nicola LABANCA: “Constructing Mussolini’s New Man in Africa? Italian Memories of the Fascist War in Ethiopia”, *Italian Studies*, 61:2 (2006), pp. 225-232.

Alexandre LAFON: “Être camarade. Identité(s) et liens de sociabilité dans l’armée française (1914-1918)”, en François BOULOC, Rémy CAZALS y André LOEZ (dirs.), *Identité troublés, 1914-1918. Les appartenances sociales et nationales à l’épreuve de la guerre*, Toulouse, Privat, 2011, pp. 33-46.

Daniel LANERO TÁBOAS: “¿La salud es lo que importa? La O.S. 18 de Julio y la asistencia médica en Galicia (1940-1965)”, *Historia Social*, 68 (2010), pp. 47-67.

-- “Las ‘políticas sociales’ del franquismo: las Obras Sindicales”, en Miguel Á. DEL ARCO BLANCO, Carlos FUERTES, Claudio HERNÁNDEZ BURGOS y Jorge MARCO (eds.): *No solo miedo. Actitudes políticas y opinión popular bajo la dictadura franquista (1936-1977)*, Granada, Comares, 2013, pp. 127-142.

Klaus LATZEL: "Tourisme et violence. La perception de la guerre dans les lettres de la Poste aux armées", en Anne DUMÉNIL, Nicolas BEAUPRÉ y Christian INGRAO (dirs.): *1914-1945, l'ère de la guerre. Nazisme, occupations, pratiques génocides*, Tomo II, París, Agnès Viénot, 2004, pp. 201-215.

José Luis LEDESMA: "Qué violencia para qué retaguardia o la República en guerra de 1936", *Ayer*, 76 (2009), pp. 83-114.

Wayne E. LEE: "Fortify, Fight, or Flee: Tuscarora and Cherokee Defensive Warfare and Military Culture Adaptation", *The Journal of Military History*, 68:3 (2004), pp. 713-770.

Francisco J. LEIRA CASTIÑEIRA: "Los 'soldados de Franco'. Entre la movilización ciudadana y el reclutamiento militar obligatorio. Galicia, 1936-1939", *Revista Universitaria de Historia Militar*, 2:4 (2013), pp. 16-42.

-- "Movilización militar y experiencia de guerra civil. Las actitudes sociales de los soldados del ejército sublevado", Lourenzo FERNÁNDEZ PRIETO y Aurora ARTIAGA REGO (eds.): *Otras miradas sobre golpe, guerra y dictadura. Historia para un pasado incómodo*, Madrid, Los Libros de la Catarata, 2014, pp. 150-178.

-- "Los 'soldados de Franco': experiencias, memorias e identidades complejas", en David ALEGRE, Miguel ALONSO y Javier RODRIGO (eds.), *Europa desgarrada. Guerra, ocupación y violencia, 1900-1950*, Zaragoza, Prensas de la Universidad de Zaragoza, 2018, pp. 245-280.

-- y Andres DOMÍNGUEZ ALMANSA: "Reclutados para ganar. Movilización y respuesta de 'los soldados de Franco'", *Ayer*, 111 (2018), pp. 79-107.

Jordi LUENGO LÓPEZ, "Homoerótica entre líneas. La «degradación moral» del soldado francés (1879-1914)", *Ayer*, 87 (2012), pp. 45-66.

Joe LUNN: "Male Identity and Martial Codes of Honor: A comparison of the War Memoirs of Robert Graves, Ernst Jünger, and Kande Kamara", *The Journal of Military History*, 69:3 (2005), pp. 713-735.

John A. LYNN: "Discourse, Reality, and the Culture of Combat", *The International History Review*, 27:3 (2005), pp. 475-480.

Jorge MARCO: "El eclipse de los conceptos. Sobre el debate de la violencia rebelde/franquista", *Historia Actual Online*, 38 (2015), pp. 163-176.

-- y Mercedes YUSTA RODRIGO: "Irregular War, Local Community and Intimate Violence in Spain (1939-1952)", *European History Quarterly*, 49:2 (2019), pp. 231-249.

Sescún MARÍAS: "El empleo a los dos lados del margen: la Sección Femenina y el trabajo de la mujer", en Óscar RODRÍGUEZ BARREIRA: *El franquismo desde los márgenes: campesinos, mujeres, delatores, menores...*, Almería, Universidad de Almería, 2013, pp. 147-163.

Janice MATSUMURA: "Combating Indiscipline in the Imperial Japanese Army: Hayao Torao and Psychiatric Studies of the Crimes of Soldiers", *War in History*, 23:1 (2016), pp. 79-99.

James MATTHEWS: "«Our Red Soldiers»: The Nationalist Army's Management of its Left-Wing Conscripts in the Spanish Civil War, 1936-9", *Journal of Contemporary History*, 45:2 (2010), pp. 344-363.

-- "Comisarios y capellanes en la Guerra Civil española, 1936-1939. Una mirada comparativa", *Ayer*, 94 (2014), pp. 175-199.

-- "Frentes porosos y lealtades fluidas: la movilidad de la tropa de lleva entre los dos bandos durante la Guerra Civil Española", *Ayer*, 111 (2018), pp. 53-77.

Antonio MÍGUEZ MACHO: "Práctica genocida en España. Discursos, lógicas y memoria (1936-1977)", *Historia contemporánea* 45 (2012), pp. 545-573.

-- "Perpetradores y gente corriente: la mirada del otro", en Óscar RODRÍGUEZ BARRERA (coord.), *El franquismo desde los márgenes: campesinos, mujeres, delatores, menores...*, Almería, Universidad de Almería, 2013, pp. 57-75.

Fernando MIKELARENA PEÑA: "Estructura, cadena de mando y ejecutores de la represión de boina roja en Navarra en 1936", *Historia Contemporánea*, 53 (2016), pp. 593-621.

Hans MOMMSEN: "Changing Historical Perspectives on the Nazi Dictatorship", *European Review*, 17:1 (2009), pp. 73-80.

Francisco MORENTE VALERO: "Los fascismos europeos y la política educativa del franquismo", *Historia de la educación*, 24 (2005), pp. 179-204.

-- "La universidad en los regímenes fascistas: la depuración del profesorado en Alemania, España e Italia", *Historia Social*, 54 (2006), pp. 51-72.

-- "Rafael Sánchez Mazas y la esencia católica del fascismo español", en Miguel Ángel RUIZ CARNICER (coord.), *Falange. Las culturas políticas del fascismo en la España de Franco*, Vol. 1, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2013, pp. 109-141

Mark MOYAR: "The Current State of Military History", *The Historical Journal*, 50:1 (2007), pp. 225-240.

Mark NEOCLEOUS: "Long Live Death! Fascism, Resurrection, Immortality", *Journal of Political Ideologies*, 10:1 (2005), pp. 31-49.

-- "Gothic fascism", *Journal of Cultural Research*, 9:2 (2005), pp. 133-149.

Xosé M. NUÑEZ SEIXAS: "Los vencedores vencidos: la peculiar memoria de la División Azul, 1945-2005", *Pasado y Memoria. Revista de Historia Contemporánea*, 4 (2005), pp. 83-113.

-- "¿Eran los rusos culpables? Imagen del enemigo y políticas de ocupación de la División Azul en el Frente del Este, 1941-1944", *Hispania*, 66:223 (2006), pp. 695-750.

-- "¿Testigos o encubridores? La División Azul y el Holocausto de los judíos europeos: entre historia y memoria", *Historia y Política*, 26 (2011), pp. 259-290.

-- "La 'Cruzada europea contra el bolchevismo': Mito y realidad", en *Cuadernos de Historia Contemporánea*, 34 (2012), pp. 31-63.

Sara NUÑEZ DE PRADO Y CLAVELL: "Los partes de guerra franquistas como arma de propaganda en la guerra civil española", *Revista de Ciencias de la Información*, 6 (1989), pp. 211-222.

Daniel OVIEDO SILVA: "Denuncias y prácticas acusatorias en el Madrid bélico: los Comités de Vecinos", en Gutmaro GÓMEZ BRAVO (coord.), *Asedio. Historia de Madrid en la Guerra Civil (1936-1939)*, Madrid, Ediciones Complutense, 2018, pp. 367-401.

José Antonio PAREJO FERNÁNDEZ: "Fascismo rural, control social y colaboración ciudadana. Datos y propuestas para el caso español", *Historia social*, 71 (2011), pp. 143-159.

Peter PARET: "The New Military History", *Parameteres*, 31 (1991), pp. 10-18.

Alberto PENA-RODRÍGUEZ: "Salazar y los 'viriatos'. Los combatientes portugueses en la Guerra civil española: prensa y propaganda", *Spagna Contemporanea*, 47 (2015), pp. 7-24.

Mercedes PEÑALBA-SOTORRÍO: "Red Berets, Blue Shirts: Nationalist Militia Forces in the Spanish Civil War", en James MATTHEWS (ed.), *Spain at War. Society, Culture and Mobilization, 1936-44*, Londres, Bloomsbury, 2019, pp. 33-49.

Juan Carlos PEREIRA CASTAÑARES: “De una guerra a otra: la política exterior del franquismo (1936-1945)”, en Antonio César MORENO CANTANO: *Cruzados de Franco. Propaganda y diplomacia en tiempos de guerra (1936-1945)*, Gijón, Ediciones Trea, 2013, pp. 13-34.

Alejandro PÉREZ-OLIVARES: “Los planes de ocupación franquistas”, en Gutmaro GÓMEZ BRAVO (coord.), *Asedio. Historia de Madrid en la Guerra Civil (1936-1939)*, Madrid, Ediciones Complutense, 2018, pp. 63-89.

Gervase PHILLIPS: “Military Morality Transformed: Weapons and Soldiers on the Nineteenth-Century Battlefield”, *The Journal of Interdisciplinary History*, 41:4 (2011), pp. 565-590.

Alejandro PIZARROSO QUINTERO: “La Guerra Civil española, un hito en la historia de la propaganda”, *El Argonauta español*, 2 (2005), disponible en <https://journals.openedition.org/argonauta/1195>

-- y Pablo SAPAG: “Propaganda y diplomacia. Proyección exterior de la España franquista (1936-1945), en Antonio César MORENO CANTANO (coord.), *Propagandistas y diplomáticos al servicio de Franco (1936-1945)*, Gijón, Ediciones Trea, 2012, pp. 21-54.

Julio PONCE ALBERCA: “La represión de las organizaciones obreras durante la guerra civil y la posguerra”, en Leandro ÁLVAREZ REY y Encarnación LEMUS LÓPEZ (coords.), *Sindicatos y trabajadores en Sevilla. Una aproximación a la memoria del siglo XX*, Sevilla, Secretariado de Publicaciones de la Universidad de Sevilla, 2000, pp. 157-177.

Julio PRADA RODRÍGUEZ: “Las milicias de segunda línea en la retaguardia franquista: el caso de Galicia”, *Cuadernos de Historia Contemporánea*, 33 (2011), pp. 255-273.

-- “«Mujeres contra la revolución». La movilización femenina conservadora durante la Segunda República española y la Guerra Civil”, *Amnis*, 8 (2008), disponible en: <http://journals.openedition.org/amnis/599> (consultado por última vez el 15-5-2019)

Fransjohan PRETORIUS: “Welcome but Not That Welcome: The Relations between Foreign Volunteers and the Boers in the Anglo-Boer War of 1899-1902”, en Christine G. KRÜGER y Sonja LEVSEN (eds.), *War Volunteering in Modern Times. From the French Revolution to the Second World War*, Nueva York, Palgrave Macmillan, 2011, pp. 122-149.

Alejandro QUIROGA FERNÁNDEZ DE SOTO: “El deporte”, en Javier MORENO LUZÓN y Xosé M. NÚÑEZ SEIXAS (eds.), *Ser españoles. Imaginarios nacionalistas en el siglo XX*, Barcelona, RBA, 2013, pp. 464-496.

Sergio RIESCO: “Una reflexión sobre la contrarreforma agraria como medio represivo”, *Hispania Nova*, 6 (2006), <http://hispanianova.rediris.es/6/dossier/6d019.pdf>

César RINA SIMÓN: “La construcción de los imaginarios franquistas y la religiosidad ‘popular’, 1931-1945”, *Pasado y memoria. Revista de historia contemporánea*, 14 (2015), pp. 179-196.

-- “Fascismo, nacionalcatolicismo y religiosidad popular. Combates por la significación de la dictadura (1936-1940)”, *Historia y Política. Ideas, procesos y movimientos sociales*, 37 (2017), pp. 241-266.

-- “Rituales de pasión, muerte y resurrección. La religiosidad popular y la legitimidad sagrada del franquismo”, en Francisco COBO ROMERO, Claudio HERNÁNDEZ BURGOS y Miguel Ángel DEL ARCO BLANCO (eds.), *Fascismo y modernismo. Política y cultura en la Europa de entreguerras (1918-1945)*, Granada, Comares, 2016, pp. 171-184.

Aintzane RINCÓN DÍEZ: “Cuerpos enfrentados en *Sin novedad en el Alcázar*”, en Miguel Ángel RUIZ CARNICER (coord.), *Falange. Las culturas políticas del fascismo en la España de Franco*, Vol. 2, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2013, pp. 481-498.

Javier RODRIGO: “Presentación. Retaguardia: un espacio de transformación”, *Ayer*, 76:4 (2009), pp. 13-36.

Sofía RODRÍGUEZ LÓPEZ: “La violencia de género como arma de guerra”, en Encarnación BARRANQUERO TEIXEIRA (ed.), *Mujeres en la Guerra Civil y el Franquismo. Violencia, Silencio y Memoria de los tiempos difíciles*, Málaga, Centro de Ediciones de la Diputación Provincial de Málaga, 2010, pp. 23-46.

Manuel ROS AGUDO: “El espionaje en la guerra civil y la segunda guerra mundial: una visión general”, *Diacronie*, 28:4 (2016). Disponible en www.studistorici.com/2016/12/29/ros-agudo_numero_28/

Juan-Boris RUIZ-NUÑEZ: “El bombardeo aéreo como atributo de la guerra total. La población de la retaguardia sublevada como objetivo de guerra del gobierno republicano”, *Revista Universitaria de Historia Militar*, 3:6 (2014), pp. 54-67.

Jeff RUTHERFORD: “Los soldados alemanes y la guerra total en el Frente Oriental, 1943”, en David ALEGRE, Miguel ALONSO y Javier RODRIGO (eds.), *Europa desgraciada. Guerra, ocupación y violencia, 1900-1950*, Zaragoza, Prensas de la Universidad de Zaragoza, 2018, pp. 307-338

Eileen RYAN: “Violence and the Politics of Prestige: The Fascist Turn in Colonial Libya”, *Modern Italy*, 20:2 (2015), pp. 123-135.

Valentin SĂNDULESCU: “Sacralised Politics in Action: the February 1937 Burial of the Romanian Legionary Leaders Ion Moța and Vasile Marin”, *Totalitarian Movements and Political Religions*, 8:2 (2007), pp. 259-269.

Derek SAYER: “British Reaction to the Amritsar Massacre, 1919-1920”, *Past and Present* 131 (1991), pp. 130-164.

Fritz SCHAAP y Christian WERNER: “Assad’s Control Erodes as Warlords Gain Upper Hand”, *Der Spiegel Online*, disponible en <http://www.spiegel.de/international/world/assad-power-slips-in-syria-as-warlords-grow-more-powerful-a-1137475.html>

Michael SEIDMAN y M.L. FERRANDIS GARRAYO: “Frentes en calma de la guerra civil”, *Historia Social*, 27 (1997), pp. 37-59.

Dennis E. SHOWALTER: “Caste, Skill, and Training: The Evolution of Cohesion in European Armies from the Middle Ages to the Sixteenth Century”, *The Journal of Military History*, 57:3 (1993), pp. 407-430.

-- “Mass Warfare and the Impact of Technology”, en Roger CHICKERING y Stig FÖRSTER (eds.), *Great War, Total War. Combat and Mobilization on the Western Front, 1914-1918*, Cambridge, Cambridge University Press, 2000, pp. 73-94.

-- “It All Goes Wrong! German, French, and British Approaches to Mastering the Western Front”, en Pierre PURSEIGLE (ed.), *Warfare and Belligerence. Perspectives in First World War*, Leiden, Brill, 2005, pp. 39-72.

Gary SHEFFIELD: “Officer-Man Relations, Discipline and Morale in the British Army of the Great War”, en Hugh CECIL y Peter H. LIDDLE (eds.), *Facing Armageddon. The First World War Experience*, Barnsley, Pen&Sword, 2003 [1996], pp. 413-424

Verónica SIERRA BLAS: “Escribir en campaña: cartas de soldados desde el frente”, *Cultura escrita y sociedad*, 4 (2007), pp. 95-116.

Peter SIMKINS: “The War Experience of a Typical Kitchener Division: The 18th Division, 1914-1918”, en Hugh CECIL y Peter H. LIDDLE (eds.), *Facing Armageddon. The First World War Experience*, Barnsley, Pen&Sword, 2003 [1996], pp. 297-313.

Hew STRACHAN: “The Morale of the German Army, 1917-18”, en Hugh CECIL y Peter H. LIDDLE (eds.), *Facing Armageddon. The First World War Experience*, Barnsley, Pen&Sword, 2003 [1996], pp. 383-399.

Andreas STUCKI: “Guerras imperiales: un intento de integración (España, Ifni-Sáhara y el ‘viento de la Historia’)”, en Javier RODRIGO (ed.), *Políticas de la violencia. Europa, siglo XX*, Zaragoza, Prensas de la Universidad de Zaragoza, 2014, pp. 423-446.

Frank TALLETT y D.J.B. TRIM: “Then Was Then and Now is Now: An Overview of Change and Continuity in Late-Medieval and Early Modern Warfare”, en Íd. e Íd. (eds.), *European Warfare, 1350-1750*, Cambridge, Cambridge University Press, 2010, pp. 1-27.

Harold M. TANNER: “Learning Through Practice: Lin Biao and the Transition to Conventional Combined Operations in China’s Northeast, 1946-1948”, *Journal of Chinese Military History*, 3 (2014), pp. 3-46.

Xavier TORREBADELLA-FLIX: “La bibliografía gimnástica y deportiva de la educación física en el ejército español (1808-1919): textos en contexto social”, *Revista Universitaria de Historia Militar*, 5:9 (2016), pp. 173-192.

Carlos VARÓN GONZÁLEZ: “Ruben Darío, Fascist? Francoist Readings of *Moder-nismo*”, *Bulletin of Hispanic Studies*, 94:2 (2017), pp. 163-182.

Olga VILLASANTE ARMAS: “La formación de ‘enfermeros psiquiátricos’ durante la posguerra española: a propósito de Jaén (1939-1955)”, *Norte de Salud Mental*, 13:53 (2015), pp. 93-103.

Mary VINCENT: “La reafirmación de la masculinidad en la cruzada franquista”, *Cuadernos de Historia contemporánea*, 28 (2006), pp. 135-151.

Adrian A. WETTSEIN: “Urban Warfare Doctrine on the Eastern Front”, en Alex J. KAY, Jeff RUTHERFORD y David STAHEL (eds.), *Nazi Policy on the Eastern Front, 1941. Total War, Genocide and Radicalization*, Rochester, University of Rochester Press, 2012, pp. 45-72.

Stephanie WRIGHT: “Los mutilados de Franco: el Benemérito Cuerpo y la política social en la España franquista”, *Revista Universitaria de Historia Militar*, 5:9 (2016), pp. 75-92.

-- “Glorious Brothers, Unsuitable Lovers: Moroccan Veterans, Spanish Women and the Mechanisms of Francoist Paternalism”, *Journal of Contemporary History*, disponible en <https://journals.sagepub.com/doi/abs/10.1177/0022009418778777>.

Qiang ZHAI: “Transplanting the Chinese Model: Chinese Military Advisers and the First Vietnam War, 1950-1954”, *The Journal of Military History*, 57:4 (1993), pp. 689-715.

Trabajos inéditos

David ALEGRE LORENZ: *Experiencia de guerra y colaboracionismo político-militar: Bélgica, Francia y España bajo el Nuevo Orden (1941-1945)*, Tesis doctoral inédita, Universitat Autònoma de Barcelona, 2017.

Daniel AQUILLUÉ DOMÍNGUEZ: *El liberalismo en la encrucijada. Entre la revolución y la respetabilidad, 1833-1843*, Tesis doctoral inédita, Universidad de Zaragoza, 2017.

Chris BANNISTER: *Crusaders and Commisars: A Comparative Study of the Motivation of Volunteers in the Popular and National Armies in the Spanish Civil War, 1936-1939*, Tesis doctoral inédita, European University Institute, Florencia, 2015.

Alfonso IGLESIAS AMORÍN: *La memoria de las guerras de Marruecos en España (1859-1936)*, Tesis doctoral inédita, Universidade de Santiago de Compostela, 2014.

Romuald JACOPIN: *La bandera Jeanne d'Arc: le volontariat armé dans les rangs franquistes, au carrefour des relations internationales des extrêmes droites européennes (1936-1945)*, Tesis doctoral inédita, Université de Bretagne Occidentale, 2018.

L.H.E. KLEINREESINK: *On Military Memoirs. Soldiers-authors, publishers, plots and motives*, Tesis doctoral inédita, Erasmus University Rotterdam, 2014.

Francisco J. LEIRA CASTIÑEIRA: *La socialización de los soldados del ejército sublevado (1936-1945). Su papel en la consolidación del Régimen franquista*, Tesis doctoral inédita, Universidade de Santiago de Compostela, 2018.

Fernando Antonio PALMERO ARANDA: *El discurso antisemita en España (1936-1948)*, Tesis doctoral inédita, Universidad Complutense de Madrid, 2016.

Carlos PÍRIZ: *En campo enemigo: la Quinta Columna en la Guerra Civil Española (c.1936-1941)*, Tesis doctoral inédita, Universidad de Salamanca, 2019.

Filmografía

Falange en las trincheras. La contribución falangista a la Cruzada (Documedia, s.a.)

Generation Kill (HBO, 2008)

La Sauceda: de la utopía al horror (Juan Miguel León Moriche, 2013)

Prisioneros de guerra (Manuel A. García Viñolas, 1938)

The Vietnam War (Netflix, 2017)

Vals con Bashir (Ari Folman, 2008)

